

Aleksandr Solzhenitsyn

EL PRIMER CIRCULO



En una oscura tarde del invierno de 1949, un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS llama a la embajada norteamericana para revelarles un peligroso y aparentemente descabellado proyecto atómico que afecta al corazón mismo de Estados Unidos. Pero la voz del funcionario quedaba grabada por los servicios secretos del Ministerio de Seguridad, cuyos largos tentáculos alcanzan también la Prisión Especial n.º 1, donde cumplen condena los científicos rusos más brillantes, víctimas de las siniestras purgas estalinistas, y donde son obligados a investigar para sus propios verdugos. A esa prisión «de lujo», que es en realidad el primer círculo del Infierno dantesco, donde la lucha por la supervivencia alterna con la delación y las trampas ideológicas, le llega la misión de acelerar el perfeccionamiento de nuevas técnicas de espionaje con el fin de identificar lo antes posible la misteriosa voz del traidor...



Aleksandr Solzhenitsyn

El primer círculo

ePub r1.0

bigbang951 09.10.14

Título original: *В крyге первом*
Aleksandr Solzhenitsyn, 1968
Traducción: Josep Maria Güell

Editor digital: bigbang951
ePub base r1.1



Dedicada a mi compañeros de *sharashka*

Tal es el destino de los libros rusos actuales: aunque salgan a flote, pierden sus plumas. Así sucedió no hace mucho con *El maestro y Margarita* de Bulgákov: el agua trajo luego sus plumas. Y lo mismo con esta novela mía: para darle por lo menos una débil vida, para atreverme a mostrarla y a llevarla a la redacción, yo mismo la condensé y deformé o, más exactamente, la desmonté y volví a montarla de nuevo, y fue conocida bajo un determinado aspecto.

Y, aunque ahora ya no hay modo de recuperarla ni corregirla, es auténtica. Por lo demás, al restaurarla, he perfeccionado algunas cosas: téngase en cuenta que entonces tenía yo cuarenta años y ahora cuento cincuenta.

Escrita: 1955-1958
Deformada: 1964
Restaurada: 1968

Las agujas de encaje marcaban las cuatro y cinco.

En aquel encalmado día de diciembre, el bronce del reloj, sobre el estante, era completamente oscuro.

Los cristales del alto ventanal empezaban a ras de suelo. A través de ellos se divisaba —abajo, en Kuznetski— la apresurada agitación de la calle y el obstinado ir y venir de los porteros que barrían, bajo los pies de los transeúntes, la nieve recién caída, pero pesada ya y de color marrón sucio.

Viendo y sin ver realmente todo esto, Innokenti Volodin, consejero de Estado de segunda, permanecía apoyado en el marco de la ventana silbando una tonadilla lánguida y prolongada. Con la punta de los dedos pasaba las coloridas y brillantes páginas de una revista extranjera. Pero no se enteraba de lo que había en ella.

Volodin, consejero de Estado de segunda categoría, lo que equivalía a teniente coronel del servicio diplomático, era alto y estrecho de hombros, no llevaba uniforme sino un traje de tela sedosa, y más bien parecía un joven ocioso y de fortuna que un responsable funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Era hora de encender la luz en el despacho, y no la encendía; o de irse a casa, y no se marchaba.

Las cuatro y pico no significaban el fin de la jornada laboral, sino sólo el fin de su parte diurna, de su parte más breve. Ahora se irían todos a casa, a comer y a dormir, pero a las diez de la noche volverían a iluminarse las miles y miles de ventanas de los cuarenta y cinco ministerios de la Unión y de los veinte de las repúblicas. Tras una docena de muros, en una fortaleza, había un hombre, sólo uno, que no podía dormir por las noches y que había acostumbrado al funcionariado de Moscú a permanecer en vela con él hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Conociendo las costumbres nocturnas del jefe, seis decenas de ministros velaban como escolares a la espera de ser llamados. Para que no les venciera el sueño, convocaban a sus secretarios, los cuales fastidiaban a los jefes de negociado. Los archiveros revolvían los archivos encaramados en sus escalerillas, los escribientes volaban por los pasillos, las taquígrafas afilaban sus lápices.

Incluso hoy, víspera de la Navidad occidental (desde hacía dos días todas las embajadas occidentales parecían silenciosas, no telefoneaban), su Ministerio pasaría, pese a todo, la noche en blanco.

Los demás tendrían dos semanas de vacaciones. Inocentes. ¡Asnos orejudos!

Los dedos nerviosos del joven hojeaban la revista con rapidez, maquinalmente. En su interior, una sensación de miedo ora le dominaba y enardecía, ora se retiraba dejándole cierta frialdad.

Innokenti arrojó la revista y paseó por la estancia con los hombros encogidos.

¿Telefonar o no telefonar? ¿Enseguida? ¿Sin falta? ¿Sería *allí* demasiado tarde? ¿Mejor el jueves o el viernes?

Sería demasiado tarde...

¡Quedaba tan poco tiempo para meditarlo! ¡Y nadie, absolutamente nadie, a quien consultarlo!

¿Existiría un medio para identificar a alguien que llamara desde un teléfono público? ¿Y si sólo hablara en ruso? ¿Y si no se demoraba y se marchaba rápidamente? ¿Reconocerían por teléfono su voz ahogada? Técnicamente, era imposible.

Dentro de tres o cuatro días volaría hacia allí en persona. Lo más lógico era esperar. Lo más sensato, esperar.

Pero sería demasiado tarde.

¡Oh, diablos! Un escalofrío recorrió sus hombros, poco acostumbrados a soportar cargas. Habría sido mejor no enterarse. No saberlo. No estar al tanto...

Recogió cuanto había sobre la mesa y lo llevó a la caja fuerte. Su inquietud iba en aumento. Innokenti apoyó la cabeza sobre la caja, de hierro y pintada de color pardo, y descansó con los ojos cerrados.

De pronto, como si hubiera malgastado los últimos instantes disponibles, Innokenti se puso en movimiento. No telefoneó pidiendo el coche, no tapó los tinteros. Cerró la puerta, y al final del pasillo entregó la llave al ordenanza de servicio. Descendió por la escalera casi corriendo, adelantándose al personal de plantilla, con sus bordados de oro y sus galones. Abajo se puso el abrigo de cualquier manera, se encasquetó el sombrero y entró corriendo en el húmedo crepúsculo.

La rapidez de sus movimientos fue un alivio.

Sus zapatos franceses, y sin chanclos, como dictaba la moda, se hundieron en la nieve sucia y deshelada.

Al pasar junto a la estatua de Vorovski, en el patio casi cerrado del Ministerio, Innokenti levantó los ojos y se estremeció. Descubrió un nuevo sentido al reciente edificio de la Gran Lubianka, la prisión que daba a la calle Furkassovskaya. Aquella mancha gris-negra de nueve pisos era un acorazado, y las dieciocho pilastras colgaban de su borda derecha como dieciocho torres encañonadas. La solitaria y frágil lancha de Innokenti se sintió atraída hacia la proa del rápido y pesado navío.

No, el acorazado no atraía a la lancha, ¡era esta la que iba hacia él como un torpedo!

¡Eso no podía ser! Para esquivarlo, torció a la derecha, y amarró en Kuznetski. Un taxi se disponía a abandonar la acera, Innokenti lo tomó y lo mandó calle abajo, y luego le ordenó torcer a la izquierda, hacia los faroles de la calle Petrovka, los primeros que se encendían.

Dudaba aún, no sabía desde dónde llamar para que no le agobiaran, para que no le apremiaran ni espieran a través de la puerta. Pero si buscaba una cabina aislada y tranquila se notaría más. ¿No sería mejor llamar rodeado de una multitud más densa, siempre que la cabina fuera hermética, de obra? Qué estupidez ir en taxi y tener al chófer por testigo. Revolvió una vez más el

bolsillo buscando los quince *cópeks* con la esperanza de no hallarlos. En ese caso, como es natural, lo aplazaría.

En el semáforo de Ojotn y Riad sus dedos tentaron y extrajeron a la vez dos monedas de quince *cópeks*. O sea, había que hacerlo.

Pareció tranquilizarse. Peligrosa o no, era la única decisión que podía tomar.

¿Acaso es de hombres andar siempre temeroso?

Sin que Innokenti lo hubiera decidido, estaba pasando por Mojovaya, precisamente ante la embajada. Era el destino. Se pegó al cristal doblando el cuello, quería ver qué ventanas estaban iluminadas. No tuvo tiempo.

Dejaron atrás la universidad. Con una seña, Innokenti indicó hacia la derecha. Parecía dar un giro a su torpedo para colocarlo en mejor posición.

Irrumpieron en Arbat. Innokenti entregó dos billetes y siguió a pie por la plaza procurando mantener un paso medurado.

Tenía la garganta y la boca secas, con esa sequedad que ninguna bebida puede aliviar.

Arbat estaba ya completamente iluminado. Ante el Artístico había una densa cola para ver *Amor de bailarina*. Una ligera neblina azulada envolvía la M roja del metro. Una mujer morena, una meridional, vendía pequeñas flores amarillas.

En este momento, el condenado a muerte no veía el acorazado, pero una brillante desesperación dilatava su pecho.

Debía recordarlo: ni una palabra en inglés. Y mucho menos en francés. No debía dejar a los sabuesos ni una pluma ni una cola. Innokenti caminaba muy erguido, ahora sin ningún apresuramiento. Una muchacha levantó los ojos al cruzarse con él.

Y otra. Muy bonita. Deséame salir bien librado.

¡Qué ancho es el mundo y cuántas posibilidades ofrece! Pero a ti no te queda nada fuera de este desfiladero.

Una de las cabinas exteriores de madera se encontraba vacía, pero al parecer tenía el cristal roto. Innokenti siguió adelante, hacia el metro.

Allí, las cuatro cabinas incrustadas en la pared estaban ocupadas. En la de la izquierda, sin embargo, un tipo de aspecto vulgar, algo achispado, terminaba de hablar y colgaba ya el auricular. El tipo sonrió a Innokenti y quiso decirle algo. Innokenti le sustituyó en la cabina. Con una mano tiró cuidadosamente de la gruesa puerta vidriada y la mantuvo cerrada; con la otra, temblorosa, enguantada, dejó caer la moneda y marcó el número.

Después de largas señales, levantaron el auricular.

—¿El secretariado? —preguntó alterando la voz.

—Sí.

—Le ruego que me ponga urgentemente con el embajador.

—Al embajador no se le puede molestar —le respondieron en un ruso impecable—. ¿De qué se trata?

—En este caso, póngame con el encargado de negocios. ¡O con el agregado militar! ¡No se demore, se lo ruego!

En el otro extremo reflexionaban. Innokenti se prometió que, si rehusaban ponerle, dejaría así la cosa, no lo intentaría por segunda vez.

—Está bien, le pongo con el agregado.

Establecieron la conexión.

Tras los cristales, más allá de las cabinas, pasaban los transeúntes, se apresuraban, se adelantaban unos a otros. Alguien se aproximó y se puso a esperar ante la cabina de Innokenti dando muestras de impaciencia.

Con fuerte acento extranjero, una voz satisfecha, indolente, dijo por el auricular:

—Diga. ¿Qué desea?

—¿El señor agregado militar? —preguntó bruscamente Innokenti.

—*Yes, aviation* —soltó la voz desde el otro extremo.

¿Qué podía hacer? Innokenti puso la mano como pantalla y argumentó en voz baja pero decidida:

—¡Señor agregado de aviación! Le ruego que tome nota y se la pase urgentemente al embajador...

—Espere un momento —le respondieron sin prisas—. Voy a llamar al intérprete.

—¡No puedo esperar! —se enardeció Innokenti. (¡Ni siquiera se contenía lo suficiente para alterar la voz!)—. ¡No hablaré con ningún soviético! ¡No cuelgue! ¡Se trata del destino de su país! ¡Y no sólo de su país! Escuche: uno de estos días, el agente soviético Gueorgui Koval, de Nueva York, recibirá, en una tienda de piezas de radio situada en...

—Le comprendo mal —replicó tranquilamente el agregado. Cómo no, estaba sentado en un blando sofá y nadie le perseguía. Se oía una animada charla femenina al fondo de la habitación—. Llame *in* el consulado *of* Canadá, allí comprenden muy bien el ruso.

El suelo de la cabina ardía bajo los pies de Innokenti, el negro auricular, con su pesada cadena de acero, se fundía en sus manos. ¡Pero una sola palabra extranjera podía perderle!

—¡Oiga! ¡Oiga! —exclamó desesperado—. Dentro de unos días, un empleado de la embajada soviética, llamado Koval, recibirá en una tienda de aparatos de radio importantes piezas para fabricar una bomba atómica...

—¿Cómo? ¿En qué avenida? —se sorprendió el agregado, y empezó a reflexionar—. ¿Y cómo sé que usted decir verdad?

—¿No comprende a lo que me expongo? —restalló Innokenti.

Al parecer, a su espalda golpeaban el cristal. El agregado callaba, quizá daba una chupada al cigarrillo.

—¿Una bomba atómica? —repitió incrédulo—. ¿Quién es usted? Deme su nombre.

Se oyó un chasquido sordo en el auricular, seguido de un silencio de algodón, sin susurros ni tintineos.

Habían cortado la línea.

En ciertas entidades uno tropieza en la puerta con un letrerito luminoso, oscuro y purpúreo: «Privado». O, al estilo moderno, con una grave tablilla de cristal: «Queda rigurosamente prohibida la entrada a toda persona ajena a la empresa». O bien con un imponente cancerbero que, sentado tras una mesita, controla los pases. Y tras aquella puerta inaccesible, como en todo lo prohibido, uno imagina váyase a saber qué.

Y no obstante, lo que hay es el mismo pasillo de antes, quizá más limpio. Discurre por su centro el flujo de una alfombra de esa tela roja de la administración. El parquet aparece razonablemente raspado. Y razonablemente distribuidas las escupideras.

Pero está desierto. Nadie va de una puerta a otra. Y las puertas están forradas con piel negra hinchada por el relleno, con ribetes blancos y un acristalado óvalo con un número. Los que trabajan en una de estas oficinas conocen menos los acontecimientos de la oficina contigua que las novedades que corren por el mercado de la isla de Madagascar.

En este mismo anochecer de diciembre, algo sombrío y tibio, dos tenientes estaban de guardia en la Central Telefónica de Moscú, en uno de esos pasillos reservados, en una de esas estancias inaccesibles, la conocida con el n.º 194 por el jefe de la casa, y con el nombre de «Puesto A-1» por la XI Sección del VI Departamento del MGB^[1]. Los dos tenientes, claro está, no iban de uniforme sino de paisano: era más adecuado para entrar y salir del edificio de la Central Telefónica.

Una de las paredes estaba cubierta de tableros y paneles de señales luminosas, donde destacaba el negro del plástico y el brillo metálico de los equipos de escucha telefónicos. De otra pared colgaba un papel gris con unas instrucciones detalladas.

Estas instrucciones contemplaban y prevenían todos los casos posibles de infracción e incumplimiento en el cometido de escuchar y anotar las conversaciones de la embajada norteamericana y, a tenor de las mismas, allí debían trabajar dos hombres: uno de ellos debería escuchar continuamente, sin quitarse los auriculares; el segundo no abandonaría la habitación como no fuera para ir al lavabo, y reemplazaría a su compañero cada media hora.

Trabajando con estas instrucciones era imposible equivocarse.

Pero la trágica contradicción entre la perfección ideal de los organismos estatales y la mísera imperfección humana hizo que esta vez las instrucciones fueran infringidas. No porque los tenientes de guardia fueran novatos, sino precisamente porque tenían experiencia y sabían que nunca sucede nada especial. Y menos la víspera de la Navidad occidental.

Uno de ellos, el teniente Tiukin, que ostentaba una gran nariz, tenía clase de política el lunes, y

no dejarían de preguntarle «quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas», por qué en el Segundo Congreso había que distanciarse de ellos, cosa muy acertada, en el Quinto Congreso ir a la unificación, lo que de nuevo resultaba acertado, y en el Sexto Congreso cada uno por su lado, decisión acertada una vez más. Por nada del mundo Tiukin se hubiera puesto a estudiar en sábado, pues desconfiaba recordar lo leído; el domingo se había comprometido a empinar el codo con el marido de su hermana después del servicio, y el lunes esas fruslerías aún le entrarían menos en la cabeza con la resaca. El responsable del partido se lo había advertido y amenazaba con citarle ante el Comité. Sin embargo, lo principal no era la respuesta oral sino la presentación de un resumen escrito. Tiukin no había encontrado tiempo para hacer este resumen en toda la semana, y hoy lo había estado aplazando todo el día. Ahora, sin embargo, había pedido a su compañero que de momento trabajara sin sustituciones e, instalado en un rincón junto a la lámpara de sobremesa, iba copiando en su cuaderno ora un párrafo ora otro del *Curso abreviado*.

Aún no habían encendido la luz del techo. Una lámpara iluminaba los magnetófonos. El teniente Kuleshov, de cabello rizado y rechoncho mentón, permanecía en el asiento escuchando con los auriculares. Por la mañana, los norteamericanos habían encargado unas compras, pero después de la comida la embajada parecía dormida, ni una sola llamada.

Después de largo rato en esta posición, a Kuleshov se le ocurrió echar una mirada a los abscesos de su pierna izquierda. Por causas desconocidas, le salían continuamente nuevos granos y, aunque se los untaba con mercromina, zinc o estreptomicina, los granos no cicatrizaban, sino que se agrandaban bajo la costra. El dolor empezaba a molestarle al andar. En la clínica del MGB le habían inscrito en la consulta de un especialista. Kuleshov había obtenido recientemente una nueva vivienda, y su esposa esperaba un hijo, pero los forúnculos envenenaban una vida tan bien arreglada.

Kuleshov se quitó los opresivos auriculares y se trasladó a un sitio más cómodo, bajo la luz. Se remangó la pernera izquierda del pantalón y de los calzoncillos largos, y empezó a tantear con cuidado las costras y a romper sus bordes. Si las oprimía, rezumaban un icor pardo. El dolor era tan grande que repercutía en la cabeza y se apoderaba de su atención. Por primera vez se le ocurrió la idea de que aquello no eran forúnculos sino... sino... Le vino a la memoria una terrible palabra que oyera en otro tiempo en alguna parte: ¿gangrena?... y también otro nombre...

Por eso tardó en advertir que las bobinas del magnetófono giraban silenciosamente, conectadas por el automático. Sin sacar la pierna desnuda de su punto de apoyo, Kuleshov alcanzó los auriculares, se acercó uno a la oreja y oyó:

—¿Y cómo sé que usted decir verdad?

—¿No comprende a lo que me expongo?

—¿Una bomba atómica? ¿Quién es usted? Deme su nombre.

¡¡UNA BOMBA ATOMICA!! Cediendo a un impulso tan inconsciente como el de agarrarse, cuando uno va a caerse, Kuleshov arrancó la clavija del panel de conmutaciones desconectando los teléfonos. Sólo entonces cayó en la cuenta de que, infringiendo las instrucciones, no había localizado el número del abonado.

Su primer movimiento fue volver la cabeza. Tiukin pergeñaba a toda prisa su resumen y no había visto nada. Tiukin era un amigo, pero Kuleshov tenía la obligación de controlar a Tiukin, y por lo tanto este tenía la obligación de controlarlo a él.

Con dedos temblorosos, Kuleshov rebobinó la cinta no sin conectar el magnetófono de emergencia a la red de la embajada. Primero pensó borrar la grabación y ocultar su fallo, pero acto seguido recordó que las grabaciones del puesto se duplicaban con una grabación automática en otro lugar, el jefe lo había dicho más de una vez, por lo que abandonó su absurda idea. Se duplicaba, naturalmente, y por ocultar semejante conversación le fusilaban a uno.

La cinta estaba rebobinada. Conectó la reproducción. El criminal tenía mucha prisa, estaba inquieto. ¿Desde dónde podía hablar? Naturalmente, no sería desde una casa particular. Y difícilmente desde su lugar de trabajo. Para llamar a las embajadas siempre procuran hacerlo desde una cabina.

Kuleshov desplegó la lista de las cabinas públicas y llamó apresuradamente a un número de teléfono, el de la escalera de la estación de metro Sokolniki.

—¡Guenka! ¡Guenka! —llamó con voz ronca bajándose la pernera del pantalón—. ¡Emergencia! ¡Llama a la Sección Operativa! ¡Quizás aún puedan agarrarlo!

—¡Nuevos!

—¡Han llegado presos nuevos!

—¿De dónde venís, camaradas?

—Amigos, ¿de dónde venís?

—¿Qué lleváis en el pecho y en la gorra? ¿Qué son esas manchas?

—Ahí estaban nuestros números. Y también en la espalda, y en la rodilla. Cuando nos sacaron del campo de concentración nos los arrancaron.

—¿Qué quiere decir eso de «números»?

—¡Señores, por favor, en qué siglo vivimos! ¿Números en las personas? Lev Grigórich, permítame preguntarle si esto es signo de *progreso*.

—No generalice, Valentulia, mejor váyase a cenar.

—¡Cómo voy a cenar si hay lugares donde la gente lleva números en la frente!

—¡Amigos! La segunda quincena de diciembre darán nueve paquetes de Bielomor por cabeza.

Es una oportunidad. ¡Al ataque!

—¿Es Bielomor Yava o Bielomor Dukat?

—Mitad y mitad.

—Qué canallas, nos inundan de Dukat. Me quejaré al ministro, lo juro.

—¿Y qué monos son esos? ¿Por qué parecéis todos paracaidistas?

—Han impuesto ese uniforme. Antes nos daban vestidos de lana y abrigos de paño, pero ahora nos aprietan las clavijas, esos perros.

—¡Fijaos, presos nuevos!

—Han llegado presos nuevos.

—¡Eh! ¡Guapos! ¿No habéis visto nunca presidiarios de carne y hueso? ¡Llenan todo el pasillo!

—¡Bah! ¡A quién estoy viendo! ¡Dof-Donski! ¿Pero dónde has estado, Dof? ¡En el 45 te estuve buscando por toda Viena, por toda Viena te estuve buscando!

—Y van andrajosos, sin afeitar. ¿De qué campo de concentración venís, amigos?

—De diferentes campos. De Rechlag...

—... de Dubrovlag...

—Hace nueve años que estoy preso y no creo haber oído hablar de tales campos.

—Son nuevos, son los *osoblag*^[2]. Aparecieron después de 1948.

—A mí me pescaron a la salida del Prater de Viena, me pillaron y al *cuervo*[§]

—Espera Mitiok, deja que escuchemos a los nuevos...

—¡A pasear! ¡A pasear! ¡Al aire libre! Lev interrogará a los nuevos, no te preocupes.

—¡Segundo turno! ¡A cenar!

—Oziorklag, Luglag, Steplag, Kamyshlag...

—Cabe suponer que en el MVD^[3] hay un poeta incomprendido. Le falta cuerda para un poema y no se decide a versificar, pero da nombres poéticos a los campos de concentración.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso, señores, qué gracioso! ¿En qué siglo vivimos?

—¡Silencio, Valentulia, silencio!

—Dispense, ¿cómo se llama usted?

—Lev Grigórich.

—¿También es ingeniero?

—No, soy filólogo.

—¿Filólogo? ¿Tienen aquí hasta filólogos?

—Pregunte usted a quién *no* tienen aquí. Hay matemáticos, físicos, químicos, ingenieros en radio, ingenieros en telefonía, constructores, pintores, traductores, encuadernadores, e incluso trajeron a un geólogo por equivocación.

—¿Y qué hace el geólogo?

—No lo pasa mal, se ha buscado trabajo en el laboratorio fotográfico. Incluso hay un arquitecto. ¡Y qué arquitecto! El arquitecto particular del propio Stalin. Le ha construido todas sus dachas. Ahora está preso con nosotros.

—¡Lev! Te haces pasar por materialista, pero atiborras a la gente de alimento espiritual. ¡Atención, amigos! Cuando os lleven al comedor veréis las tres decenas de platos que hemos apartado para vosotros en la última mesa de la ventana. ¡Saciad la panza pero no reventéis!

—Muchísimas gracias, ¿pero por qué os priváis de ellos?

—No nos cuesta nada. ¡Quién comería ahora salazones de Mezen y gachas de mijo! Bazofia.

—¿Qué ha dicho? ¿Que las gachas de mijo son bazofia? ¡Pues yo hace cinco años que no veo gachas de mijo!

—Quizá no sean de mijo. ¿No serán de magar?[§]

—Está usted loco. ¡De magar! ¡Que intenten darnos magar! Les...

—¿Qué tal se come ahora en las prisiones de tránsito?

—En la prisión de Cheliabinsk...

—¿En Cheliabinsk-nuevo o en Cheliabinsk-antiguo?

—Por la pregunta veo que es un experto. En el nuevo...

—¿Continúan economizando los retretes y obligando a los presos a defecar en una *parashka*, y luego, con la cubeta a cuestas, tienen que bajar desde la segunda planta?

—Todo sigue igual.

—Ha dicho usted *sharashka*. ¿Qué significa *sharashka*?

—¿Qué cantidad de pan dan aquí?

—¿Quién no ha cenado todavía? ¡Segundo turno!

—Cuatrocientos gramos de pan blanco, y el negro está en las mesas.

—Perdone, ¿qué quiere decir «en las mesas»?

—Pues eso, en las mesas, cortado. Si quieres lo tomas, si no, lo dejas.

—Disculpe, ¿esto qué es? ¿Europa?

—¿Europa dice? En las mesas de Europa hay pan blanco y no negro.

—Sí, pero a cambio de esta mantequilla y de este Bielomor doblamos el espinazo doce y hasta catorce horas al día.

—¿Do-bla-mos el espinazo? ¡En un escritorio no se dobla nada! Dobla el espinazo aquel que maneja el zapapico.

—Qué diablos, estamos en esta *sharashka* como empantanados, apartados de la vida. ¿Habéis oído, señores? Dicen que ahora se persigue la delincuencia y que ni en Krasnaya Presnaya *se hace la calle*.

—A los profesores les dan cuarenta gramos de mantequilla, a los ingenieros veinte. Cada uno da según sus facultades, a cada uno se le da según las posibilidades.

—¿Así que usted trabajó en Dneprostroi?

—Sí, trabajé con Winter. Y por culpa de esta central hidroeléctrica me encuentro aquí.

—¿Cómo es eso?

—Pues verás, se la vendí a los alemanes.

—¿La central eléctrica? ¡Pero si la volaron!

—¿Y qué, que la volaran? Incluso volada, se la vendí.

—Palabra de honor, ¡es como una bocanada de aire fresco! ¡Los traslados! ¡Las etapas! ¡Los campos de concentración! ¡El movimiento! ¡Ah, si pudiera llegar hasta el Pacífico!

—¡Y volver, Valentulia, y volver!

—¡Sí! ¡Y volver cuanto antes, naturalmente!

—Sabe usted, Lev Grigórich, este aflujo de impresiones, este cambio de ambiente, hace que la cabeza me dé vueltas. He vivido cincuenta y dos años, he sanado de una enfermedad mortal, me he casado dos veces con mujeres hermosas, he tenido hijos, he publicado obras en siete idiomas, me han concedido premios académicos, ¡pero nunca me sentí tan beatíficamente feliz como hoy! ¿Dónde he venido a parar? ¡Mañana *no* me harán marchar sobre agua helada! ¡Cuarenta gramos de mantequilla! ¡Pan negro en las mesas! ¡Los libros no están prohibidos! ¡Puedo afeitarme yo mismo! ¡Los carceleros no pegan a los presos! ¿Qué gran día es ese? ¿Qué cumbre luminosa es esa? ¿Me habré muerto? ¿Lo estaré soñando? ¡Se me antoja que estoy en el paraíso!

—No, respetable amigo, continúa estando en el infierno, pero ha ascendido a su mejor y más alto círculo, al primer círculo. ¿Me preguntaba qué era la *sharashka*? La *sharashka*, si quiere usted, la inventó Dante. Se devanaba los sesos pensando dónde colocar a los antiguos sabios. Su deber de cristiano le ordenaba arrojar a esos paganos al infierno. Pero la conciencia de un renacentista no podía aceptar que tan ilustres varones se mezclaran con los demás pecadores y fueran sometidos a castigos corporales. Y Dante ideó para ellos un lugar especial en el infierno. Permítame... suena aproximadamente así:

Surgió ante mí un alto castillo...

¡... ved qué bóvedas tan antiguas!

Rodeado siete veces por magníficas murallas...

Por siete puertas conduce el sendero al interior...

... entraste en un *cuervo*, por eso no viste las puertas...

Había hombres de cara imponente,

De mirada pausada y tranquila...

De rasgos ni alegres ni severos...

Y pude ver que una respetable

E ilustre muchedumbre se mantenía aparte...

Dime, ¿quiénes son esos hombres venerables

Diferentes de la turba que les rodea?

—Eh, eh, Lev Grigórich, yo le explicaré de un modo muchísimo más accesible a *Herr Professor* lo que es la *sharashka*. Hay que leer los editoriales del *Pravda*: «Está demostrado que la alta producción de lana depende de cómo se alimente y se cuide a la oveja».

Tenían un árbol de Navidad: una rama de pino clavada en la raja de un taburete. Una guirnalda de coloridas bombillas de bajo voltaje lo rodeaba dos veces y enviaba hacia abajo sus cables lechosos de cloruro de vinilo hasta un acumulador que había en el suelo.

El taburete estaba colocado en el paso entre dos literas de dos pisos, en un extremo de la estancia, y uno de los colchones superiores daba sombra a todo el rincón, y al diminuto abeto, protegiéndolo de la viva luz de las lámparas del techo.

Seis hombres vestidos con gruesos monos de paracaidista permanecían de pie ante el abeto con la cabeza inclinada escuchando a uno de ellos, al brioso Max Adam, que rezaba una oración de la Navidad protestante.

En la gran sala, estrechamente ocupada por esas literas dobles, de pies soldados, no había nadie más: después de la cena y de la hora de paseo, todos se habían marchado a su trabajo nocturno.

Max terminó la oración y los seis hombres se sentaron. Cinco de ellos se sentían invadidos por la agridulce sensación de la patria, de su país sólido y bien organizado, de su dulce Alemania bajo cuyos techos de tejas resultaba tan emocionante y luminosa esta fiesta principal del año. El sexto, un hombre corpulento de ancha y negra barba, era judío y comunista.

Las ramas de la paz y los látigos de la guerra habían unido el destino de Lev Rubin a Alemania.

En tiempos de paz había sido filólogo germanista. Hablaba un irreprochable y moderno *hoch-Deutsch*, y en caso de necesidad recurría al habla alemana media, antigua o superior. Recordaba sin esfuerzo, como a amigos personales, a cuantos alemanes hubieran aparecido algún día en la prensa. Hablaba de las pequeñas ciudades del Rin como si hubiera recorrido más de una vez sus pulcras y sombreadas callejuelas.

Pero había estado sólo en Prusia, y además en el frente. Era comandante de la «sección de desmoralización de las tropas enemigas». Iba a los campos de prisioneros y pescaba a los alemanes que no querían permanecer tras el alambre de espino y aceptaban colaborar con él. Los sacaba de allí y les proporcionaba ciertas comodidades en una escuela especial. A unos los enviaba al otro lado del frente provistos de trinitrotolueno, marcos falsos, cartillas militares falsas y permisos falsos. Podían dinamitar puentes o podían volverse a casa y pasear en libertad hasta que los capturaran. A otros les hablaba de Goethe y de Schiller, discutía con ellos los textos más convincentes para los camiones de propaganda con el fin de que sus hermanos combatientes

volvieron las armas contra Hitler. A los ayudantes más capacitados ideológicamente, a los que mejor podían asimilar el paso del nazismo al comunismo, los traspasaba a diferentes «comités de liberación» alemanes, donde se preparaban para la futura Alemania socialista. A los más simples, a los más *soldados*, Rubin se los llevó con él un par de veces, en las postrimerías de la guerra: atravesaron la descompuesta línea del frente y ocuparon algunos puntos fortificados utilizando sólo la persuasión, y ahorrando así el esfuerzo a los batallones soviéticos.

No obstante, habría sido imposible convencer a los alemanes sin injertarse en ellos, sin amarlos, y —cuando Alemania estuvo vencida— sin compadecerlos. Por esta razón Rubin fue a parar a la cárcel: los enemigos que tenía en la Dirección le acusaron de hacer campaña —después de la ofensiva de enero de 1945— contra el eslogan «ojo por ojo, diente por diente».

Algo había de esto, y Rubin no lo negaba, pero todo era inconmensurablemente más complejo de cómo habría podido publicarse en la prensa o de lo que figuraba en el acta de acusación.

Juntaron dos mesitas de noche ante el taburete donde resplandecía la rama de pino y formaron una especie de mesa. Empezó el festín: conservas de pescado (había quien compraba para los presos en las tiendas de la capital a cuenta de sus peculios personales), un café que se estaba enfriando y una tarta casera. Se entabló una comedida conversación. Max la encauzó hacia temas pacíficos: los antiguos usos populares, las tiernas historias de la noche de Navidad. El estudiante vienés Alfred —no terminó la carrera de física—, que llevaba gafas, pronunciaba graciosamente las palabras al modo austríaco. El joven Gustav, de cara redonda y orejas transparentes como las de un lechón, miembro de las Juventudes Hitlerianas (hecho prisionero una semana después de terminar la guerra), casi no se atrevía a intervenir en la conversación de los mayores y miraba con ojos desorbitados las bombillitas navideñas.

Y, pese a todo, la conversación descarriló. Alguien recordó la Navidad del 44, cinco años atrás, cuando la ofensiva de las Ardenas, de la que los alemanes se sentían unánimemente orgullosos como de una gesta de la Antigüedad: los vencidos perseguían a los vencedores.

Y recordaron que aquella Nochebuena Alemania había escuchado a Goebbels.

Mesándose un mechón de su dura barba negra, Rubin asintió. Recordaba el discurso. Fue un éxito. Goebbels habló con toda la fuerza de su alma, como si cargara sobre sí todas las penalidades que habían caído sobre Alemania. Probablemente, presentía ya su fin.

El Obersturmbahnführer de las SS, Reinhold Simmel, cuya larga figura apenas cabía entre las mesitas de noche y las literas, no apreció la fina cortesía de Rubin. Le resultaba insoportable la idea misma de que aquel judío se atreviera a opinar sobre Goebbels. Nunca se habría rebajado a sentarse a la misma mesa de haber tenido el valor de renunciar a la velada de Navidad con sus compatriotas. Pero los demás alemanes querían que Rubin estuviera con ellos. Para la pequeña colonia alemana, metida en la jaula de oro de la *sharashka*, perdida en el corazón del salvaje desorden de la Moscovia, el único amigo, el único hombre a quien podían comprender, era aquel comandante del ejército enemigo que durante toda la guerra había estado sembrando entre ellos la discordia y la ruina. Sólo él podía explicarles los usos y costumbres de las gentes de aquí, aconsejarles cómo actuar, o traducirles del ruso noticias internacionales frescas.

Con la evidente intención de expresarse del modo más hiriente para Rubin, Simmel dijo que en

el Reich había centenares de oradores deslumbrantes. ¿Por qué los bolcheviques habían determinado preparar los textos por anticipado, y leer los discursos sin levantar los ojos del papel?

El reproche era tan ofensivo como justo. Y Rubin no iba a explicarle a un enemigo, a un asesino, que la elocuencia existía en nuestro país, ¡y qué elocuencia!, pero que la habían exterminado los comités del partido. A Rubin Simmel le repugnaba, pero nada más. Lo recordaba de cuando era un recién llegado a la *sharashka* después de muchos años de encierro en Butyrki: una crujiente chaqueta de piel en cuya manga se adivinaban los galones arrancados de miembro civil de las SS, la peor especie de SS. Ni la cárcel había podido dulcificar la expresión de arraigada crueldad en la cara de Simmel. Si a Rubin le resultaba desagradable asistir a esta cena de hoy era por Simmel. Pero los demás se lo habían pedido muy encarecidamente, y Rubin sentía lástima de ellos, solitarios y perdidos en aquel lugar, de modo que no podía amargarles la fiesta con su negativa.

Ahogando el deseo de estallar, Rubin tradujo el consejo de Pushkin: no juzgar a nadie por encima de sus botas.

El pragmático Max se apresuró a cortar la creciente discusión: él, Max, bajo la dirección de Lev, ya empezaba a deletrear a Pushkin en ruso. ¿Por qué Reinhold se había servido tarta sin nata? ¿Dónde había estado Lev aquella lejana Nochebuena?

Reinhold tomó también nata. Lev recordó que había pasado el mencionado día en el campo de operaciones de Narev, cerca de Rozhan, en su refugio.

Y del mismo modo que los cinco alemanes recordaban hoy su Alemania destrozada y pisoteada, adornándola con los mejores colores del espíritu, también renacieron en Rubin los recuerdos, primero del campo de operaciones de Narev y luego de los húmedos bosques de Ilmen.

Las bombillitas de colores se reflejaban en los emocionados ojos de los hombres.

También hoy preguntaron a Rubin qué noticias había. Pero a este le incomodaba dar una panorámica de lo sucedido en diciembre. En realidad, no podía permitirse informar como un hombre ajeno al partido, renunciar a la esperanza de reeducar a aquellas personas. Tampoco podía persuadirles de que nuestro complicado siglo exigía que la verdad del socialismo a veces se abriera paso por caminos deformes que daban rodeos. Por eso debía elegir para ellos, y para la Historia (como inconscientemente los elegía también para sí mismo), sólo aquellos sucesos que confirmaban el anunciado camino real, y despreciar aquellos otros que torcían poco menos que a la marisma.

Pero en diciembre, precisamente, no parecía haber sucedido nada positivo fuera de las conversaciones chino-soviéticas, por lo demás muy dilatadas, y del septuagésimo cumpleaños del Amo. Hablar a los alemanes del proceso de Traicho Kostov, donde tan burdamente se había montado la comedia judicial, y donde a los corresponsales de prensa se les había entregado con retraso una falsa retractación escrita, según decían, por Kostov en la celda de los condenados, habría sido vergonzoso y no habría servido a sus fines educativos.

Por esta razón, Rubin se detuvo hoy sobre todo en la victoria histórico-universal de los comunistas chinos.

El benévolo Max escuchaba a Rubin y asentía con movimientos de cabeza. Sus ojos tenían un

aire inocente. Sentía afecto por Rubin, pero durante el sitio de Berlín empezó a no creerle demasiado. Además (Rubin no lo sabía), arriesgando la cabeza, en ratos perdidos empezó a fabricarse un aparato de radio en su laboratorio de ondas decimétricas, una miniatura que no tenía parecido alguno con un aparato de radio. Ahora escuchaba la BBC en alemán desde Colonia y había oído hablar no sólo de Kostov y de cómo había negado en pleno juicio las autoacusaciones que le arrancaran durante la investigación, sino también de la estrecha unión de los países atlánticos y del florecimiento de Alemania Occidental. Como es natural, lo había comunicado a los demás alemanes, y todos vivían con la sola esperanza de que Adenauer los sacara de allí.

Pero, ante Rubin, asentían con la cabeza.

Por lo demás, hacía rato que Rubin tenía que ausentarse, pues a él no le habían dispensado del trabajo nocturno de la jornada. Rubin elogió la tarta (el cerrajero Hildemut se inclinó halagado) y pidió disculpas a los reunidos. Los invitados lo retuvieron un poco, le agradecieron la compañía y él se la agradeció a ellos. Luego, los alemanes se dispusieron a cantar villancicos a media voz.

Rubin salió al pasillo tal como iba, llevando en la mano un diccionario mogol-finés y un pequeño tomo de Hemingway en inglés.

El pasillo era amplio, con el suelo de madera basta, sin pintar, carecía de ventanas, la luz eléctrica brillaba día y noche. Era el mismo pasillo donde una hora antes, durante el animado descanso de la cena, Rubin y otros amantes de las novedades habían interrogado a los nuevos presos llegados de los campos de concentración. Una de las puertas de este pasillo conducía a la escalera interior de la cárcel; las otras, a las correspondientes habitaciones-celda. Eran habitaciones porque en la puerta no había cerrojos, pero eran también celdas porque en las hojas de las puertas se habían practicado unas mirillas, unas ventanitas vidriadas. Estas mirillas, que nunca eran usadas por los celadores del lugar, se habían copiado de las cárceles auténticas a tenor del reglamento, pues, sobre el papel, la *sharashka* llevaba el nombre de «Prisión Especial n.º 1 del MGB».

A través de una mirilla de esas podía verse ahora, en una de las habitaciones, la Nochebuena de la colonia letona, que también había pedido permiso.

Los demás presos estaban en el trabajo y Rubin temía que lo detuvieran a la salida y lo llevaran ante el *oper*^s a escribir una justificación.

Ambos extremos del pasillo terminaban en una puerta que abarcaba toda su anchura: una de ellas, bajo un arco de medio punto, era de madera, tetraavalva, y daba al presbiterio de lo que fuera la iglesia del seminario, hoy día también habitación-celda; la otra, de dos hojas, cerrada y blindada hasta arriba, conducía al trabajo (los presos la llamaban «la puerta santa»).

Rubin se acercó a la puerta de hierro y llamó a la ventanilla. La cara del celador se arrimó al cristal por la parte opuesta.

La llave giró silenciosamente. El celador era de los indiferentes.

Rubin salió a la escalera principal del antiguo edificio, de doble tramo, y atravesó el descansillo de mármol ante dos afiligranados faroles antiguos que ya no se encendían. Entró luego en el pasillo de los laboratorios, en ese mismo primer piso, y empujó una puerta con el rótulo: «LABORATORIO DE ACUSTICA».

El laboratorio de acústica ocupaba una estancia de techo alto, espaciosa, con varias ventanas, desordenada y llena de muebles: aparatos de física sobre estantes de madera y montantes de aluminio vivamente blanco; bancos de trabajo; mesas y armarios de chapa nuevos, de fabricación moscovita; confortables escritorios que habían vivido ya lo suyo en el edificio de la firma berlinesa de Lorenz-Radio.

Grandes bombillas en globos esmerilados proporcionaban desde lo alto una luz difusa, agradable y clara.

En un alejado rincón de la estancia se elevaba, sin llegar al techo, una cabina acústica insonorizada. Por su forro exterior de simple arpillera atiborrada de paja, parecía a medio construir. La puerta, de setenta centímetros de grueso —vacía por dentro como las pesas de los payasos de circo— estaba ahora abierta con la cortina de lana echada encima para dejar que se aireara la cabina. Cerca de esta, la laca negra del panel-conmutador central mostraba el brillo bronceado de sus hileras de clavijas.

De espaldas a la cabina, una muchacha frágil, muy pequeña, de cara severa y exangüe, estaba sentada ante un escritorio con sus estrechos hombros arropados en un chal de lana de angora.

Las restantes personas de la sala, que llegarían a la decena, eran del sexo masculino y vestían monos azules idénticos. Iluminados por la luz del techo y por las manchas luminosas de las lámparas flexibles de sobremesa, traídas también de Alemania, estos hombres manipulaban, caminaban, golpeaban, soldaban, o permanecían sentados ante los bancos de trabajo o ante los escritorios.

Tres aparatos de radio de confección casera, sin caja, montados de cualquier manera sobre paneles de aluminio de ocasión, difundían por la estancia, de forma discordante, música de jazz, de piano, y canciones de los países de la Europa del Este.

Rubin caminó lentamente por el laboratorio hacia su mesa de trabajo, con el diccionario mogol-finés y el Hemingway en la mano caída. Pequeñas migas de tarta habían quedado atrapadas en su rizada barba negra.

Aunque a los presos les habían dado unos monos tallados del mismo patrón, cada cual lo llevaba a su manera. El de Rubin tenía un botón arrancado, la cintura floja, y un exceso de tejido colgando sobre el vientre. En su camino, un joven preso llevaba el mismo mono azul y parecía elegante: el cinturón de tela azul ceñía con las hebillas su fino talle, y en el pecho, en el escote del mono, podía verse una camisa de seda azul celeste, aunque descolorida por los muchos lavados,

pero cerrada con una corbata de colores vivos. El joven ocupaba toda la anchura del pasillo lateral al que se dirigía Rubin. Con la mano derecha agitaba levemente el soldador, conectado y ardiente; el pie izquierdo se apoyaba en una silla. El joven, acodado en su rodilla, observaba atentamente el esquema de radio de una revista inglesa abierta sobre la mesa. Al mismo tiempo canturreaba:

Boogie-woogie, boogie-woogie.
¡Samba! ¡Samba!

Rubin no podía pasar y permaneció un minuto inmóvil con rostro de afectada dulzura. El joven no pareció advertir su presencia.

—¿No podría recoger un poco su pata posterior, Valentulia?

Sin levantar la cabeza del esquema, Valentulia respondió machacando enérgicamente las frases:

—¡Lev Grigórich! ¡Desaparezca! ¡Esconda las uñas! ¿Por qué anda por ahí de noche? ¿Qué vienen a hacer aquí? —y levantó hacia Rubin unos ojos claros e infantiles muy asombrados—. ¿Para qué necesitamos aquí a un filólogo? ¡Ja, ja, ja! —pronunció espaciadamente—. ¡Usted no es ingeniero, qué vergüenza!

Estirando graciosamente sus carnosos labios en forma de tubo, como hacen los niños, Rubin ceceó:

—¡Hijito mío! Pero si hay ingenieros que están vendiendo agua mineral.

—¡Ese no es mi estilo! Soy un ingeniero de primera clase. ¡Tenlo en cuenta, muchachito! —cortó bruscamente Valentulia. Depositó el soldador sobre su soporte de alambre y se enderezó echando para atrás sus cabellos, móviles, flexibles, del mismo color que el pedazo de colofonia que descansaba sobre la mesa.

Valentulia tenía el frescor de la juventud, la piel de su rostro no estaba marcada por las huellas de la vida y sus movimientos eran infantiles. Era imposible creer que hubiera terminado la carrera antes de la guerra, hubiera soportado el cautiverio alemán, hubiera estado en Europa y llevara ya cinco años de prisión en su patria.

Rubin suspiró:

—Sin un informe legalizado de su *boss* belga, nuestra administración no puede...

—¿De qué informe me está hablando? —Valentín fingió una indignación muy convincente—. ¡Está sencillamente atontado! Piénselo usted mismo: ¡me gustan locamente las mujeres!

La pequeña muchacha severa no pudo contener una sonrisa.

Cerca de la ventana, hacia donde debía abrirse paso Rubin, otro preso había abandonado el trabajo y escuchaba a Valentín con aire alentador.

—Al parecer, sólo teóricamente —respondió Rubin con el movimiento de quien mastica por aburrimiento.

—¡Y además me gusta locamente despilfarrar el dinero! Piénselo: para amar a las mujeres, ¡y siempre a mujeres diferentes!, se necesita mucho dinero. ¡Y para tener mucho dinero hay que ganar mucho! ¡Y para ganar mucho, si uno es ingeniero, hay que dominar brillantemente su

especialidad! ¡Ja, ja! ¡Se pone pálido!

La cara provocadora de Valentulia se levantó burlescamente hacia Rubin.

—¡Ah! —exclamó el preso de la ventana, cuyo escritorio estaba adosado frente por frente a la mesa de la pequeña muchacha—. Mira, Liovka, ahora sí he captado la voz de Valentulia. ¡La tiene *campanuda*! Lo anoto así, ¿eh? Una voz como esa se puede reconocer en cualquier teléfono. Y con las interferencias que sea.

Desplegó una gran hoja de papel en la que había unas columnas de nombres, una distribución en casilleros y una clasificación en forma de árbol.

—¡Ah, qué disparate! —se desentendió Valentulia cogiendo el soldador y haciendo salir humo de la colofonia.

El paso quedó libre. Rubin, camino de su sillón, se inclinó también sobre la clasificación de las voces.

Los dos la examinaban en silencio.

—Hemos avanzado considerablemente, Glebka —dijo Rubin—. Eso, en unión del *habla visible*, nos proporciona una buena arma. Tú y yo no tardaremos en comprender de qué depende una voz por teléfono... ¿Qué están retransmitiendo?

Lo que sonaba más fuerte en la estancia era el jazz, pero allí, en el antepecho de la ventana, dominaba un receptor de confección casera que emitía una ágil música de piano. En esta música había una melodía que emergía obstinadamente, desaparecía y de nuevo salía a la superficie. Gleb respondió:

—La sonata número diecisiete de Beethoven. No sé por qué, nunca he... Escucha.

Ambos se inclinaron hacia el receptor, pero el jazz no les dejaba oír bien.

—¡Valentain! —dijo Gleb—. Ceda por una vez. ¡Dé muestras de generosidad!

—Ya las he dado —gruñó aquel—. Os he montado el receptor. Os voy a desoldar la bobina y no la encontraréis más.

La pequeña muchacha arqueó sus severas cejas e intervino:

—¡Valentín Martínych! La verdad, resulta imposible escuchar tres receptores a la vez. Desconecte el suyo, ya ve que se lo están pidiendo.

(El receptor de Valentín estaba emitiendo precisamente un *fox* lento, y a la muchacha le gustaba mucho...).

—¡Serafima Vitalievna! ¡Es monstruoso! —Valentín tropezó con una silla vacía, la agarró al vuelo y empezó a gesticular como si se hallara en una tribuna—: ¿Cómo puede no gustarle el brioso y enérgico jazz a una persona sana y normal? ¡La están estropeando a usted con toda clase de antiguallas! ¿Será posible que no haya bailado nunca el Tango Azul? ¿Que no haya visto nunca el número de variedades de Arkadi Raikin? ¡Pero si usted no ha estado ni en Europa! ¿Dónde habrá podido aprender a vivir? Se lo aconsejo muy de veras: ¡necesita amar a alguien! —peroró por encima del respaldo de la silla sin observar la arruga amarga en los labios de la muchacha—. ¡A alguien, *ga depend*! ¡El resplandor de las luces nocturnas! ¡El frufú de los vestidos!

—¡Ya le viene nuevamente el *desfase*! —dijo Rubin inquieto—. ¡Hay que hacer uso de la autoridad!

Y él mismo, por la espalda de Valentulia, desconectó el jazz.

Este se volvió como si le hubieran pinchado:

—¡Lev Grigórich! ¿Quién le ha dado el derecho a...?

Frunció el ceño y quiso poner cara amenazadora.

Una vez liberada, la ágil melodía de la sonata número 17 fluyó en toda su pureza compitiendo ahora solamente con la burda cancioncilla que llegaba del lejano rincón.

La figura de Rubin aparecía relajada, su cara eran sus condescendientes ojos castaños y su barba con migas de tarta.

—¡Ingeniero Prianchikov! ¿Recuerda todavía la Carta del Atlántico? ¿Ha hecho testamento? ¿A quién ha dejado sus zapatillas de noche?

La cara de Prianchikov se puso seria. Miró límpidamente a los ojos de Rubin y preguntó en voz baja:

—Oiga, ¿qué diablos es eso? ¿Ni en la cárcel puede un hombre tener libertad? ¿Dónde, pues, podrá tenerla?

Le llamó uno de los montadores y se marchó muy abatido.

Rubin se dejó caer silenciosamente en su sillón, espalda contra espalda con Gleb, y se dispuso a escuchar. La emergente y sedante melodía, sin embargo, se cortó inesperadamente como un discurso interrumpido en mitad de una palabra: era el modesto y sencillo fin de la sonata número 17.

Rubin soltó un grosero taco sólo audible para Gleb.

—Deletrámelo, que no lo oigo —replicó este, siempre de espaldas a Rubin.

—Decía que nunca tengo suerte —respondió roncamente Rubin sin volverse tampoco—. Ya ves, me he perdido la sonata...

—Porque eres un desorganizado, ¡cuántas veces hay que repetírtelo! —refunfuñó el amigo—. Pero la sonata es muy, muy buena. ¿Has observado el final? Ni estruendo ni murmullo. Se ha cortado y basta. Como la vida... ¿Dónde has estado?

—Con los alemanes. Celebrando la Navidad —sonrió Rubin.

Así solían charlar, sin verse, con la nuca de uno casi sobre el hombro del otro.

—Magnífico —Gleb reflexionó—. Me gusta tu relación con ellos. Te pasas horas enseñándole el ruso a Max. Y en realidad tendrías motivos para odiarlos.

—¿Odiarlos? No. Pero se ha ensombrecido mi antiguo amor por ellos. Incluso ese dulce Max, que no es nazi, ¿no comparte cierta responsabilidad con los verdugos? En realidad no se opuso, ¿verdad?

—Bueno, como tú y yo no nos oponemos a un Abakumov ni a un Shishkin-Mishkin...

—Escucha, Gleb, a fin de cuentas no soy más judío que ruso, ¿verdad? Y no soy más ruso que ciudadano del mundo, ¿o no?

—Lo has dicho muy bien. ¡Ciudadano del mundo! Suena sin rabia, con pureza.

—Es decir, cosmopolita. Hicieron bien en meternos en la cárcel.

—Claro que hicieron bien. Aunque continuamente intentas demostrar lo contrario ante el Tribunal Supremo.

Desde el antepecho de la ventana el locutor prometió para dentro de medio minuto las «efemérides de la emulación socialista».

Durante este medio minuto, Gleb fue extendiendo la mano con calculada lentitud hacia el receptor. Luego, sin dejar que el locutor chistara una sola palabra, dio vuelta al botón del interruptor como si le retorciera el cuello.

Prianchikov estaba absorto en un nuevo problema. Mientras consideraba qué tipo de amplificador debía colocar, canturreaba despreocupadamente en voz alta:

Boogie-woogie, boogie-woogie.
¡Samba! ¡Samba!

Gleb Nerzhin, aunque de la misma edad de Prianchikov, parecía mayor.

Sus cabellos rubios, caídos hacia los lados, eran espesos, pero en sus ojos y en sus labios figuraban ya abanicos de arrugas, así como prolongados surcos en la frente. La piel del rostro, sensible a la falta de aire fresco, tenía un matiz marchito. Le envejecía especialmente el ahorro de movimientos, este prudente ahorro de que se sirve la naturaleza para conservar las fuerzas de los presos, agotadas en el campo de concentración. Ciertamente, en las condiciones libres de la *sharashka*, con dieta de carne y sin el agotador trabajo muscular, no había necesidad de ahorrar movimientos, pero Nerzhin, consciente del período de reclusión a que había sido condenado, procuraba asimilar este gasto calculado de sus movimientos y habituarse a él para siempre.

En aquel momento, sobre la gran mesa de Nerzhin los libros y carpetas formaban una barricada, y el espacio libre que quedaba en medio estaba ocupado igualmente por carpetas, textos mecanografiados, libros y revistas —rusos y extranjeros— colocados en posición abierta. Cualquier persona poco suspicaz que se acercara a la mesa vería en ella la instantánea del huracán del pensamiento investigador.

Y sin embargo, todo aquello era un *bluff*, Nerzhin montaba una *desinformación* por las noches, para el caso de una visita de los jefes.

En realidad, sus ojos no distinguían lo que tenía delante. Había descorrido la cortina de seda clara y contemplaba los cristales de la negra ventana. En las profundidades del espacio nocturno empezaban a distinguirse las dispersas e intensas luces de Moscú, y toda la ciudad, invisible tras la colina, iluminaba el cielo con una inabarcable columna de difusa luz blancuzca que daba a este un matiz pardo oscuro.

La silla especial de Nerzhin, cuyo flexible respaldo se acomodaba a cualquier movimiento de la espalda, su mesa también especial, con plisadas cortinillas colgantes como no se fabrican aquí, y el cómodo lugar que ocupaba frente a la ventana meridional, habrían delatado a Nerzhin —a toda persona que conociera la historia de esta institución— como uno de los fundadores de la *sharashka* de Marfino.

Se puso a la *sharashka* el nombre de Marfino por el pueblo de Marfino, que antaño estuvo allí pero que ya se encontraba dentro del perímetro de la ciudad desde hacía mucho tiempo.

La fundación de la *sharashka* tuvo lugar unos tres años atrás, una tarde de julio. Una decena y media de presos, sacados de los campos de concentración, fueron llevados al antiguo edificio de un seminario de los arrabales de Moscú previamente rodeado de alambre de espino. Aquellos

tiempos, que hoy la *sharashka* mencionaba con el nombre de «tiempos de Krylov», el célebre fabulista, eran recordados como una época bucólica. Se podía poner la BBC a todo volumen en los dormitorios de la cárcel (todavía no sabían interferiría); por las tardes se podía pasear a voluntad por la *zona*, tenderse en el rocío de una hierba que nadie segaba a pesar del reglamento (la hierba debía segarse a ras de tierra para que los presos no se arrastraran hasta el alambre de espino); y se podía contemplar, en fin, el espectáculo de las imperecederas estrellas, o bien el del percedero y sudoroso brigada del MVD, Zhvakun, cuando durante la guardia nocturna robaba las vigas destinadas a la reparación del edificio y se las llevaba a casa para leña pasándolas por debajo del alambre de espino.

Entonces, la *sharashka* no sabía aún lo que debía investigar científicamente. Se ocupaba de desembalar las innumerables cajas traídas de Alemania en tres convoyes ferroviarios; se apoderaba de cómodas mesas y sillas alemanas; clasificaba materiales de radio de ondas decimétricas, de acústica, anticuados y entregados con desperfectos; y descubría que los alemanes habían conseguido llevarse o destruir los mejores equipos y la documentación más nueva. Mientras, un capitán del MVD —que sabía mucho de muebles y poco de radio y de idioma alemán, y al que habían enviado a Alemania para cambiar el emplazamiento de la firma Lorenz-Radio— buscaba por los alrededores de Berlín unos muebles para los pisos moscovitas de sus jefes y para el suyo propio.

Ahora, hacía tiempo que se segaba la hierba y se abría la puerta del paseo sólo al sonar el timbre. La *sharashka* pasó de los dominios de Beria a los de Abakumov, y la obligaron a trabajar en la telefonía secreta. Esperaban agotar el tema en un año, pero hacía dos que se iba alargando, ensanchando, enmarañando, abarcando más y más cuestiones limítrofes, y en las mesas de Nerzhin y de Rubin la cosa había llegado al reconocimiento de voces por teléfono y al estudio de la voz humana y de la causa que la individualiza.

Al parecer, nadie se había ocupado antes de semejantes temas. En todo caso, no pudieron encontrar ninguna bibliografía anterior. Les dieron año y medio de plazo, luego medio año más, pero no habían avanzado mucho y ahora los plazos les caían encima.

Bajo la sensación de tan desagradable presión en el trabajo, Rubin se lamentó, siempre por encima del hombro:

—Creo que hoy no tengo humor para el trabajo...

—Impresionante —rezongó Nerzhin—. Según creo, sólo estuviste cuatro años combatiendo y apenas llevas cinco años completos entre rejas. ¿Ya te has cansado? Intenta conseguir unas vacaciones en Crimea.

Hicieron una pausa.

—¿Estás trabajando *en lo tuyo*? —preguntó Rubin en voz baja.

—Ajá.

—¿Y quién se ocupará de las voces?

—Debo confesar que contaba contigo.

—Qué coincidencia. Yo contaba contigo.

—No tienes conciencia. ¡Cuánta literatura has retirado de la Biblioteca Lenin con este

pretexto! Discursos de famosos abogados. Las memorias de Koni, *Trabajo del actor sobre sí mismo*. Y finalmente, perdiendo ya todo vestigio de vergüenza, ¡una investigación sobre la princesa Turandot! ¿Qué otro preso de todo el Gulag podría vanagloriarse de semejante colección de libros?

Rubin alargó sus gruesos labios en forma de tubo, con lo que su cara, como cada vez, adquirió un aspecto entre gracioso y estúpido.

—¿Qué curioso. ¿Con quién he leído en horas de trabajo todos estos libros, incluido el de la princesa Turandot? ¿No sería contigo?

—Yo haría ese trabajo. Hoy trabajaría abnegadamente. Pero hay dos circunstancias que me sacan de mis carriles laborales. En primer lugar, me atormenta la cuestión del suelo de madera.

—¿De qué suelo?

—En el puesto de Kaluga, la casa del MVD es semicircular, con una torre. Nuestro campo participó en su construcción, en el 45, y yo trabajé de ayudante del parquetista. Hoy me he enterado de que Reutmann vive en esa casa. Y me está atormentando la conciencia, bueno, la simple conciencia de creador, o si quieres es una cuestión de prestigio: ¿crujen mis suelos o no crujen? Porque si crujen significaría que se puso la madera de un modo chapucero. ¡Y soy impotente para corregirlo!

—Sí, eso es un drama,

—Propio del realismo socialista. Y en segundo lugar: ¿no es una canallada trabajar el sábado por la tarde sabiendo que el domingo sólo será fiesta para los que están libres?

Rubin suspiró:

—A esta hora, los libres ya se han dispersado por los lugares de diversión. Naturalmente, es una marranada bastante evidente.

—Pero ¿eligen los lugares de diversión convenientes? ¿Sacan más satisfacción de la vida que nosotros? Esa es otra cuestión.

Siguiendo la obligada costumbre de los presos, hablaban en voz baja, de modo que incluso Serafima Vitalievna, sentada frente a Nerzhin, no debía oírles. Ambos se habían ladeado ahora un poco: de espaldas a todo lo demás que había en la estancia, de cara a la ventana, a los faroles de la zona, a la torre de vigilancia que se adivinaba en la oscuridad, a las aisladas luces de los lejanos invernaderos y a la nebulosa y blancuzca columna de luz que llegaba al cielo procedente de Moscú.

Aunque matemático, Nerzhin no era ajeno a la lingüística. Por ello, a partir del día en que el sonido del habla rusa se convirtió en trabajo material del instituto de investigación científica de Marfino, emparejaron continuamente a Nerzhin con Rubin, el único filólogo que había allí. Hacía ya dos años que se sentaban espalda contra espalda doce horas al día. Desde el primer instante descubrieron que ambos habían estado en el frente; que ambos estuvieron juntos en el Frente Noroeste y juntos también en el Bielorruso; que ambos poseían el mínimo de condecoraciones «que requiere un caballero»; que ambos habían sido arrestados el mismo mes, por la misma Smersh^[4] y a tenor del mismo flexible «punto décimo»^[5]; que ambos fueron condenados a la decena (por lo demás, todos habían sido condenados a esa misma cantidad). Entre sus edades

había una diferencia de sólo seis años, y entre sus grados militares de sólo una unidad: Nerzhin era sólo capitán.

La buena predisposición de Rubin hacia Nerzhin se debía también a que este no se encontraba en la cárcel por haber sido prisionero de guerra de los alemanes, y por lo tanto no estaba contaminado por el espíritu antisoviético del extranjero: Nerzhin era un hombre nuestro, soviético, que se había pasado la juventud tragando libros hasta el embrutecimiento, y que a través de estos libros había llegado al descubrimiento de que, al parecer, Stalin deformaba el leninismo. Apenas tuvo tiempo de escribir esta conclusión en un pedazo de papel y ya lo habían arrestado. Destrozado por la cárcel y por el campo de concentración, Nerzhin, sin embargo, continuó siendo fundamentalmente *nuestro*, y por ello Rubin tenía la paciencia de escuchar sus enmarañados y absurdos pensamientos efímeros.

Continuaban mirando en la misma dirección, hacia la oscuridad.

Rubin soltó un chasquido con los labios:

—De todos modos, eres mentalmente pobre. Eso me preocupa.

—No tengo pretensiones a este respecto: en este mundo hay mucha inteligencia pero poca cosa buena.

—Toma, aquí tienes un buen libro, léelo.

—¿Trata también de pobres toros atormentados?

—No.

—¿De leones perseguidos, pues?

—¡Tampoco!

—Escucha, si no puedo entender a las personas, ¿de qué me sirven los toros?

—¡Debes leerlo!

—¡Yo no debo nada a nadie, recuérdalo! He pagado a todos mis deudas, como dice Spiridón.

—¡Me das lástima! ¡Es uno de los mejores libros del siglo xx!

—¿Me descubrirá realmente lo que todos debemos comprender? ¿Aquello en lo que la gente suele equivocarse?

—Es un escritor inteligente, bueno, infinitamente honesto, un soldado, un cazador, un pescador, un borracho y un mujeriego que tranquila y abiertamente desprecia toda falsedad, que reclama la sencillez, muy humano, genialmente ingenuo...

—Vete al diablo —se echó a reír Nerzhin—. Atiborras todas las orejas con tu jerga. He vivido treinta años sin Hemingway y aún viviré algunos más. Ya me han amargado bastante la vida. ¡Deja que me limite! Deja que vaya a alguna parte...

Y se volvió hacia su mesa.

Rubin suspiró. Continuaba sin encontrar en sí mismo las ganas de trabajar.

Empezó a contemplar el mapa de China, apoyado en un estante de su escritorio. En cierta ocasión había recortado aquel mapa de un periódico y lo había pegado en un cartón; el año pasado estuvo coloreando con un lápiz rojo los avances de las tropas comunistas, y ahora, después de la victoria total, lo había dejado de pie ante él para que en los momentos de desánimo y de cansancio le elevara la moral.

Hoy, sin embargo, una insistente tristeza oprimía el corazón de Rubin y ni siquiera el denso rojo de la victoriosa China podía con ella.

Por su parte, Nerzhin, pensativo, chupaba de vez en cuando el mango de plástico de su estilográfica e iba escribiendo con diminuta caligrafía que no parecía salida de una pluma sino de la punta de una aguja. En una hojita perdida en medio del camuflaje del trabajo oficial, anotó:

«Para un matemático, la historia del año 17 no contiene nada inesperado. Ya se sabe que a los 90 grados una tangente se eleva hacia el infinito para caer acto seguido en el abismo del menos infinito. Así también Rusia, después de elevarse hasta una libertad inaudita, se ha convertido ahora en la peor de las tiranías.

»Esto nadie lo consigue a la primera».

La gran sala del laboratorio acústico vivía su pacífica vida cotidiana. Zumbaba el motorcito de la fresa eléctrica. Se oían órdenes: «¡Conecta!», «¡Desconecta!». Por radio transmitían la pegajosa melodía sentimental de turno. Alguien pedía en voz alta una lámpara 6-K-7.

Aprovechando un momento en que nadie la veía, Serafima Vitalievna contemplaba atentamente a Nerzhin, que continuaba llenando el pedazo de papel con su escritura de aguja.

El *oper*, el comandante Shikin, le había encargado que vigilara a aquellos presos.

Tan menuda que resultaba difícil no llamarla por el diminutivo de Símochka, Serafima Vitalievna, teniente del MGB, llevaba una blusa anaranjada y se envolvía en un pañuelo de lana.

En aquel edificio, todos los colaboradores externos eran oficiales del MGB.

De acuerdo con la Constitución, los colaboradores externos gozaban de los más diversos derechos, incluido el derecho al trabajo. Sin embargo, este derecho tenía el límite de ocho horas diarias y no era trabajo de producción, sino que se reducía a la vigilancia de los presos. Por su parte, los presos, privados de todos los demás derechos, tenían en cambio un derecho más amplio al trabajo: doce horas al día. Los colaboradores externos de cada laboratorio debían cubrir esta diferencia horaria —de las seis de la tarde hasta las once de la noche, incluyendo el descanso de la cena— vigilando por turno el trabajo de los presos.

Hoy era el turno de Símochka. La pequeña muchacha, que parecía un pajarillo, era en este momento el único poder y la única autoridad en el laboratorio de acústica.

Según las instrucciones, debía vigilar que los presos trabajaran y no estuvieran ociosos, que no utilizaran el local de trabajo para fabricar armas o instrumentos de zapa, o que, aprovechando la abundancia de piezas de radio, no fabricaran transmisores de onda corta. A las once menos diez minutos debía guardar en una gran caja de caudales toda la documentación secreta de que disponían los presos y sellar la puerta del laboratorio.

No hacía siquiera medio año que Símochka terminara la carrera en el Instituto de Ingenieros de Transmisiones y fuera destinada, debido a su cristalino expediente, a este instituto de investigación científica codificado y especialmente secreto que los presos llamaban *sharashka* en su lenguaje simple e insolente. Los externos admitidos recibían al instante el grado de oficial, cobraban un salario doble en comparación con los ingenieros normales (por el grado, por el uniforme, por el equipo), y se les exigía fidelidad y vigilancia. Sólo en segundo término, conocimientos y práctica.

Esto a Símochka le venía como anillo al dedo. No sólo a ella, sino a muchas de sus amigas habían salido del Instituto sin sacar demasiados conocimientos de él. Los motivos eran muchos. Las chicas llegaban de la escuela sin saber matemáticas ni física (en las clases superiores había llegado hasta ellas un rumor: en el Consejo Escolar, el director reprendía a los profesores por los suspensos que ponían. De modo que, aunque no estudiaran en absoluto, les darían el título). Y en el Instituto, cuando había tiempo y se ponían a estudiar, las chicas se abrían paso en las matemáticas y en la radiotecnica como en un incomprensible e impenetrable bosque, ajeno a sus

almas. Cada otoño enviaban a los estudiantes a recoger patatas en los koljós durante un mes y aún más, por lo que debían pasarse el año asistiendo a clase ocho y hasta diez horas al día, y luego no quedaba tiempo para estudiar los apuntes. Los lunes había clase de política, durante la semana caía necesariamente alguna reunión, y en ocasiones era preciso hacer obras sociales, editar el «periódico mural», dar conciertos con fines benéficos; además, debían ayudar también en las tareas de la casa, ir de compras, lavarse, vestirse. ¿Y el cine? ¿Y el teatro? ¿Y el club? Si en la época estudiantil no podían divertirse, ir a bailar, ¿cuándo lo harían después? ¡No se nos da la juventud para devanarnos los sesos! Y, en los exámenes, Símochka y sus compañeras copiaban de gran cantidad de chuletas que escondían en lugares del vestido femenino inaccesibles a los varones, sacaban durante el examen la chuleta necesaria y una vez alisada la hacían pasar por un guión previo. Naturalmente, los examinadores habrían podido conocer fácilmente la inconsistencia de los conocimientos de sus alumnas mediante preguntas complementarias, pero ellos también estaban sobrecargados hasta el límite por las reuniones, las asambleas, los diversos planes y sistemas de informes al decanato y al rectorado, y les resultaba fatigosa una repetición de los exámenes. Además, les amonestaban con motivo del fracaso escolar, como en la industria por las piezas defectuosas, apoyándose en una cita, al parecer de Krupskaya^[6], en el sentido de que no hay malos estudiantes sino sólo malos maestros. Por esta razón, los examinadores no se esforzaban en buscar los fallos de los estudiantes; por el contrario, procuraban que el examen se desarrollara del modo menos complicado y rápido.

En los cursos superiores, Símochka y sus amigas comprendieron abatidas que no les gustaba su especialidad y que incluso les fastidiaba, pero ya era tarde. Y Símochka estaba inquieta: ¿qué le pasaría en el mundo profesional?

Mas he aquí que fue a parar a Marfino. Lo primero que le encantó fue que no le encargaran ningún trabajo independiente. Resultaba sobrecogedor, incluso para quien no fuera una chiquilla como ella, atravesar la *zona* de aquel aislado castillo de los alrededores de Moscú, donde una guardia escogida y un cuerpo de celadores vigilaban a destacados criminales de Estado.

Las instruyeron a todas juntas, a las diez muchachas que habían terminado sus estudios en el Instituto de Transmisiones. Les explicaron que habían ido a parar a un lugar peor que la guerra: aquello era el foso de las serpientes, donde un solo movimiento imprudente amenazaba con su perdición. Les contaron que allí se encontrarían con la escoria del género humano, con gente indigna del idioma ruso que, por desgracia, dominaban. Les previnieron de que esa gente era especialmente peligrosa porque no mostraba abiertamente sus dientes de lobo y llevaba siempre la máscara falsa de la amabilidad y la buena educación; si se les interrogaba sobre sus crímenes (¡lo que estaba rigurosamente prohibido!), soltaban mentiras astutamente urdidas para hacerse pasar por víctimas inocentes. Indicaron a las muchachas que tampoco ellas debían descargar todo su odio sobre aquellos canallas, sino que, a su vez, debían mostrar una amabilidad superficial, aunque sin entablar conversaciones al margen de las oficiales ni aceptar de ellos ningún encargo para el exterior. A la primera infracción, sospecha de infracción o posibilidad de sospecha de infracción, debían acudir corriendo al *oper*, el comandante Shikin.

El comandante Shikin, un hombre bajito de aire grave, con el pelo canoso en forma de cepillo

sobre su gran cabeza y unos pequeños pies calzados con zapatos de la medida de un adolescente, manifestó a este respecto el siguiente pensamiento: aunque él y otros hombres curtidos veían con perfecta claridad el interior viperino de aquellos malvados, entre unas chicas inexpertas como las recién llegadas podría encontrarse una cuyo humano corazón vacilara y se permitiera alguna infracción, por ejemplo proporcionar un libro de una biblioteca exterior (no dijo echar una carta, pues una carta, aunque fuera dirigida a cualquier María Ivánovna, inevitablemente tendría por destino el centro norteamericano de espionaje). El comandante Shikin se mostró edificante al rogar a las muchachas que, si veían la caída de una amiga, prestaran a la chica su ayuda de camarada, es decir, comunicaran sinceramente al comandante Shikin lo sucedido.

Al final de la charla, el comandante no les ocultó que toda relación con los presos se castigaba por el Código Penal, y que este código, como se sabe, era muy amplio e incluía penas de incluso veinticinco años de trabajos forzados.

Era imposible imaginar sin estremecerse el lúgubre futuro que les esperaba. A algunas muchachas incluso les brotaron lágrimas en los ojos. Pero entre ellas ya se había sembrado la desconfianza. Y al salir de estas instrucciones ya no hablaron de lo que habían oído, sino de otras cosas.

Más muerta que viva, Símočka siguió al comandante Reutmann y entró en el laboratorio de acústica, e incluso en los primeros momentos sintió deseos de fruncir el ceño.

Había pasado medio año desde entonces y Símočka había sufrido una extraña transformación. No, las negras artimañas del imperialismo no habían hecho vacilar sus convicciones. Continuaba admitiendo fácilmente que todos los presos que trabajaban en las demás salas eran sanguinarios malvados. Pero cada día, al encontrarse con la docena de presos del laboratorio acústico —lúgubrementemente indiferentes ante la libertad, ante su destino, ante sus sentencias de diez años y de cuarto de siglo—, al encontrarse con el licenciado en ciencias, con los ingenieros y montadores, diariamente preocupados sólo por su trabajo, un trabajo ajeno que no necesitaban, que no les reportaría ni un céntimo de salario, ni un granito de gloria, en vano se esforzaba en ver en estos hombres a los encarnizados bandidos internacionales que tan fácilmente descubría el espectador en el cine y que tan hábilmente cazaba nuestro contraespionaje.

Símočka no experimentaba terror ante ellos. No podía encontrar en sí misma ningún odio hacia ellos. Aquella gente sólo despertaba en ella un respeto incondicional por sus amplios conocimientos, por su firmeza para soportar las adversidades. Y aunque su deber de *komsomol*^[7] se lo indicaba a gritos, y aunque su amor a la patria la llamaba a denunciar al *oper* todas las infracciones y actos de los presos, eso, inexplicablemente, empezaba a parecerle a Símočka ruin e imposible.

Tanto más imposible aún en el caso de su vecino y colaborador más próximo, Gleb Nerzhin, que se sentaba frente a ella separado por dos mesas.

Durante todo el tiempo transcurrido, Símočka había trabajado estrechamente con él, pues la habían puesto bajo su mando para llevar a cabo experimentos sobre la «articulación». En la *sharashka* de Marfino era preciso evaluar continuamente la calidad de la audición de diversos circuitos telefónicos. Pese a la perfección de los aparatos, todavía no se había inventado uno que

señalara con una aguja esa calidad. Sólo la voz de un locutor leyendo sílabas, palabras o frases sueltas, y los oídos de quien escuchaba y captaba el texto al final del circuito sometido a prueba, podían dar una valoración, y salvando un cierto porcentaje de errores. Estos eran los experimentos que llevaban el nombre de «articulación».

Nerzhin se ocupaba —o debía ocuparse, según el proyecto de la superioridad— en la formulación matemática óptima de dichos experimentos. Estos se desarrollaban con éxito, y Nerzhin incluso había dedicado una monografía en tres tomos a su metodología. Cuando a Símochka y a él se les acumulaba mucho trabajo, Nerzhin determinaba con precisión el orden consecutivo de las acciones aplazables e inaplazables, tomaba disposiciones con seguridad, y al hacerlo su rostro se rejuvenecía, y Símochka, que imaginaba la guerra por lo que había visto en el cine, veía en aquellos momentos a Nerzhin con uniforme de capitán en medio del humo de las explosiones, con sus rubios cabellos ondeando al viento, gritando a la batería: «¡Fuego!», (la secuencia más repetida en las películas).

Sin embargo, Nerzhin necesitaba de esa rapidez para, una vez realizado el trabajo, poder abandonarse por más tiempo a la inactividad. Así se lo dijo una vez a Símochka: «Soy activo porque odio la actividad». «¿Y qué le gusta a usted?», preguntó la muchacha tímidamente. «Meditar», respondió él. Y efectivamente, cuando disminuía la racha de trabajo, permanecía sentado durante horas casi sin cambiar de posición, la piel de su rostro se tornaba grisácea, envejecía, mostraba los surcos de las arrugas. ¿Dónde estaba su aplomo? Se tornaba lento e indeciso. Pensaba largo rato antes de escribir algunas frases en sus notas de letra diminuta y aguda que Símochka había visto claramente sobre su mesa, también hoy, entre un alud de manuales técnicos y de artículos. Advirtió incluso que las metía en alguna parte del compartimento izquierdo de su mesa, pero no parecía meterlas en el cajón. Símochka se moría de curiosidad por saber qué escribía y para quién. Sin saberlo, Nerzhin se había convertido para ella en el hombre que concentraba toda su compasión y su admiración.

La vida sentimental de Símochka se había desarrollado hasta entonces con muy poca fortuna. No era hermosa: estropeaba su cara una nariz excesivamente larga, sus cabellos no eran espesos, crecían mal, y se reunían en la nuca en un mísero moño. La estatura de Símochka no era simplemente baja, sino desmedidamente pequeña, y su silueta era más propia de una pequeña colegiala que de una mujer adulta. Además, la muchacha era muy seria, poco dispuesta a las bromas y al juego frívolo, y esto tampoco atraía a los jóvenes. De modo que a los veintitrés años nadie la había cortejado todavía, nadie la había abrazado ni besado.

Recientemente, hacía aproximadamente un mes, algo no funcionaba en el micrófono de la cabina y Nerzhin llamó a Sima para que le ayudara a repararlo. La joven entró con el destornillador en la mano; en la estrechez sofocante e insonora de la cabina, donde apenas cabían dos personas, se inclinó sobre el micrófono, que Nerzhin estaba examinando, y al hacerlo, sin darse cuenta, rozó la mejilla de él con la suya. La rozó y quedó paralizada de horror: ¿qué iba a suceder ahora? Habría debido apartarse, pero continuaba examinando estúpidamente el micrófono. Aquel terrible minuto de su vida fue alargándose más y más, sus mejillas unidas ardían, ¡él no se movía! Luego, rodeó de pronto la cabeza de la joven y la besó en los labios. Una gozosa languidez

inundó todo el cuerpo de Símochka. En aquel instante, la muchacha no dijo nada ni del *komsomol* ni de la patria, sólo:

—¡La puerta no está cerrada!

Una fina y ondeante cortina azul los separaba del ruidoso día, de las personas que transitaban y charlaban por allí y que podían entrar y apartar la cortina. El preso Nerzhin no arriesgaba nada, a lo sumo diez días de calabozo. La joven arriesgaba su hoja de servicios, su carrera y posiblemente incluso su libertad, pero carecía de fuerzas para separarse de los brazos que echaban hacia atrás su cabeza.

¡Un hombre la besaba por primera vez en su vida!

Así, la cadena de acero forjada con la astucia de la serpiente se rompía por el eslabón fabricado con un corazón femenino.

—¿De quién es esta calva que me roza por detrás?

—Hijo mío, estoy de un humor lírico, pese a todo. Anda, charlemos un poco.

—En realidad, estoy ocupado.

—Vaya, ya está bien, ¡ocupado! Yo estoy destemplado, Glebka. Estuve ante este improvisado árbol de Navidad alemán, hablé un poco de mi refugio en el campo de operaciones del Pultusk septentrional y, toma, de pronto, se presentó el frente, y tan vivamente, tan dulcemente... Escucha, la guerra tiene, pese a todo, mucho de bueno, ¿verdad?

—Antes de que lo dijeras lo había leído en las revistas de los soldados alemanes, a veces caían en nuestras manos: purificación de las almas, *soldatentreue*...

—Bribón. Pero si quieres, hay en ello, con todo, un grano de verdad...

—Es algo que uno no puede permitirse. La ética taoísta dice: «Un arma es un instrumento de desgracia y no de nobleza. El hombre sensato vence a disgusto».

—¿Qué estoy oyendo? ¿Tú, tan escéptico, te has convertido al taoísmo?

—Todavía no está decidido.

—Primero he recordado a mis dos mejores alemanes. Juntos componíamos los pies de las viñetas de las octavillas: una madre abrazando a sus hijos, y también una llorosa y rubia Gretchen, que fue nuestra octavilla cumbre, con su texto poético.

—La recuerdo, recogí una.

—Y entonces todo afluyó de golpe... ¿No te he hablado nunca de Milka? Era una estudiante del Instituto de Lenguas Extranjeras, terminó la carrera en el 41 y la mandaron de intérprete a nuestra sección. Algo chatita, de movimientos vivos.

—Espera, ¿es la que vino contigo a recibir la capitulación de Graudenz?

—¡Ajá! Era una niña sorprendentemente vanidosa, le gustaba mucho que elogiaran su trabajo (y Dios nos libre de reñirla) y que la propusieran para una condecoración. ¿Recuerdas un bosque en el Frente Noroeste, más allá del Lobat, yendo de Rajlits a Novo-Svinujovo, al sur de Podtsepochie?

—Allí hay muchos bosques. ¿A este lado del Redya o al otro lado?

—A este lado.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues pasé un día entero vagando por ese bosque con ella. Estábamos en primavera... No era primavera, sino marzo: chapoteábamos en el agua, íbamos por los charcos con botas de cuero

artificial y la cabeza cubierta con una gorra de pieles húmeda de calor. Y además, sabes, ¡aquel aroma!, ¡aquel aire! Vagábamos como en un primer amor, como recién casados. ¿Por qué cuando una mujer es nueva para ti vuelves a vivirlo todo con ella desde el principio, te esponjas como un joven y... eh? ¡Era un bosque interminable! Raramente aparecía el débil humo de un refugio, o una batería del 76 en el calvero. Los rehuíamos. Y así vagamos hasta el anochecer, húmedo, rosado. La joven me había tenido en vilo todo el día. Y entonces, un Rama empezó a dar vueltas sobre nuestras posiciones. Y Milka tuvo este antojo: «No quiero que lo derriben, no lo odio. Si no lo derriban, de acuerdo, pasaremos la noche en el bosque».

—¡Era como entregarse! ¡Dónde se ha visto que nuestros antiaéreos acertaran a un Rama!

—Sí, todos los antiaéreos que había a este lado del Lobat, y también al otro lado, estuvieron una hora entera disparando sin acertar. Así pues... Encontramos un pequeño refugio vacío...

—¿En la superficie?

—¿Lo recuerdas? Exacto. En un año se habían construido muchos refugios como aquel, como madrigueras para animales.

—La tierra era allí tan húmeda que no se podía excavar.

—Claro. El interior estaba cubierto de pinaza, olía a troncos resinosos y a humo de fogatas anteriores, no había hornillo, se encendía el fuego sobre el suelo. En el techo había un agujero. Y, naturalmente, ninguna luz... Mientras ardía la hoguera, las sombras paseaban por las vigas... ¡Glebka! Qué vida, ¿eh?

—He observado una cosa en los relatos que se cuentan en la cárcel: cuando sale una doncella, todos los oyentes, yo mismo entre ellos, desean ardientemente que al final de la historia la doncella deje de serlo. Para los presos, este es el principal interés de la narración. ¿Hay en eso una búsqueda de la justicia universal? ¿No te parece? A través de los que ven, el ciego tiene que cerciorarse de que el cielo continúa siendo azul y la hierba verde. El preso tiene que creer que en el mundo, teóricamente, quedan aún bonitas mujeres vivas que se entregan a los afortunados. ¡Vaya hombre, qué noche te ha dado por recordar! Con una amante, en un refugio oliendo a resina, y encima en momentos de calma en el frente. ¡Te has reconstruido una buena guerra! Y tu esposa aquella noche había cambiado los vales de azúcar por un dulce sacaroso, pegajoso, aplastado, mezclado con el papel, y calculaba cómo dividir aquello entre sus hijas y en raciones de treinta días.

—Está bien, repróchame, repróchame... Un hombre, Glebka, no puede conocer a una sola mujer, significaría no conocer en absoluto a las mujeres. Empobrecería nuestro espíritu.

—¿Ahora incluso el espíritu? Alguien dijo: «Si has conocido bien a una sola mujer...».

—Tonterías.

—¿Y si son dos?

—Con dos tampoco se consigue nada. Sólo a través de muchas comparaciones se puede llegar a comprender algo. No es un vicio nuestro, ni un pecado, es un designio de la naturaleza.

—¡Volvamos a la guerra! En Butyrki, en la celda número setenta y tres...

—... la del primer piso, en el pasillo estrecho...

—... ¡Exacto! El joven moscovita Razvodovski, profesor de historia, recién ingresado en

prisión (naturalmente nunca había estado en el frente), intentaba ardorosa y persuasivamente demostrar con argumentos sociales, históricos y éticos que en la guerra hay también cosas buenas. En la celda había unos diez hombres, exsoldados nuestros y de Vlášov^[8], temerarios, cabezas calientes que habían combatido en todas partes, y se enfurecieron hasta el punto que por poco se comen vivo al profesor: ¡en la guerra no hay pizca de bueno! Yo escuchaba y callaba. Razvodovski tenía argumentos poderosos, había momentos en que me parecía que tenía razón, mis recuerdos también me sugerían cosas buenas a veces, pero no me atrevía a discutir con los soldados: algunas de las cosas en las que quería estar de acuerdo con el profesor civil eran *aquellas* que constituían la diferencia entre un artillero de cañones pesados, como yo, y unos soldados de infantería como ellos. Compréndelo, Lev, en el frente tú fuiste (excepto en la toma de aquella fortaleza) un verdadero *enchufado*, ya que no tuviste que seguir las normas del combate, esas que no se pueden infringir si no es bajo pena de muerte. Y yo fui también en parte un enchufado, pues no atacé personalmente ni hice levantar a mis hombres para atacar. Lo que pasa es que las cosas horribles se hunden en nuestra falaz memoria...

—Pero si yo no digo que...

—... y lo agradable emerge a la superficie. Pero un día como aquel, en que los Junkers en picado por poco me hacen pedazos cerca de Oriol, no puede por descontado recrear en mí ninguna satisfacción. No, Liovka, ¡la guerra dista mucho de ser buena!

—Yo no digo que sea buena, pero se recuerda con gusto. Así, también un día recordaremos con gusto los campos de concentración. Y los traslados.

—¿Las cárceles de tránsito? ¿La de Gorki? ¿La de Kírov? Vamos...

—Lo dices porque allí la administración te robó la maleta, por eso no quieres ser imparcial. Pero si alguno fue allí un personaje importante (almacenero o encargado de baños) y vivió maritalmente con una de la *sharashka*, contará a todo el mundo que no hay lugar mejor que una cárcel de tránsito. Ya sabes que, en general, el concepto de *felicidad* es un convencionalismo, una invención.

—Verdaderamente, la sabia etimología imprimió en el concepto un carácter de transitoriedad y de irrealdad. La palabra *schastie*, felicidad, procede de *es-chas*, es decir, esta hora, ¡este instante!

—¡No, maestro, disculpe usted! Consulte el diccionario Dahl. *Schastie* procede de *sochastie*, es decir, a cada uno su parte, la parte que le ha tocado, a cada uno la parte que ha arrancado de la vida. La sabia etimología nos da una interpretación muy pobre de la felicidad.

—Espera, mi explicación también procede de Dahl.

—Me asombra. La mía también.

—Hay que investigarlo en todos los idiomas. ¡Me lo anotaré!

—¡Maníaco!

—¡Zoquete quien lo dice! Vamos a ocuparnos un poco de lingüística comparada.

—¿La de que todo procede de la palabra *mano*? ¿La Tesis de Marr?

—Vete al cuerno. Escucha, ¿has leído la segunda parte de *Fausto*?

—Pregunta más bien si he leído la primera. Todo el mundo dice que es genial, pero nadie lo ha

leído. O lo estudian leyendo a Gounod.

—No, la primera parte es accesible. ¡Qué me vas a decir!

Nada tengo que decir de soles y mundos,
veo sólo los sufrimientos del hombre...

—¡Eso sí que lo comprendo!

—O bien:

Lo que necesitamos es algo que no sabemos,
lo que sabemos es algo que no necesitamos.

—¡Magnífico!

—La segunda parte, la verdad, es un poco pesada. Pero, en cambio, ¡qué idea tan profunda! Ya conoces el pacto de Fausto con Mefistófeles: este se apoderaría del alma de Fausto sólo cuando Fausto exclamara: «¡Deténte, instante, eres maravilloso!». Pero todo cuanto Mefistófeles pone a los pies de Fausto (el regreso a la juventud, el amor de Margarita, la fácil victoria sobre su rival, las ilimitadas riquezas, el conocimiento de los misterios de la existencia) no arranca del pecho de Fausto la famosa exclamación. Pasan largos años, y a Mefistófeles ya le fastidia vagar tras aquel ser insaciable, ya ve que es imposible hacer felices a los hombres, quiere abandonar aquel proyecto infructuoso. Viejo por segunda vez y ciego, Fausto manda llamar a miles de obreros para excavar unos canales que secarían las marismas. En su cerebro, doblemente caduco (ofuscado y atontado según el cínico Mefistófeles) había brillado una gran idea: hacer feliz a la humanidad. A una seña de Mefistófeles aparecen los servidores del infierno, los lemures, que empiezan a excavar la tumba de Fausto. Mefistófeles sólo quiere enterrarlo para quitárselo de encima, sin ninguna esperanza ya de poseer su alma. Fausto oye el ruido de muchas palas. «¿Qué es eso?», pregunta. Mefistófeles es fiel a su espíritu burlón. Pinta a Fausto el falso cuadro de los pantanos, que se están secando. A nuestra crítica le gusta de interpretar este momento en un sentido socialmente optimista: al advertir que proporcionaba un beneficio a la humanidad y al encontrar en ello el gozo supremo, Fausto exclama:

¡Deténte, instante, eres maravilloso!

Pero, estudiándolo bien, ¿no se estaría burlando Goethe de la felicidad humana? Porque, en realidad, aquello no aportaba ningún beneficio a ninguna humanidad. ¿No pronunciaba Fausto la largamente esperada frase sacramental a un paso de la tumba, engañado y quizá verdaderamente loco? Los lemures lo arrojaron inmediatamente a la fosa. ¿Qué es esto, un himno a la felicidad o una burla de ella?

—Ah, Lióvuchka, así me gustas, sólo así, cuando razones con el corazón, cuando hablas sensatamente, en lugar de poner etiquetas insultantes.

—¡Mísero epígono de Pirrón! Ya sabía que te daría gusto. Escucha algo más. Sobre este fragmento de *Fausto*. En una de mis conferencias de antes de la guerra, ¡y eran endiabladamente

temerarias!, desarrollé la elegiaca idea de que la felicidad no existía, de que era inalcanzable o ilusoria... Y de pronto me entregaron una nota arrancada de un diminuto cuaderno en pequeña cuadrícula:

«¡Pues yo estoy enamorada y soy *feliz!* ¿Qué dice usted a eso?».

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué se puede decir a eso?

Estaban tan absortos que no oían ni el ruido del laboratorio ni la machacona radio del lejano rincón. Nerzhin daba de nuevo la espalda al laboratorio en su silla giratoria; Rubin estaba ladeado, con la barba apoyada sobre los brazos, cruzados sobre el respaldo del sillón.

Nerzhin hablaba como suelen hacerlo quienes comunican pensamientos largo tiempo acariciados.

—Antes, en libertad, cuando leía en los libros lo que los sabios pensaban sobre el sentido de la vida o sobre la felicidad, comprendía poco esos pasajes. Les concedía el mérito debido: a los sabios, por oficio, les corresponde pensar. Pero ¿el sentido de la vida? Vivimos, y ese es su sentido. ¿La felicidad? Cuando te sientes bien, pero que muy bien, eso es la felicidad, todo el mundo lo sabe... ¡Bendita sea la cárcel! Ella me permitió reflexionar. Para comprender la naturaleza de la felicidad empezamos por estudiar la naturaleza de la saciedad. Recuerda la Lubian-ka o el contraespionaje. Recuerda aquel puré de cebada o de avena tan claro, casi acuoso, sin un solo lunar de grasa. ¿Te lo *tragabas*? ¿Te lo *comías*? ¡Comulgabas con él! ¡Te comunicabas con él con religiosa palpitación, como si fuera el Prana de los yogas! Lo comías lentamente, lo comías de la punta de la cuchara de madera, lo comías absorto en el proceso de la ingestión, en el pensamiento de la comida, y esta se difundía por todo tu cuerpo como un néctar, y te estremecías con la delicia que descubrías en aquellos granitos cocidos y en la turbia humedad que los unía. Y he aquí que alimentándote en esencia con *nada* vivías seis meses, doce meses. ¿Puede compararse con esto la grosera consumición de unas chuletas?

A Rubin no le gustaba, ni era capaz, de escuchar mucho rato. Comprendía toda conversación (y así ocurría la mayoría de las veces) como un acto en el que él, precisamente él, esparcía ante los amigos la presa espiritual que había cazado su perceptibilidad. También ahora intentaba interrumpir, pero Nerzhin había clavado los cinco dedos en la pechera de su mono de trabajo, le sacudía y no le dejaba hablar:

—De modo que gracias a nuestra pobre piel, y a nuestros desgraciados compañeros, averiguamos la naturaleza de la saciedad. La saciedad no depende en absoluto de la cantidad que comemos, ¡sino de cómo lo comemos! Lo mismo que la felicidad, Lióvuchka, lo mismo que la felicidad, que no depende en absoluto del volumen de bienes materiales que hayamos arrancado de la vida. ¡Depende sólo de nuestra actitud hacia esos bienes! Lo dice también la ética taoísta: «El que sepa utilizar las cosas estará siempre satisfecho».

Rubin sonrió:

—Eres un ecléctico. Arrancas una pluma de colores de aquí y otra de allá y te las vas poniendo en la cola.

Nerzhin meneó bruscamente la cabeza y la mano. Los cabellos le cayeron sobre la frente. Encontraba muy interesante discutir, parecía un chico de dieciocho años.

—¡No confundas las cosas, Liovka, no es así ni mucho menos! No saco conclusiones de filosofías leídas, sino de biografías de personas contadas en el interior de las cárceles. Y luego, cuando necesito formular *mis* conclusiones, ¿para qué descubrir otra vez las Américas? ¡En el planeta de la filosofía hace tiempo que se descubrieron todos los continentes! Hojeo los libros de los sabios antiguos y encuentro allí mis ideas más nuevas. ¡No me interrumpas! Quisiera poner un ejemplo: en el campo de concentración, y aún más en la *sharashka*, cuando se produce un milagro, un encalmado domingo sin trabajo en el que el alma se va congelando y alejando durante el día, aunque nada haya mejorado en mi situación externa, si el yugo de la cárcel se afloja un poco, si tengo una conversación cordial o leo una página sincera, ¡ya estoy en la cresta de la ola! Hace muchos años que no tengo una vida auténtica, ¡pero la he olvidado! ¡Me siento imponderable, inmaterial, flotando! Estoy tendido en mi litera superior, contemplo el techo cercano, que está desnudo y mal enlucido, ¡y me estremezco de felicidad! ¡Me duermo en las alas de la beatitud! ¡No hay presidente ni primer ministro que puedan dormirse tan satisfechos del domingo que acaban de pasar!

Rubin mostró benévolamente los dientes. Había en esta mueca algo de aceptación y algo de condescendencia con su joven y equivocado amigo.

—¿Y qué dicen a este respecto los grandes libros de los Vedas? —preguntó estirando los labios en forma de irónico tubo.

—Los libros de los Vedas, no lo sé —replicó Nerzhin—. Pero los libros de los Sankia dicen: «La felicidad humana es considerada sufrimiento por aquellos que saben distinguir».

—¡Lo has calado muy bien! —rezongó Rubin dentro de su barba.

—¿Idealismo? ¿Metafísica? ¿Por qué no me pegas una etiqueta?

—¿Es Mitiai quien te desorienta?

—No, Mitiai va por otro lado completamente distinto. ¡Escucha, barba desgredada! La felicidad de incesantes victorias, la felicidad de la realización triunfal de los deseos, la felicidad de la saciedad total, es *sufriamiento*! ¡Es la perdición espiritual, es una especie de llaga moral perpetua! No son los filósofos de los Vedas, ni tampoco los Sankia, soy yo, yo personalmente, el preso Gleb Nerzhin, que lleva cinco años uncido, quien se ha elevado a un grado de desarrollo en el que lo malo ya empieza a considerarse bueno, y quien sostiene el punto de vista de que la gente no sabe adonde quiere ir. Los hombres empiezan afanándose vanamente por un puñado de bienes materiales y mueren sin conocer su propia riqueza espiritual. Cuando Lev Tolstói anhelaba que le metieran en la cárcel, razonaba como un auténtico hombre lúcido, poseedor de una vida espiritual sana.

Rubin soltó una carcajada. Solía reírse en las discusiones cuando rechazaba rotundamente los puntos de vista de su oponente (así acostumbraba a pasarle en la cárcel).

—¡Cuidado, chico! Se te ve una vena de conciencia juvenil no consolidada. Das preferencia a

tu experiencia personal por encima de la experiencia colectiva de la humanidad. Te envenenan los aromas de la cubeta de la cárcel y quieres ver el mundo a través de estos vapores. ¡Cómo puede un hombre permitirse cambiar, desviarse por poco que sea de sus convicciones, por el mero hecho de que haya sufrido un descalabro personal, de que su suerte personal sea incoherente!

—¿Y estás orgulloso de tu constancia?

—¡Sí! *Hier stehe Ich und kann nicht anders*[§].

—¡Cabeza testaruda! ¡Eso sí es metafísica! En lugar de estudiar en la cárcel, de asimilar la nueva vida...

—¿Qué vida? ¿La venenosa bilis de los fracasados?

—... has cerrado conscientemente los ojos, te has taponado los oídos, y has adoptado una pose. ¿En esto ves tú inteligencia? ¿Hay inteligencia en el hecho de renunciar al desarrollo? ¡Te esfuerzas en creer en el triunfo de vuestro endiablado comunismo, pero no crees!

—¡Pero si no se trata de una creencia sino de un conocimiento científico, estúpido! Yo soy imparcial.

—¿Tú? ¿Tú, imparcial?

—¡Ab-so-lu-ta-men-te! —pronunció con dignidad Rubin.

—¡Pues no he conocido en mi vida a un hombre más partidista que tú!

—¡Elévate por encima de tu diminuto punto de mira! ¡Míralo desde una perspectiva histórica! ¡A nivel de la ley natural! ¿Conoces esta palabra? ¡La ley natural inevitablemente condicionada! ¡Todo va hacia donde debe ir! El materialismo histórico no puede dejar de ser verdad sólo porque tú y yo estemos en la cárcel. ¡No hay por qué remover la tierra con la nariz, ni por qué remover escepticismos corrompidos!

—¡Compréndeme, Lev! ¡No me separé con alegría de esta doctrina sino con dolor en el corazón! ¡Fue la campanada y el entusiasmo de mi juventud, por ella olvidé y maldije todo lo demás! Ahora soy un frágil tallo que crece en el embudo del árbol de la fe derribado por una bomba. Pero en las discusiones de la cárcel me dieron palos continuamente...

—¡Porque te faltaba seso, tonto!

—... y por decencia tuve que abandonar vuestras frágiles teorías. Y buscar otras. Lo que no es fácil. Para mí, el escepticismo quizá sea como un cobertizo en mitad del camino, un lugar donde cobijarse del mal tiempo.

—¡Los dedos se te antojan huéspedes! ¡Un escéptico! ¿Puede salir de ti un escéptico decente? ¡Un escéptico debe abstenerse de opinar y tú te metes en todas partes a pontificar! ¡A un escéptico le es propia la ataraxia, la imperturbabilidad espiritual, y tú montas en cólera por cualquier motivo!

—¡Sí! ¡Tienes razón! —Gleb se llevó las manos a la cabeza—. Sueño con ser comedido, cultivo en mí, únicamente... un pensamiento etéreo, pero las circunstancias me arrebatan y empiezo a girar, a replicar, a indignarme...

—¡Un pensamiento etéreo! ¡Pero querías estrangularme sólo porque en Dzhekazagan faltaba agua potable!

—¡Allí deberían llevarte a ti, carroña! De todos nosotros eres el único que considera

indispensables los métodos del MGB...

—¡Sí! Un Estado no puede existir sin un sólido sistema penitenciario...

—... ¡Pues que te lleven a ti a Dzhekazagan! ¿Qué dirías entonces?

—¡Eres un tonto de capirote! Antes deberías leer lo que dice Lenin del escepticismo de las personas importantes. ¡Lenin!

—¿Ah, sí? ¿Qué dice Lenin? —Nerzhin se sosegó.

—Lenin dijo: «Para los caballeros de la verborrea ruso-liberal, el escepticismo es el paso de la democracia al lacayuno y sucio liberalismo».

—¿Cómo, cómo, cómo? ¿No lo estarás tergiversando?

—Es exacto. Está en *En memoria de Herzen* y se refiere...

Nerzhin metió la cabeza entre las manos como vencido.

—¿Eh? —se dulcificó Rubin—. ¿Lo cogiste?

—Sí —se balanceó Nerzhin con todo el cuerpo—. No se podía decir mejor. ¡Y pensar que en otro tiempo era un dios para mí!

—¿Qué?

—¿Que qué? ¿Es este el lenguaje de un gran filósofo? Cuando faltan los argumentos vienen los insultos. ¡Caballeros de la verborrea! Da asco pronunciarlo. El liberalismo es amor a la libertad, y él lo tacha de lacayuno y sucio. Pero aplaudir por orden será un salto al reino de la libertad, ¿verdad?

En el ardor de la discusión, los dos amigos habían olvidado la cautela, sus exclamaciones llegaban ya a oídos de Símochka. Hacía rato que miraba a Nerzhin con severa reprobación. Se sentía ofendida por haberse pasado la noche de servicio sin que él hubiera querido aprovechar aquellas cómodas horas y sin que se hubiera dignado siquiera volverse hacia ella.

—Sí, tienes los sesos completamente del revés —se desesperó Rubin—. A ver, trata de precisar.

—Pues tendría algún sentido decirlo así: el escepticismo es la forma de ahogar el fanatismo. El escepticismo es la forma de liberarse de las mentes dogmáticas.

—¿Quién es aquí el dogmático? ¿Yo, verdad? ¿Soy yo un dogmático? —los grandes y cálidos ojos de Rubin miraban con reproche—. Soy también un preso de la *quinta* del 45. Y los cuatro años de guerra son para mí como metralla en el costado, y los cinco de cárcel, en el cuello. De modo que no veo las cosas menos que tú. Y, si me hubiera convencido de que todo estaba podrido hasta la médula, habría sido el primero en decir: «¡Hay que publicar de nuevo un *Kóbkol*^[9]! ¡Hay que tocar a rebato! ¡Hay que destruir! ¡No me habría escondido en el matorral de la abstención a la hora de opinar! ¡No me habría cubierto con la hoja de parra del escepticismo! Pero sé que sólo está podrido en apariencia, sólo por fuera, sé que la raíz es sana, que el tallo es sano, ¡y que por lo tanto hay que salvarlo y no cortarlo!».

En la mesa vacía del ingeniero comandante Reutmann, jefe del laboratorio de acústica, sonó el teléfono interior del Instituto. Símochka se levantó y se acercó al aparato.

—Compréndelo y asimila la ley de hierro de nuestro siglo: ¡hay *dos mundos y dos sistemas*! ¡Y no se necesita un tercero! Y no hay ningún *Kóbkol* para lanzar tañidos al viento. ¡Imposible!

¡Intolerable! Ya que la elección es inevitable: ¿de parte de cuál de las dos fuerzas mundiales estás?

—¡Déjame en paz! ¡Quien saca beneficio de pensar así es el Jefe! Con esos «dos mundos» nos tiene acogotados a todos contra el suelo.

—¡Gleb Vikéntich! ¡Escucha, escucha! —ahora Rubin agarraba autoritariamente a Nerzhin por el mono—. ¡Es un hombre grandioso!

—¡Un necio! ¡Un cerdo estúpido!

—¡Algún día lo comprenderás! Es a la vez el Robespierre y el Napoleón de nuestra revolución. ¡Es sabio! ¡Es realmente sabio! Es capaz de ver más lejos de lo que alcanzan nuestras cortas miradas...

—¡Y además se atreve a considerarnos tontos a todos! Nos hace tragar subrepticamente la hierba que rumia...

—¡Gleb Vikéntich!

—¿Eh? —volvió a la realidad Nerzhin, separándose de Rubin.

—¿No lo ha oído? ¡Le llaman por teléfono! —Símochka se dirigió a él por tercera vez levantando las cejas con mucha severidad. Estaba de pie junto a su mesa ajustándose con los brazos cruzados su chal marrón de lana de angora—. Antón Nikoláyevich le llama a su despacho.

—¿Ah, sí? —en la cara de Nerzhin se apagó visiblemente el ardor de la discusión y las arrugas desaparecidas volvieron a sus puestos—. Muy bien, gracias, Serafima Vitalievna. Ya lo has oído, Liovka, es Antón. ¿Para qué será?

Ser llamado al despacho del jefe del Instituto un sábado a las diez de la noche era un acontecimiento extraordinario. Aunque Símochka procuraba aparentar una indiferencia oficial, su mirada —a juicio de Nerzhin— expresaba inquietud.

Y, como si no hubiera habido un encendido encarnizamiento, Rubin contempló solícito a su amigo. Cuando sus ojos no estaban alterados por la pasión de una disputa eran casi femeninamente dulces.

—No me gusta que los altos jefes se interesen por nosotros —dijo.

—¿Para qué será? —se encogió de hombros Nerzhin—. Nuestro trabajito es tan secundario, unas voces...

—Antón no tardará en darnos en el cogote. Ahora saldrán de refilón las memorias de Stanislavski y los discursos de los famosos abogados —se rio Rubin—. Quizá se trate de los trabajos de articulación del Número Siete.

—Los resultados están firmados, no hay posibilidad de echarse atrás. En todo caso, si no vuelvo...

—¡Qué tontería!

—¿Por qué una tontería? Así es nuestra vida... Te quemas, ya sabes dónde —Gleb cerró con un chasquido las cortinillas del compartimento de su mesa, puso en silencio la llave en la palma de la mano de Rubin y se marchó con el paso lento de un preso que lleva cinco años encerrado, que nunca tiene prisa y que del futuro sólo espera lo peor.

Al abrigo de los apliques de cobre y del alto techo tallado, Nerzhin subió al segundo piso por la alfombra roja de la amplia escalinata, desierta a hora tan avanzada. Dando a sus andares un aspecto descuidado, pasó ante la mesa del ordenanza externo que estaba de servicio junto a los teléfonos urbanos, y llamó a la puerta del jefe del Instituto, el ingeniero coronel de la Seguridad del Estado, Antón Nikoláyevich Yákonov.

El despacho era grande y profundo, cubierto de alfombras, amueblado con sillones y sofás; en el centro destacaba, con su azul brillante, el mantel de la larga mesa de conferencias y en el ángulo más lejano se redondeaba el castaño en las formas arqueadas del escritorio y del sillón de Yákonov. Nerzhin había estado pocas veces ante aquella magnificencia, y más en reuniones que solo.

El ingeniero coronel Yákonov, de más de cincuenta años y aspecto aún floreciente, con la cara quizás algo empolvada después del afeitado, con sus quevedos de oro, con la suave corpulencia de un Obolenski o un Dolgoruki^[10] y el majestuoso aplomo de sus gestos, se distinguía de todos los altos funcionarios de su Ministerio.

Invitó con amplio gesto:

—¡Siéntese, Gleb Vikéntich! —dijo ahuecándose un poco en su vasto sillón y jugando con un grueso lápiz de colores sobre el cristal castaño de la mesa.

Nombrar a uno por el nombre y el patronímico significaba amabilidad y benevolencia, que no le costaba ningún trabajo al ingeniero coronel, pues tenía bajo el cristal una lista de todos los presos con sus nombres y patronímicos (los que no conocían esta circunstancia admiraban la memoria de Yákonov). Nerzhin se inclinó en silencio sin ponerse firme, pero sin mover tampoco los brazos, y se sentó, expectante, junto a una elegante mesita lacada.

La voz de Yákonov retumbaba jovialmente. Siempre parecía extraño que con sus aires de gran señor no tuviera el elegante vicio de afectar una pronunciación gutural.

—¿Sabe una cosa, Gleb Vikéntich? Hace una media hora he tenido ocasión de recordarle a usted (venía a cuento, y he pensado qué vientos le habrían traído al laboratorio acústico)... a Reutmann.

Yákonov pronunció este apellido con abierto desdén, sin añadirle el título de comandante, y eso en presencia de un subordinado de Reutmann. Las malas relaciones entre el jefe del Instituto y su primer ayudante habían llegado tan lejos que no se consideraba necesario disimularlas.

Nerzhin se puso en guardia. La conversación, lo presentía, tomaba mal cariz. Con esta misma

ironía desdeñosa en los labios ni gordos ni finos de su gran boca, hacía unas semanas Yákonov le había dicho a Nerzhin que él, Nerzhin, quizá fuera objetivo en los resultados de la articulación, pero que su actitud hacia el Número 7 no era la que se dedicaba a un difunto querido, sino al cadáver de un borracho desconocido encontrado bajo las tapias de Marfino. El Número 7 era la carta principal de Yákonov, pero andaba mal.

—... Naturalmente, tengo en gran estima sus méritos personales en la ciencia de la articulación...

(¡Se estaba burlando!).

—... Me duele endiabladamente que su original monografía tenga una tirada corta y confidencial, lo que le quita la gloria de ser una especie de George Fletcher ruso...

(¡La burla era insolente!).

—... No obstante, yo quisiera sacar de sus actividades un más grande... *profit*, como dicen los anglosajones. Me inclino ante las ciencias abstractas, pero soy un hombre práctico.

El ingeniero coronel Yákonov ocupaba ya una alta posición, sin estar aún muy cerca del Jefe de los Pueblos, y podía permitirse el lujo de no disimular su inteligencia ni abstenerse de opiniones originales.

—Bien, de todos modos debo preguntarle una cosa: ¿qué está haciendo ahora en el laboratorio acústico?

¡Imposible imaginar una pregunta más cruel! Yákonov, sencillamente, no podía estar en todas partes, de otro modo se habría dado cuenta.

—¿Por qué diablos se ocupa usted de este trabajo de loros, de este «pito, pito, colorito»? ¿No es usted un matemático? ¿No es un universitario? Mire a su espalda.

Nerzhin se volvió y se incorporó: ¡en el despacho no había dos personas, sino tres! Un hombre de aspecto modesto, vestido de negro, de paisano, se levantó del sofá a su encuentro. Unas gafas claras, redondas, brillaron ante sus ojos. Bajo la abundante luz del techo, Nerzhin reconoció a Piotr Trofímovich Vereniiov, profesor de su universidad antes de la guerra. Sin embargo, siguiendo la costumbre adquirida en las cárceles, Nerzhin guardó silencio y no puso de manifiesto ningún movimiento, pues supuso que tenía ante él a un preso y temió perjudicarlo con un reconocimiento precipitado. Vereniiov sonrió. También él parecía turbado. La voz de Yákonov retumbó tranquilizadora:

—En verdad que la secta de los matemáticos posee un envidiable ritual de comedimiento. Toda mi vida los matemáticos me han parecido una especie de Rosacruces, y siempre he lamentado no haber tenido ocasión de conocer sus misterios. No se sientan violentos. Estréchense la mano y siéntense sin cumplidos. Voy a dejarles durante media hora: para los recuerdos queridos y para que el profesor Vereniiov le informe de las tareas que nos plantea el Sexto Departamento.

Yákonov levantó del amplio sillón su pesado e imponente cuerpo, marcado por los galones azul-plata, y lo llevó con bastante facilidad hacia la salida. Cuando Vereniiov y Nerzhin se encontraron en el apretón de manos, ya estaban solos.

Aquel hombre pálido, de gafas claras, le pareció al veterano Nerzhin un fantasma que regresaba ilegalmente de un mundo olvidado. Entre aquel mundo y el de hoy había los bosques del

lago limen, las colinas y los barrancos de la región de Oriol, las arenas y las marismas de Bielorrusia, las acomodadas aldeas de Polonia, las tejas de las ciudades alemanas. En aquella franja de nueve años de alienación se incrustaban los *boks* y las celdas, de un azul vivo, de la Gran Lubianka. Las grises y apestosas prisiones de tránsito. Los sofocantes compartimentos de los vagones de presos. El cortante viento de la estepa sobre los fríos presidiarios. Era imposible renovar por encima de todo esto la sensación que sintiera en otro tiempo al escribir las letras de una función variable real sobre el linóleo dócil de la pizarra.

Ambos encendieron un cigarrillo, Nerzhin algo nervioso, y se sentaron separados por la mesita.

No era la primera vez que Vereniiov se encontraba con alguno de sus antiguos alumnos de la universidad de Moscú, y también de la de Rostov, donde en plena lucha de escuelas teóricas le habían enviado antes de la guerra para imponer la línea dura. Pero también para él era inusual el encuentro de hoy: el aislamiento de aquel centro en los arrabales de Moscú, los vapores del más riguroso secreto que lo envolvían, las muchas hileras de alambre de espino que lo rodeaban; el raro mono azul en lugar de la habitual vestimenta humana.

Basándose en un derecho tácito, quien preguntaba era el más joven de los dos, el fracasado, con arrugas muy pronunciadas en los labios, y era el mayor el que respondía tímidamente, como avergonzado de su poco complicada biografía de científico: la evacuación, la reevacuación, tres años trabajando con K., el grado de doctor conseguido en topología... Dominado por una distracción que rozaba la descortesía, Nerzhin ni siquiera se interesó por su tesina en esta árida ciencia, una tesina que en su día había elegido también como proyecto de curso. De pronto sintió lástima por Vereniiov... Series ordenadas, series no totalmente ordenadas, series cerradas... ¡La topología! ¡La estratosfera del pensamiento humano! En el siglo xxiv quizá le fuera útil a alguien, pero de momento... De momento...

Nada tengo que decir de soles ni de mundos, sólo veo el sufrimiento humano...

¿Cómo habría ido a parar a este departamento? ¿Por qué habría abandonado la universidad? Lo enviaron, claro... Y ¿no podía haber rehusado? Sí, podía haberse negado, pero... Aquí el salario era doble... ¿Tenía hijos? Cuatro...

Empezaron a enumerar a los estudiantes del curso de Nerzhin, cuyo último examen tuvo lugar el mismo día en que empezó la guerra. Los más brillantes estaban muertos o heridos. Esos siempre van delante, no se protegen. Aquellos de quienes nada podía esperarse, o habían terminado el aspirantado o trabajaban de ayudantes. ¿Y el que fue nuestro orgullo, el profesor Dmitri Dmítrich? ¿Y Gorianov-Shajovskoi?

¡Gorianov-Shajovskoi! Un vejete desaseado, de avanzada edad, que unas veces se emporcaba de tiza la chaqueta negra de velludillo y otras se ponía el trapo de la pizarra en el bolsillo en lugar del pañuelo. Era una anécdota viviente, resumen de las muchas anécdotas «de profesores», el alma de la Universidad Imperial de Varsovia que en 1915 se había trasladado a la comercial Rostov como quien va a un cementerio. Medio siglo de trabajos científicos, una bandeja de telegramas de felicitación: de Milwaukee, de Capetown, de Yokohama. Y en 1930, cuando refundieron la universidad convirtiéndola en Instituto Pedagógico Industrial, Gorianov fue «depurado» por una

comisión proletaria como elemento burgués hostil. Y nadie habría podido salvarlo excepto su amistad personal con Kalinin: decíase que el padre de Kalinin había sido siervo en casa del padre del profesor. Fuera así o no, el caso era que Gorianov llegó a Moscú con una orden: ¡a este, que nadie lo toque!

Y no lo tocaron. No lo tocaron hasta el punto de que quienes no conocían el caso estaban aterrorizados: ora redactaba una investigación relativa a las ciencias naturales demostrando matemáticamente la existencia de Dios, ora en una conferencia pública sobre Newton, su ídolo, zumbaba por debajo de sus amarillentos bigotes:

«Me han enviado la siguiente nota: “Marx escribe que Newton es materialista y usted nos dice que idealista”. Voy a responder: Marx lo tergiversa. Newton creía en Dios, como todo gran científico».

¡Era horrible tomar apuntes de sus lecciones! ¡Las taquígrafas se desesperaban! La debilidad de sus piernas le obligaba a sentarse junto a la pizarra, de cara a la misma y de espaldas al auditorio. Con la mano derecha escribía y con la izquierda borraba acto seguido, farfullando algo sin cesar, como hablando consigo mismo. Comprender sus ideas durante la lección era algo que debía excluirse. Pero cuando Nerzhin y uno de sus compañeros conseguían anotar conjuntamente, repartiéndose la tarea, y reproducirlo por la tarde, su alma se iluminaba con algo semejante al fulgor de un cielo estrellado.

¿Y qué fue de él? El anciano sufrió una conmoción durante un bombardeo y se lo llevaron medio muerto a Kirguizia. De sus hijos, profesores durante la guerra, Vereniiov no tenía noticias exactas, parecía haber algo sucio, alguna traición. Decíase que el menor, Stivka, trabajaba ahora de cargador en los muelles de Nueva York.

Nerzhin contempló atentamente a Vereniiov. Cabezas sabias que os lanzáis a espacios multidimensionales, ¿por qué sólo atisbáis la vida a través de pequeños pasadizos? Si algunos bestias innobles se burlaban del pensador, decían que era falta de cultura, un extravío momentáneo; pero que los hijos recordaran las humillaciones sufridas por su padre, eso era una sucia traición. ¿Y quién sabe si era cargador o no lo era? Los *oper* forman la opinión pública...

¿Y por qué Nerzhin estaba en la cárcel?

Nerzhin mostró una sonrisa.

No, no, ¿por qué?

—Por la forma de pensar, Piotr Trofímovich. En el Japón hay una ley que permite condenar a un hombre por la forma de sus pensamientos no manifestados.

—¿En Japón! ¿Pero aquí esa ley no existe, verdad?

—Pues sí, precisamente existe, y es el Artículo 58.10.

Y Nerzhin dejó de prestar atención al tema principal, el de por qué Yákonov lo había puesto en contacto con Vereniiov. El VI Departamento enviaba a Vereniiov para que profundizara y sistematizara el trabajo de codificación criptográfica. Se necesitaban matemáticos, muchos matemáticos, y para Vereniiov era una alegría ver entre ellos a un alumno tan prometedor.

Sin plena conciencia, Nerzhin le formulaba preguntas para saber más detalles, y Piotr Trofímovich, encendiéndose gradualmente en su ardor matemático, empezó a explicar la tarea

diciendo qué pruebas habría que hacer, qué fórmulas deducir. Nerzhin pensaba en las hojitas cubiertas de escritura diminuta que tan imperturbablemente iba llenando rodeado de falsas apariencias bajo las miradas disimuladamente amorosas de Símochka y el bondadoso ronroneo de Lev. Aquellas hojitas eran su primera madurez a los treinta años.

Naturalmente, sería más envidiable alcanzar la madurez en su propia disciplina. ¿Para qué, cabe preguntarse, meter la cabeza en aquellas fauces de las que huyen los propios historiadores para dedicarse a siglos pasados más seguros? ¿Qué le atraía a descifrar la mente de aquel hinchado y sombrío gigante al que le bastaría mover una pestaña para que la cabeza de Nerzhin volara por los aires? Como suele decirse: *¿Por qué has de ser más que los demás?* ¿Qué quieres hacer más que los demás?

¿Había, pues, que entregarse a los tentáculos del pulpo de la criptografía? Con catorce horas al día, incluidos los descansos, su cabeza caería bajo el dominio de la teoría de probabilidades, de la teoría de los números, de la teoría de los errores... Un cerebro muerto. Un alma seca. ¿Qué tiempo le quedaría para reflexionar? ¿Qué para el conocimiento de la vida?

En cambio, estaría en la *sharashka*. En cambio, no estaría en un campo de concentración. Tendría carne y comida. Mantequilla por las mañanas. La piel de las manos sin cortes ni rugosidades. Los dedos no estarían congelados. No yacería sobre unas tablas como un tronco mortalmente insensible, con sucias abarcas de goma, sino que se acostaría satisfecho en una cama de blancas sábanas bajo la manta.

¿Para qué vivir toda la vida? ¿Vivir por vivir? ¿Vivir para conservar el bienestar del cuerpo?

¡Dulce bienestar! ¿Para qué te necesito si no hay otra cosa fuera de ti?

Todos los argumentos de la razón dicen: «¡Sí, de acuerdo, camarada jefe!».

Todos los argumentos del corazón exclaman: «¡Atrás, Satán!».

—¡Piotr Trofímovich! ¿Sabe usted... hacer unas botas?

—¿Qué ha dicho?

—Digo que si podría enseñarme a hacer botas. Necesitaría aprender a hacer botas.

—Perdone, no comprendo...

—¡Piotr Trofímovich! ¡Vive usted en una concha! Cuando termine la condena tendré que partir hacia una lejana y perdida taiga, hacia un destierro perpetuo. No sé hacer ningún trabajo manual, ¿cómo sobreviviré? Allí hay osos pardos. La función de Leonardo Euler no la va a necesitar allí nadie durante tres eras mesozoicas.

—Pero ¿qué está diciendo, Nerzhin? Si los trabajos tienen éxito, a usted, como criptógrafo, le pondrán en libertad antes de plazo, cerrarán su expediente, le darán una vivienda en Moscú...

—Ah, Piotr Trofímovich, le diré un refrán de un buen muchacho, compañero mío en el campo de concentración: «Lo mismo canta el sacristán por un pez que por un cangrejo». «Sacristán», en ucraniano, significa agradecimiento. De modo que no espero agradecimiento de ellos, no les pido perdón, ¡ni voy a pescar por ellos!

Se abrió la puerta. Entró el imponente petimetre de los quevedos de oro sobre la corpulenta nariz.

—¿Qué tal, Rosacruz? ¿Se han puesto de acuerdo? —Sin levantarse, sosteniendo con

firmeza la mirada de Yákonov, Nerzhin respondió:

—Haga lo que quiera, Antón Nikoláich, pero considero que mi trabajo en el laboratorio acústico no está terminado.

Yákonov estaba de pie tras su mesa apoyando en el cristal las articulaciones de sus blandos puños. Sólo quienes lo conocían habrían podido saber que había ira en sus palabras cuando dijo:

—¡La matemática! Y la articulación... Ha cambiado el manjar de los dioses por un plato de lentejas. Váyase.

Y con un grueso lápiz de dos colores trazó en el bloc de sobremesa:

«Dar de baja a Nerzhin».

Hacía ya muchos años, antes y después de la guerra, que Yákonov ocupaba el cargo de ingeniero jefe del Departamento de Técnicas Especiales del MGB, un cargo de confianza. Llevaba con dignidad los galones plateados que merecía por sus conocimientos, con un reborde azul celeste y tres grandes estrellas de ingeniero coronel. Su cargo era de tal género que podía ejercer su jefatura a distancia. A grandes rasgos, redactando de vez en cuando un erudito informe para los altos funcionarios, hablando a veces florida e inteligentemente a un ingeniero de su modelo recién acabado, y en general pasando por un experto, sin responsabilidad ante nadie, y cobrando mensualmente una cantidad considerable de miles de rublos. Su cargo era tal que Yákonov se encontraba, con su oratoria, junto a la cuna de todos los proyectos técnicos del departamento; los abandonaba en las épocas difíciles en que dichos proyectos pasaban a la juventud y sufrían las enfermedades del crecimiento; y de nuevo honraba con su presencia ya sea las entalladas cubetas de sus negros féretros, ya la dorada coronación de los héroes.

Antón Nikoláyevich no era tan joven ni tan pagado de sí mismo para perseguir personalmente el engañoso brillo de la Estrella de Oro o la insignia del Premio Stalin, ni para echarle el guante a cada encargo del Ministerio o incluso del propio Amo. Antón Nikoláyevich era lo suficientemente experimentado y entrado en años para rehuir esas inquietudes emparejadas de ascensos y caídas.

Ateniéndose a estos principios, había vivido sin problemas hasta enero de 1948. Ese enero, alguien había sugerido al Padre de los Pueblos Occidentales y Orientales la idea de crear una telefonía secreta, una telefonía hermética a cualquier interceptación, una telefonía que hiciera posible hablar desde la residencia de Kuntsevo con Molotov, en Nueva York. Con su augusto dedo marcado con la mancha amarilla de la nicotina, el Generalísimo eligió sobre el mapa el Instituto de Marfino, hasta entonces ocupado en crear transmisores de radio portátiles para la policía. Sus palabras históricas en esta ocasión fueron las siguientes:

—¿Para qué necesito esos transmisores? ¿Para capturar ladronzuelos?

Y puso un plazo: hasta el primero de enero de 1949. Luego reflexionó y añadió:

—De acuerdo, hasta el primero de mayo.

El encargo era de la máxima responsabilidad, y el plazo excepcionalmente reducido. Después de pensarlo, el Ministerio nombró a Yákonov para que sacara adelante Marfino personalmente. En vano se esforzó Yákonov en demostrar la sobrecarga de trabajo, la imposibilidad de compatibilizarla con esta tarea. El jefe del departamento, Fomá Guriánovich Oskolupov le miró con sus ojos verdosos de gato, y Yákonov recordó las manchas de su hoja de servicios (había

estado seis años en la cárcel) y guardó silencio.

A partir de entonces, pronto haría dos años, el despacho que el ingeniero jefe del departamento tenía en el edificio del Ministerio permaneció vacío. El ingeniero jefe pasaba los días y las noches en los arrabales, en el antiguo seminario cuya torre hexagonal coronaba la cúpula del abolido altar.

Al principio resultaba incluso agradable dirigirlo todo personalmente: cerrar con aire displicente la portezuela de su automóvil Pobeda personal y volar, acunado, hasta Marfino; atravesar las puertas entramadas de alambre de espino ante los puestos de guardia desde donde los vigilantes le saludaban; y caminar rodeado de un séquito de comandantes y capitanes bajo los centenarios tilos del bosquecillo de Marfino. La superioridad todavía no le exigía nada, sólo planes, planes, planes y promesas de emulación socialista. En cambio, el cuerno de la abundancia del MGB se derramó sobre el Instituto Marfino: instrumental comprado en Inglaterra y Estados Unidos; instrumental alemán requisado; presos nacionales sacados de los campos de concentración; biblioteca técnica compuesta por veinte mil ejemplares modernos; los mejores *oper* y archiveros, expertos en el servicio secreto; finalmente, una guardia con las mejores enseñanzas de la Lubiánka. Fue necesario reparar el viejo edificio del seminario y levantar otros nuevos para el personal de la cárcel especial y para los talleres de experimentación. Llegada la época en que florecen amarillentos los tilos y endulzan con su aroma, se oyó, a la sombra de esos titanes, el lenguaje triste de los indiferentes prisioneros alemanes en sus maltrechas guerreras color lagarto. Después de cuatro años de posguerra en cautiverio, esos holgazanes fascistas no querían trabajar. Para la mirada de un ruso resultaba insoportable ver cómo descargaban los camiones de ladrillos: lentamente, con sumo cuidado, como si fueran de cristal, pasando de mano en mano cada ladrillo hasta colocarlo en la pila. Al instalar radiadores bajo las ventanas o cambiar los casi podridos parquets, los alemanes vagaban por aquellas estancias de alto secreto, leían por el rabillo del ojo los letreros alemanes o ingleses de los aparatos. ¡Hasta un colegial alemán habría podido adivinar cuál era el destino de aquellos laboratorios! Todo esto figuraba en un informe del preso Rubin dirigido al ingeniero coronel, y era completamente exacto, pero el informe resultaba muy incómodo para los *oper* Shikin y Mishin (en el lenguaje vulgar de los presos, Shishkin y Mishkin⁸), pues, ¿qué podían hacer ahora? ¿No iban a comunicar su fallo a la superioridad, verdad? Habían dejado pasar el momento oportuno, pues ya estaban enviando a casa a los prisioneros de guerra, y el que hubiera partido para Alemania Occidental podía informar —si alguien estaba interesado en saberlo— de la ubicación de todo el Instituto y de cada uno de los laboratorios. En cambio, cuando los oficiales de otros departamentos del MGB buscaban al ingeniero coronel para asuntos del servicio, este no tenía derecho a darles su dirección, y para conservar inmaculado el secreto iba a conversar con ellos a la Lubiánka.

Soltaron a los alemanes, y para las obras y las reparaciones enviaron, para sustituirlos, a presos como los de la *sharashka*, sólo que con ropa sucia y destrozada, y sin haber recibido nunca pan blanco. Zumbaban ahora bajo los tilos, con oportunidad o sin ella, las castizas palabrotas de los campos de concentración que recordaban a los presos de la *sharashka* su única patria y su irreversible destino; los ladrillos parecían ahora arrancados del camión por el viento, de modo que

casi no quedaba uno sano, sólo fragmentos; al grito de «¡uno-dos-tres!», los presos echaban sobre la caja del camión la cubierta de contrachapado, y luego se metían debajo para que fuera más fácil vigilarlos y para manosear a las chicas, que soltaban sus tacos. Los encerraban a todos bajo esta cubierta y los llevaban por las calles de Moscú a pernoctar en su campo de concentración.

Así pues, en este castillo encantado, separado de la capital y de sus confiados habitantes por una hechizada zona batida, esos lemures vestidos con impermeables negros hacían realidad unas transformaciones de fábula: cañerías, canalizaciones, calefacción central, plantación de parterres.

Mientras, ese centro tan bien organizado iba creciendo y ensanchándose. Incluyeron en el conjunto del Instituto Marfino a todo el personal de otro instituto que se ocupaba de trabajos afines. El nuevo instituto llegó con sus mesas, sillas, armarios, carpetas de grapas, y un equipo de aparatos que resultaría anticuado no al cabo de años sino de meses. Llegó también con su jefe, el ingeniero comandante Reutmann, que se convirtió en el segundo de Yákonov. Por desgracia, antes de todo esto, el creador del recién llegado Instituto, su inspirador y protector, el coronel Yákov Ivánovich Mamurin, jefe de Transmisiones Especiales del MVD, uno de los hombres de Estado más ilustres, encontró su perdición en trágicas circunstancias.

Un día, el Dirigente de Toda la Humanidad Progresista estaba hablando con la provincia china de Yan-Nang y quedó descontento de los crujidos e interferencias del auricular. Llamó a Beria y le dijo en georgiano:

—¡Lavrenti! ¿A qué imbécil tienes de jefe de Transmisiones? Retíralo.

Y retiraron a Mamurin, es decir, lo encerraron en la Lubianka. Lo retiraron pero no sabían qué hacer con él. Carecían de las habituales instrucciones: si había que juzgarlo, por qué, y qué condena imponerle. De haber sido un hombre ajeno a la casa le habrían impuesto el *cuarto de siglo* y lo habrían enviado a Norilsk. Pero recordando la verdad de que «hoy por mí y mañana por ti», los jefes del MVD retuvieron a Mamurin; cuando se convencieron de que Stalin había olvidado el asunto, lo enviaron, sin juicio ni condena, a una casa de los arrabales.

Un día, una tarde de verano de 1948, trajeron un nuevo preso a la *sharashka* de Marfino. En aquella llegada todo era inusual: no lo habían traído en un *cuervo* sino en un turismo; no lo escoltaba un simple soldado sino el jefe del Departamento Penitenciario del MGB; y, en fin, la primera cena se la sirvieron cubierta con una gasa en el despacho del jefe de la cárcel especial.

Oyeron decir (los presos nunca deben oír nada, pero siempre lo oyen todo) que el recién llegado había manifestado que «no quería salchicha» (?!), y que el jefe del Departamento Penitenciario intentaba convencerlo para que «la comiera». Esto lo había oído subrepticamente, a través de un tabique, un preso que había ido a pedir un medicamento al médico. Después de estudiar tan escandalosas novedades, la población de la *sharashka* llegó a la conclusión de que el recién llegado, pese a todo, era un preso y, ya satisfecha, se fue a acostar.

Dónde pasaría la noche el nuevo preso es algo que los historiadores de la *sharashka* no han aclarado. Pero a una hora temprana de la mañana un preso muy simple, un desmañado cerrajero, se tropezó de cara con él en el porche de mármol (donde más tarde no se permitía la presencia de los presos).

—Hola, hermano —le dio un papirotazo en el pecho—, ¿de dónde vienes? ¿En qué te pillaste

los dedos? Siéntate, daremos unas chupadas.

Pero el nuevo preso se apartó del cerrajero con desdeñoso horror. Su cara de color limón pálido se alteró. El cerrajero contempló sus ojos blancos y sus claros cabellos sobre el cráneo desplumado, y dijo con irritación:

—¡Vaya con ese reptil de retorta! No te preocupes, después del toque de queda te encerrarán con nosotros y, ¡ya lo creo que hablarás!

Pero al «reptil de retorta» no lo encerraron en la cárcel general. Encontraron para él un cuartucho en el pasillo de los laboratorios, en el segundo piso, un cuarto que antes servía de cámara oscura para los fotógrafos. Introdujeron una cama, una mesa, un armario, un jarrón de flores y un hornillo eléctrico; arrancaron también el cartón de la ventana enrejada, que ni siquiera daba al exterior, sino a un descansillo de la escalera de servicio, orientada al norte, de modo que incluso de día la luz apenas brillaba débilmente en la celda del preso privilegiado. Naturalmente, habrían podido quitar la reja de la ventana, pero las autoridades penitenciarias, después de cierta vacilación, determinaron pese a todo dejar la reja donde estaba. Dichas autoridades tampoco comprendían esa historia misteriosa, y no podían establecer una línea de conducta precisa.

Fue entonces cuando bautizaron al recién llegado con el nombre de «la Máscara de Hierro». Durante largo tiempo nadie conoció su identidad. Tampoco nadie pudo hablar con él: a través de la ventana, le veían sentado y abatido en su soledad, o vagando como una pálida sombra bajo los tilos en horas en que a los simples presos no les estaba permitido. La Máscara de Hierro estaba tan amarillo y flaco como un preso maduro después de dos años de buena investigación judicial. Sin embargo, el absurdo rechazo de la salchicha contradecía esta versión.

Mucho después, cuando la Máscara de Hierro empezó a acudir al trabajo con el equipo del Número 7, los presos supieron por los externos que era el famoso coronel Mamurin, el mismo que en la Sección de Transmisiones Especiales del MVD prohibía caminar por el pasillo sobre los talones, permitiendo sólo que lo hicieran de puntillas; si alguien lo hacía, atravesaba corriendo la sala de las secretarías y gritaba furioso:

—¿Ante *qué* despacho das esos taconazos, insolente? ¿Cómo te llamas?

Mucho después se averiguó que la causa de los sufrimientos de Mamurin era moral. El mundo libre lo había rechazado, y al mundo de los presidiarios era él quien no quería adherirse. Al principio, en su soledad, leía libros: *La lucha por la paz*, *El caballero de la Estrella de Oro*, *Los hijos gloriosos de Rusia*, y también los versos de Prokófiev y de Gribachov, ¡y sufrió una transformación milagrosa! ¡Empezó a escribir versos! Ya se sabe que los poetas nacen de la desgracia y de los tormentos espirituales, y los sufrimientos de Mamurin eran más agudos que los de cualquier otro preso. Después de dos años de cárcel sin proceso ni juicio, continuaba viviendo como antes a tenor de las directivas del partido y, como antes, adoraba al Prudente Jefe. Lo que más sentía Mamurin, según le confesó a Rubin, no era la bazofia de la cárcel (por cierto, la comida se la hacían aparte), ni la separación de la familia (una vez al mes lo llevaban en secreto a su casa, a pasar la noche), ni en general las primitivas necesidades animales, lo amargo era haber perdido la confianza de Iosif Vissariónovich, lo doloroso era no sentirse ya coronel sino degradado y deshonrado. Por eso, los comunistas sufrían inconmensurablemente más en prisión

que los canallas faltos de principios que los rodeaban.

Rubin era comunista. Pero al oír las confesiones de su supuesto correligionario, y al leer sus versos, se apartó de tan afortunado hallazgo y empezó a evitar a Mamurin e incluso a esconderse de él: pasaba todo su tiempo entre personas que le atacaban injustamente, pero que compartían con él la misma suerte.

A Mamurin le fustigaba un ansia imposible de calmar, como un dolor de muelas: el ansia de justificarse ante el partido y ante el gobierno. Por desgracia, todo cuanto sabía de transmisiones — él, que había sido jefe de comunicaciones— no iba más allá del acto de sostener en sus manos un auricular telefónico. Por eso, propiamente, no podía *trabajar*, lo único que podía era mandar. Pero tampoco el mando podría devolverle la estima del Mejor Amigo de los Telefonistas si dirigía un asunto a sabiendas fracasado. El mando debía aplicarse a un asunto considerado previamente como seguro.

En aquella época se iniciaron en el Instituto Marfino dos de esos asuntos que despertaban muchas esperanzas: el Vocoder y el Programa Número 7.

Por algún impulso profundo que rompe el tejido de las conclusiones lógicas, la gente suele entenderse o no entenderse a la primera. Yákonov y su segundo Reutmann no se entendían. No pasaba un mes sin que cada uno encontrara más insoportable al otro, pero enganchados al mismo carro por una mano muy dura, no podían librarse de él y tiraban en direcciones opuestas. Cuando la telefonía secreta empezó a materializarse en dos elaboraciones paralelas experimentales, Reutmann se llevó a los hombres que pudo al laboratorio acústico para elaborar el sistema Vocoder, que significaba en inglés *Voice coder*, voz codificada, y que fue bautizado en ruso con el nombre de «aparato de lenguaje artificial», denominación que no cuajó. Como respuesta, también Yákonov saqueó a los demás grupos: se llevó al laboratorio Número 7 los mejores equipos de importación y a los ingenieros con más garra. Los enclenques brotes de los demás programas perecieron en una lucha desigual.

Mamurin eligió el Número 7 porque no podía ponerse a las órdenes de su antiguo subordinado Reutmann, y también porque el Ministerio consideró sensato que tras las espaldas de Yákonov, corrupto y no perteneciente al partido, ardiera, siempre vigilante, un ojo flamígero.

A partir de ese día, Yákonov, si quería, podía ausentarse del Instituto por la noche: el degradado coronel del MVD, el solitario preso de ojos blancos ardientes, de monstruosa delgadez en sus caídas mejillas, ahogaba su pasión por la producción poética en aras del progreso técnico de la patria, dejaba a un lado la comida y el sueño, y se consumía en el mando hasta las dos de la madrugada, haciendo que el Número 7 pasara a una jornada laboral de quince horas. Tan cómoda jornada sólo podía establecerse en el Número 7, pues Mamurin no requería la vigilancia de los externos ni sus especiales guardias nocturnas.

Y allí, al Número 7, fue a donde se dirigió Yákonov cuando dejó a Verenioy y a Nerzhin en su despacho.

Así como los soldados rasos siempre tienen clara conciencia de encontrarse o no en la dirección de la ofensiva principal, aunque nadie les revele las disposiciones de los generales, también los trescientos presos de la *sharashka* de Marfino se habían formado la idea acertada de que el Número 7 había sido sector decisivo de la *sharashka*.

En el Instituto todos sabían que la verdadera denominación del Número 7 era «laboratorio de lenguaje *clipado*», aunque se daba por sentado que nadie lo sabía. La palabra *clipado* era inglesa y significaba lenguaje «recortado». No sólo los ingenieros y traductores del Instituto, sino hasta los montadores, los torneros, los fresadores, y casi seguro que el sordo y atontado carpintero, sabían que el aparato se fabricaba inspirándose en modelos norteamericanos. Sin embargo, se convenía en que sólo se utilizaban modelos patrios. Por esta razón, las revistas norteamericanas con esquemas y artículos teóricos sobre el *clipado*, que se vendían en cualquier puesto de libros de Nueva York, estaban aquí numeradas, empaquetadas, selladas y precintadas, guardadas en cajas fuertes para salvaguardarlas de los espías americanos.

El *clipado*, la antirresonancia, la compresión de amplitud, la diferenciación e integración electrónicas del libre lenguaje humano, era una burla de la ingeniería, algo así como comprimir en cubitos de sustancia el monasterio Novy Afon o el balneario de Gurzuf, meter los cubitos en miles de millones de cajas de cerillas, mezclarlas, transportarlas en avión a Nerchinsk y, una vez en el nuevo lugar, ordenarlas, reunirías y recrear la zona subtropical, el rumor de las olas, el aire meridional y la luz de la luna.

Lo mismo había que hacer con el lenguaje, con los cubitos-impulsos, y además recrearlo de manera que no sólo todo fuera comprensible, sino que el Amo pudiera reconocer por la voz con quién hablaba.

En las *sharashkas*, en esas instituciones casi aterciopeladas donde al parecer no penetraba el crujir de dientes de los campos de concentración en lucha por la supervivencia, las autoridades habían establecido dignamente, de antiguo, lo siguiente: en caso de éxito de un proyecto, los presos que habían participado directamente en él lo obtenían todo, la libertad, un pasaporte sin antecedentes penales, un piso en Moscú; los demás no conseguían nada, ni un día de rebaja en la sentencia, ni un vaso de vodka para brindar por los vencedores.

No había término medio.

Por eso, los presos que más habían adquirido esa garra especial de los campos de concentración que parece dar a un hombre la posibilidad de sostenerse con las uñas en un espejo

vertical, los presos con más garra, procuraron que los destinaran al Número 7 para «saltar» de allí a la libertad.

Allí fue a parar el cruel ingeniero Markushev, cuya granujienta faz rezumaba su pronta disposición a morir por las ideas del ingeniero coronel Yákonov. Allí fueron a parar también otros de la misma ralea.

Sin embargo, el perspicaz Yákonov elegía también para el Número 7 a otros que no lo habían solicitado. Tal era el ingeniero Amantai Bulatov, un tártaro de Kazán con grandes gafas de concha, franco, de ensordecedora risa, condenado a diez años por haber caído prisionero y por sus relaciones con el enemigo del pueblo Musa Dzhilil. (En broma, se consideraba que Amantai era el trabajador más antiguo de la «empresa», pues al terminar sus estudios de radiotecnica, en 1941, fue arrojado al barullo de la batalla de Smolensk, hecho prisionero y liberado después por los alemanes por ser tártaro. De este modo, empezó sus prácticas en los talleres de la firma Lorenz cuando sus jefes todavía firmaban las cartas con el *mit Heil Hitler*). Allí se encontraba también Andrei Andréyevich Potapov, especialista en corrientes eléctricas, pero no en las de bajo voltaje, ni mucho menos, sino en las de alta tensión, y en la construcción de centrales eléctricas. Fue a parar a la *sharashka* de Marfino por un error del funcionario despistado que seleccionaba las tarjetas del Gulag. No obstante, siendo un ingeniero de verdad y un trabajador incansable, Potapov pronto se adaptó a Marfino y llegó a ser insustituible en los equipos de medida más precisos y complejos.

Estaba también el ingeniero Jorobrov, gran especialista en radio. Fue destinado al equipo Número 7 desde el principio, cuando era un equipo como los demás. Últimamente le pesaba estar en el Número 7, no podía acomodarse a su ritmo frenético, y a Mamurin le pesaba también tenerlo allí.

Finalmente, la mano larga y veloz de una «patrulla especial» trajo al Número 7 de Marfino a Alexandr Bobynin, presidiario sombrío e ingeniero genial que se encontraba en el campo de concentración de Salejard, en una brigada de régimen riguroso, y lo colocó inmediatamente por encima de los demás. Bobynin había sido arrancado de las mismas fauces de la muerte. Era el primer candidato a la libertad en caso de éxito. Por eso trabajaba y aguantaba incluso hasta pasada la medianoche, pero con tal desdeñosa dignidad que Mamurin lo temía y era al único al que no se atrevía a amonestar.

El Número 7 era un laboratorio igual al de acústica, sólo que un piso más arriba. Estaba igualmente lleno de aparatos y de variedad de muebles, pero no había en el rincón un artefacto comparable a una cabina acústica.

Yákonov iba al Número 7 varias veces al día, por eso su entrada no se consideraba la llegada de un alto jefe. Sólo Markushev y otros presos serviles se hinchaban y se movían con más alegría y rapidez, mientras que Potapov, para reducir la visibilidad, añadía un medidor de frecuencias a la abertura existente entre los aparatos que lo separaban del resto del laboratorio. Realizaba su trabajo uniformemente, había cumplido los encargos de todos y ahora fabricaba tranquilamente una pitillera de plástico transparente rojo que debía regalar a la mañana siguiente.

Mamurin se levantó para saludar a Yákonov de igual a igual. No llevaba el mono azul de los

simples presos, sino un traje caro de lana, aunque ni siquiera este traje embellecía su rostro demacrado y su huesuda figura.

Sin embargo, lo que se dibujaba ahora en su frente de color limón y en sus labios exangües de habitante de otro mundo representaba convencionalmente alegría, y así lo apreció Yákonov.

—¡Antón Nikoláich! Hemos optado por intervalos de dieciséis impulsos y ha ganado mucho. Escuche, yo le leeré.

«Leer» y «escuchar» era la prueba habitual de la calidad de una línea telefónica. La línea se cambiaba varias veces al día añadiendo, quitando o sustituyendo algún sector, pero montar en cada caso el proceso de articulación resultaba un trabajo voluminoso, siempre a remolque de las ideas constructivas de los ingenieros, y además tenía poco interés obtener a bulto las cifras de esa ciencia hostil que se había convertido en el dominio de Nerzhin, el pupilo de Reutmann.

Sometidos por costumbre a una idea común, Mamurin fue al rincón más alejado de la estancia sin preguntar ni explicar nada, y una vez allí se dio la vuelta, pegó el micrófono al pómulo y empezó a leer un periódico por teléfono; por su parte, Yákonov, junto al banco de trabajo, se colocó unos auriculares conectados al otro extremo de la línea y se dispuso a escuchar. En los auriculares se armaba un escándalo horrible: los sonidos se desencadenaban crujiendo, retumbando, chillando. Pero del mismo modo que la madre contempla con amor la monstruosidad de su vástago, Yákonov no sólo no separaba los auriculares de sus doloridas orejas, sino que prestaba la mayor atención y creía constatar que aquella cosa horrible era mejor que la otra cosa horrible que había escuchado antes de comer. El lenguaje de Mamurin no era en absoluto el lenguaje vivo de una conversación, sino una lectura uniforme, intencionadamente clara. Además, Mamurin leía un artículo sobre la arrogancia de los guardias fronterizos yugoslavos y sobre la indisciplina del sangriento verdugo de Yugoslavia, Rankovich, que había convertido un país amante de la libertad en una cerrada cámara de tortura. Por esta razón, Yákonov adivinaba fácilmente lo que no oía bien, comprendía que estaba adivinando pero olvidaba que adivinaba, y se afirmaba cada vez más en la idea de que después de la comida había mejorado la audición.

Y sintió el deseo de consultar con Bobynin, sentado no lejos de allí. Bobynin era corpulento, ancho de hombros, con la cabeza provocativamente rapada al cero, aunque en la *sharashka* se permitía cualquier peinado. No había vuelto la cabeza cuando Yákonov entró en el laboratorio, y estaba midiendo las puntas del medidor inclinado sobre la larga cinta de un foto-oscilograma.

Bobynin era una cucaracha en medio de la creación, un insignificante presidiario, un miembro de la última capa social con menos derechos que un koljosiano. Yákonov era un gran señor.

¡Pero Yákonov no se atrevía a distraer a Bobynin por grande que fuera su deseo de hacerlo!

Se puede construir el Empire State Building. Organizar el ejército prusiano. Elevar la jerarquía del Estado totalitario por encima del trono del Todopoderoso.

Pero no se puede doblegar la rara superioridad moral de ciertas personas.

Hay soldados temidos por el capitán de su compañía. Obreros no especializados que intimidan a los maestros de obras. Reos que provocan palpitaciones en sus jueces.

Bobynin lo sabía y había adoptado adrede esta posición ante sus superiores. Cada vez que hablaba con él, Yákonov descubría en sí mismo el pusilánime deseo de satisfacer a aquel preso, de

no irritarlo. Esta sensación le indignaba, pero había observado que todos los demás hablaban con Bobynin de la misma manera.

Yákonov se quitó los auriculares e interrumpió a Mamurin:

—¡Mejor, Yákov Ivánovich, decididamente mejor! Me gustaría que Rubin lo escuchara, tiene mejor oído.

En cierta ocasión, alguien, satisfecho de una opinión de Rubin, había dicho que este tenía «buen oído». Inconscientemente, todos percibieron esta opinión y la creyeron. Rubin había ido a parar a la *sharashka* por casualidad, e iba tirando con las traducciones. Su oído izquierdo era como el de las demás personas, pero el derecho estaba algo disminuido por una conmoción sufrida en el frente. De todos modos, después de tantas alabanzas, se vio en la necesidad de ocultar este detalle. Con la fama de su «buen oído» se mantenía sólidamente en su puesto hasta que pudiera afirmarse aún más sólidamente con su trabajo capital, «Análisis audio-sintético y electro-acústico del habla rusa».

Telefonearon al laboratorio de acústica requiriendo la presencia de Rubin. Mientras le esperaban, se pusieron a la escucha por décima vez. Markushev, con las cejas muy juntas y los ojos tensos, sostuvo apenas el auricular junto al oído y declaró bruscamente que se oía mejor, mucho mejor (la idea de pasar a los intervalos de dieciséis impulsos le pertenecía, y antes de efectuar el cambio ya sabía que se oiría mejor). Bulatov chilló por todo el laboratorio que era necesario ponerse de acuerdo con los codificadores y pasar a intervalos de treinta y dos impulsos. Dos montadores serviciales, Liubimichev y Siromaja, compartieron unos auriculares, una oreja cada uno, y se pusieron a escuchar. Acto seguido confirmaron con tumultuosa alegría que, efectivamente, ahora se entendía mejor.

Sin levantar la cabeza, Bobynin continuaba midiendo su oscilograma.

La negra aguja del gran reloj eléctrico de pared saltó a las diez y media. Pronto terminarían los trabajos en todos los laboratorios excepto en el Número 7, entregarían los periódicos secretos a las cajas fuertes, los presos irían a acostarse y los externos correrían a las paradas de los autobuses, que a esta hora avanzada pasaban con menor frecuencia.

Por el fondo del laboratorio, fuera de la vista de los jefes, Iliá Terentievich Jorobrov se dirigió pesadamente al banco de trabajo de Potapov. Jorobrov era de Viatka, de su rincón más salvaje, de Kai, donde por bosques y pantanos se extendía un reino de miles de kilómetros, más de una Francia: el país del Gulag. Jorobrov había visto muchas cosas y comprendía más que los demás, y a veces sentía una impaciencia tan grande como para darse de frente contra el poste de hierro del altavoz de la calle. La necesidad de disimular continuamente sus pensamientos, de ahogar su instinto de justicia, arqueaba su figura, hacía su mirada desagradable, abría difíciles arrugas en sus labios. Finalmente, su necesidad de manifestarse estalló en las primeras elecciones de la posguerra, y en la papeleta del voto escribió un taco viril junto al nombre tachado del candidato. Era una época en la que por falta de mano de obra no se restauraban las viviendas ni se sembraban los campos. No obstante, algunos cerebros investigadores estudiaron durante meses la caligrafía de todos los votantes del sector, y Jorobrov fue arrestado. Fue al campo de concentración con la simplona alegría de pensar que allí por lo menos podría hablar francamente. ¡Pero tampoco el

campo de concentración resultó ser una república libre!: debido a las denuncias de los chivatos, Jorobrov tuvo que callarse también en el campo de concentración.

La prudencia le exigía ahora integrarse en el trabajo común del Número 7 y asegurarse, si no la liberación, por lo menos una existencia aceptable. Sin embargo, la náusea que le provocaba la injusticia, incluso cuando no tenía relación con su persona, había crecido en él a tal altura que ya no deseaba ni siquiera vivir.

Al pasar por el banco de Potapov se inclinó hacia la mesa y propuso en voz baja:

—¡Andréich! Es hora de esfumarse. Es sábado.

Potapov estaba adaptando un cierre de color rosa pálido a su pitillera de transparente rojo. Ladeó la cabeza, recreándose en su obra, y preguntó:

—¿Qué, Teréntich, va a juego con el color?

Al no recibir aprobación ni desaprobación, Potapov miró a Jorobrov por encima de sus gafas, de simple montura metálica, como hacen las abuelas, y dijo:

—¿Para qué irritar al dragón? Lea los editoriales del *Pravda*: el tiempo trabaja a nuestro favor. Cuando se vaya Antón, nos esfumamos al ins-tan-te.

Tenía la costumbre de dividir en sílabas y de subrayar con mímica cualquier palabra importante de una frase.

Por entonces, Rubin ya estaba en el laboratorio. Y a esta hora, a las once, después de una tarde de talante poco laborioso, lo único que deseaba era irse cuanto antes a la cárcel y seguir devorando su Hemingway. Sin embargo, dio a su cara una expresión semejante a la de un gran interés por la nueva calidad de la línea del Número 7 y pidió que leyera Markushev, pues su voz aguda y su tono básico de 160 herzios debía de atravesar peor la línea (esta forma de abordar el asunto delataba al instante al especialista). Con los auriculares puestos, Rubin dio varias veces algunas órdenes a Markushev para que leyera ora con voz más alta, ora con voz más baja, ora repitiendo «las gruesas carpas se metieron bajo la cubierta» y «recordó, avispó, venció», frases conocidas en toda la *sharashka*, inventadas por Rubin para comprobar grupos de sonidos por separado. Finalmente dictó sentencia diciendo que había una tendencia general a mejorar, que los sonidos de las vocales pasaban magníficamente, que algo peor iban las dentales sordas, que le preocupaba todavía el fonema «jo», que no funcionaba en absoluto el grupo de sonidos «vsp», tan característico de las lenguas eslavas, y que habría que trabajarlo más.

Sonó enseguida un coro de voces, satisfechas de que, por lo visto, la línea fuera mejor.

Bobynin levantó la vista del oscilograma y dio su burlona opinión con densa voz grave:

—¡Tonterías! Un golpe a la derecha, un golpe a la izquierda. No hay que tantear al azar, hay que buscar un método.

Todos se callaron, turbados, ante su firme e indesviable mirada.

Tras sus estantes, Potapov pegaba con esencia de pera el cierre rosado de su pitillera. Potapov había pasado sus tres años de cautiverio en campos de concentración alemanes y había sobrevivido principalmente por su habilidad para fabricar atractivos encendedores, pitilleras y boquillas con materiales de chatarra, y además sin utilizar ningún instrumento.

¡Nadie tenía prisa por abandonar el trabajo! ¡Y le estaban escamoteando la víspera de un

domingo!

Jorobrov se irguió. Colocó sus materiales secretos sobre la mesa de Potapov, para que de allí los metieran en la caja fuerte, salió de detrás de los estantes y se dirigió pausadamente a la salida pasando junto a todos los que se agrupaban ante el banco del *clipado*.

Mamurin enrojeció débilmente a sus espaldas:

—¡Iliá Teréntich! ¿Por qué no está escuchando? Y además, ¿dónde va usted?

Jorobrov se volvió con la misma parsimonia. Sonriendo con la boca torcida, respondió muy distintamente:

—Quería evitar hablar de ello en voz alta. Pero ya que insiste, ahí va: en este momento voy al retrete, o sea a los lavabos. Si allí todo se resuelve favorablemente, me dirigiré a la cárcel y me acostaré.

Reinó una medrosa pausa, y Bobynin, cuya risa nunca había escuchado nadie, soltó unas sonoras carcajadas.

¡Era un motín en un buque de guerra! Mamurin dio un paso hacia Jorobrov como si se dispusiera a pegarle y preguntó con voz chillona:

—¿Qué quiere decir con «me acostaré»? ¿Todos están trabajando y usted va a acostarse?

Con la mano en la manilla de la puerta, Jorobrov respondió a punto ya de perder el control:

—¡Pues sí, simplemente *a dormir*! A tenor de la Constitución, he trabajado mis doce horas. ¡Y basta! —empezaba a estallar, iba a decir algo irreparable, pero se abrió la puerta de par en par y el ordenanza de servicio en el instituto anunció:

—¡Antón Nikoláich! Le llaman urgentemente por el teléfono urbano. Yákonov se levantó apresuradamente y salió por delante de Jorobrov. Al poco rato, Potapov apagó la lámpara de sobremesa, trasladó sus documentos secretos y los de Jorobrov a la mesa de Bulatov, y con paso medurado y aire inocente se dirigió cojeando a la salida. Cojeaba de la pierna derecha debido a un accidente de motocicleta sufrido antes de la guerra.

A Yákonov lo llamaba el viceministro Selivanovski. Lo convocaba en el Ministerio, en la Lubianka, a las doce de la noche.

¿Esto era vida?

Yákonov volvió a su despacho, donde estaban Vereniiov y Nerzhin. Despidió al segundo y propuso al primero que regresara en su automóvil. Luego se abrigó y, ya con los guantes puestos, volvió a la mesa y debajo de la nota «Dar de baja a Nerzhin» añadió:

«y a Jorobrov, ídem».

Cuando Nerzhin, consciente de que había sucedido algo irreparable pero todavía sin hacerse una idea de sus últimas consecuencias, volvió al laboratorio de acústica, Rubin no estaba. Los demás seguían ahí, y Valentulia, que trabajaba en el pasillo con un panel sembrado de decenas de lámparas de radio, levantó sus ojos vivarachos.

—¡Cuidado, muchacho! —detuvo a Nerzhin con la mano abierta como delante de un automóvil—. ¿Por qué mi tercer circuito no tendrá corriente? —y al recordar—: ¡Ah! ¿Para qué te han llamado? *Qu'est-ce qu'est passé?*

—No seas grosero, Valentain —esquivó sombrío Nerzhin. No habría podido confesar a este compañero de fatigas científicas que había renunciado, que acababa de renunciar a las matemáticas.

—Si estás disgustado puedo recomendarte una cosa: ¡pon música de baile! ¿A qué malhumorarse? ¿Has leído aquello de...? ¿Cómo se llama? Bueno, lo del cigarrillo en los labios, se fuma un tercio, dejamos dos, no pone mano en la pala, pero llama a otros que lo hagan... sí, eso:

¡Mi amado policía
me vigila!
¡Qué bien se está
en zona prohibida!

Acto seguido, llevado de una nueva idea, Valentulia daba ya unas órdenes:

—¡Vadim! ¡Conecta el oscilógrafo!

Nerzhin se acercó a su mesa. No se sentó todavía, vio que Símochka estaba muy inquieta. Miraba abiertamente a Gleb, sus finas cejas palpitaban.

—¿Dónde está «el Barbas», Serafima Vitalievna?

—Antón Nikoláich también lo llamó, al Número Siete —respondió en voz alta Símochka. Y, llegándose al panel del conmutador, pidió con voz aún más fuerte, para que todos la oyeran—: ¡Gleb Vikéntich! Controle cómo leo las tablas. Aún tenemos media hora.

Símochka, entre otras cosas, era una de las locutoras de la articulación. Había que vigilar la lectura de todos los locutores para estandarizar su grado de inteligibilidad.

—¿Cómo la voy a controlar en medio de este ruido?

—Pues... vamos a la cabina —miró con aire significativo a Nerzhin, cogió las tablas, escritas con tinta china sobre papel Wathman, y se dirigió a la cabina.

Nerzhin la siguió. Echó primero el cerrojo a una de las hojas de la puerta, que tendría un grosor de setenta centímetros, luego se introdujo por el estrecho espacio de la segunda hoja y, antes de que tuviera tiempo de echar la cortina, Sima ya colgaba de su cuello, de puntillas, y besaba sus labios.

Él la levantó en brazos; era tan ligera, y había tan poco espacio, que los zapatos de la joven chocaron contra la pared. Nerzhin se sentó en la única silla de la cabina, ante un micrófono de sala, y depositó a Sima sobre sus rodillas.

—¿Para qué le ha llamado Antón? ¿Qué va mal?

—¿No está conectado el amplificador? ¿Nos ponemos de acuerdo para que nos retransmitan por el altavoz?

—... ¿Qué va mal?

—¿Por qué crees que algo va mal?

—Lo he presentado al instante, desde que Antón ha llamado. Y lo veo en usted.

—¿Y cuándo vas a tutearme?

—De momento no conviene... ¿Qué ha sucedido?

El calor de aquel cuerpo desconocido se transmitía a las rodillas de Nerzhin, a sus brazos, en toda su altura. Era desconocido hasta constituir un completo misterio, pues todo era desconocido para el preso-soldado después de tantos años. Y no todo el mundo tiene abundantes recuerdos de juventud.

Símochka era sorprendentemente ligera: fuera que sus huesos estuvieran hinchados con aire, fuera que la hubieran hecho de cera, el caso era que parecía liviana como el pájaro que aumenta de volumen gracias a sus plumas.

—Sí, mi pequeña codorniz... Creo que... pronto me marcharé.

Ella se escurrió entre sus brazos dejando caer el chal de sus hombros, y lo abrazó tan fuertemente como pudo:

—¿A-dón-de?

—¿Cómo que adonde? Somos hijos del abismo. Desaparecemos, caemos al lugar de donde emergimos, al campo de concentración —explicó razonablemente Gleb.

—Pero ¿por qué-é? —salió de Símochka, más como gemidos que como palabras.

Gleb miró de cerca, incluso con desconcierto, los ojos de aquella joven fea cuyo amor se había ganado tan inesperada como fácilmente. Estaba más preocupada por el destino de Gleb que el propio Gleb.

—Habría podido quedarme. Pero en otro laboratorio. De todos modos, no habríamos estado juntos.

(Así lo dijo en ese momento, como si en el despacho de Antón hubiera renunciado por este motivo. En realidad, pronunciaba estas palabras de un modo casi mecánico, como los que registraban para el Vocoder. Su condición límite de preso era tal que, de haber pasado a otro laboratorio, Gleb habría buscado lo mismo de la mujer que trabajara a su lado, y de haberse

quedado en acústica, de cualquier otra mujer, fuera cual fuera su aspecto, destinada a trabajar en la mesa contigua en lugar de Símochka).

Ella estrechaba su pequeño cuerpo contra él y lo besaba.

Durante las pasadas semanas, después del primer beso, pensaba: ¿para qué ahorrarle todo esto a Símochka y tener compasión de su transparente felicidad futura? Difícilmente encontraría novio, de todos modos acabaría tropezando con alguien como él. Le caía en los brazos por su propia iniciativa, y el corazón de ambos latía tan asustado... Antes de sumergirse en el campo de concentración, donde a buen seguro no iba a suceder nada semejante...

—Me duele marcharme... así... Habría querido llevarme el recuerdo de tu... de tu... En fin, de dejarte... con un hijo...

Ella bajó veloz su cara avergonzada y se resistió a los dedos de Gleb, que intentaban de nuevo levantarle la cabeza.

—Mi pequeña codorniz... vamos, no te escondas... Anda, levanta tu cabecita. ¿Por qué te callas? ¿Y tú, qué deseas?

La joven levantó la cabeza y dijo con voz salida de lo más profundo:

—¡Le esperaré! Le quedan cinco, ¿no? ¡Le esperaré cinco años! ¿Volverá a mí cuando sea libre?

Él no lo dijo. La joven planificaba como si él no tuviera esposa. ¡La chica de la nariz larga quería casarse por encima de todo!

La esposa de Gleb vivía en alguna parte de Moscú. En Moscú, pero era como si viviera en Marte.

Además de Símochka sobre sus rodillas y de la esposa en Marte, estaban también sus ensayos sobre la revolución rusa —enterrados en el escritorio—, unos ensayos que habían requerido mucho trabajo y que habían suscitado sus mejores pensamientos. Eran el tanteo de las primeras formulaciones.

No se permitía sacar de la *sharashka* ni un pedazo de papel con unas notas. Y en el registro de las salidas lo único que podía ganarse era una nueva condena.

¡Era preciso mentir ahora! Mentir, prometer, como siempre suele prometerse. Y al partir, dejar todo lo escrito en manos de Símochka, sin peligro.

Pero ni en nombre de este objetivo tenía fuerzas para mentir ante unos ojos que lo miraban con esperanza.

Huyendo de los ojos y de la pregunta formulada empezó a besar los hombros pequeños y angulosos de la joven, liberados de la blusa por sus manos.

—Un día me preguntaste qué andaba escribiendo todo el día —dijo con dificultad.

—¿Y qué? ¿Qué escribes? —preguntó Símochka con curiosidad.

De no haberle interrumpido, de no haber preguntado con tanto afán, él seguramente le habría contado algo en aquel mismo instante. Pero lo había preguntado con impaciencia, y él se puso en guardia. Hacía muchos años que vivía en un mundo en el que por todas partes pasaban los astutos e imperceptibles hilos de las minas, los cables de los detonadores.

Y aquellos ojos confiados y enamorados podían muy bien estar trabajando para el *oper*.

En realidad, ¿cómo había empezado todo? El primero en acercar la mejilla no había sido él sino ella. ¡Podía ser un montaje!

—Nada, cosas históricas —respondió Gleb—. En fin, historias de la época de Pedro el Grande. Pero es algo que aprecio mucho. Mientras Antón no me dé la patada, voy a continuar escribiendo. Pero ¿dónde lo dejaré cuando me vaya?

Y sus ojos profundizaron suspicaces en los ojos de ella.

Símochka sonrió con tranquilidad:

—¿Cómo que dónde? Dámelo a mí. Lo guardaré. Escribe, querido —y escrutando su mirada—: ¿Dime, es muy hermosa tu mujer?

Sonó el teléfono de campaña, a batería, que comunicaba la cabina con el laboratorio. Sima tomó el auricular y oprimió el botón de comunicación, de modo que se la podía oír desde el otro extremo de la línea, pero no acercó el micrófono a la boca sino que, ruborizada y con el vestido en desorden, comenzó a leer con voz indiferente y uniforme la tabla de articulación:

—... dier... fskop... shtap... Sí, dígame... ¿Qué pasa, Valentín Martinovich? ¿Un doble diodo-triodo? No hay ningún 6-G-7 pero creo que hay un 6-G-2. Enseguida termino con la tabla y salgo... gven... zhan... —y soltó el botón. Frotó una vez más la cabeza contra el pecho de Gleb—. Hay que marcharse. Empieza a notarse. Ande, déjeme...

Pero su voz carecía de decisión.

Él la abrazó de una manera más completa, la estrechó fuertemente por arriba, por abajo, por todas partes:

—¡No! Te solté e hice mal. ¡Pero ahora, no!

—¡Vuelva a la realidad, me están esperando! ¡Hay que cerrar el laboratorio!

—¡Ahora! ¡Aquí! —exigió él.

Y la besó.

—¡Hoy no! —protestaba ella, obediente.

—Pues ¿cuándo?

—El lunes... Volveré a estar de guardia sustituyendo a Lira... Venga durante el descanso de la cena... Estaremos juntos toda una hora... Si este loco de Valentulia no viene...

Mientras Gleb abría una de las hojas de la puerta y quitaba el pasador a la otra, Sima se abrochaba y peinaba. Fue la primera en salir, inaccesible y fría.

—Un día de estos, cojo la bota y hago pedazos esta bombilla azul para que no nos fastidie más.

—No acertarás.

—A cinco metros, ¿cómo no voy a acertar? ¿Nos jugamos la compota de mañana?

—Como tú te descalzas en la litera inferior, hay que añadir un metro.

—Está bien, a seis metros. La de cosas que se inventan estos canallas para fastidiar a los presos. Toda la noche presionándote los ojos.

—¿La luz azul?

—¿Qué, si no? Es una presión lumínica. La descubrió Lebedev. ¿Duerme usted, Aristipp Ivánich? Hágame el favor, pásame aquí arriba una de mis botas.

—No tengo inconveniente en pasarle la bota, Viacheslav Petróvich, pero dígame antes qué mal le ha hecho la luz azul.

—Pues que su longitud de onda es muy corta y sus quanta muy grandes, eso para empezar. Los quanta nos martillean los ojos.

—Su luz es dulce. A mí, personalmente, me recuerda la lamparilla azul que mamá me encendía por la noche cuando era niño.

—¡Mamá! ¡Una mamá con galones azul celeste! Ya lo ve, ¿se puede dar a la gente una auténtica democracia? He observado una cosa: en cualquier celda y en la cuestión más insignificante (lavar la vajilla o barrer los suelos) salen matices de toda clase sobre las más contradictorias opiniones. La libertad perdería a los hombres. Sólo el garrote, ¡ay!, puede enseñarles dónde está la verdad.

—Pues aquí una lamparilla es lo más idóneo. Ya sabes, esto era antes un altar.

—No el altar, sino la cúpula del altar. Se ha construido una entre-planta.

—¡Dmitri Alexándrich! ¿Qué hace usted? ¡Abrir la ventana en diciembre! Ya es hora de que acabe con esta manía.

—¡Señores! El oxígeno es precisamente lo que hace al preso inmortal. En la estancia hay veinticuatro personas, fuera no hay ni helada ni viento. Abro la rendija de un Ehrenburg.

—¡Aunque sea de uno y medio! ¡En las literas superiores nos sofocamos!

—A su juicio, ¿cuánto cree que mide el Ehrenburg a lo ancho?

—No, señores, me refiero a lo alto, se apoya muy bien en el marco.

—Voy a volverme loco, ¿dónde está mi chubasquero de presidiario?

—A todos esos partidarios del oxígeno los mandaré a Oi-Miakon, con los *comunes*. A sesenta

grados bajo cero trabajarían sus doce horitas y luego se arrastrarían hasta un establo para cabras con tal de tener calor.

—En principio no estoy en contra del oxígeno, pero ¿por qué el oxígeno siempre ha de ser frío? Estoy a favor del oxígeno recalentado.

—Pero... ¿qué diablos? ¿Por qué la habitación está a oscuras? ¿Por qué apagan la luz blanca tan temprano?

—¡Valentulia, eres libre! ¡Debías vagar por ahí hasta la una! ¿Qué luz quieres que haya a las doce de la noche?

—¡Tú, tú eres un petimetre!

Con mi mono azul
soy un petimetre.
En medio de los campos,
¡qué bien se está!

¡Otra vez tanto humo! ¿Por qué estáis siempre fumando? Uf, qué porquería... Eh, eh, y la tetera está fría.

—Valentulia, ¿dónde está Lev?

—¿Cómo, no está en su litera?

—Habrá en ella un par de decenas de libros, pero él no está.

—Por lo tanto, estará cerca del retrete.

—¿Por qué «cerca»?

—Han puesto allí una bombilla de luz blanca, y la pared está caliente debido a la cocina. Seguramente, estará leyendo un libro. Voy a lavarme. ¿Qué quieres que le diga?

—Sííí... Me hacía la cama en el suelo, y ella a mi lado, en la cama. Qué mujer tan jugosa, ah, sí, qué jugosa...

—Amigos, os lo ruego: hablad de otra cosa, pero no de mujeres. En la *sharashka* nos alimentamos de carne y es una conversación socialmente peligrosa.

—¡Por lo demás, majos, terminad de una vez! Han dado el toque de queda.

—No es el toque de queda, a mi juicio se oye un himno en alguna parte.

—Si quieres dormir, acabarás por dormirte, creo yo.

—No tiene sentido del humor: hace cinco minutos largos que soplan el himno. Se me revuelven las tripas: ¿cuándo van a terminar? ¿No podrían limitarse a una sola estrofa?

—¿Y las sintonías? ¡En un país como Rusia! Son gustos de portero.

—Serví en África. Con Rommel. ¿Que qué había allí de malo? Hacía mucho calor y carecíamos de agua...

—En el océano Ártico hay una isla llamada Majotkin. Pero Majotkin, que era un aviador, un pionero del Ártico, está preso por hacer propaganda antisoviética.

—Mijaíl Kurzmich, ¿por qué no deja de dar vueltas en la cama?

—Puedo volverme de un lado y luego ponerme del otro, ¿no?

—Puede, pero recuerde que cada giro de abajo, aunque sea pequeño, repercute aquí arriba con enorme amplitud.

—Iván Ivánich, usted evitó el campo de concentración. Allí, en el *vagón* cuádruple, cuando uno se volvía, los otros tres se balanceaban.

Y por si fuera poco, alguno ponía abajo unas cortinas de colores, se traía una mujer y se enrollaba. ¡Aquello era un balanceo de doce grados! Y no pasaba nada, la gente dormía.

—... ¿Cuándo fue a parar por primera vez a la *sharashka*, Grigori Borísovich?

—Tengo intención de ponerle un pentodo y un pequeño reostato.

—... era un hombre muy independiente, ordenado. Cuando se quitaba las botas por la noche no las dejaba en el suelo, se las ponía debajo de la cabeza.

—¡No eran tiempos para dejarlas en el suelo!

—... estuve en Auschwitz. Lo terrible de Auschwitz era que te conducían de la estación a los crematorios al son de una música.

—... allí hay una pesca fantástica, eso por un lado, por otro, la caza. En otoño, después de una hora de marcha vas cargado de faisanes; si te metes por los juncos, jabalíes, y en el campo, liebres...

—... todas esas *sharashkas* se crearon a partir de 1930, cuando empezaron a enviar allí a bandadas de ingenieros. La primera estaba en Furkasovski, fue la que redactó el proyecto del mar Blanco. Después vino la de Ramzin. La experiencia había gustado. En libertad es imposible reunir en un grupo investigador a dos grandes ingenieros o a dos grandes científicos: empiezan a pelearse por el nombre, por la fama, por el Premio Stalin, y uno desaloja necesariamente al otro. Por eso, todos los centros de investigación son un grupo mediocre alrededor de una cabeza clara. Y en la *sharashka*, ¿qué? No se amenaza la fama ni el dinero de nadie. Medio vaso de crema agria para Nikolai Nikoláich y medio vaso de crema agria para Piotr Petróvich. Una docena de osos viven pacíficamente en una sola madriguera porque no tienen otro sitio donde ir. Juegan al ajedrez, fuman y se aburren. ¿Y si inventáramos algo? ¡Adelante! ¡Así se han creado muchas cosas en nuestra ciencia! En esto se basa la idea fundamental de las *sharashkas*.

—... ¡Amigos! ¡Una noticia! ¡Se han llevado a Bobynin no sé dónde!

—¡Deja de gimotear, Valka, o te envuelvo en una almohada!

—¿Adónde, Valentulia?

—¿Cómo se lo han llevado?

—Ha venido el suboficial, ha dicho: «Ponte el abrigo y la gorra».

—¿Con sus efectos personales?

—Sin sus efectos personales.

—Seguramente, a ver a un gran jefe.

—¿A Fomá?

—Fomá habría venido personalmente. ¡Apunta más alto!

—El té se ha enfriado. ¡Qué ruindad!

—Siempre golpeas el vaso con la cucharilla después del toque de queda, Valentulia. ¡Cómo me fastidia!

—Tranquilo. ¿Cómo hay que mezclar el azúcar, si no?

—Silenciosamente.

—Sólo las catástrofes cósmicas tienen lugar silenciosamente, pues en el espacio sideral no se difunden los sonidos. Si a nuestras espaldas estallara una nova, ni siquiera la oiríamos. Se te cae la manta, Ruska, ¿por qué dejas que cuelgue? ¿Sabes que nuestro Sol es una nova y que la Tierra está destinada a perecer en un futuro muy próximo?

—No quiero creer en ello. ¡Soy joven, quiero vivir!

—¡Ja, ja! ¡Qué primitivo! Qué frío está el té... *C'est le mot!* ¡Quiere vivir!

—¡Valka! ¿Adónde se han llevado a Bobynin?

—¿Cómo lo voy a saber? Quizás a ver a Stalin.

—¿Y qué haría usted, Valentulia, si le llevaran a ver a Stalin?

—¿A mí? ¡Oh-oh! ¡Chicos! ¡Le presentaría una protesta punto por punto!

—A ver, ¿qué punto, por ejemplo?

—Bueno, todos, todos, todos. *Par exemple*, ¿por qué vivimos sin mujeres? Esto inhibe nuestras posibilidades creativas.

—¡Prianchik! ¡Cierra el pico! ¡Todos duermen hace rato, y tú desgarrándote!

—¿Y si no quiero dormir?

—Amigos, los que estén fumando que escondan la punta del cigarrillo, viene el suboficial.

—¿Qué quiere esa carroña? No vayas a tropezar, camarada subteniente, a lo mejor te aplastas la nariz.

—¡Prianchikov!

—¿Qué?

—¿Dónde está? ¿Todavía no duerme?

—Estaba durmiéndome.

—Vístase de prisa.

—¿Adónde debo ir? Quiero dormir.

—Vístase, vístase, el abrigo, la gorra.

—¿Con mis efectos personales?

—Sin ellos. Hay un coche esperando, rápido.

—¿Cómo, voy a ir con Bobynin?

—Él ya se ha marchado, ha venido otro coche por usted.

—¿Qué coche, subteniente, un *cuervo*?

—Deprisa, deprisa, un Pobeda.

—Pero ¿quién me llama?

—A ver, Prianchikov, ¿he de explicárselo todo? Ni yo mismo lo sé, deprisa.

—¡Valka! ¡Suéltate la lengua allí!

—¡Háblales de las visitas! ¿Cómo, canallas, el Artículo 58 sólo prevé una visita al año?

—¡Háblales de los paseos!

—¡De las cartas!

—¡De los uniformes!

—¡*Rot Front*, compañeros! ¡Ja, ja! *Adieu!*

—... ¡Camarada subteniente! ¿Dónde está, finalmente, Prianchikov?

—¡Ya lo entrego, ya lo entrego, camarada comandante! ¡Aquí está!

—¡Habla de todo, Valka, no te intimides!

—¡Qué perros se han desatado en mitad de la noche!

—¿Qué habrá sucedido?

—Nunca había pasado una cosa así...

—¿Habrá empezado la guerra? ¿Los llevarán al paredón?

—¡Mira que eres tonto! ¿Quién iba a llevarnos al paredón de uno en uno? Cuando empiece la guerra nos matarán a todos, a puñados, o nos contagiarán la peste envenenando las gachas, como hacían los alemanes en los campos de concentración, en el 45...

—¡Bueno, de acuerdo, a dormir, amigos! Mañana lo averiguaremos.

—En el 39 y en el 40 solía suceder que Beria llamara a la *sharashka* requiriendo la presencia de Borís Serguéyevich Stechkin, y este sí que no volvía con las manos vacías: o cambiaban al director de la cárcel, o aumentaban los paseos... Stechkin no podía sufrir este sistema de sobornos ni estas categorías de alimentación según las cuales dan a los académicos crema agria y huevos, a los profesores cuarenta gramos de mantequilla, y a los del montón veinte... Borís Serguéyevich era un buen hombre, Dios lo tenga en su gloria...

—¿Murió?

—No, salió en libertad... Consiguió un premio del Estado.

Luego se calmó incluso la voz cansada y monótona del reincidente Abramson, que ya estuvo en la *sharashka* durante su primera condena. En ambos lados terminó el susurro de unos relatos empezados. Alguien roncaba sonora y repulsivamente, a veces como si estuviera a punto de estallar.

Una débil lamparilla azul, colocada sobre la puerta de cuatro hojas adaptada al arco de la entrada, iluminaba una docena de literas dobles de hierro dispuestas en abanico en la gran sala semicircular. La estancia, quizás única en su género en Moscú, tenía sus buenos doce pasos masculinos de diámetro, y remataba en una cúpula espaciosa levantada como una carpa en la base de la torre hexagonal. En la curva de sus arcos había cinco elegantes ventanas redondeadas en la parte superior. Las ventanas estaban enrejadas pero no llevaban *mordazas* § y de día podía verse, al otro lado de la carretera, un parque intransitado, como un bosque; en los anocheceres de verano llegaban las inquietantes canciones de las jóvenes de los arrabales de Moscú.

En su litera superior, junto a la ventana central, Nerzhin no dormía ni lo intentaba. Debajo, el ingeniero Potapov hacía rato que dormía con el sueño imperturbable del obrero. En las literas vecinas, a la izquierda, al otro lado del pasillo, respiraba fuertemente por la nariz el encargado del «vacío», Zemeliá, de cara redonda y pose confiada (debajo estaba la litera vacía de Prianchikov); a la derecha, en un catre arrimado a las literas, se revolvía en su insomnio Ruska Doronin, uno de los presos más jóvenes de la *sharashka*.

Ahora, a distancia ya de la conversación habida en el despacho de Yákonov, Gleb Nerzhin comprendía todo más claramente: su negativa a incorporarse al grupo criptográfico no era un incidente en su trabajo, sino el punto donde cambiaría radicalmente toda su vida. Sería llamado, y seguramente muy pronto, para el duro y largo camino hacia algún lugar de Siberia o el Ártico. Sería llevado a la muerte o a la victoria sobre la muerte.

Ganas tenía de pensar en esta ruptura de su vida. ¿Qué había conseguido en los tres años de descanso en la *sharashka*? ¿Había forjado suficientemente su carácter para esta nueva caída en el abismo del campo de concentración?

Se daba la coincidencia de que, al día siguiente, Gleb cumplía treinta y un años (naturalmente, no estaba en absoluto de humor para recordar esta fecha a sus amigos). ¿Era la mitad de la vida? ¿Casi el final? ¿Solamente el principio?

Sus pensamientos se enredaban unos con otros. No acababa de formarse una visión de la perpetuidad. Ora tenía momentos de debilidad: en realidad, todavía no era tarde para corregir la

situación y aceptar el trabajo de criptografía. Ora asaltaba su memoria la ofensa recibida: hacía once meses que iban aplazando una y otra vez su entrevista con su esposa. ¿Se la concederían ahora antes de partir?

Finalmente, despertaba y emergía en él otro hombre desvergonzado y audaz que no era él, que no era Nerzhin, sino el hombre constreñidamente salido del chico indeciso que hacía cola en las panaderías en el primer plan quinquenal, y que después había reafirmado su personalidad en la situación vital de su época, sobre todo en el campo de concentración. Este hombre interior, tenaz, imaginaba ya vivamente los registros que le esperaban: a la salida de Marfino, a la recepción en Butyrki, en Krasnaya Presnaya; y cómo esconder en la cazadora acolchada unos pedazos rotos de tiza; cómo sacar de la *sharashka* su viejo mono de trabajo (los laboriosos aprecian cada piel de que pueden disponer); cómo demostrar que la cucharilla de té de aluminio, que llevaba consigo durante toda la condena, era de su propiedad, que no la había robado de la *sharashka*, donde había muy parecidas.

Sentía el prurito de ponerse inmediatamente manos a la obra, bajo la luz azul, levantarse y empezar todos los preparativos, cambiar las cosas de sitio, esconderlas.

Mientras, Ruska Doronin variaba bruscamente de posición una y otra vez: se ponía de bruces, con los hombros perdiéndose bajo la almohada, la manta sobre la cabeza dejando los pies al aire; luego se colocaba de espaldas, y arrojaba la manta dejando al descubierto la colcha blanca y la oscurecida sábana (cada vez que había baño se cambiaba una de las dos sábanas, pero ahora, en diciembre, la prisión especial había sobrepasado el límite anual de jabón, y el baño iba retrasándose). De pronto se incorporó en la litera, se corrió hacia atrás, hasta apoyarse con la almohada en la cabecera de hierro. Al hacerlo, descubrió en el ángulo del colchón un pequeño volumen: la *Historia de la antigua Roma*, de Mommsen. Al observar que Nerzhin tenía la vista fija en la lamparilla azul y no dormía, Ruska le pidió con ronco susurro:

—¡Gleb! ¿Tienes cerca los cigarrillos? Dame uno.

Normalmente, Ruska no fumaba. Nerzhin alargó la mano hasta el bolsillo del mono de trabajo, colgado en la cabecera de la cama, y sacó dos cigarrillos. Los encendieron.

Ruska fumaba concentradamente, sin volverse hacia Nerzhin. La cara de Ruska, siempre variable —ora puerilmente ingenua, ora la faz de un inspirado tramposo—, parecía atractiva, bajo la libre mata de pelo blanco-oscuro, incluso a la mortecina luz azul de la lamparilla.

—Toma —le acercó Nerzhin un paquete vacío de Belomor a guisa de cenicero.

Ambos empezaron a echar allí sus cenizas.

Ruska estaba en la *sharashka* desde el verano. Enseguida le gustó a Nerzhin y despertó en él el deseo de protegerlo.

Pero resultó que Ruska, aunque sólo tenía veintitrés años (y la condena que le habían impuesto era de veinticinco), no necesitaba en absoluto protección alguna: tanto su carácter como su comprensión del mundo se habían formado ya en su corta pero tumultuosa vida, en la colorida variedad de sucesos e impresiones, no tanto por las dos semanas de estudio en la Universidad de Moscú y las otras dos en la de Leningrado, como los dos años de vida con pasaportes falsos, perseguido por los servicios de investigación de todo el país (a Gleb le fue comunicado bajo el

más riguroso secreto), y los dos años de cárcel ahora. Con una perceptibilidad instantánea —sobre la marcha, como suele decirse— había asimilado las fieras leyes del Gulag, siempre estaba alerta, sólo era sincero con unos pocos, con los demás parecía puerilmente sincero, sólo lo parecía. Todavía era un entusiasta, procuraba abarcar mucho en poco tiempo, y la lectura era también una de sus ocupaciones.

Gleb, cansado de sus desordenados e insignificantes pensamientos, no sintiendo todavía sueño y suponiéndolo aún menos en Ruska, preguntó en un murmullo bajo el silencio de la apaciguada sala:

—¿Y bien? ¿Cómo va la teoría de los ciclos?

Habían discutido recientemente dicha teoría, y Ruska había emprendido la tarea de encontrar su confirmación en Mommsen.

Ruska se volvió al oír el susurro, pero le miró con aire de incompreensión. La piel de su rostro, especialmente la de la frente, se movía delatando el esfuerzo que hacía para interpretar lo que le habían preguntado.

—¿Cómo va la teoría cíclica?, decía.

Ruska suspiró, y al exhalar el aire desapareció de su cara aquella tensión y aquel pensamiento inquieto. Con el cuerpo colgando, deslizándose sobre el codo, arrojó la colilla apagada en el paquete vacío que le acercaban y dijo indolentemente:

—Me fastidia todo. Los libros. La teoría.

De nuevo hicieron una pausa. Nerzhin iba ya a darse la vuelta sobre el otro costado cuando Ruska soltó una risita y musitó animándose gradualmente y acelerando las palabras:

—La historia es tan monótona que da asco leerla. Es lo mismo que el *Pravda*. Cuanto más noble y decente es una persona, más groseramente la tratan sus compatriotas. Spurio Casio quería conseguir tierra para los plebeyos, y los plebeyos lo entregaron a la muerte. Spurio Melio quería dar pan al pueblo hambriento y fue ejecutado con el pretexto de que quería conseguir el poder. Marco Manlio, el que despertó con el graznar de las ocas (recuerda las crestomatías) y salvó el Capitolio, fue ejecutado por alta traición. ¿Eh?

—Pero ¡qué dices!

—Te hartas de leer historia y te vienen ganas de ser un canalla: ¡es lo más provechoso! El gran Aníbal, sin el cual ni siquiera conoceríamos Cartago, ¡fue desterrado por este mismo insignificante Cartago que le confiscó los bienes y arrasó su casa! Todo ha sucedido ya... Ya entonces metieron a Gneo Nevio en un pozo para que dejara de escribir atrevidas obras de teatro. Mucho antes de nosotros, ya los etolios proclamaron una falsa amnistía para atraer a los emigrados a la patria y asesinarlos. También en Roma comprendieron una verdad que el Gulag ha olvidado: es antieconómico tener esclavos hambrientos, hay que alimentarlos. ¡Toda la historia es una completa... fagia! El que pilla a otro se lo zampa. No hay ni verdades ni errores ni evolución. Y no hay dónde agarrarse.

¡Bajo aquella mortecina iluminación aparecía con especial encono el temblor de incredulidad en aquellos labios tan jóvenes!

En parte, estas ideas se las había sugerido a Ruska el propio Nerzhin, pero ahora, salidas de la

boca de este, provocaban el deseo de protestar. Entre sus compañeros mayores, Gleb acostumbraba a ser un contestatario, pero ante un preso más joven sentía cierta responsabilidad.

—Quiero prevenirte de una cosa, Rostislav —respondió Nerzhin con voz muy débil, inclinándose casi hasta la oreja de su interlocutor—. Por ingeniosos e implacables que sean los sistemas del escepticismo, o si quieres del agnosticismo y del pesimismo, has de comprender que por su propia esencia están condenados a la abulia. Pues, realmente, no pueden dirigir la actividad humana, la gente no puede detenerse y por lo tanto no puede renunciar a los sistemas que afirman algo o que conducen a alguna parte...

—¿Aunque sea a un pantano? ¿Con tal de moverse? —replicó irritado Ruska.

—Aunque sea así... Váyase a saber... —vaciló Gleb—. Compréndelo, yo también considero que el escepticismo es muy útil a la humanidad. Es necesario para partir nuestras frentes de piedra, para atragantar nuestras gargantas fanáticas. Es especialmente útil en suelo ruso, aunque arraiga en él con especial dificultad. Pero el escepticismo no puede ser tierra firme bajo los pies del hombre. ¿Y no necesitamos pese a todo de la tierra?

—¡Dame otro cigarrillo! —pidió Rostislav. Y lo encendió nerviosamente—. Escucha, ¡qué bien que el MGB no me haya permitido estudiar! ¡Historiador! —manifestó en un claro y retumbante murmullo—. Sí, habría terminado la carrera en la universidad, o incluso el aspirantado, pedazo de idiota que soy. Bueno, habría sido un científico, admitamos incluso que de los insobornables, que ya es admitir. Sí, y habría escrito un grueso volumen. Habría enfocado desde un nuevo punto de vista el 803, las cinco circunscripciones de Novgorod o la guerra de César contra los helvecios. ¡Hay tantas culturas en la Tierra! ¡Tantos idiomas! ¡Tantos países! ¡Y en cada país tantas personas inteligentes, y aún más tantos libros inteligentes! ¿Qué imbécil va a leer todo eso? ¿Cómo lo decías tú? «Lo que con gran trabajo razonaron los expertos parece ilusorio a otros más expertos que ellos». ¿Es así?

—Espera, espera —le reprochó Nerzhin—, estás perdiendo todo punto de apoyo y todo objetivo. Dudar es posible y necesario. Pero ¿no es necesario también amar alguna cosa?

—¡Sí, sí, amar! —atajó Ruska con triunfante y ronco susurro—. ¡Amar! ¡Pero no la historia ni la teoría, sino a una muchacha! —se arqueó en la litera hacia Nerzhin y lo agarró por el codo—. ¿Y de qué nos han privado, dime? ¿Del derecho a acudir a las reuniones? ¿A la clase de instrucción política? ¿De contribuir al empréstito estatal? ¡Lo único que podía hacer el Amo para perjudicarnos era privarnos de las mujeres!

Y lo ha hecho. ¡Por veinticinco años! ¡¡Perro!! ¿Quién puede imaginar —se golpeó el pecho— lo que representa una mujer para un preso?

—Tú... ¡no vayas a terminar loco! —intentó protegerse Nerzhin, pero le invadía súbitamente una ardiente oleada al solo pensamiento de Símochka y de su promesa para la tarde del lunes...— ¡Arroja de ti esta idea! Oscurece el cerebro. —(¡Pero el lunes...! Es algo que no valoran en absoluto los hombres casados, afortunados ellos, pero que se eleva a escalofriante fiereza en un martirizado presidiario)—. Es el *complex* freudiano, o el *simplex*, no sé cómo diablos se llama —dijo cada vez más débilmente, turbado—. Por lo demás: ¡sublimación! ¡Conecta tu energía a otras esferas! Ocúpate de la filosofía: no se necesita pan, ni agua, ni caricias femeninas.

(Pero él se estremecía imaginando detalladamente lo que sucedería pasado mañana, y esta idea, horrorosamente dulce, le quitaba el habla, no quería continuar).

—¡Mi cerebro *ya* se ha oscurecido! ¡No duermo hasta el amanecer! ¡Una muchacha! ¡Todos necesitamos a una muchacha! Para tenerla en brazos... Para... ¡Ah, para qué hablar! —Ruska dejó caer el cigarrillo, aún encendido, sobre la manta. No se dio cuenta, se volvió bruscamente, se puso de bruces y se cubrió la cabeza con la manta retirándola de los pies.

Nerzhin tuvo apenas tiempo de cazar y apagar el cigarrillo que ya rodaba entre sus literas a punto de caer en la de Potapov.

Ofrecía la filosofía a Ruska como un refugio, pero hacía tiempo que él mismo aullaba en este refugio. A Ruska le había perseguido todo el servicio de investigación del Estado y ahora le desgarraba la cárcel. Pero ¿qué sostenía a Gleb cuando tenía diecisiete y diecinueve años, cuando le acometían estas ráfagas de oscurecimiento haciéndole perder el seso? Pues se erguía, ahogaba la tentación, y con su hocico porcino revolvía una y otra vez aquella dialéctica, gruñendo, sorbiendo, y temiendo que le faltara tiempo. Los años que precedieron a su matrimonio, su juventud irrecuperable y mal empleada, eran los que ahora, en las celdas de las cárceles, recordaba con mayor amargura. Impotente, no era capaz de resolver esas ofuscaciones: no conocía las palabras que aproximan, el tono ante el cual ceden. Además, le ataba las manos una preocupación, heredada de los pasados siglos, por el honor femenino.

Y ninguna mujer experta y sensata le había puesto su mano suave sobre el hombro. ¡Sí, una le había dado pie, pero él entonces no lo había comprendido! Y sólo lo descifró y comprendió al pisar el suelo de la cárcel. Esa ocasión perdida, esos años enteros perdidos, ese mundo perdido, le quemaban de parte a parte.

Pero, bueno, sólo tenía que esperar dos días, menos de dos días, hasta el anochecer del lunes.

Gleb se inclinó hasta la oreja de su vecino:

—¡Ruska! ¿Y tú qué? ¿Tienes a alguien?

—¡Sí! ¡Lo tengo! —murmuró dolorosamente Rostislav, acostado de bruces, estrechando la almohada. Respiraba sobre ella, y el ardor que le devolvía la almohada, así como todo el ardor de su juventud, que se ajaba tan maligna e improductivamente en la prisión, todo, recalentaba su cuerpo joven, apresado, pidiendo una salida y no conociendo ninguna. Dijo «lo tengo» y quería creer que tenía a una muchacha, pero era algo imperceptible: ni un beso, ni siquiera una promesa, lo único que había era que aquella tarde una muchacha había escuchado con mirada compasiva y admirada las cosas que él contaba de sí mismo, y en aquella mirada de la muchacha Ruska se había sentido por primera vez un héroe y había considerado que su biografía era extraordinaria. Nada había sucedido aún entre ellos, pero al mismo tiempo había sucedido algo que le permitía decir que tenía a una muchacha.

—Pero, oye, ¿quién es ella? —inquirió Gleb.

Entreabriendo apenas la manta, Rostislav respondió desde la oscuridad:

—Chisttt... Clara...

—¿¿Clara?? ¡¿La hija del fiscal?!

El jefe del Departamento de Técnicas Especiales estaba terminando su informe para el ministro Abakumov. Se trataba de consensuar el calendario y los ejecutores concretos de los actos de homicidio en el extranjero para el próximo año 1950; básicamente, el plan de asesinatos políticos había sido ya refrendado por el propio Stalin antes de partir de vacaciones.

Alto (y elevado aún más por sus gruesos tacones), con el pelo negro peinado hacia atrás y galones de comisario general de segundo rango, Abakumov apoyaba con fuerza los codos contra su enorme escritorio con aire victorioso. Era corpulento pero no gordo (conocía el valor de la figura e incluso jugaba al tenis). Sus ojos, nada lerdos, tenían la movilidad de la suspicacia y la imaginación. Corregía al jefe del departamento donde era preciso y este se apresuraba a tomar nota.

El despacho de Abakumov no era una sala, pero tampoco una habitación. Había una chimenea de mármol fuera de uso y un alto espejo de pared; el techo era elevado, con molduras, una araña y unos cupidos y unas ninfas en plena persecución (el ministro permitió que se dejara todo tal como estaba, cubriendo sólo el color verde, que no podía sufrir). Había una puerta de balcón cerrada a cal y canto, lo mismo en invierno que en verano; y grandes ventanas que daban a la plaza y que nunca se abrían. Había relojes: uno de pie, excepcional por su caja; otro encima de la chimenea, con una figurita y una campana; y otro de estación ferroviaria, eléctrico, en la pared. Estos relojes daban horas bastante diferentes, pero Abakumov nunca se equivocaba, pues llevaba encima otros dos relojes de oro: uno en su velluda muñeca y otro, de repetición, en el bolsillo.

En aquel edificio, los despachos habían aumentado al paso que la graduación de sus propietarios. Habían aumentado los escritorios. Las mesas de reuniones con tapete de paño azul, bermejo o carmesí. Pero los que más celosamente habían aumentado eran los retratos del Inspirador y Organizador de la Victoria. El tamaño de este era mayor que el natural incluso en los despachos de los simples jueces. Por lo que respecta al despacho de Abakumov, el Dirigente de la Humanidad, retratado por el pintor realista del Kremlin, aparecía sobre una tela de cinco metros de alto, de cuerpo entero, desde las botas a la gorra de mariscal, con el brillo completo de todas las condecoraciones recibidas (que nunca había llevado), la mayoría concedidas por sí mismo y el resto por otros reyes y presidentes. Sólo las condecoraciones yugoslavas habían sido cuidadosamente embadurnadas después con el mismo color de la tela de la guerrera.

Sin embargo, como si considerara insuficiente este retrato de cinco metros, y experimentara la necesidad de inspirarse continuamente mirando al Mejor Amigo del Contraespionaje incluso

cuando no levantaba los ojos de la mesa, Abakumov mantenía además sobre esta un bajorrelieve de Stalin sobre una placa de rodonita vertical.

De una pared, además, colgaba espaciadamente el retrato cuadrado de un hombre de aspecto dulzón, con quevedos: el jefe inmediato de Abakumov^[11].

Cuando se marchó el jefe del Departamento de la Muerte, aparecieron el viceministro Selivanovski, el teniente general Oskolupov, jefe del Departamento de Técnicas Especiales, y el ingeniero coronel Yákonov, ingeniero jefe del departamento antes mencionado, lo hicieron en grupo ante la puerta y en grupo recorrieron las filigranas de la alfombra. Observando la consideración debida al grado de cada uno, y mostrando especial respeto por el propietario del despacho, avanzaron sin abandonar la franja central de la alfombra uno tras otro, en fila india, pisándose las huellas, de modo que sólo se oían los pasos de Selivanovski.

Selivanovski era un anciano de pelo entre gris y cano, cortado a cepillo, y vestía un traje gris de corte poco militar. Gozaba de una posición especial entre los diez viceministros del Ministerio, una posición en cierto modo civil: no dirigía un departamento operativo de la Cheka, ni tampoco uno jurídico, sino que se ocupaba de las transmisiones y de la frágil técnica secreta. Por esta razón, sufría menos la ira del ministro en las reuniones y en las órdenes, y se comportaba en aquel despacho con menos timidez. En esta ocasión se sentó en un grueso sillón de piel, ante la mesa.

Cuando Selivanovski se sentó, Oskolupov se encontró en primera fila. Yákonov permanecía de pie detrás de él como ocultando su corpulencia.

Abakumov miró a Oskolupov, que acababa de aparecer ante él y al cual habría visto a lo sumo unas tres veces en su vida. Le pareció encontrar en él algo simpático. Oskolupov era propenso a la obesidad, su cuello tensaba el del uniforme, y su papada, en este momento servilmente recogida, quedaba algo colgante. Su rostro curtido, más generosamente picado de viruela que el del Dirigente, era la faz sencilla de un ejecutor y no la cara inteligente de un intelectual que pensara mucho por su cuenta.

Sus ojos entreabiertos se fijaron en Yákonov por encima del hombro de Oskolupov. Abakumov preguntó:

—¿Quién eres?

—¿Yo? —se inclinó Oskolupov, disgustado al ver que no lo reconocían.

—¿Yo? —avanzó Yákonov ladeándose un poco. Recogió cuanto pudo su vientre fofo y provocativo, que aumentaba a pesar de todos sus esfuerzos, y no permitió que ningún pensamiento se manifestara en sus grandes ojos azules mientras se presentaba.

—Tú, tú —confirmó el ministro—. ¿De modo que el centro de Marfino es tuyo? De acuerdo, sentaos.

Se sentaron.

El ministro tomó un cortapapeles de plástico color rubí, se rascó con él tras la oreja y dijo:

—En realidad, la cosa... ¿Cuánto tiempo hace que me estáis tomando el pelo? ¿Dos años? ¿No se os concedieron quince meses, según el plan? ¿Cuándo habrá dos aparatos preparados? —y les previno, amenazador—: ¡No mintáis! ¡No me gustan las mentiras!

Esta era la pregunta para la que se habían preparado los tres importantes mentirosos al saber

que los convocaban a los tres a la vez. Tal como habían convenido, empezó a hablar Oskolupov. Como escapando hacia adelante de sus hombros doblados para atrás, y mirando a los ojos del todopoderoso ministro, proclamó:

—¡Camarada ministro! ¡Camarada capitán general! —(A Abakumov le gustaba más que lo llamaran así que «comisario general»)—. Permítame asegurarle que el personal del departamento no ahorra esfuerzos...

La cara de Abakumov expresó sorpresa:

—¿Cómo? ¿Estamos por ventura en una asamblea? ¿Para qué me sirven vuestros esfuerzos? ¿Para envolverme el trasero? Lo que digo es: ¿en qué fecha?

Tomó una estilográfica con plumilla de oro y se acercó con ella al calendario de semanas.

Entonces, según lo convenido, intervino Yákonov subrayando con el tono y con la voz templada que no hablaba como administrador sino como especialista:

—¡Camarada ministro! En una franja de frecuencias de hasta dos mil herzios, y a un nivel medio de transmisión de cero enteros nueve népers...

—¡Herz, herz! Cero enteros herz décimas: ¡eso es lo único que sabéis! ¡Me importan un rábano tus cero enteros! ¡A mí dame los aparatos! ¡Dos! ¡Enteros! ¿Cuándo? ¿Eh? —y paseó la mirada por los tres hombres.

Entonces intervino Selivanovski, lentamente, pasándose una mano por su pelo gris-cano a cepillo:

—Permítame saber exactamente a qué se refiere, Víktor Semiónovich. Las conversaciones bilaterales, aún sin un cifrado absoluto...

—¿Quieres hacerme pasar por tonto? ¿Qué significa sin cifrado? —le miró rápidamente el ministro.

Quince años atrás, cuando Abakumov no sólo no era ministro, sino que ni él ni otros podían suponer semejante cosa (era correo militar del NKVD, el comisariado del pueblo para Asuntos Interiores, por ser un joven alto, sano, de largos brazos y piernas), le bastaba por completo su educación primaria de cuatro cursos. Y este nivel lo aumentó únicamente con el jiu-jitsu, entrenándose exclusivamente en los gimnasios del club Dinamo^[12]. Y cuando, en los años en que se ampliaron y renovaron los cuadros jurídicos, se puso en claro que Abakumov llevaba muy bien la instrucción de un sumario, poniendo hábil y gallardamente sus largas manos en la cara del interrogado, y cuando empezó su gran carrera y en siete años se convirtió en jefe del contraespionaje Smersh, y ahora en ministro, ni una sola vez en tan largo camino de ascensión experimentó la insuficiencia de su educación. Se orientaba lo bastante, también en este alto puesto, para que sus subordinados no pudieran tomarle el pelo.

Abakumov empezaba ya a irritarse y a levantar sobre la mesa su puño de adoquín cuando se abrió la puerta y entró sin llamar Mijaíl Dmítrievich Riumin, un querubín bajo y rechoncho, de mejillas agradablemente sonrosadas, al que todo el Ministerio llamaba Minka, aunque raramente en su presencia.

Caminaba como un gatito, silenciosamente. Al acercarse, recorrió a los presentes con sus ojos claros, de aspecto inocente, estrechó la mano de Selivanovski (que se incorporó), y llegó a la parte

transversal de la mesa del ministro. Inclinando la cabeza y acariciando ligeramente con sus regordetas manos el reborde ranurado de la mesa ronroneó con aire pensativo:

—Verá usted, Víktor Semiónovich, a mi juicio esto es tarea de Selivanovski. ¿No alimentamos gratis al Departamento de Técnicas Especiales, verdad? ¿Será posible que no puedan reconocer las voces en una cinta magnetofónica? De ser así, habría que disolver el departamento.

Y sonrió tan dulcemente como si obsequiara a una muchacha con chocolate. Al mismo tiempo contemplaba cariñosamente a los tres representantes del departamento.

Riumin había vivido muchos años en la más absoluta mediocridad: era contable en una cooperativa regional de consumo en la región de Arjánguelsk. Sonrosado, abuhado, con un rictus de hombre ofendido en los labios, fastidiaba tanto como podía a sus tenedores de libros con sarcásticas observaciones, chupaba continuamente caramelos, se los ofrecía como obsequio al jefe del departamento, hablaba diplomáticamente con los chóferes, arrogantemente con los carreteros, y con toda puntualidad depositaba las actas en la mesa del presidente.

Sin embargo, durante la guerra lo admitieron en la flota e hicieron de él un juez de la Sección Operativa. ¡Allí Riumin se encontró a sí mismo! Con tesón y con éxito (¿habría tanteado toda su vida la posibilidad de dar ese salto?), asimiló el *ovillo de los asuntos*. Incluso con un tesón excesivo: tan groseramente montó la causa de un corresponsal de la flota del Norte que la fiscalía, siempre tan sumisa a los órganos represivos, no pudo contenerse esta vez y —¡no paró el caso, eso no!— tuvo el atrevimiento de denunciarlo a Abakumov. El pequeño juez del contraespionaje en la flota del Norte fue llamado por Abakumov para recibir el castigo. Entró tímidamente en el despacho donde iba a perder su redonda cabeza. Se cerró la puerta. Cuando se abrió al cabo de una hora, Riumin salió con aire de importancia convertido en juez principal de asuntos especiales del aparato central de Smersh. A partir de entonces su estrella no hizo más que ascender (en detrimento de Abakumov, aunque ninguno de los dos lo sabía por el momento).

—De todos modos lo voy a disolver, Mijaíl Dmítrich, puede creerme. ¡Y lo voy a disolver de un modo que no se van a encontrar ni los huesos! —respondió Abakumov contemplando amenazadoramente a los tres hombres.

Ellos bajaron los ojos con aire culpable.

—Pero tampoco comprendo qué quieres tú. ¿Cómo es posible reconocer una voz por teléfono? ¿Cómo reconocer a un desconocido? ¿Dónde buscarlo?

—Les daré una cinta, la conversación está grabada. Que la pasen, que hagan comparaciones.

—Bueno, y tú, ¿has arrestado a alguien?

—¿Cómo no? —sonrió dulcemente Riumin—. Cogimos a cuatro cerca de la estación de metro Sokolniki.

Pero una sombra pasó por su rostro. En su fuero interno comprendía que los habían detenido demasiado tarde, que no eran ellos. Pero, ya que estaban detenidos, no era cosa de ponerlos en libertad. Quizá fuera preciso implicar a alguno de ellos para que el asunto no quedara sin resolver. En la subrepticia voz de Riumin crujió cierta irritación:

—Puedo grabar la voz de medio Ministerio de Asuntos Exteriores, adelante. Pero sería innecesario. Hay que elegir entre las cinco o siete personas del Ministerio que podían estar al

corriente.

—Pues arréstelos a todos, a esos perros, ¿a qué romperse la cabeza? —se indignó Abakumov—. ¡Siete hombres! ¡Nuestro país es grande, no seremos más pobres por eso!

—No es posible, Víktor Semiónich —replicó sensatamente Riumin—. Este Ministerio no es el de la Industria Alimentaria, perderíamos todos los cabos sueltos, eso sin contar que alguno podría pedir asilo político en las embajadas. Hay que encontrar precisamente al que haya sido.

Y cuanto antes.

—Humm... —reflexionó Abakumov—. Pero no comprendo qué hay que comparar ni con qué.

—Una cinta con una cinta.

—¿Una cinta con una cinta? Sí, en este caso habrá que asimilar esta técnica. ¿Podrá usted, Selivanovski?

—Yo, Víktor Semiónovich, todavía no comprendo de qué se trata.

—¿Qué hay que comprender? Aquí no hay nada que comprender. Un canalla, una víbora, seguramente un diplomático, pues de otro modo no habría podido enterarse, esta tarde ha llamado a la embajada norteamericana desde una cabina pública y ha denunciado a nuestros agentes *de allí*. En relación con la bomba atómica. Si lo encuentras te cubrirás de gloria.

Pasando por alto a Oskolupov, Selivanovski miró a Yákonov. Este sostuvo su mirada levantando un poco las cejas como si las estirara. Con ello quería decir que se trataba de algo nuevo, que no había metodología ni experiencia, que ya tenían bastantes preocupaciones y que no valía la pena meterse en el asunto. Selivanovski era lo bastante inteligente para comprender tanto este movimiento de cejas como toda la situación. Y se dispuso a enmarañar este asunto tan claro buscándole tres pies al gato.

Pero Fomá Guriánovich Oskolupov estaba desarrollando su propio trabajo mental. No quería de ninguna manera parecer un zopenco en lugar de un jefe de departamento. Desde que le nombraran para el cargo había hecho acopio de dignidad, y estaba completamente convencido de que dominaba todos los problemas y podía comprenderlos mejor que los demás. De otro modo no lo habrían nombrado. Y aunque en su época no había terminado siquiera el bachillerato, ahora no admitía que ninguno de sus subordinados pudiera comprender un asunto mejor que él. Quizá sólo en las piezas y en los esquemas a que había que echar mano. Recientemente, había estado en un balneario de primera clase vestido de paisano, sin el uniforme, y se había hecho pasar por un profesor de electrónica. Había conocido allí a un escritor muy famoso, Kazakevich, que no le sacaba el ojo de encima a Fomá Guriánovich, lo anotaba todo en un librito y decía que con esos datos describiría la imagen del científico moderno. Después del balneario, Fomá se sintió definitivamente un científico.

También ahora comprendió inmediatamente el problema y tiró del carro:

—¡Camarada ministro! ¡Esto sí que podemos hacerlo!

Selivanovski volvió la cabeza y le miró sorprendido:

—¿En qué centro? ¿En qué laboratorio?

—Pues en el laboratorio telefónico, en Marfino. ¿No hablaban por teléfono? ¡Pues eso!

—Pero Marfino está realizando una tarea más importante.

—¡No importa! ¡Encontraremos gente! Hay trescientos hombres allí. ¿Cómo vamos a encontrar?...

Y clavó una mirada de buena disposición en la cara del ministro.

Aunque no sonriera, el rostro de Abakumov expresó de nuevo cierta simpatía por el general. Así era el propio Abakumov cuando quería promocionarse: abnegadamente dispuesto a partir en pedazos a quien le indicaran. Siempre resulta simpático el joven que se parece a uno.

—¡Bravo! —aprobó—. ¡Así hay que razonar! ¡Primero los intereses del Estado! Luego lo demás. ¿No es verdad?

—¡Exacto, camarada ministro! ¡Exacto, camarada capitán general!

Riumin no pareció sorprenderse ni poco ni mucho, ni valoró la abnegación del teniente general picado de viruelas. Mirando distraídamente a Selivanovski, dijo:

—Así pues, por la mañana se lo enviaré.

Cambió una mirada con Abakumov y se fue con paso silencioso.

El ministro se hurgaba los dientes con el dedo, se le había quedado un poco de carne de la cena.

—Bien, entonces, ¿cuándo? Me habéis llevado de una fecha a otra, que si el primero de agosto, que si por las festividades de octubre, que si para Año Nuevo. ¿Y bien?

Y clavó los ojos en Yákonov, obligando a que fuera él quien respondiera.

Una especie de tortícolis pareció afectar a Yákonov. Lo giró ligeramente a la derecha, luego un poco a la izquierda, levantó hacia el ministro sus fríos ojos azules, y los bajó.

Yákonov se sabía poseedor de un fino talento. Sabía que otra gente con más talento que él, y con unos cerebros que no se ocupaban de otra cosa que del trabajo, penaban catorce horas al día sin ningún festivo al año, sobre ese maldito instrumento. Y los despreocupados y generosos americanos, que publicaban sus inventos en revistas de libre circulación, también participaban indirectamente en la creación del aparato. Yákonov conocía igualmente las mil dificultades —las ya superadas y las que acababan de presentarse— entre las que se abrían camino sus ingenieros como nadadores en el mar. Dentro de seis días vencería el último de los últimos plazos arrancados a este pedazo de carne amoldado en una guerrera. Pero era necesario arrancar y señalar absurdos plazos porque desde el comienzo del trabajo, que requeriría una década, el Corifeo de las Ciencias había señalado el plazo de un año.

En el despacho de Selivanovski habían acordado pedir un aplazamiento de diez días. Prometer para el 10 de enero dos modelos del aparato telefónico. En esto había insistido el viceministro. Esto era lo que deseaba Oskolupov. El propósito era entregar por lo menos algún objeto inacabado pero recién pintado. Nadie comprobaría ni sería capaz de comprobar el carácter absoluto o no absoluto del cifrado, y mientras se experimentaba su calidad general, se llegaba a la fabricación en serie y se colgaban esos aparatos en nuestras embajadas del extranjero, pasaría medio año y se arreglaría el cifrado y la calidad del sonido.

Pero Yákonov sabía que los objetos inanimados no se someten a los plazos humanos, y que el 10 de enero no saldría de aquellos aparatos una voz humana sino una mezcolanza. E inevitablemente se repetiría con Yákonov lo que ya le sucediera a Mamurin. El Amo llamaría a

Beria y le preguntaría: «¿Qué imbécil ha hecho esta máquina? Elimínalo». Y, en el mejor de los casos, Yákonov se convertiría en una Máscara de Hierro, eso si no volvía a ser de nuevo un simple presidiario.

Bajo la mirada del ministro sintió la irrompible presión de una cuerda alrededor de su cuello. Superando su lastimoso temor, inconscientemente, como haciendo acopio de aire en los pulmones, exclamó:

—¡Un mes más! ¡Un mes más todavía! ¡Hasta el primero de febrero!

Y miró a Abakumov suplicante, con una expresión casi perruna.

La gente de talento a veces es injusta con los mediocres. Abakumov era más inteligente de lo que Yákonov creía, pero una larga falta de práctica había hecho que la inteligencia le fuera inútil: su carrera se desarrollaba de tal forma que, pensando, salía perdiendo, y mostrando celo en el servicio, salía ganando. Y Abakumov procuraba tensar menos su cabeza.

En su fuero interno podía comprender que no servirían de nada diez días, ni serviría de nada un mes, en un asunto en el que se habían empleado dos años. Pero a sus ojos el culpable era el trío de mentirosos, los culpables eran Selivanovski, Oskolupov y Yákonov. Si era tan difícil, ¿por qué al recibir el encargo, hace veintitrés meses, aceptaron el plazo de un año? ¿Por qué no exigieron tres? (Había olvidado que entonces les había metido prisa tan implacablemente como ahora). Si se hubieran empeinado entonces ante Abakumov, Abakumov se habría empeinado ante Stalin, habrían negociado los dos años, que se habrían extendido a un tercero.

Pero era tan grande el temor elaborado por largos años de sumisión que ninguno de ellos tuvo entonces el valor, ni lo tenía ahora, de defender sus opiniones ante los superiores.

El propio Abakumov, siguiendo un conocido e impúdico proverbio relativo a las *reservas*, cuando hablaba con Stalin añadía siempre un par de meses de reserva. Así lo había hecho también ahora: había prometido a Iosif Vissariónovich que tendría a su disposición un aparato el primero de marzo. De modo que, a las malas, podía conceder aún otro mes, siempre que fuera realmente sólo un mes.

Tomando de nuevo la estilográfica, Abakumov preguntó con mucha sencillez:

—¿Qué quiere decir un mes? ¿Va en serio o estáis mintiendo de nuevo?

—¡Es exacto! ¡Esto es exacto! —dijo Oskolupov radiante, satisfecho del afortunado giro que tomaba el asunto, como si se dispusiera a partir hacia Marfino al salir del despacho para coger personalmente el soldador.

Entonces, Abakumov mojó la pluma y lo anotó en el dietario de sobremesa.

—Muy bien. En el aniversario de Lenin. Recibiréis todos el Premio Stalin. ¿Estará listo, Selivanovski?

—¡Estará! ¡Estará!

—¡Oskolupov! ¡Te arrancaré la cabeza! ¿Estará?

—Sí, camarada ministro, si sólo queda ya...

—¿Y tú? ¿Sabes a lo que te expones? ¿Estará?

Manteniendo aún la hombría, Yákonov insistió:

—¡Un mes! El primero de febrero.

—¿Y si no está el primero de febrero? ¡Coronel! ¡Mide tus palabras! Estás mintiendo.

Naturalmente, Yákonov mentía. Y, naturalmente, debió pedir dos meses. Pero ya estaban las cartas boca arriba.

—Estará, camarada ministro —prometió tristemente.

—¡Ten cuidado, no he sido yo quien te ha tirado de la lengua! ¡Todo lo perdono menos la mentira! Retiraos.

Aliviados, en grupo como antes, huella con huella, se retiraron bajando los ojos ante la imagen de cinco metros de Stalin.

Pero se alegraban prematuramente. No sabían que el ministro les había preparado una ratonera.

Apenas los habían despedido, cuando se anunció en el despacho:

—¡El ingeniero Prianchikov!

Por orden de Abakumov, aquella noche se había convocado primero a Yákonov a través de Selivanovski, y después, a espaldas de estos, se enviaron al centro de Marfino dos telefonogramas con un intervalo de quince minutos: se llamaba al Ministerio al presidiario Bobynin, y después al presidiario Prianchikov. Trasladaron a Bobynin y a Prianchikov en diferentes automóviles y les hicieron esperar en habitaciones separadas, privándoles de la posibilidad de ponerse de acuerdo.

Prianchikov, sin embargo, difícilmente habría sido capaz de ponerse de acuerdo con nadie debido a su rara sinceridad, que muchos despiertos hijos del siglo consideraban una anomalía síquica. En la *sharashka* así lo llamaban: «el desfase de Valentulia».

Y en este momento era mucho menos capaz de cualquier compromiso o de cualquier intención escondida. Toda su alma la sacudían ahora las luminosas visiones de Moscú, que iban desfilando sin cesar ante los cristales del Pobeda. Después de las zonas oscuras de los arrabales que rodeaban el centro Marfino, resultó aún más impresionante la entrada en la resplandeciente carretera general y en el alegre movimiento de la plaza de la estación, y más tarde en el neón de los escaparates de la Sretenka. Para Prianchikov habían desaparecido tanto el chófer como sus dos acompañantes disfrazados. En sus pulmones no parecía entrar o salir aire sino llamas. No se separaba del cristal. Nunca lo habían llevado ni siquiera por el Moscú diurno. ¡Y el Moscú nocturno no lo había visto ningún preso en toda la historia de la *sharashka*!

Ante el Portal de la Sretenka, el automóvil detuvo su marcha, primero por la multitud que salía de un cine, después a la espera de la luz verde de un semáforo.

A millones de presidiarios les parecía que la vida en libertad se había detenido al faltar ellos, que no había hombres y que las mujeres padecían un exceso de amor que no podían compartir con nadie y que nadie necesitaba. Pero por allí deambulaba una multitud urbana bien alimentada y animada, aparecían fugazmente sombreros, velos, pieles de zorro pardo, y los vibrantes sentidos de Valentín percibían, a través de la helada, a través de la impenetrable cabina del automóvil, oleadas y más oleadas del perfume de las mujeres que pasaban. Se oían risas, vagas conversaciones, frases no totalmente inteligibles. Valentín habría deseado romper el rígido cristal de plástico y gritar a aquellas mujeres que él era joven, que añoraba la vida, ¡que estaba preso sin motivo! Después del aislamiento monacal de la *sharashka*, aquello era como un espectáculo de magia, un trozo de aquella vida elegante que no había conseguido vivir, ora por la pobreza de la vida estudiantil, ora por el cautiverio, ora por la prisión.

Luego, mientras esperaba en una habitación, Prianchikov no distinguía las mesas y las sillas

que allí había: las sensaciones e impresiones que se habían apoderado de él iban abandonándole a disgusto.

Un joven y atildado teniente coronel le pidió que le siguiera. Prianchikov, de tierno cuello y finas muñecas, estrecho de hombros y delgado de piernas, nunca había parecido tan endeble como al entrar en aquel despacho-sala en cuyo umbral le dejó su acompañante.

Ni siquiera adivinó que se trataba de un despacho (tan espacioso era), ni que el par de galones que había al final de la sala fueran del propietario del despacho. Tampoco advirtió el Stalin de cinco metros que tenía a su espalda. Ante sus ojos no cesaban de pasar las mujeres nocturnas y el Moscú de noche. Valentín parecía borracho. Era difícil imaginar por qué estaba en aquella sala y qué clase de sala era. No le habría sorprendido en absoluto que hubieran entrado unas mujeres emperifolladas y hubiera empezado un baile. Era absurdo suponer que en cierta estancia semicircular, iluminada con una lamparilla azul, hubiera quedado un vaso de té frío por terminar, y que los hombres pasearan por allí en paños menores.

Sus pies pisaban una alfombra pródigamente extendida por el suelo. Era blanda, velluda, daban ganas simplemente de revolcarse sobre ella. A la derecha de la sala se extendían las grandes ventanas; de la parte izquierda colgaba un espejo hasta el suelo.

¡Los hombres libres no conocen el valor de las cosas! ¡Para un preso, que no siempre tiene acceso a un espejo barato más pequeño que la palma de la mano, contemplarse en un gran espejo es una fiesta!

Como si el espejo le atrajera, Prianchikov se detuvo ante él. Se colocó muy cerca y contempló con satisfacción su cara limpia y fresca. Se arregló un poco la corbata y el cuello de su camisa azul celeste. Luego se apartó lentamente sin dejar de contemplarse de frente en sus tres cuartas partes y de perfil. Dio unos pasos de esta guisa e hizo un movimiento como medio paso de baile. Se aproximó de nuevo y se contempló de muy cerca. Pese al mono azul, se encontró esbelto y elegante. Sintiendo por eso de buen talante, siguió avanzando, pero no porque le esperara una conversación de trabajo (Prianchikov se había olvidado completamente de ello), sino porque tenía la intención de continuar examinando la estancia.

Y el hombre que podía meter en la cárcel a cualquier persona de la mitad del mundo, y matar a cualquier persona de la otra mitad, el todopoderoso ministro ante el que palidecían generales y mariscales, miraba ahora con curiosidad a este flaco preso azul. Después de arrestar y condenar a millones de personas, hacía tiempo que ya no veía a alguna de cerca.

Con los andares de un lechuguino, Prianchikov se acercó y miró interrogativamente al ministro como si no esperara encontrarle allí.

—Usted es el ingeniero... —Abakumov lo comprobó en un papel— Prianchikov, ¿verdad?

—Sí —respondió Valentín distraído—. Sí.

—Usted es el ingeniero jefe del grupo... —volvió a consultar sus notas— del aparato de lenguaje artificial, ¿no es así?

—Pero ¿cómo, qué aparato de lenguaje artificial? —hizo un gesto de desdén Prianchikov—. ¡Qué absurdo! Allí nadie lo llama así. Es un cambio de nombre fruto de la lucha contra el servilismo ante el extranjero. Vo-co-der. *Voice coder*.

—Pero ¿usted es el ingeniero director?

—En efecto. ¿Por qué? —se puso en guardia Prianchikov.

—Siéntese.

Prianchikov se sentó de muy buena gana sujetando cuidadosamente las perneras planchadas de sus pantalones de trabajo.

—Le ruego que me hable con absoluta sinceridad, sin temor a represión alguna por parte de sus jefes inmediatos. ¿Cuándo estará listo el Vocoder? ¡Sinceramente! ¿Estará dentro de un mes? ¿O quizá se necesiten *dos* meses? Dígamelo, no tema.

—¿El Vocoder? ¿Listo? ¡Ja, ja, ja, ja! —Prianchikov soltó una sonora risa juvenil que nunca había sonado bajo aquellas bóvedas, se recostó sobre el blando respaldo de piel y juntó las manos—. ¿Pero qué dice usted? ¿Qué dice? Usted, sencillamente, ni siquiera comprende qué es un Vocoder. ¡Se lo explicaré!

Se levantó ágilmente de los muelles del sillón y se precipitó hacia la mesa de Abakumov.

—¿Tiene usted un pedazo de papel? ¡Ajá! —arrancó una hoja de un block limpio que había encima de la mesa del ministro, cogió su pluma de color de carne roja y empezó a dibujar apresurada y torcidamente un conjunto de sinusoides.

Abakumov no se asustó: había tanta franqueza pueril y tanta sinceridad en la voz y en todos los movimientos del extraño ingeniero que toleró esta irrupción y contempló con curiosidad a Prianchikov sin escucharle.

—Debo decirle que la voz humana se compone de muchas armónicas —se atragantó casi Prianchikov impulsado por el deseo de explicarlo todo cuanto antes—. Y la idea del Vocoder consiste en la reproducción artificial de la voz humana... ¡Diablo! ¿Cómo puede escribir con una pluma tan mala? Una reproducción a través de la simulación de todas las armónicas y, si no todas, por lo menos de las fundamentales, cada una de las cuales puede ser enviada por un transductor de impulsos aparte. Bueno, usted seguramente conocerá el sistema de coordenadas rectangulares cartesianas. Lo conoce todo colegial. ¿Pero conoce las series de Fourier?

—Espere —volvió a la realidad Abakumov—. Dígame únicamente una cosa: ¿*cuándo* estará preparado? ¿Cuándo *estará preparado*?

—¿Preparado? Humm... No he reflexionado sobre esto. —La inercia de la ciudad nocturna se había convertido en la inercia de su trabajo predilecto, y a Prianchikov, de nuevo, le era difícil detenerse—. Hay algo curioso: la tarea resulta mucho más fácil si tomamos un timbre de voz más basto. Entonces, el número de sumandos...

—Bien, ¿en qué fecha? ¿En cuál? ¿El primero de marzo? ¿El primero de abril?

—¡Oh!, ¿pero qué dice? Sin criptógrafos estaremos preparados dentro de... dentro de cuatro o cinco meses, no antes. ¿Y qué demuestran las codificaciones y descodificaciones de los impulsos? ¡La calidad bajará aún más de nivel, ya sabe! —intentaba convencer a Abakumov tirándole de la manga—. Enseguida se lo explico. ¡Usted mismo lo comprenderá y estará de acuerdo en que, en interés del asunto, no hay que apresurarse!

Sin embargo, Abakumov, con los ojos inmóviles apoyados en las absurdas líneas del croquis, oprimía ya un pulsador colocado encima de la mesa.

Apareció el mismo gomoso teniente coronel e invitó a Prianchikov a salir.

Prianchikov se sometió con expresión de desconcierto y la boca entreabierta. Lo que más le molestaba era no haber terminado de exponer su idea. Luego, por el camino, se puso tenso al pensar con quién había estado hablando. Cuando ya casi llegaba a la puerta recordó que los compañeros le habían pedido que se quejara, que consiguiera... Dio bruscamente media vuelta y volvió para atrás:

—¡Ah, sí! ¡Oiga! Había olvidado por completo decirle...

Pero el teniente coronel le cerró el paso y lo empujó hacia la puerta. El jefe, tras la mesa, no le escuchaba. Y en este breve y torpe momento, como hecho aposta, se esfumaron de la memoria de Prianchikov, largo tiempo dominada únicamente por los esquemas de radio, todas las ilegalidades, todos los desórdenes de la cárcel, y sólo pudo recordar y gritar por la puerta:

—¡Por ejemplo, lo del agua caliente! Por la noche acabamos el trabajo muy tarde, ¡y no hay agua caliente! ¡No podemos tomar el té!

—¿Agua caliente? —repitió la pregunta el oficial, que parecía un general—. De acuerdo. Tomaremos nota.

Con el mismo mono azul, pero corpulento y vigoroso, entró Bobynin con su cabeza de presidiario rapada.

Manifestó tanto interés por la disposición del gabinete como si lo visitara cien veces al día, pasó sin detenerse y se sentó sin saludar. Se sentó en uno de los cómodos sillones, no lejos de la mesa del ministro, y se sonó pausadamente con un pañuelo no demasiado blanco que había lavado él mismo cuando el último baño.

Abakumov, algo desconcertado por Prianchikov, aunque no se había tomado en serio al frívolo joven, se sintió satisfecho del aire imponente de Bobynin. Y no le gritó «¡firmes!», supuso que no distinguía bien los galones ni sabía, por la serie de puertas anteriores, a qué sitio había ido a parar. Le preguntó casi con mansedumbre:

—¿Por qué se sienta usted sin permiso?

Bobynin terminó de limpiarse la nariz con la ayuda del pañuelo, mirando apenas de soslayo al ministro, y respondió sencillamente:

—Verá usted, hay un proverbio chino que dice: «Estar de pie es mejor que andar, estar sentado es mejor que estar de pie, pero todavía es mejor estar tendido».

—¿Imagina usted *quién* puedo ser yo?

Acodándose cómodamente en el sillón elegido, Bobynin examinó a Abakumov y manifestó una indolente suposición:

—¿Quién puede ser? Bueno, alguien más o menos como el mariscal Góring.

—¿Como quién?

—Como el mariscal Góring. Un día visitó una fábrica de aviación cerca de Halle, y yo trabajaba en la oficina de planificación de esa misma fábrica. Los generales de allí iban de puntillas, y yo ni siquiera volví la cabeza para mirarle. Él miró y remiró, y se fue a otra dependencia.

Por la cara de Abakumov pasó un movimiento que tenía un lejano parecido con una sonrisa, pero acto seguido sus ojos se frunció contemplando a aquel preso tan inauditamente insolente. Parpadeó nervioso, y preguntó:

—¿Qué quiere decir? ¿No ve la diferencia que hay entre nosotros?

—¿Entre *ustedes*? ¿O entre *nosotros*? —La voz de Bobynin zumbaba como una plancha de hierro golpeada—. Entre *nosotros* veo perfectamente la diferencia: ¡usted me necesita a mí y yo no le necesito a usted!

También Abakumov tenía una voz atronadora, y sabía asustar con ella. Pero presintió que gritar habría sido signo de impotencia, habría sido poco serio. Comprendió que aquel preso era un hombre difícil.

Y se limitó a prevenirle:

—Oiga usted, preso. Aunque sea blando con usted, no olvide que...

—Si hubiera sido usted grosero, ni siquiera habría hablado con usted, ciudadano ministro.

Gríteles a sus coroneles y generales, que tienen muchas cosas en esta vida y les duele perderlas.

—También sabremos obligarle a usted en lo que sea necesario.

—¡Se equivoca, ciudadano ministro! —y los fuertes ojos de Bobynin resplandecieron de franco odio—. Yo no tengo nada, lo comprende usted, *¡no tengo nada!* Mi esposa y mi hijo están fuera de su alcance, se los llevó una bomba. Mis padres ya murieron. Todos los bienes que tengo en este mundo son este pañuelo, pues el mono de trabajo y la ropa interior sin botones que hay debajo (descubrió el pecho para mostrarla) son de la Administración. La libertad hace tiempo que me la quitasteis y no está en vuestra mano devolvérmela, pues vosotros también carecéis de ella. Tengo cuarenta y dos años, me habéis sentenciado a veinticinco, he estado en presidio, he llevado números, he probado las manillas, los perros y la brigada de régimen disciplinario. ¿Con qué más puede amenazarme? ¿Qué más puede quitarme? ¿El trabajo de ingeniero? Perdería usted aún más. Voy a encender un cigarrillo.

Abakumov abrió un paquete de Troika, de la serie del Kremlin, y lo acercó a Bobynin.

—Tenga, tome uno de estos.

—Gracias. No cambio de marca. Por la tos —y sacó un Belomor de su pitillera de fabricación casera—. Por lo demás, comprenda, y transmítalo arriba a quien corresponda, que ustedes sólo serán poderosos en la medida en que no les quiten *todo a* una persona. El hombre al que ustedes le hayan quitado todo ya no está supeditado a ustedes, ya vuelve a ser libre.

Bobynin guardó silencio y se sumergió en su cigarrillo. Le gustaba provocar al ministro, y le gustaba estar medio tendido en aquel cómodo sillón. Lamentaba únicamente haber renunciado a los lujosos cigarrillos sólo para causar impresión.

El ministro consultó un papel.

—¡Ingeniero Bobynin! Usted es el ingeniero responsable del equipo de lenguaje *clipado*, ¿verdad?

—Sí.

—Le ruego que me diga con absoluta exactitud una cosa: ¿cuándo estará listo para su explotación?

Bobynin levantó sus espesas y oscuras cejas:

—¡Vaya noticia! ¿No ha podido encontrar a ninguno de mis superiores que pueda responder a eso?

—Quiero saberlo precisamente por usted. ¿Estará listo en febrero?

—¿En febrero? ¿Se burla usted? Si es para cumplir el plan deprisa y corriendo, sufriendo después largamente las consecuencias, bueno, algo así como... medio año. ¿Y con cifrado absoluto? No tengo ni idea. Quizás un año.

Abakumov estaba anonadado. Recordaba el temblor maligno e impaciente de los bigotes del Amo y sintió terror por las promesas que había hecho repitiendo las de Selivanovski. Todo se derrumbaba sobre él, como el hombre que va a curarse un resfriado y descubre que tiene un cáncer de laringe.

El ministro apoyó la cabeza sobre las dos manos y dijo con voz ahogada:

—¡Boby nin! Se lo ruego, mida sus palabras. Si se puede hacer más deprisa, dígame, ¿cómo hay que hacerlo?

—¿Más deprisa? No resultaría.

—¡Las causas! ¿Cuáles son las causas? ¿Quién es el culpable? ¡Dígamelo, no tema! ¡Deme el nombre de los culpables, lleven los galones que lleven! ¡Les arrancaré esos galones!

Boby nin echó para atrás la cabeza y fijó la mirada en el techo, donde jugueteaban unas ninfas de la sociedad de seguros Rusia.

—¡Resulta, entonces, que se habrá tardado de dos años y medio a tres años! —se indignó el ministro—. ¡Y se os dio el plazo de un año!

También estalló Boby nin:

—¿Qué significa eso de dar un plazo? ¿Cómo se imagina usted a la ciencia, como Sivka-Burka, el caballo mágico? ¿Edifícame un palacio para mañana, y mañana ya está el palacio edificado? ¿Y si el problema está mal planteado? ¿Y si se descubren nuevos fenómenos? ¡Un plazo! ¿Y no piensa usted que además de la orden debería haber personas tranquilas, bien alimentadas y libres? Y sin esta atmósfera de suspicacia. Por ejemplo, trasladamos un pequeño torno de un lugar a otro, y se rompió el bastidor, no sé si durante el transporte o después. ¡El diablo sabrá por qué se rompió! Pero soldarlo sólo representa una hora de trabajo de un soldador. Además, esta máquina era una mierda, tenía ciento cincuenta años, sin motor, ¡con una polea para una correa de transmisión! Pues por culpa de esta grieta, el *oper*, el comandante Shikin, hace dos semanas que está fastidiando a todo el mundo, interrogando, buscando a quién le puede cargar una segunda condena por sabotaje. En el trabajo tenemos a un *oper*, un parásito, en la cárcel a otro *oper*, también parásito, no hace más que poner nerviosa a la gente, levantar actas, poner obstáculos, ¿para qué necesitan ustedes toda esta creatividad de los *oper*? Todos dicen que estamos haciendo un teléfono secreto para Stalin. Stalin les presiona a ustedes personalmente, pero ni siquiera en este sector podéis asegurar el aprovisionamiento técnico: o faltan los condensadores necesarios, o las lámparas de radio no son de la clase requerida, o carecemos de oscilógrafos electrónicos. ¡Miseria! ¡Vergüenza! ¿«Quién tiene la culpa»? ¿Han pensado en las personas? Todas trabajan para ustedes doce y hasta dieciséis horas al día, y sólo alimentan con carne a los ingenieros responsables. Y a los demás, ¿qué, huesos? ¿Por qué no permiten que los presos se entrevisten con sus parientes, como prevé el Artículo 52? Dispone que las entrevistas sean una vez al mes, y ustedes las conceden una vez al año. ¿Levanta el ánimo todo esto? ¿Les faltan quizá coches para transportar a los presos? ¿O dinero para pagar horas extras a los celadores? ¡El reglamento! El reglamento les enturbia la cabeza, ese reglamento les va a volver locos muy pronto. Antes, el domingo se podía pasear todo el día, ahora lo han prohibido. ¿Por qué? ¿Para que trabajen más? Que se ahoguen por falta de aire no acelerará el asunto. ¡A qué

hablar! ¿Por qué me ha convocado usted de noche? ¿No hay bastante con el día? Yo mañana debo trabajar. Necesito dormir.

Bobynin se irguió, airado, grande.

Abakumov sorbió pesadamente por la nariz, apoyado contra el borde de la mesa.

Era la una y veinte de la noche. Una hora después, a las dos y media, Abakumov debía despachar con Stalin en la dacha de Kuntsevo.

Si este ingeniero tenía razón, ¿cómo salir del atolladero?

Stalin no perdonaba...

Pero entonces, al despedir a Bobynin, recordó al trío de mentirosos del Departamento de Técnicas Especiales. Y una rabia oscura le abrasó los ojos.

Y llamó por teléfono requiriendo su presencia.

La habitación no era grande ni de techo alto. Tenía dos puertas, pero la ventana, en caso de que la hubiera, estaría herméticamente velada por una cortina que se fundía con la pared. Sin embargo, el aire era fresco, agradable (había un responsable de la entrada y salida del aire, y de su purificación química).

Un diván no muy alto, cubierto de coloridos cojines, ocupaba gran parte de la estancia. Sobre el diván, en la pared, ardían unas lámparas dobles cubiertas con pequeñas pantallas.

En el diván yacía un hombre cuya imagen había sido más veces esculpida, pintada al óleo, a la acuarela, a la aguada, al sepia, o dibujada al carboncillo, con tiza, con ladrillo machacado, o formada con piedras del camino, conchas marinas, azulejos, granos de trigo, de soja, o cincelado en huesos, o recortado en céspedes, o tejido en tapices, o perfilado con aviones en vuelo, o filmado en películas, que la de ninguna otra persona en los tres mil millones de años de la corteza terrestre.

Yacía sencillamente con los pies algo recogidos, enfundados en blandas botas caucasicas, parecidas a medias compactas. Llevaba una guerrera vieja y usada, con cuatro grandes bolsillos, pectorales y laterales, una de aquellas guerreras grises, caqui, negras y blancas que (imitando un poco a Napoleón) se había acostumbrado a llevar desde la guerra civil y que sólo después de Stalingrado había sustituido por el uniforme de mariscal.

El nombre de aquel hombre lo declinaban los periódicos del globo terráqueo, lo balbuceaban millares de locutores en centenares de idiomas, lo gritaban los oradores al principio y al fin de sus discursos, lo cantaban las finas voces de los pioneros, rogaban por él los arzobispos. El nombre de aquel hombre se coagulaba en los labios de los prisioneros de guerra moribundos, en las hinchadas encías de los presidiarios. Con este nombre habían sido rebautizadas muchas ciudades, plazas, calles, avenidas, palacios, universidades, escuelas, balnearios, picos montañosos, canales marítimos, fábricas, minas, sovjoses, koljoses, buques de guerra, rompehielos, barcazas de pesca, cooperativas de zapateros, jardines de infancia, y un grupo de periodistas de Moscú había propuesto rebautizar del mismo modo el Volga y la Luna.

Era simplemente un pequeño anciano de ojos amarillentos, de pelo ralo (se lo pintaban espeso) y algo pelirrojo (se lo pintaban negro como el alquitrán), con grietas de viruela en algunas partes de su faz y una bolsa de piel seca en el cuello (que no pintaban en absoluto). Tenía los dientes oscuros y desiguales, en parte inclinados hacia atrás, en una boca que olía a tabaco en rama. Sus dedos húmedos y grasientos dejaban huella sobre papeles y libros.

Además, hoy no se sentía muy bien: estaba cansado. Había comido con exceso durante las festividades, sentía un peso pétreo en el estómago y su aliento era corrompido, de nada le servía el salol ni la belladona, y no le gustaba tomar purgantes. Hoy no había comido en absoluto, y muy temprano, a medianoche, se había tendido a descansar. Pese al aire cálido, sentía una especie de frío en la espalda y en los hombros, y se los había cubierto con un chal pardo de pelo de camello.

Un silencio sordomudo inundaba la casa, el patio y el mundo entero.

En medio de aquel silencio, el tiempo perdía su palpito, no discurría, y era necesario soportarlo como una enfermedad, como un achaque, inventando cada noche una ocupación o una diversión. No costaba gran trabajo excluirse del *espacio* del mundo, no moverse en él. Pero era imposible excluirse del *tiempo*.

En aquel momento hojeaba un librito encuadernado en tapa dura de color marrón. Contemplaba satisfecho las fotografías, en algunos lugares leía el texto, que ya casi conocía de memoria, y volvía a hojear el volumen. El libro era tan cómodo que podía caber sin doblar en el bolsillo del abrigo, podía acompañar a todas partes a las personas durante toda su vida. Tendría un cuarto de millar de páginas, pero impresas con una letra poco frecuente por lo grande y gruesa, de modo que un semianalfabeto, o un anciano, podrían leerlo sin cansarse. En la tapa se había impreso en letras doradas: *Iosif Vissariónovich Stalin. Breve biografía*.

Las palabras honestas y poco rebuscadas de aquel libro se depositaban en el corazón humano tranquila e inevitablemente. Su genio en la estrategia. Su sabia perspicacia. Desde 1918, prácticamente, adjunto de Lenin. (Sí, sí, así había sido). Dirigente de una revolución que había encontrado en el frente la desmoralización y el desconcierto. Las indicaciones de Stalin habían sido la base del plan operativo de Frunze. (Cierto. Cierto). Había sido una suerte para nosotros que en los años difíciles de la guerra mundial nos condujera un prudente y experimentado Jefe: el Gran Stalin. (Sí, el pueblo había tenido suerte). Todos sabían la fuerza demoledora de la lógica de Stalin, la cristalina claridad de su inteligencia. (Sin falsa modestia, todo eso era verdad). Su amor por el pueblo. Su sensibilidad hacia las personas. Su rechazo de toda charanga publicitaria. Su admirable modestia. (Modestia, es mucha verdad).

El perfecto conocimiento de las personas había permitido al homenajeado reunir a un buen colectivo de autores que redactara aquella biografía. Pero por cuidadosos que fueran dichos autores, por esfuerzos que aplicaran, ninguno escribe sobre tus asuntos, sobre tus condiciones de mando y tus cualidades, tan inteligentemente, tan cordialmente, ni tan certeramente como tú mismo. Y Stalin tuvo que llamar a los miembros de este colectivo, ora a uno, ora a otro, conversar pausadamente, examinar sus manuscritos, indicarles suavemente los fallos y hacerles sugerencias.

Y el libro tenía ahora un gran éxito. Esta segunda edición había salido con una tirada de cinco millones de ejemplares. ¿Para un país como este? Era demasiado poco. En la tercera edición serían precisos diez millones, veinte. Venderlo en las fábricas, en las escuelas, en los koljoses. Se podría distribuir directamente con la lista del personal en la mano.

Nadie sabía mejor que Stalin lo mucho que el pueblo necesitaba este libro. A este pueblo no se le podía dejar sin continuas explicaciones correctas. No se podía mantener a este pueblo en la inseguridad. La revolución lo había dejado huérfano y ateo, y esto era peligroso. Hacía veinte años

que Stalin corregía tanto como podía semejante situación. Para ello se necesitaban millones de retratos por todo el país (¿de qué le servían al propio Stalin?, él era modesto), para ello era necesario repetir continuamente en voz alta su glorioso nombre, mencionarlo en cada artículo periodístico. El Jefe no necesitaba en absoluto nada de esto, ya no le satisfacía, le aburría desde hacía tiempo. Esto era necesario para los súbditos, para los simples ciudadanos soviéticos. Cuantos más retratos mejor, cuanto más se le mencionara mejor, pero que él apareciera raramente en público, que hablara poco, como si uno no estuviera siempre con él en la Tierra, como si se encontrara también en otra parte. Y entonces el entusiasmo y la adoración no tendrían límites.

No sentía náuseas, pero algo pesado le subía del estómago. Tomó una feijoa de una fuente de fruta ya mondada.

Tres días antes habían festejado su glorioso septuagésimo cumpleaños.

Al modo de ver caucasiano, ¡a los setenta años se es todavía un mozo! Se sube a la montaña, a un caballo, a una mujer. Y Stalin también estaba aún completamente sano, tenía que vivir necesariamente hasta los noventa, así lo había previsto, así lo requerían los asuntos pendientes. Ciertamente un médico le había prevenido de que... (por lo demás, al parecer, después lo fusilaron). No tenía ninguna enfermedad auténtica grave. Ni inyecciones, ni tratamientos, él mismo sabía elegir los medicamentos. «¡Cuanta más fruta mejor!». ¡Qué le van a contar a un caucasiano de la fruta!

Chupaba la pulpa con los ojos entornados. Un débil resabio de yodo se depositaba sobre la lengua.

Estaba completamente sano, pero algo iba cambiando con los años. Ya no sentía el fresco placer de comer, como si todos los gustos lo fastidiaran o fueran más sosos. Ya no había aquella fuerte sensación al escoger los vinos o mezclarlos. Y la borrachera se transformaba en dolor de cabeza. Si Stalin pasaba media noche de sobremesa con su corte no era porque disfrutara de la comida, sino porque en alguna parte debía meter este largo tiempo vacío.

Incluso necesitaba poco de las mujeres, con las que tantas juergas había corrido después de la muerte de Nadia, las requería raramente, y no sentía palpitations con ellas sino una cierta sensación turbia. Tampoco el sueño lo aliviaba ya como en la juventud: se despertaba debilitado, con la cabeza oprimida, sin deseos de levantarse.

Después de disponer que viviría hasta los noventa años, Stalin pensó que estos años no le reportarían ningún goce personal, simplemente tendría que sufrir veinte años más por el orden general de la humanidad.

Había celebrado su septuagésimo cumpleaños de la siguiente manera. El 20 por la noche apalizaron de muerte a Traicho Kostov. Sólo cuando sus ojos se pusieron perrunamente vidriosos, pudo empezar la auténtica fiesta. El 21 hubo un homenaje solemne en el teatro Bolshoi, hablaron Mao, Dolores y otros camaradas. Luego vino un multitudinario banquete. Y un poco más tarde, un banquete restringido. Bebieron vinos añejos de las bodegas españolas, enviados en otro tiempo a cambio de armas. Después, aparte con Lavrenti, un banquete al estilo de Kajetia, en el que se cantaron canciones georgianas. El 22 se dio la gran recepción diplomática. El 23 se vieron a sí mismos en la segunda parte de *La batalla de Stalingrado* y *El inolvidable 1919*.

Aunque le cansaron un poco, estas películas le gustaron mucho. Ahora se perfilaba cada vez con mayor veracidad su papel no sólo en la guerra mundial, sino también en la civil. Podía verse qué gran hombre era ya entonces. Tanto la pantalla como la escena mostraban ahora con qué frecuencia prevenía y corregía seriamente al excesivamente irreflexivo y superficial Lenin. Y un dramaturgo puso noblemente en sus labios: «¡Todo obrero tiene derecho a manifestar sus pensamientos!». Y el guionista trabajó muy bien esta escena nocturna con el Amigo, en *La batalla*, Aunque a Stalin no le había quedado un Amigo tan grande y fiel debido a la continua hipocresía y perfidia de las personas. ¡Además, tampoco tuvo en toda su vida semejante Amigo! Pero, al verlo en la pantalla, Stalin sintió un enternecimiento en la garganta (¡esto es un artista!, ¡así es un artista!): en cierto modo habría querido tener un Amigo tan sincero y desinteresado, y hablar con él de todas las cosas que rumiaba en su interior noches enteras.

Sin embargo, era imposible tener un Amigo semejante, porque en ese caso debería ser un hombre extraordinariamente grande. ¿Y dónde viviría? ¿Cuál sería su ocupación?

Pues todos esos, de Viacheslav-culo-de-piedra a Nikita-danzarín, ¿eran efectivamente hombres? Uno se moría de aburrimiento en la mesa con ellos, nadie era el primero en proponer alguna cosa sensata, pero si él la sugería la aceptaban todos inmediatamente. En otro tiempo, Stalin apreciaba un poco a Voroshílov por lo de Tsaritsin, por lo de Polonia, y luego por lo de la cueva de Kislovodsk (denunció la reunión de los traidores Kamenev-Zinoviev con Frunze), pero también era un maniquí donde poner la gorra y las medallas. ¿Era eso un hombre?

No podía recordar ahora a nadie que hubiera sido su Amigo. De nadie recordaba más cosas buenas que malas.

No tenía un Amigo ni podía tenerlo, pero en cambio todo el pueblo llano amaba a su Amo y estaba dispuesto a entregarle su vida y su alma. Esto podía verse en los periódicos, en el cine y en la exposición de regalos. El día del cumpleaños del Amo se había convertido en una fiesta general, era agradable reconocerlo. ¡Cuántas felicitaciones habían llegado! Felicitaciones de los organismos administrativos, felicitaciones de las organizaciones, felicitaciones de ciudadanos individuales. El *Pravda* pidió permiso para no publicarlas todas a la vez, sino a razón de dos columnas en cada número. Bueno, aquello duraría varios años, pero no importa, no era nada malo.

Los regalos no cabían en diez salas del Museo de la Revolución. Para no molestar a los moscovitas que quisieran verlos de día Stalin fue a verlos por la noche. El trabajo de miles y miles de maestros, y los mejores dones de la Tierra, estaban ante él, de pie, colgados o en el suelo. Y entonces se apoderó de él la indiferencia de siempre, se apagó como siempre su interés. ¿Para qué necesitaba todos aquellos regalos? Y no tardó en aburrirse. Le acometió también en el Museo cierto recuerdo desagradable, pero como solía suceder frecuentemente en los últimos tiempos, el pensamiento no se perfiló con claridad, quedó sólo la sensación de que era desagradable. Stalin atravesó tres salas, no eligió nada, se detuvo ante un gran televisor con un rótulo grabado: «AL GRAN STALIN DE PARTE DE LOS CHEQUISTAS» (era el televisor soviético más grande, se había fabricado un solo ejemplar en Marfino), dio media vuelta y se marchó.

En general, había sido un aniversario magnífico: ¡qué orgullo! ¡Cuántas victorias! ¡Un éxito nunca conocido por político alguno del mundo! Pero no sentía la plenitud del triunfo.

Algo que parecía habersele atascado en el pecho le causaba dolor y le quemaba.

Continuó mordiendo y chupando fruta.

El pueblo lo amaba, era cierto, pero en el pueblo hormigueaban aún muchos defectos, el pueblo no servía para nada. Bastaba recordar. ¿En nombre de quién había retrocedido en el 41? ¿Quién había retrocedido entonces sino el pueblo?

Por eso no debía celebrar nada ni permanecer tendido: había que reemprender el trabajo. Pensar.

Pensar era su deber. Su sino, y su castigo, era también pensar. Debía vivir durante dos décadas como un condenado a veinte años, y no dormir más de ocho horas al día, más no dormiría. Y las horas restantes serían como arrastrarse sobre puntiagudas piedras, debería arrastrar por ellas su cuerpo vulnerable, ya no joven.

Lo más insoportable para Stalin era el amanecer y el mediodía: mientras el sol salía, jugueteaba y ascendía a su cénit, Stalin dormía en la oscuridad, corridas las cortinas, encerrado, oculto. Despertaba cuando el sol empezaba a descender, a moderarse, a rodar hacia el fin de su efímera vida de un día. Stalin desayunaba alrededor de las tres, y sólo al anochecer, cuando el sol se ponía, empezaba a animarse. En esas horas, su cerebro adquiría un funcionamiento suspicaz y sombrío, todas sus decisiones eran prohibitivas y negativas. A las diez de la noche empezaba la comida, a la que habitualmente invitaba a íntimos del Politburó y a comunistas extranjeros. Con los muchos platos, copas, chistes y conversaciones se mataban muy bien cuatro o cinco horas. Al mismo tiempo tomaba impulso y concentraba el empuje de los pensamientos creativos y legislativos de la segunda mitad de la noche. Todos los principales ucases que dirigían el gran Estado se formaban en la cabeza de Stalin después de las dos de la madrugada y sólo hasta el amanecer.

Y ahora empezaba precisamente esta hora. Y estaba madurando un ucase que representaba un sensible vacío en la legislación. El Estado había conseguido consolidarlo todo perpetuamente, detener todo movimiento, poner diques a todos los arroyos, y doscientos millones de personas conocían su puesto. Sólo fallaba la juventud koljosiana. Esto era tanto más extraño cuanto que los asuntos koljosianos marchaban patentemente bien, como demostraban las películas y las novelas. Además, el propio Stalin había charlado con koljosianos en los presidiums de asambleas y reuniones. Sin embargo, siendo un hombre de Estado perspicaz y continuamente autocrítico, Stalin se había obligado a ver la parte más profunda del asunto. El secretario de un comité regional (al parecer, después lo fusilaron) se fue de la lengua ante él, le dijo que había una parte negativa: en los koljoses trabajaban sin tregua los ancianos y ancianas inscritos a partir del año 30, pero una parte inconsciente de la juventud procuraba obtener con engaños un pasaporte y escurrirse a la ciudad al terminar la escuela primaria. Stalin lo oyó y empezó en él un trabajo de zapa.

¡La instrucción! ¡Vaya lío se había armado con esa primaria general de siete años, con la primaria general de diez años, con los hijos de las cocineras cursando estudios superiores! Esto lo había enmarañado Lenin irresponsablemente, lo había ensuciado sin reservas con sus promesas, que ahora constituían una irreparable giba torcida sobre las espaldas de Stalin. ¡Cada cocinera

debía gobernar el Estado! ¿Cómo se lo imaginaba, en concreto? ¿Que la cocinera no cocinaría los jueves y acudiría a la reunión del Comité Ejecutivo Regional? Una cocinera es una cocinera y su deber es hacer la comida. Gobernar a la gente es una elevada responsabilidad que sólo se puede confiar a personal especial, a personal especialmente elegido, a personal curtido, disciplinado. Y el gobierno sobre este personal sólo puede estar en unas únicas manos, es decir, en las acostumbradas manos del Jefe.

Debería establecerse una norma en las cooperativas agrícolas: ya que la tierra les pertenecía para siempre, todo el que naciera en una aldea debería ingresar automáticamente en el koljós desde el día de su nacimiento. Habría que darle la forma de un derecho honroso. Y acto seguido una campaña de propaganda: NUEVO PASO HACIA EL COMUNISMO, «Los jóvenes herederos de la vida koljosiana...». Bueno, los escritores ya encontrarían cómo debían expresarse.

Pero... ¿y nuestros partidarios en Occidente?

Pero... ¿quién, si no, iba a trabajar en los koljoses?

No, hoy no parecían funcionar bien las hipótesis de trabajo. No se sentía muy bien.

Sonó cuatro veces un ligero golpe en la puerta, ni siquiera un golpe, sino cuatro suaves frotos sobre ella, como si un perro rascara la puerta.

Stalin dio vuelta a una manivela que, instalada cerca del diván, recorría a distancia el pasador de la puerta. El seguro dio un chasquido y la puerta se entreabrió. No la cubría ninguna cortina (a Stalin no le gustaban las colgaduras ni los pliegues ni nada donde alguien pudiera esconderse) y pudo verse cómo la puerta desnuda se entreabría exactamente lo suficiente para dejar paso a un perro. Aunque la cabeza de Poskriobyshev, un hombre al parecer joven aún pero ya calvo, con una eterna expresión facial de fidelidad y de buena disposición, no se asomó por la parte inferior sino por la superior.

Miró con inquietud al Amo, vio que yacía cubierto con el chal de pelo de camello, y sin embargo no preguntó directamente por su salud (a Stalin no le gustaban semejantes preguntas), sino que dijo casi en un susurro:

—¡Vissariónovich! Ha convocado a Abakumov para hoy a las dos y media. ¿Le recibirá? ¿No?

Iosif Vissariónovich desabrochó el corchete del bolsillo pectoral y tiró de la cadena de su reloj (como todas las personas de la época anterior, no podía soportar los relojes de pulsera).

Todavía no eran las dos de la madrugada.

Tenía una pesada bola en el estómago. No era su gusto levantarse y cambiarse de ropa. Pero tampoco era posible despedir a nadie: a poco que se mostrara débil se darían cuenta enseguida.

—Veremos —respondió con fatiga Stalin y parpadeó—. No lo sé.

—Bueno, que venga. ¡Ya se esperará! —confirmó Poskriobyshev asintiendo excesivamente con la cabeza, unas tres veces. Y de nuevo volvió a quedar petrificado con la mirada puesta en el Amo—: ¿Qué otras disposiciones hay, Vissariónovich?

Stalin miraba a Poskriobyshev con ojos medio muertos y lánguidos que no expresaban ninguna nueva disposición. Pero la pregunta de Poskriobyshev hizo saltar una súbita chispa de su aguda memoria y preguntó algo que quería preguntar hacía tiempo, pero que había olvidado:

—¿Por cierto, cómo está lo de los cipreses de Crimea? ¿Los talan?

—¡Los talan! ¡Ya lo creo! —Poskriobyshev sacudió la cabeza con seguridad, como si estuviera esperando la pregunta, como si acabara de telefonar a Crimea para enterarse—. ¡Alrededor de Massandra y de Livadi ya han derribado muchos, Vissariónovich!

—De todos modos, pide un informe. Cifrado. ¿No habrá sabotaje? —los ojos amarillos y malsanos del Todopoderoso mostraban preocupación.

Aquel año, un médico le había dicho que los cipreses eran nocivos para su salud, que necesitaba impregnar el aire de eucaliptos. Por eso Stalin había ordenado que talaran los cipreses de Crimea y enviaran a buscar eucaliptos jóvenes a Australia. Poskriobyshev, muy animado, se lo prometió y se comprometió también a averiguar cuál era la situación de los eucaliptos.

—De acuerdo —murmuró satisfecho Stalin—, vete ya, Sasha.

Poskriobyshev se inclinó, retrocedió, volvió a inclinarse, retiró la cabeza totalmente y cerró la puerta. Iosif Vissariónovich accionó de nuevo el cierre a distancia. Y se volvió hacia otro lado reteniendo el chal sobre sí.

De nuevo empezó a hojear su biografía.

Sin embargo, debilitado por la cama, los escalofríos y la mala digestión, se entregó involuntariamente a un deprimente género de pensamientos. Ya no rememoraba el deslumbrante éxito final de su política, sino la mala suerte que había tenido en su vida, y los muchos obstáculos y enemigos —injustamente numerosos— que el destino le había deparado.

Dos terceras partes de siglo representan una lejanía nebulosa, al principio de la cual ni el más osado podría imaginar en sueños el final, y al final de la cual sería difícil revivir y creer en el principio.

Esta vida había comenzado sin esperanzas. Hijo ilegítimo cuyo padre putativo era un zapatero remendón pobre y borracho. Una madre analfabeta. El guarro de Soso se pasaba el día en los charcos al pie de la colina de la Reina Tamara. El problema no era ya cómo llegar a ser el dueño del mundo, sino cómo aquel niño podría salir de la posición más humillante y más baja.

Pese a todo, el causante de su vida hizo gestiones en su favor, y saltándose las normas de la Iglesia, el chico fue aceptado —pese a no proceder de familia piadosa— primero en la escuela de la iglesia parroquial y luego incluso en el seminario.

Desde las alturas del oscuro iconostasio, el Dios Yavé llamó con aire severo al seminarista tendido sobre las frías losas de piedra. ¡Oh, con qué tesón se puso el muchacho a servir a Dios! ¡Qué fe tenía en él! En siete años de estudios empolló concienzudamente el Antiguo y el Nuevo Testamento, la vida de los santos y la historia de la Iglesia, a la par que ayudaba con gran celo en los actos litúrgicos.

En la *Biografía* había una fotografía del joven Dshugaschvili al terminar la escuela religiosa: levitón gris con cuello redondo cerrado; el óvalo del rostro, mate, como agotado por las oraciones, era el de un adolescente; largos cabellos preparados para el servicio religioso, austeramente recogidos, humildemente untados con aceite de candil, cabalgando sobre las orejas. Sólo los ojos y las tensas cejas delataban que aquel seminarista quizá llegara a arzobispo.

Pero Dios lo engañó... Aquel aletargado y aborrecible pueblecito, entre verdes y redondeadas colinas, entre los meandros del Medzhuda y del Liajva, estaba atrasado: en la ruidosa Tiflis las personas inteligentes hacía tiempo que se burlaban de Dios. Y la escalera por la que Soso ascendía firmemente resultó que no conducía al cielo, sino al desván.

¡Pero la edad ardorosa y pendenciera exigía acción! ¡El tiempo pasaba y nada se había hecho! No había dinero para la universidad, para el servicio al Estado, para empezar un negocio, pero en cambio estaba el socialismo, que aceptaba a todo el mundo, un socialismo que estaba acostumbrado a los seminaristas. Faltaba la inclinación por las ciencias o por las artes, faltaba la habilidad para desempeñar un oficio o dedicarse al robo, faltaba suerte para convertirse en el amante de una dama rica. Pero la revolución llamaba a todo el mundo con los brazos abiertos, los aceptaba a todos y les prometía un puesto.

Aconsejó que se incluyera también en la *Biografía* una foto de esta época, su fotografía preferida. Estaba casi de perfil. No llevaba barba, ni bigote, ni patillas (todavía no había decidido qué llevaría), sencillamente, hacía tiempo que no se afeitaba, y todo lo enumerado crecía simultáneamente en forma de una tumultuosa pelambreira masculina. Estaba dispuesto a precipitarse hacia donde fuera, pero no sabía dónde. ¡Qué joven tan simpático! Una cara enérgica, inteligente, sincera, ni rastro de aquel seminarista fanático. Liberados del aceite, los cabellos estaban sueltos, sus densos rizos embellecían la cabeza y cubrían, sinuosos, lo que en él podía ser poco afortunado: una frente estrecha e inclinada hacia atrás. El joven era pobre. Llevaba una triste chaqueta de segunda mano, y la bufanda a cuadros, barata, envolvía su cuello con aire de independencia bohemia cubriendo su estrecho y enfermizo pecho, donde no había siquiera una camisa. ¿No estaría ya condenado a la tuberculosis aquel plebeyo de Tiflis?

Cada vez que Stalin contemplaba esta fotografía, su corazón rebotaba piedad (pues no hay corazón que sea absolutamente incapaz de sentirla). ¡Qué difícil era todo, cómo estaba todo en contra de aquel magnífico joven que se cobijaba gratuitamente en el frío desván del observatorio y que ya había sido expulsado del seminario! (Para asegurarse la subsistencia compaginaba una cosa con la otra: durante cuatro años había asistido a los círculos socialdemócratas al tiempo que continuaba rezando y aplicándose en la catequesis, pero de todos modos lo expulsaron).

Once años inclinándose y rezando en vano, lástima de tiempo perdido... ¡Y con mayor resolución aún dirigió su juventud a la revolución!

Pero la revolución también le engañó... Además, ¿qué revolución era aquella, la de Tiflis, sino un juego de jactanciosas vanidades en las bodegas? Uno se perdía en aquel hormiguero de mediocridades: ni correctos avances progresivos, ni méritos, sólo se trataba de ver quién era más charlatán que los demás. El exseminarista odiaba a aquellos charlatanes más amargamente que a los gobernadores y a los policías. (¿Por qué enfadarse con estos? Servían honestamente a cambio de un jornal y era natural que se protegieran. ¡Pero esos arribistas no podían tener justificación!). ¿Una revolución? ¿Entre tenderos georgianos? ¡Nunca la habría! Y él había perdido el seminario, había perdido un camino seguro en la vida.

Además, ¿qué le importaba aquella revolución, con sus pordioseros, sus obreros bebiéndose la paga, sus ancianas enfermas, y los *cópeks* de menos de unos jornales? ¿Por qué tenía que amar a aquella gente y no a sí mismo, que era joven, inteligente, bello y marginado?

Sólo en Batumi, cuando por primera vez le siguieron por la calle dos centenares de personas, mirones incluidos, Koba (este era ahora su apodo) advirtió la germinación de las semillas y la fuerza del poder. ¡La gente le seguía!, cató Koba, y ya nunca más pudo olvidar este gusto. Era lo que le convenía en la vida: decir algo, y que la gente lo hiciera, indicar algo, y que la gente se moviera. Nada había mejor que esto, ni por encima de esto. Era superior a la riqueza.

Un mes después la policía se puso en movimiento y lo arrestó. En aquella época nadie temía los arrestos: ¡vaya cosa! Dos meses encerrado, te soltaban y ya eras un mártir. Koba se comportó magníficamente en la celda general animando a otros a despreciar a los carceleros.

Pero se ensañaron con él. Sus compañeros de celda iban cambiando y él permanecía encerrado. Pero ¿qué había hecho? A nadie castigaban de esta manera por una insignificante manifestación.

¡Pasó un año! Lo trasladaron a la prisión de Kutaiski, lo incomunicaron en un lóbrego y húmedo calabozo. Allí se desmoralizó: la vida continuaba y él no sólo no ascendía, sino que caía cada vez más abajo. La humedad de la cárcel le hacía toser dolorosamente. Y odiaba aún con mayor justicia a los vocingleros profesionales, a los mimados por la vida: ¿por qué la revolución les salía tan barata *a ellos* por qué *a ellos* no los retenían tan largo tiempo?

Por aquella época se presentó en Kutaiski un oficial de policía que ya conocía de Batumi. ¿Qué, ya has reflexionado bastante, Dshugaschvili? Esto no es más que el principio, Dshugaschvili. Te vamos a tener aquí hasta que te pudras de tisis o corrijas tu línea de conducta. Queremos salvaros, a ti y a tu alma. ¡Estuviste a punto de ser sacerdote, padre Iosif! ¿Por qué te metiste en esta cuadrilla? Estás entre ellos por azar. Dime que lo lamentas.

Ciertamente, lo lamentaba, ¡y de qué modo! Había terminado su segunda primavera en la cárcel, transcurría su segundo verano de prisión. ¡Ah!, ¿por qué habría abandonado el modesto servicio religioso? ¡Cómo se había precipitado! La fantasía más desenfrenada no podría imaginar una revolución en Rusia antes de cincuenta años, cuando Iosif tuviera ya setenta y tres... ¿Para qué necesitaría entonces una revolución?

Y no sólo era esto. Iosif se había estudiado a sí mismo y conocía su carácter pausado, su amor por la solidez y el orden. Precisamente, el imperio ruso se sostenía por su firmeza, su solidez y su orden, ¿a qué sacudirlo?

El oficial de los bigotes trigueños iba a verle una y otra vez (a Iosif le gustaba mucho su limpio uniforme de policía, con hermosos galones, ordenados botones, ribetes y hebillas). A fin de cuentas, lo que te propongo es un servicio al Estado. (Iosif habría estado dispuesto a entrar en el servicio del Estado para siempre, pero había estropeado esta oportunidad en Tiflis y en Batumi). Cobrarás una paga de nosotros. En los primeros tiempos, tu servicio será colocarte entre los revolucionarios. Elige la tendencia más extremista. Asciende entre ellos. Nosotros te trataremos con cortesía en todas partes. Nos darás tus comunicados de manera que no arrojen ninguna sombra sobre ti. ¿Qué apodo vamos a elegir para ti? Y ahora, para no descubrir el secreto, te vamos a mandar a un lejano destierro de donde huirás inmediatamente, así lo hacen todos.

¡Y Dshugaschvili se decidió! ¡La tercera apuesta de su juventud la hizo por la policía secreta!

En noviembre lo desterraron a la provincia de Irkutsk. Allí, junto con otros deportados, leyó la carta de un tal Lenin, en el periódico *Iskra*. Lenin se había escindido de la socialdemocracia y ocupaba la posición más extremista. Ahora buscaba partidarios, enviaba cartas. Era evidente que debía adherirse a él.

Por Navidad, Iosif abandonó los terribles fríos de Irkutsk, y antes del inicio de la guerra con el Japón se encontraba ya en el soleado Cáucaso.

Empezó entonces un largo período de impunidad: se reunía con miembros del movimiento clandestino, redactaba octavillas, convocaba a mítines, y arrestaban a los demás (especialmente a los que no le eran simpáticos), pero a él no lo descubrían, no lo pescaban. Tampoco lo mandaron a la guerra.

¡Y de pronto llegó ELLA! Nadie la esperaba tan rápidamente, nadie la había preparado ni organizado. Las muchedumbres iban por Petersburgo con peticiones políticas, asesinaban a los

grandes duques y a los magnates, hacían huelga en Ivano-Voznesensk, se amotinaban en Lodz, en el Potemkin, y no tardaban en acogotar al zar hasta arrancarle el manifiesto, pese a lo cual las ametralladoras continuaban repiqueteando en Presna y los ferrocarriles parados.

Koba quedó impresionado, anonadado. ¿Se habría equivocado otra vez? ¿Por qué no veía nada por anticipado?

¡La Ojranka le había engañado! ¡Había perdido su tercera apuesta! ¡Ah, si le hubieran devuelto su alma libre de revolucionario! ¿Qué círculo vicioso era aquel? ¿Sacudir a Rusia hasta la revolución para que a la mañana siguiente sacudieran los archivos de la Ojranka^[13] hasta sacar sus denuncias?

En aquella época, su voluntad no sólo no era de *acero*, sino que se contradecía completamente, estaba desmoralizada y no encontraba una salida.

Por lo demás, después de disparar, de alborotar, de ahorcar, volvieron la cabeza y... ¿dónde está la revolución? ¡No la hay!

Fue entonces cuando los bolcheviques aprendieron el magnífico procedimiento revolucionario de las *expro*, las expropiaciones. Enviaban una carta a cualquier ricachón armenio diciéndole dónde debía llevar diez, quince o veinticinco mil rublos. Y el ricachón los llevaba con tal de que no le volaran la tienda o no asesinaran a sus hijos. ¡Este era un método de lucha, así se debía luchar! No era un método escolástico, no eran octavillas ni manifestaciones, sino auténticos actos revolucionarios. Los remilgados mencheviques refunfuñaban diciendo que aquello era pillaje y terror, que estaba en contradicción con el marxismo. ¡Ah, cómo se burlaba Koba de ellos! ¡Ah, los perseguía como a cucarachas, por eso Lenin lo llamaba el «magnífico georgiano»! Si las *expro* eran pillaje, ¿no lo era también la revolución? ¡Ah, los relamidos remilgados! ¿De dónde sacar dinero para el partido? ¿De los mismos revolucionarios? Vale más pájaro en mano que buitres volando.

De toda la revolución, lo que a Koba le gustaba especialmente eran las *expro*. Nadie, excepto Koba, era capaz de encontrar unos colaboradores tan fieles que, como Kamo, sacudieran por orden suya a la gente revólver en mano, arrebataran un saco de oro y lo llevaran a Koba a otra calle distinta sin que nadie les obligara. Cuando se apropiaron de trescientos cuarenta mil rublos de oro de los mensajeros de un banco de Tiflis, aquello no fue de momento más que una revolución proletaria en pequeña escala. La Gran Revolución sólo la esperaban los necios.

De todo esto, la policía nada sabía, y Koba se mantenía en esa agradable línea media entre la revolución y la policía. Dinero, nunca le faltó.

La revolución lo paseaba ya en trenes europeos y en barcos marinos, le mostraba islas, canales y castillos medievales. ¡Ya no era la apestosa celda de Kutaiski! En Tammerfors, en Estocolmo, en Londres, Koba estudiaba a los bolcheviques, al endemoniado Lenin. Luego, en Bakú respiró los vapores de ese líquido subterráneo que hierve de negra ira.

Pero a él lo protegían. Cuanto más antiguo y conocido iba siendo en el partido, más cerca lo deportaban. Ahora ya no lo enviaban al Baikal sino a Solvychegodsk, y no por tres años sino por dos. Entre deportación y deportación no le impedían dar impulso a la revolución. Finalmente, después de tres fugas de la deportación, en Siberia y en los Urales, desterraron al intransigente e

incansable rebelde... a la ciudad de Vologda, donde se instaló en el piso de un policía y desde donde podía llegar a Petersburgo en una noche de tren.

Y un anochecer de febrero de 1912 llegó a Vologda, procedente de Praga, su joven compañero de Bakú Ordzhonikidze. Palmoteo sus espaldas y gritó: «¡Soso! ¡Soso! ¡Te han elegido para el Comité Central!».

Aquella noche de luna, de arremolinada y helada niebla, Koba, a la sazón de treinta y dos años, paseó largo rato por el patio envuelto en su abrigo de piel de reno. Vacilaba de nuevo. ¡Miembro del Comité Central! Ahí estaba Malinovski, por ejemplo, miembro del Comité Central bolchevique y diputado en la Duma Estatal. Bueno, cierto que Lenin sentía especial predilección por Malinovski, pero no importaba. ¡Estaban en tiempos del zar! Después de la revolución, quien fuera ahora miembro actual del Comité Central sería un fiel ministro. Ciertamente, de momento no era de esperar ninguna revolución, ni durante nuestra vida. Pero, incluso sin la revolución, ser miembro del Comité Central representaba cierto poder. ¿Y qué había ganado sirviendo a la policía secreta? No era miembro de un Comité Central, sino un chivato de poca monta. Sí, debía despegarse de la policía. El destino de Azef^[14] se balanceaba como un gran fantasma ante él cada uno de sus días y cada una de sus noches.

Por la mañana se dirigieron a la estación y partieron hacia Petersburgo. Allí los detuvieron. Al joven e inexperto Ordzhonikidze lo condenaron a tres años de prisión en la fortaleza de Schlüsselburg, y después, por añadidura, al destierro. A Stalin, como correspondía, sólo a tres años de deportación. Algo lejos, es verdad, a la región de Narim. Era como un aviso. Sin embargo, las vías de comunicación del imperio ruso no estaban mal organizadas, y al final del verano Stalin volvía felizmente a Petersburgo.

Soportó entonces la presión del trabajo de partido. Fue a ver a Lenin en Cracovia (lo que no era difícil ni para un deportado). Hubo allí una imprenta, un Primero de Mayo, unas octavillas, y en una velada en la Bolsa de Kalashnikov lo pescaron (fue Malinovski, pero esto se supo muchísimo después). La Ojranka montó en cólera, y ahora lo enviaron a una auténtica deportación, al Círculo Polar Ártico, al poblado de Kureika. Y la sentencia —¡el régimen zarista sabía imponer crueles condenas!— fue de *cuatro* años, qué horror.

De nuevo vaciló Stalin: ¿para qué o para quién había renunciado a una vida comedidamente próspera, a la protección del régimen, y se había dejado enviar a aquel agujero del diablo? «Miembro del Comité Central» era una frasecita para un tonto. Allí había algunos centenares de deportados de todos los partidos, pero Stalin los examinó y se horrorizó. Qué repugnante ralea la de esos revolucionarios profesionales: dinamiteros, voceadores roncós, sin independencia, sin posición. Para el caucasiense Stalin, lo horrible no era ni siquiera el Círculo Polar Ártico, sino encontrarse en compañía de aquellas personas frívolas, blandas, irresponsables y negativas. Y para separarse inmediatamente de ellos, para desconectarse —¡entre osos se habría sentido mejor!—, se casó con una indígena cheldonka con cuerpo de mamut y voz chillona. Prefería su «ji, ji, ji», y su cocina de nauseabunda grasa, antes que acudir a las reuniones, disputas, situaciones violentas y tribunales de honor. Stalin les dio a entender que le eran ajenos, y cortó toda relación con ellos, con todos y hasta con la revolución. ¡Basta! No era tarde para empezar una vida honrada a los

treinta y cinco años, algún día debía terminar su vagabundeo con los bolsillos hinchados de viento. (Se despreciaba a sí mismo por haber perdido tantos años con esos melindrosos).

Así vivía, completamente al margen, sin relacionarse con bolcheviques ni con anarquistas, cuanto más lejos mejor. Ahora no se disponía a huir, se proponía cumplir honestamente su destierro hasta el final. Además, había empezado la guerra, y sólo aquí, en el destierro, podría conservar la vida. Estaba con su cheldonka, bien oculto; tuvieron un hijo. Pero la guerra no tenía trazas de terminar. Con uñas y dientes debía conseguir un añito más de destierro: ¡ese zar impotente ni siquiera sabía imponer condenas auténticas!

¡No, la guerra no terminaba! Y la administración policial, con la que tantos tratos había tenido, entregó su cartilla y su alma a la autoridad militar, y esta, que nada entendía de socialdemócratas ni de miembros de comités centrales, llamó a Iosif Dshugaschvili, nacido en 1879, sin servicio militar cumplido con anterioridad, a servir como soldado raso en el ejército imperial ruso. De esta manera empezó su carrera militar el futuro gran mariscal. Había catado ya tres servicios, ahora debía empezar el cuarto.

Lo llevaron por el Yenisei hasta Krasnoyarsk sobre los soñolientos patines de un trineo, y de allí a los cuarteles de Achinsk. Tenía treinta y ocho años y no era nadie, un soldado georgiano encogido en su capote bajo los fríos siberianos, una carne de cañón que llevaban al frente. Toda su grandiosa vida debía cortarse en cualquier aldea de Bielorrusia o en cualquier poblado hebreo.

Sin embargo, antes de que aprendiera a enrollar el capote y a cargar el fusil (después tampoco supo, ni cuando era comisario ni cuando era mariscal, pues le resultaba incómodo preguntarlo), llegaron unas cintas telegráficas de Petersburgo según las cuales la gente se abrazaba por las calles sin conocerse y gritaba con el vapor de la respiración bajo la helada: «¡Cristo ha resucitado!». ¡El zar había abdicado! ¡Ya no había imperio!

¿Cómo? ¿Por qué? Habían olvidado la esperanza, habían dejado de hacer cábalas. Ciertas eran las enseñanzas que recibiera Iosif en su infancia: «¡Desconocidos son Tus caminos, Señor!».

No se recordaba otra ocasión en que tan unánimemente se alegrara la sociedad rusa, todos los partidos de todos los matices. Pero para que Stalin se entusiasmara era necesario otro telegrama. Sin él, el fantasma de Azef se balanceaba como un ahorcado sobre su cabeza.

Y al día siguiente llegó este mensaje: ¡el departamento de la Ojranka había sido incendiado y saqueado, todos los documentos habían sido destruidos!

Los revolucionarios sabían muy bien lo que había que quemar cuanto antes. Seguramente, a juicio de Stalin, había no pocos, no pocos como él...

(La Ojranka había ardido, pero toda su vida Stalin anduvo receloso y mirando por el rabillo del ojo. Con sus propias manos hojeó decenas de miles de hojas del archivo, y arrojó al fuego carpetas enteras sin examinar. Y sin embargo algo pasó por alto, y a punto estuvo de descubrirse en el 37. Y a cada miembro del partido que luego entregó a los tribunales nunca dejó Stalin de acusarlo de confidente: sabía lo fácil que era caer y le resultaba difícil imaginar que otros no se hubieran buscado también protección).

Más tarde, Stalin negó a la revolución de febrero el título de grande, pero había olvidado cómo se entusiasmaba y cantaba entonces, cómo abandonó Achinsk a todo correr (¡ahora podía incluso

desertar!), cómo hacía tonterías, cómo en una ventanilla perdida expidió un telegrama a Lenin, a Suiza.

Llegó a Petrogrado e inmediatamente se puso de acuerdo con Kamenev: esto es lo que soñábamos en la clandestinidad. La revolución se ha realizado, ahora hay que consolidar lo conseguido. Ha llegado la hora de las personas positivas (especialmente si ya eres miembro del Comité Central). ¡Todas las fuerzas deben apoyar al Gobierno Provisional!

Todo estaba muy claro hasta que llegó ese aventurero que no conocía Rusia y que carecía de toda experiencia equilibrada y positiva. Atragantándose, contorsionándose, con voz gutural, se metió aquí con sus tesis y lo enmarañó todo definitivamente. ¡Y aturdió al partido y lo arrastró a la insurrección de julio! Esta aventura fracasó, como acertadamente había predicho Stalin, y a punto estuvo de que pereciera también todo el partido. ¿Dónde estaba ahora el coraje fanfarrón de ese héroe? Huyó a Razliv para salvar la piel, y a los bolcheviques los injuriaron con los denuestos más graves. ¿Era su libertad más importante que la autoridad del partido? Stalin se lo dijo abiertamente en el Sexto Congreso, pero no consiguió la mayoría.

En general, 1917 fue un año desagradable: demasiados mítines. La gente llevaba en hombros al que sabía mentir de una manera más elegante. Trotski no abandonaba ese circo. ¿De dónde salían, volando como moscas a la miel, esos charlatanes? No se les había visto en la deportación ni tampoco en las *expro*, vagaban por el extranjero y ahora venían a desgañitarse y a meterse en los primeros puestos. Opinaban sobre todas las cosas, como pulgas rápidas. ¡Cuando un tema aún no había surgido en la vida ni se había planteado, ellos ya tenían la respuesta! Se burlaban afrentosamente de Stalin sin siquiera disimularlo. De acuerdo, este no se metía en sus discusiones, tampoco subía a la tribuna, de momento guardaba silencio. Era algo que a Stalin no le gustaba hacer, ni tampoco sabía: arrojarse palabras a porfía, a ver quién decía más y gritaba más. No era así como imaginaba la revolución. Él veía la revolución de otra manera: ocupar los puestos de mando y ponerse a trabajar.

Los de las barbitas puntiagudas se burlaban de él, pero ¿por qué cargaban todas las tareas duras e ingratas sobre las espaldas de Stalin? Se burlaban de él, pero ¿por qué en el palacio Kshesinskaya^[15] todos tuvieron diarrea y no enviaron a San Pedro y San Pablo a otro que a Stalin cuando hubo que convencer a los marineros para que entregaran sin lucha la fortaleza a Kerenski y se retiraran a Kronstadt de nuevo? Pues porque a Grishka Zinoviev los marineros lo habrían apedreado. Porque hay que saber hablar con el pueblo ruso.

La insurrección de octubre fue también una aventura, pero tuvo éxito, sí, de acuerdo. Tuvo éxito. Muy bien. Por ello se le puede poner un diez a Lenin. Lo que habría en adelante no se sabía, de momento estaba bien. ¿Comisario del Pueblo para las Nacionalidades? De acuerdo, por qué no. ¿Redactar la Constitución? De acuerdo. Stalin se estaba orientando.

Era sorprendente, pero al parecer la revolución había triunfado completamente en un año. No era posible esperar una cosa semejante, ¡pero había triunfado! El payaso de Trotski todavía creía en la revolución mundial, no quería la paz de Brest, y, por si fuera poco, también Lenin lo creía. ¡Ay esos visionarios de biblioteca! Era necesario ser muy burro para creer en la revolución europea; después de vivir allí tanto tiempo no habían comprendido nada. Stalin sólo estuvo una

vez y lo comprendió todo. Era para santiguarse que por lo menos la suya hubiera triunfado. Y quedarse quietos. Reflexionar.

Stalin echó una ojeada con ojos serenos y sin prejuicios. Y reflexionó. Comprendió claramente que aquellos picos de oro perderían una revolución tan importante. Y que sólo él, Stalin, podía conducirla con seguridad. Honestamente, en conciencia, él era el único jefe auténtico. Se comparó imparcialmente con todos aquellos hombres retorcidos y funámbulos y vio claramente su superioridad vital, la fragilidad de los demás y su propia solidez. Se distinguía de todos ellos porque *comprendía a las personas*. Y las comprendía en el punto de contacto con la tierra, con la *base*, las comprendía en un punto sin el cual no pisaban firme, no se mantenían en pie, pues lo que estaba por encima, lo que fingían y aquello de que se vanagloriaban, era una *superestructura* que nada decidía.

Cierto que Lenin tenía un vuelo de águila, podía sencillamente sorprender: en una noche sacó lo de «¡La tierra para los campesinos!», (y luego ya veremos), en un día se inventó la paz de Brest (no hacía falta ser ruso, hasta un georgiano habría sentido dolor al entregar media Rusia a los alemanes, ¡pero él no lo sintió!). Y ya no hablemos de la Nueva Política Económica, que fue de lo más astuto, una maniobra de la que no se avergonzaba.

Lo que en Lenin estaba por encima de todo, lo más notable, era que el poder real se mantenía en sus manos, sólo en ellas. Cambiaban los eslóganes, cambiaban los temas que debían discutirse, cambiaban los aliados y los adversarios, ¡pero el poder real continuaba sólo en sus manos!

Lo que no tenía aquel hombre era una auténtica solidez, le esperaba mucha amargura en su empresa, muchos líos. Stalin percibía acertadamente la fragilidad de Lenin, sus cambios de estado de ánimo, y finalmente su poca comprensión de las personas, su ninguna comprensión. (Lo había comprobado por sí mismo: mostraba la faceta que más le convenía y Lenin sólo veía esta faceta). Aquel hombre no era apto para el tenebroso cuerpo a cuerpo que es la verdadera política. Stalin se sentía más fuerte y firme que Lenin en la misma medida que los 66 grados de latitud del destierro en Turujan eran más duros que los 54 grados del de Shushenskoye. ¿Y qué había experimentado en la vida aquel teórico de biblioteca? No había sufrido la pertenencia a una capa social baja, las humillaciones, la pobreza, el hambre pura y simple: aunque de poca categoría, era un terrateniente. Nunca se había fugado del destierro, ¡era ejemplar! No había visto auténticas cárceles, ni siquiera había visto a la propia Rusia, hacía catorce años que, emigrado, daba tumbos. De todo cuanto había escrito, Stalin no había leído ni la mitad, no creía poder aprovisionarse de sabios consejos. (Bueno, solía tener formulaciones muy notables. Por ejemplo: «¿Qué es la dictadura? Un gobierno ilimitado, no contenido por las leyes». Stalin escribió en las páginas del libro: «¡Muy bien!»). De haber tenido Lenin una inteligencia serena, auténtica, desde los primeros días habría puesto a Stalin a su lado, le habría dicho: «¡Ayúdame! Entiendo de política, entiendo de clases, ¡pero no entiendo a las personas vivas!». Y no se le ocurrió otra cosa que enviar a Stalin a un rincón de Rusia como delegado en la requisita del trigo. El hombre que más necesitaba en Moscú era Stalin, y lo enviaba a Tsaritsin...

Durante toda la guerra civil, Lenin se las arregló para permanecer en el Kremlin, cuidaba de su persona. Pero a Stalin le tocaron tres años de nomadismo por todo el país, ora aguantando

sacudidas a caballo, ora en una *tachanka*⁸ ora helándose, ora calentándose junto a una hoguera. Bien, la verdad es que en estos años Stalin se gustaba a sí mismo: era una especie de joven general sin graduación, estirado, esbelto; una gorra de piel con la estrellita; capote de oficial, cruzado, blando, con corte de caballería, desabrochado; botas de charol a medida; cara inteligente, joven, bien afeitada, con sólo unos densos bigotes. Ninguna mujer se le resistiría (además, su tercera esposa era una belleza).

Naturalmente, su mano no empuñaba el sable, Stalin no se metía bajo las balas, era un hombre importante para la revolución, no era el campesino Budionny. Llegaba a un nuevo lugar —a Tsaritsin, a Petrogrado, a Perm— y guardaba silencio. Hacía luego algunas preguntas atusándose el bigote. En una lista ponía «fusilar», en otra lista ponía también «fusilar», y entonces la gente empezaba a respetarlo.

Además, a decir verdad, demostró ser un gran militar, un creador de victorias.

Toda esa pandilla que había escalado los primeros puestos, que rodeaba a Lenin y luchaba por el poder, estaba formada por hombres que se creían muy inteligentes, muy listos y muy complejos. De su complejidad era de lo que precisamente fanfarroneaban. Donde había un dos y dos son cuatro ellos gritaban a coro que había además una décima y dos centésimas. Pero el peor de todos, el más repulsivo, era Trotski. Sencillamente, hombre tan despreciable no lo había encontrado Stalin en toda su vida. Con una fatuidad tan frenética, con tantas pretensiones de orador, pero sin discutir nunca honestamente, sin que nunca un «sí» fuera un «sí» y un «no» fuera un «no», sino que siempre: ¡eso es así y asá, pero no es ni así ni asá! No hay que concertar la paz, pero no hay que hacer la guerra. ¿Qué persona sensata puede comprender semejante cosa? ¿Y su arrogancia? Viajaba en un vagón-salón como el mismo zar. Pero ¿por qué te metes a comandante supremo si no tienes vena estratégica?

Y tanto le sacaba de quicio ese Trotski que, en los primeros tiempos de su lucha contra él, Stalin se pasó de la raya e infringió la regla principal de toda política: no demuestres a tu enemigo que eres su enemigo, no pongas de manifiesto tu irritación. Stalin no se sometía a él abiertamente, lo denostaba por escrito y verbalmente, y no dejaba pasar ocasión de quejarse a Lenin. Apenas se enteraba de una opinión o una resolución de Trotski, apoyaba inmediatamente las razones que justificaban que aquello debía hacerse completamente al revés. Así no es posible vencer. Y Trotski lo hacía saltar como la bola de *croquet* con el mazo junto a los pies: lo echó de Tsaritsin y lo echó de Ucrania. Un día Stalin recibió una severa lección, supo que no todos los medios de lucha son buenos, que hay procedimientos prohibidos: él y Zinoviev se quejaron en el Politburó de los arbitrarios fusilamientos de Trotski. Entonces, Lenin tomó algunas hojas de papel en blanco y en su parte inferior firmó: «¡Lo apruebo por anticipado!», y se las entregó a Trotski allí mismo, en presencia de todos, para que las rellenara.

¡Era una ciencia! ¿De qué se quejaba? Ni en la lucha más encarnizada se puede apelar a la generosidad. Tenía razón Lenin, y como excepción también la tenía Trotski: en general, sin fusilamientos sumarios no es posible hacer nada en la historia.

Somos hombres, y los sentimientos se adelantan a la razón. Cada hombre tiene su propio olor y actuamos por el olor antes que por razonamientos de la cabeza. Naturalmente, Stalin cometió el

error de descubrirse prematuramente ante Trotski (nunca volvió a cometer esta equivocación). Sin embargo, estos mismos sentimientos condujeron a Lenin por el camino más acertado. De razonar con la cabeza, se habría mostrado servil con Lenin, habría dicho: «¡Oh, que acertado! ¡Yo también estoy a favor!». Sin embargo, Stalin encontró, con su infalible intuición, un camino completamente distinto: mostrarse grosero con él, de la manera más viva, empecinarse como un asno, como quién dice: «Soy un hombre sin cultura, tosco, algo salvaje, tomadme como soy o dejadme». Más que grosero se mostraba insolente («puedo permanecer en el frente dos semanas, luego deme un descanso», ¿a quién se lo habría podido perdonar Lenin?), y precisamente de esta manera, inquebrantable y terco, se ganó el respeto de Lenin. Lenin presentía que este «magnífico georgiano» era una figura fuerte, hombres como él eran muy necesarios y en adelante aún lo serían más. Lenin escuchaba mucho a Trotski, pero ponía atención en lo que decía Stalin. Si reprendía a Stalin, reprendía a Trotski. Uno era culpable de lo de Tsaritsin, el otro de lo de Astraján. «Aprended a colaborar», intentaba convencerlos, pero los aceptaba como eran, con sus desavenencias. Acudía Trotski a quejarse de que la ley seca reinaba en toda la república mientras Stalin se bebía la bodega del zar en el Kremlin, y de que si en el frente se enteraran... Stalin salía del paso con una chanza, Lenin se reía y Trotski daba la vuelta a su barba y se marchaba con las manos vacías. Retiraron a Stalin de Ucrania, pero le dieron un nuevo comisariado, el de la Inspección Obrera y Campesina.

Fue en marzo de 1919. Stalin frisaba los cuarenta años. En manos de otro, la Inspección habría sido un organismo de tres al cuarto, ¡pero Stalin la elevó a la categoría de importantísimo comisariado! (Era lo que quería Lenin. Conocía la firmeza, la rigurosidad e incorruptibilidad de Stalin). Y Lenin encargó precisamente a Stalin la tarea de velar por la justicia en la república, por la honestidad de los funcionarios del partido, incluidos los más altos. Si Stalin entendía correctamente este género de trabajo, y si se entregaba a él con toda el alma sin preocuparse de la salud, podría recoger secretamente (pero dentro de la más completa legalidad) muchos documentos comprometedores de todos los funcionarios responsables, enviar inspectores, reunir denuncias y luego dirigir las «purgas». Para ello era preciso crear un aparato, reclutar por todo el país a hombres tan incommovibles como él, parecidos a él, dispuestos a trabajar en secreto sin recompensa pública. Era un trabajo meticuloso, un trabajo de paciencia, un trabajo largo, pero Stalin estaba preparado para él.

Con justicia se dice que los cuarenta años son nuestra madurez. Sólo entonces se comprende definitivamente cómo hay que vivir, cómo hay que conducirse. Sólo entonces Stalin fue consciente de su fuerza capital: la fuerza de las decisiones no manifestadas. Interiormente, la decisión está ya tomada, pero la cabeza a la que hace referencia esta decisión no debe enterarse prematuramente. (Cuando dicha cabeza rueda, ya se enterará). Segunda fuerza: nunca creer las palabras ajenas ni dar importancia a las propias. Nunca decir lo que vas a hacer (a lo mejor ni tú mismo lo sabes, ya se verá), sino aquello que ahora puede tranquilizar a tu interlocutor. Tercera fuerza: si alguien te ha traicionado, no le perdones; cuando tienes a alguien cogido entre los dientes, no lo sueltes, no, a este por nada del mundo lo soltarás, aunque el sol vuelva atrás y los fenómenos celestes se transformen. Y cuarta fuerza: no orientarás tu cabeza según una teoría, esto

a nadie ha servido de nada (luego ya sacarás cualquier teoría), sino que te preguntarás continuamente quién es ahora tu compañero de viaje y hasta qué mojón del camino.

Así, gradualmente, fue corrigiendo la situación con Trotski, primero con el apoyo de Zinoviev, luego también de Kamenev. (Se crearon relaciones cordiales con ambos). Stalin descubrió que había hecho mal en preocuparse por Trotski: a un hombre como Trotski nunca hay que empujarlo a la fosa, él mismo saltará y caerá en ella. Stalin sabía lo que debía saber, trabajaba a la chita callando: reclutaba lentamente al personal, comprobaba a los hombres, recordaba a todo aquel que fuera de fiar, esperaba la ocasión de promocionarlos, de ascenderlos. Llegado el momento, ¡así fue! Trotski cayó, él solito, en la discusión sobre los sindicatos: tantas pamplinas y tanto rebullir irritaron a Lenin —¡no sentía respeto por el partido!—, y Stalin disponía de las personas que podían sustituir a los hombres de Trotski. Krestinski por Zinoviev, Preobrazhenski por Molotov, Serebriakov por Yaroslavski. Ascendieron también al Comité Central Voroshílov y Ordzhonikidze, todos partidarios de Stalin. Y el célebre Comandante Supremo se tambaleaba sobre sus patas de cigüeña. Lenin comprendió que sólo Stalin era una roca en favor de la unidad del partido, y que nada quería para él, nada pedía.

El simpático y cándido georgiano conmovía a todos los dirigentes: no subía a la tribuna, no pretendía la popularidad ni la publicidad como todos ellos, no se jactaba de sus conocimientos de Marx, no lo citaba en voz alta, trabajaba modestamente, reclutaba un aparato, era un camarada aislado, muy firme, muy honesto, abnegado, solícito aunque ciertamente algo maleducado, basto, un poco corto de alcances. Y cuando Ilich se puso enfermo, eligieron a Stalin como secretario general, como en otro tiempo habían elegido zar a Misha Romanov, porque nadie le temía.

Fue en mayo de 1922. Otro se habría quietado con este puesto, lo habría ocupado y se habría dado por satisfecho. Pero no Stalin. Otro habría leído *El capital* y habría sacado apuntes. Pero Stalin se limitó a olfatear y comprendió una cosa: los tiempos eran críticos, las conquistas de la revolución estaban en peligro, no se podía perder ni un minuto, Lenin no se mantendría en el poder ni lo transmitiría a manos seguras. La salud de Lenin se tambaleaba, y puede que fuera mejor así. Si se mantenía en el mando, ya todo era posible, nada había de fiar: destrozado, irritable, y ahora además enfermo, cada vez más nervioso, simplemente no dejaba trabajar. ¡No dejaba trabajar a nadie! Podía injuriar a uno sin motivo, ponerlo en su sitio o destituirlo de un puesto electivo.

La primera idea fue enviar a Lenin a alguna parte, por ejemplo al Cáucaso, a restablecerse. Allí el aire era muy sano, había lugares perdidos, sin teléfono con Moscú, los telegramas tardaban mucho, y sin el trabajo del Estado sus nervios se tranquilizarían. Y colocar a su lado, para que observara su salud, a un camarada seguro, a un excompañero de las *expro*, al saqueador Kamo. Ya Lenin había aceptado, ya se habían mantenido conversaciones con Tiflis, pero la cosa iba demorándose. Y entonces Kamo fue atropellado por un automóvil (se movía mucho con lo de las *expro*).

Preocupado por la vida del Jefe, Stalin planteó una cuestión a través del Comisariado de Sanidad y de los profesores-cirujanos: una de las balas no se había extraído y envenenaba el organismo, había que operar otra vez y sacarla. Y persuadió a los doctores. Ya todos iban diciendo

que era necesario, ya Lenin había dado su aprobación, pero de nuevo se demoraba el asunto. Y todo lo que hizo Lenin fue marcharse a Gorki.

«¡El caso de Lenin requiere firmeza!», escribió Stalin a Kamenev.

Y tanto Kamenev como Zinoviev, a la sazón sus mejores amigos, estuvieron completamente de acuerdo. Firmeza en el tratamiento, firmeza en el régimen, firmeza en apartarlo de los asuntos, todo en interés de su valiosa vida. Y apartarlo también de Trotski. Y sujetar a Krupskaya, que no era más que una camarada de base del partido. Se nombró a Stalin «Responsable de la salud del camarada Lenin», y Stalin no lo consideró un trabajo ordinario: debía ocuparse directamente de los médicos que lo trataban e incluso de las enfermeras, indicarles qué régimen sería más útil para Lenin. Y lo más útil sería prohibirle esto, aquello y lo de más allá, aunque se inquietara. Y lo mismo en las cuestiones políticas. Si no le gustaba el proyecto de ley sobre el Ejército Rojo, aprobarlo; si no le gustaba el del Comité Central, aprobarlo; y no ceder en lo más mínimo, pues él estaba enfermo y no podía saber qué era mejor. Si insistía en que algo se hiciera cuanto antes, hacerlo por el contrario más lentamente, aplazarlo. Y quizá responderle además groseramente, muy groseramente, esto se debía a la franqueza del secretario general, cuyo carácter no había quién cambiara.

Sin embargo, pese a todos los esfuerzos de Stalin, Lenin se reponía mal, su enfermedad se alargó hasta el otoño, y entonces se agudizó la cuestión del Comité Central ruso y el Comité Central de la Unión, y por breve tiempo pudo el estimado Ilich levantarse de la cama. Sólo se levantó, en diciembre de 1922, para restablecer su cordial unión con Trotski. Contra Stalin, naturalmente. Para eso no valía la pena levantarse, mejor meterse de nuevo en la cama/. Ahora, la vigilancia médica era aún más rigurosa, no leer, no escribir, no enterarse de los asuntos, limitarse a comer su sémola. Al bueno de Ilich se le ocurrió redactar su testamento político a espaldas del secretario general. También contra Stalin. Dictaba cinco minutos al día, no le permitían más (Stalin no se lo permitía). Pero el secretario general se reía desde el fondo de su bigote: la taquígrafa, tuc-tuc-tuc con sus tacones, le traía sin falta una copia. En eso hubo que llamar al orden también a Krupskaya, que bien merecido lo tenía. ¡El querido Ilich había montado en cólera y había tenido el tercer ataque! De nada sirvieron todos los esfuerzos para salvar su vida.

Murió en un momento acertado: Trotski se encontraba precisamente en el Cáucaso, y Stalin le comunicó erróneamente el día de los funerales, pues no tenía por qué acudir a ellos: era muy importante, y mucho más correcto, que el juramento de fidelidad lo pronunciara el secretario general.

Pero Lenin había dejado un testamento. Este pudo ser motivo de divergencias y de incompreensión entre los camaradas, que incluso querían destituir a Stalin de su cargo de secretario general. Entonces, Stalin estrechó aún más su amistad con Zinoviev, le demostró con toda evidencia que ahora sería el jefe del partido, y que en el Decimotercer Congreso presentara el informe como futuro jefe, mientras que él, Stalin, sería un modesto secretario general, pues nada necesitaba. Y Zinoviev se lució en la tribuna, presentó el informe (sólo el informe, ¿cómo iban a elegirlo si el cargo de «jefe del partido» no existía?), y después de este informe convenció al Comité Central para que el testamento ni siquiera se leyera en el Congreso, para que no se

destituyera a Stalin, que ya se había corregido.

En el Politburó iban entonces todos muy a una, y todos contra Trotski. Y refutaron muy bien sus proposiciones y destituyeron de sus cargos a sus partidarios. Otro secretario general se habría dado por satisfecho. Pero el incansable y vigilante Stalin sabía que estaba muy lejos aún de poder estar tranquilo.

¿Era bueno que Kamenev ocupara el puesto de Lenin como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo? (Cuando Stalin visitó a Lenin enfermo en compañía de Kamenev, dio cuenta en el *Pravda* como si hubiera ido sin Kamenev, él solo. Previo que Kamenev tampoco era eterno). ¿No sería mejor Rykov? El propio Kamenev estuvo de acuerdo, y también Zinoviev. ¡En qué buena amistad vivían!

Pero, de pronto, un golpe muy fuerte cayó sobre su amistad: se descubrió que Kamenev y Zinoviev eran unos hipócritas, unos traidores, que lo único que pretendían era el poder, y que no apreciaban las ideas de Lenin. Hubo que bajarles los humos. Se convirtieron en la «nueva oposición» (y la picotera de la Krupskaya se unió a ellos), y Trotski, más que apaleado, se resignó. Se había creado una situación muy cómoda. Muy a propósito, nació una amistad cordial entre Stalin y el simpático Bujarchik, el primer teórico del partido. Bujarchik era el que informaba, Bujarchik ponía la base y los argumentos (los otros presentan «la ofensiva contra los *kulaks*»[§] Bujarchik y yo presentaremos «la unión entre la ciudad y el campo»). El propio Stalin no pretendía en absoluto ni la fama ni el mando, sólo vigilaba las votaciones y los nombramientos. Muchos camaradas adecuados ya se encontraban en el cargo necesario y votaban como es debido. Destituyeron a Zinoviev del Komintern, les quitaron Leningrado.

Parece que debían resignarse, pero no: ahora Kamenev y Zinoviev se han unido a Trotski, también este posturero ha abierto los ojos, y por última vez ha lanzado un eslogan: «Industrialización»; pues Bujarchik y yo lanzaremos «¡Unión del partido!». ¡Todos deben someterse en nombre de la unidad!

Desterraron a Trotski y amordazaron a Zinoviev y a Kamenev.

En eso les fueron de gran ayuda los «hijos de Lenin»: ahora, la mayoría del partido estaba compuesta por hombres no contaminados de intelectualidad ni infectados por las antiguas rencillas de la clandestinidad y la emigración, hombres para los cuales nada significaba la altura que antes tuvieran los líderes del partido, sino únicamente su personalidad actual. De la base del partido ascendían hombres sanos, hombres fieles, que ocupaban puestos importantes. Stalin nunca dudó de que encontraría tales hombres y de que estos salvarían las conquistas de la revolución.

Pero qué fatal sorpresa: Bujarin, Tomski y Rykov resultaron ser también unos hipócritas, ¡no estaban a favor de la unidad del partido! También Bujarin resultó ser un embrollón de marca mayor y no un teórico. Su astuto eslogan «unir la ciudad con el campo» encerraba un sentido de restauración, una rendición ante los *kulaks* y un atentado contra la industrialización. Y he aquí que se encontraron por fin los eslóganes correctos, los que sólo Stalin sabía formular: «¡Ofensiva contra el *kulak* y aceleración de la industrialización!». Y, naturalmente, «¡Unidad en el partido!». Y barrieron también de los puestos de mando a este grupo «derechista».

En cierta ocasión, Bujarin se había jactado de la sentencia de un sabio: «Las inteligencias

menores están más capacitadas para el mando». Fallasteis, Nikolai Ivánich, fallasteis tú y tu sabio: no las menores sino las *sanas*. Las inteligencias sanas.

Y la inteligencia que teníais la demostrasteis en los procesos. Stalin estaba en un cuarto cerrado de la galería, los contemplaba a través de una celosía y se burlaba: «¡Qué elocuentes charlatanes fuisteis en otro tiempo! ¡Qué fuerza parecíais tener entonces! Y ¿a qué habéis llegado? ¡Cómo os habéis ablandado!».

Lo que siempre ayudó a Stalin fue su conocimiento de la naturaleza humana, su serenidad de juicio. Comprendía a las personas que veía con sus propios ojos. Pero comprendía también a las que no veía. En 1931 y 1932, cuando hubo dificultades, cuando no había en el país nada con qué vestirse ni qué comer, parecía que bastaba con venir y dar un empujón desde fuera para que nos cayéramos. Y el partido dio una consigna: tocar a rebato, ¡peligro de intervención! Pero nunca Stalin se lo creyó ni un ápice: también se imaginaba por anticipado a aquellos charlatanes, a los de Occidente.

Es incalculable la fuerza, la salud y el aguante que hubo de emplear para limpiar el partido y el país, para limpiar el leninismo, una doctrina infalible a la que Stalin nunca traicionó: se limitó a hacer lo que había indicado Lenin, sólo que con más suavidad y sin alharacas.

¡Cuántos esfuerzos! Y sin embargo, nunca hubo tranquilidad, nunca hubo momento en que nadie estorbara. Ora salía este imbécil bocatorcida de Tujashevski diciendo que no había tomado Varsovia por culpa de Stalin. Ora no andaban las cosas limpias con Frunze y los censores dejaban pasar la noticia, o bien salía una mala copla presentando a Stalin como un difunto en la cima de una montaña, y los muy idiotas también lo dejaban pasar. Ora Ucrania dejaba pudrir su trigo, en Kubán se tiroteaban con carabinas, o incluso Ivanovo estaba en huelga.

Pero ni una sola vez se salió Stalin de sus casillas, después del error cometido con Trotski, nunca más. Sabía que las muelas de la Historia muelen lentamente, pero giran. Y sin ninguna algarabía pública, todos los malintencionados y todos los envidiosos se marcharían, morirían, serían restregados por el estiércol. (Por mucho que ofendieran a Stalin esos escritores, no se vengaba de ellos, no se vengaba *por eso*, porque habría sido poco aleccionador. Esperaba otra ocasión, y la ocasión siempre llegaba).

Y así fue: todo aquel que en la guerra civil había estado al mando de un batallón, o aunque sólo fuera de una compañía, en la unidades que no eran fieles a Stalin, desapareció o se marchó no se sabe dónde. También los delegados de los Congresos Decimosegundo, Decimotercero, Decimocuarto, Decimoquinto, Decimosexto y Decimoséptimo, como si pasaran lista, se habían marchado al lugar donde no se vota ni se perora. Por dos veces se depuró al revoltoso Leningrado, lugar peligroso. Incluso hubo que sacrificar a los amigos, como Sergo. Incluso hubo que retirar después a meticulosos colaboradores como Yagoda, como Yezhov. Finalmente llegaron hasta Trotski y le partieron el cráneo.

Ya no existía su principal enemigo en la Tierra; parece, pues, que se merecía un descanso. Pero se lo amargaba Finlandia. Esa humillante inmovilidad en el istmo era francamente vergonzosa ante Hitler. ¡Este paseaba por Francia su bastón de mando! ¡Ah, era una mancha imborrable sobre el genio del Jefe! A esos fineses, una nación hostil y burguesa de cabo a rabo,

deberían enviarlos en convoyes a Kara-Kumi, empezando por los mayores y terminando por los niños pequeños.

Y Stalin se mantenía al teléfono y anotaba los partes de guerra: a cuántos habían fusilado y enterrado, cuántos quedaban todavía.

Pero las desgracias caían una tras otra como un alud. Hitler le había engañado, le había atacado, ¡el muy necio había destruido una alianza tan buena!... Y sus labios temblaron ante el micrófono, y se le escapó un «hermanos y hermanas» que ahora no hay quién borre de la historia. Y estos hermanos y hermanas huían como corderos y nadie quería resistir hasta la muerte aunque se les había ordenado muy claramente que resistieran hasta la muerte. ¿Por qué no resistían? ¿Por qué no resistían desde el primer momento? Era humillante.

Luego, esa marcha a Kuibyshev, a refugios antiaéreos vacíos... Había estado a la altura de tantas situaciones, nunca se había arrugado, era la única vez que cedía al pánico, e hizo mal. Iba de una habitación a otra, y a la semana telefoneó: ¿habían entregado Moscú? ¡No, no lo habían entregado! No podía creer que los hubieran detenido. ¡Los habían detenido! Magnífico, naturalmente. Pero hubo que eliminar a muchos: no sería una victoria si corría el rumor de que el Comandante Supremo se había alejado temporalmente. (Para ello hubo que fotografiar un pequeño desfile el 7 de noviembre).

Pero la radio de Berlín sacaba trapos sucios, hablaba del asesinato de Lenin, de Frunze, de Kuibyshev, de Dzerzhinski, de Gorki, ¡no se contentaba con poco! Su viejo enemigo, el obeso Churchill, ese puerco de matadero, vino volando para alegrarse de sus desdichas y fumarse un par de puros en el Kremlin. Los ucranianos le habían traicionado (en 1944 acariciaba el siguiente sueño: trasladar a todos los ucranianos a Siberia, pero no tenía por quién sustituirlos, eran demasiados); le habían traicionado los lituanos, los estonios, los tártaros, los cosacos, los calmucos, los chechenes, los ingushos, los letones. ¡Incluso los letones, el apoyo de la revolución! Incluso sus paisanos los georgianos, exentos de la movilización, incluso ellos, ¡quién sabe si no estaban esperando a Hitler! Sólo los rusos y los judíos permanecieron fieles al Padre.

De modo que hasta el problema de las nacionalidades se burlaba de él en aquellos duros años...

Pero gracias a Dios superó también estas calamidades. Stalin corrigió muchas cosas al burlar a Churchill y al santurrón de Roosevelt. Desde los años veinte no había tenido Stalin un éxito tan grande como el conseguido con esos dos lerdos. Cuando respondía a sus cartas, o cuando en Yalta se retiraba a su habitación, se reía simplemente de ellos. Eran hombres de Estado que se consideraban inteligentes, y eran más inocentes que unos niños. No cesaban de preguntar: ¿y *qué* haremos después de la guerra, *qué*? Vosotros enviadme aviones, enviadme conservas, luego ya veremos *qué*. Les arrojaba una palabra, la primera que se le ocurría, y ellos ya estaban contentos y la anotaban en un papel. Les ponía cara de ternura y ellos se mostraban doblemente tiernos. Recibió de ellos, gratuitamente, y por nada, Polonia, Sájonia, Turingia, a los hombres de Vlášov, a los de Krasnov, las islas Kúriles, Sajalín, Port-Artur, media Corea, y los engatusó en el Danubio y en los Balcanes. Los líderes de los «pequeños terratenientes» ganaron las elecciones y pasaron directamente a la cárcel. Derribaron rápidamente a Mikolaichik, se paró el corazón de Benes, de

Masaryk, el cardenal Mindszenty confesó unos crímenes, Dimitrov, en una clínica cardiológica de Moscú, renunció a su absurda federación balcánica.

Y se encerró en campos de concentración a todos los soviéticos que volvían de la vida europea. Y fueron a parar al mismo sitio, por otros diez años, todos aquellos que habían estado presos por lo menos una vez.

¡Bueno, parecía que todo iba arreglándose definitivamente!

Y cuando ni en el susurro de la taiga podía oírse hablar de ninguna variante del socialismo, salió reptando el negro dragón de Tito cerrando el paso a todas las perspectivas.

Como un gigante de fábula, Stalin se cansó de cortar las nuevas cabezas de hidra que iban creciendo y creciendo sin parar.

¿Cómo había podido equivocarse con aquel alma de escorpión? ¡El! ¡El conocedor de almas humanas! ¡En 1936 lo tenía acogotado y lo había soltado! ¡Ay, ay, ay, ay!

Stalin bajó los pies del diván con un gemido y se llevó las manos a la cabeza, ya en parte calva. Un disgusto imposible de subsanar lo laceraba. Había derribado montañas y ahora tropezaba en un montoncito apestoso.

Un Iosif tropezaba con otro Iosif...

En nada le importunaba Kerenski, que terminaba sus días en alguna parte. Aunque Nicolás II o Kolchak volvieran de la tumba, Stalin no sentiría contra ellos un odio personal: eran enemigos abiertos, no harían mangas y capirotos para proponer un socialismo nuevo, propio, mejor.

¡Un socialismo mejor! ¡Diferente del de Stalin! ¡Mocoso! ¡Un socialismo *sin* Stalin no era más que un redondeado fascismo!

No se trataba de que Tito pudiera conseguir algo, nada podía salir de él. Stalin miraba a Tito como miraría a una jovencita rubia, practicante de medicina, un viejo veterinario que ha destripado a muchos caballos y ha cortado innumerables extremidades en ahumadas isbas junto al camino.

Pero Tito había sacudido unos cascabeles para tontos, unos cascabeles tiempo ha olvidados: «control obrero», «la tierra para los campesinos», y demás pompas de jabón de los primeros años de la revolución.

Ya se habían modificado tres veces las obras completas de Lenin, y dos las de los fundadores del marxismo. Desde hacía tiempo se habían dormido todos los que discutían, los que citaban los antiguos índices, todos los que pensaban construir el socialismo «de otra manera».

Y ahora, cuando ya estaba claro que no había otro camino, y que no sólo el socialismo, sino también el comunismo, se habrían construido ya de no ser por los señorones presuntuosos; por los falsos informes; por los burócratas desalmados; por la indiferencia ante la causa social; por la debilidad de los trabajos de divulgación y organización de las masas; por lo espontáneo de la ilustración en el seno del partido; por el lento ritmo de la construcción;

—de no ser por los retrasos, el absentismo en la producción, la mala planificación, la indiferencia ante la necesidad de implantar nuevas técnicas, la inactividad de los institutos de

investigación científica, la poca preparación de los jóvenes especialistas, la mala disposición de la juventud a ir a lugares lejanos, el sabotaje de los presidiarios, las pérdidas de grano en los campos, los despilfarras de los contables, el pillaje en los centros, la picardía de los jefes económicos y encargados de almacén, la codicia de los chóferes,

—¡de no ser por la autocomplacencia de las autoridades locales!, ¡el liberalismo y la corrupción de la policía!, ¡el abuso de los fondos para viviendas!, ¡los descarados especuladores!, ¡las codiciosas amas de casa!, ¡los niños malcriados!, ¡los charlatanes de tranvía!, ¡la crítonería en la literatura!, ¡la dislocación en el cine!,

—cuando todos tenían ya muy claro que el *camunismo* estaba en el buen camino y no lejos de realizarse, sacaba la cabeza ese cretino de Tito junto *can* su talmudista Kardelj, ¡y declaraba que el *camunismo* había que *canstruirlo* de otra manera!

En este punto, Stalin advirtió que estaba hablando en voz alta, que gesticulaba, que su corazón latía violentamente. Se le habían nublado los ojos, y todos sus miembros experimentaban el desagradable deseo de convulsionarse.

Recuperó el aliento. Se restregó la cara y el bigote con la mano. Volvió a respirar profundamente. No podía dejarse arrastrar por estas impresiones.

Sí, debía recibir a Abakumov.

Iba a levantarse, pero sus ojos, aclarados al fin, vieron en la mesita del teléfono un librito negrirrojo, de esos de edición barata. Y alargó la mano con satisfacción, se colocó los almohadones bajo el cuerpo y permaneció de nuevo casi tendido durante unos minutos.

Era un ejemplar de prueba de la edición —con tirada millonaria— que estaban preparando en diez idiomas europeos: *Tito, cabecilla de traidores*, Renaud de Jouvenel (era una suerte que el autor fuera en cierto modo ajeno a la disputa, un francés objetivo y además con una pizca de sangre noble). Stalin había leído detalladamente el libro hacía unos cuantos días (y además había dado sus consejos durante la redacción del mismo), pero, como ocurre con todo libro agradable, no sentía deseos de desprenderse de él. ¡A cuántos millones de personas abriría los ojos respecto al tirano vanidoso, orgulloso, cruel, cobarde, vil, hipócrita y ruin! ¡Respecto al repugnante traidor! ¡Al estúpido sin remedio! Porque incluso los comunistas de Occidente andaban desconcertados, agitados entre los dos extremos, sin saber a quién creer. Al viejo imbécil de André Marty, incluso a él, habría que expulsarlo del partido por su defensa de Tito.

Hojeó el librito. ¡Ahí estaba! Que no coronaran a Tito con el título de héroe: dos veces quiso entregarse a los alemanes por cobardía, pero el jefe del Estado Mayor, Arso Jovanovic, le obligó a continuar de Comandante Supremo. ¡Noble Arso! Muerto. ¿Y Petrisevic? «Muerto únicamente por su amor a Stalin». ¡Noble Petrisevic! Siempre hay alguien que mata a los mejores, a Stalin le tocaba terminar con los peores.

Todo estaba allí: Tito seguramente era un espía inglés, se pavoneaba con una corona real bordada en los calzoncillos, era físicamente monstruoso, parecido a Góring, sus dedos estaban llenos de sortijas de brillantes, iba cubierto de medallas y condecoraciones (¡qué soberbia en un hombre no dotado del genio de un caudillo!).

Era un libro objetivo, capital. ¿No tendría Tito, además, alguna insuficiencia sexual? De esto

también habría que hablar.

«El partido comunista de Yugoslavia en manos de asesinos y espías». «Tito sólo pudo ocupar el mando porque respondieron de él Bela Kun y Traicho Kostov».

«¡Kostov!», sintió Stalin el pinchazo. La rabia le subió a la cabeza. Dio una fuerte patada con la bota —¡en los morros de Traicho, en sus ensangrentados morros!— y las cejas grises de Stalin temblaron con la sensación satisfecha de haber hecho justicia.

¡Maldito Kostov! ¡Sucio canalla!

¡Es so... sorprendente cómo, pasado el tiempo, aparecen claras las intrigas de esos infames! Todos eran trotskistas, ¡pero cómo se camuflaron! A Kun, por lo menos, lo habían liquidado en 1937, y Kostov había pasado por el tribunal socialista no hacía ni diez días. Tantos procesos como había llevado a cabo Stalin con éxito, tantos enemigos como había obligado a pisotearse a sí mismos, ¡y ahora este fracaso en el proceso de Kostov! ¡Un oprobio ante todo el mundo! ¡Qué maestría tan infame! ¡Engañar a una experimentada investigación, arrastrarse a sus pies, y negarlo todo en la sesión pública! ¡Ante los corresponsales extranjeros! ¿Dónde estaba la decencia? ¿Dónde la conciencia de partido? ¿Dónde la solidaridad proletaria? ¿Y quejarse ante los imperialistas? Muy bien, no eres culpable, ¡pero muere de manera útil al comunismo!

Stalin arrojó el libro. ¡No, no era posible permanecer en cama! La lucha lo llamaba.

Se levantó. Se enderezó, aunque no del todo. Abrió una puerta (que volvió a cerrar tras de sí). Era otra puerta, no aquella a la que había llamado Poskriobyshev. Tras ella, anduvo arrastrando ligeramente las flexibles botas, y recorrió un sinuoso pasillo estrecho y bajo, también sin ventanas. Dejó atrás un escotillón que daba al aparcamiento subterráneo y se detuvo ante unos espejos sin azogue desde donde podía observar la sala de espera. Y miró por ellos.

Abakumov ya estaba allí. Sentado, tenso, con un gran bloc de notas en la mano, esperaba que le llamaran.

Cada vez con más firmeza y sin arrastrar los pies, Stalin pasó al dormitorio, también bajo de techo, poco espacioso, sin ventanas, con aire acondicionado. En las paredes había unas placas blindadas bajo el compacto revestimiento de roble, y sólo después la piedra.

Con una pequeña llave que llevaba en el cinto, Stalin abrió el cierre metálico de una botella, llenó un vaso con su bebida tonificante predilecta, se lo bebió, y volvió a cerrar de nuevo la botella.

Se acercó a un espejo. Sus ojos tenían aquella mirada clara, severa e insobornable que no sostenían los primeros ministros extranjeros. Su aspecto era serio, sencillo, de soldado.

Llamó a su ordenanza georgiano para que lo vistiera.

Se presentaba ante los íntimos lo mismo que ante la historia.

Su férrea voluntad... Su inexorable voluntad...

Ser continuamente, continuamente, un águila de la montaña.

Ni a sus espaldas, ni incluso en su fuero interno, casi nadie se atrevía a llamarle Sashka, sólo Alexandr Nikoláyevich. «Ha llamado Poskriobyshev» significaba: ha llamado EL. «Lo ha dispuesto Poskriobyshev» significaba: lo ha dispuesto EL. Hacía más de quince años que Poskriobyshev se mantenía en el puesto de jefe del secretariado particular de Stalin. Era mucho tiempo, y cualquiera que no lo conociera íntimamente podía asombrarse de que su cabeza continuara intacta. El secreto era muy simple: en el fondo de su alma era un ordenanza, y en carácter de tal se había afirmado en su cargo. Incluso cuando lo ascendieron a teniente general, a miembro del Comité Central y a jefe del Departamento Especial destinado a investigar a los miembros del Comité Central, Poskriobyshev no se sentía más que una nulidad ante su Amo. Con una risita vanidosa brindaba con él por su aldea natal de Soplaki. El olfato de Stalin, que nunca le engañaba, no advertía en Poskriobyshev ni dudas ni fingimientos. Su apellido estaba justificado[§]: al sacarlo del horno no rascaron lo suficiente para eliminar todas las cualidades de su inteligencia y de su carácter.

Sin embargo, al dirigirse a sus inferiores, este cortesano calvo de aspecto sencillo adquiría una enorme importancia. Su voz apenas emitía sonidos al hablar por teléfono con los inferiores, que debían meter la cabeza en el auricular para entenderlo. Algunas veces era posible bromear con él sobre bagatelas, pero la lengua no habría podido moverse para preguntarle qué tal iban las cosas *por allí*.

Hoy, Poskriobyshev había dicho a Abakumov: «Iosif Vissariónovich está trabajando. Puede que no le reciba. Ordenó que esperara».

Le había quitado la cartera (para verle a EL era preciso entregarla), le condujo a la antecámara y se marchó.

Así pues, Abakumov ni siquiera se atrevió a preguntar lo que más deseaba saber: cuál era aquel día el humor del Amo. Se quedó solo en la antesala con el corazón latiendo pesadamente.

Este hombre alto, fuerte y enérgico quedaba petrificado de terror cada vez que iba allí. Era un miedo no menor que el que podía haber sentido al escuchar pasos en la escalera cuando el arresto de ciudadanos en plena noche estaba en su apogeo. A efectos del terror, sus orejas al principio se helaban, luego cedían y se inyectaban de fuego.

Y cada vez, además, Abakumov temía que el continuo ardor de sus orejas provocara la suspicacia del Amo. Stalin sospechaba de cada minucia. No le gustaba, por ejemplo, que metieran mano a los bolsillos interiores en su presencia. Por esta razón, Abakumov sacaba del bolsillo

interior las dos estilográficas, preparadas para tomar notas, y las trasladaba al bolsillo exterior, sobre el pecho.

El mando de la Seguridad del Estado había ido pasando gradualmente a manos de Beria, de quien Abakumov recibía gran parte de las directrices. Pero una vez al mes, el Autócrata quería observar, como personalidad viva, al hombre a quien había confiado la salvaguarda del orden más avanzado del mundo.

Estas entrevistas, de una hora, eran el duro precio que Abakumov debía pagar por toda su autoridad y todo su poder. Sólo vivía y disfrutaba entre entrevista y entrevista. Cuando llegaba el momento, todo se paralizaba en él, sus orejas se helaban. Entregaba la cartera sin saber si se la devolverían, inclinaba ante el despacho su cabeza bovina sin saber si podría enderezar el cuello una hora después.

Lo terrible de Stalin era que una sola equivocación con él era como el único error en la vida de un hombre que manipula un detonador, un error imposible de corregir. Stalin era terrible porque no escuchaba las justificaciones, ni siquiera lanzaba acusaciones. Sólo temblaba la punta de uno de sus bigotes, y en el interior de estos se pronunciaba una sentencia, aunque el condenado no lo supiera: se marchaba pacíficamente, lo arrestaban por la noche y lo fusilaban al amanecer.

Lo peor de todo era cuando Stalin guardaba silencio. Entonces había que sufrir el martirio de las conjeturas. Pero si Stalin te arrojaba algo pesado o puntiagudo, si te pisaba el pie con la bota, si te escupía o te soplaba a la cara la ceniza de su pipa, esta ira no era definitiva, ¡esta ira pasaría! Si Stalin se mostraba grosero e insultante, Abakumov se alegraba: significaba que Stalin tenía aún esperanzas de corregir a su ministro y de continuar trabajando con él.

Como es natural, ahora Abakumov comprendía que con su tesón había ascendido demasiado: en un plano inferior se encontraría más seguro, con los «alejados» Stalin hablaba bondadosa y agradablemente. Pero no había ningún camino para volver atrás, para dejar de ser de los «cercanos».

Sólo quedaba esperar la muerte. La suya. O la de... pero esto era impronunciable.

Invariablemente, los asuntos presentaban siempre tal cariz que, al aparecer ante Stalin, Abakumov siempre temía que descubriera algo.

Empezaba ya por temblar ante el temor de que se descubriera la historia de su enriquecimiento en Alemania.

... Al final de la guerra, Abakumov era el jefe del Smersh de la Unión y tenía a sus órdenes el contraespionaje de todos los frentes y ejércitos activos. Había sido un tiempo especial, breve, de enriquecimiento incontrolado. Para descargar con más seguridad el golpe definitivo contra Alemania, Stalin copió el procedimiento hitleriano de los envíos del frente a la retaguardia: combatir por el honor de la patria está bien, hacerlo por Stalin aún mejor, pero si era preciso arrojarse sobre las alambradas en el momento más desagradable —al final de la guerra—, ¿por qué no dar al combatiente un interés material en la Victoria, o sea, el derecho a enviar a casa cinco kilos de botín al mes, si era soldado, diez si oficial y dieciséis si general? (Esta distribución era justa, pues el petate del soldado no debía ser una carga durante la marcha, mientras que el general siempre tendría su automóvil). Sin embargo, el contraespionaje Smersh se encontraba en una

posición incomparablemente más ventajosa. El vuelo de los proyectiles enemigos no llegaba hasta ellos. Los aviones adversarios no los bombardeaban. Se encontraban siempre en una franja del frente que el fuego había ya abandonado, pero a la que no habían llegado todavía los inspectores de la Administración. Sus oficiales vivían envueltos en una nube de misterio. Nadie se atrevería a comprobar lo que sellaban en un vagón, lo que sacaban de una hacienda, ni qué sitio rodeaban de centinelas. Los camiones, los trenes y los aviones trasladaban las riquezas de los oficiales del Smersh. Los oficiales sacaron riquezas por millares, los coroneles por centenares de miles, Abakumov se apoderó de millones.

Ciertamente, no podía imaginar que se dieran unas extrañas circunstancias que le derribaran de su puesto de ministro o que hicieran caer el régimen que él custodiaba: el dinero lo habría salvado incluso en el caso de tenerlo en un banco suizo. Pero estaba claro, por otra parte, que ningún tesoro podría salvar a un decapitado. Sin embargo, había algo que era superior a sus fuerzas: ¡ver que sus subordinados se enriquecían y no coger nada para él! ¡Un sacrificio como este no se le puede exigir a un hombre vivo! Y envió una y otra vez a pelotones especiales de búsqueda. Ni siquiera pudo renunciar a dos maletas llenas de tirantes masculinos. Practicaba el saqueo como hipnotizado.

Sin embargo, este tesoro de los Nibelungos, que no aportó a Abakumov una riqueza sosegada, se convirtió en la fuente de su continuo terror a ser descubierto. Ninguno de los que estaban al corriente se habría atrevido a denunciar al todopoderoso ministro, pero una casualidad cualquiera podía emerger a la superficie y hacerle perder la cabeza. El expolio había sido inútil, ¡pero no iba a declararlo ahora al Ministerio de Hacienda!

... Había llegado a las dos y media de la noche, pero a las tres y diez todavía estaba con su gran bloc de papel limpio en la mano paseando por la antesala, angustiado, sintiendo en su interior la debilidad del miedo mientras sus orejas se encendían pérfidamente. Lo que más le alegraría ahora sería que Stalin se hartara de trabajar y no lo recibiera: Abakumov temía un castigo por lo de la telefonía secreta. Ya no sabía qué mentira decir.

Pero se entreabrió la pesada puerta hasta la mitad. Por la parte abierta entró Poskriobyshev silenciosamente, casi de puntillas, y le invitó a pasar con la mano, en silencio. Abakumov avanzó procurando no apoyar en el suelo toda la ruda planta de su pie. Al llegar a la puerta siguiente, también entreabierta, introdujo su corpachón por ella reteniéndola por la limpia manilla de bronce para que no se abriera más. Y en el umbral, dijo:

—¡Buenas noches, camarada Stalin! ¿Me permite?

Había cometido un error, no había carraspeado a tiempo, y por ello su voz había salido ronca, no suficientemente leal.

Stalin vestía una guerrera de botones dorados con varias hileras de distintivos pero sin galones. Estaba en la mesa escribiendo. Terminó la frase y sólo después levantó la cabeza para echar al recién llegado una mirada maligna, de lechuza.

Y no dijo palabra.

¡Muy mala señal!: no había dicho una sola palabra...

Y se puso de nuevo a escribir.

Abakumov cerró la puerta pero no se atrevió a avanzar más sin la invitación de un gesto o de un movimiento de cabeza. Permaneció de pie con sus largos brazos pegados a las caderas, algo inclinado hacia adelante, y con una sonrisa de respetuosa bienvenida en sus carnosos labios. Pero sus orejas ardían.

Como si el ministro de la Seguridad del Estado no conociera todavía este sencillo procedimiento judicial y no lo hubiera empleado él mismo: recibir al que entra con un silencio hostil. Pero por más que lo supiera, cuando Stalin lo recibía así, Abakumov sentía interiormente una especie de principio de pánico.

En aquel pequeño despacho nocturno, pegado a la tierra, no había cuadros ni adornos, y las ventanas eran pequeñas. Unos paneles de roble tallado cubrían las paredes, poco altas, y por una de ellas se extendían pequeños estantes de libros. La mesa escritorio no tocaba la pared. Había además un gramófono en un rincón, y a su lado un estante con discos: a Stalin le gustaba poner de noche la grabación de sus antiguos discursos, y escucharlos.

Abakumov se inclinó un poco más con aire de interrogación y esperó.

Sí, estaba por completo en las manos del Jefe, pero en parte también el Jefe estaba en sus manos. En el frente, cuando uno de los contendientes avanza con excesiva fuerza, se produce una dislocación, un mutuo acordonamiento, y no siempre es fácil comprender quién rodea a quién. Lo mismo aquí: Stalin había conectado su persona (y a todo el Comité Central) al sistema del MGB, todo cuanto vestía, comía, bebía, todo cuanto le servía para sentarse o para tenderse, todo era competencia del MGB y sólo lo guardaba el MGB. De modo que, en cierto sentido tergiversadamente irónico, Stalin era un subordinado de Abakumov. Sólo que difícilmente tendría ocasión Abakumov de poner de manifiesto este poder.

El corpulento ministro continuaba esperando, de pie, inclinado. Stalin escribía. Cada vez que entraba Abakumov estaba escribiendo. Cabía pensar que no dormía nunca, y que escribía continuamente con su aire de importancia y responsabilidad, como si cada palabra que manara de la pluma cayera inmediatamente en la historia. La lámpara de sobremesa arrojaba su luz sobre el papel; por su parte, la luz superior, procedente de unas fuentes de iluminación disimuladas, no era muy intensa. Stalin no escribía de corrido, se recostaba, tosía hacia uno de los lados, hacia el suelo, o echaba una mirada malévolamente a Abakumov como si prestara atención a algún ruido, aunque en la estancia no lo había en absoluto.

¿De dónde procedía este modo de mandar, esta importancia de cada minúsculo movimiento? ¿Acaso el joven Koba no agitaba los dedos, no movía las manos o arqueaba las cejas de la misma manera? Pero entonces esto no asustaba a nadie, nadie deducía de estos movimientos un terrible sentido. Sólo después de cierto número de nucas marcadas la gente empezó a ver en los más pequeños movimientos del Jefe una alusión, un aviso, una amenaza, una orden. Y al observarlo en los demás, Stalin empezó a fijarse en sí mismo, y vio también en sus gestos y en sus miradas ese sentido interno amenazador. A partir de entonces empezó a elaborar conscientemente sus movimientos, con lo que resultaban mejores e influían más certeramente en los que le rodeaban.

Finalmente, Stalin miró con mucha severidad a Abakumov, y pinchando el aire con la pipa le indicó dónde debía sentarse hoy. Abakumov se removió alegremente, avanzó ligero y se sentó,

aunque no ocupó todo el asiento sino únicamente la parte delantera del mismo. No era cómodo en absoluto pero en cambio podría incorporarse más prestamente cuando fuera necesario.

—¿Y bien? —masculló Stalin con la vista en sus papeles.

¡Había llegado el momento! ¡Ahora era preciso no perder la iniciativa!

Abakumov carraspeó. Con la garganta limpia, se apresuró a hablar y lo hizo casi con exaltación. (Luego se maldijo por este servilismo verbal en el despacho de Stalin, por sus desmedidas promesas, pero siempre solía ocurrir, casi espontáneamente, que cuanto más malévolamente le recibía su Amo, más incontinente era Abakumov en sus afirmaciones, lo que le arrastraba a más y más promesas).

Lo que más atraía a Stalin de los informes nocturnos de Abakumov, su continuo adorno, era que siempre figuraba en ellos el descubrimiento de algún grupo hostil muy importante y muy ramificado. Sin la desarticulación de un grupo (cada vez diferente), Abakumov no se presentaba. También hoy había preparado uno de estos grupos, el de la Academia Frunze, y podía llenar mucho tiempo con los detalles.

Primero, sin embargo, empezó a contar los éxitos conseguidos (ni él mismo sabía si auténticos o imaginarios) en la preparación de un atentado contra Tito. Dijo que se colocaría una bomba de acción retardada en el yate de Tito antes de que fuera enviado a la isla Brioni.

Stalin levantó la cabeza, se puso en la boca la pipa apagada y dio dos chupadas. No hizo ningún otro movimiento, no manifestó ningún interés, pero Abakumov, que entendía algo de su jefe, presintió que había dado en el clavo.

—¿Y Rankovich? —preguntó Stalin.

¡Sí, sí! ¡Había que hallar la ocasión para que Rankovich, Kardelj y Moshe Piade, toda la banda, volaran juntos por los aires! ¡Según los cálculos, eso debía producirse no más tarde de la primavera! (Con la explosión debía perecer también la tripulación del yate, sin embargo el ministro no aludió a esta minucia, y su interlocutor no interrogó sobre el caso).

¿En qué pensaría mientras chupaba la pipa apagada mirando inexpresivamente al ministro por encima de su nariz ganchuda y colgante?

No pensaría, naturalmente, que el partido a su mando había nacido rechazando el terror individual. Ni tampoco en que toda su vida no había hecho más que cabalgar sobre el terror. Mientras chupaba la pipa y contemplaba a aquel hombre apuesto, bien cebado, de sonrosadas mejillas y ardientes orejas, Stalin pensaba lo que siempre solía pensar a la vista de aquellos subordinados celosos, dispuestos a todo, serviles. No era siquiera un pensamiento sino un movimiento de sus sentimientos: ¿hasta qué punto puedo confiar hoy en este hombre?

Y un segundo movimiento: ¿habrá llegado ya el momento de sacrificar a este hombre?

Stalin sabía perfectamente que Abakumov se había enriquecido en 1945. Pero no tenía prisa en castigarlo. A Stalin le gustaba que Abakumov fuera así. Los hombres como él eran más fáciles de gobernar. En toda su vida, Stalin se había guardado sobre todo de los llamados «idealistas», al estilo de Bujarin. Eran los simuladores más hábiles, y resultaba difícil descubrirlos.

Pero no se podía confiar ni en el transparente Abakumov. En general, no se podía confiar en nadie sobre la Tierra.

No confiaba ni en su madre. Ni en Dios. Ni en los revolucionarios. Ni en los campesinos (¿quién sembraría el trigo y recogería la cosecha si no les obligaban a hacerlo?). Ni en los obreros (¿quién trabajaría si no se les imponía una norma?). Y con mayor razón, no confiaba en los ingenieros. Tampoco tenía confianza en los soldados y en los generales que combatieran sin pelotones de castigo y de barrera. No confiaba en sus íntimos. No confiaba en sus esposas y amantes. Tampoco confiaba en sus propios hijos. ¡Y siempre tuvo razón!

Y confió únicamente en una sola persona, una sola en toda su vida inequívocamente desconfiada. Y esta persona, que se mostraba ante todo el mundo tan decidida tanto en la amistad como en la enemistad, de la noche a la mañana dejó de ser su enemigo y le tendió la mano de amigo. No era un charlatán, era un hombre práctico.

¡Y Stalin confió en él!

Este hombre era Adolf Hitler.

Con aprobación y maligna alegría contempló Stalin cómo Hitler derrotaba a Polonia, a Francia, a Bélgica, y cómo sus aviones cubrían el cielo de Inglaterra. Molotov volvió de Berlín muy asustado. El espionaje informaba que Hitler trasladaba tropas al este. Hess huyó a Inglaterra. Churchill avisó a Stalin del ataque. Todas las chovas de los pobos de Bielorrusia y de los álamos de Galizia graznaban hablando de guerra. En su propio país, todas las mujeronas de los mercados auguraban la guerra de un día para otro. Sólo Stalin permanecía inmutable. Enviaba a Alemania trenes de materias primas, no fortificaba las fronteras, temía ofender a su colega.

¡Creía en Hitler!

A punto estuvo de pagar esta confianza con su cabeza.

¡Y con mayor razón, ahora definitivamente no creía en nadie!

Abakumov habría podido responder con palabras muy amargas a la presión de esta desconfianza, pero no se atrevía a pronunciarlas. No debía jugar a soldaditos ni llamar al mentecato de Popivod para estudiar con él unos artículos contra Tito. Tampoco debía rechazar, basándose en la hoja de servicios (si has vivido en el extranjero no eres *de los nuestros*), a unos muchachos magníficos que Abakumov se disponía a enviar a la caza del oso, a unos muchachos que conocían el idioma, las costumbres, e incluso a Tito en persona, no debía rechazarlos sino utilizarlos, creer en ellos. Ahora bien, naturalmente, el diablo sabe cómo saldría aquel atentado. Al propio Abakumov le irritaba tan poca flexibilidad.

¡Pero conocía a su Amo! Había que servirle con una parte de sus fuerzas, más de la mitad, pero nunca con todas. Stalin no toleraba el incumplimiento patente. Pero odiaba un cumplimiento que tuviera excesivo éxito: creía que ello era socavar su carácter de hombre único. ¡Nadie que no fuera él debía saber, poder y hacer nada irreprochablemente!

Y Abakumov —¡lo mismo que los cuarenta y cinco ministros!—, aparentando hacer un gran esfuerzo en los arreos del Ministerio, tiraba del carro con medio hombro.

Si el rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba, Stalin lo convertía en mediocridad.

Hoy, sin embargo, la cara de Stalin iba aclarándose a medida que avanzaba el informe de Abakumov. Y antes de entrar en detalles sobre la explosión prevista, el ministro continuó informando de los arrestos efectuados en la Academia de Teología, y luego, con especial

minuciosidad, de los habidos en la Academia Frunze, del estado del espionaje en Corea del Sur, y después...

Su deber inmediato, y el sentido común, le obligaba ahora a informar de la llamada telefónica a la embajada norteamericana. Pero podía también no hablar de ella, *podía* pensar que Beria o Vyshinski ya habrían informado del asunto, o una excusa más acertada: que a él mismo todavía no se lo habían comunicado aquella noche. Stalin, en su desconfianza, había creado un paralelismo en todo, y por esto mismo cada funcionario uncido al carro podía tirar con medio hombro. Sería más provechoso no salir ahora con promesas de encontrar al culpable mediante una técnica especializada. Hoy temía por partida doble cualquier mención del *teléfono*, para que el Amo no recordara la telefonía secreta.

Y Abakumov procuraba incluso no mirar el teléfono de sobremesa, para que sus ojos no llevaran al Amo hasta el aparato.

¡Pero Stalin estaba haciendo memoria! ¡Recordaba algo! ¡Quizá la telefonía secreta! Juntaba en la frente duras arrugas, se ponían tensos los cartílagos de su gran nariz, su mirada tenaz se clavaba en Abakumov (el ministro daba a su rostro la mayor expresión posible de honrada y sincera franqueza), ¡pero no le vino a la memoria! El pensamiento, apenas retenido, se perdió en el abismo de la memoria. Las arrugas de su frente gris se separaron impotentes.

Stalin suspiró, llenó la pipa y la encendió.

—¡Sí! —recordó algo con la primera bocanada de humo, pero lo recordaba de pasada, y no era el asunto principal que trataba de recordar—. ¿Se ha detenido a Gomulka?

En Polonia, recientemente, Gomulka había sido destituido de todos sus cargos y rodaba hacia el abismo sin dilación.

—¡Se ha detenido! —confirmó aliviado Abakumov incorporándose ligeramente en la silla. (Además, a Stalin ya le habían informado de ello).

Pulsando un botón de la mesa, Stalin aumentó la intensidad de la luz superior: unas cuantas lámparas en las paredes. Se levantó y empezó a pasear echando humo con la pipa. Abakumov comprendió que su informe había terminado y que ahora iban a dictarle las instrucciones. Abrió el gran bloc sobre sus rodillas, sacó la estilográfica y se dispuso a escribir. (Al Amo le gustaba que sus palabras se anotaran inmediatamente).

Pero Stalin iba y venía del gramófono a la mesa echando humo con la pipa sin decir palabra, como si hubiera olvidado por completo a Abakumov. Su cara gris, picada de viruela, se había ensombrecido en el doloroso esfuerzo de recordar. Cuando pasó de perfil ante Abakumov, el ministro vio que sus hombros ya se arqueaban, que la espalda del Jefe ya se encorbaba, con lo que el hombre parecía menos alto, verdaderamente pequeño. Y Abakumov hizo cábalas en su fuero interno (habitualmente se prohibía a sí mismo tener semejantes pensamientos en aquel lugar, para que de alguna manera no los presintiera el Comandante Supremo), y calculó que el Padrecito no viviría diez años más, que moriría. Quizá no fuera sensato, pero deseaba que esto sucediera cuanto antes: parecía que todos ellos, todos sus íntimos, entrarían entonces en una vida fácil y libre.

Stalin estaba anonadado por este nuevo fallo de la memoria: ¡su cabeza se negaba a servirle! Al venir del dormitorio pensaba en lo que debía preguntar a Abakumov, y ahora lo había olvidado.

En su impotencia ya no sabía qué piel debía arrugar para recordar.

De pronto echó la cabeza hacia atrás, miró a la parte superior de la pared opuesta, ¡y recordó!, pero no lo que debía recordar ahora, sino algo que no pudo recordar hacía dos noches, en el Museo de la Revolución, algo que le había parecido desagradable.

... Fue en el año 37. En el vigésimo aniversario de la revolución, cuando la interpretación de tantas cosas había cambiado, decidió examinar personalmente la exposición del Museo, no fuera que hubieran cometido alguna confusión. En una de las salas, la misma en la que hoy estaba el enorme televisor, sus ojos perspicaces vieron desde el umbral que en la parte superior de la pared opuesta había unos grandes retratos de Zhelianov y de Perovskaya^[16]. Sus rostros aparecían sinceros, impávidos, sus miradas indomables incitaban a cada visitante: «¡Muerte al tirano!».

Como herido por dos flechas en la garganta —las dos miradas de los miembros de Naródnaya Volia— Stalin retrocedió, emitió un sonido ronco, carraspeó, y en medio de su tos sacudió el dedo señalando los retratos.

Los quitaron inmediatamente.

Del museo de Leningrado retiraron también la primera reliquia de la revolución: un pedazo de la carroza de Alejandro II.

A partir de aquel día, Stalin ordenó que le construyeran refugios y viviendas en diferentes lugares, a veces atravesando montañas enteras, como en el río Jolodni. Y perdido el gusto de vivir rodeado por una ciudad de densa población, llegó a retirarse en esta dacha de las afueras, en este despacho nocturno de bajo techo, cercano al cuarto de servicio de su guardia personal.

Cuanto más eran las personas a las que quitaba la vida, con más insistencia le oprimía un continuo terror a perder la suya. Su cerebro inventó muchos y valiosos perfeccionamientos en el sistema de vigilancia, como por ejemplo que la composición de la guardia no se comunicara hasta una hora antes de su entrada en servicio, y que cada equipo estuviera compuesto por soldados diferentes, de cuarteles alejados unos de otros: al juntarse para hacer la guardia, se encontraban por primera vez, y sólo por veinticuatro horas, y así no podían confabularse. También la dacha se la hizo construir como el laberinto de una ratonera, con tres tapias cuyas puertas no se encontraban una enfrente de otra. Y montó varios dormitorios, indicando, inmediatamente antes de acostarse, dónde debían hacer la cama.

Todas estas precauciones no tenían que ver con la cobardía, sino sólo con la sensatez. Pues su persona tenía un valor incalculable para la historia humana. Sin embargo, otras personas podían no comprenderlo. Y para no destacar de los demás, dictó medidas semejantes para todos los jefecillos de la capital y de provincias: prohibió que fueran al retrete sin escolta, dispuso que viajaran en fila india en tres automóviles iguales.

... También ahora, bajo la influencia del recuerdo vivo de los retratos de los líderes de Naródnaya Volia, se detuvo en mitad de la habitación, se volvió hacia Abakumov y dijo agitando ligeramente la pipa en el aire:

—¿Y qué medidas adoptas en el plano de la seguridad del personal del partido?

Y acto seguido le miró con aire maligno, hostil, torciendo el cuello a un lado.

Con el bloc abierto en blanco, Abakumov se incorporó en dirección al Jefe (pero no se levantó,

pues sabía que a Stalin le agradaba la inmovilidad de sus interlocutores), y con brevedad (el Amo consideraba insinceras las explicaciones largas) y buena disposición empezó a hablar de cosas que no había preparado (esta continua disposición a improvisar era allí una cualidad capital, Stalin habría interpretado cualquier turbación como una confirmación de malas intenciones).

—¡Camarada Stalin! —la voz de Abakumov tembló ofendida. De todo corazón habría dicho afectuosamente «Iosif Vissariónovich», pero no era conveniente este tratamiento, habría sido como una pretensión de intimidad con el Dirigente, casi situarse a su misma altura—. ¡Para eso estamos nosotros, los órganos de seguridad, todo nuestro Ministerio, para que usted, camarada Stalin, pueda trabajar, pensar y dirigir el país con toda tranquilidad!

(Stalin había dicho «la seguridad del personal del partido», pero sólo esperaba una respuesta relativa a su persona, ¡Abakumov lo sabía!).

—¡No pasa un día sin que controle, arreste o estudie los expedientes!

Stalin miraba atentamente con la misma pose de antes, la de un cuervo con el cuello retorcido.

—Escucha —preguntó meditabundo—, ¿y qué pasa? ¿Continúa habiendo expedientes sobre terroristas? ¿No se acaban?

Abakumov suspiró amargamente.

—Mucho me alegraría decirle, camarada Stalin, que no hay expedientes sobre terroristas. Pero los hay. Los neutralizamos... bueno, en los sitios más inesperados.

Stalin cerró un ojo, y en el otro podía verse su satisfacción.

—¡Esto está bien! —asintió con la cabeza—. O sea, que trabajáis.

—¡Cómo no, camarada Stalin! —Para Abakumov era insoportable, pese a todo, permanecer sentado ante el Jefe de pie, y se incorporó un poco sin enderezar por completo sus rodillas (y nunca se presentaba allí con tacones altos)—. No dejamos que todos estos asuntos maduren hasta una preparación total. ¡Los cogemos en proyecto! ¡En intención! ¡Por el Artículo 19!

—Bien, bien —con ademán tranquilizador, Stalin hizo que Abakumov se sentara (sólo faltaría que aquella mole se elevara por encima de él)—. O sea, que consideras que todavía hay descontentos, ¿verdad?

Abakumov volvió a suspirar.

—Sí, camarada Stalin. Hay todavía un tanto por ciento...

(¡Buena la habría hecho si decía que no! ¿Para qué le necesitarían entonces a él y a su empresa?).

—Dices bien —aseguró cordialmente Stalin. En su voz sobresalía la ronquera y el carraspeo por encima de la sonoridad—. Por lo tanto, puedes trabajar en la Seguridad del Estado. Pero a mí me dicen que ya no hay descontentos, que todos los que en las elecciones votan a favor están contentos. ¿Eh? —Stalin sonrió—: ¡Qué ceguera política! El enemigo se oculta, vota a favor, ¡pero no está contento! ¿Un cinco por ciento, eh? ¿O quizás un ocho?

(¡Esta perspicacia, esta autocrítica, esta resistencia a las adulaciones, era lo que Stalin apreciaba especialmente en su propia persona!).

—Sí, camarada Stalin —confirmó convencido Abakumov—. Eso precisamente, un cinco por ciento. O un siete.

Stalin continuó su camino por el despacho y rodeó la mesa escritorio.

—Este es mi defecto, camarada Stalin —se envalentonó Abakumov, cuyas orejas se habían enfriado por completo—, que no puedo quedarme tranquilo.

Stalin golpeó ligeramente el cenicero con la pipa.

—¿Y el estado de ánimo de la juventud?

Una tras otra las preguntas venían como cuchillos, y bastaba con uno para cortarse. Si decía «es bueno», dirían que era ceguera política. Si decía «es malo», que no tenía fe en nuestro futuro.

Abakumov abrió los dedos y de momento se abstuvo de las palabras.

Sin esperar la respuesta, Stalin dio unos golpecitos con la pipa y dijo gravemente:

—Hay que preocuparse más de la juventud. ¡Hay que ser especialmente implacable con los vicios de la juventud!

Abakumov volvió a la realidad y se puso a escribir.

El pensamiento cautivaba a Stalin, sus ojos se encendieron con brillo de tigre. Llenó de nuevo la pipa, la encendió y paseó otra vez por la estancia muchísimo más animado:

—¡Hay que reforzar la atención sobre el estado de ánimo de los estudiantes! ¡Hay que extirpar, no individualidades sino grupos enteros! ¡Y hay que pasar a la medida completa que ofrece la ley: veinticinco años y no diez! ¡Diez años es como ir a la escuela, y no a la cárcel! ¡A los colegiales se les pueden dar diez años! ¡Pero a los que les sale el bigote, veinticinco! ¡Son jóvenes! ¡Sobrevivirán!

Abakumov iba escribiendo con rapidez. Los primeros engranajes de una larga cadena habían empezado a girar.

—¡Y hay que acabar con esas condiciones de balneario en las cárceles políticas! Me ha dicho Beria que en las cárceles políticas todavía se permite la entrega de paquetes. ¿Es verdad?

—¡Se los quitaremos! ¡Lo prohibiremos! —exclamó Abakumov con dolor en la voz, y continuó escribiendo—. ¡Ha sido nuestro error, camarada Stalin, perdónenos!

(¡Sí, realmente había sido un fallo! ¡Habría podido adivinarlo por sí mismo!).

Stalin se puso ante Abakumov con las piernas abiertas:

—¿Cuántas veces tendré que decírselo? A ver si comprende por fin...

Hablaba sin ira. Sus ojos, dulcificados, expresaban confianza en Abakumov, confianza en que asimilaría lo dicho, lo comprendería. Abakumov no recordaba que Stalin le hubiera hablado nunca con tanta sencillez y benevolencia. La sensación de miedo le abandonó por completo, y su cerebro empezó a funcionar como el de un hombre normal en circunstancias normales. Y una circunstancia del servicio, una circunstancia que hacía tiempo le estorbaba como un hueso atravesado en la garganta, encontró ahora salida. Con cara reanimada, Abakumov dijo:

—¡Lo comprendemos, camarada Stalin! Nosotros —hablaba por todo el Ministerio— lo comprendemos: ¡se agudizará la lucha de clases! Y entonces, con mayor razón, póngase en nuestro lugar, camarada Stalin, ¡comprenda cómo nos ata las manos la abolición de la pena de muerte! Vea cómo vamos trampeando desde hace dos años y medio: no podemos poner en ningún documento a los fusilados. Por lo tanto, hay que redactar dos sentencias. Además, el sueldo de los *ejecutores* no puede figurar directamente en la contabilidad, y se lían los cálculos. Por si fuera

poco, en los campos de concentración no tenemos con qué asustar a la gente. ¡Cómo necesitamos la pena de muerte! ¡Camarada Stalin, *devuélvanos la pena de muerte!* —rogó Abakumov afectuosamente, de todo corazón, poniéndose los cinco dedos en el pecho y mirando con esperanza la oscura faz del Jefe.

Y Stalin pareció sonreír ligerísimamente. Sus rígidos bigotes temblaron, pero suavemente.

—Lo sé —dijo en voz baja cotí aire comprensivo—. Lo he pensado.

¡Sorprendente! ¡Todo lo sabía! ¡Pensaba en todo! Antes de que se lo pidieran. Como una divinidad cerniéndose en las alturas, se anticipaba a los pensamientos humanos.

—Dentro de unos días os devolveré la pena de muerte —dijo meditabundo, con la mirada profunda hacia adelante, como mirando a años y más años venideros—. Será una medida educativa muy buena.

¡Sólo faltaría que no hubiera pensado en esta medida! Hacía tres años que sufría más que nadie por haber cedido al impulso de vanagloriarse ante Occidente, por haberse traicionado a sí mismo al creer que los hombres no estaban definitivamente corrompidos.

Este había sido el rasgo distintivo de toda su vida de hombre de Estado: ni la destitución, ni la persecución general, ni el manicomio, ni la cadena perpetua, ni el destierro, le habían parecido medidas represivas suficientes para un hombre considerado peligroso. Sólo la muerte era el pago seguro y completo. Sólo la muerte del infractor confirmaba que él, Stalin, poseía un poder real y total.

Y cuando la punta de sus bigotes temblaba de indignación, la sentencia era siempre sólo una: la muerte.

En su escala no cabía, sencillamente, un castigo menor.

Stalin apartó la mirada del luminoso y lejano pasado que acababa de contemplar y trasladó los ojos a Abakumov. Casi cerrando los párpados inferiores, preguntó:

—¿Y tú no temes ser el primero que fusilemos?

Casi no acabó de pronunciar este «fusilemos», lo dijo en una caída de voz, en un susurro, como suave terminación de algo que podía ser adivinado por el contexto.

Pero la palabra se deshizo en hielo sobre Abakumov. El más Querido y Amado estaba de pie ante él, sólo un poco más allá de la distancia que abarcaría Abakumov extendiendo el puño, y vigilaba cada pequeño rasgo del ministro para ver cómo se tomaba la chanza.

No osando levantarse ni tampoco permanecer sentado, Abakumov se incorporó ligeramente sobre sus tensas piernas, y la tensión hizo que le temblaran las rodillas:

—¡Camarada Stalin! Si lo merezco... Si es necesario...

Stalin tenía la mirada sensata y penetrante. Se asesoraba en silencio consultando con su sempiterno segundo pensamiento sobre cuantos lo rodeaban. Ay, conocía esa fatalidad humana: con el tiempo era necesario renunciar a sus más fervorosos ayudantes y apartarse de ellos, eran comprometedores.

—¡Perfecto! —dijo Stalin con una sonrisa de buena disposición, como elogiando la imaginación de su interlocutor—. Cuando te lo merezcas, te fusilaremos.

Pasó la mano por el aire indicando a Abakumov que se sentara, que tomara asiento. Abakumov

volvió a sentarse.

Stalin se quedó meditabundo y empezó a hablar con una cordialidad que el ministro de la Seguridad del Estado no había tenido aún ocasión de escuchar:

—Pronto habrá mucho trabajo para usted, Abakumov. Vamos a aplicar una vez más las medidas del año 37. Todo el mundo está contra nosotros. Hace tiempo que la guerra es inevitable. Y antes de una graaan guerra se necesita una graaan depuración.

—Pero ¡camarada Stalin! —se atrevió a replicar Abakumov—, ¿no llenamos ahora las cárceles?

—¿A esto llamas llenar? —repuso Stalin con una sonrisa bondadosa—. ¡Ya verás cuando empecemos a llenarlas! Y durante la guerra avanzaremos, ¡y empezaremos a meter a Europa en la cárcel! Refuerza los órganos de seguridad. ¡Refuerza los órganos! ¡Nunca te negaré ni el personal ni el dinero! —y lo despidió pacíficamente—: Bueno, de momento, vete.

Abakumov no sentía si caminaba o volaba por la antecámara en busca de la cartera que guardaba Poskriobyshov. No sólo podría ahora vivir un mes entero sino que, ¿no empezaría una nueva época en sus relaciones con el Amo?

Cierto que además había la amenaza de que también a él lo fusilaran. Pero, en realidad, aquello era una broma.

Por su parte, el Autócrata, animado por grandes pensamientos, caminaba pesadamente por el despacho nocturno. Una música interior iba creciendo en su persona, una especie de enorme orquesta de viento tocaba una marcha para él.

¿Qué había descontentos? Pues que los hubiera. Siempre los hubo y siempre los habría. Aunque había asimilado una historia universal muy simplificada, Stalin sabía que con el tiempo la gente perdona todo lo malo, o lo olvida, o incluso lo recuerda como bueno. Pueblos enteros se parecen a la reina Ana, la viuda del *Ricardo III* de Shakespeare: su ira es de corta duración, su voluntad no es firme, su memoria es débil, y siempre se entregan con gozo al vencedor.

La multitud viene a ser la tela de la historia. (¡Hay que anotarlo!). La misma cantidad que disminuye por un lado aumenta por otro. De manera que no hay por qué ahorrarla.

Por eso necesitaba vivir hasta los noventa años, porque la lucha no había terminado, el edificio no estaba construido, era una época insegura y nadie podía sustituirle.

Debía llevar a cabo la última guerra mundial y ganarla. Exterminar como a ratas a los socialdemócratas occidentales y a todos los enemigos supervivientes en todo el mundo. Después, naturalmente, elevar la productividad del trabajo. Resolver los diversos problemas económicos. En una palabra, como suele decirse, construir el comunismo.

Sobre este tema, precisamente, habían arraigado unas ideas absolutamente incorrectas que Stalin últimamente estudiaba y analizaba. Hombres ingenuos y miopes se imaginaban el comunismo como el reino de la saciedad y de la liberación de las necesidades. ¡Pero esta habría sido una sociedad imposible, todo el mundo sobre sus espaldas, semejante comunismo sería peor que la anarquía burguesa! El rasgo primero y principal del verdadero comunismo debe ser la disciplina, la rigurosa subordinación a los jefes y el cumplimiento de todas las indicaciones. (La intelectualidad debía someterse con especial rigor). Segundo rasgo: la saciedad debía ser mesurada, incluso insuficiente, pues los hombres completamente satisfechos caen en discrepancias ideológicas, como vemos en Occidente. Si el hombre no se preocupa de la comida, se libera de la fuerza material de la historia, la vida cotidiana deja de determinar la conciencia, y todo va patas arriba.

De modo que, analizando el caso, el verdadero comunismo estaba construido bajo Stalin.

Sin embargo, esto no se podía declarar, y entonces: ¿qué dirección tomar? El tiempo pasa, pasa continuamente, y hay que dirigirse a algún lugar.

Es evidente que, en general, nunca sería posible declarar que el comunismo ya estaba

construido, sería un error metodológico.

Bonaparte, ese sí fue todo un tipo. No tuvo miedo de los ladridos de los clubs jacobinos y se declaró emperador. Asunto concluido.

La palabra «emperador» nada tiene de malo, significa soberano, jefe. No está en contradicción, en absoluto, con el comunismo mundial.

¡Y cómo sonaría! ¡Emperador del Planeta! ¡Emperador de la Tierra!

Seguía caminando, caminando, y las orquestas iban tocando.

Y además, quizás encontrarán un medio, una medicina, que le hiciera inmortal, por lo menos a él. No, no lo conseguirían a tiempo.

¿Y cómo abandonar a la humanidad? ¿Y dejarla en manos de quién? Lo liarían todo, cometerían errores.

De acuerdo. Construir monumentos en su honor, todavía más grandes, todavía más altos (la técnica avanzaba). Elevar un monumento sobre el Kazbek, otro sobre el Elbruz, y que su cabeza se encontrara siempre por encima de las nubes. Entonces, de acuerdo, entonces podía morirse, sería el Más Grande de todos los Grandes, no tendría igual, nadie que pudiera comparársele en toda la historia de la Tierra.

De pronto se detuvo.

¿Pero y si... más arriba? Naturalmente, nadie había igual a él, ¿pero y si allí, por encima de las nubes, levantando más los ojos, resultaba que...?

De nuevo se puso a caminar, pero más lentamente.

Esta era la vaga interrogación que a veces se introducía subrepticamente en Stalin.

Al parecer, se había demostrado hacía tiempo todo cuanto resultaba necesario, y todo aquello que estorbaba había sido refutado.

Mas, pese a todo, algo quedaba confuso.

Sobre todo por haber pasado la infancia bajo los auspicios de la Iglesia. Por haber mirado a los ojos de los iconos. Y haber cantado en el coro. Y ser capaz de cantar, aún hoy día, el *Nunc dimittis* sin equivocarse.

Por algún motivo, estos recuerdos se habían reanimado últimamente en el interior de Iosif.

Su madre, al morir, le había dicho: «Qué lástima que no hayas llegado a sacerdote». Era el Jefe del proletariado mundial, el Unificador del eslavismo, y a su madre le parecía un fracasado...

Por lo que pudiera ser, Stalin nunca hacía manifestaciones contra Dios, ya había bastantes oradores para ello. Lenin escupía en la cruz y la pisoteaba, Bujarin y Trotski se burlaban, Stalin callaba.

Stalin no dejó que molestaran al prefecto diocesano Abakadze, que había expulsado a Dshugasvili del seminario. Dejó que viviera.

Y cuando el 3 de julio se le secó la garganta y afluyeron lágrimas a sus ojos —no de terror sino de lástima, de lástima de sí mismo—, no fue por casualidad que escapara de sus labios aquel «hermanos y hermanas». Ni a Lenin ni a ningún otro se le habría ocurrido hablar de esa manera.

Sus labios dijeron lo que estaban acostumbrados a decir en su juventud.

Nadie lo vio, nadie lo sabe, a nadie se lo dijo: aquellos días se encerraba en su habitación y rezaba, rezaba de verdad, aunque ante un rincón vacío, se arrodillaba y rezaba. En toda su vida no hubo tiempo más duro que aquellos tres meses.

En aquellos días le hizo a Dios una promesa: si pasaba el peligro y él se mantenía en su puesto, restablecería la Iglesia en Rusia, y los servicios religiosos, y no dejaría que la persiguieran ni que hubiera encarcelamientos por este motivo. (Antes ya no debió permitirse, era algo que se estableció en tiempos de Lenin). Y cuando el peligro hubo pasado, después de Stalingrado, Stalin cumplió su promesa.

Si hay Dios, Él es el único que puede saberlo.

Sólo que es dudoso, pese a todo, que lo haya. Pues sería demasiado benigno, perezoso en cierto modo. ¿Soportar tantas cosas teniendo tanto poder? ¿Y no mezclarse en los asuntos terrenos ni una sola vez? Pero ¿cómo es posible? Aparte de esta salvación de 1941, Stalin nunca había observado que nadie, excepto él, tomara disposiciones. Ni una sola vez le había dado Dios un codazo, ni siquiera le había rozado.

Pero si pese a todo Dios existía, si disponía de las almas, Stalin debía reconciliarse con él antes de que fuera tarde. Tanto más teniendo en cuenta su propia grandeza. Pues le rodeaba el vacío, no había nadie a su lado, ni cerca, toda la humanidad estaba en alguna parte de abajo. Y quizás el más cercano a él fuera Dios. También solitario.

En los últimos años, Stalin encontraba francamente agradable que en los rezos de las iglesias lo proclamaran Jefe por la Gracia de Dios. Por ello había hecho que los servicios de intendencia del Kremlin aprovisionaran a Lavra. A ningún primer ministro de ninguna gran potencia recibía Stalin como a su obediente y caduco patriarca: salía a recibirle a las puertas exteriores y lo llevaba del brazo hacia la mesa. Incluso tenía pensado si no debería buscar alguna pequeña hacienda, alguna iglesilla, y regalársela al patriarca. Sí, como antes solía hacerse en sufragio de las almas. Stalin supo que un escritor era hijo de un pope pero escondía este hecho. «¿Eres ortodoxo?», le preguntó a solas. El otro palideció, petrificado. «¡A ver, santíguate! ¿Sabes hacerlo?». El escritor se santiguó pensando que aquello era su fin. «¡Bravo!», dijo Stalin, y le dio unas palmaditas en el hombro.

Hubo sin embargo algunos excesos en la larga y difícil lucha de Stalin. Y no estaría mal que alrededor de su tumba se reuniera un coro eclesial y le cantara el *Nunc dimittis*...

En general, Stalin observaba en sí mismo una extraña predisposición hacia la religión ortodoxa, y no sólo hacia la religión ortodoxa: una y otra vez, y otra más, sentía una especie de afecto hacia el mundo antiguo, hacia aquel mundo del que había salido y que, al servicio de los bolcheviques, estaba destruyendo desde hacía cuarenta años.

En los años treinta, guiado únicamente por motivos políticos, había resucitado la palabra «patria», que no se usaba desde hacía quince años y que sonaba al oído casi como una palabra deshonorosa. Pero, con los años, le resultaba personalmente muy agradable pronunciar «Rusia», «patria». Con ello, su propio poder parecía adquirir una solidez mayor. Una santidad.

Antes aplicaba las medidas del partido sin considerar a cuántos rusos había que despachar.

Gradualmente, sin embargo, empezó a fijarse en el pueblo ruso y a encontrarlo agradable: era un pueblo que nunca lo había traicionado, que había pasado hambre tantos años como había sido preciso, que había ido tranquilamente a la guerra o al campo de concentración, que había aceptado cualquier dificultad y nunca se había rebelado. Era un pueblo fiel y sencillo. Igual que Poskriobyshev. Y después de la Victoria, Stalin dijo con toda sinceridad que el pueblo ruso tenía la mente clara, y un carácter y un aguante muy firmes.

Con los años, al propio Stalin le hubiera gustado que le consideraran un ruso.

Encontraba también agradables los juegos de palabras que recordaban al mundo antiguo: que hubiera entonces directores y no «jefes de escuela»; oficialidad y no «personal de mando»; Soviet Supremo (eso de «supremo» era una palabra muy bonita) y no VTsIK (Comité Ejecutivo Central de la Unión); que los oficiales tuvieran ordenanzas; que las colegialas estudiaran por separado de los colegiales, llevaran esclavinas y pagaran sus estudios; que cada administración civil tuviera su propio uniforme y sus distintivos; que los ciudadanos soviéticos descansaran como todos los cristianos en domingo y no en unos días numerados e impersonales; e incluso que sólo se reconociera el matrimonio legal como válido, aunque él personalmente lo hubiera pasado mal en su tiempo por este concepto, pensara Engels lo que pensara desde los abismos marinos; y aunque le aconsejaron fusilar a Bulgákov y quemar la obra teatral *Los Turbin*, cuyos protagonistas eran de la guardia blanca, una fuerza misteriosa empujó su codo hasta hacerle escribir: «que se permita en un teatro de Moscú».

Allí mismo, ante el espejo de su despacho nocturno, había aplicado por primera vez a su guerrera los antiguos galones rusos, y había sentido una satisfacción al hacerlo.

A fin de cuentas, tampoco tenía nada bochornoso una corona como signo supremo de distinción. A fin de cuentas era un mundo probado, sólido, que había resistido trescientos años. ¿Por qué no adoptar lo mejor de ese mundo?

Y aunque, en su día, la entrega de Port-Artur no pudo por menos que alegrar al revolucionario deportado que se había evadido de la región de Irkutsk, ahora, después de la derrota del Japón, es posible que no mintiera al decir que la entrega de Port-Artur había sido durante cuarenta años un borrón en su orgullo y en el de otros antiguos ciudadanos rusos.

¡Sí, sí, los antiguos rusos! Stalin pensaba a veces que no era ninguna casualidad que fuera él quien se hubiera afirmado en la jefatura del país y hubiera cautivado su corazón y no aquellos famosos vocingleros y aquellos talmudistas de puntiaguda barbita sin estirpe, sin raíces, sin carácter positivo.

Allí estaban, allí estaban todos, en los estantes, desprovistos de encuadernación, en folletos de los años veinte: ¡Ahogados, fusilados, envenenados, quemados, víctimas de accidentes de automóvil, suicidados! Eliminados en todas partes, anatematizados, apócrifos, ¡todos formaban allí! Cada noche le ofrecían sus páginas, sacudían sus barbitas, se retorcían las manos, le escupían, hablaban con voz ronca y le gritaban desde el estante: «¡Le avisamos!», «¡Era preciso hacerlo de otra manera!». No es difícil dar consejos a los demás. Para eso Stalin los había reunido allí, para estar más irritado por las noches cuando tomaba sus resoluciones. (Por algún motivo, siempre resultaba que los adversarios eliminados tenían su parte de razón. Stalin escuchaba cauteloso sus

hostiles voces de ultratumba, y a veces utilizaba algo de lo dicho).

Su vencedor, con el uniforme de generalísimo, con su frente estrecha e inclinada hacia atrás como los pitecántropos, vagaba inseguro a lo largo de los estantes tocando, cogiendo y seleccionando con sus retorcidos dedos la formación de sus enemigos.

La invisible orquesta interna, a cuyos sonos estaba paseando ahora, desafinó y se calló.

Las piernas empezaban a dolerle, casi dispuestas a fallarle. Pesadas olas golpeaban su cabeza, la debilitada cadena de pensamientos se deshizo. Olvidó por completo para qué se había acercado a los estantes. ¿En qué pensaba un momento antes?

Se dejó caer en una silla cercana y se cubrió el rostro con las manos.

Era la perra vejez... Una vejez sin amigos. Una vejez sin amor. Una vejez sin fe. Una vejez sin deseos.

Incluso su hija preferida le resultaba innecesaria, ajena.

La sensación de la memoria quebrada, del crepúsculo de la razón, del aislamiento de todo lo vivo, le llenó de impotente horror.

Recorrió la habitación con una mirada turbia sin distinguir si sus paredes estaban cerca o lejos.

Junto a él, en una mesita, había otra jarrita con candado. Stalin tentó la llave, atada al cinto con largo cordel (de darle un ataque, habría podido caérsele, requiriendo largo rato de búsqueda), abrió la jarrita, llenó y bebió un vaso de elixir vivificante.

Y continuó sentado con los ojos cerrados. Su cuerpo se encontraba mejor, mejor, bien.

Su mirada, aclarada, cayó sobre el teléfono. Algo que toda la noche había estado escapándosele se deslizó de nuevo por su memoria como la punta de la cola de una serpiente.

Era algo que debía preguntar a Abakumov... ¿Habían arrestado ya a Gomulka?

¡Claro! ¡Ya lo tenía! Se levantó, llegó al escritorio arrastrando suavemente los pies por la alfombra, tomó la estilográfica y anotó en el dietario: «Telefonía secreta».

Según le habían informado, se habían reunido las fuerzas más selectas, la base material era completa, había entusiasmo, compromisos contraídos. Pero ¿por qué no terminaban? Abakumov, el muy insolente, había estado allí una hora entera, el muy perro, ¡y no había dicho ni palabra!

Así eran todos, en todos los organismos. ¡Todos procuraban engañar a su Jefe! ¿Cómo era posible confiar en ellos? ¿Cómo era posible no trabajar por las noches?

Faltaban más de diez horas para el desayuno.

Llamó para que lo desnudaran y le trajeran la bata.

El despreocupado país podía dormir, ¡pero su Padre no podía dormir!

En fin, al parecer se había hecho ya todo para conseguir la inmortalidad.

Stalin tenía la impresión, sin embargo, de que sus contemporáneos, aunque lo llamaban el Más Sabio de los Sabios, no se entusiasmaban como merecían sus méritos; eran superficiales en sus entusiasmos, no valoraban toda la profundidad de su genio.

Y en los últimos tiempos le carcomía un pensamiento: no sólo ganar la tercera guerra mundial sino, además, llevar a cabo una hazaña científica, entregar su brillante aportación a alguna ciencia que no perteneciera a la filosofía ni a la historia.

Naturalmente, podía dar su aportación a la biología, pero en este campo confiaba en el trabajo de Lisenko, de este hombre honesto y enérgico salido del pueblo. No obstante, Stalin encontraba más cautivadora la matemática y hasta la física. Todos los fundadores del materialismo probaban impávidos sus fuerzas en estas disciplinas. Daba simplemente envidia leer los briosos razonamientos de Engels sobre el 0 o el -1^2 . Admiraba Stalin también la decisión con que Lenin, siendo jurista, había penetrado en el dédalo de la física y había puesto los pelos de punta a los científicos en su propio terreno, demostrando que la materia no podía convertirse en ninguna clase de energía.

Pero Stalin, por más que hojeaba el manual de *Algebra* de Kiseliiov y la *Física* de Sokolov, destinada a los cursos superiores, de ninguna manera podía encontrar impulso afortunado alguno.

Una acertada idea de este género —cierto que en un campo muy diferente, en el del lenguaje— se la ofreció un caso reciente ocurrido con el profesor Chikobav, de Tiflis. Stalin recordaba vagamente a este Chikobav, como a los demás georgianos que destacaban en algo: Chikobav frecuentaba la casa de Ignatoshvili hijo, un abogado de Tiflis, un menchevique, un contestatario inimaginable en otra parte que no fuera Georgia.

En su último artículo, Chikobav, que había llegado a esa edad respetable y a ese estado mental escéptico en los que se empieza a tener poco en cuenta lo terreno, se las apañó para escribir la herejía antimarxista evidente de que la lengua no era ninguna *superestructura* sino sencillamente una lengua, y que al parecer no existe una lengua burguesa y una lengua proletaria, sino simplemente una lengua nacional. Y se atrevió a atentar abiertamente contra el propio Marr.

Como quiera que uno y otro eran georgianos, la réplica tuvo lugar en el boletín de la Universidad de Georgia, un ejemplar gris sin encuadernar que se encontraba ahora ante Stalin con su afiligranado alfabeto georgiano. Varios lingüistas-marxistas-marristas descargaban sus acusaciones sobre el insolente, a quien, después de esto, ya no le quedaba sino esperar que el MGB

llamara de noche a su puerta. Había saltado ya la alusión de que Chikobav era agente del imperialismo norteamericano.

Y nadie habría salvado a Chikobav si Stalin no hubiera cogido el teléfono y le hubiera dejado vivir. Lo dejó vivir, pero decidió exponer de modo inmortal sus ideas y dar un desarrollo genial a sus sencillos pensamientos provincianos.

Cierto que habría causado más efecto refutar, por ejemplo, la contrarrevolucionaria teoría de la relatividad o la mecánica ondulatoria. Pero con tantos asuntos de Estado pendientes no había tiempo para esto. La lingüística, pese a todo, andaba pareja con la gramática, y esta, por su dificultad, siempre le había parecido a Stalin al mismo nivel que las matemáticas.

Era algo que podía escribir con claridad y expresividad (ya lo estaba escribiendo): «Cualquier idioma de las naciones soviéticas que elijamos —el ruso, el ucraniano, el bielorruso, el uzbeko, el kazajo, el georgiano, el armenio, el estoniano, el letón, el lituano, el moldavo, el tártaro, el azerbaizhano, el bashkiro, el turkmeno... (diablo, con los años cada vez le resultaba más difícil detenerse en sus enumeraciones. ¿Pero era necesario detenerse? Así entraba mejor en la cabeza del lector, que perdía las ganas de replicar...)— resulta claro para cualquiera que...». Bueno, y entonces poner algo que fuera claro para cualquiera.

¿Y qué era claro? Nada era claro... La economía era la base, los fenómenos sociales la superestructura. Y no había una tercera cosa, como ocurre siempre en el marxismo.

Pero con su experiencia de toda una vida, Stalin comprendió que nada podía decir sin un tercer término. Por ejemplo, podían existir naciones neutrales (ya las destruiremos después una por una) y también partidos neutrales (naturalmente, no en nuestro país). Si en época de Lenin alguien hubiera pronunciado la siguiente frase: «Los que no están con nosotros no necesariamente están contra nosotros», lo hubieran expulsado al minuto «de las filas».

Y en cambio era así... Cosas de la dialéctica.

Lo mismo ocurría en este caso. Stalin reflexionó sobre los artículos de Chikobav, impresionado por una idea que nunca se le había ocurrido: si el idioma era una superestructura, ¿por qué no cambiaba en cada época? Si *no* era una superestructura, ¿qué era? ¿La base? ¿Un medio de producción?

Propiamente, la cosa era así: todo medio de producción consta de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Quizá no fuera posible llamar al idioma *una relación*. ¿Sería por lo tanto el idioma una fuerza productiva? Pero las fuerzas productivas eran: los instrumentos de producción, los medios de producción y las personas. Y, aunque las personas hablaran un idioma, este, de todos modos, no era una persona. Qué diablos, era un callejón sin salida.

Lo más honesto habría sido admitir que el idioma era un instrumento de producción, algo así como las máquinas, los ferrocarriles o el correo. En realidad era también un enlace. Lenin, en efecto, lo había dicho: «Sin correo no puede haber socialismo». Era evidente que tampoco sin un idioma...

Pero si se formulaba como una tesis que el idioma era un instrumento de producción, empezarían las risitas. No aquí, desde luego.

Y a nadie podía pedir consejo.

Bueno, se podía decir con más cautela: «En este sentido, el idioma, que se diferencia básicamente de la superestructura, no se diferencia sin embargo de los instrumentos de producción, por ejemplo de las máquinas, que son tan indiferentes a la existencia de clases como el idioma».

¡«Indiferentes a la existencia de clases»! Era también algo que, por lo común, no habría dicho antes...

Puso punto final. Bostezó con las manos en la nuca y se desperezó. No había estado pensando mucho y ya estaba cansado.

Stalin se levantó y paseó por el despacho. Se acercó a una ventanilla cuyos cristales habían sido sustituidos por dos chapas blindadas transparentes, de color amarillento, entre las cuales se mantenía una alta presión. Por lo demás, tras esta ventanilla había un pequeño jardín cercado por donde pasaba por las mañanas el jardinero bajo la observación de la guardia. Y durante días enteros no había nadie más.

Tras los impenetrables cristales, el jardincillo aparecía envuelto en una niebla. No podía verse ni el país, ni la Tierra, ni el Universo.

A esas horas de la noche, sin un sonido y sin una persona, Stalin no podía estar seguro de que su país existiera.

Después de la guerra había viajado varias veces al sur, pero sólo veía espacios abiertos, como muertos, ninguna Rusia viva, aunque recorrió miles de kilómetros por tierra (no confiaba su persona a los aviones). Si viajaba en automóvil, se extendía ante él una carretera vacía y una zona desierta a lo largo de esta. Si viajaba en tren, las estaciones estaban muertas, en las paradas el andén sólo lo ocupaba el cortejo que le acompañaba y algunos ferroviarios muy controlados (las más de las veces chekistas). Y se afirmó en él la sensación de estar solo, no solamente en su dacha de Kuntsevo, sino en general en toda Rusia, y de que esa Rusia era algo inventado (era sorprendente que los extranjeros creyeran en su existencia). Por suerte, no obstante, este espacio muerto abastecía sin fallos al gobierno, le proporcionaba trigo, legumbres, leche, carbón y hierro, y todo en las cantidades y los plazos previstos. Y este espacio suministraba también magníficos soldados. (Stalin nunca había visto por sus propios ojos estas divisiones, pero a juzgar por las ciudades conquistadas —que tampoco había visto— era indudable que existían).

Era tan grande la soledad de Stalin que no tenía ya con quién compararse, ni nadie que le sirviera de referencia.

Por lo demás, la mitad del universo la constituía su propio pecho, y era una mitad clara y armoniosa. Sólo la otra mitad —la realidad objetiva— se retorció dentro de la niebla mundial.

Pero aquí, en este fortificado, vigilado y depurado despacho nocturno, Stalin no temía en absoluto a la segunda mitad, era consciente de disponer del poder necesario para combarla a voluntad. Sólo cuando debía pisar con sus propios pies esta realidad objetiva —por ejemplo, asistir a un gran banquete en la Sala de las Columnas—, sólo cuando debía atravesar con sus propios pies la pavorosa distancia entre el automóvil y la puerta, subir por la escalera a pie, cruzar además un salón excesivamente espacioso, y ver a los lados a unos invitados entusiasmados y respetuosos pero demasiado numerosos, pese a todo, entonces Stalin se sentía mal, no sabía

siquiera cómo utilizar mejor sus manos, hace tiempo incapaces de una verdadera defensa. Se las colocaba sobre el vientre y sonreía. Los invitados pensaban que sonreía en atención a ellos, pero sonreía por confusión...

Él mismo había dado el nombre de «espacio» a la condición esencial de la existencia de la materia. Pero al dominar la sexta parte seca de este espacio, empezó a temerlo. Lo que tenía de bueno su despacho nocturno era que allí no había «espacio».

Stalin corrió la cortina metálica y arrastró de nuevo los pies hasta la mesa. Se tragó una tableta y volvió a sentarse.

Nunca había tenido suerte en la vida, pero era preciso trabajar. Las generaciones venideras lo apreciarían.

¿Cómo era que en lingüística se había impuesto un régimen digno de Arakchéyev^[17]? Nadie se atrevía a decir palabra contra Marr. ¡Qué gente tan extraña! ¡Qué gente tan tímida! Les enseñaban democracia una y otra vez, se la masticaban, se la ponían en la boca, ¡y no la comían!

Todo debía hacerlo él, y también esto...

Y escribió con inspiración algunas frases:

«La superestructura es creada por la base *para...*».

«El idioma *ha sido creado para...*».

Al escribir diligentemente las palabras inclinó sobre la hoja de papel su rostro gris-castaño y su gran nariz-zapapico.

Este Lafargue, ¡menudo teórico!: «Hubo una súbita revolución lingüística entre 1789 y 1794». (¿Lo habría consensuado con su suegro?).

¡Qué tuvo eso de revolución! Había una lengua francesa y continuó habiendo una lengua francesa.

¡Hay que terminar con todas esas palabritas sobre revoluciones!

«En general, para conocimiento de los camaradas que se sienten atraídos por las rupturas, hay que decir que la ley del paso de una vieja calidad a una nueva calidad a través de una ruptura raramente es aplicable no sólo a la historia del desarrollo de un idioma, sino también a muchos otros fenómenos sociales».

Stalin se recostó y leyó lo escrito. Le había salido bien. Era preciso que los agitadores tuvieran especialmente claro este punto: que todas las revoluciones terminan a partir de cierto momento, y que entonces el desarrollo prosigue únicamente por la vía de la evolución. E incluso, quizá, la cantidad no se convierte en calidad. Pero de esto trataremos en otra ocasión.

¿Raramente? No, de momento no se podía decir así.

Stalin tachó «raramente» y escribió «no siempre».

¿Algún ejemplo?

«Hemos pasado del orden burgués del campesino individual (un nuevo término ese del orden, ¡y un buen término!), al *koljós* socialista».

Y después de poner punto final, como quien no quiere la cosa, reflexionó y puntualizó: «al orden koljosiano socialista». Era su estilo predilecto: remachar el clavo. Repetir todas las palabras le parecía que hacía la frase más comprensible. La inspirada pluma continuó escribiendo:

«Sin embargo, este cambio no se realizó por medio de una ruptura, es decir, derribando el régimen existente (¡es preciso que los agitadores expliquen especialmente este punto!), y creando un nuevo régimen» (¡que nadie lo pensara siquiera!)...

De la mano frívola de Lenin, la ciencia histórica soviética reconocía únicamente la revolución desde abajo, y consideraba la revolución desde arriba como una medida a medias, un aborto, un signo de mal gusto. Pero ya era hora de llamar a las cosas por su nombre:

... «sino que se consiguió porque hubo una revolución *desde arriba*, porque el cambio se llevó a cabo por iniciativa del régimen existente»...

Alto, esto no suena bien. ¿Resulta, pues, que la iniciativa de la colectivización no partió de los campesinos?

Stalin se recostó en la butaca, bostezó, y de pronto perdió la idea, todas las ideas que tenía hacía un momento. El ardor de la investigación encendido en él se había apagado.

Muy encorvado, tropezando con los largos faldones de la bata, el soberano de medio mundo pasó arrastrando los pies por una segunda puerta estrecha que no se diferenciaba de la pared y entró en un angosto laberinto, y por él, en un dormitorio bajo de techo, sin ventanas, con las paredes de cemento armado.

Se acostó con un gemido e intentó fortalecerse con sus reflexiones habituales: ni Napoleón ni Hitler pudieron conquistar Gran Bretaña porque tenían un enemigo en el continente. Pero él no lo tendría. Avanzarían desde el Elba hasta el Canal de la Mancha, Francia se descompondría como el serrín (los comunistas franceses colaborarían), y los Pirineos se tomarían al asalto en plena marcha. La Blitzkrieg, naturalmente, es algo problemático. Pero no se puede prescindir de la guerra relámpago.

Podemos empezar fabricando bombas atómicas y limpiando la retaguardia a fondo.

Con la mejilla hundida en la almohada, acarició los últimos pensamientos, incoherentes: en Corea también había que proceder de modo fulminante; con nuestros tanques, nuestra artillería y nuestra aviación podemos quizá prescindir de una Revolución de Octubre mundial.

Por lo demás, el camino al comunismo mundial será más sencillo a través de la tercera guerra mundial: primero unificar todo el mundo, y luego establecer el comunismo. De otro modo habría demasiadas complicaciones.

¡No se necesitaba ninguna revolución más! ¡Todas las revoluciones quedaban atrás, atrás! ¡Por delante, ni una sola!

Y se hundió en el sueño.

Cuando el ingeniero coronel Yákonov salió del Ministerio por la gran entrada lateral de la calle Dzerzhinskaya, y rodeó el ala de mármol negro del edificio pasando bajo las pilastras de Furkasovskaya, ni siquiera reconoció de momento su automóvil Pobeda, y accionaba ya la manilla para subirse a otro.

Toda la noche pasada había flotado una niebla densa. Amenazaba con nevar desde el anochecer, pero la nieve al principio se fundía, luego dejó de caer. Ahora, en la madrugada, la niebla se pegaba al suelo, y el agua de la nieve fundida se cubría de una fina capa de frágil hielo.

Hacía frío.

Pronto serían las cinco de la madrugada. En el cielo reinaba la negra noche de los faroles.

Pasó por su lado un estudiante de primer curso (había pasado la noche de pie en la entrada de una casa con su amiga) y contempló con envidia cómo Yákonov subía al automóvil. Suspiró: ¿vería él llegado el día de poseer un coche? Sólo había viajado en la caja de un camión, en un koljós, cuando la recolección, no hablemos ya de pasear a una muchacha en automóvil.

Pero no sabía a quién estaba envidiando.

El chófer preguntó:

—¿A casa?

Con la mente vacía, Yákonov tenía el reloj de bolsillo en la palma de la mano sin comprender qué hora indicaba.

—¿A casa? —preguntó el chófer.

Yákonov le miró con cara extraña.

—¿Cómo? No.

—¿A Marfino? —se sorprendió el chófer. Aunque esperaba con botas de fieltro y pelliza estaba aterido y quería dormir.

—No —respondió el ingeniero coronel poniéndose la mano en la zona del corazón.

El chófer miró la cara de su jefe, a su lado, dentro de la turbia mancha del farol que llegaba a través del parabrisas.

Aquel hombre no era su jefe. Los labios de Yákonov, normalmente blandos y tranquilos, quizá a veces despectivos y apretados, temblaban ahora impotentes.

Continuaba con el reloj en la mano sin comprender nada.

Y aunque el chófer esperaba desde medianoche, estaba irritado contra el coronel, y había soltado tacos dentro del cuello de piel de oveja de la pelliza echándole en cara todas sus malas

acciones de los dos últimos años, ahora no preguntó nada más y partió al azar. Su irritación había desaparecido.

Era tan tarde que ya empezaba a ser temprano. Raro era el automóvil que encontraban en las calles desiertas. Ya no había policía, ni los que despojan del abrigo ni aquellos a los que despojan. Pronto empezarían a funcionar los trolebuses.

El chófer volvió varias veces la cabeza hacia el coronel: de todos modos, era preciso decidir algo. Dejó Miasnitskie Vorota, llegó por los bulevares hasta Trubnaya y torció por la Neglinka. ¡Pero no iba a viajar de aquella manera hasta la mañana!

Yákonov apoyaba su mirada vacía e inmóvil en lo que tenía delante, en la nada.

Vivía en Bolshaya Serpujovka. Considerando que la vista de barrios conocidos, cercanos a su casa, suscitaría en el ingeniero coronel el deseo de volver al hogar, el chófer dirigió el vehículo hacia Zamoskvorechie. De Ojotny Riad torció hacia la Plaza Roja, rigurosamente desierta.

Las almenas de los muros y las cimas de los abetos estaban cubiertas de escarcha. El adoquinado era especialmente resbaladizo. La niebla se pegaba al pavimento bajo las ruedas del coche.

A doscientos metros, tras las almenas, que los poetas adjetivaban únicamente con la palabra «sagradas», tras los vestíbulos de entrada, los cuerpos de guardia, las garitas y los centinelas, las patrullas y los guardias emboscados, vivía el Vigilante —según los mismos poetas— que ahora debía de terminar su noche solitaria.

Y ellos pasaron de largo, sin acordarse siquiera de él.

Descendieron por Vasili Blazhenni, y al torcer a la izquierda por la ribera del río el chófer frenó y volvió a preguntar:

—¿Vamos a casa, quizá, camarada coronel?

A casa era precisamente donde debían ir. Quizá quedaban menos noches de permanencia en casa que dedos en la mano. Pero del mismo modo que el perro huye para morir en soledad, Yákonov debía también marcharse a alguna parte, fuera de la familia.

Recogió los faldones de su abrigo de piel para bajar del Pobeda y dijo al chófer:

—Vete a dormir, hermano, yo iré a pie.

Nunca llamaba «hermano» al chófer. Pero en su voz sonó una gran aflicción, como si se despidiera.

Una ondulante manta de niebla cubría el Moskova hasta sus orillas.

Yákonov echó a andar por la ribera sin abrocharse el abrigo, con el peludo gorro de coronel ligeramente ladeado, resbalando de vez en cuando.

El chófer quiso llamarlo y seguirlo con el coche, pero luego pensó que, probablemente, los de su graduación no suelen ahogarse, y dio media vuelta y se marchó.

Yákonov siguió por un largo tramo voladizo sin caminos que lo cruzaran; tenía a su izquierda una pequeña e interminable cerca, el río a la derecha. Caminaba por el asfalto, por el centro, mirando sin parpadear las lejanas luces de los faroles.

Y una vez recorrido un trozo advirtió que aquella caminata fúnebre en completa soledad le proporcionaba un placer sencillo, no experimentado hacía tiempo.

Cuando lo llamaron a presencia del ministro por segunda vez sucedió lo irreparable. Tuvo la sensación de que se derrumbaban todos los techos habituales que lo cubrían. Abakumov iba de un lado para otro como una fiera. Se echaba sobre ellos dispersándolos por el despacho, soltaba tacos, les escupía casi, y al final metió desmedidamente el puño en la cara de Yákonov, oprimió su blanca y blanda nariz con el evidente deseo de causarle dolor e hizo brotar la sangre.

Degradó a Selivanovski al grado de teniente y lo mandó en misión especial al Círculo Polar; devolvió a Oskolupov a su cargo de celador ordinario en la cárcel de Butyrki, donde había empezado su carrera en 1925; a Yákonov, por su engaño y por *sabotaje reincidente*, lo arrestó y lo envió, con el mono azul ordinario, al grupo Número 7, a Bobynin, para que ayudara con sus propias manos en el Proyecto de lenguaje *clipado*.

Luego se tomó un respiro y les concedió el último plazo: hasta el aniversario de Lenin.

El enorme despacho, decorado con mal gusto, flotaba y se balanceaba a los ojos de Yákonov, que intentaba secarse la nariz con el pañuelo. Estaba indefenso ante Abakumov, y pensaba en aquellas mujeres que le acompañaban solamente una hora al día pero que eran su único motivo para plegarse, luchar y tiranizar las restantes horas de la jornada: dos niñas de ocho y diez años respectivamente y su esposa Variusha, más querida si cabe por no haberse casado pronto con ella. Se casó a los treinta y seis años, apenas salió de aquel lugar a donde ahora le empujaba de nuevo el férreo puño del ministro.

Luego, Selivanovski los llevó a su despacho y los amenazó diciendo que los pondría a ambos tras las rejas, pero que no se dejaría degradar a teniente del Círculo Polar.

Después, Oskolupov se llevó a Yákonov a su casa y le manifestó llanamente que ahora relacionaría para siempre el pasado penal de Yákonov con su sabotaje presente.

... Yákonov se acercó a un alto puente de cemento, situado a su derecha, que conducía al Moskova. Pero no lo rodeó ni subió a la entrada del mismo, sino que pasó por debajo, por un túnel donde un policía hacía su ronda.

El policía siguió con una larga y suspicaz mirada a aquel extraño borracho con quevedos y gorra de coronel.

Después, Yákonov atravesó un pequeño puente sobre un estrecho río. Era la desembocadura del Yauza, pero él no intentó reconocer el lugar donde se encontraba.

Sí, se había organizado un juego asfixiante que tocaba ahora a su fin. Más de una vez, Yákonov había advertido a su alrededor, y en sí mismo, esta loca carrera imposible que fustigaba a todo el país: a los comisarios de pueblo y a los comisarios regionales, a los científicos, ingenieros, directores y maestros de obras, a los jefes de taller y de brigada, a los obreros y a las sencillas mujeres de un koljós. Cualquier persona que emprendiera cualquier trabajo no tardaba en encontrarse agarrado y apabullado por unos plazos inverosímiles, imposibles, aplastantes: ¡Más! ¡Más deprisa! ¡Más y más! ¡La norma! ¡Superar la norma! ¡Triplicar la norma! ¡Guardia de honor! ¡Compromiso contraído! ¡Antes de plazo! ¡Mucho antes de plazo! Los edificios no se sostenían, los puentes no aguantaban, reventaban las construcciones, se pudrían las cosechas o no brotaban en absoluto, y el hombre que se encontraba en ese torbellino, es decir, cada hombre en particular, no tenía al parecer otra salida que enfermar, que caer herido entre estos engranajes, que

volverse loco o tener un accidente. Sólo entonces podía descansar en una clínica, en un balneario, hacer que se olvidaran de él, respirar el aire del bosque, para más tarde introducirse, una y otra vez, gradualmente, en los mismos arreos de siempre.

En este país sólo podían vivir sin inquietudes los enfermos a solas con su enfermedad (¡no en una clínica!).

Hasta el presente, sin embargo, Yákonov siempre había sabido salir airoso de estos asuntos, irremisiblemente estropeados por la prisa, saltando a otros asuntos más tranquilos o que todavía estaban en sus comienzos.

Era la primera vez que presentía que no podría escapar. El aparato del *clipado* no se podía salvar tan rápidamente. No había tampoco otro asunto al que trasladarse.

También había perdido la ocasión de ponerse enfermo.

De pie ante el pretil de la orilla, miraba hacia abajo. La niebla se despegaba del hielo dejándolo completamente al descubierto; debajo de Yákonov aparecía una mancha negra de podredumbre invernal: el agua deshelada.

El negro abismo del pasado —la cárcel— volvía a abrirse ampliamente ante él y reclamaba su regreso.

Yákonov consideraba sus seis años de permanencia *allí* como una grieta podrida, pestífera, un deshonor, el gran fracaso de su vida.

Fue encarcelado en 1932 cuando era un joven ingeniero de radio enviado por dos veces en misión oficial al extranjero (por culpa de estas misiones había ido a parar a la cárcel). Se encontró entonces entre los primeros presos que formaron una de las primeras *sharashkas*.

¡Cómo quería olvidar su pasado penal! ¡Olvidarlo él mismo y que lo olvidaran los demás! ¡Y que lo olvidara su destino! ¡Cómo se apartaba de los que le recordaban aquella desgraciada época, de aquellos que lo habían conocido preso!

Impulsivamente, se apartó lo más lejos posible del pretil, cruzó la orilla y se dirigió a una empinada pendiente. Un sendero pisoteado, que conservaba un hielo poco resbaladizo, rodeaba la larga cerca de un solar por edificar.

Sólo el fichero central del MGB sabía que también bajo los uniformes del MGB se escondían a veces antiguos presidiarios.

Además de Yákonov, había otros dos en el Instituto Marfino.

Yákonov los evitaba escrupulosamente, procuraba no entablar conversaciones fuera del servicio ni quedarse a solas con ellos en un despacho, no fuera que terceros pensarán mal.

Uno de ellos era Kniazhenetski, un profesor de química de setenta años, el alumno predilecto de Mendeleiev. Cumplió su condena de diez años y después, en atención a su larga lista de méritos científicos, fue enviado a Marfino como «externo» y trabajó allí tres años, hasta que lo abatió el sibilante látigo del Decreto de Consolidación de la Retaguardia. En cierta ocasión, en pleno día, fue llamado por teléfono al Ministerio y ya no volvió. Yákonov recordaba cómo Kniazhenetski bajaba por la escalera alfombrada de rojo del Instituto y cómo temblaba su cabeza de cabellos de plata sin saber todavía para qué le llamaban por media hora, mientras a su espalda, en el descansillo superior de la misma escalera, el *oper* Shikin recortaba ya con un

cortaplumas la fotografía del profesor arrancándola de la tabla de honor del Instituto.

El otro, Altynov, no era un célebre científico, sino solamente un hombre práctico. Después de la primera condena era reservado, suspicaz, con esa perspicaz desconfianza del mundo de los presos. Y apenas el Decreto de Consolidación empezó a extender sus ondas por la capital, Altynov se las apañó para ser ingresado en una clínica cardíaca. Y se las ingenió con tanta naturalidad y para tan largo tiempo que ahora ni siquiera los doctores esperaban salvarlo, y los amigos dejaron de cuchichear comprendiendo que, sencillamente, su agobiado corazón no aguantaba ir saliendo del paso durante treinta años seguidos.

También Yákonov, condenado el año pasado por expresidiario, ahora caía por segunda vez por sabotaje.

El abismo llamaba a sus hijos para que volvieran.

... Yákonov subió por el sendero a través de una zona desierta sin advertir dónde iba, sin advertir la cuesta. Finalmente, el ahogo le detuvo. También sus pies estaban cansados, desarticulados por las desigualdades del terreno.

Y entonces, desde el alto lugar al que había trepado, echó por fin una mirada con ojos serenos intentando comprender dónde se hallaba.

Hacía una hora que había bajado del automóvil, y la noche, que iba desapareciendo y que continuaba fría, había cambiado hasta lo irreconocible. La niebla había descendido y desaparecido por completo. Bajo sus pies todo se adivinaba blancuzco —la tierra cubierta de pedazos de ladrillo, guijos y cristales rotos, así como un deforme cobertizo o garita de tablas que había en la vecindad, y también la cerca que rodeaba abajo el solar por edificar—, todo parecía blanco, en algunas partes por la nieve no derretida, en otras por la escarcha depositada.

En el raro abandono de aquel montículo, situado cerca del centro de la ciudad, había unos peldaños blancos, en número aproximado de siete, que conducían más arriba, y que luego cesaban para empezar, al parecer, de nuevo.

Un sordo recuerdo vibró en Yákonov a la vista de aquellos peldaños ascendentes. Desconcertado, subió por ellos, por el terraplén de escoria que seguía después, y finalmente por otros peldaños. El edificio de arriba al que conducían los peldaños se distinguía poco en la oscuridad, tenía una forma extraña, a la vez intacta y ruinosa.

¿Serían aquellas ruinas los restos de bombas caídas? Pero en Moscú no dejaban así semejantes lugares. ¿Qué fuerza lo habría destruido allí todo?

Una plazoleta de piedra separaba un tramo de escalera del siguiente. Ahora había gruesas piedras en los peldaños que obstaculizaban el paso, y la escalera ascendía hasta el edificio por unos salientes parecidos al atrio de una iglesia.

Se llegaba así a unas anchas puertas de hierro totalmente cerradas y cubiertas de guijarros hasta la altura de las rodillas.

¡Sí! ¡Sí! Un doloroso recuerdo fustigó a Yákonov. Volvió la cabeza. Marcado por dos hileras de faroles, el río zigzagueaba en el lejano fondo, en un meandro extrañamente familiar que desaparecía bajo un puente, y más allá, en el Kremlin.

Pero ¿y los campanarios? No estaban. ¿Serían esos montones de piedras?

Yákonov sintió comezón en los ojos. Cerró los párpados.

Se sentó calladamente en las piedras que cubrían el atrio.

Veintidós años atrás había estado en aquel mismo lugar con una muchacha llamada Agnia.

Pronunció este nombre, Agnia, y un céfiro de sensaciones muy diversas envolvió su cuerpo, mimado por el bienestar.

Tenía entonces veintiséis años y ella veintiuno.

Aquella muchacha no era de este mundo. Para su desgracia, el refinamiento y la exigencia de aquella muchacha era superior a la medida que permite a un hombre vivir. Sus cejas y las ventanas de su nariz palpitaban durante la conversación como si se dispusiera a levantar el vuelo con ellas. Nadie le había dicho nunca a Yákonov tantas palabras severas, ni le había reprochado unos actos totalmente normales en apariencia: veía de un modo impresionante todo lo bajo e innoble de dichos actos. Y cuantos más defectos encontraba en Antón, más se enamoraba este de ella, así de extraño.

Para discutir con ella había que proceder con cautela. Débil de salud como era, le cansaba ascender a una montaña, le cansaban las idas y venidas, e incluso una animada conversación.

Sin embargo encontraba fuerzas para pasear días enteros sola por el bosque. Pese a cualquier imagen de la muchacha de ciudad en un bosque, ella nunca se llevaba un libro: la habría estorbado, la habría distraído del bosque. Se limitaba a vagar por el bosque, se sentaba, estudiaba con sus propias luces los secretos de la naturaleza. Desdeñaba la naturaleza descrita por Turguénev, la encontraba superficial. Cuando Antón la acompañaba, quedaba impresionado por las observaciones de la muchacha: ora era un fino tronco de abedul inclinado hasta el suelo en recuerdo de la nevada; ora cómo cambiaba por la tarde el matiz de la hierba del bosque. Él no advertía nada semejante: el bosque era un bosque, aire fresco y verdor.

Arroyo del Bosque, así la llamaba Yákonov en el verano de 1927, que pasaron en dachas vecinas. Salían y entraban juntos, y a los ojos de todos pasaban por novios.

Pero en realidad estaban muy lejos de serlo.

Agnia no era guapa ni fea. Su cara variaba a menudo: ora una sonrisa agraciada, ora una cara larga poco agraciada. Era más alta que el común de las muchachas, pero estrecha, frágil, y su paso era tan ligero como si Agnia no necesitara en absoluto tocar el suelo. Y aunque Antón ya era bastante experto y valoraba la carne en el cuerpo femenino, no era el cuerpo lo que le atraía de Agnia: al acostumbrarse a ella, se persuadió a sí mismo de que también le gustaba como mujer, de que ya se desarrollaría.

Sin embargo, aunque la muchacha compartía gustosa con Antón los largos días estivales, aunque penetraba con él muchos kilómetros en las profundidades verdes y se tendía a su lado en

los prados, muy a disgusto permitía que le acariciara la mano, preguntaba: «¿Para qué?», e intentaba liberarse. No era por vergüenza ante los demás: al volver a la urbanización cedía al amor propio de su acompañante e iba sumisamente del brazo con él.

Razonando en su interior que la amaba, Antón se declaró, cayó ante sus rodillas en un pradecillo del bosque. Pero un profundo abatimiento se apoderó de Agnia. «Qué triste», le dijo. «Tengo la impresión de estar engañándote. Nada tengo para corresponderte. No experimento nada. Y esto me quita incluso las ganas de vivir. Eres inteligente y brillante, y yo debería estar muy contenta, y no tengo ganas de vivir...».

Hablaba así, pero cada mañana esperaba inquieta que hubiera algún cambio en la cara de su amigo, en su actitud.

Hablaba así, pero hablaba también de otra manera: «En Moscú hay muchas chicas. En otoño conocerás a una muchacha hermosa y te olvidarás de mí».

Se dejaba abrazar, e incluso besar, pero sus brazos y sus labios carecían de vida al hacerlo. «¡Qué duro es eso!», sufría la muchacha. «Creía que el amor era el descenso de un ángel de fuego. Y ahora tú me amas, nunca podría encontrar a nadie mejor que tú, pero yo no siento alegría, no tengo ningunas ganas de vivir».

Había en ella una puerilidad que se resistía al paso del tiempo. Temía esos misterios que relacionan al hombre con la mujer en el matrimonio, y con voz abatida le preguntaba: «¿Y no es posible prescindir de eso?». «¡Pero si no es con mucho lo principal!», le respondió un día Antón, inspirado. «¡Sólo es un complemento a nuestra unión espiritual!». Y entonces, por primera vez, los labios de Agnia se movieron débilmente al besar, y la muchacha dijo: «Gracias. De otro modo, ¿para qué vivir? Creo que empiezo a quererte. Procuraré amarte».

Aquel mismo otoño, al anochecer, iban un día por unos callejones cercanos a la plaza Taganskaya cuando Agnia dijo con su voz suave del bosque, que resultaba difícil de oír en el estruendo ciudadano:

—¿Quieres que te enseñe uno de los lugares más bellos de Moscú?

Y le condujo a la cerca de una pequeña iglesia de ladrillo pintada de blanco y rojo, con el altar orientado hacia un tortuoso callejón sin nombre. Dentro de la cerca había muy poco espacio, sólo un camino estrecho alrededor de la iglesilla para el *vía crucis*, para que pudieran pasar el sacerdote y el diácono uno al lado de otro. Tras las ventanitas enrejadas podía verse, en las profundidades, la apacible luz de los cirios del altar y de las lamparillas de colores. Y en un rincón de la cerca crecía un roble grande y viejo más alto que la iglesia, sus ramas daban sombra tanto a la cúpula como al callejón, de modo que la iglesia parecía diminuta.

—Es la iglesia de San Nikita mártir —dijo Agnia.

—Pero no es el lugar más bello de Moscú.

—Espera.

Le hizo pasar entre los pilares del portillo. Sobre las losas del patio había hojas de roble amarillas y anaranjadas. Casi bajo este mismo roble se elevaba también un antiguo campanario piramidal. Este, y una casita adyacente a la iglesia, tras la cerca, tapaban ya el bajo sol del crepúsculo. En la parte anterior del templo, ante la puerta de hierro, de doble hoja, abierta ahora

de par en par, se encorvaba una vieja pordiosera y se santiguaba de cara al canto de vísperas, luminoso y dorado, que llegaba del interior.

—«Siendo la iglesia esa maravillosa por su belleza y luminosidad...» —citó casi musitando Agnia manteniendo su hombro arrimado al de él.

—¿De qué siglo es?

—¿Necesitas saber el siglo? ¿Y sin saberlo?

—Es bonita, naturalmente, pero no...

—¡Pues mira! —Con el brazo extendido, Agnia atrajo rápidamente a Antón camino adelante, hacia el atrio de la entrada principal, salió de la sombra para entrar en el tumultuoso crepúsculo y se sentó en un bajo pretil de piedra donde se interrumpía la cerca y empezaba el vano de la puerta.

Antón lanzó una exclamación. Parecían haber salido súbitamente de las estrecheces de la ciudad para encontrarse en una colina de pronunciada pendiente con un gran espacio abierto hasta la lejanía. El atrio, en el centro del interrumpido pretil, se desparramaba en una larga escalera de piedra blanca, con muchos peldaños alternando con descansillos, que se extendía por la pendiente de la montaña hasta llegar al Moskova. El río ardía bajo el sol. A la izquierda estaba la Zamoskvorechie deslumbrando con el brillo amarillo de los cristales; frente a ellos, humeaban en el cielo del ocaso las negras chimeneas de la Central Eléctrica de Moscú; casi a sus pies, el Yauza mezclaba sus aguas pajizas con las del Moskova; a la derecha se extendía la Casa Tutelar de Menores; tras ella se elevaban los cincelados contornos del Kremlin, y un poco más lejos llameaban al sol las cinco cúpulas, como ducados de oro, del templo de Cristo Salvador.

Y en medio de todo este brillo áureo, Agnia, cubierta con un chal amarillo que también parecía de oro, permanecía sentada al sol con los ojos entornados.

—¡Sí! ¡Esto es Moscú! —pronunció cautivado Antón.

—¡Qué bien sabían los antiguos rusos elegir la ubicación de las iglesias y de los monasterios! —dijo Agnia con la voz entrecortada—. He viajado por el Volga y por el Oka, y en todas partes los construyeron así, en los lugares más majestuosos. Los arquitectos eran peregrinos, los picapedreros hombres justos.

—Sí, esto es Moscú...

—Pero desaparece, Antón —afirmó Agnia con voz cantarína—. ¡Moscú desaparece!

—¿Dónde quieres que vaya? Es una fantasía.

—Van a destruir esta iglesia, Antón —se empeñó Agnia.

—¿Cómo lo sabes? —se enfadó Antón—. Es un monumento artístico, lo dejarán —miró el diminuto campanario por cuyas aberturas unas ramas de roble echaban un vistazo a las campanas.

—¡La destruirán! —profetizó Agnia muy segura, sentada con la misma inmovilidad de antes, bajo la luz amarilla, bajo el chal amarillo.

En la familia de Agnia nadie la había educado para que creyera en Dios, sino todo lo contrario: en los años en que era preceptivo asistir a misa, su madre y su abuela no iban, no ayunaban ni hacían abstinencia, se reían de los papas y se burlaban de la religión que tan dulcemente se avenía con la servidumbre. La abuela, la madre y las tías de Agnia eran firmes en sus creencias: siempre estaban de parte de los oprimidos, de los perseguidos, de los apresados, de aquellos a quienes

acosaban las autoridades. Al parecer, la abuela era conocida de todos los miembros de Naródnaya Volia, pues los acogía en su casa y les ayudaba en todo lo que podía. Sus hijas imitaron su ejemplo y escondieron a los socialistas revolucionarios y a los socialdemócratas clandestinos. Y la pequeña Agnia siempre estaba a favor de la liebre, de que no la acertaran, y del caballo, de que no lo fustigaran. Pero creció, e inesperadamente para sus mayores, este modo de ser se volcó en favor de la Iglesia, porque era perseguida.

Insistía en que *ahora* sería ruin evitar la Iglesia, y ante el horror de su madre y de su abuela empezó a frecuentarla, con lo que involuntariamente fue tomando gusto por el servicio religioso.

—¿Y en qué notas que la persiguen? —se asombró Antón—. Nadie les impide tocar las campanas, ni cocer sus panecillos, y si quieren hacer una procesión, adelante, pueden. Pero en la ciudad y en la escuela nada tienen que hacer.

—La persiguen, ya lo creo —replicó Agnia quedamente como siempre, con poca sonoridad—. Hablan y publican de ella lo que quieren, y no le permiten justificarse, embargan los bienes del culto y deportan a los sacerdotes, ¿no es esto perseguir?

—¿Dónde has visto que los deporten?

—Son cosas que no se ven por la calle.

—¡Y aunque los persiguieran! —replicó enérgicamente Antón—. Hace diez años que la persiguen, ¿y durante cuántos años nos ha perseguido ella? ¿Diez siglos?

—Yo entonces no vivía —encogió Agnia sus estrechos hombros—. En realidad, vivo ahora... Veo lo que sucede durante mi vida.

—¡Pero hay que conocer la historia! ¡La ignorancia no es una justificación! ¿Nunca has pensado cómo es posible que nuestra Iglesia haya podido sobrevivir a doscientos cincuenta años de yugo tártaro?

—¿Porque la fe era muy profunda? —intentó adivinar ella—. ¿Porque los ortodoxos fueron espiritualmente más fuertes que los musulmanes?

Antón sonrió condescendiente:

—¡Soñadora! ¿Crees que nuestro país ha sido alguna vez cristiano en el fondo de su alma? ¿Crees que después de mil años de implantar el cristianismo perdonamos a quienes nos persiguen y amamos a quienes nos odian? Nuestra Iglesia sobrevivió porque después de la invasión el arzobispo Kiril fue el primer ruso que acudió a rendir pleitesía al Kan y a pedirle un salvoconducto para la clerecía. ¡Con la espada tártara! ¡Con ella la clerecía rusa defendió sus tierras, sus braceros y sus oficios religiosos! Y, si quieres, el arzobispo Kiril tuvo razón, fue un político realista. Así hay que ser. Sólo así se logra la victoria.

Cuando la acosaban, Agnia no discutía. Dilataba los ojos bajo el vuelo de las cejas y miraba a su novio con aire nuevo de sorpresa.

—¡Ya ves sobre qué se han construido todas estas bellas iglesias en lugares de elección tan afortunada! —tronó Antón—. ¡Sobre cismáticos quemados vivos! ¡Sobre sectarios azotados! Pues vaya cosa lamentas: ¡que persigan a la Iglesia! —Se sentó a su lado sobre la piedra recalentada del pretil—: Por lo demás, no eres justa con los bolcheviques. No te has tomado el trabajo de leer sus grandes libros. Tienen la actitud más respetuosa con la cultura mundial. Están a favor de que no

exista la arbitrariedad del hombre sobre el hombre, sino que reine la razón. Y sobre todo, ¡están a favor de la igualdad! Imagínate: una igualdad absoluta, total y universal. Nadie gozará de privilegios respecto a los demás, nadie tendrá preferencias en el salario ni en la posición. ¿Hay algo más atractivo que esta sociedad? ¿No justifica las víctimas? —(Aparte lo atractivo de la sociedad, Antón tenía unos orígenes que le obligaban a *adherirse* a la idea lo más pronto posible, antes de que fuera tarde)—. Y con tus remilgos lo único que haces es cerrarte todos los caminos, incluso el del instituto. ¿Y significa mucho, en general, tu protesta? ¿Qué puedes hacer tú?

—¿Y qué puede hacer una mujer en general? —Sus finas trencitas (en aquellos años ya nadie llevaba trenzas, todas se habían cortado el pelo, pero ella las llevaba por espíritu de contradicción, aunque no le caían bien) levantaron el vuelo, una sobre la espalda, la otra sobre el pecho—. La mujer sólo sirve para apartar al hombre de las grandes gestas. Incluso mujeres como Natasha Rostov^[18]. No puedo sufrirla.

—¿Por qué? —se impresionó Antón.

—¡Pues porque no dejaría que Pierre fuera con los decembristas! —y su débil voz se cortó de nuevo.

Siempre tenía salidas bruscas como esta.

Su chal amarillo, transparente, colgaba de sus hombros sobre los codos medio abatidos, era como unas finas alas de oro.

Antón envolvió los codos de la muchacha con las palmas de ambas manos, como si temiera que se rompieran.

—¿Y tú? ¿Se lo habrías permitido?

—Sí —dijo Agnia.

Por lo demás, él no tenía en perspectiva ninguna gesta que hubieran de permitirle realizar. Su vida hervía, su trabajo era interesante y le conducía cada vez más arriba.

Subían de la ribera peregrinos retrasados, pasaban ante ellos y se santiguaban ante las puertas abiertas del templo. Al entrar en la cerca, los hombres se quitaban el gorro. Por lo demás, había muchísimos menos hombres que mujeres, y no los había jóvenes.

—¿No tienes miedo de que te vean cerca de una iglesia? —preguntó Agnia sin ánimo de burla, pero resultó una burla.

Realmente, había empezado una época en la que resultaba peligroso que alguno de los compañeros de trabajo le viera a uno cerca de una iglesia. Y Antón, ciertamente, se sentía allí demasiado a la vista, no estaba a gusto.

—Ten cuidado, Agnia —le aleccionó él, empezando a irritarse—. Hay que saber distinguir a tiempo lo nuevo, y quien no lo distingue queda rezagado irremisiblemente. Si te atrae la Iglesia es porque aquí lisonjean tus pocos deseos de vivir. Ten cuidado. Necesitas distraerte, en fin, obligarte a tomar interés por... sencillamente, por el proceso de la vida, si así quieres.

Agnia se sintió abatida. Su mano, con la sortija de oro de Antón, colgaba falta de voluntad. La figura de la muchacha parecía huesuda y realmente muy flaca.

—Sí, sí —confirmó con voz de desánimo—. A veces concibo perfectamente que vivir es para mí muy difícil, que no lo deseo en absoluto. Los que son como yo sobramos en este mundo...

Él sintió que algo se desgarraba en su interior. ¡Agnia hacía todo lo posible para no atraerle! Se debilitó su valor, el valor de cumplir su promesa y casarse con Agnia.

La joven levantó hacia él una mirada inquisitiva, sin una sonrisa.

«Y además es fea», pensó Antón.

—Seguramente te espera la fama, el éxito, un bienestar estable —dijo ella tristemente—. Pero ¿serás feliz, Antón? Ten cuidado también tú. Al interesarnos por el «proceso» de la vida, perdemos... perdemos... —juntó la punta de los dedos y se los frotó buscando la palabra; su cara se tomó dolorosamente inquieta—. Mira, acaba de tocar la campana, sus sones han levantado armoniosamente el vuelo y ya no podemos recuperarlos, y toda la música está en ellos. ¿Comprendes? —La muchacha continuaba buscando ejemplos—. Imagínate que cuando mueras se te ocurra pedir: «Enterradme según el rito ortodoxo».

Luego insistió en entrar a rezar. Él no podía dejar que fuera sola. Entraron. Bajo gruesas bóvedas, una galería circular con ventanas enrejadas al estilo ruso antiguo rodeaba la iglesia. Un arco bajo y ancho llevaba de la galería a la nave de la capilla central.

El sol poniente llenaba la iglesia de luz a través de las pequeñas ventanas de la cúpula y se difundía en un centelleo dorado por encima del iconostasio y de la imagen en mosaico del Dios Sabaoth.

Había pocos fieles. Agnia colocó un delgado cirio en un gran candelero de cobre y permaneció inmóvil con aire severo, casi sin persignarse, doblando la muñeca sobre su pecho, mirando hacia adelante con ojos de inspiración. Tanto la difusa luz del crepúsculo como los reflejos anaranjados de las velas habían devuelto vida y calor a las mejillas de Agnia.

Faltaban dos días para la Natividad de María, y estaban recitando sus largas letanías. Estas eran inagotablemente expresivas, y los epítetos y loores a la Virgen María se derramaban como un alud. Yákonov comprendió por primera vez el éxtasis y la poesía de aquella oración. Era una letanía que no habría compuesto una insensible rata de sacristía, sino un gran poeta desconocido encerrado en un monasterio; y no le movería el breve frenesí masculino por el cuerpo femenino, sino aquel entusiasmo excelso que es capaz de inspirarnos la mujer.

Yákonov volvió a la realidad. Estrujaba su abrigo de piel sentado sobre un montón de punzantes escombros en el atrio de la iglesia de San Nikita mártir.

Sí, habían destruido absurdamente el pequeño campanario piramidal y levantado las piedras de la escalera que bajaba hasta el río. Resultaba imposible creer que aquella soleada tarde y este amanecer de diciembre hubieran tenido lugar en los mismos metros cuadrados de tierra moscovita. Pero el panorama visible desde la colina continuaba siendo igualmente amplio, e iguales eran los meandros del río, repetidos por los últimos faroles...

Poco después había marchado en misión oficial al extranjero. A su vuelta, le habrían encargado que redactara, o casi sólo que firmara, un artículo periodístico sobre la descomposición

de Occidente, de su sociedad, de su moral, de su cultura, sobre la situación mísera de su intelectualidad y sobre su impotencia para desarrollar la ciencia. No era la verdad, pero tampoco parecía una mentira. Los hechos existían, aunque no había sólo eso. Como no estaba adscrito al partido, le convocaron en el comité del partido y le presionaron. Las vacilaciones de Yákonov habrían podido suscitar suspicacias, manchar su reputación. Además, ¿a quién podía perjudicar aquel artículo? ¿Sufriría Europa por él?

El artículo fue publicado. Agnia le devolvió el anillo por correo cosiéndolo con un hilo al papel: «Al arzobispo Kiril».

Él se sintió aliviado.

Se levantó. Estaba ante una de las ventanas enrejadas, echó una mirada al interior. Olía a ladrillo húmedo, a frío y a podredumbre. Ante sus ojos se perfilaba claramente que en el interior había también montones de piedras rotas y de basura.

Yákonov se apartó de la ventana, y al notar que disminuía el ritmo de su corazón se apoyó en la jamba de una puerta de hierro oxidado que llevaba muchos años sin abrirse.

La amenaza de Abakumov se abatió de nuevo sobre él en forma de helado pavor.

Yákonov se encontraba en la cima del poder visible. Era un alto cargo en un poderoso ministerio. Era inteligente, tenía talento, y era conocido por esas dos cualidades. En casa le esperaba una esposa amante, y dormían su sueño rosado dos maravillosas niñas. Unas habitaciones de alto techo con balcón, en un viejo edificio moscovita, constituían su vivienda. Su salario mensual ascendía a varios miles de rublos. Un automóvil Pobeda esperaba su llamada.

Y él permanecía en pie con los codos apoyados en las piedras muertas, y no tenía ganas de vivir. Tanta desesperanza había en su alma que carecía de fuerzas para mover una mano o un pie. No sentía siquiera inclinación a volver la cabeza para contemplar la belleza del alba.

Amanecía.

El aire helado era de una pureza solemne. Abundante escarcha velluda aterciopelaba el anchísimo tocón del roble talado, las cornisas de la iglesia medio derruida, lasafiligranadas rejas de sus ventanas, los cables que descendían hacia la casita contigua y el ribete de la larga valla circular de abajo, de la cerca que rodeaba el solar donde iba a construirse un futuro rascacielos.

Amanecía.

La escarcha, generosa y majestuosa, aterciopelaba los postes de la *zona* y de la *ante-zona*, el alambre de espino trenzado con veinte hilos y doblado en miles de estrellitas, el inclinado techo de la torre de guardia y la mala hierba, todavía por segar, en el espacio desierto fuera de la alambrada.

Sin cubrirse los ojos, Dmitri Sologdin se recreaba contemplando aquella maravilla. Estaba de pie junto al trípode de aserrar la leña. Llevaba el mono azul, y encima la chaqueta acolchada de los trabajadores del campo de concentración. Su cabeza, con los primeros hilos de plata, no estaba cubierta. Era un insignificante esclavo sin derecho alguno. Llevaba ya doce años de cárcel, pero debido a una segunda sentencia no se preveía el fin de su encarcelamiento. Su esposa había secado su juventud en una espera infructuosa. Para que no la despidieran de su actual trabajo, y como ya la habían despedido de muchos otros, mentía diciendo que no tenía marido, que había cortado con él toda correspondencia. Sologdin nunca había visto a su único hijo: cuando lo arrestaron, su esposa estaba embarazada. Había pasado por los bosques de Cherdyn, por las minas de Vorkuta, por dos procesos, uno de medio año y otro de un año, y por un insomnio que agotaba las fuerzas y los jugos de su cuerpo. Su nombre y su futuro habían sido pisoteados en el fango hacía tiempo. Sus bienes consistían en unos pantalones acolchados, usados, y una chaqueta impermeable que guardaba en el almacén a la espera de tiempos más duros. Cobraba 30 rublos al mes, el valor de tres kilos de azúcar, y además no los cobraba en efectivo. Sólo podía respirar aire fresco en determinadas horas, las permitidas por las autoridades de la prisión.

Y el sosiego de su alma era imperturbable. Sus ojos relucían como los de un joven. Su pecho, abierto a la helada, se ensanchaba de plenitud de vida.

Sus músculos, que fueran como secas cuerdas en otro tiempo, en tiempo del proceso, ahora se habían hinchado y crecido de nuevo, y pedían acción. Por ello, voluntariamente, sin ninguna recompensa, cada mañana salía a partir y serrar leña para la cocina de la prisión.

No fue tan sencillo ni tan rápido conseguir que le confiaran el hacha y la sierra, armas terribles en manos de un presidiario. Las autoridades de la cárcel, por lo que cobraban, tenían la obligación de sospechar que cada acto de los presos, por inocente que fuera, ocultaba alguna perfidia. Además, juzgando por sí mismas, no podían creer de ninguna manera que un hombre aceptara voluntariamente trabajar gratis. Por ello sospecharon obstinadamente de Sologdin, creyendo que preparaba una evasión o un motín armado, y con mayor razón porque indicios de una cosa y otra

figuraban en su expediente penitenciario. Se dictó una disposición: colocar un celador a cinco pasos de distancia de Sologdin cuando este trabajara, que el celador vigilara cada uno de sus movimientos y al mismo tiempo se mantuviera fuera del alcance del filo del hacha. Los vigilantes aceptaban el peligroso servicio, y semejante correlación —un vigilante por trabajador— no parecía un despilfarro a las autoridades, educadas en las buenas normas del Gulag. Pero Sologdin se puso terco (con lo que no hizo más que aumentar las sospechas): declaró sin reservas que no trabajaría ante un «madero». Durante cierto tiempo se dejó de partir leña (el jefe de la cárcel no podía obligar a los presos, no estaban en un campo de concentración: los presos llevaban a cabo un trabajo intelectual que no era de su jurisdicción). La principal desgracia estaba en que las autoridades planificado-ras y contables no habían previsto la necesidad de este trabajo, anejo al de la cocina. Por ello, las mujeres contratadas para preparar la comida de los presos no estaban dispuestas a partir leña, pues no se lo pagaban como trabajo extra. Intentaron endosar este trabajo a los carceleros de los turnos de descanso, arrancándolos de la partida de dominó en el cuarto de guardia. Los carceleros eran todos unos muchachotes, unos jóvenes elegidos rigurosamente por su robustez. Sin embargo, tras unos años de servicio en el personal de guardia parecían haber perdido la costumbre de trabajar, les empezaban a doler las espaldas y, además, los chicos se sentían atraídos por el dominó. Nunca partían tanta leña como era necesario. Y el jefe de la cárcel tuvo que ceder: autorizar a Sologdin y a otros presos (Nerzhin y Rubin las más de las veces) a aserrar y partir leña sin una guardia complementaria. Además, desde la torre de vigilancia se les podía ver como si estuvieran en la palma de la mano, y se ordenó a los oficiales de servicio que les echaran una mirada.

En la oscuridad, que se iba disipando bajo la pálida luz de los faroles y la luz del día, apareció por la esquina del edificio la figura redonda del portero Spiridón con su chubasquero y la gorra de orejas que sólo a él habían proporcionado. El portero era también un presidiario, pero dependía del jefe del Instituto y no del de la cárcel, aunque para no entrar en discusiones afilaba las sierras y las hachas de la cárcel. A medida que se aproximaba, Sologdin iba distinguiendo en sus manos la sierra que faltaba de su sitio.

Spiridón Yegorov andaba sin escolta por el patio (vigilado este con ametralladoras) desde el toque de diana al toque de queda. Las autoridades le habían concedido estas libertades, además, porque Spiridón tenía un ojo completamente ciego y sólo tres décimas de visión en el otro. En la *sharashka* había una plantilla de tres porteros, porque el patio, con una superficie de dos hectáreas, constaba de varios patios unidos entre sí. Spiridón, que no lo sabía, trabajaba él solo por los tres, y no lo pasaba mal. Aquí, sobre todo, comía *a placer de vientre*, no menos de kilo y medio de pan negro, pues en lo del pan había libertad absoluta, y además los compañeros le cedían parte de sus gachas. Aquí, Spiridón se había recuperado y relajado visiblemente después de su estancia en Sevrallag, de tres inviernos de talar bosques y de tres primaveras de conducir maderos por las aguas acunando muchos millares de troncos.

—¡Eh! ¡Spiridón! —lo llamó impaciente Sologdin.

—¿Qué pasa?

La sonrosada cara de Spiridón, de bigotes y cejas rojizos y canosos, era muy expresiva, y a

menudo mostraba muy buena disposición al responder, como en este caso. Pero Sologdin no sabía que un exceso de buena disposición significaba, en Spiridón, una burla.

—¿Qué pasa? Que la sierra se desliza mal.

—¿Y por qué no habría de deslizarse mal? —se sorprendió Spiridón—. ¡No os habéis quejado pocas veces este invierno! ¡Vamos, probemos un poco!

Y le alargó la sierra por uno de sus mangos.

Empezaron a serrar. La sierra saltó un par de veces, cambiando de lugar como si no se encontrara a gusto, luego mordió la madera y empezó a funcionar.

—Agarra usted el mango con demasiada fuerza —le aconsejó prudentemente Spiridón—. Rodee el mango con tres dedos, como una pluma, y dele libertad, suavemente... ve... ¡así, así! Y cuando tire hacia usted, no dé sacudidas...

Cada uno de ellos percibía su clara superioridad sobre el otro: Sologdin, porque conocía mecánica teórica, resistencia de materiales y muchas otras ciencias, y tenía una amplia visión de la vida social; Spiridón, porque todos los objetos le obedecían. Sin embargo, Sologdin no ocultaba su condescendencia hacia el portero, mientras que Spiridón disimulaba la suya hacia el ingeniero.

La sierra no se clavó en absoluto, ni siquiera al pasar por el centro del grueso tronco, sino que siguió su camino tintineando y escupiendo el amarillento serrín de pino sobre los pantalones de los monos de uno y otro.

—¡Eres un milagrero, Spiridón! Me has engañado. ¡Ayer afilaste y trezaste la sierra!

Satisfecho, Spiridón pronunció al compás de la sierra:

—Come lo suyo, come, mastica fino, pero no traga, se lo entrega a otros... —Y presionando con la mano hizo caer el trozo de tronco casi totalmente aserrado—. No la afilé —dijo volviendo hacia el ingeniero la sierra panza arriba—. Mire los dientes, están como ayer.

Sologdin se inclinó sobre los dientes y no encontró, verdaderamente, limaduras recientes. Pero algo habría hecho aquel bergante con ella.

—Bueno, vamos, Spiridón, otro tronquito.

—Nooo —Spiridón se tentó las espaldas—. Estoy agotado. He cargado con todo el trabajo que mis abuelos y bisabuelos dejaron de hacer. A propósito, ya vienen sus amigos.

Sin embargo, los amigos no venían.

El amanecer mostraba ya toda su fuerza. Llegó una mañana solemne cubierta de escarcha. Incluso las cañerías, y toda la tierra, estaban engalanadas de escarcha. Sus azulados mechones adornaban las copas de los tilos en el patio de paseo, a lo lejos.

—¿Cómo fuiste a parar a la *sharashka*, eh, Spiridón? —preguntó Sologdin examinando al portero.

El caso era que no tenía nada mejor que hacer. Tras muchos años de campo de concentración, Sologdin sólo trataba ahora con personas cultas en la creencia de que nada valioso podía extraer de personas de baja condición intelectual.

—Sí —hizo chascar los labios Spiridón—, ya ve qué personas tan sabias han reunido aquí, y yo también estoy uncido en el mismo yugo que vosotros. En mi cartilla escribieron «soplador de vidrio». Ciertamente, en otro tiempo fui soplador de vidrio, maestro vidriero en nuestra fábrica de

Briansk. Pero hace ya muchos años de eso, me fallan los ojos, y el trabajo de allí nada tiene que ver con el de aquí, aquí necesitan a un buen soplador, como Iván. En toda nuestra fábrica no creo que hubiera uno igual. Y sin embargo me trajeron por lo de la cartilla. Cuando advirtieron cómo era, querían enviarme de vuelta. Menos mal que el jefe me tomó de portero.

Gleb Nerzhin apareció por la esquina procedente del patio de paseo y del «estado mayor de la cárcel» sito en un edificio de una planta construido aparte. Venía con el mono desabrochado, la chaqueta acolchada negligentemente echada sobre los hombros, y una toalla de la Administración (corta, por ello, hasta ser cuadrada) sobre el cuello.

—Buenos días, amigos —saludó precipitadamente, quitándose la ropa por el camino: se bajó el mono hasta la cintura y se sacó la camiseta.

—¿Está loco, Gleb? ¿Dónde ves nieve? —le miró Sologdin de soslayo.

—Pues allí —replicó sombríamente Nerzhin trepando al techo del sótano. En aquel lugar había una capa escasa y aterciopelada de algo que tanto podía ser nieve como escarcha. Nerzhin la recogió a puñados y empezó a frotarse con ardor el pecho, la espalda y los costados. Todo el invierno se frotaba con nieve el cuerpo hasta la cintura, aunque los celadores, si estaban cerca, se lo impedían.

—Te pone el cuerpo al rojo —meneó la cabeza Spiridón.

—¿Todavía no hay carta, Spiridón Danílych? —replicó Nerzhin.

—¡Pues sí, la hay!

—¿Por qué no la has traído para leérmola? ¿Todo bien?

—Hay carta, pero no se puede coger. La tiene la serpiente.

—¿Mishin? ¿Y no te la da? —Nerzhin detuvo sus fricciones.

—Me puso en la lista, pero el jefe decidió que ordenara el desván. Cuando me repuse, la serpiente ya había terminado la distribución. Ahora, hasta el lunes.

—¡Qué canalla! —suspiró Nerzhin enseñando los dientes.

—Para juzgar a los popes ya tenemos al diablo —le quitó importancia Spiridón mirando por el rabillo del ojo a Sologdin, a quien conocía poco—. Bueno, me largo.

Y con las orejeras de su gorro graciosamente caídas a los lados como las orejas de un mastín, Spiridón se fue en dirección a los cuerpos de guardia, donde no dejaban entrar a ningún otro presidiario.

—¿Y el hacha? ¡Spiridón! ¿Dónde está el hacha? —recordó Sologdin a sus espaldas.

—El guardia de servicio te la traerá —respondió Spiridón, y desapareció.

—Bueno —dijo Nerzhin frotando con fuerza el trapo velludo por su pecho y por su espalda—, estoy a malas con Antón. Me referí al Número 7 como al «cadáver de un borracho bajo la cerca de Marfino». Por si fuera poco, ayer por la tarde me propuso el traslado al grupo de criptografía y rehusé.

Sologdin movió la cabeza y soltó una risita que más parecía de desaprobación. Al sonreír, dentro de sus bigotes rubios, claros, algo canos, cuidadosamente recortados, y de la barbita de las mismas características, relucían las perlas de unos dientes robustos, no tocados por caries, pero cortados por alguna fuerza externa.

—No te comportas como un calculador, sino como un trovador.

Nerzhin no se sorprendió: tanto la palabra «matemático» como la palabra «poeta» habían sido sustituidas por la conocida extravagancia de Sologdin: hablar la llamada Lengua de la Claridad Máxima sin emplear palabras «ornitológicas», es decir, extranjeras.

Medio desnudo, fricciónándose sin prisa con la pequeña toalla, Nerzhin dijo tristemente:

—Sí, no es propio de mí. Pero siento tanto fastidio por todo que ya no deseo nada. Si hay que ir a Siberia, iré a Siberia... Por desgracia observo que Liovka tiene razón, no valgo para escéptico. Es evidente que el escepticismo no es solamente un sistema de puntos de vista sino ante todo un carácter. Y a mí me gusta mezclarme en los acontecimientos. Y puede también que... darle a alguno en los morros.

Sologdin se apoyó más cómodamente en el trípode.

—Me alegra profundamente, amigo mío. Tu profundizada incredulidad (que se llama «escepticismo» en la Lengua de Aparente Claridad) era inevitable en el camino de vuelta del... narcótico satánico —quería decir del «marxismo», pero no sabía cómo sustituir esta palabra en ruso— a la luz de la verdad. Ya no eres un niño —Sologdin era seis años mayor que él— y debes definirte espiritualmente, comprender la correlación entre el bien y el mal en la vida humana. Y debes elegir.

Sologdin contempló a Nerzhin con aire significativo, pero este no manifestó ninguna intención de estudiar el asunto y elegir entre el bien y el mal. Gleb se puso la camiseta, que le venía pequeña, y metió los brazos en las mangas del mono. Luego repuso:

—¿Y por qué, en una declaración tan importante, no mencionas que tu razón es débil y que eres «una fuente de errores»? —y levantó la cabeza para mirar a su amigo como si fuera la primera vez que lo viera—: Escucha, pese a todo tú estás por... «la luz de la verdad» y por «la prostitución del bien», ¿verdad? ¿Y, en el duelo de Pushkin, tenía razón D'Anthés?

La sonrisa satisfecha de Sologdin puso al descubierto una hilera incompleta de dientes redondeados y alargados.

—Pero creo haber defendido con éxito estas proposiciones, ¿o no?

—Sí, claro, pero eso de que en una misma cavidad craneal, en un mismo pecho...

—Así es la vida, acostúmbrate a ello. Te confieso que soy como un huevo de madera desmontable. Hay en mí nueve esferas.

—¿Esfera es una palabra «ornitológica»!

—Lo siento. Ya ves qué poca inventiva tengo. Hay en mí nueve... «bolas». Raramente permito que nadie vea las del interior. No olvides que vivimos con la visera cerrada. ¡Toda la vida con la visera cerrada! Nos han obligado. Pero en general, la gente, sin necesidad de que la obliguen, es más complicada de como nos la describen las novelas. Los escritores se esfuerzan en explicarnos a las personas hasta el fin, y en la vida nunca las conocemos hasta el fin. Por esto me gusta Dostoyevski: ¡Stavroguin! ¡Svidrigailov! ¡Kirillov! ¿Qué clase de personas son? Cuanto más las conoces menos las entiendes.

—Por cierto, ¿dónde sale ese Stavroguin?

—¡En *Diablos*! ¿No lo has leído? —se asombró Sologdin.

La corta toallita, algo húmeda, envolvía ahora el cuello de Nerzhin a guisa de bufanda. Sobre la cabeza se había encasquetado una vieja gorra de oficial, de la época de la guerra, abierta ya por las costuras.

—¿*Diablos*? ¿Crees que mi generación...? ¡Vaya, hombre! ¿De dónde lo iba a sacar? ¡Es literatura contrarrevolucionaria! ¡Era sencillamente peligroso! —se puso también la chaqueta acolchada—. Pero en general no estoy de acuerdo contigo. Cuando un nuevo preso atraviesa el umbral de la celda y tú te asomas desde la litera y lo taladras con los ojos, ¿no haces una evaluación inmediata de lo principal, es decir, de si es un amigo o un enemigo? ¡Y siempre sin lugar a error, eso es lo sorprendente! ¿Y dices que es muy difícil comprender a un hombre? Por ejemplo, ¿cómo nos conocimos tú y yo? Llegaste a la *sharashka* cuando el lavabo estaba todavía en la escalera principal, ¿lo recuerdas?

—Claro.

—Yo bajé por la mañana silbando no sé qué, algo frívolo. Tú estabas secándote y separaste la cara de la toalla en la penumbra. ¡Me quedé de una pieza! Me pareció la faz de un icono. Más tarde lo miré mejor y vi que no tenías nada de santo, no voy a halagarte...

Sologdin soltó una carcajada.

—... Tu cara no era dulce en absoluto, pero sí extraordinaria... Y enseguida me inspiraste confianza, y cinco minutos después ya te estaba contando...

—Me impresionó tu ligereza.

—¡Un hombre con esos ojos no podía ser un chivato!

—Mala cosa si se puede leer en mí tan fácilmente. En el campo de concentración hay que parecer uno del montón.

—Y aquel mismo día, después de escuchar hasta la saciedad tus confidencias evangélicas, te lancé una preguntita...

—... propia de los Karamázov.

—¡Lo recuerdas!: ¿qué hacer con los presos comunes? ¿Y qué dijiste? ¡Al paredón! ¿No?

La mirada de Nerzhin parecía comprobar una cosa: ¿habría cambiado Sologdin de opinión?

Pero el azul de los ojos de Dmitri Sologdin era imperturbable. Cruzando teatralmente los brazos sobre el pecho —esta posición se le daba bien— pronunció con énfasis:

—¡Amigo mío! Sólo los que anhelan la muerte del cristianismo desean convertirse a la fe de los castrados. Pero el cristianismo es la fe de los fuertes de espíritu. Hemos de poseer el valor de ver el mal del mundo y extirparlo. Espera, ya llegarás tú también a Dios. Tu in-cre-du-li-dad-pe-se-a-to-do no es un buen terreno para el hombre que piensa, es pobreza de espíritu.

—Tú sabes que ni siquiera —Nerzhin suspiró— estoy en contra de admitir la existencia de un Creador del mundo, de una Razón Suprema del Universo. Incluso lo percibo, si quieres. Pero ¿crees que si me enterara de que Dios no existe sería menos moral?

—¡Desde luego!

—Yo no lo creo. ¿Y por qué quieres, por qué queréis todos vosotros, no sólo admitir la existencia de Dios en general, sino necesariamente la del Dios cristiano en concreto, y su trinidad y su inmaculada concepción?... ¿Vacilaría mi fe, mi deísmo filosófico, si me enterara de que no

tuvo lugar ni uno solo de los milagros del Evangelio? ¡En absoluto!

Sologdin levantó severamente la mano con un dedo extendido:

—¡No hay otro camino! ¡Si pones en duda un solo dogma de la fe, una sola palabra de las Escrituras, todo se viene abajo! ¡Eres un ateo! —Cortaba el aire con la mano como si llevara en ella un sable.

—¡Así es como alejáis a los hombres! ¡O todo o nada! Ningún compromiso, ninguna indulgencia. ¿Y si no puedo aceptarlo todo por entero? ¿Qué puedo proponer? ¿Con qué defenderme? Es lo que digo: sólo sé que no sé nada.

El aprendiz de Sócrates cogió la sierra y tendió el otro mango a Sologdin.

—De acuerdo, de esto no hablaremos partiendo leña —aceptó el otro.

Se habían enfriado y emprendieron alegremente la tarea de aserrar. La sierra escupía el polvo marrón de la corteza. La sierra no se deslizaba tan sabiamente como con Spiridón, pero de todos modos iba ligera. Muchas mañanas de trabajo habían hecho adaptarse a los dos amigos a la tarea de aserrar, y esta se desarrollaba sin reproches recíprocos. Aserraban con esas ganas y ese placer que da el trabajo cuando no es forzado ni provocado por la necesidad.

Sólo en el cuarto corte, Sologdin, vivamente sonrosado, refunfuñó:

—Con tal de que no pillemos un nudo...

Y después del cuarto tronco, Nerzhin murmuró:

—Sí, era nudoso el carroña ese.

El aromático serrín, unas veces blanco y otras amarillo, se depositaba sobre los pantalones y los zapatos de los aserradores a cada susurro de la sierra. El trabajo uniforme imponía calma y reelaboraba los pensamientos.

Nerzhin, que se había levantado de malhumor aquella mañana, pensaba ahora que los campos de concentración sólo habían podido aturdirle el primer año, que ahora tenía un talante muy distinto: no intentaría hacerse el tonto ni temería a los presos comunes, sino que saldría lentamente, con conocimiento de las profundidades vitales, y acudiría a la llamada matinal con su chaqueta acolchada manchada de estuco o de mazut, a trabajar al máximo la jornada de doce horas, y lo haría así durante los cinco años de condena que le quedaban. Cinco años no es lo mismo que diez. Sobrevivir cinco años es posible. Basta con recordar continuamente que la cárcel no es sólo una maldición, sino también una bendición.

Así reflexionaba mientras iban tirando de la sierra por turno. De ningún modo habría podido imaginar que su compañero, al par que tiraba de la sierra, pensara que la cárcel no era más que una pura maldición de la cual debía liberarse algún día.

En aquel momento, Sologdin pensaba en un gran éxito, prometedor de libertad, que había conseguido secretamente en los últimos meses de trabajos forzados. Debía oír la sentencia definitiva después del desayuno, y preveía por anticipado que sería aprobado. Con tumultuoso orgullo pensaba ahora Sologdin en su cerebro agotado después de tantos años de procesos y de hambre en los campos de concentración, después de tantos años de privación de fósforo. ¡Pero que había sido capaz de resolver una destacada tarea de ingeniero! ¡Cómo se nota en los hombres de cuarenta años este despegue de las fuerzas vitales! Sobre todo cuando la exuberancia carnal no se

encamina a engendrar niños, sino que de manera misteriosa se transforma en poderosas ideas.

Seguían serrando y serrando, sus cuerpos estaban enardecidos, sus caras llameaban, sus chaquetas habían sido arrojadas sobre los troncos, y los leños se apilaban en un buen montón junto al trípode. Todavía no tenían el hacha.

—¿No habrá bastante? —preguntó Nerzhin—. Quizá estamos serrando demasiada.

—Descansemos —aceptó Sologdin dejando la sierra, que al doblarse emitió el zumbido de una chapa.

Ambos se quitaron la gorra. Los espesos cabellos de Nerzhin y los ralos de Sologdin desprendían vapor. Respiraron profundamente. El aire parecía penetrar en los más estantíos rincones de su interior.

—Pero si te envían al campo de concentración —preguntó Sologdin—, ¿qué va a ser de tu trabajo sobre el Nuevo Tiempo Turbio? —(Eso significaba «antes de la revolución»).

—¿Y qué? No soy aquí un privilegiado, ya sabes. La amenaza del calabozo por guardar una sola línea escrita es igual aquí que allí. Tampoco aquí puedo consultar en una biblioteca pública. Y a los archivos no me darán acceso, probablemente, en todos los días de mi vida. Y si hablamos de papel limpio, una corteza de abedul o de pino la encontraré también en la taiga. Y no hay registro que me pueda quitar mi supremacía: el dolor experimentado, y el que he visto en los demás, puede sugerirme no pocas hipótesis sobre la historia, ¿eh? ¿No te parece?

—¡Mag-ní-fi-co! —soltó Sologdin como un denso suspiro—. Veo que algo has comprendido. Veo que ya has renunciado a pasarte primero quince años leyendo todos los libros que traten del tema, ¿verdad?

—Por una parte sí; pero, por otra parte, ¿de dónde los iba a sacar?

—¡Sin el «por otra parte»! —exclamó Sologdin previniéndole—. Compréndelo: ¡el pensamiento! —levantó la cabeza y la mano—. ¡Una fuerte idea inicial determina el éxito de cualquier asunto! ¡Y la idea debe ser *propia*! El pensamiento, como un árbol vivo, da fruto sólo si se desarrolla de modo natural. ¡Los libros y las ideas ajenas son las tijeras que recortan la vida de tu pensamiento! Primero hay que encontrar las ideas por uno mismo, y sólo luego comprobarlas con los libros. —Sologdin miró a su amigo inquisitivamente—: ¿Mantienes tu intención de leerte los treinta volúmenes rojos de pe a pa?

—¡Sí! Comprender a Lenin es comprender la mitad de la revolución. ¿Y dónde se manifiesta mejor sino en sus libros? Además, los encontraré en cualquier parte, en cualquier isba-biblioteca.

Sologdin se puso la gorra y se sentó incómodamente en el trípode. Su rostro se había

oscurecido.

—Eres un loco. Vas a martillearte la cabeza. ¡No sacarás nada! Mi deber es prevenirte.

Nerzhin tomó también la gorra del saliente del trípode y se sentó sobre un montón de leños.

—Sé digno de tu... ciencia calculadora. Aplica el procedimiento de los puntos condicionales. ¿Cómo se investiga un fenómeno desconocido? ¿Cómo se busca una curva no especificada? ¿Por el total? ¿O por puntos aislados? ¡Está muy claro! —apresuró Nerzhin, que era enemigo de las digresiones—. Buscamos los puntos de ruptura, los puntos de retorno, los puntos extremos y finalmente los puntos cero. Y la curva está en nuestras manos.

—Entonces, ¿por qué no aplicar esto a la «faceta cotidiana»? —(A la faceta histórica, tradujo en su fuero interno Nerzhin a la Lengua de Aparente Claridad)—. Abarca la vida de Lenin con un ojo, advierte en ella las principales rupturas de la continuidad, los intensos cambios de orientación, y lee sólo aquello que haga referencia a ellos. ¿Cómo se comportó en *esos* instantes? Y tienes a todo el hombre. El resto no te sirve absolutamente para nada.

—O sea que, cuando te pregunté qué hacer con los presos comunes, ¿te apliqué sin darme cuenta el método de los puntos convencionales? —le preguntó Nerzhin.

Una sonrisa esquiva estrechó los párpados alrededor de los ojos claros de Sologdin. Con aire de preocupación se echó la chaqueta sobre los hombros y cambió de postura sobre el trípode aunque consiguiendo la misma incomodidad.

—Me has emocionado, Glebchik. Ahora, tu partida puede llegar súbitamente. Nos separaremos. Uno de los dos perecerá. O los dos. ¿Viviremos hasta el día en que la gente se encuentre y charle abiertamente? Desearía tener tiempo para confiarte por lo menos... por lo menos algunas conclusiones sobre las vías de la creatividad, sobre la unidad entre el objetivo, su ejecutor y el trabajo de este. Podrían serte útiles. Como es natural, me estorba mucho la imperfección de mi lenguaje, lo expondría de algún modo torpe...

¡Era el estilo de Sologdin! Antes de arriesgarse a uno de sus brillantes pensamientos, nunca dejaba de rebajarse a sí mismo.

—Sí, claro —le apoyó Nerzhin para acelerar el proceso—, tu débil memoria, y el hecho de que eres un «recipiente de errores»...

—Sí, sí, precisamente —confirmó Sologdin con una breve sonrisa—. Así pues, conociendo mis imperfecciones, he empleado largos años de cárcel en elaborar esas normas que concentran la voluntad como estrechándola dentro de una anilla de hierro. Estas normas vienen a ser «una observación general de las vías de acceso» al trabajo.

Una metodología, tradujo como de costumbre Nerzhin esa perífrasis de la Lengua de la Claridad Máxima. Sentía sus hombros transidos de frío y también se echó la chaqueta encima.

Era evidente, por el aumento de la luz diurna, que pronto deberían abandonar la leña y acudir a la llamada matutina. A lo lejos, ante la dirección de la cárcel, bajo el bosquecillo de los tilos hechizados y helados de Marfino, se vislumbraba el paseo matinal de los presidiarios. Entre los paseantes se elevaba la erecta y flaca figura del pintor Kondrashov-Ivánov, de cincuenta años, y la no menos larga, pero de hombros encorvados, del exarquitecto particular de Stalin, el ahora olvidado Merzhanov. Podía verse también a Lev Rubin, que se había dormido y ahora intentaba

llegar a «la leña», pero el vigilante no se lo permitía: era tarde.

—Mira, allí está Liovka con la barba enmarañada.

Soltaron una carcajada.

—De modo que, si quieres, cada mañana te comunicaré algunas normas de esas.

—Adelante. Probemos.

—Por ejemplo: ¿cómo enfrentarse a las dificultades?

—¿No desmoralizándose?

—No basta.

Sologdin contemplaba, por encima de Nerzhin, las pequeñas y densas matas abatidas por la escarcha y apenas acariciadas por el inseguro color rosa de oriente: el sol vacilaba, no sabía si mostrarse o no. La cara de Sologdin, seria, flaca, con rubia barbita rizada y cortos bigotes rubios, recordaba en algo la faz de Alexandr Nevski.

—¿Cómo enfrentarse a las dificultades? —proclamó—. En el campo de lo ignoto hay que considerar las dificultades como un *tesoro* escondido. Normalmente, cuanto más difícil, más útil. Pero las dificultades no son tan valiosas si provienen de la lucha con uno mismo. ¡Sin embargo, cuando las dificultades tienen su origen en la creciente resistencia del asunto, *es magnífico!* —Por el rostro enardecido de Alexandr Nevski pasó una especie de rosado crepúsculo que tenía el reflejo de unas dificultades maravillosas como el sol—. La vía de investigación más gratificante es cuando una resistencia externa mayor se enfrenta a una resistencia interna menor. Hay que considerar los fracasos como la necesidad de continuar aplicando esfuerzo y concentración de voluntad. Y si los esfuerzos aplicados ya eran considerables, ¡tanto más satisfactorio es el fracaso! ¡Significa que nuestra palanca ha golpeado el arca de hierro del tesoro! ¡Y la superación de crecientes dificultades es tanto más valiosa porque el fracaso hace que el ejecutor crezca a la par que la dificultad a la que se enfrenta!

—¡Bravo! ¡Eso tiene fuerza! —dijo Nerzhin desde los troncos.

—Esto no significa que nunca se deba renunciar a poner más esfuerzo. Nuestra palanca puede golpear también la piedra. Una vez convencido de que los recursos son insuficientes o de que el ambiente es vivamente hostil, uno puede renunciar incluso al objetivo propuesto. ¡Pero lo importante es fundamentar rigurosamente esta renuncia!

—En esto, yo no creo... estar de acuerdo —repuso Nerzhin lentamente—. ¿Qué ambiente puede haber más hostil que la cárcel? ¿Dónde pueden ser más insuficientes nuestros recursos? Y en cambio llevamos a cabo nuestra tarea. Renunciar ahora podría ser renunciar para siempre.

Los matices del crepúsculo recorrieron el matorral y fueron ahogados por compactas nubes grises.

Como si separara los ojos de unas tablas que acabara de leer, Sologdin miró con aire distraído a Nerzhin desde arriba. Y de nuevo hizo como si leyera, con voz ligeramente cantarína:

—Ahora escucha: ¡*La regla de los últimos centímetros!* ¡El campo de los últimos centímetros! En la Lengua de la Claridad Máxima se comprende enseguida de qué se trata. El trabajo está ya casi terminado, el objetivo casi alcanzado, todo parece cumplido y superado, ¡pero la calidad del objeto no es *la debida!* Se necesitan añadiduras, tal vez investigaciones. En este instante de fatiga

y de autosatisfacción resulta especialmente tentador abandonar el trabajo sin haber alcanzado la cima de la calidad. El trabajo en el campo de los últimos centímetros es complejo, muy complejo, pero también es especialmente valioso ¡pues se ejecuta con los medios más perfectos! ¡La regla de los últimos centímetros consiste precisamente en no renunciar a este trabajo! ¡Ni tampoco aplazarlo, pues el sistema mental del ejecutor abandonaría el campo de los últimos centímetros! ¡Ni escatimar el tiempo que va a emplearse en ello, pues el objetivo es siempre conseguir la perfección, no una rápida terminación!

—¡Muuuy bien! —murmuró Nerzhin.

Con una voz muy diferente, algo basta y burlona, Sologdin dijo:

—¿Qué hace usted, subteniente? No le reconozco. ¿Por qué nos retiene el hacha? Ya no nos queda tiempo para partir la leña.

El subteniente Nadelashin, de cara de luna, era brigada desde hacía poco. Al ascenderle a oficial, los presos de la *sharashka*, que sentían afecto por él, lo rebautizaron con el nombre de «Sub».

En aquel momento llegaba a pequeños pasitos, jadeando graciosamente. Entregó el hacha, sonrió con aire culpable y respondió prestamente:

—Se lo ruego, se lo ruego muy encarecidamente, Sologdin, ¡parta leña! En la cocina no queda nada, no tienen con qué hacer la comida. ¡No puede imaginarse el trabajo que tengo, aparte de ocuparme de vosotros!

—¡Quéé! —resopló Nerzhin—. ¿Trabajo? ¡Subteniente! Pero ¿acaso usted trabaja?

El oficial de servicio volvió su cara de luna hacia Nerzhin. Frunciendo la frente, recitó de memoria:

—“El trabajo es la superación de la resistencia”. Cuando ando de prisa supero la resistencia del aire, y por lo tanto también trabajo —quiso permanecer imperturbable, pero una sonrisa iluminó su rostro cuando Sologdin y Nerzhin soltaron la carcajada al aire, ligeramente helado—. ¡Por tanto, partidla, os lo ruego!

Y dando media vuelta se fue arrastrando los pies hacia la Dirección de la cárcel, donde en aquel momento se vislumbraba la figura y el capote del jefe de la misma, el teniente coronel Klimentiev.

—Glebchik —se sorprendió Sologdin—. ¿Me traicionan los ojos? ¿Es Klimentiadis? —Aquel año los periódicos hablaban mucho de los presos griegos que desde sus celdas telegrafiaban a todos los Parlamentos, y a la ONU, comunicando las calamidades que estaban soportando. En la *sharashka*, donde no siempre los presos podían enviar ni siquiera postales a sus esposas, y no hablemos ya de enviarlas a los parlamentos extranjeros, se adoptó la costumbre de cambiar por nombres griegos los apellidos de los jefes de la cárcel: Myshinopulo, Klimentiadis, Shikinidi—. ¿Qué hace aquí Klimentiadis en domingo?

—¿No lo sabes? Seis hombres tienen entrevista.

Al recordarle esto a Nerzhin, el alma de este, tan inspirada durante la leña de la mañana, volvió a inundarse de amargura. Había pasado casi un año desde que le concedieran la última entrevista, ocho meses desde que presentó la instancia, y no se la habían negado ni concedido.

Entre otros muchos motivos, se debía a que no daba la dirección de la residencia estudiantil donde vivía su esposa —para salvar los estudios de esta, que aspiraba al puesto de ayudante en la universidad—, sólo la de “lista de correos”. Y la cárcel no quería enviar cartas a la lista de correos. Gracias a su concentrada vida interior, Nerzhin estaba libre del sentimiento de la envidia. Ni el salario ni la alimentación de otros presos más dignos enturbiaba su tranquilidad. Pero la sensación de injusticia en las entrevistas, la sensación de que unos las tenían cada dos meses mientras su vulnerable esposa vagaba suspirando bajo los muros de la fortaleza de la prisión, lo martirizaba.

Por si fuera poco, aquel día era su cumpleaños.

—¿Tienen entrevista? Sí... —sintió envidia también Sologdin, con la misma amargura—. Los chivatos la tienen cada mes. Y yo no veré nunca más a mi Nínochka...

(Sologdin no utilizaba la expresión “hasta que termine la condena”, porque había tenido ocasión de saber que las condenas pueden no tener fin).

Vio que Klimentiev se detenía un momento con Nadelashin y entraba en Dirección.

Y de pronto dijo rápidamente:

—¡Gleb! Tu mujer, Nadia, conoce a la mía. Si te visita, procura rogarle que busque a Nínochka y que le diga tres palabras de mi parte —miró al cielo—: ¡Te ama! ¡Te saluda! ¡Te adora!

—¿Qué dices? ¡Pero si a mí me han prohibido las entrevistas! —dijo Nerzhin despechado mientras se las apañaba para cortar su leño por la mitad.

—¡Pues mira!

Nerzhin volvió la cabeza. El «Sub» iba hacia ellos y lo llamaba desde lejos con el dedo. Gleb dejó caer el hacha, cogió la chaqueta, que derribó la sierra con breve tañido, y echó a correr como un crío. Sologdin contempló cómo el «Sub» conducía a Nerzhin a Dirección, luego puso el tronco verticalmente y descargó el instrumento con tal encarnizamiento que no sólo partió el leño en dos trozos, sino que clavó además el hacha en la tierra.

Por lo demás, el hacha era de la Administración.

Al citar la definición de trabajo que daba el manual escolar de física, el subteniente Nadelashin no mentía. Aunque su trabajo sólo se prolongaba durante doce horas cada dos días, era un trabajo embarazoso, lleno de carreras por los pisos y con un alto grado de responsabilidad.

La noche anterior, el servicio de guardia había sido especialmente dificultoso. Entró de servicio a las nueve de la noche, y apenas había empezado a comprobar que todos los presos, en número de 281, estuvieran presentes, a mandarlos al trabajo nocturno, y a distribuir los puestos de guardia (en el descansillo de la escalera, en el pasillo de Dirección, y una patrulla bajo las ventanas de la cárcel), tuvo que abandonar la tarea de dar de comer e instalar a un nuevo contingente de presos al ser llamado por el *oper*, el comandante Mishin, que todavía no se había marchado a casa.

Nadelashin era un hombre excepcional, no sólo entre los carceleros (o, como ahora se les llamaba, los obreros penitenciarios), sino en general, entre sus compatriotas. En un país en que el vodka no se diferencia del agua ni por el aspecto de la palabra⁸, Nadelashin no lo tomaba ni cuando estaba resfriado. En un país en el que uno de cada dos hombres ha pasado por la academia de la palabrota, sea en el campo de concentración sea en el frente de guerra, y en el que utilizan con sencillez los tacos no sólo los borrachos en presencia de los niños (y los niños en sus juegos infantiles), y no sólo al subir en un autobús interurbano, sino también en conversaciones íntimas, Nadelashin no sabía blasfemar, ni siquiera utilizar palabras tales como «diablo» y «canalla». Cuando estaba irritado, sólo se servía de una frase hecha, «¡así un toro te cornee!», y a menudo ni siquiera en voz alta.

También esta vez dijo «así un toro te cornee», y se apresuró a presentarse ante el comandante.

El *oper* Mishin, el comandante patológicamente gordo y de cara amoratada a quien Bobynin había tachado injustamente de parásito en su conversación con el ministro, se había quedado a «trabajar» aquella tarde de sábado debido a extraordinarias circunstancias. Confió a Nadelashin una misión:

- comprobar si había empezado la celebración de la Navidad alemana y letona;
- tomar nota, en cada grupo, de todos aquellos que celebraran la Navidad;
- vigilar personalmente, y también por medio de carceleros ordinarios enviados cada diez minutos, si se bebía vino con este motivo, de qué hablaban entre ellos y, sobre todo, si hacían propaganda antisoviética;
- en lo posible, descubrir infracciones del régimen penitenciario y cortar aquella absurda

orgía religiosa.

No dijo «cortar» a secas sino «en lo posible». La celebración pacífica de la Navidad no era un acto directamente prohibido, sin embargo el corazón del camarada Mishin, entregado al partido, no podía soportarlo.

El subteniente Nadelashin, con su fisonomía de impasible luna invernal, recordó al comandante que ni él, ni menos aún sus carceleros, conocían el idioma alemán y el idioma letón (incluso sabían el ruso bastante mal).

Mishin recordó que él mismo, después de cuatro años de comisario en una compañía destinada a un campo de concentración de prisioneros de guerra alemanes, sólo había aprendido tres palabras: *Halt!*, *Zurück!* y *Weg*^s! y redujo las exigencias de sus instrucciones.

Oída la orden, Nadelashin saludó torpemente (de vez en cuando les daban también instrucción militar) y fue a distribuir los presos recién llegados, para lo cual tenía también una lista del *oper* indicando en qué sala y en qué litera debía colocar a cada uno. (Mishin concedía gran importancia a la distribución planificada de literas en las salas penitenciarias, donde había repartido uniformemente también a sus informadores. Sabía que las conversaciones más sinceras no tienen lugar en medio de la agitada jornada laboral, sino antes de dormir, y que las más sombrías manifestaciones antisoviéticas se dan por las mañanas, por lo que resulta especialmente importante vigilar a la gente junto a su cama).

Luego, Nadelashin pasó puntualmente, una sola vez, por cada habitación donde se celebraba la Navidad, como si calculara cuántos vatios tenían las bombillas que allí había. Y mandó a los carceleros que pasaran una vez. Y anotó los nombres en una pequeña lista.

Después, el comandante Mishin volvió a llamarlo, y Nadelashin le entregó la lista. A Mishin le interesó especialmente que Rubin hubiera estado con los alemanes. Anotó este hecho en el expediente.

Más tarde llegó el momento del cambio de guardia, y de mediar en la disputa de dos celadores sobre quién había estado más tiempo de guardia la última vez y quién debía tiempo a quién.

Finalmente, el toque de queda, la discusión con Prianchikov acerca del agua caliente, la inspección de todas las habitaciones, la extinción de la luz blanca y el encendido de la azul. Entonces lo llamó de nuevo el comandante Mishin, que continuaba sin marcharse a su casa (en casa tenía la mujer enferma y no quería pasarse la noche escuchando sus lamentaciones). El comandante Mishin estaba sentado en su butaca y tenía a Nadelashin de pie. Le preguntó si había observado con quién paseaba Rubin habitualmente, y si en la última semana se habían dado casos de que hablara provocativamente de la Administración penitenciaria o presentara alguna demanda en representación de la masa de presidiarios.

Nadelashin ocupaba un puesto especial entre sus colegas, los oficiales del MGB, jefes de los turnos de guardia. Le reprendían mucho y con frecuencia. Su innata bondad le había impedido durante largo tiempo servir en los órganos de seguridad. De no haberse adaptado, lo habrían expulsado hacía tiempo o incluso llevado a los tribunales. Cediendo a su inclinación natural, Nadelashin nunca había sido grosero con los presidiarios, les sonreía con sincera bondad y, en toda insignificancia en la que pudiera dulcificar el régimen, lo dulcificaba. Por todo esto, los

presos lo querían, nunca se quejaban de él, nada hacían contra su voluntad, e incluso no les intimidaba su presencia cuando conversaban. Estaba alerta para vigilar y para oír, era bastante culto y anotaba todo en una agenda especial, de cuyos materiales informaba a la superioridad compensando con ello las demás faltas que cometía en el servicio.

En esta ocasión, sacó su agenda y comunicó al comandante que el 17 de diciembre los presos iban en grupo por el pasillo inferior para salir de paseo y Nadelashin les seguía. Los presos refunfuñaban diciendo que el día siguiente era domingo y no había manera de que las autoridades les concedieran el derecho a paseo, pero Rubin dijo: «¿Cuándo comprenderéis, compañeros, que no conmooveréis a esos canallas?».

—¿Lo dijo así: «esos canallas»? —se iluminó el amoratado Mishin.

—Así lo dijo —confirmó cara de luna Nadelashin con mansa sonrisa.

Myshin volvió a abrir el mismo expediente, lo anotó, y ordenó además que formalizara aparte la denuncia.

El comandante Mishin odiaba a Rubin y coleccionaba material que lo perjudicara. Cuando entró a trabajar en Marfino y se enteró de que Rubin, un excomunista, se jactaba en todas partes de continuar siéndolo en su interior a despecho del «encarcelamiento», Mishin lo llamó y sostuvo con él una conversación sobre la vida en general y sobre su «trabajo conjunto» en particular. Mishin planteó la cuestión a Rubin como recomendaban en las reuniones de instrucción:

—si eres un hombre soviético, nos *ayudarás*;

—si no nos ayudas, no eres un hombre soviético;

—si no eres un hombre soviético, serás un hombre antisoviético, digno de una nueva condena.

Pero Rubin preguntó: «¿Y con qué hay que escribir las delaciones, con tinta o con lápiz?».

«Mejor con tinta», aconsejó Mishin. «Pues veré, mi fidelidad al régimen soviético ya la he demostrado con sangre, no necesito demostrarla ahora con tinta».

Así descubrió Rubin al comandante toda su falsía y duplicidad. El comandante le llamó aún en otra ocasión.

Entonces, Rubin, con evidente perfidia, salió del paso diciendo que si lo habían encerrado era evidente que desconfiaban políticamente de él, y mientras esto fuera así no podía llevar a cabo ningún trabajo conjunto con el *oper*.

A partir de entonces, Mishin le guardaba rencor y reunía contra él todo lo que podía.

No había terminado todavía la conversación entre el comandante y el subteniente cuando llegó un automóvil del Ministerio de Seguridad del Estado en busca de Bobynin. Aprovechando tan feliz concatenación de circunstancias, Mishin, que había salido con sólo la guerrera puesta, no se apartó del coche, e invitó al oficial recién llegado a entrar a calentarse, llamando su atención sobre el hecho de que se pasaba allí las noches. Al mismo tiempo, apremiaba y daba órdenes a Nadelashin, y, por lo que pudiera ser, preguntaba al propio Bobynin si se había puesto ropa de abrigo (con toda intención, Bobynin no se había puesto, para ese trayecto, el buen abrigo que le habían entregado, sino la chaqueta acolchada del campo de concentración).

Después de la partida de Bobynin no tardaron en llamar a Prianchikov. ¡Con mayor motivo, el comandante no podía irse a casa! Para matar el tiempo, a la espera de que llamaran a alguien más

y de que volviera, el comandante fue a comprobar cómo pasaba el tiempo el turno de vigilancia que estaba de descanso (se batían al dominó) y empezó a examinarles sobre el tema de la historia del partido (pues era responsable de su nivel político). Los celadores, aunque teóricamente estaban de servicio en aquel momento, respondían a las preguntas del comandante con un disgusto muy legítimo. Sus respuestas fueron lamentables: aquellos guerreros no sólo no recordaban el título de ninguna obra de Lenin y de Stalin, sino que incluso dijeron que Plejánov era un ministro del zar, y que mandó disparar contra los obreros petersburgueses el 9 de enero. Por todo ello, Mishin amonestó a Nadelashin, culpable de la relajación de su turno de vigilancia.

Más tarde, Bobynin y Prianchikov volvieron juntos, en el mismo coche, pero, como no deseaban contarle nada al comandante, se fueron a dormir. Desilusionado, y más aún, alarmado, el comandante se fue en el mismo coche para no ir a pie: los autobuses ya no funcionaban.

Los celadores libres de guardia denostaron al comandante a sus espaldas, y decidieron acostarse —también Nadelashin tenía intención de echar una cabezadita con un ojo abierto—, pero no fue ese el caso: sonó el teléfono en el cuarto de guardia de los vigilantes de escolta, encargados de las torres que rodeaban el edificio de Marfino. El jefe de la guardia comunicó muy excitado que le había telefonado el centinela de la torre del ángulo sudoeste. En medio de una niebla que se tornaba densa por momentos, había visto claramente a un hombre de pie, escondido tras la esquina del cobertizo de la leña; después, el hombre había intentado arrastrarse hasta el alambre de espino de la parte anterior a la zona, pero asustado por el grito del centinela había huido a las profundidades del patio. El jefe de la guardia comunicó que telefonaría inmediatamente al estado mayor de su regimiento y redactaría un informe de aquel suceso extraordinario, pero que de momento pedía al oficial de servicio que diera una batida por el patio.

Aunque Nadelashin estaba firmemente convencido de que todo eran figuraciones del centinela, y que los presos estaban bien encerrados tras las nuevas puertas de hierro y los antiguos y sólidos muros de cuatro ladrillos de anchura, el hecho de que el jefe de la guardia redactara un informe exigía de él enérgicas medidas, así como el correspondiente informe. Por ello puso en estado de alerta al turno de descanso y condujo a sus hombres, provistos de lamparillas del modelo Murciélagos, por el gran patio envuelto en la niebla. Después, fue personalmente por todas las salas, guardándose de encender la luz blanca (para que no hubiera excesivas quejas). Bajo la luz azul no veía lo bastante y se golpeó fuertemente la rodilla en un catre antes de comprobar, iluminando con la lamparilla eléctrica las cabezas de los presos dormidos, que eran doscientas ochenta y una.

Hecho esto, fue a la oficina y redactó un informe de lo sucedido con su caligrafía redonda y clara que reflejaba la transparencia de su alma. Lo hizo en nombre del jefe de la Prisión Especial, teniente coronel Klimentiev.

Y ya había llegado la mañana, ya era hora de comprobar la cocina, de probar la comida y de tocar diana.

Así pasó la noche del subteniente Nadelashin, quien podía decir a Nerzhin con fundamento que no se comía el pan de balde.

La edad de Nadelashin pasaba mucho de los treinta años, aunque parecía más joven gracias a

su rostro fresco, sin bigote ni barba.

El padre y el abuelo de Nadelashin habían sido sastres, no sastres de lujo, sino artesanos al servicio de la clase media, unos sastres que no desdeñaban tampoco el encargo de darle la vuelta a un traje, de ajustar la ropa del hijo mayor a la talla del menor, o de someterse a la prisa de cada uno. A este oficio habían también destinado a su hijo. A Nadelashin le gustaba desde la infancia este trabajo afable y suave, y se preparaba para él observando y ayudando a los mayores. Pero era el final de la NEP. Fueron a cobrarle a su padre el impuesto anual y lo pagó. Dos días después fueron a cobrarle otro impuesto anual y el padre también lo pagó. Con absoluta desvergüenza, dos días después le fueron a cobrar otro impuesto anual, este triplicado. El padre hizo pedazos la licencia, quitó el letrero e ingresó en la cooperativa. No tardaron en movilizar al hijo, el cual pasó del ejército a las tropas del MVD, de las que más tarde fue trasladado al servicio penitenciario.

Su carrera fue descolorida. En catorce años de servicio, tres o cuatro oleadas de celadores le fueron adelantando, algunos ya eran ahora capitanes, mientras que él sólo hacía un mes que había recibido la primera estrella.

Nadelashin, cuando hablaba, comprendía muchísimo más de lo que decía. Comprendía que aquellas personas presas, privadas de sus derechos, en realidad eran a menudo superiores a él. Y además, con esa cualidad propia de todos los hombres —la de ver a los demás muy parecidos a uno mismo—, Nadelashin no podía concebir que los presos fueran los malvados sanguinarios que pintaban caso por caso en el curso de política.

Con un recuerdo más exacto que el que tenía de determinados trabajos del curso de física, que había estudiado en la escuela nocturna, recordaba cada recoveco de los cinco corredores de la cárcel Bolshaya Lubianka y el interior de cada una de sus 110 celdas. De acuerdo con el reglamento de la Lubianka, los vigilantes se cambiaban cada dos horas, trasladándolos de una parte del corredor a otra (se hacía por precaución, para que no trabaran amistad con sus presos, para que estos no los convencieran o sobornaran; por lo demás, los vigilantes cobraban más que los profesores o los ingenieros). El vigilante tenía la obligación de echar un vistazo a cada mirilla al menos una vez cada tres minutos. Nadelashin, fisionomista excepcional, creía recordar a todos los presos de su planta, del primero al último, de 1935 a 1947 (año en que lo trasladaron a Marfino). Creía recordar tanto a los líderes famosos, como Bujarin, como a los simples oficiales del frente, como Nerzhin. Creía poder reconocer a cualquiera de ellos por la calle con cualquier traje, sólo que nunca volvían a la calle. Únicamente aquí, en Marfino, encontró a algunos de sus antiguos presos, aunque, naturalmente, sin dar a entender que los hubiera reconocido.

Los recordaba embrutecidos por los forzados insomnios en unos *boks* de un metro cuadrado de superficie deslumbrantemente iluminados; los recordaba comiendo sus cuatrocientos gramos de pan húmedo cortado con un hilo; absortos en antiguos y hermosos libros que la biblioteca de la cárcel poseía en abundancia; saliendo en grupo al retrete; poniéndose las manos en la espalda al ser llamados a interrogatorio; conversando alegremente en la última media hora antes del toque de queda; yaciendo las noches de invierno bajo una viva luz con los brazos encima de la manta y envueltos en toallas para tenerlos calientes: el reglamento exigía que se despertara a quienes escondieran los brazos bajo la manta, y que se les obligara a sacarlos.

A Nadelashin le gustaba sobre todo escuchar las discusiones y las conversaciones de aquellos académicos de barba blanca, sacerdotes, antiguos bolcheviques, generales y chistosos extranjeros. Debía escucharlos por imposición del servicio, pero los escuchaba también por su propia iniciativa. Nadelashin habría querido —debido a sus obligaciones nunca lo conseguía— escuchar un relato del principio al fin: cómo vivía antes aquella persona y por qué la habían encarcelado. Le impresionaba que, en los peligrosos meses en que se rompía su vida y se decidía su destino, aquellos hombres encontrarán el valor necesario para no hablar de sus sufrimientos, sino de lo primero que se les ocurría: de los pintores italianos, de las costumbres de las abejas, de la batida contra los lobos, o de cómo construía las casas cierto Kar-bu-sie, aunque no las hubiera construido para ellos.

Un día, Nadelashin tuvo ocasión de escuchar una conversación que le interesó particularmente. Estaba sentado en la parte trasera de un furgón celular y daba escolta a dos presos encerrados dentro. Los trasladaban de Bolshaya Lubianka a la dacha Sujanovski, siniestra prisión de los arrabales de Moscú, de la que muchos salían para ir a la tumba o al manicomio. Nadelashin no había trabajado allí, pero había oído decir que en aquel lugar la alimentación de los presos era un rebuscado tormento: no se les cocinaba una comida basta y cargante como en todas partes, sino que de la casa de reposo vecina les traían una comida delicada y aromática. El tormento consistía en las porciones: daban al preso medio plato de sopa, una octava parte de chuleta, dos trozos de patata cocida. No los alimentaban, les recordaban lo que habían perdido. Era mucho más fastidioso que una escudilla de un bodrio sin sustancia, y servía también para enloquecer a la gente.

Sucedió que, por la razón que fuera, no separaron a los dos presos en el coche celular, sino que los llevaron juntos. Nadelashin no oyó lo que dijeron al principio debido al ruido del motor. Luego el motor tuvo una avería, el chófer se marchó a alguna parte y el oficial se quedó en la cabina. Nadelashin escuchó, a través de la reja de la puerta posterior, la conversación que los presos sostenían en voz baja. Estaban insultando al gobierno y al zar, pero no al actual ni a Stalin, estaban insultando... al emperador Pedro el Grande. ¿Qué mal les había hecho? Lo ponían de vuelta y media. Uno de ellos lo denostaba, entre otras cosas, porque Pedro había deformado y abolido la vestimenta popular rusa y con ello había hecho que el pueblo perdiera su personalidad ante los demás. El preso enumeraba detalladamente los trajes y vestidos que había, el aspecto que tenían y en qué ocasiones se llevaban. Aseguraba que todavía no era tarde para recuperar algunos detalles de estos vestidos y aplicarlos digna y cómodamente al traje moderno en lugar de copiar ciegamente a París. El otro preso bromeaba —¡aún podía bromear!— diciendo que para ello se necesitaban dos hombres: un sastre genial que fuera capaz de combinar todo esto, y un tenor de moda que llevara esos trajes y se fotografiara con ellos. Después, toda Rusia los imitaría rápidamente.

Esta conversación interesó particularmente a Nadelashin porque el trabajo de sastre continuaba siendo su secreta pasión. Después de prestar servicio en la ardiente locura de los pasillos de la principal prisión política, le sosegaba el susurro de la tela, la flexibilidad de los pliegues, la mansedumbre del trabajo.

Cosía para los niños, hacía vestidos para su esposa y trajes para sí mismo. Pero lo mantenía en secreto.

Se consideraba vergonzoso para un militar.

Los cabellos del teniente coronel Klimentiev eran lo que se dice alquitrán: brillantemente negros, como fundidos, lisamente aplanados sobre la cabeza, partidos por una raya, y como pegados en el bigote de herradura. No tenía barriga, a los cuarenta y cinco años mantenía el aspecto de un joven y esbelto militar. Otra cosa: nunca sonreía cuando estaba de servicio, y esto aumentaba la oscura gravedad de su rostro.

Aquel día, pese a ser domingo, llegó incluso antes de lo habitual. Atravesó el patio de recreo en el momento más animado del paseo de los presos, y con media mirada tuvo bastante para observar que había desorden. Sin embargo, no olvidó su grado, no intervino en nada. Entró en la Dirección de la cárcel después de ordenar por el camino al oficial de servicio, Nadelashin, que llamara al preso Nerzhin y que se presentara también él mismo. Al atravesar el patio, el teniente coronel había observado sobre todo que los presos, al cruzarse con él, procuraban, unos, pasar lo más rápidamente posible, y otros retrasarse, darse la vuelta, sólo para no encontrarse con él y no saludarle una vez más. Klimentiev observó fríamente esta circunstancia y no se ofendió. Sabía que aquello era un verdadero desprecio a su cargo sólo en parte: más que nada se sentían violentos ante sus compañeros, temían parecer obsequiosos. Casi todos estos presos, si eran llamados individualmente a su despacho, se mostraban afables y algunos incluso serviles. Las rejas encerraban a gente muy diversa, y su valor era también diferente. Klimentiev lo había comprendido hacía tiempo. Respetando su derecho al orgullo, él defendía implacablemente su propio derecho a ser severo. Soldado en su espíritu, creía no haber impuesto en la cárcel la disciplina humillante del verdugo, sino la sensata disciplina militar.

Abrió el despacho. Hacía calor en él, y reinaba un desagradable olor debido a la pintura que se consumía en los radiadores. El teniente coronel abrió uno de los postigos, se quitó el capote, se sentó tras la mesa, envarado en su guerrera, y examinó la superficie libre del escritorio. En la hojita del calendario correspondiente al sábado, a la que aún no se había dado la vuelta, había una nota:

«¿Un árbol de Navidad?».

Desde este despacho medio vacío, donde los instrumentos de producción consistían únicamente en un archivador metálico con los «expedientes» penitenciarios, media docena de sillas, un teléfono y el pulsador de un timbre, el teniente coronel Klimentiev dirigía sin ningún aparente embrague, tracción ni engranaje la marcha de trescientas vidas presidiarias y el servicio de cincuenta vigilantes.

Pese a trabajar en domingo (tendría fiesta un día laborable) y haber llegado con media hora de anticipación, Klimentiev no había perdido su sangre fría ni su equilibrio habituales.

El subteniente Nadelashin se presentó algo intimidado. En sus mejillas aparecían sendas manchas redondas de rubor. El teniente coronel le daba mucho miedo, aunque ni una sola vez le había estropeado la hoja de servicios pese a sus numerosas negligencias. Ridículo, con su cara redonda y su aspecto nada militar, Nadelashin intentaba vanamente adoptar la posición de firmes.

Informó que la vigilancia nocturna se había desarrollado en completo orden, que no había habido ninguna infracción y que los sucesos extraordinarios eran dos: uno quedaba expuesto en el informe (puso el informe ante Klimentiev, pero lo depositó en un ángulo de la mesa y el informe se desprendió inmediatamente, trazó una rebuscada curva y planeó hasta quedar debajo de una lejana silla; Nadelashin se precipitó tras él y lo trajo de nuevo a la mesa), y el otro era que los presos Bobynin y Prianchikov habían sido llamados por el ministro de Seguridad del Estado.

El teniente coronel frunció las cejas y le interrogó con más detalle acerca de la llamada y del regreso. La noticia, como es natural, era desagradable y hasta inquietante. Ser jefe de la Prisión Especial n.º 1 representaba estar siempre sobre un volcán, y siempre a los ojos del ministro. No se trataba de ningún campo de concentración lejano en medio del bosque, donde el jefe puede tener un harén, unos juglares y dictar sentencia como un señor feudal. Aquí era preciso ser legalista, bailar la cuerda floja de las instrucciones y no soltar ni una gota de ira o de compasión personales. Y Klimentiev era así. No creía que Bobynin o Prianchikov pudieran, aquella noche, quejarse de nada ilegal que él hubiera cometido. Su larga experiencia en el servicio le impedía temer las calumnias por parte de los presidiarios. Quienes podían calumniarlo eran sus compañeros de armas.

Luego leyó por encima el informe de Nadelashin y comprendió que todo aquello era un disparate. Por esto mantenía a Nadelashin a su servicio, porque era instruido y sensato.

Pero ¡cuántos defectos tenía! El teniente coronel lo amonestó detallándole circunstancialmente cuáles habían sido sus negligencias en el último servicio: se había retrasado dos minutos la salida al trabajo de los presos; en las celdas, muchas literas estaban ordenadas con descuido, y Nadelashin no había dado muestras de firmeza llamando a los correspondientes presos para que dejaran el trabajo y las arreglaran de nuevo. De todo esto ya se le había hablado antes, pero por mucho que se esforzara era como si a Nadelashin le entrara por un oído y le saliera por el otro. ¿Y en el paseo matinal de hoy? El joven Doronin estaba inmóvil en el límite mismo de la pista de paseo contemplando atentamente la *zona* y el espacio situado más allá de la *zona* por el lado de los invernaderos. En realidad, allí el terreno era quebrado, había un pequeño barranco, muy cómodo para una fuga. La condena de Doronin era de veinticinco años, ¡sobre sus espaldas pesaba la falsificación de documentos y una búsqueda de dos años por toda la URSS! Y ningún guardia de servicio había exigido que Doronin no se demorara y siguiera dando vueltas por el círculo. Otra cosa: ¿por dónde paseaba Guerásimovich? Separado de los demás, detrás de los grandes tilos, por el lado de los talleres. ¿Y qué «expediente» tenía Guerásimovich? Guerásimovich cumplía una segunda condena, tenía un «58.1 A 19», es decir, traición a la patria con intencionalidad. No la había traicionado, pero tampoco había demostrado que en los primeros días de la guerra no fuera a

Leningrado para esperar allí a los alemanes. ¿Comprendía Nadelashin que había que estudiar continuamente a los presos tanto mediante la observación directa como la de sus expedientes personales? Finalmente, ¿cuál era el aspecto del propio Nadelashin? La guerrera no estaba tirante (Nadelashin la puso tirante), la estrella de la gorra aparecía torcida (Nadelashin la puso como es debido), hacía el saludo militar como una mujerona. ¿Era de extrañar que cuando Nadelashin estaba de servicio los presos no arreglaran sus literas? Las literas desarregladas eran una mancha en la disciplina penitenciaria. Hoy no arreglaban las literas, mañana se amotinarían y no saldrían a trabajar.

Después, el teniente coronel pasó a dar órdenes: reunir en la tercera sala, para darles instrucciones, a los vigilantes que debían acompañar a los presos en sus entrevistas. El preso Nerzhin, que continuara esperando en el pasillo. Puede retirarse.

Nadelashin salió con el rostro encendido. Al escuchar a sus jefes, cada vez se sentía sinceramente acongojado por la justicia de sus reproches e indicaciones, y juraba no volverlas a infringir. Pero el servicio continuaba su curso y él tropezaba de nuevo con decenas de voluntades, las de los presos, que tiraban en diferentes direcciones, cada uno con el deseo de obtener algún pedacito de libertad, y Nadelashin no podía negarles este pedacito esperando que quizá pasara inadvertido.

Klimentiev tomó la estilográfica y tachó la nota «¿Un árbol de Navidad?» del calendario. El día anterior había adoptado ya una resolución.

En la cárcel especial nunca había habido árboles de Navidad. Pero aquel año los presos pedían insistentemente montar uno, lo habían pedido más de una vez, lo habían pedido los presos de más consideración. Y Klimentiev empezó a pensar: ¿por qué, realmente, no permitírsele? Estaba claro que por culpa del árbol no sucedería nada malo, ni habría ningún incendio: allí todos eran profesores de electricidad. En cambio sería muy importante que la noche de Año Nuevo, cuando los trabajadores externos del instituto se marcharan a Moscú a divertirse, se descargara también aquí la tensión. Sabía muy bien que las vísperas de las fiestas son las más duras para los presos, que alguno puede decidirse a cometer algún acto desesperado y absurdo. Y el día anterior había telefoneado a la Dirección Penitenciaria, de la que dependía directamente, para consensuar lo del árbol de Navidad. Las instrucciones rezaban que se prohibían los instrumentos musicales, pero nadie encontró nada en ninguna parte sobre los árboles de Navidad, y, por ello, aunque no dieron permiso tampoco impusieron una prohibición directa. Un largo servicio irreprochable confería estabilidad y seguridad a las acciones del teniente coronel Klimentiev. Y por la tarde, en las escaleras mecánicas del metro, camino de su casa, Klimentiev decidió: ¡de acuerdo, que haya árbol de Navidad!

Y al entrar en el vagón, pensó con satisfacción en sí mismo, pensó que en esencia era un ejecutivo inteligente, no un burócrata, e incluso que era una buena persona, pero que los presos nunca lo valorarían, nunca sabrían quién no quería permitirles el árbol de Navidad y quién se lo había permitido.

Y también el propio Klimentiev se sentía satisfecho de la resolución tomada. No tuvo prisa alguna en introducirse en el vagón con los demás moscovitas, entró el último, antes de que se

juntaran las puertas, y no intentó apoderarse de un asiento, se agarró a la barra vertical y contempló su imagen varonil vagamente reflejada en el cristal de la ventanilla tras la cual se precipitaba la negrura del túnel con sus inacabables tubos y cables. Después dirigió la mirada a una mujer joven sentada cerca de él. Su vestido era cuidado pero barato: llevaba una pelliza negra de astracán artificial y un gorrito del mismo material. Una cartera atiborrada descansaba sobre sus rodillas. Klimentiev la miró y pensó que tenía una cara agradable, sólo que cansada, y una mirada poco usual en las mujeres jóvenes, una mirada desprovista de interés por cuanto la rodeaba.

En aquel instante, precisamente, la mujer miró en su dirección, y ambos se miraron un cierto espacio de tiempo, el tiempo que se posan sin expresión las miradas de dos casuales compañeros de viaje. Y en este tiempo los ojos de la mujer se pusieron en guardia, como si una inquietante e insegura pregunta fulgurara en ellos. Klimentiev, fisonomista por su profesión, reconoció a la mujer y no tuvo tiempo de disimular en su mirada que la había reconocido. Ella, por su parte, advirtió esa vacilación y por lo visto se afirmó en sus suposiciones.

Era la esposa del preso Nerzhin, Klimentiev la había visto en sus visitas, en la Taganka.

Ella frunció el ceño, apartó la mirada y de nuevo volvió a ponerla en Klimentiev. Él contemplaba ya el túnel, pero por el rabillo del ojo presentía que ella le estaba mirando. Y de pronto la mujer se levantó decidida y se acercó a él, de modo que Klimentiev se vio obligado a volverse de nuevo hacia ella.

Se levantó decidida, pero una vez de pie perdió esta decisión. Perdió toda la firmeza de una joven independiente que viaja en metro, y más bien parecía que ella, con su pesada cartera, se disponía a cederle el asiento al teniente coronel. Pesaba sobre sus hombros el desgraciado destino de todas las esposas de presos políticos, es decir de las esposas de los «enemigos del pueblo»: se dirigieran a quien se dirigieran, fueran donde fueran, si se conocía su desafortunado matrimonio parecían arrastrar el imborrable deshonor de sus maridos, a los ojos de todos parecían compartir el peso de la culpa del siniestro malvado al que un día confiaran incautamente su destino. Y las mujeres empezaban a sentirse realmente culpables, cosa que los propios «enemigos del pueblo», sus sufridos maridos, por el contrario no sentían.

Cerca ya para dominar el estruendo del tren, la mujer preguntó:

—¡Camarada teniente coronel! ¡Le ruego encarecidamente que me disculpe! ¿No es usted... el jefe de mi marido? ¿Me equivoco?

Durante sus muchos años de servicio como oficial de prisiones, Klimentiev había visto levantarse y ponerse ante él a gran cantidad de mujeres de toda clase, y nunca había encontrado nada extraordinario en su aspecto tímido y dependiente. Pero allí, en el metro, aunque se lo había preguntado de una forma muy delicada, aquella figura de mujer suplicante podía parecer indecente a los ojos de los presentes.

—Usted... ¿por qué se ha levantado? Siéntese, siéntese —dijo turbado, intentando que se sentara tirándole de la manga.

—¡No, no, no tiene importancia! —le apartó la mujer mirando al teniente coronel con ojos insistentes, casi fanáticos—. Dígame, ¿por qué hace un año entero que no hay entrevis... que no puedo verlo? ¿Cuándo podré verlo? Dígamelo.

Su encuentro era una casualidad tan grande como si un grano de arena acertara a otro grano de arena a cuarenta pasos de distancia. Hacía una semana, había llegado de la Dirección Penitenciaria del MGB un permiso, entre otros, para que el preso Nerzhin pudiera ver a su esposa el domingo 25 de diciembre de 1949 en la prisión de Lefortovo. Pero al mismo tiempo se hacía la observación de que se prohibía enviar la notificación del permiso a la esposa «a la lista de correos» como pedía el preso.

Nerzhin había sido llamado, en esta ocasión, y se le había preguntado la verdadera dirección de su mujer. Él balbuceó que no la sabía. Klimentiev, adiestrado por los reglamentos penitenciarios a no decir nunca la verdad a los presidiarios, tampoco creía que estos fueran sinceros. Nerzhin, naturalmente, la sabía, pero no quería decirlo, y estaba claro por qué no quería, por el mismo motivo que impulsaba a la Dirección Penitenciaria a no admitir como dirección la «lista de correos»: la notificación de la entrevista se enviaba escrita en una tarjeta postal. Decía: «Se le permite entrevistarse con su marido en tal cárcel». Además de que la Dirección quedaba registrada en el MGB, el Ministerio conseguía que hubiera menos mujeres deseosas de recibir tal tarjeta, que las esposas de los enemigos del pueblo fueran conocidas por todos sus vecinos, que tales esposas quedaran descubiertas, aisladas, y que se creara sobre ellas una sana opinión pública. Y esto era precisamente lo que temían las esposas. La de Nerzhin incluso llevaba un apellido diferente. Era evidente que se ocultaba del MGB. Y Klimentiev le dijo entonces a Nerzhin que, por lo tanto, no habría entrevista. Y no envió la notificación.

Y ahora esta mujer se levantaba y se ponía ante él, de manera degradante, bajo la atención silenciosa de los que los rodeaban.

—No se puede escribir a una lista de correos —dijo con voz mesuradamente fuerte, para que sólo ella lo oyera por encima del estruendo—. Hay que dar la dirección.

—¡Pero si voy a marcharme! —cambió vivamente el rostro de la mujer—. Me iré muy pronto, y ya no tengo un domicilio fijo —mintió, evidentemente.

La idea de Klimentiev era apearse en la primera estación y, si ella le seguía, explicarle en el vestíbulo, donde habría poca gente, que aquellas conversaciones fuera del ámbito del servicio eran inadmisibles.

¡La esposa de un enemigo del pueblo parecía haber olvidado su inmarcesible culpa! Dirigía a los ojos del teniente coronel una mirada seca, ardiente, suplicante, ida. A Klimentiev le impresionó aquella mirada: ¿qué fuerza la encadenaba con tanta obstinación y desesperanza a un hombre que hacía años que no veía y que sólo era la perdición de su vida?

—¡Para mí es muy importante, muy importante! —afirmó ella con los ojos desorbitados al percibir una vacilación en la cara de Klimentiev.

Este recordó un documento que guardaba en la caja fuerte de la Prisión Especial. Aquel papel desarrollaba la Disposición para Reforzar la Retaguardia descargando un nuevo golpe contra los parientes que evitaban dar su dirección. El comandante Mishin se disponía a comunicar el contenido del documento a los presos el próximo lunes. Si aquella mujer no daba su dirección, si no la daba mañana, no vería a su marido en adelante y puede que nunca más. Pero si se lo decía ahora, no se habría enviado una notificación formal, no se habría registrado en el libro, y sería

como si ella hubiera ido a Lefortovo por azar.

El tren aminoró la marcha.

Todos estos pensamientos pasaron rápidamente por la cabeza del teniente coronel Klimentiev. Sabía quién era el principal enemigo de los presos: los mismos presos. Y sabía quién era el enemigo principal de cualquier mujer: esa misma mujer. La gente no sabe callarse aunque de ello dependa su propia salvación. Había ocurrido ya durante su carrera: había manifestado una estúpida debilidad permitiendo a alguien algo no permitido, y nadie se hubiera enterado nunca, pero los mismos que se beneficiaban del privilegio se las apañaban para proclamarlo a los cuatro vientos.

¡Tampoco ahora es posible hacer concesiones!

Sin embargo, cuando el tren empezó a retumbar menos sonoramente, cuando ya se vislumbraba el mármol de color de la estación, Klimentiev dijo a la mujer:

—La entrevista se le ha concedido. Mañana a las diez de la mañana vaya a... —no dijo «a la cárcel de Lefortovo», pues los pasajeros se acercaban a la puerta y estaban a su lado—. ¿Conoce usted el baluarte de Lefortovo?

—Sí, lo conozco —asintió gozosa la mujer con la cabeza.

Y sus ojos, hasta ahora secos, estaban llenos de lágrimas.

Para librarse de estas lágrimas, de agradecimientos o de cualquier otra charla, Klimentiev bajó al andén para tomar el tren siguiente.

Le sorprendía y le molestaba haber dicho aquello.

El teniente coronel dejó que Nerzhin esperara en el pasillo de la Dirección de la cárcel porque, en general, Nerzhin era un preso insolente que siempre buscaba el punto flaco de la ley.

El cálculo del teniente coronel fue acertado: después de permanecer largo tiempo de pie en el pasillo, Nerzhin no sólo perdió toda esperanza de conseguir la entrevista, sino que, acostumbrado a toda clase de desgracias, esperaba algo nuevo y malo.

Tanto más le impresionó saber que dentro de una hora acudiría a la entrevista. Según el código de la más alta ética presidaría, que él mismo había difundido entre los demás, no se debía mostrar alegría en absoluto, ni siquiera satisfacción, sino precisar con indiferencia a qué hora debía estar preparado, y marcharse. Consideraba indispensable esta conducta para que las autoridades comprendieran menos el espíritu del preso y no conocieran el alcance de su influencia sobre el mismo. Pero el cambio fue tan brusco, y la alegría tan grande, que Nerzhin no se contuvo, se iluminó su rostro y dio las gracias al teniente coronel de todo corazón.

Por el contrario, la cara del teniente coronel ni siquiera tembló.

Y se fue acto seguido a dar instrucciones a los vigilantes que debían acompañar a los presos a la entrevista.

Formaban parte de estas instrucciones: recordar la importancia del estricto secreto del centro; explicar la maldad del crimen de lesa patria de los criminales empedernidos que iban aquel día a la entrevista, y su obstinada y única intención de aprovechar la entrevista de hoy para entregar directamente a Estados Unidos, a través de sus esposas, los secretos de Estado a que tenían acceso.

(Los vigilantes no conocían ni aproximadamente lo que se estaba elaborando entre los muros de los laboratorios y era fácil infundirles el sagrado temor de que un pedazo de papel transmitido desde aquí podía perder a todo el país). Seguía la enumeración de los fundamentales escondrijos posibles en la ropa, en el calzado, así como los procedimientos para descubrirlos (por lo demás, la ropa se les entregaba una hora antes de la entrevista. Era una ropa especial, para causar buena impresión). Una charla permitía conocer hasta qué punto se habían asimilado las instrucciones sobre el cacheo; finalmente, se elaboraban diferentes ejemplos sobre el giro que podían tomar las conversaciones de los que se entrevistaban, cómo escucharlas y cortar cualquier tema que no fuera personal o familiar.

El teniente coronel conocía el reglamento y era amante del orden.

Casi derribando al «sub» Nadelashin en la penumbra del pasillo de Dirección, Nerzhin corrió al dormitorio de la cárcel. La corta y velluda toalla continuaba bamboleándose en su cuello debajo de la chaqueta acolchada.

Por una cualidad sorprendente de las personas, todo había cambiado instantáneamente en Nerzhin. No hacía cinco minutos, cuando estaba en el pasillo esperando que lo llamaran, sus treinta años de vida le parecían una absurda y apabullante cadena de fracasos de los que carecía de fuerzas para librarse. Y los principales fracasos eran: marcharse a la guerra poco después de casarse, posteriormente la detención y los muchos años de separación de su mujer. Veía claramente que su amor era fatal, condenado a ser pisoteado.

Y ahora le comunicaban que tendría la entrevista hoy a mediodía, y sus treinta años de vida aparecían bajo un nuevo sol: una vida tensa como la cuerda de un arco; una vida llena de sentido en lo insignificante y en lo importante; una vida que iba de un osado éxito a otro, y en la que los peldaños más inesperados hacia el objetivo eran la marcha a la guerra, el arresto y los muchos años de separación de su mujer. Aparentemente desgraciado, Gleb era feliz en su desgracia. Bebía, su desgracia, como agua de un manantial, había conocido allí a unas personas y vivido unos acontecimientos que en ninguna otra parte de la Tierra habría podido conocer ni vivir, y menos aún, naturalmente, en el tranquilo y satisfecho círculo de su hogar. Desde su juventud, lo que más temía Gleb era enfangarse en la vida cotidiana. Como dice el proverbio: no es el mar el que ahoga, sino el charco.

¡Volvería con su mujer! ¡La unión de sus almas era incesante! ¡Una entrevista! ¡Precisamente el día de su cumpleaños! ¡Precisamente después de la conversación de la víspera con Antón! ¡Aquí ya no le concederían más entrevistas, pero esta de hoy era muy importante! Los pensamientos se encendían y penetraban como saetas de fuego: ¡no olvidarse de esto! ¡Decirle aquello! ¡Aquello otro! ¡Lo de más allá!

Entró corriendo en la habitación semicircular, donde los presos iban y venían, alborotados. Unos regresaban de desayunar, otros todavía iban a lavarse, y Valentulia, en ropa interior, se había quitado la manta y gesticulaba y reía a carcajadas mientras contaba su conversación nocturna con una autoridad que resultó ser, según se supo después, el ministro. ¡Había que escuchar a Valentulia! Vivía este asombroso minuto de la vida cuando la caja torácica se deshace en música por dentro, cuando parece que cien años no bastarían para transformarlo todo. Pero también era imposible pasar por alto el desayuno: el destino del preso no ofrece siempre, ni mucho menos, un

suceso semejante al desayuno. Por lo demás, el relato de Valentulia llegó a un final sin gloria: la sala pronunció su sentencia, la de que Valentulia no era sino un desgraciado y una insignificancia, pues no había comunicado a Abakumov las imperiosas necesidades de los presos. Y aunque se resistía y chillaba, cinco verdugos voluntarios le sacaron los calzoncillos y lo pasearon por la estancia bajo las carcajadas y los aullidos de todos, que lo calentaban con los cinturones y lo salpicaban de té ardiente con las cucharillas.

Andrei Andréyevich Potapov tomaba el té matinal en su litera inferior, debajo de la de Nerzhin y frente a la de Valentulia, ahora vacía, en el pasillo lateral que daba a la ventana central. Contemplaba la diversión general y se reía hasta saltársele las lágrimas, que se enjugaba por debajo de las gafas. Desde el toque de diana, la cama de Potapov tomaba la forma de duro paralelepípedo rectangular. Potapov ponía una capa muy fina de mantequilla sobre el pan del té: no compraba nada en la tienda de la cárcel y enviaba a su «vieja» todo el dinero que ganaba. (Le pagaban mucho, para estar interno en la *sharashka*: 150 rublos al mes, la tercera parte de lo que cobraba una mujer de la limpieza en el exterior, pues era un especialista insustituible, muy bien visto por los jefes).

Nerzhin se quitó la chaqueta sobre la marcha, la echó sobre su litera, arriba, aún por arreglar, saludó a Potapov aunque sin pararse a escuchar su respuesta, y corrió a desayunar.

Potapov era el ingeniero que había reconocido en el juicio de instrucción —lo había firmado en el proceso, y lo había confirmado en la audiencia— haber vendido personalmente a los alemanes, y además barata, la primera obra de los planes quinquenales de Stalin, la central eléctrica Dneprogués. Cierto que cuando ya la habían volado. Por esta maldad inimaginable y sin par, Potapov, gracias a la misericordia de un tribunal humano, sólo fue castigado a diez años de prisión y cinco más de pérdida de los derechos civiles, lo que en el lenguaje de los presos se llama «diez y cinco *de bozal*».

Ninguno de los que conocieron a Potapov en su juventud, y él menos que nadie, habría podido soñar que al llegar a los cuarenta años le metieran en la cárcel por un delito político. Los amigos de Potapov lo llamaban con toda justicia el «robot». La vida de Potapov era sólo trabajar; le molestaban incluso las fiestas de tres días, y sólo había pedido vacaciones una sola vez en su vida: para casarse. Los demás años no encontraban a nadie que pudiera sustituirlo, y él renunciaba de buen grado a las vacaciones. Si había carestía de pan, de legumbres o de azúcar, notaba poco estos acontecimientos externos: hacía otro agujero en el cinturón, se lo ceñía un poco más y continuaba ocupándose animadamente de la única cosa interesante que había en el mundo: las redes de alta tensión. Bromas aparte, tenía una idea muy vaga de los demás, de las otras personas que no se ocupaban de las redes de alta tensión. Y en cuanto a los que nada creaban con sus manos, y sólo gritaban en las reuniones o escribían en los periódicos, a esos Potapov no los consideraba personas. Dirigía todos los trabajos de medición eléctrica en Dneprostroi, y en Dneprostroi se había casado, entregando la vida de su mujer, como la suya propia, a la hoguera insaciable de los planes quinquenales.

En 1941 estaban construyendo una nueva central eléctrica. Potapov estaba exento del servicio militar. Sin embargo, al enterarse de que la central Dneprogués, la obra de la juventud de ambos,

había sido volada, dijo a su esposa:

«¡Katia! Ya ves, hay que ir».

Y ella le respondió:

«¡Sí, Andriusha, ve!».

Y Potapov fue, con sus gafas de tres dioptrías, con su cinturón de una vuelta y media, con su guerrera de pliegues y arrugas, y con la pistolera vacía, aunque llevara un rombo en los galones: en el segundo año de esta guerra tan bien preparada todavía faltaban armas para los oficiales. Cayó prisionero en Kastornaya, en medio del humo del centeno incendiado y del tórrido calor de julio. Se fugó, pero antes de llegar a los suyos cayó prisionero de nuevo. Se fugó por segunda vez, pero en campo raso le vino encima un desembarco de paracaidistas y volvió a caer prisionero por tercera vez.

Estuvo en los campos caníbales de Novograd-Volynsk y de Czestochowa, donde los prisioneros comían las cortezas de los árboles, las hierbas y los camaradas muertos. Los alemanes lo sacaron de este último campo y lo llevaron a Berlín, donde un hombre («cortés pero canalla») que hablaba perfectamente el ruso le preguntó si podía creer que fuera el mismo ingeniero Potapov de Dneprostroi. ¿Podía dibujar como prueba, digamos, el esquema de conexión del generador de aquella central?

Aquel esquema había sido profusamente publicado en otro tiempo, y Potapov lo dibujó sin vacilar. Él mismo lo contó después en la investigación, y podía no haber dicho nada.

Esto era lo que su expediente llamaba «entrega de los secretos de Dneprogués».

Sin embargo, en el expediente no constaba lo que siguió: el ruso desconocido, convencido por este procedimiento de la personalidad de Potapov, le propuso firmar una declaración voluntaria diciendo que estaba dispuesto a reconstruir la central Dneprogués si conseguía la inmediata liberación del campo, las cartillas de racionamiento, dinero y su trabajo predilecto.

Esta seductora hoja de papel que se le ofrecía hizo que se cerniera una honda preocupación sobre la faz arrugada del robot. Sin darse golpes en el pecho, ni gritar palabras de orgullo, ni pretender convertirse en Héroe de la Unión Soviética a título póstumo, Potapov respondió modestamente con su pronunciación meridional:

«Comprendedlo, firmé mi juramento de lealtad. Si ahora firmo *esto*, ¿no sería una contradicción?».

Con esta suavidad, sin ninguna teatralidad, Potapov prefirió la muerte al bienestar.

«Muy bien, respeto sus convicciones», respondió el ruso desconocido, y devolvió a Potapov al campo caníbal.

El tribunal soviético no lo juzgó por todo esto, y lo condenó sólo a diez años.

El ingeniero Markushev, por el contrario, firmó la mencionada declaración y fue a trabajar con los alemanes, y el tribunal lo condenó también a diez años.

¡Era la marca de fábrica de Stalin! ¡Esa ceguera de igualar amigos y enemigos le distingue en toda la historia de la humanidad!

Tampoco juzgó el tribunal a Potapov por el hecho de que en 1945, subido a un tanque como soldado de choque, con sus gafas rotas y mal atadas, irrumpiera en Berlín metralleta en mano.

De modo que Potapov salió bien librado con la sentencia de «diez y cinco *de bozal*».

Nerzhin volvió de desayunar, arrojó los zapatos y se subió arriba balanceando su cuerpo y el de Potapov.

Debía ejecutar su ejercicio acrobático diario: hacerse la cama sin arrugas estando de pie en ella. Sin embargo, apenas separó la almohada descubrió una pitillera roja de plástico transparente conteniendo una capa de doce cigarrillos Belomorkanal pegados uno junto a otro. Iba envuelta en una faja de papel sencillo en la que habían escrito con letra de delineante:

«De este modo perdió diez años,
la mejor flor de la vida».

No había posibilidad de error. De toda la *sharashka*, sólo Potapov conciliaba en su persona la facultad de fabricar piezas de taller con las citas de *Eugenio Onegin* aprendidas en el instituto.

—¡Andréich! —se abalanzó Gleb cabeza abajo.

Terminado su té, Potapov había desplegado el periódico y lo leía sin acostarse para no arrugar la cama.

—Y bien, ¿qué quiere? —refunfuñó.

—¿Esto es obra suya, verdad?

—No lo sé. ¿Se lo ha encontrado? —procuró no sonreír.

—¡An-dré-ich! —alargó Nerzhin.

Las bondadosas y picaras arrugas se profundizaron y multiplicaron en el rostro de Potapov. Se arregló las gafas y repuso:

—Cuando estaba preso en la Lubianka con el duque de Esterhazy, los dos en una celda sacando la cubeta, usted ya me entiende, yo los días pares y él los impares, y enseñándole el idioma ruso mediante el *Reglamento penitenciario* pegado a la pared, le regalé por su cumpleaños tres botones de pan —se los habían arrancado todos— y me juró que ninguno de los Habsburgos había recibido un regalo más oportuno.

En la «clasificación de voces», la de Potapov había sido definida como «sorda y crepitante».

Colgando aún cabeza abajo, Nerzhin miraba con agrado la cara de Potapov, bastamente tallada. Con las gafas puestas, no parecía mayor de sus cuarenta y cinco años, e incluso tenía un aspecto enérgico. Pero cuando se las quitaba dejaba al descubierto unas profundas y oscuras cavidades oculares, poco menos que las de un cadáver.

—Me siento incómodo, Andréich. Ya sabe que yo no puedo regalarle nada semejante, no tengo unas manos así... ¿Cómo ha podido acordarse de mi cumpleaños?

—Cu-cú —respondió Potapov— ¿y qué otras fechas dignas de mención han quedado en nuestras vidas?

Ambos suspiraron.

—¿Quiere té? —propuso Potapov—. Tengo una esencia especial.

—No, Andréich, no estoy para tés, voy a una entrevista.

—¡Magnífico! —se alegró Potapov—. ¿Con la vieja?

—¡Ajá!

—¡Desconecte su cháchara, Valentulia!

—¿Y qué derecho tiene un hombre a burlarse de los demás?

—¿Qué dice el periódico, Andréich? —preguntó Nerzhin.

Entornando los ojos con la picardía de un ucraniano, Potapov miró hacia arriba, hacia la cabeza colgante de Nerzhin:

La musa británica del absurdo
inquieta el sueño de los adolescentes.
Esos cí-ni-cos afirman que...

Hacia cuatro años, el segundo año de la posguerra, Nerzhin y Potapov se habían conocido en una celda de la prisión de Butyrki, ruidosa, inquietante, llena en exceso y casi oscura incluso en los días de julio. En aquella época se cruzaron allí vidas multicolores y caminos muy diversos. El torrente de turno procedía entonces de Europa. Pasaban por la celda unos novatos que conservaban aún algunas migajas de la libertad europea. Pasaban también recios «prisioneros» rusos que apenas habían tenido tiempo de cambiar el cautiverio alemán por la cárcel patria. Pasaban por la celda presos batidos y rehogados en los campos de concentración, trasladados ahora de las cavernas del Gulag a los oasis de las *sharashkas*. Al entrar en la celda, Nerzhin se había deslizado sobre los codos por el negro espacio que quedaba bajo los catres (tan bajos eran), y allí, sobre el sucio suelo de asfalto, distinguiendo poco todavía en la oscuridad, había preguntado alegremente:

«¿Quién es el último, amigos?».

Y le respondió una voz sorda y crepitante:

«¡Cu-cú! Va detrás de mí».

Después, día tras día, a medida que iban sacando presos de la sala para enviarlos al destierro, ellos se trasladaban por debajo de los catres «de la cubeta hacia la ventana», y tres semanas después hicieron el camino de vuelta «de la ventana a la cubeta», pero ahora ya sobre los catres. Y más tarde avanzaron de nuevo hacia la ventana por encima de los catres de madera. Así se consolidó su amistad pese a la diferencia de edades, biografías y gustos.

Fue allí, después del juicio, en unas meditaciones que se alargaron muchos meses, cuando Potapov le confesó a Nerzhin que nunca se habría interesado por la política si la política no hubiera empezado a desgarrarle y romperle las costillas.

Bajo los catres de la cárcel de Butyrki, el robot se sintió por primera vez desconcertado, cosa que, como se sabe, es algo contraindicado para los robots. Bueno, como antes, no se arrepentía de haber renunciado al pan alemán, no le dolían los tres años perdidos en un cautiverio hambriento y mortal. Y, como antes, no consideraba la posibilidad de presentar nuestros desórdenes internos ante la opinión de los extranjeros.

Pero la chispa de una duda había caído en él y continuaba viva.

El desconcertado robot se preguntó por primera vez: «¿Y para qué diablos se construyó la Dneprogués?».

A las nueve menos cinco se pasaba lista en la Prisión Especial. Esta operación, que en los campos de concentración requería mantener horas enteras a los presos bajo la helada —traslados de un lugar a otro, recuento de uno en uno, de cinco en cinco, de cien en cien, por brigadas—, en la *sharashka* discurría deprisa y sin molestias: los presos estaban tomando el té en sus mesitas de noche, entraban dos oficiales de servicio —el del turno saliente y el del entrante—, los presos se levantaban (algunos ni siquiera esto), y el nuevo oficial de servicio contaba atentamente las cabezas. Después, se leían los comunicados y se escuchaban de mal talante las quejas.

Aquel día, el oficial que entraba de servicio era el teniente Shustermann, alto, de pelo negro. Aunque no era propiamente siniestro, nunca mostraba ningún sentimiento humano: era como suelen ser los carceleros formados en la Lubianka. Lo habían enviado de la Lubianka a Marfino, junto con Nadelashin, para reforzar la disciplina penitenciaria en este lugar. Algunos presos de la *sharashka* recordaban a ambos de cuando estaban en la Lubianka; con el grado de sargento habían servido juntos de «escoliadores», es decir, recogían al preso, colocado de cara a la pared, y lo conducían por los famosos *peldaños desgastados* a un entresuelo entre el cuarto y quinto piso (se había practicado un paso desde la cárcel al edificio judicial, y hacía un tercio de siglo que se conducía por este paso a todos los presos de la prisión central: monárquicos, anarquistas, octubristas, cadetes, socialistas revolucionarios, mencheviques, bolcheviques, Savinkov, Kutepov, el guardián Piotr, Shulguin, Bujarin, Rykov, Tujashevski, el profesor Pletnirov, el académico Vavílov, el mariscal de campo Von Paulus, el general Krasnov, científicos universalmente conocidos, poetas que apenas habían roto el cascarón, primero los criminales, luego sus esposas y más tarde sus hijas); los conducían hasta una mujer uniformada, con la estrella roja sobre el pecho, y allí cada preso firmaba en el grueso libro de Destinos Registrados, estampando su nombre en la rendija de una lámina metálica sin poder ver el apellido que le precedía ni el que le seguía; le hacían subir por una escalera en la que se habían tendido diversas redes, como en los saltos aéreos de un circo, para prevenir un posible salto del preso; lo llevaban por los larguísimos pasillos del ministerio de la Lubianka, donde reinaba el calor sofocante de la electricidad y el frío de los galones dorados de los coroneles.

Pero por más que los reos se encontraran hundidos en el abismo de la primera desesperación, advertían pronto la diferencia: Shustermann (como es natural, entonces no conocían su apellido) echaba por debajo de sus crecidas y espesas cejas unas miradas como lúgubres relámpagos, agarraba el codo del preso como clavándole las uñas y lo empujaba con fuerza brutal, por detrás,

escaleras arriba. Nadelashin, el cara de luna, que tenía algo de castrado, iba siempre algo distante, sin tocarlos, y les decía cortésmente hacia dónde debían girar.

Sin embargo, Shustermann, aunque más joven, ya llevaba tres estrellas en los galones.

Nadelashin comunicó lo siguiente: los que iban a una entrevista deberían presentarse en Dirección a las diez de la mañana. A la pregunta de si habría cine hoy, respondió que no, que no habría. Sonó un ligero rumor de descontento, y Jorobrov replicó desde un rincón:

—Mejor que no haya nunca si ha de ser una mierda como *Los cosacos del Kubán*.

Shustermann se volvió bruscamente para localizar al que había hablado, y por este motivo se equivocó en la cuenta y tuvo que empezarla de nuevo.

En medio del silencio, alguien dijo de un modo casi imperceptible pero audible:

—Todo se anota en el expediente.

Jorobrov respondió contrayendo el labio superior:

—Así revienten, que anoten. Hay tantas cosas escritas sobre mí que ya no caben en la carpeta.

Dvoyetiosov, despeinado y en ropa interior, con sus largas y peludas piernas aún desnudas colgando de una litera superior, soltó un ronquido de gamberro:

—¡Subteniente! ¿Qué pasa con el árbol de Navidad? ¿Habrá o no habrá árbol?

—¡Habrá un árbol de Navidad! —respondió el «Sub», y era evidente que le satisfacía comunicar la agradable noticia—. Lo pondremos aquí, en el semicírculo.

—¿Podremos, pues, hacer juguetes? —gritó desde otra litera superior el alegre Ruska. Estaba arriba, sentado al estilo turco, había colocado un espejo sobre la almohada y se hacía el nudo de la corbata. Cinco minutos después debía entrevistarse con Clara, que ya venía de la garita de guardia por el patio, lo veía por la ventana.

—Lo preguntaremos, no tenemos instrucciones.

—¿Qué instrucciones necesitáis?

—¿Cómo puede haber un árbol de Navidad sin juguetes? ¡Ja, ja, ja!

—¡Amigos! ¡Haremos juguetes!

—¡Tranquilo, chico! ¿Y qué hay *del agua caliente*?

—¿Nos la suministrará el ministro?

La sala zumbaba alegremente opinando sobre el árbol navideño. Los oficiales de servicio habían dado ya media vuelta para salir cuando, a sus espaldas, Jorobrov cubrió el zumbido con su penetrante acento de Viatka:

—¡Informad, además, que deben dejarnos el árbol de Navidad hasta la Navidad ortodoxa! ¡El abeto es propio de la Navidad y no del Año Nuevo!

Los oficiales aparentaron no haberlo oído y salieron.

Hablaban casi todos a la vez. Jorobrov no había dicho aún a los oficiales todo lo que tenía que decir, y ahora, en silencio, se lo manifestaba a alguien invisible moviendo la piel de su rostro. Nunca había celebrado antes la Navidad ni la Pascua, había empezado a celebrarlas en la cárcel por espíritu de contradicción. Por lo menos, aquellos días no se distinguían por un endurecimiento de los registros ni por un endurecimiento del reglamento. Y para las fiestas de Octubre y del Primero de Mayo tenía pensado hacer la colada o coser.

Su vecino Abramson terminó el té, se enjugó el vaho de las gafas, de montura de plástico cuadrada, y dijo a Jorobrov:

—¡Iliá Teréntich! Olvida el segundo mandamiento del preso: no meterse.

Jorobrov despertó de su invisible discusión y miró bruscamente a Abramson como si lo hubiera mordido:

—Este es un mandamiento antiguo, de vuestra generación perdida.

—Fuisteis pacíficos y os exterminaron a todos.

El reproche era ciertamente injusto. Los que estaban presos con Abramson organizaron precisamente un paro general en Vorkuta y una huelga de hambre. El final fue el mismo para todos ellos, de todos modos. Y el mandamiento se difundió por sí mismo. Era el estado real de las cosas.

—Si armas escándalo te mandarán a otra parte —se limitó a encogerse de hombros Abramson—. A cualquier campo de presidiarios.

—¡Esto es lo que intento conseguir, Grigori Borísovich! Si hay que ir a presidio, voy a presidio, así revienten, por lo menos me encontraré en alegre compañía. Quizás allí exista por lo menos la libertad de expresión, y no haya chivatos.

Rubin, que aún no había terminado su té, estaba de pie con la barba desgreñada junto a la litera de Potapov y Nerzhin. A la altura de la segunda litera, dijo afectuosamente:

—Te felicito, mi joven Montaigne, mi tontín escéptico...

—Me siento muy halagado, Liobchik, pero por qué...

Nerzhin estaba de rodillas en su litera superior con un cartapacio en las manos. El cartapacio era el fino trabajo de un preso, o sea el trabajo más cuidadoso del mundo, pues como es sabido los presos no tienen prisa por ir a ninguna parte. En una tela de percal rojo oscuro se distribuían elegantemente unos departamentos con corchetes, chinchetas y paquetes de magnífico papel alemán, botín de guerra. Todo ello había sido fabricado, naturalmente, con el tiempo y el material de la Administración.

—... Además, en la *sharashka* prácticamente no dejan escribir nada como no sea una denuncia...

—Y te deseo... —los gruesos y grandes labios de Rubin se alargaron en forma de gracioso tubito—... que la luz de la verdad ilumine tu cerebro escéptico-ecléctico.

—¡Ah!, ¿de qué verdad me hablas, viejo? ¿Existe alguien que sepa lo que es la verdad? —suspiró Gleb. Su cara, rejuvenecida por las preocupaciones previas a la entrevista, volvía a enflaquecer con sus arrugas color ceniza. Y los cabellos le caían por los dos lados.

En la litera superior contigua, encima de Prianchikov, un ingeniero calvo, gordo, de mediana edad, aprovechaba los últimos segundos de tiempo libre para leer un periódico que había tomado de Potapov. Lo había abierto ampliamente y lo leía algo alejado del papel, frunciendo el ceño a veces y moviendo ligeramente los labios otras. Cuando en el pasillo sonó ruidosamente el timbre eléctrico, el ingeniero, disgustado, dobló de cualquier manera el periódico sin respetar los dobleces:

—Al cuerno con ellos, ¿por qué no hacen más que hablar y hablar de hegemonía mundial?

Y volvió la cabeza buscando dónde mejor arrojar el periódico.

El enorme Dvoyetiosov, en el otro extremo de la sala, se había puesto ya su desaseado mono, y sacaba su también enorme trasero al pisotear y hacer la cama superior bajo su persona. Replicó con voz grave:

—¿Quiénes hablan, Zemeliá?

—Pues todos.

—¿Tú también procuras la hegemonía mundial?

—¿Yo? —se asombró Zemeliá como si se tomara la pregunta en serio—. Nooo —mostró una ancha sonrisa—. ¿Para qué la quiero? No la busco —y comenzó a descender de la litera carraspeando.

—¡Bien, entonces vamos al tajo! —decidió Dvoyetiosov, y saltó ruidosamente al suelo con toda su carnadura. Iba al trabajo dominical sin peinarse, sin lavarse y sin acabar de abrocharse.

El timbre sonó prolongadamente. Anunciaba que se había terminado de pasar lista y que ya estaba abierta la «Puerta Santa» de la escalera del Instituto, por la que los presos podían salir rápidamente en compacto grupo.

La mayoría de los presos había salido ya. Doronin fue el primero en salir corriendo. Sologdin, que había cerrado la ventana a la hora de levantarse y tomar el té, volvió a dejarla de nuevo entreabierta. La trabó con un tomo de Ehrenburg y se apresuró a salir al pasillo para pillar al profesor Chelnov cuando este abandonara la celda «de los profesores». Rubin, como siempre, no había conseguido hacer nada por la mañana. Dejó lo que quedaba por comer y beber en la mesita de noche (derribando algo) y se afanó en hacer su corcovada, martirizada e imposible cama procurando vanamente arreglarla de modo que no le llamaran después a ordenarla de nuevo.

Por su parte, Nerzhin arreglaba su traje de «carnaval». En otro tiempo, hacía mucho de ello, los presos de la *sharashka* llevaban diariamente buenos trajes y abrigos, e iban con ellos a las entrevistas. Ahora, para mayor comodidad de la guardia, los vestían con monos azules (para que los centinelas de las torres distinguieran claramente a los presos de los externos). Para acudir a las entrevistas, sin embargo, la superioridad los obligaba a cambiarse de ropa dándoles trajes y camisas usados, puede que confiscados de guardarropas particulares al hacer inventario de bienes. A algunos presos les gustaba verse bien vestidos, aunque fuera por cortas horas, otros habrían evitado de buen grado aquel repugnante disfraz con ropa de difuntos, pero eran rotundamente rechazados si se presentaban en mono a las entrevistas: los parientes no debían pensar nada malo de la cárcel. Y en cuanto a renunciar a la visita de los parientes, nadie tenía un corazón tan inmovible para eso. Por ello se disfrazaban.

La sala semicircular quedó vacía. Quedaban doce pares de literas, soldadas en dos pisos, ordenadas al estilo de los hospitales: con la sábana de debajo vuelta para arriba. Así recibía todo el polvo y no tardaba en ensuciarse. Este procedimiento sólo podía haberlo inventado la Administración, y debía haber salido necesariamente de la mente de un hombre, pues no lo habría utilizado en casa ni la esposa de quien lo había inventado. Sin embargo, así lo exigía el reglamento de la inspección sanitaria penitenciaria.

Se impuso en la sala un silencio benefactor, raro en aquel lugar, un silencio que nadie tenía

ganas de romper.

Cuatro hombres permanecían en la sala: Nerzhin, que se estaba engalanando, Jorobrov, Abramson y el constructor calvo.

El constructor era uno de aquellos presos tímidos que ni después de permanecer años en la cárcel podían adquirir la insolencia del preso. Por nada del mundo se habría atrevido a no salir al trabajo, ni siquiera al trabajo dominical, pero hoy estaba un poco enfermo y se había provisto de un permiso médico para hacer fiesta. Había extendido sobre su litera muchos calcetines rotos, hilos y un huevo de cartón hecho por él mismo. Con el cuerpo tenso, rumiaba por dónde empezar.

Grigori Borísovich Abramson, que ya había cumplido «legalmente» diez años de condena (sin contar otros seis años de destierro con anterioridad), y que estaba condenado a una segunda decena de años, no diremos que no saliera los domingos, pero procuraba no salir. En otro tiempo, en su época de *komsomol* ni tirándole de las orejas habrían podido apartarle del trabajo voluntario dominguero. Pero este trabajo se entendía entonces como un impulso, algo para arreglar las cosas: un año o dos y todo marcharía perfectamente, empezaría el florecimiento general de los jardines. Sin embargo, pasaron las décadas y los ardorosos trabajos domingueros se convirtieron en algo fastidioso y en trabajos forzados, los árboles plantados no florecieron e incluso en su mayor parte fueron aplastados por los tractores oruga. En las prisiones de larga estancia, Abramson, a partir de sus observaciones y meditaciones, llegó a una conclusión opuesta: el hombre es hostil al trabajo por naturaleza, y por nada del mundo trabajaría si no le obligara el palo o la necesidad. Y, aunque por razones generales —de acuerdo con el objetivo comunista de la humanidad, que él no había perdido y que era el único posible—, todos estos esfuerzos, incluidos los domingos de trabajo voluntario, eran indudablemente una necesidad, Abramson había perdido personalmente la fuerza necesaria para participar en ellos. Era de los pocos que habían cumplido y rebasado los terribles diez años enteros, y sabía que no eran un mito ni un delirio del tribunal, que no eran una anécdota hasta que llegara la amnistía general en la que siempre creen los novatos, sino que eran diez años completos, diez, doce, quince agotadores años de la vida humana. Había aprendido a economizar los músculos en cada movimiento, en cada momento de descanso. Y sabía que la mejor manera de pasar el domingo era yaciendo inmóvil en la cama en ropa interior.

Liberó el pequeño volumen que había servido a Sologdin para trabar la ventana, cerró esta, se quitó lentamente el mono, y se tendió bajo la manta envuelto en su funda. Luego se limpió las gafas con un trozo de gamuza especial, se puso un caramelo en la boca, se arregló la almohada y sacó de debajo del colchón un libraco muy grueso envuelto en papel para mayor protección. Bastaba verle para sentirse cómodo.

Por el contrario, Jorobrov languidecía. Yacía en triste ociosidad, vestido, sobre la manta extendida, con los pies calzados encima de la barandilla de la cama. Debido a su carácter, digería larga y dolorosamente muchas cosas que los demás olvidaban fácilmente. Sobre la base de una voluntariedad total, cada sábado apuntaban a todos los presos, sin siquiera preguntárselo, que desearan trabajar voluntariamente el domingo y que así lo hubieran declarado en la cárcel. Si la inscripción hubiera sido efectivamente voluntaria, Jorobrov se habría apuntado siempre, y habría pasado de buen grado los días de fiesta ante el banco de trabajo. Pero como la inscripción era una

burla declarada, Jorobrov debía acostarse y embrutecerse en la cárcel cerrada.

El preso de un campo de concentración no sueña en otra cosa que pasarse el domingo en la cama, en un local cerrado y caliente, pero al preso de una *sharashka*, ya se sabe, no le duelen los riñones.

¡Decididamente, no había nada en qué ocuparse! Todos los periódicos de que disponía los había leído ya la víspera. En un taburete, cerca de la cama, tenía un montón de libros —abiertos unos, cerrados otros— de la biblioteca de la prisión especial. Uno de ellos era una colección de artículos de eminentes escritores. Jorobrov vaciló un poco, pero al final lo abrió por el artículo de cierto Tolstói que, de tener más vergüenza, no se habría atrevido a firmar con este apellido. El artículo era de junio del 41 y en él: «los alemanes, azuzados por el terror y la locura, tropezaron en la frontera con un muro de hierro y fuego». Jorobrov soltó un taco en voz baja, cerró el libro y lo dejó. Cualquier libro que hojeara le ponía siempre el dedo en la llaga, porque a su alrededor todo era llaga. En los arrabales de Moscú, en unas dachas muy bien acondicionadas, estos dueños de las mentes sólo escuchaban la radio y veían sus cuadros de flores. Un koljosiano medio analfabeto sabía de la vida mucho más que ellos.

Los demás libros del montón eran de «literatura», pero su lectura era igualmente repulsiva para Jorobrov. Uno de ellos era el *best-seller* titulado *Lejos de Moscú*, que en aquel momento se estaba leyendo en todas partes fuera de la cárcel. Pero después de haberlo leído ayer un poco, y de haberlo intentado hoy, Jorobrov sintió náuseas. Aquel libro era un pastel sin relleno, un huevo vacío, un pájaro disecado: hablaba de la construcción con mano de obra presidiaría, y de los campos de concentración, pero en ninguna parte nombraba los campos ni decía cómo eran los presos, ni que les racionaban la comida y los metían en el calabozo, pues los había sustituido por *komsomoles* bien vestidos, bien calzados y con un alto espíritu. El lector experto advertía al instante que el autor conocía la verdad, que la había visto y tocado, puede incluso que fuera el *oper* de algún campo de concentración, pero mentía con ojos vidriosos.

Las tres palabras del taco, aunque en otro orden, fluyeron normalmente de su boca. Jorobrov abandonó el *best-seller*.

Había otro libro, *Selecciones*, del conocido Galajov. Dando cierta importancia al nombre de Galajov, y esperando algo de él, pese a todo, Jorobrov había empezado a leer aquel volumen, pero había interrumpido la lectura con la sensación de que se estaban burlando de él del mismo modo que cuando componían la lista de voluntarios para el trabajo dominguero. Incluso Galajov, que no escribía mal sobre el amor, se había deslizado, hacía tiempo, hacia ese reconocido estilo cuyas obras no parecen destinadas a las personas, sino a unos tontos que no han visto la vida y cuya debilidad mental se satisface con cualquier baratija. En aquellos libros no había nada de lo que realmente desgarrar el corazón humano. De no haber empezado la guerra, los escritores no habrían tenido otra salida que convertirse en panegiristas. La guerra les abrió un acceso a sentimientos universalmente comprendidos. Pero también en este tema hinchaban conflictos absurdos, como el del *komsomol* que hacía descarrilar decenas de trenes de municiones en la retaguardia enemiga pero no formaba parte de ninguna organización de base y se martirizaba día y noche considerando si era o no un auténtico *komsomol* pues no pagaba las cuotas.

De nuevo cambió Jorobrov el orden de las palabras y de nuevo fluyó el taco.

Otro libro estaba también en el taburete: *Relatos americanos*, de escritores progresistas. Jorobrov no podía comprobar la veracidad de estos relatos comparándolos con la vida, pero la selección de los mismos era sorprendente: en cada relato había necesariamente alguna infamia sobre América. Reunidos venenosamente en un conjunto, pintaban tal cuadro de pesadilla que sólo cabía admirarse de que los americanos no hubieran huido del país o se hubieran ahorcado.

¡No había nada para leer!

Jorobrov pensó en fumar. Sacó un cigarrillo y empezó a ablandarlo entre los dedos. En el silencio absoluto de la sala podía oírse cómo crujía bajo sus dedos el papel fuertemente atiborrado de tabaco. Deseaba fumar allí mismo, sin salir, sin quitar los pies de la barandilla de la cama. Los presos fumadores saben que sólo proporciona un verdadero placer el cigarrillo que se fuma acostado, en su parte de catre, en su litera de vagón, un cigarrillo sin prisa, con la vista fija en el techo donde flotan cuadros de su irrecuperable pasado y de su incomprensible porvenir.

Pero el constructor calvo no fumaba ni era amante del humo, y en cuanto a Abramson, aunque era fumador, sostenía la errónea teoría de que en la sala debía haber aire puro. Habiendo asimilado en la cárcel, y muy sólidamente, que la libertad empieza con el respeto de los derechos de los demás, Jorobrov puso los pies en el suelo con un suspiro y se dirigió a la salida. Al mismo tiempo, vio el grueso libro en manos de Abramson y determinó al instante que un libro como aquel no pertenecería a la biblioteca de la cárcel y que por lo tanto procedía del exterior, donde no ofrecen un libro malo.

Pero Jorobrov no preguntó en voz alta como un novato: «¿Qué está leyendo?» o «¿De dónde lo ha sacado?» (la respuesta de Abramson habría podido oírla el constructor o Nerzhin). Se acercó a Abramson hasta casi tocarlo y dijo en voz baja:

—Grigori Borísovich, déjeme echar una ojeada al encabezamiento.

—Está bien, échala —permitió a disgusto Abramson.

Jorobrov abrió por la hoja del título y leyó muy impresionado: *El conde de Montecristo*.

Se limitó a silbar.

—Borísovich —preguntó afectuosamente—. ¿Alguien espera turno? ¿Tendría tiempo de leerlo?

Abramson se quitó las gafas y reflexionó.

—Veremos. ¿Podrías cortarme el pelo, tú, hoy?

A los presos no les gustaba el peluquero *estajanovista*^[19] que acudía a la cárcel. Los artistas improvisados manejaban las tijeras siguiendo todos los caprichos, y lo hacían lentamente, pues la condena que tenían por delante era muy grande.

—¿Y de quién tomamos las tijeras?

—Tomaré las de Zablik.

—Bien, así sí, te cortaré el pelo.

—De acuerdo. Hay un pedazo de libro desenganchado, hasta la página ciento veintiocho, pronto te lo daré.

Al observar que Abramson estaba leyendo la 110, Jorobrov salió a fumar al pasillo de otro

humor, más alegre.

Mientras, la sensación de fiesta iba apoderándose cada vez más de Gleb... En alguna parte, seguramente en la zona educacional de Stromynka, aquella última hora antes de la entrevista desasosegaba también a Nadia. En una entrevista los pensamientos se dispersan, se olvida lo que se quería decir, hay que apuntarlo enseguida en un papel, aprendérselo y destruirlo (no se puede llevar un papel encima), y recordar únicamente: ocho puntos, ocho puntos diciendo que es posible que te envíen fuera; que la condena no termina al final de la misma, que además habrá destierro; que...

Nerzhin pasó por el almacén y empezó a alisar la pechera. La pechera era una invención de Ruska Doronin y la utilizaban muchos. Se trataba de un retal blanco (de una sábana desgarrada en dieciséis partes, pero el furriel no lo sabía) al que habían cosido un cuello blanco. Al abrir el mono, este retal bastaba para tapar la camiseta interior con el sello negro «MGB — Prisión Especial n.º 1». Tenía dos cintas que se anudaban en la espalda. La pechera contribuía a crear ese aspecto de bienestar deseado por todos. Fácil de lavar, prestaba un buen servicio tanto los días laborables como los festivos, y no había que avergonzarse ante los colaboradores libres del Instituto.

Luego, en la escalera, con un trozo de betún seco desmenuzado, Nerzhin intentó vanamente sacar brillo a sus desgastados zapatos (la cárcel no les cambiaba los zapatos para ir a las entrevistas, porque no eran visibles debajo de la mesa).

Cuando volvió a la sala para afeitarse (las navajas estaban permitidas, incluso las que eran peligrosas, tal era la incoherencia del reglamento), Jorobrov ya leía con afán. El constructor cubría con sus abundantes remiendos no sólo la cama, sino también parte del suelo, donde cortaba, medía y señalaba con un lápiz. Abramson, con la cabeza inclinada fuera del libro, le aleccionaba con los ojos entornados:

—Un remiendo sólo será efectivo si está hecho a conciencia. Dios le libre de considerarlo una pura formalidad. No se apresure, coloque pespunte sobre pespunte y pase dos veces en cruz por cada punto. Otra equivocación muy extendida, también, es la de utilizar los bordes deshilachados de un desgarrón. No economice, no persiga conseguir unas mallas de más, corte alrededor del agujero. ¿Ha oído nombrar el apellido Berkalov?

—¿Cómo? ¿Berkalov? No.

—¡Claro, hombre! Berkalov, ese viejo ingeniero de artillería que inventó los cañones BS-3, sí señor, unos cañones magníficos con una velocidad inicial de locura. Pues bien, ese Berkalov se encontraba un domingo de esa guisa en la *sharashka*, zurciéndose los calcetines. La radio estaba conectada. «A Berkalov, teniente general, se le concede el Premio Stalin de primera clase». Antes de su arresto, no era más que general. Pues bien, zurció sus calcetines y empezó a freír unos buñuelos en un hornillo eléctrico. Entró el carcelero, lo pescó, le quitó el hornillo ilegal e hizo un informe al director de la cárcel solicitando la imposición de tres días de calabozo. Pero el director de la cárcel acudió corriendo como un muchacho: «¡Berkalov! ¡Tome sus efectos personales! ¡Al Kremlin! ¡Le llama Kalinin!». Así son los destinos rusos...

El viejo profesor de matemáticas Chelnov era conocido en muchas *sharashkas*. Chelnov, el hombre que en el apartado «nacionalidad» no había escrito «ruso» sino «presidiario», y que en 1950 había cumplido su decimoctavo año de encierro, había aplicado la punta de su lápiz a muchos inventos técnicos, desde la caldera a calefacción directa hasta el motor a reacción, y en algunos de ellos había puesto incluso su alma.

Por lo demás, el profesor Chelnov aseguraba que la expresión «poner el alma» debía emplearse con precaución, que sólo los presos tenían con seguridad un alma inmortal, pues al hombre «libre» se le ha negado por su futilidad. En una amistosa conversación entre presos ante una escudilla de bodrio frío, o ante un vaso de humeante cacao, Chelnov no ocultaba que este razonamiento lo había copiado de Pierre Bezujov. Cuando un soldado francés no permitió que Pierre cruzara un camino, es sabido que Pierre soltó una carcajada: «¡Ja, ja! El soldado no me permite cruzar. ¿A quién? ¿A mí? ¿Es a mi alma inmortal a la que no deja pasar?».

En la *sharashka* de Marfino, el profesor Chelnov era el único preso a quien se permitía no usar mono (esta cuestión se consultó con Abakumov en persona). El argumento principal en apoyo de este privilegio se basaba en que Chelnov no era un preso fijo de la *sharashka* de Marfino, sino un preso ocasional: miembro correspondiente de la Academia de Ciencias en el pasado y director del Instituto Matemático, estaba a disposición especial de Beria y era enviado a cualquier *sharashka* en la que se hubiera presentado un problema matemático inaplazable. Cuando lo había resuelto en líneas generales y había indicado la metodología de las operaciones, era enviado a otro lugar.

Pero el profesor Chelnov no aprovechaba su libertad de elegir la vestimenta como la aprovecharían las personas habitualmente vanidosas: llevaba un traje barato, la chaqueta y los pantalones ni siquiera coincidían en el color; sus pies calzaban botas de fieltro; sobre su cabeza, que conservaba unos poquísimos cabellos grises, se ponía un gorro de lana, de punto, que lo mismo podía ser de esquiador que de muchacha; se distinguía especialmente por la estrambótica manta de lana envolvía sus hombros y su espalda, y que también parecía, en parte, un pañuelo femenino de abrigo.

No obstante, Chelnov sabía llevar esta manta y este gorro de una manera que no hacían su figura ridícula sino majestuosa. El alargado óvalo de su rostro, su agudo perfil, su autoritaria manera de hablar con la Administración de la cárcel, y el color azulado de sus ojos descoloridos, ese color que sólo ofrecen las mentes abstractas, hacía que, de un modo raro, Chelnov se pareciera quizás a Descartes o a Arquímedes.

Chelnov fue enviado a Marfino para elaborar las bases matemáticas de un codificador absoluto, es decir, de un aparato poseedor de giro mecánico que pudiera asegurar la conexión y desconexión de muchos relés que enmarañaran el orden de envío de los impulsos rectangulares de un lenguaje deformado, de modo que aunque hubiera centenares de personas aplicando aparatos análogos no pudieran descifrar la conversación que discurría por los conductores.

En la oficina de planificación seguía su curso la búsqueda de una solución práctica de semejante codificador. Todos los ingenieros, excepto Sologdin, se ocupaban de ello.

Llegado a la *sharashka* procedente de Inta, Sologdin echó una ojeada y declaró inmediatamente a todo el mundo que su memoria se había debilitado con las prolongadas hambres, que sus facultades, ya limitadas de por sí, se hallaban disminuidas, y que sólo estaba en condiciones de efectuar un trabajo auxiliar. Pudo jugar su juego con tanta osadía porque en Inta no tenía un trabajo de ingeniería común, sino un buen cargo de ingeniero, y no temía volver allí. (Por esto, en sus conversaciones profesionales con las autoridades de la *sharashka*, podía permitirse el lujo de buscar palabras sustitutorias de las extranjeras, incluso de palabras tales como «ingeniero» o «metal», obligando a que le esperaran mientras las inventaba. Esto habría sido imposible si hubiera procurado hacer méritos o conseguir, por lo menos, un ascenso en su categoría de alimentación).

Sin embargo, no lo devolvieron a su lugar de origen, lo dejaron a prueba. De esta manera, Sologdin escapó del cauce principal del trabajo, donde reinaba la tensión, la prisa y el nerviosismo, y fue a parar a otro cauce lateral tranquilo. Allí, sin honores ni tampoco reproches, estaba débilmente controlado por la superioridad, y disponía de suficiente tiempo libre. Por las noches, secretamente, sin vigilancia, empezó a elaborar su propio método para construir el codificador absoluto.

Consideraba que las grandes ideas sólo pueden nacer de la luz que se hace en un cerebro solitario.

Y, efectivamente, en el último medio año había encontrado la solución que no encontraban de ninguna manera decenas de ingenieros designados especialmente para ello pero azuzados e importunados continuamente. (Pero las orejas de Sologdin estaban abiertas, oían cómo se planteaba la tarea y en qué consistía su fracaso). Dos días antes, Sologdin había presentado su trabajo a la observación del profesor Chelnov, también de modo no oficial. Ahora subía por la escalera al lado del profesor, sosteniéndolo respetuosamente por el codo, y esperando el veredicto.

Pero Chelnov nunca mezclaba el trabajo con el descanso.

Durante el largo camino que recorrieron por el pasillo y la escalera, no dejó caer una sola palabra acerca de una valoración que Sologdin esperaba con afán, sino que habló despreocupadamente de su paseo matinal con Lev Rubin. Cuando a Rubin no le dejaron ir «a la leña», le recitó a Chelnov sus versos sobre tema bíblico. El ritmo de la poesía no tendría más que un par de fallos, y rimas las había muy acertadas, por ejemplo, «iris-Osiris». En general, había que considerar que la poesía no era mala. Por su contenido, era una balada sobre Moisés, que condujo durante cuarenta años a los judíos por el desierto, donde sufrieron privaciones, hambre y sed. El pueblo deliraba con locura y se amotinaba, pero no tenía razón, quien tenía razón era Moisés, pues

sabía que al final llegarían a la tierra prometida. ¡Rubin subrayó especialmente que no habían transcurrido todavía *cuarenta* años!

¿Qué le respondió Chelnov?

Chelnov llamó la atención de Rubin sobre la geografía de la ruta de Moisés: para ir del Nilo a Jerusalén, los judíos no necesitaban recorrer más de cuatrocientos kilómetros, por lo tanto, aunque descansaran los sábados, ¡habrían podido llegar fácilmente en tres semanas! ¿No cabe suponer, por lo tanto, que el resto de los cuarenta años Moisés, en vez de «guiarlos», los «llevaba» por el desierto de Arabia para que murieran todos los que recordaban la opulenta esclavitud egipcia, y para que, los que quedaran, valoraran más el modesto paraíso que Moisés podía ofrecerles?

Ante la puerta del despacho de Yákonov, Chelnov tomó la llave de su habitación de manos del externo de servicio en el instituto. Esta confianza sólo la merecía la Máscara de Hierro, pero ningún otro preso. Ningún preso tenía derecho a permanecer un solo segundo en el taller donde trabajaba si no era vigilado por un externo, pues la virtud de la buena vigilancia sugería que el preso utilizaría necesariamente este segundo sin control para descerrajar el armario de hierro con un lápiz y fotografiar documentos secretos con los botones de sus pantalones.

Pero Chelnov trabajaba en una habitación en la que sólo había un armario no secreto y dos mesas desnudas. Y decidieron (después de consultarlo con el ministerio, desde luego) aprobar la entrega de la llave personalmente al profesor Chelnov. A partir de entonces, su habitación se convirtió en objeto de continuas preocupaciones por parte del *oper* del Instituto, el comandante Shikin. Durante las horas que los presos pasaban encerrados en la cárcel tras una puerta reforzada con hierro, este camarada bien pagado, sin horario de trabajo preestablecido, iba por sus propios pies a la habitación del profesor, golpeaba las paredes, bailoteaba sobre las tablas del parquet, echaba una mirada al espacio polvoriento de detrás del armario y meneaba abatido la cabeza.

Por lo demás, la obtención de la llave no era todo. Cuatro o cinco puertas más allá, en el pasillo del segundo piso, estaba el puesto de control del Departamento de Secretos de Estado. El puesto de control consistía en una silla al lado de una mesita, y sobre la silla una señora de la limpieza, pero no simplemente una señora para barrer el suelo o preparar el té (para eso ya había otras), sino con un destino especial: comprobar los pases de quienes iban al Departamento de Secretos de Estado. Los pases, impresos en la tipografía principal del Ministerio, eran de tres clases: permanentes, para una sola vez y semanales, y los extendía el propio comandante Shikin (a quien pertenecía la idea de convertir en Departamento de Secretos de Estado el callejón sin salida del pasillo).

En el puesto de control, el trabajo no era fácil: la gente pasaba raramente por allí, y hacer calceta estaba rigurosamente prohibido, tanto por el reglamento, colgado allí mismo, como por las repetidas indicaciones verbales del comandante Shikin. Las señoras de la limpieza (se turnaban dos cada veinticuatro horas) luchaban dolorosamente contra el sueño durante las horas de servicio. Aquel puesto de control resultaba igualmente muy incómodo para el coronel Yákonov, pues todo el día lo molestaban dándole pases para firmar.

Y, sin embargo, el puesto de control existía. Y para compensar el salario de estas señoras de la limpieza, sólo había un portero, el citado Spiridón, en lugar de los tres previstos por la plantilla.

Aunque Chelnov sabía perfectamente que la mujer que ocupaba el puesto de guardia en aquel momento se llamaba María Ivánovna, y aunque esta dejaba pasar al anciano de cabello cano muchas veces cada día, ahora pidió sobresaltada:

—El pase.

Chelnov mostró su pase de cartón y Sologdin el suyo de papel.

Dejaron atrás el puesto de guardia, otro par de puertas y una vidriera clausurada y revocada con yeso, la que daba a la escalera posterior donde se ubicaba el taller del siervo pintor. Dejaron atrás la puerta de la habitación privada de la Máscara de Hierro, y abrieron la puerta de Chelnov.

Era una habitación pequeña y confortable, con una sola ventana que daba al patinillo de recreo de los presos y a un bosquecillo de tilos centenarios, cuyo destino había sido inmisericorde con ellos al incluirlos en la zona, vigilada con fuego de ametralladora. Las alargadas copas de los tilos estaban cubiertas también de generosa escarcha.

Un cielo blanco y turbio iluminaba la Tierra.

A la izquierda de los tilos, dentro de la zona, podía verse una antiquísima casita agrisada por el tiempo pero blanqueada ahora por la escarcha. Era de dos plantas y en otro tiempo la habitaba el patriarca, que vivía junto al seminario, por lo que el sendero que llevaba hasta allí se llamaba Camino de Monseñor. Más allá asomaban los techos de la aldehuela de Marfino y luego se extendían unos campos delimitados por la línea férrea. El vapor vivamente plateado de una locomotora procedente de Leningrado se elevaba en el ambiente turbio destacando de un modo claramente perceptible.

Pero Sologdin ni siquiera miró por la ventana. Ágil, sintiendo bajo el cuerpo dos piernas firmes y jóvenes, no atendió a la invitación de sentarse, sino que apoyó el hombro en el marco de la ventana y clavó los ojos en su rollo de papel, abandonado sobre la mesa de Chelnov.

Este propuso abrir los postigos de la ventana, y se sentó en un duro sillón de alto respaldo vertical. Se arregló la manta sobre los hombros, abrió sus notas, escritas en una hojita del bloc de notas, y tomó un lápiz tan largo y afilado que parecía una lanza. Luego miró severamente a Sologdin, y acto seguido se hizo imposible el tono de broma que hasta el momento había reinado en su conversación.

Era como si unas enormes alas se abrieran y batieran dentro de la pequeña habitación. Chelnov no habló más de dos minutos, pero de forma tan condensada que entre sus pensamientos no había tiempo para un suspiro.

Comprendió que Chelnov había hecho más de lo que Sologdin le había pedido. Había desarrollado una hipótesis de teoría de probabilidades y de teoría de cálculo sobre las posibilidades del diseño que proponía Sologdin. Este diseño prometía un resultado no muy distante del requerido, por lo menos hasta que no se consiguiera pasar a aparatos netamente electrónicos. Sin embargo, era indispensable:

—pensar cómo hacerlo insensible a los impulsos de energía incompleta;

—precisar la importancia de las fuerzas inertes del mecanismo para convencerse de que los momentos de giro eran suficientes.

—Y después... —Chelnov irradió a Sologdin con el centelleo de su mirada—, no olvide una

cosa: su codificación se basa en un principio caótico, y esto es bueno. Pero un caos, una vez elegido, una vez determinado, es ya un sistema. Se podría, aunque fuera más arduo, perfeccionar la solución de modo que el caos se cambiara por otro más caótico todavía.

El profesor se quedó meditabundo, dobló la hoja por la mitad y se calló. Sologdin, por su parte, cerró los párpados como ante una viva luz y permaneció de pie en esta postura, invidente.

Al oír las primeras palabras del profesor ya había experimentado el choque de una oleada ardiente. Ahora, apoyó el hombro y el costado en el marco de la ventana como para no levantar el vuelo hacia el techo en su entusiasmo. Su vida alcanzaba quizá el cénit de su arco.

... Procedía de una antigua familia noble que iba fundiéndose como si fuera de cera, pero que la llama de la revolución había pulverizado sin dejar rastro: a unos los habían fusilado, otros habían emigrado, unos terceros se habían emboscado y hasta habían cambiado de piel. El joven Sologdin dudó mucho tiempo sobre qué actitud adoptar ante la revolución. La odiaba, la consideraba un motín de chusma enardecida y envidiosa, pero en su rectitud implacable y en su incansable energía percibía algo familiar. Y rezaba en las agonizantes capillas moscovitas con el ardor de los antiguos rusos llameando en sus ojos. Luego, vistiendo un blusón, como todo el mundo en aquella época, y con el cuello desabrochado al estilo proletario, ingresó en una célula del *komsomol*. Nadie habría podido aconsejarle con certeza si era mejor buscar una carabina para disparar contra aquella pandilla o abrirse camino para conseguir ser uno de sus cabecillas. Era sinceramente piadoso y conmovedoramente vanidoso. Era sacrificado y a la vez codicioso. ¿Dónde hay un corazón joven que no desee los bienes terrenales? Compartía las convicciones del ateo Demócrito: «Feliz aquel que posee bienes e inteligencia». Inteligencia siempre la tuvo, pero carecía de bienes.

A los dieciocho años (¡era el último año de la NEP!), Sologdin se planteó, como primera tarea inexcusable, conseguir un *millón*. Precisa, necesaria y exactamente un millón, un millón costara lo que costara. No se trataba siquiera de la riqueza, ni de poseer recursos propios: ganar un millón era un test de hombre activo, la demostración de que no era un fantasioso vacío. Después podría plantearse otras tareas prácticas.

Se proponía encontrar el camino hacia este millón a través de algún deslumbrante invento, pero no renunciaba tampoco a otro camino inteligente que, aunque no discurriera por la ingeniería, fuera en cambio más corto. Por otra parte, era imposible encontrar un ambiente más hostil a su tarea del millón que el plan quinquenal staliniano. Su mesa de delineante sólo proporcionaba a Sologdin la cartilla de racionamiento del pan y un mísero salario. Y aunque mañana propusiera al Estado un asombroso todo-terreno, o una provechosa reconversión de toda la industria, eso no le daría ni el millón ni la fama, quizás incluso atrajera la desconfianza y la persecución.

La cosa acabó en que las medidas de Sologdin resultaron mayores que los agujeros estándar de la red: fue capturado en una de las pescas y recibió la primera condena. Ya en el campo, le cayó también la segunda.

Hacía doce años que no salía del campo de concentración. Debía abandonar y olvidar la tarea del millón. Mas he aquí por qué raro y sinuoso camino se veía de nuevo elevado a la torre, y con mano temblorosa sostenía el manojito de llaves y escogía la que abría su puerta de acero.

¿A quién se lo decían? ¿A quién? ¿Era a él a quien ese Descartes con gorra de muchacha decía tan halagadoras palabras?

Chelnov dobló en cuatro partes la hoja de sus consideraciones, y luego en ocho:

—Como ve, el trabajo no es poco. Pero este montaje es el mejor de los propuestos hasta ahora. Le proporcionará la libertad, la anulación de cargos. Y si los jefes no se apoderan de ello, incluso un pedazo de Premio Stalin.

Chelnov sonrió. Su sonrisa era aguda y fina, como toda la forma de su rostro.

La sonrisa iba dirigida a sí mismo. Porque a él, que en diferentes *sharashkas* y en diferentes épocas había hecho mucho más de lo que ahora proponía Sologdin, no le amenazaba ni el premio, ni la anulación de cargos, ni la libertad. Además, cargos no los había habido en absoluto: en cierta ocasión se refirió al Sabio Padre llamándolo «reptil abyecto» y ya llevaba dieciocho años de prisión sin sentencia y sin esperanzas.

Sologdin abrió sus radiantes ojos azules, se enderezó con aire juvenil y dijo con cierta teatralidad:

—¡Vladímir Erástovich! ¡Me ha dado apoyo y seguridad! No encuentro palabras para agradecer su atención. ¡Estoy en deuda con usted!

Pero una distraída sonrisa vagaba ya por sus labios.

Al devolver el rollo a Sologdin, el profesor recordó otra cosa:

—Por lo demás, soy culpable con usted. Me pidió que Antón Nikoláyevich no viera este esquema. Pero ayer sucedió que entró en la habitación durante mi ausencia, desplegó el rollo como tiene por costumbre y, naturalmente, comprendió enseguida de qué se trataba. Tuve que desvelar su incógnito. —La sonrisa desapareció de los labios de Sologdin, que frunció el ceño—. ¿Tan esencial es para usted? ¿Por qué? Un día antes, un día después...

El propio Sologdin estaba intrigado. ¿No había llegado el momento de llevar la hoja a Antón?

—No sé qué decirle, Vladímir Erástovich... ¿No le parece que hay en este invento algo moralmente dudoso? Porque ahora no se trata de un puente, de un grifo o de una máquina. Se trata de un encargo no industrial, de un encargo de los mismos que nos han encerrado. Hasta ahora yo lo hacía sólo... para poner a prueba mis fuerzas. Para mí mismo.

Para sí mismo.

Chelnov conocía muy bien esta forma de trabajar. En general, era la forma suprema de investigar.

—Pero en las circunstancias dadas... ¿no sería un lujo excesivo para usted? —Chelnov le miraba con ojos pálidos y tranquilos.

—Discúlpeme —se enderezó y corrigió Sologdin—. Lo decía porque sí, pensaba en voz alta. No debe reprocharse nada. ¡Le quedo muy agradecido, muy agradecido!

Retuvo respetuosamente su mano en la débil y delicada de Chelnov y se marchó con el rollo de papel bajo el brazo.

Había entrado en aquella habitación sólo como un pretendiente, todavía libre.

Salía de ella como un vencedor cargado de responsabilidad. Había dejado de ser dueño de su tiempo, de sus intenciones y de su trabajo.

Por su parte, Chelnov continuó largo rato sentado, sin apoyarse en el respaldo del sillón, con los ojos cerrados, erecto, con su fino rostro, y su gorro de lana que terminaba en punta.

Siempre dominado por la misma excitación, Sologdin abrió con excesiva energía la puerta de la sala de diseños y entró en ella. Pero en lugar de la mucha gente que esperaba encontrar en la gran sala, siempre llena con el zumbido de las voces, vio solamente una gruesa figura de mujer junto a la ventana.

—¿Está sola, Larisa Nikolavna? —se sorprendió Sologdin atravesando la sala con paso rápido.

Larisa Nikoláyevna Yemina, copista, dama de unos treinta años, volvió la cabeza desde la ventana, donde tenía su mesa de dibujo, y sonrió por encima del hombro a Sologdin, que se acercaba.

—¿Dmitri Alexándrovich? Ya pensaba que me iba a pasar el día aquí sola aburriéndome.

Sologdin recorrió con la mirada la exuberante figura de la mujer, ataviada con un vestido de lana color verde vivo —falda de punto, blusa de punto— y se dirigió con paso decidido a su mesa, sin responder. Acto seguido, sin sentarse todavía, trazó un palote en una hoja de papel rosa algo apartado, y después, casi de espaldas a Yemina, fijó el croquis que traía en la mesa Kuhlmann, articulada e inclinada.

La sala de diseños, una estancia clara y espaciosa del segundo piso, con grandes ventanales al sur, disponía, además de las mesas de oficina corrientes, de una decena de esos Kuhlmann, fijados a veces casi verticalmente, a veces de forma inclinada, o bien completamente horizontales. El Kuhlmann de Sologdin estaba junto a la ventana del extremo, en la que se sentaba Yemina, fijado perpendicularmente y desplegado de manera que separara a Sologdin del jefe de la sala y de la puerta de entrada, y que los esquemas allí pegados recibieran el chorro de luz diurna.

Finalmente, Sologdin preguntó con sequedad:

—¿Por qué no hay nadie?

—Eso quería preguntarle a usted —oyó la cantarína respuesta.

Volviendo únicamente la cabeza hacia ella con rápido movimiento, dijo en son de burla:

—Lo único que puede saber por mí es dónde están los cuatro parias, los pre-sos, los pre-sos que trabajan en esta sala. Con mucho gusto. Uno ha sido llamado a una entrevista, Hugo Leonárdovich celebra la Navidad letona, yo estoy aquí, e Iván Ivánovich ha pedido permiso para zurcir sus calcetines. Pero yo, a mi vez, quisiera saber dónde están los dieciséis externos libres, es decir, unos camaradas considerablemente más responsables que nosotros.

Estaba de perfil con respecto a Yemina, y ella podía ver perfectamente su sonrisa de condescendencia entre sus pequeños y cuidados bigotes y su cuidada barbita francesa.

—¿Cómo? ¿No sabe que nuestro comandante se puso ayer de acuerdo con Antón Nikoláich y hoy es día festivo para la sala de diseños?

Y yo, como hecho aposta, estoy de servicio...

—¿Festivo? —frunció el ceño Sologdin—. ¿Con qué motivo?

—¿Cómo que con qué motivo? Por ser domingo.

—¿Desde cuándo aquí un domingo nos sale de pronto festivo?

—El comandante dijo que ahora no teníamos un trabajo urgente.

Sologdin se volvió bruscamente hacia Yemina.

—¿Que *nosotros* no tenemos un trabajo urgente? —exclamó casi airadamente—. ¡No está mal! ¡No tenemos un trabajo urgente! —un movimiento de impaciencia se deslizó por los labios rosados de Sologdin—. ¿Quiere que haga que a partir de mañana estéis *los dieciséis* sentados aquí copiando día y noche? ¿Lo quiere?

Las palabras «los dieciséis» casi las gritó con rabia.

Pese a la espantosa perspectiva de copiar día y noche, Yemina conservó una calma muy adecuada a su tranquila belleza entrada en carnes. Hoy ni siquiera había levantado el calco que cubría su mesa de trabajo ligeramente inclinada, de modo que sobre el calco estaba todavía la llave que utilizaba para abrir la sala. Acodada cómodamente sobre la mesa (su tensa manga de punto reproducía en extremo la plenitud de su antebrazo), y balanceándose de manera apenas perceptible, Yemina miró a Sologdin con sus ojos grandes y afectuosos:

—¡Dios nos libre! ¿Sería capaz de semejante maldad?

Mirándola fríamente, Sologdin preguntó:

—¿Por qué utiliza la palabra «Dios»? ¿No es usted la esposa de un chequista?

—¿Qué importancia tiene? —se asombró Yemina—. También hacemos bizcochos por Pascua. ¿Qué hay de raro?

—¡¿Biz-co-chos?!

—¡Y qué!

Sologdin miró desde arriba a Yemina, que estaba sentada. El verde de su traje de punto era vivo, provocativo. Tanto la falda como la parte superior del vestido denunciaban la abundancia de carnes al amoldarse al cuerpo. El vestido estaba desabrochado sobre el pecho, y el cuello de su ligera blusa blanca cabalgaba encima.

Sologdin hizo un palote en la hoja rosa y dijo con hostilidad:

—Pero, según dicen, su marido es teniente coronel del MVD, ¿verdad?

—¡Eso, mi marido! ¿Y mamá y yo, qué? ¡Somos mujeres! —mostró Yemina una sonrisa apaciguadora. Sus gruesas trenzas rubias le rodeaban la cabeza como una majestuosa corona. Al sonreír parecía efectivamente una mujer campesina, pero de las interpretadas por Emma Tsesarskaya^[20].

Sologdin no replicó más, se sentó de lado ante su mesa, de modo que no viera a Yemina, y empezó a examinar, con los ojos entornados, el esquema clavado en el tablero. Se sentía cubierto con las flores del triunfo, que parecían mantenerse aún sobre sus hombros y sobre su pecho, y no deseaba destruir este estado de ánimo.

Algún día, ciertamente, debería empezar la auténtica Gran Vida.

Precisamente ahora.

El cénit del arco...

Aunque notaba una especie de duda atascada...

Era la siguiente. La insensibilidad ante los impulsos de la energía incompleta y la suficiencia de los momentos de giro estaban asegurados, así lo adivinaba Sologdin con su instinto interno, aunque sería necesario, naturalmente, contar siempre los signos de dos en dos. Pero la última observación de Chelnov acerca del caos fijo le inquietaba. No indicaba un defecto en su trabajo, sino una diferencia entre este trabajo y el ideal. Al mismo tiempo, presentía vagamente que en alguna parte de su trabajo había un inacabado «último centímetro» que no había sentido Chelnov ni percibido él mismo. Ahora, en la calma dominical que afortunadamente se había creado, era importante determinar en qué consistía y proceder a terminarlo. Sólo después de esto podría descubrir su trabajo a Antón y empezar a agujerear con él sus muros de cemento.

Por ello, acometió ahora el esfuerzo de desconectarse de los pensamientos de Yemina y mantenerse dentro del círculo de ideas creadas por el profesor Chelnov. Hacía ya medio año que Yemina se sentaba a su lado, pero nunca habían tenido ocasión de charlar largamente. Nunca se había dado el caso de que se quedaran a solas, como hoy. A veces, Sologdin se burlaba un poco de ella cuando, planificadamente, se permitía cinco minutos de descanso. Por su posición laboral era una copista a sus órdenes, pero por su posición social era una dama de las capas del poder. Y la relación digna y natural que podía haber entre ellos debía ser la hostilidad.

Sologdin miraba el esquema, Yemina, siempre balanceándose ligeramente sobre el codo, le miraba a él. Y de pronto sonó la pregunta:

—¡Dmitri Alexándrovich! ¿Y a usted? ¿Quién le zurce a usted los calcetines?

Las cejas de Sologdin se levantaron. Ni siquiera comprendía la pregunta.

—¿Los calcetines? —continuó mirando el esquema—. Ah, ah. Iván Ivánovich lleva calcetines porque todavía es un novato. No hace ni tres años que está preso. Los calcetines son un eructo del llamado... —se atragantó al verse obligado a usar una palabra «ornitológica»— del capitalismo. Yo, simplemente, no llevo —y puso un palote en una hoja blanca.

—Pero, entonces... ¿qué lleva usted?

—Está usted franqueando los límites de la decencia, Larisa Nikolavna —Sologdin no pudo impedir una sonrisa—. Yo llevo el orgullo de nuestro calcetín ruso: *portianki*^[21].

Pronunció esta palabra saboreándola y, en parte, encontrando ya gusto en la conversación. Sus bruscos cambios de la severidad a la burla siempre asustaban y divertían a Yemina.

—¿Pero no los llevan... los soldados?

—Además de los soldados, los llevan otros dos estamentos: los presos y los campesinos.

—Pero luego también habrá que... lavarlos, remendarlos, ¿no es así?

—¡Se equivoca! ¿Quién lava hoy en día los *portianki*? Se llevan simplemente un año, sin lavarlos, y luego se tiran y se reciben otros nuevos de la superioridad.

—¿Es posible? ¿En serio? —Yemina le miraba casi asustada.

Sologdin soltó una carcajada jovial y despreocupada.

—En todo caso, es mi estilo. Además, ¿con qué dinero voy a comprarme yo unos calcetines? Usted, por ejemplo, que es «trazadora-sobre-transparentes» del MGB, ¿cuánto cobra cada mes?

—Mil quinientos.

—¡Cla-ro! —exclamó Sologdin triunfante—. ¡Mil quinientos! ¡Pero yo, que soy «creador» — en la Lengua de la Claridad Máxima, eso significaba «ingeniero»—, cobro treinta rublos! ¿Dan para mucho? ¿Para calcetines?

Los ojos de Sologdin brillaron con alegría. No tenía nada que ver con Yemina, pero la mujer se había puesto como una grana.

El marido de Larisa Nikoláyevna era una foca. Desde hacía tiempo, la familia se había convertido para él en un blando almohadón, y él era para su esposa un elemento más del piso. Al llegar del trabajo comía largo rato con gran satisfacción, luego dormía. Más tarde, al despertar, leía los periódicos y ponía la radio (iba vendiendo todos sus receptores y comprando otros de nueva marca). Sólo los partidos de fútbol —dado el género de su trabajo, era hincha del Dinamo— provocaban su excitación e incluso su pasión. En todo lo demás era apagado y monótono.

Y en cuanto a los demás hombres de su ambiente, en sus momentos de ocio preferían hablar de sus méritos y de sus condecoraciones, o jugar a las cartas, o beber hasta ponerse púrpura, y ya borrachos meterse con ella y manosearla.

Sologdin había puesto de nuevo los ojos en su esquema. Larisa Nikoláyevna continuaba observando su cara sin apartar la mirada, contemplando una y otra vez sus bigotes, su barbita, sus labios jugosos.

Le entraban ganas de pincharse con aquella barba, de frotarse contra ella.

—¡Dmitri Alexándrovich! —volvió a romper ella el silencio—. ¿Le estoy estorbando mucho?

—Un poquito... —respondió Sologdin. Los últimos centímetros exigían una inquebrantable profundización del pensamiento. Y la vecina le estorbaba. Sologdin dejó el esquema por el momento, se volvió hacia la mesa, y por lo tanto hacia Yemina, y empezó a examinar papeles sin importancia.

Podía oírse el fino tic-tac del reloj en la muñeca de la mujer.

Pasó por el corredor un grupo de personas conversando a media voz. En la puerta vecina, la del Número 7, sonó la voz algo ceceante de Mamurin: «Bueno, ¿para cuándo el transformador?», y el grito irritado de Markushev: «¡No debí habérselo dado, Yákov Ivánich!».

Larisa Nikoláyevna puso los brazos sobre la mesa, los cruzó y clavó en ellos su mentón. Miraba lánguidamente a Sologdin desde abajo.

Y él leía.

—¡Cada día! ¡Cada hora! —susurró casi Yemina con veneración—. ¡Estar en la cárcel y trabajar de este modo! ¡Usted es un hombre extraordinario, Dmitri Alexándrovich!

Ante esta observación, Sologdin levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Y qué importa que sea en la cárcel, Larisa Nikolavna? Entré en la cárcel a los veinticinco años, y dicen que saldré a los cuarenta y dos. Pero no lo creo. Necesariamente me añadirán más años. Y la mejor parte de mi vida, la flor de mis fuerzas jóvenes, discurrirá en los campos de concentración. No hay que someterse a las circunstancias externas, es humillante.

—¡Usted lo tiene todo sistematizado!

—¿Qué diferencia hay entre la libertad y la cárcel? El hombre debe cultivar en su persona una voluntad irreductible al servicio de la razón. Siete de mis años de campo de concentración los pasé alimentándome sólo de rancho, mi trabajo mental se desarrollaba sin azúcar ni fósforo. Si yo le contara...

¿Quién podría comprenderlo sin haberlo vivido?

La cárcel judicial, en el interior del campo, estaba excavada en una colina. El «compadre» (el *oper*), el teniente Kamyshan, hacía once meses que amenazaba a Sologdin con una segunda condena, con otros diez años. Solía pegar en los labios con el bastón, para que se cayeran los dientes ensangrentados. Si llegaba al campo a caballo (montaba muy bien), aquel día pegaba con el mango de la fusta.

Estaban en guerra. Ni los que estaban libres tenían nada para comer. ¿Y los del campo de concentración? ¿Y los de la Prisión de la Colina?

Sologdin no firmó nada, aleccionado por el primer juicio. Pero de todos modos le cayeron los diez años previstos. De la audiencia lo llevaron directamente al hospital. Se moría. Su cuerpo, condenado a descomponerse, no aceptaba ni pan, ni papillas, ni rancho.

Hubo un día en que lo arrojaron sobre unas parihuelas y lo llevaron al depósito de cadáveres, a que le destrozaran el cráneo con una gran maza de madera antes de transportarlo al cementerio. Pero él se movió...

—¡Cuéntemelo!

—¡No, Larisa Nikolavna! ¡Es decididamente imposible describirlo! —aseguró ahora Sologdin alegremente, frívolamente.

¡De allí! ¡Había salido de allí! ¡Oh, fuerza renovadora de la vida! ¡Y después de años de privación de libertad, después de años de trabajo, había conseguido levantar el vuelo! ¡Y de qué manera!

—¡Cuéntemelo! —porfió la bien cebada mujer que continuaba mirándole desde abajo, desde sus brazos cruzados.

Quizás había una sola cosa que ella era capaz de comprender: que en aquella historia andaba mezclada una mujer. La decisión de Kamyshan se precipitó por los celos que sentía de Sologdin y de una enfermera, también presa. Y no eran celos vanos. Todavía hoy recordaba Sologdin a la enfermera con tan claro agradecimiento corporal que, en parte, ni siquiera lamentaba que le hubieran impuesto otra condena por culpa de aquella mujer.

Había también cierto parecido entre aquella enfermera y esta copista: ambas eran opulentas. Para Sologdin, las mujeres pequeñas y flacas eran unos monstruos, un error de la naturaleza.

Con el dedo índice, de piel muy pulcra, de uña redondeada, carmesí por la manicura, Yemina alisaba sin objeto y sin éxito la arrugada esquina del calco extendido. Casi apoyaba por completo la cabeza en los brazos cruzados, de modo que presentaba a Sologdin la empinada corona de sus poderosas trenzas.

—He cometido una falta con usted, Dmitri Alexándrovich...

—¿Por qué?

—Un día estaba junto a su mesa, bajé los ojos y vi que escribía una carta... Bueno, ya sabe, suele suceder, fue completamente casual... Y en otra ocasión...

—¿... volvió a mirar de reojo por pura casualidad...?

—Y vi que de nuevo escribía una carta, y parecía la misma...

—¡Ah! ¿Incluso distinguió que se trataba de la misma? ¿Y la tercera vez? ¿Hubo una tercera vez?

—La hubo...

—Bieen... Si esto continúa así, Larisa Nikolavna, me veré obligado a prescindir de sus servicios como «trazadora-sobre-transparentes». Y será una lástima, porque no dibuja usted nada mal.

—¡Pero hace mucho tiempo de eso! Desde entonces no ha vuelto a escribir.

—Sin embargo, lo denunciaría inmediatamente al comandante Shikinida, ¿verdad?

—¿Por qué Shikinida?

—Bueno, Shikin. ¿Lo denunció?

—¿Cómo puede pensar esto?

—No hay nada que pensar. ¿No le encargó el comandante Shikinida que espicara mis acciones, mis palabras y hasta mis pensamientos? —Sologdin tomó un lápiz y trazó un palote en la hoja blanca—. ¿Se lo encargó? ¡Dígalo honestamente!

—Sí... me lo encargó...

—¿Y cuántas denuncias ha escrito usted?

—¡Dmitri Alexándrovich! ¡Por el contrario, he descrito sus mejores características!

—Hum... Bueno, de momento lo creeremos. Pero mi aviso continúa en vigor. Evidentemente, es un caso inocente de pura curiosidad femenina. Satisfaré esta curiosidad. Fue en setiembre. Cinco días seguidos, y no tres, estuve escribiendo una carta a mi esposa.

—Eso es lo que quería preguntarle: ¿tiene una esposa? ¿Ella le espera? ¿Le escribe usted tan largas cartas?

—Tengo una esposa —respondió Sologdin lentamente, profundamente—, pero es como si no la tuviera. Ahora, ni siquiera puedo escribirle ninguna carta. Cuando se las escribía... no, no las escribía largas, pero las retocaba largo tiempo. El arte epistolar, Larisa Nikolavna, es un arte muy difícil. A menudo escribimos cartas con excesiva negligencia y luego nos asombra ver que perdemos a nuestros amigos. Hace ya muchos años que mi esposa no me ha visto, que no ha sentido mis manos sobre ella. Las cartas son el único lazo que la retiene conmigo desde hace doce años.

Yemina se movió un poco hacia adelante. Extendió los codos hasta el canto de la mesa de Sologdin y los apoyó en él rodeándose su intrépido rostro con las palmas de las manos.

—¿Está seguro de retenerla? ¿Y por qué, Dmitri Alexándrovich, por qué? ¡Han pasado doce años y todavía quedan cinco! ¡Son diecisiete años! ¡Le está robando su juventud! ¿Para qué? ¡Déjela vivir!

La voz de Sologdin sonó solemnemente:

—Entre las mujeres, Larisa Nikoláyevna, las hay de una clase especial. Son las compañeras de

los vikingos, son las pálidas Isoldas de alma diamantina. Usted no ha podido conocerlas, ha vivido en un corrupto bienestar.

Vivía en un ambiente ajeno, entre enemigos.

—¡Déjela vivir! —insistió Larisa Nikoláyevna.

Era imposible reconocer en ella a la imponente dama que pasaba majestuosamente por los pasillos y escaleras de la *sharashka*. Estaba sentada, pegada a la mesa de Sologdin, se oía su respiración. Su cara enardecida —¿preocupada por la desconocida esposa de Sologdin?— era ahora casi pueblerina.

Sologdin entornó los ojos. Conocía esta cualidad universal de las mujeres: un fino olfato de la exaltación, del éxito y de la victoria masculinos. Y la atención del vencedor se convierte de pronto en una necesidad para cada una de ellas. Yemina nada podía saber de la conversación con Chelnov, ni del final de su trabajo, pero lo percibía todo.

Y volaba tropezando con la férrea red del reglamento tendida entre ellos.

Sologdin miró de reojo las profundidades de su descompuesta blusa y trazó un palote en la hoja rosa.

—¡Dmitri Alexándrovich! También esto. Hace muchas semanas que me consumo intentando saber qué son esos palotes que coloca usted.

Y que luego tacha al cabo de unos días. ¿Qué significan?

—Me temo que de nuevo manifiesta esa tendencia suya a la observación —tomó en sus manos la hoja blanca—. Permítame: hago un palote cada vez que utilizo sin extrema necesidad una palabra extranjera en medio del idioma ruso. El número de estos palotes es la medida de mi imperfección. Por ejemplo, por la palabra «capitalismo», que no supe sustituir en seguida por «ricachonería», y por la palabra «espíar», que en mi ardor tuve pereza de cambiar por «no perder de vista», me he puesto estos dos palotes.

—¿Y en la hoja rosa? —inquirió ella.

—¿Ha observado que también los pongo en la rosa?

—Incluso con más frecuencia que en la blanca. ¿Es también la medida de su imperfección?

—También —afirmó bruscamente Sologdin—. En la rosa me pongo «penalizaciones», que en su lenguaje serían «multas», y luego me castigo según su número. Las expío. Cortando leña.

—Multas, ¿por qué? —preguntó ella en voz baja.

¡Así debía ser! Ya que había llegado al cénit de su arco, el destino caprichoso le presentaba sus excusas y le enviaba incluso una mujer. O quitarlo todo o darlo todo, así es el destino.

—¿Para qué quiere saberlo? —pregunto, severo aún.

—¿Para qué? —repitió Larisa débilmente, obtusamente.

Aquello era desquitarse de todos ellos, de su clan del MVD. El desquite y la posesión, la tortura y la posesión, convergen en algún punto.

—¿Ha observado usted *cuándo* las pongo?

—Lo he observado —respondió Larisa como aspirando el aire.

La llave de la puerta, con el número de la sala estampado en la etiqueta de aluminio, estaba sobre el calco extendido.

Y aquella bola grande y cálida de lana verde respiraba ante Sologdin.

Esperaba órdenes.

Sologdin entornó los ojos y ordenó:

—¡Ve a cerrar la puerta! ¡Rápido!

Larisa saltó de la mesa, se levantó bruscamente, y su silla se cayó con estrépito.

¡Qué había hecho ese insolente esclavo! ¿Iría a quejarse?

Larisa recogió la llave de un manotazo y fue a cerrar contoneándose.

Con mano apresurada, Sologdin marcó cinco palotes seguidos en la hoja rosa.

No tuvo tiempo para trazar más.

Nadie sentía deseos de trabajar en domingo, tampoco los externos. Iban al trabajo con desgana, sin las habituales apreturas en los tranvías, y buscaban la manera de pasar el rato hasta las seis de la tarde.

Pero aquel domingo resultó más desasosegado que un día laborable. Alrededor de las diez de la mañana se acercaron a la puerta principal tres automóviles muy largos y muy aerodinámicos. Los vigilantes del puesto de guardia saludaron con la mano en la visera. Los automóviles dejaron atrás la puerta de entrada, y después al portero pelirrojo Spiridón, que los miraba con los ojos entornados y la escoba en la mano, y rodaron por el sendero de grava, limpio de nieve, hasta la entrada principal del Instituto. De los tres coches empezaron a bajar oficiales de alta graduación, brillantes con el oro de sus galones, y sin demora alguna, sin esperar siquiera que salieran a recibirlos, subieron inmediatamente al segundo piso, al despacho de Yákonov. Nadie tuvo tiempo de examinarlos como es debido. En algunos laboratorios corrió el rumor de que había llegado el propio ministro Abakumov en compañía de ocho generales. En otros laboratorios continuaron tranquilamente sentados sin tener conocimiento de la tempestad que se avecinaba.

La verdad estaba a la mitad: sólo había llegado el viceministro, Selivanovski, acompañado de cuatro generales.

Pero ocurrió algo inaudito: el ingeniero coronel Yákonov todavía no estaba en su puesto. Mientras el asustado ordenanza de servicio (después de cerrar ágilmente el cajón de la mesa, donde guardaba la novela policíaca que leía disimuladamente) llamaba a Yákonov a su casa e informaba después al viceministro que el coronel Yákonov estaba acostado en su domicilio, víctima de un serio ataque, pero que ya se vestía y venía, el adjunto de Yákonov, el comandante Reutmann, flaco, de talle ceñido, salió rápidamente del laboratorio de acústica arreglándose el incómodo corraje y tropezando en las alfombras (era muy miope). Y se presentó a los jefes. No sólo se apresuró porque así lo disponía el reglamento, sino también para poder defender los intereses de la oposición interna del instituto que él acaudillaba: Yákonov siempre lo marginaba en las conversaciones con las altas autoridades. Reutmann se había enterado ya de algunos detalles de la llamada nocturna que exigió la presencia de Prianchikov, y se apresuró a corregir la situación persuadiendo a la alta comisión de que el estado del Vocoder no era tan desesperado como, por ejemplo, el del *clipado*. Pese a sus treinta años de edad, Reutmann había sido laureado ya con el Premio Stalin, y metía impávido a su laboratorio en el torbellino de las tribulaciones estatales.

Le escuchaba una decena de los recién llegados, dos de los cuales entendían un poco la esencia técnica del asunto, los demás no hacían sino darse tono. No obstante, llamado por Oskolupov, el amarillento Mamurin consiguió llegar enseguida tras Reutmann y, tartamudeando de rabia, se puso a defender el *clipado*, que ya casi estaba preparado para salir a la luz. Poco después llegó también Yákonov, con los ojos hundidos, oscurecidos, y la cara blanca, casi azul. Se dejó caer en una silla junto a la pared. La conversación se fraccionó, se lio, y pronto no quedó nadie que comprendiera cómo sacar del apuro aquella empresa perdida.

Y tuvo que darse también la desgracia de que el corazón del instituto y la conciencia del instituto —el *oper*, camarada Shikin, y el secretario de la organización del partido, camarada Stepánov— se hubieran permitido aquel domingo la debilidad perfectamente natural de no acudir al servicio ni encabezar el colectivo que dirigían los días laborables. (Acción muy disculpable porque, como se sabe, cuando se plantea correctamente el trabajo de explicación y organización de masas ya no es absolutamente necesario que los jefes estén personalmente presentes en el proceso del trabajo). La alarma, y la conciencia de tener una responsabilidad inesperada, se apoderaron del ordenanza de servicio en el Instituto. Arriesgándose personalmente, abandonó los teléfonos y fue corriendo a los laboratorios, a comunicar en voz baja a los jefes de estos la llegada de aquellos visitantes extraordinarios, para que así pudieran duplicar su atención. Estaba tan agitado, y tenía tanta prisa por volver a sus teléfonos, que no concedió importancia a la puerta cerrada del laboratorio de diseños, ni consiguió llegar al Laboratorio del Vacío, donde prestaba servicio Clara Makaryguin sin que hubiera ningún externo más aquel día.

A su vez, los jefes de laboratorio, aunque no comunicaron nada en voz alta —era imposible pedir públicamente que se adoptara una actitud laboriosa debido a la visita de unas autoridades—, recorrieron todas las mesas y con un susurro avergonzado previnieron a todos y a cada uno.

Así pues, todo el instituto estaba a la espera de las autoridades. Después de discutirlo, una parte de los jefes se quedó en el despacho de Yákonov, otra parte fue al Número 7, y sólo Selivanovski y Reutmann bajaron al laboratorio de acústica: para librarse de esta nueva preocupación, Yákonov había recomendado el laboratorio de acústica como base cómoda para llevar a cabo el encargo de Riumin.

—¿De qué modo piensa descubrir a este hombre? —preguntó Selivanovski a Reutmann por el camino.

Reutmann no podía pensar nada, pues sólo hacía cinco minutos que se había enterado del encargo: lo había pensado Oskolupov por él la noche pasada, cuando aceptó aquel trabajo sin reflexionar. Pero también Reutmann había conseguido reflexionar un poco en cinco minutos.

—Verá usted —dijo llamando al viceministro por el nombre y el patronímico sin ningún género de obsequiosidad—, tenemos en efecto un aparato de lenguaje visible, el VIR, que imprime las llamadas *fonografías*, y hay un hombre que lee estas fonografías, cierto Rubin.

—¿Un preso?

—Sí. Profesor de filología. Últimamente lo tengo ocupado buscando en las fonografías las peculiaridades individuales del lenguaje. Espero que transformando esta conversación telefónica en fonografías, y comparando estas con las de los sospechosos...

—Hum... Habrá que ponerse de acuerdo con Abakumov respecto a este filólogo —meneó la cabeza Selivanovski.

—¿En el sentido de lo confidencial del asunto?

—Sí.

Entretanto, en el laboratorio de acústica, aunque todos conocían la llegada de los jefes, no podían superar la dolorosa inercia de la ociosidad, y por ello fingían, revolvían perezosamente los cajones de las lámparas de radio, examinaban los esquemas de las revistas o bostezaban de cara a la ventana. Las muchachas contratadas se habían agrupado para murmurar sus cotilleos. El ayudante de Reutmann las dispersó. Por suerte para ella, Símochka no estaba en el trabajo, libraba para compensar un día trabajado de más, evitándose así el tormento de ver a Nerzhin engalanado y radiante a la espera de entrevistarse con una mujer que tenía sobre él más derechos que Símochka.

Nerzhin se sentía como un homenajead, era la tercera vez que entraba en el laboratorio de acústica sin necesidad, sencillamente por el nerviosismo de la espera de un *cuervo* que se retrasaba excesivamente. No tomó asiento en su sitio sino en el alféizar de la ventana, donde chupaba con placer un cigarrillo y escuchaba a Rubin. Este, que no había encontrado en el profesor Chelnov un digno oyente de su balada sobre Moisés, ahora la recitaba para Gleb con sosegado ardor. Rubin no era poeta, pero a veces componía versostiernos, inteligentes. Recientemente, Gleb le había hecho grandes elogios por su amplitud de miras en un bosquejo poético de Aliosha Karamázov, que simultáneamente defendía a Perekop^[22] vestido de oficial y conquistaba Perekop vestido de soldado rojo. En aquel momento, Rubin sentía grandes deseos de que Gleb valorase la balada de Moisés, y llegara también a la conclusión de que esperar y tener fe durante cuarenta años era algo sensato, necesario e indispensable.

Rubin no podía existir sin los amigos, se ahogaba cuando le faltaban. La soledad era para él insoportable hasta el punto que ni siquiera permitía que sus ideas madurasen únicamente en su cabeza, de modo que apenas encontraba media idea corría a compartirla. Toda su vida había sido rico en amigos, pero en la cárcel se daba el caso de que sus amigos no eran sus correligionarios, y sus correligionarios no eran sus amigos.

Así pues, en el laboratorio de acústica nadie se ocupaba todavía de trabajar, sólo Prianchikov, invariablemente jovial y activo, superado ya el recuerdo del Moscú nocturno y de su loca salida, elaboraba una nueva mejora de su esquema canturreando:

Bendzi-bendzi-bendzi-ba-ar...

Bendzi-bendzi-bendzi-ba-ar...

Y en aquel momento entraron Selivanovski y Reutmann. Reutmann continuaba hablando:

—En estas fonografías el lenguaje se desarrolla instantáneamente en tres dimensiones: por la frecuencia, a través de la cinta; por el tiempo, a lo largo de la cinta; por la amplitud, según el espesor del dibujo. Además, cada sonido se perfila de una forma tan singular y original que es fácil de reconocer, e incluso se puede leer todo lo que se dice a lo largo de la cinta. Mire... —condujo a Selivanovski al fondo del laboratorio—... el aparato VTR construido en nuestro

laboratorio —Reutmann había olvidado que el aparato era un plagio de una revista americana—, y aquí... —con toda precaución hizo que el viceministro girara hacia la ventana— el doctor en ciencias filológicas Rubin, el único hombre de la Unión Soviética que lee el lenguaje visible. (Rubin se levantó y se inclinó en silencio).

Pero cuando, en la puerta, Reutmann había pronunciado la palabra «fonografías», Rubin y Nerzhin se habían estremecido: su trabajo, del que hasta ahora en gran parte se burlaban, emergía a este bendito mundo. En los cuarenta y cinco segundos que empleó Reutmann para conducir a Selivanovski hasta Rubin, tanto este como Nerzhin comprendieron, con la agudeza y rapidez propia sólo de los presos, que iba a producirse una demostración: Rubin leería las fonografías, y la frase sólo podía pronunciarla ante el micrófono uno de los «locutores-patrón», y Nerzhin era el único que había en la sala. Del mismo modo se dieron perfecta cuenta de que, aunque Rubin leía efectivamente las fonografías, podía meter la pata en el examen, y meter la pata era impermissible, significaría caer rodando de la *sharashka* al infierno del campo de concentración.

De todo esto no se dijeron una palabra, sólo se miraron el uno al otro con aire significativo.

Y Rubin murmuró:

—Si eres tú, y la frase es de tu elección, di: «Las fonografías permiten al sordo hablar por teléfono».

Nerzhin, por su parte, murmuró:

—Si la frase es suya, adivínala por los sonidos. Si me aliso los cabellos, has acertado, si me arreglo la corbata, has fallado.

Y fue entonces cuando Rubin se levantó y se inclinó en silencio.

Con la voz entrecortada, de disculpa, que aun oyéndola de espaldas se podía atribuir sólo a un intelectual, Reutmann continuó diciendo:

—Ahora, Lev Grigórich nos hará una demostración de su arte. A ver, uno de los locutores... por ejemplo, Gleb Vikéntich... pronunciará alguna frase ante el micrófono de la cabina acústica, el VIR la grabará y Lev Grigórich intentará descifrarla.

De pie, a un paso del viceministro, Nerzhin clavó en él una insolente mirada de presidiario:

—¿Inventará usted la frase? —preguntó severamente.

—No, no —respondió cortésmente Selivanovski desviando los ojos—, componga alguna usted mismo desde allí.

Nerzhin se sometió, tomó una hoja de papel, reflexionó un momento, y luego con aire inspirado escribió la frase. En medio del silencio general se la entregó a Selivanovski de manera que nadie pudiera leerla, ni siquiera Reutmann.

«Las fonografías permiten al sordo hablar por teléfono».

—¿Es realmente así? —se sorprendió Selivanovski.

—Sí.

—Léalo, por favor.

El VIR empezó a zumbar. Nerzhin fue a la cabina (¡ah, qué aspecto tan bochornoso el de la arpillera que la revestía! ¡Esa sempiterna carestía de materiales en el almacén!), y se encerró impenetrablemente en ella. Se oyó el ruido de los mecanismos. Una cinta húmeda de dos metros,

garabateada con multitud de franjas de tinta y de sucias manchas, se depositó sobre la mesa de Rubin.

Todo el laboratorio había dejado de «trabajar» y miraba con tensa atención. Reutmann estaba visiblemente inquieto. Nerzhin había salido de la cabina y observaba de lejos a Rubin con indiferencia. Todos estaban de pie alrededor de Rubin, y Rubin, el único que permanecía sentado, les iluminaba con el brillo de su calva. Respetando la impaciencia de los presentes, no hizo un secreto de su arte mágico, y acto seguido señaló la cinta húmeda con un lápiz rojo-azul, mal afilado como siempre.

—Como verán, hay ciertos sonidos que se pueden descubrir sin el más mínimo trabajo, por ejemplo, las vocales acentuadas o sonoras. En la segunda palabra se ve con precisión que hay dos *r*⁸. En la primera palabra el sonido acentuado de una «i» precedida de una «v» débil, pues en esta posición no podría ser fuerte. Un poco antes tenemos la forma «a», pero hay que recordar que en la primera sílaba antes de la acentuada también la «o» se pronuncia como «a». En cambio la «u» conserva su peculiaridad incluso alejada del acento, y es característica suya una franja de baja frecuencia. El tercer sonido de la primera palabra es indiscutiblemente una «u». Tras ella viene una sorda explosiva, lo más probable una «k», de modo que tenemos: «ukovi» o bien «ukavi». Pero la «v» fuerte se distingue notablemente de la débil, y no tiene franjas por encima de los dos mil trescientos herzios. «Vukovi...». Luego, una sonora explosiva fuerte y al final una vocal reducida, cosa que puedo interpretar como «dy». Por lo tanto «vukovidy». Queda por adivinar el primer sonido, que está borroso y podría tomar por una «s» si el contexto no me sugiriera que se trata de una «z». ¡Así, pues, la primera palabra es «zvukovidy» (fonografías)! Prosigamos. En la segunda palabra, como ya he dicho, hay dos «r», y quizá la terminación verbal típica «ayet», aunque tratándose de un plural sería «ayut». Evidentemente «pazryvayut», «pazreshayut»... Voy a precisarlo, enseguida... Antonina Valeriánovna, ¿ha cogido usted mi lupa? ¿Puedo pedírsela por un momento?

No necesitaba en absoluto una lupa, pues el VIR daba una anotación de lo más amplia, pero se hacía, en expresión presidaría, «para aparentar», y Nerzhin se reía en su fuero interno mientras con aire distraído se iba alisando sus más que lisos cabellos. Rubin le miró de pasada y tomó la lupa que le ofrecían. La tensión general iba creciendo, tanto más porque nadie sabía si Rubin lo adivinaba acertadamente. Selivanovski murmuraba impresionado:

—Sorprendente... Sorprendente...

Nadie advirtió que el teniente Shustermann entraba de puntillas en la sala. No tenía derecho a entrar allí, por eso se mantenía apartado. Shustermann hizo una seña a Nerzhin para que fuera cuanto antes, pero no salió con él, buscaba el momento oportuno de llamar a Rubin. Lo necesitaba para obligarle a ir al dormitorio a rehacer la cama y dejarla como es debido. No era la primera vez que sacaba de sus casillas a Rubin con estos repetidos arreglos.

Mientras, Rubin ya había descubierto la palabra «sordos» y empezaba a adivinar el cuarto vocablo. Reutmann estaba radiante, no sólo porque compartía el triunfo, sino porque se alegraba sinceramente de cualquier éxito en el trabajo. Y entonces Rubin levantó casualmente los ojos y tropezó con la mirada ceñuda de Shustermann.

Y le obsequió con una maliciosa mirada de respuesta: «¡Arréglala tú!».

—Las últimas palabras, «por teléfono», es una combinación tan frecuente en nuestro país que ya me he acostumbrado a ella, la veo enseguida. Eso es todo.

—¡Impresionante! —repitió Selivanovski—. Disculpe, ¿cuál es su nombre y apellido?

—Lev Grigórich.

—Bien, Lev Grigórich, ¿puede distinguir con las fonografías las peculiaridades individuales de las voces?

—Nosotros lo llamamos la variante individual del lenguaje. ¡Sí! En este momento es precisamente el objeto de nuestra investigación.

—¡Formidable! Creo que tengo una tarea in-te-re-san-te para usted.

Shustermann se marchó de puntillas.

Se había averiado el motor del *cuervo* que tenía la orden de llevar a los presos a la entrevista y, con las llamadas telefónicas para pedir instrucciones, se produjo un retraso. Alrededor de las once llamaron a Gleb Nerzhin en el laboratorio de acústica, y, cuando llegó al «cacheo», los otros seis presos que iban a la entrevista ya estaban allí. Estaban terminando el registro de algunos de ellos, otros ya lo habían pasado y esperaban con el cuerpo en diferentes posturas: quién con el pecho apoyado en la gran mesa, quién paseando por la estancia fuera de la raya de cacheo. Sobre esta misma raya, junto a la pared, estaba el teniente coronel Klimentiev, acicalado, erecto, liso, como un militar de carrera en una revista. Sus densos y negros bigotes, y su cabeza morena, olían fuertemente a agua de colonia.

Tenía las manos en la espalda y parecía absolutamente indiferente, pero en realidad su presencia obligaba a los celadores a cachear a conciencia.

En la línea de cacheo, uno de los celadores más quisquillosos, Krasnogubenki, acogió a Nerzhin con los brazos extendidos y le preguntó acto seguido:

—¿Qué hay en los bolsillos?

Hacía tiempo que Nerzhin había abandonado aquel obsequioso afán que ponen de manifiesto los presos novatos ante los celadores y la escolta. No se tomó el trabajo de responder ni se dispuso a volver del revés los bolsillos de aquel traje de cheviot al que no estaba acostumbrado. Puso un matiz soñoliento en la mirada que dirigía a Krasnogubenki y apartó ligeramente las manos de los costados ofreciéndole la posibilidad de adentrarse en sus bolsillos. Después de cinco años de cárcel y de muchos preparativos y cacheos semejantes, a Nerzhin ya no le parecía —como ocurre las primeras veces— que aquello fuera una burda arbitrariedad, ni que unos dedos sucios se pasearan por su corazón herido. No, nada de lo que hicieran con su cuerpo podía oscurecer la creciente luminosidad de su estado de ánimo.

Krasnogubenki abrió la pitillera, reciente regalo de Potapov, y examinó la embocadura de todos los cigarrillos por si había algo dentro; rebuscó entre las cerillas de la caja por si había algo debajo; comprobó el dobladillo del pañuelo, por si había algo cosido, y no descubrió ninguna cosa más en los bolsillos. Entonces, metiendo las manos entre la camiseta y la chaqueta desabrochada, tanteó todo el cuerpo de Nerzhin, lo palpó, por si había algo metido bajo la camisa, o entre la camisa y la pechera. Luego se puso en cuclillas y recorrió de arriba abajo una de las piernas de Nerzhin apretándola estrechamente con los dedos de ambas manos, y después hizo lo mismo con la otra. Cuando Krasnogubenki se agachó, Nerzhin pudo ver perfectamente a uno de los presos, un

grabador-calígrafo, que paseaba nerviosamente de arriba abajo, y adivinó por qué estaba tan inquieto: el grabador había descubierto en la cárcel que era capaz de escribir novelas, y las escribía. Trataban del cautiverio alemán, de los encuentros en las celdas, de los tribunales. Había sacado de la cárcel una o dos de tales novelas a través de su mujer, pero ¿a quién podía mostrarlas? Debía también esconderlas. Y aquí tampoco podía dejarlas. Y nunca sería posible llevarse consigo ni un mal pedazo de lo escrito. Pero un vejete amigo de la familia las había leído y había comunicado al autor, a través de la esposa, que ni Chéjov mostraba a menudo una maestría tan expresiva y refinada. Esta opinión animó fuertemente al grabador.

Para la entrevista de hoy había escrito una novela a su entender magnífica. Pero en el momento del cacheo se había acobardado ante aquel mismo Krasnogubenki, y dándose la vuelta se había tragado la bola de papel de calcar donde había escrito la novela con letra microscópica. Ahora languidecía por habérsela tragado: quizás habría conseguido pasarla.

Krasnogubenki dijo a Nerzhin:

—Los zapatos. Quíteselos.

Nerzhin puso el pie sobre un taburete, se desabrochó el zapato, y con un movimiento, como si se tendiera, se lo sacudió del pie sin mirar adonde iba a parar, y puso con ello al descubierto su calcetín agujereado. Krasnogubenki recogió el zapato, lo recorrió por dentro con la mano y dobló la suela. Con la misma cara imperturbable, Nerzhin arrojó el segundo zapato y puso al descubierto el segundo calcetín agujereado. Como fuera que los calcetines tenían grandes agujeros, Krasnogubenki no sospechó que hubiera nada escondido y no exigió que se los quitara.

Nerzhin se calzó. Krasnogubenki encendió un cigarrillo.

El rostro del teniente coronel se había contraído cuando Nerzhin tiró los zapatos. Aquello era humillar intencionadamente a su celador. Si no intervenía en favor de este, los presos acabarían tomando el pelo a la administración de la cárcel. Klimentiev se arrepentía de nuevo de haberse mostrado bondadoso, y estaba casi decidido a buscar tres pies al gato para prohibir la entrevista a aquel insolente que no se avergonzaba de su situación de criminal, sino que incluso parecía recrearse con ella.

—¡Atención! —dijo severamente, y los siete presos y los siete celadores se volvieron hacia él—. ¿Conocéis las normas? No entregar nada a los parientes. No tomar nada de los parientes. Todas las entregas deben hacerse únicamente a través de mí. En las conversaciones, no hay que tratar de lo siguiente: el trabajo, las condiciones de trabajo, las condiciones de vida, el horario de la jornada, la disposición interior del centro. No mencionar ningún apellido. De uno mismo sólo es posible decir que todo va bien y que no necesita nada.

—¿De qué hemos de hablar, pues? —gritó alguien—. ¿De política?

Klimentiev no se tomó siquiera la molestia de responder a esto, tan claramente absurdo era.

—De nuestra culpa —aconsejó lúgubrementemente otro de los presos—. Del arrepentimiento.

—Tampoco se puede hablar del sumario, es secreto —desechó imperturbablemente Klimentiev—. Preguntad por la familia, por los hijos. Prosigo. Hay una nueva norma: a partir de la entrevista de hoy se prohíben los apretones de manos y los besos.

Nerzhin, que mostraba una indiferencia total ante el cacheo y ante las obtusas instrucciones

que ya sabía cómo burlar, sintió que se le oscurecían los ojos al oír la prohibición de besar.

—Nos vemos una sola vez al año... —gritó roncamente a Klimentiev, y este se volvió satisfecho hacia él esperando que continuara soltando su alegato.

Nerzhin casi oía ya cómo Klimentiev chillaba acto seguido:

«¡Le anulo la entrevista!».

Y se quedó sin aliento.

La entrevista, que le comunicaron a última hora, sólo parecía legal a medias y nada costaría anularla...

Siempre hay un pensamiento como este que detiene a quienes podrían gritar la verdad o conseguir justicia.

Como preso antiguo, debía ser dueño de su ira.

Al no encontrar ninguna rebeldía, Klimentiev, impasible y preciso, añadió aún:

—En caso de besos, apretones de mano o alguna otra infracción, la entrevista cesará inmediatamente.

—¡Pero mi esposa no lo sabe! ¡Ella me besará! —manifestó impetuosamente el grabador.

—¡Los parientes serán igualmente avisados! —había previsto Klimentiev.

—¡Nunca había habido esta norma!

—Pues ahora la hay.

(¡Estúpidos! Y estúpida su indignación. ¡Como si la norma la hubiera inventado él y no procediera de unas instrucciones recientes!).

—¿Cuánto durará la entrevista?

—Y, si viene mi madre, ¿no dejarán pasar a mi madre?

—La entrevista es de treinta minutos. Sólo dejaré pasar al que figure en la convocatoria.

—¿Y mi hija de cinco años?

—Hasta los quince años, los niños pasan con los adultos.

—¿Y los de dieciséis?

—No los dejamos pasar. ¿Más preguntas? Iniciemos el embarque. ¡A la salida!

¡Sorpresa! No los llevaban en un *cuervo* como en los últimos tiempos, sino en un autobús urbano azul de reducidas dimensiones.

El microbús estaba aparcado ante la puerta de Dirección. Los tres carceleros, unos tipos nuevos, vestidos de paisano con sombreros flexibles y las manos en los bolsillos (llevaban allí las pistolas), fueron los primeros en entrar en el vehículo, donde ocuparon tres esquinas. Dos de ellos tenían aspecto de boxeadores retirados o de gangsters. Los abrigo que llevaban eran muy buenos.

La escarcha matinal se iba fundiendo. No había helada ni deshielo.

Los siete presos subieron al autobús por la única puerta, la anterior, y tomaron asiento.

Subieron cuatro carceleros uniformados.

El chófer cerró la portezuela de golpe y puso el motor en marcha.

El teniente coronel Klimentiev subió a un automóvil.

A mediodía, Yákonov no estaba ya en la calma aterciopelada y el confort pulido de su despacho: estaba en el Número 7 ocupado en la «boda» del Clipper con el Vocoder (la idea de unir estos dos dispositivos había nacido aquella mañana en la mente del ambicioso Markushev, y había sido aceptada por muchos, cada uno de los cuales tenía su propio interés en el asunto; sólo estuvieron en contra Bobynin, Prianchikov y Reutmann, pero no les escucharon).

Permanecían en el despacho Selivanovski, el general Bulbaniuk en representación de Riumin, el teniente de Marfino Smolosidov y el preso Rubin.

El teniente Smolodisov era un hombre desagradable. Incluso admitiendo que cada ser vivo tiene algo bueno, resultaba difícil encontrar este algo en su mirada de hierro nunca sonriente, o en la apretada comisura, triste y deforme, de sus gruesos labios. Su cargo en uno de los laboratorios era de los más insignificantes, un poco por encima de los montadores de radio, cobraba como la última de las chicas, menos de dos mil rublos al mes, y robaba otros mil del Instituto vendiendo en el mercado negro piezas de radio deficientes. Todos comprendían, sin embargo, que la posición y los ingresos de Smolosidov no se limitaban a esto.

Los externos de la *sharashka*, e incluso los amigos que jugaban con él al voleibol, le temían. Su faz, en la que era imposible provocar una sombra de sinceridad, era terrible. También era terrible la confianza especial que le dispensaban las más altas autoridades. ¿Dónde vivía? Y, por lo demás, ¿tenía una casa? ¿Una familia? No hacía visitas a sus compañeros de armas, no compartía con ninguno de ellos su ocio pasada la cerca del instituto. Nada se sabía de su vida pasada si no era por las tres condecoraciones de guerra que ostentaba sobre el pecho y por su imprudente jactancia al asegurar un día que en toda la guerra el mariscal Rokossovski no había pronunciado una palabra que él, Smolosidov, no oyera. Cuando le preguntaron cómo era posible, respondió que había sido el radiotelegrafista personal del mariscal.

Y apenas se planteó la cuestión de encargar a alguien el mantenimiento de aquel magnetófono y de su ardiente y misteriosa cinta, la cancillería del ministro indicó: Smolosidov.

En aquel momento, Smolosidov estaba examinando el magnetófono sobre una mesita lacada mientras el general Bulbaniuk, cuya cabeza era como una patata exorbitantemente grande, con los salientes de la nariz y las orejas, decía:

—Usted es un preso, Rubin. Pero en otro tiempo fue comunista, y puede que algún día vuelva a serlo.

«¡También ahora soy comunista!», quiso exclamar Rubin, pero era humillante demostrárselo a

Bulbaniuk.

—Así pues, el gobierno soviético y nuestros órganos de seguridad consideran posible dispensarle su confianza. En este magnetófono oírás ahora un secreto de Estado de importancia mundial. Esperamos que nos ayude a descubrir a ese canalla que quiere que arrojen la bomba atómica sobre su patria. Como comprenderá, al menor intento de difundir el secreto será usted liquidado. ¿Está claro?

—Está claro —cortó Rubin. Lo que más temía ahora era que lo apartaran de la cinta. Desde hacía tiempo, Rubin había renunciado a todo éxito personal y vivía la vida de la humanidad como la de su propia familia. Aquella cinta, que aún no había escuchado, le interesaba personalmente.

Smolosidov conectó la reproducción.

En el silencio del despacho sonó el diálogo entre el torpe americano y el desesperado ruso con ligeros susurros interferentes.

Rubin clavó la mirada en el forro de abigarrados colores que cubría el altavoz como si buscara distinguir allí la cara de su enemigo. Cuando Rubin miraba tan fijamente, su rostro se ponía tenso y llegaba a parecer cruel. Imposible conseguir la piedad de un hombre con un rostro como aquel.

Después de las palabras: «¿Quién es usted? Deme su nombre», Rubin se recostó en el respaldo del sillón convertido en otro hombre. Olvidó el grado militar de los asistentes, y que desde hacía mucho tiempo no brillaban sobre él las estrellas de comandante. Encendió de nuevo el apagado cigarrillo y ordenó brevemente:

—Bien. Otra vez.

Smolosidov conectó el rebobinado.

Todos callaban. Todos sentían el roce de una rueda de fuego.

Rubin fumaba masticando y apretando la boquilla del cigarrillo. Le dominaba un estado de plenitud, de eclosión. Degradado y deshonorado, ¡ahora también lo necesitaban! También él tendría ocasión de trabajar a fondo en la vieja Historia. ¡Formaba de nuevo en las filas! ¡Salía de nuevo en defensa de la Revolución Mundial!

El odioso Smolosidov estaba ante el magnetófono como un perro lúgubre. En el otro lado de la espaciosa mesa de Antón, el arrogante Bulbaniuk se sostenía con gravedad su apatatada cabeza, y en su cuello de buey aparecía mucha piel superflua que salía presionada por encima de las palmas de sus manos. ¿Cuándo y de dónde había proliferado aquella casta satisfecha e impenetrable? ¿De la envanecida mala hierba comunista? ¡Qué vivamente imaginativos eran antes los camaradas! ¿Cómo podía ser que estos se hubieran hecho con todo el *aparato* y que ahora empujaran al resto del país a la perdición?

Rubin los encontraba repulsivos y no quería mirarlos. ¡Debería aniquilarlos allí mismo, en el despacho, con una bomba de mano!

Pero las cosas habían tomado tal cariz que, *objetivamente*, en la presente encrucijada de la historia, constituían sus fuerzas positivas, eran la personificación de las dictaduras del proletariado y de su patria.

¡Era necesario ponerse por encima de los sentimientos! ¡Y ayudarles!

Unos cerdos como aquellos, pero del departamento político del ejército, eran los que habían

empujado a Rubin a la cárcel sin quitarle ni su talento ni su honestidad. Unos cerdos como aquellos, pero de la fiscalía militar central, habían estado cuatro años echando a la papelera decenas de quejas-clamores de Rubin en las que decía que no era culpable.

¡Y era necesario ponerse por encima de su desgraciado destino! Salvar la idea. Salvar la bandera. Servir a la formación de vanguardia.

Se terminó la cinta.

Rubin retorció la punta de la colilla y la ahogó en el cenicero. Procurando mirar a Selivanovski, que tenía un aspecto completamente decente, dijo:

—Muy bien. Probemos. Pero, si no sospecháis de nadie, ¿cómo buscar? No vamos a grabar la voz de todos los moscovitas. ¿Con quién he de comparar la voz?

Bulbaniuk le tranquilizó:

—Pescamos a cuatro allí mismo, junto al teléfono público. Pero dudo que sean ellos. Del Ministerio de Asuntos Exteriores pudimos sacar cinco nombres posibles. No tengo en consideración, naturalmente, ni a Gromyko ni a algún otro. A estos cinco los anoté sencillamente, sin sus títulos, y no indico el cargo que ocupan, para que usted no tema acusar a quien sea.

Le tendió una corta lista sacada de su agenda. Figuraba en ella:

1. Petrov
2. Siagoviti
3. Volodin
4. Schevronok
5. Zavarzin

Rubin leyó la lista y quiso quedársela.

—¡No, no! —le previno prestamente Selivanovski—. La lista la guardará Smolosidov.

Rubin la devolvió. Esta precaución no le ofendió, le hizo gracia. Como si aquellos cinco apellidos no ardieran ya en su memoria: ¡Petrov!, ¡Siagoviti!, ¡Volodin!, ¡Schevronok!, ¡Zavarzin! Los largos trabajos lingüísticos se habían incrustado en Rubin hasta el punto que ahora, de pasada, estaba señalando el origen de los apellidos: *siagoviti* significaba «el que salta lejos», *schevronok*, «alondra».

—Propongo —dijo secamente— que se graben conversaciones telefónicas de los cinco.

—Mañana las recibirá.

—Otra cosa: al lado de cada nombre pongan la edad —Rubin reflexionó—... y enumeren qué idiomas domina cada uno.

—Sí —apoyó Selivanovski—, también lo había pensado: ¿por qué no pasó a ninguna otra lengua, a una lengua extranjera? ¿Qué clase de diplomático es ese? ¿O es por astucia?

—¡Pudo habérselo encargado a algún necio! —dijo Bulbaniuk dando una palmada en la mesa con su fofa mano.

—¿A quién confiar *una cosa así*?

—Lo que debemos saber cuanto antes —opinó Bulbaniuk— es si hay o no un criminal entre

estos cinco. Si no lo hay, tomaremos a otros cinco, ¡a otros veinticinco!

Rubin escuchó lo dicho y señaló el magnetófono con la cabeza:

—Necesitaré tener continuamente esta cinta desde hoy mismo.

—La tendrá el teniente Smolosidov. Se proporcionará a los dos una habitación aparte en el sector de secretos de Estado.

—Ya la están preparando.

La experiencia de funcionario enseñó a Rubin a evitar la peligrosa frase «¿para cuándo?», así tampoco le formularían a él semejante pregunta. Sabía que había trabajo para una y para dos semanas, y si se proponía dilatarlo aquello prometía durar varios meses, pero si preguntaba a los jefes: «¿Para cuándo lo necesitan?», le dirían: «Para mañana por la mañana». Se informó:

—¿Con quién puedo hablar de este trabajo?

Selivanovski cambió una mirada con Bulbaniuk y respondió:

—Sólo con el comandante Reutmann. Con Fomá Guriánovich. Y con el propio ministro.

Bulbaniuk preguntó:

—¿Recuerda todo cuanto le he prevenido? ¿Se lo repito?

Rubin se levantó sin pedir permiso y miró con los ojos entornados al general como quien mira algo diminuto.

—Debo irme a pensar —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Nadie replicó.

Rubin salió del despacho con el rostro sombrío, pasó junto al ordenanza externo de servicio en el instituto, y sin ver a nadie empezó a bajar por la escalera siguiendo las alfombras rojas.

Sería preciso integrar a Gleb en este nuevo grupo. ¿Cómo trabajar sin nadie con quien aconsejarse? La tarea prometía ser muy difícil. El estudio de las voces, el que estaban llevando a cabo, no había hecho sino empezar. Estaban en la primera clasificación. En los primeros términos.

La pasión del investigador había prendido en él.

En esencia, era una ciencia nueva: encontrar a un criminal por las huellas de su voz.

Hasta entonces los encontraban por las huellas de sus dedos. La ciencia se llamaba dactiloscopia, el examen de los dedos. Se había ido formando a través de los siglos.

La nueva ciencia se podría llamar fono-observación (así la llamaría Sologdin), *fonoscopia*. Y habría que crearla en unos cuantos días.

Petrov. Siagoviti. Volodin. Schevronok, Zavarzin.

Reclinado en el blando respaldo del cómodo asiento, Nerzhin ocupaba su sitio junto a la ventanilla entregado al agradable balanceo inicial. A su lado, en un asiento doble, estaba Illarión Pávlovich Guerásimovich, físico especializado en óptica, hombre bajo, estrecho de hombros, con la cara de refinado intelectual y, por si fuera poco, con esos quevedos que llevan los espías en nuestras carteleras.

—Ya ve, parece que me acostumbro a todo —se confió Nerzhin a él en voz baja—. Puedo sentarme casi de buen grado en la nieve con el trasero al aire, soportar a veinticinco hombres en un compartimento del tren, y a una escolta que despanzurra las maletas. Ya nada me amarga la vida ni me saca de mis casillas. Pero hay todavía en mi corazón una cuerda viva, que nunca morirá, y que ansia la libertad: el amor a mi mujer. No puedo soportar cuanto se refiere a ella. ¿Verse una vez al año y no besarse? En esta entrevista me escupen en el alma, los muy canallas.

Guerásimovich separó sus finas cejas. Parecían afligidas incluso cuando estaba simplemente meditando sobre un esquema de física.

—Probablemente —respondió—, sólo hay un camino hacia la invulnerabilidad: matar en uno mismo todos los afectos y renunciar a todos los deseos.

Sólo hacía pocos meses que Guerásimovich estaba en la *sharashka* de Marfino, y Nerzhin no había tenido tiempo de conocerlo de cerca. Pero Guerásimovich, inexplicablemente, le agradaba.

No continuaron la conversación, guardaron silencio enseguida: el trayecto hasta la entrevista era un acontecimiento demasiado grande en la vida de un preso. Llega el momento de despertar el alma querida y olvidada, que duerme en el panteón familiar. Emergen unos recuerdos que no tienen cabida en los días ordinarios. Se reúnen los sentimientos y pensamientos de todo un año, y de muchos años, para cimentar, en estos cortos minutos, la unión con la persona querida.

El autobús se detuvo ante el puesto de guardia. El sargento subió al estribo, se asomó por la portezuela del autobús y contó dos veces a los presos que salían (el celador jefe ya había firmado previamente en el cuerpo de guardia la entrega de siete personas). Luego se metió debajo del autobús, comprobó que no había nadie agarrado a las ballestas (un diablo incorpóreo no se habría mantenido allí ni un minuto), y volvió al cuerpo de guardia. Sólo entonces se abrieron las primeras puertas, y después las segundas. El autobús franqueó la raya encantada susurrando con sus alegres neumáticos y rodó por la escarcha de la carretera Vladikinskaya a lo largo del Jardín Botánico.

Los presos de Marfino debían estos trayectos al alto secreto del centro: los parientes que

acudían a entrevistarse con ellos no debían saber dónde vivían sus muertos vivientes, si los llevaban a cien kilómetros o si los sacaban por las Puertas Spasski, si los traían del aeropuerto o del otro mundo. Sólo debían ver a unos hombres bien alimentados, bien vestidos, con las manos blancas, que habían perdido su anterior locuacidad, que sonreían tristemente y que aseguraban tenerlo todo y no necesitar nada.

Estas entrevistas eran algo parecido a las lápidas de la antigua Grecia, cuyos bajorrelieves representaban tanto al difunto como a los vivos que le habían levantado el monumento. Pero en las losas había siempre una pequeña franja que separaba el otro mundo de este. Los vivos miraban afectuosamente al difunto, y este miraba al Hades con una mirada ni alegre ni triste, sino transparente, la mirada de quien sabe demasiado.

Nerzhin se volvió para ver desde la colina algo que casi no había tenido ocasión de ver: el edificio en el que vivían y trabajaban, el edificio de ladrillo oscuro del seminario, con su cúpula esférica de color óxido oscuro sobre la bella sala semicircular, y más arriba el hexágono, como llamaban en la antigua Rusia a las torres de seis caras. En la fachada meridional, donde daban el laboratorio de acústica, el Número 7, el taller de diseños y el despacho de Yákonov, aparecían unas hileras de ventanas clausuradas, uniformes e impávidas, y los moscovitas de los arrabales, así como los que paseaban por el parque de Ostankino, no habrían podido imaginar cuántas vidas singulares, cuántos impulsos pisoteados, pasiones barridas y secretos estatales se reunían, apretujaban y trenzaban en este viejo edificio solitario y suburbial recalentado hasta el rojo. Y el misterio penetraba incluso en el interior del edificio. Una estancia no sabía de otra. Un vecino de otro. Y los *oper* no sabían de las mujeres, de las veintidós insensatas y locas mujeres, colaboradoras externas, admitidas en aquel severo edificio, como esas mujeres no sabían una de otra lo que sólo el cielo podía saber de ellas, a saber, que las veintidós, pese a la espada que pendía sobre sus cabezas, pese a la continua repetición de instrucciones, o habían encontrado allí una relación secreta, amaban y besaban a alguien a hurtadillas, o se compadecían de alguien y le servían de enlace con la familia.

Gleb abrió la pitillera roja y encendió un cigarrillo con esa satisfacción especial que producen los cigarrillos encendidos en los momentos extraordinarios de la vida.

Y aunque el pensamiento de Nadia era ahora elevado y devorador, el cuerpo de Nerzhin, acariciado por lo inusual del viaje, sólo deseaba viajar, viajar, viajar... Que el tiempo se detuviera, y el autobús rodara, rodara y rodara por aquella carretera nevada dejando las marcas negras de los neumáticos, que siguiera a lo largo de aquel parque blanco de escarcha, de sus ramas densamente cubiertas de nieve, de los niños que aparecían momentáneamente y cuyo parloteo no escuchaba Nerzhin, al parecer, desde el comienzo de la guerra. Ni los soldados ni los presos tienen ocasión de oír voces infantiles.

Nadia y Gleb habían vivido juntos únicamente un año. Había sido un año de carreras con la cartera a cuestas. Tanto él como ella estudiaban quinto curso, redactaban sus tesinas y se presentaban a los exámenes estatales.

Después, de pronto, vino la guerra.

Algunos tenían ahora pequeñajos que corrían graciosamente con sus cortas piernas.

Ellos no...

Un niño quiso atravesar la carretera. El chófer viró bruscamente para esquivarlo. El pequeño se asustó, se detuvo y se puso la manecita, cubierta de manopla azul, en su enrojecido rostro.

Y Nerzhin, que durante años no había pensado en ningún niño, comprendió de pronto con toda claridad que Stalin les había robado los niños, a él y a Nadia. Aunque terminara la condena, aunque volvieran a estar juntos, su esposa tendría treinta y seis años, si no cuarenta, demasiado tarde para tener un niño...

Dejando a la izquierda el palacio de Ostankino, y a la derecha el lago con multicolores niños patinando, el autobús se adentró en unas callejuelas y empezó a temblaquear sobre el adoquinado.

Al describir las cárceles siempre se procura cargar las tintas de los horrores. ¿Y no es horrible cuando no hay horrores? ¿Cuando el horror es la gris monotonía de las semanas? El horror es olvidar que se ha quebrado la única vida que nos ha sido dada en la Tierra. Y uno está dispuesto a perdonar, ya ha perdonado a los cerdos. Su pensamiento se ocupa ahora en buscar la manera de apoderarse de la mejor parte de pan de la bandeja de la cárcel, y no de la rebanada central, de recibir, en el baño de turno, ropa blanca suficiente y entera.

Todo esto hay que vivirlo. No es posible inventarlo. Para escribir: «Estoy tras las rejas, en una celda oscura», o bien «abridme el calabozo, dadme una doncella de ojos negros», casi no es necesario haber estado en la cárcel, es fácil de imaginar. Pero esto es primitivo. Sólo continuos e incesantes años educan en un preso la sensación de cárcel.

Nadia escribía en una carta: «Cuando vuelvas...». Este es el horror, que no habrá *regreso*. *Volver* es imposible. Después de catorce años de guerra y de cárcel, es posible que no quede una sola célula de las que había. Lo único posible es ir de nuevo. Volverá un hombre nuevo y desconocido que llevará el apellido de tu anterior marido, y la mujer de antes verá que su primer y único hombre, el que estuvo esperando catorce años encerrada en sí misma, ya no existe, se ha evaporado molécula a molécula.

Y menos mal si en esta nueva y segunda vida vuelven a amarse.

Pero ¿y si no?

Además, después de tantos años, ¿desearás tú mismo salir a esa libertad, a ese torbellino desenfundado del exterior, hostil al corazón humano e incómodo para la tranquilidad espiritual? Te detendrás en el umbral de la cárcel, fruncirás los ojos: ¿voy o no voy?

Las calles de los suburbios de Moscú desfilaban ante las ventanillas. Por las noches, bajo el difuso resplandor del cielo, les parecía desde su encierro que Moscú brillaba toda ella, que era deslumbrante. Pero aquí se sucedían unas casas de planta baja, o de un piso, hacía tiempo no reparadas, con el estuco raído, y unas cercas de madera inclinadas. Cierto que desde la guerra no se habían ocupado de ellas, habían empleado en otras cosas sus esfuerzos, que no llegaban para eso. Y en alguna parte, de Riazán a Ruzayevka, donde no llevan a los extranjeros, se podían recorrer trescientos kilómetros sin ver más que techos de paja podrida.

Con la cabeza apoyada en el cristal empañado y tembloroso, oyéndose apenas por el ruido del motor, Gleb murmuró con un cuarto de voz:

—Rusia mía... vida mía... ¿sufriremos aún por mucho tiempo?

El autobús entró en la amplia y populosa plaza de la Estación de Riga. Sobre el fondo turbio y nebuloso, cubierto de escarcha, iban y venían los tranvías, los autobuses, los automóviles, la gente, pero el color verdaderamente llamativo era sólo uno: el color vivo, rojo-violeta, de unos uniformes que Nerzhin no había visto nunca hasta entonces.

Sumido en sus pensamientos, Guerásimovich también advirtió aquellos uniformes de papagayo, levantó las cejas y dijo a todo el autobús:

—¡Mirad! ¡Han aparecido guardias municipales^[23]! De nuevo hay guardias municipales.

¡Ah!, ¿son estos? Gleb recordó que a principios de los años treinta, uno de los líderes del *komsomol* les había dicho: «Vosotros, jóvenes camaradas pioneros, ya no tendréis nunca ocasión de ver a un guardia municipal vivo».

—La hemos tenido... —sonrió Gleb.

—¿Qué? —no comprendió Guerásimovich.

Nerzhin se inclinó hacia su oído:

—La gente está tan embrutecida que si ahora nos pusiéramos en mitad de la calle gritando «¡Muera el tirano! ¡Viva la libertad!», ni siquiera comprendería de qué tirano y de qué libertad se trata.

Guerásimovich barrió las arrugas de su frente de abajo arriba.

—¿Y está seguro de que usted, por ejemplo, lo comprende?

—Supongo que sí —afirmó Nerzhin con los labios torcidos.

—No se precipite a asegurarlo. La gente imagina muy mal qué clase de libertad conviene a una sociedad organizada sensatamente.

—¿Y se imagina alguien una sociedad organizada sensatamente? ¿Acaso es posible esa sociedad?

—Creo que sí.

—No me la describirá ni aproximadamente. Nadie lo ha conseguido todavía.

—Pero algún día se conseguirá —insistió Guerásimovich con modesta firmeza.

Se miraron uno a otro inquisitivamente.

—Ya lo oiremos decir —manifestó Nerzhin sin insistencia.

—Algún día —asintió Guerásimovich con su pequeña y estrecha cabeza.

Y de nuevo fueron soportando las sacudidas mientras absorbían la calle con los ojos y se entregaban a sus discontinuos pensamientos.

... Era incomprensible que Nadia pudiera esperarle tantos años. Andar en medio de aquella multitud siempre agitada en busca de algo, ver sobre su persona las miradas masculinas y no sentir nunca mecido el corazón. Gleb imaginaba que si fuera al contrario, que si hubieran metido a Nadia en la cárcel y él estuviera en libertad, seguramente no habría resistido ni un año. ¿Cómo habría podido pasar de largo junto a todas esas mujeres? Nunca hubiera supuesto antes que su débil esposa tuviera una decisión tan granítica. Durante el primer año de cárcel, el segundo y el tercero estaba seguro de que Nadia cambiaría, saltaría la barrera, se disiparía, lo abandonaría. Pero no había sucedido. Por eso Gleb empezaba a considerar su espera como la única posible vocación de su esposa.

Ya en la etapa de Krasnaya Presnaya, después de medio año de instrucción sumarial, al conseguir el derecho a mantener correspondencia, había escrito con un trozo de pizarrín en un papel de embalaje ajado, doblado en triángulo y sin sellos:

«¡Querida mía! Me has esperado durante los cuatro años de guerra, no me maldigas por haberme esperado en vano: ahora serán otros diez años. Toda la vida recordaré nuestra breve felicidad como se recuerda el sol. Pero tú eres libre a partir de hoy. No hay necesidad de que también tu vida perezca. Cásate».

De toda la carta, sin embargo, Nadia sólo comprendió una cosa:

«¿O sea que has dejado de amarme? ¿Cómo puedes entregarme a otro?».

La había llamado para que fuera a verle incluso al frente, a la cabeza de puente de Dnepr, con una cartilla militar falsificada. Ella se abrió camino entre los controles de las patrullas de vigilancia. En la cabeza de puente, poco ha mortal pero ahora tranquila en sus defensas, en aquella tierra cubierta de despreocupadas hierbas, recuperaron unos breves días de la felicidad que les habían robado.

Pero despertaron los ejércitos, pasaron a la ofensiva, y Nadia tuvo que irse a casa, de nuevo con aquella deformada guerrera y con la misma cartilla militar falsificada. Una camioneta se la llevó por un camino forestal, y ella estuvo largo tiempo agitando la mano hacia su marido desde la caja de la camioneta.

... En las paradas se apiñaba la gente formando desordenadas colas. Cuando se acercaba un autobús, unos se mantenían al final de la cola mientras otros se abrían paso a codazos. En Sadovoye Koltsó, el tentador autobús azul medio vacío se detuvo ante un semáforo en rojo sobrepasando la parada. Un enloquecido moscovita se precipitó tras él a la carrera y saltó al estribo. Empujaba la portezuela y gritaba:

—¿Va a la ribera Kotelnicheskaya? ¿Va a la Kotelnicheskaya?

—¡Fuera! ¡Fuera! —le agitó la mano un carcelero.

—¡Sí que va! ¡Sube, hombre, que te llevamos! —gritó Iván, soplador de vidrio, riendo sonoramente. Iván era un *habitual*, iba sin dificultad a la entrevista cada mes.

Se rieron también los demás presos. El moscovita no podía comprender qué autobús era aquel ni por qué no podía subir. Sin embargo, estaba acostumbrado a que en muchos casos de esta vida algo fuera imposible, y saltó del estribo. Con él se retiraron también otros cinco pasajeros que también habían acudido.

El autobús azul torció hacia la izquierda abandonando Sadovoye Koltsó. Por lo tanto no iban a Butyrki como era costumbre. Por lo visto irían a Taganka.

... Al avanzar hacia el oeste con el frente, Nerzhin recogía libros en las casas destruidas, en las bibliotecas derrumbadas, en ciertos cobertizos, en los sótanos, en los desvanes. Eran libros prohibidos, malditos, que en la Unión Soviética eran incinerados. Sus consumidas hojas constituían un invencible toque a rebato mudo.

En *El noventa y tres* de Víctor Hugo, Lantenac está sentado sobre una duna. Ve a la vez varios campanarios, y hay un gran tumulto en todos ellos, todas las campanas tocan a rebato, pero el viento huracanado se lleva los sonidos, y lo que él oye es el silencio.

De la misma manera, gracias a un raro oído, Nerzhin percibía desde la adolescencia este toque a rebato mudo: oía todos los ruidos vivos, gemidos, gritos, clamores, alaridos de moribundos, arrebatados a los oídos humanos por un viento intenso continuo.

La vida de Nerzhin habría discurrido imperturbablemente en el cálculo de integración de ecuaciones diferenciales de no haber nacido en Rusia, o no haber aparecido en los años en que acababan de matar y de llevar a la Nada Universal a un gran cuerpo querido.

Pero el lugar en que había yacido ese cuerpo aún estaba caliente. Y Nerzhin aceptó una carga que nadie había cargado nunca sobre él: recoger estas partículas del calor que aún no se había disipado, resucitar al difunto y mostrar a todo el mundo cómo había sido; y abrir los ojos de otros sobre cómo no había sido.

Gleb creció sin haber leído un solo libro de Mayne Reed, pero a los doce años ya abría el enorme *Izvestia*, con el que habría podido cubrirse de la cabeza a los pies, y leía detalladamente el informe taquigráfico del proceso de los ingenieros saboteadores. El muchacho desconfió al instante de este proceso. Gleb no sabía por qué, no podía abarcarlo con su razón, pero distinguía claramente que todo aquello era mentira, una farsa. Conocía a ingenieros de familias amigas, y no podía imaginar que aquella gente saboteara en lugar de construir.

Tanto a los trece como a los catorce años, Gleb no corría a la calle al terminar las lecciones, sino que se ponía a leer periódicos. Sabía los apellidos de nuestros embajadores en cada país y de los embajadores extranjeros en el nuestro. Leía todos los discursos pronunciados en las asambleas. Además, en la escuela, estudiaban ya elementos de economía política desde cuarto curso, y a partir de quinto había sociología casi cada día, y algo de Feuerbach. Después vino la historia del partido, que cambiaba poco menos que cada año.

La continua inclinación a descubrir las mentiras históricas, nacida en edad muy temprana, se desarrolló agudamente en el muchacho. No era Gleb más que un estudiante de noveno curso cuando una mañana de diciembre se abrió paso en la calle hasta la vitrina de los periódicos^[24] y leyó que habían asesinado a Kírov. Y de pronto, sin saber por qué, como bajo una luz penetrante, vio claramente que quien había matado a Kírov era Stalin y nadie más. Y su propia soledad le dio escalofríos: ¡los adultos que se congregaban a su lado no comprendían una cosa tan sencilla!

Y lo mismo los viejos bolcheviques que se presentaban ante los tribunales e inexplicablemente se arrepentían, se insultaban a sí mismos locuazmente con los más terribles denuestos y admitían estar al servicio de todos los espionajes extranjeros del mundo. ¡Era tan desmesurado, tan burdo, tan excesivo, que se hacía estridente en los oídos!

Pero llegaba del poste-altavoz la voz teatral del locutor, y los ciudadanos de la acera se agrupaban como confiadas ovejas.

Y los escritores rusos, que se atrevían a establecer su genealogía desde Pushkin y Tolstói, alababan al tirano de un modo dulzarrón y mareante.

Y los compositores rusos, educados en la calle Herzen, se apretujaban para depositar a los pies del trono sus serviles cánticos.

¡Pero para Gleb el toque a rebato mudo retumbó durante toda su juventud! Y de forma inarrancable enraizó en él una decisión: ¡conocer y comprender! ¡Desenterrar y *recordar*!

Y al anochecer, en los bulevares de su ciudad natal, donde lo más correcto habría sido suspirar por las muchachas, Gleb iba a soñar que un día penetraría en la más Grande y Principal de las cárceles del país y encontraría las huellas de los difuntos y la llave del misterio.

Provinciano como era, todavía no sabía que esa cárcel se llamaba Gran Lubianka.

Y que si nuestros deseos son grandes, necesariamente se realizan.

Pasaron los años. Todo se realizó y se cumplió en la vida de Gleb.

Nerzhin, aunque no resultó nada fácil ni agradable. Fue detenido y llevado precisamente *allí* y encontró a aquellas personas, a las que habían sobrevivido, que no se sorprendieron de sus suposiciones pues tenían aún cien veces más cosas que contar.

Todo se realizó y se cumplió, pero después de esto ya no le quedó a Nerzhin ni ciencia, ni tiempo, ni vida, ni incluso amor por su mujer. Le parecía que no podía haber en la Tierra esposa mejor, pero al propio tiempo es dudoso que la amara. Cuando se apodera repentinamente de nuestra alma una gran pasión, desplaza cruelmente todo lo demás. No hay en nosotros lugar para dos pasiones.

... El autobús temblequeó por un puente y continuó su camino por unas calles tortuosas y ariscas.

Nerzhin volvió a la realidad:

—¿O sea que tampoco nos llevan a la Taganka? ¿Adónde, pues? No comprendo nada.

Guerásimovich, abandonando unos tristes pensamientos semejantes, respondió:

—Estamos llegando a Lefortovo.

Abrieron las puertas al autobús. El vehículo entró en el patio de servicio y se detuvo ante una construcción aneja a la alta prisión. El teniente coronel Klimentiev estaba ya en la puerta, con aire juvenil, sin capote ni gorra.

La helada, ciertamente, era poca. Bajo un cielo densamente cubierto se extendía una nebulosidad invernal sin viento.

A una seña del teniente coronel, los carceleros bajaron del autobús y formaron en fila (sólo dos continuaron sentados en los rincones traseros con la pistola en el bolsillo), mientras los presos, sin tiempo para examinar el edificio principal de la cárcel, entraban en el anejo detrás del teniente coronel.

Había un largo y estrecho pasillo, y en el pasillo siete puertas abiertas. El teniente coronel iba delante y daba órdenes tajantes, como si se encontrara en combate:

—¡Guerásimovich, aquí! ¡Lukashenko, en esta! ¡Nerzhin, la tercera!

Y los presos torcían hacia allí uno a uno.

También de uno en uno, Klimentiev repartió entre ellos a los siete carceleros. A Nerzhin le tocó el gángster disfrazado.

Las estancias, todas iguales, eran despachos de investigación: una ventana que daba poca luz y, por si fuera poco, enrejada; el sillón y la mesa del juez junto a la ventana; una mesita y un taburete para el interrogado.

Nerzhin trasladó el sillón del juez más cerca de la puerta y lo preparó para su esposa, tomando para sí el pequeño taburete con una raja que amenazaba pellizcar. En un taburete semejante, y ante

una mesita miserable como aquella, se había sentado Nerzhin en otro tiempo durante los seis meses de investigación.

La puerta permaneció abierta. Nerzhin oyó el golpeteo de los ligeros tacones de su esposa por el pasillo. Sonó su encantadora voz:

—¿En esta?

Y entró.

Cuando la abollada camioneta se llevó a Nadia del frente saltando sobre las raíces descubiertas de los pinos y rugiendo sobre la arena, y cuando Gleb estaba ya lejos, en el camino forestal, y este, cada vez más largo y oscuro, se lo tragaba, ¿quién habría podido decirles que su separación no sólo no terminaría con la guerra, sino que apenas había empezado?

Esperar que el marido vuelva de la guerra siempre es duro, pero lo más duro de todo son los últimos meses antes del final: la metralla y las balas, ya se sabe, no distinguen cuánto tiempo ha combatido un hombre.

Precisamente entonces se interrumpieron las cartas de Gleb. Nadia acechaba al cartero. Escribía a su marido, escribía a los amigos de este, escribía a sus jefes, y todos daban la callada por respuesta como si se hubieran conjurado.

Sin embargo, tampoco llegaba la notificación de su muerte.

En la primavera del 45, cada tarde estallaban en el cielo las salvas de artillería: Königsberg, Breslau, Frankfurt, Berlín, Praga, habían caído, caído, caído.

Pero cartas, no había. La luz se debilitaba. No sentía ganas de hacer nada. ¡Pero no debía desmoralizarse! ¡Si estaba vivo y volvía, él le reprocharía el tiempo perdido! Y todos los días estudiaba para su aspirantado de química, aprendía idiomas extranjeros y materialismo dialéctico. Sólo por las noches lloraba.

De pronto, por primera vez, la Comandancia Militar no pagó a Nadia la asignación de oficial.

Esto debía de significar que su marido había muerto.

¡Y acto seguido terminaron los cuatro años de guerra! La gente, loca de alegría, corría por las delirantes calles. Alguien disparaba al aire con una pistola. Todos los altavoces de la Unión Soviética tocaban marchas victoriosas sobre el país herido y hambriento.

En la Comandancia Militar no le dijeron que hubiera caído, le dijeron «desaparecido». Osado a la hora de arrestar, el Estado era tímido en la de confesarlo.

Y el corazón humano, que nunca desea aceptar lo irreparable, empezó a imaginar absurdos: ¿le habrían enviado de reconocimiento muy adentro de las líneas enemigas? ¿Estaría realizando una *misión especial*? Siendo de una generación educada en la suspicacia y el secreto, creía verlos donde no los había.

El verano era caluroso, meridional, pero el sol del cielo no iluminaba a la joven viuda.

Ella continuaba estudiando química, idiomas y materialismo dialéctico, temiendo no gustarle cuando volviera.

Y pasaron cuatro meses desde el fin de la guerra. Era tiempo de reconocer que Gleb ya no estaba en este mundo. Y llegó entonces el ajado triángulo de Krasnaya Presnaya: «¡Querida mía! ¡Ahora serán otros diez años!».

Sus parientes y amigos no podían comprenderla: al enterarse de que tenía el marido en la cárcel se había iluminado y alegrado toda ella. ¡Qué felicidad que no fueran veinte ni quince años! ¡De la tumba nadie vuelve, del presidio sí! Su nueva situación era incluso una nueva cota romántica que elevaba su anterior y vulgar matrimonio estudiantil.

Ahora, que ya no había muerte, que tampoco había una terrible traición interna, que sólo había una soga al cuello, nuevas fuerzas afluyeron en Nadia. ¡Él estaba en Moscú, por lo tanto era preciso ir a Moscú y salvarlo! (Imaginaba que bastaba con estar a su lado para que fuera posible salvarlo).

Pero ¿cómo ir? Nuestros descendientes nunca imaginarán lo que significaba viajar entonces, especialmente a Moscú. Primero, como en los años treinta, el ciudadano debía demostrar documentalmente por qué no se estaba quieto, qué necesidad del servicio le obligaba a sobrecargar el transporte con su persona. Después, se le facilitaba un salvoconducto que le daba derecho a moverse durante una semana por las colas de las estaciones, a dormir en un suelo lleno de escupitajos o a dar un tímido soborno por la puerta posterior de la taquilla.

Nadia descubrió un medio: ingresar en la inaccesible universidad de Moscú. Y, pagando el triple por un billete, voló en avión a Moscú. Llevaba sobre las rodillas una cartera con los manuales de estudio y unas botas de fieltro para la taiga que esperaba a su marido.

Estaba en aquella cumbre moral de la vida en la que unas fuerzas benefactoras nos ayudan y hacen que lo consigamos todo. Y la más alta facultad universitaria del país aceptó a aquella desconocida provinciana sin nombre, sin dinero, sin influencias, sin una llamada telefónica...

Era un milagro, ¡pero resultó aún más fácil que conseguir una entrevista en la cárcel de tránsito de Krasnaya Presnaya! No se la concedieron. En general, no se concedían entrevistas: todos los canales del Gulag estaban sobrecargados, afluía de Europa un torrente de presos que impresionaba la imaginación.

Pero junto a la caseta de tablas del puesto de guardia, donde esperaba respuesta a sus vanas peticiones, Nadia fue testigo de que sacaban por aquella puerta de madera sin pintar a una columna de presos que iba a trabajar a los embarcaderos del Moscova. Y con esa serena corazonada que suele proporcionar el éxito, Nadia se dijo: ¡Gleb está aquí!

Sacaban a unos doscientos hombres. Todos ellos se encontraban en ese estado intermedio en el que el hombre se desprende de su vestido «libre» y se va acostumbrando a la ajada ropa gris y negra del preso. Quedaba en cada uno de ellos algo que recordaba su pasado: un gorro militar con ribete de color pero sin correa ni estrella, o unas botas de charol que aún no había cambiado por pan ni le habían quitado los presos comunes, o una camisa de seda con la espalda deshilachada. Todos iban rapados al cero y se cubrían la cabeza como podían bajo el sol estival. Todos iban sin afeitarse, flacos, algunos incluso exhaustos.

Nadia no tuvo que recorrerlos con la vista: al instante presintió, y luego vio, dónde estaba Gleb. Caminaba con el cuello desabrochado, llevaba una guerrera de lana que conservaba aún los

ribetes rojos de las bocamangas, y en el pecho las manchas de la tela no descolorida que cubriera las condecoraciones. Iba con las manos a la espalda como todos. Desde su altura, no miraba los soleados espacios, al parecer tan atractivos para un preso, ni miraba a los lados, a las mujeres con paquetes (en la prisión de tránsito no se recibían cartas, y no sabía que Nadia estuviera en Moscú). Tan amarillento y flaco como sus compañeros, escuchaba radiante, con aprobación y éxtasis, a su vecino, un anciano de buena presencia y barba gris.

Nadia corrió al lado de la columna gritando el nombre de su marido, pero él no la oyó debido a la conversación y al estridente ladrido de los perros de guardia. Ella, jadeante, corría para empaparse más y más de la cara de su marido. ¡Le compadecía tanto por haberse pasado meses pudriéndose en oscuras y malolientes celdas! ¡Era tanta su felicidad al verle allí, junto a ella! ¡Estaba tan orgullosa de que no se hubiera desmoralizado! ¡Se sentía tan ofendida al ver que no estaba apenado, que había olvidado a su esposa! Y creció en ella un dolor por sí misma, el dolor por ver que la hacía desgraciada, que la víctima no era él sino *ella*.

¡Y todo esto ocurrió sólo en un instante! Le chillaron los soldados de escolta, y los terribles canes amaestrados, devoradores de hombres, daban tirones de la trailla, se ponían tensos y ladraban con los ojos inyectados en sangre. Echaron a Nadia. La columna entró en una estrecha pendiente donde no había posibilidad de introducirse a su lado. Por su parte, los últimos soldados de la escolta cerraban el espacio prohibido, se mantenían muy rezagados y, al seguirlos, Nadia ya no alcanzó la columna, que descendió por la montaña y desapareció tras otra valla compacta.

A la caída de la tarde, y por la noche, cuando no podían verlo los habitantes de Krasnaya Presnaya —arrabal moscovita célebre por su lucha por la libertad—, unos convoyes con vagones de ganado llegaban para el traslado; los pelotones de escolta hacían subir a los presos con bamboleo de faroles, densos ladridos, gritos entrecortados, blasfemias y golpes. Metían cuarenta personas en cada vagón y se los llevaban por millares al Pechora, a Inta, a Vorkuta, a Sovgavan, a Norilsk, y a campos de concentración menores de Irkutsk, Chita, Krasnoyarsk, Novosibirsk, Asia Central, Karaganda, Dzhekazgan, Baljash, Irtish, Tobolsk, Ural, Saratov, Viatka, Vologda, Perm, Solvychevodsk, Ribin, Potma, Sujobezvodnaya y otros muchos lugares. En pequeñas partidas de cien o doscientos hombres, se los llevaban de día en la caja cerrada de los camiones a Serebriani Bor, Novi Ierusalim, Pavshino, Jobrino, Beskudnikovo, Jimki, Dmitrov y Solnechnogorsk, y de noche a muchos lugares de Moscú, donde tras las tablas compactas de las vallas de madera, y tras una alambrada, construían una capital digna de una potencia invencible.

El destino envió a Nadia un premio inesperado pero merecido: sucedió que no se llevaron a Gleb al Círculo Polar Ártico, sino que lo dejaron en el mismo Moscú, en un pequeño campo que construía una casa para el MGB y el MVD, una casa semicircular en la Puerta de Kaluga.

Cuando Nadia acudió a la primera entrevista fue para ella como si lo hubieran liberado a medias.

Por la calle Bolshaya Kaluzhskaya iban y venían las *limousines*, algunas incluso del cuerpo diplomático; los autobuses y trolebuses se detenían al final de la reja de Neskuchново Sada, donde estaba el puesto de guardia del campo, parecido a una simple construcción provisional; en las alturas, sobre la obra de piedra, hormigueaban personas que vestían ropa sucia y harapienta, pero

los obreros de la construcción siempre tienen este aspecto, y ninguno de los que pasaban a pie o en coche descubriría que fueran presos.

Y los que lo descubrían se callaban.

Era la época del dinero barato y del pan caro. Se vendían los enseres domésticos, y Nadia llevaba paquetes a su marido. Los paquetes eran aceptados. Las entrevistas no se concedían a menudo: Gleb no superaba la norma de trabajo establecida.

En las entrevistas resultaba irreconocible. Como en todos los hombres orgullosos, la desgracia había tenido una influencia benéfica sobre él. Se había ablandado, besaba la mano de su esposa y seguía atento el centelleo de sus ojos. ¡Aquello para él no era la cárcel! La vida en el campo de concentración, que por su carácter implacable superaba todo cuanto se sabe de la vida de los caníbales y de las ratas, le había doblegado. Pero él se mantenía conscientemente en un límite en el que no se siente compasión de uno mismo, y repetía obstinadamente:

—¡Querida! No sabes lo que te aguarda. Me esperarás un año, incluso tres, o puede que cinco, pero cuanto más cerca esté el final más difícil te será esperar. Los últimos años serán los más insoportables. No tenemos hijos. Así pues, no estropees tu juventud, ¡abandóname! Cásate.

Lo proponía sin acabar de creérselo. Ella se negaba sin creerlo por completo.

—¿Buscas una excusa para librarte de mí?

Los presos vivían en la misma casa que estaban construyendo, en una de sus alas medio terminada. Al bajar del trolebús, las mujeres que traían paquetes veían por encima de la valla dos o tres ventanas del dormitorio masculino, y a los hombres que se agrupaban en las ventanas. A veces, mezcladas con los hombres, aparecían algunas *shalashovkas*⁸ Un día, una de estas mujeres abrazaba en la ventana a su compañero y gritaba por encima de la valla a la esposa legítima de este:

—¡Basta de rondar por aquí, puta! ¡Entrega tu último paquete y lárgate! ¡Si vuelvo a verte otra vez en el puesto de guardia, te arañó los morros!

Se acercaban las primeras elecciones al Soviet Supremo de la posguerra. Moscú se preparaba diligentemente para ellas como si realmente alguien pudiera no votar a alguien. Mantener en Moscú a los del «Artículo 58» era deseable (eran buenos obreros) pero molesto (se debilitaba la vigilancia). Para asustarlos a todos era preciso enviar al destierro por lo menos a una parte. Por los campos de concentración corrieron amenazadores rumores de inminentes traslados al Norte. Los presos que tenían patatas, las cocían para el camino.

Para salvaguardar el entusiasmo de los electores, se prohibieron todas las entrevistas en los campos de concentración moscovitas antes de las elecciones. Nadia hizo llegar a Gleb una toalla con una nota cosida en ella:

«¡Amado mío! Por muchos años que pasen, y por muchas tempestades que caigan sobre nuestras cabezas (a Nadia le gustaba expresarse en tono elevado), tu niña te será fiel mientras viva. Se dice que van a trasladar vuestro “Artículo 58”. Estarás en tierras lejanas, apartado durante largos años de nuestras entrevistas, de las miradas que arrojamos a hurtadillas por encima del alambre de espino. Si en esta vida siniestra e inconsolable un poco de diversión puede aventar la congoja de tu alma, está bien, me conformo, te lo permito, querido, incluso insisto, seme infiel, ve

con otras mujeres. ¡Todo con tal de que conserves tu ánimo! No tengo miedo: en realidad, de todos modos volverás a mí, ¿no es verdad?». ».

Cuando aún no conocía ni la décima parte de Moscú, Nadia había aprendido muy bien la disposición de las cárceles moscovitas, la triste geografía de las mujeres rusas. Las prisiones de Moscú eran muchas y estaban distribuidas por la capital de una manera uniforme, planificada, de modo que cada punto de Moscú tuviera una cárcel cerca. En la entrega de paquetes, en la petición de informes, o en las entrevistas, Nadia aprendió gradualmente a conocer la Gran Lubianka, prisión estatal, y la Pequeña Lubianka, regional. Supo que había prisiones judiciales en cada estación de ferrocarril, y que se llamaban KPZ. Había estado más de una vez en la prisión de Butyrki y en la de Taganka. Sabía qué tranvías iban a Lefortovo (aunque no figuraba en sus tableros de rutas) o llevaban a Krasnaya Presnaya. Y en cuanto a la cárcel Matrósskaya Tishiná, abolida durante la revolución y después restablecida y restaurada, Nadia vivía en sus proximidades.

Cuando Gleb fue devuelto a Moscú desde el lejano campo de concentración —y esta vez no iba destinado a un campo, sino a un asombroso establecimiento, a una cárcel especial, donde los alimentaban magníficamente y ellos trabajaban en cosas científicas—, Nadia volvió a verse con su marido de vez en cuando. Pero las esposas no debían saber con exactitud dónde estaban encerrados sus maridos, y para estas poco frecuentes entrevistas los llevaban a diferentes cárceles de Moscú.

Las entrevistas más alegres eran las de la prisión de Taganka. No era una cárcel para políticos, sino para ladrones, y las normas eran excitantes. Las entrevistas tenían lugar en el club de los celadores; llevaban a los presos por la desierta calle de Kamenschikov en un autobús abierto, las esposas esperaban alerta en la acera, y antes de que empezara la entrevista oficial cada preso podía abrazar a su mujer, demorarse un momento con ella, decirle las cosas que las normas no permitían decir, e incluso entregarle algo de propia mano. Y la entrevista en sí se desarrollaba despreocupadamente, se sentaban uno al lado del otro y sólo había un guardia para escuchar las conversaciones de cuatro parejas.

La prisión de Butyrki, en esencia blanda y alegre también, dejaba heladas a las mujeres. A los presos que llegaban a Butyrki procedentes de la Lubianka les alegraba inmediatamente el alma la relajación general de la disciplina: en los *box* no había una luz deslumbrante, por los pasillos se podía caminar sin llevar las manos en la espalda, en la celda se podía hablar en voz alta, mirar por debajo de las *mordazas*, yacer de día en las literas e incluso dormir debajo de ellas. Había otras cosas agradables en Butyrki: de noche se podían esconder los brazos bajo el capote y no retiraban las gafas, admitían las cerillas en las celdas, no destripaban cada cigarrillo, y el pan de los

paquetes que venían de fuera sólo era cortado en cuatro partes y no en pequeños pedazos.

Las mujeres no conocían todos estos privilegios. Veían el muro de la fortaleza —de una altura de cuatro cuerpos humanos— extendiéndose por toda una manzana de la calle Novoslobodskaya. Veían unas sólidas columnas de cemento sosteniendo unas puertas de hierro que, además, no eran normales: se abrían mecánicamente, desplazándose lentamente y abriendo y cerrando sus fauces tras los *cuervos*. Y cuando admitían a las mujeres para las entrevistas, las introducían a través de un muro de piedra de dos metros de espesor y las conducían por unos murallones que tenían la altura de varios cuerpos humanos y rodeaban la terrible torre de Pugachov. Se concedían las siguientes clases de entrevista: al preso corriente, a través de dos rejas entre las cuales paseaba un celador, como si fuera él quien estuviera metido en una jaula; al preso del círculo superior, al de la *sharashka*, a través de una ancha mesa bajo la cual una separación compacta no permitía que se tocaran los pies para darse señales, y en cuya cabecera había un celador, estatua insomne que escuchaba la conversación. Pero lo más deprimente de Butyrki era que los maridos aparecían como salidos de las entrañas de la cárcel. Parecían emerger durante media hora de aquellas gruesas y húmedas paredes, mostraban cierta sonrisa transparente, aseguraban que vivían bien, que nada necesitaban y de nuevo desaparecían tras los muros.

Aquel día era la primera vez que se entrevistaban en Lefortovo.

El guardia de la entrada puso una palomita en la lista e indicó a Nadia el edificio anejo.

En una habitación desnuda, con dos largos bancos y una mesa igualmente desnuda, esperaban algunas mujeres. Habían depositado sobre la mesa una cesta trenzada y algunas bolsas de cuero artificial, por lo visto llenas de comestibles. Y aunque los presos de la *sharashka* saciaban su apetito por completo, Nadia, que había ido con un saquito de liviana «fruta de sartén» se sintió humillada y avergonzada al ver que ni siquiera una vez al año podía mimar a su marido con algo más sabroso. Se había levantado temprano, cuando en la residencia todavía dormían, y había condimentado aquel tejeringo con restos de harina blanca y azúcar amasados con restos de mantequilla. No tuvo tiempo de comprar caramelos ni pasteles, y además le quedaba poco dinero hasta que cobrara el estipendio. El día de la entrevista había coincidido con el cumpleaños de su marido, ¡y no tenía nada que regalarle! ¿Un buen libro? Incluso esto era imposible después de la última entrevista: Nadia le había llevado un librito de versos de Yesenin conseguido de milagro. Su marido había tenido uno igual en el frente y se había perdido con el arresto. Aludiendo a ello, Nadia había escrito en la hoja del título:

«Del mismo modo, todo lo perdido te será devuelto».

Pero el teniente coronel Klimentiev arrancó en su presencia la hoja del título que contenía la frase y la devolvió diciendo que en los paquetes no podía haber ningún *texto*, el texto debía ir aparte y pasando la censura. Al enterarse, Gleb rechinó los dientes y rogó que no le entregaran más libros.

Alrededor de la mesa se sentaban cuatro mujeres, una de ellas joven con una niña de tres años. Nadia no conocía a ninguna. Saludó. Las mujeres respondieron y continuaron su animada charla.

En un banco adosado a la pared opuesta se sentaba, algo apartada, una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años, con una pelliza que distaba muchísimo de ser nueva, y en la cabeza un

pañuelo gris cuya lana se había caído totalmente descubriendo por todas partes la simple malla del tejido. Con una pierna sobre otra y los brazos arqueados, la mujer contemplaba con tensa atención el suelo que tenía ante ella. Toda su postura expresaba el decidido deseo de no hablar ni tener contacto con nadie. Ni en sus manos ni cerca de ella había nada parecido a un paquete.

El grupo de mujeres habría aceptado a Nadia, pero esta no quiso ir con ellas: tenía también en gran estima su estado de ánimo aquella mañana. Al acercarse a la mujer solitaria, le hizo una pregunta, pues no había, en el corto banco, espacio suficiente para sentarse más lejos:

—¿Me permite?

La mujer levantó los ojos. No tenían color en absoluto. No había en ellos indicios de que comprendiera lo que Nadia le había preguntado. Aquellos ojos miraban a Nadia y más allá de Nadia.

Nadia se sentó, escondió las muñecas dentro de las mangas, inclinó a un lado la cabeza y metió la mejilla en el falso astracán del cuello.

Y también se quedó inmóvil.

En aquel momento habría querido no escuchar nada, ni pensar en ninguna otra cosa que en Gleb, en la conversación que iban a entablar, y en aquella cosa duradera que desaparecía interminablemente en las brumas del pasado y en las del futuro, aquella cosa que no era él ni era ella, sino los dos juntos, y que se llamaba con una palabra raída por la costumbre, la palabra «amor».

Pero no conseguía desconectarse, ni dejar de oír las conversaciones de la mesa. Contaban con qué alimentaban a sus maridos, qué les servían por la mañana, qué por la tarde, con qué frecuencia les lavaban la ropa en la cárcel. ¿Cómo sabrían todo aquello? ¿Malgastarían en ello los preciosos minutos de la entrevista? Enumeraban los víveres, y los gramos o los kilos de lo que traían en los paquetes. Había en todo ello esa tenaz solicitud femenina que hace que una familia sea una familia y que sostiene al género humano. Pero Nadia no pensaba así, pensaba: ¡eran cosas cotidianas y era una lástima trocar por ellas unos instantes maravillosos! ¿Sería posible que a aquellas mujeres no se les ocurriera pensar en algo mejor, pensar en quién se había atrevido a encerrar a sus maridos? ¡La verdad, sus maridos podrían no haberse encontrado entre rejas y no necesitar de aquella comida carcelaria!

La espera fue larga. Las habían convocado para las diez, pero hasta las once no se presentó nadie.

Después de las demás, con retraso y jadeando, llegó la séptima mujer, de cabello ya cano. Nadia la conocía de una de las pasadas entrevistas: era la mujer del grabador, su tercera mujer, aunque la primera también. Ella misma contaba de buen grado su historia: siempre había adorado a su esposo, considerándolo un gran talento. Pero en cierta ocasión, el marido declaró que le disgustaba cierto complejo que veía en la esposa, la abandonó con un hijo y se marchó con otra. Vivió tres años con la otra, una pelirroja, hasta que fue movilizad. Cayó prisionero enseguida, pero vivía libre en Alemania y, ¡ay!, tuvo también sus amoríos. Cuando volvía del cautiverio le arrestaron en la frontera y le condenaron a diez años. Desde la cárcel de Butyrki comunicó a la pelirroja que estaba preso, que le enviara paquetes, pero la pelirroja dijo: «¡Más le hubiera valido

traicionarme a mí que a la patria! ¡Me habría sido más fácil perdonarle!». Entonces se lo suplicó a ella, a la primera, y ella empezó a enviarle paquetes y a acudir a las entrevistas. Ahora él suplicaba su perdón y le juraba amor eterno.

A Nadia le impresionó que la mujer del grabador hiciera en este relato la siguiente predicción: seguramente, lo mejor que se puede hacer cuando el marido está en la cárcel es serle infiel, pues entonces, cuando salga, apreciará lo que valemos. De otro modo pensará que nadie nos necesitó durante este tiempo, que, sencillamente, nadie nos quiso. La impresionó porque Nadia a veces pensaba lo mismo.

La recién llegada dio un giro a la conversación de la mesa. Empezó a contar sus gestiones con los abogados de la consulta jurídica de la calle Nikolskaya. Esta consulta llevaba desde hacía tiempo el título de «ejemplar». Sus abogados cobraban muchos miles de rublos a sus clientes y visitaban a menudo los restaurantes moscovitas, dejando los asuntos de los clientes tal como estaban. Finalmente, disgustaron por algo a no se sabe quién. Los arrestaron a todos, les echaron diez años a cada uno, quitaron el rótulo de «ejemplar», y ya en su nueva calidad de no ejemplar la consulta se llenó de nuevos abogados que empezaron a cobrar muchos miles de rublos y que de nuevo dejaban los asuntos de los clientes tal como estaban. Los abogados explicaban en privado que la necesidad de pagar tan grandes honorarios era porque debían compartirlos, no los cobraban *únicamente para ellos*, pues los expedientes pasaban por muchas manos. Las mujeres se encontraban ante el muro de cemento de la ley como ante los muros de tres cuerpos de altura de Butyrki, no había alas que pudieran levantar el vuelo y sobrevolarlos, no había más remedio que hacer reverencia ante cada portillo que se abriera. Tras los muros, los asuntos judiciales parecían las revoluciones misteriosas de una grandiosa máquina en la que, a despecho de una culpa evidente, a despecho de la contradicción entre acusado y Estado, a veces pasaba como en la lotería, donde por puro milagro salen premios afortunados. Y las mujeres pagaban a los abogados no tanto por los premios como por poder soñar con ellos.

La esposa del grabador creía indefectiblemente en el éxito final. Se deducía de sus palabras que había reunido unos cuarenta mil rublos gracias a la venta de una habitación y a la aportación de sus familiares, y que todo este dinero lo había pagado a los abogados: iba por el cuarto, se habían presentado tres peticiones de gracia y cinco apelaciones. La mujer seguía el curso de estos recursos, y en muchos sitios le habían prometido revisarlos favorablemente. Conocía por sus nombres a todos los fiscales de las tres principales fiscalías, y respiraba la atmósfera de la antesala del Tribunal Supremo y del Soviet Supremo. Fiel a la peculiaridad de muchas personas confiadas, especialmente mujeres, sobrevaloraba la importancia de cada observación esperanzadora y de cada mirada que no fuera hostil.

—¡Hay que *escribir!* ¡Hay que escribirles a todos! —repetía enérgicamente empujando a las demás mujeres a precipitarse por el mismo camino que ella—. Nuestros maridos están sufriendo. La libertad no llegará por sí misma. ¡Hay que escribir!

También esta narración sacó a Nadia de su estado de ánimo, y también la hirió dolorosamente. La envejecida mujer del grabador hablaba con tanta inspiración que parecía verdad: ¡se había adelantado a todas ellas con su astucia, sacaría sin falta a su marido de la cárcel! Y de esto nacía

un reproche: ¿y yo? ¿Por qué yo no he podido hacer lo mismo? ¿Por qué no he sido una esposa fiel hasta este punto?

Sólo una vez tuvo tratos Nadia con la consulta «ejemplar», redactó con el abogado una súplica y le pagó únicamente 2500 rublos, lo que seguramente era poco: el hombre se ofendió y no hizo nada.

—Sí —dijo en voz baja, casi como si hablara para sí misma—. ¿Hemos hecho todo lo posible? ¿Está limpia nuestra conciencia?

En la mesa, con la conversación general, no la oyeron. Pero la vecina volvió de pronto la cabeza, vivamente, como si Nadia la hubiera empujado u ofendido.

—¿Y qué se puede hacer? —pronunció con hostil precisión—. ¡Todo esto es un delirio! ¡El Artículo 58 significa *cadena perpetua*! ¡El Artículo 58 no los considera criminales sino *enemigos*! ¡Del Artículo 58 no se rescata ni con un millón!

Su cara estaba llena de arrugas. En su voz sonaba un sufrimiento consolidado y purificado.

El corazón de Nadia se abrió a esta mujer, de más edad que ella. En un tono de disculpa por el énfasis de sus palabras, replicó:

—Quería decir que no nos entregamos a fondo... Las mujeres de los decembristas, por ejemplo, no lamentaron nada, lo abandonaron todo y fueron con ellos... Si no la liberación, ¿no sería posible gestionar su destierro? Estaría de acuerdo en que lo enviaran a cualquier taiga, al Círculo Polar Ártico, yo me iría con él, lo abandonaría todo...

La mujer de la severa cara de monja y del raído pañuelo gris contempló a Nadia con admiración y respeto:

—¿Todavía le quedan fuerzas para ir a la taiga? ¡Qué afortunada es! A mí no me quedan ya fuerzas para nada. Creo que si algún anciano próspero aceptara casarse conmigo, me casaría.

—¿Y podría abandonar a su marido? ¿Tras las rejas...?

La mujer cogió a Nadia de la manga:

—¡Querida! ¡En el siglo XIX era fácil amar! ¿Acaso realizaron una gesta las esposas de los decembristas? ¿Las obligaban a llenar formularios, los departamentos de personal? ¿Necesitaban ocultar su matrimonio como si fuera la peste? ¿Necesitaban ocultarlo para que no las echaran del trabajo, para que no les arrebataran esos únicos quinientos rublos al mes, para que no les hicieran el boicot en el piso comunal? ¿Necesitaban ocultarlo para que en la fuente del patio no sisearan que eran enemigas del pueblo? ¿Las empujaban al sentido común y al divorcio sus propias madres y hermanas? ¡Oh, al contrario! ¡Las acompañaba el rumor de admiración de lo mejor de la sociedad! Y ellas, condescendientes, ofrecían a los poetas la leyenda de sus gestas. Al partir para Siberia en sus propias carrozas caras, no perdían, junto con el empadronamiento en Moscú, los miserables nueve metros cuadrados de su último rincón, ni se preocupaban por las insignificancias que les aguardaban, tales como un carnet de trabajo manchado, un mal desván donde no hay una cacerola ni hay pan negro. ¡Es muy bonito decir: «A la taiga»! ¡Seguramente, usted no hace mucho tiempo que espera!

Su voz estaba a punto de cortarse. Las apasionadas comparaciones de su vecina llenaron de lágrimas los ojos de Nadia.

—Pronto hará cinco años que tengo a mi marido en la cárcel —se justificó Nadia—. Y además, en el frente...

—¡Esto no cuenta! —replicó vivamente la mujer—. ¡En el frente no es lo mismo! ¡Entonces es fácil esperar! ¡Entonces esperaban todas! ¡Entonces se podía *hablar* abiertamente, leer las cartas! ¡Pero esperar y encima tener que ocultarlo!...

Se detuvo. Vio que no era preciso explicárselo a Nadia. Eran ya las once y media. Entró por fin el teniente coronel Klimentiev acompañado de un brigada gordo y malévolo. El brigada empezó a tomar los paquetes abriendo los envoltorios de fábrica de los pasteles y rompiendo por la mitad cada pastel casero. También partió el tejeringo de Nadia a la busca de una nota cocida en ella, de dinero o de veneno. Klimentiev retiró los pases de todas ellas, anotó el nombre de las presentes en un gran libro, y luego se enderezó al estilo militar y manifestó con precisión:

—¡Atención! ¿Conocen el reglamento? La entrevista es de treinta minutos. No deben entregar nada a los presos. No deben tomar nada de los presos. Está prohibido interrogar a los presos sobre su trabajo, su vida, su horario. El Código Penal castiga la infracción de estas normas. Además, a partir de la entrevista de hoy quedan prohibidos los abrazos y los besos. En caso de infracción, la entrevista se interrumpirá inmediatamente.

Las resignadas mujeres guardaron silencio.

—¡Natalia Pávlovna Guerásimovich! —llamó Klimentiev a la primera.

La vecina de Nadia se levantó y salió al pasillo pisando firmemente el suelo con sus botas de fieltro fabricadas antes de la guerra.

Y, pese a que durante la espera tuvo ocasión de soltar alguna lágrima, Nadia entró en la entrevista con la sensación alegre de un día de fiesta.

Al aparecer en la puerta, Gleb ya se había levantado para salirle al encuentro sonriendo. Esta sonrisa duró un paso de él y un paso de ella, pero todo en ella era alborozo: ¡Gleb le pareció tan íntimo! ¡No había cambiado respecto a ella!

El gángster jubilado con cuello de buey y traje gris de ropa suave se acercó a la mesita dividiendo de esta manera la habitación en dos y no permitiendo que se encontraran.

—¡Deje que por lo menos le dé la mano! —se indignó Nerzhin.

—No está permitido —respondió el celador bajando un poco su pesada mandíbula para permitir el paso de las palabras.

Nadia sonrió confusa, pero hizo una seña a su marido para que no discutiera. Se dejó caer en el sillón dispuesto para ella, cuyo tapizado de piel dejaba escapar la estopa por muchos sitios. En aquel sillón se habían sentado varias generaciones de jueces que habían llevado a centenares de personas a la tumba, adonde ellos mismos no habían tardado en acudir.

—Bueno, ¡muchas felicidades! —dijo Nadia procurando parecer animada.

—Gracias.

—¡Qué coincidencia, precisamente hoy!

—Mi estrella...

(Estaba acostumbrándose a hablar).

Nadia hizo un esfuerzo para no sentir la mirada del carcelero ni su opresiva presencia. Gleb procuraba sentarse de manera que el inseguro taburete no lo pellizcara.

La pequeña mesita de los acusados estaba entre marido y mujer.

—Para no hablar más de ello: te he traído algo que chupar, «fruta de sartén», ya sabes, como la hacía mamá. Perdona, pero no traigo nada más.

—¡Tontina, ni esto era necesario! Aquí tenemos de todo.

—Pero no habrá «fruta de sartén», ¿verdad? Y dijiste que libros no... ¿Lees a Yesenin?

La cara de Nerzhin se ensombreció. Hacía más de un mes que denunciaron el libro de Yesenin a Shikin y este se lo quitó asegurando que Yesenin estaba prohibido.

—Sí, lo leo.

(No tenían más que media hora, ¿cómo podía entrar en detalles?).

Aunque en la habitación no hacía calor ni mucho menos, y más podría decirse que no había

calefacción, Nadia se desabrochó y abrió el cuello: quería mostrar a su marido —aparte la pelliza nueva, confeccionada aquel mismo año, que él parecía no ver— una blusa nueva cuyo color anaranjado le animaría el rostro, seguramente terroso bajo la luz mortecina reinante.

Gleb envolvió a su mujer con una mirada continua y móvil: la cara, la garganta, el escote del pecho. Nadia se agitó ligeramente bajo esta mirada, lo más importante de la entrevista, y pareció que se acercara a él.

—Llevas una blusa nueva. Enséñamela un poco más.

—¿Y la pelliza? —hizo ella una mueca de amargura.

—¿Qué pasa con la pelliza?

—Pues que es nueva.

—Sí, realmente —comprendió finalmente Gleb—. ¡La pelliza es nueva! —y recorrió con la mirada los negros rizos sin saber siquiera que eran de astracán, natural o artificial, ya que Gleb era el último hombre de la Tierra que habría podido distinguir una pelliza de quinientos rublos de otra de cinco mil.

Nadia se quitó a medias la pelliza. Él pudo ver su cuello, virginalmente afinado como antes, sus estrechos y débiles hombros, y bajo los frunces de la blusa, su pecho, melancólicamente caído tras esos años.

Y el breve pensamiento de reproche que sintiera al ver que iba adquiriendo sucesivamente nuevos vestidos, nuevos amigos, se transformó en piedad al ver aquel pecho tan mustio y caído, al ver que las ruedas del furgón gris de la cárcel habían aplastado también su vida.

—Estás muy delgaducha —dijo compasivo—. Aliméntate mejor. ¿No puedes alimentarte mejor?

«¿Soy fea?», preguntaron los ojos de Nadia.

«¡Continúas siendo aquella chica maravillosa!», respondieron los ojos del marido.

(Aunque el teniente coronel no había prohibido estas palabras, era imposible pronunciarlas ante un extraño...).

—Ya como —mintió ella—, pero la vida es inquieta, movida.

—Cuéntame en qué es inquieta.

—No, tú primero.

—¿Qué quieres que te diga? —sonrió Gleb—. Yo no estoy mal.

—Bueno, verás... —empezó ella con timidez.

El carcelero, de pie a medio metro de la mesa, corpulento, con aspecto de *bulldog*, contemplaba desde arriba a los que se entrevistaban, y los miraba con la misma atención y desdén con que miran a los transeúntes los leones de piedra de las entradas.

Había que encontrar un tono certero que fuera inaccesible para él, el lenguaje alado de las alusiones a medias. La superioridad de su inteligencia, que percibían fácilmente, debía sugerirles ese tono.

—¿Es tuyo el traje? —saltó ella a otro tema.

Nerzhin frunció los ojos y sacudió cómicamente la cabeza.

—¿Cómo ha de ser mío? Operación Potemkin^[25]. Por tres horas. Que no te turbe la Esfinge.

—No puedo evitarlo —alargó los labios coquetamente, al modo lastimero infantil, convencida de que continuaba gustando a su marido.

—Nos hemos acostumbrado a aceptarlo bajo su aspecto humorístico.

Nadia recordó su conversación con la Guerásimovich y suspiró.

—Pues nosotras no.

Nerzhin hizo un intento de abrazar las rodillas de su mujer con las suyas, pero el inoportuno travesaño de la mesa, colocado a la altura necesaria para que el acusado no pudiera estirar las piernas, impidió incluso este contacto. La mesita se tambaleó. Gleb apoyó los codos en ella, se inclinó hacia su mujer, y dijo con despecho:

—Ya lo ves, impedimentos por todas partes.

«¿Eres mía? ¿Mía?», preguntó su mirada.

«Soy aquella que amabas. ¡No he empeorado, créeme!», irradiaron sus ojos grises.

—¿Y qué tal con los impedimentos en el trabajo? Anda, cuéntame. ¿Ya no estás entre las aspirantes?

—No.

—Así pues, ¿has presentado la tesina?

—Tampoco.

—¿Cómo puede ser esto?

—Pues verás... —y empezó a hablar deprisa, muy deprisa, asustada por la gran cantidad de tiempo que ya había pasado—. Nadie presenta su tesina antes de tres años. Alargan el plazo, dan tiempo complementario. Por ejemplo, una aspirante estuvo dos años escribiendo la tesis *Problemas de la alimentación social* y le anularon el tema...

(¿Para qué hablar de eso? ¡Carece de toda importancia!).

—... Yo tengo la tesina preparada y mecanografiada, pero me retrasan diferentes problemas...

(*La lucha contra el servilismo*, pero ¿cómo explicar esto aquí?).

—... y además, las fotocopias, las fotografías... Todavía no sé qué hacer con lo de la encuadernación. Hay muchísimos problemas...

—¿Cobras el estipendio?

—No.

—¿Pues de qué vives?

—De un salario.

—¿O sea que trabajas? ¿Dónde?

—Allí mismo, en la universidad.

—¿De qué trabajas?

—Un cargo fantasma, que no figura en plantilla, ¿comprendes? Por lo demás, en todas partes estoy sin derecho... También vivo en la residencia sin tener derecho a ello. En realidad...

Miró de reojo al carcelero. Se disponía a decir que la policía debía haberla dado de baja en Stromynka hacía tiempo, y sólo por error le había prolongado el permiso medio año. ¡Y esto podía descubrirse cualquier día! Con mayor razón, era algo que no se podía contar ante un sargento del MGB...

—... En realidad, incluso la entrevista de hoy la he conseguido... ha sucedido de la siguiente manera...

(¡Ah, no se puede contar en media hora!).

—Espera, ya me lo dirás después. Quiero preguntarte una cosa: ¿hay *impedimentos* relacionados conmigo?

—Los hay y muy duros, querido. Cuando me ofrecen... cuando quieren ofrecerme un tema especial... Intento no tomarlo.

—¿Qué es un tema especial?

Nadia suspiró y miró de reojo al carcelero. Su cara, puesta en guardia como si estuviera a punto de ladrar o de morderle la cabeza, colgaba a menos de un metro de sus rostros.

Nadia abrió los brazos en un gesto de desesperación. Debería explicarle que, incluso en la universidad, ya no quedaban trabajos que no fueran secreto de Estado. Toda la ciencia era secreto de arriba abajo. Por su parte, un tema secreto significaba: un cuestionario nuevo, más detallado, sobre su marido, sobre los parientes de su marido y sobre los parientes de estos parientes. Si escribían en la encuesta: «el marido ha sido condenado por el Artículo 58» no sólo no podría trabajar en la universidad, sino que tampoco le permitirían presentar la tesina. Si mentía diciendo «mi marido desapareció en la guerra», tendría que dar el apellido de este, y bastaría comprobarlo en los archivos del MVD para que la condenaran a ella por dar informes falsos. Y Nadia había elegido una tercera posibilidad, pero ahora, bajo la atenta mirada de Gleb, evitó hablar de ella y empezó a contar cosas con mucha animación:

—Sabes, actúo con los músicos aficionados de la universidad. Nos envían continuamente a dar conciertos. No hace mucho toqué en la Sala de las Columnas, en una velada con Yákov Zak.

Gleb sonrió y meneó la cabeza como si no quisiera creérselo.

—Por lo demás, era una velada de los Sindicatos, fue casual que resultara así, pero de todos modos... ¿Sabes qué ridiculez?: prohibieron mi mejor vestido, dijeron que no se podía salir a escena de aquella manera, llamaron al teatro y trajeron otro, maravilloso, hasta los tobillos.

—Y, después de tocar, ¿se lo llevaron?

—Ajá. En general, las chicas me reprochan que me dedique a la música. Y yo les digo: es mejor dedicarse *a algo* que *a alguien*...

Esto no lo dijo de pasada, esto Nadia lo dijo sonoramente: ¡Era su nuevo principio formulado acertadamente! Y la joven levantó la cabeza a la espera de elogios.

Nerzhin miró a su esposa con agradecimiento e inquietud. Pero no supo decir ese elogio, esa palabra de aliento.

—Espera. O sea que respecto al tema especial...

Nadia bajó inmediatamente los ojos y dejó colgar la cabeza.

—Quería decirte... Pero no te lo tomes a mal —*nicht wahr!*— en otro tiempo insististe en que... nos divorciáramos... —terminó con voz completamente débil.

(Era la tercera posibilidad —¡la única que le abría un camino en la vida!—, pero en el cuestionario no debía figurar la palabra «divorciada», ya que dicho cuestionario exigía de todos modos el nombre del exmarido, la dirección actual del exmarido, los padres del exmarido, e

incluso la fecha de nacimiento de estos. Era preciso que en su lugar figurara la palabra «soltera». Para ello era preciso divorciarse, también en secreto, en otra ciudad).

Sí, en otro tiempo había insistido... Pero ahora se estremeció. Y sólo entonces advirtió que el anillo de boda, del que Nadia nunca se separaba, no estaba en su dedo.

—Sí, naturalmente —confirmó él con mucha decisión.

Con esta misma mano, desprovista del anillo, Nadia frotaba la palma contra la mesa, como si hiciera hojuelas con una masa dura.

—Así pues... ¿no te opondrás... si... resulta necesario... hacerlo? —Nadia levantó la cabeza. Sus ojos se dilataron. En el puntiagudo iris gris de sus ojos brillaba una súplica de perdón y comprensión—. Sería un pseudo... —añadió sólo con el aliento, sin voz.

—Bravo. ¡Ya era hora! —aceptó Gleb con firme convencimiento mientras en su interior no experimentaba ni firmeza ni convencimiento, y retrasaba para después de la entrevista todo análisis de lo sucedido.

—¡Puede que ni sea necesario! —dijo ella suplicante, poniéndose de nuevo la pelliza sobre los hombros. En aquel momento tenía un aspecto cansado y atormentado—. Te lo he preguntado por lo que pueda ser, para que nos pusiéramos de acuerdo. Puede que no sea necesario.

—No, no, tienes razón, por qué no, muy bien —repitió Gleb reafirmando, mientras su pensamiento se conectaba ya a lo principal que había preparado en su lista y que ahora era el momento de arrojar sobre ella—. Lo importante, querida, es que te hayas dado perfecta cuenta. No alimentes demasiadas esperanzas en el final de mi condena.

Nerzhin estaba plenamente preparado para una segunda condena y para permanecer perpetuamente en la cárcel, como les había ocurrido ya a muchos de sus compañeros. Debía manifestar ahora todo cuanto fuera completamente imposible escribir en una carta.

Pero en la cara de Nadia apareció una expresión medrosa.

—Una sentencia es un convencionalismo —explicó Gleb dura y rápidamente, acentuando las palabras al azar para que el carcelero no tuviera tiempo de percibir las—. Puede repetirse en espiral. La historia es rica en ejemplos. Incluso si por milagro se termina, no cabe pensar que volvamos tú y yo a nuestra ciudad natal y a nuestra vida de antes. Debes comprender, aclarar y aprender una cosa: no se venden billetes para el país del pasado. Por ejemplo, lo que más me duele es no ser zapatero. ¡Con lo indispensable que es en cualquier poblado de la taiga, en la de Krasnoyarsk o en las tierras bajas del Angar! Para esa vida es para lo único que hay que prepararse.

Había conseguido su objetivo: el gángster jubilado no se movía, sólo tenía tiempo de parpadear en pos de las frases pronunciadas.

Gleb había olvidado —no, no lo había olvidado, pero no lo comprendía (como ninguno de ellos comprendía)— que los que están acostumbrados a andar por la tibia tierra gris no pueden cernerse de golpe sobre las heladas cordilleras, no son capaces. No comprendía que su esposa, tanto ahora como al principio, continuaba contando —con mucha práctica y método— los días y las semanas de su condena. Para él, la condena era una clara y fría serie interminable de días, pero para ella quedaban doscientas sesenta y cuatro semanas, sesenta y un meses, cinco años y pico,

muchísimo menos tiempo del que había transcurrido desde que se fue a la guerra para no volver.

A medida que Gleb iba pronunciando sus palabras, el temor que expresaba la cara de Nadia se iba transformando en pavor de color ceniza.

—¡No, no! —exclamó ella atropellándose en las palabras—. ¡No me hables de esto, querido! —(Se había olvidado ya del carcelero, no sentía timidez)—. ¡No me arrebatas la esperanza! ¡No quiero creer esto! ¡No puedo creerlo! ¡Simplemente, no puede ser! ¿Has pensado, realmente, que te iba a abandonar?

Tembló su labio superior, se alteró su rostro, los ojos expresaban sólo fidelidad, únicamente fidelidad.

—¡Lo creo, lo creo, Nadiúshenka! —se alteró la voz de Gleb—. Así lo he comprendido.

Ella guardó silencio y se sosegó, pasada la tensión.

El gallardo y negro teniente coronel se colocó en la puerta abierta del cuarto, contempló con ojo penetrante las tres cabezas que se movían al mismo tiempo y llamó en voz baja al carcelero.

El gángster con cuello de picador de toros se apartó de ellos como si le hicieran abandonar un pastel de jalea de frutas y se dirigió al teniente coronel. Cambiaron unas palabras a cuatro pasos de la espalda de Nadia, pero en este espacio Gleb tuvo tiempo de preguntar ahogando la voz:

—¿Conoces a la esposa de Sologdin?

Entrenada en esta clase de giros de la conversación, Nadia consiguió conectarse al nuevo tema:

—Sí.

—¿Y dónde vive?

—Sí.

—No le conceden entrevistas, dile que él...

Volvió el gángster.

—... ¡la ama! ¡La respeta! ¡La adora! —dijo Gleb separando las palabras ante el carcelero. Por alguna razón, las palabras de Sologdin no parecían demasiado enfáticas en presencia del gángster.

—Ama-respeta-adora —repitió Nadia con melancólico suspiro. Y miró fijamente a su marido. Aquel hombre que otrora observara con celo, un celo muy femenino pero discreto atendiendo la juventud de la muchacha, aquel hombre que en otro tiempo parecía conocido, ahora era completamente nuevo, completamente desconocido.

—Te va —asintió ella tristemente.

—¿Qué me va?

—Todo en general. Estar aquí. Todo esto. Encontrarte aquí —dijo enmascarando las palabras con diversos tonos de voz para que el carcelero no las percibiera: a este hombre le sienta bien estar en la cárcel, quería decir.

Pero esta aureola no le acercaba a ella. Le alejaba.

Ella también dejaba para más tarde, para después de la entrevista, el trabajo de meditar y analizar todo lo nuevo que iba averiguando. No sabía qué deduciría de todo ello, pero su corazón se adelantaba buscando ahora en Gleb debilidad, cansancio, enfermedad, petición de ayuda, algo que induzca a una mujer a aportar los restos de su vida, a esperarlo aunque sea otros diez años, o a irse con él a la taiga.

¡Pero él sonreía! ¡Sonreía con tanta suficiencia como entonces en Krasnaya Presnaya! Siempre fue autosuficiente, nunca necesitó la compasión de nadie. Incluso parecía estar cómodo en su desnudo y pequeño taburete, y miraba a su alrededor satisfecho, como recogiendo, también allí, materiales para la historia. Parecía sano, sus ojos chispeantes se burlaban de los carceleros. ¿Necesitaba, en general, la fidelidad de una mujer?

Por lo demás, Nadia todavía no había meditado sobre todo esto.

Y Gleb no sospechaba qué pensamientos rondaban a su mujer.

—¡Es hora de terminar! —dijo Klimentiev en la puerta.

—¿Ya? —se asombró Nadia.

Gleb frunció la frente intentando recordar qué otra cosa era la más importante de aquella lista de «cosas a decir» que se había aprendido de memoria para la entrevista.

—¡Sí! No te sorprendas si me llevan fuera de aquí, lejos, y se interrumpe completamente la correspondencia.

—¿Pueden hacerlo? ¿Adónde? —exclamó Nadia.

¡Y sólo ahora le daba semejante noticia!

—Sabe Dios —se encogió de hombros significativamente al pronunciarlo.

—¿No habrás empezado a creer en Dios?

(¡No habían hablado de nada!).

Gleb sonrió:

—¿Y por qué no? Pascal, Newton, Einstein...

—¡He dicho que no se pueden mencionar apellidos! —chilló el carcelero—. ¡Se ha terminado! ¡Se ha terminado!

Marido y mujer se levantaron a la vez, y ahora, que ya no se arriesgaban a perder la entrevista, Gleb abrazó por encima de la mesilla el fino cuello de Nadia, se lo besó y se pegó a sus blandos labios, que había olvidado por completo. No esperaba continuar en Moscú dentro de un año para volverlos a besar. Su voz tembló de ternura:

—En todo haz lo mejor para ti. En cuanto a mí...

No terminó la frase.

Se miraron a los ojos.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esto? ¡Les anulo la entrevista! —mugió el carcelero tirando del hombro de Nerzhin.

Este se liberó.

—Pues anúlala, el diablo te lleve —balbuceó con voz apenas audible.

Nadia retrocedió de espaldas hacia la puerta y se despidió de su marido agitando sólo los dedos de la mano levantada, la del anillo.

Así desapareció tras la jamba de la puerta.

Los Guerásimovich, marido y mujer, se besaron.

El marido era de pequeña estatura, pero al lado de su esposa quedaba a la misma altura.

El carcelero que les había tocado era un joven pacífico y sencillo. No le molestó en absoluto que se besaran. Incluso le intimidaba ser un estorbo en su entrevista. Se habría vuelto de cara a la pared y habría permanecido así media hora, pero no iba por aquí la cosa: el teniente coronel Klimentiev había ordenado que las siete puertas de los cuartos de interrogatorios, que daban al pasillo, permanecieran abiertas para que él pudiera vigilar desde fuera a los carceleros.

Tampoco le habría dolido al teniente coronel que los entrevistados se besaran, sabía que con ello no se produciría ninguna fuga de secretos de Estado. Pero se protegía de sus propios carceleros y de los presos: alguno de ellos formaba parte del servicio de información y podía *manchar* a Klimentiev.

Los Guerásimovich, marido y mujer, se besaron.

Pero aquel beso no era como los que los estremecían en su juventud. Aquel beso, robado a la superioridad y al destino, era un beso incoloro, inodoro e insípido, un beso pálido como el que puede ofrecernos un difunto al que vemos en sueños.

Y se sentaron separados por la mesita de interrogatorios, cuyo sobre de contrachapado estaba abollado.

Aquella mesita fea y pequeña tenía una historia más rica que la de alguna vida humana. Durante muchos años, la gente se había sentado ante ella, llorando o paralizada de horror; ante ella, la gente había luchado contra un insomnio devastador, había pronunciado palabras orgullosas o había firmado pequeñas denuncias contra hombres y mujeres de su círculo íntimo que habían sido arrestados. Normalmente, no les daban ni lápices ni plumas, quizá sólo en las declaraciones escritas de propia mano, bastante raras. Pero también los que escribían declaraciones habían conseguido dejar sus marcas en la abollada superficie de la mesa: aquellas extrañas figuras onduladas o angulosas que se dibujan inconscientemente y que de manera misteriosa contienen los más sagrados recovecos del alma.

Guerásimovich miró a su esposa.

Su primer pensamiento fue: en qué mujer tan poco atractiva se ha convertido. Los ojos subrayados por hundidos ribetes, arrugas en ojos y labios, marchita la piel de la cara. Natasha ya no se cuidaba. Su pelliza era de antes de la guerra y pedía a gritos, desde hacía tiempo, que por lo menos la volvieran del revés; la piel del cuello aparecía raída y aplastada, el pañuelo de la cabeza

era de tiempos inmemoriales, debió de adquirirlo en Komsomolsk-del-Amur con un vale y lo llevó en Leningrado cuando iba al Neva a buscar agua.

Pero Guerásimovich ahogó el ruin pensamiento de que su esposa era fea, un pensamiento surgido en el fuero interno de su ser. Ante él había una mujer, la única en la Tierra que constituía la mitad de él mismo. Ante él había la mujer con la que se entrelazaba cuanto llevaba en su memoria. ¿Qué muchacha fresca y agraciada —pero con un alma ajena e incomprensible, de cortos recuerdos y experiencia superficial— habría podido hacerle sombra a su esposa?

Natasha no tendría ni dieciocho años cuando se conocieron en una casa de Srednaya Podyacheskaya, junto al pequeño puente del León, en la celebración del Año Nuevo de 1930. Dentro de seis días se cumplirían veinte años. Ahora, mirando hacia atrás, se veía claramente lo que había representado para Rusia el año 19 o el año 30. Pero cada Año Nuevo se ve con cristales rosados, y uno no imagina lo que la memoria popular relacionará con el sonido de aquella cifra. Así lo creían también del año 30.

Ese año arrestaron a Guerásimovich por primera vez. Por «sabotaje»...

El comienzo de la carrera de ingeniero de Illarión Pávlovich coincidió con una época en la que la palabra «ingeniero» se identificaba con «enemigo», y la gloria proletaria radicaba en descubrir en un ingeniero un saboteador. Por si fuera poco, la educación obligaba al joven Guerásimovich a saludar atentamente —a quien convenía y a quien no— diciendo «perdone, por favor» con voz muy suave. Y en las reuniones perdía la voz y se quedaba quieto como un ratón. Ni él mismo comprendía hasta qué punto irritaba a todos los demás.

Pero por más que le montaron acusaciones, a duras penas pudieron imponerle una condena superior a los cinco años. Y lo enviaron inmediatamente al Amur bajo escolta. Allí acudió también su prometida para convertirse en su mujer.

Rara era entonces la noche en que marido y mujer no soñaran en Leningrado. Y el año 35 se disponían ya a volver cuando llegó en dirección contraria el torrente del asunto Kírov^[26].

Ahora, Natalia Pávlovna también se fijó en su marido. Aquella cara también había ido cambiando ante sus ojos, aquellos labios se habían endurecido, y los quevedos emitían llamaradas que helaban, y que a veces incluso eran crueles. Illarión dejó de inclinarse al saludar, dejó de repetir «perdonen». Continuamente le reprochaban su pasado, en unas partes lo despedían, en otras le asignaban cargos inferiores a sus conocimientos, y ambos iban de un lugar a otro, sufrieron la pobreza, perdieron a una hija, perdieron a un hijo. Y ya liándose la manta a la cabeza, se arriesgaron a volver a Leningrado. Resultó ser en junio del 41.

Por lo demás, tampoco pudieron instalarse de una manera digna. La biografía pendía sobre el marido. Pero, convertido en un fantasma de laboratorio, esta vida no lo debilitó, sino que lo hizo más fuerte. Soportó la excavación de trincheras en otoño. Y con las primeras nieves se convirtió en sepulturero. Esta siniestra ocupación era la más necesaria y la más provechosa en la ciudad sitiada. Para rendir el postrer tributo a los que se iban, los que continuaban viviendo entregaban un mísero cubito de pan.

¡Era imposible comer aquel pan sin estremecerse! Pero Illarión se justificaba de la manera siguiente: ¡nuestros conciudadanos no tuvieron compasión de nosotros, no vamos a tenerla

nosotros ahora de ellos!

El matrimonio sobrevivió. Todo, para que antes del final del bloqueo arrestaran a Illarión por su «intención» de traicionar a la patria. En Leningrado detuvieron a muchos por esto, por intención, pues no era posible que traicionara efectivamente aquel que ni siquiera se encontraba en territorio ocupado. Pero Guerásimovich, presidiario en el pasado, había ido a Leningrado al principio de la guerra, por lo tanto tenía intención de unirse a los alemanes. También habrían arrestado a la esposa, pero por aquel entonces se encontraba a las puertas de la muerte.

Natalia Pávlovna escrutaba ahora a su marido, pero por extraño que parezca no encontraba en él las huellas de aquellos duros años. Sus ojos miraban con la habitual reserva inteligente a través del brillo de los quevedos. No tenía las mejillas hundidas, no había arrugas, su traje era caro, su corbata cuidadosamente anudada.

Cabría pensar que no era él, sino ella, quien estaba en prisión.

Y el primer pensamiento maligno de la mujer fue que su marido vivía magníficamente en la prisión especial, que, naturalmente, no sabía de persecuciones, se ocupaba de su ciencia sin pensar en absoluto en los sufrimientos de su esposa.

Pero la mujer ahogó en su interior este malvado pensamiento.

Y preguntó con voz débil:

—Y bien, ¿qué tal por allí?

Como si hubiera sido preciso esperar doce meses esta entrevista, trescientas sesenta noches recordando al marido en su helada cama de viuda, para preguntar:

—Y bien, ¿qué tal por allí?

Y Guerásimovich, que acogía en su menguado pecho toda una vida que nunca había permitido que su inteligencia se enderezara y floreciera, todo un mundo de existencia presidaría en la taiga y en el desierto, en la incomunicación de los interrogatorios, y ahora en el bienestar de una organización cerrada, respondió:

—No está mal...

Les habían concedido media hora. Los granitos de los minutos caían en incontenible chorro en la garganta de cristal del Tiempo. Decenas de preguntas, de deseos, de quejas, se apretujaban para salir primero, pero Natalia Pávlovna preguntó:

—¿Cuándo te enteraste de la entrevista?

—Anteayer. ¿Y tú?

—El martes... Ahora, el teniente coronel me ha preguntado si no seré tu hermana.

—¿Por el apellido?

—Sí.

Cuando eran novios, y también en el Amur, siempre los tomaban por hermanos. Tenían este feliz parecido externo e interno que convierte a marido y mujer en algo más que cónyuges.

Illarión Pávlovich preguntó:

—¿Qué tal en el trabajo?

—¿Por qué me lo preguntas? —se puso ella en guardia—. ¿Lo sabes?

—¿El qué?

Guerásimovich sabía algo, pero desconocía si aquello era lo que sabía ella.

Sabía que, en general, a las mujeres de los presos las avasallaban.

Pero ¿cómo podía saber que el pasado miércoles habían despedido del trabajo a su mujer por estar emparentada con él? Durante aquellos tres días, enterada ya de la entrevista, no había buscado un nuevo trabajo, esperaba la entrevista como si pudiera producirse un milagro, y la entrevista iluminara su vida indicándole cómo debía proceder.

Pero ¿qué consejo práctico podía darle él, que llevaba tantos años en la cárcel y no estaba acostumbrado a las normas civiles de actuación?

Y lo que debía decidir era lo siguiente: renegar o no renegar de él...

La entrevista iba discurriendo en aquel despacho gris mal calentado, bajo la mortecina luz de la ventana enrejada, y la esperanza en el milagro se iba apagando.

Natalia Pávlovna comprendió que en una mísera media hora no conseguiría comunicar a su marido su soledad y sus sufrimientos, y que la vida del marido discurría por sus propios raíles, los de la vida en el establecimiento penitenciario, y de todos modos no iba a comprender nada, por lo que era mejor no trastornarlo.

Por su parte, el carcelero se echó a un lado y se puso a contemplar el estuco de la pared.

—Cuéntame, cuéntame cosas de ti —dijo Illarión Pávlovich a su esposa, a la que cogía las manos por encima de la mesa. En sus ojos ardía débilmente aquella cordialidad que se encendía para ella en los más encarnizados meses del bloqueo.

—¡Lárik! ¿No se prevén... descuentos... para ti?

Se refería a descuentos semejantes a los del campo de concentración del Amur: un día trabajado se contaba como dos de condena, y la pena terminaba antes de lo señalado.

Illarión meneó la cabeza.

—¿De dónde han de salir los descuentos? Aquí no los ha habido en la vida, lo sabes muy bien. Aquí hay que inventar algo, algo importante, claro, y entonces te liberan antes de plazo. Pero el asunto es que los inventos de aquí... —miró de reojo al carcelero que casi les daba la espalda—... su naturaleza... es extremadamente indeseable...

¡No podía manifestarse con más claridad!

Tomó las manos de su mujer y frotó ligeramente la mejilla contra ellas.

Sí, en el helado Leningrado no había temblado al tomar una ración de pan por un entierro, y lo había aceptado de quienes al día siguiente necesitarían también ser enterrados.

Y ahora, ya ven, no podía...

—¿Te da tristeza estar sola? Mucha tristeza, ¿verdad? —preguntó cariñosamente, frotando su mejilla contra la mano de su esposa.

¿Tristeza? Veía ya, pasmada, cómo la entrevista se iba consumiendo, pronto se terminaría, y ella saldría a los fosos de Lefortovo sin que nada la hubiera enriquecido, y caminaría por las melancólicas calles sola, sola, sola... Embrutecida por la inutilidad de cada acción, de cada día. Ni dulce, ni agudo, ni amargo: la vida era como un algodón gris.

—¡Natálochka! —acarició su mano—. Si contamos el mucho tiempo transcurrido sumando las dos condenas, en realidad ahora ya queda poco. Sólo tres años. Sólo tres...

—¡Sólo tres! —le interrumpió ella indignada, y advirtió que le temblaba la voz, que ya no la dominaba—. ¡Sólo tres! ¡Para ti es *sólo*! ¡Para ti la liberación es de «naturaleza indeseable»! ¡Vives entre amigos! ¡Trabajas en tu ocupación favorita! ¡No te llevan a estancias con puertas forradas de piel negra! ¡Pero a mí me han *despedido*! ¡No tengo con qué vivir! ¡No me aceptarán en ninguna parte! ¡No puedo más! ¡No me quedan fuerzas! ¡No viviré un solo mes más! ¡Ni un mes! ¡Lo mejor es morirme! Los vecinos me vejan a placer, arrojaron fuera mi baúl, arrancaron mi estante de la pared: saben que no osaré decir palabra... ¡qué pueden expulsarme de Moscú! He dejado de visitar a mis hermanas, a tía Zhenia, todas se burlan de mí, dicen que tontas como yo ya no las hay en este mundo. Me presionan para que me divorcie de ti y me vuelva a casar. ¿Cuándo terminará todo esto? ¡Mira en lo que me he convertido! ¡Tengo treinta y siete años! ¡Dentro de tres años ya seré una vieja! Llego a casa y no como, no arreglo la habitación, la odio, caigo en el sofá y me quedo tendida sin fuerzas. ¡Lárik, querido, haz lo que puedas para salir antes! ¡Tú tienes una cabeza genial! ¡Invéntales algo para que se desprendan de ti! ¡Sí, tú tienes algo, incluso ahora! ¡Sálvame! ¡Sál-va-me!

No quería decirlo en absoluto. ¡Acongojado corazón! Sacudida por los sollozos, besó la mano de su marido y permaneció abatida sobre la abollada y rugosa mesita que había visto muchas lágrimas semejantes.

—Bueno, bueno, ciudadana, tranquilícese —dijo con aire culpable el carcelero mirando de reojo hacia la puerta abierta.

La cara de Guerásimovich quedó paralizada en una mueca, sus quevedos brillaban en exceso.

Los sollozos se extendieron indecorosamente por el pasillo. El teniente coronel apareció amenazador en la puerta, echó una mirada aniquiladora a la espalda de la mujer y cerró la puerta con su propia mano.

El texto literal de las instrucciones no prohibía las lágrimas, pero en su sentido lato no podían tener lugar.

—No tiene nada de particular: unas pinceladas de clorato de cal por el pasaporte, chic, chic... Sólo hay que saber cuántos minutos hay que esperar, y a lavarlo.

—Pero ¿y después?

—Al secarse no queda ni huella, limpito y nuevecito. Y te pones a garabatear de nuevo con tinta china: Sidorov, o Petiushin, natural de la aldea de Kriushi.

—¿Y nunca te pescaron?

—¿En este asunto? Clara Petrovna... ¿O quizá me permitiría usted...?

—¿?...?

—¿... que cuando nadie nos oiga la llame simplemente Clara?

—... De acuerdo...

—Así pues, Clara, la primera vez me pescaron porque era un chico indefenso e inocente. Pero la segunda vez, ¡jo, jo!, me buscaba la policía de todo el país, y no en una época cualquiera sino de finales del 45 a finales del 47. Eso significa que debía falsificar no sólo el pasaporte y el empadronamiento, ¡sino el certificado de trabajo y la lista de cartillas de racionamiento expuesta en la tienda! Además, con los certificados falsos conseguía otras cartillas de racionamiento y las vendía. De eso vivía.

—¡Pero eso... está muy mal!

—¿Quién dice que esté bien? Me obligaron, no me lo inventé yo.

—Pudo haberse puesto, simplemente, a trabajar.

—Trabajando «simplemente» no se gana mucho. Ya sabe: el trabajo honrado no edifica más casa que la del cementerio. ¿Y de qué habría trabajado? No me permitieron aprender una especialidad... Pescar no me pescaron, pero cometí errores. En Crimea, en la sección de pasaportes, una muchacha... pero no crea que tuviera yo nada que ver con ella... simplemente, era compasiva y me descubrió un secreto: en el número de serie de mi pasaporte, todas esas «zhsch» y «lj» indicaban que había estado en territorio ocupado.

—¡Pero usted no estuvo!

—Estar no estuve, ¡pero el pasaporte era de otro! Y por este motivo tuve que comprarme otro.

—¿Dónde?

—¡Clara! Usted ha vivido en Tashkent, ha estado en el mercado de Tezikov, ¡y me pregunta dónde! Quería comprarme también una condecoración Bandera Roja, pero me faltaban dos mil rublos, tenía dieciocho mil, y él se empeñó en que debían ser veinte y no menos de veinte.

—¿Y para qué necesitaba la condecoración?

—¿Para qué se necesitan las condecoraciones? Sencillamente, tonto de mí, quería pavonearme.

De haber tenido una cabeza tan fría como la de usted...

—¿De dónde ha sacado que la tenga fría?

—Fría, serena y con una mirada... inteligente.

—¡Vaya, vaya!

—La verdad. Toda la vida he soñado con encontrar a una muchacha con la cabeza fría.

—¿Para qué?

—Como soy tan insensato, para que no me permitiera hacer tonterías.

—Ande, cuénteme, se lo ruego.

—Así que... ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Cuando salí de la Lubianka sentía hasta mareos de felicidad. Pero en alguna parte de mi fuero interno había quedado un pequeño vigilante que me preguntaba: ¿qué milagro es ese? ¿Cómo puede ser? Nunca sueltan a nadie, así me lo habían explicado en la celda: seas o no culpable, diez años en los dientes, cinco en los cuernos, y al campo de concentración.

—¿Qué significa «en los cuernos»?

—Bueno, cinco años *de bozal*.

—¿Y qué significa «bozal»?

—Dios mío, qué inculta es usted. Y eso que es hija de un fiscal. ¿Cómo no se interesa por el trabajo de su papá? «Bozal» significa que no se puede morder. Privación de los derechos civiles. No se puede elegir ni ser elegido.

—Espere, alguien se acerca...

—¿Dónde? No tema, es Zemeliá. ¡Siéntese como estaba, se lo ruego! No se aparte. Abra la carpeta. Así, examínela... Enseguida comprendí, entonces, que me habían soltado para vigilarme, para ver con qué jóvenes me reunía, si iba de nuevo a la dacha de los americanos, y vi que, en general, eso no sería vida, me encarcelarían de todos modos. ¡Y los burlé! Me despedí de mamá, me marché de casa por la noche y me fui a casa de uno de mis tíos. ¡Durante dos años la policía de la Unión anduvo tras Rostislav Doronin! Y yo, con nombre falso, estuve en Asia Central, Issik-Kul, Crimea, Moldavia, Armenia, Extremo Oriente... Echaba mucho de menos a mamá. ¡Pero presentarme en casa era del todo imposible! Me fui a Zagorsk y entré en una fábrica de aprendiz, de auxiliar, mamá venía a verme los domingos. Trabajé allí algunas semanas, un día me dormí y llegué tarde al trabajo. ¡Me juzgaron! ¡Me juzgaron a mí!

—¿Se descubrió el pastel?

—¡No se descubrió nada! Me condenaron con nombre supuesto a tres meses, estuve preso en una colonia, rapado, y la policía de la Unión no cesaba de zumbiar: «¡Rostislav Doronin, cabello rubio y denso, ojos azules, nariz recta, un lunar en el hombro izquierdo!». ¡Una búsqueda que les costaría ciertamente más de un *cópek*! Cumplí mis tres meses, recibí el pasaporte de manos del ciudadano jefe, y me las piré al Cáucaso.

—¿De nuevo a viajar?

—¡Hum! No sé si puedo decírselo todo...

—¡Puede!

—Con qué aplomo habla usted... Por lo demás, no puedo decírselo. Pertenece usted a otra sociedad muy diferente, no lo comprendería.

—¡Lo comprenderé! ¡Mi vida no ha sido fácil, no crea!

—Además, ayer y hoy me ha mirado con tanta bondad... La verdad, siento deseos de contárselo todo... Por lo demás, lo que quería era largarme. Dejar para siempre esta tienda.

—¿Qué tienda?

—Bueno, eso, cómo se llama, ¡el socialismo! Me daba dolor de estómago, ¡no podía más!

—¿El socialismo?

—¿Para qué quería ese socialismo si no había justicia?

—A usted le sucedió así, es muy desagradable. Pero ¿dónde habría ido? Ya sabe, fuera está la reacción, el imperialismo. ¿Cómo habría vivido allí?

—¡Sí, claro, naturalmente! ¡Naturalmente, claro! No lo pensaba en serio. Además, hay que saber hacerlo.

—¿Y qué pasó para que de nuevo...?

—¿Fuera a parar a la cárcel? ¡Quise estudiar!

—Ya lo ve, eso quiere decir que sentía deseos de una vida honrada. Hay que estudiar, es importante. Es noble.

—Me temo, Clara, que no siempre sea tan noble. Lo medité después en las cárceles y en los campos de concentración. ¿Qué pueden enseñar estos profesores si sólo se agarran a su salario y esperan ver lo que dicen los últimos periódicos? ¿La facultad de humanidades? No enseñan, no hacen más que ensombrecer los cerebros. Usted estudió en una facultad técnica, ¿verdad?

—Y también en una de humanidades.

—¿La abandonó? Luego me lo contará. Bien, debía tener paciencia, buscar un certificado de bachillerato, no habría sido difícil comprarlo, ¡pero la negligencia es lo que nos pierde! Pensé: qué imbécil puede estar buscando a un crío como yo, seguramente me habrán olvidado hace tiempo. Tomé el viejo certificado a mi nombre y presenté la petición a la universidad, sólo que en la de Leningrado, y en la facultad de geografía.

—En Moscú estaba en la de historia, ¿verdad?

—Mis vagabundeos me aficionaron a la geografía. ¡Es endiabladamente interesante! Te hartas de viajar, de ver cosas... Sí, ¿y qué pasó? Apenas había asistido a las clases una semana cuando, ¡patapum! ¡De nuevo a la Lubianka! ¡Y ahora por veinticinco años! ¡Y a la tundra! ¡Todavía no he estado, podré hacer prácticas!

—¿Y me cuenta todo esto riendo?

—¿A qué llorar? No hay bastantes lágrimas, Clara, para llorar todo esto. No soy yo solo. Me enviaron a Vorkuta. ¡Qué bravos mozos hay allí! ¡Sacar el carbón! ¡Toda Vorkuta se sostiene sobre los presidiarios! ¡Todo el Norte! ¡Y todo el país apoya en ellos uno de sus costados! En realidad, ¿sabe?, es el sueño de Tomás Moro hecho realidad.

—¿De quién? Me siento avergonzada, hay muchas cosas que no sé.

—Tomás Moro, el viejo que escribió *Utopía*. Tuvo la honradez de confesar que bajo el

socialismo continuaría habiendo inevitablemente trabajos humillantes especialmente duros. ¡Nadie querría hacerlos! ¿A quién encargarlos? Moro reflexionó y llegó a una conclusión: también habría bajo el socialismo quienes alteraran el orden establecido. ¡A ellos, dijo, encargaremos esos trabajos! ¡De modo que el moderno Gulag lo inventó Tomás Moro, es una idea antigua!

—No puedo creerlo. Vivir así en nuestra época: falsificar pasaportes, cambiar de ciudad, ir de un lado para otro como un barco de vela... Nunca en la vida había visto a personas como vosotros.

—¡Tampoco yo soy de esos, Clara! ¡Las circunstancias pueden convertirnos en diablos! Ya sabe: la existencia determina la conciencia. Yo era un muchacho pacífico que obedecía a su madre, que leía «Un rayo de luz en el reino de las tinieblas»^[27] de Dobroliúbov. Si un policía me llamaba con el dedo, se me caía el corazón. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Esperar como un conejo a que me cogieran por segunda vez?

—No sé qué podía hacer, ¡pero vivir de esta manera! Me imagino lo duro que ha de ser: ¡vivir continuamente fuera de la sociedad! Ser un hombre marginado, perseguido...

—Bueno, a veces era duro. Pero a veces, ¿sabe?, incluso no lo era. Pues cuando paseabas por el mercado de Tezikov y veías... Si se venden condecoraciones nuevecitas con el diploma en blanco, ¿dónde trabajaría el hombre venal que las vendía? ¿En qué organismo? ¿Se lo imagina? Se lo diré de otra manera, Clara: personalmente, estoy únicamente por la vida honrada, pero a condición de que lo sean todos, ¿me comprende? ¡Todos, del primero al último!

—Si todos esperan que lo sean los demás, nunca empezaremos. Cada uno debe...

—¡Cada uno debe serlo, pero no lo es! Escúcheme, Clara, se lo diré de un modo más sencillo. ¿Contra qué luchó la revolución? ¡Contra los privilegios! ¿Qué les daba náuseas a los rusos? ¡Los privilegios! Unos vestían monos, otros marta cebellina, unos iban a pie, otros en faetones, unos iban a la fábrica al toque de la sirena, otros se atiborraban en los restaurantes. ¿Es cierto?

—Naturalmente.

—Muy bien. ¿Por qué, pues, ahora la gente va a la caza de privilegios en lugar de rechazarlos? ¿Para qué hablar de mí, que soy un crío? ¿Empieza conmigo la cosa? Yo miro a los mayores. Me harté de mirarlos. Vivía en una pequeña ciudad del Kazajstán. ¿Qué veía? ¿Iban a la tienda las esposas de los jefes locales? ¡Nunca! Y me enviaron a mí, a llevar una caja de macarrones al primer secretario del comité de distrito. Toda una caja. Por desprecintar. Cabe suponer que no sería sólo esa caja ni ocurriría sólo aquel día...

—¡Pero esto es horrible! ¿Me cree si le digo que estas cosas siempre me estremecen?

—Lo creo, naturalmente. ¿Por qué no creer a una persona de carne y hueso? Antes creeré en ella que en un libro con una tirada de un millón de ejemplares... Y estos privilegios envuelven a las personas como una peste. Si alguien puede comprar en una tienda donde no pueden los demás, necesariamente comprará en ella. Si alguien puede ingresar en una clínica aparte, necesariamente ingresará en ella. Si puede viajar en coche propio, necesariamente viajará en él. Si para entrar en algún lugar agradable se necesita un pase, necesariamente hará gestiones para obtenerlo.

—¡Así es! ¡Qué horrible!

—Si puede protegerse levantando una tapia, necesariamente la levantará. Y el mismo hijo de perra, cuando niño, saltaba las tapias de los mercaderes y les robaba las manzanas. ¡Y en aquella

época creía tener razón! Pero ahora levanta tapias de doble altura que la de un hombre, y además compactas, para que sea imposible verle a través de ellas. ¡Y se siente tan cómodo! ¡Y de nuevo piensa que tiene razón! En el mercado de Orenburg, los inválidos de guerra, a los que no tocan más que los desperdicios, juegan a cara o cruz con la medalla de la Victoria. La echan al aire y gritan: «¡Morros o Victoria!».

—¿Cómo es eso?

—Bueno, en una de las caras hay inscrita la palabra «Victoria», y en la otra está la Efigie. Véalo en la de su padre.

—Rostislav Vadímich...

—¿A qué diablos ese Vadímich? Llámeme simplemente Rusi.

—Me resulta difícil llamarlo así...

—Entonces me levantaré y me iré. Mire, ya llaman a comer. Para todos soy Rusi, y para usted... en especial... No quiero que me llame de otra manera.

—Bueno, está bien... Rusi... No soy enteramente tonta. He pensado mucho. ¡Hay que luchar contra esto! No con vuestros procedimientos, naturalmente.

—¡Pero si todavía no he empezado a luchar! Me hago simplemente este razonamiento: si ha de haber igualdad, que sea para todos, y si no, que vayan a tomar por el... Oh, perdóneme, por favor... Ah, perdóneme, no quería... Desde la infancia contemplamos la siguiente situación: en la escuela nos dicen hermosas palabras, pero después no puedes dar un paso sin soltar una palabrota ni ir a ninguna parte sin mostrarte un animal, y así crecemos sin escrúpulos y el cinismo es nuestra segunda felicidad.

—¡No! ¡No! ¡Así no es posible! En nuestra sociedad hay muchas cosas justas. ¡Exagera usted! ¡Así no es posible! Usted ha visto mucho, de acuerdo, ha soportado mucho, pero que «el cinismo sea una segunda felicidad», ¡eso no es una filosofía de la vida! ¡Así no es posible!

—¡Rúsika! ¿No oyes que llaman a comer?

—De acuerdo, Zemeliá, ve, yo voy enseguida... ¡Clara! Voy a hablarle sopesando las palabras, solemnemente: ¡con toda mi alma desearía vivir de otro modo! Si yo tuviera un amigo... con la cabeza fría... una amiga... Si pudiera reflexionar conjuntamente con ella. Sobre cómo organizar correctamente la vida. En realidad, que yo sea un preso condenado a veinticinco años sólo es un aspecto externo. Yo... ¡Ah, si le contara sobre qué filo de navaja me balanceo ahora! Cualquier persona normal habría muerto de un ataque al corazón... Pero dejémoslo para después... ¡Clara! Quiero decirle una cosa: ¡tengo reservas volcánicas de energía! Los veinticinco años son un absurdo, podría *arrancarme las uñas en broma*.

—¿Có-o-mo?

—Bueno, eso... largarme. Incluso esta mañana estuve considerando cómo hacerlo en Marfino. El día en que mi novia, si es que llego a tenerla, me diga: «¡Rusi! ¡Huye! ¡Te espero!», le juro que me fugo antes de tres meses, que me falsifico un pasaporte ¡y nadie me saca de debajo de la tierra! ¡Me la llevaría conmigo a Chita, a Odessa, a Veliki Ustiug! ¡Y empezaríamos una nueva vida, honrada, sensata y libre!

—¡Bonita vida!

—Sí, como esos protagonistas de Chéjov que siempre dicen: ¡dentro de veinte años! ¡Dentro de treinta años! ¡Dentro de doscientos años! ¡Cansarse todo el día en una fábrica de ladrillos y llegar a casa fatigado! ¡En qué soñaban...! ¡No, eso es broma! ¡Pero ahora con toda seriedad! ¡Con toda seriedad, quiero estudiar, quiero trabajar! ¡Pero no solo! ¡Clara! Mire qué silencio, todos se han marchado. ¿Quiere que vayamos a Veliki Ustiug? Es un monumento de la vetusta antigüedad. Todavía no he estado allí.

—Qué hombre tan impresionante es usted.

—La busqué en la Universidad de Leningrado. Pero nunca pensé dónde la encontraría.

—¿A quién?

—¡Clárochka! Unas manos de mujer pueden todavía esculpir en mí al hombre que quieran: a un gran pícaro, a un jugador de cartas genial, o al mejor especialista en jarrones etruscos o en rayos cósmicos. ¿Quiere que lo sea?

—¿Falsificará el diploma?

—¡No, lo seré de verdad! Seré lo que usted indique. ¡Sólo la necesito a usted! Necesito sólo esa cabeza suya que se vuelve tan lentamente cuando entra en el laboratorio...

El teniente general Piotr Afanásievich Makaryguin, licenciado en ciencias jurídicas, trabajaba desde hacía tiempo de fiscal en las «causas especiales», es decir, en aquellas causas cuyo contenido no convenía que supiera la sociedad y que por lo mismo se llevaban a cabo a puerta cerrada. (Los millones de procesos políticos eran de este tipo). En estos procesos, no se permitía a cualquier fiscal observar si la investigación era correcta, seguir su curso y sostener la acusación: el permiso lo daban los investigadores, es decir, lo controlaba el MGB. Pero a Makaryguin siempre se lo habían permitido: aparte las antiguas amistades que tenía allí, sabía compaginar con gran tacto su indesviable lealtad a las leyes con la comprensión del carácter específico del trabajo de los órganos de Seguridad del Estado.

Tenía tres hijas, las tres de su primera esposa, su compañera durante la guerra civil, que murió al dar a luz a Clara. Educó a las hijas la madrastra, que por otra parte fue capaz de ser para ellas lo que se dice una buena madre.

Las hijas se llamaban: Dinera, Dotnara y Clara. Dinera significaba DItiá Novoi ERy (Niña de la Nueva Era); Dotnara, DOch Trudovovo NARodA (Hija del Pueblo Trabajador).

Las hijas venían escalonadas de dos en dos años. La mediana, Dotnara, había terminado el bachillerato el año 40 y, adelantándose a Dinera, se había casado un mes antes que ella. El padre se enfadó, dijo que era demasiado joven, pero, la verdad, el yerno era de los buenos: el joven había terminado la carrera en la Alta Escuela Diplomática, era capacitado y tenía influencias, era hijo de un padre famoso que había caído en la guerra civil. El yerno se llamaba Innokenti Volodin.

La hija mayor, Dinera, se leía en el sofá toda la literatura mundial, desde Homero hasta Farrére, dejando bambolear sus piernecitas, mientras su madre corría a la escuela para arreglar sus suspensos de matemáticas. Acabada la escuela, ingresó, no sin el concurso de su padre, en la facultad de arte dramático del Instituto de Cinematografía, se casó en segundo curso con un director bastante conocido y, evacuada con él a Almá-Atá, fue la protagonista de su película. Luego se divorció de él para unirse en matrimonio con un general de intendencia ya casado, y partió con su marido hacia el frente, no precisamente al frente, sino a este «tercer sector», la mejor zona de la guerra, donde no llegan los proyectiles del enemigo ni tampoco se infiltran las penurias de la retaguardia. Allí, Dinera conoció a un escritor que estaba de moda, el corresponsal de guerra Galajov, viajó con él recogiendo materiales sobre el heroísmo, para un periódico, devolvió el general a su antigua esposa y se marchó a Moscú con el escritor.

Hacía ocho años que la única hija que quedaba en la familia era Clara.

Las dos hermanas mayores acapararon toda la belleza y a Clara no le quedó belleza, ni tan sólo un aspecto agraciado. La muchacha esperaba que esto se arreglara con los años, pero no, no se arregló. Su cara era limpia y recta, pero demasiado varonil. Los ángulos de la frente y los del mentón daban un rictus de dureza que Clara no podía eliminar. Además, ya no le preocupaba, lo había aceptado. También movía los brazos con pesadez. Y su risa, en cierto modo, era dura. Por eso no le agradaba reír. Tampoco le gustaba bailar.

Cuando Clara terminaba noveno curso cayeron todos los acontecimientos a la vez: las bodas de las dos hermanas, el comienzo de la guerra, la partida de la propia Clara con su madrastra, evacuadas a Tashkent (su padre ya las evacuó el 25 de junio), y la partida del padre al ejército en calidad de fiscal de división.

Vivieron tres años en Tashkent, en la casa de un antiguo amigo de su padre que era ayudante de uno de los principales fiscales de allí. En su tranquila vivienda, cerca de la casa regional de oficiales, en un primer piso con las ventanas convenientemente cubiertas con cortinas, no penetraban ni los ardores sofocantes del sur ni la amargura de la ciudad. Muchos hombres de Tashkent habían sido movilizados, pero habían llegado otros en número diez veces superior. Y aunque cada uno de ellos podía demostrar con documentos convincentes que su puesto estaba allí y no en el frente, Clara tenía la incontrolable sensación de estar inmersa en un vertedero de impurezas, y de que la pureza de la gesta y la cumbre del alma habían partido a cinco mil kilómetros de distancia. Funcionaba la eterna ley de la guerra: aunque los hombres no iban al frente por su libre voluntad, los mejores y más ardientes encontraban el camino para ir, y una vez allí, por esta misma selección, eran los que perecían en mayor número.

Clara terminó el bachillerato en Tashkent. Hubo discusiones sobre la carrera que debía iniciar. Nada le atraía especialmente, nada se había definido claramente en ella. ¡Pero en una familia como aquella era imposible no empezar una carrera! Dinera decidió la elección. Insistió mucho en sus cartas, muchísimo, y también cuando pasó a despedirse antes de marchar al frente: Clarionysh debía matricularse en la facultad de literatura.

Y así lo hizo, aunque sabía por la escuela lo aburrida que era esa literatura: muy correcto en sus ideas, Gorki era en cierto modo poco interesante; correcto también Mayakovski, pero algo rígido; muy progresista Saltykov-Schedrin, pero te rompen la boca los bostezos al leerlo; luego Turguéniev, limitado a los ideales de la nobleza; y Goncharov, relacionado con el naciente capitalismo ruso; y Lev Tolstói, con su paso a las posiciones de un campesinado patriarcal (la maestra les aconsejaba que no leyeran las obras de Tolstói porque eran muy largas y sólo podían ensombrecer los brillantes artículos críticos de los mismos); finalmente, había el examen en grupo de una serie de escritores que nadie conocía, como Stepniak-Kravchinski, Dostoyevski, Sujovo-Kobylin, cuyos nombres ciertamente no era necesario recordar. En toda esta fila que abarcaba muchos años sólo Pushkin brillaba como un pequeño sol.

En la escuela, toda la literatura consistía en un estudio activo de lo que habían querido expresar, de qué posiciones defendían y qué papel social ejecutaban todos estos escritores, seguidos de los rusos soviéticos, y finalmente de los autores de los pueblos hermanos. Y Clara y sus compañeras no pudieron comprender, ni siquiera al final, por qué se dedicaba tanta atención a

esas personas: no eran las más inteligentes (los publicistas y los críticos, y con mayor razón aún los activistas del partido, eran todos más inteligentes que ellos), se equivocaban a menudo, se liaban en unas contradicciones que veía claras incluso un colegial, caían bajo influencias ajenas, y pese a todo había que escribir redacciones sobre ellos y temblar por cada letra equivocada y por cada coma errónea. Y nada que no fuera odio podían provocar esos vampiros de las almas jóvenes.

Para Dinera, en cambio, la literatura venía a ser lo contrario: algo agudo, alegre. Dinera aseguraba que así sería la literatura en la facultad. Pero para Clara no fue alegre ni en la universidad. En las clases se daban la «o» nasal y la «e» nasal, leyendas monásticas, escuelas mitológicas, escuelas histórico-comparativas, y todo esto era como arar el mar. En los grupos de estudio se hablaba de Louis Aragón, de Howard Fast, y también de Gorki en relación con su influencia sobre la literatura uzbeka. En estas clases y en estos grupos, Clara esperaba escuchar algo muy importante de la vida, algo sobre ese Tashkent de retaguardia, por ejemplo.

En décimo curso, el hermano de una compañera de clase de Clara murió destrozado por un tranvía de transporte y distribución de pan cuando, en compañía de unos amigos, intentaba robar una caja en plena marcha... En cierta ocasión, en el pasillo de la universidad, Clara arrojó al cubo de la basura un bocadillo que no había terminado de comer. Y acto seguido, con torpe disimulo, se acercó un estudiante de su mismo curso y del mismo grupo de estudio de Louis Aragón, sacó de la basura el bocadillo y se lo metió en el bolsillo... Para que Clara la aconsejara en cierta compra que debía realizar, una amiga la llevó al célebre mercado Tezikov, el rastro más importante de Asia Central o incluso de toda la Unión. Dos manzanas antes de llegar al mercado ya había cantidad de gente, especialmente muchos inválidos de esta guerra: cojeaban con muletas, blandían los muñones de sus brazos, se arrastraban sin piernas sobre unos carritos, vendían, adivinaban el porvenir, suplicaban, exigían, y Clara les distribuyó alguna cosa mientras sentía rompérsele el corazón. El inválido más terrible era Samovar, como solían llamarle: le faltaban ambos brazos y ambas piernas, y su mujer borracha lo llevaba en un cesto a la espalda, donde le arrojaban el dinero. Reunido este, compraban vodka, bebían e insultaban todo cuanto había en el país. En el centro del mercado las estrecheces eran mayores, no había modo de abrirse paso con el hombro entre los insolentes especuladores y especuladoras libres del servicio militar. Y a nadie asombraban los precios, todos comprendían y aceptaban los precios millonarios de allí, incompatibles en absoluto con los salarios. Las tiendas de la ciudad estaban vacías, pero allí se podía encontrar de todo, allí se encontraba todo lo que se podía tragar, lo que se podía vestir en la parte superior del cuerpo o en la parte inferior, todo lo que se podía inventar, hasta goma de mascar americana, hasta pistolas, hasta manuales de magia negra o blanca.

Pero no, en la facultad de literatura no hablaban de esta vida y no parecían saber nada de ella. Estudiaban una literatura como si en la Tierra existiera todo salvo lo que veían a su alrededor con sus propios ojos.

Comprendieron con tristeza que dentro de cinco años ella misma iría a la escuela a enseñar aquellas odiosas obras a las niñas y a requerir pedantemente de ellas las comas y las letras, Clara se dedicó sobre todo a jugar al tenis: en la ciudad había buenas pistas, y pudo adquirir un golpe fuerte y certero.

El tenis resultó ser una ocupación afortunada: le trajo la alegría del movimiento del cuerpo. La seguridad del golpe repercutía en seguridad en otros actos. El tenis la distrajo de todos los desengaños del instituto y de todas las complicaciones de la retaguardia. Los límites de la pista eran claros, el vuelo de la pelota era claro.

Y, lo que es más importante, el tenis le aportó la alegría de ser objeto de la atención y los elogios de cuantos la rodeaban, cosa totalmente indispensable para una muchacha, especialmente si es fea. ¡Por lo que se ve, tenía habilidad! ¡Reacción! ¡Buen ojo! Tenía muchas cosas, cuando creía no tener nada. Se puede saltar incansablemente durante horas por una pista si hay por lo menos algunos espectadores que contemplan tus movimientos. Y a Clara, con toda seguridad, el vestido blanco de tenis con su faldita corta le sentaba muy bien.

En general, esto era algo que para ella se había convertido en un sufrimiento: ¿qué ponerse? Tenía necesidad de cambiarse de vestido varias veces al día, y cada vez era un doloroso rompecabezas: ¿con qué calzarse estos gruesos pies? ¿Con qué sombrero no estarás ridícula? ¿Qué colores te sientan bien? ¿Qué estampado en el tejido? ¿Qué cuello en tu firme barbilla? Clara carecía de la capacidad de saberlo, y con los recursos de que disponía para vestirse siempre vestía mal.

En general: ¿por qué gustaban las chicas? ¿Qué era gustar? ¿Por qué ella no gustaba? La verdad, se volvía loca, nadie podía ayudarla ni sacarla de apuros. ¿En qué era diferente? ¿Qué había en ella que no funcionaba? Un episodio, o dos o tres, se podían atribuir a la casualidad, a incompatibilidades, a falta de experiencia, pero al final esta amarga pajita invisible se colocaba siempre entre sus dientes, a cada trago. ¿Cómo vencer semejante injusticia? ¡Ella no era culpable de haber nacido así!

Y, por si fuera poco, aquella charlatanería literaria fastidió tanto a Clara que al año siguiente la joven abandonó la facultad de literatura. Simplemente, dejó de asistir a las clases.

La siguiente primavera el frente se retiró a Bielorrusia y todos abandonaron la evacuación. Ellas también volvieron a Moscú.

Pero tampoco entonces fue Clara capaz de decidir en qué instituto matricularse. Buscaba el lugar donde hablaran menos e hicieran más, o sea un instituto técnico. Pero que no hubiera máquinas pesadas y sucias. Y así fue a parar al Instituto de Ingenieros de Transmisiones.

Como nadie la orientaba, cometió con ello un nuevo error, pero no lo confesó a nadie, decidió obstinadamente completar sus estudios y trabajar en lo que fuera. Por lo demás, entre las compañeras de estudios (chicos había pocos) no era la única que estaba allí por casualidad. Empezaba una época de estas características: iban a la caza del pájaro azul de la enseñanza superior, y los que no podían ingresar en el Instituto de Aviación trasladaban la documentación al de Veterinaria, los suspendidos en tecnología química se convertían en paleontólogos.

Al final de la guerra, el padre de Clara tuvo mucho trabajo en Europa Oriental. Se desmovilizó en el otoño del 45, y consiguió inmediatamente un piso en una casa nueva del MVD, en la Barrera de Kaluga. Uno de los primeros días después de su regreso llevó a la esposa y a la hija a ver el piso.

El automóvil los llevó a lo largo de la última reja del jardín Nezkuchni y se detuvo antes de

llegar al puente sobre el ferrocarril de circunvalación. Era antes de mediodía, un tibio día de octubre en un prolongado veranillo de San Martín. La madre y la hija llevaban capas ligeras, el padre un capote de general con el pecho descubierto lleno de medallas y condecoraciones.

La casa se construía en forma de edificio semicircular sobre la Barrera de Kaluga, y tenía dos alas: una daba a la carretera general de Kaluga y la otra al ferrocarril de circunvalación. El edificio tendría siete pisos, y se proyectaba añadir una torre de quince con un solario en la terraza superior y la figura de una koljosiana de una docena de metros de altura. La casa estaba todavía cubierta de andamios, y la obra de albañilería no se había terminado aún por la parte de la calle y de la plaza. Sin embargo, cediendo a la impaciencia del cliente (la Seguridad del Estado), la empresa constructora había entregado precipitadamente una segunda sección ya terminada —la que daba a la parte del ferrocarril de circunvalación—, es decir, una escalera con las viviendas correspondientes.

Como es costumbre en las calles populosas, el solar de la obra estaba cercado con una compacta valla de madera, y el hecho de que encima de la valla hubiera además varias hileras de alambre de espino, y que se levantaran aquí y allí unas absurdas torres de vigilancia, era algo que no tuvieron tiempo de observar desde el coche en marcha. Para los que vivían al otro lado de la calle era algo habitual que tampoco parecían advertir.

La familia del fiscal dio la vuelta a toda la valla. En aquella parte ya habían quitado el alambre de espino, y la sección entregada estaba separada del resto de la obra. Abajo, en la entrada de la puerta principal, donde salió a recibirlos un amable maestro de obras, había además un soldado al que Clara no prestó atención. Todo estaba terminado: se había secado la pintura de las barandillas, se habían limpiado las manillas de las puertas, clavado los números de los pisos, lavado los cristales de las ventanas, y sólo quedaba una mujer suciamente vestida, con el rostro inclinado y oculto, que fregaba los peldaños de la escalera.

—¡Eh! ¡Fuera! —le gritó brevemente el maestro de obras. La mujer dejó de fregar y se apartó dejando paso a una sola persona sin levantar la cara del cubo y del trapo.

Pasó el fiscal.

Pasó el maestro de obras.

Pasó la esposa del fiscal haciendo susurrar su plisada y perfumada falda, casi rozando con ella la cara de la fregona.

Y la mujer no pudo resistir ni aquellas sedas ni aquellos perfumes, y aún permaneciendo profundamente inclinada, levantó la cabeza para ver si quedaban muchos *de aquellos* por pasar.

Su mirada ardiente y desdeñosa chamuscó a Clara. Aun salpicado de agua turbia, era un rostro expresivo e inteligente.

No fue sólo esa vergüenza de uno mismo que se experimenta siempre al pasar junto a una mujer que está fregando el suelo, fue la más elevada vergüenza y terror lo que experimentó Clara ante los harapos de aquella falda, ante aquella cazadora acolchada cuyo relleno de algodón salía al exterior. Clara quedó petrificada y abrió el monedero, quería vaciarlo todo, dárselo a aquella mujer, pero no se atrevió.

—¡Venga, pase ya! —dijo con rabia la mujer.

Y sosteniéndose la falda de su vestido de moda, así como el borde de la capa roja, Clara corrió medrosamente hacia arriba casi pegándose a la barandilla.

En la vivienda nadie fregaba el suelo, había parquet.

El piso les gustó. La madrastra de Clara dio instrucciones al maestro de obras para el acabado de algunos detalles y se mostró especialmente descontenta al constatar que el parquet de una de las habitaciones crujía. El maestro de obras se balanceó sobre dos o tres tablas del parquet y prometió eliminar el defecto.

—¿Y quién hace todo esto? ¿Quién lo construye? —preguntó bruscamente Clara.

El maestro de obras sonrió y guardó silencio. El padre masculló:

—¡Los presidiarios!, ¿quién si no?

En el camino de vuelta la mujer de la escalera ya no estaba.

Tampoco estaba el soldado en el exterior.

Al cabo de unos días se trasladaron.

Pero pasaron los meses, pasaron los años, y sin saber por qué, Clara no podía olvidar a aquella mujer. Recordaba perfectamente el lugar que ocupaba en el penúltimo peldaño de aquel largo y conocido tramo, y cada vez que no subía en ascensor recordaba en aquel lugar su figura gris inclinada y su rostro lleno de odio vuelto hacia ella.

Y siempre se apartaba supersticiosamente hacia la barandilla, como si temiera pisar a la fregona. Era algo incomprensible e insuperable.

Sin embargo, nunca lo comentó ni con su padre ni con su madre, no les recordó nada, no pudo. Después de la guerra, sus relaciones con su padre eran, en general, torpes, malas. El padre se irritaba y chillaba diciendo que su hija había crecido con la cabeza llena de pájaros y si pensaba lo hacía al revés. Encontraba atípicos y nocivos sus recuerdos de Tashkent y sus cotidianas observaciones en Moscú, e indignante su manera de sacar conclusiones de estos casos.

De ninguna manera podía confesar a su padre que la fregona continuaba presente en su escalera. Ni a su madrastra. Y, en general, ¿a quién podía confiárselo?

Y de pronto, un día, el año pasado, no pudo contenerse. Bajando por la escalera con el cuñado más joven, con Innokenti, le tiró involuntariamente de la manga para apartarlo del lugar donde era preciso rodear a la mujer invisible. Innokenti preguntó de qué se trataba. Clara quedó cortada, podía parecer que estaba loca. Además, veía muy raramente a Innokenti, que vivía continuamente en París, vestía elegantemente y la trataba siempre con una fina ironía y condescendencia, como a una niña.

Pero se decidió y se detuvo. Y allí mismo le contó, agitando los brazos, lo que había pasado. Sin gomosería alguna, sin aquella aureola de perpetua vida europea, él permaneció de pie en el mismo peldaño donde se había detenido, la escuchó con aire sencillo, incluso confuso, y se quitó el sombrero sin saber por qué.

¡Lo había comprendido todo!

A partir de aquel momento empezó su amistad.

Hasta el año pasado, Nara y su Innokenti habían sido para la familia Makaryguin una especie de parientes irreales de ultramar. Aparecían fugazmente en Moscú una semana al año, y enviaban regalos con ocasión de las fiestas. Al cuñado mayor, al famoso Galajov, Clara solía llamarlo Kolia y tutearlo, pero ante Innokenti se sentía intimidada, se desconcertaba.

El verano pasado habían permanecido más tiempo, Nara empezó a visitar con frecuencia a sus padres y a quejarse del marido a su madre adoptiva, lamentando el deterioro y decadencia de su vida familiar, tan feliz hasta entonces. Alevtina Nikanórovna y ella mantenían largas conversaciones sobre este tema. Clara no siempre estaba en casa, pero si se encontraba en ella, escuchaba abierta o disimuladamente. No podía ni quería evitarlo. Pues el enigma principal de su vida era precisamente este: ¿por qué se aman? ¿Por qué no se aman?

La hermana contaba muchos pequeños sucesos de su vida, disensiones, enfrentamientos, sospechas, y también errores de cálculo profesionales de Innokenti, decía que había cambiado, que desdeñaba la opinión de personajes importantes y esto repercutía en su economía, por lo que Nara debía limitar sus gastos. A juzgar por sus relatos, la hermana tenía razón en todo, y el marido no la tenía nunca. Pero Clara sacó para sí la conclusión opuesta: que Nara no sabía valorar su felicidad; que quizás ahora no amaba a Innokenti, se amaba a sí misma; que no le gustaba el trabajo de su marido, sino la posición social derivada de este trabajo; que no le gustaban los puntos de vista y las inclinaciones de Innokenti, aunque hubieran cambiado, sino su dominio sobre él reafirmado a los ojos de todos. Sorprendía a Clara que el disgusto principal de su hermana no fueran las sospechadas traiciones de su marido, sino el hecho de que cuando él estaba en compañía de otras damas no ponía suficientemente de relieve el significado y la importancia que ella tenía para él.

Quisiera o no, la hermana menor soltera comparaba mentalmente su posición con la de la hermana mayor, y se convencía de que por nada del mundo se comportaría de aquella manera. ¿Cómo podía satisfacerle algo que se apartara de la felicidad *de él*? El hecho de no tener hijos enredaba y agudizaba el problema.

Después de la gozosa sinceridad en la escalera, sus relaciones eran ahora tan llanas que daban paso al deseo de verse más, de verse sin falta. Clara, sobre todo, acumulaba muchas preguntas que Innokenti habría podido responder.

Sin embargo, la presencia de Nara o de cualquier otro miembro de la familia impedía, váyase a saber por qué, que esto se produjera.

Y cuando uno de aquellos días Innokenti le propuso pasar el día fuera de la ciudad, ella sintió

una sacudida en el corazón y aceptó inmediatamente sin tener tiempo de pensarlo ni de comprenderlo.

—Pero no deseo ver fincas, ni museos, ni ruinas célebres —sonrió débilmente Innokenti.

—¡A mí tampoco me gustan! —desechó Clara terminantemente la idea.

Como Clara conocía ahora sus infortunios, la floja sonrisa de Innokenti expresó su compasión.

—Te dejan turulato esas Suizas —se excusó él—. Quisiera vagar por la Rusia sencilla. ¿La encontraremos?

—¡Lo intentaremos! —asintió enérgicamente Clara con la cabeza—. ¡La encontraremos!

De todos modos no concertaron expresamente si irían los dos o si serían tres.

Pero Innokenti la citó un día laborable en la estación Kíevskaya, sin telefonarla a casa, sin pasar a recogerla a la Kaluzhskaya. Todo esto decía muy a las claras que irían los dos solos, y que quizá no era necesario que los padres lo supieran.

Con respecto a su hermana, Clara se sentía con pleno derecho a hacer esta excursión. Aun en el caso de que hubieran vivido muy unidos, esto habría sido una garantía legítima y familiar. Pero de la manera en que vivían ahora, la culpa era de Nara.

Posiblemente, Clara tenía ante sí el día más importante de su vida, pero también los más atormentadores preparativos: ¿cómo vestirse? De creer a las amigas, ningún color le sentaba bien. ¡Pero algún color tenía que elegir! Se puso un vestido castaño, y tomó la capa azul celeste. Lo que más la hizo sufrir fue el velo: la víspera estuvo dos horas probándoselo y quitándoselo, probándoselo y quitándoselo... Eso, cuando hay afortunadas que pueden decidirse al instante. A Clara le gustaban desesperadamente los velos, especialmente en el cine: hacían que la mujer pareciera enigmática, la elevaban por encima del examen crítico. Pese a todo, renunció al velo: a Innokenti le fastidiaba cualquier artificio francés, y además el día iba a ser soleado. Sin embargo se puso unos guantes negros de rejilla, pues los guantes de rejilla son muy bonitos.

Encontraron enseguida el tren de Maloyaroslavets, un pequeño convoy de largo recorrido, lo que estaba muy bien, y por lo que pudiera ser tomaron billete hasta el final del trayecto, pues no habían hecho planes y no sabían qué estaciones atravesarían.

Tan parco era su conocimiento que ambos se estremecieron cuando los vecinos nombraron una estación: ¡Nara! De haberlo sabido, quizás Innokenti hubiera elegido otra línea de tren. Por su parte, Clara lo había olvidado por completo.

Y durante el camino nombraron muchas veces esa Nara. Así pendía sobre ellos...

La mañana de agosto era fresca. Al encontrarse, ambos estaban animados y alegres. Entablaron inmediatamente una conversación incoherente, a trompicones, sólo que algunas veces se equivocaban y se trataban de «usted», riéndose acto seguido y haciendo que con ello su relación fuera más llana. Innokenti iba vestido a la occidental, con un traje medio sport que arrastraba y estrujaba con tanto descuido como si fuera «ropa de trabajo».

Aunque tenían todo el día por delante, Clara le acosó a preguntas de un modo embrollado, ora sobre Europa, ora sobre cómo comprender nuestra vida. Ni ella misma sabía qué quería, qué necesitaba comprender. ¡Pero necesitaba algo! ¡Deseaba sinceramente adquirir conocimientos!

¡Era muy necesario para ella entender las cosas!

Innokenti meneó la cabeza irónicamente:

—¿Cree usted... crees que yo comprendo algo?

—Pero vosotros sois diplomáticos, sois nuestros guías, ¿y ahora resulta que no comprendéis nada?

—No es eso, todos mis colegas comprenden, soy yo el único que no comprende. E incluso yo comprendía el año pasado, aproximadamente, o hace dos años.

—¿Y qué sucedió?

—Es lo que tampoco comprendo —rio Innokenti—. Además, Clárochka, nunca se sabe por dónde hay que empezar cualquier explicación cuando viene de antiguos, antiquísimos, principios. Imagínate que saliera ahora de debajo del banco un hombre de las cavernas y te pidiera que le explicaras en cinco minutos cómo funcionan los trenes eléctricos. ¿Cómo se lo explicarías? Por lo demás, primero debería aprender a leer. Después aritmética, álgebra, diseño, electrotécnica... ¿Y qué más?

—Bueno, no sé... magnetismo...

—Ya ves, ni siquiera tú lo sabes. ¡Y estás en último curso! Y luego, le diríamos, vuelve dentro de quince años y te lo explicaré todo en cinco minutos, aunque para entonces ya lo sabrás.

—Muy bien, estoy dispuesta a aprender, ¿pero dónde estudiar? ¿Por dónde empezar?

—Pues... aunque sea en nuestros periódicos.

Alguien iba por el vagón con una cartera de cuero vendiendo periódicos y revistas. Innokenti le compró el *Pravda*.

Antes de instalarse, comprendiendo que su conversación podía ser especial, Clara había dirigido a su acompañante a un incómodo banco de dos plazas que estaba junto a la puerta. Innokenti no lo comprendía, pero sólo allí se podía hablar con más libertad.

—A ver, vamos a aprender a leer —abrió Innokenti el periódico—. Aquí tienes un titular: las mujeres, llenas de entusiasmo laboral, han superado la norma. Piensa: ¿qué les importa esa norma? ¿Es que no tienen nada que hacer en casa? Esto significa: los salarios de marido y mujer, unidos, no bastan para mantener a la familia. Y debería bastar sólo el del hombre.

—¿Es así en Francia?

—En todas partes. Sigamos, mira: «En todos los países capitalistas juntos no hay tantas guarderías como en el nuestro». ¿Es verdad? Sí, seguramente es verdad. Sólo que no explica un detalle insignificante: en todos los países las madres tienen tiempo libre, educan ellas mismas a sus hijos y no necesitan guarderías.

Tintineaban los cristales. Arrancaban. Se detenían.

Innokenti encontraba sin dificultad los párrafos necesarios, se los mostraba con el dedo y le explicaba al oído para superar el estruendo:

—Fíjate más allá, en los comunicados más insignificantes: «El miembro del Parlamento francés, Fulano de Tal, ha declarado...» y se extendía hablando del odio del pueblo francés por los norteamericanos. ¿Lo ha dicho así? ¡Sí, seguramente lo dijo, nosotros escribimos la verdad! Sólo se han saltado una cosa: ¿de qué partido era el miembro del Parlamento? De no haber sido

comunista lo habrían consignado sin falta. ¡Habría sido más valiosa su declaración! Por lo tanto, era comunista. ¡Pero no lo han escrito! Y así todo, mi Clairette. Describen inauditas nevadas con miles de automóviles bajo la nieve, ¡una desgracia nacional! El quid está en que hay tantos automóviles que ya ni siquiera construyen garajes para ellos... Todo esto es la libertad de la no información. Ocurre también en el deporte, aquí está: «El encuentro dio como resultado una merecida victoria...», no hay que leer más, está claro, una victoria nuestra. «El colectivo arbitral, sorprendiendo a los espectadores, dio como vencedor...», está claro: a uno que no es de los nuestros.

Innokenti echó una mirada a su alrededor buscando dónde arrojar el periódico. ¡Tampoco comprendió hasta qué punto era el gesto propio de un extranjero! Incluso atraieron las miradas. Clara le quitó el periódico y lo conservó.

—Por lo demás, el deporte es el opio de los pueblos —concluyó Innokenti.

Era algo inesperado y ofensivo. Y no sonaba convincente en boca de un hombre tan delicado.

—¡Yo juego al tenis y me gusta mucho! —sacudió Clara la cabeza.

—Jugar no está mal —se corrigió inmediatamente Innokenti—. Lo terrible es apasionarse por el espectáculo. Los espectáculos deportivos, el fútbol, el hockey, nos convierten en imbéciles.

Tintineaban los cristales. Partían. Miraron por la ventanilla.

—O sea, ¿que allí se vive bien? —preguntó Clara—. ¿Mejor?

—Mejor —asintió Innokenti con la cabeza—. Pero no bien. Son dos cosas distintas.

Innokenti la miró con mucha seriedad. Ya no había en él la primitiva animación, su mirada era muy tranquila.

—No se puede decir tan sencillamente. Yo mismo estoy sorprendido. Algo les falta. Les faltan muchas cosas.

Clara se encontraba muy a gusto a su lado, muy humanamente a gusto, y no por ningún juego de roces, de estrecharse las manos, de tonos de voz, que no lo había; pero deseaba recompensarlo para que él también se encontrara a gusto, más a sus anchas.

—Usted... tú tienes un trabajo interesante —le consoló.

—¿Yo? —se impresionó Innokenti, y encima de ser flaco se le hundieron las mejillas y pareció atormentado, famélico—. Ser diplomático aquí, Clárochka, significa tener dos compartimentos en el pecho. Dos frentes en la cabeza. Dos memorias diferentes.

No explicó más. Suspiró y miró por la ventanilla.

¿Comprendía todo esto su esposa? ¿Cómo lo fortalecía y consolaba?

Clara se fijó en él y descubrió una peculiaridad de su rostro: consideradas aparte, la mitad superior tenía un aspecto bastante duro y la mitad inferior bastante dulce. A partir de la frente, que se extendía libremente de oreja a oreja, la cara se estrechaba en líneas oblicuas y se dulcificaba al llegar a su pequeña y tierna boca. Alrededor de la boca había mucha suavidad, incluso indefensión.

El día iba cobrando fuerza, los bosques desfilaban fugaz y alegremente, había mucho bosque por el camino.

Cuanto más se alejaba el tren, más sencillo era el público del vagón y más destacaban ellos

entre todos los demás, parecían engalanados para salir a escena. Clara se quitó los guantes.

Bajaron en un apeadero del bosque. Algunas mujeronas con bolsas de víveres de la ciudad se apearon del vagón contiguo, y en el andén no quedó nadie más.

Los jóvenes se dirigieron al bosque. Había bosque a ambos lados, aunque, la verdad, era un bosque espeso, oscuro y feo. Apenas el tren retiró la cola del andén, las mujeres, juntas en amistoso grupo, atravesaron las vías por el paso de madera y se dirigieron muy seguras hacia un lugar situado a la derecha del bosque. Clara e Innokenti las siguieron.

Inmediatamente después de la vía, las hierbas y las flores llegaban a los hombros. Luego, el sendero serpenteaba a través de varias hileras de abedules. A partir de allí, el campo estaba segado, había un pequeño almiar y una pensativa cabra pastando pero sin decidirse a rozar la hierba en un bosque joven, atada a una estaca con una larga cuerda. A la izquierda se abría el bosque, pero las mujeres torcieron briosamente a la derecha, cara al sol, donde se abría un amplio espacio tras unas hileras de matorral.

Y los jóvenes decidieron de común acuerdo que el bosque podía esperar y que debían ir necesariamente hacia aquel espacio resplandeciente.

Conducía hacia allí un camino a través de los campos, compacto, herboso. Un campo de cereales mostraba su oro hasta la vía, con pesadas espigas sobre cortos y sólidos tallos. Ellos no sabían de qué cereal se trataba, pero eso no influía en la belleza del campo.

Al otro lado del camino, ocupando casi todo el espacio que abarcaba la vista, había una tierra desnuda, labrada, hinchada después por las lluvias, húmeda en algunos lugares y seca en otros, pero en aquel espacio tan grande no crecía nada.

El apeadero estaba en un rincón de aquel espacio donde apenas acababan de entrar, un espacio tan enorme que no se podía abarcar con los dos ojos si no se giraba varias veces la cabeza. Y a su alrededor, tanto a lo lejos como inmediatamente después de la vía, todo quedaba cerrado por el espeso bosque, compacto, con la parte superior finamente dentada según se miraba de lejos.

¡Al parecer era lo que deseaban, sin saberlo, sin habérselo propuesto! Vagaban lentamente, los pies tropezaban, las cabezas se levantaban hacia el cielo. Y se detenían y giraban sus cabezas. La vía tampoco era visible, tapada por los árboles. Frente a ellos, había únicamente, tras el largo espacio vacío hacia donde caminaban, una iglesia y un campanario de ladrillo oscuro que emergían de un terreno bajo, y sobresalían hasta la mitad. Y estaban también las mujeres que se alejaban por delante, pero en todo aquel gran espacio no se divisaba una sola persona, un caserío, un remolque de tractor, una segadora abandonada, nadie, nada, sólo la tibia algazara del viento y del sol, y los pájaros que recorrían el espacio.

En dos minutos no quedó nada de su tono pragmático ni de sus preocupaciones.

—¿Así que esto es Rusia? ¿Esto es Rusia? —preguntó feliz Innokenti, y frunció los ojos examinando el terreno, se detuvo y miró a Clara—. Escucha, en realidad, yo *represento* a Rusia pero no me la re-pre-sen-to —hizo un juego de palabras—. Nunca anduve por ella con tanta sencillez, sólo aviones, trenes, capitales...

Cogió la mano extendida de la joven, dedo con dedo, como se coge a los niños o a personas muy íntimas. Y caminaron así, mirando menos que nunca bajo sus pies. Con la mano libre él

agitaba el sombrero, ella el bolso.

—¡Escucha, hermana! —dijo él—. Qué bien que hayamos venido aquí y no al bosque. Esto es precisamente lo que me falta en la vida: que todo sea visible por los cuatro costados. ¡Y que sea fácil respirar!

—¿Acaso no puedes ver? —La queja de Innokenti la había emocionado tanto que le habría ofrecido sus ojos si esto hubiera podido ayudarle.

—No —meneó él la cabeza—, no. En otro tiempo podía ver, pero ahora todo está confuso.

¿Qué estaría confuso? Si *tan* confuso estaba, no se trataría únicamente de sus convicciones, sino también de su familia. Si hubiera añadido alguna cosa más, Clara se habría atrevido a intervenir y le habría descubierto que estaba de su parte, que él tenía razón y que no debía desesperarse.

—¡De vez en cuando es preciso hablar! —dijo ella.

Pero él no dijo más. Se había callado.

Hacía calor. Se quitaron las capas.

Nadie más apareció en su campo visual, nadie venía a su encuentro ni los adelantaba. Más allá de los árboles pasaban de vez en cuando trenes, hacían su ruido como en silencio, mostrando solamente el humo en movimiento.

Las mujeres se habían alejado, habían abandonado el camino hacía rato y estaban ya en el centro del espacio libre, difícilmente visibles cara al sol. También Innokenti y Clara llegaron a esta encrucijada: un pequeño sendero apisonado (más claro bajo el sol) se extendía por el blando campo metiéndose ligeramente en los surcos de los tractores. A través de los grandes campos planificados, la gente sencilla había apisonado con los pies un camino a sus humildes necesidades.

El sendero conducía a la aldea de aquella iglesia, pero antes, en medio del espacio abierto, pasaba por un aislado grupo de árboles asombrosamente denso. El bosquecillo se encontraba entre los campos, alejado de cualquier otro bosque y considerablemente lejos de la aldea: era un extraño, brioso y fresco bosquecillo de altos y empinados árboles. Era pequeño, pero adornaba todo el espacio abierto, era su centro. ¿Qué podía ser aquello? ¿Por qué y para qué estaría entre los campos?

También ellos torcieron hacia aquel lugar.

Sus manos se separaron. El sendero era para una sola persona. Ahora él iba detrás de Clara.

Iba detrás y te miraba la espalda. Te contemplaba. Como marido de tu hermana. Como tu hermano. Como...

Para hablar, Clara debía detenerse y volver la cabeza:

—¿Cómo me vas a llamar? No me llames Clairette.

—No lo haré. Es que no te conocía. En Occidente hacen estos diminutivos, de dos o tres emisiones de voz, no más.

—Yo te llamaré «Ink», ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Está muy bien.

—¿Nadie te llama así?

El campo no era completamente llano, descendía imperceptiblemente hacia la izquierda, hacia

donde ellos iban. El terreno se hundía gradualmente y volvía a levantarse en aquel grupo de árboles.

Ahora ya podía verse que eran abedules y que eran viejos, grandes, plantados uniformemente alrededor de un rectángulo con otros árboles en medio. Era sorprendente aquel grupo de árboles que no tenía relación con nada y estaba allí por sí mismo.

—¿Y cuándo empezó para ti todo esto? —preguntó Clara.

¿Qué era *todo esto*? En este concepto cabían muchas cosas.

Pero él no tuvo dificultad en responder:

—Seguramente, ¿sabes cuándo? Cuando me puse a examinar los armarios de mamá. No, quizá fue antes, quizá fue un año entero antes, pero de todos modos también cuando empecé a mirar en los armarios.

—¿Fue después de su muerte?

—Mucho después de su muerte, mucho después. Pero no hace tanto tiempo. En realidad, yo... Es también una de esas cosas que no se pueden contar a nadie, Dotty no acepta esas cosas o no las comprende...

(¡Pues yo las comprenderé! ¡Ahora hablaremos más, hablaremos más de Dotty! ¡Te sentirás aliviado!).

—... En realidad, fui muy mal hijo, Cláronka. En realidad, cuando mamá vivía, nunca la amé de verdad. Sabes, durante la guerra estaba en Siria y ni siquiera fui a su entierro... Oye, ¿no será esto un cementerio?

Se detuvieron. Y se estremecieron, aunque hacía calor. Lo comprendieron al instante: ¡sí, era un cementerio! ¿Cómo no se habían dado cuenta antes? No podía ser otra cosa aquel intocable refugio aislado en medio de campos de labor.

Pese a que todavía no se veían cruces ni tumbas. Estaban atravesando el fondo de la depresión, saltando sobre el fango (Innokenti saltó peor que Clara y uno de sus zapatos fue a dar en el barro, pero ella no le tendió la mano al saltar para no ofenderle). Subieron después por la pendiente, inesperadamente empinada.

Ni valla, ni estacas, ni cuneta, ni terraplén, nada rodeaba el cementerio, sólo aquellos viejos abedules que se levantaban uniformemente uniendo sus cimas. La tierra del campo, lisa y abiertamente, como aire junto a aire, se convertía en un espeso y magnífico césped, sin mala hierba, de poca altura, ni pisoteado ni recortado. El césped crecía tal como es necesario y agradable en un cementerio.

¡Qué umbroso, qué silencio! Era el más puro y vivo refugio de todo cuanto abarcaba aquella extensión planificada. Algunas de las tumbas estaban cercadas. En otras había simplemente un montón de tierra herbosa piramidal, sin nombre. Incluso las había recientes.

—¡Qué espacioso! —se asombró Innokenti—. Aquí no habrá más de cien tumbas y todavía cabrían libremente cincuenta más. Seguramente, vienes, excavas, y a nadie debes preguntar nada. En cambio, en Moscú, donde descansa mi madre, hay que gestionar el permiso en el Ayuntamiento y darle algo al director del cementerio, y no hay donde poner el pie entre dos tumbas. Excavan las tumbas antiguas para hacer las nuevas.

Aquellos antiguos abedules habían defendido la libertad del cementerio ante los tractores.

Las capas cayeron al suelo por sí mismas, ellos se sentaron como pudieron, de cara al Espacio. Desde allí, desde la sombra, de espaldas al sol, examinaron perfectamente el lugar. La garita del apeadero era apenas una mancha blanca, ya lejana. Un débil humo se deslizaba por encima de la línea de la vía.

Miraban, respiraban, callaban. Estaban muy a gusto allí sentados. Ink colocó la cabeza sobre las rodillas, rectas como columnas, y permaneció en esta postura. Su nuca se abrió para Clara: una nuca débil, de niño, pero pacientemente elaborada por un hábil peluquero.

—¡Qué cementerio tan limpio! —se asombró Clara—. Ni asomo de estiércol por el ganado ni petróleo derramado.

—Sí —espiró con delicia el aire Innokenti—. ¡Aquí estaría bien que me enterraran! Pero no lo conseguiré, se habrá perdido la ocasión. Meterán el ataúd de plomo en un avión, y luego en un autobús hacia alguna parte...

—¡Es temprano para pensar en esto, Ink!

—Cuando todo es mentira, Cláronka, te cansas muy pronto. Muy pronto, con el doble de rapidez —habló él también con voz cansada y débil.

Aquello podía referirse a su trabajo. O quizás a toda su vida. O puede que únicamente a su esposa.

Clara no podía interrogarle hasta el fin.

—¿Y qué había en el armario?

—¿En el armario? —concentró Innokenti su mirada, nunca indolente, siempre preocupada—. En el armario, pues... —pero pareció cansarse con sólo imaginar lo que sería este relato circunstanciado—. No, es largo de contar... Más tarde...

Si ahora le parecía largo, ¿cuándo, pues, se lo contaría? Tal vez era una peculiaridad suya esta de interesarse únicamente por lo nuevo, por lo que sucedía por primera vez.

Entonces, ¿en qué momento sería posible arrancarle todo esto?

—O sea, ¿que no te queda ningún pariente?

—¡Imagínate, un tío, el hermano de mi madre! Sin embargo, no supe nada de él hasta el año pasado.

—¿No lo has visto nunca?

—Bueno, lo vi de niño, pero no se me grabó en la memoria.

—¿Y dónde está?

—En Tver.

—¿Dónde?

—En Kalinin^[28]. Dos horas de viaje. Pero nunca me decido a hacerlo. ¿Cuándo tendré tiempo si ni siquiera suelo estar en Rusia? Le escribí, y el anciano se alegró mucho.

—¡Escucha, Ink, debes ir! Si no, luego lo lamentarás.

—¡Pero si ya pienso ir, lo pienso! Simplemente, voy a ir dentro de unos días. Te doy mi palabra.

Innokenti se había apartado hacia la sombra huyendo de aquel sol agotador y tenía un aspecto

más animoso.

¿Adónde irían ahora? El bosque quedaba lejos por todos lados, y además no había caminos: en un extremo del cementerio, los girasoles, en el otro la remolacha. Sólo les quedaba un sendero, el mismo que llevaba al pueblo, tras las mujeres. Allí habría bosque en alguna parte.

Y así lo decidieron.

Innokenti se quitó la chaqueta y quedó con una ligera camisa blanca. Las paletillas emergían agudas de su espalda, ni redondeada ni llana. El sombrero, sin embargo, volvió a ponérselo para protegerse del sol.

—¿Sabes a quién te pareces? —rio Clara—. A Yesenin volviendo a su aldea natal después de sus viajes por Europa.

Innokenti sonrió y empezó a citar:

—«¡Ah, patria mía! ¿Qué encuentro ahora aquí? Me he convertido en un extraño... Olvidé el arte de segar, olvidé el arte de arar...».

Entraron en una calle desierta. Entre las dos hileras de casas no habría más de diez metros, pero el camino estaba tan irreparablemente surcado por los siglos de los siglos, tan destrozado por los tractores oruga y las ruedas de los coches —seco en algunos lugares con terrones hasta la rodilla, anegado en otros de plúmbeo y líquido barro que ningún verano bastaría para secar— que los dos lados de la calle se relacionaban como a través de un río. Los senderos firmes discurrían únicamente junto a las casas, y era preciso decidir enseguida por qué lado transitar.

Una niña con una bolsa trenzada apareció por el lado elegido aproximándose rápidamente.

—Niñ... —empezó Innokenti, cuando distinguió que la mujer era algo mayor—, ¡muchacha! —pero la figura se acercaba rápidamente y resultaba ser la de una mujer de unos cuarenta años, de una estatura extrañamente pequeña, con cataratas en ambos ojos. Había sido como una burla, e Innokenti ya no sabía cómo dirigirse mejor a ella—. ¿Cómo se llama esta aldea?

—Rózhdestvo⁸ —puso fugazmente en ellos sus ojos enfermos y continuó con la misma prisa.

—¿Rózhdestvo? —se asombraron para sí los dos jóvenes—. Qué nombre tan raro —y le gritaron a sus espaldas—: ¿Por qué?

—Así se llama. ¿Cómo quieren que lo sepa? —respondió la otra por encima del hombro. Y se dio prisa en seguir su camino.

¿Por dónde se habrían dispersado las activas mujeres del tren? No había vida ni en la calle ni en los patios. Las frágiles y torcidas puertas, más de gallinero que de casa, y los marcos dobles de las pequeñas ventanas, cerrados de modo permanente, imposibles de abrir, sin postigos, todo parecía no poder ocultar tras de sí una vida humana. Tampoco se veían ni oían los clásicos cerdos, ni las aves de corral. Sólo unos míseros trapos y unas mantas, que colgaban de unas cuerdas en un patio, demostraban que alguien había estado allí por la mañana.

El sol inundaba el silencio con su presencia.

Observaron cierto movimiento en las profundidades de uno de los patios. Una gruesa anciana iba por la tierra seca arrastrando sus galochas, mirándose la mano.

—¡Buena mujer!

Ella no oyó.

—¡Buena mujer!

Levantó la cabeza.

—Soy dura de oído —les previno con una voz llana y seca. Sus ojos no parecieron asombrarse al ver a los engalanados transeúntes.

—¿Podríamos comprarle leche? —preguntó Clara.

No necesitaban leche, pero era el mejor procedimiento para entablar conversación, lo sabía por sus excursiones a los koljoses.

—No tenemos vacas —respondió la anciana con dignidad.

En su mano había un polluelo blancoamarillento. Estaba muerto, no se debatía ni daba tirones.

—¿Cómo se llamaba esta iglesia, buena mujer? —preguntó Innokenti.

—¿Qué significa «se llamaba»? —le miró ella como a través de un velo. En su rostro flácido había una gravedad muy adecuada a su persona.

—Bueno, ¿no tiene cada iglesia... un nombre?

—Es lo único que tienen, un nombre —dijo la vieja—. Pero la cerraron hará unos veinte años, si no me equivoco. Hay una hora de autobús hasta la próxima iglesia, no hay otra más cercana. Había una de verano aquí mismo, pero la desmontaron los prisioneros.

—¿Qué prisioneros?

—Los alemanes.

—¿Para qué?

—Enviaban a Nara los ladrillos. Los polluelos se me están muriendo. Este es el cuarto. ¿Por qué será?

Clara e Innokenti se encogieron compasivamente de hombros.

—¿Los aplastará ella? —reflexionó la vieja arrastrando los pies hacia su isba, hacia la baja puerta de la misma.

Y hasta el final de la calle no vieron más movimiento ni alma viviente, ni salió ni ladró perro alguno. Sólo dos o tres gallinas escarbaban en silencio. Luego salió un gato entre los cardos con paso de depredador, y como si ya no fuera un animal doméstico ni siquiera volvió la cabeza hacia las personas, olfateó la tierra por todos lados y siguió adelante, hacia la calle mayor, igualmente muerta, adonde esta iba a desembocar.

La iglesia estaba precisamente en el lugar donde se cruzaban y ensanchaban ambas calles: un templo achaparrado y sólido, de obra labrada, con cruces de ladrillo incorporadas, y encima un campanario con dos pisos de ininterrumpidas aberturas para las campanas. El musgo y la hierba crecían en este campanario, y multitud de golondrinas, o incluso de pájaros menores, se afanaban en círculos incesantes y silenciosos a la altura de las aberturas penetrando en ellas, saliendo y volviendo a entrar. La cúpula del campanario, de difícil acceso, estaba intacta, pero al templo le habían arrancado el zinc del techo y sólo quedaban las vigas de la estructura. Estas habían sobrevivido dos décadas, y ambas cruces estaban en su sitio. La puerta inferior del campanario estaba abierta de par en par, un quinqué ardía en la oscuridad junto a unos bidones de leche, pero no había nadie. También estaba abierta la puerta que daba a la cripta, donde aparecían unos sacos en los peldaños, pero tampoco había nadie.

Ni la cerca ni el patio que rodeaba la iglesia se habían conservado, pero tanto en esta parte como en la opuesta, como alrededor del templo y entre este y el campanario, todo estaba lleno de surcos de tractores y de coches, de sus arrancadas súbitas para no quedar empantanados, por lo menos esta vez, y librarse finalmente de ello llegando al almacén. Y las monstruosas costras grises de los terrones, así como la gangrena de un fango líquido y plúmbeo, cubrían aquella tierra herida, mutilada y enferma.

La iglesia estaba allí, allí mismo, pero los jóvenes estuvieron largo rato buscando por dónde atravesar la calle sobre tierra seca. Tuvieron que alejarse bastante hacia un lado, y después serpentear y saltar.

En el sendero aparecían incrustados varios pedazos de losas pegajosas de barro. En las paredes del templo había pequeños trozos y fragmentos limpios de mármol blanco, rosado y amarillo.

Innokenti sintió calor bajo el sol, pero no se puso sonrosado, sino que palideció ligeramente. Bajo el borde del sombrero sus cabellos estaban húmedos.

Se acercaron a la iglesia. En aquel aire caliente e inmóvil flotaba una pesada fetidez de procedencia desconocida. ¿Agua estancada, cadáveres de reses o alguna impureza? Ya no se alegraban de haber ido, y no tenían intención de examinar el templo, además no había nada que examinar. Tras la iglesia había una pendiente, y abajo muchos y enormes sauces de forma esférica, todo un reino salguero, y la única salida, la huida de los jóvenes, fue hacia allí, hacia aquella vegetación.

Pero los llamaron:

—¿Tienes algo que fumar, ciudadano?

Un hombrecillo con la cabeza embutida entre los hombros como si tuviera continuamente escalofríos o terror, pero mostrando no obstante un gran desparpajo, apareció de alguna parte y los escudriñó con los ojos.

Con aire de lamentarlo, Innokenti se golpeó los bolsillos como si a pesar de todo tuviera la esperanza de encontrar en ellos un paquete de cigarrillos:

—No fumo, camarada.

—Qué lás-ti-ma —se apenó el de la cabeza embutida, pero en lugar de marcharse se puso a examinar con ojo rápido a los extraños forasteros. No veía en qué coche habían llegado, pero advertía en ellos una clase especial de «jefes».

—¿Cómo se llamaba esta iglesia?

—Natividad —respondió el hombrecillo sin muestras de deferencia por haber adivinado, con una sola de sus palabras, qué clase de personas eran. Y desapareció tras la esquina con la misma rapidez con que se había presentado.

Pero en el lugar al que se dirigían, abajo, observaron también la presencia de un cojo con la pata de palo al descubierto. Descansaba bajo los tilos, sobre una piedra, con su camisa de percal azul arreglada con remiendos de algodón blanco.

—¿De dónde ha salido el mármol? —preguntó Innokenti.

—¿El qué? —respondió el hombre de los remiendos.

—Eso, la piedra de colores.

—Ah, ah, ah... Destrozaron el altar —reflexionó—, el iconostasio.

—¿Para qué?

Meditó.

—Para empedrar el camino.

—¿De dónde viene este... hedor? —preguntó Clara.

—¿El qué? —se asombró el cojo. Reflexionó—: Ah, ah, seguramente del corral. El corral lo tenemos aquí, aquí mismo.

Señaló con la mano, pero ellos ya no miraban, se apresuraban a salir de aquel lugar para ir más abajo, a los sauces.

—¿Qué hay allí? —preguntaron.

—¿Allí? No hay nada —reflexionó—: Ah, el riachuelo.

Un sendero apisonado conducía hacia abajo. Clara quería echar a correr pero vio con alarma la palidez de Innokenti y siguió lentamente a su lado.

—Después de una aldea como esta, se hace deseable aquel cementerio —giró la cabeza ella—. ¿Estás cojeando?

—Sí, tengo un pequeño roce en el pie.

Se detuvieron en la frondosa sombra del primer sauce, que era enorme, y echaron una mirada a su alrededor. Era agradable mirar ahora que ya no apestaba, que les envolvía el húmedo frescor de la vegetación. La iglesia estaba en la colina y no podía verse la terrible deformación de la tierra, sólo eran visibles los puntos de los pájaros que iban de acá para allá volando alrededor del campanario.

—¿Estás muy cansado! —se inquietó Clara—. Necesitas descansar.

Y examinarte el pie.

Innokenti arrojó la capa y se sentó en el suelo apoyándose en un tronco inclinado. Cerró los ojos. Echado para atrás, miró hacia arriba, hacia la iglesia.

—Aquí tienes, Clárochka, dos Navidades...

—¿Por qué dos?

—La nuestra y la occidental. La nuestra acabas de verla. La occidental es todo un cielo de anuncios, todas las calles con atascos de coches, la gente ahogándose en las tiendas, los regalos de cada uno para cada uno. Y en cualquier raído y empobrecido escaparate, la cuna y José con el burro.

—¿Qué José y qué burro son esos?

Y entonces descubrieron en el declive, junto a la iglesia, en un lugar que conservaba una hilera de tilos, una tumba con un obelisco que habían pasado por alto.

—Lástima, no lo hemos visitado.

—¡Voy a verlo en un momento! —se comprometió Clara, y corrió hacia allí oblicuamente, sin seguir el camino. Corría como si estuviera alegre, pero no lo estaba en absoluto.

Se detuvo un momento, lo leyó, y descendió con la misma ligereza, frenando con sus fuertes piernas ante cada hoyo.

—A ver, ¿de quién crees que es?

—¿De un sacerdote?

—... «Gloria eterna a los soldados de la Cuarta División de la Recluta Popular caídos valerosamente por el honor, por la independencia, etcétera, etcétera... dedicado por el Ministerio de Hacienda».

—¿De Hacienda? —se impresionó él moviendo sus largas orejas, de grandes y quebrados cartílagos—. ¡Incluso el de Hacienda! Pobres escribientes... ¿Cuántos de ellos debieron de caer también? ¿Y un fusil para cuántos hombres? ¿La Cuarta División Popular?

—Sí.

—¡Una división de desarmados! Y, encima, la cuarta... La barbarie de esta guerra: la recluta popular...

—¿Por qué una barbarie? —se desconcertó Clara.

Innokenti suspiró y bajó la cabeza.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres que volvamos, Ink? No hay que seguir adelante, ¿verdad?

Él volvió a suspirar.

—No, no, no pasa nada. Soporto mal el calor. Me he puesto un calzado inadecuado, no lo pensé bien.

—Yo también hice mal en no vestir ropa muy usada. ¿Dónde tienes el roce? Vamos a poner papel de periódico bajo el talón, te sentirás más libre.

Lo arreglaron.

En el cielo, aquí y allí, aparecían nubes viajeras. De vez en cuando tapaban y dulcificaban los rayos del sol.

—Vamos a ver, Ink, ¿seguimos o no? Debíamos ir al bosque, ¿no es así? Si quieres, seguiremos por la orilla del río, también habrá sombra.

Él se había apartado y sonreía:

—Qué desmedrado soy, ¿verdad? Toda la vida en automóvil... Pero tú estás magnífica. Vamos, vamos. ¿Por qué orilla?

Más abajo habían echado una pasarela sobre el río con un grueso cable enrollado, en cada orilla, en la parte baja de un sauce, para evitar los efectos de las inundaciones.

¿Atravesarla? ¿No atravesarla?

La atravesaron. De nuevo una correcta formación de árboles en la lenta y libre cuesta a partir del río. Además de los sauces, amantes del agua, que habían elegido por sí mismos aquel arroyo, alguien había plantado abedules a su lado, y también abetos. Incluso había allí un estanque abandonado, con sus ranas y hojas muertas, un estanque seguramente artificial, tan regular era. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Una hacienda abandonada? No había a quién preguntarlo.

Desde allí, entre las esferas de los sauces, la iglesia, casi sobre una montaña, aún parecía más hermosa: debían de acudir a ella, bajo el tañido de las campanas, los habitantes de otra aldea vecina que empezaba no lejos del lugar.

Pero ya tenían bastante de la aldea y siguieron a lo largo del río.

Sería agradable caminar por aquella vía cerrada, húmeda y sombreada. En los lugares de poca agua se oía susurro y se veían sus rizos, en las aguas profundas había raros e inexplicables

temblores en un agua al parecer inmóvil, y por todas partes las carreras de las libélulas. Seguramente habría también no sólo peces, sino cangrejos. Era preciso descalzarse y caminar simplemente por el río con agua hasta la rodilla, como los chicos que van a la pesca del cangrejo. En la orilla, ora las ortigas, ora las ramas de los alisos, les estorbaban.

En su orilla crecía un sauce de caprichosas formas cuyo arqueado tronco llegaba a la otra orilla como un puente, con barandillas de ramas igualmente dobladas y arqueadas.

—¡Es como un baobab! —juntó Clara las manos con asombro—. ¡Qué maravilla! ¡Pasemos por él a la otra orilla! Creo que por allí caminaremos mejor.

Innokenti meneó la cabeza con incredulidad. Pero Clara había saltado ya muy segura sobre el tronco inclinado y le tendía su fuerte mano:

—¡Vamos!

Ella creía que necesariamente lo pasarían bien. En la otra orilla se encontraría algo o se diría algo referente a lo que había motivado esta excursión.

Innokenti le entregó, dudando, su suave muñeca.

Aunque el tronco del sauce ascendía lentamente, llegaba de todos modos a bastante altura. Innokenti avanzaba a pequeños pasos, y al parecer evitaba mirar abajo. Además, la rama a la que se agarraban les cortaba el paso y había que pasar por encima. Él lo hizo con cara de concentrada meditación, en absoluto silencio. Ambos saltaron al suelo sin haberse arañado. Pero era evidente que el cruce del río no había proporcionado placer a Innokenti.

Y nada era mejor en la nueva orilla. Se dijeron cosas de escasa importancia. Se oía el repiqueteo de un tractor en algún lugar elevado. Muy pronto dejó de haber camino alguno cerca del agua. Tuvieron que abandonar la sombra y el río, subiendo por el único camino posible. Innokenti cada vez cojeaba más.

Y fueron a parar al desperdigado patio de una brigada agrícola, con su casita y su pequeño cobertizo. La casita era seguramente la oficina: en su cima ondeaba apenas una pálida bandera rosa con el borde deshilachado. El cobertizo era tan ancho que cabía en él, en una sola línea, el eslogan: «¡Adelante, hacia la victoria del comunismo!». Sin embargo, gran cantidad de máquinas de uso desconocido, de color ladrillo-herrumbre, azul desteñido o verde maltrecho, con sus trompas, sus bocas, sus ganchos y cisternas, así como una cocina de campaña y unos remolques con las varas enganchadas o apoyadas en el suelo, aparecían dispersos y abandonados en una gran extensión de tierra destrozada y surcada hasta el punto de que casi era imposible pasar a pie por ella. Y sólo había un hombre que iba de máquina en máquina con ropa grasienta de trabajo, se inclinaba y se incorporaba mirando algo. No había nadie más.

Y en la colina trabajaba un solo tractor.

No había otro camino. Atravesaron el patio de la brigada como pudieron, por los baches. Innokenti cojeaba. De nuevo hacía calor. Volvieron a bajar al río.

Este discurría ahora bajo un puente de cemento. Un sólido puente sin gracia igualaba las dos orillas, los dos destinos. Era, al parecer, una carretera.

—¿Hacemos autostop? —dijo Innokenti—. No querrás que volvamos de nuevo a la estación, ¿verdad?

El día estaba en su mitad, la excusión tocaba a su fin.

¿Por qué se levanta esta barrera entre las personas? Cuando casi puede verse, casi puede oírse, ¿cómo pueden ayudarse una a otra?

Pero nada podía ocurrir. No debía ocurrir.

Descubrieron un pequeño manantial bajo el puente. Se sentaron, bebieron y se les ocurrió incluso lavarse los pies.

Pero entonces se oyó un fuerte rumor arriba. Salieron y miraron desde el terraplén: una fila de camiones nuevos, idénticos, con lonas nuevas, rodaba por la carretera. No se le veía el fin ni en la montaña, y en la otra montaña desaparecía la cabeza de la columna. Había camiones con antenas, otros de reparaciones, otros con barriles de líquido inflamable o remolcando cocinas de campaña. Los vehículos se mantenían a la distancia exacta de unos veinte metros, que no cambiaba, y avanzaban tan puntualmente que no dejaban que el puente de cemento quedara silencioso. En cada cabina, un sargento o un oficial se sentaba al lado del chófer militar. Bajo la lona viajaban muchos soldados: por las ventanillas levadizas y por la parte trasera podían verse sus rostros, indiferentes al lugar que abandonaban, al que atravesaban y a aquel adonde los llevaban. Petrificados durante todo el período del servicio.

Clara e Innokenti contaron cien vehículos desde que subieron a la carretera hasta que todo quedó en calma.

De nuevo oyeron el susurro del agua junto a unos pilones aserrados que emergían del agua y que pertenecían al antiguo puente de madera.

Innokenti se dejó caer sobre una piedra, junto al manantial y dijo confuso:

—La vida se descompone.

—¿En qué? ¿En qué se descompone, Ink? —se le escapó a Clara con desesperación—. ¡Me prometiste explicármelo todo y nada me has explicado!

Él la miró con ojos enfermos. Tomó un palo roto a guisa de lápiz y dibujó una circunferencia en la tierra húmeda.

—¿Ves este círculo? Es la patria. Es el primer círculo. Pero hay un segundo —abarcó más espacio—. Es la humanidad. ¿No te parece que el primero debería inscribirse en el segundo? ¡Nada de eso! Están las vallas de los prejuicios. Aquí, incluso alambre de espino y ametralladoras. Aquí es casi imposible abrirse camino ni con el cuerpo ni con el corazón. Y resulta por tanto que no hay humanidad alguna.

Sólo patrias, patrias, diferentes para todos...

Por aquellos mismos días, la Sección Operativa entregó a Clara un cuestionario. Ella lo relleno con facilidad: su origen era irreprochable, su vida, no muy extensa, iluminada con la luz uniforme del bienestar y libre de actos que infaman al ciudadano.

Los cuestionarios siguieron su curso durante meses y fueron aprobados. Por aquella época, Clara terminó la carrera en el instituto y atravesó el umbral del puesto de guardia de la misteriosa Marfino.

Clara pasó por el pavoroso aleccionamiento del comandante Shikin, el de la tez oscura, junto con las amigas que habían terminado con ella sus estudios en el Instituto de Transmisiones. Supo que iba a trabajar con los más importantes agentes, los perros del imperialismo mundial y del espionaje norteamericano, que habían vendido a su patria a bajo precio.

Fue destinada al Laboratorio del Vacío. Así se llamaba el laboratorio que fabricaba gran cantidad de tubos electrónicos por encargo de los demás laboratorios. Los tubos se soplaban primero en el pequeño taller de vidrio contiguo; luego, en la estancia propiamente de vacío, una gran sala semioscura, orientada al norte, se les hacía el vacío mediante tres ruidosas bombas. Estas bombas, como armarios, dividían la sala. En ella, las bombillas eléctricas lucían incluso de día. El suelo estaba pavimentado con losas de piedra, y se oía continuamente el rumor de los pasos y el ruido de las sillas al moverse. Un operario —un recluso— se sentaba, o se paseaba, junto a cada bomba. En dos o tres sitios había otros presos sentados tras unas mesitas. Personas libres sólo había una, la muchacha Tamara, aparte el jefe del laboratorio, un capitán.

Clara fue presentada a este superior en el despacho de Yákonov. Era un judío maduro y grueso, con cierta pátina de indiferencia. Sin asustar más a Clara, le hizo seña de que le siguiera, y en la escalera preguntó:

—Usted, naturalmente, no sabrá nada ni será capaz de nada, ¿verdad?

Clara respondió con vaguedad.

A todos sus temores faltaba todavía el de la vergüenza: enseguida descubrirían que era una ignorante y se burlarían de ella.

La joven entró en aquel laboratorio, donde moraban unos monstruos con monos azules, como quien entra en una jaula de fieras. Temía incluso levantar los ojos.

Los tres operarios del vacío se movían efectivamente como fieras enjauladas junto a sus bombas: tenían un encargo urgente y hacía dos jornadas que no les permitían dormir. Pero en la bomba de en medio, un recluso de unos cuarenta años, de incipiente calva y rostro desaseado, sin afeitarse, se detuvo y se abrió en una sonrisa diciendo:

—¡Ah, ah! ¡Un refuerzo!

Y el temor desapareció inmediatamente. Había tanta bondad y sencillez en aquella exclamación que sólo haciendo un esfuerzo pudo Clara evitar una sonrisa de respuesta.

El más joven de los operarios, que tenía la bomba más pequeña, también se había detenido. Era muy joven, de cara alegre algo maliciosa y ojos inocentes. La mirada que dirigía a Clara tenía

una expresión como si le hubieran pillado desprevenido. Nunca en la vida ningún joven había lanzado a Clara una mirada como aquella.

En cambio, el de más edad, Dvoyetiosov, alto, desmañado, flaco pero con el vientre colgante —manejaba la enorme bomba que zumbaba con especial sonoridad en el fondo de la estancia—, miró desdeñosamente a Clara desde lejos y desapareció detrás del armario como para no ver semejante ignominia.

Más tarde, Clara se enteró de que esto no era ninguna ofensa, que solía proceder así con todos los externos, que cuando entraban los jefes producía adrede algún zumbido para que fuera preciso levantar la voz. No cuidaba ostensiblemente de su aspecto, podía presentarse con un botón de los pantalones medio caído, colgando todavía de un largo hilo, con un agujero en la espalda, o bien empezar a rascarse por debajo de la camiseta ante las muchachas. Solía decir:

—¡Estoy en la patria! ¿Por qué habría de sentirme violento en mi patria?

Al operario de en medio lo llamaban todos Zemeliá a secas, incluso los jóvenes, sin que él se ofendiera lo más mínimo. Era de esa clase de personas que los psicólogos suelen llamar de «naturaleza solar» y de quienes la gente del pueblo dice que «sonríen de oreja a oreja aunque les cargues las espaldas». En las semanas siguientes, al observarle, Clara advirtió que nunca se lamentaba de nada que hubiera perdido, fuera un lápiz caído al suelo, fuera toda su estropeada vida, no se enfadaba por nada ni con nadie, y en la misma medida no temía a nadie. Era realmente un buen ingeniero, aunque sólo de motores de aviación, y le habían llevado a Marfino por error. Sin embargo, él se había habituado al lugar y no pretendía moverse. Consideraba acertadamente que difícilmente estaría mejor que aquí.

Por la tarde, cuando paraban las bombas, a Zemeliá le gustaba escuchar algún relato en medio del silencio, o bien contarle él mismo:

—En otro tiempo tomabas cinco *cópeks*, salías, y te ponían en las manos a cada paso todo cuanto querías comprar —sonreía ampliamente—. Nadie vendía porquerías. Unas botas eran unas botas, las llevabas diez años sin remendar y quince remendándolas. La piel del empeine no la cortaban como ahora, la dejaban para que rodeara el pie y se juntara por debajo. Había también esas... ¿cómo se llamaban?, botas rojas, decoradas, de suela de resina. ¡No eran botas, eran tu segunda alma! —se fundía todo en una sonrisa y fruncía los ojos como ante un sol débilmente tibio—. O, por ejemplo, en las estaciones de ferrocarril... La gente nunca se tendía en el suelo, nunca se ahogaban días enteros a la espera del billete. Llegabas un minuto antes, comprabas el billete, subías, y siempre había vagones libres. Ponían más trenes en circulación, no los escatimaban... En general, la vida era *sencilla*, se vivía fácilmente...

Al oír este relato, el operario mayor salió del oscuro rincón de su escritorio, balanceando su pesado cuerpo, con las manos en los bolsillos, que quedaba oculto a los ojos de la superioridad. Se detuvo en el centro de la estancia con la mirada algo ladeada y los ojos desorbitados bajo las gafas caídas sobre la nariz:

—¡Zemeliá! ¿Es posible que te acuerdes del zar?

—Lo recuerdo un poco —se excusó con una sonrisa Zemeliá.

—Haces mal —meneó la cabeza Dvoyetiosov—. Olvídalo. Lo que hay que bombear ahora es

el socialismo.

—En realidad, Kostia —replicó tímidamente Zemeliá—, el socialismo parece ya construido, dicen.

—¿Quéee? —abrió desmesuradamente los ojos el operario mayor.

—Sí. Desde el año 33, parece.

—¿Cuando hubo hambre en Ucrania? Pues espera, espera, ¿y qué estamos bombeando ahora día y noche?

—¿Ahora? Seguramente, el comunismo —resplandeció Zemeliá.

—¿Ah, sí? ¡Otra que tal! —dijo con voz gangosa el operario mayor haciéndose el tonto, y marchó a su rincón arrastrando los pies.

Entablaran esta conversación para ellos mismos o para Clara, el caso es que esta no fue a denunciarla.

Las obligaciones de Clara no eran complejas: alternándose con Tamara, debía acudir por la mañana y permanecer hasta las seis de la tarde, y al día siguiente presentarse después de comer y quedarse hasta las once de la noche. Por su parte, el capitán iba siempre a primera hora de la mañana, pues de día podían llamarlo los jefes, pero nunca iba por las tardes, ya que no se había propuesto promocionarse. La tarea principal de las muchachas era la vigilancia, es decir, observar a los reclusos. Y aparte, para mejorar su «formación», el jefe les encargaba pequeños trabajos que no fueran urgentes. Clara no se encontraba con Tamara más que un par de horas al día. Tamara hacía más de un año que trabajaba en el centro, y trataba a los presos con naturalidad. A Clara le pareció incluso que tenía mucha franqueza con uno de ellos y que le traía libros, pero se los pasaba disimuladamente. Además, Tamara asistía a unas clases de inglés en la misma Marfino; los alumnos eran externos pero los profesores eran reclusos (naturalmente, los alumnos estudiaban gratis, en esto consistía la ventaja). Tamara disipó rápidamente los temores de Clara de que aquellos hombres pudieran causar algún mal horrible.

Finalmente, la misma Clara tuvo extensas conversaciones con uno de los presos. Ciertamente que no se trataba de un preso político, sino común, de los que en Marfino había muy pocos. Era Iván, el soplador de vidrio, un gran maestro, para su desgracia. Su anciana suegra decía de él que era un obrero de oro, pero un borracho más que de oro. Ganaba mucho y gastaba mucho en bebida, y cuando estaba borracho pegaba a su esposa y agredía a los vecinos. Pero nada habría pasado si su camino no se hubiera cruzado con el del MGB. Un camarada con autoridad y sin galones le envió una citación y le propuso trabajar con un salario de tres mil rublos. Iván trabajaba en un lugar donde le pagaban menos, pero con lo que hacía a destajo sacaba más. De modo que, olvidando con quién estaba tratando, pidió cuatro mil rublos al mes. Su importante interlocutor añadió otros doscientos rublos. Iván se mantuvo en sus trece. Le dejaron marchar. El primer día de cobro se emborrachó y empezó a armar camorra en el patio, y la policía, que antes no solía acudir aunque la llamaran, se presentó enseguida con grandes efectivos y se lo llevó. Al día siguiente lo juzgaron y lo condenaron a un año. Después del juicio lo llevaron ante el jefe que no llevaba galones y este le explicó que trabajaría en el lugar antes indicado, sólo que ahora no le pagarían nada. Si estas condiciones no le convenían, podría ir a extraer carbón al Círculo Polar Ártico.

Ahora, Iván estaba en prisión y soplaba tubos electrónicos de sorprendentes formas, siempre diferentes. Su año de condena se estaba terminando, pero quedaban los antecedentes penales, y para que no lo deportaran de Moscú rogaba fervientemente a sus jefes que lo dejaran en este trabajo cuando estuviera libre, aunque fuera por mil quinientos rublos.

En la *sharashka* nadie podía interesarse por un relato tan simple con un final tan feliz: en la *sharashka* había hombres que habían permanecido cincuenta días en la celda de los condenados, y hombres que conocían personalmente al Papa de Roma y a Albert Einstein. Pero a Clara esta historia le impresionó. Resultaba, como decía Iván, «que hacían lo que les decían».

Manténían con los presos políticos una distancia cautelosa y oficial. Pero el relato del soplador de vidrio hizo que también naciera en su cabeza la sospecha de que entre aquellos monos azules pudiera haber otras personas absolutamente inocentes. Y, si era así, ¿habría condenado su padre, algún día, a algún hombre inocente?

Sin embargo, de nuevo se encontraba con que no tenía a nadie a quien formular esta pregunta. A nadie de la familia y a nadie del trabajo. Aquella amistad con Innokenti y aquel paseo no tuvieron continuación, quizá porque Innokenti y Nara no tardaron en marchar de nuevo al extranjero.

Sin embargo, aquel año Clara consiguió por fin un amigo: Ernst Golovanov. Tampoco fue en el trabajo donde lo encontró. Él era un crítico literario, y en cierta ocasión Dinera lo trajo a casa. No era ningún galán del otro jueves, su estatura era ligeramente inferior a la de Clara (según cómo, parecía más bajo), su frente y su cabeza eran rectangulares sobre un cuerpo rectangular. Siendo sólo un poco mayor que Clara, parecía de mediana edad, con un poco de barriga, y era un hombre nada desarrollado deportivamente. (Hablando sinceramente, el apellido de su pasaporte era Saunkin, Golovanov era el pseudónimo). Pero había leído mucho, era culto, interesante y ya candidato a la Unión de Escritores. En cierta ocasión estuvo con él en el Maly Teatr. Ponían *Vassa Zhekznova*. El espectáculo producía una penosa impresión. El público no llenaba la sala ni a la mitad. Probablemente, esto consumía a los artistas. Salían a escena con aire aburrido, como llegan algunos funcionarios a su oficina, y se alegraban cuando les era posible marcharse. En una sala tan vacía casi daba vergüenza actuar: tanto el maquillaje como los papeles parecían una diversión impropia de un adulto. Parecía como si en el silencio de la sala, alguno de los espectadores, como hablando en la intimidad, estuviera a punto de decir: «¡Bueno, amigos míos, ya está bien, basta de muecas!», y el espectáculo se viniera abajo. La humillación de los actores se transmitía a los espectadores. La impresión de que estaban asistiendo a un asunto vergonzoso fue contagiándose a todo el mundo, y los espectadores se sentían incómodos al mirarse unos a otros. Por eso, en los entreactos reinaba un gran silencio, como durante el espectáculo. Las parejas charlaban a media voz y paseaban silenciosamente por el *foyer*.

Clara y Ernst pasearon también así durante el primer entreacto. Ernst defendía a Gorki, se indignaba por él diciendo que era indigno representar así sus obras, y denostaba a Zharov, artista del pueblo, hoy tan abiertamente chapucero; pero aún denostaba más osadamente la rutina general del Ministerio de Cultura, que socavaba nuestro teatro y sus notables tradiciones realistas, así como también la confianza del espectador en dicho teatro. Ernst escribía no sólo armónicamente

sino también correctamente, y hablaba también con armonía, sin masticar ni abandonar las frases ni siquiera cuando estaba excitado.

En el segundo entreacto, Clara propuso que se quedaran en el palco. Dijo:

—Me fastidia ver esas obras, tanto las de Ostrovski como las de Gorki, porque me fastidia que desenmascaren continuamente el poder del capital, la opresión de la familia, el viejo que se casa con una joven. Me fastidia esta lucha contra fantasmas. Han pasado cincuenta años, cien años, y continuamos gesticulando y desenmascarando lo que ya no existe desde hace tiempo. Y no se ven obras de lo que sí existe.

—En parte es verdad —Ernst miró a Clara con curiosidad, y con una sonrisa de benevolencia. No se había equivocado con ella. Aquella muchacha no impresionaba en absoluto por su aspecto externo, pero con ella no se aburría uno—. ¿En qué, por ejemplo?

No había nadie en los palcos contiguos, ni tampoco debajo de ellos, en el patio de butacas. Bajando la voz y procurando no desvelar demasiado un secreto oficial, ni tampoco el secreto de su compasión por aquellos hombres, Clara contó a Ernst que trabajaba con presidiarios que le habían sido descritos como perros del imperialismo, pero que al conocerlos de cerca habían resultado ser de tal y tal manera. Y la atormentaba la cuestión —que Ernst le diera su opinión— de si había entre ellos hombres inocentes.

Ernst la escuchó circunstancialmente y le respondió con gravedad algo que ya tenía bien meditado:

—Naturalmente, los hay. Es inevitable en cualquier sistema penitenciario.

Clara no comprendió de qué sistema le hablaba, y no dudó al dar la respuesta, quería terminar con la conclusión del soplador de vidrio:

—¡Pero entonces, Ernst, entonces resulta que hacen lo que quieren! ¡Esto es horrible!

La fuerte mano de la tenista se cerró en un puño sobre el rojo terciopelo de la barandilla. Golovanov depositó su mano de cortos dedos sobre la barandilla. La colocó de plano junto a la mano de Clara, pero no encima, pues no se servía de estas libertades ocasionales.

—No —afirmó suavemente pero con convicción—, no «hacen lo que quieren». ¿Quién lo «hace»? ¿Quién lo «quiere»? La Historia. A usted y a mí a veces esto nos parece horrible, pero, Clara, ya es tiempo de acostumbrarse a la existencia de la ley de las grandes cifras. Cuanto mayor es el material donde se desarrolla un acontecimiento histórico, más probable es, naturalmente, la posibilidad de errores particulares aislados: judiciales, tácticos, ideológicos, económicos. Nosotros abarcamos el proceso sólo en sus rasgos determinantes y fundamentales, y lo importante es convencerse de que este proceso es inevitable y necesario. Sí, a veces alguien tiene que sufrir. No siempre se lo merece. ¿Y los que murieron en el frente? ¿Y los absurdos muertos del terremoto de Ashjabad? ¿Y los del tráfico urbano? Si crece el tráfico urbano deben crecer también las víctimas del mismo. La sabiduría de la vida está en aceptar el desarrollo acompañado de las inevitables tasas de víctimas.

Por qué no, esta explicación era de peso. Clara se quedó meditabunda.

Habían sonado ya dos avisos y los espectadores volvían a la sala.

En el tercer acto, la actriz Royek, que hacía de hija menor de Vassa, desencadenó su voz de

campanilla y empezó a sacar adelante todo el espectáculo.

Ni la propia Clara comprendía debidamente que lo que le interesaba no era un hombre inocente y abstracto que quizás hiciera tiempo que se pudriera en el Círculo Polar Ártico gracias a la ley de las grandes cifras, sino aquel joven operario del vacío, aquel joven de ojos azules, de mejillas con matices morenos y dorados, casi un muchacho a pesar de sus veintitrés años. Desde el primer encuentro no se había apagado en su mirada una gozosa admiración por Clara que turbaba continuamente a esta. La joven no podía sopesar ni tener en cuenta el hecho de que Rostislav venía de un campo de concentración donde había pasado dos años sin ver a una mujer. Ella percibía por primera vez en la vida que era objeto de admiración.

Por lo demás, esta admiración no dominaba por entero al vecino de Clara. En aquel retiro, casi siempre con luz eléctrica, en un laboratorio a media luz, el joven vivía su vida activa y plena: ora construía algo a espaldas de sus jefes; ora estudiaba inglés a escondidas y en horas de trabajo; ora telefoneaba a sus amigos de otros laboratorios y corría a encontrarse con ellos en el pasillo. Siempre se movía impetuosamente, y siempre, cada minuto, especialmente en el minuto presente, parecía totalmente interesado en algo tumultuosamente interesante. Su admiración por Clara era uno de sus intereses tumultuosamente interesantes.

Al mismo tiempo, no olvidaba cuidar su aspecto externo. Bajo el mono y la corbata de colores abigarrados siempre se veía algo irreprochablemente blanco. (Clara no sabía que se trataba de una pechera, el invento de Rostislav, la dieciseisava parte de una sábana de la Administración).

Los jóvenes con los que salía Clara, especialmente Ernst Golovanov, habían conseguido una posición profesional, y se vestían, se movían y hablaban de una forma calculada para mantener el tipo. Con Rostislav, Clara sentía un gran alivio, sentía incluso ganas de mostrarse picara. La joven se fijaba en él a hurtadillas con creciente simpatía. No creía en absoluto que él y el bondadoso Zemeliá fueran precisamente los perros encadenados del imperialismo contra quienes la había puesto en guardia el comandante Shikin. Deseaba muchísimo saber algo de Rostislav: ¿por qué delito estaba castigado? ¿Debía permanecer largo tiempo en la cárcel? (Que no estaba casado, eso quedaba claro). No se decidía a preguntárselo directamente, imaginaba que tales preguntas pueden traumatizar a un hombre al resucitar ante él un aborrecido pasado que quiere sacudirse y enmendar.

Pasaron otros dos meses. Clara ya se había acostumbrado completamente a todos ellos, y ellos habían hablado multitud de veces en su presencia de toda clase de bagatelas que nada tenían que ver con el servicio. Rostislav, enterado de que en el turno de noche, durante la cena de los presos, Clara se quedaba sola en el laboratorio, empezó a presentarse allí invariablemente a esa hora, unas veces por haberse dejado algo, otras para trabajar en silencio.

En estas visitas nocturnas de Rostislav Clara olvidó las advertencias del *oper...*

El día anterior por la tarde había irrumpido, en cierto modo por sí misma, esa impetuosa conversación que, como el empuje del agua salvaje, derriba todos los míseros tabiques humanos.

Aquel joven no tenía que sacudirse ningún pasado aborrecible. Tenía únicamente una juventud

perdida sin causa y una sed devoradora de saber y conocer todo aquello que no tuvo tiempo de asimilar antes.

Por lo que se ve, vivía con su madre en una aldea de los alrededores de Moscú, junto al canal. Acababa de terminar el bachillerato cuando unos americanos de la embajada alquilaron una dacha en su aldea. Ruska y dos compañeros tuvieron la imprudencia (y también la curiosidad) de ir un par de veces a pescar con los americanos. Todo parecía marchar felizmente, Ruska había ingresado en la universidad de Moscú. Pero en septiembre lo arrestaron, a la chita callando, en la carretera, de modo que su madre estuvo mucho tiempo sin saber qué se había hecho de él. (Por lo visto, el MGB procuraba siempre arrestar a un hombre de manera que no tuviera tiempo de esconder nada y sus allegados no pudieran recibir de él ningún signo o contraseña). Lo encerraron en la Lubianka. (Clara oyó el nombre de esta cárcel, por primera vez, en Marfino). Empezó la investigación. Intentaban que Rostislav les dijera qué misión le había confiado el espionaje americano y a qué piso clandestino debía llevar los mensajes. Según su propia expresión, era todavía un crío y no hacía más que llorar desconcertado. Y de pronto sucedió un milagro: soltaron a Ruska de la Lubianka, un lugar de donde nadie salía por las buenas.

Era todavía el año 45. En este punto se habían detenido el día anterior.

Clara estuvo toda la noche excitada por este relato apenas iniciado. Al día siguiente, despreciando todas las normas de la vigilancia, e incluso los límites de la decencia, se sentó abiertamente al lado de Rostislav y de su pequeña bomba, que zumbaba débilmente. Su conversación se reanudó.

A la hora de la comida eran como niños que muerden alternativamente una gran manzana. Les parecía extraño que después de tantos meses todavía no hubieran hablado a placer. Apenas tenían tiempo de manifestar sus pensamientos. Interrumpiéndola con impaciencia, él tocaba su mano y ella no veía nada malo en ello. Cuando todos se marcharon a comer, el hecho de que su hombro se apoyara en el de ella, que sus brazos se tocaran, adquirió de pronto un nuevo sentido. Clara vio frente a sí, directamente, unos ojos vivamente azules que la pasmaban.

Con voz entrecortada, Rostislav dijo:

—¡Clara! Quién sabe cuándo volveremos a estar juntos así. ¡Para mí esto es un milagro! ¡Me inclino ante usted! —Estaba ya estrechando y acariciando su mano—. ¡Clara! Quizá deba pasar toda la vida muriéndome por las cárceles. ¡Hágame feliz para que en cualquier celda incomunicada pueda tener el calor de este instante! ¡Déjeme besarla!

Clara se sintió una diosa que desciende a la celda subterránea de un preso. Rostislav la atrajo hacia sí y estampó en sus labios un beso de una fuerza demoledora, el beso de un presidiario atormentado por la continencia. Y ella le respondió...

Finalmente, la joven se separó y se apartó. La cabeza le daba vueltas, estaba conmocionada...

—Váyase... —le rogó.

Rostislav se levantó y se puso ante ella tambaleándose.

—Ya basta, ¡váyase! —exigió Clara.

Él vaciló. Luego acató la orden. En el umbral se volvió hacia Clara, mísero y suplicante, y desapareció tras la puerta como sacudido por un balanceo.

No tardaron en volver todos del descanso de mediodía.

Clara no se atrevía a levantar los ojos ni hacia Ruska ni hacia ningún otro. Estaba encendida, aunque no de vergüenza. Si era de gozo, no era un gozo tranquilo.

Oyó rumores de que a los presos se les permitía un árbol de Navidad.

Permaneció sentada e inmóvil durante tres horas meneando sólo los dedos: trenzaba cables de plástico multicolores para hacer una cestita, un regalo para el árbol.

Por su parte, al volver de la entrevista, el soplador de vidrio, Iván, fabricó dos graciosos diablillos de vidrio que parecían llevar fusiles, trenzó una jaula de barrotes de cristal y colgó en ella, de un hilo de plata, una clara luna de vidrio que tintineaba tristemente.

Durante medio día se extendió sobre Moscú un cielo bajo y turbio, pero no hacía frío. Antes de comer, sin embargo, cuando los siete presos bajaron del autobús azul y entraron en el patinillo de paseos de la *sharashka*, en algunos lugares volaban ya los primeros copos impacientes, de uno en uno.

Uno de esos copos, una estrella regular de seis puntas, cayó en la manga del viejo y deslustrado capote militar de Nerzhin. Este se detuvo en mitad del patio e inspiró el aire profundamente.

El teniente Shustermann, que se encontraba allí, le advirtió que no era hora de paseos y que debían entrar en el edificio.

Era un fastidio. No deseaba, no le era posible contar a nadie la entrevista, confiarse a nadie ni buscar la compasión de nadie. Ni siquiera hablar. Ni escuchar. Deseaba estar solo y dejar que pasaran por su alma todas las interioridades que había traído antes de que se difuminaran y se convirtieran en recuerdo.

Pero la soledad no existía en la *sharashka*, como tampoco en ningún campo de concentración. Había celdas por todas partes, y vagones penitenciarios, y vagones de ganado habilitados, y barracas en los campos y salas de hospital, y en todas partes gente, gente, extraña y conocida, delicada y grosera, pero siempre gente, gente.

Al entrar en el edificio (los presos tenían una entrada especial: una rampa de madera para descender, y luego un pasillo subterráneo), Nerzhin se detuvo y reflexionó: ¿adónde iría?

Y lo decidió.

Por la escalera posterior de servicio, que casi nadie utilizaba, a lo largo de montones de sillas rotas apiladas, subió al descansillo sin salida del segundo piso.

Aquel descansillo lo utilizaba como taller un preso pintor: Kondrashov-Ivánov. No tenía ninguna relación con el trabajo fundamental de la *sharashka*, lo mantenían allí en calidad de siervo-pintor: el vestíbulo y las salas del Departamento de Técnicas Especiales eran muy espaciosos y requerían el adorno de unos cuadros. Menos espaciosos pero mucho más numerosos eran los pisos particulares del viceministro Fomá Guriánovich y de otros empleados de su entorno, y era una necesidad más apremiante aún la de embellecer dichos pisos con cuadros grandes, hermosos y gratuitos.

La verdad era que Kondrashov-Ivánov satisfacía muy mal estas exigencias: aunque grandes y gratuitos, los cuadros que pintaba no eran «hermosos». Los coroneles y generales que iban a

visitar su exposición intentaban vanamente meterle en la cabeza cómo debía pintar, con qué colores, y se llevaban, suspirando, lo que había. Por lo demás, colocados en marcos dorados los cuadros mejoraban.

Al subir por la escalera, Nerzhin dejó atrás un gran encargo, ya terminado, para el vestíbulo del Departamento de Técnicas Especiales —*A. S. Popov muestra al almirante Makarov el primer radiotelégrafo*—, y torció hacia el último tramo de la escalera. Antes de ver al propio pintor, percibió, bajo el techo de una pared ciega, un cuadro de dos metros de altura. —*El roble maltratado*—, también terminado pero que ninguno de los clientes quería llevarse.

En las paredes de cada tramo de la escalera había otros lienzos colgados. Algunos estaban sujetos a sus caballetes. La luz venía de dos ventanas, una al norte y la otra al oeste. También daban a este descansillo la reja y la cortina rosa del ventanuco de la Máscara de Hierro al que no llegaba la luz del sol.

No había nada más, ni siquiera una silla. Para sentarse había dos tajones verticales, uno más alto y otro más bajo.

Aunque la escalera tenía mala calefacción y reinaba allí un frío húmedo permanente, la cazadora acolchada de Kondrashov-Ivánov rodaba por el suelo, y el pintor, con las piernas y los brazos sobresaliendo de un mono insuficiente, permanecía de pie, inmóvil, alto, erecto, y no parecía helarse. Sus grandes gafas, que aumentaban su rostro y le daban un aire más severo, adaptadas a los continuos giros bruscos de Kondrashov, se sostenían sólidamente sobre sus orejas. Su mirada estaba fija en el cuadro. Sus manos sostenían el pincel y la paleta con los brazos caídos en toda su longitud.

Al oír pasos cautelosos volvió la cabeza.

Sus ojos se encontraron, pero cada uno continuó pensando en sus cosas.

El pintor no se alegró de la visita: necesitaba soledad y silencio en aquel momento.

Pero por encima de esto, le satisfizo ver a Nerzhin. Y sin hipocresía alguna, al contrario, con desmesurado entusiasmo —era su costumbre— exclamó:

—¿Gleb Vikéntich? ¡Tenga la bondad!

Y abrió acogedoramente los brazos, con la paleta y el pincel.

La bondad es una cualidad de dos filos para un artista: alimenta su imaginación pero destruye su horario.

Nerzhin se quedó vacilante en el penúltimo peldaño y dijo casi en un susurro, como si temiera despertar a alguna tercera persona:

—¡No, no, Ippólit Mijálych! He venido... ¿se puede?, para estarme callado...

—¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Claro! —asintió el pintor, hablando también en voz baja y adivinando o recordando por los ojos que Nerzhin venía de una entrevista. Retrocedió como haciendo una serie de inclinaciones de saludo y señaló el cajón con el pincel y la paleta.

Nerzhin se recogió los faldones del capote, que salvó de un recorte en el campo de concentración, se dejó caer en el cajón, se recostó en un balaustre de la barandilla y —¡tenía muchas ganas de fumar!— no fumó.

El pintor fijó la mirada en el mismo punto del cuadro que antes.

Guardaron silencio...

Los sentimientos despertados en Nerzhin por su mujer eran una sensación dolorosa refinadamente agradable.

Era como si hubiera un polvillo muy valioso en la parte de los dedos que al despedirse habían tocado sus manos, su cuello, su pelo.

Durante años se vive sin todo aquello que se ha concedido al hombre sobre la Tierra.

Te queda la razón (si cabe en ti). Las convicciones (si has madurado para tenerlas). Y en el cuello de la botella, la preocupación por el bienestar social. Eres al parecer un ateniense, el ideal de hombre.

Pero te faltan los huesos.

Y sólo este amor femenino del que te ves privado equilibra la totalidad del mundo restante.

Unas sencillas palabras:

«¿Me quieres?».

«¡Te quiero! ¿Y tú?», pronunciadas con miradas o movimientos de labios llenan ahora el alma con un suave sonido festivo.

En este momento, Gleb no había podido imaginar ni recordar ningún defecto de su mujer. Parecía tejida sólo de virtudes. De fidelidad.

Lástima que no se atrevió a besarla al principio de la entrevista. Era un beso que ahora ya no había manera de recuperar.

Los labios de su mujer habían perdido la costumbre, eran débiles. ¡Y qué cansada estaba! Con qué aire de mujer acorralada había hablado de divorcio.

¿Un divorcio ante la ley? Gleb no lamentaba una ruptura sobre papel sellado. En realidad, ¿qué le importaba al Estado la unión de las almas? Ni tampoco la de los cuerpos.

Pero achuchado por la vida, sabía que las cosas y los acontecimientos tienen su lógica implacable. En los actos cotidianos, la gente no concibe las consecuencias completamente opuestas que dimanar de sus acciones. Por ejemplo, Popov, al inventar la radio, ¿pensó que fabricaba una charlatanería general, un sonoro tormento para los pensadores solitarios? O bien los alemanes: soltaron a Lenin para destruir Rusia y consiguieron treinta años después la división de Alemania. O bien Alaska. Parecía una negligencia haberla vendido de baratillo, pero ahora los tanques soviéticos no pueden ir a América por tierra. Y este hecho insignificante decide la suerte del planeta.

Así ocurrió con Nadia. Se divorcia para evitar persecuciones. Y una vez divorciada se encontrará casada de nuevo sin siquiera darse cuenta.

Sin saber por qué, el ver agitar por última vez sus dedos sin anillo le oprimió el corazón: así se despide la gente para siempre... Nerzhin permaneció sentado mucho rato en silencio, y el exceso de alegría producido por la entrevista, la alegría que le envolvía en el autobús, fue derramándose gradualmente, ahuyentada por pensamientos serenos y lúgubres. Pero con ello se equilibró su mente y de nuevo volvió a entrar en su habitual piel de presidiario.

«Te va estar aquí», había dicho ella.

¡A él le iba estar en la cárcel!

Era verdad.

En esencia, no lamentaba los cinco años que había estado preso. Antes de alejarse de ellos, Nerzhin ya los consideraba en su fuero interno como una parte peculiar e indispensable de su vida.

¿Desde dónde ver mejor la revolución rusa sino entre rejas, enclaustrado por ellas?

¿Dónde conocer mejor a las personas?

Y a sí mismo.

¡De cuántas vacilaciones juveniles, de cuántas direcciones equivocadas, le había salvado el sendero de la cárcel, férreo, impuesto y único!

Como decía Spiridón: «Tu voluntad es un tesoro guardado por unos diablos».

Por ejemplo, este soñador poco accesible a las bromas del siglo, ¿qué había perdido en la cárcel? No podía, claro está, vagar con su caja de pinturas por los alrededores de Moscú. No podía, naturalmente, reunir bodegones encima de la mesa. ¿Exposiciones? No se las sabía *organizar*, y en cincuenta años no colocó un solo cuadro en una buena sala. ¿Dinero por los cuadros? Tampoco lo cobraba antes. ¿Espectadores benévolo? Aquí los reunía quizás en mayor número. ¿Un taller? En libertad no disponía ni siquiera de este frío descansillo de escalera. Su vivienda y su taller estaban en una estrecha y larga habitación que parecía un pasillo. Para desarrollar su trabajo colocaba una silla encima de otra y enrollaba el colchón. Los visitantes preguntaban: «¿Se cambia de piso?». Tenía una única mesa, y cuando desplegaba sobre ella un bodegón, su esposa y él comían en una silla hasta que terminaba el trabajo.

Durante la guerra no había aceite para las pinturas, y él utilizaba el de girasol, de racionamiento, y las diluía en él. Para tener cartilla de racionamiento era preciso servir al Estado, y le enviaron a una división química, a pintar los retratos de las alumnas distinguidas en la instrucción militar y política. Se le encargaron diez de dichos retratos, pero él eligió a una muchacha de las diez sobresalientes y la agostó con largas sesiones. Sin embargo, no la pintó como quería la jefatura, y luego nadie quiso aceptar aquel retrato, llamado: *Moscú, año 41*.

Y el año 41 aparecía en el retrato. Era una muchacha con un traje antigás. Sus tumultuosos cabellos rojo-cobre asomaban por todos lados bajo la gorra y envolvían la cabeza con un contorno agitado. La cabeza estaba levantada, los ojos frenéticos veían ante sí algo horrible, algo imperdonable. ¡Pero la figura no aparecía virginalmente relajada! Sus manos, dispuestas para el combate, se agarraban a la correa de la máscara antigás; el traje antigás, negro y gris, se rompía en agudas y duras arrugas, y reflejaba la luz como una franja de plata refractada en una superficie: parecía una armadura de la época caballeresca. La nobleza, la crueldad y el desquite se juntaban y se injertaban en el rostro de aquella enérgica *komsomol* de Kaluga, una chica nada hermosa en la que Kondrashov había visto a la Doncella de Orleans.

Al parecer, salió muy en la línea del «¡No olvidaremos! ¡No perdonaremos!», pero se pasaba de la raya, mostraba algo sin control, el cuadro asustaba, nadie lo tomaba, no se expuso ni una sola vez en ninguna parte y estuvo años en el cuartucho del pintor colocado de cara a la pared, donde permanecía aún el día del arresto.

El hijo de Leónidas Andreyev, Daniil, escribió una novela y reunió a dos decenas de amigos para que escucharan su lectura. Un jueves literario al estilo del siglo XIX... Aquella novela costó a

cada oyente veinticinco años de campo de trabajo correccional. Uno de los oyentes de la sediciosa novela fue Kondrashov-Ivánov, biznieto del decembrista Kondrashov que fuera condenado a veinte años por insurrección y destacara por la emocionante visita que le hiciera en Siberia una institutriz francesa enamorada de él.

Ciertamente, Kondrashov-Ivánov no fue a parar a un campo de concentración: apenas firmó el recibo de la condena fue conducido a Marfino y obligado a pintar cuadros, uno al mes, según estableció para él Fomá Guriánovich. Durante los doce meses del año anterior, Kondrashov pintó los cuadros que había colgados por las paredes, y los que ya se habían llevado. ¿Y qué? Con cincuenta años a sus espaldas y veinticinco por delante, vivió aquel pacífico año de cárcel, que pasó volando, sin saber si le tocaría en suerte otro año semejante. No advertía qué le daban para comer, para vestir, ni cuándo contaban su cabeza junto con las demás.

Aquí carecía de la posibilidad de encontrarse y de hablar con otros artistas. Y de ver sus cuadros. Y de averiguar, por los álbumes de reproducciones que se filtraban por la aduana, cómo crecía y en qué dirección evolucionaba la pintura de Occidente.

Pero creciera en la dirección que creciera, en nada podía influir, ni tenía relación con el trabajo de Kondrashov-Ivánov, pues en el pentágono mágico donde todo se descubría y creaba, las cinco puntas estaban ocupadas de una vez por todas: dos puntas por el dibujo y la luz, otras dos por el Bien mundial y el Mal mundial, y la quinta por el mismo pintor.

No podía volver con sus propios pies vivos a los paisajes que viera antaño, no podía recomponer con sus manos aquellos bodegones, pero en relación a todos ellos, y especialmente a sus verdaderos colores, había madurado en las celdas, sumidas en la penumbra por las pantallas, y ahora pintaba de memoria los bodegones y los paisajes que no pintara antes.

Uno de esos bodegones en perspectiva egipcia de cuatro por cinco (Kondrashov concedía una primerísima importancia a la correlación entre los lados) colgaba ahora junto a la ventana de Mamurin. La mitad de su superficie estaba ocupada por una bandeja redonda brillantemente pulida y colocada de pie, de canto. Era una simple bandeja, ¡pero se percibía como un intrépido y ardiente escudo! A su lado había una jarra metálica oscura con negras hendiduras azabaches, no para el vino sino más bien para el agua fresca. Y por toda la pared del fondo se desplegaba un brocado amarillo oro (a Kondrashov le gustaban especialmente todos los matices del amarillo) que se percibía como la esclavina del Invisible. Había algo en la composición de estos tres objetos que transmitía un espíritu de valor e incitaba a no retroceder.

(Ninguno de los coroneles había cogido aquella naturaleza muerta, insistían en que la bandeja debía colocarse plana poniendo encima por lo menos una sandía cortada).

Kondrashov pintaba varios cuadros a la vez, dejándolos y volviendo de nuevo a ellos. A ninguno lo elevó a ese nivel que da al maestro la sensación de perfección. Ni siquiera sabía con exactitud si existía ese nivel. Los abandonaba cuando dejaba de percibir en ellos cualquier cosa, cuando su ojo se habituaba a ellos. Los abandonaba cuando, a cada regreso, su capacidad para mejorarlos era cada vez menor e incluso observaba que los estropeaba en lugar de corregirlos.

Los abandonaba, los ponía de cara a la pared y los cubría. Los cuadros iban alejándose más y más de él, y al entregarlos para que colgaran sin gratificación, para que colgaran para siempre en

medio de un ensoberbecido lujo, el éxtasis de la despedida se apoderaba del pintor. Aunque nadie los viera nunca más, ¡él los había pintado!

... Atento ya, Nerzhin empezó a contemplar el último cuadro de Kondrashov.

Un arroyo frío ocupaba el lugar principal del mismo. Casi era imposible saber hacia adonde discurriría el arroyo: no fluía en absoluto, su superficie estaba a punto de helarse. Donde las aguas eran menos profundas se adivinaba en el arroyo un matiz ocre: era el reflejo de las hojas muertas depositadas en el fondo. La primera nieve ponía unas manchas en ambas orillas, y en los espacios deshelados intermedios emergía una hierba castañoamarillenta. En la orilla crecían dos matas de salguero de color humo impalpable, húmedas por los granitos de nieve medio deshelada que retenían. Pero no era esto lo principal, sino lo del fondo: formando la densa masa de un bosque había unos abetos negros, aceitunados, en cuya primera fila brillaba indefenso un único abedul. Su fuego tierno y amarillo hacía más lúgubre y compacta la guardia de las agujas de abeto, que elevaban al cielo las puntas de sus lanzas. El cielo estaba lleno de irreparables harapos manchados, y en medio de un ambiente tan melancólico se ponía un sol ahogado, sin fuerzas para abrir paso a un rayo recto. Pero tampoco esto era lo principal, sino el agua fría del empantanado arroyo. Era compacta, profunda. Como un plomo transparente, muy fría. Absorbía y mantenía el equilibrio entre el otoño y el invierno. Y otro género de equilibrio, además.

También su autor se fijaba ahora en este cuadro.

Existe la ley inalterable de la creatividad. Kondrashov la conocía muy bien de antiguo, intentaba rebelarse, pero de nuevo se sometía impotente a ella. La ley era que nada de lo que hubiera hecho antes tendría ningún peso ni se tomaría en cuenta, ni se consideraría ningún mérito del autor. Sólo aquello único que estuviera pintando hoy, sólo eso sería el compendio de su experiencia vital, el punto más alto de su capacidad y de su inteligencia, la primera piedra de toque de su talento.

¡Pero era un fracaso!

Cada uno de los anteriores, antes de ser un fracaso, tampoco le salía bien. Pero su desesperación anterior estaba completamente olvidada; en cambio ahora, este cuadro único, ¡el primero en el que había aprendido a pintar de verdad!, no le salía. ¡Había vivido en vano toda su vida, nunca tuvo ningún talento!

Esa agua, por ejemplo, era compacta, fría, profunda e inmóvil, pero no era nada si no transmitía la elevada síntesis de la naturaleza. Kondrashov nunca encontraba en sí mismo, en sus sensaciones extremas, esa síntesis, esa comprensión, ese sosiego y esa conjunción del todo. No la encontraba pero la conocía y la reverenciaba en la naturaleza. Por ejemplo, ¿transmitía el agua ese elevado sosiego? Languidecía y se desesperaba intentando comprender una cosa: ¿lo transmitía?

—¿Sabe una cosa, Ippólit Mijálych? Creo que empiezo a estar de acuerdo con usted: todos estos lugares son Rusia.

—¿No será el Cáucaso? —se volvió rápidamente Kondrashov-Ivánov. Sus gafas no temblaban sobre su nariz, parecían soldadas a ella.

La cuestión, aunque distaba de ser la más importante, no carecía de interés. Muchos denigraban, confusos, los paisajes de Kondrashov: no les parecían rusos sino caucasionos, porque,

bueno, eran demasiado majestuosos, demasiado enfáticos.

—Lugares así puede haberlos perfectamente en Rusia —aceptó Nerzhin cada vez con más seguridad. Se levantó del tajón y se puso a pasear mientras examinaba *La mañana de un día extraordinario* y otros paisajes.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! —dijo inquieto el pintor meneando la cabeza—. ¡No sólo puede haberlos en Rusia, sino que los hay! ¡Le llevaría a verlos si pudiera ir sin escolta! ¡Compréndalo, el público se ha sometido a Levitán! Siguiendo a Levitán, nos hemos acostumbrado a considerar nuestra naturaleza rusa como algo pobre, humilde, modestamente agradable. Pero si nuestra naturaleza sólo fuera esa, dígame, ¿de dónde habrían salido los pirómanos? ¿Los *strelets*^[29] rebeldes? ¿Pedro el Grande? ¿Los decembristas? ¿Los del partido Naródnaya Volia?

—¡Ajá! —le gustó a Nerzhin—. Es muy cierto. De todos modos, Ippólit Mijálych, piense lo que quiera pero yo no comprendo su pasión por las expresiones límite. Por ejemplo, ese roble mutilado. ¿Por qué tiene que estar necesariamente en un precipicio rocoso? Debajo, naturalmente, está el abismo, usted no aceptaría menos. Y el cielo no sólo es amenazador, sino que un cielo así nunca ha conocido el sol. Y han pasado por aquí todos los huracanes que han soplado en el mundo durante doscientos años, le han retorcido las ramas, le han arrancado de la roca con las uñas. Ya sé que usted es shakespeariano: si ha de haber una maldad que sea inconmensurable. Pero esto ha pasado de moda, en un sentido estadístico tales situaciones raramente alcanzan a alguien. No hay que poner estas mayúsculas en el bien y el mal.

—¡Resulta imposible escuchar siquiera semejante cosa! —se enfureció el artista gesticulando con sus brazos cada vez más largos—. ¿Qué ha pasado de moda? ¿Ha pasado de moda la maldad? ¡Pero si sólo se ha manifestado por primera vez en nuestro siglo! ¡Si en tiempos de Shakespeare era un juego de niños! ¡No sólo deberíamos poner mayúsculas en el Bien y el Mal, sino letras de cinco pisos que parpadearan como faros! ¡Y en cambio nos hemos perdido en los matices! ¿Qué es raro estadísticamente? ¿Y cada uno de nosotros? ¿Y cuántos millones somos?

—En general, sí... —meneó también Nerzhin la cabeza—. Sí, desde el momento que en el campo de concentración nos ofrecen entregar los restos de nuestra conciencia a cambio de doscientos gramos de pan negro... Pero en cierto modo esto se hace en silencio, con cierto disimulo...

Kondrashov se irguió aún más, se elevó en toda su singular estatura. Miraba hacia arriba y hacia adelante, como Egmont conducido al suplicio.

—¡Nunca campo de concentración alguno debe romper las fuerzas espirituales de un hombre! Nerzhin sonrió con maligna serenidad:

—No debe, quizá, pero las rompe. Usted no ha estado todavía en un campo de concentración, no opine. No sabe cómo crujen allí nuestros huesos. Entran unos hombres y salen (si es que salen) irreconociblemente diferentes. Es cosa conocida que la existencia determina la conciencia.

—¡Nnno! —Kondrashov abrió sus largos brazos, capaces de abarcar inmediatamente a todo un mundo—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Esto sería humillante! ¿Para qué, entonces, vivir? ¿Por qué, entonces, hay enamorados que son fieles cuando están separados? ¡Tenga en cuenta que la existencia les exige que se traicionen! ¿Y por qué las personas pueden ser diferentes aunque se encuentren en

condiciones idénticas, incluso en un mismo campo de concentración? Todavía no sabemos quién forma a quién: ¿la vida al hombre, o el hombre noble y fuerte a la vida!

Nerzhin estaba tranquilo y seguro de la superioridad de su experiencia vital sobre las concepciones fantásticas de aquel idealista sin edad. Pero era imposible no saborear sus réplicas:

—¿Al nacer, se deposita en el hombre cierta Esencia! ¿Viene a ser el núcleo del hombre, su yo! ¿Ninguna existencia externa puede determinar al hombre! ¿Además, cada hombre lleva en sí una Imagen de Perfección que a veces queda oscurecida, pero otras aparece claramente! ¿Y le recuerda su deber de caballero!

—Además, otra cosa —se rascó la nuca Nerzhin, sentado de nuevo en el tajón—. ¿Por qué aparecen tan a menudo en sus cuadros los caballeros y sus pertenencias? Creo que se pasa de la raya, aunque, naturalmente, a Mitia Sologdin le gusta. La moza del cañón antiaéreo es para usted un caballero, la bandeja de cobre el escudo de un caballero...

—¿Có-mo? —se asombró Kondrashov—. ¿Eso no le gusta? ¿Me paso de la raya? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —tronó su gran carcajada, y el eco de esta carcajada sonó por toda la escalera, como por las rocas. Y como atacando a Nerzhin con una lanza a caballo, apuntó hacia él con la mano provista de la punta del dedo—: ¿Y quién echó a los caballeros de esta vida? ¿Los amantes del dinero y del comercio! ¿Los amantes de orgías báquicas! ¿Y quiénes hacen falta en nuestra época? ¿Los miembros del partido? No, mi querido amigo, ¡faltan *caballeros*! ¿Si hubiera caballeros no habría campos de concentración! ¿Tampoco habría asesinos!

Se calló de pronto, descendió suavemente de las alturas de su montura hasta ponerse en cuclillas junto a su visitante y preguntó en un murmullo emitiendo destellos con las gafas:

—¿Se lo enseño?

¡Así terminan siempre las discusiones con los artistas!

—¡Enséñemelo, naturalmente!

Sin recuperar su estatura, Kondrashov se introdujo en un rincón, y extrajo una pequeña tela embutida en una base de marco. La trajo y la mantuvo ante Nerzhin por la cara opuesta, gris.

—¿Sabe algo de Parsifal? —preguntó con voz algo sorda.

—Es algo relacionado con Lohengrin.

—Es su padre. Depositario del cáliz del Santo Grial. Imagino precisamente este momento. Un momento que puede tener cada persona al ver por vez primera la Imagen de Perfección...

Kondrashov cerró los ojos, recogió los labios y se los mordió. Se estaba preparando.

Nerzhin estaba sorprendido de que fuera tan pequeño lo que iba a ver.

El pintor abrió los párpados:

—Sólo es un bosquejo. El bosquejo del cuadro más importante de mi vida. Seguramente, nunca lo pintaré. Es el instante en que Parsifal ve por primera vez... ¡el castillo... del Santo... Grial!

Y se volvió para poner el bosquejo en un caballete frente a Nerzhin. Y él contemplaba también incesantemente sólo este bosquejo. Y levantaba la mano, palma arriba, hasta los ojos, como protegiéndose de la luz que procedía *de allí*. Retrocediendo más y más para abarcar mejor la visión, se tambaleó en el primer peldaño de la escalera y a punto estuvo de rodar por ella.

El cuadro estaba proyectado para que tuviera una altura doble de la anchura. Representaba una garganta en forma de cuña entre dos abismos montañosos separados. En ambos precipicios, a derecha e izquierda, aparecían los árboles del lindero de un bosque sombrío y virgen. Unos helechos trepadores y unas matas deformes, hostiles y tenaces, se pegaban al borde mismo de los abismos, e incluso a sus paredes a plomo. Arriba, a la izquierda, un jinete cubierto con un casco que parecía un yelmo y una capa carmesí aparecía montado en un corcel gris claro. El caballo no se asustaba del precipicio, se limitaba a levantar una pata sobre el último paso, que no había dado, pero estaba dispuesto, si era voluntad del jinete, a retroceder y a pasar al otro lado: tenía fuerzas para pasar al vuelo.

Pero el jinete no miraba hacia el abismo que había ante el caballo. Confuso y asombrado, miraba hacia un punto lejano para nosotros donde el espacio más alto del cielo irradiaba un resplandor oroanaranjado que procedía del sol, o bien de algo todavía más puro que el sol, oculto tras el castillo a nuestras miradas. Este se alzaba en la escalonada montaña, y estaba también formado por escalones y torres, visible desde abajo por la garganta en forma de cuña y por el corte entre las rocas, los helechos y los árboles. Se alzaba en forma de aguja, en toda la altura del cuadro, hasta el cénit del cielo, y no era un castillo real y preciso, sino algo como tejido por las nubes, ligeramente ondulante, turbio, pero aún así perceptible en sus detalles, de una perfección de otro mundo: bajo la aureola del invisible supersol estaba el azulado castillo del Santo Grial.

La llamada anunciando el descanso de la comida recorrió todos los recovecos del edificio del *seminano-sharasbka* y alcanzó también el alejado descansillo de la escalera.

Nerzhin se apresuró a salir al aire libre.

Por limitado que fuera el espacio común de recreo, a Nerzhin le gustaba marcarse un camino propio por el que no pasaban todos, y como en la celda, recorría tres pasos adelante y tres de retorno, pero paseaba solo. Así había conseguido, en los paseos, el breve bienestar de la soledad y de la estabilidad.

Nerzhin escondió el traje de paisano bajo los largos faldones de su indigestible capote de artillería (no quitarse la ropa en el momento debido era una peligrosa infracción de las normas, y podían expulsarlo del paseo, pero le dolía el tiempo de paseo que perdería si iba a cambiarse), llegó al patio con paso rápido y ocupó su apisonado y corto sendero de tilo a tilo, en el límite mismo de la zona permitida, cerca de la valla que daba a la casa del obispo, de aspecto náutico.

No quería permitir que una conversación vacua le distrajera.

Los copos de nieve, siempre exiguos, revoloteaban, imponderables. No formaban una capa de nieve, pero tampoco se fundían al caer.

Nerzhin empezó a caminar casi a tientas, con la cabeza levantada al cielo. Las profundas inspiraciones de aire producían un cambio total en el interior de su cuerpo. Por su parte, el alma se fundía en el sosiego del cielo, incluso en un cielo tan turbio y tan maduro de nieve.

Pero en aquel momento lo llamaron:

—Glebka...

Nerzhin volvió la cabeza. Con su viejo capote de oficial y su gorra de invierno (le habían arrestado en el frente también en invierno), Rubin estaba detrás del tronco de un tilo sin asomarse por entero. Se sentía incómodo ante su amigo y compañero de tinaja, tenía conciencia de realizar una mala acción: su amigo continuaba, al parecer, la entrevista con la esposa, y él tenía que interrumpirle en tan sagrado minuto. Esta incomodidad de Rubin se manifestaba en que no asomaba todo su cuerpo desde el tilo, sino sólo media barba.

—¡Glebka! Si altero mucho tu estado de ánimo, di meló y desapareceré. Pero es muy necesario que hablemos.

Nerzhin contempló los ojos dulces y suplicantes de Rubin, miró después las ramas blancas del tilo y volvió a mirar a Rubin. Por mucho que caminara ahora por el sendero solitario nada más podría sacar de aquella amargura-felicidad que llevaba en el alma. Se había petrificado ya.

La vida continuaba.

—¡De acuerdo, Lióvchik, suéltalo ya!

Y Rubin entró en el sendero. Por su cara solemne, sin una sonrisa, Gleb adivinó que había sucedido algo importante.

Imposible imponer a Rubin una tentación más dura: ¡cargarle con un secreto de importancia mundial y exigirle que no lo comunicara a ninguno de sus íntimos! ¡Si en aquel momento los imperialistas norteamericanos le hubiesen raptado de la *sharashka* y lo estuviesen haciendo pedazos, él no les habría descubierto su gran misión! ¡Pero estar entre los presos de la *sharashka* como único poseedor de un secreto tan detonante, y no decirlo ni siquiera a Nerzhin, era una exigencia inhumana!

Decírselo a Gleb era lo mismo que no decírselo a nadie, ya que Gleb a nadie se lo diría. Era incluso muy natural que se lo comunicara, pues era el único que estaba al corriente de la clasificación de las voces, y el único que podía comprender las dificultades y el interés de la tarea. Y había algo más: la extrema necesidad de decírselo y de ponerse de acuerdo ahora mismo, cuando todavía era tiempo, luego empezaría la agitación febril, no podría apartarse de las cintas, el asunto iría tomando empuje, habría que buscar un ayudante...

De modo que la previsión profesional justificaba plenamente la imaginaria violación de un secreto de Estado.

Los dos pelados gorros militares y los dos raídos capotes empezaron a caminar apareados, chocando a veces con los hombros y ennegreciendo y ensanchando el sendero con los pies.

—¡Hijo mío! Es una conversación ultrasecreta. En el Consejo de Ministros, incluso, sólo conocen este asunto un par de hombres, no más.

—De todos modos, soy una tumba. Pero si se trata de un secreto tan importante, quizás es mejor que no me lo digas, no es necesario. Cuanto menos se sabe, mejor se duerme.

—¡Tonto! No lo haría, me cortarán la cabeza si se descubre. Pero necesito tu ayuda.

—Está bien, canta.

Vigilando continuamente que no hubiera nadie cerca de ellos, Rubin le contó en voz baja la conversación telefónica grabada y el sentido del trabajo que le habían encargado.

Aunque Nerzhin se había vuelto poco curioso en la cárcel, escuchó con tenso interés, y se detuvo un par de veces para formular preguntas.

—Compréndelo, muchacho —terminó Rubin—, se trata de una nueva ciencia, la «fonoscopia», con sus métodos y sus horizontes. Me aburre y me resulta difícil entrar en ella en solitario. ¡Qué bonito sería si pudiéramos llevar esta carga entre los dos! ¿No es halagador ser el promotor de una ciencia completamente nueva?

—¡A lo mejor sí —mugió Nerzhin—, pero una ciencia! ¡Que se la metan en el trasero!

—De acuerdo, tienes razón, Arquesilao de Antioquía no lo aprobaría. Pero ¿no necesitas una reducción de la condena? En caso de éxito habría una importante reducción y un pasaporte limpio. Y, aunque no hubiera éxito, consolidarías tu posición en la *sharashka* como especialista insustituible. No podría tocarte con el dedo ningún Antón.

Uno de los tilos en que se apoyaba el sendero tenía el tronco bifurcado a la altura del pecho de

un hombre. Esta vez, Nerzhin no dio la vuelta en el tronco sino que se apoyó en él de espaldas y descansó la nuca exactamente en la bifurcación. Bajo la gorra, caída sobre la frente, adquirió un aspecto casi propio de los bajos fondos, y en esta posición miró a Rubin.

Por segunda vez en veinticuatro horas le proponían la salvación.

Y por segunda vez esta salvación no le producía ninguna alegría.

—Escucha, Lev... Todas esas bombas atómicas, cohetes V y nacimiento de tu fonoscopia... —hablaba con aire distraído, como si no hubiera decidido lo que debía responder—... son las fauces del dragón. A los que saben demasiado los encierran por los siglos de los siglos entre estos muros. Si de la fonoscopia se han enterado dos miembros del Consejo de Ministros (naturalmente, Stalin y Beria), a dos imbéciles como tú y yo la rebaja nos la darán con un tiro en la nuca. Por cierto, ¿por qué en la checa tienen por costumbre disparar precisamente en la nuca? A mi juicio es muy ruin. ¡Prefiero una descarga en el pecho y con los ojos abiertos! ¡Tienen miedo de mirar a los ojos de sus víctimas, eso es lo que pasa! Y el trabajo es mucho, hay que cuidar los nervios de los verdugos...

Rubin guardó silencio, incapaz de decidir. Nerzhin callaba, siempre recostado en el tilo. Creían haber hablado mil veces exhaustivamente de cuanto hay en este mundo, lo sabían todo, y ahora sus ojos, castaño oscuro unos y azul oscuro otros, se estudiaban inquisitivamente unos a otros.

¿Debían dar aquel paso?

Rubin suspiró:

—Una conversación telefónica como esta es un nudo en la historia mundial. No hay derecho moral a pasar de largo.

Nerzhin se animó:

—¡Pues agarra el asunto por el cuello! ¿Por qué me engañas con eso de la nueva ciencia y de la rebaja de la condena? Tu objetivo es cazar a ese tipo, ¿verdad?

Los ojos de Rubin se estrecharon, su cara se endureció.

—¡Sí! ¡Es mi objetivo! Este infame petimetre moscovita, este arribista, se ha cruzado con el camino del socialismo y hay que quitarlo de en medio.

—¿Por qué crees que es un petimetre y un arribista?

—Porque he oído su voz. Por la prisa que se da en hacer méritos ante sus amos.

—¿Y esto no te tranquiliza?

—No comprendo.

—Ocupando como debe ocupar un puesto nada insignificante, ¿no debería mejor hacer méritos con Vyshinski? ¿No es un sistema raro ese de hacer méritos al otro lado de la frontera sin siquiera dar su nombre?

—Probablemente cuenta con ir allí. Para hacer méritos aquí, debe continuar su servicio gris e irreprochable, y dentro de veinte años le tocará alguna medallita, alguna hoja de palma más en la bocamanga, lo sé muy bien. Pero en Occidente se lo darían al instante: un escándalo mundial y un millón en el bolsillo.

—Sí... Sin embargo, juzgar los motivos morales por la voz en una franja de frecuencias de

los trescientos a los dos mil cuatrocientos herzios. ¿Crees que es verdad lo que comunicó?

—¿Lo de la tienda de piezas de radio?

—Sí.

—Hasta cierto grado es evidente que sí.

—«En esto hay un grano de racionalidad» —le remedó Nerzhin—. ¡Ay, ay, ay, Liovka, Liovka! O sea, ¿que te pones del lado de los ladrones?

—¡No son ladrones, sino agentes del contraespionaje!

—¿Qué diferencia hay? ¡Petimetres y arribistas de la misma ralea, sólo que neoyorquinos, robarían el secreto de la bomba atómica para meterse en el bolsillo tres millones de Oriente! ¿O no has oído sus voces?

—¡Tonto! ¡Estás irreparablemente envenenado por las emanaciones de la cubeta de la cárcel! ¡La prisión te ha deformado todas las perspectivas del mundo! ¿Cómo puedes comparar a los hombres que sabotean el socialismo con aquellos que le sirven? —la cara de Rubin expresaba sufrimiento.

Nerzhin se echó la tibia gorra para atrás y volvió a depositar la cabeza en la bifurcación del árbol:

—Escucha, ¿de quién era la maravillosa poesía de los dos Alioshas, que leí recientemente?

—Eran otros tiempos, tiempos de conceptos todavía no diferenciados, de ideales todavía no declarados. Entonces era posible.

—¿Y ahora ya se ha aclarado? ¿En forma de Gulag?

—¡No! ¡En forma de ideales morales del socialismo! ¡El capitalismo no los tiene, sólo tiene sed de beneficios!

—Escucha —frotó Nerzhin sus espaldas contra el tilo bifurcado acomodándose para una larga conversación—, ¿qué ideales morales del socialismo son esos, quieres decírmelo? No los vemos en la Tierra. Admitamos que alguien estropeó el experimento, pero ¿dónde y cuándo los prometieron, y en qué consisten? ¿Eh? En realidad, todo socialismo, cada socialismo, es una especie de caricatura del Evangelio. El socialismo sólo nos promete igualdad y hartura, y eso por el camino de la coacción.

—¿Y es poco? ¿En qué sociedad, en toda la historia, hubo algo semejante?

—¡En cualquier buena pocilga hay igualdad y hartura! ¡Nos conceden igualdad y hartura! ¡Que nos den una sociedad moral!

—¡Y os la daremos! ¡Pero no nos estorbéis! ¡No os crucéis en nuestro camino!

—¿Queréis que no os impidamos robar bombas?

—¡Ah, cerebro patas arriba! Y por qué todas las personas inteligentes y serenas...

—¿Quién? ¿Yákov Ivánovich Mamurin? ¿Grigori Borísovich Abramson? —se rio Nerzhin.

—¡Todas las mentes despejadas! ¡Todos los mejores pensadores de Occidente! ¡Sartre! ¡Todos están a favor del socialismo! ¡Todos contra el capitalismo! ¡Pero si es una perogrullada! ¡Y tú eres el único que no lo ve claro! ¡Mono de andadura vertical!

Rubin estaba inclinado sobre Nerzhin empujándolo con el cuerpo y sacudiéndolo con los dedos abiertos de las manos. Nerzhin lo rechazaba repeliendo su pecho.

—¡De acuerdo, soy un mono! Pero no quiero hablar con tu terminología. ¿Qué es eso de «capitalismo»? ¿Qué es eso de «socialismo»? ¡No comprendo estas palabras y no las puedo emplear!

—¿Necesitas la Lengua de la Claridad Máxima? —se rio Rubin, desprendiéndose de su tensión.

—¡Sí, si así lo quieres!

—¿Y qué comprendes tú?

—He aquí lo que comprendo: ¡mi familia! ¡Lo intangible de mi personalidad!

—¿Una libertad ilimitada?

—No, una autolimitación moral.

—¡Ah, engendro de filósofo! ¿Y quieres vivir en el siglo xx con estos difusos conceptos de ameba? ¡Pero si son conceptos clasistas! Si dependen de...

—¡No dependen de un rábano! —se liberó Nerzhin y se enderezó abandonando la cavidad del árbol—. ¡La justicia no depende de nada!

—¡Clasista! ¡Es un concepto clasista! —sacudió Rubin los cinco dedos por encima de la cabeza de Nerzhin.

—La justicia es la piedra angular, ¡la base del universo! —blandió también Nerzhin los brazos. Desde lejos habría podido pensarse que estaban a punto de pelear—. Nacemos con la justicia en el alma, no deseamos vivir sin ella, ni es necesario. Recuerdas lo que decía Fiodor Ioanych: «No soy inteligente ni fuerte, no es muy difícil engañarme, ¡pero puedo distinguir *lo blanco de lo negro!* ¡Dame las llaves, Godunov!».

—¡No, no esquivarás la cuestión! —dijo amenazadoramente Rubin—. Tendrás que rendir cuentas: ¿de qué lado de la barricada estás?

—La de fanáticos que ha reunido la madre que os parió: ¡ha cercado toda la Tierra con barricadas! —se enfadó Nerzhin a su vez—. ¡Esto es lo horrible! Uno quiere ser ciudadano del mundo, uno quiere ser un ángel de las alturas, pero no, le agarran por los pies: *¡quien no está con nosotros está contra nosotros!* ¡Dadme espacio libre! ¡Dadnos espacio! —se defendía Nerzhin.

—¡Lo damos, damos lo que *aquellos* del otro lado no te darían!

—¿Dices que lo dais? ¿A quién lo dais? Con bayonetas y tanques en todo el camino...

—Hijo mío —se dulcificó Rubin—, desde una perspectiva histórica...

—¡Al diablo la perspectiva! Quiero vivir ahora, no en perspectiva. ¡Sé lo que vas a decirme!: tergiversaciones burocráticas, período provisional, régimen de transición, pero a mí no me deja vivir ese régimen de transición vuestro, vuestro período de transición pisotea mi alma, no voy a defenderlo, ¡no soy un memo!

—Me equivoqué al molestarte después de la entrevista —dijo Rubin con total dulzura.

—¡Nada tiene que ver en esto la entrevista! —el encarnizamiento de Nerzhin no cedía—. ¡Siempre pienso así! ¡Nos burlamos de los cristianos diciendo: esperáis el paraíso, tontos, y lo soportáis todo en la Tierra!

Y nosotros, ¿qué esperamos? ¿Para quién sufrimos? ¿Para unos míticos descendientes? ¿Qué diferencia hay entre esperar la felicidad de los descendientes o la felicidad en el otro mundo? No

hemos de ver ni lo uno ni lo otro.

—¡Nunca fuiste marxista!

—Por desgracia lo fui.

—¡Perr-rrro! Carroña... Hemos gasificado las voces juntos... ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Trabajar solo?

—Ya encontrarás a alguien.

—¿A quién? —se puso Rubin de morros, y era curioso ver su expresión de niño ofendido en su cara varonil de pirata.

—No, amiguito, no te ofendas. O sea, ¿que ellos me rocían con el consabido líquido amarillocastaño y yo debo conseguir para ellos la bomba atómica? ¡No!

—¡Para ellos no, para nosotros, tonto!

—¿Por qué para nosotros? ¿Necesitas tú una bomba atómica? Yo no. Yo, como Zemeliá, no pretendo el dominio del mundo.

—¡Déjate de bromas! —se recuperó de nuevo Rubin—. O sea, ¿que este granuja entregue la bomba a Occidente?

—Confundes las cosas, Lióvuchka —dijo Gleb alisando con ternura la solapa del capote de Rubin—. La bomba está en Occidente, ellos la inventaron, y vosotros queréis robarla.

—¡Y ellos también la tiraron! —replicó Rubin con un brillo castaño en los ojos—. ¿Estás dispuesto a asumirlo? ¿Estás a favor de ese canalla?

Nerzhin respondió de la misma solícita manera:

—¡Lióvuchka! La poesía y la vida forman en ti una sola cosa. ¿Por qué estás tan enojado con él? Pero si es tu Aliosha Karamázov defendiendo Perekop. Si quieres, ve y conquítalo.

—¿Y tú no vendrás? —se endureció la mirada de Rubin—. ¿Estás dispuesto a que haya un Hiroshima? ¿En tierra rusa?

—¿Y tú crees que hay que robar la bomba? La bomba no hay que robarla, hay que aislarla moralmente.

—¿Cómo, aislarla? ¡Es un delirio idealista!

—Muy sencillo: ¡hay que confiar en la ONU! Os propusieron el Plan Baruch. ¡Convenía firmarlo! Pero no, ¡el Tío necesitaba la bomba!

Rubin estaba de espaldas al patio de recreo y al sendero, Nerzhin estaba de cara y vio a Doronin que se acercaba rápidamente.

—Calla, viene Ruska. No te vuelvas —previno a Rubin en un murmullo. Y continuó en voz alta y uniforme—: Escucha, ¿y no tropezaste allí con el regimiento de artillería 689?

—¿A quién conocías de ese regimiento? —respondió Rubin a disgusto, sin asumir todavía el nuevo tema.

—Al comandante Kandyba. Le ocurrió un caso muy interesante...

—¡Señores! —dijo Doronin con voz franca y alegre.

Rubin se volvió carraspeando y le miró sombrío:

—¿Qué dices, *enfant*?

Rostislav miraba a Rubin con ojos carentes de toda ficción. Su cara respiraba pureza:

—¡Lev Grigórich! Me molesta mucho que mientras yo vengo con el corazón en un puño las personas de mi confianza me miren de soslayo. ¿Qué no harán, pues, los demás? Vine a proponeros una cosa: ¿queréis que mañana, en el descanso de la comida, os delate a todos los que venden a Cristo en el momento mismo en que reciban sus treinta monedas?

Exceptuando al obeso Gustav de las orejas rosadas, Doronin era el preso más joven de la *sharashka*. Su vivacidad, su habilidad y su carácter nada quisquilloso conquistaban todos los corazones. Durante los escasos minutos en que las autoridades permitían el voleibol, Rostislav se entregaba al juego sin reservas; si los jugadores avanzados a la red dejaban pasar una pelota, él se arrojaba «en golondrina» desde la raya del fondo, la rechazaba y caía al suelo despellejándose las rodillas y los codos. Gustaba también su raro nombre, Ruska^[30], completamente justificado dos meses después de su llegada, cuando su cabeza, rapada en el campo de concentración, se cubrió de suntuosos cabellos rubios.

Lo trajeron de los campos de Vorkuta porque en su ficha del Gulag figuraba como fresador; en realidad resultó ser un fresador de pacotilla y no tardó en ser sustituido por uno auténtico. Pero Dvoyetiosov lo salvó del camino de vuelta al campo de concentración al tomarlo de aprendiz en la menor de las bombas de vacío. Listo por naturaleza, Ruska aprendió rápidamente. Se aferraba a la *sharashka* como a un balneario, pues en los campos había tenido que soportar muchas calamidades que ahora contaba con alegre entusiasmo: cómo empezó a *estirar la pata* en una húmeda mina y cómo hizo el *fungimiento* de la temperatura diaria calentándose ambas axilas con piedras de idéntica masa, para que los dos termómetros nunca difirieran más de una décima de grado (querían desenmascararlo con dos termómetros).

Recordaba riendo su pasado, que tras los veinticinco años de la condena debía repetirse sin falta en el futuro, pero pocos eran aquellos a quienes había confiado, y eso en secreto, su cualidad principal: la de un joven expedito que había traído de cabeza durante dos años a todo el aparato de investigación del MGB. Digno pupilo de este organismo, no perseguía la gloria, al igual que el MGB.

De todos modos, no fue especialmente notable entre la abigarrada muchedumbre de la *sharashka* hasta cierto día de septiembre. Aquel día, con aire misterioso, Ruska fue a hablar consecutivamente con los veinte presos más influyentes de la *sharashka*, con los que formaban la opinión pública, y cara a cara comunicó muy excitado a cada uno de ellos que aquella mañana el *oper*, el comandante Shikin, lo había reclutado como confidente, y que él, Ruska, había aceptado con la intención de utilizar el servicio de delator en beneficio de todos.

Pese a que el expediente de Rostislav Doronin estaba emborronado con los nombres sucesivos de cinco apellidos, con palomitas y cifras sobre sus tendencias a la fuga y sobre la necesidad de transportarlo sólo con las manillas puestas, el comandante Shikin, con el ansia de aumentar su

plantilla de informadores, consideró que Doronin era joven y por tanto inestable, que valoraba su posición en la *sharashka* y que por ello sería fiel al *oper*.

Llamado en secreto al despacho de Shikin (los llamaban, por ejemplo, a secretaria. Allí les decían: «Bien, bien, pase a ver al comandante Shikin»), Rostislav estuvo tres horas sentado con él. Durante este tiempo, mientras escuchaba las explicaciones del «compadre», Ruska estudió con sus ojos penetrantes y capaces no sólo la gruesa cabeza del comandante, que había encanecido archivando denuncias y calumnias, su cara ennegrecida, sus pequeñas manos, sus pies con zapatos de muchacho, la escribanía de mármol sobre la mesa y las cortinas de seda de las ventanas, sino que dando mentalmente la vuelta a las letras leyó los títulos de las carpetas y de los documentos que había bajo el cristal, aunque estaba sentado a metro y medio del borde de la mesa, y tuvo tiempo además de adivinar qué documentos guardaría probablemente Shikin en la caja fuerte y cuáles encerraría con llave en su mesa.

De vez en cuando, con aire simple, Doronin fijaba sus ojos azules en los del comandante y asentía con la cabeza. Tras esta sencillez azul hervían los proyectos más temerarios, pero el *oper*, acostumbrado a la monotonía gris de la sumisión humana, no podía adivinarlo.

Ruska comprendió que Shikin podía enviarle realmente a Vorkuta si se negaba a ser un chivato.

No sólo a Ruska, sino a toda su generación, les habían enseñado a considerar la «compasión» un sentimiento degradante, la «bondad» ridícula, y la «conciencia» una expresión propia de los popes. En cambio, les infundían la idea de que la denuncia era un deber patriótico, la mejor ayuda que se podía prestar al denunciado y una aportación al saneamiento de la sociedad. Aunque todo esto no empapó a Ruska, sin embargo no pasó sin dejar su influencia. Y la cuestión capital para él no era, ahora, la de saber hasta qué punto era malo o permisible ser chivato, sino otra: ¿qué saldría de todo aquello? Enriquecido por una tumultuosa experiencia de la vida, por multitud de encuentros en la cárcel, y por haber oído hasta la saciedad las duras discusiones que se armaban entre los reclusos, el joven no perdía de vista tampoco otra situación: un día se abrirían todos los archivos del MGB y los colaboradores secretos serían entregados vergonzosamente a la justicia.

Por esta razón, colaborar con el «compadre» era en un futuro lejano tan peligroso como lo era rechazarla en un futuro inmediato.

Pero por encima de todos estos cálculos, Ruska era un artista de la aventura. Al leer cabeza abajo interesantes documentos bajo el cristal de la mesa de Shikin, empezó a palpar presintiendo un juego emocionante. ¡Languidecía de inactividad en el estrecho confort de la *sharashka*!

Después de precisar cuánto cobraría, para mayor verosimilitud, Ruska aceptó con entusiasmo.

A su salida, Shikin, satisfecho de su perspicacia psicológica, se paseó por el despacho frotándose con una mano la palma de la otra: un informador tan entusiasta prometía una rica cosecha de denuncias. En aquel mismo momento, Ruska, no menos satisfecho, recorría los presos de confianza y les confesaba que había aceptado ser un chivato por amor al deporte, por deseo de estudiar los métodos del MGB y descubrir a los auténticos chivatos.

Ni los presos más viejos recordaban una confesión semejante. Preguntaban incrédulos a Ruska por qué se jactaba de ello arriesgando la cabeza. Él respondía:

—Cuando tenga lugar un proceso de Nurenberg con toda esa pandilla, vosotros os presentaréis como testigos de la defensa.

Cada uno de los veinte presos enterados se lo contó a uno o dos más, ¡y ninguno fue a delatarlo al «compadre»!

Sólo por este motivo, medio centenar de personas quedaron fuera de toda sospecha.

El caso de Ruska tuvo inquieta a toda la *sharashka* por largo tiempo. Creyeron al muchacho. Y continuaron creyendo en él más tarde. Pero, como siempre, cada caso tiene su curso interno. Shikin empezó a exigir «material». Ruska se veía obligado a entregarle algo. Recorría los hombres de confianza y se lamentaba:

—¡Señores! Imaginad lo que se chivan los demás, y yo hace un mes que no presto servicio. ¡Y cómo me presiona Shikin! ¡Hala, haceos cargo de mi situación, dadme algún pequeño material!

Unos se desentendían del asunto, pero otros se lo facilitaban. Se decidió por unanimidad perder a cierta dama que trabajaba para satisfacer su codicia, para multiplicar los miles de rublos que lg traía su marido. La dama se mostraba desdeñosa con los reclusos, manifestaba que había que fusilarlos a todos (lo decía ante las muchachas externas, pero los presos no tardaban en enterarse), y había hundido a dos reclusos, uno con motivo de una muchacha, otro porque se había fabricado una maleta con materiales de la Administración. Ruska mintió desvergonzadamente sobre ella diciendo que aceptaba cartas de los presos para echarlas al correo y robaba condensadores del armario. Aunque no presentó a Shikin ninguna prueba, y el marido de la dama, coronel del MVD, protestó con decisión, la fuerza incontenible de la delación secreta hizo que la dama fuera despedida y se marchara llorando.

A veces, Ruska denunciaba también a los presos por alguna insignificancia sin malicia, y él mismo los prevenía. Luego dejó de prevenirles y se calló. Tampoco se lo preguntaban. Involuntariamente, todos comprendieron que continuaba delatando, pero sobre cosas que no podía confesar.

De este modo, a Ruska le tocó el destino de los agentes dobles. Como antes, nadie denunció su juego, pero empezaron a hacerle el vacío. Los detalles que aportó sobre el horario especial que Shikin tenía bajo cristal, un horario a tenor del cual los confidentes podían pasar por su despacho sin ser llamados —datos que permitían descubrirlos—, compensaron poco el hecho de que perteneciera él mismo a la pandilla de chivatos.

Nerzhin, que sentía afecto por Ruska pese a todas sus intrigas, no sospechaba que había sido él quien denunciara lo del libro de Yesenin. La pérdida del libro causó a Nerzhin un dolor que Ruska no podía prever. Había pensado que el libro era propiedad de Nerzhin, que esto se aclararía y que nadie se lo quitaría, y en cambio podía interesar mucho a Shikin la denuncia de que Nerzhin escondía en su maleta un libro que seguramente le habría traído alguna muchacha externa.

Ruska salió al patio conservando todavía en los labios el gusto del beso de Clara. Los tilos de nívea blanca eran para él como árboles floridos, y el aire le parecía tibio como en primavera. En los dos años de peregrinajes y escondites había dedicado todos sus proyectos juveniles a engañar a los policías, dejando al margen el amor de las mujeres. Había entrado virgen en la cárcel, y por las noches esto era inconsolablemente duro.

Al salir al patio, sin embargo, y al ver la larga y baja Dirección de la cárcel especial, recordó que al día siguiente, a la hora de comer, daría allí un espectáculo. Había llegado el momento de anunciarlo (antes habría sido imposible por precaución, para que no fallara). Envuelto en el éxtasis de Clara, y sintiéndose con ello triplemente afortunado e inteligente, miró a su alrededor, vio a Rubin y a Nerzhin en el borde del patio de recreo y se dirigió decididamente hacia ellos. Llevaba el gorro ladeado y echado para atrás, de modo que la frente, un rincón de las sienes y un mechón de pelo aparecían confiadamente abiertos al aire de aquel día poco frío.

Por la cara severa de Nerzhin al ver que se acercaba Ruska, y por el rostro sombrío de Rubin vuelto hacia él, estarían hablando de cosas serias. Pero acogieron a Ruska con una frase sustitutiva insignificante, eso estaba claro.

No importa, tragándose la ofensa, les dijo:

—Espero que conozcan ustedes el principio general de toda sociedad justa, el de que cada trabajo tiene que ser pagado, ¿no es así? Pues bien, mañana cada Judas va a recibir sus monedas de plata, las correspondientes al tercer trimestre de este año.

—¡Roñosos! —se indignó Nerzhin—. ¿Se han ganado ya el cuarto trimestre y sólo les pagan el tercero? ¿Por qué este retraso?

—Han de firmar la nómina en demasiados sitios —explicó Ruska con tono de disculpa—. También yo voy a cobrar.

—¿Y también te pagarán el tercer trimestre? —se asombró Rubin—. ¿No has trabajado solamente medio trimestre?

—Qué queréis, ¡me he distinguido! —miró Ruska a ambos con una sonrisa franca y cautivadora.

—¿Contante y sonante?

—¡Dios nos libre! Una transferencia postal ficticia que se abona en nuestra cuenta personal. Me preguntaron de parte de quién quería el envío. ¿Quiere que sea de Iván Ivánovich Ivánov? Me fastidió este nombre estándar. Pregunté: ¿y no puede ser de parte de Klava Kudriavtseva? A fin de cuentas es agradable pensar que hay una mujer que se preocupa por ti.

—¿Y cuánto cobras por trimestre?

—¡He aquí lo más ingenioso! Según la nómina, a un informador se le asignan ciento cincuenta rublos al trimestre. Pero la decencia exige que se manden por correo, y la implacable administración postal cobra una tasa de tres rublos. Los «compadres» son tan codiciosos que no quieren añadir dinero propio, y tan holgazanes que no plantean la cuestión de elevar en tres rublos los honorarios de los informadores secretos. Por eso las transferencias suben en todos los casos a ciento cuarenta y siete rublos. Como sea que un hombre normal nunca enviaría tales transferencias, estos tres rublos que faltan son la marca de Judas. Mañana, a la hora de comer, hay que congregarse cerca de Dirección y ver las transferencias de todos los que salgan del despacho del *oper*. La patria debe conocer a sus chivatos, ¿no les parece, señores?

A esta misma hora, cuando raros y aislados copos de nieve empezaban a desprenderse del cielo y a caer sobre el pavimento oscuro de la calle Matrósskaya Tishiná, de cuyos adoquines los automóviles habían lamido los últimos restos de nieve de los pasados días, en la habitación 318 de la ciudad universitaria de Stromynka las muchachas aspirantes vivían la vida de un domingo por la tarde.

La habitación 318, en el segundo piso, tenía una amplia ventana que daba precisamente a Matrósskaya Tishiná. La estancia era oblonga, larga de la ventana a la puerta, y en sus paredes, a derecha e izquierda, se embutían tres camas de hierro en fila india sobrepasadas en altura por unos estantes inestables de junco trenzado llenos de libros. En la franja central de la habitación había dos mesas, una tras otra, que dejaban sólo unos estrechos pasos a lo largo de las camas: la más cercana a la ventana era la de las «tesis», donde se amontonaban voluminosamente los libros, los cuadernos, los diseños y las pilas de textos mecanografiados; la más alejada era la mesa común, en la que ahora Olenka planchaba, Muza escribía una carta y Liúda se enrollaba los rulos ante un espejo. En la pared de la puerta quedaba todavía espacio para un aguamanil separado por una cortina (estaba previsto que se lavaran al final del pasillo, pero las muchachas lo encontraban incómodo, frío y distanciado).

En la cama cercana al aguamanil, estaba tendida la húngara Erzhika, leyendo. Yacía con una bata que las compañeras de habitación llamaban «la bandera brasileña». Poseía otras rebuscadas batas que entusiasmaban a las muchachas, pero para salir se vestía muy discretamente, como si se esforzara incluso en no llamar la atención. Se había acostumbrado a ello durante los años en que fuera una comunista clandestina en Hungría.

La cama de Liúda, la siguiente de la fila, estaba en desorden (Liúda se había levantado hacía poco), la manta y la sábana tocaban el suelo y, en cambio, por encima de la almohada y de la cabecera de la cama aparecía extendido con todo cuidado un vestido de seda azul, ya planchado, y unas medias. Un pequeño tapiz persa colgaba sobre la cama. La propia Liúda contaba en la mesa, en voz alta, la historia de cómo la había cortejado cierto poeta español que había abandonado la patria siendo niño. Recordaba detalladamente el ambiente del restaurante, qué orquesta tocaba, qué platos habían servido, con qué estaban aderezados y qué habían bebido.

La plancha de Olenka estaba conectada a un «ladrón», y el hilo colgaba desde la lámpara. (Para que no gastaran electricidad, las planchas y los hornillos eléctricos estaban rigurosamente prohibidos en Stromynka, no se ponían enchufes, y la dirección de la casa iba a la caza de

«ladrones»). Olenka escuchaba a Liúda y se reía, pero vigilaba con ojo penetrante su planchado. La chaqueta y la falda a juego eran todo lo que tenía. Habría preferido chamuscar con la plancha su propio cuerpo antes que aquel vestido. Olenka vivía únicamente del estipendio de aspirante, se alimentaba de patatas y gachas, si podía dar veinte *cópeks* de menos en el autobús lo hacía (encima de su cama había un mapa colgado en la pared), pero en cambio aquel atavío nocturno era bueno, no había de avergonzarse de ninguna de sus partes.

Muza, gruesa en exceso, con rasgos faciales rudos y con gafas, aparentaba más años de los treinta que tenía. Intentaba escribir una carta sobre la mesa, balanceada por el planchado, escuchando un importuno relato que la ofendía. Pedir a otra persona que se callara era algo que consideraba, en general, poco delicado. Por otra parte, detener a Liúda era excitarla, le habría soltado una insolencia. Liúda era nueva entre ellas, no era una aspirante. Recién terminada la carrera en el Instituto de Finanzas, había venido para seguir un cursillo de política económica, aunque en realidad, sobre todo, a divertirse. Su padre, un general retirado, le enviaba mucho dinero desde Voronezh.

Liúda estaba convencida de que el único sentido de una vida femenina radicaba en las citas con los hombres y en las relaciones con ellos en general. Pero al relato de hoy le confería un carácter especialmente picante. En Voronezh, después de estar tres meses casada y de conocer después a algunos otros hombres, Liúda lamentaba que su mocedad hubiera pasado tan fugazmente. Y así, después de unas primeras palabras de presentación, representó el papel de ingenua con el poeta español, palpitó, se avergonzó del menor roce con el hombro o el codo, y cuando el impresionado poeta le suplicó el *primer* beso de su vida, la muchacha se estremeció, pasó del éxtasis a la desesperación, e inspiró al poeta un poema de veinticuatro versos, por desgracia no en ruso.

Muza escribía la carta a sus padres, de edad muy avanzada, que vivían en una lejana ciudad de provincias. Su padre y su madre continuaban amándose como recién casados, y cada mañana, al ir a trabajar, su padre no hacía más que volverse y agitar la mano hacia la madre hasta que doblaba la esquina, y la madre se la agitaba a él desde la ventana. La hija los quería de la misma manera, y se había acostumbrado a escribirles a menudo detallando cada una de sus vivencias.

Pero ahora estaba descentrada. Dos días antes, al anochecer del último viernes, a Muza le había sucedido algo que eclipsaba su incansable trabajo cotidiano sobre Turguéniev, un trabajo que sustituía para ella cualquier otra vida, todos los aspectos de la vida. Tenía una sensación de las más repugnantes, como si se hubiera embadurnado con algo sucio, deshonroso, imposible de lavar, de ocultar, de mostrar, y con lo cual fuera también imposible existir.

Sucedió que aquel viernes por la noche, cuando volvía de la biblioteca y se disponía a acostarse, la llamaron a secretaría de la residencia, y allí le dijeron: «Sí, sí, pase a aquella habitación, por favor». Y en la habitación había dos hombres vestidos de paisano, muy corteses al principio, que se presentaron como Nikolai Ivánich y Serguei Ivánich. Sin importarles demasiado lo avanzado de la hora, la retuvieron una, dos y hasta tres horas más. Empezaron con un interrogatorio, preguntando con quiénes compartía la habitación, quiénes estaban en su mismo curso (aunque lo sabían tan bien como ella). Sin prisa alguna, hablaron con ella de patriotismo, del

deber social de todo trabajador científico, que no ha de encerrarse en su especialidad, sino servir a su pueblo por todos los medios, con todas sus posibilidades. Muza no encontraba nada que replicar a todo esto, era la pura verdad. Entonces, los hermanos Ivánovich le propusieron que les *ayudara*, es decir que se encontrara con uno de ellos a determinadas horas en la secretaría, en un centro de propaganda o en las habitaciones del club, y a veces en la propia universidad, según concertaran, y respondiera a ciertas preguntas o les transmitiera sus observaciones por escrito.

¡Con esto empezó aquella larga y horrible prueba! Cada vez le hablaban con mayor grosería, le chillaban, la tuteaban: «Pero ¿por qué te pones terca? ¡No es el espionaje extranjero quien quiere reclutarte! El espionaje extranjero te necesita tanto como al peine un calvo...». Luego le comunicaron abiertamente que no le dejarían presentar su tesis (y estaba ella en los últimos meses, con la tesis casi lista), que arruinarían su carrera científica, pues la patria no necesitaba científicos abúlicos como ella. Esto la asustó extraordinariamente: ¿les costaría mucho expulsarla del aspirantado? Pero entonces sacaron una pistola que se pasaban uno al otro y que, como sin querer, apuntaba a Muza. La pistola, por el contrario, hizo que el miedo de Muza desapareciera. Pues, a fin de cuentas, era peor continuar viviendo si la expulsaban con una ficha negra. A la una de la madrugada los Ivánovich la dejaron para que reflexionara hasta el martes, o sea hasta el próximo martes 27 de diciembre, y la hicieron firmar que mantendría el secreto.

Le aseguraron que ellos se enteraban de todo, y que, si contaba a alguien aquella conversación, esa firma haría que la arrestaran inmediatamente y la condenaran.

¿Basándose en qué malaventurada selección la habían elegido precisamente a ella? Ahora esperaba el martes con resignación, sin ánimo para estudiar, y recordaba los días no lejanos en que podía pensar sólo en Turguéniev, en que nada oprimía su alma, y ella, la muy tonta, no comprendía su felicidad.

Olenka escuchaba a Liúda con una sonrisa, y una vez estuvo a punto de atragantarse con el agua que retenía en la boca. Aunque algo tarde por culpa de la guerra, Olenka, a sus veintiocho años, era finalmente feliz-feliz-feliz, y se lo perdonaba todo a todo el mundo, que cada uno consiguiera la felicidad como pudiera. Se había enamorado de otro aspirante, y hoy por la noche pasaría a buscarla y saldría con ella.

—Vosotros, los españoles, tenéis en gran estima el honor, ¡pero al besarme en los labios me habéis deshonrado!

La cara atractiva de la rubia Liúda, aunque algo dura, expresaba la desesperación de una muchacha deshonrada.

La delgada Erzhika continuaba tendida en la cama leyendo *Selecciones* de Galajov. El libro descubría ante ella un mundo de caracteres elevados y brillantes cuya integridad impresionaba a Erzhika. Las dudas nunca asaltaban a los personajes de Galajov: servir a la patria o no servirla, sacrificarse o no sacrificarse. Debido al poco conocimiento del idioma y de las costumbres del país, la propia Erzhika no había visto aún a hombres como aquellos, y por eso era aún más importante conocerlos por los libros.

A pesar de todo, abandonó el libro, se puso de costado y empezó también a escuchar a Liúda. En la habitación 318 había tenido ocasión de enterarse de cosas sorprendentes, opuestas a lo que

decía el libro: ora que un ingeniero rehusaba marchar a una atractiva construcción en Siberia y se quedaba en Moscú a vender cerveza; ora alguien que había presentado la tesina no trabajaba en absoluto (pero ¿es que hay parados en la Unión Soviética?); ora, al parecer, para empadronarse en Moscú era preciso pagar un gran soborno a la policía. «Pero esto serán fenómenos “momentáneos”, ¿verdad?», preguntaba Erzhdika. (Quería decir «transitorios»).

Liúda terminaba de contar lo del poeta diciendo que si se casaba con él no le quedaba más remedio que fingir de una manera verosímil que era virgen. Y empezó a confiarles cómo se disponía a representarlo la primera noche.

Un relámpago de sufrimiento pasó por la frente de Muza. No era , delicado taparse abiertamente los oídos con los dedos. Encontró una excusa para darse la vuelta y ponerse de cara a su cama.

Por su parte, Olenka exclamó alegremente:

—Así pues, ¿las heroínas de la literatura mundial hacían mal en arrepentirse ante sus prometidos y en terminar con su vida?

—¡Naturalmente, las muy to-o-ntas! —se rio Liúda—. ¡Y es tan sencillo!

Por lo demás, Liúda tenía sus dudas en lo de casarse con el poeta:

—No es miembro de la Unión de Escritores, pues escribe siempre en español, ¿qué pasará, en adelante, con sus honorarios? ¡No es nada seguro!

Erzhdika quedó tan impresionada que bajó los pies de la cama al suelo.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿También tú... también en la Unión Soviética se casan por «cálculo»?

—Cuando te acostumbres ya lo comprenderás —sacudió Liúda la cabeza ante el espejo. Se había quitado todos los rulos, y en su cabeza temblaron muchos bucles rubios. Con uno solo de aquellos rizos bastaba para enrollar al joven poeta.

—Niñas, yo saco la siguiente conclusión... —empezó Erzhdika, pero al observar la mirada de Muza, extraña, baja, puesta en el suelo cerca de ella, lanzó una exclamación y retiró los pies hasta ponerlos encima de la cama.

—¿Qué? ¿Ha pasado una? —gritó con el rostro alterado.

Pero las chicas se echaron a reír. No había pasado ninguna.

En la habitación 318, las horribles ratas rusas pasaban corriendo, chillando y golpeando perceptiblemente el suelo con sus garras. A veces incluso de día, pero con especial insolencia durante las noches. En todos los años de su lucha clandestina contra Horthy ninguna cosa había temido Erzhdika tanto como temía ahora que aquellas ratas saltaran sobre su cama y corrieran directamente por ella. De día, las risas de sus amigas disipaban su terror, pero por las noches se rodeaba con la manta por todas partes, se tapaba la cabeza incluso y se juraba que si llegaba viva al amanecer se marcharía de Stromynka. Nadia, que era química, había traído veneno y lo había repartido por los rincones. Las ratas se calmaron durante un tiempo, luego volvieron a las andadas. Dos semanas atrás se terminaron las vacilaciones de Erzhdika: al coger agua del cubo por la mañana, ella, y no otra de las chicas, extrajo con la jarra un ratón ahogado. Temblando de repulsión y recordando aquel morrito afilado de expresión entre apacible y concentrada, Erzhdika

fue el mismo día a la embajada húngara y pidió que la instalaran en un piso particular. La embajada cursó una petición al Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, y este al Ministerio de Enseñanza Superior, el cual se dirigió al rector de la Universidad, quien preguntó a la administración económica, la cual respondió que de momento no había pisos particulares y que era la primera vez que recibían una queja sobre la supuesta existencia de ratas en Stromynka. La correspondencia siguió el camino inverso, y luego volvió a emprender el directo. De todos modos, la embajada dio esperanzas a Erzhika diciéndole que le darían una habitación.

Ahora, Erzhika se abrazaba las rodillas, que le llegaban al pecho, y permanecía en esta postura con su bandera brasileña, como un pájaro exótico.

—Niñas, niñas —dijo con voz cantarína y plañidera—. ¡Me gustáis mucho! Por nada del mundo os abandonaría de no ser por las ratas.

Era y no era verdad. Las muchachas le gustaban, pero a ninguna de ellas habría podido hablarles Erzhika de sus grandes inquietudes, del destino de Hungría, aislada en el continente europeo. Después del proceso de Laszlo Rajk, algo incomprensible estaba sucediendo en su patria. Llegaban rumores de que habían arrestado a comunistas con los que ella había tratado en la clandestinidad. Hungría había reclamado a un sobrino de Rajk, que también estudiaba en la Universidad de Moscú, y con él a otros estudiantes húngaros. De ninguno de ellos había llegado ninguna carta.

En la puerta, cerrada, sonó una llamada convenida («¡No escondáis la plancha, soy un amigo!»). Muza se levantó, fue cojeando a la puerta (le dolía la rodilla, aquejada de reumatismo precoz) y descorrió el pestillo. Entró rápidamente Dasha, una chica fuerte, con una gran boca torcida.

—¡Chicas! —aunque se reía a carcajadas no olvidó echar el pestillo una vez dentro—. ¡A duras penas me he quitado de encima a ese galán! ¿Qué galán? ¡Adivínadlo!

—¿Tan sobrada vas de galanes? —se asombró Liúda revolviendo la maleta.

En realidad, la universidad volvía en sí de la guerra como de un desmayo. En el aspirantado había pocos hombres, y aún estos no lo eran de verdad.

—¡Espera! —Olenka levantó la mano y miró extasiada a Dasha—. ¿El Mandíbula?

El Mandíbula era un aspirante al que habían suspendido tres veces seguidas de materialismo histórico y dialéctico, y al que habían expulsado del aspirantado por considerarlo un zoquete sin remedio.

—¡El Cantinero! —exclamó Dasha quitándose la gorra de orejeras de su pelo oscuro, compactamente peinado, y colgándola de un clavo. Retrasaba el acto de quitarse el barato abrigo de cuello de piel de oveja que adquiriera tres años atrás con un vale de la sección de distribuciones de la universidad, y permanecía con él de pie en la puerta.

—¡Ah! ¿Quién?

—Yo iba en el tranvía y ha subido él —rio Dasha—. Me ha reconocido enseguida. «¿Hasta qué parada va?». Bueno, no había escape, hemos bajado juntos. «¿Ya no trabaja en aquel baño, verdad? He pasado muchas veces y no la he visto».

—Debiste decirle... —la risa de Dasha se transfirió a Olenka y la envolvió como una llama—,

debiste decirle... ¡Debiste decirle...! —de ningún modo podía expresar su proposición, y se dejó caer sobre la cama riéndose a carcajadas, aunque sin estrujar el vestido extendido sobre la misma.

—¿Pero qué cantinero? ¿Qué baño? —intentó averiguar Erzhika.

—¡Debiste decirle...! —se esforzaba Olenka, pero la sacudían nuevos accesos de risa. Extendió los brazos, y movió los dedos intentando expresar lo que no le pasaba por la garganta.

También Liúda se echó a reír, así como Erzhika, que nada comprendía. La cara fea y sombría de Muza se abrió en una sonrisa. Se quitó las gafas para limpiárselas.

—«¿Adónde vas?», dice, «¿A quién tienes en la ciudad universitaria?» —reía Dasha atragantándose—. Yo digo: ¡A la portera! ¡Conozco a la portera! ¡Hace... manoplas de punto...!

—¿Ma? ¿No? ¿Pías?

—¡... de punto...!

—¡Quiero saberlo! ¿Qué cantinero es ese? —suplicó Erzhika.

Le dieron a Olenka unas palmadas en la nuca. Pasó la risa. Dasha se quitó el abrigo. Bajo su ceñido jersey gris y su sencilla falda de cintura estrecha, podía verse lo flexible y armoniosa que era, no se cansaba de agacharse todo el día en cualquier trabajo. Levantó la colorida colcha, y se sentó con cuidado en el borde de su cama, hecha con un esmero casi religioso: con la almohada y los almohadones ahuecados de un modo especial, con encajes en la funda y servilletas bordadas en la pared. Y contó a Erzhika:

—Ocurrió en otoño, con buen tiempo, antes de que tú vinieras... ¿Dónde buscar un novio? ¿Quién podía presentártelo? Liúda fue la que me aconsejó: ¡vete a pasear por Sokólniki! ¡Pero ve sola! A las muchachas les estropea el plan eso de ir por parejas.

—¡Un cálculo que no falla! —intervino Liúda. Limpiaba con cuidado una manchita en la punta del zapato.

—Así que fui —continuó Dasha, pero ya sin alegría en la voz—. Paseé, me senté, contemplé los árboles. En efecto, rápidamente se sentó a mi lado uno que no estaba mal por su aspecto. ¿Quién era? Resultó ser un cantinero, trabajaba en una cantina. ¿Y dónde trabajaba yo? Me dio corte, no podía decirle que era una aspirante a la universidad. En general, la mujer sabia es el terror de los hombres...

—¡No hables así! ¡Por este camino, el diablo sabe dónde podrías llegar! —protestó descontenta Olenka.

En este mundo tan dividido y tan desierto desde que echaron de él el cuerpo férreo de la guerra, en este mundo en el que se abren sólo agujeros negros en el lugar donde deberían moverse y sonreír sus coetáneos, o sus mayores en cinco, diez o quince años, no era posible cubrir con el nombre de «mujer sabia» —epíteto que nada expresa, que es grosero y que no se sabe quién ha inventado— el rayo vivo y brillante de la ciencia que le quedaba a esta desgraciada generación femenina después de cada fracaso personal.

—... Dije que trabajaba de cajera en una casa de baños. Insistió en saber en qué casa y qué turnos hacía. Me zafé a duras penas...

Toda la animación de Dasha había desaparecido. Sus ojos oscuros miraban con melancolía.

Después de trabajar todo el día en la biblioteca Lenin, había consumido la comida parca y sosa

del comedor, y ahora volvía a casa con la perspectiva de una tarde de domingo imposible de llenar y que nada le prometía.

En otro tiempo, en las aulas de la escuela de su pueblo, con techos de vigas, le gustaba estudiar bien. Luego, con la excusa del instituto, tuvo la alegría de desengancharse del koljós y empadronarse en la ciudad. Pero ahora ya era mayor, había estudiado dieciocho años seguidos, le fastidiaba ya estudiar, le daba dolor de cabeza. ¿Y para qué estudiaba? El sencillo gozo femenino, el de dar vida a un hijo, no tenía de quién conseguirlo ni para quién tenerlo.

Balanceándose pensativamente, Dasha pronunció su sentencia predilecta en medio del silencio de la habitación:

—Sí, niñas, la vida no es una novela...

En el parque de máquinas y tractores del koljós hay un agrónomo. Le escribe a Dasha, le suplica. Pero ella será licenciada de un momento a otro, y todo el pueblo diría: ¿para qué estudió esa muchacha? Se ha casado con un agrónomo. Cualquier jefa de brigada habría podido hacerlo... Por otra parte, Dasha presentía que sería una licenciada falsa, trabada, aherrojada, y que el trabajo en el instituto sería para ella una cuña encarnizada que no tendría fuerzas para sacarse; que aún siendo licenciada no osaría ni sería capaz de penetrar en los elevados y libres círculos de la ciencia.

A las mujeres que se dedican a la ciencia las alaban toda la vida, las celebran y les prometen tanto que luego resulta más duro darse de cabeza contra el muro.

Mirando con envidia a su desenvuelta y afortunada vecina, Dasha dijo:

—¡Liudka! Deberías lavarte los pies. Te lo aconsejo.

Liúda echó una mirada:

—¿Tú crees?

Indecisa, sacó el hornillo escondido y lo enchufó en el «ladrón» en lugar de la plancha.

Dasha deseaba desprenderse de sus cuitas con cualquier trabajo. Recordó que tenía una prenda de ropa interior recién comprada. No era de su medida, pero se había visto obligada a aceptarla, ya que se la habían ofrecido. La sacó y empezó a arreglársela.

Todas se habían sosegado y por fin era posible concentrarse verdaderamente en la carta. ¡Pero no, no le salía! Muza volvió a leer las últimas frases, cambió una palabra, repasó unas letras poco claras... ¡No, la carta no le salía! En la carta había una mentira y papá y mamá se darían cuenta enseguida. Comprenderían que su hija lo estaba pasando mal, que había sucedido algo oscuro, pero ¿por qué Muza no escribía con sinceridad? ¿Por qué mentía por primera vez?

De no haber habido nadie en la habitación, Muza habría gemido en voz alta. Simplemente, se habría puesto a llorar ruidosamente, y quizás esto la habría aliviado un poco. Pero ahora arrojó el mango de la estilográfica y apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos tapándose el rostro. ¡Suele ser así! ¡Una decisión para toda la vida y nadie a quien pedir consejo! ¡Nadie que pueda ayudarnos! ¡La firma del carácter confidencial de la conversación! Y el martes, de nuevo presentarse ante aquellos dos hombres, seguros de sí mismos, concedores de frases hechas, de giros preparados. ¡Qué bella era la vida no más lejos de anteayer! Ahora todo estaba perdido. Porque, ciertamente, aquellos hombres no cederían. Y ella tampoco cedería. ¿Cómo puedes

razonar sobre las cualidades hamletianas o quijotescas de la persona, y al mismo tiempo recordar continuamente que eres una delatora, que tienes un apodo —Romashka o quizá Trezorka— y que debes recoger materiales sobre aquellas niñas o sobre su profesor?

Muza se enjugó unas lágrimas de sus ojos fruncidos procurando hacerlo disimuladamente.

—¿Dónde está Nadiushka? —preguntó Dasha.

Nadie respondió. Nadie lo sabía.

Pero Dasha, mientras cosía, deseaba hablar de Nadia:

—¿Qué os parece, niñas, cuánto tiempo puede durar? Está bien, desapareció en el frente. Pero hace ya cinco años de la guerra. Creo que ya podría cortar, ¿no?

—¡Ah!, pero ¡qué dices! ¡Qué dices! —exclamó Muza dolorosamente, y se puso las manos detrás de la cabeza. Las anchas mangas de su vestido a cuadros grises se deslizaron hasta los codos descubriendo unos brazos blancos y algo fofos—. ¡Sólo así se ama! ¡El verdadero amor va más allá de la tumba!

Los jugosos y algo gordezuelos labios de Olenka se separaron en un pliegue sesgado:

—¿Más allá de la tumba? Esto, Muza, es algo trascendente. La memoria, los tiernos recuerdos... ¿Pero el amor?

—Eso, eso: si un hombre ya no existe, ¿cómo es posible amarlo? —volvió a lo suyo Dasha.

—Si yo pudiera, le enviaría el aviso de defunción: ¡está muerto, diría, muerto, muerto, y enterrado en la tierra! —manifestó ardorosamente Olenka—. ¡Maldita guerra! Han pasado cinco años y todavía recibimos su aliento.

—Durante la guerra —intervino Erzhika—, muchos fueron obligados a partir lejos, al otro lado del océano. Quizás él esté también allí, vivo.

—Bueno, puede ser —aceptó Olia—. En esto puede tener esperanzas. Pero, en general, Nadiushka tiene una peculiaridad cruel: le gusta recrearse en su dolor. Y sólo en el suyo. Sin su dolor, incluso le faltaría algo en la vida.

Dasha esperó a que todas dijeran lo suyo mientras pasaba lentamente la punta de la aguja por la costura como si la estuviera afilando. Al empezar la conversación sabía que las impresionaría a todas.

—Pues escuchad, niñas —dijo con aplomo—. Nadiushka nos está embromando con todo esto, miente. No considera muerto a su marido, en absoluto, no espera ningún regreso de este «desaparecido». Simplemente, *sabe* que su marido vive. E incluso sabe dónde está.

Todas se alborotaron:

—¿De dónde lo has sacado?

Dasha las miró triunfante. Hacía tiempo que en la habitación la llamaban el «juez» por su rara perspicacia.

—¡Hay que saber escuchar, muchachas! ¿Lo ha nombrado una sola vez como a un difunto? Nooo. Incluso procura no decir «fue», sino que lo dice de alguna otra manera, sin emplear él «era» ni él «es». Si hubiera desaparecido sin dejar rastro, ¿no hablaría de él, por lo menos alguna vez, considerándolo muerto?

—¿Qué le ha sucedido entonces?

—¿No está claro? —exclamó Dasha dejando aparte la costura.

No, ellas no lo tenían claro.

—¡Está vivo, pero la ha abandonado! ¡Le avergüenza reconocerlo!

Y se inventó lo de «desaparecido».

—¡Eso me lo creo! ¡Lo creo! —la apoyó Liúda chapoteando tras la cortina.

—¡O sea que se sacrifica por la felicidad de él! —exclamó Muza—. ¡O sea, que hay alguna razón para que se calle y no se case!

—¿Y qué puede esperar, entonces? —no comprendía Olenka.

—¡Todo concuerda, bravo, Dasha! —saltó Liúda de detrás de la cortina, sin bata, en camisa, con las piernas desnudas. Parecía así más esbelta y más alta—. Esto la corroe, y se ha inventado que es una santurróna fiel a un difunto. No sacrifica nada, palpita toda ante la idea de que alguien la acaricie, ¡pero nadie la quiere! Suele suceder que una vaya por la calle y todos se vuelvan a mirarla, pero a ella nadie la quiere, aunque vaya a ofrecerse.

Y desapareció tras la cortina.

—Pues Schágov la visita —dijo Erzhika pronunciando con dificultad la «sch».

—Viene, sí, pero esto no significa nada —replicó la invisible Liúda—. ¡Hay que hacer que pique!

—¿Qué quiere decir «picar»? —no comprendió Erzhika.

Hubo una explosión de risas.

—No, no, decidme otra cosa —insistió Dasha en lo suyo—. ¿Espera quizá recuperar el marido arrebatándoselo a la otra?

Sonó en la puerta la llamada convencional: «¡No escondáis la plancha, soy un amigo!».

Todas se callaron. Dasha levantó el pestillo.

Entró Nadia con paso vacilante, cara alargada, envejecida, como si quisiera confirmar con su aspecto las peores burlas de Liúda. Cosa rara: ni siquiera se dirigió a las presentes con alguna palabra cortés y correcta, no dijo «ya estoy aquí», o bien «¿qué novedades hay, chicas?». Colgó la pelliza y pasó en silencio hacia su cama.

Erzhika leía de nuevo. Muza escondía otra vez el rostro entre las manos. Olenka reforzaba los botones rosados de su blusa beige.

Nadie supo qué decir. Con el deseo de romper el incómodo silencio, Dasha dijo lentamente, a modo de conclusión:

—De modo que la vida, niñas, no es una novela.

Después de la entrevista, Nadia sólo deseaba ver a personas tan desesperanzadas como ella, y hablar únicamente de los que se encontraban entre rejas. Atravesó todo Moscú desde Lefortovo hasta Krasnaya Presnaya para ver a la esposa de Sologdin y transmitirle las tres palabras íntimas de su marido.

Pero no encontró a la Sologdin en casa (habría sido difícil encontrarla, pues todos los asuntos de la semana, referentes a su hijo y a ella misma, se le acumulaban el domingo). Entregar una nota a los vecinos era también impensable: Nadia sabía, de boca de la propia Sologdin, y lo imaginaba además muy fácilmente, que los vecinos le eran hostiles y la espiaban.

Y si Nadia subió por la empinada escalera, totalmente oscura incluso de día, disfrutando con antelación la alegría de una conversación con una mujer simpática que compartía con ella una pena secreta, descendió después por ella no ya disgustada, sino completamente destrozada. Y del mismo modo que un papel fotográfico sensible, colocado en un revelador incoloro de aspecto inofensivo, empieza a mostrar unos perfiles que ya estaban en él pero que hasta entonces no se manifestaban, también en el alma de Nadia empezaron a surgir, después de la fracasada visita a la Sologdin, todos aquellos pensamientos lúgubres y malos presentimientos que habían nacido durante la entrevista pero que no se habían manifestado todavía.

Él había dicho: «No te sorprenda que me saquen de aquí, que se interrumpan las cartas...». ¿Podía partir! ¿Cesarían incluso estas entrevistas que les concedían una vez al año? ¿Qué haría entonces Nadia?

Y había hablado también del curso superior del Angar...

Y además, ¿habría empezado a creer en Dios? Hubo una frase... La cárcel le mutilaría espiritualmente, lo llevaría a la mística y al idealismo, lo acostumbraría a la sumisión.

Lo principal, sin embargo, era que había dicho en tono amenazador: «No pongas demasiadas esperanzas en la terminación de mi condena», «una condena es algo convencional». En la entrevista, Nadia había exclamado: «¡No me lo creo! ¡No puede ser!». Pero las horas discurrían una tras otra. Entregada a sus pensamientos, atravesó de nuevo Moscú, de Krasnaya Presnaya a Sokólniki, y estos pensamientos la pinchaban sin que pudiera ahuyentarlos, sin que tuviera nada con que defenderse de ellos.

Si la condena de Gleb no terminaba nunca, ¿a qué esperar? ¿Era justo convertir su vida en un apéndice de la vida de su marido? ¿Sacrificar sin motivo su ser a la espera de algo vacío?

¡Menos mal que *allí* no había mujeres!

En la entrevista de hoy hubo además algo sin nombre, incomprendible, irreparable...

Llegó tarde, también, al comedor estudiantil. ¡Sólo le faltaba este pequeño fracaso para culminar su desesperación! Recordó al instante que dos días atrás la habían multado con diez rublos por entrar por el descansillo trasero. Diez rublos eran una suma respetable, eran cien rublos de antes de la reforma.

En Stromynka, bajo la incipiente y agradable nevada, había un chico con la gorra calada que vendía cigarrillos Kazbek por unidades. Nadia se acercó y le compró dos cigarrillos.

—¿Y dónde encontraré cerillas? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—¡Tome, buena mujer, rasque una! —le ofreció de buen talante el chico tendiéndole una caja—. ¡El fuego no lo cobramos!

Sin pensar en el aspecto que ofrecía, Nadia encendió allí mismo, a la segunda cerilla, un cigarrillo torcido. Devolvió la caja, pero no cruzó la puerta del edificio, sino que empezó a pasear de arriba abajo. Fumar no se había convertido aún en una costumbre para ella, pero tampoco aquel era su primer cigarrillo. El ardiente humo le causaba dolor y repulsión, y esto aligeraba un poco el peso de su corazón.

Cuando hubo filmado la mitad del cigarrillo, Nadia lo tiró y subió a la habitación 318.

Pasó con desdén junto a la cama deshecha de Liúda y se dejó caer pesadamente en la suya con el deseo de que ahora nadie le preguntara nada.

Se sentó, y a la altura de sus ojos aparecieron las cuatro pilas de su tesis sobre la mesa, cuatro ejemplares mecanografiados. Y Nadia recordó involuntariamente las infinitas penalidades que le ocasionaba esta tesis: conseguir de alguna manera la fotocopia de los esquemas, la primera corrección, la segunda, y ahora volver a empezar la tercera.

Al recordar el aplazamiento —ilegal y sin esperanzas— de la presentación de la tesis, recordó también el trabajo «especial» y secreto que podía proporcionarle ingresos y tranquilidad. Pero le cerraba el camino un terrible cuestionario de ocho páginas. Debía entregarlo el martes a la sección de personal.

Escribir las cosas como eran significarían su expulsión de la universidad a finales de semana, su expulsión de la residencia, de Moscú.

O bien, divorciarse inmediatamente...

Como había decidido.

Pero era doloroso, y el procedimiento requería tiempo y astucia.

Erzhika se hizo la cama como pudo (eran cosas que no acababan de salirle bien. Había aprendido a hacer la cama, lavar y planchar en Stromynka, en su vida anterior esos trabajos los hacía la criada), se pintó ante el espejo, no los labios sino las mejillas, y fue a trabajar a la biblioteca Lenin.

Muza intentaba leer, pero la lectura no funcionaba. Había observado la lúgubre inmovilidad de Nadia y la miraba con inquietud aunque sin decidirse, por otra parte, a preguntarle nada.

—¡Sí! —recordó Dasha—. ¡Hoy he oído decir que este año nos pagarán el doble «para libros»!

Olenka se incorporó sorprendida:

—¿Bromeas?

—Nuestro decano se lo ha dicho a las muchachas.

—Espera, ¿cuánto será eso? —la cara de Olenka se encendió con aquella animación que es capaz de producir el dinero en las personas que no están acostumbradas a él ni son codiciosas—. Trescientos y trescientos son seiscientos, setenta y setenta son ciento cuarenta, cinco y cinco... ¡Oh, oh! —gritó palmoteando—. ¡Setecientos cincuenta! ¡Eso está bien!

Y canturreó brevemente. Tenía un poco de voz.

—¡Ahora sí que te comprarás las obras completas de Soloviov!

—¡Y más! —rio Olenka—. Con este dinero se puede comprar un vestido granate, de crespón, ¿te imaginas? —agarró con la punta de los dedos el borde de la falda—. ¡Con dos volantes!

Olenka no se había equipado aún como es debido. Sólo recientemente, en el último año, había recuperado el interés por esas cosas. Su madre había estado largo tiempo enferma y había muerto hacía dos años. Desde entonces Olenka se había quedado sin ningún pariente entre los vivos. Su madre y ella habían recibido el aviso de defunción del padre y del hermano la misma semana del año 42. La madre enfermó entonces gravemente y Olenka tuvo que abandonar el primer curso, perder un año, ponerse a trabajar y luego pasar a los estudios por correspondencia.

Pero nada de esto aparecía en este momento en su carita regordeta y simpática de veintiocho años. Al contrario, la conmovía el aspecto de sufrimiento petrificado de Nadia, sentada en su cama frente a ella, un aspecto que las abatía a todas.

Y Olia preguntó:

—¿Qué te pasa, Nadiushka? Por la mañana te marchaste muy contenta.

Las palabras eran compasivas, pero su sentido denotaba irritación. No se sabe con qué semitonos expresa nuestra voz nuestros sentimientos.

Nadia no sólo percibió esta irritación en la voz de su vecina. Sus ojos veían también cómo Olenka se vestía frente a ella, cómo prendía un broche —una florecilla rubí— en la solapa de la chaqueta, cómo se perfumaba.

Aquel perfume, que envolvía a Olia en una nube invisible de felicidad, alcanzaba la nariz de Nadia como un chorro de aire de cuanto había perdido.

Con el rostro todavía cejijunto, pronunciando las palabras como si le costara un gran trabajo, Nadia respondió:

—¿Te molesto? ¿Te pongo de malhumor?

Se miraron una a otra por encima de la colmada mesa de las tesis. Olenka se irguió, y su gordezuela barbilla adquirió perfiles duros. Dijo con precisión:

—Mira, Nadia, no quisiera ofenderte. Pero, como dijo nuestro común amigo Aristóteles, el hombre es un animal social. Podemos sembrar a nuestro alrededor la alegría, pero no tenemos derecho a sembrar las tinieblas.

Nadia estaba sentada, encorvada, en una pose de vieja.

—¿Y tú no puedes comprender —pronunció en voz baja, abatida— que a veces se tienen pesares en el alma?

—¡Precisamente puedo comprenderlo *muy bien*! ¡Tienes pesares, sí, pero no debes autocompadecerte tanto! No debes concienciarte de ser la única sufridora de este mundo. Puede

que otras hayan sufrido muchísimo más que tú. Reflexiona.

No terminó su pensamiento, pero, la verdad, ¿por qué ha de significar más un marido desaparecido que aún se puede sustituir, pues un marido es sustituible, que un padre muerto, un hermano muerto y una madre muerta, si no nos es dado por la naturaleza sustituirlos?

Al terminar de hablar permaneció un instante erguida mirando severamente a Nadia.

Nadia comprendía perfectamente que Olya hablaba de sus propias pérdidas. Lo comprendió pero no lo aceptó. Pues su modo de ver era el siguiente: toda muerte es irreparable, pero sucede, pese a todo, por una sola vez. Estremece, pero una sola vez. Luego se desplaza con movimientos poco perceptibles y poco a poco se integra en el pasado.

Y uno se va liberando gradualmente de la pena. Y una se pone un broche de rubíes, se perfuma y acude a una cita.

Pero la pena de Nadia estaba siempre presente, siempre a su alrededor, siempre dominándola, estaba en el pasado, en el presente y en el futuro. Y por mucho que se debatiera, se agarrara a lo que se agarrase, no había modo de escapar a sus dientes.

No obstante, para responder convenientemente tenía que sincerarse, y el secreto era demasiado peligroso.

Y Nadia se rindió, cedió, mintió, señaló la tesis con la cabeza:

—Está bien, niñas, perdonad, estoy agotada. Me faltan fuerzas para volver a corregirla. ¿Hasta cuándo?

Al ponerse en claro que Nadia no ponía en absoluto sus penas por encima de todas las penas, la actitud vigilante de Olenka se disipó, y la muchacha dijo en tono conciliador:

—¡Ah! ¿Hay que echar a los extranjeros? Pues no eres la única, ¿por qué te apuras?

Echar a los extranjeros significaba sustituir en todo el texto «Laue^[31] ha demostrado» por «los científicos han conseguido demostrar», o bien cambiar «como demostró convincentemente Langmuir»^[32] por «como se ha demostrado». Pero si algún científico ruso, y no sólo ruso sino alemán o danés al servicio de Rusia, se distinguía en algo, por poco que fuera, había que consignar sin falta todo su nombre y patronímico, subrayando su acendrado patriotismo y sus inmortales méritos ante la ciencia.

—No son los extranjeros, hace tiempo que los eché. Ahora hay que excluir al académico Balandin...

—¿Un soviético?

—... y toda su teoría. Y yo lo he montado todo sobre ella. Y ahora resulta que él... que a él le han...

El académico Balandin había desaparecido súbitamente en el mismo abismo, en el mismo mundo subterráneo, donde languidecía encadenado el marido de Nadia.

—¡Bueno, no hay que tomárselo tan a pecho! —aleccionó Olenka. También en esto tenía su propia réplica—: ¿Y lo que me sucede a mí con el Azerbaidzhán?

Nada había predispuesto nunca a esta muchacha de la Rusia central al estudio de la cultura del Irán. Al ingresar en la facultad de historia ni se le había pasado por la cabeza esta idea. Sin embargo, su joven (y casado) director de equipo, bajo cuya orientación redactó el trabajo de curso

sobre la Rusia de Kíev, empezó a hacerle la corte obstinadamente, insistiendo además en que se especializara, durante el aspirantado, en la Rusia de Kíev. Olenka, inquieta, se pasó al Renacimiento italiano, pero tampoco era viejo el profesor del Renacimiento italiano, y cuando se quedaba a solas con ella se comportaba también con el espíritu del Renacimiento. Entonces, Olenka, desesperada, se apuntó al curso de un caduco profesor de cultura iraní, con el que redactó también la tesis que ahora habría terminado felizmente de no haber emergido en los periódicos la cuestión del Azerbaidzhán persa. Como sea que Olenka no puso excesivamente de relieve la secular ansia de esta provincia por pertenecer al Azerbaidzhán, así como su repulsa al Irán, le devolvieron la tesis para que la rehiciera.

—Y gracias que te permiten corregirla por anticipado. Hay casos peores. Mira, Muza te lo contará...

Pero Muza ya no escuchaba. Para su felicidad, se había sumido en la lectura del libro y la habitación que había a su alrededor había dejado de existir.

—... en la facultad de literatura, una chica había aprobado su tesis sobre Zweig hacía cuatro años y ejercía ya la docencia. De pronto descubrieron que en su tesis aparecía tres veces que «Zweig era un cosmopolita» y en un sentido aprobador. La llamaron a la Alta Comisión de Títulos y le retiraron el diploma. ¡Horrible!

—¡Uf, mira que desmoralizarse en química! —intervino también Dasha—. ¡Qué decir entonces de la economía política! Es ponerse la soga al cuello. Pues no importa, vamos tirando. ¡Stuzhaila-Oliabyshkin me sacó de apuros!

Efectivamente, era de todos sabido que a Dasha le habían dado ya un tercer tema para la tesis. El primer tema fue «La alimentación comunitaria bajo el socialismo». Este tema era muy claro veinte años atrás, cuando todo pionero, incluida Dasha, sabía con seguridad que las cocinas familiares desaparecerían en un futuro próximo, que se apagarían los lares domésticos y las esclavizadas mujeres recibirían los desayunos y los almuerzos de unas fábricas-cocina. Pero ahora, con los años, el tema era nebuloso e incluso peligroso. Era de toda evidencia que si alguien comía aún en un comedor público, como por ejemplo la propia Dasha, sólo era debido a la maldita necesidad. Sólo florecían dos formas de alimentación social: los restaurantes, que no mantenían con suficiente claridad los principios socialistas, y las más míseras tabernuchas, que no vendían otra cosa que vodka. En teoría continuaba habiendo fábricas-cocina, ya que el Jefe de los Trabajadores no había tenido tiempo, en veinte años, de manifestarse sobre la alimentación. Por ello era peligroso arriesgarse a decir algo propio. Dasha le dio vueltas y más vueltas hasta que su jefe de grupo le cambió el tema, pero inconscientemente eligió otro de los desafortunados: «El comercio de los productos de gran consumo bajo el socialismo». También este tema ofrecía pocos materiales. Aunque todos los discursos y normativas decían que los productos de gran consumo se podían fabricar y distribuir, e incluso que era necesario hacerlo, en la práctica estas mercancías empezaban a conllevar cierto sentido de culpabilidad al ser comparadas con la laminación del acero o la producción de petróleo. Y ni siquiera el Consejo Científico, que rechazó el tema a tiempo, sabía si la industria ligera seguiría desarrollándose o acabaría agostándose.

Y entonces hubo unas almas buenas que la aconsejaron, y Dasha consiguió a fuerza de súplicas

el tema: «El economista político ruso del siglo XIX Stuzhaila-Oliabyshkin».

—¿Has encontrado, por lo menos, un retrato de este benefactor? —preguntó riendo Olenka.

—¡Ese es el caso, que no puedo encontrarlo!

—¡Muy poco noble de tu parte! —Olenka procuraba ahora alegrar a Nadia, aunque en realidad la sometía a las emanaciones de excitación provocadas por la cita prevista—. Yo lo encontraría y me lo colgaría encima de la cama. Me lo imagino muy bien: un terrateniente, un vejestorio de noble aspecto con exigencias espirituales insatisfechas. Después de un abundante desayuno se sentaría junto a la ventana con su bata casera, en una provincia, ya sabéis, una provincia perdida de los tiempos de Larin^[33], fuera del alcance de las tempestades de la historia, y mirando cómo la moza Palashka daba de comer a los cochinitos, razonaría lentamente.

sobre de la riqueza del Estado,
y con aquello que subsiste^[34]...

¡Una gallinita! Y por las noches jugaría a las cartas... —Olenka se desternillaba de risa.

Tenía la cara enrojecida. Toda ella era una creciente felicidad.

Liúda se había puesto el vestido azul celeste, privando de este modo a su cama de un cobertor en forma de abanico (Nadia la miraba de reojo con un tic doloroso). Liúda reavivó ante el espejo la pintura de sus cejas y pestañas, y luego con gran precisión se pintó los labios en forma de corazón.

—Prestad atención, niñas —dijo inesperadamente Muza de un modo que sólo ella sabía, natural, como si todas estuvieran esperando sus observaciones—. ¿En qué se diferencian los héroes literarios rusos de los héroes del Occidente europeo? Los más mimados héroes de los escritores occidentales siempre intentan hacer carrera, conseguir fama y dinero. Al héroe ruso, en cambio, no hay que darle de comer ni de beber, busca la justicia y el bien. ¿No es así?

Y volvió a sumirse en la lectura.

—Si por lo menos pudieras pedir luz —se compadeció Dasha. Y abrió el interruptor.

Liúda se había puesto las botas y alargaba la mano para coger la pella. Entonces, Nadia movió bruscamente la cabeza señalando la cama y dijo con repugnancia:

—¿De nuevo dejas que arreglemos por ti esta porquería?

—¡Pues hacedme el favor de no arreglarla! —estalló Liúda con ojos resplandecientes y expresivos—. ¡Y no te atrevas a tocar más mi cama! —su voz levantó el vuelo hasta llegar al grito—. ¡No me des lecciones de moral!

—¡Debes comprenderlo! —estalló a su vez Nadia echando a gritos todo cuanto guardaba en su persona—. ¡Nos ofendes! ¿O es que no podemos tener en el alma ninguna otra cosa que tus placeres nocturnos?

—¿Me envidias? ¿No pican los tuyos?

Las caras de las dos estaban alteradas, eran muy desagradables, como lo son siempre las de las mujeres irritadas.

Olenka abrió la boca para atacar también a Liúda, pero en las palabras «placeres nocturnos»

creyó oír una injuriosa alusión. Y se detuvo.

—¡No hay nada que envidiar! —gritó sordamente Nadia con voz desgarrada.

—Si te has equivocado, si has ingresado en el aspirantado en lugar de encerrarte en un monasterio —gritó Liúda con voz cada vez más sonora, presintiendo la victoria—, siéntate en un rincón y no seas una suegra. ¡Me fastidias! ¡Solterona!

—¡Liudka! ¡No te atrevas! —gritó Dasha.

—¿Por qué se mete en lo que no le importa? ¡Solterona! ¡Solterona! ¡Fracasada!

Muza salió también de su ensimismamiento, y empezó a gritar blandiendo hacia Liúda un pequeño volumen:

—¡Qué espíritu tan mezquino y pequeñoburgués! ¡Cómo triunfa! ¡Florece!

Las cinco gritaban cada una lo suyo sin escuchar a las demás ni estar de acuerdo con ellas.

Congestionada, con la cabeza incapaz de reflexionar, avergonzada de su salida de tono y de sus sollozos, Nadia se arrojó de plano sobre la cama con lo que llevaba puesto, lo mejor que tenía para la entrevista, y se cubrió la cabeza con la almohada.

Liúda volvió a empolvase, distribuyó sobre la blusa de piel de ardilla sus rubios y alborotados bucles, y se bajó el velo un poco por debajo de los ojos. Luego se marchó sin arreglar la cama, aunque con la concesión de extender la manta.

Las otras llamaron a Nadia, pero no se movía. Dasha le quitó los zapatos y metió las esquinas de la manta bajo sus piernas.

Poco después sonó otro golpe en la puerta que hizo que Olenka saliera alborozada al pasillo. Volvió como el viento, metió sus rizos bajo el sombrero, se introdujo ágilmente dentro del abrigo de pieles con cuello amarillo y fue hacia la puerta marcando un nuevo paso.

(Este nuevo paso era de alegría, pero también era el paso del que va al combate...).

La habitación 318 enviaba al mundo, una tras otra, dos maravillosas tentaciones magníficamente vestidas.

Sin embargo, al perder con ellas la animación y la risa, la habitación adquirió un aire de gran abatimiento.

Moscú era una ciudad enorme en la que no había adonde ir...

Muza abandonó de nuevo la lectura. Se quitó las gafas y escondió el rostro entre las grandes palmas de sus manos.

Dasha dijo:

—¡Qué estúpida es Olga! Jugará un poco con ella y la abandonará. Me han dicho que tiene a otra en alguna parte. Con tal que no venga un hijo.

Muza asomó entre las palmas de las manos:

—Pero a Olya no la ata nada. Si él es así, ella puede dejarlo.

—¿Cómo que no está atada? —sonrió Dasha con la boca torcida—. Qué otra atadura quieres que...

—¡Claro, tú siempre lo sabes todo! ¿Cómo puedes saber esto? —se indignó Muza.

—¿Qué más hay que saber si se queda a dormir en su casa?

—¡Oh! ¡Nada! ¡Eso no demuestra nada! —repuso Muza.

—Ahora sólo funciona así. De otro modo no lo retienes.

Las muchachas se callaron, cada una en sus trece.

La nevada iba en aumento tras la ventana. Oscurecía.

Debajo de la ventana, el agua discurría silenciosamente por el radiador.

Resultaba insoportable pensar que había que matar la tarde del domingo en aquel cuartucho.

Dasha pensaba en el cantinero que había rechazado, un hombre sano y fuerte. ¿Qué necesidad había de rechazarlo de aquella manera? Aunque la hubiera llevado, en la oscuridad, a algún club de los arrabales donde no suelen ir los universitarios. Aunque la hubiera apretujado contra alguna cerca.

—¡Vámonos al cine, Múzochka! —propuso Dasha.

—¿Qué echan?

—*La tumba india.*

—¡Es un rollo! ¡Un rollo comercial!

—¡Pero el cine está en esta manzana, aquí mismo!

Muza no respondió.

—¡Qué tristeza hay aquí!

—No voy. Búscate alguna ocupación.

Y, de pronto, la luz eléctrica perdió intensidad: en la bombilla no quedó más que un hilillo incandescente, purpúreo y mate.

—¡Vaya, lo que faltaba! —gimió Dasha—. Ha saltado una fase. Para ahorcarse.

Muza estaba sentada como una estatua.

En la cama, Nadia no se movía.

Llamaron a la puerta.

Dasha se asomó y volvió:

—¡Nadiushka! Ha venido Schágov. ¿Te levantas?

Nadia había estado largo rato sollozando, clavando los dientes en la manta para ahogar los sollozos. La parte inferior de la almohada que cubría su cabeza estaba húmeda.

Le habría gustado marcharse a alguna parte y abandonar la habitación hasta avanzada la noche. Pero no tenía adonde ir en la enorme ciudad de Moscú.

No era con mucho la primera vez que, en la residencia, la fustigaban con tales palabras: «¡Suegra! ¡Gruñona! ¡Monja! ¡Solterona!». Lo más ofensivo era la injusticia de aquellas palabras. ¡Con lo alegre que era antes!

Pero ¿es fácil vivir después de cinco años de mentir, de llevar continuamente una máscara que alarga y deforma el rostro, que torna estridente la voz e insensible el juicio? ¿Sería verdad que ya era una insoportable solterona? Es difícil juzgarse a sí mismo. En una residencia, donde no es posible patear ante mamá como en casa, y donde se está entre iguales, lo único que se aprende es lo malo que hay en uno mismo.

Excepto Gleb, nadie, nadie podía comprenderla...

Pero tampoco Gleb podía ya comprenderla...

Nada le había dicho sobre lo que debía hacer ni cómo debía vivir.

Sólo que su condena no tendría fin...

Bajo los golpes certeros y rápidos del marido se había derrumbado todo aquello que le daba fuerzas cada día, que la mantenía en su fe, en su espera, en su inaccesibilidad.

¡La condena no tendría fin!

Por lo tanto, no necesitaba de ella... Y por lo tanto, ella estaba sólo destruyendo su vida...

Nadia yacía boca abajo. Miraba con ojos inmóviles por la rendija entre la almohada y la manta, y veía el trozo de pared que tenía delante. No podía comprender, ni lo procuraba, qué clase de iluminación era aquella. Parecía estar todo muy oscuro, y sin embargo distinguía en la conocida pared ocre las burbujas de un basto enjalbegado.

Y de pronto, Nadia escuchó a través de la almohada unos golpes especiales, acompasados, dados con los dedos sobre el entrepaño de chapa de la puerta. Y antes de que Dasha preguntara: «Ha venido Schágov. ¿Te levantas?», Nadia ya se arrancaba la almohada de la cabeza, saltaba al suelo con las medias puestas, se arreglaba la retorcida falda, se alisaba los cabellos con un peine y tentaba las zapatillas con los pies.

Bajo la luz opaca de la semiincandescencia, Muza advirtió su apresuramiento y retrocedió un paso.

Por su parte, Dasha se precipitó hacia la cama de Liúda, la dobló y recogió rápidamente.

Dejaron entrar al visitante.

Schágov entró con su viejo capote militar sobre los hombros. Mantenía aún su porte militar: podía inclinarse, pero sin doblar el espinazo. Sus movimientos eran calculados.

—Muy buenas, queridas amigas. Vine a enterarme de lo que hacéis sin luz para copiarlo y hacerlo yo mismo. ¡Me muero de tristeza!

(¡Qué alivio!, en aquella penumbra amarilla no eran visibles los ojos abotargados de lágrimas).

—¿O sea que de no estar en las tinieblas usted no habría venido? —respondió Dasha siguiendo el tono festivo de Schágov.

—De ninguna manera. Bajo una viva luz, el rostro de las mujeres está privado de su encanto. Se ven expresiones iracundas, miradas envidiosas. —(¡Ni que hubiera estado antes allí!)—, arrugas, exceso de cosmética. Si fuera una mujer, habría introducido en la legislación una ley disponiendo que la luz se diera sólo con la mitad de su incandescencia. Entonces os casaríais todas rápidamente.

Dasha miró severamente a Schágov. Siempre hablaba así, y esto no le gustaba: eran unas expresiones en cierto modo estudiadas.

—¿Puedo sentarme?

—Tenga la bondad —respondió Nadia con la voz serena de un ama de casa en la que ya no había ni rastro del cansancio, la amargura y las lágrimas anteriores.

A ella, por el contrario, le gustaban aquel autodomínio, aquel aire condescendiente, aquella voz grave y firme. Irradiaba tranquilidad. Incluso le parecían agradables sus agudezas.

—Puede que no me repitan el ofrecimiento, así es este personal. Me apresuraré a sentarme. Así pues, ¿en qué os ocupáis, jóvenes aspirantes?

Nadia callaba. No podía hablar demasiado con él, pues dos días antes se habían peleado, y Nadia, con un movimiento inconsciente y súbito, con un grado de intimidad que no existía entre ellos, le había golpeado la espalda con la cartera y había huido. Algo estúpido, pueril, pero ahora era un alivio la presencia de terceras personas.

Respondió Dasha.

—Nos disponíamos a ir al cine. No sabíamos con quién.

—¿A ver qué película?

—*La tumba india*.

—Oh, debéis ir sin falta. Según palabras de una enfermera, «disparan mucho, matan mucho, ¡en fin, una película magnífica!».

Schágov se había sentado cómodamente junto a la mesa común:

—Permitidme, queridas, pensé encontraros bailando en corro y veo que esto es un funeral. ¿Tenéis algún contratiempo con vuestros padres, quizás? ¿Os ha dejado abatidas la última resolución del comité del partido? Sin embargo, al parecer, nada tenía que ver con las aspirantes.

—¿Qué resolución? —preguntó Nadia con voz poco sonora.

—¿Qué resolución? Que las fuerzas sociales comprueben el origen social de los estudiantes, si

son verdaderamente sus padres los que ellos indican. En eso se ofrecen ricas posibilidades, tal vez alguno se haya confiado a otros, o se haya ido de la lengua en sueños, o haya leído una carta ajena, en fin, cosas de este género...

(¡Van a continuar buscando, ahondando! ¡Oh, cómo me fastidia todo! ¿Adónde escapar?).

—¿Qué, Muza Gueorguievna? ¿Usted no ha escondido nada?

—¡Qué ruindad! —exclamó Muza.

—¿Cómo, tampoco esto os pone de buen humor? Bueno, si queréis, os contaré la divertidísima historia de la votación secreta de ayer en el consejo de mecánica matemática.

Schágov se dirigía a todas pero vigilaba a Nadia. Hacía tiempo que quería averiguar qué quería Nadia de él. Cada nuevo encuentro ponía más de relieve las intenciones de la joven...

... A veces contemplaba el tablero de ajedrez cuando él estaba jugando, y se ofrecía a jugar con él para aprender aperturas.

(¡Dios mío, el ajedrez ayuda a matar el tiempo!).

A veces le invitaba a escuchar lo que iba a tocar en el concierto.

(¡Es tan natural desear que alabe tu modo de tocar alguien que no sea un espectador completamente indiferente!).

A veces, ella tenía una entrada de cine «sobrante» y le invitaba.

(¡Ah, buscaba sencillamente la ilusión de una tarde, buscaba aparecer en alguna parte acompañada...! Apoyarse en algún brazo).

O el caso del día de su cumpleaños, cuando le regaló tan torpemente una pequeña agenda: se la metió en el bolsillo de la chaqueta y quiso huir, ¡qué modales! ¿Por qué huir?

(¡Ay, por turbación, sólo por turbación!).

La alcanzó en el pasillo y empezó a porfiar con ella intentando fingidamente devolverle el regalo, y en esas la abrazó sin que ella hiciera enseguida esfuerzos para escapar, pues se dejaba retener.

(Cuántos años hacía que ella no experimentaba ese contacto contra sus brazos y sus piernas).

¿Y ahora el jovial golpe con la cartera?

Lo mismo que hacía con todas, Schágov se mostraba férreamente reservado también con ella. Sabía lo pegajosas que eran esas historias femeninas, y lo difícil que resultaba después desprenderse de ellas. Pero ¿y si era una mujer solitaria que suplicaba ayuda, que simplemente suplicaba ayuda? ¿Quién sería tan incommovible que se la negara?

Ahora, también, Schágov había salido de su cuarto y había ido a la habitación 318 no sólo convencido de encontrar sin falta a Nadia en casa, sino también dominado por un principio de inquietud.

... La anécdota de la votación en el consejo, aunque provocó risas, estas fueron de cortesía.

—Bueno, ¿habrá luz o no la habrá? —exclamó ya con impaciencia Muza.

—En fin, observo que mis relatos no os hacen ninguna gracia. Especialmente a Nadia Ilinichna. Por lo que puedo ver, está más lúgubre que un nubarrón. Y sé por qué. Anteayer le pusieron una multa de diez rublos, y ahora sufre por los diez rublos, le duele haberlos perdido.

Apenas dijo Schágov esta broma, Nadia se levantó de un salto. Agarró el monedero, rompió el

cierre, sacó algo al azar, lo desgarró histéricamente y arrojó los pedazos sobre la mesa común, delante de Schágov.

—¡Muza! Por última vez, ¿vienes? —exclamó dolorosamente Dasha tomando el abrigo.

—¡Voy! —respondió sordamente Muza, y se dirigió cojeando al perchero con decisión.

Schágov y Nadia no volvieron la cabeza hacia las que se marchaban.

Pero cuando la puerta se cerró tras ellas, Nadia sintió miedo.

Schágov se acercó a los ojos los pedazos de papel roto. Eran crujientes fragmentos de otro billete de diez rublos...

Dejó el capote (que se derrumbó sobre la silla) y se acercó a Nadia rodeando los muebles, sin mostrarse impulsivo, mucho más alto que ella. Cogió sus pequeñas manitas entre las suyas, tan grandes.

—¡Nadia! —era la primera vez que la llamaba simplemente por el nombre.

Ella estaba inmóvil, se sentía débil. La chispa que le había hecho desgarrar el billete había desaparecido tan rápidamente como surgiera. Por su cabeza pasó fugazmente la extraña idea de que ningún vigilante ladeaba hacia ellos su cabeza bovina. Que podían hablar de todo lo que quisieran. Que ellos mismos decidirían cuándo debían separarse.

Vio muy cerca el rostro firme y recto de su amigo, cuyos lados izquierdo y derecho no se diferenciaban en ningún rasgo. A ella le gustaba la corrección de aquel rostro.

Él abrió los dedos y los deslizó por sus codos, por la seda de la blusa.

—¡Nadia!...

—¡Dé-je-me! —respondió Nadia con voz de cansada lástima.

—¿Cómo quiere que lo entienda? —insistió él pasando los dedos de los codos a los hombros.

—¿Entender qué? —repitió ella con vaguedad.

¡Pero no intentó liberarse!

Entonces él estrechó sus hombros y la atrajo hacia sí.

La penumbra amarilla ocultó la llamarada de la sangre en la cara de la joven.

Apoyó las manos en su pecho y le rechazó.

—¿Có-mo ha podido pensar...?

—¡El diablo sabrá qué cabe pensar de usted! —barbotó él, la soltó y se retiró a la ventana, detrás de Nadia.

El agua del radiador discurría en silencio.

Nadia se arregló los cabellos con mano temblorosa.

A él le temblaban las manos al encender un cigarrillo.

—¿Sabe usted —preguntó él separando las palabras— cómo arde el heno seco?

—Lo sé. Llamas hasta el cielo, y luego un montón de ceniza.

—Hasta el cielo —confirmó él.

—Un montón de cenizas —repitió ella.

—¿Pues por qué no cesa de lanzar fuego sobre el heno seco una y otra vez, una y otra vez?

(¿Lanzaba ella fuego? ¿Por qué no podía comprenderla? Simplemente, a veces quería gustar, así, a ratos. Bueno, y sentir por un momento que te prefieren a otras, que no has dejado de ser la

mejor).

—¡Vámonos! ¡A alguna parte! —exigió ella.

—No iremos a ninguna parte, nos quedaremos aquí.

Él había vuelto a su tranquila manera de fumar, apretando la embocadura, algo ladeada, con sus labios autoritarios. A Nadia también le gustaba esta manera suya de fumar.

—¡No, se lo ruego, vámonos a alguna parte! —insistió ella.

—O aquí o en ninguna parte —cortó él implacablemente—. Y debo advertirle una cosa: tengo novia.

Nadia y Schágov habían intimado porque ninguno de los dos era moscovita. Los moscovitas que Nadia encontraba entre los aspirantes, y en los laboratorios, llevaban el veneno de su inexistente superioridad, de un «patriotismo moscovita», como ellos mismos decían. Fueran cuales fuesen sus éxitos ante el profesor, Nadia vivía entre ellos como un ser de segunda categoría.

Era natural su actitud hacia Schágov, que también era provinciano pero que había sabido cortar aquel ambiente como corta sin trabajo el rompehielos el agua simple y blanda. Un día, en la sala de lectura, en presencia de Nadia, un joven licenciado que deseaba humillar a Schágov le preguntó moviendo altaneramente su viperina cabeza:

—Usted, propiamente... ¿de qué lugar es?

Schágov, que superaba a su interlocutor en altura, le miró con perezosa lástima balanceándose ligeramente hacia adelante y hacia atrás:

—Usted no ha tenido ocasión de estar allí. Vengo de un lugar del frente. De la aldea Blocao.

Se sabe de antiguo que nuestra vida no entra en nuestra biografía uniformemente con el paso de los años. Cada persona tiene una época especial de su vida en la que se manifestó más plenamente, en la que se expresó toda ella con mayor profundidad ante sí misma y ante los demás. Y le sucediera lo que le sucediese después a esta persona, aunque fueran cosas externamente importantes muy probablemente serían únicamente la amortiguación o la inercia de aquel empujón: recordamos, nos embriagamos, y volvemos a tocar en muchos tonos distintos lo que sonó una sola vez en nosotros. Para algunos, esta época es la infancia, y entonces continúan siendo niños toda la vida. Para otros es el primer amor, y son los que difunden el mito de que sólo se ama una vez. Para unos terceros, esta época es la de sus mayores riquezas, honores y poder, y mascullan palabras sobre su perdida grandeza hasta que sus encías están desprovistas de dientes. Para Nerzhin, esta época era la cárcel. Para Schágov, el frente.

Schágov estuvo en la guerra a las duras y a las maduras. Lo movilizaron el primer mes de la guerra. Y sólo lo pasaron al «paisanaje» en el 46. En los cuatro años de guerra, rara fue la mañana en que Schágov estuviera seguro de llegar vivo a la noche: no servía en los altos estados mayores, y sólo iba a la retaguardia para ingresar en el hospital. En el 41 vivió la retirada hasta más allá de Kíev, en el 42 la vivió en el Don. Aunque la situación militar iba mejorando en general, Schágov tuvo que poner pies en polvorosa también en el 43, e incluso en el 44 en Kovel. En las cunetas de las carreteras, en las socavadas trincheras, y entre las ruinas de las casas incendiadas, conoció el

valor de un puchero de sopa, de una hora de descanso, el sentido de una auténtica amistad y el sentido de la vida en general.

Las vivencias del capitán de zapadores Schágov no podían cicatrizar ni en décadas. No podía aceptar que las personas pudieran dividirse de otra manera que en soldados y no soldados. Incluso en las calles de Moscú, que todo lo hacen olvidar, él conservaba la impresión de que sólo la palabra «soldado» era garantía de sinceridad y de amistad en una persona. La experiencia le había enseñado a no confiar en los que no habían pasado por la prueba de fuego del frente.

Al acabar la guerra, a Schágov no le quedaba ningún pariente. La casita donde antes vivieran había sido barrida de raíz por una bomba. Los bienes de Schágov era todo lo que llevaba encima y una maleta con trofeos de Alemania. Ciertamente, para dulcificar la impresión que la vida civil causaba a los oficiales desmovilizados, les pagaban «honorarios por el grado militar» durante los doce meses siguientes a su regreso, un salario por no hacer nada.

Al volver de la guerra, Schágov, como muchos otros soldados del frente, no reconoció el país que había estado defendiendo cuatro años: se disipaban en él las últimas bocanadas de la rosada niebla de la igualdad, que la juventud conservaba en su memoria. El país se había vuelto cruel, completamente desvergonzado, mostrando un abismo entre una miseria enfermiza y una riqueza que engordaba insolentemente. Además, por breve tiempo, los soldados volvían mejores de lo que fueran al marcharse, volvían purificados por la proximidad de la muerte. Por ello resultaba más impresionante para ellos el cambio que se había producido en su patria, un cambio que había madurado en la profunda retaguardia.

Los exsoldados estaban ahora todos aquí, iban por las calles y viajaban en metro, pero cada uno vestía lo que tenía, y no se reconocían unos a otros. Aceptaban como orden superior el que encontraban aquí y no el suyo propio, el del frente.

Cabía llevarse las manos a la cabeza y pensar: ¿para qué hemos luchado? Muchos se formulaban esta pregunta, pero pronto daban con sus huesos en la cárcel.

Schágov no se la formuló. No era de esas naturalezas incansables que se meten continuamente en todas partes buscando la justicia universal. Comprendía que las cosas iban como iban, que aquello no podía detenerse, que únicamente se podía saltar o no al estribo. Estaba claro que, actualmente, la hija de un miembro del Comité Ejecutivo estaba destinada a una vida limpia sólo por su nacimiento, y que no iría a trabajar a una fábrica. Era imposible imaginar que un secretario del Comité Regional, al ser degradado, aceptara trabajar ante una máquina. Las normas de las fábricas no las cumplen quienes las dictan, lo mismo que al ataque no van los que dictan la orden de atacar.

Ciertamente, no era ninguna novedad en nuestro planeta, sólo lo era en un país revolucionario. Y era humillante que por el irreprochable servicio prestado no reconocieran al capitán Schágov el derecho a integrarse en la vida que él mismo había conquistado. Este derecho debía conquistarlo de nuevo; y debía consolidarlo con un sello estampado, en una lucha sin sangre, sin disparos y sin lanzamiento de granadas.

Y todo esto sonriendo.

Tanta había sido la prisa de Schágov por marchar al frente en el 41 que no se preocupó de

terminar el quinto curso y obtener el diploma. Ahora, después de la guerra, debía reiniciar todo esto y abrirse camino hacia la licenciatura. Su especialidad era la mecánica teórica, y adentrarse en ella era ya su proyecto antes de la guerra. En aquel entonces era más fácil. En cambio, después de la guerra se encontró con una llamarada general de amor por la ciencia, por cualquier ciencia, por todas las ciencias, habida cuenta el aumento de los honorarios.

No había más remedio, y midió sus fuerzas preparándose para otra larga campaña. Poco a poco fue vendiendo en el mercado los trofeos de Alemania. No quiso seguir la moda variable de los trajes y zapatos masculinos, continuó gastando la ropa que llevaba al desmovilizarse: botas, pantalones a rayas diagonales, guerrera de lana inglesa con cuatro placas de condecoraciones y dos galones por heridas recibidas. Conservar este encanto del frente fue lo que emparejó a Schágov, a los ojos de Nadia, con el capitán Nerzhin, también excombatiente.

Vulnerable en cada fracaso y humillación, Nadia se sentía una niña ante la blindada prudencia práctica de Schágov, y solía pedirle consejo. (Pero, con la misma obstinación, le mentía diciendo que su Gleb había desaparecido en el frente).

Ni la propia Nadia había observado cómo y cuándo había comenzado aquello —la entrada «sobrante» del cine, la pelea por la agenda—, pero ahora, apenas entró Schágov en la habitación, y mientras andaba aún con dimes y diretes con Dasha, comprendió enseguida que venía por ella y que inevitablemente sucedería algo.

Y aunque antes lloraba desconsoladamente por su vida rota, ahora al romper los diez rublos se sentía renovada, llena, dispuesta para la vida activa, ahora mismo.

Y su corazón no advertía en ello una contradicción.

Por su parte, Schágov dominó la agitación que le provocara el breve juego con ella y volvió a su lenta manera de comportarse.

Dio a entender claramente a la muchacha que no podía contar con casarse con él.

Al oír hablar de la prometida, Nadia atravesó la estancia con paso vacilante, se colocó también junto a la ventana y empezó a dibujar en silencio pasando el dedo por el cristal.

A Schágov le daba lástima la chica. Sentía deseos de romper el silencio y averiguar una cosa con absoluta naturalidad, con una sinceridad rato ha abandonada: ¿qué podía ofrecerle aquella pobre aspirante sin influencias ni futuro? Y él tenía un justo derecho a su trozo de pastel (lo habría conseguido de otra manera si la gente de talento de nuestro país no le hubieran echado el diente a mitad del camino). Quería confiarle algunas cosas: pese a que su novia vivía una vida ociosa, no estaba muy corrompida. Tenía un buen apartamento en una buena casa donde sólo habitaban celebridades. En la escalera había portero y alfombra. ¿Dónde se encuentra hoy día esto en la Unión Soviética? Y lo principal era que eso resolvía todos los problemas de una vez por todas. ¿Quién podría imaginar algo mejor?

Pero sólo pensó todo esto, no lo dijo.

Apoyando la frente en el cristal y mirando hacia la noche, Nadia dijo con tristeza:

—Muy bien. Usted tiene una novia. Yo un marido.

—¿Desaparecido en el frente?

—No, no ha desaparecido —murmuró Nadia.

(¡Con qué ligereza se estaba delatando!).

—¿Tiene la esperanza de que viva?

—Lo he visto... Hoy...

(¡Se delataba, pero cuidado, no vaya a ser que ahora la considerara una mozuela que se colgaba de su cuello!).

Schágov no tardó mucho en comprender lo que le había dicho. No seguía el curso de aquellas mentes femeninas que consideraban a Nadia una mujer abandonada. Sabía que «desaparecido en el frente» significaba casi siempre «persona desplazada», y si la persona se desplazaba de regreso a la URSS, sólo podía hacerlo entre rejas.

Se acercó a Nadia y la tomó por el codo:

—¿Gleb?

—Sí —ella dejó caer esta palabra, casi insonora, con absoluta indiferencia.

—¿Qué le pasa? ¿Está preso?

—Sí.

—¡Claro, claro, claro! —dijo Schágov aliviado. Reflexionó, y salió rápidamente de la estancia.

Tan ensordecida estaba Nadia de vergüenza y desesperanza que no percibió nada nuevo en la voz de Schágov.

Que se marchara. Estaba contenta de haberlo dicho todo. De nuevo se encontraba a solas con su honesta carga.

Como antes, el hilillo incandescente apenas ardía.

Arrastrando los pies por el suelo como si fueran una carga, Nadia atravesó la habitación. Encontró el segundo cigarrillo en el bolsillo de la pelliza, alargó la mano hasta las cerillas y lo encendió. Encontró placer en el repulsivo ardor del cigarrillo.

Tosió por falta de costumbre.

Al pasar, distinguió el capote de Schágov abandonado, informe, sobre una silla.

¡Qué manera de precipitarse fuera de la habitación! Se había asustado hasta el punto de olvidar el capote.

Reinaba un gran silencio, en la habitación contigua se oía la radio, se oía... sí... un estudio de Liszt en *fa menor*.

Ah, ella lo había tocado en su juventud, ¿pero lo comprendía entonces? Los dedos tocaban, pero su alma no respondía a esta palabra —*disperato*— desesperadamente...

Con la frente apoyada en el travesaño de la ventana, Nadia tocaba los fríos cristales con las palmas abiertas de sus manos.

Estaba como crucificada en la negra cruz de la ventana.

Hubo en su vida un pequeño punto de calor y ya no estaba.

Por lo demás, al cabo de unos minutos ya había asumido esta pérdida.

Y era de nuevo la esposa de su marido.

Miraba la oscuridad procurando adivinar la chimenea de la cárcel Matrósskaya Tishiná.

¡*Disperato!* ¡La importante desesperación, el impulso de levantarse, y de caer de nuevo de rodillas! ¡El insistente *re bemol* de un desgarrador grito femenino! ¡Un grito sin solución!

La hilera de faroles conducía a las oscuras tinieblas de un futuro que no se desea alcanzar en vida...

Después del estudio musical, la hora de Moscú anunció las seis de la tarde.

Nadia se había olvidado de Schágov por completo cuando este entró de nuevo sin llamar.

Llevaba dos pequeños vasitos y una botella.

—¡Vamos, esposa de soldado! —dijo animadamente, groseramente—. No te amilanes. Toma este vaso. Mientras hay vida hay esperanza. Bebamos. *¡Por la resurrección de los muertos!*

A las seis de la tarde del domingo, empezaba en la *sharashka* el descanso general hasta la mañana siguiente. No había modo de eludir esta fastidiosa interrupción del trabajo de los reclusos, ya que el domingo los externos hacían un solo turno. Era una abyecta tradición contra la que resultaba ineficaz la lucha de los comandantes y los tenientes coroneles, pues tampoco ellos querían trabajar las tardes de los domingos. Sólo Mamurin, la Máscara de Hierro, temía estas tardes vacías: se marchaban los externos, se conducía y encerraba en sus celdas a todos los presos, los cuales en cierto sentido también eran personas, y él no tenía más remedio que pasear por los pasillos desiertos del instituto, ante puertas selladas con lacre o plomo, o bien languidecer en su celda entre el aguamanil, el armario y la cama. Mamurin intentó conseguir que el Número 7 trabajara también las tardes de los domingos, pero no pudo romper el conservadurismo de las autoridades de la cárcel, que no deseaban duplicar las guardias en el interior de la zona.

Y, como resultado, veintiocho decenas de presos, pisoteando toda sensata razón y todo código de trabajo penitenciario, descansaban insolentemente las tardes de los domingos.

Este descanso era de tales características que a cualquier persona no acostumbrada le habría parecido un suplicio inventado por el diablo. La oscuridad exterior, y la alerta especial de los días festivos, no permitían que las autoridades de la cárcel organizaran paseos por el patinillo ni sesiones de cine en el cobertizo. Después de un año de correspondencia epistolar con las más altas autoridades, se había decidido igualmente que no estuvieran al alcance de la *sharashka* instrumentos musicales del tipo «acordeón», «guitarra», «balalaika» y «armónica», y con mayor razón otros tipos más voluminosos de instrumento, ya que sus sones aunados podrían ayudar en cualquier trabajo de zapa por debajo de los cimientos de piedra. (Los *oper* procuraban averiguar continuamente, por medio de sus confidentes, si alguno de los presos tenía algún silbato o caramillo de confección casera, y por tocar una tonadilla con un peine se llamaba al culpable a un despacho y se levantaba un acta especial). Mucho menos podía darse el caso de que se toleraran en los dormitorios de la cárcel los aparatos de radio e incluso los más destartados gramófonos.

Se permitía, ciertamente, que los presos utilizaran la biblioteca de la prisión. Pero la cárcel especial no disponía de recursos para la compra de libros ni de armarios donde guardarlos. Simplemente, se nombró a Rubin bibliotecario de la prisión (él mismo se ofreció, pensando conseguir así buenos libros) y se le entregó un centenar de maltrechos tomos dispersos, por el estilo de *Mumu* de Turguéniev, *Cartas* de Stasov y la *Historia de Roma* de Mommsen, con la orden de que los pusiera en circulación entre los presos. Los presos hacía tiempo que habían leído

todos esos libros, o que no los habían querido leer en absoluto, y pedían libretos a los externos, lo que abría un rico campo de investigación al *oper*.

Para este descanso, se ponían a disposición de los presos diez salas ubicadas en dos pisos, dos pasillos —el superior y el inferior—, una estrecha escalera de madera entre los dos pisos, y un retrete bajo dicha escalera. El descanso consistía en que se permitía a los presos yacer en sus camas sin limitación alguna (e incluso dormir, si podían hacerlo con aquel alboroto), sentarse en las camas (sillas no había), pasear por la sala e ir de sala en sala aunque fuera en paños menores, fumar cuanto les apeteciera en los pasillos, discutir de política ante los chivatos y utilizar el retrete sin reparos ni limitaciones. (Por lo demás, los que permanecían largo tiempo en prisión e iban «a sus necesidades» dos veces al día en las horas señaladas podían valorar la importancia de este aspecto de la inmortal libertad). La plenitud del descanso radicaba en que el tiempo era *suyo* y no de la Administración. Por esto el descanso se consideraba auténtico.

El descanso de los presos consistía en que, una vez cerradas por fuera las pesadas puertas de hierro, nadie volvía a abrirlas, nadie entraba, a nadie llamaban ni zarandeaban. Durante aquellas cortas horas, el mundo exterior no podía infiltrarse ni con sonidos, ni con palabras, ni con imágenes, no podía desasosegar el alma de nadie. En esto radicaba precisamente el descanso, en que el universo y sus estrellas, el planeta y sus continentes, las capitales y sus resplandores, y todo el país —con sus banquetes unos y sus horas extras otros—, se hundían en la inexistencia, se convertían en un océano negro, casi imperceptible a través de las ventanas enrejadas, bajo la iluminación cegata y amarilla de los faroles de la zona.

Interiormente iluminada por la luz eléctrica del MGB, nunca interrumpida, el arca de dos pisos de la que fuera iglesia de un seminario, con bordas de cuatro ladrillos y medio, navegaba despreocupada y sin rumbo a través del negro océano de destinos y errores humanos dejando tras de sí los chorritos de luz difusa de los tragaluces.

En aquella noche del domingo al lunes habría podido escindir-se la luna, habrían podido emerger unos nuevos Alpes en Ucrania, el océano habría podido tragarse al Japón o empezar el Diluvio Universal, y los presos encerrados en el arca no se habrían enterado de nada hasta el control de la mañana. En aquellas horas, tampoco podían inquietarles los telegramas de sus parientes, las fastidiosas llamadas telefónicas, la difteria atacando a sus hijos o el arresto nocturno.

Los que navegaban en el arca eran imponderables poseedores de pensamientos también imponderables. No estaban hambrientos ni ahítos. No poseían la felicidad porque no padecían la angustia de perderla. Sus cabezas no estaban ocupadas en insignificantes cálculos profesionales, en intrigas, en ascensos, no pesaba sobre sus hombros la preocupación de la vivienda, la calefacción, el pan y el vestido de los niños. El amor, que desde tiempo inmemorial constituye el placer y el sufrimiento de la humanidad, era impotente para transmitirles sus pálpitos o su agonía. Sus condenas eran tan largas que nadie se sumía en el pensamiento de los años que viviría cuando saliera en libertad. Unos hombres destacados por su inteligencia, cultura y experiencia de la vida, pero siempre tan entregados a sus familias que no conservaban lo suficiente de sí mismos como para poder entregarlo a los amigos, aquí pertenecían sólo a los amigos.

La luz de las brillantes bombillas se reflejaba en los blancos techos y en las enjalbegadas paredes, y atravesaba con miles de rayos aquellas preclaras cabezas.

Desde aquí, desde el arca que surcaba segura la oscuridad, era fácil contemplar el torrente sinuoso y perdido de la maldita Historia, verlo todo desde una enorme altura, y verlo con detalle, hasta la piedrecita del fondo, cual sumergidos en él.

En estas tardes domingueras, ni la materia ni el cuerpo daban razón de su existencia. El espíritu de la amistad y la filosofía masculinas se cernían bajo el velamen de la bóveda del techo.

¿Sería esta la beatitud que intentaron en vano definir e indicar todos los filósofos de la Antigüedad?

La sala semicircular del primer piso, con el alto techo abovedado del altar, era particularmente espaciosa para las ideas, y además alegre.

Los veinticinco hombres de aquella sala se reunieron a las seis de la tarde. Algunos de ellos se desnudaron rápidamente hasta quedar en paños menores, para librarse de la fastidiosa piel de la prisión, y se dejaron caer con impulso sobre sus catres (o treparon por ellos como monas). Otros se dejaron caer de la misma manera pero sin quitarse la ropa. Alguno estaba de pie en la litera superior agitando los brazos y gritando desde allí a un amigo a través de toda la habitación. Los había que aún no habían emprendido nada, se movían indecisos y miraban a su alrededor gustando el placer de las horas libres que tenían por delante y confusos por no saber cómo inaugurarlas del modo más agradable.

Estaba entre estos Isaak Kagan, un moreno greñudo y bajito. Le llamaban el «director de los acumuladores». Estaba de muy buen humor por llegar a la espaciosa y clara sala después de estar en el oscuro sótano de los acumuladores, con mala ventilación, donde trabajaba catorce horas al día como un topo. Por lo demás, estaba contento con este trabajo en el sótano, y decía que en el campo de concentración haría tiempo ya que habría estirado la pata (no se parecía a los jactanciosos que se envanecían diciendo que «en el campo se vivía mejor que en libertad»).

Cuando estaba en libertad, Isaak Kagan, que no había terminado la carrera de ingeniero, trabajaba de almacenero de material técnico, y procuraba llevar una vida modesta y disimulada para pasar de largo por aquella época de grandes realizaciones. Sabía que los almaceneros discretos son los que tienen más tranquilidad y más ingresos. Su carácter reservado escondía una pasión casi fogosa por el lucro, y a ello se dedicaba. No le atraía ninguna actividad política. En cambio, se esforzaba como podía por observar en el almacén la ley del sábado. Sin embargo, váyase a saber por qué, la Seguridad del Estado eligió a Kagan para atarlo a su rueda, y empezaron a arrastrarlo a habitaciones cerradas, a inocentes puntos de reunión, insistiendo en que se convirtiera en confidente. Esto repugnaba no poco a Kagan. Carecía de la rectitud y del valor (¿y quién los tenía?), necesarios para decirles a la cara que aquello era una ruindad, pero callaba con inagotable paciencia, mascullaba, demoraba, esquivaba, rebullía en la silla, y al final no firmó la declaración. Y no porque fuera incapaz de delatar. Habría denunciado sin temblar a un hombre que le hubiera causado un mal o una humillación. Pero le repugnaba, en el fondo de su corazón, denunciar a personas que hubiesen sido buenas con él o incluso indiferentes.

Sin embargo, la Seguridad del Estado se la tenía jurada por esta obstinación. No es posible

guardarse de todo en este mundo. En el almacén se entabló una conversación en su presencia: uno criticaba el instrumental, otro el aprovechamiento, otro la planificación. Isaak ni siquiera abrió la boca, redactaba unas facturas con lápiz tinta. Pero se supo todo (seguramente era un montaje), unos y otros declararon lo que había dicho cada uno, y fueron condenados a diez años por el Artículo 10. Kagan soportó también cinco careos, pero ninguno demostró que hubiera pronunciado una sola palabra. Si el Artículo 58 fuera más conciso, habrían tenido que soltar a Kagan. Pero el juez conocía el último cartucho de que disponía, el punto 12 del mencionado artículo, la *no delación*. Y por no haber denunciado le cayeron a Kagan esos diez astronómicos años.

Kagan salió del campo de concentración y fue a parar a la *sharashka* gracias a su singular ingenio. En un momento difícil, cuando le habían echado del cargo de «ayudante del jefe de barracón» e iban a enviarle a la tala forestal, escribió una carta al presidente del Consejo de Ministros, el camarada Stalin, diciendo que si el gobierno le ofrecía la posibilidad, él, Isaak Kagan, se comprometía a inventar un mando a distancia para las lanchas torpederas.

Su cálculo fue acertado. A ningún miembro del gobierno le habría temblado el corazón si Kagan hubiera escrito una carta humana diciendo que lo estaba pasando muy mal y que lo salvaran. Pero un destacado invento militar merecía que su autor fuera inmediatamente trasladado a Moscú. Llevaron a Kagan a Marfino, y diferentes grados militares, con galones azul celeste o azul marino, iban a visitarlo y a darle prisa para que convirtiera la atrevida idea técnica en una construcción lista para funcionar. Sin embargo, Kagan, que recibía aquí pan blanco y mantequilla, no tenía prisa. Con gran sangre fría, respondía que él no era especialista en torpedos y que, como es natural, necesitaba a uno que lo fuera. Dos meses después le proporcionaron a ese especialista (un recluso). Pero entonces Kagan argumentó muy sensatamente que él no era mecánico marino, y naturalmente necesitaba a uno que lo fuera. Tras otros dos meses le trajeron también a un mecánico marino (otro recluso). Kagan suspiró y dijo que su especialidad no era la radio. Había muchos ingenieros de radio en Marfino, y se puso a uno de ellos a disposición de Kagan inmediatamente. Kagan los reunió e, imperturbablemente, de modo que ninguno pudiera sospechar que se burlaba, les dijo: «Amigos míos, ahora que estáis todos reunidos sois plenamente capaces, con vuestro esfuerzo conjunto, de inventar el control por radio de las lanchas torpederas. No soy quién para aconsejaros el mejor modo de hacerlo, vosotros sois especialistas». Y en efecto, enviaron a los tres a una *sharashka* de la marina de guerra mientras Kagan, gracias al tiempo ganado, se colocaba en la sección de acumuladores y todos se acostumbraban a él.

Ahora Kagan importunaba a Rubin, tendido en su cama, pero lo hacía a distancia, para que Rubin no pudiera alcanzarlo de un puntapié.

—Lev Grigórich —le dijo con su habla viscosa, no totalmente inteligible, sin apresurarse—. Tiene usted notablemente debilitada la conciencia de su deber social. La masa ansia diversiones. Sólo usted puede proporcionárselas, pero prefiere abstraerse con un libro.

—Isaak, váyase a la... —le volvió la espalda Rubin. Se había tendido sobre el vientre, con la cazadora acolchada de presidiario echada sobre los hombros, por encima del mono de trabajo (la ventana que había entre él y Sologdin estaba abierta en el espacio de un *Mayakovski* dejando pasar el agradable frescor de la nieve), y estaba leyendo.

—¿Se lo digo en serio, Lev Grigórich! —insistió Kagan, muy pegadizo—. Todos deseamos escuchar una vez más su genial fábula de *El cuervo y la zorra*.

—¿Y quién me echó encima al «compadre»? ¿No sería usted? —replicó agresivo Rubin.

La última tarde de domingo, Rubin, para divertir al público, improvisó una parodia de la fábula de Krylov *El cuervo y la zorra*, llena de términos propios del presidio y de giros inadmisibles para el oído femenino. Por ello le pidieron cinco veces que la repitiera y lo llevaron en hombros, pero el lunes lo llamó el comandante Mishin y le interrogó sobre esta corrupción de la moralidad; con este motivo, se exigieron varias declaraciones de los testigos, y a Rubin le conminaron a entregar el texto auténtico de la fábula y una nota explicativa.

Hoy, después de comer, Rubin había trabajado dos horas en la nueva habitación que le habían destinado. Había seleccionado las alteraciones de timbre y los «acordes» característicos del habla del criminal que buscaban, los había pasado por la máquina de fotografiar el lenguaje visible y había colgado a secar las cintas mojadas. Con las primeras hipótesis y sospechas, aunque sin entusiasmo por el nuevo trabajo, observó que Smolosidov sellaba la habitación con lacre. Después, Rubin entró en la cárcel con el torrente de presos que parecía un rebaño regresando a la aldea.

Como siempre, bajo la almohada, bajo el colchón, y revueltos con la comida en la mesita de noche, había una decena y media de libros, los más interesantes que le habían pasado en la entrega de paquetes (para él solo, pues eran libros que nadie le pedía): los diccionarios chino-francés, letón-húngaro y ruso-sánscrito (hacía dos años que Rubin llevaba a cabo un grandioso estudio, al estilo de Engels y Marr, para demostrar que todas las palabras de todos los idiomas derivan de los conceptos de «mano» y de «trabajo manual». No sabía que, la pasada noche, el Corifeo de Lingüistas había blandido el machete sobre Marr). Estaba también *La salamandra* de Capek; una colección de relatos de autores japoneses muy progresistas (es decir, simpatizantes con el comunismo); *For Whom the Bell Tolls* (por haber dejado de ser progresista, aquí vacilaban antes de traducir a Hemingway); una novela de Upton Sinclair nunca traducida al ruso; y las memorias del coronel Lawrence en alemán, que formaban parte del botín de guerra arrebatado a la firma Radio-Lorenz.

En el mundo había una cantidad inabarcable de libros, los había de los más indispensables, de los de primera fila, y el afán por leerlos todos no permitía a Rubin la posibilidad de escribir uno solo propio. Ahora Rubin estaba dispuesto a leer hasta mucho después de medianoche, sin pensar en la jornada laboral del día siguiente, sólo leer y leer. Pero, con la llegada de la noche, tanto el ingenio de Rubin como su sed de discusión y su elocuencia se desarrollaban extraordinariamente, y se necesitaba muy poco para conseguir que se pusieran al servicio de la colectividad. En la *sharashka* había hombres que no se fiaban de Rubin, que le consideraban un chivato (por sus puntos de vista excesivamente marxistas, que él no ocultaba), pero no había en la *sharashka* un solo hombre que no se entusiasmara con sus iniciativas.

El recuerdo de *El cuervo y la zorra*, aderezado con palabras de la jerga carcelaria bien utilizadas, era tan vivo que muchos presos de la sala, a imitación de Kagan, empezaron a pedir en voz alta que Rubin pusiera en escena una nueva sátira. Y cuando Rubin se incorporó, y sombrío y

barbudo salió del cobijo de la litera como si saliera de una caverna, todos abandonaron sus asuntos y se dispusieron a escuchar. Sólo Dvoyetiosov, en la litera superior, continuó cortándose las uñas de los pies, que volaban muy lejos, y también Abramson continuó leyendo bajo la manta sin volverse. En la puerta se congregaron los curiosos de otras salas, entre los cuales el tártaro Bulatov, con gafas de concha, gritó estentóreamente:

—¡Por favor, Leva! ¡Por favor!

Rubin estaba lejos de querer divertir a una gente que en su mayoría odiaba o pisoteaba todo cuanto él amaba; y sabía que la nueva sátira acarrearía inevitablemente nuevos disgustos el lunes, nervios e interrogatorios en el despacho de «Shishkin-Mishkin». Pero así como por una palabra bien dicha algunos venderían a su padre, Rubin no era una excepción, y por ello frunció el ceño con fingido disgusto, miró a su alrededor con aire diligente y dijo en medio del silencio que se iba imponiendo:

—¡Camaradas! Me impresiona vuestra falta de seriedad. ¿De qué sátira podemos hablar si entre nosotros se pasean insolentes criminales todavía no descubiertos? Ninguna sociedad puede florecer sin un sistema judicial justo. Considero indispensable empezar la velada de hoy con un pequeño proceso judicial. A modo de ejercicio.

—¡Muy bien!

—¿A quién vamos a juzgar?

—¡A quien sea! ¡De todos modos estará bien! —sonaron unas voces.

—¡Qué divertido! ¡Será muy divertido! —le animó Sologdin sentándose más cómodamente.

Hoy se merecía el descanso como nunca, y hay que descansar con inventiva.

El ingenioso Kagan, presintiendo que la idea provocada por él amenazaba traspasar los límites de la sensatez, se retiró disimuladamente y fue a sentarse a su catre.

—A quién hay que juzgar es algo que iréis averiguando en el curso de la investigación judicial —declaró Rubin (ni a él mismo se le había ocurrido todavía)—. Yo seré, si os parece, el fiscal, pues el cargo de fiscal siempre ha suscitado en mí especiales emociones. —En la *sharashka* todos sabían que a Rubin le odiaban los fiscales, y que llevaba cinco años de singular combate con la Fiscalía de la Unión y con la Alta Fiscalía Militar—. ¡Gleb! Tú serás el presidente del tribunal. Fórmate inmediatamente un trío judicial con personas imparciales y objetivas, en una palabra, absolutamente plegadas a tu voluntad.

Nerzhin estaba sentado en su litera superior, desde donde había arrojado sus zapatos. En aquel día festivo, cada hora que pasaba se iba alejando mentalmente de la entrevista de la mañana y se iba incorporando al mundo habitual de los presos. Apoyó la convocatoria de Rubin. Se extendió hacia la barandilla extrema de la cama, dejó colgar las piernas entre los barrotes y se encontró de esta manera en una tribuna que se elevaba por encima de toda la habitación.

—A ver, ¿quiénes serán vocales conmigo? ¡Qué suban!

En la estancia se habían congregado muchos presos, todos querían escuchar el juicio, pero nadie se presentaba como vocal del tribunal, por precaución o por miedo a parecer ridículo. A un lado de Nerzhin, también en la litera superior, Zemeliá, el del laboratorio del vacío, estaba leyendo el periódico de la mañana. Nerzhin tiró decididamente de él agarrándolo por el periódico.

—¡Eh, «Sonrisas»! ¡Basta de ilustración! O tendrás tentaciones de dominio mundial. Recoge las piernas. ¡Sé vocal!

Abajo se oyeron aplausos.

—¡Por favor, Zemeliá, por favor!

Zemeliá era un alma cándida y no pudo resistirse por mucho tiempo. Abriéndose en una sonrisa, asomó su cabeza medio calva por la barandilla:

—¡Ser elegido por el pueblo es un gran honor! ¿Qué pretendéis, amigos? Yo no he estudiado, no sé...

Una risa general («¡Ninguno de nosotros sabe! ¡Ninguno ha estudiado!») fue la respuesta y su elección como vocal.

Cerca de Nerzhin yacía Ruska Doronin. Se había desnudado y se había tapado con la manta de pies a cabeza, cubriendo con la almohada su rostro feliz e ilusionado. No deseaba escuchar ni ver, ni que le vieran a él. Allí no había más que su cuerpo, pues su pensamiento y su alma seguían a Clara, en aquel momento camino de su casa. Antes de partir había terminado de tejer la canastilla para el árbol y se la había regalado disimuladamente a Ruska. Ahora él tenía esa canastilla bajo la manta y la besaba.

Viendo que era inútil animar a Ruska, Nerzhin miró a su alrededor buscando un segundo vocal.

—¡Amantai! ¡Amantai! —llamó a Bulatov—. Ven a hacer de vocal.

Las gafas de Bulatov brillaron con picardía.

—¡Vendría con gusto, pero no hay donde sentarse! Me quedaré en la puerta haciendo de alguacil.

Jorobrov (había tenido tiempo de rapar a Abramson y a dos más, y ahora cortaba el pelo en mitad de la estancia a un nuevo cliente sentado ante él, desnudo hasta la cintura para no tener después el trabajo de limpiarse de pelo la ropa interior) gritó:

—¿Para qué un segundo vocal? ¿No tenéis ya la sentencia lista en el bolsillo? ¡Pues adelante con uno solo!

—Tiene razón —aceptó Nerzhin—. ¿Para qué mantener a un parásito? Pero ¿dónde está el acusado? ¡Alguacil! ¡Introduzca al acusado! ¡Ruego silencio!

Y golpeó el catre con su gran boquilla. Se calmaron las conversaciones.

—¡El juicio! ¡El juicio! —exigieron unas voces. Había público sentado y de pie.

—Si subo a los cielos, allí estás Tú, si desciendo a los infiernos, también estás —sonó la voz melancólica de Potapov debajo del presidente del tribunal—. Y si me instalo en el fondo del mar infernal tu diestra también me alcanza. (Potapov aprendió religión en el instituto, y en su precisa cabeza de ingeniero se conservaban los textos aprendidos en el catecismo).

Debajo del vocal se oyó el acompasado golpeteo de una cucharilla que disolvía azúcar en un vaso.

—¡Valentulia! —gritó Nerzhin amenazador—. ¿Cuántas veces te hemos dicho que no hay que golpear con la cucharilla?

—¡Que sea el acusado! —clamó Bulatov, y unas cuantas manos serviciales extrajeron inmediatamente a Prianchikov de la penumbra de la litera inferior y lo pusieron en el centro de la

habitación.

—¡Basta! —se rebelaba encarnizadamente Prianchikov—. ¡Me fastidian los fiscales! ¡Me fastidian vuestros juicios! ¿Qué derecho tiene un hombre a juzgar a otro? ¡Ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Le desprecio a usted, jovenzuelo! —gritó al presidente del tribunal—. ¡Le voy a...!

Mientras Nerzhin iba montando el tribunal, Rubin lo había pensado ya todo. Sus ojos castaños y oscuros brillaban con la luz del hallazgo.

Con amplio gesto amnistió a Prianchikov:

—¡Soltad a este polluelo! Dado su amor a la justicia, Valentulia puede ser muy bien el abogado de oficio. ¡Dadle una silla!

En cada broma se dan unos instantes imperceptibles en los que la broma se vuelve zafia y ofensiva, o bien se funde de pronto con la inspiración. Rubin, con los hombros envueltos en una manta a modo de toga, subió de puntillas a la mesita de noche y se dirigió al presidente:

—¡Señor consejero estatal de Justicia! El acusado se ha negado a presentarse al tribunal, vamos a juzgarlo en rebeldía. ¡Ruego comience la vista!

En el grupo de la puerta estaba el portero Spiridón, el de los bigotes pelirrojos. Su cara, de mejillas colgantes, mostraba las múltiples rayas de unas arrugas severas, pero de un modo extraño, una expresión de alegría parecía estar a punto de saltar de aquella red. Miraba el juicio de reojo.

Tras Spiridón estaba el profesor Chelnov, con su larga y afinada cara cerúlea, y su gorro de lana.

Nerzhin anunció con voz crepitante:

—¡Atención, camaradas! Declaro abierta la sesión del Tribunal Militar de la *sharashka* de Marfino. Se juzga el caso de...

—Igor Sviatoslavich Olgovich... —le apuntó el fiscal.

Captando la intención, Nerzhin dijo con voz monótona y gutural, como si leyera:

—Se juzga el caso de Igor Sviatoslavich Olgovich, príncipe de Nóvgorod-Severski y de Putivel, nacido en... aproximadamente... Diablos, secretario: ¿Por qué aproximadamente? ¡Atención! Debido a la falta de texto escrito en este tribunal, el acta de acusación la leerá el fiscal.

Rubin hablaba con tanta facilidad y coherencia como si realmente sus ojos se deslizaran por un papel (le habían juzgado y rejuizado cuatro veces, y la terminología judicial se había grabado en su memoria):

«Acta de acusación en el caso procesal número cinco millones, barra tres millones seiscientos cincuenta y un mil novecientos setenta y cuatro, contra IGOR SVIATOSLAVICH OLGOVICH.

»Los órganos de Seguridad del Estado presentan en calidad de acusado en este caso a I. S. Olgovich. La investigación ha establecido que Olgovich, siendo caudillo del glorioso ejército ruso con el grado de príncipe y el cargo de jefe de las milicias, fue un abyecto traidor a la patria. Su traición se manifiesta en el hecho de haberse entregado voluntariamente como prisionero al encarnizado enemigo de nuestro pueblo, el kan Konchak, hoy ya desenmascarado, y haber entregado además como prisionero a su hijo Vladímir Igorevich, así como a su hermano y a su sobrino, y a toda la milicia por entero, con todas las armas y todo el material inventariado.

»Su traición se manifiesta también en el hecho de haber caído desde el principio en la trampa de un eclipse de sol montado por la clerecía reaccionaria, y no haber encabezado un trabajo de explicación política en su milicia, que fue enviada a “beber en sus cascos el agua del Don”, eso sin hablar ya del estado antihigiénico del río Don en aquellos años, antes de la implantación del doble clorado del agua. En lugar de todo esto, el acusado se limitó, como jefe, a esta irresponsable arenga a la tropa:

¡Hermanos! ¡No lo buscábamos, pero nos lo llevaremos!

(*Sumario*, tomo 1, pág. 36).

»Las palabras del Gran Duque de Kíev, Sviatoslav, son las que mejor caracterizan lo fatal que fue para nuestra patria la derrota de las milicias unidas de Nóvgorod-Severski-Kursk-Putivel-Ryla.

Dios le permitió vencer a muchos inmundos,
pero su juventud no resistió.

(*Sumario*, tomo 1, pág. 88).

»El error del ingenuo Sviatoslav fue (debido a su ceguera clasista), no obstante, atribuir la

mala organización de toda la campaña, y la dispersión de los esfuerzos bélicos rusos, sólo a la “juventud”, es decir, a la juventud del acusado, cuando aquí se trata de una traición premeditada.

»El acusado consiguió eludir el proceso y el juicio, pero el testigo Alexandr Porfirievich Borodin, y también otro testigo que desea continuar en el anonimato y que en adelante llamaremos el Autor de la Palabra, desenmascaran con pruebas irrefutables el repugnante papel del príncipe I. S. Olgovich, no sólo en el momento de la batalla entablada en desfavorables condiciones:

»meteorológicas:

Soplan vientos que arrastran flechas,
que llueven sobre las huestes de Igor....,

»y tácticas:

El enemigo ataca por todas partes
rodeando a los nuestros por todos lados,

(*Ibídem*, tomo 1, págs. 123, 124, declaración del Autor de la Palabra).

»para el mando ruso, sino su conducta y la de su hijo en el cautiverio, más repugnante aún. Las condiciones de vida que gozaron en el llamado cautiverio demuestran que merecieron una gran consideración por parte del kan Konchak, y que, objetivamente, dicha consideración fue una recompensa del Jefe por la felona rendición de la milicia.

»Así, por ejemplo, la declaración del testigo Borodin establece que, en su cautiverio, el príncipe Igor disponía de un caballo e incluso de más de uno:

¡Si quieres, toma cualquier caballo!

(*Ibídem*, tomo 1, pág. 233).

»El kan Konchak dice en este punto al príncipe Igor:

Te consideras siempre un prisionero.

¿Pero vives como un prisionero y no como uno de mis invitados?

(*Ibídem*, tomo 1, pág. 281),

y más abajo:

¡Admítelo! ¿Viven así los prisioneros?

(*Ibídem*, tomo 1, pág. 300).

»El kan pone de manifiesto todo el cinismo de sus relaciones con el príncipe traidor:

Por tu valor y tu bravura,
príncipe, te tengo estima.

»Una investigación más cuidadosa descubrió que estas cínicas relaciones existían ya mucho antes de la batalla en el río Kayala:

Siempre te tuve en gran estima

(*Ibídem*, pág. 14, declaración del testigo Borodin),
e incluso:

Quisiera no ser...
tu enemigo, sino un aliado fiel,
un amigo de fiar, un hermano.

(*Ibídem*).

»Todo esto caracteriza al acusado como cómplice activo del kan Konchak, como antiguo agente y espía del mismo.

»En base a lo expuesto, se acusa a Igor Sviatoslavich Olgovich, nacido en 1151, natural de la ciudad de Kíev, ruso, sin partido, sin antecedentes penales, ciudadano de la URSS, de profesión caudillo, jefe de las milicias con el grado de príncipe, condecorado con la medalla Variag de primera clase, la del Sol Rojo, y la del Escudo de Oro, de lo siguiente:

»De haber cometido una repugnante traición a la patria, además de sabotaje, espionaje y criminal colaboración durante muchos años con el kan,

»es decir, los crímenes previstos en los artículos 58.1.b, 58.6, 58.9 y 58.11 del Código Penal de la República Rusa.

»Olgovich se confiesa culpable de las acusaciones formuladas, y es desenmascarado por las declaraciones de los testigos, por un poema y por una ópera.

»A tenor del artículo 208 del Código Penal de la República Rusa, se envía el presente sumario al fiscal para que lleve al acusado a los tribunales».

Rubin recuperó el aliento y miró triunfante a los reclusos. Arrastrado por el torrente de la fantasía, ya no podía detenerse. Las risas que recorrían los catres y la puerta lo estimulaban. Había dicho más palabras y más agudas expresiones de las que habría querido, pues estaban presentes algunos chivatos, y también algunos hombres rencorosamente contrarios al régimen.

Bajo el cepillo duro de sus pelos rojigrises, que crecían sin peine ni cuidado alguno en las zonas de la frente, de las orejas y de la nuca, Spiridón no se había reído una sola vez. Él, un ruso de cincuenta años, oía hablar por primera vez de ese príncipe de los tiempos antiguos que había caído prisionero. Sin embargo, en medio de un ambiente judicial que le era familiar, y del inapelable aplomo del fiscal, revivía una vez más lo que le había sucedido a él mismo y adivinaba toda la injusticia de los argumentos del fiscal y toda la aflicción del desgraciado príncipe.

—En vista de la ausencia del acusado y de la inutilidad de interrogar a los testigos —dispuso

Nerzhin con la voz siempre mesurada y gangosa—, pasaremos al debate. El fiscal tiene de nuevo la palabra.

Y miró de reojo a Zemeliá.

—Naturalmente, naturalmente —asintió el vocal, de acuerdo en todo.

—¡Camaradas jueces! —exclamó sombríamente Rubin—. Poco me queda que añadir a esta cadena de terribles acusaciones, a este sucio ovillo de crímenes que se ha desenrollado ante vuestros ojos. En primer lugar, quisiera rechazar decididamente la difundida y corrupta opinión de que un herido tiene derecho a rendirse. ¡No es en absoluto nuestra opinión, camaradas! Y menos aún el príncipe Igor. Dicen que cayó herido en el campo de batalla. Pero ¿quién puede demostrárnoslo ahora, después de setecientos sesenta y cinco años? ¿Se conserva un certificado de su herida firmado por el médico de la división? ¡En todo caso, semejante certificado no figura en el expediente, camaradas jueces!

Amantai Bulatov se quitó las gafas, y sin el brillo pícaro y viril de estas sus ojos aparecían muy afligidos.

Tanto él como Prianchikov, como Potapov y como muchos otros de los presos allí congregados, habían sido encarcelados por la misma «traición a la patria»: por haberse entregado *voluntariamente*.

—Además —tronó el fiscal— quisiera subrayar especialmente la repulsiva conducta del acusado en el campamento del kan. El príncipe Igor no pensaba ni mucho menos en su patria sino en su esposa:

Sólo tú, paloma armoniosa,
sólo tú...

«Analíticamente podemos comprenderlo muy bien, pues su Yaroslavna era una esposa jovencita, la segunda, y en una mujer así no se puede confiar demasiado, pero, prácticamente, ¡el príncipe Igor aparece ante nosotros como un egoísta! ¿Y *para quién* se bailaban las danzas del kan?, pregunto yo. ¡Pues también para él! Y su repugnante vástago entra inmediatamente en relación carnal con la hija de Konchak, ¡aunque los órganos competentes prohíben categóricamente las bodas de nuestros súbditos con extranjeras! Y eso en el momento en que más tensas eran las relaciones entre el kan y los soviets, en el momento...

—¡Permítanme! —intervino desde su catre el desmelenado Kagan—. ¿Cómo sabe el fiscal que en Rusia existía entonces el régimen soviético?

—¡Alguacil! ¡Expulse a este agente sobornado! —golpeteó Nerzhin. Pero, antes de que Bulatov pudiera moverse, Rubin paraba fácilmente el ataque.

—¡Tengan la bondad! ¡Le daré la respuesta! En análisis dialéctico de los textos nos convence de ello. Lea al Autor de la Palabra:

Ondean *rojos* estandartes en Putivel.

»Está claro, ¿no? El noble príncipe Vladímir Galitski, jefe del Comité Militar de Distrito de Putivel, reclutaba milicias populares en Skula y Yeroshka en defensa de su ciudad natal. ¿Y qué hacía mientras el príncipe Igor? ¿Contemplar las piernas desnudas de las súbditas del kan? No afirmo que a todos nos guste esta ocupación, pero si Konchak le dio a elegir “cualquier beldad”, ¿por qué no tomó ninguna? ¿Quién de los presentes creerá que un hombre puede rechazar a una mujer, eh? Y aquí se llega al límite del cinismo, a lo que desenmascara definitivamente al acusado, a la mal llamada fuga del cautiverio, ¡a su “voluntario” regreso a la patria! ¿Quién va a creer que un hombre al que han ofrecido “cualquier caballo y oro”, de pronto regrese voluntariamente a su patria y lo abandone todo? ¿Eh? ¿Cómo puede ser?

Esta, esta era la pregunta que se formulaba a los prisioneros rusos que regresaban del cautiverio, y a Spiridón se la habían formulado: «¿Por qué has vuelto a la patria si no eres un agente enemigo?».

—Aquí sólo cabe una interpretación: el príncipe Igor fue reclutado por el espionaje del kan y enviado aquí para desmoralizar al estado de Kíev. ¡Camaradas jueces! Arde en mí, lo mismo que en vosotros, una noble indignación. ¡Pido por humanidad que se ahorque a ese hijo de perra! Pero como la pena de muerte está abolida, que se le cuelguen veinticinco años y cinco más de pérdida de los derechos civiles. Y como sentencia particular del tribunal, ¡que se quite de los escenarios la ópera *El príncipe Igor* por ser absolutamente inmoral, por popularizar ideas de traición entre nuestra juventud! Que se lleve al tribunal al testigo de este proceso, A. P. Borodin, empleando la medida represiva del arresto. Aclarar las responsabilidades de los aristócratas siguientes: 1) Rimski, 2) Korsakov, pues si estos no hubieran firmado la desafortunada ópera, esta no habría subido a la escena. ¡He dicho! —Rubin saltó pesadamente de la mesita de noche. El discurso empezaba a fastidiarle.

Nadie se rio.

Sin esperar a que lo invitaran, Prianchikov se levantó de la silla y dijo, confuso, en medio de un silencio profundo:

—¡*Tant pis*, señores! *Tant pis*! ¿Estamos en la época de las cavernas o en el siglo xx? ¿Qué significa traición? ¡En el siglo de la descomposición del átomo! ¡De los semiconductores! ¡Del cerebro electrónico! ¿Quién tiene derecho a juzgar a otro hombre, señores? ¿Quién tiene derecho a privarle de su libertad?

—Perdón, ¿es esto ya la defensa? —intervino cortésmente el profesor Chelnov, y todos se volvieron hacia él—. En calidad de fiscalización de la fiscalía, quisiera ante todo añadir algunos hechos que ha pasado por alto mi digno colega, y...

—¡Naturalmente, naturalmente, Vladímir Erástovich! —le apoyó Nerzhin—. Siempre estamos a favor de la acusación, siempre contra la defensa, siempre dispuestos a cualquier alteración del orden judicial. ¡Tenga la bondad!

Una moderada sonrisa torcía los labios del profesor Chelnov. Hablaba muy bajo, y si le oían perfectamente era sólo porque le escuchaban con respeto. Sus ojos apagados parecían mirar por encima de los presentes como si ante él pasaran las hojas de una crónica. El yelmo de su gorro de lana agudizaba su rostro y le daba una expresión de alerta.

—Quiero indicar —dijo el profesor de matemáticas— que el príncipe Igor habría sido desenmascarado, aun antes de que le nombraran caudillo, al llegar por primera vez uno de nuestros cuestionarios. Su madre pertenecía al pueblo del kan, era hija de un príncipe del kan. Por su sangre, Igor pertenecía a medias a la tribu del kan, y durante largos años había estado aliado con dicha tribu. ¡«Aliado fiel y amigo de fiar» de Konchak ya lo era antes de empezar la campaña! En 1180, derrotado por los hijos de Monomajov, ¡huyó en la misma barca que el kan Konchak! Más tarde, Sviatoslav y Riurik Rostislávich convocaron a Igor a una gran campaña de todos los rusos contra la tribu del kan, pero Igor se negó con la excusa de la escarcha: «... muy grande es el hielo». ¿Sería porque para entonces Svoboda Konchak ya estaba prometida con Vladímir Igorevich? En el año 1185 de que hablamos, ¿quién fue, a fin de cuentas, el que ayudó a Igor a escapar? ¡Un hombre del kan, naturalmente! Ovlur, a quien después Igor «convirtió en un magnate». Y la hija de Konchak dio más tarde a Igor un nieto... Por ocultar esos hechos propondría que se exigieran responsabilidades también al Autor de la Palabra, al crítico musical Stasov, que pasó por alto esas tendencias traicioneras en la ópera de Borodin, y, bueno, también al conde Musin-Pushkin, pues no pudo por menos que colaborar en la quema del único manuscrito de la Palabra. Está muy claro que alguien, a quien convenía hacerlo, *borró las huellas*.

Y Chelnov retrocedió un paso indicando con ello que había terminado.

En sus labios había la misma débil sonrisa.

Todos callaban.

—¿Y quién va a defender al acusado? ¡Este hombre necesita una defensa! —se indignó Isaak Kagan.

—¡No hay por qué defender a este canalla! —gritó Dvoyetiosov—. ¡Artículo 1.b y al paredón!

Sologdin frunció el ceño. Era muy gracioso lo que había dicho Rubin, y respetaba tanto más los conocimientos de Chelnov, pero el príncipe Igor era en cierto modo el representante del período caballeresco de la historia rusa, es decir, del período más glorioso, y por ello no se le debía utilizar, ni indirectamente, para una burla. Sologdin sintió que se formaba en su interior un poso amargo y desagradable.

—¡No, no, haced lo que queráis, pero yo salgo en su defensa! —dijo cobrando ánimo Isaak y recorriendo el auditorio con una mirada de astucia—. ¡Camaradas jueces! Como noble abogado de oficio, asumo todos los argumentos del fiscal del Estado —se demoró un poco, mascullando unas palabras—. Mi conciencia me sugiere que al príncipe Igor no sólo hay que colgarlo, sino también descuartizarlo. Ciertamente que en nuestra humana legislación no existe la pena de muerte desde hace tres años, y no tenemos más remedio que proponer otro castigo. No comprendo, sin embargo, por qué el fiscal es tan sospechosamente benigno. (¡Hay que investigar también al fiscal!). ¿Por qué en la escala de penas se ha saltado dos peldaños hasta llegar a los veinticinco años de trabajos forzados? Sabido es que nuestro Código Penal prevé un castigo algo más suave que la pena de muerte pero mucho más terrible que veinticinco años de trabajos forzados.

Isaak se iba demorando para causar mayor impresión.

—¿Cuál es, Isaak? —le gritaron con impaciencia. Con mayor lentitud y mayor aspecto de ingenuo, respondió:

—El Artículo 20.a.

Aunque hubiera allí muchos con una rica experiencia penitenciaria, ninguno había oído hablar nunca de dicho artículo. ¡Había escarbado a fondo, el quisquilloso!

—¿Y qué dice el Artículo? —De todas partes gritaban indecentes suposiciones—. ¿Cortarle los...?

—Casi, casi —confirmó imperturbable Isaak—. Eso, castrarlo espiritualmente. El Artículo 20.a lo declara enemigo de los trabajadores y lo expulsa fuera de los límites de la URSS. ¡Que la diñe en Occidente, si así quiere! He dicho.

Y se retiró a su catre modestamente, con la cabeza inclinada, pequeño y greñado.

Una explosión de risas sacudió la sala.

—¿Cómo? ¿Cómo? —rugió Jorobrov atragantándose, y su cliente dio un salto ante el brusco movimiento de la maquinilla—. ¿Expulsarlo? ¿Existe ese punto?

—¡Pide que endurezcan tu condena! ¡Pide que la endurezcan! —le gritaron.

El campesino Spiridón sonrió maliciosamente.

Los reclusos se dispersaron hablando todos a la vez. Rubin volvía a yacer boca abajo, concentrado en el diccionario mogol-finés. Maldecía su estúpido estilo de salirse de órbita, se avergonzaba del papel que había representado.

Quería que su ironía afectara únicamente a los tribunales injustos, pero la gente no sabía dónde debía detenerse y se había burlado de lo más querido, del socialismo.

Por su parte, Abramson, con el hombro y la mejilla siempre apoyados en la ahuecada almohada, tragaba *Conde de Montecristo* sin parar. Estaba tendido de espaldas a cuanto sucedía en la estancia. No había sátira de ningún juicio que pudiera interesarle. Sólo volvió ligeramente la cabeza cuando habló Chelnov, pues aquellos detalles eran nuevos para él.

Tras veinte años de destierro, de traslados, de cárceles judiciales, de incomunicaciones, de campos de concentración y de *sharashkas*, Abramson, que en otro tiempo fuera un orador de palabra sonora, accesible a la emoción, ahora era insensible y se mostraba ajeno a sus propios sufrimientos y a los de cuantos le rodeaban.

El proceso judicial que se acababa de representar en la sala estaba dedicado al «torrente» de los años 1945-1946. Abramson podía admitir teóricamente la suerte trágica de los prisioneros de guerra, pero al fin sólo había sido un torrente, uno de los muchos que hubo, y no de los más importantes. Los prisioneros de guerra eran pintorescos por el hecho de haber visto muchos países de ultramar («falsos testigos oculares», en broma de Potapov), pero, a pesar de todo, su torrente fue gris, pues eran indefensas víctimas de la guerra y no hombres que hubieran elegido voluntariamente la lucha política como camino de su vida.

Cada torrente de presos que llegaba al NKVD, lo mismo que cualquier generación de personas en la Tierra, tenía su historia y sus héroes.

Y era difícil que una generación comprendiera a otra.

A Abramson le parecía que esos hombres no podían compararse en absoluto con aquellos titanes que, como él mismo, al final de los años veinte habían elegido voluntariamente el destierro al Yenisei antes que abjurar de las palabras pronunciadas en la reunión del partido y continuar gozando de bienestar. Esta elección estaba al alcance de cada uno de ellos. Aquellos hombres no pudieron soportar la tergiversación y degradación de la revolución, y estaban dispuestos a ofrecerse a sí mismos para purificarla. Pero treinta años después de la Revolución de Octubre, aquella «gente joven y desconocida» entraba en las celdas con blasfemias de campesino repitiendo simplemente las mismas ideas que hicieron que durante la guerra civil las tropas especiales dispararan, incendiaran y ahogaran.

Por ello, Abramson, que no se mostraba personalmente hostil a ninguno de los antiguos prisioneros de guerra, ni discutía con ninguno de ellos, no aceptaba en general a esa clase de gente.

Además, Abramson (así se lo afirmaba a sí mismo) hacía tiempo que había dejado de sufrir

por las discusiones de los presos, por sus confesiones y relatos sobre los acontecimientos presenciados. Si en su juventud había sentido curiosidad por lo que se hablaba en otro rincón de la celda, ahora hacía tiempo que la había perdido. Vivir su trabajo era un afán que también se había desprendido de él hacía tiempo. Vivir una vida familiar no podía, porque era de otra ciudad y nunca le concedían entrevistas, y las cartas censuradas que llegaban a la *sharashka* las habían empobrecido los mismos que las habían escrito y estaban secas de cualquier jugo de existencia viva. Tampoco había retenido su atención por los periódicos: el sentido de cualquier periódico quedaba claro para él apenas recorría sus titulares. No podía escuchar más de una hora al día las retransmisiones musicales, y sus nervios no soportaban en absoluto las emisiones habladas, lo mismo que los libros falaces. Y aunque en su interior, en alguna parte, tras siete tabiques, conservaba un vivo interés, no sólo vivo sino incluso enfermizo, por los destinos del mundo y por la suerte de la doctrina a la que había consagrado su vida, exteriormente cultivaba en su persona la total indiferencia por cuanto le rodeaba. Aunque en su día no lo habían rematado, ni torturado hasta el fin, ni perseguido a fondo, el trotskista Abramson no prefería los libros que queman por su verdad, sino los que divierten y ayudan a acortar las interminables condenas.

... Sí, en la taiga del Yenisei, el año 28, no leían el *Montecristo*... En el Angar, en la lejana y perdida aldea de Doschany, adonde llevaba un camino de trineos, un camino de trescientos kilómetros a través de la taiga, se había convocado una conferencia de deportados que estudiaría la situación interna del país y la situación internacional. Los convocados procedían de lugares situados cien kilómetros más lejos todavía, y acudían con el pretexto de celebrar el Año Nuevo. La helada era de unos cincuenta grados bajo cero. El carbón de la estufa de hierro no podía calentar de ningún modo aquella espaciosa isba siberiana cuya estufa rusa de ladrillo estaba fuera de uso (por esto habían cedido la isba a los deportados). Las paredes de la isba estaban congeladas de parte a parte. De vez en cuando, en el silencio de la noche, las vigas de la casa emitían un sonoro crujido, como un disparo.

Satanevich inauguró la conferencia con un informe sobre la política del partido en el campo. Se quitó la gorra, dejando en libertad su negro y ondeante tupé, y permaneció de este modo, con un libro de locuciones inglesas emergiendo del bolsillo de su pelliza («hay que conocer al enemigo»). En general, Satanevich hacía el papel de líder. Lo fusilaron más tarde, al parecer en Vorkuta, durante una huelga.

En este informe, Satanevich reconocía que la represión del campesinado conservador a través de las draconianas medidas estalinistas tenía un fundamento racional: sin dicha represión, este elemento reaccionario afluiría a la ciudad y ahogaría la revolución. (Hoy puede admitirse que, pese a la represión, el campesinado ha afluido de todos modos a la ciudad, la ha ahogado con su espíritu pequeñoburgués, asfixiando incluso al propio aparato del partido, descompuesto por las purgas, y echando a perder la revolución).

Mas ¡ay!, cuanto mayor era la pasión con que se analizaban los informes, más se descomponía la unidad del inestable grupo de deportados; no aparecieron dos o tres opiniones distintas, sino tantas opiniones como personas había. Por la mañana, cansados, acortaron la parte oficial de la conferencia sin haber llegado a ninguna resolución.

Luego comieron y bebieron con la vajilla de la Administración en una mesa adornada con ramas de abeto que cubrían las bastas cavidades de la misma y las fibras desgarradas de la madera. Las ramas desheladas olían a nieve y a resina, y pinchaban las manos. Bebieron aguardiente casero. Se hicieron brindis, y se juró que ninguno de los asistentes firmaría nunca una abjuración, una capitulación.

¡Esperaban de un mes para otro una tempestad política en la Unión Soviética!

Luego cantaron gloriosas canciones revolucionarias: *La varsoviana*, *Nuestra bandera ondea sobre el mundo* y *El barón negro*.

Discutieron luego de lo primero que se les ocurrió, de bagatelas.

Rosa, obrera de una fábrica de tabaco de Jarkov, estaba sentada sobre un edredón (lo había traído a Siberia desde Ucrania y estaba muy orgullosa de ello), fumaba cigarrillo tras cigarrillo y sacudía desdeñosamente sus recortados rizos: «¡No puedo sufrir a los intelectuales! Me repugnan todos sus “matices” y “complejidades”. La psicología humana es muchísimo más simple de como quieren pintarla los escritores prerrevolucionarios. ¡Nuestra tarea consiste en liberar a la humanidad de la sobrecarga espiritual!».

Sin saber cómo, pasaron a hablar de los adornos femeninos. Uno de los deportados, Patrushev, antaño fiscal en Crimea, se había reunido recientemente con su prometida, llegada de Rusia. Gritó provocativamente: «¿Por qué empobrecéis el futuro de la sociedad? ¿Por qué no puedo soñar en una época en la que cada muchacha pueda llevar perlas, en la que cada hombre pueda adornar con una diadema la cabeza de su elegida?».

¡Qué alboroto se armó! ¡Con qué furia le azotaron con citas de Marx, de Plejánov, de Campanella, de Feuerbach!

¡La sociedad futura! ¡Hablaban tan fácilmente de ella!

Salió el sol del nuevo año 1930, y todos salieron a recrearse con él. Era una mañana de fuerte helada, con columnas de vapor rosado encima de ellos, en el cielo rosado. Las mujeres llevaban el ganado a abreviar al blanco y dilatado Angar, a un agujero del hielo rodeado de abetos. No había hombres ni caballos, los habían llevado a la tala del bosque.

Y habían pasado dos décadas... Floreció y se marchitó la actualidad de los brindis de entonces. Fusilaron a los que se habían mantenido firmes hasta el final. Fusilaron también a los que capitularon. Y sólo en la cabeza solitaria de Abramson, indemne gracias a la pantalla-invernadero de la *sharashka*, había crecido el árbol invisible de la comprensión y del recuerdo de aquellos años...

Así pues, los ojos de Abramson miraban el libro y no leían.

Y entonces Nerzhin se sentó en el borde de su catre.

Nerzhin y Abramson se habían conocido tres años atrás en una celda de Butyrki, en la misma donde se encontraba también Potapov. Abramson, que terminaba por aquel entonces su primera década de cárcel, impresionaba a sus compañeros de celda por su fría autoridad de presidiario, por su enraizado escepticismo ante los asuntos penitenciarios, pero a espaldas de todos vivía en la loca esperanza de un pronto regreso al seno de su familia.

Se separaron. Abramson fue puesto en libertad gracias a un descuido administrativo, pero sólo

por el tiempo necesario para que su familia abandonara el lugar de origen y se trasladara a Sterlitamak, donde la policía aceptó empadronar a Abramson. Y, apenas se trasladó la familia, lo arrestaron y lo interrogaron sobre una sola cosa, sobre si era realmente él quien había sido desterrado del año 29 al 34, y si durante este tiempo había estado encarcelado. Al afirmar que era así, que había cumplido totalmente la condena en la cárcel, y que incluso había estado en prisión algún tiempo más del señalado por la sentencia, el Consejo Especial le impuso por ello otros diez años. Las autoridades de las *sharashkas*, por su parte, se enteraron del encarcelamiento de su antiguo operario a través de la gran cartoteca de presos de la Unión, y lo «arrancaron» de buen grado para llevarlo de nuevo a la *sharashka*. Abramson fue enviado a Marfino, y allí, como en todo el mundo penitenciario, encontró enseguida a viejos conocidos, entre ellos a Nerzhin y a Potapov. Y, cuando se reencontraron y se detuvieron un momento a fumar en la escalera, a Abramson no le pareció regresar de un año de libertad —ni de visitar a la familia, ni de dejar a su esposa, durante este tiempo, el regalo de una hija—, le pareció que había sido un sueño cruel para el corazón de un preso, y que la única realidad estable de este mundo era la cárcel.

Nerzhin se había sentado un momento para invitar a Abramson a la mesa del homenaje: habían decidido celebrar el cumpleaños. Abramson felicitó con retraso a Nerzhin y se informó, mirando de reojo por encima de las gafas, de quiénes estarían presentes. Abramson no experimentaba la mínima satisfacción ante la idea de que tendría que ponerse el mono, acabando de este modo un domingo maravillosa y consecuentemente pasado en paños menores, ni de que debería abandonar un libro divertido para ir a una fiesta de cumpleaños. Sobre todo, no tenía esperanza alguna de pasar un rato agradable, estaba casi seguro de que estallaría una discusión política, y de que esta sería como siempre infructuosa, nada enriquecedora. Sería imposible no meterse en la discusión, e igualmente imposible meterse, pues tan imposible era descubrir a los «jóvenes» presos sus ideas, profundamente guardadas y tantas veces agraviadas, como mostrarles a su esposa desnuda.

Nerzhin enumeró a los que estarían. Rubin era en la *sharashka* el único amigo verdaderamente íntimo de Abramson, aunque debía reprenderle por la farsa de hoy, indigna de un verdadero comunista. Por el contrario, Abramson no apreciaba a Sologdin ni a Prianchikov. Por extraño que parezca, Rubin y Sologdin se consideraban amigos, quizá sólo por haber sido vecinos de catre en Butyrki. La administración de la cárcel tampoco hacía distinciones entre ellos, y durante las fiestas de noviembre barría a los dos hacia Lefortovo, a la «incomunicación durante las celebraciones».

No había más remedio, Abramson aceptó. Se le comunicó que el festín tendría lugar entre las camas de Potapov y Prianchikov dentro de media hora, en cuanto Andreich terminara la crema que preparaba.

Durante la conversación, Nerzhin descubrió lo que estaba leyendo Abramson y dijo:
—En la cárcel tuve también ocasión de releer el *Montecristo*, pero no hasta el final. Me llamó la atención el que, aunque Dumas intenta crear una sensación de horror, pintara el castillo de If como una cárcel completamente patriarcal. Y no hablemos ya de la alteración de detalles tan amables como el sacar a diario las cubetas de las celdas, detalles que Dumas silencia por su cortedad de hombre libre. Dígame, ¿por qué pudo huir Danthés? Pues porque allí no se registraban

las celdas durante años, aunque el registro debe practicarse semanalmente, de ahí el resultado: no se descubrió la excavación. Además, no cambiaban a los vigilantes de guardia, que conviene cambiar cada dos horas, como sabemos por la experiencia de la Lubianka, para que un vigilante observe las negligencias del otro. Pero en el castillo de If no se entraba en las celdas ni se les echaba una mirada durante días enteros. Ni siquiera tenían mirillas en las puertas, de modo que If no era una cárcel ;sino simplemente un balneario a orillas del mar! Permitían tener en las celdas una cacerola metálica, y Danthés cavó el suelo con ella. Finalmente, cosían confiadamente a los difuntos en un saco sin haber aplicado al cuerpo un hierro candente en el depósito de cadáveres ni haberle pinchado con la bayoneta en el cuerpo de guardia. Dumas no tenía necesidad de condensar más los tintes sombríos, le habría bastado con aplicar una metodología elemental.

Nerzhin nunca leía libros por pura diversión. Buscaba en ellos a aliados y a enemigos, dictaba una sentencia elaborada con mucha precisión sobre cada libro, y le gustaba imponer dicha sentencia a los demás.

Abramson conocía esta pesada costumbre de Nerzhin. Le escuchó sin levantar la cabeza de la almohada, mirándole tranquilamente a través de sus gafas cuadradas.

—Vendré —respondió, y acostándose más cómodamente continuó la lectura.

Nerzhin fue a ayudar a Potapov a preparar la *mousse*. Después de años de hambre en el cautiverio alemán y en las cárceles soviéticas, Potapov había establecido que el proceso de masticar no sólo no era despreciable o vergonzoso en nuestra vida, sino uno de los más gratificantes, un proceso que nos descubría la esencia de la existencia.

... Me gusta determinar el tiempo
por la comida, el té
y la cena...

citaba aquel especialista en alto voltaje, único en Rusia, que había entregado toda su vida a los transformadores de miles de kilovatios.

Y como Potapov era uno de esos ingenieros cuyas manos no andan con retraso en relación con la cabeza, pronto se convirtió en un cocinero fuera de serie: en el *Kriegsgefangenlage* hizo una tarta de naranja con sólo mondaduras de patata, y en las *sharashkas* se concentró y perfeccionó en la repostería.

Ahora trabajaba sobre dos mesitas de noche juntas en la penumbra del pasillo entre su cama y la de Prianchikov (la agradable penumbra se conseguía haciendo que los colchones de las literas superiores taparan la luz de las bombillas). Por ser la habitación semicircular (las camas estaban dispuestas radialmente), el pasillo era al principio estrecho y se ensanchaba cerca de la ventana. Potapov utilizaba también todo el enorme antepecho de esta, de cuatro ladrillos y medio de anchura: había colocado allí botes de conserva, cajitas y escudillas de plástico. Potapov oficiaba la ceremonia mezclando leche condensada, cacao condensado y dos huevos (casi todo aportados por Rubin, que recibía continuamente paquetes de su casa y que siempre los compartía) y formando con ello algo que no tenía nombre en el lenguaje humano. Refunfuñóle al ocioso Nerzhin, y le mandó ir a buscar las copas que faltaban (una era el capuchón del termo, otras dos unas probetas del laboratorio de química, y otras dos las había fabricado Potapov pegando papel impermeable). Nerzhin propuso convertir en copas dos pequeñas bacías de afeitarse, y emprendió la tarea de lavarlas a conciencia con agua caliente.

En la estancia semicircular se había impuesto el imperturbable descanso dominguero. Unos se habían sentado a charlar en el borde de la cama de sus compañeros acostados, otros leían e intercambiaban observaciones con sus vecinos, unos terceros yacían ociosos con los brazos bajo la

nunca mirando el blanco techo sin parpadear.

Todo se mezclaba en un disonante murmullo general.

Zemeliá, el del Laboratorio del Vacío, se recreaba en la ociosidad de la cama: yacía en la litera superior, en calzoncillos (arriba hacía un poco de calor), y se acariciaba el velludo pecho, mostrando su invariable sonrisa inocente, mientras contaba al mordvino Mishka, tendido dos pasillos más allá:

—Por si quieres saberlo, todo empezó con medio *cópek*.

—¿Por qué con medio *cópek*?

—Antes, en el año 26 o 28, cuando tú eras pequeño, de cada caja de cobro colgaba un letrero: «¡Exija el cambio de medio *cópek*!». Existía esa moneda, el medio *cópek*. Las cajeras la entregaban sin pronunciar palabra. Era cuando la NEP, lo que quiere decir tiempos de paz.

—¿No había guerra?

—¡Claro que no había guerra! ¡Qué disparate! Era antes del régimen soviético, por lo tanto, *tiempos de paz*. Sí... Durante la NEP, en las oficinas se trabajaban seis horas, no como ahora. Y no pasaba nada, podían con el trabajo. Y si te retenían quince minutos ya te pagaban horas extras. ¿Y qué crees que fue lo primero que desapareció? ¡El medio *cópek*! Con eso empezó todo. Luego desapareció el cobre. Después, en el año 30, desapareció la plata, no había calderilla en absoluto. No te daban cambio aunque reventaras. A partir de entonces no ha habido modo de arreglarlo. Como no había calderilla, empezaron a contar con rublos. El pordiosero ya no pedía un *cópek* en nombre de Cristo, sino que exigía: «¡Dadme un rublo, ciudadanos!». En la oficina, al cobrar el salario, no preguntes siquiera por los *cópeks* que el organismo te atribuye, se reirían: «¡Es un avaro!» dirían. ¡Pero eran unos tontos! Dar medio *cópek* era respetar a una persona, pero no devolver sesenta *cópeks* de un rublo es cagársete en la cabeza. No defendieron el medio *cópek* y ya ves, perdieron media vida.

En otro lado, también en las literas superiores, un preso había apartado la vista del libro y le decía a su vecino:

—¡Y qué malo era el gobierno zarista! Sabes, una tal Sáshenka, una revolucionaria, estuvo ocho días en huelga de hambre exigiendo que el director de la cárcel fuera a presentarle disculpas, y el muy imbécil se excusó. ¡Anda, ve y exige que el director de Krasnaya Presnaya te presente excusas!

—Aquí alimentarían a esa mema por el año al tercer día, y le echarían una segunda condena por provocadora. ¿Dónde has leído esto?

—En Gorki.

Dvoyetiosov, que yacía no lejos de allí, se sobresaltó:

—¿Quién de aquí lee a Gorki? —preguntó con voz grave y amenazadora.

—Yo.

—¿Para qué?

—¿Qué otra cosa puedo leer?

—¡Mejor harías yéndote al retrete y sentándote allí con toda el alma! Vaya eruditos y humanistas se crían ahora, deberían azotaros a todos a la vez.

Debajo de ellos se había entablado la sempiterna discusión en toda celda: «Cuándo es mejor estar en prisión». El planteamiento mismo de la cuestión ya presuponía que nadie podía evitar la cárcel. (En las cárceles hay una tendencia a exagerar el número de presos y, aunque en realidad no había en prisión más de doce o quince millones de personas, los reclusos estaban seguros de que eran veinte y hasta treinta millones. Estaban seguros de que casi no había hombres en libertad, exceptuando los que tenían el poder y los del MVD). «Cuándo es mejor estar en prisión» significaba: ¿es mejor en la juventud o ya entrado en años? Algunos (habitualmente los jóvenes) demostraban alegremente que en tales casos es mejor estar en prisión en los años mozos: se tiene tiempo de comprender qué significa vivir, qué tiene de valioso la vida y qué de despreciable, y a los treinta y cinco, después de haberse tragado diez años, el hombre construye su vida sobre fundamentos sensatos. Por otra parte, el hombre que entra en la cárcel en el umbral de la vejez no hace más que tirarse de los pelos por no haber vivido como es debido, y porque la vida transcurrida ha sido una cadena de errores que ya es imposible corregir. Otros (por norma general los hombres maduros) demostraban no menos alegremente que, por el contrario, los que entran en prisión al borde de la vejez pasan a una especie de tranquila jubilación, a una especie de monasterio, y que en sus mejores años ya lo tomaron todo de la vida (en el recuerdo de los presos, este «todo» se reducía a la posesión del cuerpo femenino, de buenos trajes y de comida y vino hasta saciarse), y en el campo de concentración no les pueden arrancar ya muchas pieles. Por el contrario, al joven, dicen, lo abrumarán y mutilarán tanto que luego «ni deseo tendrá de una mujer».

Así discutían hoy en la estancia semicircular, y así discuten siempre los presos, quién consolándose, quién poniéndose nervioso, pero nunca podía sacarse la verdad de la cáscara de sus argumentos y ejemplos. En las tardes de los domingos los presos daban por sentado que estar en prisión siempre era bueno, pero cuando se levantaban el lunes por la mañana veían muy claro que estar en prisión siempre era malo.

Y en realidad, tampoco esto era verdad...

La discusión sobre «cuándo es mejor estar en prisión» pertenecía a ese tipo de discusiones que no irritan a los participantes, sino que los apaciguan bajo la sombra de una melancolía filosófica. Es una discusión que nunca, en ninguna parte, ha producido estallidos.

En cierta ocasión, Thomas Hobbes dijo que la verdad de que «la suma de los ángulos de un triángulo es igual a ciento ochenta grados» haría correr la sangre si lesionara los intereses de alguien.

Pero Hobbes no conocía el carácter de los presidiarios.

En el catre del extremo, junto a la puerta, tenía lugar una de esas discusiones que pueden acarrear una pelea a puñetazos o el derramamiento de sangre, aunque no lesionaba los intereses de nadie: el tornero se acercó al ingeniero eléctrico para matar el tiempo con su amigo, y su conversación versó primero, por azar, sobre el pueblo de Sestroretska, y luego sobre las estufas que daban calefacción a las casas de Sestroretska. El tornero había vivido un año en Sestroretska y recordaba muy bien cómo eran las estufas del pueblo. El ingeniero no había estado nunca, pero su cuñado era fumista, un fumista de primera, y había construido estufas de obra precisamente en

Sestroretska, y le había contado lo contrario de lo que ahora recordaba el tornero. Su discusión, que había empezado con simples réplicas, llegaba ya al extremo de que temblaran las voces, de que hubiera insultos personales, de que por su sonoridad ahogara las demás conversaciones de la sala. Los dos contendientes se sentían humillados ante la impotencia de demostrar que sus asertos estaban fuera de duda, intentaban vanamente encontrar a un árbitro entre los que les rodeaban, y de pronto recordaron que el portero Spiridón entendía mucho de estufas, y sin duda diría al otro que estufas tan extraordinarias no se encontraban en ningún sitio, no ya en Sestroretska. Y con paso rápido se fueron a ver al portero con gran satisfacción de toda la sala.

En su apasionamiento, sin embargo, olvidaron cerrar la puerta, y otra conversación no menos histérica, sostenida en el pasillo, irrumpió en la sala: cuándo sería correcto celebrar la segunda mitad del siglo xx, el 1 de enero de 1950 o el 1 de enero de 1951. Por lo visto, la discusión había empezado hacía rato, y había encallado en una cuestión: el 25 de diciembre de qué año había nacido Cristo.

Cerraron la puerta de golpe. La cabeza dejó de hincharse con el ruido, la sala quedó silenciosa. Podía oírse cómo Jorobrov contaba al constructor calvo, que estaba arriba:

—Cuando «los nuestros» inauguren el primer vuelo a la Luna, antes de partir darán, como es natural, un mitin junto al cohete. La tripulación se comprometerá a economizar el combustible, a llegar a la máxima velocidad cósmica, a no detener la nave espacial durante el camino para repararla, a realizar en la Luna un alunizaje sólo en caso de condiciones «buenas» o «perfectas». De los tres miembros de la tripulación, uno será un instructor político. Durante el trayecto realizará ininterrumpidamente una labor de explicación masiva al piloto y al copiloto, hablándoles de la utilidad de los viajes cósmicos y exigiéndoles unas notas para el periódico mural.

Oyó esta conversación Prianchikov, que atravesaba la habitación con una toalla y una pastilla de jabón. Con un movimiento de ballet saltó junto a Jorobrov y dijo frunciendo el ceño y con aire de misterio:

—¡Iliá Teréntich! Puedo tranquilizarlo. No será así.

—¿Pues cómo?

Prianchikov se llevó el dedo a los labios como en una película policíaca:

—Los primeros en volar a la Luna ¡serán los norteamericanos!

Y soltó una risa infantil cascabelera.

Y se marchó.

El grabador estaba sentado en la cama de Sologdin. Habían entablado una larga conversación sobre mujeres. El grabador tendría unos cuarenta años, pero aunque su cara todavía parecía joven su cabello era casi todo blanco. Esto lo embellecía mucho.

Hoy el grabador estaba inspirado. Por la mañana había cometido un error, cierto: se había tragado su novela, hecha una bola, aunque resultó después que habría podido pasar el registro y entregarla a su mujer. En cambio, se enteró en la entrevista que su esposa había mostrado sus anteriores novelas, tres meses antes, a ciertas personas de confianza y que todas ellas estaban entusiasmadas. Naturalmente, los elogios de parientes y conocidos pueden ser exagerados y en parte injustos, pero ¡por Dios!, ¿dónde encontrar opiniones justas? Para bien o para mal, el

grabador había conservado la verdad para la eternidad, había conservado los gritos del alma dolida por lo que Stalin había hecho con millones de *prisioneros* rusos. Y ahora se sentía orgulloso, contento, pletórico, y había decidido firmemente continuar escribiendo novelas en el futuro. Además, la entrevista de hoy había sido afortunada también en otro sentido: su fiel esposa le esperaba, gestionaba su liberación y pronto debían manifestarse los resultados positivos de sus gestiones.

Para dar una salida a su euforia conversaba largamente con Sologdin, un hombre nada tonto pero absolutamente mediocre, un hombre que no tenía nada tan brillante, ni en el pasado ni en el futuro, como tenía él.

Sologdin estaba tendido de espaldas cuan largo era, con el libro abierto descansando sobre su pecho, y de vez en cuando lanzaba al narrador algunos destellos de su mirada. Con su barbita rubia, sus ojos claros, su alta frente y sus rasgos rectos de paladín de la antigua Rusia, Sologdin era anormalmente guapo, incluso indeciblemente guapo.

Hoy estaba inspirado. Oía dentro de sí un canto que parecía el de la victoria universal, el de su victoria sobre todo un mundo, el de su absoluto poder. Su liberación sería cuestión de un año. Y podía hacer una carrera vertiginosa después de su liberación. Además, hoy su cuerpo no languidecía por una mujer, como solía; estaba sosegado, limpio de este lógamo.

Y buscando una salida a su euforia, una diversión, se deslizaba perezosamente por las sinuosidades de una historia ajena que le era indiferente: la historia que le contaba aquel hombre nada estúpido pero totalmente mediocre, al que no podía suceder nada semejante a lo que podía sucederle a Sologdin.

A menudo escuchaba a la gente de esta manera: con una especie de paternalismo que sólo por cortesía procuraba disimular.

El grabador empezó hablándole de sus dos esposas rusas, y luego recordó su vida en Alemania y la maravillosa y pequeña mujer alemana de la que había sido íntimo. Trazó un paralelismo, nuevo para Sologdin, entre las mujeres rusas y las alemanas. Dijo que después de haber vivido con unas y otras prefería a las alemanas; que las mujeres rusas eran demasiado independientes, autónomas, demasiado atentas a su amor: con sus ojos insomnes espiaban continuamente al amado, estudiaban sus puntos flacos, encontrando a veces poca nobleza en él, y otras falta de valor, de modo que uno sentía a la amante rusa como alguien igual a uno mismo, y esto era incómodo; la alemana, por el contrario, se doblaba como un junco en manos del amado, su amante era para ella un dios, era el primer y mejor hombre de la Tierra, y toda ella se entregaba a su merced, no se atrevía a soñar en nada que no fuera darle satisfacción, y por ello el grabador se sentía más hombre con las alemanas, más dueño y señor.

Rubin cometió la imprudencia de salir a fumar al pasillo. Pero del mismo modo que las espinas se enganchan en los pies del que cruza un campo, en la *sharashka* todos se pegaban a él con preguntas. Disgustado por esas inútiles conversaciones en el pasillo, cruzó la sala apresurándose a volver a sus libros, pero uno de la litera inferior le agarró por los pantalones y le preguntó:

—¡Lev Grigórich! ¿Es verdad que en la China las cartas de los delatores llegan a su destino sin

llevar sello? ¿Es esto progresista?

Rubin se liberó y siguió adelante. Sin embargo, el ingeniero energético asomó por la litera superior, cogió a Rubin por el cuello del mono y empezó a explicarle con insistencia el final de su discusión anterior:

—¡Lev Grigórich! Hay que reelaborar la conciencia de la humanidad de modo que la gente sólo esté orgullosa de su propio trabajo y se avergüence de ser vigilante, «jefe» o líder de un partido. Hay que conseguir que el título de ministro se oculte como la profesión de basurero: el trabajo del ministro también es indispensable, pero vergonzoso. ¡Que cuando una muchacha se case con un funcionario del Estado esto sea motivo de reproche por parte de toda la familia! ¡Yo estaría de acuerdo en vivir en un socialismo de este tipo!

Rubin liberó el cuello de su mono, se precipitó hacia su cama y se tendió en ella boca abajo, de cara a sus diccionarios.

Siete hombres se sentaban a la mesa del cumpleaños, formada por tres mesitas de noche de diferente altura, adosadas una a otra, cubiertas con un papel de color verde vivo, botín de guerra procedente también de la firma Lorenz. Sologdin y Rubin se sentaron en la cama al lado de Potapov; Abramson y Kondrashov al lado de Prianchikov, y el homenajeador se sentó a la cabecera de la mesa, sobre el ancho alféizar de la ventana. Arriba, por encima de ellos, dormía ya Zemeliá, y los demás vecinos no andaban por allí. El compartimento entre las dos camas parecía separado del resto de la sala.

En el centro de la mesa, en una escudilla de plástico, se había colocado el tejeringo de Nadia, un producto nunca visto en la *sharashka*. Para las siete bocas de aquellos hombres parecía ridículamente poco. Luego había galletas simples y otras untadas con *mousse*, por lo que se llamaban pastelillos. Había además caramelos de nata obtenidos hirviendo un bote de leche condensada cerrado. A espaldas de Nerzhin, en un oscuro bote de litro, descansaba aquella cosa atractiva a la que se destinaban las copas. Era una pequeña cantidad de aguardiente intercambiado con los reclusos del laboratorio de química por un pedazo de cartón baquelizado «de primera clase». El alcohol había sido diluido en agua en la proporción de uno a cuatro y coloreado después con cacao condensado. Era un líquido marrón de baja graduación que, sin embargo, era esperado con impaciencia.

—¿Qué tal, señores? —interpeló Sologdin a los presentes inclinándose de un modo afectado y mostrando unos ojos brillantes incluso en la penumbra del compartimento—. A ver, recordemos quién de nosotros se sentó por última vez a una mesa de celebración, y cuándo fue eso.

—Yo, ayer, con los alemanes —rezongó Rubin, a quien no gustaba el discurso.

Que Sologdin, a veces, llamara «señores» a unos camaradas reunidos era algo que Rubin atribuía al resultado del embrutecimiento de doce años de cárcel. No era posible pensar que en el trigésimo tercer año de la revolución un hombre pudiera pronunciar en serio aquella palabra. Debido a este mismo embrutecimiento, también las ideas de Sologdin estaban alteradas en muchos aspectos, y Rubin procuraba recordarlo siempre y no irritarse aunque tuviera que escuchar cosas extravagantes.

(Para Abramson, por cierto, era igualmente extravagante que Rubin hubiera participado en la fiesta de los alemanes. ¡Todo internacionalismo debe tener un límite prudente!).

—Nooo —insistió Sologdin—. ¡Me refiero a una verdadera mesa, señores! —Le alegraba toda ocasión de emplear aquel orgulloso tratamiento. Creía que se habían puesto ya grandes

extensiones de tierra a disposición de los «camaradas», y que en el estrecho terrón de la cárcel acabarían por tragarse el «señores» aquellos a quienes no gustaba este tratamiento—. Sus signos de identidad son un pesado mantel de color pálido, vino en jarras de cristal, bueno, y mujeres engalanadas, ¡naturalmente!

Quería paladear el momento y retrasar el comienzo del festín, pero Potapov recorrió la mesa y los invitados con la celosa mirada de control de un ama de casa y le interrumpió con su refunfuño característico:

—Comprended, muchachos, que ya es hora. Antes de que

la amenaza de las rondas de medianoche.

nos pille con esta bebida, hay que pasar a la parte oficial.

E hizo señas a Nerzhin de que sirviera el líquido.

Mientras se distribuía el aguardiente, todos callaban y recordaban algo.

—Hace tiempo —suspiró Nerzhin.

—Yo ya he perdido hasta el recuerdo —se estremeció Potapov.

Aunque recordara vagamente una boda en el torbellino loco de su trabajo, antes de la guerra, no habría podido decir con seguridad si aquella boda había sido la suya propia o bien la de otro a la que hubiera sido invitado.

—¿Y por qué no? —se animó Prianchikov—. *Avec plaisir!* Enseguida os lo cuento. El liño 45, en París, yo...

—Espera, Valentulia —le contuvo Potapov—. ¿Así, pues...?

—¡Por el culpable de nuestra reunión! —pronunció Kondrashov con voz más fuerte de la necesaria, y se irguió, aunque ya antes se sentaba muy erguido—. Para que...

Pero antes de que los invitados alargaran la mano hacia las copas se incorporó Nerzhin — apenas tenía espacio en la ventana— y les previno en voz baja:

—¡Amigos míos! ¡Perdonad que rompa la tradición! Yo...

Recuperó el aliento, pues estaba emocionado. Siete miradas cálidas procedentes de siete pares de ojos habían forjado algo en su interior.

—¡... seamos justos! ¡No todo es tan negro en nuestra vida! Esta faceta de la felicidad: una mesa libre, una mesa de bachilleres masculinos, un intercambio libre de pensamientos, sin temores ni disimulos, ¿verdad que esta felicidad no la gozábamos en libertad?

—Sí, propiamente, a menudo no había libertad —sonrió Abramson. Dejando aparte la infancia, había pasado en libertad la parte menor de su vida.

—¡Amigos! —se dejó llevar Nerzhin—. Tengo treinta y un años. Y la vida lo mismo me ha mimado que derribado. Y por la ley sinusoidal, quizá me salpique todavía el éxito vacío y la falsa grandeza. Pero os juro que nunca olvidaré la verdadera grandeza humana que he conocido en la cárcel. Me siento orgulloso de que la modesta celebración de hoy haya reunido a una sociedad tan selecta. No nos duela el tono elevado de nuestras palabras. ¡Brindemos por la amistad que florece en las criptas de las prisiones!

Los vasos de papel chocaron insonoros con los de cristal y de plástico. Potapov sonrió con aire culpable, se arregló sus simples gafas y dijo separando las sílabas:

Cé-le-bres por su vi-va e-lo-cuen-cia,
se reunían los miembros de la familia
en casa del inquieto Ni-ki-ta,
en casa del prudente Iliá.

Bebían lentamente el pardo aguardiente procurando adivinar su aroma.

—¡No le falta graduación! —aprobó Rubin—. ¡Bravo, Andréich!

—Tiene graduación —confirmó también Sologdin. Estaba de humor para alabarlo todo.

Nerzhin se echó a reír:

—¡Es un caso rarísimo que Lev y Mitia coincidan en una opinión! No recuerdo otra ocasión.

—Nada de eso, Glebchik, ¿por qué lo dices? ¿Recuerdas que en Año Nuevo Lev y yo estuvimos de acuerdo en que la infidelidad de la esposa no se podía perdonar y en cambio la del marido sí?

Abramson sonrió con cansancio:

—Vaya, ¿y qué hombre no hubiera estado de acuerdo en esto?

—Pues este ejemplar —Rubin señaló a Nerzhin— aseguró entonces que también se puede perdonar a la mujer, que no hay diferencia en este punto.

—¿Eso dijo usted? —preguntó rápidamente Kondrashov.

—¡Ah, inocente! —rio sonoramente Prianchikov—. ¿Cómo se puede comparar?

—¡La constitución del cuerpo y el procedimiento de unión demuestran que la diferencia es enorme! —exclamó Sologdin.

—No, no, hay que profundizar más —protestó Rubin—. Hay en ello un gran designio de la naturaleza. El hombre se muestra bastante indiferente por la calidad de la mujer, pero inexplicablemente tiende a la cantidad. Gracias a esto quedan muy pocas mujeres completamente al margen.

—¡Y en eso radica la filantropía del donjuanismo! —levantó la mano Sologdin acogedora y elegantemente.

—¡Pues las mujeres tienden a la calidad, por si queréis saberlo! —sacudió su largo dedo Kondrashov—. ¡Su infidelidad es una búsqueda de la calidad! ¡Así se mejora la descendencia!

—No me culpéis, amigos —se justificó Nerzhin—, pero cuando era pequeño ondeaban sobre nuestras cabezas unos paños rojos con unas inscripciones de oro: IGUALDAD Desde entonces, naturalmente...

—¡Ya nos sale con *esa* igualdad! —refunfuñó Sologdin.

—¿Y qué tiene que decir contra la igualdad? —se puso tenso Abramson.

—¡Pues que no existe en toda la naturaleza viva! Nada ni nadie crece igual, esta tontería la inventaron... los «sabi-hondos». —Cabe suponer que se refería a los enciclopedistas—. ¡No tenían ni idea de la ley de la herencia! La gente nace con una desigualdad de espíritu, una desigualdad de

voluntad y una desigualdad de facultades...

—Una desigualdad de bienes, una desigualdad de clase —le empujó Abramson en su mismo tono.

—¿Dónde habéis visto una igualdad de bienes? ¿Dónde la habéis creado? —se excitaba ya Sologdin—. ¡Nunca la habrá! ¡Sólo está al alcance de los indigentes y de los santos!

—Naturalmente, de entonces para acá —insistió Nerzhin para cubrirse del fuego de la disputa — la vida ha sacudido bastante la cabeza de los tontos, pero entonces parecía que, si las naciones eran iguales y las personas eran iguales, ¿por qué no habían de serlo en todo el hombre y la mujer?

—¡Nadie le acusa! —espetó Kondrashov con la palabra y con los ojos—. ¡No se apresure a rendirse!

—Este delirio sólo se puede perdonar en atención a tu juventud —sentenció Sologdin. (Era seis años mayor que él).

—Teóricamente Glebka tiene razón —dijo Rubin tímidamente—. Yo también estoy dispuesto a romper cien mil lanzas por la igualdad entre el hombre y la mujer. Pero ¿abrazar a mi mujer después que la hubiera abrazado otro? ¡Brr! ¡Biológicamente, no puedo!

—¡Pero, señores, si resulta hasta ridículo examinar esta cuestión! —gritó Prianchikov. Pero, como siempre, no le dejaron terminar.

—Hay una salida sencilla, Lev Grigórich —replicó firmemente Potapov—. ¡No abracés tú nunca a ninguna mujer que no sea la tuya!

—Bueno, verá... —abrió los brazos Rubin con gesto de impotencia escondiendo una amplia sonrisa en su barba de pirata.

Se abrió ruidosamente la puerta y entró alguien. Potapov y Abramson volvieron la cabeza. No, no era un vigilante.

—¿Y Cartago debe ser destruida? —Abramson señaló con la cabeza hacia la lata de litro.

—Y cuanto antes mejor. ¿A quién le gusta estar encerrado? ¡Sirve, Vikéntich!

Nerzhin distribuyó el resto procurando repartir escrupulosamente a cada uno lo que le correspondía.

—¿Permitís que esta vez bebamos por el homenajeador? —preguntó Abramson.

—No, amigos. Yo sólo utilizo mis derechos de homenajeador para romper con la tradición. Yo... hoy he visto a mi mujer. Y he visto en ella... a todas nuestras esposas, atormentadas, asustadas, acosadas. Nosotros aguantamos porque no tenemos más remedio. Pero ¿y ellas? Bebamos por ellas, que se han encadenado a...

—¡Sí! ¡Es una gesta santa! —exclamó Kondrashov.

Bebieron.

Hicieron una pequeña pausa.

—¡Qué manera de nevar! —observó Potapov.

Todos volvieron la cabeza. A espaldas de Nerzhin, la nieve no era visible tras los nebulosos cristales, pero aparecían fugazmente muchas bolas negras de algodón: la sombra de los copos de nieve que los faroles y reflectores del exterior arrojaban sobre la cárcel.

En alguna parte, tras la cortina de la nevada, estaría ahora Nadia Nerzhin.

—¡Incluso estamos condenados a ver la nieve negra y no blanca! —exclamó Kondrashov.

—Hemos bebido por la amistad. Hemos bebido por el amor. Cosas inmortales y buenas —alabó Rubin.

—Nunca he dudado del amor. Pero, a decir verdad, antes de ir al frente y antes de la cárcel no creía en la amistad, especialmente en aquella que, sabéis... «dio la vida por la de su amigo». En la vida cotidiana hay una familia, pero ¿hay lugar para una amistad, eh?

—Es una opinión muy extendida —replicó Abramson—. Por ejemplo, a menudo dedican por radio la canción *En medio de la lisa llanura*. ¡Pero escuchad su texto! Un repugnante gimoteo, las quejas de un alma mezquina:

Todos los amigos, todos los conocidos,
duran sólo hasta que los necesitas.

—¡Indignante! —saltó para atrás el pintor—. ¿Cómo se puede vivir un solo día con tales pensamientos? ¡Es como para ahorcarse!

—Ciertamente, se podría decir al revés: sólo cuando los necesitas empiezan los amigos.

—¿Quién lo escribió?

—Merzliakov^[35].

—¡Vaya un apellido! ¿Quién es ese Merzliakov, Liovka?

—Un poeta. Unos veinte años mayor que Pushkin.

—¿Conocerás, naturalmente, su biografía?

—Fue profesor de la Universidad de Moscú. Tradujo *La Jerusalén libertada*.

—Decidme, ¿hay algo que Liovka no sepa? Sólo las matemáticas superiores.

—Y también las inferiores.

—Pero no deja de decir: «pongámoslo entre paréntesis», «elevemos estos fallos al cuadrado», sabiendo que una cantidad negativa elevada al cuadrado...

—¡Señores! ¡Debo presentarles un ejemplo que demuestra que Merzliakov tenía razón! —intervino Prianchikov atragantándose y apresurándose como un niño en la mesa de los mayores. En nada desmerecía de sus interlocutores, reflexionaba instantáneamente, era ingenioso y atraía por su sinceridad. Pero le faltaba aplomo varonil, aire externo de dignidad, y por ello parecía quince años más joven y era tratado como un adolescente—. En verdad, es cosa probada: ¡nos traiciona quien come en nuestro mismo plato! Tuve un amigo íntimo con el que me fugué de un campo de concentración hitleriano, con el que me escondí de los sabuesos... Luego, entré en la familia de un importante hombre de negocios, y a él le presentaron a una condesa francesa...

—¿Sííí? —se impresionó Sologdin. Los títulos de conde y de príncipe conservaban para él un encanto indescriptible.

—¡No tiene nada de particular! ¡Los prisioneros rusos se casaban incluso con marquesas!

—¿Ah, sí?

—Y cuando el general Golikov empezó su fraudulenta repatriación, yo, como es natural, no sólo no me presenté, sino que disuadí a todos nuestros idiotas. Y de pronto me encuentro con este

amigo, mi mejor amigo. ¡Imaginaos, fue él quien me traicionó! ¡Me puso en manos de los hombres de la Seguridad del Estado!

—¡Qué maldad! —exclamó el pintor.

—La cosa fue de la siguiente manera.

Casi todos habían oído ya esta historia de Prianchikov. Pero Sologdin empezó a interrogarle preguntando cómo era que los prisioneros se casaban con condesas.

Rubin tenía muy claro que el alegre y simpático Valentulia, con el que se podía perfectamente trabar amistad en la *sharashka*, había sido en la Europa de 1945 una figura objetivamente reaccionaria, y lo que él llamaba traición por parte de su amigo (es decir, que el amigo había facilitado que Prianchikov volviera a la patria contra su voluntad) no era una traición, sino un deber patriótico.

Una historia arrastraba a otra. Potapov recordó el librito que ponían en manos de cada repatriado: «La Patria ha perdonado, la Patria te llama». En él se decía literalmente en letras de molde que había una disposición del Presidium del Soviet Supremo ordenando que no se persiguiera judicialmente ni siquiera a los repatriados que habían servido en la policía alemana. En la frontera se registraba a los repatriados y se les quitaban estos libritos, elegantemente editados, que contenían además nebulosas alusiones a ciertas reformas en el sistema koljosiano y en el régimen social de la Unión. Y los repatriados eran metidos en furgones celulares y enviados al contraespionaje. Potapov había leído aquel librito con sus propios ojos y, aunque habría vuelto al margen de cualquier librito, le escocía especialmente esta pequeña y ruin picardía del enorme Estado.

Abramson dormitaba tras sus inmóviles gafas. Ya sabía que se producirían esas conversaciones vacías. De algún modo había que rastrillar para casa a aquella horda perdida.

Durante el primer año de posguerra, sumergidos en el torrente de prisioneros que afluía de Europa, Rubin y Nerzhin se habían empapado tanto de contraespionaje y de prisiones que parecía que también hubieran sido prisioneros durante los cuatro años. Y por eso les interesaban poco las narraciones sobre la repatriación, y muy unánimemente inclinaban a Kondrashov a hablar de arte en su extremo de mesa. En general, Rubin consideraba que Kondrashov era un pintor de poca importancia, una persona poco seria, demasiado alejada del ámbito económico e histórico, pero de las conversaciones que sostenía con él extraía agua viva sin darse cuenta.

Para Kondrashov, el arte no era un género de trabajo ni una sección de la ciencia. El arte era para Kondrashov el único medio para vivir. Cuanto había a su alrededor —el paisaje, un objeto, el carácter humano o un matiz—, todo vibraba en uno de los veinticuatro tonos, y Kondrashov habría podido indicar ese tono sin vacilar (a Rubin le había atribuido el *do menor*). Todo cuanto fluía a su alrededor —la voz humana, el humor de un instante, una novela o el mencionado tono—, todo tenía un color, y Kondrashov habría podido indicar ese color sin vacilar (el *fa sostenido mayor* era el azul marino con aplicaciones de oro).

Había un estado que Kondrashov no había conocido nunca: la indiferencia. En cambio eran famosos sus apasionamientos y antiapasionamientos, sus opiniones radicales. Era devoto de Rembrandt y detractor de Rafael. Admirador de Valentín Serov y enemigo encarnizado de los

Ambulantes^[36]. No era capaz de percibir algo a medias, sólo podía entusiasmarse ilimitadamente o indignarse ilimitadamente. No quería ni oír hablar de Chéjov, se apartaba de Chaikovski temblando («¡Me ahoga! ¡Me quita la esperanza de vivir!»), pero encontraba un eco íntimo en los coros de Bach y en los conciertos de Beethoven, como si hubiera sido el primero en ponerlos en solfa.

Ahora arrastraron a Kondrashov a una conversación sobre si los cuadros debían o no imitar la naturaleza.

—Por ejemplo, queréis pintar una ventana abierta a un jardín una mañana de verano —respondió Kondrashov. Su voz era joven, la emoción cambiaba su tono, cerrando los ojos se habría podido pensar que era un joven el que discutía—. Imitando honradamente a la naturaleza, lo pintaríais todo tal como lo veis. ¿Pero sería eso *todo*? ¿Y el canto de los pájaros? ¿Y el frescor de la mañana? ¿Y esa pureza invisible que os inunda? En realidad, al pintar la percibís, forma parte de vuestra sensación de una mañana de verano. ¿Cómo conservarla también en el cuadro? ¿Cómo no perderla para el espectador? ¡Evidentemente, hay que integrarla! Con la composición, con el color, no tenéis otra cosa a vuestra disposición.

—¿O sea que no hay que limitarse a copiar?

—¡Desde luego que no! Además, en general —empezó a interesarse Kondrashov— todo paisaje (y todo retrato) empieza en el momento en que te recreas en la naturaleza y piensas: «¡Oh, qué bonito! ¡Ah, qué fantástico! ¡Ah, si consiguiera reproducirlo tal como es!». Pero te adentras en el trabajo, y de pronto: ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Pero si en el natural hay un absurdo, un desaguisado, una total falta de correspondencia! ¡Aquí, en este lugar, y en este otro! ¡Cuando debería ser de esa otra manera! ¡Así! ¡Y así vas pintando! —Kondrashov contempló a sus interlocutores con aire de triunfante arrogancia.

—¡Pero, amigo mío, este «debería ser» es un camino peligrosísimo! —protestó Rubin—. Convertiría usted a las personas en ángeles o diablos, cosa que, por cierto, es lo que hace. Y, sin embargo, si pinta el retrato de Andrei Andréich Potapov, el resultado debe ser Potapov.

—¿Y esto significa mostrarlo tal como es? —se rebeló el pintor—. Exteriormente sí, debe parecerse, es decir, las proporciones del rostro, el corte de los ojos, el color del pelo. ¿Pero no es una ligereza pensar que se puede conocer y ver la realidad tal cual es, especialmente la realidad espiritual? Y, si al mirar al retratado descubro en él posibilidades espirituales que están por encima de las que ha puesto de manifiesto hasta el presente en su vida, ¿por qué no he de atreverme a pintarlas? ¿Por qué no he de ayudar a un hombre a encontrarse a sí mismo y a elevarse espiritualmente?

—¡Oiga, usted es un pintor del realismo socialista de cabo a rabo! —palmoteo Nerzhin—. ¡Fomá no sabe con quién está tratando!

—¿Por qué debo minimizar su alma? —brillaron amenazadoramente en la penumbra las gafas de Kondrashov, que nunca se deslizaban por su nariz—. Os diré una cosa, en general, no sólo al pintar retratos, sino en cualquier trato entre las personas puede haber algo más importante que el objetivo propuesto: ¡lo que uno ve e indica haber visto en el otro provoca que este algo aflore en la vida del otro!, ¿no es cierto?

—En una palabra —replicó Rubin—, para usted, el concepto de objetividad no existe ni aquí ni en parte alguna.

—¡Sí! ¡No soy objetivo y me enorgullezco de no serlo! —tronó Kondrashov-Ivánov.

—¿Quéé? Permítame, ¿cómo es eso? —se pasmó Rubin.

—¡Así! ¡Así! ¡Me enorgullezco de mi falta de objetividad! —dijo Kondrashov como si descargara golpes y sólo la litera superior le impidiera tomar impulso—. ¿Y usted, Lev Grigórich, y usted? Usted también carece de objetividad, ¡y esto es muchísimo peor! ¡Mi superioridad sobre usted está en que no soy objetivo, pero lo sé! ¡Lo considero un mérito! ¡En ello está mi «yo»!

—¿Que yo no soy objetivo? —se impresionó Rubin—. ¿Ni siquiera yo? Entonces, ¿quién es objetivo?

—¡Nadie! —dijo exultante el pintor—. ¡Nadie! ¡Nadie lo ha sido nunca ni nunca nadie lo será! Incluso todo acto de conocimiento conlleva un tinte emocional previo. ¿O no es así? La verdad debe ser el resumen final de largas investigaciones, pero esta verdad nocturna, ¿no aparece ante nosotros *antes* que toda clase de investigaciones? Tomamos un libro, y el autor, sin saber por qué, nos parece antipático: antes de leer la primera página ya nos parece que seguramente no nos gustará, y, naturalmente, ¡no nos gusta! Usted, por ejemplo, trabaja en la comparación de cien idiomas mundiales, acaba de rodearse de diccionarios, tiene por delante cuarenta años de trabajo, pero ya está seguro ahora de demostrar que todas las palabras proceden de la palabra «mano». ¿Es esto objetividad?

Nerzhin, muy satisfecho, se rio de Rubin con una sonora carcajada. Rubin también se echó a reír: ¡cómo iba a enfadarse con aquel hombre tan puro!

Kondrashov no tocaba la política, pero Nerzhin se apresuró a referirse a ella:

—¡Un paso más, Ippólit Mijálych! ¡Le suplico que dé un paso más! ¿Y Marx? Estoy seguro que antes de empezar cualquier análisis económico, cuando todavía no había compuesto ninguna tabla estadística, *ya sabía* que bajo el capitalismo la clase obrera estaba en la más absoluta indigencia, era la mejor parte de la humanidad y por lo tanto el futuro le pertenecía. Con la mano en el corazón, Liovka, ¿me vas a decir que no?

—Hijo mío —suspiró Rubin—, si no fuera posible prever anticipadamente el resultado...

—¡Ippólit Mijálych! ¡Y sobre esto construyen su *progreso*! ¡Cómo odio esta palabra sin sentido: «progreso»!

—¡Pues en el arte no hay ningún «progreso»! ¡Ni puede haberlo!

—¡Efectivamente! ¡Efectivamente, así se habla! —se alegró Nerzhin—. En el siglo xvii hubo un Rembrandt, ¡y a ver quién supera a Rembrandt hoy día! ¿Y la técnica del siglo xvii? Ahora nos parece primitiva. ¿Qué avances técnicos se produjeron en los años setenta del siglo pasado? Para nosotros son juegos de niños. Pero en aquellos años se escribió *Ana Karénina*. ¿Qué puedes ofrecerme que sea mejor?

—Permítame, permítame, maestro —se empeñó Rubin—. ¿Nos dejará por lo menos que haya progreso en la ingeniería? ¿No es absurdo?

—¡Malvado! —se echó a reír Gleb—. Esto se llama una zancadilla.

—Su argumento, Gleb Vikéntich —intervino Abramson—, se puede desarrollar también de

otra manera. Significa que los sabios y los ingenieros hicieron grandes cosas en todos estos siglos, y por eso se abrieron camino. Y los esnobs del arte, por lo visto, hicieron el payaso. Y los parásitos...

—¡Se vendieron! —exclamó Sologdin, alegre sin saber por qué.

¡Dos polos opuestos, él y Abramson, se sometían a la unificación de una sola idea!

—¡Bravo, bravo! —gritó también Prianchikov—. ¡Jovenzuelos! ¡Novatos! ¡De esto hablé ayer en el laboratorio de acústica! —(El día anterior había hablado de las ventajas del jazz, pero ahora le parecía que Abramson expresaba precisamente su pensamiento).

—¡Creo que puedo reconciliaros! —sonrió maliciosamente Potapov—. En este siglo se produjo un caso históricamente cierto en el que cierto ingeniero eléctrico y cierto matemático, que soportaban dolorosamente la sensación de retraso de las bellas artes, compusieron juntos una novela. Por desgracia no quedó escrita: carecían de lápiz.

—¡Andréich! —gritó Nerzhin—. ¿Podría usted reproducirla?

—Haciendo un esfuerzo y con la ayuda de usted. La verdad, fue la única obra de toda mi vida. Bien puedo recordarla.

—¡Interesante, señores, muy interesante! —se animó Sologdin sentándose más cómodamente. Le gustaban mucho estas inventivas en la cárcel.

—Pero comprenderéis, como nos enseña Lev Grigórich, que no es posible comprender ninguna obra de arte sin conocer la historia de su creación y su *encargo social*.

—Está usted progresando, Andréich.

—Y ustedes, mis buenos invitados, termínense los pastelillos, ¡que para vosotros se hicieron! La historia de la creación de esta obra es la siguiente: en verano de 1946, en la sala monstruosamente atiborrada del sanatorio Bu-car (la Administración imprimió esta inscripción en las escudillas. Significaba: BUtyrki CARcel), Vikéntich y yo yacíamos uno al lado del otro, primero debajo de los catres y después en los catres, nos ahogábamos por falta de aire, gemíamos de hambre, y no teníamos otra ocupación que charlar y observar el talante de la gente.

Y uno de nosotros exclamó primero: ¿Y si...?

—Fuiste tú, Andréich, el primero en decir: ¿Y si...? En todo caso, la forma fundamental, que se incorporó al título, le pertenece a usted.

—¿Y si...? —dijimos Gleb Vikéntievich y yo—. Y si de repente, en esta sala...

—¡No nos hagas sufrir! ¿Qué título le pusisteis?

—Pues veréis,

Sin pretender divertir a un orgulloso
y distinguido público,

intentaremos recordar entre los dos este viejo cuento, ¿eh? —la voz sorda y resquebrajada de Potapov sonaba al modo de un empedernido lector de folios polvorientos—. El título fue: *La sonrisa de Buda*.

LA SONRISA DE BUDA

La acción de nuestro notable relato se remonta al famoso y ardiente verano de 194..., cuando los presos, que superaban considerablemente en número a los legendarios «cuarenta barriles», languidecían, sólo en taparrabos, bajo el sofoco inmóvil de las pantallas inexpresivamente mates que cubrían las ventanas de la cárcel de Butyrki, universalmente famosa.

¿Qué decir de esta útil y bien organizada institución? Su nombre genealógico deviene de unos cuarteles de la época de Catalina II. En los crueles años de esta emperatriz, no ahorraban ladrillos para los muros y los abovedados arcos de sus fortalezas.

El honorable castillo fue construido
como deben construirse los castillos.

A la muerte de esta ilustrada corresponsal de Voltaire, las retumbantes estancias donde sonaban las bastas pisadas de las botas de los carabineros quedaron desiertas durante largos años. Pero a medida que avanzaba por nuestra patria el progreso por todos deseado, los reales descendientes de la citada dama autoritaria encontraron acertado instalar en ellos por igual a los herejes, que hacían vacilar el trono ortodoxo, y a los oscurantistas que se oponían al progreso.

La paleta del albañil y la llana del yesero ayudaron a dividir aquella serie de estancias en un centenar de espaciosas y confortables celdas, y el insuperable arte de los herreros patrios forjó rígidas rejas para las ventanas y somieres tubulares para las camas, que se bajaban de noche y se levantaban de día. Los mejores maestros, elegidos entre los siervos de más talento, hicieron su valiosa aportación a la gloria inmortal del castillo de Butyrki: los tejedores tejieron sacos de lienzo para los somieres de los catres; los fontaneros tendieron un sabio sistema de desagües de impurezas; los hojalateros remacharon «cubetas» con una capacidad de cuatro y hasta de seis cubos, con asas e incluso con tapas; los carpinteros recortaron «gateras» en las puertas para pasar la comida; los vidrieros colocaron «mirillas» para observar; los cerrajeros pusieron candados; y en la novísima edad del comisario del pueblo Yezhov, unos maestros especializados en armaduras de cristal fundieron un cristal turbio sobre una armadura de alambre y levantaron unas pantallas únicas en su género que impedían a los malignos presos la vista del último rincón del patio de la

cárcel, de la iglesia de la prisión —adaptada también como cárcel— y de un pedazo de cielo azul.

Para conseguir una mayor comodidad, y para poder emplear a vigilantes que no hubieran terminado la enseñanza superior, los tutores del sanatorio de Butyrki adosaron a los muros de las celdas veinticinco somieres, exactamente veinticinco, creando de este modo las bases de un sencillo cálculo aritmético; cuatro celdas, cien cabezas; un pasillo, doscientas.

Y así, durante largas décadas, floreció esta saludable institución sin provocar ni la repulsa de la sociedad ni las quejas de los presos. (Opinamos que no hubo repulsas ni quejas basándonos en que muy raramente aparecían en las páginas del *Boletín de la Bolsa* y su ausencia era total en las de *Noticias de los Diputados Obreros y Campesinos*).

Pero el tiempo no iba a favor del teniente general, director de la cárcel de Butyrki. En los primeros días de la Gran Guerra Patriótica hubo que alterar la norma estipulada de las veinticinco cabezas por celda instalando en ellas a otros habitantes que carecían de cama. Cuando el exceso de presos tomó proporciones alarmantes, las camas fueron desplegadas definitivamente, se quitaron los sacos de lienzo, se pusieron encima unas tablas de madera, y el exultante teniente general y sus camaradas embutieron en la celda, primero, a cincuenta hombres, y después de la mundialmente histórica victoria sobre el hitlerismo, hasta setenta y cinco, lo que no representaba tampoco ninguna dificultad para los vigilantes, quienes sabían que en el pasillo había ahora seiscientas cabezas, por lo que se les pagaba una gratificación extra.

Con aquellas estrecheces ya no tenía sentido entregar libros, ajedreces ni dominós, de los que por otra parte carecían. Con el tiempo se disminuyó la ración de pan de los enemigos del pueblo, el pescado se sustituyó por la carne de los anfibios y los himenópteros, y la col y la ortiga por pienso ensilado. Y la terrible torre de Pugachov, donde la emperatriz tuviera encadenado al héroe del pueblo, ahora tenía el pacífico destino de silo.

Entretanto, iban pasando hombres por la prisión, iban afluyendo nuevos presos, e iba palideciendo y deformándose la tradición oral presidaria: aquellos hombres no recordaban o no sabían que sus predecesores disfrutaban de sacos de lienzo para dormir y leían libros prohibidos (sólo se olvidaron de eliminarlos de las bibliotecas de las cárceles). Entraban en la celda un humeante bidón de caldo de ictiosaurio o de sopa de forraje, los presos recogían los pies encima de la cama y, debido a las estrecheces, doblaban las rodillas hasta el pecho apoyando las patas delanteras en las traseras. En esta posición perruna, con los dientes al aire, vigilaban cuidadosamente, como mastines, que se hiciera justicia al repartir el sopicaldo por las escudillas. Distribuían de espaldas las escudillas «de la cubeta a la ventana» y «de la ventana al radiador», después de lo cual, los habitantes de los catres y los de los cuchitriles de debajo de los catres se convertían en setenta y cinco fauces que mascaban sonoramente aquel bodrio vivificante casi derribándose las escudillas unos a otros con las colas y las patas. Este ruido era el único que alteraba el silencio filosófico de la celda.

Y todos estaban contentos. Y no había quejas en el periódico sindical *Trabajo* ni en el *Noticario del Patriarcado de Moscú*.

Entre otras celdas estaba la número 72, que en nada se distinguía de las demás. Era una celda condenada, pero los presos que dormían pacíficamente bajo sus catres, y los que blasfemaban

sobre ellos, nada sabían de los horrores que les esperaban. La víspera del día fatal, como de costumbre, estuvieron largo rato acomodándose en el suelo de cemento, cerca de las cubetas, tendiéndose sobre las tablas con sólo taparrabos, abanicándose bajo el calor estadizo (la celda no se ventilaba de un invierno para otro), matando moscas y contándose unos a otros lo bien que lo pasaban durante la guerra en Noruega, Islandia, o Groenlandia. Gracias a una percepción interna del tiempo, adquirida tras largos ejercicios, los presos sabían que faltaban cinco minutos, no más, para que el cancerbero de turno mugiera a través de la gatera: «¡Venga, a la cama, ya han dado el toque de queda!».

Pero de pronto el corazón de los reclusos se estremeció al oír el ruido de las cerraduras. Se abrió la puerta de par en par y apareció en ella un esbelto y flexible capitán, con guantes blancos, ex-tra-or-di-na-ria-men-te agitado. Tras él zumbaba una comitiva de tenientes y sargentos. En medio de un silencio de muerte, sacaron al pasillo a todos los presos con sus «efectos personales». (En voz baja, estos hicieron correr entre ellos el «bulo» de que los iban a fusilar). En el pasillo, separaron a diez hombres, repitieron cinco veces esta operación, y embutieron a los cincuenta en las celdas contiguas, muy oportunamente, pues consiguieron apoderarse aún de un poco de espacio para dormir. Estos afortunados evitaron el terrible destino de los veinticinco restantes. Lo último que vieron los que se quedaron ante su querida celda número 72 fue una especie de máquina infernal, provista de un pulverizador, que se introducía por la puerta. Luego les hicieron dar media vuelta a la derecha, los llevaron —al compás del tintineo de las llaves de los guardias contra las hebillas de los cinturones, y del chasquido de los dedos (señal adoptada por los vigilantes de Butyrki, significaba: «¡Llevo un preso!»)— a través de muchas puertas de acero interiores, y les hicieron descender por muchas escaleras hasta un vestíbulo, que no era ni un sótano de ejecuciones ni un entresuelo de tormentos, sino una estancia ampliamente conocida por el pueblo de los presidiarios como la antesala de los célebres baños de Butyrki. Dicha antesala tenía un aspecto pérfido e inocente de normalidad: los ladrillos color chocolate, rojo, verde y Metlach^[37] de paredes, bancos y suelo, las vagonetas de desinfección rodando con estruendo por los raíles con sus ganchos infernales para colgar las ropas piojosas de los presos. Dándose ligeros cachetes unos a otros, en los pómulos y en los dientes (pues el tercer mandamiento del preso reza: «¡Si te dan algo, cógelo!»), los presidiarios desmontaron los ardientes ganchos y colgaron en ellos sus sufridas ropas, descoloridas, raídas y en algunos lugares incluso quemadas por la desinfección de cada diez días. Despreciando la desnudez de los presos, que las afrentaba, dos arreboladas sirvientas del Averno, dos viejas mujeres, se llevaron con estrépito las vagonetas al Tártaro cerrando tras ellas las puertas de hierro.

Los veinticinco presos quedaron encerrados por todas partes en la antesala del baño. Sólo llevaban en la mano los pañuelos o los harapos que utilizaban como camisa. Aquellos afortunados cuya delgadez conservaba pese a todo una fina capa de carne curtida en esa parte poco exigente del cuerpo, gracias a la cual la naturaleza nos ha agraciado con el feliz don de «sentarnos», tomaron asiento en los tibios bancos de obra recubiertos de ladrillo fino color carmesí, esmeralda y marrón. (Por el lujo de su construcción, los baños de Butyrki dejan muy atrás a los de Sandunovski y, según dicen, algunos extranjeros curiosos se entregaban voluntariamente a la

Cheka sólo para poder lavarse en dichos baños).

Otros presos, sin embargo, enflaquecidos hasta el punto de no poder sentarse sino sobre materia blanda, iban de un extremo a otro de la antesala sin ocultar sus vergüenzas e intentaban en apasionados debates atravesar el velo de lo que estaba sucediendo.

Tiempo hacía ya que su imaginación
ansiaba vivamente un fatal alimento.

No obstante, los retuvieron tantas horas en la antesala que las discusiones se apagaron, los cuerpos se cubrieron de piel de gallina, y los estómagos, acostumbrados al sueño a partir de las diez de la noche, reclamaban melancólicamente ser llenados. Triunfó entre los reclusos el partido de los pesimistas, quienes aseguraban que por las rejillas de las paredes y por el suelo se infiltraba ya gas letal, y que iban a morir todos. Algunos ya se sentían mal por el inequívoco olor a gas.

¡Pero retumbó la puerta y todo cambió! No entraron dos celadores con batas sucias y puercas maquinillas de esquilar ovejas, como solía suceder, ni les echaron un par de tijeras de las menos afiladas del mundo para que se rompieran con ellas las uñas —¡no!—, sino cuatro oficiales barberos que introdujeron cuatro mostradores con espejo, sobre ruedas, provistos de agua de colonia, fijapelo, laca para las uñas e incluso pelucas de teatro. Tras ellos venían cuatro maestros barberos, dos de ellos armenios, muy corpulentos y respetables. Y en la peluquería, o sea allí mismo, tras la puerta, no sólo no afeitaron el pubis de los presos apretando con todas sus fuerzas la parte plana del instrumento contra los lugares delicados sino que se los empolvieron con polvos rosados. Rozaban las chupadas mejillas de los presos con suave vuelo de la navaja, y con un murmullo les cosquilleaban las orejas: «¿Le molesta?». No sólo no raparon totalmente sus cabezas, sino que incluso les ofrecieron pelucas. No sólo no les arrancaron la piel de la barbilla sino que, a petición del cliente, les dejaron el inicio de las futuras barbas y patillas. Mientras, los oficiales barberos, sentados en el suelo, les cortaban las uñas de los pies. Finalmente, en la puerta del baño no les vertieron en la mano los veinte gramos de apestoso jabón que escapa por todas partes, sino que un sargento entregó contra recibo una esponja a cada uno, una hija de las islas del coral, y un auténtico pedazo de jabón de tocador «El Hada de Lilas».

Después, los encerraron como siempre en el baño y les dejaron que se lavaran a placer. Pero los presos no estaban para lavados. Sus discusiones eran más ardientes que el agua hirviente de Butyrki. Ganaba ahora el partido de los optimistas, quienes aseguraban que Stalin y Beria habían huido a China, Molótov y Kaganovich se habían hecho católicos, en Rusia había un gobierno provisional socialdemócrata, y había ya elecciones a la Asamblea Constituyente.

Se abrió entonces la puerta con canónico estrépito, esa puerta conocida por todos vosotros, la de salida del baño, y en el vestíbulo violeta les esperaban los acontecimientos más increíbles: le dieron a cada uno una toalla velluda y... una escudilla llena de gachas de avena, ¡la que correspondía a una ración de seis días para los que hacían trabajos forzados en el campo de concentración! Los presos arrojaron las toallas al suelo y se tragaron las gachas con asombrosa rapidez, sin cucharas ni otros instrumentos. El viejo comandante de la cárcel, que lo presencié, no

salía de su asombro. Incluso ordenó que trajeran otra escudilla más de gachas para cada uno. Se comieron también esa otra ración. Y lo que sucedió después no lo adivinaría nunca ninguno de vosotros. Trajeron patatas, no heladas, ni podridas, ni negras, sino sencillamente, puede decirse, unas patatas comestibles.

—¡Esto hay que darlo por imposible! —protestaron los oyentes—. ¡Es inverosímil!

—¡Pues fue precisamente así! Cierto que eran patatas de la calidad que se da a los cerdos, pequeñas y con piel, y seguramente los presos, ya ahítos, no se las habrían comido, pero la diabólica perfidia consistía en que no las trajeron divididas en raciones sino en un cubo para todos. Los presos se precipitaron sobre el cubo con encarnizados aullidos causándose graves rasguños unos a otros y trepando por las desnudas espaldas. Al cabo de un minuto, el cubo, ya vacío, rodaba tintineando por el suelo de piedra. En aquel momento les trajeron la sal, pero la sal ya no iba a servirles para nada.

Mientras, los cuerpos desnudos se habían secado. El viejo comandante mandó a los presos que recogieran del suelo las toallas velludas y les dirigió un discurso.

—¡Queridos hermanos! —dijo—. Todos vosotros sois honrados ciudadanos soviéticos aislados de la sociedad por culpa de pequeños delitos, pero sólo temporalmente, por diez años unos, por veinte otros. Hasta el presente, pese al alto espíritu humano de la doctrina marxista-leninista, pese a la voluntad del partido y del gobierno, claramente expresada, y pese a las repetidas indicaciones personales del camarada Stalin, las autoridades de la cárcel de Butyrki cometieron serios errores y desviaciones. Ahora van a corregirlos —(«¡Nos enviarán a casa!», decidieron descaradamente los presos)—. En adelante os vamos a tener aquí en condiciones de balneario. —(«¡Continuaremos presos!», pensaron abatidos)—. Complementariamente a todo lo que antes se os permitía, ahora se os permitirá también:

- a) rezar a vuestros dioses;
- b) tenderse en los catres tanto de día como de noche;
- c) salir libremente de la celda para ir al retrete;
- d) escribir vuestras memorias.

Complementariamente a lo que se os prohibía, ahora se os prohíbe:

- a) sonarse con las sábanas y cortinas de la Administración;
- b) pedir un segundo plato de comida;
- c) replicar a las autoridades de la cárcel, o quejarse de ellas cuando entren en la celda visitantes importantes;
- d) coger cigarrillos Kazbek de encima de la mesa a discreción. Todo aquel que infrinja una de estas normas será castigado con quince días de calabozo frío y severo, y enviado a lejanos campos de concentración sin derecho a correspondencia epistolar. ¿Comprendido?

Apenas terminado el discurso del comandante no hubo estruendosas vagonetas que sacaran de la desinfección la ropa interior y las harapietas chaquetas acolchadas de los presos, ¡nada de eso!, el infierno se había tragado los harapos y no los devolvía. Entraron en cambio cuatro jóvenes roperas, ruborosas, con los ojos bajos, animando a los presos con sus simpáticas sonrisas, que indicaban que no todo se había perdido para ellos como hombres, y empezaron a distribuirles ropa interior de seda azul celeste. Luego distribuyeron camisas de seda artificial, corbatas de colores serios, zapatos americanos de un amarillo subido, conseguidos gracias a la Ley de Préstamos y Arriendos, y trajes de paño de lana artificial.

Mudos de horror y de éxtasis, los presos, formados en fila de a dos, fueron conducidos de nuevo a su celda número 72. ¡Pero, Dios mío, cómo había cambiado!

En el pasillo ya pisaron una velluda senda alfombrada que conducía cautivadoramente al retrete. Al entrar en la celda les envolvieron chorros de aire fresco, y un sol inmortal resplandeció directamente sobre sus ojos (con tantos cuidados, había pasado la noche y amanecido la mañana). Durante la noche habían pintado las rejas de azul, se habían quitado las pantallas de las ventanas, y en la antigua iglesia de Butyrki se había instalado un espejo reflector giratorio, regulado por un vigilante especialmente dedicado a este menester, para que el chorro de sol reflejado diera siempre en la ventana de la celda número 72. Las paredes de la celda, hasta ayer de un color oliváceo oscuro, estaban ahora salpicadas de clara pintura al óleo sobre la que unos pintores habían reproducido en muchos lugares unas palomas y unas cintas con la inscripción: «¡Estamos a favor de la paz!» y «¡Paz al mundo!».

Las tablas llenas de chinches ya no estaban allí ni por asomo. En el marco de los somieres se habían tendido unos tirantes de lienzo sobre los que descansaban colchones de plumas y almohadas de plumón. La sábana y la funda relucían con su blancura bajo el extremo coquetamente doblado de la manta. Cada una de las veinticinco camas disponía de su mesita de noche, y por las paredes se extendían unos estantes con libros de Marx, Engels, san Agustín y Tomás de Aquino. En el centro de la estancia había una mesa, bajo un mantel almidonado, y encima un jarrón de flores, un cenicero y un paquete de Kazbek sin desprecintar. (Se había conseguido legalizar todo el lujo de aquella noche mágica a través de la contabilidad, pero había sido imposible cargar la marca de cigarrillos Kazbek en ninguno de los apartados de gastos. El director de la cárcel había tenido un gesto elegante con el Kazbek, pagándolo con su dinero, de ahí que el castigo por tocar los cigarrillos fuera tan severo).

Lo que más había cambiado era el rincón donde antes estaba la cubeta de las letrinas. La pared había sido lavada hasta quedar blanca, luego se había pintado, y en la parte superior ardía una gran lamparilla ante el icono de la Virgen con el Niño, brillaba la casulla del taumaturgo Nikolai Mirlikiski, aparecía sobre un elevado estante la imagen blanca de la Madona católica y en un nicho poco profundo, practicado en tiempos por los constructores, reposaban una Biblia, El Corán, el Talmud y un pequeño y oscuro busto de Buda. Los ojos de Buda estaban algo entornados, las comisuras de los labios echadas para atrás. El oscurecido bronce daba la impresión de que Buda estaba sonriendo.

Hartos gracias a las gachas y a las patatas, afectados por una inabarcable abundancia de

impresiones, los reclusos se desnudaron y se durmieron al instante. El suave Eolo hacía ondear en las ventanas unas cortinas de encaje que no permitían la entrada de las moscas. Un celador, de pie ante la puerta entreabierta, vigilaba que nadie hurtara el Kazbek.

Así se recrearon pacíficamente hasta mediodía, hora en que entró el capitán ex-tra-or-di-na-ria-men-te excitado, con guantes blancos, y anunció el momento de levantarse. Los presos se vistieron prestamente y arreglaron las camas. Se introdujo precipitadamente en la celda una mesita cubierta por blanca funda y se extendieron sobre ella las revistas *Ogoniok*, *La URSS en construcción* y *Amérika*. Deslizaron sobre ruedas dos antiguos sillones, también enfundados, y reinó un maligno e insoportable silencio. El capitán iba de puntillas entre las camas y golpeaba con un bonito bastoncito blanco los dedos de quienes alargaban la mano para coger la revista *Amérika*.

En medio del pesado silencio, los presos aguzaban el oído. Como sabéis muy bien por experiencia, el oído es un sentido importantísimo para el preso. La vista del preso normalmente se ve limitada por las paredes y las pantallas, el olfato está saturado de aromas indignos, el tacto carece de nuevos objetos. En cambio, el oído se desarrolla extraordinariamente. Cada sonido, incluso en un rincón lejano del pasillo, es reconocido inmediatamente; el oído interpreta los acontecimientos que tienen lugar en la prisión y mide el tiempo: si distribuyen agua hirviendo, si sacan a pasear o si traen algún paquete para alguien.

El oído fue también el que delató el principio del desenlace del caso: por la parte de la celda número 75 resonó el tabique de acero y en el pasillo entró mucha gente. Se oyó una conversación contenida, unos pasos apagados por la alfombra, luego se distinguieron unas voces femeninas, el susurro de unas faldas, y ante la puerta de la celda número 72, el director de la prisión de Butyrki dijo amablemente:

—Ahora, señora Roosevelt, resultará seguramente interesante visitar alguna de las celdas. A ver, ¿cuál de ellas? La primera que venga a mano. Por ejemplo, la número 72. Abra, sargento.

Entró en la celda la señora Roosevelt acompañada de su secretario, su intérprete, dos respetables matronas de los medios cuáqueros, el director de la cárcel y algunas personas vestidas de paisano o con el uniforme del MVD. El capitán de los guantes blancos se hizo a un lado. Viuda del presidente, mujer también progresista y perspicaz que había hecho mucho en defensa de los derechos humanos, la señora Roosevelt se había impuesto la tarea de visitar al bravo aliado de América y ver por sus propios ojos cómo se distribuía la ayuda de la UNRRA^[38] (habían llegado a América maliciosos rumores en el sentido de que los productos de la UNRRA no llegaban al pueblo llano), y también comprobar si en la Unión Soviética se perseguía la libertad de conciencia. Ya le habían mostrado a unos ciudadanos soviéticos del montón (miembros del partido y oficiales del MGB disfrazados) que, vestidos con simples monos de obrero, habían dado las gracias a los Estados Unidos por su desinteresada ayuda. Entonces, la señora Roosevelt insistió en que la llevaran a visitar una cárcel. Sus deseos fueron satisfechos. La señora se sentó en uno de los sillones, la comitiva se situó a su alrededor y empezó una conversación a través del intérprete.

Los rayos del sol, enviados por el espejo giratorio, continuaban batiendo la celda. Y el hálito de Eolo movía las cortinas.

A la señora Roosevelt le gustó mucho que una celda elegida al azar, cogida por sorpresa, tuviera una blancura tan sorprendente, una ausencia total de moscas y una lamparilla encendida en el rincón de preferencia pese a ser día laborable.

Al principio, los presos se mostraban tímidos y no se movían, pero cuando el intérprete les tradujo la pregunta de la ilustre visitante referente a si los presos incluso se abstenían de fumar para preservar la pureza del aire, uno de ellos se levantó, abrió el paquete de Kazbek, encendió un cigarrillo y ofreció otro a un compañero.

La cara del teniente general se oscureció:

—*Luchamos* contra el tabaco —manifestó expresivamente—, pues el tabaco es un veneno.

Hubo también un preso que cambió su asiento por otro junto a la mesa y empezó a examinar la revista *Amérika* muy rápidamente.

—¿Por qué se ha castigado a estos hombres? Por ejemplo, a este señor que lee la revista —preguntó la alta visitante.

(«Este señor» había sido condenado a diez años por su imprudente amistad con un turista norteamericano).

El teniente general respondió:

—Este hombre fue un activo hitleriano, trabajó en la Gestapo, incendió personalmente una aldea rusa y, perdón, violó a tres campesinas rusas. El número de niños asesinados por él no tiene cuenta.

—¿Ha sido condenado a la horca? —exclamó la señora Roosevelt.

—No. Tenemos la esperanza de corregirlo. Está condenado a diez años de trabajo honrado.

El preso puso cara de sufrimiento pero no intervino, continuó leyendo la revista con un apresuramiento convulso.

En aquel momento entró impensadamente en la celda un sacerdote ortodoxo ruso con una gran cruz nacarada sobre el pecho. Evidentemente, hacía el recorrido de turno y quedó muy turbado al encontrar en la celda a las autoridades y a unos visitantes extranjeros.

Quiso retirarse, pero su modestia gustó a la señora Roosevelt, quien le pidió que cumpliera con su ministerio. Acto seguido, el sacerdote sacó un tomo de bolsillo del Evangelio y lo puso en manos de uno de los desconcertados presos, se sentó en la cama de otro, que estaba petrificado de asombro, y le dijo:

—Bien, hijo mío, la última vez me pediste que te contara los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo.

La señora Roosevelt pidió al teniente general que se hiciera una última pregunta a los reclusos, allí mismo, en su presencia: ¿alguno de ellos tenía quejas a presentar a la Organización de las Naciones Unidas?

El teniente general preguntó amenazador:

—¡Atención, presidiarios! ¿Qué se os dijo del Kazbek? ¿Queréis régimen severo?

Y los presos, que hasta entonces callaban como hechizados, empezaron a alborotar, y sonaron varias voces indignadas:

—¡Ciudadano jefe, es que no tenemos nada para fumar!

—¡Se nos hinchan las narices!

—¡Nuestro mal tabaco quedó en los pantalones de antes de la guerra!

—¡No lo sabíamos!

La célebre dama vio la auténtica indignación de los presos, oyó sus sinceros gritos, y por ello escuchó la traducción con el mayor interés:

—Protestan unánimemente de la dura situación de los negros en América, y piden que la ONU examine esta cuestión.

Así, en mutua y agradable conversación, pasaron unos quince minutos. En aquel momento, el celador de servicio en el pasillo anunció al director de la cárcel que habían traído la comida. La visitante pidió que no hicieran cumplidos y distribuyeran la comida en su presencia. Se abrió la puerta y entraron unas camareras jóvenes y bonitas (al parecer, las mismas roperas disfrazadas), con unas grandes fiambreras de sopa corriente de caldo de gallina con tallarines, y empezaron a distribuirla por los platos. En un instante, algo así como el impulso de un atavismo primitivo dominó a los dignos presos: saltaron con los zapatos puestos sobre sus camas, doblaron las rodillas sobre el pecho estrechando los brazos alrededor de las piernas, y en esta canina posición del cuerpo, con los dientes al aire, observaron penetrantemente si se hacía justicia en el reparto de la sopa. Las damas patrocinadoras estaban extrañadas, pero el intérprete les explicó que se trataba de una costumbre nacional rusa.

Fue imposible convencer a los presos para que se sentaran a la mesa y comieran con cucharas de cuproníquel: habían sacado ya, váyase a saber de dónde, sus raídas cucharas de madera. Apenas el sacerdote bendijo el ágape y las camareras distribuyeron los platos por las camas advirtiendo a los presos que en la mesa había una fuente donde arrojar los huesos, se oyó un terrible y unísono ruido de succión seguido del acompasado crujido de los huesos de gallina, y todo cuanto había en el plato desapareció para siempre. No hizo falta la fuente para arrojar los huesos.

—¿Estarían hambrientos? —la visitante, inquieta, manifestó esta absurda suposición—. Quizá quieran más.

—¿Alguien quiere que *le añadan* algo? —preguntó el general con voz ronca.

Nadie quiso que le añadieran nada. Conocían la prudente expresión de los campos de concentración: «Te lo añadirá el fiscal».

Con todo, los presos devoraron con la misma indescriptible rapidez las albóndigas de arroz.

Aquel día no tocaba compota, pues era laborable.

Convencida de la falsedad de las insinuaciones difundidas por gente malévola en el mundo occidental, Mistress Roosevelt salió al pasillo con toda la comitiva y dijo:

—¡Qué groseros son sus modales y qué poca cultura tienen estos desgraciados! Esperemos, sin embargo, que dentro de diez años hayan aprendido aquí algo de educación. ¡Tiene usted una cárcel magnífica!

El sacerdote salió de la celda con la comitiva apresuradamente, antes de que cerraran la puerta.

Cuando los visitantes se marcharon del pasillo, el capitán de los guantes blancos entró corriendo en la celda:

—¡Firmes! —gritó—. ¡En fila de a dos! ¡Al pasillo! —Y al observar que no todos

comprendían correctamente sus palabras, dio explicaciones complementarias con la suela de su bota a los que se retrasaban.

Se descubrió entonces que un recluso perspicaz había entendido literalmente el permiso de escribir unas memorias, y mientras todos dormían había empezado, por la mañana, a desarrollar dos capítulos: «Cómo me daban tormento» y «Mis encuentros en Lefortovo».

Las memorias le fueron arrebatadas al instante, y al celoso escritor le abrieron un nuevo expediente por abyectas calumnias contra los órganos de Seguridad del Estado.

De nuevo los llevaron —con tintineo de llaves y chasquidos de dedos, «llevo un preso»— a través de gran número de puertas de acero hasta la antesala del baño, que continuaba con sus sempiternas irisaciones de una belleza de malaquita-rubí. Allí les fue quitado todo, incluso la ropa interior de seda azul celeste, y se llevó a cabo un registro especialmente cuidadoso durante el cual encontraron bajo la mejilla de un preso el Sermón de la Montaña que había arrancado de un Evangelio. Por ello se le golpeó, primero en la mejilla derecha y luego en la izquierda. Les quitaron también las esponjas de coral y «El Hada de Lilas», exigiendo de nuevo la firma del preso en cada caso.

Entraron dos carceleros con batas sucias y maquinillas puercas y embotadas, y raparon los pubis de los reclusos; luego, con las mismas maquinillas, las mejillas y las sienas. Finalmente, vertieron en la palma de la mano de cada uno veinte gramos de apestoso jabón sintético líquido y los encerraron en el baño. No hubo más remedio, los presos volvieron a lavarse.

Luego se abrió la puerta de salida con estruendo canónico y los presos salieron al vestíbulo violeta. Dos viejas, dos criadas del infierno, sacaron con estrépito las vagonetas de la desinfección, en los recalentados ganchos de las cuales colgaban los harapos que nuestros héroes tan bien conocían.

Los presidiarios volvieron muy abatidos a la celda número 72, donde sus cincuenta camaradas yacían de nuevo sobre las tablas llenas de chinches ardiendo de curiosidad por conocer lo sucedido. Las ventanas de nuevo tapadas con pantallas, las palomas cubiertas de pintura olivácea oscura. En el rincón, la cubeta de cuatro cubos de capacidad.

En el nicho, olvidado, sonreía enigmáticamente el pequeño Buda de bronce...

En el mismo momento en que se contaba esta novela, Schágov salía a la calle con sus botas acharoladas y brillantes, no nuevas pero sí decentes, con su bien planchado uniforme, que antes fuera de gala, con las medallas limpias colgadas en el pecho y con los galones de sus heridas cosidos en la guerrera (ay, la moda del uniforme militar quedaba catastróficamente anticuada en Moscú, y Schágov pronto debería entrar en difícil competencia en lo que a zapatos y trajes se refiere), y se dirigía al otro extremo de la ciudad, a la Barrera de Kaluga, donde por mediación de su compañero de armas Erik Saunkin-Golovanov había sido invitado a una velada solemne en casa de la familia del fiscal Makaryguin.

La velada era hoy para los jóvenes, y en general para toda la familia, con motivo de la condecoración Bandera Roja del Trabajo concedida al fiscal. Propiamente, los jóvenes que acudían solían ser amistades remotas, pero papá Makaryguin no reparaba en gastos. Allí debería estar también la muchacha que Schágov había mencionado a Nadia como su prometida, aunque todavía no se había decidido definitivamente nada y sería preciso insistir un poco más. Por ello, Schágov había telefoneado a Erik pidiendo que le consiguiera una invitación para la velada.

Con algunas de las primeras frases ya preparadas, subió por la escalera donde Clara veía siempre a la mujer fregando, y llegó al piso donde cuatro años atrás, arrastrándose sobre las rodillas con sus harapientos pantalones acolchados, colocaba el parquet el hombre al que acababa de estar a punto de quitarle a su mujer.

Las casas también tienen sus destinos...

Aparte de acercarse y conquistar a la muchacha que tenía en mente, la principal esperanza y deseo de Schágov en aquella velada era comer hasta saciarse una comida de buena calidad y variada. Sabía que prepararían todo lo mejor, y lo ofrecerían en cantidades inagotables, pero, siguiendo la costumbre de esas fiestas, los invitados no se entregarían a la ocupación de comer con toda atención y placer, sino que procurarían distraerse unos a otros poniendo de manifiesto un falso desdén por la comida. Schágov debía ser capaz de entretener a su vecina de mesa conservando una expresión de monótona amabilidad, con tiempo para bromear y responder a las bromas mientras simultáneamente saciaba más y más su estómago, consumido en los comedores estudiantiles.

No contaba encontrar en esta velada a ningún auténtico soldado del frente, a ninguno de sus compañeros de pasillo de campo minado, a ningún hermano de armas de la repulsiva, cansada y lenta carrerilla por un campo labrado, de esa carrerilla que lleva el ensordecedor nombre de

ataque. De todos sus camaradas, dispersos, desaparecidos, caídos en los cañamares de una aldea, junto a las paredes de un cobertizo o en unas almadías improvisadas, él era el único que visitaba ese mundo, ese ambiente tibio y afortunado. Y no iba para preguntar: «¡Canallas! ¿Dónde estuvisteis?», sino para adherirse a ellos, para saciarse comiendo.

Además, ¿no estaría anticuado con eso de dividir a los hombres en soldados y no soldados? La verdad era que los hombres se avergonzaban incluso de llevar las condecoraciones del frente que en otro tiempo tanto brillaban y valían. No iban a sacudir a todo quisque: «¿Y tú dónde estuviste?». Unos habían combatido, otros se habían emboscado, esto ahora andaba mezclado, igualado. Hay la ley del tiempo, la ley del olvido. Gloria a los muertos, vida a los vivos.

Schágov oprimió el botón del timbre. Le abrió Clara, como ya suponía.

En el estrecho y pequeño pasillo colgaba ya una discreta cantidad de abrigo de hombre y de mujer. El espíritu cálido de la reunión llegaba hasta allí: el alegre rumor de voces, el gramófono, el tintineo de la vajilla, y la mezcla de los gozosos aromas de la cocina.

Apenas tuvo Clara tiempo de invitar al visitante a quitarse el abrigo cuando sonó el teléfono colgado allí mismo. Clara descolgó el auricular y empezó a hablar. Con la mano izquierda, en posición forzada, indicó a Schágov que se quitara el abrigo.

—¿Ink? Hola. ¿Cómo? ¿Todavía no has salido? ¡Enseguida! Escucha, Ink, papá se va a ofender... Y tienes una voz indolente... Qué le vamos a hacer, ¡sáltate este «no puedo»! Entonces, espera, llamaré a Nara... ¡Nara! —gritó de cara a la habitación—. ¡Ven, llama a tu media naranja! ¡Quítese el abrigo! —(Schágov se había quitado ya el capote)—. ¡Quítese los chanclos! —(Había venido sin ellos)—... Escucha, no quiere venir.

Oliendo a perfume de otro universo entró en el pasillo la hermana de Clara, Dotnara, la esposa del diplomático, según había prevenido Golovanov a Schágov. No impresionaba por su belleza, sino por ese garbo, ese flotar en el aire, que ha hecho famoso el tipo femenino ruso. Además, no era gruesa ni corpulenta, sino que, sencillamente, no pertenecía a esa clase de mujeres insignificantes que se acurrucan, revolotean y se recogen, inseguras de sí mismas. Aquella mujer pisaba el suelo como si le perteneciera el trozo del mismo que tenía bajo los pies, tanto el volumen de espacio que ocupaba su figura anteriormente como el que ocupaba ahora.

La joven tomó el auricular y empezó a hablar cariñosamente con su marido. En parte impedía el paso a Schágov, pero este no tenía prisa por cruzarse con aquel aromático obstáculo y lo estaba contemplando. La ausencia de esas falsas y bastas hombreras artificiales que llevan hoy día todas las mujeres hacía que Dotnara pareciera especialmente femenina: sus hombros descendían hacia los brazos siguiendo esa línea que nos ha dado la naturaleza y que es mejor que cualquier otra que pueda inventarse. Había también algo raro en su manera de vestir: un vestido sin mangas pero con una capita ribeteada de piel cuyas mangas estrechas se amoldaban a las muñecas aunque aparecieran acuchilladas más arriba.

Ninguna de las personas que se agrupaban sobre la alfombra del confortable pasillo podía tener la más remota idea de que aquel inocente auricular negro pulido, y aquella insignificante conversación sobre acudir a una velada, ocultaban esa misteriosa perdición que nos acecha incluso entre los huesos de un caballo muerto^[39].

Volodin había sido el primero en levantar el auricular del teléfono de su domicilio desde que Rubin encargara por la mañana registrar las conversaciones telefónicas de cada uno de los sospechosos, y en la central telefónica del Ministerio de la Seguridad del Estado empezó a susurrar la cinta del magnetófono que grababa la voz de Innokenti Volodin.

La prudencia, ciertamente, le sugería a Innokenti que no debía llamar por teléfono aquellos días, pero su esposa había salido de casa cuando él no estaba y había dejado una nota diciendo que fuera sin falta a la velada de su suegro.

Él llamó para no ir.

Ayer (¿pero había sido ayer?, parecía haber pasado tanto, tanto tiempo...), después de llamar a la embajada empezó a retorcerse el alma cada vez más. No esperaba que le desasosegara tanto, que sintiera tanto miedo por su destino. Por la noche le dominó el terror del arresto inevitable, no sabía cómo esperar la mañana para poder salir de casa y marcharse a alguna parte. Pasó todo el día inquieto, sin comprender ni oír a las personas con las que conversaba. El disgusto que sentía por su impulsivo acto, y un repulsivo y enervante terror, iban depositándose en él, pero al caer la tarde se convirtieron en indiferencia: que pasara lo que tuviera que pasar.

Seguramente, Innokenti se habría sentido mejor si aquel día no hubiera sido domingo, sino un día laborable. En el trabajo habría podido adivinar por diferentes indicios si se mantenía o se había anulado la intención de enviarlo a Nueva York, a la sede central de la ONU. Pero ¿qué conclusión podía sacar un domingo? La tranquilidad y la amenaza quedaban ocultas en la inmovilidad festiva del día.

En los pasados días imaginaba ya que su llamada sería un absurdo y un suicidio, y que además no tendría utilidad para nadie. Y a juzgar por el torpe agregado militar, *elfos* eran indignos de que alguien los defendiera.

Nada demostraba que Innokenti hubiera sido descubierto, pero un presentimiento interno, depositado no sabemos cómo en su alma, oprimía a Volodin y hacía crecer en él la premonición de una catástrofe. Por esto no le apetecía en absoluto divertirse.

Ahora intentaba convencer de ello a su esposa, alargaba las palabras como suelen hacer siempre los hombres al decir cosas desagradables, pero la esposa insistía, de modo que los «formantes» característicos del «estilo lingüístico individual» de Innokenti iban registrándose sobre la cinta magnética. Por la mañana se transformarían en sonidos visibles, y la cinta húmeda se extendería ante Rubin.

Dotty no hablaba en el tono categórico de los últimos meses, sino que, impresionada quizá por la voz cansada de su marido, le pedía con mucha dulzura que se presentara a la fiesta, aunque sólo fuera por una hora.

Innokenti cedió, dijo que iría.

Sin embargo, al colgar el teléfono no retiró enseguida la mano del mismo, se quedó inmóvil como si imprimiera en él sus huellas dactilares, se quedó inmóvil sin acabar de decir lo que pensaba.

Sentía lástima, pero no de aquella mujer con la que había vivido y ya no vivía ahora, y a la cual se disponía a abandonar para siempre dentro de unos días, sino de la muchacha de décimo

curso, de la rubia con bucles hasta los hombros que había llevado al Metropol a bailar entre las mesitas, de la niña con la que un día aprendiera a conocer qué era la vida. Entre ellos se había forjado una pasión intransigente que no atendía a razones, que no deseaba ni oír hablar de aplazar un año la boda. Con ese instinto que nos guía por encima de engañosos aspectos externos y de falsas vestimentas, se habían adivinado certeramente uno a otro y no querían ceder. La madre de Innokenti, entonces ya gravemente enferma, se oponía a la boda (¿qué madre no se rebela contra la boda de un hijo?), también se oponía el fiscal (¿qué padre entregará sin sentirlo a su magnífica hijita de dieciocho años?). ¡Sin embargo, todos tuvieron que ceder! Los jóvenes se casaron y fueron felices con una plenitud que se convirtió en un tópico entre los conocidos de ambos.

Su vida matrimonial comenzó bajo los mejores auspicios. Pertenecían a un círculo social que no sabe lo que es ir a pie o viajar en metro, que antes de la guerra ya prefería el avión al coche-cama, que ni siquiera tenía que preocuparse por la instalación de su vivienda: en cada nuevo lugar—fuera este Moscú, Teherán, la costa siria o Suiza—, un piso, una villa o un chalet amueblado esperaba a los recién casados. El punto de vista de ambos jóvenes sobre la vida coincidía. Este punto de vista era que no debía haber barreras ni obstáculos entre el deseo y el cumplimiento de dicho deseo. «Nosotros somos personas con naturalidad», decía Dotnara. «No fingimos ni disimulamos: ¡alargamos la mano para coger lo que deseamos!». Su punto de vista era: «¡Sólo se vive una vez! Por ello, hay que tomar de la vida todo lo que esta pueda darnos, excepto quizá tener un hijo, pues un hijo es un monstruo que chupa todo el jugo de tu ser sin que te entregue a cambio su sacrificio o por lo menos su agradecimiento».

Semejantes posturas vitales coincidían perfectamente con el ambiente en que vivían, y el ambiente coincidía con ellos. Procuraban probar cada nueva fruta exótica. Conocer el gusto de cada coñac de colección, la diferencia entre los vinos del Ródano y los de Córcega, y otros vinos exprimidos de las viñas de la Tierra. Vestir el traje adecuado. Bailar hasta el final cada baile. Presenciar dos actos de cada espectáculo original. Hojear cada libro que levantara polvareda.

Y, durante los seis mejores años de la edad del hombre y de la mujer, se entregaron mutuamente todo aquello que el otro quería. Estos seis años fueron aproximadamente los mismos en que la humanidad gemía en separaciones, moría en los frentes o bajo las ruinas de las ciudades, en que los adultos enloquecidos robaban una corteza de pan a los niños. Pero el dolor del mundo no sopló en absoluto sobre los rostros de Innokenti y Dotnara.

—Realmente, ¡sólo se vive una vez!

Sin embargo, en el sexto año de su vida conyugal, cuando aterrizaron los bombarderos, callaron los cañones, palpitó la vegetación madura envuelta en negra chamusquina, y los hombres recordaron en todas partes que sólo se vive una vez, en esos meses, Innokenti sintió una saturación repulsiva y sosa de todos estos frutos materiales de la tierra que se pueden oler, tocar, beber, comer y estrujar.

Sentía miedo de este sentimiento, luchaba contra él como contra una enfermedad, esperaba que pasara, pero no pasaba. Lo más grave era que no podía entenderlo. ¿En qué consistía? Parecía que todo estaba a su alcance, pero había algo de lo que carecía en absoluto. A los veintiocho años, gozando buena salud, Innokenti sentía que tanto su vida como la de los que le rodeaban se

encontraba en un obtuso atolladero.

Y sus alegres amigos, con los que mantenía una amistad tan sólida, iban dejando de gustarle: uno le parecía poco inteligente, otro grosero y un tercero demasiado ocupado de su propia persona.

Y no sólo descubrió y apartó de sí a sus amigos, sino también a la rubia Dotty, como llamaba desde hacía tiempo a Dotnara siguiendo el estilo europeo, a su esposa; Innokenti se había acostumbrado a sentirla identificada con él.

Esta mujer, que en otro tiempo había penetrado en él sin cansarle nunca, cuyos labios no podían serle molestos ni en el máximo estado de lasitud —nunca había conocido otros labios, por ello Dotty era única entre todas las mujeres bellas e inteligentes—, esta mujer descubría ahora ante él su ausencia de delicadeza y lo insoportable de sus opiniones.

En literatura, en pintura y en teatro, especialmente, sus observaciones estaban fuera de lugar, herían el oído por su grosería e incomprensión, aunque a pesar de ello las pronunciaba con mucho aplomo. Estar en silencio con ella era lo único que continuaba siendo agradable como antes, pero hablar resultaba cada vez más difícil.

Su tren de vida elegante empezó a molestar a Innokenti, pero Dotty no quería ni oír hablar de cambiar nada. Es más, si antes pasaba de largo ante las cosas materiales y abandonaba sin pena unos objetos a cambio de otros, ahora se había apoderado de ella el ansia de retener la posesión de todos los objetos de todas sus viviendas. Los dos años en París Dotty los aprovechó para enviar a Moscú grandes cajas de cartón con telas, zapatos, vestidos, sombreros. Innokenti lo encontraba desagradable y se lo decía, pero cuanto más divergían sus intenciones más categóricamente estaba ella convencida de tener razón. ¿Había adquirido ahora esa costumbre de masticar desagradablemente, incluso sonoramente, en especial la fruta, o ya la tenía y él no se había dado cuenta?

El problema, sin embargo, no estaba en los amigos, ni tampoco en la esposa, sino en el propio Innokenti. Le faltaba algo, pero no sabía qué.

Hacía tiempo que Innokenti había sido agraciado con el mote de «epicúreo», así lo llamaban, y él lo aceptaba de buen grado aunque no sabía a ciencia cierta qué significaba. Y he aquí que un día, en Moscú, no teniendo nada mejor que hacer, se le ocurrió una idea graciosa: leer qué era lo que inculcaba ese «maestro». Y empezó a buscar por los armarios de su difunta madre un libro de Epicuro que —lo recordaba de la infancia— se encontraba allí.

Innokenti empezó el trabajo de revolver los viejos armarios con una desagradable sensación de embarazo y de pereza ante la idea de agacharse, trasladar cosas pesadas y respirar polvo. No estaba acostumbrado a este trabajo, y se cansaba mucho. No obstante, se dominó, y un céfiro renovador sopló del interior de aquellos viejos armarios con su aroma especial. Encontró entre otras cosas el libro de Epicuro, y más tarde lo leyó, pero no fue en este libro donde descubrió lo más importante, sino en las cartas y en la vida de su madre, a la cual nunca había comprendido y a la que sólo se sintió unido en la infancia. Incluso soportó su muerte casi con indiferencia.

Desde sus años de infancia, la primera imagen que tenía Innokenti de su padre se confundía con clarines plateados apuntando a las molduras del techo con su: «¡Encended hogueras, noches azules!». Innokenti no recordaba a su padre, que había caído al año 21 en la provincia de Tambov

cuando sofocaban un motín, pero a su alrededor no se cansaban de hablarle de su padre, del célebre héroe que se hizo famoso como jefe de marineros durante la guerra civil. Oyendo estas alabanzas a todo el mundo y en todas partes, Innokenti se acostumbró a enorgullecerse de su progenitor, de la lucha de este por el pueblo sencillo contra los ricos enfangados en el lujo. Sin embargo, trataba casi con aires de superioridad a su madre, siempre preocupada, siempre triste por algo, siempre rodeada de libros y de bolsas de agua caliente. Como suele ser normal en los hijos, no pensaba que su madre no le tenía únicamente a él, con su infancia y sus necesidades, sino que tenía también una vida propia, que padecía una enfermedad, que había muerto a los cuarenta y siete años.

Sus padres casi no tuvieron ocasión de vivir juntos. Pero el niño no tenía motivo alguno para reflexionar sobre esto, y no se le ocurrió interrogar a su madre.

Y ahora todo esto se desplegaba ante él a través de las cartas y los diarios de la madre. Su boda no fue una boda, sino una especie de torbellino, como todas las cosas de aquellos años. Circunstancias inesperadas les empujaron uno hacia otro, las mismas circunstancias les permitieron verse poco, y fueron las circunstancias las que los separaron. Según estos diarios, la madre no había sido un simple complemento del padre, como acostumbraba a pensar el hijo, sino un mundo aparte. Innokenti se enteró ahora de que su madre había amado toda la vida a otro hombre sin ser capaz de unirse nunca a él. Seguramente, la carrera de su hijo la obligaría a llevar hasta la muerte un nombre que le era ajeno.

Atados con cintas de tela suave multicolor, se guardaban en el armario fajos de cartas de las amigas de su madre, de los amigos, conocidos, artistas, pintores y poetas cuyos nombres estaban ahora completamente olvidados o se mencionaban entre injurias. En los viejos cuadernos con tapas de tafilete figuraban anotaciones de diario en ruso y en francés con la rara caligrafía de la madre: como si un pajarillo herido se debatiera sobre la página y arañara vacilante sus caprichosas huellas con la uña. En su mayoría, las páginas trataban de veladas literarias o de espectáculos teatrales. Conmovía el alma una descripción: una blanca noche de junio, cuando era todavía una muchacha entusiasta, su madre había ido a la estación de Petersburgo a recibir al elenco del Teatro Artístico junto con otras admiradoras igualmente llorosas de gozo. En aquellas páginas vibraba la exaltación de un arte desinteresado. En la actualidad, no conocía Innokenti la existencia de un elenco como ese, y era imposible imaginar que alguien no durmiera en toda la noche para acudir a recibirlo, de no ser las personas enviadas por el Departamento de Cultura con sus ramos de flores pagados por la sección de contabilidad. Y desde luego a nadie se le ocurriría llorar en semejante encuentro.

Y los diarios le llevaron más y más lejos. Había unas páginas que se titulaban *Anotaciones éticas*.

«La compasión es el primer movimiento de un alma bondadosa», había escrito.

Innokenti frunció la frente. ¿La compasión? La compasión era un sentimiento vergonzoso y humillante tanto para el que compadecía como para el que era compadecido, así lo había asimilado en la escuela, en la vida.

«Nunca consideres que tienes más razón que los demás. Respeta todas las opiniones, incluso

las que te sean hostiles».

Esto también estaba bastante pasado de moda. Si yo poseo una concepción del mundo acertada, ¿podré acaso respetar a los que discuten conmigo?

Al hijo le parecía que, en lugar de leer, oía claramente cómo hablaba su madre, su voz quebradiza:

«¿Qué es lo más importante del mundo? Pues eso: ser consciente de que no participas en injusticias. Las injusticias son más fuertes que tú, lo fueron y lo serán siempre, pero que no lo sean a través de ti».

Seis años atrás, aunque Innokenti hubiera abierto estos diarios, ni siquiera se habría dado cuenta de estas líneas. Ahora las leía lentamente y se asombraba. No parecía haber en ellas nada secreto, e incluso había falsedades claras, pero él se asombraba. Las palabras que utilizaba su madre, y las amigas de esta, también estaban pasadas de moda. Escribían muy en serio con letra mayúscula: Verdad, Bien, Belleza; el Bien y el Mal; el Imperativo Etico. En el lenguaje que utilizaban Innokenti y cuantos le rodeaban, las palabras eran más concretas y comprensibles: fidelidad ideológica, humanidad, entrega, pragmatismo.

Pero aunque Innokenti era indiscutiblemente fiel a la ideología, humano, entregado y pragmático (todos sus coetáneos valoraban el pragmatismo por encima de todo y lo cultivaban en sus personas), ahora, sentado en un estrecho banco junto a estos armarios, sentía que acudía a él algo de lo que echaba de menos.

Se encontraban también allí unos álbumes de fotografías, con la precisa claridad que tenían estas antiguamente. Algunos fajos de papeles eran programas teatrales de Moscú y San Petersburgo. Y un periódico teatral diario, *El Espectador*. Y *El Noticiero Cinematográfico*. Pero ¿cómo? ¿Ya existía todo esto? Y pilas y más pilas de diversas revistas cuyos títulos burbujeaban ante los ojos de Innokenti: *Apolo*, *El Vellochino de Oro*, *Hiperbórea*, *Pegaso*, *Mundo del Arte*. Reproducciones de cuadros y esculturas desconocidos (¡no había ni asomo de ellos en la Galería Tretiakovka!), de decorados teatrales. Innumerables libros compuestos con folletines de periódicos, y decenas de nombres de escritores europeos que Innokenti nunca había oído. ¡Y qué digo, escritores! Había editoriales enteras que nadie conocía, como si se las hubieran tragado los infiernos: Grifo, Églantier, Scorpio, Musagete, Alción, Sirena, Las Pléyades, Logos.

Pasó varios días en aquel banco, ante las puertas abiertas de los armarios, inspirando aquel aire, envenenándose con él, con aquel pequeño mundo de mamá en el que su padre entrara un día con granadas en el cinto y un impermeable negro para proceder a un registro por orden de la Cheka.

La Rusia de los años diez miraba a Innokenti desde aquellas amarillentas páginas con los abigarrados colores de las diversas tendencias, con la contraposición de las ideas. Era la última década prerrevolucionaria. Tanto en la escuela como en el instituto habían enseñado a Innokenti a considerarla la década más vergonzosa y más falta de talento de toda la historia de Rusia, y de no haber sido por los bolcheviques, que tendieron la mano para ayudarla, Rusia se habría podrido por sí misma y se habría derrumbado.

Sí, la década había sido en parte demasiado charlatana, en parte demasiado impotente. Pero

¡qué profusión de tallos! ¡Qué multiplicación de espigas del pensamiento!

Innokenti comprendió que hasta ese momento le habían estafado.

Y en esto vino Dotnara a invitar a su marido a una velada en los alrededores del Kremlin. Innokenti la miró atontado, frunció la frente y se imaginó la suntuosa reunión. Todos estarían completamente de acuerdo unos con otros, se pondrían ágilmente de pie en el primer brindis por Stalin, y luego comerían y beberían mucho, ya sin Stalin, para terminar jugando a las cartas estúpidamente, muy estúpidamente.

Volvió de su vaga lejanía, miró a su esposa y le propuso que fuera sola. A Dotnara le pareció extravagante que se pudiera preferir la ocupación de revolver viejos álbumes a la vida activa de una velada de invitados. Los hallazgos de los armarios, relacionados con los recuerdos nebulosos pero nunca muertos de la infancia, decían mucho al alma de Innokenti y nada a la de su esposa.

La madre había conseguido su propósito: se había levantado de la tumba para arrebatarle el hijo a la nuera.

Una vez puesto en marcha, Innokenti ya no pudo detenerse. Si le habían engañado en una cosa, ¿no le habrían engañado en otra? ¿Y en alguna más?

Innokenti, que en los últimos años se había vuelto perezoso y había perdido las ganas de estudiar (su facilidad con el idioma francés, que le empujó en su carrera, la había adquirido de su madre en la infancia), ahora se entregó a la lectura. Todas sus pasiones, saturadas y embotadas, fueron sustituidas por una sola: ¡leer! ¡Leer!

Resultó, no obstante, que leer era también un arte, que no se trataba simplemente de recorrer las líneas con los ojos. Innokenti descubrió que era un salvaje, criado en las cavernas de la sociología bajo las pieles de la lucha de clases. Toda su educación le había acostumbrado a creer en unos libros determinados sin verificar nada, y a rechazar otros sin haberlos leído. Desde su juventud, le habían apartado de los libros inconvenientes, y sólo leía los que por anticipado sabía convenientes, con lo que se enraizó en él una costumbre: creer todas sus palabras, entregarse por completo a la voluntad del autor. Pero al leer ahora a autores de opiniones contradictorias, estuvo largo tiempo sin poder levantar cabeza, pues no podía entregarse primero a un autor, luego a otro y después a un tercero. Lo más difícil fue aprender a dejar el libro a un lado y empezar a pensar por sí mismo.

... ¿Por qué ha desaparecido de los calendarios soviéticos esa revolución como si fuera un detalle insignificante del año 17, la Revolución de Febrero, a la que se avergüenzan incluso de llamar revolución? ¿Será sólo porque no funcionó la guillotina? Se hundió el zar, se hundió un régimen de seiscientos años, se hundió de un solo empujón, y nadie corrió a recoger la corona, todos cantaban, reían, se felicitaban, ¿y ese día no ha de tener un lugar en el calendario que señala cuidadosamente el cumpleaños de cerdos tan gordos como Zhdánov y Scherbákov?

Por el contrario, ha sido elevada a la categoría de gran revolución de la humanidad la Revolución de Octubre, que en los años veinte todos nuestros libros llamaban aún «golpe de Estado». Sin embargo, ¿de qué fueron acusados Kamenev y Zinoviev en octubre del 17? ¡De haber descubierto a la burguesía «el secreto de la revolución»! Pero ¿se puede detener la erupción de un volcán por haber visto su cráter? ¿Se pueden poner vallas al huracán por haber recibido el parte

meteorológico? ¿Era un *secreto* lo que se podía descubrir? ¡Sólo un reducido complot! Lo que no hubo precisamente en octubre fue un estallido popular, sino unos conjurados que se reunieron al recibir la señal...

No tardaron en destinar a Innokenti a París. Ahora estaban a su alcance todos los matices de las opiniones mundiales, toda la literatura rusa en la emigración (aunque, eso sí, después de mirar a su alrededor al acercarse a un quiosco). ¡Podía leer, leer y leer! Aunque debía ante todo trabajar.

Su trabajo, el servicio diplomático, que hasta entonces consideraba el mejor y más afortunado destino en la vida, empezó a parecerle por primera vez algo abyecto.

Servir como diplomático soviético significaba no sólo declamar cada día cosas muy pobres, de las que se reía la gente de sano juicio, sino también tener las dos cajas torácicas y las dos frentes de que había hablado a Clara. Su principal trabajo era el segundo, el secreto: encontrarse con personajes codificados, recoger informes, transmitir instrucciones y pagar dinero.

En su alegre juventud, antes de la crisis, Innokenti no encontraba condenable esta actividad bajo cuerda, incluso la encontraba divertida, y la ejecutaba fácilmente. Ahora le parecía repulsiva, odiosa.

Sólo se vive una vez, esta era antes la verdad para Innokenti.

Ahora, al madurar su nueva manera de sentir, había descubierto que había en él y en el mundo una nueva ley: conciencia también se tiene sólo una. Y lo mismo que la vida, la conciencia, si se pierde, no se recupera.

No existía, sin embargo, ninguna persona a la que pudiera contar lo que pensaba, no la había alrededor de Innokenti, ni siquiera su esposa. Esta, de la misma manera que no comprendía ni compartía la recuperada ternura por la madre difunta, tampoco entendía cómo podía interesarse por unos acontecimientos pretéritos que no habían de volver. Y la habría horrorizado saber que él empezaba a despreciar su trabajo, pues todo el brillo y el éxito de su vida se cimentaba precisamente en este trabajo.

El año anterior, la incompreensión entre él y su esposa había llegado a un punto en que descubrirse habría sido peligroso.

Tampoco en la Unión, durante las vacaciones, tenía Innokenti amigos íntimos. Emocionado por el ingenuo relato de Clara sobre la fregona de la escalera, tuvo la esperanza de que quizá podría hablar como es debido por lo menos con ella. Sin embargo, a partir de las primeras frases y pasos de aquella excursión, Innokenti vio que era imposible, que había demasiadas matas impenetrables, demasiadas cosas a desenlazar, a romper. Y ni siquiera se sintió inclinado a lo que hubiera resultado completamente natural, a lo que los hubiera acercado uno a otro: quejarse de su esposa a la hermana de esta.

He aquí por qué. Se puso de manifiesto una extraña norma: resulta infructuoso todo intento de desarrollar la comprensión de una mujer que no te gusta corporalmente, se te sellan los labios por alguna razón, se apodera de ti una impotencia que te impide decirlo todo, no encuentras las más abiertas y sinceras palabras.

Tampoco fue esta vez a visitar a su tío, no se decidió. ¿Para qué? Sería sólo una pérdida de tiempo. Habría un fastidioso y vacío interrogatorio sobre el extranjero, exclamaciones de sorpresa.

Pasó otro año, en París y en Roma. A Roma hizo lo que pudo por ir solo, sin su mujer, que se quedó en Moscú. Al volver se enteró de que la compartía con un oficial del estado mayor general. Ella no lo negó, y con obstinado convencimiento pasó toda la culpa a Innokenti: ¿por qué la dejaba sola?

Pero no experimentó dolor por esta pérdida, antes bien alivio. A partir de este momento estuvo cuatro meses trabajando en el Ministerio, siempre en Moscú, pero su esposa y él vivían como extraños. Por otra parte, no se podía ni hablar de divorcio, él divorcio es fatal para un diplomático. Y a Innokenti se disponían a trasladarlo a Nueva York, de colaborador en la ONU.

Su nuevo destino le gustaba y le asustaba. Innokenti estaba enamorado de la idea de la ONU, no de su reglamento, sino de lo que podría llegar a ser si había una crítica benévola y un compromiso universal. Estaba completamente a favor de un gobierno mundial. ¿Qué otra cosa podría salvar al planeta? Por ello acudían a la ONU los suecos, los birmanos, los etíopes. Pero a él le empujaba por la espalda un puño de hierro: no vas para eso. Le empujaban hacia allí, también, con una tarea secreta, con un pensamiento oculto, con una segunda memoria, con venenosas instrucciones internas.

En estos meses de permanencia en Moscú encontró tiempo para visitar a su tío en Tver.

Si la dirección no indicaba el piso, cosa que asombró a Innokenti, no era por casualidad: no tuvo que buscar. Era una casa de madera, de planta baja, torcida, semejante a las demás de aquel callejón adoquinado sin árboles ni vallas. Innokenti no pudo comprender de momento qué cosa sería menos vetusta y cuál se abriría, si el portillo del portón del patio o la torcida puerta de la casa con sus afiligranados adornos: llamó a uno y a otra. Pero no le abrieron ni respondieron. Sacudió el portillo y vio que estaba cerrado. Empujó la puerta y no cedió. Ni salió nadie.

El mísero aspecto de la casa le convenció una vez más de que había hecho mal en venir.

Volvió la cabeza buscando en el callejón a alguien a quien preguntar, pero toda la manzana estaba desierta por ambos lados bajo el sol de mediodía. Sin embargo, apareció por la esquina un anciano con dos cubos llenos. Los acarreaba con esfuerzo, una vez incluso tropezó, pero no se detenía. Levantaba uno de los hombros más que el otro.

El anciano iba precisamente para allá siguiendo oblicuamente su propia sombra. Miró también al visitante, pero acto seguido volvió a poner la vista en sus pies. Innokenti se apartó un paso de la maleta, luego otro:

—¿Tío Avenir?

No tanto arqueando la espalda como doblando las piernas, el tío depositó cuidadosamente los cubos en el suelo sin salpicar. Se enderezó. Se quitó el aplastado gorro amarillo sucio de la rapada cabeza cana y con el mismo puño se enjugó el sudor. Quiso hablar, pero no dijo nada, abrió los brazos e Innokenti se inclinó (el tío era media cabeza más bajo), y se pinchó la lisa mejilla con la abandonada barba y los bigotes del tío, mientras la palma de su mano iba a parar precisamente sobre la paletilla angulosa y saliente, la causante de que el hombro fuera desigual.

El tío puso las manos sobre los hombros de Innokenti, de abajo arriba, manteniendo la distancia y contemplándolo. Adquirió un aire solemne.

Y dijo:

—Estás... flacucho...

—También tú...

No sólo estaba flaco sino que, seguramente, tendría muchos achaques y molestias, pero por lo que podía verse a la luz del sol los ojos del tío no estaban empañados con el vaho senil de la resignación. El tío sonrió, principalmente con la parte derecha de los labios.

—¡Yo sí! Pero yo no suelo asistir a banquetes... Y tú, ¿por qué?

Innokenti se alegró de haber comprado salchichas y pescado ahumado por consejo de Clara,

pues en Tver no debía haber tales cosas. Suspiró:

—Las preocupaciones, tío...

El tío le miró con unos ojos vivos que conservaban su fuerza:

—Depende de cuáles. Las hay que no importan.

—¿Traes el agua de muy lejos?

—Una manzana, otra manzana, y media más. Pero son manzanas cortas.

Innokenti se inclinó para cargar los cubos el resto del trayecto. Resultaban pesados, como si tuvieran los fondos de hierro colado.

—Je, je... —siguió el tío detrás—, ¡buen obrero estás hecho! La falta de costumbre...

Le adelantó y abrió la puerta. En el pasillo agarró las anillas y le ayudó a poner los cubos sobre el banco. La elegante maleta azul quedó depositada sobre las inestables planchas, mal ajustadas, del suelo combado. Acto seguido, la puerta se cerró con cerrojo, como si el tío temiera que irrumpieran en la vivienda.

El pasillo era de techo bajo, con un ventanuco que daba al portal, dos puertas de desván y dos de estancias habitables. Innokenti sintió melancolía. Nunca había estado en un lugar así. Le disgustaba haber ido y buscaba la manera de mentir para no pernoctar allí y marcharse por la tarde.

Más adentro, todas las puertas de las habitaciones, y las que había entre estas, aparecían torcidas. Algunas estaban forradas de fieltro, otras eran de doble arco con un antiguo ribete de adorno. En todas ellas era preciso inclinar la cabeza, y desviarla al pasar junto a las lámparas del techo. En los tres pequeños cuartos, que daban a la calle, el aire era pesado porque los marcos exteriores de las ventanas estaban colocados a perpetuidad, con algodón en el antepecho, unos vasitos y papel de colores. Sólo se abrían los postigos, y en ellos se movían unas tiras de papel de periódico: el continuo movimiento de estas tiras colgantes, muy seguidas, asustaba a las moscas.

Innokenti nunca había estado en una vieja construcción torcida y aplastada como aquella, con poca luz y poco aire, en la que ninguno de los objetos colocados sobre los muebles se sostenía sobre un plano horizontal. Nunca había estado en medio de una pobreza tan triste, sólo lo había leído en los libros. No todas las paredes estaban siquiera enjalbegadas, algunas aparecían con la madera pintada de oscuro, y los «tapices» eran viejos periódicos amarillos y polvorientos colgados por todas partes formando, no se sabe por qué, muchas capas: estos periódicos tapaban los cristales de los armarios, el nicho del aparador, la parte superior de las ventanas, el espacio situado detrás de la estufa. Innokenti parecía haber caído en una trampa. ¡Debía partir hoy mismo!

Por su parte, el tío, sin avergonzarse lo más mínimo sino poco menos que con orgullo, lo acompañaba y le mostraba sus posesiones: el retrete casero con su pozo negro para invierno y verano, el aguamanil, y el sistema para captar el agua de lluvia. Ni siquiera se desaprovechaban allí los desechos de las hortalizas.

¡Cómo sería su esposa! ¡Cómo sería la ropa de la cama! ¡Se podía imaginar por adelantado!

Por otra parte, era el hermano de su madre, conocía la vida de mamá desde la infancia, era en realidad el único pariente real de Innokenti, y marcharse enseguida significaría no enterarse hasta el fin, no pensar hasta el fondo incluso sobre sí mismo.

Además, la sencillez del tío y su sonrisa hacia la derecha predisponían a Innokenti en su favor. Desde las primeras palabras se advertía en él mucho más de lo que había en sus dos breves cartas.

En años de general desconfianza y venalidad, el parentesco de sangre ofrecía esta primera seguridad, la de saber que aquella persona no había sido enviada, no había sido puesta junto a ti para vigilarte, que el camino que la conducía a ti era un camino natural. Y nunca diría nadie ante mentes preclaras lo que le diría a un pariente, aunque este fuera un ignorante.

Más que flaco, el tío era seco, sobre sus huesos sólo quedaba aquello de lo que ya no se puede prescindir. Sin embargo, este tipo de personas tienen una larga vida.

—¿Cuántos años tienes, tío?

(Innokenti no lo sabía con precisión).

El tío le miró fijamente y respondió enigmáticamente:

—Su misma edad.

Y continuó mirando, sin apartar la vista.

—¿La edad de quién?

—De El.

Y vuelta a mirar.

Innokenti sonrió con libertad. Para él, esto era agua pasada: incluso en los años en que El lo entusiasmaba, como a los demás, ofendía su buen gusto con su feo tono, sus feos discursos y su patente torpeza.

Al no encontrar un aire de respetuoso desconcierto o de noble prohibición, el tío se puso radiante y graznó de broma:

—Admite que sería inmodestia morirme primero. Quiero quedar en segundo puesto.

Rieron. Así discurrió abiertamente entre ellos la primera chispa. A continuación ya fue más fácil.

El tío iba horriblemente vestido: la camisa que llevaba bajo la chaqueta era impresentable; el cuello, las solapas y los puños de la chaqueta eran unos harapos remendados y desgastados de nuevo; en los pantalones había más remiendos que tela original, y se distinguían por el color: simplemente gris, a cuadros y a rayas; los zapatos habían sido tantas veces reparados, remendados y recosidos que se habían convertido en zapatones de presidiario. Por lo demás, el tío explicó que aquella era su ropa de trabajo, y que con aquella vestimenta no iba más allá de la fuente o de la panadería. De todos modos, no mostró ninguna prisa en cambiarse de ropa.

Sin detenerse excesivamente en las habitaciones, el tío condujo a Innokenti al patio. El tiempo era muy tibio, sin nubes ni viento.

El patio tendría unos treinta metros por diez, pero pertenecía por entero al tío. Lo separaban del vecino unos cobertizos y una valla, todo estaba lleno de grietas y en mal estado, pero servía como separación. El patio era lo suficientemente grande para contener una superficie pavimentada, un sendero pavimentado, un depósito de agua de lluvia, un lavadero y una leñera, una cocina de verano, y además un huerto. El tío lo condujo al huerto y le dio a conocer cada tronco y cada raíz, que Innokenti no habría reconocido viendo únicamente las hojas, sin flores ni frutos. Había matas de rosas de China, de jazmines, de lilas, un parterre de capuchinas, amapolas y

ásteres. Había también dos frondosas y suntuosas matas de bayas negras, y el tío se lamentaba de que, pese a haber florecido en abundancia aquel año, casi no había dado fruto debido a los grandes fríos habidos en la época de la polinización. Un cerezo y un manzano apoyaban sus pesadas ramas en unas estacas. La mala hierba había sido arrancada en todas partes, pero se había dejado crecer la buena. Eran muchas horas de arrastrarse sobre las rodillas y de trabajar con los dedos, cosa que Innokenti no podía siquiera valorar. Pese a todo, algo comprendió:

—¡Es pesado para ti, tío! Tanto doblarte, cavar, arrastrar.

—No me asusta, Innokenti. Acarrear agua, partir leña, escarbar la tierra, si es con moderación, constituye la vida humana normal. Más fácil es ahogarse en estas jaulas de cinco pisos, en la vivienda de la clase de vanguardia.

—¿De quién?

—Del proletariado —probó el anciano una vez más como control—. Hay quien echa las fichas de dominó como si clavara clavos, quien no desconecta la radio de himno a himno. Quedan cinco horas y cincuenta minutos para dormir. Echan botellas a los pies de los transeúntes, arrojan la basura en medio de la calle. ¿Por qué son la clase «de vanguardia»? ¿Te has parado a pensarlo?

—Sííí —meneó la cabeza Innokenti—. Nunca he comprendido por qué de vanguardia.

—¡Es la clase más salvaje! —dijo furioso el tío—. Los campesinos se comunican con la tierra, con la naturaleza, y de allí sacan la moral. Los intelectuales la sacan del elevado trabajo mental. Pero esos se pasan la vida entre paredes muertas y máquinas muertas haciendo objetos muertos. ¿De dónde habría de llegarles algo?

Continuaron adelante. Se ponían en cuclillas, examinaban las cosas.

—No es pesado. Aquí todos los trabajos están de acuerdo con mi conciencia. Si echo las lavazas, estoy de acuerdo. Si raspo los suelos, de acuerdo. Si saco la ceniza, si enciendo la estufa, nada malo hay en ello. Pero en el trabajo, en el servicio, no se puede vivir así. Hay que doblar el espinazo, hay que cometer bajezas. Yo he renunciado a todo. No hablemos ya de ser maestro o bibliotecario, ni eso he podido.

—¿Tan difícil es ser bibliotecario?

—Ve y compruébalo. Hay que denigrar los buenos libros y alabar los malos. Engañar cerebros inmaduros. ¿Qué trabajo puedes nombrarme que esté de acuerdo con la conciencia?

Innokenti no conocía en general ningún trabajo. El único que conocía, el suyo, estaba en desacuerdo con su conciencia.

Aquella casa pertenecía, desde hacía tiempo, a Raïsa Timoféyevna.

Y sólo trabajaba Raïsa Timoféyevna, que era enfermera. Tenía hijos mayores que ya se habían independizado. Había recogido al tío cuando este lo estaba pasando muy mal, tanto física como espiritualmente, cuando estaba en la miseria. Ella lo había cuidado y él siempre le estaría agradecido. Trabajaba en dos turnos. Y el tío no se sentía en absoluto humillado por el hecho de cocinar, lavar los platos y hacer todos los trabajos femeninos domésticos. No era pesado.

Como todo huerto que se precie, este tenía un banco clavado en la tierra en un lugar aislado, tras las matas, junto a la cerca. En él se sentaron tío y sobrino.

Esto no erapesado, iba explicando el tío con la obstinación de la vejez clarividente. Era

natural no vivir en el asfalto, sino sobre un pedazo de tierra accesible a la pala, aunque todo el pedazo no abarcara más de tres paletadas por dos. Hacía diez años que vivía de aquella manera y estaba contento, no necesitaba mejor suerte. Por maltrechas y agujereadas que estuvieran las cercas, aquello era una fortaleza, una defensa. De fuera venía sólo lo nocivo: la radio, una notificación de impuestos, la orden de unas obligaciones. Cada llamada extraña a la puerta era un disgusto, nunca habían llamado aún para cosas agradables.

No era pesado. Había cosas muchísimo más pesadas.

¿Como cuáles?

Con su ropa remendada y su gorro aplastado, el tío, seguro de sí mismo pero con un resto de desconfianza aún, miró de reojo a Innokenti. Ni en dos horas ni en dos años habría sido posible llegar tan lejos con un extraño. Pero aquel chico ya comprendía algo y era de los suyos. ¡Aguanta, chico, aguanta!

—Lo más duro de todo —concluyó el tío con ardiente y llameante pasión— es colgar la bandera los días de fiesta. Los propietarios de las casas deben colgar la bandera. —(¡A partir de aquí, todo sería sincero o todo quedaría reservado!)—. Es una fidelidad forzada a un gobierno que posiblemente uno no... respeta.

¡Ojo avizor! Un sabio o un loco tartamudea ante ti bajo un aspecto atormentado y agotado. De estar cebado, llevar la toga académica y hablar sin prisas, todos estarían de acuerdo en que es un sabio.

Innokenti no se echó para atrás, no empezó a replicar. Con todo, el tío se deslizó tras unas anchas espaldas muy fiables:

—¿Has leído alguna cosa de Herzen? ¿De verdad?

—Yo algo... en general... sí.

—Herzen pregunta —se abalanzó el tío inclinando el hombro torcido (en su juventud se le desvió la columna vertebral de tanto inclinarse sobre los libros)— *dónde están los límites del patriotismo*. ¿Por qué hay que extender el amor a la patria a todos sus gobiernos? ¿Por qué hay que colaborar con ellos e incluso llevar al pueblo a la ruina?

Pregunta sencilla y fuerte. Innokenti repreguntó repitiendo:

—¿Por qué hay que extender el amor a la patria?...

Pero esto ocurrió junto a la otra cerca, donde ahora se apoyaban. El tío echó una mirada por las rendijas. Los vecinos podían estar espiando.

El tío y él empezaron a conversar a gusto, Innokenti ya no se ahogaba en las habitaciones ni tenía intención de partir. Cosa rara, pasaban las horas imperceptiblemente y continuaba siendo interesante. El tío incluso corría ágilmente de la habitación a la cocina y de la cocina a la habitación. Recordaron también a la madre, y contemplaron viejas fotografías que el tío le regaló. Sin embargo, él era mucho más viejo que la madre y no habían tenido una juventud común.

Regresó del trabajo Raísa Timoféyevna, una mujer huraña de unos cincuenta años, y saludó con aire poco acogedor. A Innokenti se le contagió la confusión del tío y sintió también una rara timidez, pensó que iba a arruinárselo todo. Se sentaron a la mesa, cubierta de hule oscuro, para un ágape que más que comida era cena. No se comprende qué habrían comido de no haber traído

Innokenti media maleta llena y enviado al tío por vodka. De su propiedad, cortaron únicamente unos tomates. Y patatas.

No obstante, la generosidad del pariente, y aquellos manjares tan poco corrientes, pusieron alegría en los ojos de Raísa Timoféyevna y liberaron a Innokenti de su sensación de culpabilidad: por las visitas antes no efectuadas y por la que ahora realizaba. Bebieron una copa, luego otra. Raísa Timoféyevna empezó a exponer su disgusto por la desacertada vida que llevaba aquel hombre imposible: no podía acostumbrarse a trabajar en ninguna organización a causa de su mal carácter. ¡Y menos mal si se quedara tranquilo en casa! Pero no, su afición era gastarse sus últimos 20 cópeks en la compra de unos periódicos, eso cuando no compraba *Tiempos Nuevos*, una revista cara. Y los periódicos, en realidad, no le proporcionaban ninguna satisfacción, le enfurecían, y luego se pasaba las noches levantado, redactando respuestas a los artículos, aunque no las enviaba a la redacción, sino que las quemaba al cabo de unos días, pues guardarlas era impensable. Ocupaba la mitad del día en esta escritura inútil. Iba también a escuchar a conferenciantes de paso que hablaban de la situación internacional, y cada vez daba terror pensar que no volvería a casa, que se levantaría y formularía una pregunta. Pero no, no la formulaba, volvía indemne.

El tío casi no replicaba a su joven esposa, sonreía con aire culpable. Pero su sonrisa a la derecha tampoco permitía albergar esperanzas de que se corrigiera. Además, Raísa Timoféyevna no parecía quejarse en serio, hacía tiempo que había perdido la esperanza. Y no le privaba de los últimos 20 cópeks.

Aquella casa mísera y desnuda, oscura, de paredes sin pintar, se convertía en una casa confortable cuando cerraban los postigos, un tranquilizador aislamiento del mundo que nuestro siglo ha perdido. Cada postigo se apretaba con una barra de hierro sujeta con unos pernos que penetraban en el interior de la casa por unos agujeros y se trababan con una cuña. No lo habían hecho necesario los ladrones, pues allí no había ganancia que conseguir ni con las ventanas abiertas, pero con los pernos trabados se calmaba el desasosiego del alma. Además, no podían proceder de otra suerte: el sendero de la calle pasaba bajo sus mismas ventanas, y los transeúntes parecían entrar en la habitación con sus pisadas, sus charlas y sus palabrotas.

Raísa Timoféyevna se acostó temprano. En la habitación de en medio, el tío, moviéndose en silencio y hablando en voz baja (tampoco su oído había experimentado pérdida alguna), descubrió al sobrino otro de sus secretos: aquellos amarillentos periódicos, colgados en múltiples capas como para protegerse del sol o del polvo, eran un inocente procedimiento para conservar los comunicados antiguos más interesantes. («¿Y por qué conservas *precisamente* este periódico, ciudadano?». «No conservo este, ¡es el primero que me vino a mano!»). No podía poner señales, pero el tío sabía de memoria qué debía buscar en cada uno de ellos. Y estaban colgados por el lado conveniente, para no tener que separar las páginas cada vez.

Puestos ambos de pie sobre dos sillas colocadas una junto a otra, el tío con gafas, leyeron unas palabras de Stalin en un periódico de 1940 colgado encima de la estufa: «¡Sé cómo el pueblo alemán ama a su Führer, por eso brindo a su salud!». Y en un periódico de 1924, pegado en la ventana, Stalin defendía «a los fieles leninistas Kamenev y Zinoviev de la acusación de sabotaje

en el golpe de Estado de Octubre».

Innokenti perdió la noción del tiempo y se dejó arrastrar a esta cacería, y habrían continuado largo rato explorando y haciendo susurrar las hojas de papel, descifrando las descoloridas y medio borradas líneas bajo la débil bombilla de 40 vatios, pero la tos reprobativa de la esposa al otro lado del tabique hizo que el tío quedara confuso y dijera:

—Mañana será otro día. No te irás, ¿verdad? Ahora hay que apagar, ya ha ardidido demasiado. Dime, ¿por qué cobran tan cara la electricidad? Por más centrales eléctricas que construyamos, no baja de precio.

Apagaron la luz. Pero no tenían ganas de dormir. Y el tío se sentó en la cama del tercer cuartito, donde habían hecho la cama de Innokenti, y pasaron un par de horas más hablando en un murmullo con ese ardor de los enamorados que no necesitan iluminación para su ronroneo.

—¡Sólo con el engaño, sólo con el engaño! —insistió el tío. En la oscuridad, su voz sin temblor alguno no delataba a un anciano—. Ningún gobierno responsable de sus palabras... «¡Paz a los pueblos! ¡Clavemos las bayonetas en el suelo!». ¡Y un año después el «Desertor de Boquilla» cazaba a los campesinos por los bosques y los fusilaba como escarmiento! El zar no procedía así... «Control obrero sobre la producción». ¿Y dónde has visto control obrero aunque sea sólo durante un mes? El centro estatal lo ha dominado todo inmediatamente. Si en el año 17 hubieran dicho que impondrían normas de producción y que las elevarían cada año, ¿quién les habría seguido? «Fin de la diplomacia secreta, de las misiones confidenciales». Y acto seguido aparece el tampón de «secreto» y «secreto de Estado». Además, ¿en qué país sabe el pueblo menos de su gobierno que en el nuestro?

En la oscuridad resultaba especialmente fácil saltar de una década a otra, de un tema a otro, y el tío decía ahora que durante toda la guerra del 41 hubo importantes guarniciones del NKVD en todas las capitales de provincia que no fueron llevadas al frente. El zar, en cambio, sacrificó toda su guardia, no tuvo tropas en el interior del país para sofocar la revolución. Y el insensato Gobierno Provisional no disponía de tropas de ninguna clase. Y esta última guerra, la germanosoviética, ¿cómo la interpretas?

¡Qué fácil resultaba hablar! Innokenti formuló con libertad, como si de cosa corriente se tratara, algo que sin el diálogo no habría tenido necesidad de decir:

—La interpreto así: una guerra trágica. Defendimos nuestra patria y la perdimos. Se ha convertido definitivamente en un feudo del Bigotudo.

—¡Dejamos en ella más de siete millones de hombres! —se apresuró a decir el tío—. ¿Y para qué? Para ponernos una cuerda al cuello todavía más estrecha. Ha sido la guerra más desgraciada de toda la historia rusa...

Y también sobre el Segundo Congreso de los Soviets: asistieron trescientos diputados de los novecientos convocados, no había *quorum* y de ninguna manera se podía ratificar al Consejo de Comisarios del pueblo.

—¿Qué me dices?

Ya por dos veces se habían dicho «buenas noches», y el tío había preguntado si debían dejar la puerta abierta, pues el aire era bastante sofocante, pero surgió sin saber cómo lo de la bomba

atómica, y volvió y musitó con rabia:

—¡No la harán de ninguna manera!

—Puede que la hagan —chasqueó los labios Innokenti—. Incluso oí decir que dentro de unos días experimentarían la primera bomba.

—¡Mentiras! —dijo el tío muy seguro—. Lo anunciarán, pero ¿quién se lo va a creer? No tienen una industria de esas, necesitan veinte años para hacerla.

Se marchó y volvió una vez más:

—Pero si la hacen estamos perdidos, Inok. Nunca veremos la libertad.

Innokenti yacía boca arriba y tragaba con los ojos la densa oscuridad.

—Sí, será terrible... En sus manos no se va a oxidar... Sin bomba no se atreverían a ir a la guerra.

—Ninguna guerra sería una salida —volvió el tío—. La guerra es la perdición. La guerra no es terrible por el avance de los ejércitos, ni por los incendios, ni por los bombardeos, la guerra es terrible ante todo porque entrega todo lo racional al dominio legal de la estupidez... Por lo demás, aquí, sin guerra, también estamos así. Anda duerme.

Los asuntos domésticos no toleran el abandono: los que se dejan hoy, se añaden a la serie de los de mañana. Por la mañana, al ir al mercado, el tío sacó dos fajos de periódicos, y Innokenti, sabiendo que por la noche no había modo de leer, se apresuró a mirarlos a la luz del día. Las hojas, polvorientas y secas, tenían un tacto desagradable, una capa repugnante se depositaba en la pulpa de los dedos. Primero se los lavó y secó; luego dejó de prestar atención a esa capa como había dejado de prestar atención a todas las deficiencias de la casa, a los suelos desiguales, a la poca luz de las ventanas y a los harapos de su tío. Cuanto más lejana era la fecha, más sorprendente resultaba leer. Sabía ya que aquel día no se marcharía.

Avanzada la tarde, comieron de nuevo los tres juntos. El tío se animó y se alegró, recordó los años de estudiante, la facultad de filosofía y la alegre y ruidosa actitud revolucionaria de los estudiantes, cuando no había lugar más interesante que la cárcel. Pero nunca se afilió a ningún partido al ver en todo programa una coacción de la voluntad del hombre, y al no admitir que los líderes de los partidos gozaran de una superioridad profética sobre la humanidad.

Alternando con estos recuerdos, Raïsa Timoféyevna contó detalles de su hospital, de la vida universalmente carcomida y encarnizada.

De nuevo cerraron los postigos y pusieron los pernos. El tío abrió un baúl del desván, y a la luz de un quinqué —la instalación eléctrica no llegaba a esa parte— sacó unos objetos tibios que olían a naftalina, y otros que eran sencillamente trapos. Levantando la lámpara mostró a su sobrino los tesoros del fondo: en la base lisa, pintada, se extendía el *Pravda* del día siguiente al golpe de Estado de octubre. El título era: «¡Camaradas! ¡Con vuestra sangre habéis asegurado la convocatoria dentro de plazo de la dueña de la tierra rusa: La Asamblea Constituyente!».

—La verdad, entonces aún no había elecciones, ¿comprendes? No sabían todavía los pocos que los elegirían.

Empleó largo rato en colocar de nuevo las cosas en el baúl con todo cuidado. En la Asamblea Constituyente se habían cruzado los destinos de los parientes de Innokenti: su padre Artiom estaba

entre los principales marineros de agua dulce que habían dispersado a la inmunda «Constitutiva», mientras que el tío Avenir era uno de los manifestantes en apoyo de la sagrada Constituyente.

La manifestación en la que había participado el tío se congregó en el puente Troitski. Era un día de invierno suave y tristón, sin viento ni nevada, de modo que muchos llevaban el pecho descubierto bajo la pelliza. Muchos estudiantes de la universidad, de los institutos, señoritas. Carteros, telegrafistas, funcionarios. O, simplemente, gente varia, como el tío. Las banderas eran rojas, eran las banderas de los socialistas y de la revolución, y había una o dos de los cadetes, blancas y verdes. Pero había otra manifestación procedente de las fábricas del otro lado del Neva, esa era exclusivamente socialdemócrata y llevaba también bandejas rojas.

Este relato tuvo lugar también a una hora avanzada de la noche, de nuevo en la oscuridad, para no molestar a Raísa Timoféyevna. La casa estaba cerrada y sobrecogedoramente oscura, como todas las casas de Rusia en aquel otro tiempo sórdido, ya perdido, de discordias y asesinatos, cuando la gente prestaba atención a los amenazadores pasos de la calle y miraba por las rendijas de los postigos si había luna.

Pero ahora no había luna, el farol de la calle no caía cerca y las tablas de los postigos estaban herméticamente juntas. En el interior, la viscosa oscuridad era tal que a través de la puerta abierta sólo el débil reflejo lateral del pasillo, donde una ventana descubierta daba al patio, permitía a veces captar los movimientos del tío, aunque no distinguir de la noche el perfil de su cabeza.

Sin el apoyo del brillo de sus ojos, sin el dolor de sus arrugas faciales, la voz del tío carecía aún más de edad y se implantaba con mayor convencimiento:

—Ibamos en silencio, sin alegría, sin cantar canciones. Comprendíamos la importancia del día, pero si quieres todavía no la comprendíamos: no sabíamos que sería el último día del único parlamento libre de Rusia desde hacía quinientos años y por cien años más. ¿Y para qué necesitaba nadie este parlamento? ¿Cuántos éramos en toda Rusia? Unos cinco mil... Empezaron a disparar contra nosotros, desde los portales, desde los tejados, e incluso desde las aceras, y no disparaban al aire, sino directamente a los pechos descubiertos. Dos o tres de nosotros se llevaban a los caídos, los demás seguíamos... Ninguno de nosotros respondió al fuego, ninguno de nosotros llevaba un revólver... No nos dejaron llegar al Palacio de Táuride, allí había una densa masa de marineros y de tiradores letones. Los letones decidían nuestra suerte, no sospechaban lo que le ocurriría a Letonia... En la Liteinaya, los guardias rojos nos cerraron el paso: «¡Disolveos! ¡A la acera!». Y empezaron a disparar ráfagas a pequeños intervalos. Una de las banderas rojas fue arrancada por los guardias rojos... rompieron el asta, pisotearon la bandera... Alguno se desconcertó, hubo quien escapó corriendo. Pero también les disparaban por la espalda y los mataban. ¡Qué fácil era disparar para estos guardias rojos! ¡Disparar por la espalda a gente pacífica! ¡Imagínate, todavía no había guerra civil alguna! Pero la tendencia ya se manifestaba. —El tío respiraba sonoramente—... Y ahora el 9 de enero está en negro y rojo en el calendario. Pero del día 5 no se puede ni musitar una palabra. —Volvió a respirar fuerte—. Y ya entonces, ese procedimiento abyecto: ¿por qué dispararon contra nuestra manifestación? ¡Porque era a favor de Kaledin^[40]! ¿Qué teníamos nosotros que ver con Kaledin? Nadie entiende lo que es un adversario interno: va con nosotros, habla nuestro idioma, exige una determinada libertad. Hay que aislarlo

necesariamente, relacionarlo con el enemigo exterior, entonces será fácil y estará bien disparar contra él.

En la oscuridad, el silencio era particularmente claro, imposible de disipar.

Haciendo gruñir el viejo somier, Innokenti se acomodó más arriba, en la cabecera.

—¿Y en el Palacio de Táuride?

—¿La noche de la Epifanía? —recuperó el tío el aliento—. El hampa, la muchedumbre. Silbidos con tres dedos para ensordecer a los demás... Palabrotas dominando a los oradores, más sonoras, más densas. Las culatas retumbando contra el suelo para decir sí o no. ¡Para eso era la guardia! ¿La guardia de quién, contra qué? Marineros y soldados, la mitad de ellos borrachos, vomitaban en el bufet, dormían en los sofás, mascaban pipas de girasol en el *foyer*... Sí, ponte en el lugar de cualquier diputado intelectual y dime, ¿cómo proceder con esa carroña? ¡No podían ni darles una palmada en el hombro, ni siquiera hablarles dulcemente, habría sido una insolente muestra de contrarrevolución! ¡Una humillación para la hampocracia! Y además llevaban cintas de ametralladora cruzadas sobre el pecho. Y en sus cintos había granadas y pistolas. En la sala de la Asamblea Constituyente se sentaban entre el público con sus fusiles o estaba de pie en los pasillos apuntando a los oradores como si hicieran la instrucción. Allí se hablaba de un mundo democrático, de la nacionalización de la tierra. Pero al orador le apuntaban veinte cañones de fusil con la mira en el corte del alza, si le mataban no lo pagarían caro ni presentarían excusas: ¡que suba el siguiente! ¡Hay que comprenderlo, el orador tenía el fusil en la boca! ¡Este era su argumento! ¡Así eran al tomar Rusia, así fueron siempre y así morirán! Quizá cambien en otras cosas, pero no en esta... y Sverdlov arrancó la campanilla de manos del diputado de más edad y lo empujó fuera, no le dejó abrir la sesión. En el palco presidencial Lenin se reía, disfrutaba, y el Comisario del Pueblo Kaledin, socialista revolucionario, ¡lanzaba cada carcajada! Le faltaba talento para saber que lo difícil es empezar, que medio año después los suyos le ahogarían a su vez... Lo que siguió ya lo sabes, lo has visto en el cine... El comisario Dybenko, ese zopenco, mandó clausurar aquella innecesaria reunión. Los marineros se dirigieron al presidente con sus pistolas y sus cintas de ametralladora...

—¿También mi padre?

—También tu padre. Un gran héroe de la guerra civil. Y casi en los mismos días en que tu madre... se entregó a él... Les gustaba mucho refocilarse con las tiernas señoritas de buena familia. Veían en eso el placer de la revolución.

Innokenti ardía por todas partes: frente, orejas, mejillas, cuello. Le envolvía el fuego como si hubiera tenido participación en la bajeza.

El tío se apoyó en su rodilla y, cerca, muy cerca, preguntó:

—Los pecados de los padres caen sobre sus hijos. ¿No percibiste nunca lo acertado de esta verdad? ¿No advertiste que hay que purificarse de ellos?

La primera esposa del fiscal, la difunta, la que había vivido con su marido la guerra civil, la que disparaba muy bien con la ametralladora y vivía según las últimas normas de la célula del partido, no sólo no habría sido capaz de llevar la casa de Makaryguin a su abundancia actual sino que, de no morir al dar a luz a Clara, resulta difícil imaginar cómo habría asimilado las complejas sinuosidades de la época.

Por el contrario, Alevtina Nikanórovna, la esposa actual de Makaryguin, llenó las anteriores estrecheces de la familia, añadió jugo a la anterior sequedad. Alevtina Nikanórovna no tenía una idea muy clara de los esquemas de clases, y había asistido poco durante su vida a los círculos de instrucción política. Pero en cambio sabía a machamartillo que una buena familia no puede florecer sin una buena cocina, sin abundante ropa de buena calidad para la mesa y para la cama. Y al consolidar la vida de esta manera, la plata, el cristal y las alfombras debían entrar en la casa como importante signo externo de bienestar. El gran talento de Alevtina Nikanórovna era su capacidad para adquirir todo esto a bajo precio, para no perderse nunca una venta provechosa en los comercios restringidos, en las distribuciones reservadas a los empleados de investigación y justicia, en las tiendas de género a comisión y en las de compraventa de las regiones recientemente anexionadas. Había viajado especialmente a Lvov y a Riga cuando aún se necesitaba para ello un salvoconducto, y más tarde, después de la guerra, cuando las ancianas letonas vendían de buen grado pesados manteles y servicios de mesa a muy bajo precio. Tenía mucho éxito con el cristal, había aprendido a entender de cristales: *fumé*, irisado, dorado, rubí de selenio o de cobre, verde de cadmio, azul cobalto. No adquiriría el cristal actual de la fábrica estatal Glavposuda —irregular, salido de una cadena de producción asistida por manos indiferentes—, sino cristal antiguo, con la chispa del artesano, con las peculiaridades de su creador. En los años veinte y treinta se había confiscado mucho de ese cristal tras las sentencias judiciales, y se había vendido en un círculo selecto.

También hoy la mesa estaba perfectamente puesta y con abundancia. Dos sirvientas bashkirias —una de la casa, la otra tomada al vecino para la velada— apenas daban abasto a cambiar los platos. Ambas bashkirias eran casi unas niñas, del mismo pueblo, y habían terminado el mismo bachillerato en Chekmagush. Los rostros tensos y sonrosados —por la cocina— de las muchachas expresaban seriedad y solicitud. Estaban contentas de trabajar en Moscú, y tenían la esperanza de que la próxima primavera, no esta, habrían ganado lo suficiente para vestirse de modo que pudieran casarse en la ciudad y no tuvieran que volver al koljós. Alevtina Nikanórovna, de buena

presencia, todavía joven, vigilaba a su sirvienta con aprobación.

Preocupación especial del ama de la casa era, también, que en el último momento había cambiado el plan de la velada: la habían proyectado para la juventud, sin que hubiera otros mayores que los familiares, pues Makaryguin ya había dado un banquete a sus compañeros de trabajo hacía sólo dos días. Por esta razón habían invitado hoy a un antiguo amigo del fiscal, de la época de la guerra civil, el serbio Dushan Radovich, exprofesor del Instituto del Profesorado Rojo, abolido tiempo ha, y también habían admitido a una amiga de la dueña de la casa que había ido a Moscú de compras. Era una amiga de juventud, un alma cándida, esposa del instructor del Comité de Distrito de Zarechie. Inesperadamente, sin embargo, había vuelto de Extremo Oriente (de un proceso que había armado mucho ruido y en el que se juzgó a unos militares japoneses que preparaban la guerra bacteriológica) el teniente general Slovuta, también fiscal y hombre muy importante en el servicio, por lo que fue necesario invitarlo. Sin embargo, la presencia de Slovuta hacía que ahora se avergonzaran de esos invitados de poca ley, de aquel hombre que casi no era ya un amigo y de aquella mujer que casi no era ya una amiga. Slovuta podía pensar que los Makaryguin sólo invitaban a gente insignificante. Esto envenenaba y complicaba la velada a Alevtina Nikanórovna. Colocó a su amiga, desdichada por tener un marido necio, lo más lejos posible de Slovuta y la obligó a hablar en voz baja y a no comer con una glotonería tan evidente; por otra parte, encontraba agradable que esta probara todos los platos, preguntara la receta, se entusiasmara sucesivamente por todo, tanto por el servicio de mesa como por los invitados.

En honor a Slovuta habían invitado con tanta insistencia a Innokenti, que debía llevar sin falta el uniforme de diplomático, para que contribuyera a formar una compañía distinguida junto con el otro yerno, el célebre escritor Nikolai Galajov. Pero, con gran disgusto del suegro, el diplomático llegó con retraso, cuando había ya terminado la cena y los jóvenes se habían dispersado para bailar.

Pese a todo, Innokenti había cedido y se había puesto aquel maldito uniforme. Acudió muy aturdido, aunque de todas maneras le era imposible quedarse en casa y todos los lugares le parecían insoportables. Pero cuando entró con cara agria en la vivienda llena de gente, de animados murmullos, risas y colores, comprendió que allí, precisamente allí, ¡su arresto era absolutamente imposible! Y no sólo recuperó rápidamente su estado normal sino que adquirió una soltura especial. Bebió de buen grado lo que le sirvieron, puso con gusto en su plato algo de una fuente y de otra y, aunque durante días no había podido tragar nada, ahora el apetito renació gozosamente en él.

Su sincera animación disipó también el disgusto de su suegro y aligeró la conversación en la cabecera de la mesa que ocupaban, donde Makaryguin maniobraba intensamente para que Radovich no espetara alguna crudeza, para que Slovuta se encontrara siempre a gusto y para que Galajov no se aburriera. En este momento, conteniendo su voz excesivamente grave, increpaba en broma a Innokenti por no haber honrado su vejez con unos nietos.

—¿Qué hacen, pues, su mujer y él? —se lamentó—. Han formado una pareja como dos tortolitos: viven para sí mismos, engordan y fuera preocupaciones. ¡Se han instalado bien! ¡A gozar de la vida! Preguntádselo, ya veréis como el bandido es un epicúreo. ¿Eh? Confiesa,

Innokenti, ¿eres un discípulo de Epicuro?

A un miembro del partido comunista de la Unión, nadie, ni en broma, habría podido llamarlo neohegeliano, neokantiano, subjetivista, agnóstico o, Dios nos libre, revisionista. Por el contrario, «epicúreo» sonaba como algo tan inocente que no impedía a un hombre ser un marxista ortodoxo.

Radovich, que conocía y apreciaba todo detalle de la vida de los fundadores del materialismo, no se abstuvo de añadir:

—¿Por qué no? Epicuro era una buena persona, un materialista. El propio Karl Marx escribió una tesis sobre él.

Radovich llevaba una guerrera semimilitar muy raída, y la piel de su rostro era como un pergamino oscuro sobre el molde del cráneo. (Hasta hacía poco se ponía siempre una capucha a la *Budionni* para salir a la calle, pero la policía empezó a pararle y a interrogarle).

Innokenti, enardecido, contemplaba arrogante a aquellas personas que nada sabían. ¡Qué paso tan osado! ¡Mezclarse en una lucha de titanes! En aquel momento le parecía ser el mimado de los dioses. Tanto Makaryguin como Slovuta, que en otro momento habrían podido provocar su desdén, le parecían ahora humanamente simpáticos, eran partícipes de su seguridad.

—¿Epicuro? —aceptó el reto con ojos relucientes—. Lo confieso, no lo niego. Pero seguramente les daré una sorpresa si les digo que «epicúreo» pertenece al número de palabras cuyo sentido no es el que le da el uso general. Cuando quieren decir que una persona tiene ansia desmedida de vivir, es voluptuosa, lasciva, o incluso que es sencillamente un cerdo, dicen: «¡Es un epicúreo!». ¡No, esperen, hablo en serio! —no dejó que le replicaran, y balanceó la copa dorada vacía que tenía entre sus finos y sensibles dedos—. Epicuro es precisamente lo contrario de la imagen unánime que tenemos de él. No nos incita en absoluto a las orgías. Uno de los tres males fundamentales que impiden la felicidad humana es lo que Epicuro llama los *deseos insatisfechos*! ¿Eh? Dice: en realidad, el hombre necesita *poco*, ¡por esto su felicidad no depende del destino! Epicuro libera al hombre del temor a los golpes de la fortuna, ¡y por eso es un gran optimista!

—Pero ¿qué dices? —se asombró Galajov, y sacó una agenda de piel con un pequeño lápiz blanco de hueso. Pese a su ruidosa fama, Galajov se comportaba con sencillez, guiñaba el ojo, daba palmaditas en la espalda. Unas diminutas canas blancas relucían pintorescamente sobre su rostro, algo moreno y bastante carnoso.

—¡Sírvele, sírvele! —dijo Slovuta a Makaryguin apuntando con el dedo la copa vacía de Innokenti—. O nos aturdirá con su charla.

El suegro llenó la copa de Innokenti y este volvió a beber con placer. En aquel momento, la filosofía de Epicuro le parecía digna de aceptación.

Slovuta, de cara abotargada aunque no viejo, mantenía un aire de superioridad con respecto a Makaryguin (se había firmado ya la concesión de la segunda estrella de general a Slovuta), pero le satisfacía en extremo la amistad de Galajov, y pensaba que hoy mismo, en la otra casa que pensaba visitar, comunicaría sencillamente que hacía una hora había estado bebiendo con «Kolka» Galajov, y que este le había contado... Pero también Galajov había llegado no hacía mucho, también se había retrasado y, precisamente, no abría la boca. ¿Estaría rumiando una nueva novela? Slovuta, convencido de que no iba a sacar nada de aquella celebridad, se dispuso a marcharse.

Makaryguin quiso convencer a Slovuta para que se quedara un poco más, y lo consiguió diciendo que antes era preciso inclinarse ante el «altar del tabaco», una colección que tenía en su despacho. Makaryguin fumaba tabaco de pipa búlgaro, que conseguía de sus amistades, y en las veladas se lucía con los cigarros puros. Le gustaba impresionar a sus invitados obsequiándolos por turno con cada una de las diferentes calidades de tabaco que tenía.

La puerta del despacho estaba en el mismo salón, el dueño de la casa la abrió e invitó a Slovuta y a los yernos. Los yernos, sin embargo, se excusaron de acompañar a los viejos. Temiendo principalmente que ahora Dushan se soltara la lengua, Makaryguin dejó que Slovuta pasara delante y desde la puerta del despacho amenazó a Radovich con el dedo.

Los dos cuñados se quedaron a solas en el extremo vacío de la mesa. Estaban en esta feliz edad (Galajov era algunos años mayor) en la que se les consideraba todavía jóvenes, pero nadie les arrastraba ya a bailar y podían entregarse al placer de una conversación de hombres ante botellas por terminar y a los acordes de una música lejana.

Hacía una semana, Galajov, efectivamente, había tenido la idea de escribir sobre el complot imperialista y la lucha de nuestros diplomáticos por la paz. Esta vez no escribiría una novela, sino una obra de teatro, pues de esta manera le sería más fácil evitar la descripción de muchos detalles del mobiliario y de la vestimenta que le eran desconocidos. Para él era más que oportuno entrevistar a su cuñado, y al propio tiempo buscar en Innokenti los rasgos típicos del diplomático soviético y percibir las peculiaridades características de la vida en Occidente, donde tendría lugar toda la acción de la obra, pero donde el propio Galajov sólo había estado de paso en uno de los congresos progresistas. Galajov reconocía que no era del todo correcto escribir sobre una vida para él desconocida, pero en los últimos años le parecía que relatar la vida en el extranjero, o una historia de la remota antigüedad, o incluso una fantasía sobre los habitantes de la luna, se adaptaba mejor a su pluma que la verdadera vida que le rodeaba, minada de prohibiciones en cada sendero.

La sirvienta metía ruido cambiando la vajilla para el té. El ama de la casa estaba atenta a todo, pero desde la salida de Slovuta ya no contenía la voz de su amiga, la cual terminaba de contarle que incluso en el distrito de Zarechie era perfectamente posible curarse las enfermedades, que los médicos eran buenos, que los hijos de los miembros del partido se separaban de los demás cuando aún eran niños de pecho, y disponían de leche sin interrupción y de inyecciones de penicilina a placer.

En la estancia contigua cantaba un gramófono, y en la siguiente refunfuñaba metálicamente un televisor.

—El privilegio del escritor es interrogar —asintió Innokenti, que conservaba en sus ojos ese brillo triunfante con el que había defendido a Epicuro—. Algo así como los jueces. Venga preguntas y más preguntas sobre los crímenes.

—Nosotros no buscamos en el hombre sus crímenes, sino sus méritos, sus rasgos más brillantes.

—Entonces, vuestro trabajo está en las antípodas del trabajo de la conciencia. ¿De modo que quieres escribir un libro sobre los diplomáticos?

Galajov sonrió.

—Lo quieras o no, Ink, es algo que no se resuelve tan sencillamente como las entrevistas de Año Nuevo. Pero si previamente se ha hecho acopio de material... No se puede interrogar a cualquier diplomático. Menos mal que tú eres un pariente.

—Y tu elección demuestra tu perspicacia. En primer lugar, porque un diplomático ajeno te dirá mentiras a montones. Ya sabes, tenemos mucho que ocultar.

Se miraron a los ojos.

—Lo comprendo. Sin embargo... *esta* parte de vuestra actividad... no hay necesidad de reflejarla, de modo que yo no...

—Ajá. O sea que te interesa principalmente la vida cotidiana de las embajadas, nuestra jornada de trabajo, es decir, cómo tienen lugar las recepciones, la entrega de despachos...

—No, ¡más a fondo! Y también cómo se refractan en el alma del diplomático soviético...

—Ajá, cómo se refractan... ¡Bueno, ya está bien! Ya lo he comprendido. Te contaré cosas hasta el final de la velada. Sólo que... explícame primero... ¿Has abandonado, pues, el tema militar? ¿Lo has agotado?

—Agotarlo es imposible —meneó la cabeza Galajov.

—Sí, en general habéis tenido suerte con esta guerra. Colisiones, tragedias, ¿de dónde las habríais sacado, si no?

Innokenti miraba alegremente.

Una sombra de preocupación pasó por la frente del escritor. Suspiró:

—El tema militar lo llevo en el corazón.

—Bueno, por esto creaste obras maestras en el género.

—Seguramente, es un tema eterno para mí. Volveré a él antes de que me muera.

—¿Es necesario?

—¡Es necesario! Porque la guerra eleva en el alma del hombre...

—¿En el alma? ¡Estoy de acuerdo! Pero fíjate en qué se ha convertido vuestra literatura militar y del frente. Sus ideas más elevadas son: cómo ocupar posiciones de combate, cómo hacer fuego aniquilador, «no olvidaremos, no perdonaremos», la orden del jefe es ley para los subordinados. Esto lo exponen muchísimo mejor los reglamentos militares. Además, ponéis de relieve lo difícil que era para los pobres jefes militares recorrer el mapa con la mano.

Galajov se puso sombrío. Los jefes militares eran su imagen militar predilecta.

—¿Te refieres a mi última novela?

—¡Claro que no, Nikolai! Pero ¿crees que la literatura debe copiar los reglamentos militares? ¿O los periódicos? ¿O los eslóganes? Por ejemplo, Mayakovski consideraba un honor tomar un fragmento de un periódico como epígrafe de sus versos. ¡Es decir, consideraba un honor no elevarse por encima de los periódicos! ¿Para qué, entonces, la literatura? ¿No es el escritor un preceptor de los demás? ¿No se ha comprendido así siempre?

Los dos cuñados no se encontraban a menudo, se conocían poco. Galajov respondió con precaución:

—Lo que dices sólo es aplicable al régimen burgués.

—Sí, claro, claro —aceptó fácilmente Innokenti—. Nosotros tenemos otras leyes muy

distintas... Pero no era eso lo que yo quería... —hizo girar la muñeca de su mano—. Kolia, créeme, encuentro algo simpático en ti... Por esto me encuentro ahora en un talante especial para preguntarte... entre nosotros... ¿Lo has pensado? Se podrían publicar tus obras en seis tomos. Tienes treinta y siete años, a esa edad a Pushkin ya lo habían matado. A ti no te amenaza semejante peligro. Pero de todos modos es una pregunta a la que no puedes escapar: ¿quién eres? ¿Con qué ideas has enriquecido nuestra atormentada época? Por encima, naturalmente de las ideas indiscutibles que te ofrece el realismo socialista. Dime, Kolia, en general —preguntó Innokenti sin una sonrisa, con sufrimiento—, ¿no te avergüenza nuestra generación?

Arrugas transitorias, como bultos de músculos, pasaron por la frente y por las mejillas de Galajov.

—Rú... estás tocando un punto difícil... —respondió con la vista en el mantel—. ¿Qué escritor ruso no se ha probado en secreto el frac de Pushkin, la camisa de Tolstói? —por dos veces pasó de plano su lapicero por el mantel y miró a Innokenti con ojos francos. Quería manifestar algo que era imposible decir en los círculos literarios—. Cuando era un crío, en los comienzos de los planes quinquenales, tenía la sensación de que me moriría de felicidad si llegaba a ver mi apellido impreso sobre un verso. Y me parecía que sería el principio de la inmortalidad... Pero, ya ves...

Apartando y rodeando sillas vacías, Dotnara se acercó a ellos.

—¡Ink! ¡Kolia! No me echaréis, ¿verdad? No tendréis una conversación demasiado elevada, ¿verdad?

No podía ser más inoportuna.

Se acercó. Tanto su aspecto, como lo inevitable de su persona en la vida de Innokenti, recordaron de pronto a este la horrible verdad, lo que le esperaba, y que esa velada y esas bromitas de sobremesa que intercambiaban no eran más que vaciedades. Se le oprimió el corazón. Una ardiente sequedad se apoderó de su garganta.

De pie, Dotty esperaba una respuesta jugando con los extremos libres de su blusa de manga raglán. Por el estrecho cuello de piel se derramaban los mismos bucles rubios. En nueve años no habían cambiado sometiéndose a la imitación de la moda: Dotty sabía conservar lo que tenía bonito. Su cara estaba encendida. ¿O sería la blusa color cereza?

Y además le temblaba ligeramente el labio superior, ese temblor propio de los renos, tan conocido y querido por él, que aparecía cuando escuchaba una alabanza o cuando sabía que gustaba. Pero ¿por qué ahora?

Había estado tanto tiempo subrayando su independencia con respecto a él, y la peculiaridad de sus puntos de vista sobre la vida... ¿Qué cambio se había producido en ella? ¿Habría penetrado en su corazón el presentimiento de la separación? ¿Por qué era ahora tan sumisa y afectuosa? Y ese temblor del labio, propio de los renos...

Innokenti no habría podido perdonarla, ni tenía intención de perdonar el largo espacio de incompreensión, frialdad y traición. Reconocía que tampoco ella podía cambiar de la noche a la mañana, pero la sumisión de la mujer discurrió cálidamente por su alma oprimida. Y cogió del brazo a su esposa para que se sentara a su lado, cosa que no había ocurrido entre ellos durante todo

el otoño, y que era absolutamente imposible que ocurriera.

Y Dotty, con sensibilidad, flexibilidad y sumisión se sentó inmediatamente al lado de su marido y se pegó a él tanto como aún era correcto hacerlo, pero todos vieron que amaba a su marido y que estaba a gusto con él. Innokenti pensó fugazmente, la verdad, que de cara al futuro sería mejor que Dotty no exteriorizara esta inexistente intimidad. Sin embargo le acarició suavemente el brazo por encima de la manga color cereza.

El blanco lapicero de hueso del escritor yacía ocioso.

Acodado en la mesa, Galajov miraba por encima de los cónyuges la gran ventana iluminada por los faroles de la Barrera de Kaluga. Hablar sinceramente de sí mismo ante mujeres era imposible. Y aún sin mujeres resultaba dudoso.

... Mas he aquí que... empezaron a publicarle poemas enteros; centenares de teatros del país, imitando a los de la capital, ponían en escena sus obras; las muchachas copiaban y memorizaban sus versos; durante la guerra, los periódicos centrales le ofrecieron sus páginas, y él probó sus fuerzas en el artículo periodístico, en el cuento largo y en el artículo de crítica; finalmente salió su novela. Recibió el Premio Stalin, y otro, y otro más. ¿Y qué pasó? Algo curioso: tenía fama pero no inmortalidad.

Ni él mismo advirtió en qué momento, ni con qué, sobrecargó e hizo aterrizar el pájaro de su inmortalidad. Quizá sólo hubo algunos aletazos de dicho pájaro en aquellos pocos versos que se aprendían las muchachas. Sus obras de teatro, sus cuentos y su novela fenecieron ante sus ojos antes de que el autor llegara a los treinta y siete años.

Pero ¿por qué debía necesariamente perseguir la inmortalidad? La mayoría de los compañeros de Galajov no perseguía ninguna inmortalidad, pues consideraba más importante su posición actual, en vida. Al diablo la inmortalidad, decían, ¿no es más importante influir ahora en el curso de la vida? E influían. Sus libros servían al pueblo, se editaban en tiradas con muchos ceros, se distribuían por todas las bibliotecas como fondos de complementación, y además había meses especiales de promoción de los mismos. Naturalmente, no se podía escribir mucha verdad. Pero los autores se consolaban pensando que algún día cambiarían las circunstancias, volverían a tratar de nuevo esos sucesos dándoles una nueva luz más veraz, los reeditarían, corregirían los viejos libros. Ahora convenía escribir aunque sólo fuera esa cuarta parte de verdad, esa octava parte, dieciseisava parte, el diablo la llevara, esta treintaidosava parte de verdad que se permitía y, aunque hubiera que hablar de besos y de la naturaleza, siempre sería mejor que nada.

Sin embargo lo que deprimía a Galajov era que cada vez le resultaba más difícil escribir una buena página. Se obligaba a trabajar siguiendo un horario, luchaba contra los bostezos, contra la pereza mental, contra las distracciones, aunque tenía el oído atento, pues al parecer había llegado el cartero y estaría bien ir a echar una ojeada a los periódicos. Vigilaba que el despacho estuviera bien aireado y a 18 grados centígrados, que la mesa estuviera reluciente, de otro modo no podía escribir en absoluto.

Al empezar alguna cosa nueva importante, se enardecía, se juraba a sí mismo, y a los amigos, que ahora no se dejaría superar por nadie, que ahora escribiría un auténtico libro. Y, muy animado, se sentaba a escribir la primera página. No obstante, no tardaba en advertir que no estaba

escribiendo solo, que ante él aparecía, emergiendo cada vez más claramente, la imagen de aquel para quien escribía y en cuyos ojos leía involuntariamente cada párrafo que acababa de escribir. Y este Aquel no era el Lector, ni el hermano, el amigo o el coetáneo de un lector, ni era un crítico indeterminado: sin saber por qué, era siempre el famoso crítico Yermílov.

Y Galajov imaginaba a Yermílov leyendo este nuevo trabajo con su amplia papada descansando sobre el pecho, e imaginaba que se manifestaba en contra en un enorme (ya había sucedido) artículo que ocupaba toda una columna de *La Gaceta Literaria*. Titularía el artículo: «¿De qué cuneta salen estas emanaciones?», o bien «Otras tendencias de moda en nuestro camino experimentado». No iría directamente al grano, empezaría con algunas de las más sagradas palabras de Belinski o de Nekrásov, de las que sólo un malvado podría disentir. Y entonces, con suma precaución, tergiversaría aquellas palabras, las trasladaría a un sentido completamente distinto, y resultaría que Belinski o Herzen atestiguaban apasionadamente que el nuevo libro de Galajov ponía al descubierto que su autor era una figura antisocial, antihumanitaria, con una base filosófica inestable.

Y así, párrafo tras párrafo, procurando adivinar los argumentos de réplica de Yermílov y adaptarse a ellos, Galajov debilitaba rápidamente las aristas, y el libro crecía pusilánimemente hasta depositarse en dúctiles anillas. Y al sobrepasar la mitad, Galajov veía que le habían cambiado el libro, que de nuevo no le salía bien...

—¿Los rasgos de nuestro diplomático? —terminó pese a todo Innokenti, aunque con voz desanimada y agria sonrisa, de esas que parecen dispuestas a extenderse por todo el rostro de un momento a otro—. Puedes imaginártelos muy bien tú mismo. Elevadas convicciones ideológicas. Elevados principios. Abnegada fidelidad a nuestra causa. Profunda entrega personal al camarada Stalin. Indesviable cumplimiento de las órdenes de Moscú. Fuerte conocimiento de lenguas extranjeras en algunos y débil en otros. Bueno, y además, una gran entrega a los placeres corporales. Porque, como suele decirse, sólo se vive una vez en la vida...

Radovich fue siempre un fracasado, y hasta los tuétanos: ya en los años treinta sus clases fueron suspendidas, sus libros no se publicaban y, por si fuera poco, las enfermedades lo martirizaban. Llevaba un trozo de metralla de un proyectil de Kolchak en un alveolo del pulmón, arrastraba desde hacía quince años una úlcera de duodeno, y cada mañana se practicaba el doloroso tratamiento de un lavado de estómago a través del esófago, sin lo cual no podía comer ni vivir.

El destino, conocedor de la medida de sus generosidades y de sus persecuciones, salvó a Radovich gracias a estos mismos fracasos: siendo un personaje conocido en los círculos del Komintern, salió indemne de los años críticos gracias a no haber puesto un pie fuera del hospital. Gracias a las enfermedades, pudo emboscarse también el año pasado, cuando todos los serbios que quedaban en la Unión Soviética habían sido alistados en el movimiento anti-Tito o encerrados en la cárcel.

Radovich comprendía las suspicacias que despertaba su posición, y se contenía a costa de grandes esfuerzos, no se dejaba arrastrar al fanatismo de las discusiones, e intentaba vivir la pálida vida de un inválido.

También ahora se contenía del tabaco con la ayuda de la mesa. Esta mesa, ovalada, de ébano, estaba en un extremo del despacho. Contenía las fundas de papel de los cigarrillos y la maquinilla para llenarlas, un conjunto de pipas en un soporte y un cenicero de nácar. Y junto a la mesita se encontraba el armario del tabaco, de madera de abedul de Karelia, con innumerables cajones en cada uno de los cuales reposaba una clase especial de cigarrillos, papirosas^[41], cigarros, tabacos de pipa e incluso rapé.

Mientras escuchaba en silencio el relato de Slovuta, que detallaba los preparativos de guerra bacteriológica y los horribles crímenes de los oficiales japoneses contra la humanidad, Radovich examinaba y olfateaba voluptuosamente el contenido de los cajones de tabaco sin decidirse por ninguno. Para él, fumar era un suicidio, todos los médicos se lo habían prohibido categóricamente, pero como también le prohibían beber y comer (hoy, durante la cena, casi no había probado nada), el olfato y el gusto se habían desarrollado especialmente para distinguir los matices del tabaco. La vida sin fumar le parecía sosa, y muy a menudo liaba un cigarro con papel de periódico y tabaco barato del mercado, que prefería actualmente debido a su precaria situación económica. En Sterlitamak, durante la evacuación, iba a los huertos de los ancianos, les compraba hoja, y él mismo la secaba y la cortaba. En su ocio de soltero, la manipulación del tabaco facilitaba sus

reflexiones.

En realidad, si Radovich hubiera participado en una conversación no habría dicho nada horrible, pues personalmente pensaba algo muy parecido a lo que el Estado creía indispensable que se pensara. No obstante, el partido de Stalin, implacable ante los pequeños matices más que ante colores opuestos, le habría cortado la cabeza por esa pequeñez que le distinguía de los demás.

Afortunadamente, guardaba silencio, y la conversación pasó de los japoneses a la comparación de las calidades de los cigarros, de los que Slovuta no entendía nada, y a punto estuvo de perder el aliento después de una imprudente chupada. Luego se habló de los fiscales: con los años, la carga que pesaba sobre ellos no sólo no disminuía, sino que incluso crecía pese a haber aumentado el número de dichos funcionarios.

—¿Y qué dice la estadística de crímenes? —preguntó Radovich con aspecto indiferente, aherrojado dentro de la coraza de su apergaminada piel.

La estadística no decía nada: era muda e invisible, y nadie sabía si estaba aún con vida.

Pero Slovuta dijo:

—La estadística dice que en nuestro país el número de crímenes está disminuyendo. —No había leído la estadística, pero sí había leído lo que las revistas decían de ella. Y con la misma sinceridad, añadió—: Pero de todos modos los hay en cantidad más que regular. Es la herencia del antiguo régimen. El pueblo está muy estropeado. Estropeado por la ideología burguesa.

Las tres cuartas partes de los que pasaban por los tribunales habían nacido después de 1917, pero esto no se le pasó a Slovuta por la cabeza: no lo había leído en ninguna parte.

Makaryguin sacudió la cabeza: ¡a él no necesitaban convencerle!

¡Cuando Vladímir Ilich nos dijo que la revolución *cultural* sería enormemente más difícil que la de Octubre no podíamos imaginárnoslo!

Y ahora comprendemos cuán perspicaz era su previsión.

Makaryguin tenía la cabeza de perfil romo y las orejas salientes.

Fumaron y llenaron el despacho de humo los tres a la vez. Una gruesa escribanía, con una imagen de casi medio metro de altura de la torre Spasski, con su reloj y su estrella, ocupaba la mitad del pequeño y pulimentado escritorio de Makaryguin. Los dos macizos tinteros (a modo de torres de la muralla del Kremlin) estaban secos: hacía tiempo que Makaryguin no tenía ocasión de escribir nada en casa, pues las horas de servicio le bastaban para todo, y escribía las cartas con estilográfica. Tras los cristales de las librerías, fabricadas en Riga, estaban los códigos, los resúmenes de las leyes, una colección de la revista *El Estado Soviético y el Derecho* que abarcaba muchos años, la *Gran Enciclopedia Soviética* antigua (errónea, con enemigos del pueblo), la *Gran Enciclopedia Soviética* nueva (pese a todo, con enemigos del pueblo), y la *Pequeña Enciclopedia* (también errónea y también con enemigos del pueblo).

Hacía tiempo que Makaryguin no abría ninguno de estos libros, pues (incluyendo el Código Penal de 1926, actualmente en vigor pero desesperadamente desfasado con respecto a la vida) todo aquello había sido sustituido con éxito por un fajo de normativas capitales, la mayoría secretas, conocidas por sus respectivos números: 083 o 005/2742. Estas normativas, que contenían toda la sabiduría de la jurisprudencia, estaban grapadas en una sola carpeta pequeña que guardaba en su

gabinete de trabajo. Aquí, en el despacho, los libros no servían para ser leídos, sino para infundir respeto. Por su parte, la literatura que Makaryguin leía, únicamente de noche, y también en trenes y balnearios, estaba escondida en un mueble de cristales opacos y era del género policíaco.

Sobre la mesa del fiscal colgaba un gran retrato de Stalin con el uniforme de generalísimo, y en un estante se encontraba un pequeño busto de Lenin.

Con un vientre que tensaba su uniforme y una papada que se derramaba por encima de su cuello duro, Slovuta examinó el despacho y dio su aprobación:

—¡No vives mal, Makaryguin!

—Qué va... Pienso pedir el traslado a los tribunales «departamentales».

—¿A los departamentales? —gritó Slovuta. Con su fuerte mandíbula y su grasa, no tenía cara de pensador, pero captaba fácilmente lo principal—. Quizá tenga algún sentido.

Este sentido lo comprendían los dos, y Radovich no tenía por qué saberlo: el fiscal de departamento recibía «paquetes»^[42] en especies además del sueldo, mientras que en el Alto Tribunal Militar había que distinguirse mucho en el servicio para recibirlos.

—¿Y su yerno mayor, tres veces laureado?

—Tres veces —respondió con orgullo el fiscal.

—Pero el menor no es todavía consejero de primera clase, ¿verdad?

—De momento, de segunda.

—Es listillo, qué diablos, ¡llegará a embajador! Y a la más joven, ¿con quién piensas casarla?

—Es una chica obstinada, Slovuta; si intentara casarla, no se casaría.

—¿Es culta? ¿Busca un ingeniero? —cuando Slovuta se reía sacudía el vientre y todo el cuerpo—. ¿Uno de ochocientos rublos? Cásala con un chequista, cájala, es cosa segura.

¡Como si Makaryguin no lo supiera! Él mismo consideraba que había fracasado en la vida por no haber sabido abrirse camino hasta llegar a chequista. El último de los *oper*, salpicado de manchas en su negro agujero, tenía más fuerza y cobraba más que cualquiera de los fiscales notables de la capital. Los fiscales eran considerados unos charlatanes a los que no había por qué alimentar. No haber conseguido ser chequista era una herida, la herida secreta de Makaryguin...

—Bien, Makaryguin, gracias por no haberme olvidado, pero no me retengas más, me esperan. Y tú, profesor, que lo pases bien, no te preocupes.

—Adiós, camarada general.

Radovich se levantó para despedirse, pero Slovuta no le tendió la mano. Con la mirada ofendida, Radovich siguió la redonda y voluminosa espalda del invitado, al que Makaryguin salió a acompañar hasta el coche. Solo con los libros, Radovich se precipitó inmediatamente hacia ellos. Pasó la mano a lo largo de los estantes y después de vacilar un poco sacó uno de los tomos. Cuando iba a llevárselo al sillón observó sobre la mesa un librito encuadernado en abigarrados colores negrirrojos, y se lo llevó también.

El libro, sin embargo, le quemó sus inanimadas manos apergaminadas. Era una novedad que acababa de publicarse (y en tirada de millones de ejemplares): *Tito, cabecilla de traidores*, de cierto Renaud de Jouvenel.

En los últimos doce años habían caído en manos de Radovich cantidades ingentes de libros

insolentes, lacayunos, falsos de arriba abajo, pero al parecer hacía mucho tiempo que no tenía en sus manos una porquería como aquella. Con la mirada experta del antiguo amante de los libros recorrió las páginas de aquella novedad editorial, y en dos minutos captó lo necesario para comprender a quién era útil aquel libro y por qué, captó lo canalla que era su autor y cuánta nueva bilis haría brotar en los corazones de la gente contra la inocente Yugoslavia.

Y después de una frase, que quedó grabada en sus ojos —«No es necesario detenerse en los motivos que impulsaron a Laszlo Rajk a confesar; *si ha confesado es que es culpable*»—, Radovich dejó con asco el libro en el lugar que antes ocupaba.

¡Naturalmente! ¡No hay necesidad de detenerse detalladamente en los motivos! No hay necesidad de considerar detalladamente cómo el juez y los verdugos apalearon a Rajk, lo mataron de hambre, de sueño, y quizás, extendido sobre el suelo, le lastimaron los órganos sexuales con la punta de la bota (en Sterlitamak, el antiguo preso Abramson, que desde las primeras palabras se hizo amigo íntimo de Radovich, le contó los procedimientos del NKVD). ¡Si ha confesado es que es culpable! ¡*La summa summarum* de la jurisprudencia staliniana!

Pero Yugoslavia era una llaga demasiado dolorosa para tocarla ahora en una conversación con Piotr. Y cuando este volvió mirándose con cariño la nueva condecoración colgada junto a las otras, algo empañadas ya, Dushan estaba sentado discretamente en el sillón leyendo un tomo de la Enciclopedia.

—No miran a la fiscalía con condecoraciones —suspiró Makaryguin—. Entregan algunas a los treinta años de servicio, y raramente a alguien más.

Sentía grandes deseos de hablar de condecoraciones y de por qué había recibido una precisamente él, pero Radovich estaba doblado por la mitad, leyendo.

Makaryguin sacó un nuevo cigarro y se dejó caer al vuelo sobre el sofá.

—Bueno, Dushan, gracias por no haber dicho nada. Tenía mis temores.

—¿Y qué podía decir yo? —se asombró Radovich.

—¿Que qué podías decir? —cortó el fiscal su cigarro—. ¡Podías decir no pocas cosas! Siempre estás a punto de soltar algo —encendió el cigarro—. Cuando él hablaba de los japoneses te temblaban los labios.

Radovich se irguió:

—¡Porque huele a repugnante provocación policíaca a diez mil kilómetros de distancia!

—¡Te has vuelto loco, Dushan! ¡No te atrevas a hablar así en mi presencia! Cómo puedes hablar de *nuestro* partido...

—¡No hablo del partido! —se protegió Radovich—. Hablo de los Slovuta. ¿Y por qué precisamente ahora, en 1949, han descubierto esa preparación japonesa de 1943? La verdad, hace cuatro años que son nuestros prisioneros. ¿Y el escarabajo de Colorado que nos echan los americanos desde sus aviones? ¿También es cierto?

Las orejas separadas de Makaryguin enrojecieron:

—¿Por qué no? Y si algo no es exactamente así, será porque la política del Estado lo exige.

El apergaminado Radovich hojeaba nerviosamente el tomo.

Makaryguin fumaba en silencio. Había hecho mal en invitarlo, no había conseguido más que

avergonzarle ante Slovuta. Todas esas viejas amistades eran absurdas, sólo eran buenas en el recuerdo. Aquel hombre no podía manifestar la más simple cortesía de un invitado, la de comprender qué alegraba a su amigo, qué le preocupaba.

Makaryguin fumaba. Acudían a su mente las desagradables disputas con su hija menor. En los últimos meses, cuando comían los tres juntos, sin invitados, aquello no era un descanso, ni el confort doméstico en la mesa, sino una pelea de perros. Unos días atrás, mientras clavaba un clavo en su zapato, la muchacha cantaba una canción cuya letra era absurda, pero cuyo aire le pareció al padre conocido por demás. Y procurando hacerlo de la manera más sosegada, el padre observó:

«Para este trabajo, Clara, podías haber elegido otra canción. Pero *De lágrimas está inundado el extenso mundo* es la canción con que moría la gente o iba a presidio».

Por tozudez, o el diablo sabrá por qué, ella se mostró agresiva:

«¡Pues vaya filántropos! ¡Iban a presidio! ¡También van ahora!».

El fiscal casi se desplomó ante aquella insolencia y aquella injustificada comparación. ¡Hasta qué punto había perdido la joven la comprensión de las perspectivas históricas! Conteniéndose a duras penas para no golpear a su hija, le arrebató el zapato de las manos y lo arrojó ruidosamente al suelo:

«¡Pero cómo puedes comparar al partido de la clase obrera con la escoria fascista!».

¡Era dura de pelar, no lloraría aunque le pegaran un puñetazo en la frente! De pie, con un pie en el zapato y el otro sólo enfundado en la media sobre el parquet, dijo:

«¡Deja de declamar, papá! ¿Qué clase obrera eres tú? ¡En otro tiempo fuiste obrero dos años y ahora hace treinta que eres fiscal! ¡Eres un obrero y en tu casa no hay un martillo! La existencia determina la conciencia, vosotros mismos nos lo habéis enseñado».

«¡La existencia *social* tonta! ¡Y la conciencia *social*!».

«¿Qué es eso de social? Unos tienen palacios y otros cobertizos, unos tienen automóviles y otros zapatos agujereados, ¿qué hay de social en ello?».

Al padre le faltaba el aire por la eterna imposibilidad de inculcar de forma accesible y breve la sabiduría de la vieja generación a esas criaturas jóvenes y obtusas:

«¡Eres una mema! ¡Tú... no entiendes ni aprendes nada!».

«¡Pues enseñame! ¡Enseñame! ¿De qué dinero vives? ¿Por qué te pagan miles de rublos si no creas nada?».

Aquí el fiscal no supo qué decir. La cosa estaba clara pero no había modo de expresarla de golpe. Se limitó a gritar:

«Y a ti te pagan en el instituto mil ochocientos rublos, ¿para qué?».

—Dushan, Dushan —suspiró Makaryguin con más sosiego—. ¿Qué voy a hacer con mi hija?

En la cara de Makaryguin, las grandes orejas separadas eran como las alas de la esfinge. La expresión de desconcierto tenía en este rostro un aspecto raro.

—¿Cómo ha podido suceder, Dushan? ¿Podíamos pensar, cuando perseguíamos a Kolchak, que recibiríamos este agradecimiento de nuestros hijos? Porque si han de jurar algo desde una tribuna del partido, esos hijos de perra mascullan el juramento con tanta rapidez como si les avergonzara.

Le contó la escena del zapato.

—¿Cuál era la respuesta correcta que debía darle, eh?

Radovich sacó del bolsillo un pedazo de gamuza sucio y se limpió con él los cristales de las gafas. En otro tiempo Makaryguin sabía todo esto, pero qué confundido se encontraba ahora...

—¿La respuesta correcta? La acumulación de trabajo. La formación, la especialización, representan una acumulación de trabajo y por ella se paga más —se puso las gafas y miró con decisión al fiscal—: ¡Pero en general la chica tiene razón! Ya nos previnieron de esto.

—¿Quiééén? —dijo asombrado el fiscal.

—¡Hay que saber aprender del enemigo! —Dushan levantó la mano con su reseco índice—. ¿Conque *De lágrimas está inundado el extenso mundo*? ¿Conque cobras muchos miles? ¿Y la mujer de la limpieza sólo doscientos cincuenta rublos?

Una de las mejillas de Makaryguin empezó a palpar de modo involuntario. Dushan estaba molesto de envidia porque no tenía nada.

—¡Tú has perdido el juicio en tu caverna! ¡Has perdido toda relación con la vida real! ¡Vas a tu perdición! ¿Qué quieres, que vaya mañana a pedir que me paguen doscientos cincuenta rublos? ¿Y cómo voy a vivir? ¡Me echarían a la calle por loco! ¡Los demás no renunciarían!

Dushan indicó con la mano el busto de Lenin:

—Durante la guerra civil, cuando Lenin renunciaba a la mantequilla y al pan blanco, ¿lo consideraban loco?

Sonaban lágrimas en la voz de Dushan.

Makaryguin puso como defensa la palma abierta de su mano:

—¡Ts, ts, ts! ¿Y te lo has creído? Lenin no estaba sin mantequilla, no te preocupes. En general, en el Kremlin había una cocina que no estaba nada mal.

Radovich se levantó y se dirigió a un estante cojeando por habersele entumecido la pierna. Cogió un portarretratos con la fotografía de una joven con chaqueta de cuero y pistola:

—¿Y Lena? ¿No estaba de parte de Shliápnikov?^[43] ¿Lo recuerdas? ¿Y qué decía la Oposición Obrera? ¿Lo recuerdas?

—¡Deja eso! —ordenó Makaryguin, muy pálido—. ¡No remuevas su recuerdo! ¡Reaccionario! ¡Reaccionario!

—¡No, no soy un reaccionario! ¡Quiero la pureza leninista! —Radovich bajó la voz—. Aquí nada se dice, pero en Yugoslavia hay un control obrero de la producción. Allí...

Makaryguin sonrió con desdén.

—Naturalmente, eres serbio y es difícil que un serbio sea objetivo. Lo comprendo y perdono. Sin embargo...

En este punto estaba la barrera. Radovich se apagó, guardó silencio, se acurrucó y fue de nuevo el hombrecillo apergaminado.

—¡Termina, termina de hablar, reaccionario! —exigió Makaryguin con hostilidad—. O sea, ¿que el socialismo es ese régimen semifascista de Yugoslavia? ¿Y nosotros, por tanto, debemos regenerarnos? ¡Viejas palabritas! Las oímos hace tiempo, sólo que quienes las pronunciaban ya están en el otro mundo. Sólo te queda por decir que en la lucha contra el mundo capitalista estamos condenados a la perdición. ¿Verdad?

—¡No! ¡No! —volvió a agitarse Radovich, convencido, iluminado por los rayos de la Providencia—. ¡Esto no será! ¡El mundo capitalista está carcomido por contradicciones incomparablemente peores! ¡Y como predijo genialmente Vladímir Ilich, creo firmemente que pronto seremos testigos de un choque armado entre Estados Unidos e Inglaterra por la conquista de los mercados de consumo!

En la sala bailaban al son de un gramófono, último modelo, como un mueble. Los Makaryguin tenían un armario lleno de discos: la grabación de los discursos del Padre y Amigo, con sus palabras alargadas, sus mugidos y su acento (como en todas las casas bien ordenadas, esos discos estaban allí, pero como todas las personas normales, los Makaryguin no los escuchaban nunca); canciones sobre «lo más íntimo y querido», sobre aviones, que «son lo primero» y «las muchachas después» (sin embargo, escuchar allí tales discos habría sido tan indecente como hablar en serio de los milagros bíblicos en un salón de la nobleza). Hoy se tocaban en el gramófono unos discos de importación que no se vendían en las tiendas normales, que no se ponían en la radio, y entre ellos los había incluso del ruso emigrado Leschenko.

El mobiliario no dejaba espacio a todas las parejas, que bailaban por turno. Entre los jóvenes estaban las antiguas compañeras de colegio de Clara; y un compañero que al terminar el instituto se puso a trabajar en la tarea de *ahogar* las transmisiones extranjeras; estaba también la muchacha, pariente del fiscal, por la que Schágov había venido; y un sobrino de la esposa del fiscal, teniente de servicios internos al que todos llamaban «guardia fronterizo» por el ribete verde de su uniforme (su compañía estaba acuartelada en la estación Beloruskaya, y proporcionaba las patrullas para comprobar documentos en los trenes y para el caso de imprescindibles detenciones durante el viaje); y destacaba especialmente un hombre de Estado joven, con la tablilla de la Orden de Lenin descuidadamente colocada, torcida, sin la propia medalla, y con los cabellos alisados, ralos ya.

Este joven tendría unos veinticuatro años, pero procuraba comportarse como un hombre por lo menos de treinta, movía las manos con mucha mesura y recogía el labio inferior con mucha dignidad. Era uno de los valiosos ponentes del secretariado del presidium del Soviet Supremo, y su trabajo fundamental era preparar los textos de los discursos que pronunciarían los diputados en las futuras sesiones. El joven encontraba muy aburrido este trabajo, pero su posición era prometedora. Conseguir su presencia en la velada de hoy había sido uno de los éxitos de Alevtina Nikanórovna, y casarlo con Clara era su sueño inalcanzable.

Para este joven, lo único interesante de la velada de hoy era la presencia de Galajov y de su esposa. Durante el baile invitó tres veces a Dinera, cubierta de seda negra *laque* de importación, con sólo sus brazos de alabastro escapando por debajo del codo de esta especie de piel brillante lacada. Halagado por las atenciones de una mujer tan famosa, el ponente la cortejaba con redoblada seriedad procurando permanecer con ella incluso después del baile.

Pero la mujer vio que Saunkin-Golovanov estaba solo en un rincón del sofá, pues no sabía bailar y no se mostraba desenvuelto en ninguna parte que no fuera su redacción, y fue decididamente hacia esa cabeza cuadrada sobre cuerpo cuadrado. El redactor se deslizó tras ella.

—¡E-rik! —levantó su mano de alabastro con alegre ademán de reto—. ¿Por qué no le vi a usted en el estreno de *1919*?

—Estuve ayer —se animó Golovanov. Y se retiró de buen grado hacia el lateral del sofá cuadrangular pese a que ya estaba sentado en el extremo.

Dinera se sentó. Dejóse caer el ponente.

Evitar una discusión con Dinera resultaba imposible, y menos mal si la joven permitía las réplicas. Por el mundillo literario de Moscú corría un epigrama sobre ella:

Si me resulta agradable a vuestro lado callar,
es porque ninguna palabra me permitís pronunciar.

Dinera, que no tenía relación con ningún empleo literario ni con ningún cargo del partido, atacaba osadamente (dentro de ciertos límites) a los dramaturgos, a los guionistas y a los directores, sin hacer siquiera excepción con su marido. La osadía de sus opiniones combinada con la osadía de su atavío y con la osadía de su biografía, de todos conocida, le sentaba de maravilla y sazónaba agradablemente las opiniones sosas de aquellos cuyo pensamiento estaba sometido a su cargo literario. Atacaba también la crítica literaria en general y los artículos de Ernst Golovanov en particular. Golovanov, por su parte, con gran dominio de sí mismo, no se cansaba de aclarar a Dinera sus errores anarquistas y sus desquiciadas opiniones pequeñoburguesas. Golovanov alargaba de buen grado esta irónica intimidación-hostilidad con Dinera porque además su trabajo literario dependía de Galajov.

—Recordad —se recostó Dinera en el sofá con un matiz de ensueño, aunque el respaldo acristalado era demasiado recto e incómodo—, recordad el coro de los dos marineros, del mismo Vishnevski, en *Drama optimista*: «¿No hay demasiada sangre en la tragedia?». «No más que en las obras de Shakespeare». ¡Eso sí es agudo! ¡Qué ocurrencia! Y ahora, al volver a ver una obra de Vishnevski, ¡esperas algo parecido! ¿Y qué encuentras? Sí, claro, es una obra realista, la imagen del Jefe es impresionante, pero y... y... ¿es todo?

—¿Cómo? —se disgustó el redactor—. ¿Le parece poco? No recuerdo haber visto en ninguna otra parte una imagen tan emocionante de Iosif Vissariónovich. En la sala, muchos lloraban.

—¡Yo misma tenía lágrimas en los ojos! —le paró Dinera—. No me refiero a esto. —Y prosiguió dirigiéndose a Golovanov—: ¡En la obra casi no hay nombres! Aparecen tres indefinidos secretarios de la organización del partido, siete jefes militares, cuatro comisarios, ¡todo un inventario! Y de nuevo salen estos «marineros-amigos» que peregrinan de Belotserkovski a Lavreniov, de Lavreniov a Vishnevski, de Vishnevski a Sobolev —Dinera balanceaba la cabeza de apellidado en apellidado con los ojos fruncidos—. Sabes por anticipado quién es bueno y quién es malo, y cómo va a terminar...

—¿Y por qué no le gusta esto? —se asombró Golovanov. Cuando la conversación era sobre el

trabajo se animaba mucho, aparecía en su cara una expresión de olfateo y seguía el rastro certero—. ¿Por qué necesita obligatoriamente un interés falso y externo? ¿Ocurre en la vida? ¿Cree que nuestros padres tenían dudas sobre cómo terminaría la guerra civil? ¿Dudamos nosotros del resultado de la guerra mundial incluso cuando el enemigo estaba en los arrabales de Moscú?

—¿Duda el dramaturgo, por otra parte, de la acogida que merecerá su obra? Explíqueme, Erik, ¿por qué nunca son un fracaso nuestros estrenos? ¿Por qué los dramaturgos no sienten ese temor, el de que fracase su estreno? ¡Palabra de honor, a veces no puedo contenerme y me meto dos dedos en la boca para lanzar unos silbidos!

Mostró graciosamente cómo lo hacía, aunque estaba claro que no iba a salirle ningún silbido.

—¡Se lo explicaré! —Golovanov no sólo no se inmutó sino que siguió el rastro cada vez con mayor seguridad—. Nuestras obras de teatro nunca fracasan ni pueden fracasar porque entre el dramaturgo y el público existe una unidad tanto en el plano artístico como en el de la percepción general del mundo...

Aquello se ponía aburrido. El redactor se arregló la corbata azul pajizo una vez, otra más, y se levantó. Una de las condiscípulas de Clara, una muchacha flacucha de aspecto agradable, no apartaba los ojos de él, abiertamente, toda la velada, y el ponente decidió ahora bailar con ella. Les tocó un *two-step*. Después de este, una de las chicas bashkirias empezó a servir helados. El redactor llevó a la muchacha al umbral de la puerta del balcón, donde se habían colocado dos sillones, le ofreció el asiento y alabó cómo bailaba.

Ella sonreía acogedora y parecía desear algo.

No era la primera vez que el joven hombre de Estado se encontraba con esa buena predisposición femenina, que todavía no había tenido tiempo de fastidiarle. Con aquella muchacha, por ejemplo, sólo sería necesario indicarle dónde y cuándo debía ir. Examinó su cuello nervioso, su pecho poco formado aún, y aprovechando que la cortina los separaba en parte de la habitación, alcanzó benévola la mano que tenía sobre la rodilla.

La muchacha dijo muy agitada:

—¡Vitali Evguénevich! ¡Qué feliz casualidad la de encontrarle aquí! No se enfade si me atrevo a molestarle en sus momentos libres. Pero en la antesala del Soviet Supremo me fue absolutamente imposible conseguir que me recibiera. —Vitali retiró su mano de la mano de la muchacha—. Hace medio año que el expediente penitenciario de mi padre, que sufre parálisis en un campo de concentración, se encuentra en la secretaría de usted, así como mi petición de indulto. —Vitali se recostó indefenso en su sillón mientras agujereaba con la cucharilla la bola del helado. La muchacha se había olvidado del suyo y al clavar la cucharilla con torpeza esta saltó dando vueltas, dejó una mancha en el vestido de la joven y cayó junto a la puerta del balcón, donde quedó abandonada—. ¡Tiene toda la parte derecha paralizada! Si le sobreviene otro ataque morirá. Es un hombre deshauciado, ¿de qué les sirve que esté en prisión?

Los labios del redactor se torcieron.

—Sabe usted, esto... es poco delicado por su parte dirigirse a mí aquí. Nuestro teléfono de servicio no es ningún secreto, telefonéeme y le concederé hora. Por lo demás, ¿por qué artículo está sancionado su padre? ¿Por el cincuenta y ocho?

—¡No, no, qué dice! —exclamó aliviada la muchacha—. ¿Me habría atrevido a pedirle nada si fuera un preso político? ¡Lo condenaron por la «Ley del 7 de Agosto»!

—De todos modos, también por la «Ley del 7 de Agosto» se han suspendido los indultos.

—Pero ¡esto es horrible! ¡Morirá en el campo de concentración! ¿Para qué tener en prisión a un condenado a muerte?

El redactor miró a la muchacha con los ojos muy abiertos y sonrió.

—Si razonáramos así, ¿qué quedaría de la jurisprudencia? ¡Ha sido condenado por un tribunal! ¡Reflexione! ¿Qué significa esto de «morirá en el campo de concentración»? Alguien tiene que morir también en esos campos. Y si le ha llegado la hora, ¿no es lo mismo dónde muera?

Se levantó disgustado y se marchó.

Tras la puerta vidriada del balcón, el movimiento de la Barrera de Kaluga: faros, chirridos de frenos, y el rojo, ámbar y verde de los semáforos bajo la nieve que no cesaba de caer.

La poco delicada muchacha recogió la cucharilla, dejó la taza, cruzó en silencio la habitación sin ser advertida por Clara ni por el ama de la casa, pasó por el comedor, donde preparaban el té y las tartas, se puso el abrigo en el pasillo y se marchó.

En dirección contraria, dejando paso a la entristecida joven, salieron del comedor Galajov, Innokenti y Dotnara. Golovanov, animado por Dinera y por su recuperado ingenio, detuvo a su protector:

—¡Nikolai Arkádievich! *Halt!* ¡Confiéselo! En el fondo de su alma usted, en realidad, no es un escritor. ¿Qué es? —(Era como una repetición de la pregunta de Innokenti, y Galajov se turbó)—. ¡Un soldado!

—¡Naturalmente, un soldado! —sonrió bravamente Galajov.

Y entornó los ojos como cuando se contempla la lejanía. Ningún día de gloria literaria dejó en su corazón tanto orgullo, y sobre todo tanta sensación de pureza, como aquel en que el diablo le llevó a abrirse paso hasta el estado mayor de un batallón semicercado. Pasó bajo una ráfaga de artillería y una lluvia de obuses de mortero, y luego, ya en el refugio sacudido por el bombardeo, comió, avanzada la tarde, en el mismo perol que otros tres miembros del estado mayor, y se sintió en pie de igualdad con aquellos veteranos guerreros.

—Siendo así, ¡permítame que le presente a mi amigo del frente, al capitán Schágov!

Schágov se mantuvo erguido, sin rebajarse con una expresión de especial respeto. Había bebido con agrado, y había bebido tanto que las plantas de los pies ya no sentían todo el peso de su presión sobre el suelo. Y del mismo modo que el suelo era ahora más dúctil, también se tornó más dúctil y más aceptable la luminosa y cálida realidad, y la enraizada riqueza desparramada y colocada a su alrededor en la casa en la que había entrado con dolorosas heridas y estómago vacío, como un explorador, pero que prometía convertirse también en su futuro.

Schágov se avergonzaba de sus modestas condecoraciones en una sociedad en la que un mozalbete sin bigote llevaba sesgada la plaquilla de la Orden de Lenin. Por el contrario, el célebre escritor, al ver las condecoraciones de guerra de Schágov, las medallas y los dos galones por las heridas recibidas, dio un fuerte impulso a su mano al estrecharle la suya:

—¡Comandante Galajov! —se presentó sonriendo—. ¿Dónde ha combatido usted? Está bien,

sentémonos, cuéntemelo.

Y se sentaron en una cama turca tapizada empujando a Innokenti y a Dotty. Querían que Ernst también se sentara, pero este les hizo un signo y desapareció. ¡Realmente, el encuentro entre dos veteranos del frente no podía producirse en seco! Schágov contó que había hecho amistad con Golovanov en Polonia, un 5 de septiembre loco del 44, cuando los nuestros irrumpieron sobre la marcha en Narev cruzando el río poco menos que sobre vigas, pues sabían que el primer día sería fácil, pero que luego no habría modo de tomarlo ni con los dientes. Se abrieron paso descaradamente entre los alemanes por un estrecho pasillo de un kilómetro, y los alemanes acudieron a cortar este pasillo poniendo en juego trescientos tanques por el norte y doscientos por el sur.

Apenas afloraron los recuerdos del frente, Schágov perdió el lenguaje con el que cada día hablaba en la universidad, y Galajov, por su parte, el lenguaje de la redacción y de las secciones literarias, y aún más el mesurado y ficticio lenguaje de autor con el que se escriben los libros. En esos lenguajes ajados y redondeados no había posibilidad de transmitir la jugosa y humeante vida del frente. E incluso después de la décima palabra necesitaron apremiantemente las palabrotas, impensables en aquel lugar.

Entonces apareció Golovanov con tres copas y una botella en la que quedaba algo de coñac. Acercó una silla para poder ver a ambos y les llenó las copas que tenían en la mano.

—¡Por el servicio militar! —exclamó Galajov entornando los ojos.

—¡Por los que no volvieron! —levantó Schágov la copa.

Bebieron. La botella vacía fue a parar detrás de la cama turca.

Una nueva embriaguez se añadió a la antigua. Golovanov hizo que la narración diera un giro hacia él: contó el día memorable en que, siendo un corresponsal de guerra recién salido del horno, con la carrera universitaria terminada hacía sólo dos meses, fue por primera vez al frente en un camión de paso (el camión en que Schágov transportaba minas antitanque), y soportó el fuego de mortero alemán en el estrecho pasillo de Dlugosedlo a Kabat, un pasillo tan estrecho que los alemanes «del norte» batían con sus morteros las posiciones de los alemanes «del sur». Fue el mismo día en que un general, al volver al frente de un permiso para visitar a su familia, se metió con su *jeep* en terreno alemán. Así se perdió.

Innokenti prestaba atención a la charla. Preguntó sobre la sensación de terror ante la muerte. Enardecido, Golovanov se apresuró a decir que en tales momentos desesperados la muerte no parece terrible, uno se olvida de ella. Schágov levantó una ceja y le corrigió:

—La muerte no da miedo hasta que te *sacude*. Yo no tenía miedo de nada hasta que lo experimenté. Me pilló un gran bombardeo y empecé a tener miedo de los bombardeos, sólo de ellos. Por lo demás: «No temas las balas que silban», si las oyes es que no te van a dar. La única bala que te puede matar es aquella que no oyes. Por lo tanto es como si la muerte no tuviera que ver contigo: si tú estás es que ella no está; si ella llega, tú ya no estás.

El gramófono tocaba ¡*Vuelve a mí, chiquillo!*

Los recuerdos de Schágov y de Golovanov carecían de interés para Galajov, porque no había sido testigo de aquella operación ni conocía Dlugosedlo ni Kabat, y también porque no había sido

un corresponsal de guerra insignificante como Golovanov, sino un corresponsal estratégico. No imaginaba los combates en un podrido puente de madera o en una estación de bombeo de agua en ruinas sino en un cuadro más amplio, en una comprensión de su congruencia a nivel de general mariscal.

Galajov rompió la conversación:

—Sí. ¡La guerra, la guerra! Nos pilla siendo absurdos ciudadanos urbanos y nos devuelve con los corazones de bronce... ¡Erik! ¿Cantabais en vuestro sector la *Canción de los corresponsales de guerra*?

—¡Ya lo creo!

—¡Ñera! ¡Ñera! —llamó Galajov—. ¡Ven! ¡Vamos a cantar la *Canción de los corresponsales*! ¡Ayúdanos!

Dinera se acercó y sacudió la cabeza:

—¡Con mucho gusto, amigos! ¡Con mucho gusto! ¡También yo estuve en el frente!

Desconectaron el gramófono y empezaron a cantar los tres redimiendo con su sinceridad la falta de calidad musical:

De Moscú a Brest
no hay lugar en el frente...

Acudieron a escucharlos. Los jóvenes miraban con curiosidad a una celebridad que no se ve todos los días.

Los vientos y el vodka
enronquecieron nuestras gargantas,
pero diremos a quien nos lo reproche...

Apenas empezó la canción, Schágov, aun conservando la misma sonrisa, se enfrió en su interior y sintió vergüenza por aquellos —que, naturalmente, no estaban presentes— que habían tragado las olas del Dnepr en el 41 y habían masticado agujas de pino en Novgorod en el 42. Los autores de la canción poco sabían del frente, que habían convertido en algo sagrado. Los corresponsales de guerra, hasta los más osados, se distinguían de los soldados regulares tan netamente como el conde que arara la tierra de su labrador: no estaban sujetos a la disposición del combate ni por el reglamento ni por orden alguna, y por ello nadie les reprendería, ni tacharía de traición su miedo, la salvación de la propia vida, la huida del campo de operaciones. De ahí que se abriera un abismo entre la psicología del soldado, cuyos pies echaban raíces en la tierra de primera línea, pues no podía irse a otra parte, y quizá debiera morir allí, y el corresponsal de guerra que disponía de alas y que en dos días podía llegar a su vivienda de Moscú. Además: ¿de dónde sacaban tanto vodka que hasta se les enronquecía la garganta? ¿De la ración del jefe del ejército? Al soldado le daban de ciento cincuenta a doscientos gramos antes de cada ataque...

Allí donde estuvimos,
no nos daban tanques,
(muere un reportero, qué importa),
y en un MK maltratado
con la pistolera al cinto,
¡entrábamos los primeros en las ciudades!

Este «entrábamos los primeros en las ciudades» hacía referencia a dos o tres anécdotas en las que unos corresponsales, que entendían poco de mapas topográficos, siguieron una buena carretera (los Emka no iban por las malas) y fueron a parar a una ciudad en tierra de nadie de la que retrocedieron como escaldados.

Con la cabeza caída, Innokenti escuchaba la canción y la comprendía también a su manera. No conocía en absoluto la guerra, pero sabía cuál era la posición de nuestros corresponsales de guerra. Nuestros corresponsales no eran los desgraciados reporteros que describía el poema. No perdían el cargo si comunicaban con retraso algún hecho sensacional. Apenas un corresponsal mostraba su carnet, era recibido como un jefe importante, como alguien con derecho a dar «instrucciones». Podía conseguir noticias ciertas y podía conseguir las falsas, podía comunicarlas al periódico enseguida o con retraso, su carrera no dependía de eso, sino de una correcta concepción del mundo. Si poseía esta correcta concepción del mundo, el corresponsal no tenía necesidad alguna de meterse en un campo de operaciones ni en un fregado: podía escribir sus comunicados en la retaguardia.

Con la muñeca arqueada, Dotty abarcaba el brazo de su marido y permanecía sentada a su lado en silencio, sin pretender decir ni comprender cosas inteligentes, y esta era la más agradable de sus conductas. Sólo quería permanecer a su lado como una esposa sumisa, para que vieran todos lo bien que vivían.

No sabía que no tardarían en baquetearla, no sabía cómo la coaccionarían, tanto si arrestaban a Innokenti *aquí* como si él escapaba y se quedaba *allá*.

Cuando sólo se preocupaba de sí misma, cuando era grosera y autoritaria, cuando procuraba destruir a los demás e imponer sus ruines opiniones, Innokenti pensaba: muy bien, que sufra, que se eduque, le será útil.

Pero había vuelto su dulzura, y él sentía la comezón de la lástima. El desconcierto.

Todo era molesto, nada era agradable, ya era hora de marcharse de aquella estúpida velada, y gracias a Dios si en casa no le esperaba algo todavía peor.

Clara abandonó la semioscura habitación, el pequeño televisor de imagen borrosa y chispeante que ajustó como pudo para los que deseaban verlo, y entró en la gran sala, donde se quedó en la puerta.

Le asombró lo bien que estaban Innokenti y Nara, la armonía que reinaba entre ellos, y comprendió una vez más lo insondables e intocables que son los secretos del matrimonio.

Aquella velada, organizada casi en exclusiva para ella, no le proporcionaba alegría, la hería y

la abatía. Iba de un lado a otro para acoger y entretener a todos, pero ella misma estaba vacía. Nada la divertía, ninguno de los invitados le parecía interesante. Y el nuevo vestido —de satén verde mate con brillantes apliques bordados en el cuello, el pecho y los puños— seguramente le sentaba tan mal como todos los anteriores.

Su amistad con aquel crítico literario cuadrado, impuesta primero y aceptada después, pero sin afecto ni ternura, no le procuraba ninguna sensación de autenticidad, incluso tenía algo de antinatural. Había permanecido media hora en el sofá, mohíno, y otra media discutiendo vanamente con Dinera. Luego había bebido con los antiguos soldados, y Clara no había sentido el impulso de cogerlo, atraerlo hacia ella y sacarlo de allí.

Y sin embargo había llegado su última oportunidad, hoy, ahora. Clara había llegado al límite de la maduración y, si ahora dejaba pasar la oportunidad, en adelante lo que encontraría sería más viejo, peor, o bien nada.

¿Es posible que hubiera ocurrido aquella misma mañana? ¡Hoy por la mañana! ¡En aquel mismo Moscú! ¿Existió aquella conversación cautivadora, la mirada extasiada del joven de ojos azules, el beso que dio un revolcón a su alma, y el juramento de *esperar*? ¿Fue hoy cuando dedicó tres horas a tejer la cestita para el árbol?

No había sucedido en la Tierra. No fue nada carnal. Aquel cuarto de siglo no pudo materializarse. Había sido un sueño.

Rostislav Doronin languidecía de felicidad en la litera superior, ora a solas con el techo abovedado que se extendía sobre él como la cúpula de los cielos, ora con la cabeza metida en la ardorosa almohada que era para él como el regazo de Clara.

Había pasado medio día desde aquel beso que le había paralizado las piernas, y todavía sentía el escrúpulo de ensuciar sus felices labios charlando sin ton ni son o comiendo con ansia.

«¡Pero usted no podría *esperarme!*», le había dicho a Clara.

Y ella había respondido:

«¿Por qué no habría de poder? Podría...».

—... Los antediluvianios como tú sólo se mantienen por la fe —restalló casi debajo de él una voz fresca y juvenil, aunque de una sonoridad ahogada para que no se oyera muy lejos—. Precisamente gracias a la fe, aunque sea una fe falsa. ¡Para vosotros, la *ciencia* nunca ha existido!

—¿Sabes qué?, esta discusión carece de sentido. Si el marxismo no es una ciencia, ¿qué es entonces la ciencia? ¿Las revelaciones de san Juan? ¿O Jomiakov y sus peculiaridades del alma eslava?

—¡La verdadera ciencia no la habéis oído siquiera! ¡No sois «creadores»! ¡Por esto no conocéis casi nada de la ciencia! ¡Todas vuestras reflexiones versan sobre fantasías, no sobre cosas materiales! ¡En la verdadera ciencia, todas las proposiciones se deducen con el máximo rigor de una proposición inicial!

—¡Mi querido *comme-il-faut!* Pues eso es lo que hacemos nosotros: toda la doctrina económica se deduce de la célula mercadería. Toda la filosofía, de las tres leyes de la dialéctica.

—El conocimiento de las cosas se confirma aplicando prácticamente las conclusiones.

—¡Hijo mío! ¿Qué estoy escuchando? ¿Criterios pragmáticos en la gnoseología? Entonces, tú eres... —Rubin puso sus gruesos labios en forma de tubo y ceceó adrede—... ¡un materialista espontáneo! ¡Aunque algo primitivo!

—¡Y tú siempre esquivas toda honesta y viril discusión! ¡Prefieres, de nuevo, arrojar a tu interlocutor tus palabras ornitológicas!

—¡Y tú, como siempre, no hablas, exorcizas! ¡Pitonisa! ¡Eres la pitonisa de Marfino! ¿Por qué imaginas que ardo en deseos de discutir contigo? Puede que para mí sea tan aburrido como meterle en la cabeza de un anciano de la época del reloj de arena que el Sol no gira alrededor de la Tierra. ¡Que gire como mejor le parezca!

—¡No quieres discutir conmigo porque no sabes discutir! ¡Vosotros no sabéis discutir porque

rehuís a los que no piensan como vosotros! ¡Para no alterar la armonía de vuestra concepción del mundo! ¡Os reunís todos y os emperráis en la interpretación de los padres de la doctrina! Tomáis los pensamientos unos de otros, y los pensamientos coinciden y toman unas proporciones... Además, en libertad —bajando la voz—, ¿quién se atreverá a discutir existiendo la Cheka? Pero, cuando vais a parar a la cárcel —sonoramente—, ¡aquí encontráis a auténticos discutidores, y os sentís como pez fuera del agua! Y no os queda sino ladrar y soltar tacos.

—A mi juicio, hasta ahora me has ladrado más tú a mí que yo a ti.

Hechizados por sus eternas divergencias, Sologdin y Rubin continuaban sentados en el lugar, ya desierto, de la fiesta de cumpleaños. Hacía rato que Abramson se había marchado a leer el *Montecristo*; Kondrashov-Ivánov, a meditar sobre la grandeza de Shakespeare; Prianchikov a hojear un ejemplar de *Ogoniok* que alguien poseía; Nerzhin a visitar al portero Spiridón; Potapov, que había ejercido hasta el final las obligaciones de un ama de casa, lavó la vajilla, devolvió las mesitas de noche a su sitio y se tendió en el catre cubriéndose la cabeza con la almohada para evitar la luz y el ruido. En la sala muchos dormían, otros leían o charlaban sin hacer ruido. Era esa hora en la que asalta la duda de si el guardia de servicio se habrá olvidado de apagar la luz normal sustituyéndola por la azul. Pero Sologdin y Rubin continuaban sentados en la cama vacía de Prianchikov, en el rincón, junto a la única mesita que quedaba.

Sin embargo, sólo Sologdin tenía ganas de discutir: para él, era un día de victorias que rebullían en su persona sin dar sosiego. Además, a tenor de su distribución del tiempo, las tardes de los domingos estaban destinadas a la diversión. ¡Y qué diversión podía haber más interesante que humillar y acorralar a un defensor de la indigencia de espíritu reinante!

Para Rubin, la discusión era pesada y absurda. No contaba con un trabajo recién terminado, sino al contrario, le había caído encima una nueva tarea más que difícil, la creación de toda una ciencia, tarea que debería emprender en solitario a la mañana siguiente, para lo cual debía economizar sus fuerzas desde la víspera. Le aguardaban también dos cartas: una de su esposa y otra de su amante. ¡Cuándo escribir la respuesta sino hoy! A la esposa para darle importantes consejos sobre la educación de los hijos; a la amante, tiernas promesas. También aguardaban a Rubin los diccionarios mogol-finés, árabe-español y otros, así como Capek, Hemingway y Lawrence. Y otra cosa más: debido al cómico espectáculo del juicio, a las insignificantes puyas de los vecinos y al ritual de la fiesta de cumpleaños, en toda la tarde no había podido entregarse definitivamente a la elaboración de un proyecto importante a escala ciudadana.

Pero la ley de las discusiones que regía en la cárcel lo tenía bien agarrado. Rubin no debía ser vencido en ninguna discusión, pues representaba en la *sharashka* la ideología de vanguardia. Por eso permanecía sentado junto a Sologdin, como si lo hubieran atado, para inculcarle ese abecé que estaba al alcance de cualquier alumno de preescolar.

Con voz más baja y más suave, Sologdin aseguró:

—La auténtica discusión, te lo digo por mi experiencia en el campo de concentración, se desarrolla como un duelo. Elegimos de común acuerdo a un árbitro, como si ahora llamáramos a Gleb. Se toma una hoja de papel, se divide por la mitad con una línea perpendicular. Arriba, a lo ancho de toda la hoja, se escribe el contenido de la discusión. Luego, cada uno expresa en su

mitad, con la máxima claridad y concisión, su punto de vista sobre la cuestión planteada. Para que no se den errores casuales en la elección de las palabras, no se limita el tiempo de esa redacción.

—Me tomas por tonto —replicó Rubin con voz soñolienta, dejando caer sus arrugados párpados. Su cara, sobre la barba, expresaba el más profundo cansancio—. ¿Qué te parece, vamos a discutir hasta el alba?

—¡Al contrario! —exclamó alegremente Sologdin con los ojos brillantes—. ¡En esto radica lo bueno de una auténtica discusión entre hombres! Las controversias vacías y las gesticulaciones se prolongan durante semanas. Pero la discusión sobre el papel termina a veces en diez minutos. Enseguida resulta evidente una cosa: o los adversarios hablan de cosas completamente distintas, o no disienten en nada. Y cuando se hace patente que tiene sentido continuar la discusión, empiezan a anotar por turno sus argumentos en ambas mitades de la hoja. Como en un duelo: ¡Ataque! ¡Respuesta! ¡Disparo! ¡Disparo! Y ya ves: la imposibilidad de rehuir las expresiones ya empleadas, y de sustituir una palabra por otras palabras, da como resultado que después de dos o tres anotaciones llegue la victoria de uno y la derrota del otro.

—¿Y no se limita el tiempo?

—¡Para conseguir la verdad, no!

—¿Y no vamos a batirnos, también, con la espada?

La cara encendida de Sologdin se ensombreció:

—Ya lo sabía. Tú eres el primero en atacarme...

—¡En mi opinión, el primero eres tú!

—... y en colgarme toda clase de apodos, de esos que tanto abundan en tu zurrón: ¡Oscurantista! ¡Retractador! —evitaba la palabra incomprensible y extranjera de «reaccionario»—. ¡Sirviente coronado! —significaba «lacayo diplomado»—. ¡Clericalista! Tenéis en reserva muchos más insultos que definiciones científicas. Y cuando te cojo por las orejas y te ofrezco discutir honradamente, no tienes tiempo, no tienes ganas o estás cansado. ¡Sin embargo, bien tuvisteis tiempo para despanzurrar todo el país!

—¡Ahora, medio mundo! —le corrigió cortésmente Rubin—. Siempre tenemos tiempo y fuerzas para la causa; pero para mover la lengua... ¿De qué hemos de hablar tú y yo? Entre nosotros ya está dicho todo.

—¿De qué? ¡Te dejo a ti la elección! —respondió Sologdin con amplio gesto galante. (¡Las armas! ¡El lugar!).

—Pues bien, elijo *nada*.

—¡Va contra las reglas!

Rubin dio unos tirones a un mechón suelto de su barba negra:

—¿Contra qué reglas? ¿Qué reglas son esas? ¿Qué Inquisición es esa? Compréndelo, para que la discusión sea fructífera es preciso que exista por lo menos alguna base común, que haya acuerdo por lo menos en algunos rasgos fundamentales...

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Es lo que yo digo: que todos reconozcan la plusvalía y la dominación obrera —en la Lengua de la Claridad Máxima se llamaba así a la dictadura del proletariado—. Y que discutan únicamente si tal garabato lo escribió Marx en ayunas o Engels después de comer.

¡No, no era posible librarse de aquel burlón! Rubín se enfureció:

—¡Comprende que esto es estúpido, compréndelo! ¿De qué podemos hablar tú y yo? La verdad, ahondemos donde ahondemos, tomemos el tema que tomemos, tú y yo somos de diferentes planetas. ¡Ya ves, por ejemplo, que incluso hoy en día el duelo te parece el mejor medio para lavar las ofensas!

—¡Pues intenta demostrar lo contrario! —se inclinó hacia atrás Sologdín, resplandeciente—. De haber duelos, ¿quién se atrevería a calumniar? ¿Quién se atrevería a empujar a los débiles con los codos?

—¡Pues tus duelistas! ¡Tus caballeros! ¡Para ti, el oscurantismo de la Edad Media, la obtusa y arrogante caballería y las cruzadas, son el cénit de la historia!

—¡Son la cumbre del Espíritu humano! —confirmó Sologdín irguiéndose y agitando el dedo por encima de la cabeza—. ¡Son el magnífico triunfo del espíritu sobre la carne! ¡Son el incontenible impulso hacia la santidad espada en mano!

—¿Y los fardos de bienes robados? ¡Eres un hidalgo abrumador!

—¡Y tú, un fanático bíblico! ¡Es decir, un «poseso»! —paró la estocada Sologdín.

—¿Entonces, para ti, Belinski, Chernishevski y nuestros mejores civilizadores son palurdos clericalistas?

—¡Son seminaristas de largas sotanas! —añadió Sologdín exultante.

—O sea, ¿que, para ti, no ya nuestra revolución, sino incluso la francesa, después de ciento cincuenta años, no es más que una estúpida revuelta de la chusma, una alucinación de los instintos diabólicos, el exterminio de una nación?

—¡Naturalmente! ¡E intenta demostrar lo contrario! ¡Toda la grandeza de Francia termina el siglo XVIII! ¿Qué hubo después de la revuelta? ¡La total degeneración del país! ¡Un batiburrillo de gobiernos, el hazmerreír de todo el mundo! ¡La impotencia! ¡La abulia! ¡La mediocridad! ¡El desastre!

Sologdín soltó una carcajada demoníaca.

—¡Salvaje! ¡Cavernícola! —se indignó Rubín.

—¡Y Francia nunca más volverá a levantarse! ¡Quizá sólo con la ayuda de la Iglesia de Roma!

—Otra cosa: la Reforma. ¿No es para ti la liberación natural de la razón humana contra los cilicios religiosos...?

—¡Es una ceguera insana! ¡El satanismo luterano! ¡Socavar Europa! ¡La autodestrucción de los europeos! ¡Peor que dos guerras mundiales!

—Vaya... ¡Pues sí que...! ¡Vaya, vaya! —intercaló Rubín—. ¡Y tú eres un fósil! ¡Un ictiosaurio! ¿De qué podemos discutir tú y yo? Tú mismo ves cómo te estás liando. ¿No es mejor que nos separemos pacíficamente?

Sologdín observó el movimiento de Rubín para levantarse y marcharse. ¡Era algo que no podía permitir de ninguna manera! Se iba la diversión, una diversión que aún no había tenido lugar. Sologdín se refrenó al instante y se dulcificó hasta lo irreconocible:

—Perdona, Lióvuchka, me he exaltado. Naturalmente, es tarde y no insisto en que toquemos cuestiones principales. Pero comprobemos solamente el procedimiento de la discusión-duelo con

algún tema elegante y ligero. Te doy a elegir entre algunos «títulos» —eso significaba *temas*—. ¿Quieres discutir sobre literatura? Es tu terreno, no el mío.

—Vete al...

Era el momento de marcharse sin sufrir oprobio. Rubin se incorporó, pero Sologdin se revolvió con ademán de prevenirle:

—¡Muy bien! Un título de tema moral: «¡La importancia del orgullo en la vida de un hombre!».

Rubin movió las mandíbulas con aire aburrido:

—¿Somos acaso colegiales?

Y se puso en pie entre las camas.

—Muy bien, qué título... —le cogió Sologdin del brazo.

—Mira, vete a la... —se libró Rubin riendo—. ¡En tu cabeza está todo patas arriba! Eres el único varón sobre la Tierra que todavía no admite las tres leyes de la dialéctica. ¡Y de ellas se deduce todo lo demás!

Sologdin rechazó esta acusación con la clara y rosada palma de su mano:

—¿Que no las admito? Ahora las admito.

—¿Cóóó-mo? ¿Admites la dialéctica? —Rubin ceceó con los labios en tubo—. ¡Mi polluelo! ¡Deja que te bese! ¿La admites?

—¡No sólo la admito sino que *reflexiono* sobre ella! ¡Durante dos meses he pensado en ella por las mañanas! ¡Y tú no!

—¿Incluso reflexionas? ¡Cada día que pasa eres más inteligente! Pero en este caso, ¿de qué podemos discutir?

—¿Cómo? —se indignó Sologdin—. ¿De nuevo no sabes sobre qué? ¡Si no hay una base común, no hay de qué discutir, si hay una base común tampoco hay de qué discutir! ¡Nada, nada, ahora ten la bondad de discutir!

—Pero ¿qué coacción es esa? ¿De qué hemos de discutir?

Sologdin se levantó tras Rubin y agitó los brazos:

—¡Por favor! Acepto el combate en las condiciones más desfavorables para mí. ¡Os voy a vencer con un arma arrancada de vuestras propias sucias garras! ¡Vamos a discutir sobre el tema de que *vosotros* no comprendéis vuestras tres leyes! Bailáis alrededor de la hoguera como caníbales pero no comprendéis qué es el fuego. ¡Te puedo cazar una y otra vez con esas leyes!

—¡Está bien, cázame! —no pudo dejar de gritar Rubin, irritado consigo mismo pero de nuevo enfangado.

—Muy bien —Sologdin se sentó—. Siéntate.

Rubin permaneció de pie.

—A ver, ¿cómo sería más fácil...? —saboreó Sologdin—. Estas leyes nos indican la *dirección* del desarrollo, ¿verdad? ¿O no es así?

—¿La dirección?

—¡Sí! Hacia dónde se desarrollará... eh, eh... —se atragantó— un proceso, ¿no?

—Naturalmente.

—¿Y en qué ves tú esto? ¿En qué, precisamente? —interrogó fríamente Sologdin.

—Bueno, en las propias leyes. Nos reflejan el movimiento.

Rubin se sentó también. Empezaron a hablar en voz baja, de una manera activa.

—¿Cuál de esas leyes nos da la dirección?

—Bueno, la primera no, naturalmente... La segunda. Quizá la tercera.

—Hum. ¿La tercera nos la da? ¿Y cómo definirlo?

—¿El qué?

—El movimiento, ¡qué va a ser!

Rubin frunció el ceño:

—Escucha, ¿para qué esta escolástica?

—¿Esto es escolástica? No conoces las ciencias exactas. Si una ley no nos da correlaciones numéricas y tampoco conocemos la dirección del desarrollo, no sabemos en general nada de nada. Muy bien. Abordémoslo por otro lado. Tú repites a menudo, con mucha facilidad, «la negación de la negación». Pero ¿qué entiendes por estas palabras? Por ejemplo, ¿puedes afirmar que la negación de la negación se da siempre en el curso de un desarrollo?

Rubin reflexionó un instante. La pregunta era inesperada, no se formulaba como era habitual. Sin embargo, como suele hacerse en las discusiones, se apresuró a responder para no manifestar exteriormente su vacilación:

—Fundamentalmente, sí... La mayoría de las veces.

—¡Lo ves! —bramó satisfecho Sologdin—. ¡Tenéis toda una jerga: «fundamentalmente», «la mayoría de las veces»! Habéis elaborado miles de palabritas semejantes para no tener que responder directamente. Si os dicen «la negación de la negación», en vuestra cabeza aparece impreso: un grano, de este un tallo, y de este diez granos. ¡Insufrible! ¡Un fastidio! Responde francamente: ¿*Cuándo* se da la «negación de la negación» y *cuándo* no se da? ¿Cuándo hay que esperarla y cuándo es imposible?

No quedaba ni rastro de la indolencia de Rubin, que se concentró y reunió todos sus pensamientos dispersos en esta discusión, una discusión inútil pero de todos modos importante.

—Bueno, ¿y qué importancia práctica tiene el «cuándo se da» y el «cuándo no se da»?

—¡Muy bonito! ¿Qué importancia *práctica* tiene una de las tres leyes fundamentales de las que lo deducís *todo*? A ver, ¿cómo es posible hablar con vosotros?

—¡Pones el carro delante del caballo! —se indignó Rubin.

—¡De nuevo la jerga! ¡Jerga! Es decir, el «galimatías»...

—¡El carro delante del caballo! —insistió Rubin—. Pero nosotros, los marxistas, consideraríamos deshonroso deducir el análisis concreto de los fenómenos a través de las leyes definidas de la dialéctica. Por eso no necesitamos en absoluto saber «cuándo se da» y «cuándo no se da»...

—¡Pues yo te responderé ahora mismo! Y enseguida me dirás que ya lo sabías, que es comprensible, que se sobreentiende... Pues escucha: cuando es *posible* obtener la anterior calidad de una cosa a través de un movimiento en dirección contraria, ¡la negación de la negación *no se da*! Por ejemplo, si una tuerca está fuertemente apretada y es preciso desenroscarla, la

desenroscas. Es un proceso inverso, el paso de la cantidad a la calidad, ¡pero no es ninguna negación de la negación! Por el contrario, si moviéndote en dirección contraria es imposible reproducir la calidad anterior, entonces el desarrollo *puede* pasar por la negación, pero siempre que se admitan las repeticiones. Es decir, los cambios irreversibles sólo serán negaciones cuando sea posible la negación de las propias negaciones.

—Iván es un hombre, no-Iván es un no-hombre —murmuró Rubin—, actúas como en unas barras paralelas...

—Con una tuerca. Si al atornillarla rompes la rosca, al desatornillarla ya no le devolverás su calidad anterior: una rosca intacta. Ahora bien, sólo se puede reproducir esa calidad de la siguiente manera: arrojar la tuerca al crisol, luego estampar un vástago seisavado, agujerearlo y finalmente hacer una nueva rosca.

—Escucha, Mitiai —le detuvo pacíficamente Rubin—, no es posible exponer seriamente la dialéctica con una tuerca.

—¿Por qué no? ¿Por qué una tuerca ha de ser peor que un grano de trigo? Ninguna máquina se sostendría sin tuercas. Así pues, cada uno de los estados enumerados es irreversible, es la negación del anterior, y la nueva tuerca, en relación con la vieja, la estropeada, es la negación de la negación. ¿Sencillo? —y levantó su barbita cortada a la francesa.

—¡Espera! —descubrió Rubin—. ¿En qué me has refutado? A ti también te da como resultado que la tercera ley da la dirección del desarrollo.

Sologdin se inclinó con la mano en el pecho:

—Si no poseyeras esta peculiar rapidez de reflexión, Lióvchik, es dudoso que tuviera el honor de conversar contigo. ¡Sí, me la da! ¡Pero lo que da una ley es algo que hay que aprender, amigo mío! ¿Sois capaces, vosotros? Tú, por ejemplo, has deducido que nos da la dirección. Pero respondamos: ¿la da siempre? ¿En la naturaleza inanimada? ¿En la animada? ¿En la sociedad? ¿Eh?

—Bueno, qué quieres —dijo Rubin pensativo—. Puede que en todo esto haya un grano de racionalidad. Pero en general, señor mío, son palabras huecas.

—¡La palabra hueca lo serás tú! —cortó Sologdin con la palma de la mano, animado de nuevo ardor—. ¡Tres leyes! ¡Tres leyes *vuestras!* — dijo como si blandiera una espada entre una multitud de sarracenos—. ¡No comprendéis ninguna, aunque de ellas lo deduzcáis todo!

—¡Ya te he dicho que *no* lo deducimos!

—¿No lo deducís de las leyes? —se asombró Sologdin deteniendo el degüello.

—¡No!

—Entonces, qué son para vosotros, ¿una cola postiza para el caballo? ¿Y de dónde, pues, habéis sacado hacia qué lado va a desarrollarse la sociedad?

—¡Escucha! —replicó Rubin canturreando machaconamente—. ¿Eres un hombre o un pedazo de alcorcho? Nosotros resolvemos todas las cuestiones partiendo del análisis concreto del material, ¿comprendes? Resolvemos cualquier cuestión social partiendo del análisis del contexto de clases.

—Entonces, ¿para qué os sirven las tres leyes? —se enfureció Sologdin en disonancia con el

silencio de la sala—. ¡No se necesitan en absoluto!

—¿Por qué no?, son muy útiles —objetó Rubin.

—¿Para qué, si de ellas no se deduce nada? Si ni siquiera cabe recibir de ellas la dirección del desarrollo, son palabras huecas, ¿no? Si sólo es preciso repetir como un papagayo «la negación de la negación», ¿para qué diablos sirven?

... Potapov intentaba vanamente cubrirse con la almohada para huir del ruido creciente que armaban, pero al fin se enfadó, se arrancó la almohada de la oreja y se incorporó en la cama:

—¡Escuchad, amigos! Si no tenéis sueño, respetad el de los demás, y... —señaló sesgadamente para arriba con el dedo el lugar donde yacía Ruska— podríais encontrar un lugar más adecuado.

Tanto la irritación de Potapov, tan propenso a un mesurado orden, como el silencio que reinaba en toda la sala semicircular, que ahora podían percibir especialmente, como la presencia de chivatos a su alrededor (aunque Rubin podía gritar sin miedo sus convicciones), habrían obligado a volver a la realidad a cualquier persona sensata.

Pero aquellos dos volvieron a la realidad sólo en parte. Su larga discusión, que no era la primera ni la décima, no había hecho más que empezar. Comprendían que era preciso salir de la sala, pues ya no podían ni callarse ni desengancharse. Salieron echándose puyas uno a otro hasta que se los tragó la puerta del pasillo.

Y casi inmediatamente después de su salida se apagó la luz blanca y se encendió la luz azul nocturna.

Ruska Doronin, cuya oreja estaba alerta y más cercana que las de los demás, habría sido, sin embargo, el último en recoger «material» contra ellos. Había oído la alusión de Potapov, expresada a medias, la había comprendido aún sin ver el dedo que le apuntaba, y experimentaba ese aflujo de insoluble disgusto que provoca en nosotros el reproche de una persona cuya opinión respetamos.

Cuando se ingenió el juego doble con los *oper* lo previo todo, burló la vigilancia de los enemigos y estaba en vísperas de un sonado triunfo con el asunto «de los 147 rublos», ¡pero se encontraba indefenso ante las suspicacias de los amigos! Su proyecto en solitario era objeto de desprecio y oprobio precisamente por ser tan fuera de lo usual y tan secreto. Le asombraba que aquellas personas maduras, sensatas y experimentadas no tuvieran la suficiente amplitud de miras para comprenderle y creer que no era un traidor.

Y como suele suceder cuando perdemos la buena disposición de las personas, apreciamos tres veces más a aquellos que continúan apreciándonos. ¿Y si esta persona es además una mujer? ¡Clara! ¡Ella comprendería! Mañana se sinceraría con ella en lo de esta aventura y ella lo entendería.

Y sin esperanza alguna de dormirse, ni tampoco ningún deseo de hacerlo, se retorció en su recalentada cama ora recordando los ojos inquisitivos de Clara, ora tanteando con más seguridad un plan de fuga bajo el alambre de espino del barranco hasta la carretera, y de allí, enseguida, al centro de la ciudad en autobús.

Una vez en la ciudad, Clara le ayudaría.

En un Moscú de siete millones de habitantes es más difícil encontrar a un hombre que en toda la desértica región de Vorkuta. ¡Debía huir a Moscú!

La amistad de Nerzhin con el portero Spiridón era lo que Rubin y Sologdin llamaban benévola «acudir al pueblo» y buscar esa gran verdad del pueblo llano que antes de Nerzhin habían buscado en vano Gógol, Nekrásov, Herzen, los eslavófilos, los de Naródnaya Volia, Dostoyevski, Lev Tolstói y, finalmente, el difamado Vasisuali Lojankin^[44].

Rubin y Sologdin, por su parte, no buscaban esta verdad «del pueblo llano», pues eran poseedores de la transparente Verdad Absoluta.

Rubin sabía muy bien que el concepto de «pueblo» era un concepto inventado, una ilegítima generalización, y que todo pueblo se divide en clases, e incluso las clases cambian con el tiempo. Buscar la más alta comprensión de la vida en el campesinado era un trabajo mísero e infructuoso, pues sólo el proletariado era investigable y revolucionario hasta el fin, a él pertenecía el futuro, y esa alta comprensión de la vida solamente podía extraerse de su colectivismo y de su abnegación.

No menos bien sabía Sologdin que el «pueblo» es una indiferente pasta de la historia con la que se modelan los pies bastos y gruesos, pero indispensables, del Coloso Espíritu. «Pueblo» es la denominación general de un conjunto de seres grises y groseros que tiran sin esperanzas del atelaje al que han sido enganchados desde su nacimiento, y del que sólo la muerte los libera. Únicamente algunas personalidades brillantes aisladas, como intensas estrellas desparramadas por el oscuro cielo de la existencia, conllevan una alta comprensión.

Y ambos sabían que Nerzhin vencería la crisis, maduraría y revisaría sus pensamientos.

Efectivamente, Nerzhin había pasado muchas crisis y se había liado con muchos radicalismos.

Languideciendo de dolor por el «hermano doliente», la literatura rusa del siglo pasado había creado en él, como en todos los que la descubrían por primera vez, una imagen del Pueblo con atavío de plata y nimbo de cabellos grises, una imagen que reunía la sensatez, la pureza moral y la grandeza espiritual.

Pero esto era algo aparte, en los estantes de las librerías y en algún lugar de por *allá*, en los campos y encrucijadas del siglo XIX. Ahora el cielo se había extendido, estábamos en el siglo XX, y hacía tiempo que estos lugares ya no existían bajo el cielo de Rusia.

Tampoco existía ya ninguna Rusia sino la Unión Soviética, y en ella una gran ciudad. En esta ciudad creció el joven Gleb, sobre él llovieron los éxitos del cuerno de la ciencia, y el joven observó que era rápido de comprensión pero que había otros más rápidos todavía que él y con una aplastante cantidad de conocimientos. Y el Pueblo continuaba en el estante. La «comprensión» era la siguiente: sólo cuentan como importantes las personas que llevaban en su cabeza la carga de la

cultura mundial, los enciclopedistas, los expertos en el mundo antiguo, los que valoraban la elegancia, los hombres muy cultos y polifacéticos. Y había que pertenecer a los elegidos. Que lloraran los fracasados.

Empezó la guerra, y Nerzhin fue destinado a conductor de carros. Ahogándose de humillación, corría torpemente por el prado tras los caballos para embridarlos o saltar sobre sus lomos. No sabía montar, no sabía colocar los arreos, no sabía coger heno con la horca, y hasta los clavos se torcían irremisiblemente bajo su martillo como desternillándose de risa ante tan torpe artesano. Cuanta más amargura anegaba a Nerzhin, más densa era a su alrededor la risa-relincho del Pueblo mal afeitado, mal hablado, despiadado y muy desagradable.

Más tarde, Nerzhin consiguió llegar a oficial de artillería. De nuevo se rejuveneció y recuperó su destreza. Se ceñía el correaje y blandía con elegancia una vara recién cortada, pues no solía llevar otra carga. Subía gallardamente al estribo del camión, soltaba arrogantes tacos, estaba dispuesto a cualquier salida a medianoche y bajo la lluvia, y conducía a un Pueblo obediente, fiel, cumplidor, y por lo tanto muy agradable. Y este pequeño pueblo propio le producía la verosímil sensación de que escuchaba sus charlas políticas sobre el otro gran Pueblo que se había puesto en pie como un solo hombre.

Luego arrestaron a Nerzhin. Ya en las primeras cárceles de investigación, o en las de tránsito, así como en los primeros campos de concentración, que fueron para él golpes obtusos y mortales, le horrorizó la otra cara de algunos hombres «elegidos». En unas condiciones en que sólo la firmeza, la voluntad y la fidelidad a los amigos ponían de manifiesto la esencia de cada preso y decidían la suerte de sus camaradas, esos refinados, sensibles y cultos amantes de lo elegante resultaban a menudo unos cobardes que se rendían rápidamente y, con su cultura, se mostraban repulsivamente sutiles para justificar la bajeza cometida, degenerando rápidamente en delatores y pedigüños. Nerzhin se veía a sí mismo casi igual a ellos. Y se apartó de aquellos a cuyo grupo consideraba antes un honor pertenecer. Se mofaba con odio de lo que antes adoraba. Procuraba ser más sencillo, librarse de los últimos hábitos de cortesía y untuosidad intelectual. En la época de sus fracasos sin solución, en los abismos de su quebrado destino, Nerzhin consideraba que la única gente valiosa e importante era la que serraba la madera con sus propias manos, la que cortaba el metal, labraba la tierra o fundía el hierro. Nerzhin procuraba imitar a los hombres del trabajo sencillo, tanto en la sabiduría de unas manos capaces de hacerlo todo como en su filosofía de la vida. De esta manera, el círculo se cerró para Nerzhin cuando adoptó la moda del siglo pasado, la de ir al «pueblo», bajar al «pueblo».

Pero este círculo cerrado tenía hoy la colita de una espiral inaccesible a nuestros abuelos. Para «bajar al pueblo», el culto presidiario Nerzhin no tenía que hacer como los cultos señores del siglo XIX, no tenía necesidad de disfrazarse ni de tantear escalera alguna: a él le habían arrojado sencillamente al pueblo, con sus desgarrados pantalones acolchados, con su chubasquero manchado, y le habían ordenado cumplir una norma de trabajo. Nerzhin compartía la suerte de las personas sencillas no como un señor condescendiente, siempre diferente y por tanto ajeno a ellas, sino como uno de tantos, indistinguible entre todos, igual entre iguales.

Y Nerzhin tuvo que aprender también a clavar un clavo recto en el punto preciso, y a cepillar

una tabla para adaptarla a otra, pero no para ponerse a la altura de los campesinos, sino para ganarse un pedazo de pan húmedo al día. Después del duro aprendizaje en el campo de concentración, Nerzhin perdió otra de las cosas que le encantaban. Comprendió que no podía continuar «bajando», no había por qué ni adonde bajar. Resultó que el Pueblo no tenía sobre él ninguna superioridad que debiera a sus tupidas alpargatas. Después de sentarse en la nieve con aquella gente obedeciendo los gritos de la escolta, después de esconderse con ellos del capataz en los recovecos de la obra, después de arrastrar con ellos las parihuelas bajo la helada y de secar los *portianki* en la barraca, Nerzhin vio claramente que esa gente no estaba en absoluto por encima de él. No soportaban con mayor firmeza que él el hambre y la sed. No tenían el espíritu más endurecido ante el muro pétreo de una condena a diez años. No eran más previsores y listos que él en los duros momentos de los traslados y de los cacheos. En cambio, eran más ciegos y confiados con los chivatos. Eran una presa más fácil para los burdos engaños de los jefes. Esperaban una amnistía cuando para Stalin habría sido más fácil estirar la pata que concederla. Cuando alguno de los policías del campo estaba de buen humor y sonreía, ellos se apresuraban a responderle con una sonrisa. Además, codiciaban en alto grado los pequeños bienes: cien gramos «complementarios» de torta de trigo agriada, unos deformes pantalones de trabajo, con tal de que fueran un poco más nuevos o más coloridos.

En su mayoría carecían de ese «punto de vista» que llega a ser más apreciado que la propia vida.

Sólo quedaba la solución de ser uno mismo.

Después de superar esas ilusiones, Nerzhin comprendió —¿definitivamente?— al Pueblo de otra manera, de una manera que no había leído en ninguna parte: Pueblo no son todos los que hablan nuestro idioma, pero tampoco unos elegidos marcados con el signo de fuego de la genialidad. La gente se convierte en Pueblo no por su nacimiento, ni por el trabajo de sus manos, ni por las alas de su cultura.

Sino por su espíritu.

Cada uno se forja su propio espíritu, de año en año.

Hay que procurar templar y laminar un alma que le permita a uno ser *un hombre*. Y, a partir de ello, una partícula de su pueblo.

Con un alma así, el hombre no suele tener éxito en la vida, en los cargos, en la riqueza. Por eso el «pueblo» no se instala preferentemente en las cimas de la sociedad.

A su llegada a la *sharashka*, Nerzhin se había fijado enseguida en Spiridón, un pelirrojo de cabeza redonda en cuyo rostro nadie que no estuviera acostumbrado podía distinguir la expresión de respeto de la de burla. Aunque en la *sharashka* había también carpinteros, cerrajeros, torneros, Spiridón se distinguía completamente de ellos por una calidad que no admitía dudas acerca de que él era el representante de ese Pueblo del que convenía extraer tantas cosas.

Pero Nerzhin tropezaba con una dificultad: no encontraba una excusa para trabar una amistad más íntima con Spiridón, no tenía aún de qué hablar con él, no se encontraban en el trabajo y vivían en salas separadas. Un pequeño grupo de trabajadores vivía en una sala aparte, entretenía sus ocios aparte y, cuando Nerzhin empezó a visitar a Spiridón, tanto él como sus vecinos de catre determinaron unánimemente que Nerzhin era un «lobo» en busca de una presa para el *oper*.

El propio Spiridón consideraba que su posición en la *sharashka* era ínfima, y no podía imaginar por qué los *oper* le ponían cerco, pero, como sea que «ellos» no dejaban al margen ninguna carroña, era preciso ponerse en guardia. Al entrar Nerzhin en la sala, Spiridón iluminaba ficticiamente su rostro, le hacía sitio en el catre y empezaba a contar con aire estúpido algo que estuviera en las antípodas de la política: cómo pescaban el pez del remanso con arpón, cómo lo enganchaban por las agallas con una horquilla de mimbre en aguas mansas, y también cómo pescaban con red; o, de igual modo, cómo iba a la caza del alce y del oso pardo (¡guárdate del oso negro con mancha blanca!); o cómo alejaban a las serpientes con hierba pulmonaria, y lo buena que es para la guadaña la hierba del pájaro carpintero. Había también un largo relato sobre el año 1920, cuando él cortejaba a su Marfa Ustinova y ella participaba en el teatro de aficionados del club de la aldea; la habían prometido a un rico molinero, pero ella, por amor, concertó la huida con Spiridón, y el día de san Pedro se casaron a escondidas.

Al propio tiempo, los ojos de Spiridón, enfermizos y poco inquietos, añadían por debajo de las espesas cejas rojizas: «¿A qué vienes, lobo? Ya ves que no llenarás la panza».

En realidad, cualquier chivato se habría desengañado hacía tiempo y habría abandonado a aquella víctima tan terca. La curiosidad no habría sido suficiente para visitar pacientemente a Spiridón cada domingo por la tarde y escuchar sus confesiones de caza. Pero Nerzhin, que al principio visitaba a Spiridón con timidez, ese Nerzhin que deseaba insaciablemente entender en la cárcel lo que en libertad no había reflexionado a fondo, no cejaba, mes tras mes, y no sólo no se cansaba de los relatos de Spiridón, sino que estos eran para él una bocanada de aire fresco, exhalaban el aire húmedo de la ribera de un río crepuscular, le oreaban con el vientecillo diurno de

un campo, lo trasladaban a esos siete años únicos en la vida de Rusia, los siete años de la NEP, algo sin par en la Rusia rural, ni a nada parecido, desde el primer desbroce de un denso bosque, antes aún de Riurik, hasta la última descentralización de los koljoses. Aquellos siete años habían pillado a Nerzhin cuando aún su razón no había madurado, y lamentaba mucho no haber nacido antes.

Entregado a la cálida y resquebrajada voz de Spiridón, ni una sola vez había intentado Nerzhin saltar a la política con alguna pregunta maliciosa. Y Spiridón empezó a confiar gradualmente. Sin que le forzaran, se sumergía en el pasado, dejaba que cediera el puño cerrado de la continua vigilancia, y el corte profundo de los surcos de su frente se convertía en arrugas mientras una luz suave iluminaba su rostro rojizo.

Sólo la vista perdida impedía a Spiridón leer libros en la *sharashka*. Adaptándose al modo de hablar de Nerzhin, a veces introducía (las más de las veces sin querer) palabras tales como «principio», «período» o «análogamente». Y un día recordó el nombre de Yesenin, que había oído en la escena en la época en que Marfa Ustinova actuaba en el círculo rural de aficionados.

—¿Yesenin? —Nerzhin no se lo esperaba—. ¡Magnífico! Tengo un libro en la *sharashka*. Actualmente es una rareza —y trajo un librito con la sobrecubierta llena de otoñales hojas de arce recortadas. Sentía gran interés por ver si ahora se realizaba un milagro: si Spiridón, semianalfabeto, comprendía y valoraba a Yesenin.

El milagro no se produjo, Spiridón no recordó ni una línea de lo que antes oyera, pero valoró entusiásticamente *La guapa Taniúsha* y *La trilla*.

Dos días después, el comandante Shikin llamó a Nerzhin y le ordenó que entregara el *Yesenin* a la censura. Nerzhin no supo quién lo había denunciado. Pero después de haber sufrido públicamente las iras del *oper* y de haber perdido el *Yesenin*, al parecer por culpa de Spiridón, Gleb se ganó definitivamente su confianza. Spiridón empezó a tutearlo, y ahora ya no hablaban en la sala, sino bajo el tramo de la escalera interior de la cárcel, donde nadie los oía.

A partir de entonces, en los cinco o seis domingos últimos, en los relatos de Spiridón chispeaba la profundidad tiempo ha deseada. Tarde tras tarde, desfilaba ante Nerzhin la vida de un solo granito de arena, de un campesino ruso que tenía diecisiete años cuando estalló la revolución y pasaba de los cuarenta al empezar la guerra contra Hitler.

¡Qué cascadas se habían volcado sobre él! ¡Qué olas habían erosionado el pelirrojo cráneo de Spiridón! A los catorce años se convirtió en cabeza de familia (al padre lo habían movilizado y enviado a la guerra mundial, donde lo mataron) e iba a segar con los ancianos «en medio día aprendí a segar». A los dieciséis trabajaba en una fábrica de vidrio e iba a los mítines bajo las banderas rojas. Cuando entregaron la tierra a los campesinos, corrió al pueblo y tomó una parcela. Aquel año, su madre, sus hermanitos, sus hermanas y él doblaron a fondo el espinazo, y por la Intercesión tenían su trigo. Sólo que a partir de Navidad empezaron a llevarse mucho de este trigo para la ciudad: dame, dame más. Después de Pascua, el Spiridón de dieciocho años pasó a tener diecinueve y lo llamaron a filas en el Ejército Rojo. Abandonar la tierra para entrar en el ejército no era ninguna ventaja para Spiridón, y él y otros jóvenes se marcharon al bosque, donde se convirtieron en Verdes «no nos toquéis y no os tocaremos». Luego también el bosque se les hizo

estrecho y fueron a parar a los Blancos (los Blancos aparecieron por allí por poco tiempo). Les preguntaron si había entre ellos un comisario; no lo había, pero fusilaron al que llevaba el mando, para meter miedo, y a los demás les ordenaron que se pusieran escarapelas tricolores y les dieron fusiles. En general, los usos de los Blancos eran los antiguos, como en tiempo del zar. Combatieron un poco por los Blancos hasta que los rojos les hicieron prisioneros (tampoco se defendieron demasiado, ellos mismos se entregaron). Entonces, los rojos fusilaron a los oficiales y ordenaron a los soldados que se quitaran la escarapela de la gorra y se pusieran unos lazos rojos.

Y Spiridón se quedó con los rojos hasta el fin de la guerra civil. Estuvo también en Polonia. Después de Polonia, su unidad fue movilizada para el trabajo y de ninguna manera lo soltaban. Y algo más tarde, por carnaval, los llevaron a San Petersburgo. La primera semana de cuaresma avanzaron directamente sobre el mar, por el hielo, y tomaron no sé qué fuerte. Sólo después de esto pudo Spiridón marcharse a casa.

Volvió a su pueblo en primavera y se echó sobre su tierra querida y conquistada. No volvía de la guerra como otros, no volvía mimado por la fortuna ni convertido en un cabeza loca. Se abrió camino rápidamente «los buenos amos, de las piedras sacan panes», se casó, crio caballos...

En aquella época, las mentes de las autoridades se abrieron: continuaban apoyándose en los pobres, pero la gente no quería ser pobre sino enriquecerse, y los miserables también querían poseer; los que amaban el trabajo, claro. Lanzaron entonces al viento esta palabra: *intensivnik*. La palabra se refería a los que querían llevar bien la hacienda sin jornaleros basándose en la ciencia y en la intuición. Y con la ayuda de su mujer, Spiridón Yegorov se convirtió en un *intensivnik*.

«Está bien casarse, eso es media vida», solía decir Spiridón. Marfa Ustinova era la principal felicidad de su vida, y su principal éxito. Gracias a ella no bebía y se mantenía alejado de reuniones vacías. Ella le daba un hijo cada año, dos niños y después una niña, pero los partos no la separaban un palmo de su marido. Tiraba de su carro: ¡levantar la hacienda! Sabía leer, leía la revista *El Agrónomo Autodidacta*, y de este modo Spiridón se convirtió en *intensivnik*.

Tenían muchas atenciones con los *intensivnik*: les concedían préstamos, semillas. Un éxito seguía a otro, el dinero llamaba al dinero, y ya Marfa y él proyectaban construir una casa de ladrillo sin sospechar que aquella ventura tocaba a su fin. Spiridón estaba muy bien considerado, le hacían sentar en el presidium, era un héroe de la guerra civil, y figuraba en el partido.

Y fue entonces cuando él y Marfa tuvieron un incendio que lo quemó todo de raíz, a duras penas consiguieron sacar a sus hijos del fuego. Y se convirtieron en pobretones, en nada.

Mas no tuvieron ocasión de apenarse por mucho tiempo. Apenas empezaban a restaurar lo quemado cuando vino rodando del lejano Moscú la represión contra los *kulaks*. Y todos aquellos *intensivnik* que el mismo Moscú había promocionado insensatamente, ahora, con la misma insensatez, eran rebautizados con el nombre de *kulaks* y abroncados. Y Marfa y Spiridón se alegraron de no haber tenido tiempo de construir la casa de ladrillo.

Por enésima vez, el destino humano hacía gala de sus misterios, y la desgracia se convertía en beneficio.

En lugar de ir a morir a la tundra escoltado por la GPU^[45], Spiridón Yegorov fue nombrado «comisario de colectivización» para reunir a la gente en koljoses. Empezó a llevar un espantoso

revólver en la cadera, y a entregar a la policía a *kulaks* y a no *kulaks* —a los que figuraban en la lista— con lo que llevaban puesto, sin bagaje.

En este, como en otros avatares de su destino, Spiridón no se prestaba a una fácil interpretación ni a un análisis marxista. Nerzhin no se lo reprochaba ahora ni le inquietaba, pero podía comprender lo que nebulosamente se había concentrado en el alma de Spiridón. Empezó a beber, y bebía como si antes todo el pueblo hubiera sido suyo y ahora lo hubiera cedido por entero. Había aceptado el grado de comisario, pero no sabía mandar. No observó que los campesinos sacrificaban su ganado, entraban en el koljós sin un cuerno vivo, sin una pezuña viva.

Por todo ello destituyeron a Spiridón de comisario, y no se contentaron con ello, sino que le ordenaron poner las manos en la espalda y lo llevaron a la cárcel con un policía detrás y otro delante, las pistolas desfundadas. Lo juzgaron rápidamente («aquí, después de este período, a nadie tardaban en juzgar»). Lo condenaron a diez años por «contrarrevolución económica» y lo mandaron a construir el canal del Mar Blanco. Y, cuando estuvo terminado, al canal Moscova-Volga. En los canales, Spiridón trabajaba unas veces de cavador y otras de carpintero, recibía una buena ración, y su alma sólo sufría por Marfa, abandonada con tres hijos.

Más tarde, Spiridón consiguió la revisión del proceso. Le cambiaron la contrarrevolución económica por «abuso económico», y de esta manera pasó de los «socialmente extraños» a los «socialmente próximos». Lo llamaron y le comunicaron que ahora le confiarían el fusil de «presoguarda». Y aunque Spiridón, como buen presidiario, denostaba con las peores palabras a los soldados de escolta, y con mayor énfasis a los presos-guardas, cogió el fusil que le ofrecían y condujo bajo escolta a sus camaradas de ayer, pues esto disminuía el plazo de su condena y le proporcionaba cuarenta rublos mensuales para enviar a casa.

Poco después, el jefe del campo, que llevaba dos «rombos», lo felicitó por su liberación. Spiridón no inscribió su documentación en el koljós sino en una fábrica, se llevó para allá a Marfa y a los niños, y en breve tiempo figuraba ya en la tabla de honor como uno de los mejores sopladores de vidrio. Hacía horas extraordinarias para recuperar todo lo que había perdido del incendio hasta ese día. Pensaban ya en una pequeña cabaña con un huerto, y en cómo continuar la educación de sus hijos. Cuando estalló la guerra, los niños tenían quince, catorce y trece años. El frente no tardó en acercarse a su pueblo. Las autoridades enviaban al este a todo el que podían, y consiguieron evacuar a todo el pueblo.

En cada nuevo giro del destino de Spiridón, Nerzhin no decía esta boca es mía, a la espera de lo que su amigo iba a arrojarle todavía. Había supuesto que Spiridón se quedaría a esperar a los alemanes por guardar rencor a las autoridades después del campo de concentración. ¡En absoluto! Spiridón se comportó al principio como en las mejores novelas patrióticas: enterró los bienes que tenía, y, apenas hubieron embarcado la maquinaria de la fábrica en los vagones y hubieron distribuido carros a los obreros, hizo subir en uno de ellos a sus tres hijos y a su esposa, y... «si el caballo es de otro y el látigo no es tuyo, ¡arrea y no te pares!», se retiró desde Pochep a Kaluga como muchos otros miles.

Pero en Kaluga algo se rompió. El torrente humano se deshizo en no se sabe qué direcciones, ya no eran miles sino sólo cientos, y además tenían la intención de llevar a los hombres al ejército

en la primera comandancia militar. Las familias, que continuarán por sus propios medios.

Y entonces, sólo cuando quedó claro que debía separarse de su familia, Spiridón, sin dudar en absoluto de las razones que le asistían, se escondió en el bosque, esperó la llegada de la línea del frente y, con el mismo carro y el mismo caballo —que ya no eran de la Administración sino algo que podía quedarse y guardar para sí—, llevó a su familia de regreso, de Kaluga a Pochep, a su aldea tradicional, donde se instaló en una casa que estaba libre. Allí le dijeron: «Toma tanta tierra del koljós como puedas cultivar y cultívala». Y Spiridón la tomó y empezó a ararla y a sembrarla sin ningún remordimiento de conciencia, sin seguir los partes de guerra, trabajando con seguridad y uniformidad, como si viviera en aquellos años lejanos en que no había koljoses ni guerra.

Iban a verle los guerrilleros y le decían: «Ven, Spiridón, hay que combatir y no arar». «Alguien tiene que arar», respondía Spiridón. Y no se separó de la tierra. Obligaban por la fuerza a sumarse a la guerrilla —explicaba ahora—, no es verdad que jóvenes y viejos, a falta de una rebanada de pan que llevarse a la boca, se echaran sobre el alemán con un cuchillo entre los dientes, no, arrojaban en paracaídas a unos instructores de Moscú que enrolaban a los campesinos con amenazas o los colocaban en una situación sin salida.

Los guerrilleros trataron de matar a un motociclista alemán, y no en los arrabales, sino en el centro de la aldea. Los guerrilleros conocían las normas de los alemanes. Estos llegaron enseguida, hicieron salir a la gente de sus casas y quemaron todo el pueblo.

Y de nuevo Spiridón no tuvo duda alguna de que había llegado el momento de saldar cuentas con los alemanes. Llevó a Marfa y a los niños a casa de la madre de esta y se presentó acto seguido ante los guerrilleros del bosque. Le dieron una metralleta y unas granadas, y él, concienzudamente, con ingenio, como cuando trabajaba en la fábrica o labraba la tierra, empezó a ametrallar a los centinelas alemanes del ferrocarril, a repeler a los convoyes armados, y a volar puentes junto con los demás, pero los días de fiesta iba a visitar a los suyos. Y resultó que, de una forma u otra, estaba con su familia.

Pero volvió a acercarse el frente. Los guerrilleros se jactaban diciendo que, cuando volvieran, los nuestros incluso impondrían a Spiridón la medalla del guerrillero. Se había anunciado que los admitirían en el ejército soviético, que se había terminado su vida en el bosque.

Los alemanes evacuaron a todos los habitantes de la aldea donde vivía Marfa, un niño vino corriendo a contarlo.

Y al momento, sin esperar a los «nuestros» ni esperar nada más, sin decírselo a nadie, Spiridón abandonó la metralleta y dos cargadores y corrió en pos de su familia. Se introdujo en el flujo de refugiados como paisano, y de nuevo anduvo al lado del mismo carro arreando el mismo caballo, cediendo a las indiscutibles razones de su nueva decisión, por el empantanado camino de Pochep a Slutsk.

Sólo al llegar a este punto Nerzhin se llevó las manos a la cabeza con un balanceo del cuerpo.

—¡Ay, ay, ay! ¿Qué milagro es ese, Spiridón Danílych? ¿Cómo dar cabida en mi cabeza a todo esto? Tú fuiste por el hielo a Kronstadt, tú nos estableciste el régimen soviético, tú metiste en el koljós...

—¿Y tú no lo estableciste?

Nerzhin se turbó. Solía admitirse que el régimen soviético lo habían establecido los padres, que entonces, en 1917 y 1918, esto era algo solemne, algo que todos habían meditado a conciencia.

La sonrisa se plasmó más claramente en los labios de Spiridón.

—Tú lo estableciste, ¿no te diste cuenta? —siguió importunando.

—No me di cuenta —murmuró Nerzhin repasando en su cabeza los tres años de mando en el frente.

—Pues así suele suceder... Sembramos centeno y crece armuelle...

¡Pero después, después había que poner en marcha el experimento social! Y Nerzhin se limitó a preguntar:

—¿Y qué sucedió después, Danílych?

¡Qué sucedió después! Pudo, naturalmente, internarse de nuevo en el bosque, y así lo hizo una vez, pero tuvo un duro encuentro con los bandidos y a duras penas pudo salvar a su hija de ellos. Y se mezcló de nuevo con el torrente de refugiados. Luego empezó a pensar que los nuestros no le creerían, recordarían que no se había unido enseguida a los guerrilleros y que había huido. Perdido por una, perdido por todas, llegó hasta Slutsk. Allí los metían en vagones y les daban unos cupones para víveres hasta la región de Renania. Al principio se murmuraba que no los aceptarían con niños, y Spiridón ya pensaba cómo salir del apuro. Pero los admitieron a todos, y él abandonó sin compensación el carro y el caballo, y partió. Cerca de Mainz, lo colocaron a él y a sus hijos en una fábrica, y a la esposa y a la hija de jornaleras en una granja.

Y en esta fábrica, un día, el maestro de taller, un alemán, soltó una bofetada al hijo menor de Spiridón. Spiridón, sin pensarlo mucho, saltó con el hacha en la mano y la blandió sobre el maestro de taller. Según las leyes del Reich, este ademán significaba el fusilamiento de Spiridón. Pero el maestro se calmó, se acercó al rebelde y, según contaba ahora Spiridón, le dijo:

—Yo también soy *Vater*. Yo te *ferstehe*⁸

¡Y no lo denunció! No tardó Spiridón en enterarse de que aquella misma mañana el maestro había recibido la noticia de la muerte de su hijo en Rusia.

Tostado por el sol, endurecido por los cuatro costados, Spiridón, al recordar al maestro de taller renano, se enjugaba una lágrima con la manga sin vergüenza alguna:

—Después de esto ya no estoy enfadado con los alemanes. Este *Vater* redimió que me hubieran quemado la casa y todo el mal que me hicieron. ¡Porque el hombre supo comprenderme! Ya ves qué alemán...

Pero esta fue una de las raras, muy raras sacudidas, que sufrió su espíritu de justicia y que hicieron vacilar a ese tozudo campesino pelirrojo. En los demás años duros, en todas sus inmersiones y evoluciones, ninguna reflexión debilitó a Spiridón en el momento de decidir.

Y así, con su metodología cotidiana, Spiridón refutaba las mejores páginas de Montaigne y de Charron.

Pese a la horrible ignorancia e incomprensión de Spiridón Yegorov por lo que respecta a las grandes conquistas del espíritu humano y de la sociedad, sus actividades y sus decisiones se distinguían por una invariable sensatez. Así, sabiendo que los alemanes habían matado a tiros a

todos los perros de la aldea, vio que se presentaba la ocasión y, aunque no tenía conocimientos especiales, pudo tranquilamente enterrar bajo una ligera capa de nieve la cabeza de una vaca degollada. Y aunque nunca había estudiado geografía ni idioma alemán, cuando la mala estrella los llevó a construir trincheras en Alsacia (los aviones americanos las ametrallaban), huyó con su hijo mayor, y sin preguntar a nadie ni leer los letreros alemanes, escondiéndose de día y viajando sólo de noche por aquella tierra desconocida, sin seguir carretera alguna, directamente, como vuela el cuervo, recorrió noventa kilómetros, ocultándose de casa en casa hasta llegar a la granja de Mainz donde trabajaba su esposa. Allí permanecieron en el refugio del jardín hasta la llegada de los americanos.

A Spiridón no le atormentaba ninguna de esas malditas y eternas cuestiones sobre los criterios de certeza de las percepciones sensibles ni sobre la adecuación de nuestro conocimiento a las cosas en sí. Estaba seguro de ver, oír, oler y comprender todas las cosas sin lugar a error.

Igualmente, respecto a la moral, Spiridón era callado y coherente en todo. A nadie calumniaba. Nunca daba falsos testimonios. Sólo mataba en la guerra. Sólo se peleaba por su prometida. A ningún hombre habría podido robar ni un retal ni una migaja, pero con tranquilo convencimiento robaba al Estado siempre que se le ofrecía la posibilidad.

Y respecto a lo que contaba de antes de casarse, de que «le gustaban las faldas», el dueño y señor de nuestros pensamientos, Alexandr Pushkin, confesaba que el mandamiento «no desearás la mujer de tu prójimo» era un mandamiento especialmente duro para él.

Ahora, a los cincuenta años, preso, casi ciego y evidentemente condenado a morir en la cárcel, Spiridón no mostraba inclinación ni a la santidad ni al abatimiento ni al arrepentimiento, y mucho menos a corregirse (como figuraba en el nombre de los campos de concentración), sino que con una escoba en su mano cuidadosa barría el patio cada día de sol a sol, defendiendo con ello su derecho a vivir ante el jefe del centro y el *oper*.

Spiridón siempre miraba de reojo a las autoridades, fueran estas las que fueran.

Lo que amaba Spiridón era la tierra.

Lo que poseía Spiridón era la familia.

Los conceptos de «patria», «religión» y «socialismo», sin aplicación al lenguaje normal cotidiano, parecían ser completamente desconocidos para Spiridón, como si sus orejas se hubieran cerrado ante estas palabras y su lengua no tuviera habilidad para pronunciarlas.

Su patria era la familia.

Su religión era la familia.

Su socialismo también era la familia.

A todos los sembradores de lo sensato-bueno-eterno, a los escritores y oradores que llamaban a Spiridón portador de Dios (sin que él tuviera noticia de ello), a los sacerdotes, socialdemócratas, agitadores por libre y propagandistas oficiales, a terratenientes blancos y a presidentes rojos, a todos los que en el curso de su vida habían tenido relación con Spiridón, este, forzado al silencio pero iracundo, los enviaba a:

—¿Por qué no os vais todos a la...?

Sobre sus cabezas retumbaban los peldaños de la escalera de madera crujiendo bajo el golpeteo y el frote de los pies. De vez en cuando caían motas de polvo y basura, pero Spiridón y Nerzhin casi no las notaban.

Se sentaban sobre un suelo no barrido, abrazándose las rodillas, con sus monos azules de paracaidista, sucios, desgastados tiempo ha, endurecidos por la parte del trasero. Sentarse sin apoyar la espalda en la madera no era muy cómodo, por lo que se inclinaban un poco y apoyaban los hombros y las espaldas en las tablas sesgadas que cubrían por debajo la escalera. Sus ojos miraban hacia adelante, pero también se apoyaban: la desportillada pared lateral del retrete estaba ante ellos.

Como siempre que era preciso examinar y abarcar algo con la mente, también en este momento fumaba Nerzhin a menudo, y depositaba las colillas aplastadas junto a él, en el plinto medio podrido del que partía el triángulo blanqueado pero sucio de la pared. Por su parte, Spiridón, aunque recibía cigarrillos Bielomor Kanal como los demás —su envoltorio le recordaba una vez más el trabajo letal en una tierra letal donde había estado a punto de dejar los huesos—, se mantenía firme sin fumar, sometiéndose a la prohibición de los médicos alemanes, que le habían devuelto tres décimas de visión en uno de los ojos, que le habían devuelto la luz.

Spiridón guardaba por los médicos alemanes todo su agradecimiento y respeto. Cuando ya estaba ciego sin esperanza, le habían metido una aguja gorda en la espina dorsal, lo habían mantenido largo tiempo bajo vendaje, con unturas en los ojos, y luego le habían quitado las vendas en la penumbra de una habitación y le habían ordenado: «¡Mira!». ¡Y el mundo apareció débilmente ante él! A la luz mortecina de una lamparilla de noche, que a Spiridón le pareció un vivo sol, distinguió con un ojo el oscuro perfil de la cabeza de su salvador, y echándose a sus pies le besó la mano.

Nerzhin se imaginó la cara siempre concentrada, pero en aquel momento dulcificada, del oculista de Renania. El doctor miraba al pelirrojo salvaje de las estepas orientales libre de vendajes, y veía a un hombre cuya voz cálida y cuyo agradecimiento decían muy a las claras que aquel salvaje posiblemente estaba destinado a una vida mejor, y que no por su culpa se había convertido en lo que era.

Desde el punto de vista de los alemanes, lo que había hecho Spiridón era algo peor que bárbaro:

Después de la guerra, Spiridón vivía con su familia en un campo de concentración

norteamericano para personas desplazadas. Y había encontrado allí un paisano, un compadre, llamado por mal nombre «compadre-perro» debido a ciertos asuntillos que había llevado a cabo cuando la formación de los koljoses. Había viajado con este «compadre-perro» hasta Slutsk, y en Alemania los habían separado. Era preciso remojar felizmente el encuentro. Y como no había otra cosa, el «compadre» trajo una botella de alcohol. El alcohol no fue probado ni la etiqueta alemana leída. En cambio, lo consiguieron gratis. Qué queréis, el cuidadoso y desconfiado Spiridón, que había esquivado miles de peligros, estaba indefenso ante la típica despreocupación rusa: «¡Muy bien, descórchala, “compadre”!». Se tragó Spiridón un vaso entero, y el resto se lo bebió el «compadre-perro» de una tirada. Menos mal que los hijos no estaban presentes, pues les habría tocado una copita a cada uno. Al despertar, pasado el mediodía, Spiridón se asustó de la temprana oscuridad que reinaba en la habitación, se asomó a la ventana, pero también había poca luz. Estuvo largo rato sin poder comprender cómo era posible que el edificio del estado mayor americano, y el centinela, aparecieran sin la mitad de arriba y conservaran la mitad de abajo. Quiso ocultarle a Marfa la desgracia, pero por la tarde un velo de ceguera total cubrió también la parte inferior de sus ojos.

Por su parte, el «compadre-perro» murió.

Después de una primera operación, los oculistas dijeron que debía descansar un año, después le harían otra operación y vería completamente con el ojo izquierdo y en una mitad con el derecho. Se lo prometieron con toda seguridad, debió de haber esperado, pero...

—Los nuestros nos mintieron, los muy canallas, mentiras a montones. Ya no había koljoses, se nos perdonaba todo, nos esperaban hermanos y hermanas, doblaban las campanas... como para sacudirse los zapatos americanos y correr descalzo para acá.

¡No! Esto no cabía en la cabeza.

—¡Danílych! —le objetó expresivamente Nerzhin como si aún no fuera tarde para cambiar de parecer—. ¿No me hablaste tú mismo de... del armuelle? ¿Qué diablo te tiró de las crines? ¿Cómo pudiste creerlo?

Alrededor de los ojos de Spiridón —los párpados, las sienas, las ojeras— había diminutas arrugas. Sonrió:

—¿Yo? Yo, Gleb, sabía con certeza que me atosigarían. Me había engolosinado con los americanos, no habría vuelto voluntariamente.

—¿Cómo pescaban a la gente? Volvían para reunirse con la familia. Pero tú tenías la familia bajo tus axilas. ¿Quién te atrajo a la Unión Soviética?

Spiridón suspiró:

—Le dije enseguida a Marfa Ustinovna: «Muchacha, nos prometen un lago para beber pero ¿nos dejarán siquiera lamer un charco inmundo?». Ella me acarició ligeramente la cabeza: «Muchacho, lo principal es que dispongas de tus ojitos, luego veremos. Esperemos la segunda operación». Claro, pero a los hijos, a los tres hijos, el alma les ardía de impaciencia: «¡Papá! ¡Mamá! ¡A casa! ¡A la patria! ¿No hay en Rusia oculistas, por ventura? Cuando derrotábamos a los alemanes, ¿quién curaba a los heridos? ¡Nuestros médicos aún son mejores!». Tenían que terminar la escuela rusa, decían, el mayor sólo tenía dos cursos, no había concluido sus estudios.

La hija, Vera, no se sacudía las lágrimas: «¿Queréis que me case con un alemán?». Los rusos que había en Renania le parecían poca cosa, creía que estando allí perdía la ocasión de encontrar a su galán... «Ay», y me rascaba la cabeza, «niños, niños, en Rusia hay médicos, pero la vida allí es la de un matadero, a vuestro padre ya le pusieron la cuerda al cuello, ¿adónde queréis ir?». Pero nada. Por lo visto, para conocer el calor hay que escaldarse.

Así pues, lo primero que perdió a Spiridón fueron sus hijos.

Sus bigotes cortos y duros, pelirrojos con vetas blancas, temblaban al recordar:

—No me creía una palabra de sus octavillas, y sabía que no iba a evitar unos años de paciencia en la cárcel. Pero pensaba que me echarían a mí toda la culpa, ¿qué pintaban los niños? Me encerrarían, pero dejarían que mis hijos vivieran. Sin embargo, esos malditos opinaban a su modo: tomaron mi cabeza y también las suyas.

En la estación fronteriza separaron inmediatamente a los hombres de las mujeres, y los enviaron adelante en convoyes distintos. La familia Yegorov se había mantenido unida toda la guerra y ahora se derrumbaba. A nadie preguntaron si era de Briansk o de Saratov. Sin ninguna clase de juicio, enviaron a la esposa y a la hija al distrito de Perm, donde la hija trabaja ahora en un koljós forestal, en el aserradero. A Spiridón y a sus hijos los encerraron tras el alambre de espino, los juzgaron y los condenaron a diez años por traición a la patria, tanto al padre como a los hijos. Spiridón y su hijo menor fueron a parar al campo de concentración de Solikamsk, donde por lo menos el padre pudo cuidar de su hijo durante dos años. Al otro hijo lo arrojaron a Kolyma.

Esta fue «su casa». Este fue el galán de la hija y la escuela de los hijos.

Las angustias del juicio, y después el hambre del campo (cada día entregaba a su hijo la mitad de su ración), no sólo no iluminaron los ojos de Spiridón, sino que oscurecieron el último que le quedaba, el izquierdo. En medio de aquella vida de lobos furiosos, en un bosque perdido, pedir a las autoridades unos médicos que le devolvieran la vista era casi tanto como pedir la ascensión al cielo en vida. El dispensario gris del campo de concentración no sólo no podía curar los ojos de Spiridón, sino ni vislumbrar siquiera la posibilidad de una operación en Moscú.

Con la cabeza entre las manos, Nerzhin reflexionaba sobre el enigma de su amigo. No miraba de arriba abajo ni de abajo arriba a aquel hombre uncido a los acontecimientos, sino hombro contra hombro y con los ojos a un mismo nivel. Desde hacía tiempo, y con mayor agudeza cuanto más tiempo pasaba, todas sus conversaciones empujaban a Nerzhin hacia una cuestión. Todo el tejido de la vida de Spiridón conducía a esa cuestión. Al parecer, hoy había llegado el momento de plantearla.

La complicada vida de Spiridón, su incesante paso de un bando a otro de la lucha, ¿no sería algo más que el simple instinto de conservación? ¿No se ajustaba de alguna manera a la verdad tolstoyana de que en el mundo no hay justos ni culpables, de que los nudos de la historia mundial no se deshacen con una espada segura de su verdad? Los actos casi instintivos del campesino pelirrojo, ¿no ponían de manifiesto el sistema filosófico universal del escepticismo?

¡El experimento social emprendido por Nerzhin prometía dar hoy un inesperado y brillante resultado bajo la escalera!

—Estoy apurado, Gleb —dijo entonces Spiridón, y con la mano callosa y rugosa se frotó

fuertemente la mejilla mal afeitada como si quisiera arrancarse la piel—. Hace cuatro meses que no recibo carta de casa, ¿qué te parece?

—¿No me has dicho que la Serpiente tiene una carta para ti?

Spiridón le miró con reproche (sus ojos estaban apagados pero nunca parecían vidriosos como los de los ciegos de nacimiento, por esto su expresión era comprensible):

—¿Después de cuatro meses? ¿Qué puede haber en esa carta?

—Mañana, cuando la recibas, ven y te la leeré.

—Claro, a toda prisa.

—Tal vez se ha perdido alguna en Correos. Tal vez los *oper* la han escamoteado. No te inquietes en vano, Danílych.

—¿Cómo que no me inquiete en vano, si tengo el corazón en un puño? Temo por Vera. Veintiún años tiene la chica, sin padre, sin hermanos, y sin tener la madre a su lado.

Nerzhin había visto una fotografía de esa Vera Yegorova hecha la pasada primavera. Era una muchacha robusta, gruesa, con ojos grandes y confiados. Su padre la había llevado a través de toda la guerra mundial y la había salvaguardado. En los bosques de Minsk la había protegido, granada en mano, de unos malvados que querían poseerla y violarla a los quince años. Pero ¿qué podía hacer ahora desde la cárcel?

Nerzhin se imaginaba el impenetrable bosque de Perm; el tableteo ametrallador de las sierras mecánicas; el repelente rugido de los tractores arrastrando los troncos; los camiones con la parte posterior hundida en el pantano y los radiadores, suplicantes, levantados hacia el cielo; los tractoristas, irritados, negros, poco acostumbrados a distinguir la palabrota de la simple palabra, y entre ellos una muchacha vistiendo un mono con unos pantalones que destacaban provocativamente sus atributos femeninos. La muchacha dormía con ellos junto a las hogueras; al pasar por su lado, nadie perdería la ocasión de manosearla. No en vano, naturalmente, sufría el corazón de Spiridón.

Sin embargo, las palabras de consuelo habrían sonado como algo lastimero e inútil. Era mejor distraerle, y al mismo tiempo confirmar lo que buscaba en él: un contrapeso que equilibrara la ciencia de sus amigos. ¿Llegaría a oír Gleb el fundamento popular y campesino del escepticismo, y se reafirmaría él mismo en este escepticismo?

Con la mano sobre el hombro de Spiridón y la espalda siempre apoyada en el forro oblicuo de la escalera, Nerzhin empezó a exponer la cuestión con dificultad, andándose por las ramas:

—Hay algo que hace tiempo quiero preguntarte, Spiridón Danílych, no me interpretes mal. No me canso, ya ves, de escuchar tus peregrinajes. Retorcida es tu vida, y con seguridad no sólo la tuya sino la de muchos... muchísimos. Siempre anduviste de acá para allá, buscándole tres pies al gato, por alguna razón sería, ¿verdad? O más exactamente, qué te parece, ¿con qué... —estuvo a punto de decir «criterio»— en base a qué medida debemos comprender la vida? Por ejemplo: ¿Hay personas en la Tierra que deseen el mal adrede? ¿Hay personas que piensen: «Le hago daño a la gente, voy a presionarla para hacerle la vida imposible»? Es dudoso, ¿verdad? Tú dices: «Sembramos centeno y salió armuelle». ¿Sembrasteis verdaderamente centeno o creísteis que era centeno? Quizá todas las personas quieran el bien, o piensen que quieren el bien, pero no están

libres de pecado ni de errores, y los que se desbocan por completo se causan mucho mal unos a otros. Se convencen de que obran bien y en realidad producen el mal.

Seguramente, no se expresaba con mucha claridad. Spiridón miraba de soslayo, sombrío, esperando una trampa, por qué no.

—Y si alguien, por ejemplo tú, se equivoca y yo quiero corregirle y se lo digo con palabras, pero no me escucha e incluso me cierra la boca y me mete en la cárcel, ¿qué puedo hacer? ¿Darle un palo en la cabeza? Estaría bien si tengo razón, pero ¿y si sólo me lo parece, si sólo me he metido en la cabeza la idea de que tengo razón? Y si te arrojó de aquí, me pongo en tu lugar y digo: «¡Arre! ¡Arre!», pero nada va adelante, ¿no será que estoy fustigando cadáveres? Bueno, en una palabra: si no es posible estar seguro de tener siempre razón, ¿puede uno intervenir? En cada guerra nos parece que tenemos razón, y a los otros les parece que la razón es suya. ¿Es acaso pensable que, en la Tierra, el hombre pueda sacar en limpio quién tiene razón o quién no?, ¿quién podría decirlo?

—¡Yo te lo diré! —respondió con muy buena voluntad Spiridón, cuya cara se había iluminado, con tan buena voluntad como si le hubieran preguntado qué vigilante tomaría la guardia por la mañana—. Yo te lo diré: el perro lobo tiene razón, el caníbal no la tiene.

—¿Cómo, cómo, cómo? —se atragantó Nerzhin ante la simplicidad y la fuerza de la respuesta.

—Pues eso —repitió Spiridón con duro aplomo, volviéndose por entero hacia Nerzhin—: *El perro lobo tiene razón, el caníbal no la tiene.*

E inclinándose hasta echar por debajo de los bigotes su ardiente aliento sobre la cara de Nerzhin:

—¿Sabes?, Gleb, si en este momento me dijeran: «Mira, pasa un avión que lleva una bomba atómica. Si quieres, quedarás enterrado como un perro bajo la escalera, morirá toda tu familia y encima un millón de hombres, pero os llevaréis por delante al Bigotudo Padre y a toda su organización de raíz, para que no existan más, para que el pueblo no sufra en los campos de concentración, en los koljoses ni en las explotaciones forestales» —Spiridón se puso tenso, con los abatidos hombros apoyados en la escalera que parecía venírsele encima juntamente con el techo y todo Moscú—. ¿Me creerás, Gleb? ¡No puedo soportarlo más! ¡No me queda paciencia! Yo diría —y torció la cabeza hacia el avión—: ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Échala! ¡Destruyenlos!

La cara de Spiridón estaba alterada por el cansancio y el dolor. Una lágrima brotó de sus ojos invidentes y se posó en cada uno de sus párpados inferiores.

El vigilante que entró de guardia la noche del domingo era un joven y esbelto teniente, con dos manchitas bajo la nariz a modo de bigotito. El teniente recorrió personalmente los corredores de la cárcel después del toque de queda, tanto el superior como el inferior, enviando a los presos a sus salas a dormir (los domingos se acostaban siempre a disgusto). Habría recorrido los pasillos una segunda vez, pero no podía separarse de la joven y maciza enfermera del dispensario. La enfermera tenía a su marido en Moscú, pero este no podía encontrarse con ella en la zona prohibida durante las veinticuatro horas de su turno de servicio, y el teniente contaba muchísimo con la noche de hoy para conseguir algo. Ella le esquivaba riendo y repitiendo siempre lo mismo:

—¡Deje de hacer travesuras!

Por esta razón envió al brigada, su ayudante, a dispersar a los presos por segunda vez. El brigada vio que el teniente no saldría del dispensario hasta el amanecer y que no le controlaría, por lo que no puso demasiado celo en acostar a los presos, ya que tras muchos años de servicio le fastidiaba este trabajo de perro, y también porque comprendía que los presos eran hombres adultos que a la mañana siguiente debían acudir al trabajo y que no se olvidarían de dormir.

En cuanto a apagar la luz en pasillos y escaleras, no estaba permitido, pues podía facilitar la fuga o el motín.

Así pues, en dos ocasiones, nadie separó a Rubin y a Sologdin, que frotaban con sus espaldas la pared del gran pasillo principal. Sería la una de la madrugada, pero ellos se habían olvidado del sueño.

Sostenían esa clase de discusión enardecida y sin solución que suele poner punto final —cuando no lo pone una reyerta— al ritual ruso de la diversión.

Pero era también esa especial discusión feroz de las cárceles, que no puede darse en libertad, bajo la opinión única y dominante del régimen.

La discusión-duelo sobre el papel acabó por no dar ningún resultado. En esta hora y pico, Rubin y Sologdin pasaron revista también a las otras dos leyes de la inocente dialéctica. No obstante, sin agarrarse a ninguna desigualdad del terreno, sin demorarse en ningún rellano salvador, su discusión, rebotando una y otra vez contra sus pechos, rodaba hacia el cañón del volcán.

—Pues si no hay «contradicciones» tampoco habrá «unidad» en las mismas, ¿verdad?

—¿Cómo?

—¿Cómo que «cómo»? ¡Tenéis miedo de vuestra propia sombra! ¿Es cierto o es falso?

—Naturalmente. Es cierto.

Sologdin se puso radiante. Inspirado al ver ese punto débil, dobló hacia adelante sus hombros y agudizó su rostro:

—O sea, ¿que lo que no tiene contradicciones no existe? ¿Para qué prometisteis una sociedad sin clases?

—¡«Clase» es una palabra ornitológica!

—¡No te escurrirás! Sabéis que una sociedad sin contradicciones es imposible, ¿y la prometisteis cínicamente? Vosotros...

Ambos eran unos críos de cinco años en 1917, pero al enfrentarse no se negaban a responsabilizarse de toda la historia humana.

—... Os tomasteis muy a pecho abolir la opresión, ¡pero nos impusisteis opresiones peores y más amargas! ¿Para esto había que matar a tantos millones de personas?

—¡Estás ciego de bilis! —gritó Rubin, perdiendo la prudencia de hablar con voz ahogada y olvidando la condescendencia con un adversario que se precipitaba a ahogarle. (La sonoridad de sus argumentos no representaba ningún peligro para él, que era partidario del régimen)—. ¡Aunque formaras parte de una sociedad sin clases, el odio te impediría reconocerla!

—Pero la de ahora, ¿es una sociedad sin clases? ¡Dilo por una sola vez! ¡Por una vez, no te escurras! ¿Existe o no existe una nueva clase, la clase dirigente?

¡Ah, qué difícil era para Rubin responder precisamente a esta pregunta! Porque el propio Rubin había visto esta clase. Porque el arraigo de esta clase privaría a la revolución de todo sentido, de su único sentido.

Pero ni una sombra de debilidad, ni un amago de vacilación, pasó por la frente ancha del justo.

—¿Y esa clase aparece socialmente delimitada? —gritó Rubin—. ¿Se puede indicar con precisión quién gobierna y quién es gobernado?

—¡Se pue-de! —emitió también Sologdin a plena voz—. Fomá, Antón, Shishkin-Mishkin gobiernan, y nosotros...

—Pero ¿hay límites estables? ¿Herencia de bienes inmuebles? ¡Todo radica en el servicio! Hoy estás arriba y mañana abajo, ¿o no es así?

—¡Pues aún peor! Si cada miembro puede ser derribado, ¿cómo podrá conservar su puesto? ¿Diciendo «qué manda para mañana»? El noble podía insolentarse con el poder cuanto quisiera, ¡el nacimiento era algo imposible de arrebatar!

—¡Ya salieron tus queridos nobles! ¡Como Siromaja!

(Era el rey de los chivatos de la *sharashka*).

—¿Y los mercaderes? El mercado les hacía reflexionar, ¡orientarse rápidamente! ¡Los vuestros no son nada! Sí, piénsalo un poco, ¡qué camada! No tienen idea del honor, no tienen educación, no tienen cultura, no tienen inventiva, odian la libertad, sólo se mantienen gracias a su ruindad personal...

—Pero hay que tener por lo menos la inteligencia necesaria para comprender que se trata de un grupo de funcionarios, que es provisional, y que con la desaparición del Estado...

—¿Desaparecer? —aulló Sologdin—. ¿Por sí mismos? ¡No querrán! ¿Voluntariamente? ¡No

se marcharán hasta que los echen a palos! ¡Vuestro Estado no ha salido de un «ambiente de ricachones»! ¡Se ha creado para consolidar su carácter antinatural a base de crueldades! ¡Y aunque os quedarais solos en la Tierra, todavía consolidaríais más y más vuestro Estado!

Sologdin llevaba a sus espaldas la bruma de largos años de opresión, de largos años de disimulo. Para él significaba una liberación poder lanzar sus opiniones sobre el vecino que tenía a su alcance, tanto mayor siendo este además un bolchevique convencido, y por lo tanto responsable de todo.

Por su parte, Rubin, desde la primera celda del servicio de contraespionaje del frente, y luego en toda la serie de celdas que había conocido, provocaba impávido la furia general al declarar que era marxista, y no renunciaba a sus puntos de vista ni siquiera en la cárcel. Se había acostumbrado a ser un mastín en una manada de lobos, a defenderse solo contra cuarenta o cincuenta. Su boca se había encostrado ante lo infructuoso de estos encontronazos, pero era su deber, estaba obligado a explicar a los ciegos su ceguera, estaba obligado a luchar contra los enemigos en su celda, en pro de ellos mismos, pues en su mayoría no eran enemigos, sino simples ciudadanos soviéticos víctimas del Progreso y de la imprecisión del sistema penitenciario. Tenían la conciencia enturbiada por la ofensa personal recibida, pero si mañana empezaba una guerra contra América y se daba un arma a aquellos hombres, casi todos, del primero al último, olvidarían sus vidas destrozadas, perdonarían sus sufrimientos, pasarían por alto la amargura de la separación familiar, e irían abnegadamente a defender el socialismo, como lo haría el propio Rubin. Evidentemente, así actuaría también Sologdin en el momento decisivo. ¡Y no podía ser de otra manera! De otro modo serían unos perros y unos traidores.

Por agudas y cortantes piedras, de fragmento a fragmento, saltó también su discusión a este punto.

—¿Qué diferencia hay? ¿Qué diferencia? ¡O sea que un preso encerrado sin ton ni son durante diez años sería un traidor a la patria si empuñara las armas contra sus carceleros! ¿Y el alemán al que lavaste el cerebro y enviaste tras la línea del frente? ¿Es un hombre progresista ese alemán traidor a su patria y al juramento prestado?

—¿Cómo puedes comparar? —se asombró Rubin—. ¡Objetivamente, mi alemán luchaba *por* el socialismo, y tu preso *contra* el socialismo! ¿Son cosas comparables?

Si la sustancia de nuestros ojos pudiera fundirse con el calor del sentimiento que expresan, los ojos de Sologdin habrían manado en forma de chorros azules. Tanta era la pasión con que acometió a Rubin:

—¡No se puede hablar con vosotros! Hace treinta años que vivís y respiráis esta divisa —con el acaloramiento se le escapó esta palabra extranjera, pero era buena, caballeresca—: «El fin justifica los medios», pero si se os hace la pregunta cara a cara, ¿lo admitiríais? ¡Estoy seguro de que lo negaríais! ¡Lo negaríais!

—No. ¿Por qué? —respondió de pronto Rubin con una frialdad tranquilizadora—. Personalmente, y en lo que a mí se refiere, no lo admito, pero ¿y si hablamos en un sentido social? Nuestro objetivo es tan elevado, en el contexto de toda la historia de la humanidad, que por primera vez podemos decir: este objetivo justifica los medios empleados para conseguirlo.

—¡Ah, aunque sea así! —al ver un punto flaco accesible al florete, Sologdin lanzó una estocada momentánea y sonora—. Entonces, recuerda: ¡cuanto más elevado sea el objetivo más elevados deben ser los medios! ¡Los medios pérfidos destruyen al propio objetivo!

—¿Qué quiere decir eso de pérfidos? ¿Quién utiliza medios pérfidos? ¿Rechazas quizá los medios revolucionarios?

—¿Hay aquí, por ventura, una revolución? ¡Aquí no hay más que la maldad y la sangre del hacha! ¿Quién sería capaz de hacer una lista de muertos y fusilados? ¡El mundo se horrorizaría!

Sin detenerse en ninguna parte, como un exprés nocturno, su discusión discurría ante apeaderos, ante faroles, ora en la estepa desierta, ora en una radiante ciudad, pasando por los puntos oscuros y claros de sus memorias, y todo lo que emergía momentáneamente arrojaba una luz incierta o un rumor indescifrable sobre el incontenible balanceo de sus concatenaciones de ideas.

—¡Para opinar sobre un país hay que conocerlo por lo menos un poco! —se enfureció Rubin—. ¡Y tú hace doce años que te pudres en los campos de concentración! ¿Y qué viste antes? ¿Los estanques Patriarshie Prudy? ¿O ibas de excursión a Kolomenskoye los domingos?

—¿El país? ¿Te atreves a opinar sobre el país? —gritó Sologdin, pero se contuvo hasta llegar a un sonido ahogado, como si lo estrangularan—. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza para ti! Con tantos hombres que pasaron por Butyrki, recuérdalos: Gromov, Ivanteyev, Yashin, Blojin, que te decían cosas sensatas, que te contaban toda su *vida*, ¿los escuchaste? ¿Y aquí? Vartapetov, y luego ese, cómo se llama...

—¿Quiééén? ¿Para qué voy a escucharlos? ¡Son hombres cegados! Se limitan a aullar como la fiera a la que han dañado una pata. Interpretan el fracaso de su propia vida como la ruina del socialismo. Su observatorio es la cubeta de letrinas de su celda, su aire los aromas de esta cubeta. ¡No tienen un punto de vista, sino un nada de vista!

—Pero ¿a quién, a quién serías tú capaz de escuchar?

—¡A la juventud! ¡La juventud está con nosotros! Y es el futuro.

—¿La ju-ven-tud? ¡Menudo invento el vuestro! ¡La juventud se cisca en vuestras... «clarimágenes»! —Significaba ideales.

—Pero ¿cómo te atreves a opinar sobre la juventud? Yo combatí en el frente con la juventud, fui de exploración con ella, y tú sólo has oído hablar de la juventud por boca de algún sucio emigrado en una cárcel de tránsito. ¿Cómo puede haber una juventud indiferente habiendo en el país un *komsomol* con diez millones de afiliados?

—¿El *kom-so-mol*? ¡Tú andas mal de la sesera! ¡Vuestro *komsomol* no es más que la transformación de *papel-firme-compacto* en carnets!

—¡No te atrevas a decir esto! ¡Yo mismo soy un antiguo *komsomol*! ¡El *komsomol* era nuestra bandera! ¡Nuestra conciencia! ¡Nuestro romanticismo y nuestro desinterés, eso era el *komsomol*!

—¡Era, era! ¡Lo fue y voló!

—A fin de cuentas, ¿a quién se lo digo? ¡En aquellos años también tú eras un *komsomol*!

—¡Y lo pagué bastante caro! ¡Me castigaron por ello! ¡Un principio mefistofélico! A todo el que lo toca... ¡Margarita!: ¡la pérdida del honor! ¡La muerte del hermano! ¡La muerte del bebé!

¡La locura! ¡La perdición!

—¡No, espera! ¡No es Margarita! ¡No puede ser que, de toda aquella época del *komsomol*, no quede nada en tu corazón!

—Creo que has hablado de «corazón», ¿verdad? ¡Cómo ha cambiado vuestro lenguaje en veinte años! Habláis de «conciencia», de «corazón», de «santuarios profanados»... ¡Estas palabritas debiste pronunciarlas en 1927, en tu sagrado *komsomol*! ¿Eh? Habéis pervertido a toda la joven generación de Rusia...

—¡Muy cierto, a juzgar por ti!

—... Y luego la emprendisteis con los alemanes, con los polacos...

Y siguieron así más y más, perdiendo ya la ilación de los argumentos, la relación entre las ideas posteriores y anteriores, sin ver ni percibir en absoluto aquel pasillo donde sólo permanecían aún dos petrificados ajedrecistas tras un tablero y un viejo herrero fumador que tosía incesantemente, y donde se veían sus alarmantes gesticulaciones, sus caras encendidas y sus barbas apuntándose una a otra en ángulo recto: una gran barba negra y una cuidada barbita rubia.

—¡Gleb!

—¡Gleb! —le llamaron ambos, al ver que Spiridón y Nerzhin salían de la escalera del retrete.

Cada uno llamó a Gleb con la impaciente esperanza de duplicar el número de sus partidarios. Pero este ya venía hacia ellos por iniciativa propia, inquieto por sus exclamaciones y gesticulaciones. Sin oír siquiera una sola palabra, cualquier tonto habría adivinado que allí se había entablado una discusión sobre alta política.

Nerzhin se acercó a ellos rápidamente, y antes de que le preguntaran al unísono sobre algo contradictorio, les dio un puñetazo a cada uno en el costado:

—¡Sensatez! ¡Sensatez!

Los tres habían concertado que, en caso de una discusión delirante, cada uno detendría a los otros dos con la amenaza de los chivatos, y los otros dos tendrían la obligación de someterse.

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Habéis cumplido ya una condena cada uno! ¿Os parece poco? ¡Dmitri! ¡Piensa en la familia!

No era posible despegarlos, no ya pacíficamente, sino ni siquiera con una manga de incendios.

—¡Escucha! —le sacudió Sologdin por el hombro—. No concede ninguna importancia a nuestros sufrimientos, ¡dice que todos son *justificados*! ¡Los únicos sufrimientos que admite son los de los negros en las plantaciones!

—A propósito de eso ya le dije a Liovka: la tía Fedosevna es caritativa en la calle y mata de hambre a los suyos en casa.

—¡Qué estrechez de miras! ¡No eres un intemacionalista! —exclamó Rubin mirando a Nerzhin como a un carterista pillado con las manos en la masa—. Vale más que escuches lo que este iba diciendo: ¡que el régimen imperial fue un bien para Rusia! Todas las conquistas, todas las canalladas, los estrechos, Polonia, Asia Central...

—En mi opinión —decidió enérgicamente Nerzhin—, para salvar a Rusia, ¡debieron liberar hace tiempo todas las colonias! ¡Y dirigir los esfuerzos de nuestro pueblo sólo al desarrollo interno!

—¡Criatura! —exclamó irritado Sologdin—. Si os dejaran, malbarataríais toda la tierra de vuestros padres... Dime una cosa: ¿vale un ochavo su romanticismo *komsomoliano*? ¡Enseñaron a los hijos de los campesinos a delatar a sus padres! ¡No dejaron tragar una corteza de pan al que había cultivado el trigo! ¡Y aún se atreve a mencionar la palabra «benefactores»!

—¡Ah, qué noble eres! ¿Te consideras cristiano? ¡No tienes nada de cristiano!

—¡No blasfemes! ¡No menciones lo que no comprendes!

—¿Crees que basta con no ser ladrón ni chivato para ser cristiano? ¿Dónde está tu amor al prójimo? Con cuánta razón dicen de vosotros: «La mano que hace el signo de la cruz es la misma que afila el cuchillo». ¡No en vano te encantan los bandidos medievales! ¡Eres un típico «conquistador»!

—¡Me halagas! —se inclinó para atrás Sologdin pavoneándose.

—¿Te halago? ¡Qué horror! ¡Qué horror! —Rubin se metió los dedos de ambas manos en sus ralos cabellos—. ¿Lo oyes, Gleb? ¡Dile que siempre adopta poses! ¡Me fastidia su pose! ¡Siempre se las da de Alexandr Nevski!

—¡Pues esto sí que no me halaga en absoluto!

—¿Qué quieres decir?

—Para mí, Alexandr Nevski no es ningún héroe. Ni un santo. De modo que esto no es ninguna alabanza.

Rubin guardó silencio y cambió una mirada de desconcierto con Nerzhin.

—¿En qué no te satisface Alexandr Nevski? —preguntó Gleb.

—¡En que no permitió a los caballeros penetrar en Asia, ni al catolicismo en Rusia! ¡En que estuvo contra Europa! —Sologdin respiraba aún pesadamente, se enfurecía.

—¡Esto es una novedad! ¡Es una novedad! —empezó Rubin con la esperanza de descargar un golpe.

—¿Y para qué necesitaba Rusia el catolicismo? —inquirió Nerzhin con expresión de juez.

—¡Muy sencillo! —brilló Sologdin como un relámpago—. ¡Todos los pueblos que tuvieron la desgracia de ser ortodoxos lo pagaron con varios siglos de esclavitud! ¡Después, la Iglesia ortodoxa no pudo hacer frente al Estado! ¡El pueblo, sin Dios, quedó sin defensa! ¡Y resultó un país contrahecho! ¡Un país de esclavos!

Nerzhin puso unos ojos enormes:

—No entiendo na-da. ¿No me echabas en cara no ser suficientemente patriota? ¿Y malbaratar la tierra de nuestros padres?

Pero Rubin había visto ya el flanco indefenso que se abría en su adversario.

—¿Y qué pasa con la Santa Rusia? —se apresuró a decir—. ¿Y la Lengua de la Claridad Máxima? ¿Y la defensa contra las palabras ornitológicas?

—Eso, ¿qué pasa? ¿Qué pasa con la Lengua de la Claridad Máxima si el país está contrahecho?

Sologdin estaba radiante. Se retorció las muñecas de las manos, que había retirado.

—¡Un jue-go, señores! ¡Un juego! ¡Un ejercicio con la visera calada! ¡Hay que hacer ejercicio, ya veis! Estamos obligados a superar continuamente una resistencia. Estamos en continua prisión,

y es preciso parecer lo más lejos posible de nuestros verdaderos puntos de vista. Una de las nueve esferas, ya te lo dije...

—Una bola...

—¡No, una esfera!

—¡Qué hipócrita eres en este punto! —saltó Rubin con nuevo fuego—. ¡El país os parece malo! ¿Y no fuisteis vosotros, los beatos y disolutos, los que lo llevasteis a Jodynka, a Tsusima y a los bosques de Avgustovo^[46]?

—¡Ah! ¿Padecéis por Rusia, asesinos? —exclamó Sologdin—. ¿Y no fuisteis vosotros los que la *degollasteis* en 1917?

—¡Sensatez! ¡Sensatez! —les dio Gleb a ambos un puñetazo en los costados. Pero los contendientes no sólo no volvieron a la realidad, sino que ni siquiera se dieron cuenta, pues a través de aquel velo rojo ya no le veían.

—¿Crees que algún día se os perdonará la colectivización?

—¡Recuerda lo que contabas en Butyrki! ¡Decías vivir con el único objetivo de conseguir un millón! ¿Para qué este millón en el Reino de los Cielos?

Hacía dos años que se conocían. Y todo cuanto habían averiguado uno de otro en conversaciones confidenciales procuraban ahora tergiversarlo de la manera más ofensiva, más hiriente. En este momento lo recordaban todo y se lo lanzaban a la cara como una acusación.

—Vaya, ya no entendéis el lenguaje humano, dadle vueltas a la noria, adelante, adelante —gritó Nerzhin.

Y se marchó con un gesto de desprecio. Se consoló pensando que en los pasillos no había nadie y que en las salas la gente dormía.

—¡Qué vergüenza! ¡Eres un corruptor de almas! ¡Tus pupilos rigen ahora los destinos de Alemania Oriental!

—¡Vanidoso mezquino! ¡Y cómo te enorgullecías de tu gota de sangre noble!

—Ya que Shishkin-Mishkin lleva a cabo una causa justa, ¿por qué no le ayudas, por qué no se lo «chivas», dímelo? ¡Y Shishkin te hará un buen certificado! ¡Y revisarán tu caso!

—¡Por estas palabras se le parte la cara a uno!

—Claro, ¿por qué no?, ¡razonemos! Ya que todos estamos presos con razón y tú eres el único que lo está sin razón, el derecho de los carceleros... ¡Es sólo por coherencia!

Se insultaban disparatadamente sin casi oírse ya uno a otro. Cada uno buscaba y perseguía una sola cosa: encontrar el lugar donde herir más dolorosamente.

—¡Fíjate qué sarta de mentiras dices! ¡No haces más que mentir! ¡Y profetizas como si aún no hubieras soltado el crucifijo de tus manos!

—No querías hablar del orgullo en la vida del hombre, y te vendría muy bien ocuparte un poco de ese orgullo. Cada año envías dos peticiones de indulto...

—¡Mientes! ¡No pido el indulto, sino la revisión del caso!

—Te lo niegan, y tú continúas mendigándolo. Eres como un perrito encadenado: el que tiene la cadena, ese es el fuerte.

—¿Y tú no mendigarías? Lo que pasa es que no tienes posibilidad de obtener la libertad. ¡De

otro modo te arrastrarías por los suelos!

—¡Nunca! —tembló de cólera Sologdin.

—¡Pues yo digo que sí! ¡Pero no tienes bastante capacidad para distinguirme!

Se torturaron mutuamente hasta el agotamiento. Innokenti Volodin nunca hubiera podido imaginar que sobre su destino pudiera influir la fatigosa y agotadora discusión de dos presos en un solitario y cerrado edificio de los alrededores de Moscú.

Ambos querían ser verdugos, pero eran las víctimas de esta discusión, en la que no eran ellos propiamente los que discutían, sino dos aniquiladores potenciales de distinto signo.

Y eran estos potenciales los que ellos distinguían, uno en otro, con precisión y sin lugar a error: distinguían a los ciegos y locos vencedores de ayer o de mañana, tan impenetrables e insensibles a los argumentos de la razón como los muros de aquella cárcel.

—Pero, dime, si pensaste siempre de esta manera, ¿cómo pudiste ingresar en el *komsomol*? —casi se arrancaba los cabellos Rubin.

Y por segunda vez en media hora, la extrema irritación de Sologdin hizo que se descubriera sin necesidad:

—¿Y cómo podía *no* ingresar? ¿Quedaba alguna posibilidad de no ingresar? ¡De no ser *komsomol* tenía tantas posibilidades de ver el instituto como de ver mis orejas!

—¿Entonces fingiste? ¿Fuiste villanamente tortuoso?

—¡No! Vine a vosotros, simplemente, con la visera calada.

—Así, ¿si hubiera guerra —abrumado por el último descubrimiento, Rubin sintió incluso una opresión en el pecho—, y tú tomaras las armas...?

Sologdin se enderezó, cruzado de brazos, y se apartó como de una barrabasada:

—¿Crees que *os defendería a vosotros*?

—¡Eso huele a sangre! —Rubin apretó los puños, velludos en las muñecas.

Continuar hablando, o incluso estrangularse o darse de puñetazos, habría sido poca cosa. Después de lo dicho había que coger una metralleta y disparar una ráfaga, pues el segundo de ellos sólo podía entender este lenguaje.

Pero no había metralleta.

Se separaron jadeando. Rubin con la cabeza gacha, Sologdin con la cabeza alta.

Si antes Sologdin podía dudar, ahora descargaría con placer un golpe sobre esa jauría: ¡no les daría el codificador! ¡No se lo daría! ¡No haría rodar, él también, su maldita rueda! Porque luego sería difícil demostrar lo débiles y faltos de talento que eran. Vocearían, zumbarían, vibrarían diciendo que aquello era de «lógica necesidad», que no podía ser de otra manera. ¡Escribían su propia historia, no lo dejarían al margen! ¡Revolvían los entresijos de la historia!

Rubin se alejó hacia un rincón y se apretó la cabeza, que latía en oleadas de dolor. Vio con toda claridad el único golpe demoledor que podía descargar sobre Sologdin y su trailla. ¡No había otro modo de penetrar en aquellas cabezas de bronce! ¡No había argumento práctico ni justificación histórica que permitiera luego tener razón ante ellos! ¡La bomba atómica! Esto era lo único que comprenderían. Debía superar la enfermedad, la debilidad, la falta de deseo, y mañana, a primera hora de la mañana, seguir y olfatear el rastro de aquel canalla anónimo, salvar la bomba

atómica para la Revolución.

¡Petrov! ¡Siagoviti! ¡Volodin! ¡Schevronok! ¡Zavarzin!

Pasada ya la medianoche, Innokenti y Dotnara regresaron en taxi a su casa.

En las calles desiertas, la nieve caía densamente blanqueando la fachada de las casas. Descendía sembrando tranquilidad y olvido.

El afecto hacia la esposa, en respuesta a su imprevista sumisión de hoy en casa del suegro, no había desaparecido ni siquiera ahora, traspasado el límite de los ojos de la gente. Dotty charlaba con soltura acerca de tal o cual invitado a la velada, de las dificultades y esperanzas que suscitaba el matrimonio de Clara. Innokenti la escuchaba con benevolencia.

Descansaba. Descansaba de la incontenible tensión de aquellos días y, sin saber por qué, con nadie habría descansado tan a gusto en aquel momento que con aquella mujer amada, odiosa, maldita, abandonada y traidora, mas pese a todo insustituible, pese a todo su compañera.

Irreflexivamente, la abrazó por los hombros.

Siguieron así...

El contacto con aquella mujer, rechazado por él, volvía a inquietarle.

La miró de reojo. Contempló de soslayo sus labios. Miró aquellos labios únicos a los que podía unirse largamente, largamente, largamente, sin saciarse. Innokenti tenía motivos para saber que esto suele ocurrir raramente, casi nunca. Tenía motivos para saber que no se reúne en una mujer todo lo que nosotros deseáramos. Labios, cabellos, hombros, piel, y otras muchas cosas que habría que reunir por partes sacándolas de diferentes mujeres para integrarlas en una sola, cosa que la naturaleza no quiere hacer. Y reunir también los movimientos anímicos, el talante, la inteligencia, las costumbres.

A Dotty podía perdonársele que no lo tuviera todo. Nadie lo tiene todo. Y ella tenía no poco.

Y de pronto se le ocurrió este pensamiento: ¿qué sentiría hacia ella en ese momento si esa mujer nunca hubiera sido su esposa, pero él la tuviera abrazada de aquella manera en un coche y ella fuera sumisa con él a casa?

¿Por qué, entonces, no la culparía de haber estado en otros brazos, en muchos otros brazos? ¿Por qué siendo su mujer era eso humillante?

Percibió sin embargo algo absurdo y despreciable: que por ser ella así, depravada, le atraía de un modo aún más fatal. Lo presintió en aquel momento.

Y retiró el brazo.

Naturalmente, todo era mejor que pensar que iban tras él. Que quizás en casa le esperaba una emboscada. En la caja de la escalera. O incluso en su propio piso. En realidad «para ellos» no era

difícil abrir y entrar.

Incluso se lo imaginó claramente, con toda seguridad: ¡sería precisamente así! Estaban escondidos en el piso y le esperaban. Y apenas abriera saltarían al pasillo desde las habitaciones y lo cogerían. Quizá los últimos minutos de su vida en libertad fueran esos momentos tranquilos en el asiento trasero, abrazado a Dotty, que nada sospechaba.

¿Habría llegado, tal vez, el momento de decirle algo?

La miró con lástima, incluso con ternura. Y Dotty captó inmediatamente aquella mirada y su labio superior tembló graciosamente, al estilo de las ciervas...

Pero ¿qué habría podido decirle él en tres palabras, incluso sin la presencia del taxista, después de despedirle? ¿Que no había que confundir la patria con el gobierno? ¿Que era criminal poner aquel arma sobrehumana en manos de un régimen insensato? ¿Que nuestro país no necesita el poder militar y que sólo así podremos *vivir*?

Casi ninguno de los que estaban en el poder lo comprendería. ¡No lo comprendían los académicos! Especialmente los que montaban chapuceramente la bomba esa. ¿Qué podía ser capaz de comprender la engalanada y codiciosa esposa de un diplomático?

Se recordó a sí mismo, además, el torpe hábito de Dotty: destruir todo el espíritu de una conversación íntima con cualquier observación grosera, inoportuna y falsa. No tenía delicadeza, nunca la tuvo, ¿y cómo puede conocer una persona algo que nunca tuvo?

En el ascensor no le miró a la cara. Nada le dijo en el descansillo de la escalera. Abrió con una llave, dio vuelta a otra, de tipo inglés, y retrocedió con naturalidad para que pasara delante: ¡La dejaba entrar en la trampa! ¿Era mejor, quizá, que ella fuera delante? Ella nada perdía, y él vería... no, no huiría, ¡pero tendría otros cinco segundos para pensar!

Dotty entró y encendió la luz.

Nadie se arrojó sobre ellos. No había capotes ajenos colgados. No había descuidadas manchas ajenas de barro en el suelo.

Por lo demás, esto no demostraba nada. Había que registrar todas las habitaciones.

¡Pero su corazón ya tenía fe en que no había nadie! ¡Ahora el cerrojo, y el otro cerrojo! ¡Y no abrir por nada del mundo! Estaban durmiendo, no estaban...

Empezaba una cálida seguridad.

Y Dotty era copartícipe de esta seguridad y de esta alegría.

Agradecido, la ayudó a quitarse el abrigo.

Ella inclinó la cabeza ante Innokenti de modo que él pudo ver su nuca, aquel especial arabesco de cabellos, y ella le dijo de repente con claro arrepentimiento:

—Pégame. Como el campesino pega a su mujer... Pégame como es debido.

Y ella le miró con los ojos bien abiertos. No bromeaba en absoluto. Hubo incluso un amago de llanto, pero de su llanto peculiar: nunca lloraba como un torrente desbordado, como las demás mujeres, sino que se le humedecían los ojos ligeramente, sólo por una vez, y acto seguido se secaban, se secaban excesivamente hasta formar un oscuro vacío.

Pero Innokenti no era un campesino. No estaba preparado para pegar a su esposa. Ni siquiera había pensado nunca que eso, en general, fuera posible.

Le puso la mano sobre los hombros:

—¿Por qué eres tan vulgar?

—Soy vulgar cuando sufro mucho. Hago mal a otros y me parapeto tras la vulgaridad. Pégame.

En esta posición estaban, incapaces de nada.

—Ayer y hoy lo he pasado tan mal, tan mal —se lamentó Innokenti.

—Lo sé —murmuró Dotty con sus labios jugosos, jugosísimos, levantándose del arrepentimiento y recuperando sus derechos—. Pero yo te tranquilizaré enseguida.

—Lo dudo mucho —sonrió él lastimeramente—. No está en tu mano.

—Todo está en mi mano —le inculcó ella con voz grave, e Innokenti empezó a creerlo—.

¿Para qué serviría mi amor si yo no pudiera tranquilizarte?

Y ya Innokenti se hundió en sus labios regresando al querido pasado.

Y la garra continua de la amenaza cedió para dejar paso a otra garra, una garra dulce.

Atravesaron la habitación sin separarse, olvidando buscar la emboscada.

Y hundido en el tibio universo maternal, Innokenti ya no volvió a tener frío.

Dotty lo envolvía.

La *sharashka*, al fin, dormía.

Dormían doscientos ochenta presos bajo las bombillas azules, clavaban la cabeza en la almohada o descansaban la nuca en ella, respiraban en silencio, roncaban repulsivamente o lanzaban gritos incoherentes, acurrucándose para entrar en calor o revolviéndose de sofoco. Dormían en los dos pisos del edificio y en los dos pisos de las literas, y en sueños veían lo siguiente: los viejos, su familia; los jóvenes, mujeres; alguno, un objeto perdido; otro, trenes; otro, iglesias; otro, jueces. Los sueños eran diversos, pero los que dormían recordaban penosamente que eran presos, que si vagaban por la hierba verde o por una ciudad era que huían, que los habían engañado, que había algún malentendido, que los perseguían. No les era dado ese feliz olvido total de las miradas que inventara Longfellow en *El sueño de un prisionero*. El trauma del arresto inmerecido y de los diez o veinticinco años de condena, el ladrido de los mastines, los martillos de la escolta^[47], el estridente ruido del toque de diana en el campo de concentración, todo se infiltraba hasta los huesos a través de todas las capas de la vida, a través de todos los instintos secundarios e incluso primarios, de modo que el preso dormido primero recordaba que estaba en la cárcel, y sólo luego percibía el ardor o el humo y se levantaba ante el incendio.

Dormía el degradado Mamurin en su celda solitaria. Dormía el turno de descanso de los vigilantes. Dormía igualmente el turno de vigilantes que estaba de servicio. La enfermera de turno en el ambulatorio, después de resistir toda la tarde al teniente de los bigotes cuadrados, había cedido hacía poco y ahora dormían ambos en el estrecho diván del ambulatorio. Y, finalmente, un vigilante bajito y grisáceo, apostado en la caja de la escalera principal, junto a la puerta forrada de hierro, se había cansado de llamar vanamente por el teléfono de campaña y, al ver que no iban a controlarlo, también se había dormido con la cabeza sobre la mesita, sin mirar más, como era su deber, por la mirilla que daba al corredor de la cárcel.

Acechando disimuladamente la llegada de esta avanzada hora de la noche en la que el reglamento penitenciario de Marfino dejaba de estar en vigor, el preso 281 salió silenciosamente de la sala semicircular frunciendo los ojos bajo la luz clara y pisoteando con las botas las colillas profusamente extendidas por el suelo. Se había puesto las botas de cualquier manera, sin los *portiankí*, y llevaba un ajado capote militar echado encima de la ropa interior. Su lúgubre barba negra aparecía desgredada, sus ralos cabellos colgaban de las sienes hacia diferentes lados, su cara expresaba sufrimiento.

¡En vano había intentado dormir! Y se levantó a pasear por el pasillo. Había utilizado este

procedimiento más de una vez: así disipaba su irritación y calmaba el ardiente dolor que sentía en la nuca, y el que le atormentaba cerca del hígado.

Mas, aunque había salido a pasear, su hábito de lector le hizo coger de la sala un par de libros en uno de los cuales había intercalado el borrador manuscrito del *Proyecto de templos cívicos* y un lápiz mal afilado. Rubin dejó sobre la larga y sucia mesa todo esto, una caja de tabaco flojo y una pipa, y empezó a pasear con ritmo uniforme de arriba abajo del pasillo sujetándose el capote con las manos.

Reconocía que todos los presos lo pasaban mal, tanto los que habían sido encerrados sin motivo como incluso los enemigos que habían sido encerrados por sus enemigos. Pero definía su propia situación (y también la de Abramson) de trágica en el sentido aristotélico de la palabra. Había recibido el golpe de las mismas manos que más quería. Le habían encerrado personas indiferentes y ordenancistas por amar la causa común hasta un punto indecoroso. Bajo los efectos de una trágica contradicción, Rubin debía oponerse a diario a los oficiales y a los celadores de la prisión, cuyas acciones eran la expresión de una ley justa y progresista. Sus camaradas de prisión, por el contrario, no eran para él unos camaradas, y en todas las celdas le hacían reproches, le denostaban y casi le mordían porque sólo veían su propia pena y no la gran necesidad lógica. No le provocaban en pro de la verdad, sino para vengarse en él de lo que no podían vengarse en los carceleros. Le acosaban sin preocuparse demasiado de que cada choque le revolviera las entrañas. Y en cada celda, en cada nuevo encuentro, en cada discusión estaba obligado a demostrar, con inagotable energía y despreciando los agravios, que en general y en su curso principal todo funcionaba como era debido, que florecía la industria, que reinaba la abundancia en la agricultura, que bullía la ciencia y que la cultura era un verdadero arco iris. Cada una de esas celdas y cada una de esas discusiones era un sector del frente donde sólo Rubin podía defender el socialismo.

A menudo, sus adversarios se valían de su gran número para decir que ellos eran el pueblo y que los Rubin no eran más que casos aislados. ¡Pero a él todo le decía que esto era mentira! El pueblo estaba fuera de la cárcel, fuera del alambre espino. El pueblo había tomado Berlín, se había encontrado en el Elba con los americanos. El pueblo avanzaba en trenes de desmovilización hacia el este, iba a reconstruir Dneprogués, a reanimar el Donbass, a construir de nuevo Stalingrado. La sensación de unidad con millones de hombres era lo que confirmaba a Rubin en su solitaria y cerrada lucha en las celdas contra unas decenas de hombres.

Rubin llamó en la mirilla vidriada de la puerta de hierro: una vez, dos, y una tercera más fuerte. A la tercera vez, la cara adormilada del grisáceo cancerbero se elevó hasta la mirilla.

—Me encuentro mal —dijo Rubin—. Necesito un medicamento. Lléveme al practicante.

El carcelero reflexionó.

—De acuerdo, telefonaré.

Rubin continuó paseando.

Era una figura, por lo demás, trágica.

Había atravesado el umbral de una prisión antes que los demás que se encontraban allí.

Un primo adulto al que Liovka adoraba a los dieciséis años le encargó que escondiera unos tipos de imprenta. Liovka aceptó el encargo con entusiasmo. Pero no se guardó del chico vecino. Este espía y denunció a Liovka. Liovka no denunció a su primo, se inventó la historia de que había encontrado las letras debajo de la escalera.

La celda de incomunicados de la cárcel Interna, la prisión central de Jarkov, aparecía ahora ante los ojos de Rubin, veinte años después, mientras continuaba paseando por el corredor con paso uniforme y pisada firme.

La Interna había sido construida siguiendo el modelo americano: varios pisos con un patio abierto en medio, y con pasillos y escaleras de hierro. En el fondo, en el patio, un guardia dirigiendo el movimiento con unos banderines. Cada sonido se extendía sonoramente por toda la cárcel. Liovka oyó cómo arrastraban estrepitosamente a uno por la escalera, y de pronto un grito desgarrador sacudió la prisión:

—¡Camaradas! ¡Saludos desde el calabozo frío! ¡Mueran los verdugos de Stalin!

Le pegaron (¡ese ruido especial de los golpes sobre algo blando!), le taparon la boca y el grito se hizo entrecortado y cesó. Pero trescientos presidiarios en trescientas celdas incomunicadas se precipitaron a sus respectivas puertas y las golpearon gritando furiosamente:

—¡Mueran esos perros sanguinarios!

—¿Os entró el gusto por la sangre obrera?

—¿De nuevo otro zar colgado al cuello?

—¡Viva el leninismo!

Y de pronto, en unas celdas, unas voces frenéticas empezaron:

Arriba los pobres del mundo...

Y ya toda la invisible masa de presidiarios atronaba hasta perder el sentido:

Agrupémonos todos.

Es la lucha final...

No podía verse, pero muchos de los que cantaban, como el propio Liovka, debían de tener lágrimas de entusiasmo en los ojos.

La prisión zumbaba como un enjambre de abejas irritadas. El grupo de los carceleros se apiñaba disimuladamente en las escaleras horrorizado ante el inmortal himno proletario...

¡Qué oleadas de dolor en la nuca! ¡Qué presión en el ilíaco derecho!

Rubin llamó de nuevo a la mirilla. Al segundo golpe asomó la adormilada cara del mismo carcelero. Separó el marco de cristal y refunfuñó:

—He telefoneado. No responden.

Quiso correr el cristal pero Rubin no se lo permitió, lo agarró con la mano:

—¡Pues vaya personalmente! —gritó con dolorosa irritación—. Me encuentro *mal*, ¿comprende? ¡No puedo dormir! ¡Llame al practicante!

—Está bien, de acuerdo —aceptó el cancerbero.

Y corrió la ventanilla.

Rubin empezó a pasear de nuevo, midiendo con la misma desesperanza el espacio lleno de escupitajos y de basura del ahumado pasillo, y avanzando tan poco como siempre en horas nocturnas.

Y tras la imagen de la Interna de Jarkov, que recordaba siempre con orgullo aunque las dos semanas de incomunicación habían pesado siempre sobre su hoja de servicio, sobre toda su vida, y habían endurecido ahora su condena, llegaron a la memoria unos recuerdos que prefería esconder, que quemaban.

... En cierta ocasión lo llamaron a la oficina del partido en la fábrica de tractores. Liova se consideraba uno de los fundadores de la fábrica: trabajaba en la redacción de su periódico. Recorría los talleres, animaba a la juventud, transvasaba ánimo a los obreros maduros, colgaba «notas» sobre los éxitos de las brigadas de choque, sobre las brechas y negligencias en la producción.

Y el joven de veinte años con camisa rusa de botonadura lateral entró en la oficina del partido con la misma desenvoltura con que alguna vez entrara también en el despacho del secretario del Comité Central de Ucrania. Y del mismo modo que allí decía sencillamente: «¡Buenos días, camarada Postyshev!», y se adelantaba a tenderle la mano, también ahí dijo a la mujer cuarentona, de pelo corto y pañuelo rojo en la cabeza:

—¡Buenos días, camarada Pajtina! ¿Me has llamado?

—Buenos días, camarada Rubin —le estrechó la mano—. Siéntate.

Él se sentó.

En el despacho había además una tercera persona no obrera, con corbata y traje, con zapatos amarillos. Estaba sentado aparte examinando unos papeles y no prestó atención al recién llegado.

El despacho del comité del partido era austero como un confesionario, restaurado en colores de tonos rojos llameantes y negros.

Con aire tímido y en cierto modo apagado, la mujer habló con Liova de asuntos de la fábrica, que siempre estudiaban celosamente, y de pronto, echándose para atrás, dijo con firmeza:

—¡Camarada Rubin! ¡Debes bajar la guardia ante el partido!

Liova quedó impresionado. ¿Cómo? ¿No entregaba al partido todas sus fuerzas, toda su salud, sin distinguir el día de la noche?

¡No! Era poco.

¿Pues qué más?

Entonces intervino cortésmente aquel tipo. Le trató de «usted», cosa que hería el oído proletario. Dijo que Rubin debía contar honestamente y hasta el final todo lo que sabía de su primo casado: ¿Era cierto que había sido miembro activo de una organización clandestina trotskista y ahora se lo ocultaba al partido?

Y había que responder inmediatamente, ambos tenían la vista fija en él...

A través de los ojos de este primo, precisamente, había aprendido Rubin a mirar la revolución. Por él se había enterado de que no todo marchaba tan engalanado y despreocupado como en las manifestaciones del Primero de Mayo. Sí, la revolución era una primavera, por eso había también mucho fango y el partido chapoteaba en este barro buscando un sendero firme invisible.

Pero, ciertamente, habían pasado cuatro años. Ciertamente, habían cesado las disputas en el partido. Se había empezado a olvidar a los trotskistas y hasta a los bujarinistas. Todo cuanto había propuesto el heresiarca, ganándose su expulsión del país, ahora Stalin lo imitaba servilmente demostrando poca inventiva. Con las miles de frágiles «barcas» de las haciendas campesinas habían organizado, mal que bien, el «transatlántico» de la colectivización. Los altos hornos de Magnitogorsk ya humeaban, y los tractores de cuatro fábricas pioneras revolvían las tierras de los koljoses. Y el 518 y el 1040^[48] estaban casi a sus espaldas. Todo se realizaba objetivamente en honor de la Revolución Mundial. ¿Valía la pena pelear por el sonido del apellido de la persona que daría nombre a todas estas cosas? (Y Liovka incluso se obligó a amar este nuevo nombre. ¡Sí, ya LO amaba!). ¿Para qué habría ahora necesidad de arrestar a los que antes lo discutían, de vengarse de ellos?

—No lo sé. Nunca fue trotskista —respondió la lengua de Liovka, pero su razón percibió que hablando como un adulto, sin su pueril romanticismo pasado de moda, era innecesario ser reservado.

Cortos y enérgicos gestos del secretario del comité del partido. ¡El partido! ¿No era lo más elevado que poseíamos? ¿Cómo era posible mostrarse reservado... ante el partido? ¿Cómo era posible no sincerarse... ante el partido? El partido no castigaba, era nuestra conciencia. Recuerda lo que dijo Lenin...

Diez cañones de pistola apuntándole a la cara no habrían asustado a Liovka Rubin. Tampoco le habrían arrancado la verdad ni la mazmorra fría ni el destierro a Solovki. Pero ¡el partido! No podía callar ni mentir en aquel confesionario negrirrojo.

Rubin se sinceró: cuándo, en qué participaba su primo, qué hacía. Y la mujer-predicador guardó silencio.

El cortés visitante de los zapatos amarillos dijo:

—De modo que, si le he comprendido correctamente... —y leyó la hoja escrita—. Ahora firme. Aquí.

Liovka tuvo un sobresalto:

—¿Quién es usted? ¡Usted no es el partido!

—¿Por qué no he de ser el partido? —se ofendió el visitante—. También soy miembro del partido. Soy un juez de la GPU.

Rubin volvió a llamar a la ventanilla. El vigilante, evidentemente arrancado del sueño, resopló:

—A ver, ¿por qué llamas? He telefoneado muchas veces y no responden.

Los ojos de Rubin se pusieron ardientes de indignación:

—¡Le he pedido que *fuera*, no que llamara! ¡Padezco del corazón! ¡Quizá me muera!

—No te mo-ri-rás —alargó la frase el cancerbero, conciliador y hasta compasivo—. Llegarás hasta mañana. Piénsalo tú mismo: ¿cómo voy a marcharme y abandonar mi puesto?

—¡Y qué idiota le iba a quitar el puesto! —gritó Rubin.

—No se trata de que me lo quiten, es que el reglamento lo prohíbe. ¿Has servido en el ejército?

Le dolía tan fuertemente la cabeza que a punto estaba de creer que podía morir en aquel instante. Al ver su cara descompuesta, el vigilante se decidió:

—Está bien, de acuerdo, apártate de la ventanilla, no llames más. Voy un momento.

Y seguramente se marchó. A Rubin le pareció que también el dolor había disminuido ligeramente.

De nuevo empezó a dar pasos uniformes por el pasillo.

... Los recuerdos se desplegaban en su memoria, unos pensamientos que no habría querido en absoluto despertar. Olvidarlos significaba curarse.

Poco después de estar en la cárcel, en su prisa por redimir su culpa ante el *komsomol* y por demostrar su utilidad —para convencerse a sí mismo y para convencer a la clase única revolucionaria—, Rubin fue a colectivizar el campo con una pistola al cinto.

Fueron tres kilómetros de marcha, descalzo, defendiéndose a tiros de los enloquecidos campesinos. ¿Y qué vio entonces en ello? «Pues ya he probado yo también la guerra civil». Sólo eso.

¡Caía por su propio peso!: reabrir las zanjas con el grano enterrado, no permitir que sus propietarios molieran el trigo y cocieran pan, no permitirles sacar agua del pozo. Y si los niños de los propietarios morían, que estiraran la pata los malvados junto a sus hijos, pero no dejarles cocer pan. Y aquel carro solitario, tirado por un melancólico caballo, que recorría al amanecer el pueblo callado y muerto, no suscitaba piedad, se había convertido en algo tan habitual como los tranvías en la ciudad. Un golpe con el látigo en el postigo:

—¿Hay difuntos? Sacadlos.

Y en el siguiente postigo:

—¿Hay difuntos? Sacadlos.

Y pronto también así:

—¡Eh! ¿Hay alguien vivo?

Y todo esto estaba impreso en su cabeza. Marcado a fuego. Quemaba. Y a veces fantaseaba: ¡Tus heridas son por eso! ¡Tu encarcelamiento es por eso! ¡Tus enfermedades son por eso!

Sea. Es justo. ¿Y si comprendía que era horrible pero que nunca lo repetiría, que ya había pagado por ello? ¿Cómo purificarse de todo aquello? Quién podría decir: «¡Oh, no ha sucedido! ¡Ahora vamos a considerar que no ha sucedido! ¡Haz como si nunca hubiera sucedido!».

¿Qué no se devanará una noche de insomnio en el alma triste del que ha errado?

Esta vez fue el propio vigilante quien abrió la ventanilla. Al final había decidido abandonar su

puesto y pasar por Dirección. Resultó que allí todos dormían y no había quién cogiera el auricular del teléfono. El brigada al que despertó escuchó su informe, lo amonestó por haber abandonado el puesto y, sabiendo que la enfermera dormía con el teniente, no se atrevió a despertarlos.

—Imposible —dijo el vigilante por la ventanilla—. He ido yo mismo y he informado. Dicen que es imposible. Hay que dejarlo para mañana.

—¡Me muero! ¡Me muero! —le dijo con voz ronca Rubin por la mirilla—. ¡Romperé la ventanilla! ¡Llame enseguida al oficial de servicio! ¡Me declararé en huelga de hambre!

—¿Qué es eso de huelga de hambre? ¿Te da alguien de comer en este momento? —replicó el cancerbero juiciosamente—. Por la mañana, con el desayuno, podrás declararla... Bueno, pasea, pasea. Volveré a llamar al brigada.

Ni el destino de la bomba atómica, ni el de un preso moribundo, importaba a ninguno de los soldados, sargentos, tenientes, coroneles y generales satisfechos de su servicio y de su sueldo.

¡Pero el preso moribundo necesitaba estar por encima de todo esto!

Superando el malestar y el dolor, procuraba continuar deambulando por el pasillo con paso medido. Le vino a la memoria la fábula de Krylov *El sable damasquinado*. En libertad, esta fábula no había despertado su atención, pero en la prisión le impresionaba:

La aguzada hoja de un sable damasquinado
fue arrojada a la chatarra;
con ella llevada al mercado
y vendida a un campesino casi de balde.

Con el sable damasquinado el campesino descortezaba tilos, astillaba teas. El sable se cubrió de melladuras y de herrumbre. Un día, bajo el banco de la isba, el Erizo preguntó al Sable si no le daba vergüenza. Y el Sable respondió al Erizo de la misma manera que Rubin había respondido centenares de veces mentalmente:

No, la vergüenza no es para mí,
es para aquel que no fue capaz de comprender
para qué servía yo.

La debilidad se dejaba sentir en las piernas, y Rubin se sentó junto a la mesa apoyando el pecho en el borde de la misma.

Por muy encarnizadamente que refutara los argumentos de Sologdin, más doloroso era para él escucharlos y comprender la parte de razón que había en ellos. Sí, había *komsomoles* indignos del cartón que se había gastado en su carnet. Sí, especialmente en las nuevas generaciones, los pilares de la filantropía se tambaleaban, la gente perdía el sentido de la virtud y de la belleza. El pescado y la sociedad se pudren empezando por la cabeza. ¿Quién podía servir de ejemplo a la juventud?

En las antiguas sociedades sabían que la moralidad requería una iglesia y un pope con autoridad. ¿Qué campesina polaca, incluso hoy día, dará un paso serio en la vida sin el consejo del sacerdote?

¡Es posible que, en el país soviético, sea mucho más importante ahora el canal Volga-Don o la central del Angara que salvar el sentido moral de la gente!

¿Cómo hacerlo? Este fin tenía el *Proyecto de templos cívicos* elaborado en borrador por Rubin. Esta noche, mientras durara el insomnio, debía retocarlo definitivamente, y luego, en una entrevista, procurar pasarlo a la libertad. Allí lo copiarían a máquina y lo enviarían al Comité Central del Partido. No era posible enviarlo con su firma, ofendería al Comité Central que tales consejos los diera un preso político. Que lo firmara alguno de los amigos del frente: Rubin sacrificaría de buen grado la gloria de la autoría a una buena causa.

Superando las oleadas de dolor en su cabeza, Rubin llenó la pipa con Vellochino de Oro por costumbre, pues en aquel momento no sólo no deseaba fumar sino que le repugnaba. Empezó a echar humo y a examinar el proyecto.

Con el capote echado sobre la ropa interior, tras la mesa desnuda y mal cepillada, cubierta de migas de pan y de ceniza de tabaco, en el aire consumido del pasillo por barrer, donde presos adormilados cruzaban apresuradamente, ora aquí ora allá, camino de sus necesidades nocturnas, el autor anónimo examinó su desinteresado proyecto redactado sobre muchas hojas de papel con una caligrafía apresurada y espaciada.

El preámbulo hablaba de la necesidad de elevar aún más la ya alta moral de la población, de conceder más importancia a los aniversarios cívicos y revolucionarios, y a los acontecimientos familiares, al ritual solemne de los actos. Y, para ello, se debían edificar en todas partes unos templos cívicos de majestuosa arquitectura que dominaran el terreno.

Luego, en unos capítulos divididos en párrafos, desconfiando un poco de la cabeza de los jefes,

se exponía la parte organizativa: qué importancia deberían tener los puntos habitados para que se construyeran templos cívicos, o con qué unidad territorial había que contar para ello; qué fechas se conmemorarían; duración de cada celebración. Al llegar a la mayoría de edad, se propondría a los jóvenes que prestaran un juramento especial al partido, a la patria y a los padres, ante una gran masa de gente congregada.

El proyecto insistía especialmente en que las vestimentas de los servidores del templo debían ser inusuales y expresar la pureza nívea de sus portadores. Las fórmulas rituales debían ser expresadas rítmicamente. No había que dejar al margen ninguna influencia sobre los órganos sensoriales de los asistentes a los templos: desde un aroma especial en el aire del local hasta la música y el canto melódico, desde el uso de proyectores y cristales de colores, desde los frescos artísticos de las paredes, que facilitarían el desarrollo del gusto estético de la población, hasta todo el conjunto arquitectónico del templo.

Había sido preciso encontrar cada palabra del proyecto eligiéndola dolorosa y exactamente entre sus sinónimos. Una palabra imprudente podría hacer que personas superficiales y de cortos alcances dedujeran que el autor proponía sencillamente reconstruir unos templos cristianos sin Cristo, ¡pero distaba muchísimo de ser así! Los aficionados a las analogías históricas podrían acusar al autor de plagiar el culto de Robespierre al Ser Supremo, ¡pero, naturalmente, no era eso, no era eso en absoluto!

El autor consideraba que lo más peculiar del proyecto era el capítulo de los nuevos... no sacerdotes, sino, como allí se llamaban, servidores de los templos. El autor consideraba que la llave del éxito de todo el proyecto estaba en que se consiguiera crear en el país un cuerpo de estos servidores que gozara del amor y la confianza del pueblo por su vida completamente irreprochable y desinteresada. Se proponía a las autoridades del partido que realizaran una selección de los candidatos para los cursos de servidores de templos, liberándolos de cualquier trabajo que estuvieran realizando. Cuando empezara a decaer la aguda necesidad de servidores, esos cursos, con los años, se irían alargando y profundizando, y deberían dar a los servidores una amplia formación incluyendo en ella, de forma especial, la elocuencia. (El proyecto afirmaba temerariamente que el arte de la oratoria había entrado en decadencia en nuestro país, quizá porque ya no había necesidad de convencer a nadie, dado que la población apoyaba sin reservas a su gobierno).

Que no acudiera nadie en ayuda de un presidiario que se moría a deshora era algo que no sorprendió a Rubin. Casos semejantes los había visto hasta la saciedad en las prisiones del contraespionaje y en las de tránsito.

Por eso, cuando resonó la llave en la puerta, el primer impulso del corazón de Rubin fue asustarse de que lo encontraran avanzada la noche dedicado a una ocupación antirreglamentaria, tras lo cual seguiría un inevitable y molesto castigo, por lo que recogió sus papeles y quiso desaparecer volviendo a la sala, pero ya era tarde: el robusto brigada de morros duros había advertido su presencia y lo llamaba desde la puerta abierta.

Y Rubin volvió a la realidad. Sintió de nuevo todo su abandono, su patológica impotencia, su dignidad ofendida.

—Brigada —dijo acercándose lentamente al ayudante del oficial de servicio—, hace tres horas que intento conseguir que venga el practicante. Me quejaré del practicante y de usted a la dirección penitenciaria del MGB.

Pero el brigada respondió conciliador:

—Ha sido verdaderamente imposible acudir antes, Rubin, no dependía de mí. Vamos.

En realidad, al enterarse de que quien armaba jaleo no era un preso cualquiera, sino uno de los más peligrosos, lo único que podía hacer él era llamar al teniente. Durante largo rato no obtuvo respuesta, luego la enfermera se asomó y volvió a desaparecer. Finalmente, salió el teniente de la enfermería, ceñudo, y dio permiso al brigada para que trajera a Rubin.

Rubin enfiló las mangas del capote y se lo abrochó, ocultando la ropa interior. El brigada lo condujo por el pasillo del sótano de la *sharashka* y luego lo hizo subir al patio de la cárcel por una rampa sobre la que caía densamente el plumón de la nieve. Bajo la calma pintoresca de la noche —los generosos copos blancos no cesaban de caer, hacían que los lugares turbios y oscuros de las profundidades nocturnas y del firmamento aparecieran garabateados por multitud de blancos palotes— el brigada y Rubin atravesaron el patio dejando profundas huellas en la granulosa y etérea nieve.

Rubin se quedó inmóvil y cerró los ojos ante este amable cielo nebuloso, pardo y humeante bajo la iluminación nocturna. Sentía sobre su barba levantada, y sobre su ardiente rostro, el infantil e inocente contacto de las frías estrellitas de seis puntas. Le inundó el placer de la calma, tanto más agudo cuanto que breve, toda la fuerza de la existencia, toda la felicidad de no ir a ninguna parte, de no pedir nada, de no querer nada, de sólo permanecer allí de pie toda la noche de cabo a rabo, inmóvil, beatífico, bendito, como permanecen los árboles, y dejar posarse más y más copos de nieve sobre su persona.

Y, en este mismo instante, llegó el largo y estridente silbido de una locomotora procedente de la línea férrea que discurría a menos de un kilómetro de Marfino. Era ese silbido especial, solitario en mitad de la noche, que oprime el alma, que en el cénit de los años nos recuerda la infancia que tantas cosas nos prometía y que al llegar a ese cénit no tenemos.

Si pudiera permanecer en aquel lugar, aunque sólo fuera media hora, se reanimaría, sanaría en alma y cuerpo, y escribiría una tierna poesía sobre los silbidos nocturnos de las locomotoras.

¡Ah, si hubiera sido posible no seguir a su escolta!

Pero la escolta volvía ya la cabeza con suspicacia: ¿se le habría ocurrido una fuga nocturna?

Y las piernas de Rubin fueron hacia donde estaba prescrito.

El sueño joven había sonrosado a la enfermera, la sangre bailaba en sus mejillas. Llevaba la bata blanca, pero visiblemente no la ceñía sobre la guerrera y la falda, sino sobre el cuerpo. Cualquier preso habría hecho siempre esta observación, y Rubin la habría hecho en otra ocasión, pero ahora su pensamiento no descendía hasta esta grosera mujer que le había hecho padecer toda la noche.

—Por favor: una aspirina y algo para el insomnio que no sea luminal, necesito dormirme enseguida.

—No tengo nada contra el insomnio —se lo negó mecánicamente.

—¡Se-lo-rue-go! —repitió Rubin con precisión—. Por la mañana he de hacer un trabajo para el ministro. Y no puedo dormir.

La mención del ministro, y la idea de que Rubin se quedaría allí pidiendo incesantemente aquellos medicamentos (y por ciertos indicios calculaba que el teniente volvería a visitarla), movió a la enfermera a alterar su costumbre y a facilitar la medicina.

Sacó unos polvos de un armarito y obligó a Rubin a tomárselos allí mismo, sin alejarse (el reglamento médico de la cárcel consideraba que cualquier polvo era un arma y no podía ser puesto en manos de un preso, sólo en su boca).

Rubin preguntó qué hora era, supo que eran las tres y media, y se marchó. Al atravesar de nuevo el patio volvió la cabeza hacia los tilos nocturnos, iluminados desde abajo por el reflejo de las lámparas de quinientos y doscientos vatios de la zona, inspiró profunda, profundísimamente, el aire que olía a nieve, se inclinó y recogió varios puñados de estrellado plumón, y con esta masa imponderable, incorpórea y helada se frotó la cara y el cuello, y se llenó la boca.

Y su alma se comunicó con el frescor del mundo.

La puerta entre el dormitorio y el comedor no estaba entornada, y sonó una fuerte campanada en el reloj de pared, seguida de unos ecos secundarios que tardaron en apagarse.

Para saber de qué hora era la media, Adam Reutmann quiso consultar su reloj de pulsera, que lanzaba su amistoso tic-tac desde la mesita de noche, pero temió que una llamarada de luz molestara a su esposa. La mujer yacía en parte de costado y en parte boca abajo con la cara hundida en el hombro del marido.

Hacía cinco años que estaban casados, pero incluso en la semiinconsciencia del sueño él sentía una efusión de ternura por tenerla a su lado, por la forma graciosa que tenía de dormir calentando entre los pies del marido las pequeñas plantas eternamente heladas de los suyos.

Adam acababa de despertar de un sueño incoherente. Quería dormirse, pero acudían a su memoria las últimas novedades de la tarde, seguidas de las dificultades en el trabajo, se acumularon pensamientos y más pensamientos, se despegaron sus ojos y le dominó esta precisión nocturna bajo la cual es inútil intentar dormir.

El ruido, las pisadas y el traslado de muebles que se oyeran largo rato sobre su cabeza al anochecer, en el piso de los Makaryguin, hacía tiempo que se habían calmado.

La débil y grisácea luminosidad de la noche penetraba por la ventana en aquellos lugares donde las cortinas no se juntaban.

En ropa de noche, tumbado de espaldas, privado de sueño, Adam Veniamínovich Reutmann no sentía en su persona la firmeza de su posición, ni la superioridad sobre la gente, que de día le comunicaban sus galones de comandante del MGB y la insignia de laureado con el Premio Stalin. Yacía boca arriba, y como todo simple mortal percibía que el mundo estaba muy poblado, que era cruel y que no resultaba fácil vivir en él.

Por la tarde, cuando la casa de los Makaryguin hervía de alegría, visitó a Reutmann un antiguo amigo suyo, también judío. Acudió sin su esposa, preocupado, y le contó nuevas opresiones, limitaciones, expulsiones del trabajo e incluso deportaciones.

No era nada nuevo. Había empezado la pasada primavera. Comenzó primero en la crítica teatral, y parecía que sólo se trataba de descubrir los apellidos judíos poniéndolos entre comillas. Luego se trasladó a la literatura. En un periodicucho de chismorreos, en un periodiquillo entero, que se ocupaba de cualquier cosa excepto de su temática natural —la literatura—, alguien musitó una palabrita venenosa: *cosmopolita*. ¡Se había encontrado la palabra! Y esta orgullosa y magnífica palabra que une al mundo, esta palabra que corona a los genios con más grandeza de

alma —Dante, Goethe, Byron—, mencionada en dicho periódico se tomó descolorida, arrugada y siseante hasta llegar a significar *judío*.

Luego pasó a otros temas, y tímidamente empezó a esconderse en carpetas tras puertas cerradas.

Ahora, su helado aliento alcanzaba a los círculos técnicos. Aquel último mes, precisamente, Reutmann, que avanzaba hacia la fama indeclinablemente y con brillantez, sintió que su posición se tambaleaba.

¿Le hacía traición la memoria? Durante la revolución, y aún mucho después de ella, la palabra «judío» era mucho más fiable que la de «ruso». Al ruso lo controlaban mucho más. ¿Quiénes fueron tus padres? ¿De qué ingresos vivíais *antes* de 1917? Al hebreo no había necesidad de controlarlo: todos los judíos estaban a favor de la revolución.

Y ahora... Iosif Stalin tomaba el látigo de perseguidor de los judíos disimuladamente, ocultándose tras personajes secundarios.

Cuando se persigue a un grupo de personas porque antes eran opresores, o miembros de una casta, o por sus ideas políticas, o por su círculo de amistades, siempre hay una base razonable (o pseudo razonable). Siempre sabes que tú mismo has elegido tu destino, que podías no haber estado en ese grupo. Pero ¿por la nacionalidad?

(El interlocutor interno y nocturno replicó inmediatamente a Reutmann: «¿Acaso se elige la procedencia social? Y por ello se perseguía a la gente...»).

No, la ofensa principal radicaba, para Reutmann, en que uno quería de todo corazón «ser de ellos», igual que los demás, y no le admitían, le rechazaban, le decían: «No eres de los nuestros, eres un inadaptado. Eres un judío».

Muy lentamente, con gran dignidad, el reloj del comedor empezó a sonar, pero después de cuatro campanadas se calló. Reutmann esperaba la quinta y se alegró de que sólo fueran las cuatro. Todavía conseguiría dormir.

Se movió un poco. La esposa gimió en sueños y rodó hacia el otro costado, pero instintivamente pegó su espalda a su marido.

Y callado, muy callado, dormía el hijo en el comedor. Nunca gritaba ni llamaba.

El avisado hijo de tres años era el orgullo de sus jóvenes padres. Adam Veniamínovich contaba con entusiasmo los gustos y travesuras de su hijo incluso a los presos del laboratorio de acústica. No comprendía, debido a la normal insensibilidad de las personas felices, que esto era doloroso para ellos, privados de la paternidad. (Pero era un tema cómodo, que les aproximaba y que al mismo tiempo era inocuo). El hijo parloteaba vivamente, aunque su pronunciación no había adquirido una forma definida: de día imitaba a la madre (era del Volga y marcaba todas las «o»), y por la noche a su padre cuando volvía del trabajo (Adam no sólo guturalizaba las «r» sino que tenía fastidiosos defectos de pronunciación).

Como suele suceder en la vida, si al fin llega la felicidad, esta no conoce límites. El amor, la boda y luego el nacimiento del hijo le llegaron a Reutmann junto con el final de la guerra y el Premio Stalin. Por lo demás, también había pasado la guerra sin preocupaciones materiales: en la tranquila Bashkiria, con el generoso racionamiento del NKVD, Reutmann y sus actuales amigos

del Instituto de Marfino habían construido el primer sistema de codificación telefónica. Ahora este sistema parecía primitivo, pero entonces les dieron el premio por él.

¡Con qué ardor lo construyeron! ¿Dónde estaban ahora aquel entusiasmo, aquellas búsquedas, aquellas intuiciones?

Con la perspicacia que da la oscura vigilia nocturna, cuando la vista se dirige sin distracciones hacia el interior, Reutmann comprendió de pronto qué cosa le faltaba en estos últimos años. Seguramente, lo que le faltaba era hacer algo por sí mismo.

Reutmann ni siquiera se había dado cuenta de cuándo y cómo se había deslizado del papel de creador al papel de jefe de creadores...

Como si se quemara, retiró la mano que abrazaba a su esposa y colocó más alta la almohada.

¡Sí, sí, sí! ¡Era cautivador, era fácil! El sábado por la tarde, al marcharse a casa por día y medio, cuando ya estaba envuelto en la sensación del confort doméstico y de los planes familiares para el domingo, sólo debía decir: «¡Valentín Martínych! Mañana pensará en cómo eliminar las alteraciones no lineales, ¿verdad? ¡Lev Grigórievich! ¿Me leerá mañana ese artículo del *Proceedings*? ¿Me hará un resumen de las ideas fundamentales de la tesis?». Y el lunes por la mañana volvía descansado al trabajo, y en su mesa, como en un cuento, había un resumen en ruso del artículo de *Proceedings*, y Prianchikov le decía cómo eliminar las alteraciones no lineales o incluso ya las había eliminado el domingo.

¡Muy cómodo!

Y los presos no se ofendían con Reutmann, es más, lo querían. Porque no se comportaba como su carcelero, sino sencillamente como una buena persona.

¡Pero la creatividad, la alegría de los brillantes aciertos y la amargura de las derrotas imprevistas le habían abandonado!

Se liberó de la manta y, sentado en la cama, se abrazó las rodillas y puso el mentón sobre ellas.

¿En qué se había ocupado todos estos años? En intrigas. En la lucha por su primacía en el instituto. Con un grupo de amigos hacía todo lo posible por denigrar y desplazar a Yákonov, considerando que les hacía sombra con su respetabilidad y su aplomo, y que conseguiría el Premio Stalin a título personal. Aprovechando que Yákonov tenía un pasado carcomido y que por ello no lo aceptaban en el partido por más que lo intentara, los «jóvenes» lo atacaban en las reuniones del partido: ponían su informe sobre la mesa, y tras pedirle que saliera, o también en su presencia («sólo tienen derecho a voto los miembros del partido»), lo analizaban y emitían una resolución. Y en las resoluciones del partido, Yákonov siempre resultaba culpable de algo. Había momentos en que a Reutmann incluso le daba lástima. Pero no había otro remedio.

¡Y qué giro tan hostil había tomado todo! En su acoso a Yákonov, los «jóvenes» habían olvidado incluso que, de cada cinco de ellos, cuatro eran judíos. En adelante, Yákonov no se cansaría de repetir, en cada tribuna que ocupaba, que el cosmopolitismo era el enemigo más feroz de la patria del socialismo.

Ayer, después de la ira del ministro, en un día aciago para el Instituto de Marfino, el preso Markushev lanzó la idea de unificar los sistemas de *clipado* y Vocoder. Era por encima de todo un absurdo, pero se podía presentar a los jefes como una reforma radical, y Yákonov dispuso que

inmediatamente se trajera el banco de trabajo del Vocoder al Número 7 y que se trasladara también a Prianchikov. En presencia de Selivanovski, Reutmann se precipitó a protestar y a discutir, pero Yákonov, con aire condescendiente, como quien trata con un amigo apasionado en exceso, dio a Reutmann unas palmaditas en la espalda:

—¡Adam Veniamínovich! No obligue al viceministro a pensar que usted sitúa sus intereses personales por encima de los intereses del Departamento de Técnicas Especiales.

Este era el aspecto trágico de la actual situación: ¡te daban un puñetazo en las narices y no podías llorar! ¡Te estrangulaban en pleno día y exigían que aplaudieras puesto en pie!

Dieron las cinco enseguida, no había oído la media.

No sólo no tenía ganas de dormir, sino que incluso la cama empezaba a agobiarle.

Con mucho cuidado, una pierna tras otra, Adam se deslizó fuera de la cama y metió los pies en las zapatillas. Rodeó sin ruido una silla que estaba en su camino, se acercó a la ventana y separó un poco más las cortinas de seda.

¡Oh, oh, cuánta nieve había caído!

Enfrente, al otro lado del patio, se encontraba el más alejado y abandonado rincón del Neskuchni Sad. El barranco y sus empinadas pendientes estaban cubiertos de nieve, poblados de pinos solemnemente blanqueados. Y por fuera, a lo largo de los travesaños de las ventanas, también se habían pegado al cristal velludos pellones de nieve.

Pero la nevada casi había cesado.

Las rodillas estaban ardientes debido a los radiadores situados bajo las ventanas.

Hubo otra causa que le impidió avanzar científicamente en los últimos años: le atosigaban con reuniones, con papeleo. Cada lunes, instrucción política; cada viernes, instrucción técnica; dos veces al mes, reunión de partido; y además, dos o tres tardes al mes lo llamaban al Ministerio, y una vez al mes había una reunión especial sobre vigilancia revolucionaria; cada mes se redactaba el plan del trabajo científico, cada mes se enviaba un informe sobre el mismo, y una vez cada tres meses, no se sabía por qué, había que escribir las características de todos los presos (trabajo que requería un día entero). Además, cada media hora venían los subordinados con sus facturas, pues cada pequeño condensador, del tamaño de un caramelo, cada metro de cable y cada válvula de radio, debía tener el visado del jefe del laboratorio, de otro modo el almacén no lo entregaría.

¡Ah, con qué gusto abandonaría toda esta burocracia y toda esta lucha por la primacía! Si pudiera ocuparse personalmente de los esquemas con el soldador en la mano, captando en la verdosa pantalla del oscilógrafo electrónico su querida curva gráfica, entonces sí que podría canturrear despreocupadamente «Boogie-woogie» como Prianchikov. ¡Qué felicidad sería eso a los treinta y un años! No sentir sobre sí los opresivos galones, olvidar su seriedad externa, ser como un niño: construir, fantasear.

Se dijo a sí mismo «como un niño», y por un capricho de la memoria se recordó a sí mismo de niño: con implacable claridad emergió en su cerebro nocturno un episodio profundamente olvidado, no recordado en muchos años.

Noblemente ofendido, un Adam de doce años, con su corbata de pionero, hablaba con temblores en la voz ante la asamblea de pioneros de la escuela. Acusaba a un agente del enemigo,

y exigía que se le expulsara de los jóvenes pioneros y de la escuela soviética. Antes habían intervenido Mitka Shtitelman y Mishka Luxemburg, y todos habían desenmascarado a su compañero Oleg Rozhdesvenski acusándolo de antisemitismo, de acudir a la iglesia, de origen social hostil, y arrojaban miradas aniquiladoras al acusado, un niño tembloroso.

Era a finales de los años veinte, los niños aún vivían inmersos en la política, los periódicos murales, la autonomía, las disputas. La ciudad era meridional, los judíos constituían la mitad del grupo. Aunque había niños que eran hijos de magistrados, de dentistas, cuando no de pequeños comerciantes, todos se consideraban encarnizada y convencidamente proletarios. Pero este evitaba cualquier conversación sobre política, seguía con movimientos mudos el coro de la *Internacional* y había ingresado en los pioneros con claro disgusto. Los niños más entusiastas sospechaban desde hacía tiempo que era un contrarrevolucionario. Lo vigilaron, lo acecharon. No podían demostrar su origen. Pero un día Oleg cayó en la trampa, dijo: «Todo hombre tiene derecho a decir cuanto piensa». «¿Cómo que todo?», saltó hacia él Shtitelman. «Si Nikola me dice: “Sucio judío”, ¿también está permitido?».

¡Con esto empezó el expediente de Oleg! Aparecieron amigos delatores, Shurik Burikov y Shurik Vorozhvit, que habían visto al acusado entrando con su madre en una iglesia, y afirmaron que un día había ido a la escuela con una cruz en el cuello. Empezaron las asambleas, las reuniones del comité de clase, del comité de grupo, las asambleas de pioneros, las sesiones conjuntas, y en todas partes intervenían Robespierres de doce años denostando ante la masa de los alumnos al cómplice de los antisemitas, al transmisor del opio religioso, que llevaba dos semanas sin comer, aterrorizado, escondido en su casa. Lo habían expulsado de los pioneros y pronto lo expulsarían de la escuela.

Adam Reutmann no fue el instigador, le arrastraron, pero una abyecta vergüenza le inundaba las mejillas incluso ahora.

¡Un círculo de ofensas! ¡Un círculo de ofensas! Del que no había salida, como no la había en su disputa con Yákonov.

¿Por dónde empezar a corregir el mundo? ¿Por los demás? ¿O por uno mismo?

En su cabeza había madurado ya la pesadez —y en su pecho el vacío— necesarios para dormir.

Fue a la cama y se tendió silenciosamente bajo la manta. Debía dormirse necesariamente antes de que dieran las seis.

¡Y por la mañana presionar en lo de la fonoscopia! ¡Era una enorme carta de triunfo! En caso de éxito, su empresa podía crecer hasta convertirse en un instituto autónomo de investigación... científí...

En la *sharashka*, el toque de diana era a las siete de la mañana.

Pero el lunes, mucho antes de esta hora, llegó un vigilante al dormitorio de los presos y sacudió el hombro del portero. Spiridón roncaba pesadamente. Despertó y miró al vigilante a la luz de las bombillas azules.

—Vístete, Yegorov. Te llama el teniente —dijo el vigilante en voz baja.

Pero Yegorov yacía con los ojos abiertos, sin moverse.

—Escucha lo que te digo, te llama el teniente.

—¿Qué pasa? ¿Qué mosca les ha...? —preguntó Spiridón, que continuaba sin moverse.

—Levántate, levántate —le importunó el vigilante—. No sé qué quiere.

—¡O-o-ah! —se desperezó ampliamente Spiridón poniéndose los pelirrojos brazos en la nuca y bostezando largamente—. ¿Cuándo llegará el día en que no tengamos que levantarnos? ¿Es muy tarde?

—Pronto serán las seis.

—¡No son ni las seis! Bueno, ve tú, de acuerdo.

Y continuó tendido.

El vigilante se movió indeciso y salió.

La bombilla azul iluminaba la esquina de la almohada de Spiridón hasta el ala oblicua de la sombra de la litera superior. Y, en este claroscuro, Spiridón yacía sin moverse con los brazos bajo la cabeza.

Lamentaba no haber visto el final de su sueño.

Iba en un carro cargado de ramas secas (y debajo de estas, unos troncos que no debía ver el guarda forestal), salía al parecer de su bosque y se dirigía a su aldea, pero el camino era desconocido. Desconocido, sí, pero Spiridón veía en sueños con ambos ojos (¡como si los tuviera sanos!), con gran precisión, cada detalle: ora unas raíces abultadas en mitad del camino, ora las astillas causadas por un antiguo rayo, ora un espaciado pinar y arenas profundas en que se hundían las ruedas. También percibía Spiridón los variados aromas del bosque que preceden al otoño, y los inspiraba con fuerza. Respiraba de esta manera porque, aún en sueños, recordaba netamente que era un preso, que su condena era de diez años más cinco de pérdida de los derechos civiles, que había abandonado la *sharashka* y que seguramente ya se habrían dado cuenta, pero mientras enviaban a los perros debía disponer de tiempo para llevar aquella leña a su esposa y a su hija.

La gran felicidad del sueño, sin embargo, se debía a que el caballo no era un caballo

cualquiera, sino la yegua *Grivna*, de pelo rosado, la más querida de cuantas había tenido Spiridón, la primera que había comprado, de tres años, la que tenía en su hacienda después de la guerra civil. La yegua habría sido gris de no haberle salido unos puntos rojos en el pelo bayo uniforme, y por estos puntos su pelaje recibía el nombre de «rosado». Con aquel animal se había abierto camino en esa época, y era el que había enganchado al carruaje que condujera secretamente a la boda a su prometida Marfa Ustinovna.

Spiridón iba en el carro y se asombraba, feliz, de que *Grivna* continuara viva en el presente, arrastrara la carga cuesta arriba sin tropezones, como antes, y tirara celosamente del carro por la arena. Toda la inteligencia de *Grivna* estaba en sus orejas, unas orejas largas, grises, sensibles, con cuyos pequeños movimientos le decía a su amo, sin volverse, que entendía lo que en aquel momento se exigía de ella y que estaría a la altura de la tarea. Mostrarle el látigo a *Grivna*, aunque fuera disimuladamente, desde lejos, habría sido ofenderla. Viajando con ella, Spiridón nunca llevaba látigo.

En sueños, sólo le faltaba bajarse y besar a *Grivna* en el hocico, tan contento estaba de que el animal fuera joven y que por tanto alcanzara a ver, seguramente, el final de su condena. De pronto, en la bajada hacia el arroyo, Spiridón observó que la carga se ladeaba de mala manera y los troncos se deslizaban amenazando derrumbarse completamente en el vado.

Algo así como un empujón lo lanzó del carro al suelo: era el empujón del vigilante.

Spiridón yacía recordando no solamente a su *Grivna*, sino a la decena de caballos con los que había tenido ocasión de viajar y de trabajar durante su vida (cada uno estaba grabado en su memoria como si fuera una persona viva), y recordaba además los miles de caballos que había visto al pasar, y le dolía que tan gratuitamente, con tan poco seso, hubieran exterminado a los primeros ayudantes del hombre: a unos matándolos de hambre sin avena ni heno, a otros destrozándolos en el trabajo, y a unos terceros vendiéndolos a los tártaros como carne. Spiridón podía comprender lo que se hacía con sensatez. Pero no era posible comprender por qué habían exterminado a los caballos. Decían entonces que el tractor trabajaría por el caballo. Y todo se había cargado sobre las espaldas de las mujeres.

¿Sólo a los caballos habían exterminado? ¿No había talado el propio Spiridón las huertas frutales de las haciendas para que a la gente no le quedara nada que perder y se uniera más fácilmente a la retirada?

—¡Yegorov! —gritó con voz fuerte el vigilante, desde la puerta, despertando a otros dos que dormían.

—¡Ya voy, la madre patria que te...! —replicó ágilmente Spiridón poniendo los pies descalzos en el suelo. Y fue a retirar los calcetines secos del radiador.

La puerta se cerró tras el vigilante. Su vecino, el herrero, le preguntó:

—¿Adónde vas, Spiridón?

—Los jefes me llaman. A ganarme el rancho —dijo irritado el portero.

Poco amante de quedarse en cama cuando vivía en su casa, ahora, en la cárcel, a Spiridón no le gustaba levantarse cuando aún estaba oscuro. Levantarse antes del amanecer bajo la amenaza del palo es lo más fastidioso para un preso.

Pero en el Sev-Ural-Lag, el campo del Nortede los Urales, tocaban diana a las cinco de la mañana.

De modo que en la *sharashka* había que someterse.

Después de sujetar con largas bandas de paño los extremos de los pantalones acolchados uniéndolos a los zapatos militares, Spiridón, ya vestido y calzado, penetró en la piel azul del mono, se echó encima el chubasquero negro y la gorra de orejeras, se ciñó con un deshilachado cinturón de lona y salió. Le dejaron pasar por la puerta forrada de hierro de la cárcel sin acompañarlo en su camino. Spiridón atravesó el pasillo subterráneo arrastrando por el suelo de cemento sus zapatos herrados y subió al patio por la rampa.

Aún sin ver nada en la semioscuridad de la nevada, Spiridón percibió inequívocamente con los pies que la nieve caída alcanzaba unos treinta centímetros. Por lo tanto había nevado toda la noche, y con copos gordos. Y se abrió camino entre la nieve hacia la lucecita colocada en la puerta de Dirección.

En el umbral de la Dirección de la cárcel apareció el oficial de servicio, el teniente del bigotito. Un momento antes, al dejar a la enfermera, descubrió que algo andaba mal: había caído mucha nieve, y por eso llamó al portero. Con ambas manos metidas en el cinturón, el teniente dijo:

—¡Adelante, Yegorov, adelante! Barre desde la puerta principal hasta el puesto de guardia y desde la Dirección hasta la cocina. Bueno, y aquí... el patio de paseo... ¡Adelante!

—Si todos vamos adelante, no queda nadie —refunfuñó Spiridón atravesando el campo nevado en busca de la pala.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —preguntó amenazador el teniente.

Spiridón volvió la cabeza:

—¡Digo *Jawohl*, jefe, *Jawohl*! —Los alemanes, a veces, también le decían *gier-gier*, y Spiridón a ellos: *Jawohl*—. Diga a los de la cocina que me guarden unas patatas.

—De acuerdo, barre.

Spiridón siempre se comportaba con sensatez, no discutía con sus superiores, pero hoy estaba de un humor especialmente amargo por ser lunes por la mañana, por la necesidad de volver a doblar el espinazo sin haber despegado los ojos, y por la inminencia de recibir una carta de su casa en la que Spiridón presentía alguna mala noticia. Y todo esto, unido a la amargura de los cincuenta años de pisar esta tierra, se convertía en ardor de estómago.

Ya no caía más nieve. Los tilos no hacían el menor movimiento. Estaban blancos. Pero no se trataba de la escarcha de la víspera, fundida a mediodía, sino de la nieve caída durante la noche. Por la oscuridad del cielo, por la calma reinante, Spiridón determinó que aquella nieve no se mantendría por mucho tiempo.

Empezó su tarea sombrío, pero después del primer ataque, de las primeras cincuenta paletadas, trabajó uniformemente y casi hasta con gusto. Tanto Spiridón como su esposa eran así: encontraban en el trabajo un descanso a cuanto se condensaba en su corazón. Y un alivio.

No empezó barriendo el sendero del puesto de guardia hasta Dirección, como se le había ordenado, sino siguiendo su criterio: primero el sendero que conducía a la cocina, y luego, en el

patio de paseo, un camino circular —tres palas de madera de ancho— para sus hermanos los presos.

Sus pensamientos no se apartaban de su hija. Su esposa y él habían vivido ya su vida. Los hijos, aunque estaban tras alambre de espino, eran varones. El hombre se fortalece y luego saca provecho de ello. Pero ¿y la hija?

Aunque Spiridón no veía nada con un ojo y sólo tenía tres décimas de visión con el otro, recorrió todo el patio de paseo formando un círculo regular algo alargado, como trazado a medida. Lo recorrió antes de que empezara a amanecer, precisamente antes de las siete, cuando subieron por la rampa los primeros amantes del paseo, Potapov y Jorobrov, que para ello se levantaban más temprano y se lavaban antes del toque de diana.

El aire se les entregaba racionado y era muy apreciado.

—¿Cómo es eso, Danílych? —preguntó Jorobrov levantándose el cuello del ajado abrigo de paisano con el que fuera arrestado en otro tiempo—. ¿Ni siquiera te has acostado?

—¿Acaso nos dejan dormir esas víboras? —replicó Spiridón. Pero ya no le dominaba el rencor de antes. Todas sus ideas sombrías sobre los carceleros le habían abandonado en esta hora de trabajo silencioso. Sin decirlo con palabras, Spiridón pensaba con el corazón que, aunque su hija hubiera faltado en algo, lo pasaba tan mal que habría que darle una respuesta suave y no maldecirla.

Pero incluso este importante pensamiento sobre su hija, que descendía a él desde los inmóviles tilos del amanecer, empezaba también a ser desalojado por los pequeños pensamientos del día: dos tablas cubiertas de nieve en alguna parte, o la escoba, cuyo mango había que sujetar con más fuerza al cepillo.

Además, era preciso ir a limpiar el sendero hasta el puesto de guardia, para los automóviles y para los externos. Spiridón se cargó la pala a la espalda, rodeó el edificio de la *sharashka* y desapareció.

Sologdin, ligero, esbelto, con la cazadora apenas echada sobre sus hombros sin frío, pasó hacia la leñera. (Cuando iba de esa guisa, pensaba de sí mismo, pero en tercera persona: «Ahora pasa el conde Sologdin»). Después de la absurda agarrada que tuviera con Rubin el día anterior, y de sus irritantes acusaciones, era la primera noche en dos años que dormía mal en la *sharashka*, y ahora, por la mañana, buscaba el aire, la soledad y el espacio para reflexionar. Había leña aserrada, faltaba partirla.

Potapov, con un capote rojo del ejército que le habían dado en Berlín cuando lo subieron a un tanque de las fuerzas de choque (antes del cautiverio era oficial, pero a los presidiarios no se les reconocía el grado), paseaba lentamente con Jorobrov cojeando un poco con la pierna herida.

Jorobrov apenas había tenido tiempo de sacudirse la modorra y lavarse, pero su odio siempre vigilante ya afectaba a sus pensamientos. Las palabras escapaban de su persona pero parecían describir una infructuosa espiral en el negro cielo y volver a él como un bumerang para atormentarle el corazón.

—¿Cuánto hace que leímos que la cadena Ford convertía al obrero en una máquina, y que era la expresión más inhumana de la explotación capitalista? Pero han pasado quince años y esta

misma cadena, con el nombre de *flot*, se glorifica como la más elevada y nueva forma de producción. En 1945, Chang Kai Chek era nuestro aliado, en 1949 se consiguió derribarlo y por lo tanto es un canalla él y su «pandilla». Ahora intentan derribar a Nehru, y escriben que el régimen de la India es el régimen del palo. Si consiguen derribarlo, escribirán sobre la pandilla de Nehru refugiada en Ceylán. Si no lo consiguen, será nuestro noble amigo Nehru. Los bolcheviques se adaptan al momento presente con tanta desvergüenza que, si necesitan llevar a cabo un nuevo bautizo en masa de Rusia, desenterrarían las correspondientes indicaciones de Marx al respecto, y lo relacionarían con el ateísmo y el internacionalismo.

Potapov siempre estaba melancólico por la mañana. La mañana era la única hora en que podía pensar en su vida arruinada, en el hijo que crecía sin su amparo, en la esposa que se marchitaba sin él. Luego, el ajetreo del trabajo le arrastraba y ya no tenía tiempo para pensar.

Jorobrov parecía tener razón, pero Potapov advertía en él una irritación excesiva y una predisposición a llamar a Occidente para que fuera árbitro de nuestros asuntos. Por su parte, Potapov consideraba que la disputa entre el pueblo y el régimen debía resolverse por el camino (que él desconocía) de una discusión «entre los nuestros». Por eso, echando torpemente a un lado su pierna herida, caminaba en silencio y procuraba respirar lo más profunda y uniformemente posible.

Daban una vuelta tras otra.

El número de paseantes aumentaba. Paseaban de uno en uno o en grupos de dos y hasta de tres. Ocultaban sus conversaciones por diversos motivos, y procuraban no agruparse ni adelantarse unos a otros sin necesidad.

Apenas empezaba a amanecer. El cielo, cubierto de nubes de nieve, se retrasaba en sus reflejos mañaneros. Los faroles arrojaban todavía círculos amarillos sobre la nieve.

El aire tenía ese frescor que emana únicamente de la nieve recién caída. No crujía bajo los pies, sino que se comprimía suavemente.

El alto y tieso Kondrashov, con su sombrero de fieltro, paseaba con el pequeño y escuchimizado Guerásimovich, cubierto con un gorro. Era su vecino en la sala y le faltaba mucho para llegar a la altura del hombro de Kondrashov.

Guerásimovich, aniquilado por la entrevista de la víspera, había permanecido en la cama hasta el final del domingo como si estuviera enfermo. El grito de despedida de su esposa lo había conmocionado.

Era evidente que su condena no podía continuar discurriendo de ese modo. Natasha no podría resistir aquellos tres últimos años de prisión, era preciso emprender algo. «¡Seguro que ahora ya tienes algo pensado!», le había reprochado ella, conociendo la inteligencia del marido.

Y él tenía no solamente «algo», sino una cosa demasiado valiosa para ponerla en *esas* manos por un plato de lentejas.

Otra cosa sería si encontraba algo más fútil, una bagatela que le rebajara la pena. Pero no era así. Ni la ciencia ni la vida nos dan nada gratis.

Guerásimovich no recuperó la calma ni con la llegada de la mañana. Salió a pasear haciendo un esfuerzo, helado, abrigado hasta el límite, y enseguida quiso volver a la cárcel. Pero al tropezar

con Kondrashov-Ivánov fue a dar una vuelta con él y se distrajo durante todo el paseo.

—¿Có-mo? ¿No sabe nada de Pável Dmítrievich Korin? —se impresionó Kondrashov como si fuera algo que supiera todo colegial—. ¡Oooh! Dicen que tiene un cuadro asombroso, pero que nadie ha visto. ¡El cuadro *La Rusia que se va!* Unos dicen que tiene seis metros de largo, otros que doce. Le marginan, no exponen sus cuadros en ninguna parte, y él pinta este secretamente, y es posible que después de su muerte lo sellen al instante.

—¿Qué hay en el cuadro?

—Hablo por boca de terceros, no puedo asegurarlo. Dicen que es una simple carretera en el centro de Rusia, con colinas y trozos de bosque. Y una riada de personas van por esa carretera con cara pensativa. Cada rostro aparece bien elaborado. Son caras que aún pueden encontrarse en las viejas fotografías de familias, pero que ya no están a nuestro alrededor. Es la reluciente cara de los viejos campesinos rusos, de los labradores, de los artesanos: frentes pronunciadas, barbas onduladas, y frescor en la piel, en la mirada y en la mente hasta el octavo decenio. Hay caras de muchachas cuyas orejas protege de las palabrotas un oro invisible, de muchachas que uno no puede imaginar entre las bestiales apreturas de una pista de baile. Y graves ancianas. Pasan también sacerdotes de cabellos de plata con sotana. Monjes. Diputados de la Duma Estatal. Estudiantes maduros con su chaqueta de uniforme. Colegiales que buscan las verdades del universo. Damas maravillosas y altivas con vestidos urbanos de principios de siglo. Y alguien muy parecido a Korolenko. Y de nuevo campesinos y más campesinos... Lo más terrible es que toda esta gente no marcha agrupada en absoluto. ¡Se ha destruido la relación entre las épocas! No hablan entre ellos. No se miran unos a otros, es posible que ni siquiera se vean. No llevan una carga de viaje sobre sus espaldas. Simplemente, *avanzan*; y no por esta carretera concreta y esta ruta concreta, sino que *avanzan. Se van...* Los vemos por última vez...

Guerásimovich se detuvo bruscamente:

—¡Perdone, necesito estar solo!

Giró en redondo, dejando al pintor con la mano levantada, y tomó la dirección opuesta.

Estaba ardiendo. No sólo había visto vivamente el cuadro como si lo hubiera pintado él mismo, sino que pensó que...

Llegó la mañana.

Un vigilante iba por el patio gritando que el paseo había terminado.

En el pasillo subterráneo, ya de vuelta, presos, refrescados, dieron involuntarios empujones al sombrío y barbudo Rubin, pálido por la enfermedad, que se abría paso en dirección contraria. Se había dormido, perdiéndose no sólo el partir leña (habría sido impensable ir después de la disputa con Sologdin), sino también el paseo matinal. El breve sueño artificial hacía que Rubin sintiera su cuerpo pesado, algodónoso e insensible. Experimentaba todavía hambre de oxígeno, un hambre desconocida para los que pueden respirar cuando quieren. Intentaba abrirse paso hasta el patio para conseguir un único trago de aire fresco y un puñado de nieve para frotarse.

Pero el vigilante, de pie en la parte superior de la rampa, no le dejó pasar.

Rubin permaneció al pie de la rampa, en aquel hoyo de cemento donde caía también la nieve, y hacia donde descendía una corriente de aire fresco. Hizo tres lejitos movimientos circulares,

seguidos de profundas inspiraciones, luego recogió nieve del suelo, se frotó con ella la cara y dirigió sus pasos hacia la cárcel.

Spiridón, muy animado, siguió también aquella dirección, pues ya había limpiado el camino para los coches hasta el mismo puesto de guardia.

En la dirección de la cárcel había dos tenientes que se turnaban: el de los bigotes cuadrados y el recién llegado teniente Zhvakun, que abrió un sobre y se enteró de las órdenes que le dejara el comandante Mishin.

El teniente Zhvakun, un joven de rostro impenetrable, grosero y de amplia jeta, tenía el grado de brigada durante la guerra y ejercía de verdugo de la división (se le llamaba «ejecutor del tribunal militar»), cargo en el que hizo méritos. Tenía en gran estima su trabajo en la Cárcel Especial n.º 1, y como no brillaba por su cultura tuvo que leer dos veces las disposiciones de Mishin para no equivocarse en alguna cosa.

A las nueve menos diez fueron por las salas a pasar lista, y en todas partes, siguiendo las órdenes recibidas, anunciaron:

«En el plazo de tres días, todos los presos deberán entregar al comandante Mishin una lista de sus parientes directos redactada de la siguiente manera: número de orden, apellido, nombre, patronímico, grado de parentesco, lugar de trabajo y domicilio.

»Se consideran parientes directos: el padre, la madre, la esposa legítima y el hijo o la hija de matrimonio legítimo. Todos los demás: hermanos, tías, sobrinos, nietos y abuelos se consideran parientes no directos.

»A partir del 1 de enero, la correspondencia y las entrevistas sólo se permitirán con los parientes directos que indique el preso en su lista.

»Además, a partir del 1 de enero, el formato de la carta mensual se establece en una doble página de cuaderno».

Lo anunciado era tan penoso y tan implacable que la razón no era capaz de asimilarlo. Por ello no hubo ni desesperación ni indignación, sólo unos gritos rencorosos y burlones acompañaron a Zhvakun:

—¡Feliz Año Nuevo!

—¡Por la nueva felicidad!

—¡Cu-cú!

—¡Denunciad a vuestros parientes!

—¿No son capaces de encontrarlos, vuestros sabuesos?

—¿Por qué no indican el tamaño de las letras? ¿Qué tamaño deben tener las letras?

Zhvakun contó las cabezas presentes al tiempo que procuraba recordar quién había gritado cada cosa para informar después al comandante.

Por lo demás, los presos siempre estaban descontentos, tanto si les hacían un bien como un mal...

Los reclusos se dispersaron, abatidos, para ir a trabajar. Incluso los que estaban presos desde hacía tiempo se sentían anonadados por la crueldad de la nueva medida. La crueldad, en este caso, era doble. Una, porque conservar el fino hilo vivificante de la relación con los parientes sólo era posible ahora al precio de una denuncia policial contra ellos. En realidad, muchos de los que estaban en libertad conseguían aún ocultar que tenían parientes tras las rejas, y únicamente eso les aseguraba trabajo y vivienda. La segunda crueldad era que se rechazaba a las esposas y a los hijos no legítimos, se rechazaba a los hermanos, a las hermanas y con mayor motivo a los primos. Sin embargo, después de la guerra, de sus bombardeos, evacuaciones y hambres, a muchos presos no les quedaban otros parientes. Y como un arresto no permite preparación alguna, ni confesarse, ni comulgar, ni saldar cuentas con la vida, muchos dejaron fuera a fieles compañeras sin la sucia estampilla del juzgado en el pasaporte. Y ahora estas compañeras eran declaradas personas ajenas...

En el interior del amplio Telón de Acero, que rodeaba todo el perímetro del país, había caído alrededor de Marfino otro telón, estrecho, compacto, de acero.

Incluso los más empedernidos entusiastas del trabajo forzado sintieron que se les paralizaron los brazos. Al sonar el timbre, fueron saliendo lentamente, y luego se congregaron en los pasillos fumando y charlando. Sentados ya en sus mesas de trabajo volvieron a fumar y a conversar, y la cuestión capital que les preocupaba era por qué el archivo central del MGB no había reunido y sistematizado ya los datos de todos los parientes de los presos. Los novatos y los ingenuos consideraban la Seguridad del Estado como algo todopoderoso y omnisciente que no necesitaba de estas listas-denuncia. Pero los viejos presos veteranos meneaban gravemente la cabeza y explicaban que la Seguridad del Estado era un mecanismo tan enorme y absurdo como toda nuestra máquina gubernamental; la Seguridad del Estado tenía en desorden el archivo de los parientes; tras las puertas forradas de piel negra de los despachos de personal y de los departamentos especiales «no cazaban ratones» (les bastaba el cocido de la Administración), no sacaban datos de las innumerables encuestas; las oficinas de las prisiones no hacían los necesarios y puntuales resúmenes de los libros de entrevistas y registro de paquetes; por lo tanto, la lista de parientes exigida por Klimentiev y Mishin era el más seguro golpe mortal que un preso podía descargar sobre sus parientes.

Así hablaban los presos, y ninguno tenía ganas de trabajar.

Pero aquella mañana, precisamente, empezaba la última semana del año, y durante aquella

semana las autoridades del instituto tenían intención de dar un salto heroico que les permitiera cumplir el plan anual de 1949 y el plan de diciembre; elaborar y aprobar el plan anual para 1950, el plan del trimestre de enero-marzo, el plan para enero y finalmente el plan para la primera decena de enero. Todo lo referente al papeleo correspondía a las propias autoridades. Todo lo que era trabajo correspondía a los presos. Por ello, conseguir el entusiasmo de los presos era hoy especialmente importante.

Las autoridades del Instituto desconocían por completo el demoleedor comunicado matinal de las autoridades de la cárcel, que estas habían llevado a cabo de acuerdo con su plan anual.

¡Nadie podía acusar al Ministerio del Interior de llevar una vida evangélica! Pero sí tenía un rasgo muy evangélico: la mano derecha no se enteraba de lo que hacía la izquierda.

El comandante Reutmann, en cuyo rostro, refrescado por el afeitado, no quedaban huellas de sus dudas nocturnas, convocó una reunión de productividad con el fin de informar sobre la planificación. Participaban en ella todos los presos y todos los externos del laboratorio de acústica. Reutmann tenía los labios abultados como un negro en una cara inteligente y alargada. Sobre el flaco pecho de Reutmann, sobre una guerrera que le venía ancha, colgaba un correaje totalmente innecesario y en cierto modo inoportuno. Quiso armarse de valor y animar a sus subordinados, pero el espíritu de la desmoralización había penetrado ya bajo las bóvedas de la sala: la mitad de la misma estaba vacía, faltaban los bancos del Vocoder, que se habían llevado; faltaba también Prianchikov, la perla de la corona de acústica; faltaba Rubin, encerrado con Smolosidov en el tercer piso; finalmente, el propio Reutmann tenía prisa por terminar cuanto antes e irse con ellos.

De los externos faltaba Sínochka, que de nuevo tenía su turno a partir de la hora de comer en sustitución de algún otro compañero. ¡Por lo menos no estaba! ¡Por lo menos esto aliviaba ahora a Nerzhin! No tenía que comunicarse con ella por signos y papelitos.

En esa reunión, Nerzhin permanecía recostado en el respaldo flexible de su silla con los pies en el aro inferior de otra silla. Miraba sobre todo hacia la ventana.

Se había levantado un viento del oeste visiblemente húmedo que daba un tono plomizo al cielo nuboso, y la nieve caída empezó a disgregarse y a contraerse. Empezaba otro absurdo y putrefacto deshielo.

Nerzhin estaba adormilado, con el rostro fofo, y profundas arrugas bajo la luz grisácea. Experimentaba la sensación de la mañana del lunes, familiar a muchos presos, cuando parece que faltan fuerzas para moverse y para vivir.

¡Qué significaban unas entrevistas una vez al año! Ayer había tenido una entrevista. ¡Tenía la sensación de haber dicho lo más urgente, lo más indispensable, por mucho tiempo! ¿Y hoy ya...?

¿Cuándo se lo diría? ¿Por carta? ¿Cómo puede escribirse semejante cosa? ¿Podía comunicar su puesto de trabajo? Después de lo de ayer estaba muy claro: no podía.

¿Debía explicarle que era preciso cortar la correspondencia porque no podía dar datos sobre ella? ¡Pero la dirección del sobre sería ya una denuncia!

¿Y si no le escribiera nada en absoluto? Pero ¿qué pensaría ella? Ayer aún sonreía a su mujer, ¿debería ahora callar para siempre?

La sensación de unas tenazas —no unas tenazas metafóricas cualquiera, sino unas enormes tenazas de cerrajero con las bocas dentadas y abertura suficiente para oprimir el cuello humano—, la sensación de que se juntaban sobre su cuerpo, le cortaba la respiración.

¡Imposible encontrar una salida! Todo andaba mal.

El culto y miope Reutmann miraba con ojos dulces a través de sus gafas de astigmático. Con voz nada autoritaria, con matices de cansancio y súplica, hablaba de planes, de planes y más planes.

Sin embargo, estaba sembrando sobre piedras.

Nerzhin continuaba sentado, estrechamente rodeado de sillas y de mesas, sin aire ni movimiento, oprimido por aquellas mandíbulas de cerrajero, con aspecto anonadado y las comisuras de los labios apuntando para abajo. Sus ojos estrechos se fijaban con indiferencia en la oscura valla, en la torre con su «cancerbero», que emergía directamente ante la ventana.

Pero tras su rostro, inocentemente inmóvil, se debatía la ira.

Pasarían los años y todos estos hombres que habían escuchado con él la comunicación de la mañana, todos estos hombres ahora sombríos, indignados, desmoralizados, hirviendo de rabia, cambiarían: unos yacerían en sus tumbas, otros se ablandarían y dulcificarían, olvidarían unos terceros, renunciarían, pisotearían aliviados su pasado carcelario, y otros incluso lo tergiversarían y llegarían a decir que aquello era sensato y no implacable, y quizá ninguno de ellos tendría ánimo para echar en cara a los verdugos de hoy lo que habían hecho con el corazón humano.

La cuesta de la montaña es superable, la desgracia olvidadiza.

¡Qué impresionante cualidad de los hombres esa de olvidar! Olvidar lo que juraron en 1917. Olvidar lo que prometieron en 1928. Año tras año descendieron embrutecidos peldaño a peldaño: en su orgullo, en su libertad, en su vestir y en su comer. Esto hace más corta la memoria y más pacífico el deseo de esconderse en una zanja, en una grieta, en una hendidura y vivir allí de cualquier manera posible.

Pero Nerzhin sentía su deber y su vocación más fuertemente que todos ellos. Conocía su completa capacidad para no desviarse nunca, para no enfriarse, para no olvidar jamás.

Y por todo, por todo aquello, por los interrogatorios con tortura, por los moribundos que fallecían en los campos de concentración, y por la comunicación de hoy por la mañana, ¡un recuerdo clavado con cuatro clavos! Cuatro clavos clavando su mentira, en las palmas de las manos y en las rodillas, para que esa mentira colgara y hediera hasta que el sol se apagara, hasta que la vida se petrificara sobre el planeta Tierra.

Y, si nadie más lo hacía, Nerzhin clavaría personalmente aquellos cuatro clavos.

Sí, cuando las tenazas de cerrajero nos oprimen no estamos dispuestos a las sonrisas escépticas de Pirrón.

Aunque no escuchaban, los oídos de Nerzhin oían lo que decía Reutmann. Sólo cuando este empezó a hablar una y otra vez de «deberes sociales», Gleb tembló de asco. En cierto modo había asumido lo de los «planes». Nerzhin redactaba dichos planes con ingenio. Intentaba que la decena de puntos fuertes del plan anual no acarreará grandes trabajos: que el trabajo ya estuviera hecho en parte, que no exigiera esfuerzo o fuera un espejismo. Pero cada vez que un plan magníficamente

pulido por él a cepillo y garlopa era presentado a su aprobación, y se aprobaba y se consideraba el límite de sus posibilidades, acto seguido, en contradicción con este límite reconocido y burlándose de los sentimientos del recluso, cada mes proponían a Nerzhin que añadiera al plan su voluntaria aportación socialista y científica.

Después de Reutmann intervino un externo y luego un preso. Adam Veniamínovich preguntó:

—¿Y qué dice usted, Gleb Vikéntich?

¡Cuatro clavos! ¿Qué podía decirle Nerzhin?

No se sobresaltó al oír la pregunta. No dejó caer del oscuro espacio del cerebro los clavos de hierro que tenía ocultos en él. ¡Para combatir aquella fiereza implacable, la astucia debía ser también la de una fiera! Como si sólo esperara este reto, Nerzhin se levantó con muy buena disposición poniendo en su semblante un ingenuo interés:

—El plan de 1949 del grupo de articulación ha sido totalmente ejecutado antes de plazo en todos sus exponentes. Ahora trabajo en la elaboración matemática de los fundamentos teórico-probabilísticos de la articulación frase-pregunta que proyecto terminar en marzo, lo que dará la posibilidad de articular las frases de un modo fundamentado y científico. Además, en el primer trimestre, incluso en el caso de que Lev Grigórich esté ausente, desarrollaré la clasificación de las voces humanas objetiva en la medida en que se recurrirá a instrumentos mecánicos, y subjetiva en su parte descriptiva.

—¡Sí, sí, sí, las voces! ¡Esto es muy importante! —interrumpió Reutmann arrastrado por sus proyectos en fonoscopia.

La severa palidez del rostro de Nerzhin bajo sus cabellos caídos delataba la vida de un mártir de la ciencia, de la ciencia de la articulación.

—Y hay que reanimar la emulación, ciertamente es una gran ayuda —concluyó convencido—. Daremos también deberes sociales el 1 de enero. Considero que, en el año que comienza, nuestro deber es trabajar más y mejor que en el año que acaba —(en el año que acababa no había hecho nada).

Intervinieron dos reclusos más. Y aunque lo más natural habría sido sincerarse con Reutmann ante los reunidos, decirle que no podían pensar en planes, que sus manos no ansiaban trabajar porque hoy les habían arrebatado la última visión de la familia, no era esto lo que esperaban los jefes, que sólo pensaban en el salto laboral hacia adelante. E incluso si alguien lo hubiera manifestado, Reutmann se habría desconcertado y habría parpadeado ofendido, pero la reunión habría seguido de todos modos el camino trazado.

Concluyó la reunión, y Reutmann corrió al segundo piso subiendo las escaleras de dos en dos como un joven, y llamó a la habitación secreta de Rubin.

En ella llameaban ya las hipótesis. Se cotejaban las cintas magnetofónicas.

En el Centro de Marfino, la parte operativa de la Cheka se subdividía en el comandante Mishin, *oper* de la cárcel, y el comandante Shikin, *oper* de la producción. Al moverse en diferentes organismos y cobrar su salario de diferentes cajas, no rivalizaban entre ellos. Pero algo así como una especie de pereza les impedía colaborar: sus despachos estaban en diferentes edificios y en diferentes pisos; no hablaban por teléfono de asuntos de trabajo; al tener el mismo grado militar, cada uno consideraba humillante ser el primero de ir a visitar, y en cierto modo saludar, al otro. Así pues, uno trabajaba sobre las almas nocturnas y el otro sobre las diurnas, y pasaban meses sin verse, aunque en los informes y planes trimestrales cada uno hablaba de la necesidad indispensable de una estrecha relación en el trabajo operativo del Centro de Marfino.

En cierta ocasión, leyendo el *Pravda*, el comandante Shikin se quedó meditabundo ante el título de un artículo; «uno que ama su profesión». (El artículo era de un propagandista cuya mayor afición en este mundo era explicar cosas a los demás: a los obreros la importancia de elevar la productividad; a los soldados la necesidad del sacrificio; a los electores la perfección del bloque de los comunistas y los no suscritos al partido). A Shikin le gustó la expresión. Concluyó que tampoco él, al parecer, se había equivocado en la vida: nunca se sintió inclinado por ninguna otra profesión; amaba la suya y esta le correspondía.

En su época, Shikin había terminado la carrera en la Academia de la GPU. Después había seguido unos cursos de perfeccionamiento para jueces, pero había estado poco tiempo en el trabajo específico de jurista, por lo que no podía darse el nombre de juez. Había hecho un trabajo operativo en la sección de transporte de la GPU; había sido observador especial del NKVD en el asunto de unos votos hostiles en los sufragios secretos para el Soviet Supremo; durante la guerra fue jefe del Departamento de Censura Militar; luego estuvo en la comisión de repatriaciones, después en un campo de control de filtraciones; más tarde de instructor especial en la expulsión de griegos del Kubán y del Kazajstán, y finalmente, *oper* en el Instituto de Investigación de Marfino. Todas estas ocupaciones se encerraban en una sola palabra: *operchekista*.

El *operchekismo* era auténticamente la profesión preferida de Shikin. ¡A qué camarada colega no le habría gustado!

La profesión no era peligrosa. En toda operación se aseguraba la supremacía en las fuerzas: dos o tres chekistas armados contra un solo enemigo desarmado, desprevenido y a veces medio dormido.

En cambio, se pagaba muy bien, daba derecho a comprar en las mejores tiendas reservadas, a

los mejores apartamentos confiscados a los condenados, a pensiones más elevadas que las de los militares y a balnearios de primera clase.

No agotaba las energías: la profesión no tenía una norma que cumplir. Ciertamente que los amigos habían contado a Shikin que en 1937 y en 1945 los jueces habían trabajado como mulas, pero el propio Shikin no se había encontrado en ese torbellino y no acababa de creérselo. En las épocas buenas se podía dormir durante meses tras el escritorio. El estilo general de trabajo en el MVD-MGB era la lentitud. A la lentitud natural de toda persona bien cebada se añadía la lentitud impuesta por las normas para influir mejor sobre la mente del detenido y conseguir sus confesiones: proceder lentamente al afilar el lápiz, al elegir la pluma, los papeles, al anotar pacientemente en el acta una serie de cosas inútiles y de datos establecidos. Esta contagiosa lentitud en el trabajo repercutía magníficamente sobre los nervios de los chekistas y daba lugar a la longevidad de dichos trabajadores.

No menos apreciado por Shikin era el método de trabajo del chekista. Todo consistía, en esencia, en una información en su aspecto puro, una información absoluta (que expresaba el rasgo característico del socialismo). Ninguna conversación terminaba simplemente como una conversación: de modo necesario se culminaba con la redacción de una denuncia, con la firma de un acta, o con la promesa firmada de no dar declaraciones falsas, de mantener el secreto, de no abandonar la ciudad, de informar, de entregar. Era necesaria la atención paciente y la puntualidad, que destacaban en el carácter de Shikin, para no armarse un caos con aquellos papeles, sino distribuirlos, graparlos y encontrar siempre cualquiera de ellos. (Como oficial, el propio Shikin no podía realizar el trabajo físico de grapar papeles, lo hacía una solterona del secretariado general, larguirucha y cegata, que había prestado el correspondiente juramento).

Pero lo que más le gustaba a Shikin del trabajo de *oper* era que confería autoridad sobre las personas, conciencia de omnipotencia, y a los ojos de la gente envolvía en un aire de misterio a sus colaboradores.

Shikin encontraba halagador el respeto, e incluso la timidez, que encontraba en sus colegas, también chekistas pero no *oper*. Todos ellos, incluso el ingeniero coronel Yákonov, debían rendirle cuentas de sus actividades a la primera indicación de su parte, mientras que él no las rendía ante ninguno de ellos. Cuando Shikin, con su cara morena y sus cabellos canos cortados a cepillo, subía por la amplia escalera alfombrada, con la gran cartera bajo el brazo, incluso los tenientes femeninos del MGB se apartaban tímidamente, aun siendo espaciosa dicha escalera, y se apresuraban a ser las primeras en saludar. Shikin sentía entonces orgullosamente su valía y su carácter especial.

Si le hubieran dicho —nadie se lo dijo nunca— que era merecedor de odio, que era un verdugo para otras personas, habría mostrado una indignación nada fingida. Atormentar a los hombres nunca había sido para él un placer ni un objetivo. Ciertamente, existían personas así, las había visto en el teatro, en el cine, eran sádicos, apasionados amantes de los suplicios, no tenían nada de humano, pero siempre se trataba de miembros de la Guardia Blanca o de fascistas. Por su parte, Shikin sólo cumplía con su deber, y su único objetivo era que nadie hiciera ni pensara nada nocivo.

Un día, en la escalera principal de la *sharashka*, por la que pasaban reclusos y externos, encontraron un sobre que contenía ciento cincuenta rublos. Los dos técnicos-tenientes que lo habían hallado no pudieron guardárselo ni buscar secretamente a su dueño precisamente porque eran dos. Por esta razón entregaron el hallazgo al comandante Shikin.

Dinero en una escalera por la que pasaban presos, dinero caído a los pies de quienes tenían rigurosamente prohibido poseerlo, ¡equivalía a una cuestión de Estado extraordinaria! Pero Shikin no hinchó el caso, se limitó a colgar un anuncio en la escalera:

Quien haya perdido 150 rublos en la escalera
puede recuperarlos acudiendo al comandante
Shikin a cualquier hora.

No era poco dinero. Pero era tanto el respeto que inspiraba Shikin, y tanta la timidez que sentían ante él, que pasaron días y semanas sin que nadie se presentara a reclamar la maldita pérdida. El anuncio se tornó amarillento, se cubrió de polvo, se desenganchó una de las esquinas, y finalmente alguien añadió con lápiz azul en letras de molde:

¡ENGULLETELOS TÚ, PERRO!

El oficial de servicio arrancó el anuncio y lo llevó al comandante. Después de esto, Shikin estuvo mucho tiempo recorriendo los laboratorios y comparando los matices de los lápices azules. La grosera palabrota había ofendido inmerecidamente a Shikin. No se disponía en absoluto a apropiarse del dinero ajeno. Deseaba muchísimo más que se presentara la persona y se pudiera abrir contra él un expediente aleccionador, someterlo a crítica en todas las reuniones sobre la necesidad de estar alerta, pero el dinero, por favor, el dinero había que entregarlo.

Sin embargo, como es natural, tampoco había que tirarlo. Dos meses después, el comandante se lo regaló a la solterona larguirucha del ojo con cataratas que le grapaba los papeles una vez por semana.

El diablo lio y encadenó a Shikin, modelo de marido hasta entonces, a esta secretaria de treinta y ocho años muy desatendidos, de bastas y gruesas piernas, a la que llegaba sólo hasta el hombro. Descubrió en ella algo todavía no experimentado. Esperaba con impaciencia el día de su llegada, y olvidó la prudencia hasta tal punto que durante unas obras de reparación, en un local provisional, fue sorprendido: dos presos, un carpintero y un yesero los oyeron e incluso los vieron por una rendija. Se divulgó el caso, y los presos se burlaban entre sí de su pastor espiritual. Querían enviar una carta a la esposa de Shikin, pero no sabían la dirección. En su lugar, lo denunciaron a sus jefes.

Pero no consiguieron derribar al *oper*. El teniente general Oskolupov amonestó a Shikin, pero no por sus relaciones con la secretaria (esto pertenecía al campo de los principios morales de la secretaria), ni porque estas relaciones tuvieran lugar en horas de trabajo (ya que la jornada del comandante Shikin no estaba sujeta a horario), sino sólo porque se habían enterado los reclusos.

El lunes 26 de diciembre, el comandante Shikin llegó al trabajo poco después de las nueve de

la mañana, aunque si hubiera llegado a la hora de comer nadie, tampoco, le habría podido amonestar.

En el segundo piso, frente al despacho de Yákonov, había una cavidad o espacio cilíndrico nunca iluminado por bombilla eléctrica alguna. En este espacio se abrían dos puertas: una daba al despacho de Shikin, la otra al Comité del Partido. Ambas puertas estaban forradas de piel negra y no ostentaban ningún letrero. La vecindad de las puertas en el oscuro espacio era muy cómoda para Shikin: desde fuera no se podía espiar en qué puerta se metía la gente.

Al llegar a la puerta, Shikin se encontró con el secretario del Comité del Partido, Stepánov, hombre flaco y enfermo con gafas de reflejos plúmbeos. Se estrecharon la mano. Stepánov propuso en voz baja:

—¡Camarada Shikin! —a nadie llamaba por su nombre y patronímico—. ¡Pasa, haremos correr las bolas!

La invitación se refería al billar de sobremesa del Comité. Shikin había ido alguna vez a darle a las bolas, pero hoy lo esperaban muchos asuntos importantes, y meneó con dignidad su cabeza plateada.

Stepánov suspiró y fue a empujar bolas en solitario.

Al entrar en el despacho, Shikin depositó cuidadosamente la cartera sobre la mesa. (Todos los papeles de Shikin eran confidenciales o secretos de Estado, se guardaban en la caja fuerte y nunca se sacaban del despacho, pero andar sin cartera no impresionaba a las mentes. Por eso se llevaba la cartera, y en ella, para leer en casa, las revistas *Ogoniok*, *Cocodrilo* y *Alrededor del Mundo*, a las que habría podido suscribirse personalmente por cuatro cuartos). Luego paseó por la alfombra, se detuvo ante la ventana y volvió a la puerta. Parecía como si los pensamientos lo esperaran escondidos por allí, en el despacho, tras la caja fuerte, tras el sofá, tras el armario, y ahora lo rodearan todos a la vez requiriendo su atención.

¡Cuántos asuntos! ¡Cuántos asuntos!

Se frotó el corto y cano cepillo de su pelo con las palmas de las manos.

En primer lugar, debía comprobar una importante iniciativa madurada por él en el curso de muchos meses, aprobada recientemente por Yákonov, puesta ya en práctica, explicada en los laboratorios, pero que todavía no funcionaba bien. Era una nueva normativa para los diarios de trabajo secretos. Después de analizar con suma atención el planteamiento de la vigilancia de secretos en el Instituto de Marfino, el comandante Shikin determinó, y estaba muy orgulloso de ello, que en esencia no se había establecido aún un auténtico secretismo. Ciertamente que en cada sala había armarios incombustibles de acero, de la altura de un hombre, en número de cincuenta, procedentes del botín de guerra de la firma Lorenz; cierto también que todos los documentos secretos, semisecretos o adyacentes a los secretos, se encerraban en estos armarios en presencia de los oficiales de turno durante el descanso del almuerzo, el descanso de la cena y durante la noche. El trágico fallo consistía en que sólo se encerraban los trabajos terminados y por terminar. Sin embargo, todavía no se encerraban en los armarios de acero los destellos del pensamiento, las primeras suposiciones, las vagas hipótesis, todo aquello de donde nacerían los trabajos del próximo año, es decir, las perspectivas en sí. Un espía hábil que entendiera de técnica sólo

necesitaría penetrar en la *sharashka* a través del alambre de espino, encontrar en el contenedor de basuras un pedazo de papel secante con un croquis o un esquema, salir luego de allí, y ya el espionaje norteamericano se habría apoderado de la orientación de nuestros trabajos. Hombre concienzudo, el comandante Shikin obligó un día al portero Yegorov a extender en su presencia toda la basura del contenedor por el patio. Se encontraron dos papeles húmedos, helados, con nieve y ceniza, en los cuales se habían trazado unos esquemas. Shikin no tuvo reparo en coger aquella porquería por una de sus esquinas y ponerla sobre la mesa del coronel Yákonov. ¡Y Yákonov no tuvo otra salida! Se aceptó el proyecto de Shikin: se establecerían diarios de trabajo secretos, individuales, con el nombre de su propietario. Se adquirieron inmediatamente los cuadernos adecuados en los almacenes de papelería del MGB: contenían doscientas grandes páginas cada uno, y fueron numerados, atados y lacrados. El propósito era distribuir los diarios entre todos, excepto los cerrajeros, los torneros y el portero. Se impuso la obligación de no escribir en ningún otro papel que el de las páginas del diario de cada uno. Además de abolir los perniciosos borradores, este punto representaba una segunda iniciativa importante: ¡el control del pensamiento! Como quiera que cada día era preciso escribir la fecha, el comandante Shikin podría controlar a cualquier preso, saber si había pensado mucho el miércoles y qué novedades se había inventado el viernes. Los doscientos cincuenta diarios serían otros tantos doscientos cincuenta Shikines colgando incesantemente sobre la cabeza de cada recluso. Los presos siempre son astutos y holgazanes, siempre procuran no trabajar, si es posible. Al obrero se le controla por su producción. ¡Pero el invento del comandante Shikin consistía en controlar a un ingeniero, a un científico! (¡Qué lástima que a los *oper* no les dieran el Premio Stalin!). Hoy, precisamente, debía controlar si se habían distribuido los diarios y si había empezado la tarea de llenarlos.

Otra preocupación de Shikin en el día de hoy era completar la lista de los presos que formarían parte de un traslado señalado para aquellos días por las autoridades penitenciarias, y precisar para cuándo, exactamente, le prometían los medios de transporte.

También absorbía la atención de Shikin el grandioso «Expediente por la Rotura de un Torno», que él había abierto pero que de momento no avanzaba como debiera. Se trataba de que diez presos habían trasladado un tomo desde el Laboratorio 3 a los talleres mecánicos, y se había producido una fisura en la pata del torno. En una semana de investigación se habían llenado ochenta páginas del acta, pero la verdad no se ponía en claro de ninguna manera: los interfectos reclusos no eran novatos.

También era preciso abrir una investigación para averiguar de dónde había salido el libro de Dickens que Doronin había denunciado diciendo que lo leían en la sala semicircular, en particular Abramson. Llamar a interrogatorio al propio Abramson, que era reincidente, sería perder el tiempo. Por lo tanto habría que llamar a los externos de su entorno y asustarlos de inmediato diciéndoles que se había descubierto todo, que Abramson había confesado.

¡Shikin tenía hoy tantos asuntos! (¡Y aún no sabía qué novedades le contarían sus informadores! ¡No sabía que iba a tener que estudiar la burla de los tribunales bajo la forma del espectáculo *El juicio del príncipe Igor!*). Desesperado, Shikin se frotó las sienes y la frente para que toda esta multitud de pensamientos cupieran de algún modo en su cabeza, se depositaran en

ella.

Tras una vacilación, no sabiendo por dónde empezar, Shikin decidió ir a las masas, es decir, pasearse un poco por el pasillo con la esperanza de tropezar con algún informador que con un movimiento de cejas le diera a entender que su delación era urgente, que no podía esperar la llamada regular prevista por la gráfica.

Pero apenas salió y se encontró junto a la mesa del ordenanza externo, oyó que este hablaba por teléfono de la creación de un nuevo grupo de trabajo.

¿Cómo? ¿Era posible tanto ímpetu? ¿Se había formado un nuevo grupo en el centro, en domingo, en ausencia de Shikin?

El ordenanza se lo contó todo.

¡El golpe fue muy fuerte! ¡Había venido el viceministro, habían venido unos generales, y Shikin no estaba en el centro! El disgusto se apoderó del comandante. ¡Dar motivo al viceministro para que pensara que Shikin no se molestaba en la vigilancia política! Y no prevenirle a él, no consultárselo antes: en un grupo de tanta responsabilidad no se podía incluir a ese maldito Rubin, hombre de dos caras, falso de pies a cabeza, un hombre que juraba creer en la victoria del comunismo pero se negaba a ser informador. ¡Y encima llevaba aquella barba provocativa, el muy canalla! ¡Que se la afeitaran!

El cabezudo Shikin se dirigió a la sala 21 con presurosa lentitud, moviendo cautelosamente sus piecitos calzados con zapatos de niño.

Por lo demás, tenía la manera de hacérselas pagar a Rubin: hacía unos días había entregado la petición de turno al Tribunal Supremo pidiendo la revisión de su caso. Dependía de Shikin acompañar la petición con un documento que podía ser laudatorio o repugnantemente negativo (como en las pasadas veces).

La puerta número 21 era compacta, sin paneles acristalados. El comandante la empujó y resultó estar cerrada. Llamó. No se oyeron pasos pero la puerta se entreabrió de repente. En el umbral estaba Smolosidov con su tupé negro de mal agüero. Al ver a Shikin no se movió ni acabó de abrir la puerta.

—Buenos días —dijo Shikin de un modo vago, poco acostumbrado a semejante recibimiento. Smolosidov era aún más *oper* que el propio Shikin.

El moreno Smolosidov permanecía inmóvil con sus torcidos brazos ligeramente separados, arqueado como un boxeador. Y guardaba silencio.

—Yo... A mí... —se desconcertó Shikin—. Déjeme pasar, necesito conocer este grupo.

Smolosidov retrocedió medio paso sin dejar libre el camino a la sala, y atrajo a Shikin con el dedo. Shikin se introdujo en la estrecha abertura y volvió la cabeza siguiendo el dedo de Smolosidov. En la segunda tabla de la puerta, por la parte de dentro, habían clavado un papel:

«Lista de personas que tienen acceso a la sala 21:

1. El viceministro del MGB, Selivanovski
2. El jefe de departamento, teniente general Bulbaniuk
3. El jefe de departamento, teniente general Oskolupov

4. El jefe de grupo, ingeniero comandante Reutmann
5. El teniente Smolosidov
6. El preso Rubin

V.º B.º,
el Ministro de Seguridad del Estado,
Abakumov».

Shikin retrocedió hasta el pasillo lleno de piadoso temblor.

—Necesitaría... llamar a Rubin... —dijo en un murmullo.

—¡Imposible! —rechazó Smolosidov, también en un murmullo.

Y cerró la puerta.

Por la mañana, mientras partía leña al aire libre, fresco, Sologdin comprobó en su fuero interno la resolución que tomara por la noche. Con frecuencia los pensamientos que parecen indiscutibles de noche, cuando uno está medio dormido, resultan insostenibles a la luz de la mañana.

No recordaría ningún tronco, ningún hachazo, estaba pensando.

Pero la discusión, terminada a medias, le impedía reflexionar con claridad. Acudían con retraso a su cabeza muchos nuevos argumentos cáusticos que el día anterior no había manifestado a Lev.

El principal disgusto y amargura que le quedaba de la disputa de la víspera era el absurdo giro de la discusión, en el que Rubin parecía haber adquirido el derecho a ser juez de los actos de Sologdin, y de la resolución que hoy debería tomar. Podía borrar a Liovka Rubin de la tabla de sus amigos, pero no podía borrar el reto que le había lanzado. Este permanecía y le hería. Quitaba a Sologdin los derechos de su invento.

Por lo demás, la discusión había sido muy útil, como lo es toda lucha. La alabanza es una válvula de seguridad que vacía nuestra presión interna y que por ello siempre nos es perjudicial. Por el contrario, la injuria, incluso la más injusta, no es más que combustible para nuestra caldera, y muy necesario.

Naturalmente, todo cuanto florece quiere vivir. Dmitri Sologdin, con unas facultades mentales y físicas fuera de lo común, tenía derecho a su cosecha, al sedimento de sus dulces riquezas.

Pero él mismo había dicho la víspera: a un objetivo elevado sólo se llega a través de medios elevados.

Mientras tomaba el té, Sologdin acogió con una sonrisa luminosa la comunicación de la dirección de la cárcel. Era una prueba más de su previsión. Él mismo había cortado a tiempo la correspondencia, y la esposa no se inquietaría por la falta de noticias.

En general, el endurecimiento del régimen penitenciario era un aviso más de que todo el estado de cosas iba a ser más riguroso, y que no habría salida de la cárcel por el llamado «fin de condena».

Sólo saldría alguien que consiguiera una disminución de la pena.

O el invento y la disminución de la pena, o nunca tendría ocasión de vivir.

A las nueve, Sologdin, gallardo, lleno de juventud, con su barbita rubia ensortijada («¡Mira, pasa el conde Sologdin!»), fue uno de los primeros que entró en la escalera con un grupo de

reclusos y subió al despacho de diseños.

Sus ojos resplandecientes de victoria se encontraron con la mirada perceptiva de Larisa.

¡Qué deseo había sentido toda la noche de acercarse a él! ¡Cómo se alegraba ahora de tener derecho a sentarse a su lado y recrearse mirándolo! Y quizá también de intercambiar una nota.

Pero no era ese el momento. Sologdin cerró los ojos en una inclinación amable e inmediatamente dio trabajo a Yemina: debía ir al taller mecánico y averiguar cuántos remaches se habían torneado ya del pedido número 114. Y además le pidió encarecidamente que se diera prisa.

Larisa le miró inquieta y desconcertada. Se fue.

La mañana gris daba tan poca luz que ardían las lámparas del techo y había que encender las de los tableros de dibujo.

Sologdin desclavó la hoja de papel sucio que cubría su tablero y apareció ante él el núcleo central del codificador.

Dos años de su vida habían volado en aquel trabajo. Dos años de rigurosa ordenación mental. Dos años de las mejores horas matinales, pues en mitad del día el hombre no crea nada grande.

¿Y ahora no serviría para nada?

Una tontería reveladora: ¿era posible amar a un país tan malo? ¿Aquel pueblo sin Dios, aquel pueblo de esclavos, que había cometido tantos crímenes sin el menor arrepentimiento, era digno de los sacrificios de las mentes preclaras que habían puesto anónimamente el cuello en el tajo? Durante cien o doscientos años, aquel pueblo se consideraría satisfecho con su ración de comida. ¿En nombre de quién debía sacrificarse la antorcha del pensamiento?

¿No sería más importante conservar la antorcha? Después se podría descargar un golpe más demoledor.

De pie, devoraba la sustancia de su creación.

Le faltaban unas cuantas horas o minutos para resolver, sin lugar a error, el problema de toda su vida.

Desclavó la hoja principal. El papel produjo ruido de chapoteo, como la vela de una fragata.

Como estaba establecido, como todos los lunes, una de las delineantes recorrió las mesas de los diseñadores pidiendo las hojas viejas e inútiles que debían ser destruidas. Las hojas no se podían rasgar ni tirar a la papelera: se levantaba acta y eran quemadas en el patio.

(Por lo demás, era un fallo del comandante Shikin poner tanta confianza en el fuego. ¿Por qué no habrían creado junto al despacho de los diseñadores un despacho para un *oper* de diseños que examinara todos los croquis enviados a destruir?).

Sologdin tomó un lápiz grueso y blando, tachó varias veces su esquema, negligentemente, y lo ensució.

Luego lo desclavó, lo desgarró por un lado, puso encima el papel cobertor sucio y metió debajo otro papel inútil, estrujó todo el conjunto y lo entregó a la delineante.

—Tres hojas, por favor.

Luego se sentó, abrió un vademécum para disimular y fue observando lo que pasaba con su hoja. Miraba si alguno de los diseñadores se acercaba a examinar las hojas.

Pero entonces los convocaron a una reunión. Todos se concentraron y se sentaron.

El teniente coronel, jefe de la oficina, sin levantarse de la silla ni hacer mucho hincapié, empezó a hablar del cumplimiento de los planes, de los nuevos planes y de los deberes sociales voluntarios. Puso en el plan el proyecto técnico del codificador absoluto, pero ni él mismo creía que al final del año próximo se consiguiera dicho codificador. Presentaba las cosas de manera que a los diseñadores les quedaran salidas de repuesto para impugnar los plazos.

Sologdin estaba sentado en la última fila, con su mirada clara fijada en la pared por encima de las cabezas de los demás. La piel de su rostro era lisa, fresca, no se podía pensar que en aquel momento estuviera pensando en algo o preocupado por algo, sino que aprovechaba la reunión como una oportunidad para descansar.

Sin embargo, era todo lo contrario: estaba reflexionando con una tensión intensísima. Como aquellos aparatos ópticos cuyos espejos plurifacetados reciben y reflejan rayos de luz alternativamente gracias a sus diversos lados, también sus pensamientos giraban y arrojaban destellos sobre ejes que no se cortaban ni eran paralelos.

Y de pronto, de la manera más sencilla, sencilla a no poder más, cayó sobre él la sospecha como un vuelo de piedra: ¿no le estarían vigilando desde anteayer, desde que Antón vio aquella hoja? Apenas las muchachas sacaran los papeles por la puerta le quitarían su codificador.

Empezó a revolverse como si le pincharan. A duras penas esperó el final de la reunión para acercarse rápidamente a las delineantes. Estaban levantando acta.

—Les he entregado una hoja por error... Perdonen... Es esta. Esta.

La llevó a su mesa. La depositó en ella con la parte posterior para arriba. Miró a su alrededor. Larisa no estaba, nadie la había visto. Con unas tijeras grandes, cortó rápida e irregularmente la hoja por la mitad, otra vez por la mitad, y cada cuarta parte en cuatro partes más.

Así sería más seguro. Era otro fallo del comandante Shikin: ¡no les había obligado a dibujar sus esquemas en libros numerados y lacrados!

En un rincón, de espaldas a la sala, Sologdin metió el fajo de dieciséis hojitas en su seno, bajo el mono deforme.

La caja de cerillas estaba siempre en su mesa, para pequeñas incineraciones.

Salió de la oficina de diseñadores con paso preocupado. Dejó el pasillo principal y tomó otro lateral, hacia los retretes.

En el vestíbulo de estos, el preso Tiuniukin, conocido chivato, estaba lavándose las manos bajo el grifo. En los retretes, además de los urinarios, había cuatro cabinas cerradas seguidas. La primera estaba cerrada (Sologdin lo comprobó tirando de la puerta), las dos centrales aparecían entreabiertas y por lo tanto vacías, la cuarta estaba cerrada también, pero cedió a la presión de su mano. En ella había un buen cerrojo. Sologdin entró, cerró y se mantuvo quedo.

Sacó dos hojas del pecho, sacó las cerillas Victoria, y esperó. No encendió la cerilla temiendo que la llama pudiera ser vista por su reflejo en el techo, y que el olor a chamusquina se extendiera rápidamente por el lavabo.

Llegó alguien más. Luego se marcharon tanto este como el que estaba en la primera cabina. Sologdin frotó la cerilla. La cabeza llameó y cayó sobre su pecho. La cabeza del segundo fósforo no se soltó, pero su fuego fue impotente para abarcar el cuerpo retorcido y marrón de la cerilla.

Sologdin soltó mentalmente un taco de uso corriente en el campo de concentración. ¡Cerillas que no se encienden ni arden! ¿En qué país hay algo semejante? ¡Ni fabricadas adrede! ¡Victoria! ¿Cómo pudieron conseguir la victoria?

La tercera cerilla se rompió al presionarla. La cuarta ya la sacó rota de la caja. A la quinta le faltaba fósforo en tres lados de la cabeza.

Furioso, Sologdin retorció varias cerillas y rascó el conjunto. Se encendieron. Aplicó el papel. El papel Whatman ardía a disgusto. Sologdin lo inclinó para dejar el fuego debajo. Al inflamarse, el fuego empezó a quemarle los dedos. Con mucho cuidado, Sologdin puso las hojas encendidas en posición vertical dentro de la taza del retrete, al lado del agua. Sacó otro fajo y empezó a encender las hojas con el fuego de las primeras, corrigiendo la posición para que dichas primeras ardieran hasta el fin. La negra ceniza se contraía y flotaba por el agua como un barquito.

Se encendió el segundo fajo. Sologdin lo dejó caer y fue poniendo hojas encima del mismo. El nuevo papel añadía llama, y el humo acre de la combustión se deslizaba hacia arriba.

En aquel momento entró alguien que se encerró en la cabina siguiente a la contigua. ¡Y el humo iba saliendo!

Podía ser un amigo.

Podía ser también un enemigo.

Tal vez el humo no llegara hasta allí. O quizás aquella persona ya había advertido el olor a chamusquina e iba a dar la alarma.

Cosquilleó la tos en la garganta de Sologdin, pero supo contenerla.

Y de pronto se encendió todo el papel, y una columna de luz amarilla golpeó el techo. La llama ardía vivamente, secando las paredes de la taza del retrete. Era de temer que el fuego la rompiera.

Quedaban todavía dos hojitas, pero Sologdin no las añadió al fuego. Se terminaba la combustión. Hizo caer estrepitosamente el agua, que estrujó todo el revoltillo de ceniza negra y se lo llevó.

Y esperó inmóvil.

Llegaron dos reclusos a hacer aguas menores, iban charlando:

—Sólo procura entrar en el paraíso... sobre espaldas ajenas.

—Tú compruébalo en el oscilógrafo, ¡y nada de cooperar!

Se marcharon. Pero enseguida llegó otro y se encerró en una cabina.

Sologdin permanecía de pie, humillantemente oculto. Se le ocurrió de pronto mirar lo que había en las hojas que habían quedado. Una de ellas era una esquina y sólo abarcaba un extremo del esquema. Después de separar la parte importante, Sologdin echó el resto en la papelera. Pero la segunda hoja contenía la parte central del esquema, por lo que empezó a romperla con mucha paciencia en pequeñísimos trozos que apenas se sostenían en sus uñas.

Hizo correr el agua y salió impetuosamente al pasillo amparado en su bramido.

Nadie advirtió su presencia.

En el pasillo principal empezó a caminar lentamente. Y entonces pensó: «Quemas la fragata de la esperanza y sólo temes que se rompa la taza del retrete o que adviertan la chamusquina».

Volvió a la oficina y escuchó distraído lo que Yemina le decía acerca de los remaches. Le

pidió que se apresurara con las copias.

Ella no comprendía nada.

No habría podido comprender.

Tampoco él lo comprendía todavía. Había en todo aquello muchas cosas que no estaban claras. Sin preocuparse de adoptar el aspecto de «hombre que trabaja», sin abrir el estuche de bolígrafos, ni los libros, ni los esquemas, Sologdin apoyó la cabeza y permaneció sentado mirando con ojos que nada veían.

De un momento a otro se acercarían a él y le dirían que el ingeniero coronel le llamaba.

Y, efectivamente, lo llamaron, pero quien quería verlo era el teniente coronel.

Se habían quejado los del laboratorio de filtros porque hasta el presente no había entregado el esquema de dos soportes que habían encargado. El teniente coronel no era un hombre grosero. Frunciendo el ceño, se limitó a decir:

—¿Tan difícil es, Dmitri Alexánych? Lo encargaron el jueves. Sologdin se puso firme:

—Perdone. Los estoy terminando. Dentro de una hora estarán listos. Todavía no los había empezado, pero no podía confesar que aquel trabajo requería sólo una hora.

Al principio, los sindicatos tenían una enorme importancia moral en la vida de los externos de Marfino.

¿Quién no conoce esta palanca de la producción socialista? ¿Quién, con mayor dignidad, podría proponer al gobierno la prolongación de la jornada laboral y de la semana laboral, la elevación de las normas de producción o la rebaja del salario? Cuando los ciudadanos no tenían alimentos o carecían de vivienda, ¿quién les echaba una mano, sino los sindicatos? ¿Quién permitía a sus miembros que los días festivos cultivaran las huertas colectivas y en horas de ocio construyeran casas estatales? Todas las conquistas de la revolución, y todas las posiciones cada vez más sólidas de los jefes, se basaban también en los sindicatos. Nadie mejor que una asamblea general de los sindicatos para exigir a la Administración que se expulsara a un compañero quejica, a un buscador de justicia que la Administración no se atrevía a despedir de otra manera. En las actas que daban de baja bienes del Estado, inservibles para uso estatal pero útiles todavía para el tren de vida doméstico del director, no había firma tan ingenuamente cristalina como la del presidente del comité local. Y los sindicatos vivían de sus propios recursos: de este 30 por ciento del salario de los trabajadores, un porcentaje que el Estado no podía retener por encima del 29 por ciento de las retenciones en concepto de impuestos y bonos del Estado obligatorios.

En lo grande y en lo pequeño, los sindicatos se habían convertido verdaderamente en la escuela diaria del comunismo.

Y sin embargo, en Marfino se abolieron los sindicatos. Sucedió de la siguiente manera. Un influyente camarada del comité local de Moscú se enteró de lo que sucedía en Marfino y puso el grito en el cielo: «Pero ¿qué hacéis?», e incluso no añadió «camaradas», «¡Esto huele a trotskismo! Marfino es un centro militar. ¿De qué sindicatos habláis?».

Y ese mismo día se suprimieron los sindicatos en Marfino.

¡Pero esto no sacudió en absoluto los cimientos de la vida en el instituto! Sólo continuó creciendo cada vez más la importancia de la organización del partido, que ya antes no era poca. Y el Comité Regional del Partido consideró indispensable tener en Marfino un secretario liberado. Después de examinar varias biografías presentadas por el departamento de personal, el buró del comité regional dispuso recomendar para el cargo a:

Borís Serguéyevich Stepánov, nacido en 1900, natural de la aldea de Lupachi, del distrito de Bobrov, origen social jornalero, policía rural después de la revolución, sin profesión, posición social empleado, estudios: cuatro cursos y dos años de escuela del partido, miembro del partido

desde 1921, trabajador del partido desde 1923, sigue la línea del partido sin vacilaciones, no ha participado en ninguna de las oposiciones al régimen, no ha servido en las tropas ni en la administración de los Blancos, no ha tomado parte en el movimiento revolucionario ni guerrillero, no ha estado en zona ocupada ni en el extranjero, no conoce idiomas extranjeros, no conoce los idiomas de los pueblos de la URSS, tiene una contusión en la cabeza, la condecoración Estrella Roja y la medalla «Por la victoria en la guerra patria contra Alemania».

En aquellos mismos días en que el comité regional recomendaba a Stepánov, este se encontraba en el distrito de Volokolamsk, de propagandista en las recolecciones agrícolas. Stepánov aprovechaba cada minuto de descanso de los koljosianos —cuando se sentaban a comer o simplemente a fumar— para reunirlos (a veces también los convocaba por las noches en la dirección del koljós) y explicarles incansablemente, a la luz de la invicta doctrina de Marx-Engels-Lenin-Stalin, la importancia de que la tierra se sembrara cada año y además con semillas de alta calidad; que el grano sembrado se cosechara preferiblemente en cantidad mayor de la que se había sembrado; y que después de recogido sin mermas ni hurtos fuera entregado al Estado lo más rápidamente posible. Infatigable, pasaba acto seguido a los tractoristas y les explicaba, siempre a la luz de la mencionada doctrina inmortal, la importancia de economizar combustible, de tratar cuidadosamente la maquinaria, de lo intolerables que eran los patronos en el trabajo, y además respondía, aunque a disgusto, a sus preguntas sobre la mala calidad de las reparaciones y la falta de ropa de trabajo.

No obstante, en Marfino, la asamblea de la organización del partido se solidarizó entusiásticamente con la recomendación del Comité Regional y eligió por unanimidad a Stepánov para el cargo de secretario liberado sin ni siquiera haberlo visto. En esos mismos días fue enviado a Volokolamsk, de propagandista, cierto empleado de cooperativa despedido por hurto en el distrito de Yegoriev, mientras en Marfino instalaban un despacho para Stepánov junto al del *oper*. Y Stepánov se puso a dirigir.

Empezó su actividad con la recepción de los asuntos del secretario saliente, un secretario no liberado. El anterior secretario era el teniente Klykachov. Klykachov era flaco como un galgo, muy inquieto y no conocía el descanso. Tenía tiempo para dirigir el laboratorio de descifrado, controlar los grupos de criptografía y estadística, moderar el seminario del *komsomol* ser el alma del «grupo de jóvenes», y además ejercer de secretario del comité del partido. Y aunque los jefes lo definían como exigente, y los subordinados como meticulado, el nuevo secretario sospechó inmediatamente que en el Instituto de Marfino los asuntos del partido estaban abandonados. Porque el trabajo del partido requiere a un hombre por entero, sin reservas.

Así resultó ser. Comenzó el traspaso de los asuntos. Duró una semana. Sin salir una sola vez de su despacho, Stepánov examinó todos los documentos, del primero al último, y conoció a cada miembro del partido, primero por su expediente personal, y sólo más tarde en persona. Klykachov sintió sobre sí la mano nada ligera del nuevo secretario.

Se descubrió un fallo tras otro. Sin hablar ya de los datos de los cuestionarios, que eran incompletos, de la selección de informes en los expedientes personales, también incompleta, sin hablar de la ausencia de las características personales de cada miembro y de cada candidato del

partido, se observaba una orientación viciosa en relación con todas las medidas adoptadas: se tomaban las medidas pero no se registraban documentalmente, con lo que dichas medidas se convertían en algo fantasmagórico.

—¿Y quién se lo va a creer? ¿Quién se va a creer ahora que estas medidas se aplicaron realmente? —exclamó Stepánov manteniendo la mano, con el humeante cigarrillo, por encima de su cabeza calva.

Y explicó pacientemente a Klykachov que todo aquello se había hecho *sobre el papel* (pues sólo se basaba en afirmaciones verbales) y no *en la práctica* (es decir, sobre el papel, en forma de actas).

Por ejemplo, ¿qué sentido tenía que los deportistas del instituto (no se trataba, como es natural, de reclusos) jugaran al boleivol cada día durante el descanso de la comida (teniendo incluso la costumbre de apropiarse de una parte del tiempo laboral)? Quizá fuera así. Quizás, efectivamente, jugaran al boleivol. Pero ni usted ni yo, ni aquellos que se lo crean, se asomarán al patio para ver si hay un balón rebotando por allí. ¿Y por qué estos jugadores, que han jugado tantos partidos y han adquirido tanta práctica, no comparten su experiencia colaborando en el periódico deportivo mural *El Balón Rojo* o, por ejemplo, en el *El Honor del Hincha del Dinamo*? De este modo, si más tarde Klykachov hubiera despegado cuidadosamente el periódico de la pared y lo hubiera incluido en la documentación del partido, ninguna inspección habría podido tener dudas de que la medida «jugar al boleivol» se había puesto realmente en práctica y era dirigida por el partido. Pero ¿quién creería, en la actualidad, en la sola palabra de Klykachov?

Y así en esto y en todo lo demás. «Las palabras no se pueden grapar en el expediente»: con esta sentencia profunda, Stepánov empezó a ejercer su cargo.

Del mismo modo que un sacerdote no cree que se pueda mentir en la confesión, a Stepánov no se le habría pasado por la cabeza que se pudiera mentir en la documentación escrita.

Sin embargo, el flaco Klykachov, con su continuo jadear, se guardó de discutir con Stepánov, antes bien, con sincero agradecimiento mostró estar de acuerdo con él y aprender de él. Y Stepánov dulcificó rápidamente su actitud hacia Klykachov, demostrando con ello que no era una mala persona. Escuchó con atención los temores de Klykachov en el sentido de que un instituto secreto de tanta importancia estuviera al mando del ingeniero coronel Yákonov, un hombre que no sólo tenía unos antecedentes personales tambaleantes, sino que, sencillamente, no era de los «nuestros». También Stepánov se puso extremadamente en guardia. Hizo de Klykachov su mano derecha, le ordenó que pasara por el comité del partido más a menudo y lo aleccionó generosamente con el tesoro de su experiencia de partido.

De este modo, Klykachov fue el que conoció más pronto y más íntimamente al nuevo secretario del partido. A través de su lengua mordaz los «jóvenes» empezaron a llamar al secretario del partido «el Pastor». Pero también gracias a Klykachov, las relaciones entre «el Pastop» y los «jóvenes» no fueron malas. Estos comprendieron rápidamente que para ellos era muchísimo más cómodo tener de secretario del partido a un hombre que no fuera abiertamente de los suyos, a un legalista ajeno e imparcial.

¡Y Stepánov era un legalista! Si le decían que alguien merecía lástima, que no debían aplicarle

toda la severidad de la ley sino mostrar condescendencia, un surco doloroso cruzaba la frente de Stepánov, perjudicada por la falta de pelos en las sienes, y sus hombros se encorvaban como bajo una nueva carga. Pero encendido de flameante convicción, encontraba fuerzas para enderezarse y volverse bruscamente hacia uno y otro de sus interlocutores, con lo que unos pequeños cuadrillos blancos —el reflejo de las ventanas— bailoteaban en los plomizos cristales de sus gafas:

—¡Camaradas! ¡Camaradas! ¿Qué es lo que oigo? ¿Cómo no tenéis vergüenza para decirlo? Recordadlo: ¡hay que respetar siempre la ley! ¡Respetad la ley por más duro que sea para vosotros! ¡Respetad la ley hasta vuestras últimas fuerzas! Y sólo así, sólo de esta manera, ayudaréis a aquel por quien estabais dispuestos a infringir la ley. La ley está precisamente para servir a la sociedad y al hombre, y a menudo no lo comprendemos y en nuestra ceguera queremos esquivarla.

Por su parte, también Stepánov estaba contento de los «jóvenes», de su inclinación por las reuniones de partido y por la crítica de partido. Veía en ellos el núcleo de aquella colectividad sana que procuraba crear en cada nuevo puesto de trabajo. Si la colectividad no descubría a los infractores de la ley que había en su ambiente, si la colectividad se callaba en las reuniones, Stepánov consideraba con pleno fundamento que tal colectividad estaba enferma. Pero si la colectividad se arrojaba en masa contra uno de sus miembros, precisamente contra aquel que le indicaba el comité del partido, esta colectividad, a juicio de personas que incluso ocupaban puestos más elevados que Stepánov, era una colectividad sana.

Stepánov tenía muchas de estas ideas fijas de las que le era imposible desviarse. Por ejemplo, no concebía una reunión sin que al final se adoptara una estruendosa resolución que fustigara a miembros aislados de la colectividad y que movilizara a esta para conseguir nuevas victorias en la producción. Por ello sentía especial predilección por las asambleas del partido «abiertas», a las que asistían también —voluntariamente, pero obligados— todos los que no pertenecían al partido, y en las que era posible reprenderlos hasta hacerlos pedazos, ya que no tenían derecho a defenderse ni a votar. Y si antes de la votación sonaban voces ofendidas, e incluso indignadas, diciendo: «¿Qué es esto? ¿Una asamblea? ¿O un tribunal?», las cortaba:

—¡Permitidme, camaradas, permitidme! —gritaba autoritariamente Stepánov a cualquiera de los que intervenían, o incluso al presidente de la reunión. Se echaba precipitadamente en la boca unos polvos con mano temblorosa (desde la contusión, le dolía cruelmente la cabeza cada vez que se excitaba, y se excitaba siempre que atacaban la verdad del partido), y se colocaba en el centro de la estancia, debajo de la luz de las lámparas del techo, de manera que quedaban visibles las gruesas gotas de sudor en sus altas y calvas sienes—. Así, pues, ¿estáis en contra de la crítica y de la autocrítica? —y blandiendo con decisión el puño, como clavando sus ideas en la cabeza de los oyentes, aclaraba—: ¡La autocrítica es la más alta ley impulsora de la sociedad soviética, el principal motor de su progreso! ¡Ya es hora de comprender que, cuando criticamos a los miembros de nuestra colectividad, no es para llevarlos a los tribunales, sino para mantener en continua tensión creativa a cada trabajador! ¡En eso no puede haber dos pareceres, camaradas! ¡Naturalmente, no toda crítica es útil, ciertamente! ¡Necesitamos una crítica *práctica*, es decir, una crítica que no apunte a nuestro experimentado personal de mando! ¡No vamos a confundir la

libertad de crítica con la libertad del anarquismo pequeñoburgués!

Y retirándose hasta la jarrita de agua, engullía unos polvos más.

Así triunfaba la línea general del partido. Y siempre ocurría que toda la colectividad sana, incluyendo a quienes la resolución fustigaba y aniquilaba («actitud criminal y negligente hacia el trabajo», «incumplimiento de plazos que roza con el sabotaje»), votaba a favor de la resolución.

A veces llegaba a darse el caso de que Stepánov, amante de las resoluciones bien elaboradas y bien desarrolladas, conocedor siempre del sentido de las intervenciones que se esperaban, así como de la opinión definitiva de la asamblea, no había tenido tiempo, sin embargo, de pergeñar por entero la resolución *antes* de la reunión. Entonces, cuando la presidencia anunciaba:

—¡El camarada Stepánov tiene la palabra para exponer el proyecto de resolución! —el secretario liberado se enjugaba el sudor de la frente y de la calva, y decía así:

—¡Camaradas! He estado muy ocupado, y por esto no he tenido tiempo de precisar algunas circunstancias, apellidos y hechos del proyecto de resolución, o bien:

—¡Camaradas! Me han llamado a Dirección, y hoy todavía no he redactado el proyecto de resolución, y en ambos casos:

—Por ello pido que se vote la resolución *en su conjunto*, y mañana, en un momento libre, ya la *perfilaré*.

Y la colectividad de Marfino era tan sana que levantaba la mano sin murmurar, sin saber (ni saberlo después), a quién iba a denostar aquella resolución y a quién encomiar.

Fortalecía también la posición del nuevo secretario el hecho de que no conocía debilidades en las relaciones íntimas. Todos le llamaban respetuosamente «Borís Segueich». Él lo aceptaba como algo natural, y sin embargo no llamaba por el nombre y patronímico a nadie del centro, e incluso con el apasionamiento del billar de sobremesa, cuyo paño mostraba invariablemente su color verde en el despacho del partido, exclamaba:

—¡Pon las bolas, camarada Shikin!

—¡Desde la banda, camarada Klykachov!

En general, a Stepánov no le gustaba que se apelara a sus mejores y más elevados impulsos. Al mismo tiempo, tampoco él apelaba a parecidos impulsos de la gente. Por ello, en cuanto percibía en la colectividad alguna insatisfacción por sus medidas o alguna resistencia a ellas, no intentaba persuadir, tomaba una gran hoja de papel limpio y escribía arriba con letras gordas: «Se propone a los camaradas abajo nombrados que en el plazo tal y tal ejecuten esto y aquello», y luego lo regularizaba como un formulario: número de orden, apellido, acuse de recibo, y se lo daba a la secretaria para que hablara con dichos camaradas de uno en uno. Los aludidos lo leían, despachaban a gusto su furia contra la indiferente hoja blanca, pero no podían negarse a firmarla, y una vez habían firmado no podían dejar de ejecutarlo.

Stepánov era un secretario «liberado» también de dudas y de peregrinajes en la oscuridad. Bastaba que dijeran por radio que ya no existía la heroica Yugoslavia sino la pandilla de Tito para que cinco minutos después explicara la resolución del Kominform con tanta insistencia y con tanto convencimiento como si durante años la hubiera llevado dentro de sí. Y si alguien llamaba tímidamente la atención de Stepánov sobre esa contradicción entre las instrucciones de hoy y las

de ayer, sobre el mal abastecimiento del instituto, sobre la baja calidad de los equipos técnicos nacionales, o sobre las dificultades para encontrar una vivienda, el secretario liberado sonreía y sus gafas se aclaraban, pues sabían la palabrita que diría en ese momento:

—Qué le vamos a hacer, camaradas. Es el desorden de la Administración. ¡Pero no me negaréis que en esta cuestión se observa un indudable progreso!

Pese a todo, algunas debilidades humanas hacían mella también en Stepánov, aunque a escala muy limitada. Así, le gustaba que las autoridades superiores lo alabaran y que los miembros de base del partido admiraran su experiencia. Le gustaba porque era justo.

Además, bebía vodka, pero sólo si lo invitaban o la ponían sobre la mesa, y cada vez se quejaba, al beber, de que el vodka era mortalmente nocivo para su salud. Por este motivo, nunca lo compraba ni invitaba a nadie. Estos eran, quizá, todos sus defectos.

A veces, los «jóvenes» discutían entre ellos cómo era «el Pastor». Reutmann dijo una vez:

—¡Amigos míos! Es el profeta del tintero profundo. Es el alma del papel impreso. Hombres como él son inevitables en períodos de transición.

Pero Klykachov sonrió mostrando los dientes:

—¡Papanatas! ¡Hemos ido a parar a sus dientes, nos devorará con huesos y todo! No creáis que es tonto. En cincuenta años también ha aprendido a vivir. Os parecerá inútil que apruebe en cada asamblea una resolución condenatoria. ¡Pues bien, de esta manera escribe la historia de Marfino! Pre-vi-so-ra-men-te, acumula materiales: en cualquier giro de la situación, cualquier inspección se convencerá de que el secretario liberado había dado la señal de alerta, había llamado la atención de la sociedad.

En la mala interpretación de Klykachov, Stepánov aparecía como un hombre trapacero, reservado, que con mentiras y verdades aseguraba el porvenir de sus tres hijos.

Stepánov tenía efectivamente tres hijos que exigían continuamente dinero a su padre. Había hecho que los tres ingresaran en la facultad de historia sabiendo que la historia no es una ciencia difícil para un marxista. Su cálculo parecía acertado, pero no tuvo en cuenta (como tampoco lo tuvo el plan estatal de educación, el único que había) que no tardaría en llegar una completa saturación de historia marxista en todas las escuelas, institutos técnicos y cursillos, primero en Moscú, luego en la región moscovita, y finalmente incluso los Urales. El primer hijo terminó la carrera, pero no se quedó en Moscú para ayudar a sus padres, sino que se marchó a Janty-Mansiisk. Al distribuir los puestos de trabajo, al segundo le propusieron Ulan-Ude, y para cuando terminara el tercero era dudoso que pudiera encontrar algo más cercano que la isla de Borneo.

Por ello, el padre se mantenía más aferrado si cabe a su trabajo y a la pequeña casita que poseía en los arrabales de Moscú, con doce áreas de huerta, barriles de col fermentada y dos o tres cerdos a engordar. La esposa de Stepánov, una mujer despierta y tal vez un poco retrógrada, veía en la cría de cerdos el interés fundamental de su vida y el sostén del presupuesto familiar. Ella fue la que tuvo el propósito inquebrantable de ir con su marido al campo, el pasado domingo, a comprar un cochinitillo. Debido a esta (afortunada) operación, Stepánov no había acudido la víspera —el domingo— a su trabajo, aunque —después de una conversación sostenida el sábado— su corazón estaba ausente y ardía en deseos de volver a Marfino.

El sábado, en la Dirección Política, Stepánov había recibido un golpe. Un funcionario muy responsable que, pese a las inquietudes de la responsabilidad, andaba muy bien cebado y pesaría sus noventa o cien kilos, miró la flaca nariz de Stepánov, con sus gafas caídas, y preguntó con perezosa voz de barítono:

—¿Qué, Stepánov, cómo consideras tú a los hebreos?

—¿A los he...? ¿A quién? —aguzó el oído Stepánov para oír el final de la palabra.

—A los hebreos —y, viendo la incompreensión de su interlocutor, aclaró—: Sí, hombre, a los judíos.

Cogido desprevenido y temiendo repetir aquella palabra de dos filos por la que recientemente te condenaban a diez años acusado de propaganda antisoviética y en otro tiempo te mandaban al paredón, Stepánov murmuró vagamente:

—Pues...

—Bueno, y qué piensas...

Pero sonó el teléfono, y el responsable camarada tomó el auricular y no volvió a hablar con Stepánov.

Lleno de confusión, Stepánov se releyó en Dirección todo el fajo de normativas, instrucciones e indicaciones, pero las letras negras sobre papel blanco evitaban astutamente la cuestión judía.

Todo el domingo, de viaje en busca del cochinitillo, estuvo pensando y pensando, y rascándose el pecho con desesperación. ¡Por lo visto los años habían embotado su perspicacia! ¡Y, ahora, la vergüenza! El experimentado funcionario Stepánov había pasado por alto alguna nueva campaña e incluso indirectamente se veía mezclado en las intrigas de los enemigos, pues todo el grupo Reutmann-Klykachov...

Stepánov llegó el lunes por la mañana al trabajo muy desconcertado. Después de que Shikin se negara a jugar al billar (Stepánov tenía la intención de averiguar algo a través de Shikin), ahogado por la falta de instrucciones, el secretario liberado se encerró en el local del Comité del Partido y estuvo dos horas seguidas empujando las bolas de metal y echándolas a veces por encima de las bandas. En la pared, el enorme bajorrelieve de bronce, con las cuatro caras de los Fundadores una sobre otra, fue testigo de algunos golpes brillantes que mandaron a la tronera dos y hasta tres bolas de una tacada. Pero las siluetas del bajorrelieve se mantuvieron en su impasibilidad de bronce. Los genios contemplaban cada uno el cogote del otro y no le sugerían a Stepánov qué debía hacer para no destruir la sana colectividad, para consolidarla incluso en la nueva situación.

Agotado, oyó finalmente el timbre del teléfono y se pegó al auricular.

En primer lugar, lo llamaban para decirle que no llevara a cabo, por la tarde, la habitual instrucción política del *komsomol* y del partido. En cambio, debía reunir a toda la gente para que escuchara la conferencia «El materialismo dialéctico, una concepción vanguardista del mundo». En segundo lugar, le llamaban para informarle de que ya había salido hacia Marfino un coche con dos camaradas que le darían las correspondientes instrucciones respecto a la lucha contra el servilismo ante el extranjero.

El secretario liberado se levantó de un salto, se puso muy contento, envió un doble a la tronera y guardó el billar tras el armario.

Otra circunstancia que elevaba su estado de ánimo era que el cochinitillo de rosadas orejas, que comprara la víspera, comía pienso día y noche con mucho gusto, sin remilgos. Esto permitía esperar que podrían engordarlo bien y sin mucho gasto.

El comandante Shikin estaba en el despacho del ingeniero coronel Yákonov.

Estaban sentados conversando de igual a igual, de una manera totalmente amistosa, aunque cada uno de ellos despreciaba y no podía sufrir al otro.

A Yákonov le gustaba decir en las asambleas: «Nosotros, los chekistas...». Para Shikin, sin embargo, Yákonov continuaba siendo el mismo de siempre: un enemigo del pueblo que había estado en el extranjero, que había cumplido condena, que había sido perdonado e incluso aceptado en el seno de la Seguridad del Estado, ¡pero que no era inocente! De manera inevitable, de manera inevitable, sí, debía llegar el día en que los órganos de la Seguridad del Estado desenmascararan a Yákonov y lo arrestaran de nuevo. ¡Con qué gusto le arrancarían entonces Shikin los galones! Al meticuloso comandante de gran cabeza y cortas extremidades le molestaba la pomposa condescendencia del ingeniero coronel, el aplomo señorial con que llevaba la carga del poder. Por esta razón, Shikin siempre procuraba subrayar la importancia de su trabajo operativo, infravalorado por el ingeniero coronel.

En este momento, proponía que Yákonov presentara en la próxima asamblea un amplio informe sobre el estado de la vigilancia en el instituto, y que el informe contuviera una dura crítica de todos los defectos. Esta asamblea se podría muy bien combinar con el inminente traslado de presos y con la implantación de la nueva forma de diarios secretos.

El ingeniero coronel Yákonov, agotado después de la crisis de la víspera, con bolsas azules bajo los ojos, aunque conservando de todos modos la agradable redondez de los rasgos faciales, asentía con la cabeza a las palabras del comandante, pero en el fondo, tras muros y zanjas, en un lugar donde no penetraba la mirada de nadie como no fuera, quizá, la de la esposa, pensaba en ese abyecto piojo que era el tal comandante Shikin, cuyo pelo ralo se había vuelto gris de tanto leer delaciones, en lo idiotas e insignificantes que eran sus ocupaciones, en el cretinismo de todas sus proposiciones.

A Yákonov le habían dado un solo mes. Al cabo de un mes su cabeza podía estar en el tajo. Tenía que escapar de la coraza del mando, de la concha de su elevada posición, y sentarse a examinar personalmente los esquemas, sentarse a reflexionar en calma.

Pero el sillón de cuero donde se sentaba el ingeniero coronel, con capacidad para persona y media, encarnaba la negación de todo esto: el coronel no podía tocar personalmente nada de gran responsabilidad, sólo levantar el auricular del teléfono. Y también firmar papeles.

Existía además esa guerra al estilo femenino con el grupo de Reutmann que absorbía sus

fuerzas morales. Era una guerra que sostenía por necesidad. No estaba en condiciones de expulsarlos del Instituto y sólo quería obligarlos a una sumisión incondicional. Ellos querían echarlo, y eran capaces de perderle.

Shikin seguía hablando. La mirada de Yákonov se desviaba ligeramente de Shikin. Físicamente, no cerraba los ojos, pero mentalmente los había cerrado y había abandonado su cuerpo fofo, envuelto en la guerrera, para trasladarse a su casa.

¡Mi casa! ¡Mi casa es mi castillo! Qué sabios eran los ingleses, los primeros en comprender esta verdad. En tu pequeño territorio sólo rigen tus propias leyes. Cuatro paredes y un techo te separan sólidamente de tu querida patria. Los ojos atentos de tu esposa, de suave brillo, te acogen en el umbral de tu casa. Piando alegremente, las niñas (ay, ya se las tragaba la escuela, que era como un trabajo estatal embrutecedor) te divierten y te refrescan, cansado como estás de acosos y empujones. La esposa ya les ha enseñado a parlotear en inglés. Sentada al piano, toca un agradable vals de Waldteufel. Breves son las horas de la comida, y las que siguen hasta avanzada la tarde, hasta el umbral de la noche, pero no hay en tu casa ni personajes arrogantes e imbéciles ni pegajosos y rencorosos jóvenes.

El trabajo del ingeniero coronel implicaba tantos sinsabores, situaciones humillantes, coacciones y caos administrativo, que Yákonov, no sintiéndose ya joven, habría sacrificado con gusto este trabajo, de haber podido, y se habría quedado solamente en su pequeño y confortable mundo, en su casa.

No, eso no significaba que el mundo exterior no le interesara. Le interesaba y mucho. Incluso habría sido difícil encontrar en la historia del mundo una época más atractiva que la nuestra. La política mundial era para él como una especie de ajedrez, el Ajedrez elevado a la centésima potencia. Sólo que Yákonov no pretendía jugar, ni, lo que era peor, ser un peón, la cabeza de un peón o la base de un peón. Pretendía contemplar el juego desde la barrera, paladearlo en pacífico pijama, en una vieja mecedora, entre muchos estantes llenos de libros.

Tenía todas las condiciones para dedicarse a esta ocupación. Dominaba dos idiomas, y las radios extranjeras le ofrecían información a porfía. En toda la Unión, el MGB era la primera en recibir las revistas extranjeras, y distribuía las de carácter técnico o militar por sus institutos sin censura alguna. Y a estas revistas les gustaba siempre introducir algún pequeño artículo sobre política, sobre la futura guerra global o sobre la futura organización política del planeta. Yákonov se movía entre destacados miembros del Ministerio del Interior, y, lo quisiera o no, oía detalles a los que la prensa no tenía acceso. Tampoco desdeñaba leer libros traducidos sobre la diplomacia o el espionaje. Y además tenía su propia cabeza con ideas muy precisas. Su juego de ajedrez consistía en contemplar desde la mecedora la partida Oriente-Occidente, e intentaba adivinar el futuro a tenor de las tiradas efectuadas.

¿A favor de quién estaba? Espiritualmente estaba con Occidente. Pero sabía con certeza quién sería el vencedor, y no movería una ficha contra él: el vencedor sería la Unión Soviética. Yákonov lo comprendió cuando su viaje a Europa en 1927. Occidente estaba condenado precisamente porque vivía bien y no tenía la voluntad de arriesgar la vida para defender esa vida. Y los más preclaros pensadores y políticos de Occidente, al justificar ante sí mismos esta indecisión, esta

ansia de aplazar el combate, se engañaban dando fe a las vacías promesas de Oriente, a la automejora de Oriente, a su brillante ideologismo. Todo lo que no encajaba en este esquema lo rechazaban considerándolo una calumnia o unos incidentes pasajeros.

Había en este punto una ley universal: vence el más cruel. De esto nos hablan, por desgracia, toda la historia y todos los profetas.

En su primera juventud, Antón percibió y asimiló una frase en boga: «Todos los hombres son unos canallas». Y, a medida que avanzaba su vida, esta verdad no hizo más que confirmarse una y otra vez. Y cuanto más sólidamente se enraizaba en ella, más demostraciones encontraba de la misma y más fácil le resultaba vivir. Porque si todos los hombres eran unos canallas, nunca hay que hacer nada «para la gente», sólo para uno mismo. Y no existe ningún «altar de la sociedad», y nadie se atreverá a pedirnos un sacrificio. Desde hace tiempo, el propio pueblo lo ha expresado con mucha sencillez: «La caridad bien entendida empieza por uno mismo».

Por ello, los ángeles custodios de las almas y los cuestionarios temían en vano por el pasado de Yákonov. Reflexionando sobre la vida, Yákonov comprendió que sólo van a la cárcel los que en un determinado momento no fueron suficientemente inteligentes. Los que son auténticamente listos lo prevén, se escabullen, y siempre quedan indemnes en libertad. ¿Por qué pasar tras las rejas nuestra existencia, que sólo se nos ha dado por el tiempo que respiremos? ¡No! Yákonov renunció al mundo de los presidiarios no sólo en apariencia, sino también en su interior. Cuatro espaciosas habitaciones con balcón y siete mil rublos al mes no los habría conseguido de otras manos, o bien habría tardado en conseguirlos. El régimen le había causado daño, era caprichoso, falto de talento, cruel, pero en su crueldad disponía de fuerza, ¡su más fiel manifestación!

No teniendo la posibilidad de abandonar por completo el servicio, Yákonov se dispuso a entrar en el partido comunista en cuanto (si) lo aceptaran.

Mientras, Shikin le tendió una lista de los presos condenados al traslado por etapas que salía mañana. Las candidaturas consensuadas previamente eran dieciséis, y Shikin aprobó e incluyó otros dos nombres sacados del bloc de sobremesa de Yákonov. Lo concertado con la administración penitenciaria era veinte. Los dos que faltaban debían «fabricarse» urgentemente y comunicar sus nombres al teniente coronel Klimentiev no más tarde de las cinco de la tarde.

Sin embargo, las candidaturas no acudían a la mente en un instante. En cierto modo resultaba siempre que los mejores especialistas y obreros eran de poco fiar, y los preferidos del *oper* unos bribones y unos holgazanes. Por ello era difícil ponerse de acuerdo sobre la lista de traslados.

Yákonov abrió los dedos.

—Déjeme la lista. Lo pensaré un poco más. Piénselo también usted. Nos telefonearemos.

Shikin se levantó lentamente y (tenía que contenerse pero no se contuvo) se lamentó ante aquel hombre indigno, se quejó de los actos de un ministro: en la sala número 21 habían permitido la entrada del preso Rubin, de Reutmann, y no se la permitían a él, Shikin, ni al coronel Yákonov en su propio centro. ¿Qué le parece?

Yákonov levantó las cejas y bajó por complejo los párpados, de modo que su cara se convirtió por un momento en la de un ciego. Expresaba sin palabras:

«Sí, comandante, sí, amigo mío, me duele, me duele mucho, pero no me atrevo a levantar los

ojos hacia el sol».

Realmente, la actitud de Yákonov hacia la sala número 21 era compleja. La noche del sábado al domingo, cuando en el despacho de Abakumov oyó a Riumin hablar de aquella llamada telefónica, Yákonov sintió gran interés por esas dos nuevas tiradas en el ajedrez mundial. Luego, su propia tempestad le obligó a olvidarse de todo. Ayer por la mañana, al salir de su crisis cardíaca, apoyó de buen grado a Selivanovski cuando este manifestó su intención de encargárselo todo a Reutmann (era un asunto frágil, el muchacho era impetuoso, quizá se desnucara). Pero Yákonov conservaba toda su curiosidad por aquella descarada llamada telefónica, y se sentía ofendido de que no le dejaran entrar en la sala número 21.

Shikin se marchó. Yákonov, por su parte, se puso a rememorar el más agradable de los asuntos que le esperaban hoy y que no había tenido tiempo de resolver ayer. Y lo cierto era que, si conseguía tirar adelante el codificador absoluto con rapidez, esto lo salvaría ante Abakumov en el plazo de un mes.

Y llamó a la sala de diseños ordenando que se presentara Sologdin con su nuevo proyecto.

Dos minutos después, Sologdin, esbelto, con su barbita rizada y su grasiento mono, llamaba a la puerta y entraba con las manos vacías.

Yákonov y Sologdin casi nunca habían hablado antes: nunca hubo necesidad de llamar a Sologdin a este despacho, y en la sala de diseños, o al encontrarse por los pasillos, el ingeniero coronel no había advertido aquella personalidad tan insignificante. Pero ahora, con toda la cordialidad de un gran señor hospitalario, Yákonov (mirando de reojo la lista de nombres y patronímicos que tenía bajo el cristal), observó con aprobación al que acababa de entrar y lo invitó con amplio gesto:

—Siéntese, Dmitri Alexándrovich, mucho gusto en verle.

Con las manos pegadas al cuerpo, Sologdin se acercó un poco más, se inclinó en silencio y se quedó de pie, inmóvil y tieso.

—O sea, ¿que usted nos ha preparado en secreto un regalo inesperado? —dijo con voz ronca Yákonov—. Hace unos días, quizá no más lejos del sábado, vi en la habitación de Vladímir Erástovich su croquis del núcleo principal de un codificador absoluto... Pero ¿por qué no se sienta? Lo examiné por encima y ardo en deseos de hablar de él con más detalle.

Sin bajar la vista ante la mirada de Yákonov, llena de simpatía, y algo ladeado con respecto a él, inmóvil como el duelista que espera que el otro dispare, Sologdin respondió separando las palabras:

—Se equivoca usted, Antón Nikoláyevich. Efectivamente, he trabajado en un codificador hasta donde han alcanzado mis fuerzas. Pero lo que he conseguido, lo que vio usted, es algo monstruosamente imperfecto, a la medida de mis muy mediocres facultades.

Yákonov se recostó en el respaldo del sillón y protestó benévolamente:

—¡Vamos, vamos, amigo mío, sin falsas modestias! Aunque examiné fugazmente su elaboración, me inspiró mucho respeto. Y Vladímir Erástovich, que para usted y yo es nuestro árbitro supremo, hizo unas manifestaciones claramente laudatorias. Mandaré que no se reciba a nadie, traiga su hoja de papel, traiga sus ideas, y reflexionaremos sobre ellas. ¿Quiere que

llamemos a Vladímir Erástovich?

Yákonov no era un jefe de cortos alcances al que sólo interesa el resultado y la salida de la producción. Era un ingeniero, en otro tiempo incluso entusiasta, y ahora gustaba con antelación del refinado placer que puede proporcionar un pensamiento humano largo tiempo alimentado. El único placer que aún sacaba de su trabajo. Miraba casi suplicante, con una sonrisa exquisita.

También Sologdin era ingeniero, hacía ya catorce años. Y llevaba doce años preso.

—Y no obstante, Antón Nikoláyevich —pronunció con precisión, sintiendo el agradable frío de su visera cerrada—, se equivoca. Aquello era un bosquejo indigno de su atención.

Yákonov frunció el ceño, y ya un poco irritado, dijo:

—Está bien, veremos, veremos, traiga la hoja.

En sus galones dorados con ribete azul celeste había tres estrellas. Tres grandes y gruesas estrellas dispuestas en triángulo. En los meses en que el teniente Kamyshan, *oper* de Gornaya Sakrytka, apalizaba a Sologdin, también sustituyó los cubitos por galones como aquellos, dorados, con ribete azul celeste y tres estrellas en triángulo, aunque las estrellas eran más pequeñas.

—Aquel croquis ya no existe —tembló la voz de Sologdin—. Al encontrar en él errores profundos e irremediables, lo... quemé.

(Clavó la espada y la revolvió en la herida por dos veces).

El coronel palideció. Su dificultosa respiración podía oírse en medio de aquel silencio de mal agüero. Sologdin procuraba respirar silenciosamente.

—Es decir que... ¿Cómo? ¿Con sus propias manos?

—No, ¿por qué? Lo entregué para que lo quemaran. De forma legal. Hoy lo han quemado —hablaba sordamente, con poca claridad. No quedaba ni rastro de su sonoro aplomo habitual.

—¿Hoy? ¿No podría ser que estuviera aún intacto? —avanzó Yákonov el cuerpo con viva esperanza.

—Se ha quemado. Lo observé por la ventana —respondió Sologdin como si asestara un golpe.

Con una mano agarrada al brazo del sillón y la otra en el pisapapeles de mármol, como si se dispusiera a destrozar con él la cabeza de Sologdin, el coronel levantó con dificultad su corpachón y lo inclinó hacia adelante por encima de la mesa.

Sologdin permaneció de pie, más azul que la estatua, con la cabeza ligeramente echada para atrás.

Entre los dos ingenieros no había necesidad de más preguntas ni más aclaraciones. Por la conexión de sus miradas discurrían cargas de alocada frecuencia.

«¡Te aniquilaré!», se inyectaron los ojos del coronel.

«¡Engánchame una tercera condena!», gritaron los ojos del preso.

Algo debía estallar con estruendo.

Pero Yákonov se llevó la mano a la frente y a los ojos como si le hiriera la luz, dio media vuelta y se alejó hacia la ventana.

Fuertemente agarrado al respaldo de una silla próxima, Sologdin bajó los ojos dolorosamente.

«Un mes. Un solo mes. ¿Estaré perdido?», el coronel percibía claramente hasta el mínimo detalle.

«Una tercera condena. No, no sobreviviré a ella», pensaba Sologdin, pasmado.

Yákonov se volvió de nuevo hacia Sologdin.

«¡Ingeniero, ingeniero! ¿Cómo has podido?», inquirió su mirada.

Pero también el brillo cegaba los ojos de Sologdin:

«¡Presidiario, presidiario! ¡Te olvidaste de todo!».

Se lanzaban uno a otro miradas de odio y de fascinación, miradas que les permitían verse a sí mismos, ver lo que no habían llegado a ser. Y no podían desengancharse.

Y el fantasma de Agnia, de alas amarillas, pasó volando ante Antón por segunda vez en esos días.

Yákonov podía ahora gritar, dar puñetazos sobre la mesa, llamar, meterle en el calabozo. Sologdin estaba también preparado para esto.

Sin embargo, Yákonov sacó un pañuelo blanco, suave y limpio, y se enjugó los ojos.

Y miró a Sologdin con mirada clara.

Sologdin procuró mantenerse impasible incluso en estos momentos.

El ingeniero coronel se apoyó con una mano en el alféizar de la ventana, y con la otra llamó al preso para que se acercara.

Sologdin dio tres pasos firmes para acercarse a él.

Encorvándose un poco, al estilo de los ancianos, Yákonov preguntó:

—¿Es usted moscovita, Sologdin?

—Sí.

—Pues mire —le dijo Yákonov—. ¿Ve la parada del autobús en la carretera?

Desde aquella ventana era muy visible.

Sologdin miró hacia allí.

—Desde aquí hay media hora de viaje hasta el centro de Moscú —explicó en voz baja Yákonov—. Usted habría podido tomar este autobús en junio o julio de este año. Y no ha querido. Admito también que en agosto habría tenido las primeras vacaciones y habría ido al mar Negro. ¡A bañarse! ¿Cuántos años hace que no ha entrado en el agua, Sologdin? ¡A los presos nunca se les permite, ya sabe!

—¿Cómo que no? En la conducción de troncos por el río —replicó Sologdin.

—¡Buen baño ese! Y en cambio iré a parar a un norte donde los ríos nunca se deshuelan...

¿Sería así? No bastaba con sacrificar tu futuro, con sacrificar tu nombre. Había que darles tu pan, abandonar tu techo, arrancarte la piel y descender al campo de concentración de los presidiarios...

—¡Sologdi-in! —exclamó Yákonov con canturreo y doloroso gemido, y puso ambas manos sobre los hombros del recluso como si fuera a caerse—. ¡Seguramente podría rehacerlo todo de nuevo! Escuche, no puedo creer que exista en el mundo un hombre que no desee el bien para sí mismo. ¿Por qué perecer? Explíqueme una cosa: ¿por qué quemó el croquis?

En los ojos de Sologdin había aquel mismo azul indoloro, insobornable, immaculado. Y en la negra pupila veía Yákonov reflejada su maciza cabeza. Un aro azul celeste con un agujerito negro en el centro, y tras ellos todo el mundo inesperado de aquel hombre único.

Bueno es tener una cabeza fuerte. Eres dueño del resultado hasta el último minuto. Se te someten todos los caminos de los acontecimientos. ¿Por qué perecer? ¿Para quién? ¿Para un pueblo ateo, perdido y corrompido?

—¿Y a usted qué le parece? —respondió Sologdin con esta pregunta. Sus labios rosados se arquearon ligeramente entre los bigotes y la barbita como en un rictus de ironía.

—No lo comprendo —Yákonov retiró las manos y se apartó—. No comprendo a los suicidas.

Y oyó a sus espaldas una voz sonora y segura de sí misma:

—¡Ciudadano coronel! Soy demasiado insignificante, nadie me conoce. No quería vender mi libertad por nada.

Yákonov se volvió bruscamente.

—... De no haber quemado el esquema, de haberlo puesto ante usted una vez listo, nuestro teniente coronel, usted, Fomá Guriánovich o quien quiera que sea, habrían podido meterme mañana entre los presos trasladados y poner bajo el esquema cualquier nombre. Ha habido casos así. Y le aseguro a usted que es muy incómodo presentar una queja cuando te trasladan: te quitan los lápices, no te dan papel, las instancias no llegan donde deben... Un preso al que trasladan no puede tener razón en nada.

Yákonov escuchó a Sologdin hasta el final casi con admiración. (¡Aquel hombre le había gustado desde el momento que entró!).

—O sea, ¿que usted... se encargaría de rehacer el esquema? —no fue el ingeniero coronel quien lo preguntó sino un hombre desesperado, atormentado, impotente.

—Lo que había en la hoja, ¡en tres días! —afirmó Sologdin con ojos resplandecientes—. Y en cinco semanas le haré un boceto completo del proyecto con los cálculos del conjunto técnico. ¿Le satisface?

—¡Un mes! ¡Un mes! ¡Necesitamos tenerlo en un mes! —avanzó Yákonov hacia aquel endiablado ingeniero apoyándose con las manos en la mesa más que pisando el suelo con los pies.

—Muy bien, lo tendrá en un mes —confirmó fríamente Sologdin.

Pero entonces Yákonov entró en sospechas.

—Espere —le detuvo—. Hace un momento ha declarado que se trataba de un esbozo impresentable, que había encontrado en él profundos e irremediables errores...

—¡Oooh! —se rio abiertamente Sologdin—. A veces la falta de fósforo, de oxígeno y de impresiones vitales me juega bromas pesadas, me cubre no sé qué franja tenebrosa. ¡Ahora me uno a la opinión del profesor Chelnov: todo lo que había allí era cierto!

Yákonov sonrió también, bostezó aliviado y se sentó en el sillón. Le gustaba el dominio que mostraba Sologdin de sí mismo, la forma en que había llevado la conversación.

—Ha desarrollado un juego arriesgado. Francamente, podía haber terminado de otra manera.

Sologdin abrió ligeramente los dedos.

—Lo dudo, Antón Nikoláyevich. Creo que valoré claramente la situación del Instituto y... la suya. Domina usted el francés, ¿verdad? *Le hasard est roi!* ¡Su Majestad la Ocasión! Aparece fugazmente raras veces en la vida, y hay que saltar sobre ella a tiempo, ¡y agarrarla exactamente por la mitad del espinazo!

Sologdin hablaba y se comportaba con tanta sencillez como si estuviera partiendo leña con Nerzhin.

Ahora se sentó también sin dejar de mirar alegremente a Yákonov.

—En fin, ¿qué vamos a hacer? —preguntó amistosamente el ingeniero coronel.

Sologdin respondió como si leyera, como si hablara de algo decidido tiempo ha:

—En los primeros pasos quisiera dejar al margen a Fomá Guriánovich. Es precisamente una de esas personas a las que gusta ser coautor. Supongo que no cabe pensar semejante cosa de usted. No me equivoco, ¿verdad?

Yákonov meneó la cabeza alegremente. ¡Oh, se sentía tan aliviado incluso sin más ventajas!

—Además, le recuerdo que de momento la hoja está quemada. Ahora, si tiene en alguna estima mi proyecto, encuentre la manera de informar de mí directamente al ministro. O en caso extremo al viceministro. Y que mi nombramiento de diseñador jefe lo firme precisamente él. Será una garantía para mí. Y me pondré manos a la obra. Formaremos un grupo especial.

De pronto, la puerta se abrió de par en par. El calvo y flaco Stepánov entró sin llamar. Los cristales de sus gafas brillaban lívidamente.

—Verás, Antón Nikoláyevich —dijo muy serio—. He de hablarte de algo importante.

¡Stepánov se dirigía a una persona por su nombre y patronímico! Era increíble.

—O sea, ¿que esperaré el nombramiento? —se levantó Sologdin.

El ingeniero coronel asintió con la cabeza. Sologdin salió con paso ligero y firme.

Yákonov necesitó tiempo para penetrar en el sentido de lo que tan animadamente le decía el secretario del partido.

—¡Camarada Yákonov! Acaban de estar conmigo unos camaradas de la Dirección Política y me han convencido de cabo a rabo. He cometido grandes y serios errores. He consentido que en nuestra organización del partido anidara un grupo que vamos a llamar cosmopolitas apátridas. He dado muestras de miopía política, no le he apoyado a usted cuando ellos le acosaban. ¡Pero debemos ser desapasionados al reconocer nuestros errores! Ahora mismo, usted y yo, elaboraremos una resolución, convocaremos después una asamblea abierta del partido, y descargaremos fuertes golpes contra el servilismo ante el extranjero.

Los asuntos de Yákonov, tan desesperados la víspera, habían mejorado radicalmente.

Antes del descanso de mediodía, el vigilante de servicio, Zhvakun, colgó en el pasillo de la cárcel una lista de las personas a las que el comandante Mishin convocaba durante el descanso. Se consideraba oficialmente que tal lista era para los reclusos que debían recibir una carta o la notificación de una transferencia de fondos a su cuenta personal.

En esta cárcel, el procedimiento de entrega de una carta estaba rodeado de misterio. No se podía encargarse a cualquier cartero-vagabundo, como abyectamente sucede en libertad. Tras una puerta compacta, cara a cara, el padre espiritual, el *oper*, después de leer la carta y de convencerse de que no contenía pensamientos turbios o pecaminosos, la entregaba al preso acompañada de un sano aleccionamiento. La carta se entregaba abierta sin cumplidos: se había matado la última intimidad de un pensamiento que volaba de un ser querido a otro. La carta, después de pasar por varias manos, de ser despedazada en frases que pasaban al expediente y de haber recibido en su interior el grasiento sello de la censura, perdía el insignificante sentido personal y adquiría la alta importancia de un documento de Estado. (En algunas *sharashkas* comprendían tan bien el tema que no entregaban la carta al preso, le permitían solamente leerla en el despacho del *oper*, pero raramente dos veces, y recogían al pie de la carta la firma del preso como acuse de haberla leído; si, al leer la carta de la esposa o de la madre, el preso intentaba sacar unas notas para el recuerdo, esto provocaba sospechas como si hubiera cometido el crimen de copiar documentos del Estado Mayor General. El preso firmaba también las fotografías que le enviaban de su casa certificando que las había visto, pero eran grapadas a su expediente penitenciario).

Así pues, la lista estaba colgada y se formaba una cola para recibir las cartas. También hacían cola los que no esperaban carta, pero deseaban enviar la suya de diciembre, pues también estas debían entregarse personalmente, de propia mano, al *oper*. Aparentando una de estas operaciones, el comandante Mishin tenía la posibilidad de conversar sin problemas con los chivatos y llamarlos fuera de los horarios establecidos. Para que no se advirtiera con quiénes conversaba más largamente, el *oper* de la cárcel retenía a veces en su despacho a presos honrados, desconcertando de este modo a los demás.

Por ello, en la cola, unos sospechaban de otros, aunque a veces también sabían exactamente quién *registraba* su vida, y le sonreían servilmente para no irritarlo.

Aunque el sistema penitenciario soviético no se basaba directamente en la experiencia de Catón el Viejo, seguía fielmente su consejo: no permitir que los esclavos vivieran demasiado amistosamente entre ellos.

Al sonar el timbre de la comida, los presos salieron corriendo del sótano, entraron en el patio sin ropas de abrigo ni gorras, bajo el viento húmedo, poco frío, y entraron por la puerta de la Dirección de la cárcel. Debido a la declaración de la mañana, que establecía una nueva normativa para la correspondencia, la cola formada era especialmente grande, unos cuarenta hombres que no cabían en el pasillo. El ayudante del oficial de servicio, el brigada «Escarabajo», tomó celosamente las disposiciones pertinentes con toda la fuerza de su floreciente salud. Contó veinticinco hombres y mandó a los restantes que fueran a pasear y que volvieran durante el descanso de la cena. A los que habían sido admitidos en el pasillo los colocó a lo largo de la pared, lo más lejos posible de los despachos de los jefes, y se dedicó a pasear por el corredor manteniendo el orden. El recluso de turno atravesaba varias puertas, llamaba al despacho del comandante Mishin, y una vez recibido el permiso, entraba. Cuando volvía, se mandaba a otro. El brigada «Escarabajo» dirigió el movimiento durante todo el descanso del mediodía.

Por más que Spiridón insistió en recibir la carta por la mañana, Mishin le dijo con firmeza que se la daría durante el descanso, como a todos los demás. Sin embargo, media hora antes de la comida, el comandante Shikin llamó a Spiridón a su despacho para interrogarlo. De haber dado Spiridón los informes que le pedían y haberlo confesado todo, habría conseguido obtener la carta. Pero se empeñó, se obstinó, y el comandante Shikin no podía dejarlo marchar en este estado impenitente. Por ello, sacrificando su hora de descanso (de todos modos, no acudía al comedor de los externos durante el descanso para evitar las apreturas), Shikin continuó interrogando a Spiridón.

El primero de la cola era Dyrsin, un depauperado ingeniero del Número 7, uno de sus colaboradores fundamentales. Hacía más de tres meses que no recibía carta. En vano preguntaba a Mishin. Las respuestas eran: «No», «No escriben». En vano rogó a Mamurin que hicieran averiguaciones. No las hicieron. Y he aquí que hoy había visto su apellido en la lista, y superando el dolor que sentía en el pecho había conseguido llegar el primero. De toda su familia sólo quedaba la esposa, agotada como él en una espera de diez años.

El brigada indicó con un gesto a Dyrsin que entrara, y el primero de la cola fue ahora el travieso y radiante Ruska Doronin, con su ondulado y tembloroso tupé de pelo claro. Al ver a su lado al letón Judo, de su confianza, sacudió los cabellos y murmuró con un guiño:

—Voy a cobrar. Lo ganado.

—¡Pase! —ordenó el brigada.

Doronin arrancó hacia adelante al encuentro del abatido Dyrsin, que regresaba.

—¿Qué tal? —preguntó a Dyrsin, ya en el patio, su compañero de trabajo Amantai Bulatov.

La cara de Dyrsin, siempre sin afeitarse, siempre abatida, se alargó.

—No lo sé. Dice que hay carta, pero que pase después del descanso, que hablaremos.

—¡Son unas putas! —concluyó Bulatov muy seguro, y hubo una llamarada tras sus gafas de concha—. Te lo dije hace tiempo: se guardan las cartas. ¡Niégate a trabajar!

—Me echarían una segunda condena —suspiró Dyrsin. Siempre andaba encorvado, con la cabeza entre los hombros, como si le hubieran dado un buen golpe por detrás con algo grande.

Suspiró también Bulatov. Era tan combativo porque le quedaba mucho tiempo, muchísimo, de

estar en prisión. La decisión de un preso decae cada vez más cuanto menor es el tiempo que falta para su liberación. Y Dyrsin *contaba por meses* su último año.

El cielo era uniformemente gris, sin tintes negros y sin claros. No tenía ni altura ni forma de cúpula, era un sucio techo de lona echado sobre la Tierra. Bajo el brusco viento húmedo, la nieve se aplanaba y se llenaba de poros, su blancura matinal tomaba matices pardos a disgusto. Bajo los pies de los paseantes se formaban resbaladizas ondulaciones parduzcas.

El paseo seguía como de costumbre. Era imposible imaginar un tiempo lo bastante malo para que los presos de la *sharashka*, que se marchitaban sin aire, renunciaran al paseo. Cansados de permanecer en las salas, llegaban a encontrar agradables aquellas brascas ráfagas de viento húmedo: limpiaban a la persona del aire viciado, de los pensamientos viciados.

Entre los paseantes se agitaba el grabador. Tomaba del brazo ora a un recluso ora a otro, completaba con él una o dos vueltas y le pedía consejo. Su situación era especialmente horrible, así lo consideraba él: estando en prisión no podía casarse con su primera esposa, que ahora era considerada ilegítima; no tenía derecho a escribirle más; ni siquiera podía escribirle que ya no habría más cartas, pues había agotado el cupo para diciembre. Se le compadecía. En realidad, su situación era absurda. Pero el dolor de cada uno es más fuerte que el de los demás.

Aficionado a las sensaciones extremas, Kondrashov-Ivánov, alto y recto como un palo clavado en el suelo, caminaba lentamente mirando por encima de las cabezas de los paseantes. Con lúgubre embriaguez manifestaba al profesor Chelnov que la dignidad humana había sido tan violada que seguir viviendo significaba rebajarse. Toda persona valerosa tenía un remedio fácil para salir de esta cadena de humillaciones.

El profesor Chelnov, con su invariable gorro de punto y con la capa envolviéndole los hombros, recitaba gravemente al pintor la *Consolación* de Boecio.

En la puerta de Dirección se había formado un grupo de cazadores voluntarios de chivatos: Bulatov, cuya voz se extendía por todo el patio; Jorobrov; Zemeliá, plácido obrero de la bomba de vacío; Dvoyetiosov, jefe de las bombas de vacío, que llevaba por principio el chubasquero del campo de concentración; el inquieto Prianchikov, que se metía en todas partes; el líder de los alemanes, Max; y uno de los letones.

—¡El país debe conocer a sus chivatos! —repitió Bulatov, apoyando la intención de no dispersarse.

—Básicamente ya los conocemos —respondió Jorobrov, que estaba en el umbral y seguía con la mirada la fila de los que hacían cola. Habría podido decir de algunos, con mucha probabilidad, que estaban allí para cobrar el dinero de Judas. Pero se sospechaba, como es natural, de los menos hábiles.

Ruska volvió al grupo muy alegre, conteniéndose casi para no agitar sobre su cabeza la transferencia monetaria. Todos arquearon la cabeza y miraron rápidamente la transferencia: venía de la mítica Klavdia Kudriavtseva, para Rostislav Doronin, por valor de 147 rublos.

Al volver de comer, el grupo se había colocado al final de la cola y era observado con mirada turbia por el *premier*, por el rey de los chivatos, Artur Siromaja. Este examinaba el grupo siguiendo su costumbre de observarlo todo, pero aún no le había concedido importancia.

Ruska recogió su transferencia y se apartó del grupo por haberlo así convenido.

El tercero en visitar al *oper* fue un ingeniero cuarentón, especializado en energía, que la víspera por la tarde había propuesto, en el arca cerrada, igualar a los ministros con los basureros, y después, como un niño, había organizado una contienda de almohadas en las literas superiores.

Con paso rápido y ligero pasó el cuarto, Víktor Liubimichev, un joven «de los nuestros». Al sonreír dejaba al descubierto sus fuertes y uniformes dientes, y llamaba de un modo encantador «hermanos» a todos los presos, fueran jóvenes o viejos. Este trato cordial dejaba transparentar su alma pura.

El ingeniero salió al umbral con una carta abierta. Absorto en ella, le costaba tentar con el pie el borde de los peldaños. Y así, sin ver nada, se fue con ella a otra parte, y ninguno del grupo de los «cazadores» lo molestó. Sin abrigo ni gorra, bajo el viento que agitaba sus cabellos —jóvenes aún a pesar de cuanto había sufrido—, leía la primera carta, después de ocho años, de su hija Ariadna, de la niña rubia de seis años que se agarraba a su cuello cuando la dejó al partir para el frente en 1941 (y de allí al cautiverio y del cautiverio a la cárcel). Y cuando en el barracón de los prisioneros de guerra hacía crujir bajo sus pies una capa de piojos tíficos, y cuando hacía cuatro horas de cola por un cucharón de un bodrio turbio y apestoso, aquel ovillo rubio querido tiraba de él con el hilo de Ariadna, instándole a sobrevivir de alguna manera y a volver. Pero al regresar a la patria fue a parar directamente a la cárcel sin ver siquiera a su hija: ella y su madre se habían quedado en Cheliabinsk, donde fueron evacuadas. Y durante largo tiempo, la madre de Ariadna, que por lo visto se había juntado con alguien, no quiso descubrir a la hija la existencia de su padre.

Con una caligrafía de colegial, inclinada y cuidada, sin borrones, la hija le escribía ahora:

«¡Saludos, querido papá!

»No te respondía porque no sabía cómo empezar ni qué escribir. Es disculpable porque hace mucho tiempo que no te he visto y me había acostumbrado a pensar que mi padre había muerto. Me resulta incluso extraño que ahora, de repente, tenga un padre.

»Me preguntabas cómo vivía. Vivo como todos. Puedes felicitarme, he ingresado en el *komsomol*. Me pides que te escriba qué necesito. Deseo, naturalmente, muchas cosas. Estoy ahorrando dinero para unas botas y para la confección de un abrigo de entretiempo. Me pides que venga a una entrevista contigo. ¿Es tan urgente? Eso de ir no se sabe dónde, tan lejos, y buscarte, reconoce que no es muy agradable. Cuando puedas, ya vendrás tú. Te deseo éxito en tu trabajo. De momento, hasta la vista.

»Te besa,

»Ariadna

»¿Has visto la película *Los primeros guantes*? ¡Es estupenda! No me pierdo ni una película».

—¿Vamos a comprobar a Liubimichev? —preguntó Jorobrov, a la espera de la salida de este.

—¿Pero qué dices, Teréntich? ¡Liubimichev es nuestro hombre! —le respondieron.

Con su profundo instinto, sin embargo, Jorobrov advertía algo en aquel hombre. Y ahora, precisamente, se demoraba en el despacho del *oper*.

Víktor Liubimichev tenía unos ojos grandes y sinceros. La naturaleza lo había agraciado con un cuerpo flexible de deportista, de soldado o de amante. La vida lo arrancó de las pistas de carreras del estadio juvenil para llevarlo a un campo de concentración en Baviera. En este estrecho espacio de muerte, donde el enemigo encerró a los soldados rusos y donde el régimen soviético no admitió a la Cruz Roja Internacional, en este pequeño y compacto espacio de horror, sólo sobrevivieron los que más renunciaron a las limitaciones que imponen los conceptos clasistas del bien y de la conciencia; los que, convertidos en intérpretes, pudieron vender a los suyos; los que, convertidos en vigilantes del campo, podían pegar a la cara de un compatriota con un palo; los que, convertidos en repartidores de pan o en cocineros, podían comerse el pan de los que pasaban hambre. Y había aún otras dos posibilidades de sobrevivir: como enterrador o como vaciador de letrinas. Por cavar fosas y limpiar los retretes, los nazis añadían un cucharón más de rancho. Sin embargo, dos hombres bastaban para limpiar los retretes. A las tumbas se dedicaban cada día medio centenar. No había día sin que una decena de carretas no transportaran cadáveres al vertedero. En el verano de 1942 les llegó el turno a los propios enterradores. Víktor Liubimichev quería vivir con toda el ansia de un cuerpo que aún no había vivido. Decidió que, si debía morir, moriría el último, e hizo gestiones para ser vigilante. Pero surgió una feliz posibilidad: llegó al campo un gangoso exinstructor soviético a persuadirles de luchar contra los comunistas. Se apuntaron. Entre ellos, algunos del *komsomol*... Ante las puertas del campo había una cocina de campaña alemana, y a los voluntarios los alimentaron acto seguido con gachas a satisfacción. Después, formando parte de la legión, Liubimichev combatió en Francia: cazaban, en los Vosgos, a los guerrilleros del «movimiento de la resistencia»; más tarde resistió a los aliados en la Muralla del Atlántico. En 1945, en la época de la gran repesca, pareció filtrarse a través de la criba, llegó a casa, se casó con una muchacha de ojos tan claros como los suyos y cuerpo joven tan flexible como el suyo, y la dejó al cabo de un mes al ser arrestado por su pasado. En aquellos tiempos, precisamente, pasaban por las cárceles los rusos que habían participado en aquel «movimiento de la resistencia» que él perseguía por los Vosgos. Y en Butyrki jugaban al dominó, recordaban los combates y los días pasados en Francia y esperaban paquetes de los familiares. Luego, les impusieron a todos la misma condena: diez años. Así, la vida entera había enseñado e inculcado a Liubimichev que nadie, desde el joven de base hasta el miembro del Politburó, tuvo ni podía tener «convicciones» de ninguna clase, y los que les habían juzgado, tampoco podían tenerlas.

Víktor, con sus ojos ingenuos, salió sin sospechar nada. Llevaba en la mano una hojita muy parecida al recibo de transferencias postales de dinero, y no sólo no intentó evitar el grupo de «cazadores», sino que se acercó a ellos por propia iniciativa y les preguntó:

—¡Hermanos! ¿Quién ha comido ya? ¿Qué hay de segundo plato? ¿Vale la pena ir?

Jorobrov señaló con la cabeza la hoja de la transferencia que sostenía la mano caída de Víktor, y preguntó:

—¿Qué, has recibido mucho dinero? ¿Ya no necesitas la comida?

—¡Qué va! —esquivó Liubimichev, y quiso guardar la hoja en el bolsillo. Si no había considerado necesario esconderla antes era porque sabía que todos temían su fuerza y nadie se habría atrevido a pedirle cuentas. Pero mientras charlaba con Jorobrov, Bulatov se inclinó como en broma, se torció a un lado, y leyó:

—¡Caramba! ¡Mil cuatrocientos setenta rublos! ¡Ahora sí que puedes despreciar el rancho de Klimentiadis!

De haber sido cualquier otro preso, Víktor le habría dado una amistosa palmada en la frente y no le habría enseñado la hoja. Pero no le convenía hacer tal cosa con Amantai, no fuera a suponer que su subordinado nadaba en oro. Era una regla general en el campo de concentración. Y Liubimichev se justificó:

—¡Qué van a ser mil, mira!

Y todos lo vieron: 147 rublos y 0 *cópeks*.

—¡Qué extravagancia! ¡Podían haber enviado ciento cincuenta! —observó Amantai imperturbablemente—. En este caso, ve, de segundo plato hay escalopa.

Pero antes de que Liubimichev tuviera tiempo de ponerse en marcha, antes de que dejara de sonar la voz de Bulatov, Jorobrov sintió una sacudida. Jorobrov perdió sus papeles. Olvidó que era preciso contenerse, sonreír y cazarlo después. Olvidó que lo principal era conocer a los chivatos, pues destruirlos era imposible. Había sufrido mucho por culpa de los chivatos, había visto cómo muchos perecían por su culpa, y odiaba más a esos traidores disimulados que a los verdugos declarados. ¡Aquel hombre, que por la edad habría podido ser hijo de Jorobrov, aquel joven digno de que le hicieran una estatua, resultaba ser uno de esos reptiles voluntarios!

—¡Eres un canalla! —dijo Jorobrov con labios temblorosos—. ¿Buscas una disminución de la condena a costa de nuestra sangre? ¿Qué necesidad tenías?

Luchador siempre dispuesto al combate, Liubimichev se contrajo y separó la mano preparándola para un corto puñetazo de boxeador.

—¡Cuidado, carroña de Viatka!

—¡Qué haces, Teréntich! —se había precipitado ya Bulatov a apartar a Jorobrov.

El enorme y torpe Dvoyetiosov, con su impermeable de presidiario, cogió con la mano izquierda el puño derecho levantado de Liubimichev y clavó los dedos en él.

—¡Niño, niño! —dijo desdeñoso y burlón, con aquella calma casi afectuosa que aparece al tensar todo el cuerpo—. ¿Hablamos de comunista a comunista?

Liubimichev se volvió en redondo hacia Dvoyetiosov y sus sinceros y claros ojos casi se juntaron con los ojos desorbitados y miopes de Dvoyetiosov.

Y Liubimichev no levantó la otra mano para golpear. Por los ojos de lechuga de Dvoyetiosov, y por la mano viril que agarraba la suya, comprendió que no sólo caería uno de los dos, sino que se derrumbaría muerto.

—Niño, niño —repitió machaconamente Dvoyetiosov—. Hay escalopa de segundo plato. Ve y cómete la escalopa.

Liubimichev se liberó y se dirigió a la rampa con la cabeza orgullosamente alta. Sus mejillas de raso ardían. Buscaba cómo desquitarse de Jorobrov. No sabía aún que la acusación lo había

traspasado de parte a parte. Aunque siempre estaba dispuesto a defender y discutir con cualquiera que él comprendía la vida, resultaba que aún no la comprendía.

¿Cómo habían podido adivinarlo? ¿De dónde habría salido?

Bulatov lo siguió con la mirada y se llevó las manos a la cabeza:

—¡Madre mía de mi vida! ¿En quién podemos confiar ahora?

Toda esta escena se había desarrollado a través de movimientos insignificantes, y en el patio no la habían advertido ni los presos que paseaban ni los dos vigilantes inmóviles apostados en los extremos del patio de paseo. Sólo Siromaja, que estaba en la cola, había visto toda la escena a través de la puerta entornando sus ojos inmóviles de aspecto cansado. ¡Y, acordándose de Ruska, lo comprendió todo!

Se sintió inquieto.

—¡Muchachos! —se dirigió a los que tenía delante—. He dejado un circuito conectado. ¿Me dejaríais pasar? Tengo prisa.

—¡Todos tenemos un circuito conectado!

—¡Todos tenemos un bebé! —le respondieron con risas.

No le dejaron pasar.

—¡Iré a desconectarlo! —anunció preocupado Siromaja, y rodeando el grupo de «cazadores» desapareció en el edificio principal. Sin recuperar el aliento, voló al segundo piso. Pero el despacho del comandante Shikin estaba cerrado por dentro, y el agujero de la cerradura tapado con la llave. Podía tratarse de un interrogatorio. Podía tratarse también de una entrevista con la secretaria larguirucha. Siromaja retrocedió impotente.

¡Sus cuadros de personal iban cayendo minuto a minuto y no había nada que hacer!

Procedía ponerse de nuevo a la cola, pero el instinto de fiera acorralada era más fuerte que el deseo de distinguirse en el servicio: daba miedo pasar otra vez junto al grupo enardecido e iracundo. Podían agarrar a Siromaja sin motivo alguno. Lo conocían demasiado bien en la *sharashka*.

En aquel momento, el doctor en ciencias químicas Orobintsev, pequeño, con gafas, vistiendo una pelliza y una gorra de calidad —el atuendo que llevaba en libertad, pues no había pasado siquiera por los traslados y aún no habían tenido tiempo de *desplumarla*— acababa de salir del despacho de Mishin, y había reunido a su alrededor a otros simplones como él, entre ellos el constructor calvo. Les estaba dando una conferencia. Sabido es que el hombre cree principalmente lo que desea creer. Los que deseaban creer que entregar la lista de los parientes no era una delación, sino una sensata medida normalizadora, se habían congregado ahora alrededor de Orobintsev. Este había traído una lista cuidadosamente dividida en capítulos, la había entregado, había hablado con el comandante Mishin y repetía ahora con autoridad las aclaraciones de este: dónde había que escribir a los menores de edad, qué hacer si el padre era ilegítimo. En una sola cosa el comandante Shikin había insultado la buena educación de Orobintsev. Orobintsev lamentó no recordar el lugar exacto del nacimiento de su esposa. Mishin abrió su boca y se rio: «Y, entonces, ¿la sacó de un burdel?».

Los confiados conejitos escuchaban a Orobintsev sin unirse al otro grupo que rodeaba a

Abramson, al abrigo del viento, junto a los troncos de tres tilos.

Después de una comida abundante, Abramson fumaba perezosamente y contaba a sus oyentes que todas aquellas prohibiciones de correspondencia no eran nuevas, las había habido incluso peores, y que esta prohibición no era para siempre, duraría hasta que sustituyeran a algún ministro o a algún general, y por ello no debían desmoralizarse, era preciso abstenerse en lo posible de entregar la lista, luego ya pasaría todo. Los ojos de Abramson tenían, de nacimiento, un corte largo y estrecho, y cuando se quitaba las gafas aumentaba la impresión de que contemplaba aburrido el mundo de los presos: todo se repetía, nada nuevo podía impresionar al Archipiélago Gulag. Abramson había estado tanto tiempo en la cárcel que incluso había perdido la costumbre de tener sentimientos, y lo que para otros era una tragedia, él lo acogía como una de las pequeñas novedades cotidianas.

Entretanto, los «cazadores», que habían aumentado en número, descubrieron a otro chivato: en medio de bromas, extrajeron del bolsillo de Isaak Kagan un impreso postal de 147 rublos. Antes de que le sacaran la transferencia, al ser preguntado sobre lo que había recibido del *oper*, respondió que no había recibido nada y que le sorprendía que lo hubieran llamado. Cuando le arrancaron por la fuerza la transferencia y empezaron a avergonzarlo, Kagan no sólo no se ruborizó, no sólo no se apresuró a escapar, sino que se agarró por turno a la ropa de sus acusadores jurando machacona e importunamente que aquello era un puro malentendido, que les mostraría la carta de su esposa en la que decía que le habían faltado tres rublos en Correos y que por eso se vio obligada a enviar 147. Incluso les instaba a ir con él inmediatamente al laboratorio de acumuladores donde les sacaría la carta y la enseñaría. Además, sacudiendo su greñuda cabeza, sin observar que la bufanda se deslizaba por su cuello bamboleándose hasta casi tocar el suelo, explicaba de manera muy creíble por qué les había ocultado al principio que había recibido la transferencia. Kagan tenía la especial cualidad innata de la tenacidad. Cuando se empezaba a hablar con él no había manera de quitárselo de encima como no fuera reconociendo plenamente que tenía razón y dejando que dijera la última palabra. Su vecino de litera, Jorobrov, conociendo la historia de su encarcelamiento (por no haber querido delatar a otros), y falto ya de fuerzas para irritarse contra él, se limitó a decir:

—¡Ay Isaak, Isaak, qué canalla eres, qué canalla! ¡En libertad no lo hiciste por miles de rublos y aquí te has dejado tentar por unos cientos!

¿Tanto le habrían asustado con la amenaza del campo de concentración?

Pero Isaak, sin turbarse, continuó justificándose, y habría acabado por convencerlos de no haber cazado en aquel momento a otro chivato, esta vez un letón. La atención se desvió de él, y Kagan se marchó.

Llamaron a comer al segundo turno, y el primero salió a pasear. Nerzhin subió por la rampa con el capote puesto. Vio enseguida a Ruska Daronin, que estaba de pie en el límite del patio de paseo. Con mirada brillante de triunfo, Ruska contemplaba la caza que había montado, o quizá vigilaba el sendero que conducía al patio de los externos y el espacio que daba a la carretera, donde pronto debía llegar el autobús de Clara, que acudía a su servicio nocturno.

—¿Y bien? —sonrió a Nerzhin, e indicó con la cabeza el lugar donde se realizaba la caza—.

¿Has oído lo de Liubimichev?

Nerzhin se detuvo cerca de él y lo abrazó ligeramente.

—¡Deberíamos llevarte en hombros, vaya que sí! Pero temo por ti.

—¡Jo! No hago más que tomar impulso, espera, ¡esto son minucias!

Nerzhin meneó la cabeza, se rio y siguió adelante. Encontró al radiante Prianchikov, que se apresuraba a ganar el comedor, cansado de gritar a placer alrededor de los chivatos con su voz aguda.

—¡Ja, ja, muchacho! —lo saludó—. ¡Te has perdido todo el espectáculo! ¿Dónde está Lev?

—Tiene un trabajo urgente. No ha salido a la hora del descanso.

—¿Qué? ¿Más urgente que el Número Siete? ¡Ja, ja! No lo hay.

Salió corriendo.

El corpulento Bobynin, de cabeza rapada, sin gorra hiciera el tiempo que hiciese, y el menudo Guerásimovich, con el manchado gorro encasquetado y el cuello de su corto abrigo levantado, reseguían sus círculos sin mezclarse con nadie, absortos en la conversación. Parecía que Bobynin podría tragarse a Guerásimovich por entero y darle cabida dentro de sí.

Guerásimovich iba acurrucado bajo el viento, con las manos en los bolsillos laterales, tan escuchimizado que parecía un gorrión.

Uno de aquellos gorriones del dicho popular que dice que tienen corazón de gato.

Bobynin caminaba solo por el círculo principal del paseo, a grandes pasos, sin advertir o sin conceder importancia al barullo de los chivatos, cuando el pequeño Guerásimovich se acercó a él cortándole el camino, desviando y adaptando su curso como una lancha rápida a un buque de gran porte.

—¡Alexandr Evdoquímych!

Acercarse de esta manera e importunar durante el paseo no se consideraba muy cortés en los medios de la *sharashka*.

Además, se conocían poco, casi nada.

Pero Bobynin se paró:

—Le escucho.

—Quisiera hacerle una pregunta de investigación científica.

—Adelante.

Y caminaron juntos, a media máquina.

Sin embargo, Guerásimovich se mantuvo callado durante la mitad de una vuelta. Y sólo entonces formuló la pregunta:

—¿No le da vergüenza?

La sorpresa hizo girar la cabeza de hierro de Bobynin hasta mirar a su acompañante (estaban caminando). Luego miró hacia adelante, hacia el camino que seguían, hacia los tilos, el cobertizo, la gente, el edificio principal.

Estuvo reflexionando durante sus buenos tres cuartos de círculo, y respondió:

—¡Y mucha!

Un cuarto de círculo.

—Entonces, ¿por qué?

Medio círculo.

—Diablos, de todos modos uno quiere vivir...

Un cuarto de círculo.

—... Estoy confuso.

Otro cuarto.

—... Hay momentos de toda clase... Ayer le dije al ministro que a mí no me queda nada. Pero mentí: ¿y la salud? ¿Y la esperanza? Soy realmente el primer candidato a... salir en libertad sin ser demasiado viejo, y encontrar a aquella mujer que... Y unos hijos... Y después, esta maldición

es interesante, es ahora muy interesante... Naturalmente, yo me desprecio por este sentimiento... Hay momentos... El ministro quería arrojarse sobre mí y lo rechacé. Pero es algo que por sí mismo te atrae... Es una vergüenza, naturalmente...

Guardaron silencio.

—No diga entonces que el sistema es malo. La culpa es nuestra.

Una vuelta entera.

—¡Alexandr Evdoquímych! ¿Y si a cambio de una pronta liberación le propusieran construir la bomba atómica?

—¿Y usted? —le lanzó Bobynin una rápida mirada llena de interés.

—Nunca.

—¿Está seguro?

—Nunca.

Otra vuelta. Pero en cierto modo diferente.

—Pues a veces uno piensa: ¿qué clase de gente será esa que les hace *a ellos* una bomba atómica? Y luego te fijas en nosotros y dices: una gente como nosotros, seguramente... Y quizás, además, asisten a la instrucción política...

—¡Qué va!

—¿Y por qué no? Eso les ayudaría mucho a tener seguridad.

Un octavo de vuelta.

—Pues yo pienso de la siguiente manera —desarrolló su pensamiento el pequeño—. El científico debe saberlo *todo* en política, los datos del espionaje, las intenciones secretas, e incluso estar seguro de tomar en sus manos las riendas de la política. Pero eso es imposible... O bien no opinar sobre ella en general, como si se tratara de un fango, de una caja negra. O reflexionar desde un punto de vista puramente ético: ¿puedo poner estas fuerzas de la naturaleza en manos de unas personas tan indignas e incluso insignificantes? Pero dan un paso ingenuo por el pantano: «América nos amenaza...». Esto es un lapsus pueril y no el razonamiento de un científico.

—Sin embargo —replicó el gigante—, ¿cómo deben de razonar al otro lado del océano? ¿Quiénes estarán a favor del presidente norteamericano?

—No lo sé, quizás ocurra lo mismo. Puede que nadie... Los científicos estamos privados de la posibilidad de reunirnos en un foro internacional y ponernos de acuerdo. Pero la superioridad de nuestro intelecto sobre todos los políticos del mundo nos ofrece la posibilidad, incluso en la soledad de la cárcel, de encontrar la decisión correcta, totalmente general, y de actuar a tenor de la misma.

Una vuelta.

—Sí...

Una vuelta.

—Sí, es posible...

Un cuarto de vuelta.

—Continuemos este coloquio mañana, a la hora de comer. ¿Usted es... Illarión...?

—Pávlovich.

Un círculo sin cerrar. Una herradura.

—Y especialmente si se aplica a Rusia. Hoy me han hablado del cuadro *La Rusia que se va*. ¿No ha oído nada de él?

—No.

—Bueno, todavía no está pintado. Y puede que no sea así en absoluto. Tenemos el título, la idea. En Rusia había conservadores, reformadores, hombres de Estado, que ya no están. En Rusia había sacerdotes, predicadores, teólogos caseros aficionados, herejes, sectarios, que ya no están. En Rusia había escritores, filósofos, historiadores, sociólogos, economistas, que ya no están. Finalmente, había revolucionarios, conspiradores, terroristas, alborotadores, que tampoco están. Había artesanos con una cinta de cuero en el pelo, labradores con barba hasta la cintura, campesinos en su troika, bravos cosacos, vagabundos libres, ¡y no hay ninguno, ninguno de ellos! Una garra negra y velluda los barrió a todos en la primera década. Pero un manantial se ha filtrado por encima de la peste: nosotros, la élite técnica. Pese a todo, a los ingenieros y a los científicos nos han arrestado y fusilado menos que a los demás. Porque cualquier vividor puede montarles su ideología, mientras que la física sólo obedece a la voz de su amo. Nosotros nos ocupamos de la naturaleza y nuestros hermanos de la sociedad. Y he aquí que nosotros permanecemos mientras que nuestros hermanos ya no están. ¿Quién, sino nosotros, puede heredar el relevo inacabado de la élite humanista? Si *nosotros* no intervenimos, ¿quién lo hará? ¿No estaremos, acaso, a la altura? Sin tenerlo en nuestras manos, hemos pesado el Sirius-B y medido los saltos de los electrones, ¿y vamos ahora a extraviarnos en la sociedad? ¿Pero qué estamos haciendo? ¡En estas *sharashkas* les proporcionamos motores a reacción! ¡Cohetes V! ¡Telefonía secreta! Y quizá la bomba atómica. Todo con tal de pasarlo bien. Y de que sea «interesante». ¿Qué élite somos nosotros si se nos puede comprar tan fácilmente?

—Esto es muy serio —suspiró Bobynin como el fuelle de un herrero—. Continuaremos mañana, ¿de acuerdo?

Sonaba ya el timbre llamando al trabajo.

Guerásimovich vio a Nerzhin y concertó con él que se encontrarían después de las nueve de la noche en la escalera trasera, en el taller del pintor.

Le había prometido, por cierto, hablarle de una sociedad sabiamente organizada.

Comparado con el trabajo del comandante Shikin, el del comandante Mishin tenía sus características propias, sus más y sus menos. El principal «más» era la lectura de cartas, su envío o su retención. Los «menos» eran que no dependían de él los traslados, suprimir la paga por el trabajo, establecer los plazos de las entrevistas con los parientes y otras diversas triquiñuelas del servicio. Envidiando en muchos aspectos la organización rival del comandante Shikin, que incluso se enteraba primero de las novedades habidas en el interior de la cárcel, el comandante Mishin acentuaba su acción vigilando a través de una cortina transparente lo que pasaba en el patio de paseo. (Debido a la desafortunada situación de su ventana en el segundo piso, Shikin se veía privado de esta posibilidad). Observar a los presos en su vida habitual proporcionaba también a Mishin algún que otro material. Desde su emboscada, complementaba las noticias que recibía de los informadores, veía quién paseaba con quién, si hablaban animadamente o con indiferencia. Luego, al entregar o recibir una carta, gustaba de espetar inesperadamente:

—Por cierto, ¿de qué hablaba ayer con Petrov durante el descanso de la comida?

Y a veces recibía de este modo informes nada desdeñables del desconcertado preso.

Hoy, durante el descanso de la comida, Mishin ordenó al preso de turno que esperara unos minutos y espió también lo que pasaba en el patio. (Pero no vio la caza de chivatos, que tenía lugar en el otro extremo del edificio).

A las tres, cuando el descanso para comer ya había terminado, y el brigada «Escarabajo» había dispersado a los que no habían tenido tiempo de ser recibidos, ordenó que hicieran entrar a Dyrsin.

Iván Feofánovich Dyrsin había sido agraciado por la naturaleza con un rostro hundido de pómulos angulosos, un habla ininteligible, e incluso el apellido parecía puesto por burla. En otro tiempo había ingresado en el instituto procedente del taller y de la Facultad Obrera Nocturna, donde estudió modesta pero aplicadamente. Tenía aptitudes pero no sabía hacerlas brillar, y toda la vida le habían puesto trabas y humillado. Actualmente, en el Número 7, el único que no lo explotaba era el que no quería hacerlo. Precisamente por eso, ahora que habían terminado sus diez años de condena, algo disminuida por las reducciones, se sentía especialmente intimidado ante los jefes. Lo que más temía era recibir una segunda condena, y de esas había no pocas en los años de guerra.

La primera condena se la habían impuesto también de un modo absurdo. Al principio de la guerra lo habían encerrado por «propaganda antisoviética» atendiendo la denuncia de unos vecinos que codiciaban su vivienda (y que más tarde recibieron). Se puso en claro, ciertamente, que no

había hecho tal propaganda, pero *pudo* haberla hecho porque escuchaba la radio alemana. Realmente, no escuchaba la radio alemana, pero *pudo* haberla escuchado, pues tenía en casa un aparato prohibido. En realidad no contaba con tal aparato, pero *podía* contar con él, ya que su especialidad era la de ingeniero en radiotecnica, y al ser denunciado le encontraron dos válvulas de radio en una cajita.

Dyrsin tuvo que soportar largamente los campos de concentración de los años de guerra, tanto aquellos en los que los hombres comían grano crudo robado a los caballos, como aquellos otros en los que mezclaban la harina con nieve bajo un letrero de «Campo de concentración» clavado en el primer pino de la taiga que venía a mano. En los ocho años que Dyrsin pasó en el país del Gulag, murieron sus dos hijos, y su esposa se convirtió en una anciana huesuda. Por esta época recordaron que era ingeniero, lo trajeron aquí y empezaron a darle mantequilla y cien rublos al mes, que él enviaba a su esposa.

Y ahora, inexplicablemente, no había cartas de su esposa. Podía haber muerto.

El comandante Mishin estaba sentado con las manos cruzadas sobre la mesa. Esta aparecía libre de papeles, el tintero cerrado, la pluma seca, y no había ninguna expresión (nunca la había) en la gruesa cara entre roja y liliácea del comandante. Su frente estaba tan congestionada que ni las arrugas de la vejez ni las de la reflexión podían marcarse sobre su piel. También estaban congestionadas sus mejillas. La cara de Mishin era como un ídolo de arcilla cocida con la añadidura de unos colores rosados y violáceos. Sus ojos eran profesionalmente inexpresivos, privados de vida, vacíos de aquella vaciedad burlona especial que se conserva en esa clase de gente al jubilarse.

¡Nunca había sucedido nada semejante! Mishin lo invitó a sentarse (Dyrsin empezó a pasar revista de los males que podían caerle encima, y a pensar de qué trataría el acta). El comandante guardó silencio unos instantes (era la normativa) y finalmente dijo:

—Usted siempre está quejándose. Siempre viene a quejarse. De que lleva dos meses sin recibir cartas.

—¡Más de tres, ciudadano jefe! —le recordó tímidamente Dyrsin.

—Está bien, tres, ¿qué diferencia hay? Pero ¿ha pensado usted en qué clase de persona es su esposa? —Mishin hablaba sin prisa, pronunciando claramente las palabras y haciendo unas pausas correctas entre las frases—. Qué clase de persona es su esposa. ¿Eh?

—Yo... no comprendo... —balbuceó Dyrsin.

—¿Y qué hay que comprender? ¿Cuál es el perfil político de su esposa?

Dyrsin palideció. Resultaba que no estaba preparado para todo ni lo había sufrido aún todo. Algo habría escrito la mujer en la carta, y ahora, a ella, en vísperas de la liberación del marido, la iban a...

Rezó secretamente en su interior. (Había aprendido a rezar en el campo de concentración).

—Es una quejica, y no necesitamos quejicas —aclaró con firmeza el comandante—. Y tiene una ceguera verdaderamente rara: no advierte nada bueno en nuestra vida, sólo manifiesta lo malo.

—¡Por Dios! ¿Qué le ha sucedido? —exclamó suplicante Dyrsin con la cabeza bamboleante.

—¿A ella? —dijo Mishin haciendo las pausas más grandes—. ¿A ella? Nada. —Dyrsin suspiró

—. De momento.

Sin apresurarse en absoluto, sacó la carta del cajón y la entregó a Dyrsin.

—¡Muchas gracias! —dijo Dyrsin jadeando—. ¿Puedo retirarme?

—No, léala aquí. Una carta como esta no puedo dársela para que se la lleve al dormitorio. ¿Qué pensarían los presos sobre su próxima liberación si leyeran esta carta? Léala.

Y se quedó inmóvil como un ídolo violáceo dispuesto a sufrir todas las incomodidades del servicio.

Dyrsin sacó la hoja del sobre. Él no lo advirtió, pero aquella carta habría impresionado desagradablemente a un ojo ajeno como síntesis de la imagen de la mujer que la había escrito: el papel era nudoso, casi de embalaje, y no había línea que llegara uniformemente de extremo a extremo de la hoja, todas se torcían, y en la parte derecha caían todas para abajo faltas de voluntad. La carta estaba fechada a 18 de septiembre:

«¡Querido Vania! Me pongo a escribirte y lo que quisiera es dormir, no puedo más. Apenas llego del trabajo ya voy al huerto donde cultivo patatas con Maniushka. Ha salido muy pequeña. Nunca he ido de vacaciones, no tenía qué ponerme, voy harapienta. Quería ahorrar dinero para venir a verte, pero no he conseguido nada. Nika fue a visitarte y le dijeron que no había nadie de tus señas, y su padre y su madre la riñeron: “¿Por qué has ido?”, dijeron, “ahora se han fijado en ti y te van a vigilar”. Por lo demás, nuestras relaciones con ellos son tensas, y con L. V. ni siquiera se hablan.

»Vivimos mal. La abuela, ya sabes, lleva tres años en cama sin levantarse, está reseca toda ella, morir no se muere pero sanar tampoco, es un tormento para todos. La abuela despide un hedor horrible, y continuamente hay disputas. Con L. V. no me hablo, Maniushka se ha separado definitivamente de su marido, tiene mala salud, sus hijos no la obedecen, y al llegar del trabajo todo son maldiciones. ¿Adónde ir? ¿Cuándo terminará todo esto?

»Bueno, un beso muy fuerte. Salud».

Y ni siquiera había firma, o la palabra «tuya».

El comandante Mishin esperó pacientemente a que Dyrsin hubiera leído y releído la carta, y luego dijo meneando sus blancas cejas y sus labios violáceos:

—No quise entregarle esta carta cuando llegó. Comprendí que era el estado de ánimo de un momento determinado y usted necesitaba trabajar con brío. Esperé a que enviara una carta mejor. Y he aquí la que envió el mes pasado.

Dyrsin se inclinó en silencio hacia el comandante, pero su cara poco agraciada ni siquiera tenía una expresión de reproche, sólo de dolor. Tomó el sobre con dedos temblorosos, lo abrió y sacó una carta que contenía las mismas líneas arqueadas y errantes, pero esta vez en una hoja de cuaderno.

«30 de octubre

»¡Querido Vania! Te enfadas porque te escribo poco, pero vuelvo tarde del trabajo y casi cada día voy al bosque a por leña, y por la noche estoy tan cansada que me caigo de pie, duermo mal por las noches, la abuela no me deja dormir. Me levanto temprano, a las cinco de la mañana, y a las ocho debo estar en el trabajo. ¡Gracias a Dios el otoño es templado, pero el invierno está al caer! En el almacén no se puede conseguir carbón, es sólo para los jefes o lo venden de estraperlo. No hace mucho se me cayó el hatillo de la espalda y lo arrastré por el suelo sin fuerzas para levantarlo. Y pensé: “¡Soy la vieja del cuento con su carga de leña!”. Y me ha salido una hernia en la ingle por levantar cosas pesadas. Nika ha venido de vacaciones, está muy maja, pero ni siquiera ha pasado por casa. No puedo recordarte sin dolor. Nada puedo esperar de nadie. Mientras tenga fuerzas trabajaré, sólo temo acabar en cama como la abuela. La abuela tiene las piernas completamente paralizadas, está hinchada, no puede ni levantarse ni acostarse por sí sola. Y en el hospital no admiten a enfermos tan graves, no es provechoso para ellos. L. V. y yo debemos levantarla cada día, ella se lo hace todo encima y en casa el hedor es horrible, esto no es vida, son trabajos forzados. Naturalmente, ella no tiene la culpa, pero me faltan fuerzas para aguantarlo más. Pese a tus consejos de que no nos peleemos, nos peleamos cada día, a L. V. sólo se le oye decir canalla y carroña. Y Maniushka les chilla a sus hijos. ¿También los nuestros habrían sido así? Sabes, a menudo me satisface que ya no existan. Valerik ha ingresado este año en la escuela, necesita muchas cosas y no hay dinero. Cierto que, a través del tribunal, Pável le paga los alimentos a Maniushka. Bueno, de momento no hay más que escribir. Salud. Un beso.

»Si por lo menos pudiera dormir los días festivos, pero te arrastran a la manifestación...».

Dyrsin se quedó inmóvil ante esta carta. Se aplicó la palma de la mano a la cara como si quisiera lavarse y no se lavara.

—¿Y bien? ¿La ha leído o qué? No parece que la lea. Usted es un hombre adulto. Culto. Ha estado en la cárcel y comprende lo que representa esta carta. Por cartas así le condenaban a uno durante la guerra. Las manifestaciones son una alegría para todos, ¿y a ella «la arrastran»? ¡El carbón! El carbón no es para los jefes, sino para todos los ciudadanos, pero por turno, naturalmente. Por lo demás, tampoco sabía si entregarle o no esta carta, pero llegó una tercera por el mismo estilo. Lo he pensado mucho, muchísimo, y hay que terminar con este asunto. Debe acabarlo usted mismo. Escríbale algo, ¿sabe usted?, en tono optimista, animado, ayude a esa mujer. Explíqueme que no hay que quejarse, que todo se arreglará. Ya ve, se harán ricos, van a heredar. Lea.

Las cartas seguían un sistema, el cronológico. La tercera era del 8 de diciembre.

«¡Querido Vania! Debo comunicarte una triste noticia: la abuela falleció el 26 de noviembre de 1949, a las doce y cinco minutos del mediodía. Al morir, no teníamos en casa ni un *cópek*, menos mal que Misha nos dio 200 rublos y todo salió barato, aunque, naturalmente, el entierro fue pobre: ni pope, ni música, se llevaron el féretro en un carro hasta el cementerio y allí lo echaron a la fosa. Ahora hay un poco más de calma en casa, pero también cierto vacío. Yo me encuentro enferma, por la noche tengo terribles sudores, e incluso mojo la sábana y la almohada. Una gitana me ha vaticinado que moriré este invierno, y estoy muy contenta de librarme de semejante vida. L. V. seguramente está tuberculosa, tose e incluso escupe sangre, y cuando llega del trabajo, venga palabrotas, iracunda como una bruja. Ella y Maniushka me sacan de quicio. Soy muy desgraciada: ahora se me han estropeado cuatro dientes y se me han caído dos, habría que reponerlos, pero tampoco tengo dinero, y además hay que esperar turno.

»Tu salario de tres meses, 300 rublos, llegó muy oportunamente, pues nos helábamos. Había llegado mi turno en el almacén (tenía el número 4576), pero ya no daban sino polvo de carbón, ¿para qué tomarlo? A tus 300 rublos Maniushka añadió sus 200, pagamos al chófer de nuestro bolsillo y nos trajo carbón del gordo. Pero las patatas no nos llegarán hasta la primavera: en los dos huertos, figúrate, no hemos arrancado nada, no ha llovido, no hay cosecha.

»Con los niños, los escándalos son continuos. A Valeri le ponen doses y unos, y después de la escuela vagabundea no se sabe por dónde. El director llamó a Maniushka, le dijo qué clase de madre era que no podía con sus hijos. Zhenka tiene seis años, y los dos se insultan con palabrotas. Resumiendo, son gentuza. Continuamente doy dinero para ellos, y Valeri no hace mucho me insultó llamándome perra, qué cosas hay que oír de un chiquillo malcriado, ¿qué pasará cuando sea mayor? El mes de mayo tendremos que entrar en posesión de la herencia, dicen que costará 2000 rublos. ¿De dónde los sacaremos? Yelena y Misha tienen intención de acudir a los tribunales, quieren quitarle una habitación a L. V. Por más veces que se lo dijimos en vida, la abuela no quiso distribuir nada ni decir qué cosa era para cada uno. Misha y Yelena también están enfermos.

»Te escribí en otoño, creo incluso que dos veces, ¿será que no recibes las cartas? ¿Por dónde se pierden?

»Te envió un sello de 40 *cópeks*. Bueno, ¿qué se dice por ahí? ¿Te ponen en libertad o no?

»En la tienda venden una batería de cocina muy bonita, de aluminio, cacerolas, escudillas.

»Un fuerte beso. Salud».

Una manchita de humedad se extendió por el papel absorbiendo la tinta en su interior. De nuevo era imposible saber si Dyrsin continuaba leyendo o ya había acabado.

—Bien —preguntó Mishin—. ¿Está claro?

Dyrsin no se movió.

—Mándeles una respuesta. Una respuesta animosa. Le permito que supere las cuatro páginas.

En cierta ocasión escribió usted que ella creía en Dios. Pero será mejor que eso de Dios, verá... Porque, ¿eso qué es? ¿Adónde conduce? Tranquilícela diciendo que pronto volverá. Que cobrará un salario muy grande.

—¿Me dejarán volver a casa? ¿O me deportarán?

—Será lo que la superioridad juzgue necesario. Pero apoyar a su esposa es obligación de usted. Pese a todo es la compañera de su vida —el comandante hizo una pausa—. ¿O tal vez ahora siente deseos de una jovencita? —supuso compasivo.

No habría estado tan tranquilo de haber sabido que en el pasillo, martirizado por la impaciencia, pateaba inquieto Siromaja, su informador predilecto.

En los raros momentos en que Artur Siromaja no se dedicaba a luchar por la vida, o no hacía esfuerzos por gustar a los jefes o para trabajar, cuando relajaba su continua tensión de leopardo, se convertía en un joven indolente aunque de armoniosa figura, con la cara de un artista fatigado por los contratos, con ojos indeterminados gris turbio y azul celeste que parecían húmedos de melancolía.

Dos hombres, en un momento de arrebató, le habían llamado chivato en la cara, y ambos habían sido trasladados sin tardanza. Nadie más lo repitió en voz alta. Lo temían. Ya se sabe que nunca hay un careo con el delator. Tal vez el recluso esté acusado de preparar una fuga. O de terrorismo. O de amotinarse. El preso no lo sabe, le ordenan que recoja sus cosas. ¿Se limitan a enviarlo simplemente a un campo de concentración? ¿O lo llevan a una prisión judicial?

Hay una característica de la naturaleza humana de la que se aprovechan muy bien los tiranos y los carceleros: mientras un hombre puede aún desenmascarar traidores, o amotinar a la gente, o conseguir la salvación de otros a costa de su propia muerte, no se ha matado aún la esperanza que hay en él, todavía cree en un final feliz, todavía se agarra a los míseros restos de bienes materiales, y por eso es taciturno y sumiso. Pero cuando lo agarran y derriban, cuando ya no tiene nada que perder, entonces es capaz de realizar una gesta y sólo la caja de piedra del calabozo de incomunicados es capaz de contener su tardío furor. O bien el hálito de la ejecución anunciada le hace indiferente ante las cosas de la Tierra.

Sin desenmascararlo abiertamente ni pescarlo en una delación, pero sin dudar de que era un chivato, unos evitaban a Siromaja pero otros consideraban más seguro tener amistad con él, jugar al boleivol o hablar «de mujeres». Así se comportaban también con los demás chivatos. De este modo, la vida de la *sharashka* tenía un aspecto pacífico cuando en realidad se libraba bajo mano una guerra a muerte.

Pero Artur podía hablar no sólo de mujeres. *La saga de los Forsythe* era uno de sus libros preferidos, y lo comentaba con bastante inteligencia. (La verdad era, no obstante, que no tenía dificultad en alternar Galsworthy con novelas policíacas muy ajadas). Artur tenía también oído musical, y le gustaban los temas españoles e italianos, podía silbar sin desafinar pasajes de Verdi, de Rossini; y, cuando estaba en libertad, la sensación de que había un vacío en la vida le llevaba a visitar el conservatorio una vez al año.

Los Siromaja eran de estirpe noble, aunque de la baja nobleza. A principios de siglo, un Siromaja era compositor, y otro fue a presidio por un delito penal. Hubo también otro Siromaja

que se puso decididamente del lado de la revolución y sirvió en la Cheka.

Cuando Artur alcanzó la mayoría de edad, consideró indispensable, por sus inclinaciones y necesidades, disponer continuamente de recursos independientes. Una vida monótona teñida de hollín, trabajando afanosamente cada día «desde las» y «hasta las», cobrando dos veces al mes un salario gravado por los impuestos y los bonos del Estado, no era vida para él. Cuando iba al cine se emparejaba muy en serio con todas las actrices, y se imaginaba perfectamente cómo se marcharía con Diana Durbin a la Argentina.

Naturalmente, ni el instituto ni la formación eran el camino para conseguir semejante vida. Artur tanteó otro trabajo que permitía alargar más fácilmente la mano, batir sus alas, y este trabajo también lo tanteó a él. Así se encontraron. Este servicio, aunque no le ofrecía todos los recursos que deseaba, le libró de la movilización durante la guerra, es decir, le salvó la vida. Y mientras los tontos se pudrían en las trincheras de arcilla, Artur entraba con toda naturalidad en el restaurante Savoy con su rostro alargado de mejillas color crema agradablemente rasuradas. (¡Oh, el momento de atravesar el umbral de un restaurante, cuando te envuelve un aire cálido con aromas de cocina y te pones a elegir la mesa!).

Todo le anunciaba que estaba en el buen camino. Le indignaba que la gente considerara ruin su trabajo. ¡Se debía a la incompreensión o a la envidia! Era un trabajo para gente de talento, requería observación, memoria, ingenio, capacidad de fingir, de representar: era un trabajo de artistas. Además, había que ocultarlo, no existía sin el secreto, pero únicamente como instrumento tecnológico, bueno, como la visera de protección del soldador. De otro modo, Artur no se habría ocultado por nada del mundo. ¡Éticamente, aquel trabajo no tenía nada de deshonesto!

Un día en que su presupuesto le venía estrecho, Artur se unió a un grupo que atentaba contra los bienes del Estado. Lo metieron en la cárcel. Artur no se ofendió lo más mínimo: la culpa era suya por haberse dejado prender. Desde los primeros días, se encontró ejerciendo su anterior servicio tras el alambre de espino, y de modo natural: su estancia en aquel lugar no era más que una nueva forma de ese servicio.

Tampoco le abandonaron los *oper*: no lo enviaron ni a la tala de árboles, ni a las minas, sino que lo colocaron en la sección cultural-educativa. Era el único rincón del campo, el único hogar, donde un recluso podía permanecer media hora antes del toque de queda y sentirse una persona: hojear un periódico, coger una guitarra, recordar versos o su vida anterior, tan inverosímil. Los «Aneldos Tomatovich» (así llamaban los ladrones a los intelectuales irreductibles) del campo tenían tendencia a acudir allí, y Artur estaba en un sitio muy a propósito, con su alma de artista, sus ojos comprensivos, sus recuerdos de la capital y su capacidad para hablar de cualquier tema pasando de una cosa a otra.

De esta manera, Artur «registró» a varios «agitadores» individuales; a un «grupo» de tendencias antisoviéticas; dos fugas que aún no se habían preparado pero que al parecer ya estaban planeadas; y un asunto local del campo, el «caso de los médicos», que al parecer alargaban el tratamiento de los presos con fines de sabotaje, es decir, les dejaban descansar en el hospital. A todos estos conejitos les cayeron nuevas condenas, y a Artur, por la Tercera Sección, le rebajaron dos años.

Cuando fue a parar a Marfino, Artur tampoco desdeñó su seguro servicio en ese lugar. Era el predilecto, el alma, de ambos comandantes y *oper*, y el más peligroso delator de la *sharashka*.

Sin embargo, los comandantes, que se aprovechaban de sus delaciones, no le confiaban sus secretos, y ahora Siromaja no sabía para quién de los dos era más importante conocer la noticia sobre Doronin, ni de quién era informador Doronin.

Se ha escrito mucho sobre la sorpresa que causa la gente, en general, por su ingratitud e infidelidad. ¡Pero también se da lo contrario! Ruska Doronin, con insensata imprudencia, con pródiga irreflexión, había confiado sus intenciones de ser agente doble a muchas personas, no a una sola, ni a tres, sino a veinte y pico de presos. Cada uno de los enterados lo había contado a otros varios, y el secreto de Doronin era del dominio de casi la mitad de los habitantes de la *sharashka*, poco faltaba para que se hablara de ello en voz alta, y aunque en la *sharashka* uno de cada cinco o seis presos era un chivato, ¡no se enteró ninguno de ellos! O quizás, habiéndose enterado, no lo denunció. ¡Y el más observador, el de más fino olfato, el rey de los chivatos, Siromaja, tampoco había sabido nada hasta el día de hoy!

Ahora sentía herido su honor de informador. Que los *oper*, en sus despachos, lo hubieran pasado por alto, bien, ¿pero él? Estaba también su seguridad personal: habrían podido pescarle a él con la transferencia de la misma manera que a los demás. La traición de Doronin era para Siromaja una bala que había pasado rozándole la cabeza. Doronin había resultado ser un enemigo expedito, ¡y había que golpearle también de un modo expedito! (Por lo demás, Artur, que aún no era consciente de la magnitud de la catástrofe, pensó que Doronin no se había descubierto hasta el día de hoy, todo lo más ayer).

¡Pero Siromaja no podía penetrar en los despachos! No podía perder la cabeza, golpearla contra la puerta cerrada de Shikin. Ni siquiera podía acudir con demasiada frecuencia a esa puerta. ¡Y ante la de Mishin había cola! Habían dispersado esta al sonar el timbre de las tres, pero cuando Dyrsin fue llamado al despacho de Mishin los presos más inoportunos y tozudos discutían aún con el oficial de servicio en el pasillo de Dirección (Siromaja acudió al practicante con cara de sufrimiento, con las manos en el vientre, esperando que el grupo se dispersara). Siromaja calculaba que Dyrsin no tenía por qué demorarse en el despacho de Mishin, pero permanecía allí tiempo y más tiempo. Arriesgándose a ganarse el disgusto de Mamurin por la hora entera que llevaba ausente del Número 7, donde reinaba el tufo de los soldados, la colofonia y los proyectos, Siromaja esperaba vanamente que Mishin dejara salir a Dyrsin.

¡Y no podía desenmascarse ni ante el simple vigilante que echaba ojeadas al pasillo! Perdida la paciencia, Siromaja volvió de nuevo al segundo piso, al despacho de Shikin, regresó de nuevo al pasillo de Dirección, donde estaba Mishin, y otra vez subió al despacho de Shikin. Esta última vez tuvo suerte: desde el oscuro nicho de Shikin oyó a través de la puerta la voz del portero, ronca y singular, única en la *sharashka*.

Entonces llamó con la señal convenida. Se abrió la puerta y apareció Shikin en la estrecha abertura.

—¡Muy urgente! —dijo Siromaja en un murmullo.

—Un minuto —respondió Shikin.

Y con paso ligero para no encontrarse con el portero que salía, Siromaja se alejó por el largo pasillo, volvió diligentemente y empujó la puerta de Shikin sin llamar.

Después de una semana de investigar para el «Expediente del Tomo», la esencia de lo sucedido continuaba siendo un misterio para el comandante. Sólo se había establecido que esa máquina, de cabeza escalonada, de mandril posterior con entrada manual, y de soporte con entrada tanto manual como por la transmisión principal, fabricada por la industria nacional en los momentos álgidos de la primera guerra mundial, en 1916, había sido separada del motor eléctrico por orden de Yákonov y trasladada de esta manera desde el Laboratorio número 3 hasta los talleres mecánicos. A todo esto, como las partes no pudieron ponerse de acuerdo sobre el traslado, se ordenó que el laboratorio bajara la máquina por sus propios medios hasta el pasillo subterráneo, y que desde allí la arrastraran manualmente los de los talleres, también por sus propios medios, la subieran por la rampa y la llevaran a través del patio al edificio de los talleres (había un camino más corto que eliminaba la necesidad de bajar la máquina al subsuelo, pero habría sido necesario permitir que los presos accedieran a la entrada principal, visible desde la carretera y desde el parque, lo que, naturalmente, era inadmisibile desde el punto de vista de la vigilancia).

Como es natural, ahora que había sucedido lo irreparable, Shikin podía reprochárselo en su fuero interno: no había concedido todo su valor a esta importantísima operación y no la había vigilado personalmente. En una perspectiva histórica, los errores de los hombres de acción son siempre más visibles, pero ¿cómo no cometerlos?

Resultó que el Laboratorio número 3, compuesto por un jefe, un hombre, un inválido y una muchacha, no pudo arrastrar el torno con sus propias fuerzas. Y por ello, de forma muy irresponsable, se sacó de diferentes salas a unos cuantos hombres al azar, en número de diez (¡ni siquiera hubo quién compusiera una lista! Al comandante Shikin le costó mucho trabajo, con medio mes de retraso, confrontar las declaraciones y restablecer la lista completa de los sospechosos), y estos diez presos bajaron el pesado torno por la escalera desde el primer piso al sótano. Sin embargo, los talleres (debido a ciertas consideraciones técnicas, su jefe no perseguía ese torno) no sólo no enviaron a tiempo la mano de obra al lugar de reunión, sino que ni siquiera enviaron a un receptor-controlador al lugar del encuentro. Los diez presos movilizados, una vez arrastrada la máquina hasta el subterráneo, faltos de mando, se dispersaron. Y el torno estuvo varios días en el pasillo subterráneo obstaculizando el paso (el propio Shikin tropezaba con él). Finalmente fueron a buscarlo unos hombres de los talleres mecánicos, pero al ver la grieta en una de las patas pusieron objeciones y estuvieron tres días sin retirar la máquina, hasta que los obligaron a hacerlo.

Esta grieta fatal en la pata fue la base para abrir el «Expediente». Tal vez la grieta no tuviera la culpa de que el torno todavía no funcionara (Shikin había oído también esta opinión), pero la importancia de la grieta era más amplia que la propia grieta. La grieta significaba que en el instituto actuaban fuerzas hostiles aún no descubiertas. La grieta significaba igualmente que el mando del instituto era confiadamente ciego y criminalmente descuidado. Si la investigación del caso se hubiera llevado con acierto, y se hubiera descubierto el culpable y los verdaderos motivos del crimen, no sólo se habría podido castigar a alguien y utilizarlo como aviso para algún otro, sino que alrededor de la grieta se habría podido montar un gran trabajo educativo en toda la colectividad. ¡Finalmente, el honor profesional del comandante Shikin requería desenmarañar aquel maligno ovillo!

Pero no era fácil. Se había perdido mucho tiempo. Los presos que habían acarreado el torno tuvieron tiempo de crear una canción solidaria, un consenso criminal. Ningún externo (¡horrible fallo!) había estado presente en el traslado. Entre los diez portadores había únicamente un informador, y este era un chivato acobardado cuya mayor gesta había sido delatar lo de la sábana cortada para hacer pecheras. En lo único que sirvió de ayuda fue para restablecer la lista completa de los diez presos. En lo demás, los diez presos, apoyándose cínicamente en su impunidad, afirmaron haber llevado el torno intacto hasta el subterráneo, no haber dejado resbalar la pata por la escalera ni haber golpeado los peldaños. En cierta forma, resultaba de sus declaraciones que nadie había agarrado la pata de la grieta, es decir la pata bajo el mandril posterior, sino que todos agarraban la pata situada bajo el mandril anterior y el árbol. En busca de la verdad, el comandante incluso dibujó varias veces el torno y la distribución de los portadores a su alrededor. Pero habría sido más fácil llegar a ser un maestro del torno en el curso de los interrogatorios que descubrir al culpable de la grieta. Al único que habría sido posible acusar, no de sabotaje pero sí de intención de sabotear, era al ingeniero Potapov. Irritado después de tres horas de interrogatorio, se fue de la lengua:

—Si hubiera querido estropearle a usted esa caldera me habría bastado con echar un puñado de arena en los cojinetes, ¡y listos! ¿Qué sentido tiene romper una pata?

Shikin anotó inmediatamente en el acta esta frase del saboteador empedernido, pero Potapov se negó a firmar.

La dificultad de la investigación radicaba precisamente en que Shikin, para obtener la verdad, no disponía de los habituales recursos: la incomunicación, el calabozo, la paliza, el cambio a ración de calabozo, los interrogatorios nocturnos. No disponía siquiera de la medida elemental de distribuir a los investigados en diferentes celdas. Aquí era preciso que los presos continuaran su trabajo a pleno rendimiento, para lo cual era normal que se alimentaran y durmieran.

Pese a todo, el sábado, finalmente, Shikin consiguió arrancarle a un preso una confesión: cuando bajaban los últimos peldaños, y obstruían el paso por la estrecha puerta, tropezaron con el portero Spiridón, que venía en dirección contraria, y que al grito de «¡Alto, amigo, llevamos peso!», también se agarró a la máquina como undécimo porteador y la acarreo hasta su sitio. Según el esquema, sólo podía haberse agarrado a la pata de debajo del mandril posterior.

Shikin decidió devanar este nuevo y rico hilo precisamente hoy, lunes, despreciando las dos

denuncias llegadas por la mañana acerca del *Juicio del príncipe Igor*. Llamó antes de comer al pelirrojo portero, y este se presentó tal como iba en el patio, con el chubasquero ceñido con un maltrecho cinturón de lona. Spiridón se quitó la gorra de grandes orejeras y empezó a estrujarla con las manos con aire culpable, como el campesino clásico que va a pedir una parcela de tierra a su señor. Además, no se movió de la alfombrilla de goma para no dejar manchas en el suelo. Shikin lo miró de reojo, con desaprobación, miró sus zapatos húmedos, y lo miró también a él severamente, dejó que permaneciera de pie y él se quedó sentado en su sillón examinando diversos papeles en silencio. De vez en cuando, como impresionado por lo que leía de la acción criminal de Spiridón, levantaba hacia él su mirada de asombro como quien mira a una fiera sedienta de sangre a la que al final se ha podido enjaular (correspondía hacer todo esto, según la ciencia, para actuar demoledoramente sobre la mente del preso). Así pasó media hora de inquebrantable silencio en el despacho cerrado, sonó claramente el timbre anunciando la comida, a cuya llamada esperaba Spiridón recibir la carta de su casa, pero Shikin ni siquiera oyó esa llamada: cambiaba de sitio gruesas carpetas en silencio, sacaba algo de unos cajones para ponerlo en otros, releía enfurruñado diversos papeles, y de nuevo, con asombro, examinaba brevemente al oprimido, abatido y culpable Spiridón.

La última gota de agua de los zapatos de Spiridón se desplazó finalmente a la alfombrilla, los zapatos se secaron, y Shikin dijo:

—¡Anda, acércate un poco más! —Spiridón se acercó—. Alto. ¿Lo conoces, verdad? —y le tendió, sin soltarla, la fotografía de un joven en uniforme alemán sin gorra.

Spiridón se inclinó, entornó los ojos para fijarlos en la fotografía y se excusó:

—¿Sabe?, ciudadano comandante, soy un poco cegato. Déjemela, la estudiaré.

Shikin se lo permitió. Manteniendo como antes la peluda gorra en una mano, Spiridón abarcó con la otra toda la cartulina, con los cinco dedos en el borde de la misma, e inclinándola de diversas maneras a la luz de la ventana empezó a moverla ante su ojo izquierdo como si la estudiara por partes.

—No —suspiró aliviado—. No lo he visto.

Shikin recuperó la fotografía.

—Mala cosa, Yegorov —dijo compungido—. La obstinación sólo será peor para usted. Está bien, siéntese —y le indicó una silla más alejada—. Nuestra conversación será larga, no la soportaría de pie.

Y de nuevo guardó silencio, absorto en sus papeles.

Spiridón retrocedió de espaldas hasta la silla y se sentó. Puso primero la gorra sobre la silla vecina, pero viendo de soslayo la pulcritud de aquella silla blanda, tapizada de piel, trasladó la gorra a sus rodillas. Hundió luego su cabeza redonda entre los hombros, y se inclinó hacia adelante dando a su aspecto una expresión de arrepentimiento y sumisión.

En su fuero interno pensaba con mucha tranquilidad:

«¡Ah, víbora! ¡Ah, perro! ¿Cuándo voy a recibir mi carta? La tienes tú, ¿verdad?».

Para Spiridón, que había visto en su vida dos investigaciones y una preinvestigación, así como a miles de presos pasando por el mismo trance, el juego de Shikin era más transparente que un

cristal. Sin embargo sabía que era necesario fingir que se lo creía.

—En realidad, han llegado nuevos materiales sobre usted —suspiró profundamente Shikin—. ¡La de cosas que hizo usted en Alemania, según se ve!

—¡Puede que no fuera yo! —lo tranquilizó Spiridón—. Puede creerme, ciudadano comandante, en Alemania había tantos Yegorov como moscas. ¡Incluso dicen que había un general llamado Yegorov!

—¡Pero cómo que no era usted! ¡Cómo que no era usted! Spiridón Danílovych, por favor —clavó Shikin el dedo en una carpeta—. Y la fecha de nacimiento, todo.

—¿La fecha de nacimiento? ¡Entonces no era yo! —dijo convencido Spiridón—. Mentí a los alemanes para que me dejaran tranquilo y me añadí tres años.

—¡Sí! —recordó Shikin. Su rostro se aclaró, y su voz perdió el tono de fastidio por tener que llevar adelante la investigación y se relajó. El comandante apartó de sí todos los papeles—. Antes de que se me olvide. ¿Recuerdas, Yegorov, que hace diez días ayudaste a trasladar un torno, de la escalera al sótano?

—Cierto —dijo Spiridón.

—¿Y dónde lo golpeasteis, en la escalera o en el pasillo?

—¿A quién? —se asombró Spiridón—. No hubo ninguna pelea.

—¡A la máquina! ¡He aquí a quién!

—Dios lo guarde, ciudadano comandante. ¿A qué golpear un torno? ¿Acaso ese torno ha metido a alguien en la cárcel o qué?

—Yo mismo estoy asombrado: ¿por qué? ¡A lo mejor se os cayó!

—¡Qué dice, caérsenos! Lo llevábamos en la palma de las manos, con cuidado, como si fuera un bebé.

—Y tú, ¿por dónde lo agarrabas?

—¿Yo? Por aquí, claro.

—¿Por dónde?

—Bueno, desde mi lado.

—Está bien, ¿lo cogiste por debajo del mandril posterior o por debajo del árbol?

—Ciudadano comandante, yo no entiendo de mandriles, ¡se lo mostraré! —arrojó la gorra sobre la silla vecina, se levantó y se volvió de espaldas como si arrastrara una máquina entrándola en el despacho por la puerta—. Yo, ya ve, inclinado, ¿así? De espaldas. Ellos, ya sabe, hubo dos que se engancharon en la puerta. ¿Y bien?

—¿Qué dos?

—El diablo sabrá, yo no he comido en su mismo plato. Y a mí el aliento me ardía. ¡Alto! —grité—. ¡Dejadme respirar! Y el arenque, ¡qué arenque!

—¿De qué arenque hablas?

—¿No lo entiende? —preguntó Spiridón por encima del hombro, ya irritado—. Pues el que llevábamos.

—¿El torno?

—¡Bueno, el torno! ¡Lo agarro de golpe! Así —mostró cómo, y se puso tenso, en cuclillas—.

Entonces uno se introdujo por un lado, otro se embutió, y, siendo tres, ¿qué no habíamos de sostener? ¡U-u-uf! —se enderezó—. En la época del koljós arrastrábamos no pocos pesos así. Seis mujeres en tu máquina, y todo habría ido de perlas, la habrían arrastrado un kilómetro. ¿Dónde está tu máquina? ¡Vamos, y enseguida la levantamos por diversión!

—O sea, ¿que no la dejasteis caer? —preguntó el comandante con voz amenazadora.

—¡Claro que no!

—¿Entonces quién la rompió?

—O sea, ¿que a fin de cuentas la rompieron? —se sorprendió incluso Spiridón—. Sííí... —dejó de mostrar cómo la llevaba, se sentó de nuevo en su silla y fue todo oídos.

—Cuando la sacasteis de donde estaba, ¿se encontraba intacta?

—Eso no lo vi, no puedo decirlo, puede que ya estuviera rota.

—Bien, y cuando la dejasteis, ¿cómo estaba?

—¡Entonces estaba entera!

—¿Había una grieta en la pata?

—No había ninguna grieta —respondió convencido Spiridón.

—¿Y cómo lo viste tú, diablo ciego? Porque eres ciego, ¿verdad?

—Ciudadano comandante, soy ciego para las cosas del papel, es cierto, pero para las cosas de la hacienda lo veo todo. Por ejemplo, usted y los demás ciudadanos oficiales arrojan las colillas al pasar por el patio, y yo las barro pulcramente, aunque haya nieve blanca, las barro todas. Pregúntele al gerente.

—¿Qué quiere decir? ¿Que dejaron el torno en el suelo y lo examinaron especialmente?

—¡Cómo no! Después del trabajo encendimos un cigarrillo, nunca se hace de otra manera. Y le dimos unos golpecitos a la maquinita.

—¿Unos golpes? ¿Con qué?

—Bueno, con la palma de la mano, así, en el costado, como a un caballo enardecido. Un ingeniero dijo además: «¡Buena máquina! Mi abuelo era tornero y trabajaba en una máquina como esta».

Shikin suspiró y tomó una hoja de papel limpio.

—Está mal, muy mal, Yegorov, que ni en esto confieses. Vamos a redactar el acta. Está claro que el torno lo rompiste tú. De no haber sido tú, me habrías indicado el culpable.

Lo dijo con voz convencida, pero había perdido su convicción interna. Aunque el amo de la situación era él, y el interrogatorio lo llevaba él, el portero respondía con muy buena disposición y con grandes detalles, y se habían perdido en vano las primeras horas de la investigación, el largo silencio, lo de la fotografía, los cambios de voz y la animada conversación sobre el torno: aquel preso pelirrojo, de cuya cara no se borraba una obsequiosa sonrisa, y cuyos hombros continuaban arqueados, si no había cedido en el primer momento, ahora, con mayor razón, no cedería.

En su fuero interno, Spiridón, incluso cuando hablaba del general Yegorov, adivinaba perfectamente que no lo habían llamado por no sé qué de Alemania, que la fotografía era un «camelo», que el *oper* divagaba, y que lo había llamado precisamente para hablar del torno. Habría sido sorprendente que no lo llamaran cuando a los otros diez hacía una semana entera que

los sacudían como a peras en el árbol. Acostumbrado toda su vida a engañar a las autoridades, no le costó nada incorporarse a esta amarga diversión. Pero todas aquellas conversaciones vacías eran como pasarle un rallador por la piel. Lo que le fastidiaba era que lo de su carta se aplazaba de nuevo. Y otra cosa más: aunque en el despacho de Shikin estaba sentado, caliente y seco, nadie hacía por Spiridón el trabajo del patio, que iba acumulándose para mañana.

Así fue pasando el tiempo. Hacía rato ya que había sonado el timbre poniendo fin al descanso cuando Shikin ordenó a Spiridón que firmara su responsabilidad por el Artículo 95, por dar declaraciones falsas, anotó las preguntas y tergiversó como pudo las respuestas de Spiridón.

Sonó entonces un golpe preciso en la puerta.

Al despedir a Yegorov, que le fastidiaba con sus estupideces, Shikin recibió al viperino y activo Siromajov, capaz siempre de expresar en dos palabras lo principal.

Siromaja entró con paso rápido y suave. La noticia impresionante que traía, y la posición especial que gozaba entre los chivatos de la *sharashka*, le ponían al mismo nivel del comandante. Cerró la puerta, y con un gesto dramático de la mano impidió que Shikin se hiciera con la llave. Estaba representando. Con voz clara, pero tan baja que fuera absolutamente imposible oírles a través de la puerta, comunicó:

—Doronin va por ahí enseñando la transferencia de ciento cuarenta y siete rublos. Han caído Liubimichev, Kagan y otros cinco. Se ha formado un grupo que los caza por el patio. ¿Doronin depende de usted?

Shikin se agarró la solapa del uniforme y tiró de ella para liberar el cuello. Sus ojos parecían salirse de las profundidades. Su grueso cuello tomó un color pardo. Se precipitó al teléfono. Su rostro, siempre con aires de superioridad satisfecha, ahora expresaba locura.

Siromaja se adelantó a Shikin con suaves saltitos, más que con pasos, y no le dejó levantar el auricular del teléfono.

—¡Camarada comandante! —le recordó (¡como preso no se habría atrevido a decir «camarada», pero debía decirlo como amigo!)—. ¡No sea tan impulsivo! ¡No le dé tiempo a prepararse!

¡En la cárcel, esa era una verdad elemental! ¡Pero tuvo que recordársela!

Siromaja retrocedió hacia la puerta, de espaldas, sorteando un mueble como si lo viera. No apartaba los ojos del comandante.

Shikin bebió agua.

—¿Puedo retirarme, camarada comandante? —casi no preguntó Siromaja—. Si me entero de algo más, vendré por la noche o por la mañana.

El juicio volvía lentamente a los desorbitados ojos de Shikin.

—¡Que le den un balazo a ese canalla! —escaparon con un silbido sus primeras palabras—. ¡Formalizaré la orden!

Siromaja salió silenciosamente como si abandonara la habitación de un enfermo. Había hecho lo debido según sus convicciones, y no tenía prisa en pedir la recompensa.

No estaba muy seguro de que Shikin continuara siendo comandante del MGB.

Era un caso extraordinario, no sólo en la *sharashka* de Marfino sino en toda la historia de los

órganos de Seguridad del Estado. Los conejos tenían derecho a morir, pero no a luchar.

Shikin no telefoneó personalmente, fue el ordenanza del Instituto, el que tenía la mesa en el pasillo, quien llamó al jefe del Laboratorio del Vacío y ordenó a Doronin que se presentara inmediatamente al ingeniero coronel Yákonov.

Aunque eran las cuatro de la tarde, el Laboratorio del Vacío siempre estaba oscuro y hacía rato que ardía la luz del techo. El jefe del laboratorio estaba ausente y fue Clara la que levantó el auricular. Había llegado al turno de noche más tarde de lo habitual, sólo en esta ocasión, y estaba hablando con Tamara. No había mirado a Ruska ni una sola vez, aunque este no apartaba de ella su encendida mirada. Cogió el teléfono con una mano que todavía no se había quitado el guante carmesí, y respondió con la cabeza baja. Ruska estaba de pie ante su bomba de vacío, a tres pasos de ella, con la mirada fija en el rostro de la muchacha. Pensaba que aquella noche, cuando todos se marcharan a cenar, abrazaría aquella cabeza y la besaría. La proximidad de Clara le hacía perder la sensación de cuanto le rodeaba.

Ella levantó los ojos (¡no lo buscaba, percibía que estaba allí!), y dijo:

—¡Rostislav Vadímovich! Antón Nikoláyevich lo llama con urgencia.

Los estaban viendo y escuchando, y aquello no se podía decir de otra manera, ¡pero los ojos de la joven ya no eran los de antes! ¡Se los habían cambiado! Un vaho inanimado los empañaba...

Ruska se sometió mecánicamente a la orden sin pensar qué podía significar la inesperada llamada del ingeniero coronel, y se puso en marcha pensando tan sólo en la expresión de Clara. Se volvió hacia ella desde la puerta y vio que le miraba y que inmediatamente desviaba los ojos.

Eran unos ojos infieles. Los había desviado muy asustada.

¿Qué podía haberle sucedido?

Pensando sólo en ella, subió hasta el ordenanza. Había abandonado por completo su habitual estado de alerta, había olvidado totalmente que debía prepararse para preguntas inesperadas, para un ataque, como requería la astucia propia del preso, pero el ordenanza le cerró el paso a la puerta de Yákonov y señaló, en la negra hendidura del nicho, la puerta del comandante Shikin.

De no ser por el consejo de Siromaja, de haber Shikin llamado personalmente al Laboratorio del Vacío, Ruska habría supuesto inmediatamente lo peor, habría hablado con decenas de amigos, los habría prevenido, y finalmente, habría conseguido hablar con Clara, saber qué le pasaba, y llevarse una entusiasta fe en ella o bien liberarse de la fidelidad que le debía. Pero ahora, ante la puerta del *oper*, sus suposiciones llegaban tarde. Ante el ordenanza del instituto no podía vacilar ni volverse, habría despertado sospechas, si es que no las tenían. Y, pese a todo, Ruska se volvió para correr hacia la escalera, pero ya subía por ella, llamado por teléfono, el oficial de turno de la cárcel, el teniente Zhvakun, el exverdugo.

Y Ruska entró en el despacho de Shikin.

Entró y se dominó a los pocos pasos, cambió la expresión de su cara. El entrenamiento de dos años de vida bajo persecución, y la especial genialidad aventurera de su naturaleza, le permitieron, sin inercia alguna, romper toda la tempestad que llevaba dentro y trasladarse impetuosamente al

nuevo círculo de pensamientos y peligros. Con expresión de pueril claridad, de despreocupada buena disposición, anunció al entrar:

—¿Da usted su permiso? A sus órdenes, ciudadano comandante.

Shikin estaba sentado de un modo extraño, con el pecho sobre la mesa y el brazo colgando y balanceándose como un látigo. Se levantó al encuentro de Doronin, y con aquel brazo-látigo le largó desde abajo una bofetada.

¡E hizo ademán de largarle otra! Pero Doronin huyó hacia la puerta y se puso a la defensiva. La sangre manaba de su boca, un rizo de cabello rubio caía sobre su ojo.

Shikin, de poca estatura, enseñaba los dientes y ya no intentaba llegarle a la cara, estaba frente a él salpicándolo de saliva y amenazándolo:

—¡Ah, canalla! ¿Conque nos has vendido? ¡Despídete de la vida, Judas! ¡Te pegaremos un tiro como a un perro! Te fusilaremos en el sótano.

Hacía ya dos años y medio que el más humano de los países había abolido para siempre la pena de muerte. Pero ni el comandante ni su desenmascarado informador se hacían ilusiones: ¿qué hacer con un indeseable sino fusilarlo?

Ruska tenía un aspecto horrible, desgredado, con la sangre corriendo por su barbilla desde unos labios que se hinchaban a ojos vistas.

Sin embargo, se puso tieso y respondió con insolencia:

—En cuanto a fusilar, ya lo veremos, ciudadano comandante. Yo también *le meteré* en la cárcel a usted. Hace cuatro meses que se ríe de usted todo el gallinero, ¿y encima le pagan por ello? ¡Le arrancarán los galones! Y en cuanto a fusilar, ya lo veremos...

Nuestra capacidad de gesta, es decir, de llevar a cabo un acto que sea extraordinario para las fuerzas de un solo hombre, la crea en parte nuestra voluntad, pero en parte, por lo visto, es una cualidad que puede ser o no ser innata. La gesta resulta más dura para nosotros cuando se obtiene a través de un esfuerzo de voluntad carente de toda preparación. Y más fácil cuando es la consecuencia de un esfuerzo de muchos años uniformemente orientado. Y con bendita facilidad si la gesta es innata en nosotros: entonces tiene lugar de una manera muy sencilla, como inspirar y espirar.

Ruska Doronin vivía así bajo la persecución policial por toda la Unión: con sencillez y con una sonrisa infantil. Seguramente al nacer le habían inyectado en la sangre el pulso del riesgo, el ardor de la aventura.

Pero esconderse bajo un nombre falso y vagar por todo el país estaba fuera del alcance del pulcro y afortunado Innokenti. Ni siquiera se le habría ocurrido que fuera posible oponer algo a su arresto si este estaba decidido.

Había llamado a una embajada cediendo a un impulso poco meditado. Se había enterado súbitamente, y habría sido tarde aplazarlo unos cuantos días, hasta que viajara personalmente a Nueva York. Telefoneó obsesionado, aunque sabía que todos los teléfonos estaban pinchados, y que en el Ministerio sólo algunas personas conocían el secreto de Gueorgui Koval.

Se había lanzado sencillamente al abismo porque había visto claramente lo insoportable que era que robaran tan desvergonzadamente la bomba y que amenazaran con ella al cabo de un año. Se había lanzado al abismo bajo el rápido impulso de sus sentimientos, pero con todo no se imaginaba lo doloroso que sería el golpe contra el fondo de piedra. Posiblemente abrigaba en alguna parte de su ser la loca esperanza de remontar el vuelo, de escapar a la responsabilidad, de atravesar volando el océano, recuperar el aliento y contárselo a los corresponsales de prensa.

Pero antes de alcanzar el fondo cayó en el vacío, en el agotamiento anímico. Se rompió la cuerda de su breve resolución, y el terror lo destruyó y lo quemó todo.

Esto se manifestó especialmente la mañana del lunes, cuando debía volver a vivir por encima de sus fuerzas, ir al trabajo, acechar con angustia si habían cambiado las miradas y las voces a su alrededor, si escondían estas una amenaza.

Innokenti se comportaba aún con dignidad, tanto como era posible, pero estaba destruido por dentro, había perdido toda su capacidad de resistencia, de buscar una salida, de salvarse.

No eran todavía las once de la mañana cuando la secretaria, que no había dejado pasar a

Innokenti al despacho del jefe, dijo haber oído que el nombramiento de Volodin había sido congelado por el viceministro.

Esta noticia, aunque no enteramente comprobada, afectó tanto a Innokenti que le faltaron fuerzas para conseguir la audiencia y convencerse de la verdad. ¡Ninguna otra cosa habría podido bloquear su viaje, ya autorizado! Su nombramiento en la ONU tenía el visto bueno de Vyshinski, su sitio estaba reservado a nombre de la Unión Soviética... Entonces, lo habían descubierto...

Viéndolo todo negro y sintiendo los hombros pesados como si cargaran con dos cubos llenos, volvió a su despacho y sólo pudo hacer una cosa: cerrar la puerta con llave y sacar esta de la cerradura (para que pensaran que había salido). Pudo hacerlo porque su vecino, el que ocupaba la segunda mesa, no había vuelto de una misión oficial.

En el interior de Innokenti todo se había ablandado repulsivamente. Esperaba una llamada en la puerta. Era terrible, desgarradoramente terrible, pensar que ahora entrarían y lo arrestarían. Apareció fugazmente la idea de no abrir la puerta. Que la echaran abajo.

O ahorcarse antes de que entraran.

O saltar por la ventana. Desde el segundo piso. Directamente a la calle. Dos segundos de vuelo y todo estallaría. Y se apagaría la conciencia.

Sobre la mesa había un abultado informe de los especialistas: el trabajo pendiente de Innokenti. Antes de partir debía entregar aquel informe debidamente fiscalizado. Pero le entraban náuseas sólo con mirarlo.

El despacho, con su buena calefacción, parecía helado, daba escalofríos.

¡La repulsiva impotencia interna! Esperar así, inactivo, su perdición...

Innokenti se tendió boca abajo en el sofá de cuero. Sólo de esta manera recibía del sofá una especie de apoyo o de sosiego en toda la longitud de su cuerpo.

Los pensamientos se mezclaban.

¿Había sido él? ¡Sí, él! ¿Había osado telefonear a la embajada? ¿Y para qué? *Llame of Canada...* ¿Y quién es usted? ¿Cómo sé que usted decir verdad? ¡Oh, americanos engreídos! ¡Llegarán a ver la total colectivización de las granjas! Se lo tienen merecido...

No debió haber telefoneado. Sentía lástima de sí mismo. Terminar la vida a los treinta años. Y puede que en medio de tormentos.

No, no lamentaba haber llamado. Era evidente que debía hacerlo. Fue como si alguien lo condujera de la mano, y no tuvo miedo.

Más que no lamentarlo, no le quedaba voluntad para lamentarlo o no lamentarlo. Yacía sin aliento bajo la desmoralizadora amenaza, aplastado contra el sofá, y sólo quería que todo terminara cuanto antes, para que se lo llevaran cuanto antes, vaya.

Pero felizmente nadie llamaba a la puerta, nadie intentaba tirar de ella. El teléfono no había sonado ni una sola vez.

Quedó aletargado. Una tras otra aparecían opresivas y absurdas visiones hinchándole la cabeza para que despertara. Y cuando despertó no se sintió aliviado, sino en un estado aún más destrozado y abúlico del que tenía antes de dormir, martirizado porque en sueños lo habían arrestado o habían intentado arrestarlo varias veces. Pero no tenía fuerzas para levantarse del sofá, para sacudirse las

pesadillas, ni siquiera para moverse. Y de nuevo le arrastraba la repulsiva impotencia del sueño. Finalmente se durmió por última vez, profundamente, como una piedra, y despertó oyendo la animación del descanso en el pasillo, y advirtió que de su boca, insensiblemente abierta, había rezumado saliva sobre el sofá.

Se levantó, abrió y fue a lavarse. Distribuyeron el té con bocadillos.

Nadie fue a arrestarlo. En el pasillo y en la oficina común, sus colaboradores lo recibieron con naturalidad, nadie había cambiado su actitud hacia él.

Por lo demás, esto no demostraba nada. Nadie podía saberlo.

Pero las miradas y el sonido de las voces de las demás personas consiguieron animarlo. Pidió a la muchacha que le trajera el té lo más caliente posible, y se bebió dos vasos con satisfacción. Con esto aún se animó más.

Y sin embargo carecía de fuerzas para pedir una audiencia al jefe y enterarse...

Matarse habría sido una medida de pura sensatez, el simple instinto de conservación, de piedad por sí mismo. Pero eso, sabiendo con toda certeza que lo iban a arrestar.

¿Y si no lo arrestaban?

De pronto sonó el teléfono. Innokenti se sobresaltó, su corazón, con algún retraso, empezó a latir de forma muy audible.

Resultó ser Dotty, su voz era sorprendentemente musical por teléfono. Hablaba desde la altura de los recobrados derechos conyugales. Preguntaba cómo iba todo y le proponía salir por la noche.

Y de nuevo Innokenti sintió afecto y agradecimiento por ella. ¡Una esposa, buena o mala, es lo más íntimo!

No le habló de la anulación de su nombramiento. Pero imaginó que por la noche, en el teatro, su seguridad sería completa: ¡no se arresta a la gente ante todo el mundo en la sala de un espectáculo!

—Está bien, saca entradas para algo que sea alegre —dijo Innokenti.

—¿Una opereta, quizá? —preguntó Dotty—. *Akulina* no sé qué. En ninguna parte hay nada. En el Teatro Central del Ejército Rojo, en el escenario pequeño, ponen un estreno, *La ley de Licurgo*, y en el grande, *La voz de América*. Y en el Teatro Artístico de Moscú, *Inolvidable*.

—*La ley de Licurgo* suena demasiado atractivo. Siempre ponen títulos hermosos a las obras peores. Sácalas para *Akulina*, de acuerdo. Luego iremos al restaurante.

—¡O. K.! ¡O. K.! —se rio muy contenta Dotty por teléfono.

(¡Si pudiera pasar allí toda la noche para que no lo encontraran en casa! ¡Porque siempre iban por la noche!).

Las cargas de voluntad volvían gradualmente a Innokenti. Está bien, admitamos que se sospechaba de él. Pero Schevronok y Zavarzin estaban directamente relacionados con todos los detalles del asunto, las sospechas deberían caer antes sobre ellos. ¡Una sospecha no es aún una prueba!

Está bien, admitamos que hay amenaza de arresto. Pero no hay medio de impedirlo. ¿Escondarse? No. Entonces, ¿por qué preocuparse?

Tenía fuerzas ya para pasear de arriba abajo y reflexionar.

Y qué, si lo arrestaran. Quizá no sería hoy, ni siquiera esta misma semana. ¿Debía por ello dejar de vivir? ¿O, por el contrario, entregarse encarnizadamente a los placeres durante los últimos días?

¿Por qué se había asustado tanto? Qué diablos, habiendo defendido tan ingeniosamente a Epicuro ayer por la tarde, ¿por qué no aplicárselo a sí mismo? La doctrina esa, al parecer, tenía ideas nada despreciables.

Al mismo tiempo pensaba que era preciso examinar las agendas, por si había en ellas algo que destruir. Recordó que, al parecer, hacía tiempo había anotado algo sobre Epicuro en una antigua libreta, y empezó a ojearla apartando a un lado el informe de los expertos. Y lo encontró: «Las sensaciones internas de satisfacción o de insatisfacción son los criterios superiores del bien y del mal».

Este pensamiento no penetró en la mente confusa de Innokenti. Continuó leyendo:

«Conviene saber que la inmortalidad no existe. No existe la inmortalidad, y por ello la muerte para nosotros no es un mal, es algo que sencillamente nada tiene que ver con nosotros: mientras existimos, no hay muerte; cuando llega la muerte, nosotros no existimos».

«Esto está muy bien», se recostó Innokenti. «¿Y quién fue, quién, el que recientemente dijo lo mismo? Ah sí, aquel joven soldado, ayer en la velada».

Innokenti se imaginó el Jardín de Atenas, imaginó al moreno Epicuro de setenta años, con su túnica, impartiendo su saber desde unos peldaños de mármol, y a él mismo ante Epicuro con su traje moderno, sentado con cierta desenvoltura norteamericana en un pedestal.

«La fe en la inmortalidad nació del afán de personas insaciables que utilizan insensatamente el tiempo que la naturaleza nos ha concedido. Pero el hombre prudente encontrará este tiempo suficiente para recorrer todo el círculo de placeres alcanzables, y cuando llegue la hora de la muerte se separará ahíto de la mesa de la vida dejando libre su sitio a otros invitados. Al hombre prudente le basta una sola vida, mientras que el estúpido no sabría qué hacer ni siquiera con la eternidad».

¡Brillantemente expresado! Pero hay una pega: ¿y cuando la naturaleza no te saca de la mesa a los setenta años y es el MGB el que te saca a los treinta?

«No hay que temer el sufrimiento físico. Quien conoce los límites del sufrimiento está a salvo del terror. Un sufrimiento prolongado es siempre insignificante; si es fuerte, es de corta duración. El hombre sensato no perderá su tranquilidad espiritual ni siquiera durante el suplicio. La memoria le devolverá sus antiguos placeres espirituales y sensitivos, y restaurará el equilibrio del alma a despecho del sufrimiento corporal del momento».

Innokenti empezó a pasear lúgubrementemente por el despacho.

Esto era lo que temía, pero no la muerte, en absoluto. Temía que lo arrestaran, que atormentaran su cuerpo.

¿No dice Epicuro que es posible vencer el tormento? ¡Ah, si tuviera esta firmeza!

Pero no la encontraba en su persona.

¿Y morir? No lamentaría morir si la gente se enterara de que hubo un ciudadano del mundo que los había salvado de la bomba atómica.

Con la bomba atómica en manos de los comunistas, el planeta perecería.

Lo matarían en un sótano como a un perro, y encerrarían el «expediente» bajo mil cerraduras.

Innokenti echó la cabeza hacia atrás como hace el pájaro para que el agua entre en su pecho a través de la tensa garganta.

Pero no, si hablaran de él no sería un alivio, sería aún más espantoso: estamos en tales tinieblas que ya no distinguimos a los traidores de los amigos. ¿Quién fue el príncipe Kurbski? Un traidor. ¿Quién fue Iván el Terrible? Su propio padre.

La diferencia estaba en que *aquel* Kurbski había huido de su «Terrible», mientras que Innokenti no había tenido tiempo de huir.

¿Si divulgaran el caso, sus compatriotas lo lapidarían con gran satisfacción! ¿Quién le comprendería? Y menos mal si le comprendiera un millar de personas entre doscientos millones. ¿Quién recordaría que habían rechazado el sensato plan Baruch?: si renunciaban a la bomba atómica, los norteamericanos serían sometidos a control internacional. Y, sobre todo, ¿cómo había osado decidir por su patria? Este derecho sólo lo tenía el Jefe Supremo y nadie más.

¿No has permitido que el Transformador del Mundo, el Forjador de la Felicidad, robara la bomba atómica? ¡Entonces, no se la has dado a tu patria!

¿Para qué la necesita mi patria? ¿Para qué la necesita la aldea de Rozhdestvo? ¿Para qué la necesita aquella enana cegata? ¿O aquella anciana del polluelo ahogado? ¿O aquel campesino de ropa remendada, falto de una pierna?

¿Quién, de toda la aldea, condenaría su llamada telefónica? Tomados individualmente, nadie *lo comprendería* siquiera. Pero, presentado el caso en una asamblea general, lo condenarían por unanimidad...

Necesitan carreteras, telas, tablas, cristales, necesitan que les devuelvan la leche y el pan, y quizá también el tañido de las campanas, pero ¿para qué necesitan una bomba atómica?

Lo más molesto era que con su llamada telefónica Innokenti quizá tampoco habría impedido el latrocinio.

En el reloj de bronce, las agujas de encaje señalaban las cuatro menos cinco.

Oscurecía.

Al caer el día, un largo y negro automóvil Zim atravesó las puertas del puesto de guardia, abiertas para él, aceleró sobre el sinuoso camino asfaltado del patio de Marfino, limpiado por la ancha pala de Spiridón y deshelado hasta el color negro, dejó atrás el Pobeda de Yákonov, estacionado ante el edificio y se detuvo en plena marcha, como clavado, ante la entrada principal de piedra.

El ayudante del teniente general saltó de la portezuela delantera y abrió prestamente la trasera. Bajó el obeso Fomá Oskolupov con su guerrera azulada, demasiado estrecha para él, y su gorra de general, de astracán. Enderezó el cuerpo —el ayudante abrió ante él la primera y la segunda puerta del edificio— y se dirigió hacia arriba con aire preocupado. En el primer descansillo se había habilitado un espacio como guardarropa, junto a unas lámparas antiguas. La muchacha de servicio corrió a hacerse cargo del capote del general (aun sabiendo que no se lo daría). El general no le dio el capote ni se quitó la gorra de piel, continuó subiendo por uno de los tramos de la escalera bifurcada. Varios presos, y algunos externos de poca categoría, que pasaban en aquel momento por diversos lugares de la escalera, se apresuraron a desaparecer. El general, con su gorra de astracán, iba subiendo majestuosamente, haciendo un esfuerzo para ir tan deprisa como lo requerían las circunstancias. El ayudante, que había dejado el abrigo en el guardarropa, lo alcanzó.

—Ve y encuéntrame a Reutmann —le dijo por encima del hombro Oskolupov—. Avísale: dentro de media hora iré a visitar el nuevo grupo en busca de resultados.

Al llegar al descansillo del segundo piso no torció hacia el despacho de Yákonov, sino que se dirigió hacia el lado opuesto, hacia el Número 7. El oficial de servicio, que vio sus espaldas, «se echó» sobre el teléfono para buscar y prevenir a Yákonov.

El Número 7 estaba hecho un desastre. No era preciso ser especialista (y Oskolupov no lo era) para comprender que no había nada en marcha. Después de largos meses de ajustes, todos los circuitos aparecían ahora desoldados, desgarrados y rotos. El casamiento entre el Clipper y el Vocoder empezó separando a los recién casados por paneles, por bloques y poco menos que por condensadores. Por todas partes se levantaba el humo de la colofonia y de los cigarrillos, se oía el zumbido del taladro manual, se escuchaban los tacos intercambiados en el trabajo y el estridente grito de Mamurin por teléfono.

Sin embargo, en medio de semejante humo y ruido hubo dos hombres que advirtieron inmediatamente la entrada del teniente general: Liubimichev y Siromaja (la puerta de entrada figuraba continuamente en el campo de observación de su vigilancia, siempre alerta). No eran dos

hombres por separado, sino un incansable y sacrificado tiro de caballos, una continua fidelidad, rapidez y buena disposición para trabajar veinticuatro horas al día con la oreja atenta a todas las ideas de sus jefes. Cuando los ingenieros del Número 7 se reunían para conferenciar, Liubimichev y Siromaja tomaban parte en el consejo en plan de igualdad. Ciertamente, la agitación reinante en el Número 7 les proporcionaba muchos informes.

Al observar la presencia de Oskolupov, ambos dejaron los soldados en sus soportes. Siromaja se precipitó a prevenir a Mamurin, que gritaba de pie por teléfono, mientras Liubimichev, de puntillas pero impetuosamente, agarró con aire ingenuo el sillón semiblando de este y lo llevó al general captando la indicación de dónde debía ponerlo. En otra persona, aquello habría podido parecer adulación rastrera, pero en Liubimichev —alto, ancho de hombros, de rostro atractivo y sincero— era el noble servicio de la juventud a un hombre maduro que merecía respeto. Colocado el sillón, Liubimichev cerró el paso con su cuerpo a todo el mundo excepto a Oskolupov, y sin que lo advirtiera nadie salvo el teniente general, quitó del asiento un polvo invisible pasando la mano con gesto de dependiente de comercio. Luego se retiró, y se quedó inmóvil junto a Siromaja en la gozosa espera de preguntas e indicaciones.

Fomá Guriánovich se sentó sin quitarse la gorra, sólo se desabrochó ligeramente el capote.

Se sosegó todo el laboratorio, el taladro ya no perforaba, las voces se habían calmado, y sólo Bobylin daba instrucciones con voz grave a los montadores eléctricos sin salir de su reducto. También Prianchikov continuaba rondando irresponsablemente, con el soldador ardiente, alrededor del banco de su desmontado Vocoder. Los demás miraban y escuchaban lo que iba a decir la autoridad.

Mamurin se acercó enjugándose el sudor después de una dura conversación telefónica (discutía con el jefe de los talleres mecánicos, que habían echado a perder los chasis de los paneles) y saludó, agotado, a su antiguo compañero de trabajo, actualmente un jefe de altos e inalcanzables vuelos (Fomá le tendió tres dedos). Mamurin había llegado a ese extremo de palidez y agotamiento en el que parece un crimen permitir que un hombre abandone la cama. Había soportado más dolorosamente que sus colegas funcionarios los golpes de los días pasados: la ira del ministro y la demolición de su *clipado*. Si era posible que sus ligamentos musculares se afinaran aún más bajo la cubierta de piel, se afinaron. Si los huesos humanos son capaces de perder peso, peso perdieron. Mamurin vivía de su *clipado* desde hacía más de un año, y creía que el *clipado*, como un caballo mágico, los sacaría de apuros. Ningún dorado de la píldora —la llegada de Prianchikov con su Vocoder bajo el techo del Número 7— podía ocultarle la catástrofe.

Fomá Guriánovich sabía mandar aunque no poseyera conocimientos sobre el asunto que dirigía. Había asimilado de antiguo que para mandar había que enfrentar las opiniones de los expertos subalternos, y dirigirlos a través de este procedimiento. Así lo hacía también ahora. Mostró el ceño y preguntó:

—¿Y bien? ¿Cómo van las cosas?

Y con ello forzó a sus subordinados a manifestarse.

Empezó una conversación innecesaria y fastidiosa que sólo los apartaba del trabajo. Hablaban a disgusto, suspirando, y si dos de ellos empezaban a hablar al mismo tiempo, ambos cedían la

palabra.

En esta conversación había dos tonos: «es preciso» y «es difícil». «Es preciso» lo proclamaba el frenético Markushev secundado por Liubimichev-Siromaja. El pequeño, granujiento y activo Markushev, rumiaba ardorosamente, día y noche, cómo hacer méritos y liberarse antes de plazo. Había propuesto la unión del Clipper con el Vocoder no porque estuviera seguro del éxito desde el punto de vista técnico, sino porque al realizar tal unión desaparecía la importancia individual de Bobynin y de Prianchikov, y crecía por el contrario la de Markushev.

Aunque personalmente no le gustaba demasiado trabajar «para el rey de Prusia» cuando no esperaba aprovecharse de los frutos de su trabajo, ahora estaba indignado al ver a sus camaradas del Número 7 tan desmoralizados. En presencia de Oskolupov, se quejaba indirectamente de la apatía de los ingenieros.

Era humano en la medida en que pertenecía a esa naturaleza de seres de donde salen los opresores de sus semejantes.

En la cara de Liubimichev y de Siromaja se retrataba el sufrimiento y la fe.

Mamurin se sostenía el rostro, transparente con tintes de limón, abatido entre las imponderables palmas de la mano, y guardaba silencio por primera vez desde que estaba al frente del Número 7.

Jorobrov apenas disimulaba el rencoroso brillo de sus ojos. Le proporcionaba gran alegría ser testigo del entierro de dos años de esfuerzo del Ministerio de Seguridad del Estado. Replicaba a Markushev más que los demás, y ponía de relieve las dificultades.

Por alguna razón, Oskolupov dirigía sus reproches a Dyrsin, principalmente, culpándolo de falta de entusiasmo. Dyrsin casi perdía la voz cuando estaba inquieto o sufría una injusticia. Debido a este rasgo desfavorable, siempre resultaba ser el culpable.

En mitad de la conversación llegó Yákonov, que por cortesía empezó a alimentar aquella charla absurda en presencia de Oskolupov. Luego llamó a Markushev, y los dos, con un pedazo de papel sobre las rodillas, empezaron a dibujar una variante del esquema.

Fomá Guriánovich habría emprendido de buen grado el camino que tan bien conocía, el de la amonestación y el aniquilamiento, que en sus años de mando había perfeccionado hasta en los detalles del tono a emplear. Era lo que le salía mejor. Pero vio que en aquel momento amonestar no serviría de nada.

Fuera que Fomá Guriánovich advirtiera lo inútil de la conversación, fuera que quisiera respirar otros aires antes de que terminara la concesión del plazo fatal de un mes, el caso es que en mitad de la conversación, sin terminar de escuchar a Bulatov, se levantó y se dirigió malhumorado a la salida dejando que el equipo entero del Número 7 se consumiera de angustia al ver hasta qué punto su apatía había afectado al jefe del Departamento de Técnicas Especiales.

Fiel a la normativa, Yákonov se vio obligado también a levantarse y a llevar su cuerpo gordo y voluminoso tras una gorra de pieles que le llegaba a los hombros.

En silencio, pero ya uno al lado de otro, recorrieron el pasillo. Al jefe de la sección no le gustaba que su ingeniero principal caminara a su lado: Yákonov era una cabeza más alto, y esta era además grande y alargada.

En ese momento, el deber de Yákonov, y no sólo su deber sirio también una oportunidad provechosa, habría sido contarle al teniente general el sorprendente e imprevisto éxito conseguido con el codificador. Habría disipado inmediatamente la hostilidad bovina con que Fomá lo miraba después de la audiencia nocturna de Abakumov.

Pero el croquis no estaba en sus manos. La considerable capacidad de Sologdin para dominarse, su demostrada disposición a partir hacia la muerte antes que entregar el croquis a cambio de nada, habían convencido a Yákonov de la necesidad de cumplir la palabra dada y de informar por la noche a Selivanovski pasando por encima de Fomá. Naturalmente, esto provocaría las iras de Fomá, pero pronto debería calmarse.

No era sólo eso. Yákonov veía a Fomá preocupado y asustado por su destino, y con mucho gusto lo dejaría sufrir unos días más. Antón Nikoláyevich sentía incluso cierta susceptibilidad profesional respecto al proyecto. Como si él mismo lo hubiera creado. Como había previsto muy acertadamente Sologdin, Fomá se habría arrogado sin falta la coautoría. Y si ahora se enterara, sin echar siquiera una mirada al croquis del circuito principal, mandaría poner inmediatamente a Sologdin en una habitación aparte y dificultaría el acceso de quienes debían ayudarle; llamaría a Sologdin y empezaría a meterle miedo y a ponerle plazos durísimos; luego llamaría cada dos horas desde el Ministerio y metería prisa a Yákonov; y al final se jactaría de que sólo gracias a su control se había dado al codificador la dirección requerida.

Y todo esto era tan conocido y nauseabundo que Yákonov, de momento, guardaba silencio con suma satisfacción.

Sin embargo, al llegar al despacho, ayudó a Oskolupov a quitarse el capote, cosa que nunca habría hecho ante terceras personas.

—¿Qué está haciendo tu Guerásimovich? —preguntó Fomá Guriánovich, y se sentó en el sillón de Antón sin quitarse tampoco la gorra.

Yákonov se dejó caer en una silla apartada.

—¿Guerásimovich? ¿Cuándo llegó de Spiridonovka? Seguramente en octubre. Bueno, desde entonces ha hecho el televisor para el camarada Stalin.

Era el de la placa de bronce «Al gran Stalin de parte de los chekistas».

—Anda, llámalo.

Spiridonovka era otra de las *sharashkas* de Moscú. Últimamente, en Spiridonovka, bajo la dirección del ingeniero Bobior, se había elaborado un aparato muy ingenioso y útil: un complemento para el teléfono urbano. Su principal curiosidad consistía en que funcionaba precisamente cuando el teléfono estaba inactivo, cuando el auricular descansaba tranquilamente sobre la palanca: todo cuanto se decía en la habitación era escuchado en el puesto de control de la Seguridad del Estado. El aparato gustó mucho y se procedió a su fabricación. Cuando se vigilaba a un abonado, se le cortaba la línea, y la propia víctima pedía que le enviaran un reparador. Este se presentaba, hacía como que lo reparaba, y colocaba en el teléfono el aparatito espía.

Las ideas vanguardistas de la autoridad (las ideas de la autoridad siempre deben anticiparse a las demás) apuntaban ahora a otros aparatos.

El oficial de guardia se asomó por la puerta:

—El preso Guerásimovich.

—Que entre —asintió Yákonov con la cabeza. Estaba sentado fuera de su mesa, en una silla pequeña, postrado y casi deslizándose a derecha e izquierda.

Entró Guerásimovich arreglándose los quevedos sobre la nariz, y tropezó con la alfombra. En comparación con los dos obesos oficiales parecía muy pequeño y estrecho de hombros.

—A sus órdenes —dijo secamente, acercándose y mirando a la pared entre Oskolupov y Yákonov.

—Hum —respondió Oskolupov—. Siéntese.

Guerásimovich se sentó. Ocupaba la mitad del asiento.

—Usted... sí... —hizo memoria Fomá Guriánovich—. ¿Es usted... óptico, Guerásimovich? En general, especialista del ojo, no de la oreja, ¿no es así?

—Sí.

—Y a usted... —Fomá revolvía la lengua como si se frotara los dientes—. A usted lo elogian mucho. Sí.

Hizo una pausa. Entornando uno de los ojos empezó a mirar a Guerásimovich con el otro.

—¿Conoce el último trabajo de Bobior?

—He oído hablar de ello.

—Hum. ¿Y que hemos pedido para Bobior una rebaja de su condena?

—No lo sabía.

—Pues entérese. ¿Cuánto le queda a usted de condena?

—Tres años.

—¡Mu-u-cho! —se sorprendió Oskolupov como si tuviera allí a reclusos con condenas de meses—. ¡Oh, es mucho! —(Recientemente, para animar a un novato, había dicho: «¿Diez años? ¡Una bagatela! ¡Hay quien pasa en la cárcel veinticinco años!»)—. No le iría mal ganarse una rebaja de la condena, ¿verdad?

¡Cómo coincidía curiosamente con la súplica que ayer le hiciera Natasha!

Haciendo un esfuerzo (pues no se permitía ninguna sonrisa ni condescendencia cuando hablaba con los jefes), Guerásimovich soltó una risita con la boca torcida:

—¿Y dónde se encuentran las rebajas? No andan tiradas por el pasillo.

Fomá Guriánovich se balanceó:

—¡Hum! ¡Con los televisores, naturalmente, no se consiguen rebajas! Pero dentro de unos días le trasladaré a Spiridonovka y le nombraré jefe de un proyecto. Lo realizará en unos seis meses, y en otoño ya estará en casa.

—¿Qué clase de trabajo, si me permite saberlo?

—Hay muchos trabajos encargados, basta coger uno. Hay, por ejemplo, la siguiente idea: incrustar micrófonos en los bancos de los jardines, en los parques, allí la gente habla libremente, ¡la de cosas que pueden oírse! Pero esto no es de su especialidad, ¿verdad?

—No, no es de mi especialidad.

—También tenemos trabajos para usted. Hay dos. Si uno es importante el otro está que arde. Y ambos de su especialidad, ¿no es así, Antón Nikoláich? —Yákonov lo confirmó con la cabeza—.

Uno es una máquina de fotografiar nocturna basada en esos... cómo se llama... rayos infrarrojos. Para poder fotografiar de noche a un hombre por la calle, comprobar con quién anda, sin que él se entere en toda su vida. En el extranjero ya hay bosquejos de dicha máquina, sólo es preciso... imitarlo creativamente. Bueno, y que el aparato sea lo más fácil posible de manejar. Nuestros agentes no son tan sabios como ustedes. Y el segundo trabajo es el siguiente. El segundo, seguramente, es un juego de niños para usted, pero lo necesitamos en extremo. Un simple aparato fotográfico, pero tan pequeñito que se pueda adaptar a la jamba de una puerta. Y que, apenas se abra la puerta, fotografíe automáticamente a la persona que la atraviesa. Aunque sólo sea de día, bueno, o con luz eléctrica. En la oscuridad no es preciso, bueno. Este aparatito también vamos a producirlo en serie. ¿Qué le parece? ¿Se encargará de ello?

La cara flaca y estrecha de Guerásimovich estaba vuelta hacia las ventanas y no miraba al teniente general.

En el vocabulario de Fomá Guriánovich no existía la palabra «afligido». Por esto no pudo dar nombre a la expresión que apareció en el rostro de Guerásimovich.

Tampoco tenía intención de darle ningún nombre. Esperaba una respuesta.

¡Era cumplir la súplica de Natasha!

El rostro reseco de la mujer, con sus lágrimas vidriosas e inmóviles, apareció ante Illarión.

Por primera vez en muchos años, la posibilidad de volver a casa, la proximidad del plazo, y el enternecimiento por este supuesto, acariciaron el corazón de Guerásimovich.

Y sólo tenía que hacer lo mismo que Bobior: dar ocasión a que ocuparan su lugar tras las rejas dos o tres centenares de bobos incautos que ahora estaban libres.

Turbado y vacilante, Guerásimovich preguntó:

—¿Y no podría quedarme... con los televisores?

—¿Rehúsa usted? —se asombró Oskolupov frunciendo el ceño. Su cara pasó con suma facilidad a una expresión de enfado—. ¿Por qué motivo?

Todas las leyes del cruel mundo de los presos le decían a Guerásimovich que compadecerse de hombres libres, prósperos, miopes, sin experiencia, no fogueados, sería tan raro como no degollar a un cerdo para sacarle la manteca. Los hombres libres no tienen un alma inmortal como la que consiguen los reclusos tras sus interminables condenas, los hombres libres utilizan con afán y torpeza la libertad que se les concede, se ensucian en pequeños proyectos, en actos de vanidad.

Y Natasha era la compañera de toda su vida. Natasha esperaba el fin de su segunda condena. Una personita indefensa en el umbral de la extinción, y con ella se extinguiría también la vida de Illarión.

—¿Por qué? ¿Los motivos? No puedo. No sabría hacerlo —respondió Guerásimovich en voz muy baja y muy débil.

Yákonov, distraído hasta entonces, miró a Guerásimovich con curiosidad y atención. Al parecer era el único caso que tendía a la irracionalidad. Pero la ley universal de «la caridad bien entendida empieza por uno mismo» no podía dejar de funcionar también en este caso.

—Usted, simplemente, ha perdido la costumbre de recibir grandes encargos, por eso se siente inseguro —trató de convencerlo Oskolupov—. ¿Quién podría hacerlo sino usted? Está bien, dejaré

que lo piense.

Guerásimovich apoyó la frente en su pequeña mano y guardó silencio.

Naturalmente, no se trataba de hacer una bomba atómica. En la vida del mundo era una migaja imperceptible.

—Pero ¿por qué ha de pensarlo? ¡Es netamente de su especialidad!

¡Ah, podía haberse callado! Podía salir con ambigüedades. O, como suelen hacer los presos, podía aceptar el encargo y luego «dar largas», no hacerlo. Pero Guerásimovich se levantó y miró con desprecio al degenerado panzudo, de mejillas flácidas y morros chatos, con gorro de general, personaje que no forma parte, por desgracia, de los que desaparecieron por la carretera general del centro de Rusia.

—¡No! ¡No es mi especialidad! —pio con voz chillona—. ¡No es mi especialidad meter a la gente en la cárcel! ¡No soy un cazador de hombres! Es suficiente con que nos hayan encerrado a nosotros...

Por la mañana, Rubin se encontraba bajo el peso de la discusión de la víspera. Se le ocurrían cada vez más argumentos que no terminó de expresar por la noche. Pero el desarrollo del día le dio la feliz oportunidad de desquitarse de aquella disputa.

Fue en la silenciosa habitación secreta del segundo piso, con sus pesadas cortinas en los lados donde estaban las ventanas y la puerta, su sofá gastado y su mala alfombra. Lo blando ahogaba los sonidos, pero sonidos casi no los había, pues Rubin escuchaba las cintas magnetofónicas con auriculares, y Smolosidov se estuvo callado todo el día, con el rostro grosero y granujiento mirando hoscamente a Rubin como a un enemigo y no como a un compañero de trabajo. A su vez, Rubin no consideraba a Smolosidov más que como un robot que cambiaba las bobinas de las cintas.

Con los auriculares puestos, Rubin escuchaba una y otra vez aquella conversación fatal con la embajada, y luego las cinco cintas que le había proporcionado con sendas conversaciones de las personas de quienes se sospechaba. Ora daba fe a sus oídos, ora se desesperaba de fiarse de ellos y pasaba a las ondulaciones violetas de las fonografías, impresas en todas las cintas. Las largas cintas de papel, de muchos metros, ni siquiera cabían en la gran mesa y se derramaban en blancos rizos hasta el suelo por la derecha y por la izquierda. Rubin acudió impetuosamente a su álbum de modelos de fonografías clasificados por fonemas o por el «tono básico» de diferentes voces masculinas. Con un lápiz de colores rojo y azul, gastado ya en sus redondeadas y romas extremidades (afilar lápices era para Rubin un trabajo que requería grandes preparativos), señalaba los puntos más interesantes de las cintas.

Rubin estaba cautivado. Sus ojos, de un castaño oscuro, parecían de fuego. Su gran barba, desgredada y negra, colgaba a mechones. La ceniza gris de los cigarrillos y las pipas, que fumaba continuamente, espolvoreaba dicha barba, las mangas de su grasiento mono falto de un botón en la bocamanga, la mesa, las lentes, el sillón y el álbum de muestras.

Rubin vivía en aquel momento esa enigmática exaltación espiritual que los fisiólogos no han explicado todavía: olvidándose de su hígado, de los dolores de la hipertensión, había emergido muy fresco de una noche agotadora, sin experimentar apetito pese a que lo último que había comido eran unos pastelillos en la mesa de cumpleaños de la víspera. Se encontraba en ese estado en que uno se cierne espiritualmente en las alturas, y la aguda visión percibe los granitos de arena, y la memoria devuelve de buen grado lo que se ha ido depositando en ella durante los años.

Ni una sola vez preguntó qué hora era. Al llegar, quiso abrir el postigo de la ventana para

resarcirse de la falta de aire fresco, pero Smolosidov dijo sombrío: «¡No lo haga! ¡Estoy resfriado!». Y Rubin obedeció. Luego no se levantó más en todo el día, no se acercó a la ventana para ver cómo se esponjaba y agrisaba la nieve bajo el viento húmedo del oeste. No oyó nada cuando Shikin llamó y Smolosidov no lo dejó entrar. Como en una neblina, vio entrar y salir a Reutmann, y le dijo algo entre dientes sin volver la cabeza. En su conciencia no entró la idea de que llamaban para comer, y luego llamaban otra vez para ir al trabajo. El instinto del preso, que respeta fervorosamente el ritual de la comida, apenas despertó en él al ser sacudido por los hombros por Reutmann, que le mostró, en una mesa aparte, una tortilla, pastel de queso con crema agria y compota. Las ventanas nasales de Rubin palpitaron. La sorpresa alargó su rostro, pero la conciencia tampoco se manifestó en eso. Echó una mirada a aquel manjar de dioses, como si intentara comprender a qué estaba destinado, se sentó en la otra mesa y empezó a comer apresuradamente, sin percibir el gusto de los alimentos, procurando volver al trabajo cuanto antes.

Rubin no dio valor a la comida, pero a Reutmann le costó más cara que si la hubiera pagado con su dinero: estuvo dos horas «sentado al teléfono» llamando y consensuando esa ración primero con el Departamento de Técnicas Especiales, luego con el general Bulbaniuk, después con la Dirección Penitenciaria, más tarde con el departamento de intendencia y finalmente con el teniente coronel Klimentiev. Aquellos a los que llamaba consensuaban la cuestión, a su vez, con sus contables y con otros personajes. La dificultad estaba en que Rubin recibía una comida de preso de «tercera» categoría, y Reutmann intentaba conseguir para él una comida de «primera» clase durante varios días, y además dietética, en vista de su misión estatal de gran importancia. Una vez aceptado por todos, la cárcel presentó sus objeciones en el plano organizativo: la falta de los productos requeridos en la despensa de la cárcel, la falta de honorarios para el cocinero, por preparar un menú individual.

Ahora, Reutmann estaba sentado frente a Rubin y le observaba, no como empresario que espera los frutos del trabajo del esclavo, sino con una sonrisa afectuosa, como se mira a un niño grande, admirándolo y envidiándole su exaltación, buscando la ocasión de penetrar en el sentido de su trabajo de medio día y de incorporarse a él.

Por su parte, Rubin continuaba comiendo, y la reflexión volvía a su dulcificado rostro. Sonrió por primera vez en toda la mañana:

—Hace mal en alimentarme, Adam Veniamínovich. *Satur venter non studet libenter*⁸ El caminante realiza la parte principal de su camino antes del descanso para comer.

—¡Consulte su reloj, Lev Grigórich! ¡Son las tres y cuarto!

—¿Quééé? Pensé que no eran ni las doce.

—¡Lev Grigórich! Ardo de curiosidad, ¿qué ha descubierto?

No era la exigencia de un jefe, había sido dicho en tono de ruego, como si Reutmann temiera que Rubin se negara a confiárselo. En los momentos en que el alma de Reutmann se abría, el hombre era muy agradable pese a su feo aspecto externo, a sus labios gruesos nunca cerrados por culpa de los pólipos de la nariz.

—¡Sólo es el principio! ¡Sólo son las primeras conclusiones, Adam Veniamínovich!

—¿Y cuáles son esas?

—Se puede dudar de muchas cosas, pero hay una indudable: ¡La ciencia de la fonoscopia, que nace hoy, tiene un fundamento racional!

—¿No se estará apasionando usted, Lev Grigórich? —le previno Reutmann. Deseaba tanto como él que sus palabras resultaran ciertas, pero como discípulo de las ciencias exactas, sabía que el entusiasmo del humanista Rubin podía pesar más que su honestidad científica.

—¿Cuándo ha visto que yo me apasionara? —casi se ofendió Rubin, y se alisó la desgredada barba—. Casi dos años de labor recogiendo datos, y todos esos análisis sonoros y silábicos del idioma ruso, el estudio de las fonografías, la clasificación de las voces, la doctrina sobre los modos idiomáticos nacionales, de grupo e individuales, todo esto que Antón Nikoláyevich consideraba un pasatiempo inútil (¿por qué no confesarlo? ¡A veces la duda germinaba también en usted!), todo esto da ahora unos resultados sólidos. Deberíamos incluir a Nerzhin en esto, ¿qué opina?

—Si la «empresa» va creciendo, ¿por qué no? Pero de momento hemos de demostrar nuestra vitalidad y ejecutar el primer encargo.

—¡El primer encargo! ¡El primer encargo es la mitad de toda la ciencia! No será pronto.

—Pero... es decir... Lev Grigórich. ¿No comprende la urgencia del asunto?

¡Sólo faltaría que no lo comprendiera! El *komsomol* Liovka Rubin había crecido con estas palabras: «es preciso» y «urgente». Eran los principales eslóganes de los años treinta. No había acero, no había corriente eléctrica, no había pan, no había ropa, pero había «es preciso» y había «urgente», y se levantaron los altos hornos y se pusieron en funcionamiento los trenes de desbaste. Luego, antes de la guerra, Rubin se echó a perder, se envolvió en el pausado siglo XVIII, en plácidas investigaciones científicas. Pero el grito de «¡es preciso urgentemente!», quedó naturalmente muy marcado en su alma, perjudicando su costumbre de perfeccionar el trabajo hasta el final.

Realmente, ¿cómo no había de ser urgente el trabajo si un grandísimo traidor de lesa patria podía escurrírseles de las manos?

Por la ventana entraba ya poca luz diurna. Encendieron la lámpara del techo, se sentaron ante la mesa de trabajo y examinaron los modelos de fonografías, destacados en las cintas con lápiz rojo y azul, los sonidos característicos, los puntos de unión de las consonantes, las líneas de tono. Trabajaban ambos en ello sin prestar atención a Smolosidov, el cual, sin abandonar la habitación ni un momento en todo el día, estaba sentado junto a la cinta magnética, vigilándola como un adusto perro negro y mirándoles a ellos en la nuca. Esta indesviable y dura mirada les oprimía el cráneo y el cerebro. Smolosidov les privaba de un elemento pequeño pero capital: la desenvoltura. Era testigo de sus vacilaciones y sería testigo de su animoso informe a la superioridad...

Y ellos caían alternativamente, uno en dudas y el otro en seguridad, y viceversa. A Reutmann lo embridaba su matematicismo, pero lo empujaba hacia adelante su posición en el servicio. A Rubin lo moderaba su deseo de crear una auténtica ciencia nueva, pero lo espoleaba el conocimiento adquirido en los planes quinquenales y la conciencia de su deber de partido.

Ambos consideraron suficiente la lista de los cinco sospechosos. No manifestaron suposiciones superfluas en el sentido de registrar magnetofónicamente a los cuatro hombres que

habían sido detenidos en la estación de metro Sokolniki (además, los habían detenido demasiado tarde), ni a otros tres del MGB que, en caso extremo, les había prometido Bulbaniuk. Por razones psicológicas desecharon la suposición de que quizá no hubiera llamado el propio informador, sino alguien por encargo de este.

¡No era fácil, de todos modos, abarcar a los cinco! Compararon de oído al criminal con las cinco voces. Compararon con la del criminal las cinco cintas de fonografías.

—¡Fíjese lo mucho que nos da el análisis de las fonografías! —mostró Rubin entusiasmado—. Verá que, al principio, el criminal no hablaba con su propia voz, que intentaba alterarla. ¿Pero qué cambia, en este caso, en el sonido visible? Sólo se desplaza la intensidad de las frecuencias, ¡pero el modo idiomático individual no cambia en absoluto! ¡Este es nuestro descubrimiento principal: el modo idiomático! ¡Aun en el caso de que el criminal hubiera hablado hasta el fin con la voz alterada no habría disimulado sus características!

—Pero ni usted ni yo conocemos bien todavía los márgenes de variabilidad de las voces —se empeñó Reutmann—. Puede que en los microtonos estos límites sean muy amplios.

Si de oído se podía poner en duda dónde era parecida la voz y dónde diferente, en las fonografías la variación del dibujo amplitud-frecuencia parecía poner de manifiesto la diferencia con más precisión. (Ciertamente era una desgracia que su aparato de lenguaje visible fuera tan primitivo: destacaba pocos canales de frecuencia y transmitía la magnitud de las amplitudes con manchas ininteligibles. Pero estaba la excusa de que el aparato no estaba destinado a un trabajo de tanta responsabilidad).

De los cinco sospechosos se podía eliminar a Zavarzin y a Siagoviti con toda seguridad (si es que, en general, esta futura ciencia permitía sacar conclusiones de una sola conversación). Con ciertas dudas, se podía también eliminar a Petrov (el enardecido Rubin eliminaba a Petrov con toda seguridad). Por el contrario, las voces de Volodin y de Schevronok se parecían a la voz del criminal por la frecuencia del tono fundamental, tenían idénticos fonemas: «o», «r», «l», «sh», y su modo idiomático individual era similar.

Así pues, sobre la base de estas voces parecidas debía ahora desarrollarse la ciencia de la fonoscopia y elaborar sus procedimientos. Sólo sobre tan sutiles diferencias podría elaborarse su futuro y sensible aparato. Rubin y Reutmann se recostaron en los respaldos de sus sillas con la solemnidad de unos creadores. Su mirada mental veía ya el organismo —parecido al de la dactiloscopia— que un día sería adoptado: una fonoteca única para toda la Unión en la que habría registradas las fonografías de las voces de todas las personas que un día hubieran resultado sospechosas. Cualquier conversación criminal, una vez registrada, se cotejaría con el archivo, y el malhechor sería cazado irremisiblemente, como el ladrón que deja sus huellas digitales en la puerta de una caja de caudales.

En ese momento, el ordenanza de Oskolupov les previno, a través de la rendija de la puerta, de la pronta llegada del jefe.

Y ambos volvieron a la realidad. La ciencia era la ciencia, pero de momento debían elaborar una conclusión común y defenderla unánimemente ante el jefe del Departamento.

Propiamente, Reutmann consideraba que lo alcanzado era mucho. Sabiendo que a los jefes no

les gustan las hipótesis, sino las conclusiones determinantes, Reutmann cedió ante Rubin y aceptó considerar la voz de Petrov fuera de toda sospecha, e informar con firmeza al teniente general que sólo quedaban como sospechosos Schevronok y Volodin, y que en los próximos dos días se llevaría a cabo una investigación complementaria sobre ellos.

Por el contrario, una circunstancia que embrollaba el asunto era que, según los datos recibidos, dos de los tres eliminados —Siagoviti y Petrov— no conocían en absoluto las lenguas extranjeras; Schevronok, en cambio, hablaba inglés y holandés, y Volodin el francés como un nativo, el inglés de carrerilla y un poco de italiano. Era poco probable que en un momento tan importante, cuando la conversación se reducía a la nada por culpa de la incomprensión del americano, no se le hubiera escapado al criminal ni una exclamación en aquel idioma que conocía.

—Por lo demás, Lev Grigórich —dijo Reutmann, soñador—, no debemos despreciar la psicología. Hemos de imaginar cómo debe de ser el hombre que se decide a hacer esta llamada telefónica. ¿Qué motivos pueden impulsarle? Y luego compararlo con los perfiles concretos de los sospechosos. Hay que plantear otra cuestión: deberían dar a los fonoscopistas no sólo la voz y el apellido del sospechoso sino unas breves noticias sobre su posición, ocupaciones, género de vida, y quizá también una biografía. Creo que podría crear enseguida un bosquejo psicológico de nuestro criminal...

Pero Rubin, que ayer por la tarde replicaba al pintor diciendo que el conocimiento objetivo está libre de toda pintura previa emocional, ya se había encariñado con uno de los sospechosos, y su réplica fue la siguiente:

—Como es natural, Adam Veniamínovich, ya he analizado las consideraciones psicológicas, y estas habrían inclinado el plato de la balanza del lado de Volodin: en la conversación con su esposa —(esta conversación con la esposa había despistado a Rubin sin que él se diera cuenta. La voz de la esposa de Volodin era tan armoniosa por teléfono que resultaba inquietante, y si algo debiera adjuntarse a la cinta, Lev habría pedido una fotografía de la esposa de Volodin)— se muestra en cierto modo indolente, abatido, incluso apático, lo que es muy propio de un criminal que teme ser perseguido, y nada semejante aparece en el alegre parloteo dominguero de Schevronok, en esto estoy de acuerdo. Pero estamos apañados si desde los primeros pasos no nos apoyamos en los datos objetivos de nuestra ciencia sino en consideraciones colaterales. Tengo poca experiencia en fonografías y debe usted creerme: por muchos detalles imperceptibles estoy absolutamente convencido de que el criminal es Schevronok. Por falta de tiempo no he podido medir todos estos detalles a partir de un coeficiente y traducirlos al lenguaje de las cifras —(¡para esto el filólogo nunca tenía tiempo!)—, pero si ahora me cogieran por la garganta y me dijeran: dínos solamente un nombre y certifica que él es el criminal, ¡casi sin vacilar diría el de Schevronok!

—Pero no vamos a hacerlo así, Lev Grigórich —repuso suavemente Reutmann—. Vamos a trabajar con una norma, vamos a traducirlo al lenguaje de las cifras, y entonces hablaremos.

—Pero ¿cuánto tiempo nos llevará eso? ¡Ya sabe que *es preciso* hacerlo *con urgencia*!

—¿Y si la verdad requiere tiempo?

—¡Pero mire, mírelo usted! —y repasando de nuevo las cintas de las fonografías, y sacudiendo

sobre ellas más y más ceniza, Rubin empezó a demostrar apasionadamente la culpabilidad de Schevronok.

En esta ocupación los encontró el teniente general Oskolupov, que entró con el paso lento y autoritario de sus cortas piernas. Todos le conocían bien y, por la gorra encasquetada, y por el torcido labio superior, vieron que llegaba vivamente descontento.

Rubin y Reutmann se levantaron de un salto, y él se sentó en un extremo del sofá, se metió las manos en los bolsillos y farfulló imperativamente:

—¿Y bien?

Rubin calló delicadamente, dejando que informara Reutmann.

Durante el informe de Reutmann, la sombra de profundos pensamientos pasó por la cara de Oskolupov y por sus flácidas mejillas. Sus párpados bajaron soñolientos, y el general ni siquiera contempló los modelos de cinta que le ofrecían.

Mientras Reutmann informaba, Rubin se consumía: incluso en las palabras precisas de aquel hombre inteligente, veía perderse el contenido, el hallazgo, que había guiado su investigación. Reutmann terminó con la conclusión de que se sospechaba de Schevronok y de Volodin; sin embargo, para dar una opinión definitiva se necesitarían nuevas grabaciones de sus conversaciones. Después de esto, miró a Rubin y dijo:

—Al parecer Lev Grigórich desea añadir o rectificar algo, ¿no?

Para Rubin, Fomá Oskolupov era un mentecato, un mentecato declarado hacía tiempo. Pero era también el ojo del Estado, el representante del régimen soviético, y el involuntario representante de todas aquellas fuerzas progresistas a las que Rubin se entregaba. Por eso Rubin se puso muy nervioso, y habló agitando las cintas y los álbumes de fonografías. Pidió al general que comprendiera que, aunque la conclusión dada era doble, esta duplicidad no era de ninguna manera inherente a la ciencia de la fonoscopia, sino que sencillamente era producto del plazo demasiado corto que les habían concedido para entregar una opinión definitiva, que se necesitaban más grabaciones magnéticas, pero que si se podía hablar de la intuición personal de Rubin, entonces...

El jefe ya no escuchaba soñoliento sino frunciendo desdeñosamente el ceño. Y sin esperar el final de las explicaciones, le interrumpió:

—¡La buenaventura que dice una mujer echando cartas! ¿Qué me importa vuestra «ciencia»? Lo que necesito es detener al criminal. Dadme una información responsable: ¿es exacto que el criminal está aquí, sobre vuestra mesa? ¿No estará paseando en libertad? ¿Es uno de esos cinco?

Y les miró de reojo. Ellos estaban de pie, ante él, sin apoyarse en ninguna parte. Las cintas de papel rodaban por el suelo desde las manos caídas de Rubin. Como un dragón negro, Smolosidov se pegó al magnetófono, detrás de Rubin.

Rubin se amilanó. No esperaba hablar del tema bajo este aspecto.

Reutmann, más acostumbrado a los modos de los jefes, dijo con toda la osadía que permitía la situación:

—Sí, Fomá Guriánovich. Yo, propiamente... Nosotros, propiamente... Estamos seguros de que el criminal se encuentra entre estos cinco.

(¿Qué otra cosa podía decir?).

Fomá entornó más firmemente los ojos.

—¿Responde de sus palabras?

—Sí, nosotros... Sí... respondemos...

Oskolupov se levantó pesadamente del sofá:

—Tened en cuenta que no os he tirado de la lengua. Ahora voy a informar al ministro.

¡Arrestaremos a los dos hijos de perra!

(Lo dijo mirándolos con tanta hostilidad que podía parecer que iba a arrestarlos a ellos).

—Espere —replicó Rubin—. ¡Espere por lo menos veinticuatro horas! ¡Dénos la posibilidad de fundamentar una prueba completa!

—Cuando empiece la investigación, de acuerdo, pondremos un micrófono en la mesa del juez y podréis grabar aunque sea durante tres horas.

—¡Pero uno de ellos es inocente! —exclamó Rubin.

—¿Cómo que inocente? —se sorprendió Oskolupov, y abrió por completo sus ojos verdes—. ¿No es culpable de nada? Los órganos de la Seguridad del Estado lo descubrirán, lo averiguarán.

Y salió sin dirigir una palabra amable a los adeptos a la nueva ciencia.

Oskolupov tenía este modo de mandar: no alabar nunca a ninguno de sus subordinados para que así se esforzaran más. No era ni siquiera su estilo personal, ese estilo le venía del de Arriba.

Y de todos modos era ofensivo.

Rubin y Reutmann se sentaron en las mismas sillas donde hacía poco soñaran con el gran futuro de la ciencia que estaba naciendo.

Y guardaron silencio.

Era como si les hubieran pisoteado todo lo que tan cuidadosa y frágilmente habían construido. Como si la fonoscopia fuera completamente inútil.

Si en lugar de uno podían arrestar a dos, ¿por qué no arrestar a los cinco para mayor seguridad?

Reutmann advertía claramente hasta qué punto era inestable el nuevo grupo formado, recordaba que el laboratorio de acústica estaba desmontado a medias, y de nuevo se apoderó de él la sensación de aquella noche, la sensación de lo incómodo que era el mundo y de la soledad que había en él.

Y se apagó la abnegada chispa de Rubin, incesante durante muchas horas. Recordó que le dolía el hígado, que le dolía la cabeza, que se le caía el pelo, que su esposa envejecía, que él todavía tendría que estar encerrado más de cinco años, y que año tras año los miembros del aparato del partido iban metiendo la revolución en un pantano, por eso ahora difamaban a Yugoslavia.

Pero no manifestaban nada de lo que pensaban, simplemente permanecían sentados en silencio.

Smolosidov callaba también tras sus nuca.

En la pared, Rubin había clavado un mapa de China mostrando el territorio comunista pintado con lápiz rojo.

Este mapa era lo único que daba calor a su corazón. Pese a todo, pese a todo, venceremos...

Llamaron a la puerta requiriendo la presencia de Reutmann. Empezaba la instrucción política conjunta para el partido y el *komsomol*, y era preciso que Reutmann enviara allí a sus subordinados y estuviera también presente.

El lunes era el día de la instrucción política no sólo en la *sharashka* de Marfino, sino en toda la Unión Soviética, según había establecido el Comité Central del Partido. En este día, los alumnos de las clases superiores, las amas de casa en sus asociaciones de vecinos, los veteranos de la revolución, los académicos de pelo cano, se sentaban en sus pupitres de seis a ocho de la tarde y abrían los resúmenes que habían preparado el domingo (por irrevocable deseo del Jefe, no sólo se exigía que los ciudadanos respondieran oralmente, sino que debían llevar resúmenes escritos de propia mano).

Profundizaban en la historia del Partido de Nuevo Tipo. Cada año, empezando el 1 de octubre, se estudiaban los errores del partido Naródnaya Volia, los errores de Plejánov y la lucha de Lenin y Stalin contra el economicismo, el marxismo legalista, el oportunismo, el *jvostismo*, el revisionismo, el anarquismo, el otzovismo, el liquidacionismo, la búsqueda de Dios, los intelectuales invertebrados. Sin tener en cuenta el tiempo, se comentaban párrafos del reglamento del partido aprobados cincuenta años atrás (y muy cambiados desde entonces), se comentaba la diferencia entre el antiguo periódico *Iskra* y el nuevo *Iskra*, sobre el «un paso adelante y dos atrás», sobre el Domingo Sangriento... Pero entonces se llegaba al célebre Capítulo 4 del *Curso abreviado*, que exponía las bases filosóficas de la ideología comunista y, sin que se supiera por qué, todos los círculos de estudios se empantanaban ignominiosamente en dicho capítulo. Y como esto no podía atribuirse a defectos y confusiones del materialismo dialéctico, ni a la vaguedad de la exposición por parte del autor (el capítulo lo había escrito el Mejor Alumno y Amigo de Lenin), las únicas causas posibles eran: la dificultad del pensamiento dialéctico para las masas atrasadas e ignorantes, y la indesviable llegada de la primavera. En mayo, en el momento álgido del estudio del Capítulo 4, los trabajadores se redimían suscribiéndose al empréstito nacional, y la instrucción política se suspendía.

En octubre se reunían de nuevo los círculos de estudios, pero entonces, pese al deseo intrépido, claramente expresado por el Gran Timonel, de que pasaran cuanto antes a la candente actualidad, a sus defectos y a sus contradicciones dinámicas, no había más remedio que reconocer que durante el verano los trabajadores habían olvidado por completo todo el material y que el Capítulo 4 no se había terminado. Entonces se indicaba a los propagandistas que volvieran a empezar por los errores de Naródnaya Volia, los errores de Plejánov, la lucha contra el economicismo y contra el marxismo legalista.

Así ocurría en todas partes cada año, y año tras año. Y la importancia y el interés de la

conferencia de hoy en Marfino sobre el tema «El materialismo dialéctico: una concepción vanguardista del mundo» radicaba precisamente en que debía agotar hasta el fin el Capítulo 4, referirse a la obra deslumbrante y genial de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo* y, una vez roto el círculo vicioso, poner por fin a los grupos del partido y del *komsomol* de Marfino en el camino real de la actualidad: el trabajo y la lucha de nuestro partido en el período de la primera guerra imperialista y en la preparación de la Revolución de Febrero.

Otra cosa que atraía a los externos de Marfino era que, en aquella conferencia, no era necesario llevar resúmenes (quienes los habían hecho los tendrían para el próximo lunes, y quienes andaban retrasados dispondrían de más tiempo). Y otra cosa que cautivaba de aquella conferencia era que no la daba un propagandista del montón, sino el conferenciante del Comité Regional del Partido, Rajmankul Schamsetdinov. Stepánov había recorrido los laboratorios antes de comer previniendo a la gente de que el conferenciante, según decían, tenía una elocuencia arrebatadora. (Había otra circunstancia de este orador que ni el mismo Stepánov conocía: Schamsetdinov era un buen amigo de Mamulov, no del Mamulov del secretariado de Beria, sino de un hermano de este, jefe del campo de concentración de Jobrinski en la fábrica de material de guerra. Este Mamulov mantenía, sólo para él, un teatro de presos formado de actores moscovitas ahora arrestados. El teatro divertía a Mamulov y a sus comensales, lo mismo que unas muchachas bien seleccionadas en la prisión de tránsito de Krasnaya Presnaya. La amistad con los dos Mamulov era la causa del respeto que el Comité Regional del Partido en Moscú sentía por Schamsetdinov, que se permitía la osadía de no leer las conferencias siguiendo palabra por palabra un texto preparado de antemano, sino que se entregaba a la inspiración de la elocuencia).

No obstante, pese a la cuidadosa publicidad, y pese a todo el atractivo de la conferencia, los externos de Marfino acudían a ella con cierta desgana y procuraban demorarse en los laboratorios valiéndose de diversos pretextos. Como quiera que en todo lugar debía haber un externo —¡no iban a abandonar a los presos sin vigilancia!—, el jefe del Laboratorio del Vacío, que nunca hacía nada, declaró de pronto que asuntos urgentes requerían su presencia en el laboratorio, y envió a la conferencia a sus muchachas, Tamara y Clara. Lo mismo hizo el sustituto de Reutmann en el laboratorio de acústica: se quedó allí y ordenó a la muchacha de servicio, Símochka, que fuera a escuchar la conferencia. El comandante Shikin tampoco acudió, pero sus actividades, envueltas en el misterio, no podían ser controladas ni siquiera por el partido.

Los que acudieron no fueron puntuales y procuraron ocupar las últimas filas llevados de un falso instinto de conservación.

En el Instituto había una sala especial destinada a reuniones y conferencias. Se habían llevado muchas sillas a esta sala para que se quedaran allí definitivamente, y las habían empalmado de ocho en ocho con unos listones clavados. (El gerente de la casa se había visto obligado a adoptar esta medida para que no se llevaran las sillas a otros lugares del centro). Las hileras de sillas estaban poco separadas unas de otras debido a las pequeñas proporciones de la sala, de modo que las rodillas de los que se sentaban detrás se apoyaban dolorosamente en el listón de la hilera de delante. Por eso, los que llegaban primero procuraban retirar su hilera hacia atrás, para que sus piernas estuvieran más libres. Entre los jóvenes que se sentaban en distintas hileras esto

provocaba resistencias, bromas, risas. Gracias a los esfuerzos de Stepánov, y de los mensajeros enviados por él, a las seis y cuarto se llenaron finalmente todas las filas, desde la posterior a la anterior, pero nadie se pudo sentar en las filas segunda y tercera, adosadas completamente a la primera.

—¡Camaradas! ¡Camaradas! ¡Es un hecho vergonzoso! —dijo Stepánov mostrando el brillo plúmbeo de sus gafas y acuciando a los retrasados—. ¡Obligáis a esperar al conferenciante del Comité Regional del Partido! (Para no aguantar el tipo, el conferenciante esperaba en el despacho de Stepánov).

Reutmann entró penúltimo en la salita. A falta de otro lugar —todo estaba estrechamente ocupado por guerreras verdes con algunos pañuelos femeninos como nota de color entre ellos—, pasó a primera fila y se sentó en el extremo izquierdo casi tocando con las rodillas la mesa del presidium. Luego, Stepánov fue en busca de Yákonov. Aunque este no era miembro del partido, le correspondía acudir a una conferencia de tanta responsabilidad, y además la encontraría interesante. Yákonov avanzó a pequeños pasos a lo largo de la pared, encorvándose un poco para trasladar su corpulento cuerpo entre los asistentes, que en aquel momento no eran sus subordinados sino la colectividad del partido y del *komsomol*. No encontrando detrás un puesto libre, Yákonov llegó a la primera fila y se sentó en el extremo de la derecha, como si también allí estuviera enfrentado a Reutmann.

Hecho todo esto, Stepánov introdujo al conferenciante. Este era un hombre corpulento, de anchos hombros, cabeza grande, con una revuelta mata de pelo oscuro tocada de alguna cana color ceniza. Se comportaba con extrema desenvoltura, como si hubiera entrado en la sala, simplemente, a tomarse una jarra de cerveza con Stepánov. Llevaba con extraordinaria sencillez un traje claro de lana de primera calidad, algo arrugado, y una corbata de colores chillones con un nudo del tamaño de un puño. No había ningún cuaderno ni guión en sus manos. Entró en materia directamente:

—¡Camaradas! A cada uno de vosotros le interesa saber cómo es el mundo que nos rodea.

Inclinándose pesadamente hacia los oyentes por encima de la mesa del presidium, cubierta con la tela roja de algodón de las pancartas, guardó silencio y todos prestaron atención. Daba la sensación de que ahora iba a explicarles en dos palabras cómo era el mundo circundante. Pero el conferenciante se echó bruscamente para atrás como si le hubieran dado a oler amoníaco, y exclamó indignado:

—¡Muchos filósofos han intentado responder a esta pregunta! ¡Pero nadie fue capaz de hacerlo antes de Marx! ¡Pues la metafísica no admite los cambios cualitativos! Naturalmente, no será fácil —extrajo del bolsillo, con dos dedos, un reloj de oro—, no será fácil aclararos todo esto en hora y media, pero —se guardó el reloj— lo intentaré.

Stepánov, que se había reservado un sitio en la cabecera de la mesa del conferenciante, de cara al público, interrumpió:

—Aunque sea más. Nos satisface mucho.

Algunas de las muchachas se descorazonaron (aquel día tenían prisa por ir al cine).

Pero el conferenciante, separando digna y ampliamente las manos, puso de manifiesto que

también él tenía sus superiores.

—¡Es el reglamento! —paró los pies a Stepánov—. ¿Qué ayudó a Marx y a Engels a ofrecer un cuadro correcto de la naturaleza y de la sociedad?: el sistema filosófico genialmente elaborado por ellos, y continuado por Lenin y Stalin, que recibe el nombre de materialismo dialéctico. La primera gran sección del materialismo dialéctico es la dialéctica del materialismo. Voy a caracterizarla brevemente en base a sus proposiciones fundamentales. A menudo se menciona al filósofo prusiano Hegel como si él hubiera formulado los rasgos fundamentales de la dialéctica. ¡Y eso es radicalmente incorrecto, radicalísimamente incorrecto, camaradas! ¡Hegel tenía la dialéctica *en la cabeza*, eso es indiscutible! ¡Marx y Engels la pusieron en pie, tomaron de ella su semilla racional, y tiraron la cáscara idealista! ¡El método dialéctico marxista es un enemigo! ¡Es enemigo de todo inmovilismo, de toda metafísica y de todo prejuicio religioso! En total, cuatro son los rasgos que encontramos en la dialéctica. El primer rasgo es lo que... es la interrelación. Una interrelación y no un conjunto de objetos aislados. La naturaleza y la sociedad son (¿cómo lo diría para que fuera más claro?), no son un almacén de muebles donde todo está instalado aquí y allá sin ninguna relación. ¡En la naturaleza todo está relacionado, todo relacionado, debéis recordar esto y os ayudará mucho en vuestras investigaciones científicas!

Aquellos que, despreciando diez minutos, habían llegado antes y se habían instalado detrás, se encontraban en una situación especialmente favorable. Stepánov, con sus gafas de severo brillo, no dominaba hasta ellos, hasta las últimas filas. Y allí, un esbelto teniente de la Guardia escribía una nota y se la pasaba a Tonia, una tártara del laboratorio de acústica, también teniente, pero con una blusa de punto importada, de color carmesí, cubriendo el vestido oscuro. Para desdoblar la nota sobre sus rodillas, Tonia se escondió tras el que se sentaba delante. Un negro mechón de pelo negro se derrumbó y se quedó colgando, haciendo a la muchacha muy atractiva. Después de leer la nota, Tonia se ruborizó levemente y empezó a pedir a sus vecinos un lápiz o una pluma.

—... y el número de ejemplos podría aumentarse... El segundo rasgo de la dialéctica es el de que todo se mueve. ¡Todo se mueve, no hay reposo ni nunca lo hubo, es un hecho! Y la ciencia debe estudiar todas las cosas en movimiento, en su desarrollo, pero metiéndose firmemente en la cabeza que el movimiento no es en círculo cerrado, de otro modo no habría aparecido nuestra vida moderna superior. El movimiento sigue una escalera de caracol, no hay necesidad de demostrarlo, y siempre hacia arriba, hacia arriba, así...

Agitando la mano, demostró cómo. El conferenciante no encontraba dificultad ni en la elección de las palabras ni en los movimientos de su cuerpo. Había dispersado las sillas que sobraban dejando libres unos tres metros cuadrados alrededor de la mesa, y paseaba por ellos, movía los pies, se balanceaba apoyado en el respaldo de una silla demasiado frágil bajo su macizo corpachón. Pronunciaba las palabras «indiscutible» y «no hay necesidad de demostrarlo» de una manera especialmente sonora y categórica, como reprimiendo un motín desde el puente del capitán, y no las pronunciaba en lugares casuales, sino donde era especialmente necesario reforzar unas pruebas ya sólidas de por sí.

—El tercer rasgo de la dialéctica es el paso de la cantidad a la calidad. Este rasgo tan importante nos ayuda a comprender lo que es el desarrollo. No creáis que el desarrollo sea

simplemente aumento. Aquí conviene ante todo fijarnos en Darwin. Engels nos explica este rasgo con ejemplos científicos. Tomad agua, aunque sea el agua de esta jarra, está a dieciocho grados y es simplemente agua. Calentadla, por favor. Calentadla hasta los treinta grados y continuará siendo agua. Calentadla hasta los ochenta grados y seguirá siendo agua. ¿Pero y si la calentamos hasta los cien grados? ¿Qué será entonces? ¡VAPOR!

Al conferenciante se le escapó este grito de triunfo, y algunos incluso tuvieron un sobresalto.

—¡VAPOR! ¡Y podríamos hacer también hielo! ¿Qué? ¡Este es el paso de la cantidad a la calidad! Leed *La dialéctica de la naturaleza* de Engels, está llena de otros aleccionadores ejemplos que arrojarán una luz sobre vuestras dificultades cotidianas. Dicen ahora, por ejemplo, que nuestra ciencia soviética ha conseguido también licuar el aire. ¡Por algo, hace cien años, no se les ocurrió pensar en esto! ¡Porque no conocían la ley del paso de la cantidad a la calidad! ¡Y así en todo lo demás, camaradas! Voy a presentar unos ejemplos del desarrollo de la sociedad...

Antes de oír a ningún conferenciante y sin necesidad de ningún conferenciante, Adam Reutmann sabía que un científico necesita el materialismo dialéctico como el aire, que sin el materialismo dialéctico no se pueden comprender los fenómenos de la vida. Pero cuando estaba en reuniones, seminarios o conferencias como la de hoy, Reutmann sentía casi físicamente que su cerebro empezaba a girar lentamente atornillándose y retorciéndose. Pese a toda su resistencia mental, cedía a aquella absorbente rotación como el hombre agotado cede al sueño. Quería sacudírsela. Habría podido presentar asombrosos ejemplos sacados de la estructura del átomo o de la mecánica ondulatoria. Pero no se habría atrevido a interrumpir o dar lecciones a un camarada del Comité Regional. Se limitaba a fijar la mirada de reproche de sus ojos avellanados, a través de las gafas para el astigmatismo, en el conferenciante que agitaba los brazos no lejos de su cabeza.

La voz del conferenciante retumbaba:

—Así pues, el paso de la cantidad a la calidad puede producirse con ruptura o e-vo-lu-ti-va-men-te, ¡es un hecho! La ruptura, en el desarrollo, no ocurre necesariamente en todas partes. Nuestra sociedad socialista se desarrolla y continuará desarrollándose sin ninguna clase de rupturas, ¡es indiscutible! Pero los renegados sociales, los traidores sociales, los socialistas de derechas de todo pelaje, engañan desvergonzadamente al pueblo diciendo que se puede pasar también del capitalismo al socialismo sin ruptura alguna. ¿Sin ruptura? ¿Sin una revolución? ¿Sin romper la máquina estatal? ¿Por el camino parlamentario? ¡Que les cuenten esas fábulas a los niños pequeños, pero no a los marxistas adultos! ¡Lenin nos enseñó, y ahora nos enseña nuestro genial teórico el camarada Stalin, que la burguesía nunca renunciará al poder sin una lucha armada!

Las greñas del orador se estremecían cuando echaba la cabeza hacia atrás. El conferenciante se sonó con un gran pañuelo ribeteado de azul y consultó su reloj, pero no con la mirada suplicante de un informador a quien el tiempo se le echa encima, sino de reojo, con desconcierto. Luego se aplicó el reloj al oído.

—El cuarto rasgo de la dialéctica —gritó de tal manera que de nuevo algunos se sobresaltaron—, es, son... ¡las contradicciones! ¡Los contrarios! ¡Lo que perece y lo que se renueva, lo positivo y lo negativo! ¡Está en todas partes, camaradas, no es ningún secreto! Se pueden poner ejemplos

científicos, por ejemplo, ¡la electricidad! ¡Si se frota un cristal con seda, será el positivo, si resina con pieles, será el negativo! Pero sólo su unidad, su síntesis, dará energía a nuestra industria. No hay que ir muy lejos para encontrar ejemplos, camaradas, están aquí y en todas partes: el calor es el más, el frío el menos, y en la vida social vemos este mismo irreconciliable conjunto que forman lo positivo y lo negativo. Como veis, el materialismo dialéctico impregna lo mejor que se ha conseguido en las ramas de la ciencia. Las contradicciones internas descubiertas por los fundadores del marxismo aparecen no sólo en la naturaleza muerta, sino que son la fuerza motora fundamental de todas las formaciones, desde el régimen primitivo-comunitario hasta el imperialismo, que se pudre ante nuestros ojos. Sólo en nuestra sociedad sin clases las fuerzas motoras ya no son indiscutiblemente las contradicciones internas, sino la crítica y la autocrítica sin tener en cuenta de quién se trate.

El conferenciante bostezó y no llegó a tiempo de taparse la boca. Se puso sombrío, en su cara aparecieron unas arrugas verticales, la mandíbula inferior tembló en una convulsión contenida. En un tono completamente distinto, en un tono de gran cansancio, intentó aún hablar de pie:

—Los opositores y los derrotistas por el estilo de Bujarin nos han calumniado insolentemente diciendo que tenemos aquí contradicciones de clase, pero...

El cansancio pudo con él. Parpadeó, se dejó caer en la silla y terminó la frase con indolencia y suavidad:

—... pero nuestro Comité Central les dio una réplica demoledora.

Y dio la parte central de la conferencia de esta manera. Parecía como si un achaque interior lo hubiera dejado de repente sin fuerzas, o como si hubiera perdido la esperanza de que la maldita hora y media de conferencia terminara alguna vez.

Hablaba con voz fúnebre, bajando hasta el murmullo, como si todo se volviera contra él y contra los oyentes. Parecía abrirse paso por un laberinto del que no previera encontrar la salida.

—Sólo la materia es absoluta, pero todas las leyes de la ciencia son relativas... Sólo la materia es absoluta, pero cada variedad particular de materia es relativa... No hay nada absoluto fuera de la materia, y el movimiento es su eterno atributo... El movimiento es absoluto, el reposo es relativo... No hay verdades absolutas, toda verdad es relativa... El concepto de belleza es relativo... Los conceptos del bien y del mal son relativos...

Tanto si Stepánov escuchaba la conferencia como si no, todo su aspecto —erguido en la silla, lanzando destellos sobre el auditorio— expresaba la conciencia de la importancia de la medida política puesta en práctica, así como la contenida alegría de pensar que un acontecimiento cultural tan grande tenía lugar entre las paredes de Marfino.

Yákonov y Reutmann escuchaban al conferenciante a la fuerza, por estar sentados tan cerca. En la cuarta fila, también escuchaba una muchacha con un vestido esponjoso, inclinada hacia adelante, con un leve rubor en la cara. Se le había ocurrido el vanidoso deseo de formular alguna pregunta al conferenciante, pero no podía inventar ninguna.

Klykachov miraba atentamente al conferenciante, y su estrecha y alargada cabeza se asomaba entre la densidad de uniformes. Pero no escuchaba: él también hacía de instructor político, y habría podido dar la conferencia mejor. Sabía muy bien con qué materiales de instrucción se había

preparado la intervención de hoy. Klykachov estudiaba al conferenciante, simplemente, por aburrimiento: primero hizo cabalas sobre lo que aquel hombre podía cobrar cada mes, luego intentó determinar su edad y su género de vida. Podría tener unos cuarenta años, pero la ceniza de su pelo, la nariz congestionada y purpúrea y el corte de su cara lo llevaban más allá de los cincuenta, o bien delataban que tomaba mucho de la vida y esta se desquitaba.

Los demás, abiertamente, no escuchaban. Tonia y el teniente alto habían llenado ya de notas la cuarta hoja del bloc. Otro teniente y Tamara jugaban a un divertido juego: él le cogía primero un dedo, luego otro, y así hasta la muñeca, ella le daba una palmada con la otra mano y liberaba su muñeca. Y todo volvía a empezar. El juego los abstraía, y sólo en el rostro, visible para Stepánov, intentaban mantener una expresión severa con la astucia de unos colegiales. El jefe del cuarto grupo le dibujaba al jefe del primer grupo (también sobre las rodillas, a escondidas de Stepánov) el complemento que pensaba añadir a su esquema ya en funcionamiento.

Pero a todos ellos, aunque a fragmentos, llegaba la voz del conferenciante. Sólo Clara Makaryguin, con su vestido monocolor azul vivo, se había acodado abiertamente en el respaldo de la silla que tenía delante y escondía la cara entre los brazos cruzados. Estaba sorda y ciega a cuanto sucedía en aquella sala, vagaba por esa niebla rosada que suelen producir los párpados cerrados y apretados. Una mezcla de gozo, turbación y tristeza no la abandonaba desde el beso que Ruska le diera ayer. Todo se enmarañaba de una forma insoluble. ¿Por qué Erik había entrado en su vida? ¿Podía acaso dejarlo al margen? ¿Cómo podría ahora *no esperar* a Ruska? ¿Y cómo podría *esperarlo*? ¿Cómo podría ahora continuar con él en el mismo grupo, encontrar su mirada, charlar con él en adelante? ¿Y si se trasladara a otro grupo? ¿Y si el ingeniero coronel había decidido ya trasladar a Rostislav? Lo había llamado hacía dos horas y todavía no había vuelto. Clara se había sentido aliviada de que no hubiera regresado antes de la instrucción política, y se marchó de buen grado a la conferencia para aplazar su encuentro con él. De todos modos era inevitable que aquella noche le diera una explicación. Al marcharse, en la puerta, había vuelto la cabeza y había transmitido a la muchacha un reproche insoportable. En efecto, debía de parecer muy ruin eso de hacerle promesas ayer y en cambio hoy...

(No sabía que no iban a encontrarse nunca más en la vida: Ruska había sido arrestado y encerrado en un pequeño y estrecho calabozo de Dirección. Y en el Laboratorio del Vacío, en aquel mismo momento, el comandante Shikin, en presencia del jefe del laboratorio, descerrajaba y registraba la mesa de Ruska).

Las fuerzas volvieron a afluir al conferenciante. Se reanimó, se puso en pie, y blandiendo su gran puño demolió con ironía la mísera lógica formal engendrada por Aristóteles, así como la escolástica de la Edad Media que cayera bajo el empuje de la dialéctica marxista.

A Marfino llegaban las revistas americanas más recientes. Pocos días antes, Rubin había traducido para todo el laboratorio de acústica un artículo sobre la nueva ciencia de la cibernética. Reutmann y algunos otros oficiales habían leído dicho artículo. La cibernética descansaba precisamente sobre la tan maltratada lógica formal: «sí» es sí, «no» es no, y no se da una tercera posición. El *Algebra lógica binaria* de John Boole apareció el mismo año que el *Manifiesto comunista*, pero nadie se fijó en ese libro.

—La segunda gran sección del materialismo dialéctico es el materialismo filosófico —tronó el conferenciante—. El materialismo creció en lucha con el idealismo filosófico reaccionario, cuyo fundador es Platón, y cuyos posteriores representantes más característicos son el obispo Berkeley, Mach, Avenarius, Yúshkevich y Valentinov.

Yákonov lanzó tal exclamación que se volvieron a mirarle. Entonces puso una mueca en su cara y se llevó las manos al costado. Sólo habría podido cambiar impresiones con Reutmann, y sin embargo precisamente con él era imposible. Y permaneció sentado con cara sumisa y atenta. ¡En eso debía emplear el último mes que le había sido concedido!...

—¡No hay necesidad de demostrar que la materia es la sustancia de todo lo existente! —vociferó el conferenciante—. La materia es indestructible, ¡eso es indiscutible! Y también puede demostrarse científicamente. Por ejemplo, si enterramos una semilla, ¿desaparece? ¡No! Se ha convertido en una planta, en una decena de semillas como ella. Había agua, y el sol la ha evaporado. ¿Ha desaparecido el agua? ¡Naturalmente que no! ¡El agua se ha convertido en nube, en vapor! ¡Así es! Sólo un abyecto criado de la burguesía, un lacayo diplomado de los prejuicios religiosos, el físico Ostwald, ha tenido la insolencia de declarar que «la materia desaparece». ¡Pero es ridículo, dígase a quien se diga! El genial Lenin, en su obra inmortal *Materialismo y empiriocriticismo*, basándose en concepciones de vanguardia, refutó a Ostwald y lo metió en un callejón sin salida del que no sabe cómo librarse.

Yákonov pensó: «Habría que meter a unos cien conferenciantes como este en esas sillas tan estrechas, darles una conferencia sobre la fórmula de Einstein y tenerlos sin comer hasta que sus cabezas perezosas y obtusas percibieran, por lo menos, dónde van a parar cada segundo los cuatro millones de toneladas de sustancia solar».

Pero a él lo tenían también sin comer. Sentía tirones en todas sus venas. Mantenía su ánimo con una simple esperanza: ¿los dejarían pronto libres?

Todos aguantaban con esta esperanza, pues habían salido de casa en tranvías, autobuses o trenes eléctricos, unos a las ocho de la mañana, otros a las siete, y no pensaban poder volver a casa antes de las nueve y media.

Pero Símochka esperaba el fin de la conferencia más nerviosa que ellos, aunque se quedaba de guardia y no tenía que apresurarse por volver a casa. El temor y la espera ascendían y descendían en ella en ardientes oleadas, y las piernas no la obedecían, como si hubiera tomado *champagne*. Porque hoy era la noche del lunes que había indicado a Gleb para su cita. No podía admitir que este grande y solemne momento de su vida ocurriera de improviso, de pasada, por ello anteayer no se sentía aún preparada. Había pasado todo el día de ayer y la mitad del de hoy como en vísperas de una gran fiesta. Estuvo con una modista a la que dio prisa para que terminara un vestido nuevo que le caía muy bien. Se había bañado en casa con concentrada atención, colocando la bañera de zinc en la estrechez de su habitación moscovita. Antes de retirarse a descansar, se había rizado el pelo mucho rato, y por la mañana se lo había cepillado largamente, mirándose continuamente en el espejo, buscando convencerse de que, dando determinados giros a su cabeza, podía muy bien gustar.

Tenía que haber visto a Nerzhin a las tres, inmediatamente después del descanso, pero Gleb,

despreciando abiertamente las reglas de los presos (¡no se le podía condenar hoy por esto! ¡Tenía que ser prudente!), llegó tarde para comer. Al propio tiempo, enviaron a Símochka, durante bastante rato, a otro grupo donde debía llevar a cabo un inventario y la recepción de unos aparatos y unas piezas. Volvió al laboratorio de acústica antes de las seis, pero tampoco encontró a Gleb, aunque su mesa estaba cubierta de revistas y carpetas, y la lámpara encendida. Así pues, se fue a la conferencia sin haberlo visto y sin sospechar la terrible noticia: que ayer, inesperadamente, después de un año de interrupción, había ido a una entrevista con su esposa.

Ahora, con las mejillas ardientes y el nuevo vestido, permanecía sentada en la conferencia y observaba con terror las agujas del gran reloj eléctrico. Pasadas las ocho tenía que quedarse a solas con Gleb... Pequeña como era, cabía fácilmente entre las estrechas filas y no era visible gracias a sus vecinos, de manera que desde lejos su silla parecía vacía.

El ritmo del discurso del conferenciante se aceleró notablemente del mismo modo que en una orquesta se acelera un vals o una polca en los últimos compases. Todos lo advirtieron y se animaron. Sucediéndose unas a otras, levemente mezcladas con las espumosas salpicaduras que la prisa arrancaba de su boca, volaban sobre las cabezas de los oyentes unas ideas aladas:

—La teoría se convierte en una fuerza material... Los tres rasgos del materialismo... Las dos peculiaridades de la producción... Los cinco tipos de relaciones productivas... El paso al socialismo es imposible sin la dictadura del proletariado... El salto al reino de la libertad... Los sociólogos burgueses comprenden muy bien todo esto... La fuerza y la vitalidad del marxismo-leninismo... ¡El camarada Stalin ha elevado el materialismo dialéctico a un nuevo peldaño aún más alto! ¡Lo que Lenin no tuvo tiempo de hacer, en cuestiones teóricas, lo ha hecho el camarada Stalin! La victoria en la Gran Guerra Patria... Unas conclusiones estimulantes... Unas perspectivas inabarcables... Nuestro genial y sabio... nuestro gran... nuestro querido...

Ya bajo los aplausos consultó su reloj de bolsillo. Eran las ocho menos cuarto. Quedaba aún un pequeño espacio de tiempo según el reglamento.

—¿Hay quizá preguntas? —inquirió el conferenciante con un tono en cierto modo amenazador.

—Sí, si es posible... —se ruborizó intensamente la muchacha del vestido esponjoso desde la cuarta fila. Se levantó, y muy nerviosa de que todos la miraran y escucharan, dijo—: Usted dice que los sociólogos burgueses comprenden todo esto. Y efectivamente, es tan claro, tan convincente... ¿Por qué, pues, escriben en sus libros de lo contrario? ¿Engañan adrede a la gente?

—¡Porque no sería provechoso para ellos hablar de otra manera! ¡Les pagan grandes sumas por ello! ¡Los sobornan con la plusvalía exprimida en las colonias! Su doctrina se llama pragmatismo, lo que traducido al ruso significa: lo que es provechoso es legal. ¡Todos ellos son unos mentirosos, unas ramerías políticas!

—¿Todos? ¿Todos? —se horrorizó con su fina vocecita la muchacha.

—¡Del primero al último! —terminó el conferenciante con aplomo, sacudiendo su greñuda cabeza color ceniza.

El vestido nuevo, color castaño, de Símochka lo había confeccionado una costurera teniendo en cuenta las virtudes y defectos de la figura: la parte superior, una especie de chaqueta, envolvía ajustadamente su talle de avispa, pero en el pecho no se ajustaba, sino que se recogía formando unos pliegues indeterminados. Para ensanchar artificialmente la figura, al pasar a la falda terminaba con dos volantitos redondos, uno mate y el otro brillante, que se movían al caminar. Los brazos imponderablemente delgados de Símochka se cubrían con unas mangas que descendían de los hombros con ondulante libertad. En el pequeño cuello había un invento ingenuo y simpático: había sido confeccionado independientemente en forma de larga franja del mismo tejido, y sus extremos colgantes se anudaban sobre el pecho como unas cintas y tenían el aspecto de las dos alas de una mariposa de color castaño plateado.

Las amigas de Símochka examinaron y valoraron estos y otros detalles en la escalera y en el guardarropa, donde fue a despedirlas después de la conferencia. Había mucho vocerío y apreturas, los hombres se metían en sus capotes y abrigos a toda prisa, encendían cigarrillos por el camino, las muchachas se balanceaban junto a la pared al ponerse las botas de fieltro.

En aquel mundo de sospechas habría podido parecer extraño que Símochka estrenara un vestido en su servicio nocturno, un vestido que se había hecho para Año Nuevo. Símochka, sin embargo, explicó a las chicas que después del turno iría a la fiesta de cumpleaños de su tío y que allí habría jóvenes.

Las amigas aprobaron el vestido, dijeron que con él estaba «sencillamente, muy mona» y le preguntaron dónde había comprado la tela de raso.

La decisión había abandonado a Símochka, que se demoraba para no ir al laboratorio. No entró en acústica hasta las ocho menos dos minutos. El corazón le latía aceleradamente, aunque también se sentía animada por los elogios recibidos. Los presos ya estaban entregando los materiales secretos que debían guardarse en el armario de acero. Vio la mesa de Nerzhin desde el otro extremo de la sala, cuya parte central estaba ahora desnuda desde que se llevaron el Vocoder al Número 7.

Ya no estaba. (¿No habría podido esperar?). La lámpara de sobremesa estaba apagada, las persianas de la mesa, cerradas, y los materiales secretos, entregados. Pero había algo desusado: el centro de la mesa no estaba totalmente desocupado, como solía dejarlo Nerzhin después del descanso, sino que había una gran revista americana y un diccionario abierto. Podría tratarse de una señal secreta para ella: «¡Volveré pronto!».

El sustituto de Reutmann puso en manos de Símochka las llaves del armario secreto, las de la sala y el sello (los laboratorios se sellaban cada noche). Símochka temía que Reutmann fuera de nuevo a ver a Rubin. En este caso se podría esperar en cada momento que pasara por el laboratorio de acústica, pero no, Reutmann estaba allí con el capote y la gorra, poniéndose los guantes de piel y apremiando al sustituto para que se pusiera el abrigo. Estaba triste.

—Está bien, Serafima Vitalievna, tome el mando. Que lo pase bien —le deseó en último término.

El sonido del timbre eléctrico se extendió largo rato por los pasillos y salas del Instituto. Todos los presos iban a cenar. Símochka paseaba arriba y abajo por el laboratorio, sin sonreír, observando a los últimos que se marchaban. Cuando no sonreía, su cara parecía muy severa, especialmente por culpa de su larga nariz, de afilado cartílago, que la privaba de todo encanto.

Se quedó sola.

¡Ahora ya podía llegar!

Caminaba por el laboratorio retorciéndose los dedos.

¡Qué mala suerte! Las cortinas de seda, que colgaban siempre ante las ventanas, hoy habían sido llevadas a la lavandería. Las tres ventanas habían quedado indefensas y desnudas, un observador oculto podía espiar la sala desde la negrura del patio. Ciertamente que no verían el fondo de la sala: el laboratorio de acústica estaba en el piso principal. Pero no muy lejos estaba la cerca, y la torre de guardia quedaba frente a la ventana de Gleb y suya. Desde allí se veía la sala de parte a parte.

¿Y si *entonces* apagaban todas las luces? La puerta estaría cerrada, cualquiera pensaría que el oficial de servicio había salido.

Pero ¿y si empezaban a aporrear la puerta, a buscar las llaves?

Símochka pasó a la cabina acústica. Lo hizo sin darse cuenta, sin relacionarlo con el centinela, cuya mirada no podía penetrar allí. En el umbral de aquel estrecho cuchitril se apoyó en la gruesa hoja de la puerta y cerró los ojos. No quería entrar siquiera si no estaba él. Deseaba que él la trajera hacia allí, que la llevara.

Había oído contar a las amigas cómo sucedía aquello, pero se lo imaginaba vagamente, su agitación iba creciendo y las mejillas poniéndose más ardientes.

¡Lo que en la juventud hay que conservar más que ninguna otra cosa, se había convertido ya en una carga!

¡Sí! ¡Habría deseado mucho tener un hijo y educarlo mientras Gleb esperaba su liberación! ¡Sólo se trataba de cinco años!

Se acercó por detrás a su silla giratoria, arqueada, amarilla, y abrazó el respaldo como si de una persona viva se tratara.

Miró de reojo hacia la ventana. En las cercanas tinieblas se adivinaba la torre, y en ella un coágulo negro de lo más hostil para el amor: un centinela con un fusil.

Se oyeron en el corredor los pasos de Gleb, que hoy pisaba más silenciosamente de lo habitual. Símochka se precipitó hacia su mesa, se sentó, se acercó un amplificador de tres etapas colocado de costado con las válvulas al aire y empezó a examinarlo con un pequeño destornillador en la

mano. Los latidos de su corazón repercutían en su cabeza.

Nerzhin cerró la puerta sin hacer ruido para que el sonido no se extendiera demasiado por el silencioso pasillo. A través del espacio que dejaron libre los bancos del Vocoder vio desde lejos a Símochka, que se ocultaba tras su mesa como una codorniz tras un gran terrón de tierra.

Así, «codorniz» era como él la llamaba.

Símochka lanzó al encuentro de Gleb una mirada y se quedó paralizada: la cara de Nerzhin no estaba emocionada, incluso parecía sombría.

Antes de que llegara, ella estaba segura de que lo primero que haría sería acercarse a besarla. Ella lo pararía: las ventanas están descubiertas, el centinela nos ve.

Pero él no se precipitó a cruzar entre las mesas. Se detuvo junto a la suya y fue el primero en explicar:

—Las ventanas están descubiertas, no me acercaré, Símochka. ¡Buenas noches! —apoyó sus brazos colgantes en la mesa, de pie, y la miró desde su altura—. Si no nos estorban, tenemos que... hablar.

¿Hablar?

Ha-blar...

Abrió su mesa. Una tras otra fueron cayendo las persianas con sonoro golpe. Sin mirar a Símochka, con movimientos mecánicos, Nerzhin fue sacando y abriendo diversos libros, revistas, carpetas: el camuflaje que la muchacha tan bien conocía.

Símochka se había quedado inmóvil con el destornillador en la mano mirando indesviablemente la cara impersonal de Gleb. El pensamiento de la joven era que la llamada de Yákonov requiriendo el sábado la presencia de Gleb estaba dando ahora sus venenosos frutos, lo estaban coaccionando o debían trasladarlo pronto. Pero ¿por qué no se acercaba, no la besaba?

—¿Ha sucedido algo? ¿Qué ha sucedido? —preguntó con un cambio en la voz, y tragó saliva con dificultad.

Él se sentó. Se abrazó la cabeza con los dedos extendidos de ambas manos, apretando con los codos las revistas abiertas, y miró a la muchacha con una mirada directa. Pero no había sinceridad en aquella mirada.

Reinó un silencio sordo. Los separaban dos mesas, dos mesas iluminadas por cuatro lámparas de techo y dos de sobremesa, y fusiladas por la mirada del centinela de la torre.

Y esta mirada del centinela era como un telón de alambre de espino que iba cayendo lentamente entre los dos.

Gleb dijo:

—¡Símochka! Me consideraría un canalla si hoy... si... no te confesara...

—¿...?

—Yo, en cierto modo... he obrado contigo a la ligera, sin reflexionar...

—¿¿...??

—Pero ayer... Me vi con mi esposa... Tuvimos una entrevista.

Símochka se hundió en la silla, empequeñeció aún más. Las alas de la cinta del cuello se desplomaron impotentes sobre el panel de aluminio del aparato. El destornillador tintineó sobre la

mesa.

—¿Y por qué... el sábado... no me lo dijo? —apenas pudo articular ella con la voz cortada.

—¡Pero qué dices, Símochka! —se horrorizó Gleb—. ¿Te lo habría ocultado?

(¿Y por qué no?).

—Me enteré ayer por la mañana. Sucedió inesperadamente... Hacía un año que no nos veíamos, ya lo sabes... Así pues, nos vimos y...

Su voz estaba sufriendo. Comprendía lo que representaba para ella escuchar aquello, pero decirlo también... Había muchos matices que ella no necesitaba y que eran difíciles de transmitir. Incluso eran incomprensibles para él mismo. ¡Había soñado tanto en aquella noche, en aquel momento! ¡El sábado ardía revolviéndose en la cama! ¡Y había llegado el momento y no había ningún obstáculo! Las cortinas no eran nada, la sala era suya, ambos estaban allí, ¡lo tenían todo! Todo, excepto...

El alma perdida. Se había quedado en la entrevista. Su alma era como una cometa: había escapado, palpitaba en alguna parte, pero el hilo estaba en manos de su esposa.

Sin embargo, vamos a ver, ¿no sería el alma completamente innecesaria para *aquello*?

Es curioso: era necesaria.

No era preciso decirle todas esas cosas a Símochka, pero algo había que decir, ¿verdad? Y por la obligación de decir algo, Gleb hablaba buscando explicaciones decentes que no eran sino ambajes:

—Ya sabes... me espera pese a esta separación. Cinco años de prisión, ¿y cuántos más? La guerra. Otras no esperan. Además, en el campo de concentración me ayudó mucho... me traía comida... Tú querías esperarme, pero esto no... no... Yo no soportaría... causarle a ella...

¡A ella! ¿Y a esta? ¡Gleb habría podido detenerse a tiempo! El silencioso disparo de su voz ronca había dado en el blanco inmediatamente. La codorniz estaba muerta. Estaba desmadejada, con la cabeza metida en las densas hileras de válvulas y condensadores del amplificador de tres etapas.

Sus sollozos eran tan suaves como su respiración.

—¡No llores, Símochka! ¡No llores, no es preciso! —volvió Gleb a la realidad.

Pero lo dijo a dos mesas de distancia, sin acercarse.

Ella lloraba casi silenciosamente, abriendo ante él la raya recta de su dividida cabellera.

Su indefensión aumentaba el arrepentimiento de Gleb.

—¡Mi codorniz! —balbuceó inclinándose hacia adelante—. Anda, no llores. Anda, te lo ruego... La culpa es mía...

Era doloroso que llorara esta, ¿pero y aquella? ¡Absolutamente insoportable!

—Ni yo mismo comprendo qué sentimientos...

Nada le habría costado, al parecer, acercarse a ella, atraerla hacia sí, besarla, pero incluso esto era imposible, tan puros eran sus labios y sus manos después de la entrevista de ayer.

Era una salvación que hubieran quitado las cortinas de las ventanas.

Y así, sin dar un salto y pasar entre las mesas, iba repitiendo desde su sitio unas míseras súplicas pidiendo que no llorara.

Pero ella lloraba.

—¡Déjalo ya, mi codorniz! Aún puede ser que de alguna manera... Anda, deja que transcurra un poco de tiempo...

Ella levantó la cabeza en un intervalo entre lágrimas, y lo miró de un modo raro.

Él no comprendió su expresión, bajó la cabeza hasta el diccionario.

La cabeza de ella se cansó y de nuevo se depositó sobre el amplificador.

Resultaba extravagante. ¿Qué tenía que ver la entrevista con todo aquello? ¿Qué tenían que ver todas las mujeres que estaban en libertad si aquello era una cárcel? Hoy no era posible, pero pasarían unos días, el alma volvería a su sitio, y seguramente todo sería posible.

¿Cómo podía ser de otra manera? Sería de risa si se lo contara a alguien. ¡Era preciso despertar, sentir su piel de presidiario! ¿Quién le obligaría después a casarse con ella? ¿Quién le diría: «Te espera una muchacha, ve con ella»?

Además, aunque esto no se podía decir en voz alta: «¿La elegiste tú *a esa*? Tú elegiste *este lugar*, a dos mesas de distancia, y haya quien haya allí, ¡adelante!».

Pero hoy era imposible.

Gleb se volvió de espaldas y se dobló sobre el alféizar de la ventana. Miró en dirección al centinela aplastando la nariz y la frente contra el cristal. Los ojos, deslumbrados por las lámparas cercanas, no veían las profundidades de la torre, pero en la lejanía algunas luces aisladas se difuminaban convirtiéndose en vagas estrellas. Tras ellas, más arriba, el reflejo del resplandor blancuzco de la ciudad cercana abarcaba una tercera parte del cielo.

Bajo la ventana no se veía qué pasaba en el patio, qué se escondía por allí.

Símochka volvió a levantar la cabeza.

Gleb se volvió prestamente hacia ella.

Por las mejillas, descendían de sus ojos unos senderos brillantes y húmedos que ella no enjugaba. Debido al brillo de sus ojos, a la iluminación y a la variabilidad de las caras femeninas, la joven era ahora casi atractiva.

¿Y si a pesar de todo...?

Símochka miraba obstinadamente a Gleb.

Pero no decía palabra.

Era violento. Había que decir algo. Él dijo:

—También ahora, en esencia, me entrega su vida. ¿Quién podría hacer tanto? ¿Estás segura de que podrías?

Las lágrimas continuaban en sus insensibles mejillas sin secarse.

—¿No se divorció de usted? —preguntó Símochka en voz baja, separando las palabras.

¡Cómo había advertido lo principal! Había dado en el clavo. Pero no sentía deseos de confesarle la noticia que recibiera el día anterior. En realidad, era enormemente complicado.

—No.

Una pregunta demasiado precisa. De no ser tan precisa, de no ser tan imperiosa, de tener los bordes redondeados, de no decir nada más después, de mirar, mirar, mirar, tal vez se hubiera incorporado, tal vez hubiera ido al interruptor... Pero las preguntas demasiado precisas provocan

respuestas lógicas.

—¿Es hermosa?

—Sí. Para mí, sí —se puso en guardia Gleb.

Símochka suspiró ruidosamente. Afirmó algo con la cabeza, se lo afirmó a sí misma, a los puntos brillantes de las superficies reflectantes de las lámparas de radio.

—Siendo así, no le esperará.

Símochka no podía admitir ninguna superioridad, como esposa legal, en aquella mujer invisible. La otra, en otro tiempo, había vivido una temporada con Gleb, pero de esto hacía ya ocho años. A partir de entonces, Gleb había hecho la guerra, había estado en la cárcel, y ella, si de verdad era hermosa, joven y sin ningún hijo, ¿habría llevado una vida de monja? En realidad, ni en esta entrevista, ni dentro de un año, ni dentro de dos, Gleb podría pertenecer a aquella mujer, en cambio sí podría pertenecer a Símochka. ¿Símochka habría podido ser su esposa hoy mismo! Aquella mujer, que resultaba no ser una visión ni un nombre vacío, ¿por qué luchaba por conseguir una entrevista en la cárcel? ¿Qué insaciable codicia le hacía tender la mano a un hombre que nunca le pertenecería?

—¡No le esperará! —repitió Símochka como si le dieran cuerda.

Pero cuanta más era la obstinación y el acierto de su ataque, más ultrajante resultaba.

—¡Ha esperado ocho años! —replicó Gleb. Su mente, dada al análisis, sin embargo, le hizo rectificar acto seguido—: Naturalmente, al final será más difícil.

—¡No le esperará! —repitió una vez más Símochka, en un murmullo.

Y se quitó las lágrimas casi secas con las muñecas de sus manos.

Nerzhin se encogió de hombros. Hablando honradamente, tenía razón, claro. En todo ese tiempo divergen los caracteres, diverge la experiencia de la vida. Él mismo le inculcaba continuamente a su mujer que se divorciara. Pero ¿por qué Símochka atacaba este punto con tanta obstinación y tanto acierto?

—Bien, de acuerdo, que no me espere. Pero por lo menos que no tenga nada que echarme en cara. —Aquí se abría la posibilidad de hacer unas reflexiones—. No me considero una buena persona, Símochka. Incluso me considero muy malo si recuerdo lo que hacía en el frente, en Alemania, lo que hacíamos todos. Y lo que hago ahora contigo... Pero créeme, todo esto lo adquirí en el mundo superficial y afortunado de la *libertad*. Me dejé influir por un mal permitido. Pero cuanto más bajo caía en esta dirección, más... es curioso... ¿No me esperará? Pues que no me espere. Con tal de que no me remuerda...

Había tropezado con uno de sus argumentos predilectos. Podía estar largo rato hablando de ello, especialmente porque no había otra cosa de qué hablar.

Pero Símochka casi no oía ese sermón. Al parecer, él sólo hablaba de sí mismo. ¿Y qué haría ella? Se imaginaba con horror que llegaría a casa, le diría algo entre dientes a su importuna madre y se arrojaría en la cama. En la misma cama en la que durante meses se había acostado pensando en él. ¡Qué humillante vergüenza! ¡Cuánto se había preparado para aquella noche! ¡Cómo se había friccionado, perfumado!

Pero ¿qué hacer si una sola hora de incómoda entrevista en prisión pesaba más que su trato

cotidiano durante meses?

La conversación, como es natural, había terminado. Todo se había dicho sin preparación previa, sin dulcificar las palabras. Era preciso retirarse a la cabina, llorar un poco más y poner en orden su persona.

Pero carecía de fuerzas para echarle de allí o para marcharse. ¡En realidad, era la última vez que se tejía entre los dos cualquier telaraña!

Gleb calló al ver que no lo escuchaba, que no necesitaba en absoluto de sus elevadas conclusiones.

¡Encendió un cigarrillo! Un buen hallazgo. Y de nuevo miró por la ventana las dispersas luces amarillentas.

Permanecían sentados en silencio.

Ya no sentía tanta lástima por ella. ¿Qué significaba todo aquello para ella? ¿Toda una vida? Era sólo un episodio, algo superficial. Se le pasaría.

Encontraría...

Su esposa no era lo mismo.

Estaban sentados en silencio, y el silencio era ya opresivo. Gleb había vivido muchos años en un ambiente de hombres donde las explicaciones son cortas. Cuando todo está dicho, cuando todo se ha agotado, ¿a qué sentarse y callar? Era la absurda pegajosidad femenina.

Sin mover la cabeza para que Símochka no lo advirtiera, consultaba el reloj eléctrico de la pared sólo con los ojos, con la frente baja. Faltaban aún veinte minutos para el control, ¡veinte minutos de paseo nocturno! Pero habría sido agravante levantarse y marcharse. Era preciso continuar sentado hasta el fin.

¿Quién entraría de guardia hoy por la noche? Al parecer, Schustermann. Y mañana por la mañana, el suboficial.

Arqueada sobre el amplificador, Símochka removía y sacaba sin razón aparente las válvulas de sus portalámparas, y volvía a enchufarlas.

Antes ya no entendía nada de ese amplificador. Y definitivamente no lo entendía ahora.

No obstante, la mente activa de Nerzhin requería alguna ocupación, algún movimiento de avance. En una estrecha tira de papel, sujeta bajo el tintero, Gleb anotaba a diario los programas de las transmisiones de radio. Leyó:

20.30 : C. r. y rom. (Obj)

Significaba: «Canciones rusas y romanzas interpretadas por Obujova».

¡Se puede escuchar tan raramente! Y a la hora encalmada del descanso. El concierto ya ha empezado. ¿Pero sería violento conectarlo?

En el alféizar de la ventana —bastaba con alargar la mano— estaba el receptor con el ajuste fijo de las tres estaciones moscovitas, regalo de Valentulia. Nerzhin miró de reojo a la inmóvil Símochka y con movimientos de ladrón puso la radio a su volumen mínimo.

Y apenas se encendieron las válvulas llegó el acompañamiento de cuerda y tras él se extendió

por toda la silenciosa sala una voz grave, apagada y apasionada que en nada se parecía a la de Obujova.

Símochka se estremeció. Miró al radioreceptor. Luego a Gleb.

Obujova cantaba algo que les tocaba muy de cerca, incluso demasiado dolorosamente cerca:

No, no es a ti a quien tan ardorosamente amo...

¡Lo que son las cosas, qué mala suerte! Gleb tanteó lateralmente para desconectar la radio con disimulo.

Símochka se abatió sobre el amplificador, con los brazos en jarras, y de nuevo rompió a llorar, a llorar.

Porque ni siquiera disponía él de amargas palabras en esos cortos minutos en común.

—¡Perdóname! —dijo Gleb en un impulso—. ¡Perdóname! ¡Perdóname!

No llegó a palpar el interruptor. Un cálido empuje lo arrebató: rodeó las mesas y despreciando la presencia del centinela la cogió por la cabeza y besó su pelo y su frente.

Símochka lloraba sin sollozos, sin temblores, abundantemente, libremente.

Con las ideas confusas, impresionado por la noticia del arresto de Ruska (el rumor había empezado hacía dos horas, después de que su mesa fuera descerrajada por Shikin, y se confirmó en el control nocturno con la ausencia de Ruska, que el oficial de servicio pareció no advertir), a punto estuvo Nerzhin de olvidar la cita convenida con Guerásimovich.

Quince minutos después, el reglamento lo condujo de nuevo, implacablemente, a las dos mesas, a las revistas abiertas y al amplificador puesto patas arriba y húmedo aún por las lágrimas de Sínochka. Gleb y Sínochka estaban condenados a permanecer sentados dos horas uno frente a otro (y mañana, y pasado, y cada día y todos los días), y a esconder los ojos en los papeles evitando que se encontraran.

Pero el minuterero del gran reloj eléctrico dio un salto alcanzando las nueve y cuarto, y Nerzhin lo recordó. No estaba de muy buen humor para conversar sobre la sociedad sensata, aunque quizá fuera mejor así. Cerró la parte izquierda de la mesa, donde guardaba sus principales anotaciones, y sin ordenar nada ni apagar la lámpara de sobremesa, salió al pasillo con un cigarrillo entre los dientes. Con paso lento y balanceante llegó a la puerta vidriera que daba a la escalera trasera y la empujó. Como esperaba, estaba abierta.

Nerzhin volvió la cabeza como a desgana. En toda la longitud del pasillo no había una sola persona. Entonces, atravesó el dintel con movimiento brusco, pasó del suelo de madera al de cemento y desapareció de la recta del pasillo no sin cerrar silenciosamente la puerta. Y empezó a subir por la escalera adentrándose en una oscuridad cada vez más densa, chupando levemente el cigarrillo e iluminando con él su persona.

La ventana de la Máscara de Hierro no estaba iluminada. Una franja de luz débil y difusa caía sobre el descansillo superior a través de una de las ventanas exteriores.

Después de engancharse un par de veces en la chatarra apilada en la escalera, Nerzhin llamó con voz ahogada desde los peldaños superiores:

—¿Hay alguien aquí?

—¿Quién va? —respondió desde la oscuridad una voz también ahogada que tanto podía ser la de Guerásimovich como no serlo.

—Soy yo —dijo Nerzhin alargando las palabras para que fuera posible reconocerlo, y chupó con más fuerza el cigarrillo para iluminarse a sí mismo.

Guerásimovich encendió el aguzado rayo de su pequeña lámpara de bolsillo, le indicó con él el mismo tajón en el que ayer se sentara largo rato, de día, después de la entrevista, y apagó la luz. Él

mismo se instaló en otro tajón semejante.

Los invisibles cuadros del siervo pintor se ocultaban en densa formación por todas las paredes.

—Ya ve lo pipiolos que somos en eso de la clandestinidad después de tantos años de cárcel —dijo Guerásimovich—. No hemos previsto lo más sencillo: el que llega no se compromete en nada, pero el que espera en la oscuridad no puede llamarlo. Hay que pensar una contraseña para el que sube por la escalera.

—Sííí —se sentó Nerzhin—, cada uno de nosotros ha de saber tocar todas las teclas. Tener tiempo para ganarse el pan, formar su espíritu, y además tener la capacidad necesaria para luchar con el bien alimentado aparato de la Seguridad del Estado. ¿Cuántos son ellos? ¿Un par de millones? ¡Hay que vivir unas cuantas vidas en una sola! ¿Puede extrañar que no estemos a la altura? ¿Qué le parece: cree que Mamurin podría estar acostado en su cama a oscuras? En este caso podríamos conversar con igual éxito en el despacho de Shikin.

—Antes de venir aquí me he informado: está en el Número Siete. Si volviera lo descubriríamos nosotros primero. Así que voy a pasar al asunto.

Lo dijo con aire profesional, pero su voz aparecía cansada y abstraída.

—En realidad, me disponía a pedirle que aplazáramos la conversación... Pero el caso es que me marchó de aquí dentro de unos días.

—¿Lo sabe con tanta exactitud?

—Sí.

—Por lo demás, yo también me marcharé, aunque no tan pronto. No les satisfice...

—Si supiéramos que íbamos a encontrarnos en un mismo grupo de traslado, lo dejaríamos para entonces, tendríamos tiempo. Pero la historia de las prisiones nos enseña a no aplazar ninguna conversación.

—Sí. También he sacado esta conclusión.

—O sea, ¿que usted duda de que se pueda organizar sensatamente la sociedad?

—Lo dudo muchísimo. Hasta la total incredulidad.

—Y sin embargo no es complicado en absoluto. Sólo que organizaría es cosa de una élite, no de un conjunto de asnos. De una élite intelectual y técnica. Y lo que hay que organizar no es una sociedad «democrática» ni «socialista», eso son características inadecuadas. Hay que organizar una sociedad intelectual. Y necesariamente será sensata.

—Ah, ya —alargó Nerzhin desilusionado—. Ha echado tres frases que ni en tres veladas podríamos entender. En primer lugar, ¿en qué se diferencia «intelectual» de «racional»? Conocemos ya esta canción, los racionalistas franceses hicieron ya una gran revolución, líbrenos de ello.

—Aquellos eran charlatanes y no racionalistas. Los intelectuales no han hecho todavía su revolución.

—Ni la harán. Son cabezas de huevo... ¿Cómo sería, según usted, una sociedad intelectual? Evidentemente, estaría fuera de la ética y de la religión, ¿verdad?

—No necesariamente. Eso podría preverse.

—¡Preverse! Pero usted no lo ha previsto. ¿Cómo imaginar una sociedad intelectual?

Ingenieros sin sacerdotes. Todo funcionaría muy bien, una sabia economía, cada uno en el lugar correcto, y una rápida acumulación de bienes. ¡Pero esto es poco, compréndalo! ¡Los objetivos de la sociedad no deben ser materiales!

—Este es ya el último ajuste. De momento, para la mayoría de países del mundo...

—¡De ese «de momento» no quiero ni hablar! ¡Y *después* será tarde! ¡Y me habla de una organización sensata! Sigamos. «No socialista», esto a mí me da igual, la forma de propiedad tiene una importancia muy secundaria, no se sabe cuál es mejor. Pero el «no democrática» me asusta. ¿Qué significa? ¿Por qué?

Desde las profundas tinieblas, Guerásimovich respondió con las palabras precisas y necesarias, sin poner paja, como se escriben los buenos libros, como suele suceder cuando se piensan primero las cosas antes de decirlas.

—Estamos hambrientos de libertad y nos parece que es necesaria una libertad ilimitada. Pero lo razonable es que la libertad tenga sus límites, de otro modo no se conseguirá una sociedad bien organizada. Que sea limitada, pero no en los aspectos que ahora nos oprimen.

Y avisarlo con antelación, no engañar. Nos parece que la democracia es un sol que nunca se pone. ¿Y qué es la democracia? Servir a la burda mayoría. Servir a la mayoría significa: la igualdad en la mediocridad, la igualdad al nivel más bajo, segar los tallos más finos y altos. Cien o mil memos indican con sus votos el camino que debe seguir una cabeza clara.

—Hum —mugió desconcertado Nerzhin—. Esto es nuevo para mí... Esto no lo comprendo... no lo sé... Tengo que meditarlo... Estoy acostumbrado a que la democracia... ¿Y qué puede sustituir a la democracia?

—¡*La desigualdad justa!* Una desigualdad basada en los verdaderos talentos naturales y desarrollados. Si queréis, un Estado autoritario, o si queréis, el poder de una élite espiritual. El poder de unas personas abnegadas, absolutamente desinteresadas y luminosas.

—¡Señor! Esto está bien como ideal. Pero ¿cómo se seleccionaría la élite? Y sobre todo, ¿cómo convencer a los retrasados de que esos son una élite? Porque la inteligencia no se lleva escrita en la frente, la honestidad no brilla como una llama... Esto ya nos lo prometían con el socialismo, decían que sólo revestidos de ángeles gobernarían, ¿y qué caraduras nos han salido? Hay mu-u-uchos interrogantes... ¿Y qué pasa con los partidos? Lo más seguro es que sea una sociedad *sin* partidos, ni de los de tipo antiguo, ni los (Dios nos libre) de Nuevo Cuño. ¡La humanidad espera a un profeta que le enseñe cómo vivir sin partidos! Ser de un partido representa también pasar el cepillo para quedar a nivel de la mayoría, de la disciplina, y decir lo que no se piensa. Cada partido moldea tanto la personalidad como la justicia. El líder de la oposición critica al gobierno, no porque este se haya equivocado realmente, sino porque, entonces, ¿para qué sirve la oposición?

—Ya lo ve, usted mismo va de la democracia a mi sistema.

—¡No voy todavía! Sólo un poco... ¿Y qué decir del autoritarismo? Naturalmente, en un Estado tiene que haber autoridad, ¿pero cuál? ¡Una autoridad ética! No el poder de las bayonetas, sino una autoridad que la gente ame y respete. Que diga: «¡Compatriotas, esto no conviene, es malo!». Y todos lo asimilen inmediatamente: «¡Es cierto, es malo! ¡Lo rechazamos! ¡No lo

haremos!». ¿Y de dónde sacará una autoridad así? Porque a veces se dice «autoritarismo» y lo que sale es el totalitarismo. A mi entender debería ser algo así como en Suiza, ¿recuerda a Herzen? El poder es tanto más fuerte cuanto más bajo: el más grande es la asamblea rural, el hombre que menos derechos tiene en el Estado es el presidente... Bueno, pero me río yo de... Por lo demás, ¿no nos ocupamos prematuramente de ello? ¡Una organización sensata! ¿No sería más sensato hablar de cómo salir de lo insensato? Ni siquiera somos capaces de esto, aunque lo tenemos más cerca.

—Este es precisamente el tema principal de nuestra conversación —sonó la voz tranquila en la oscuridad. Y con tanta sencillez como si se tratara de cambiar la lámpara fundida de un circuito —: Creo que ha llegado el momento de que nosotros, los intelectuales técnicos, cambiemos el modo de gobernar en Rusia.

Nerzhin se estremeció. Aunque no por incredulidad: aunque no habían tenido ocasión de hablar a sus anchas hasta entonces, por su aspecto externo presentía ya un parentesco espiritual con Guerásimovich.

La calmosa y uniforme voz de la oscuridad hablaba gravemente, un poco solemnemente, lo que hizo que Nerzhin sintiera escalofríos a lo largo de su espina dorsal.

—Ay, una revolución espontánea en nuestro país es imposible. Incluso en la Rusia anterior, donde existía una libertad casi sin obstáculos para corromper al pueblo, se necesitaron tres años de guerra. ¡Y qué guerra! Y aquí contar un chiste tomando el té le cuesta a uno la cabeza. ¿Qué revolución puede haber?

—¡Pero no diga «ay»! —replicó Nerzhin—. Al diablo la revolución: lo primero que haría sería degollar a su élite. Extirparían todo lo culto y maravilloso, destruirían todo lo bueno.

—Está bien, no digo «ay». Pero por culpa de esto, muchos han comenzado a poner sus esperanzas en la ayuda exterior. Y me parece un error profundo y nocivo. La *Internacional* no es tan tonta cuando dice: «¡Nadie nos dará la libertad! ¡Consigámosla con nuestras propias manos!». Hay que comprender que cuanto más acomodados y libres vivan en Occidente, menos deseará el hombre occidental luchar por unos imbéciles que se dejan montar sobre el cuello. Y tienen razón, no han abierto sus puertas a los bandidos. Nos hemos merecido nuestro régimen y nuestros líderes, por lo tanto hemos de apechugar con ellos.

—Ya les llegará su hora a los occidentales.

—Naturalmente, les llegará. El bienestar es una fuerza de perdición. Para prolongarlo un año, un día, el hombre sacrificaría no sólo todo lo ajeno sino lo sagrado, incluso la simple prudencia. Así alimentaron a Hitler, así alimentaron a Stalin, les entregaron media Europa a cada uno, y ahora China. Darían con gusto Turquía si con ello pudieran aplazar por una semana la movilización general en sus países. Naturalmente, perecerán. Pero antes nosotros.

—Antes.

—Ahí está la desgracia, poner la esperanza en los norteamericanos libera nuestra conciencia y debilita nuestra voluntad: adquirimos el derecho de no luchar, de someternos, de vivir siguiendo la corriente y degenerarnos paulatinamente. No estoy de acuerdo con la tesis de que a nuestro pueblo se le abrirán los ojos con los años, de que madurará algo en él... Dicen: «No es posible oprimir a

todo un pueblo para siempre». ¡Mentira! ¡Sí es posible! Estamos viendo cómo nuestro pueblo se vacía espiritualmente, cómo se vuelve salvaje, cómo cae sobre él la indiferencia no sólo ante los destinos del país, no sólo ante el destino de su vecino, sino ante su propio destino y el de sus hijos. La indiferencia, la última reacción salvadora del organismo, se ha convertido en nuestro rasgo característico. De ahí la popularidad del vodka, inaudita incluso a escala rusa. Es esa terrible indiferencia en la que el hombre no ve su vida rajada, o con un canto roto, sino tan irremisiblemente despedazada, tan ensuciada de uno y otro lado, que sólo gracias al olvido del alcohol vale la pena continuar viviendo. Si prohibieran el vodka, al instante estallaría una revolución. Pero cobrando a cuarenta y cuatro rublos lo que le cuesta diez *cópeks*, el Shylock comunista no se dejará tentar por la ley seca.

Nerzhin no replicó ni se movió. Guerásimovich apenas podía ver su cara bajo el reflejo vago y débil de los faroles de la zona, y luego, seguramente, también del techo. Sin conocer en absoluto a aquel hombre, Illarión se había decidido a decirle cosas que en este país ni siquiera los amigos íntimos osan susurrarse al oído.

—Han bastado treinta años para estropear al pueblo. ¿Se conseguirá corregirlo en trescientos? Por eso hay que darse prisa. Dada la imposibilidad de una revolución popular general, y dado lo perjudicial que es esperar ayuda exterior, sólo queda una salida: la clásica revolución de palacio. Como decía Lenin: «¡Dadnos una organización de revolucionarios y pondremos a Rusia patas arriba!». ¡Formaron una organización y pusieron a Rusia patas arriba!

—¡Oh, Dios no lo quiera!

—Con el conocimiento de los hombres que nos ha dado la cárcel, y con la capacidad que tenemos de detectar a los traidores con sólo verlos, creo que no hay dificultad para crear semejante organización. Por eso ahora nos sinceramos usted y yo, uno a otro, siendo la primera conversación. No necesitamos más que tres mil o cinco mil hombres valerosos, con iniciativa, capaces de manejar las armas, y además, alguien de la intelectualidad técnica...

—¿De los que están fabricando la bomba atómica?

—... y establecer contacto con la cúpula militar...

—... es decir, con esas pieles de tambor...

—... para conseguir su benévola neutralidad. Además, sólo habría que eliminar a Stalin, Molotov, Beria y a algunos más. Y anunciar inmediatamente por la radio que las capas altas, medias y bajas continúan en su sitio.

—¿Continúan? ¿Y esa es su élite?

—¡*De momento!* De momento. Esta es la peculiaridad de los países totalitarios: en ellos es difícil dar un golpe de Estado, pero no cuesta nada gobernar después del golpe. Maquiavelo dijo que echando al sultán se podría glorificar a Cristo en todas las mezquitas al día siguiente.

—¡Oh, no vaya a equivocarse! Todavía no sabemos quién manda a quién: el sultán a ellos o ellos al sultán, aunque no sean conscientes de ello. Además, esa neutralidad de los generales-jabalíes que enviaron a divisiones enteras a los campos de minas para evitar el batallón de castigo... ¡Harán pedazos a cualquiera para defender su pocilga! ¡Y además, Stalin se os escapará por el paso subterráneo! Y si sus cinco mil hombres con iniciativa propia no son detenidos por la

policía secreta, lo serán por las ametralladoras de las tropas secretas... Además —dijo Nerzhin muy inquieto—, ¡en Rusia *no hay* cinco mil hombres como usted! ¡Y luego, sólo en la cárcel, y no en la libertad doméstica, el hombre es tan libre en sus pensamientos, tan poco constreñido en sus actos, tan presto al sacrificio! ¡Y desde la cárcel, precisamente, no se puede hacer nada! ¿Quería que yo buscara los fallos de su proyecto? ¡Pues bien, sólo de fallos está compuesto! Es una lección para nuestra arrogancia físico-matemática: la actividad social es también una especialidad, ¡y qué especialidad! ¡No se puede definir con la función de Bessel! ¡Pero no es siquiera esto! ¡No es siquiera esto! —dijo con voz demasiado fuerte para la negra y silenciosa escalera—. ¡Ha tenido la desgracia de buscarme a mí como consejero! Yo no creo que se pueda organizar en la Tierra nada bueno y sólido. ¿Cómo podría aconsejarle, si yo mismo no puedo arrancar los pies del suelo de la duda?

Con fría monotonía, Guerásimovich le recordó:

—Antes de que se inventara el análisis espectral, Auguste Comte afirmaba que la humanidad nunca conocería la composición química de las estrellas. ¡Y poco después se conocía! Cuando usted se pasea con el capote militar ondeando al viento parece otro hombre.

A Nerzhin se le trabó la lengua. Recordó la víspera, la sentencia «El perro lobo tiene razón, el caníbal no» de Spiridón, y cómo pedía este que el avión descargara la bomba atómica sobre él. Esta sencillez se apoderaba cautivadoramente del corazón, pero Nerzhin se defendió como pudo:

—Sí, a veces me dejo arrastrar por la pasión. Pero el proyecto de usted es demasiado serio para permitir que hable el corazón. ¿Recuerda a la anciana de Siracusa, la de Anatole France? Rezaba para que los dioses dieran larga vida al odioso tirano de la isla, pues su larga experiencia le había enseñado que cada tirano solía ser más cruel que el anterior. Sí, nuestro régimen es abominable, ¿pero cómo sabe que el proyectado por usted resultaría mejor? ¿Y si fuera peor? Porque usted quiere el bien, ¿no es posible que antes de usted hubiera quien quisiera también el bien? Sembraron cebada y salió cizaña. ¡A qué hablar de nuestra revolución! Eche una mirada atrás, a los... ¡veintisiete siglos! ¡A todos estos virajes de un camino absurdo, desde la colina en la que una loba amamantaba a unos mellizos, desde el valle de olivos que un prodigioso soñador atravesó en un asno, hasta nuestras impresionantes alturas, hasta nuestros sombríos desfiladeros, donde sólo crujen las orugas de los cañones, hasta nuestros pasos de montaña helados en los que el viento de Oimiakon, a setenta grados bajo cero, atraviesa los impermeables de los presos! ¡No veo por qué hemos tenido que trepar tan alto! ¡No veo por qué nos hemos empujado unos a otros al abismo! ¡Durante cientos de años, los poetas y los profetas nos han cantado las brillantes cimas del Futuro! ¡Fanáticos! ¿Han olvidado que en las cimas rugen los huracanes, la vegetación es escasa, no hay agua, y que en las alturas es más fácil romperse la cabeza? Aquí, ilumínelo, hay un castillo del Santo Grial...

—Lo he visto.

—Y parece que un jinete ha llegado al galope y lo ha descubierto. ¡Tonterías! ¡Nadie llega al galope, nadie lo descubre! A mí dejadme también en un modesto y pequeño valle, con hierba y agua.

—¿Vol-ver a-trás? —machacó diferenciadamente Guerásimovich sin expresión.

—¡Ah, si estuviera seguro de que la historia humana tiene un delante y un detrás! Pero este pulpo no tiene ni trasero ni delantera. Para mí no hay palabra más vacía de sentido que «progreso». ¿Qué progreso, Illarión Pálych? ¿De qué? ¿Adónde? ¿Ha mejorado la gente en veintisiete siglos? ¿Es más buena? ¿Es más feliz, por lo menos? ¡No, es peor, más maligna, más desgraciada! ¡Y todo esto se ha conseguido sólo con ideas maravillosas!

—¿Que no hay progreso? ¿Que no hay progreso? —discutió Guerásimovich, saltándose también la prudencia, con voz rejuvenecida—. Esto no se le puede perdonar a un hombre relacionado con la física. ¿No ve diferencia entre la velocidad mecánica y la electromagnética?

—¿Para qué necesito la aviación? ¡No hay nada más sano que ir a pie y a caballo! ¿Para qué necesito vuestra radio? ¿Para cazar al vuelo a los grandes pianistas? ¿Para transmitir más rápidamente a Siberia la orden de mi detención? Mejor hacerlo con caballos de posta.

—Es imposible no comprender que estamos en vísperas de conseguir energía gratuita, es decir, la abundancia de bienes materiales. Calentaremos el Ártico, calentaremos Siberia, fertilizaremos los desiertos. Dentro de veinte o treinta años podremos caminar sobre víveres, serán gratuitos como el aire. ¿Esto no es progreso?

—¡La abundancia no es el progreso! ¡No admitiría como progreso la abundancia material sino la voluntad universal de compartir la escasez! ¡Pero nada conseguiréis! ¡No calentaréis Siberia! ¡No fertilizaréis el desierto! ¡Todo lo enviarán a la mierda, perdone la expresión, con bombas atómicas! ¡Todo irá a la mierda surcado por los aviones a reacción!

—¡Observe con imparcialidad esos virajes de la historia! No sólo hemos estado equivocándonos, también hemos trepado hacia lo alto. Nos hemos arañado nuestros tiernos morros contra pedazos de roca, mas pese a todo ya estamos en el desfiladero...

—¡En Oimiakon!

—Sin embargo, ya no nos echamos unos a otros a la hoguera...

—¡Para qué andar con leña si hay cámaras de gas!

—¡De todos modos, el antiguo Consejo Rural, donde se argumentaba a palos, ha sido sustituido por los parlamentos, donde triunfan los argumentos! ¡Pese a todo, en los pueblos primitivos se ha conseguido el *habeas corpus act*! Y ya no le ordenarán a nadie que en su noche de bodas envíe su esposa al señor feudal. Hay que estar ciego para no ver que las costumbres se han dulcificado, que la sensatez predomina pese a todo sobre la locura...

—¡No lo veo!

—¡Que pese a todo madura el concepto de personalidad humana!

Un prolongado timbrazo se extendió por todo el edificio. Significaba que eran las once menos cuarto y había que entregar todo el material secreto a la caja de caudales y sellar los laboratorios.

Ambos se levantaron, y sus cabezas quedaron bajo la débil luz de los faroles de la zona.

Los quevedos de Guerásimovich aparecían irisados como dos diamantes.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuál es la conclusión? ¿Entregar todo el planeta a la depravación? ¿No es una lástima?

—Es una lástima —aceptó Nerzhin en un murmullo innecesario, de abatimiento—. Da lástima el planeta. Prefiero morir que vivir para verlo.

—¡Mejor no permitirlo que morir! —replicó Guerásimovich con dignidad—. Pero en estos años extremos de perdición universal o de corrección universal de los errores, ¿qué otra salida propone usted? ¡Usted, un oficial del frente! ¡Un presidiario veterano!

—No lo sé... no lo sé... —con aquella cuarta parte de luz podía verse la congoja de Nerzhin—. Mientras no había bombas atómicas, el sistema soviético, mal organizado y poco flexible, roído por los parásitos, estaba condenado a perecer ante las pruebas del tiempo. Pero ahora, si «los nuestros» tienen la bomba será una desgracia. Actualmente, quizá sólo...

—¿Qué? —le apremió Guerásimovich.

—Quizás... un nuevo siglo... con la información filtrándose por todas partes...

—¡Pero usted no ha necesitado la radio!

—La interfieren... Digo que quizás en un nuevo siglo se descubra el procedimiento siguiente:
La palabra destruye el cemento.

—Es demasiado contrario a la resistencia de materiales.

—¡Y al materialismo dialéctico! Aunque, ¿por qué no? Recuerde si no: «En el principio era el Verbo». O sea, ¿que la Palabra es más antigua que el cemento? ¿O sea que la Palabra no es una bagatela? En cuanto al golpe de Estado militar... es imposible...

—Pero ¿cómo se imagina, concretamente, eso que dice?

—No lo sé. Lo repito, no lo sé. Es un misterio. Es como las setas, que no salen con la primera lluvia, ni con la segunda, pero de pronto llega cualquier otra lluvia y crecen por todas partes. ¡Ayer hubiera sido imposible creer que tales monstruos pudieran existir! ¡y hoy están por todas partes! Así crecerán también las personas nobles, y su palabra destruirá el cemento.

—Antes se llevarán a vuestras personas nobles, en camiones y cestas: arrancadas, cortadas, segadas...

Pese a sus presentimientos y terrores, el lunes discurrió felizmente. La inquietud no abandonaba a Innokenti, pero el equilibrio alcanzado después de mediodía permanecía aún. Ahora necesitaba esconderse de noche en el teatro para dejar de temer cada llamada a la puerta.

Pero sonó el teléfono. Era poco antes de ir al teatro, cuando Dotty salía del baño.

Innokenti estaba de pie contemplando el teléfono como miraría un perro a un erizo.

—¡Coge el teléfono, Dotty! No estoy ni sabes cuándo vendré. Que se vayan al diablo, nos estropearían la noche.

Dotty estaba más guapa desde el día anterior. Cuando gustaba a los demás, siempre estaba más bella, y por ello gustaba más y se ponía aún más hermosa.

Se acercó con paso suave al teléfono, sujetándose los faldones de la bata, y descolgó el auricular con un ademán autoritario-afectuoso.

—Sí... No está en casa... ¿Quién, quién? —y de pronto se transfiguró acogedoramente y movió los hombros, era su gesto para complacer a alguien—. ¡Muy buenas, camarada general! Sí, ahora lo averiguaré... —tapó rápidamente el micrófono con la mano y musitó—: ¡El jefe! Muy amable.

Innokenti vaciló. Un jefe amable que llama personalmente por la noche... La esposa observó esta vacilación:

—Un minuto, oigo que se abre la puerta, puede ser él. ¡Exacto! ¡Ini! ¡No te quites el abrigo, ven rápidamente, el general al teléfono!

Por más sospechas que acecharan al hombre que estaba al otro lado del teléfono, el tono de Dotty hizo que casi pudiera ver cómo Innokenti se limpiaba los pies apresuradamente en la puerta, cruzaba la alfombra y cogía el teléfono.

El jefe se mostró benigno. Le comunicó que su nombramiento había sido definitivamente confirmado. El miércoles saldría en avión con transbordo en París, mañana debía entregar los últimos asuntos pendientes y ahora era necesario que se presentara media horita para ponerse de acuerdo sobre ciertos detalles. Se había enviado un coche a buscarlo.

Innokenti se incorporó del teléfono convertido en otro hombre. Inspiró con tan feliz profundidad que el aire pareció tener tiempo para extenderse por todo su cuerpo. Espiró lentamente, y con el aire expulsó sus dudas y temores.

Imposible creer que hubiera sido posible caminar más y más por la cuerda floja con viento transversal sin caerse.

—¡Imagínate!, Dotik, ¡el miércoles tomo el avión! Pero ahora...

Pero Dotik, que había aplicado la oreja al auricular, ya lo había oído por sí misma. Sólo que ella no se incorporó con alegría alguna: la partida individual de Innokenti, explicable y tolerable anteayer, era hoy una humillación y una herida.

—¿Qué te parece —hinchó los labios—, esos «ciertos detalles» podrían referirse a mí?

—Sí... pu-pue-de ser...

—Pero tú, ¿qué les dijiste de mí?

Sí, algo había dicho. Había dicho algo que no podría repetirle ahora a ella, y era ya tarde para cambiar el juego.

Pero el aplomo adquirido el día anterior permitió a Dotty decir con libertad:

—¡Todo lo hemos descubierto juntos, Ini! ¡Hemos visto juntos todas las cosas nuevas! ¿Y quieres ir sin mí al Diablo Amarillo? ¡No, decididamente no estoy de acuerdo, debes pensar en los dos!

Y esto era aún mejor de lo que diría después. Luego repetiría ante los extranjeros las estúpidas opiniones de la Administración, tan estúpidas que hacían arder las orejas de Innokenti. Denigraría a América pero compraría allí tanto como pudiera. Pero no, lo había olvidado, sería de otra manera: él descubriría su juego y, ¿cómo podría entrar esto en la cabeza de Dotty?

—Todo se arreglará, Dotty, aunque no enseguida. De momento iré a presentarme, a entregar la documentación, a conocer el estado de cosas...

—¡Pues yo quiero que sea enseguida! ¡Quiero ir precisamente ahora! ¿Cómo voy a quedarme aquí?

No sabía lo que pedía... No sabía lo que era una cuerda trenzada y redonda bajo unas suelas resbaladizas. Y ahora era preciso separarse del cable y volar un poco, y quizá no había una red de seguridad. Un segundo cuerpo, lleno, blando, nada heroico, no podía volar a su lado.

Innokenti sonrió agradablemente y dio unas palmaditas en el hombro de su mujer:

—Está bien, lo intentaré. Antes, la conversación fue distinta, veremos lo que sale. En todo caso, no te preocupes, muy pronto te...

Besó una mejilla ajena. Dotty no estaba convencida en absoluto. El acuerdo de la víspera no parecía haber existido.

—Ahora vístete, sin prisa. No llegaremos a tiempo para el primer acto, pero no por ello la calidad de *Akulina*... Y en el segundo acto... Además, te llamaré desde el Ministerio...

Apenas había tenido tiempo de ponerse el uniforme cuando el chófer llamó a la puerta de la vivienda. No era Víktor, el que solía llevarle, ni tampoco Kostia. El chófer era delgado, inquieto, de rostro inteligente y agradable. Bajó alegremente por la escalera, casi al lado de Innokenti, haciendo voltear la llave de contacto atada a un bramante.

—No creo recordarle a usted —dijo Innokenti abrochándose el abrigo por el camino.

—Pues yo recuerdo incluso su escalera, he venido a buscarle dos veces —el chófer tenía una mirada franca y al mismo tiempo picara. No estaría mal disponer de un chico tan desenvuelto en su coche particular.

Partieron. Innokenti iba detrás. No escuchaba, pero el chófer intentó bromear un par de veces

por encima del hombro durante el camino. Luego se desvió bruscamente hacia la acera y se detuvo arrimado a ella. Un joven con sombrero blando y abrigo ceñido estaba de pie en el borde de la acera con un dedo levantado.

—Es nuestro mecánico, del garaje —explicó el chófer simpático, e intentó abrirle la puerta delantera derecha. Pero la portezuela no cedía, la cerradura se había atascado.

El chófer soltó un taco dentro de los límites de la corrección urbana y pidió:

—¡Camarada consejero! ¿No podría viajar a su lado? Es mi jefe, y me resulta incómodo.

—Claro, tenga la bondad —aceptó de buen grado Innokenti haciéndole sitio. Estaba sumido en la embriaguez, en el entusiasmo, asimilando mentalmente el nombramiento y el visado, imaginando que pasado mañana subiría al avión en Vnúkovo, aunque no se tranquilizaría hasta pasar Varsovia, pues allí podía alcanzarlo todavía un telegrama que lo retuviera.

Mordiéndolo con la parte lateral de la boca un humeante cigarrillo, el mecánico se inclinó, subió al coche y preguntó en un tono entre discreto y desenvuelto:

—¿No tiene usted... inconveniente? —y se dejó caer al lado de Innokenti.

El automóvil arrancó y siguió adelante.

Por un instante, Innokenti se crispó de desdén («¡qué insolente!»), pero de nuevo se hundió en sus pensamientos sin fijarse demasiado en el camino.

Chupando el cigarrillo, el mecánico había llenado de humo la mitad del coche.

—¿Podría bajar el cristal? —le paró los pies Innokenti levantando únicamente la ceja derecha.

Pero el mecánico no comprendió la ironía ni bajó el cristal, sino que, arrellanado en el asiento, sacó una hojita de un bolsillo interior, la desplegó y la tendió a Innokenti:

—¡Camarada jefe! ¿Quiere leérmela? Le daré luz.

El automóvil torció hacia una empinada y oscura calle que parecía ser la Pushechnaya. El mecánico encendió una lamparilla de bolsillo e iluminó con su pequeño haz de luz la hojita color carmesí. Encogiéndose de hombros, Innokenti tomó desdeñosamente la hoja y empezó a leer negligentemente, como para sí:

«Visto bueno. El ayudante del fiscal general de la URSS...».

Como antes, continuaba dentro del círculo de sus propios pensamientos y no podía bajar de ahí, comprender qué quería el mecánico: ¿Era analfabeto por ventura, no comprendía el sentido del documento, o bien estaba borracho y quería hacerle confidencias?

«Orden de arresto...», leyó sin penetrar todavía en el sentido de lo que leía, «... de Innokenti Artémievich Volodin, nacido en 1919...».

Y sólo entonces sintió como si una gran aguja le traspasara todo el cuerpo longitudinalmente y un chorro inesperado de agua hirviente se derramara por toda su persona. Innokenti abrió la boca pero antes de que emitiera sonido alguno, antes de que cayera sobre su rodilla la mano que sostenía la hoja carmesí, el «mecánico» le clavó los dedos en el hombro zumbando amenazador:

—¡A ver, tranquilo, tranquilo, no te muevas o te estrangulo aquí mismo!

Vigilaba a Volodin con la lamparilla y le golpeaba la cara con el humo del cigarrillo.

Le quitó la hojita.

Y aunque Innokenti leyó que estaba arrestado, y esto significaba la ruina y el fin de su vida,

durante unos cortos instantes sólo le resultaron insoportables la insolencia, los dedos clavados y el humo y la luz en la cara.

—Suélteme —gritó intentando liberarse con sus débiles dedos. Había llegado finalmente a su conciencia que se trataba efectivamente de una orden, que esta era realmente la de su arresto, pero lo imaginaba como una desafortunada concatenación de circunstancias, como el resultado de haber subido a aquel coche y haber permitido que subiera el «mecánico». Imaginaba que debía escapar hacia el Ministerio, hacia su jefe, y la orden sería anulada.

Empezó a tirar convulsivamente de la manilla de la portezuela izquierda, pero esta tampoco cedía, también se había atascado.

—¡Chófer! ¡Le haré responsable! ¿Qué provocación es esta? —gritó airado Innokenti.
—¡Sirvo a la Unión Soviética, consejero! —machacó el chófer por encima del hombro con picardía.

Sometiéndose a las reglas del tráfico urbano, el automóvil rodeó la brillante plaza Lubianskaya como si diera la vuelta de despedida ofreciendo a Innokenti la posibilidad de ver ese mundo por última vez, así como la mole de cuatro pisos formada por la unión de la Antigua y la Nueva Lubianka, donde le tocaba terminar su vida.

Grupos de automóviles se acumulaban y se deslizaban bajo los semáforos, los trolebuses se bamboleaban suavemente, zumbaban los autobuses, pasaba la gente en masas compactas, y nadie veía ni conocía a la víctima que llevaban ante sus ojos al castigo.

La bandera roja, iluminada por un reflector desde el fondo del techo, ondeaba en una hendidura de la columnata de la torre que coronaba el edificio de la Antigua Gran Lubianka. Era como la flor roja del novelista Garshin, que absorbía todo el mal del mundo. Dos insensibles y pétreas náyades recostadas contemplaban con desprecio, desde arriba, el deambular de los pequeños ciudadanos.

El automóvil pasó a lo largo de la fachada del edificio universalmente conocido y que recaudaba un tributo de almas de todos los continentes, y torció hacia la calle Gran Lubianka.

—¡Pero suélteme ya! —continuaba Innokenti, sacudiéndose los dedos del «mecánico» que se clavaban en su hombro y en su cuello.

Las negras puertas de hierro se abrieron inmediatamente apenas el coche dirigió hacia ellas su radiador, y se cerraron enseguida apenas las hubo atravesado. El automóvil se introdujo en el patio por el negro umbral.

Una vez en el patio, la mano del «mecánico» se aflojó y se retiró del cuello de Innokenti. El «mecánico» salió del coche por su portezuela y dijo apremiante:

—¡Abajo!

Estaba muy claro que se encontraba perfectamente sereno. El chófer bajó también por su portezuela, que no estaba bloqueada.

—¡Salga! ¡Las manos atrás! —ordenó. ¿Quién habría podido reconocer al bromista de antes en esta fría orden?

Innokenti bajó del coche-trampa, se enderezó y, aunque era incomprensible por qué debía someterse, se sometió: puso las manos en la espalda.

El arresto había tenido lugar con mucha grosería, pero no era tan terrible, ni mucho menos, de cómo uno se lo pintaba cuando estaba a la espera del mismo. Innokenti incluso se tranquilizó: ya no tenía que temer, ya no tenía que luchar, ya no tenía que inventar nada. Era el mudo y agradable sosiego que se apodera de todo el cuerpo de un herido.

Innokenti volvió la cabeza para mirar el pequeño patio iluminado por uno o dos faroles y por las dispersas ventanas de los pisos. El patio era el fondo de un pozo formado por las cuatro paredes del edificio que desaparecían hacia arriba.

—¡No vuelvas la cabeza! —le gritó el chófer—. ¡Adelante!

Así, en fila india, con Innokenti en el centro, pasaron junto a unos hombres indiferentes que vestían el uniforme del KGB, atravesaron un arco de mediana altura, bajaron unos peldaños hasta otro patinillo, bajo, cubierto, oscuro, y allí torcieron a la izquierda y abrieron una pulcra y suntuosa puerta parecida a la de la antesala de un médico famoso. Tras la puerta había un pequeño pasillo muy aseado, un espacio inundado de luz eléctrica. Sus suelos, repintados recientemente, parecían recién fregados y estaban cubiertos por un sendero de alfombra.

El «chófer» empezó a soltar chasquidos con la lengua de un modo raro, como si llamara a un perro. Pero allí no había ningún perro.

Más adelante, cerraba el pasillo una puerta vidriada con descoloridas cortinas en su parte interna. La puerta estaba reforzada con una reja adicional de varillas inclinadas, como las que suele haber en las vallas de los jardincillos de las estaciones. En lugar de la placa de un doctor, un letrero colgaba de la puerta:

«RECEPCION DE DETENIDOS».

Pero no había cola.

Accionaron un timbre antiguo, de los que funcionan dándole vueltas. Poco después, un vigilante impassible, de cara alargada, con galones azul celeste atravesados por blancas tiras de sargento, miró por las cortinas y abrió la puerta. El «chófer» tomó la hoja carmesí de manos del «mecánico» y la mostró al vigilante. Este la examinó con aire aburrido, como leería una receta el farmacéutico soñoliento a quien acaban de despertar, y los dos desaparecieron en el interior.

Innokenti y el «mecánico» permanecieron de pie en profundo silencio ante la puerta cerrada.

«RECEPCION DE DETENIDOS» les recordaba el letrero, pero su sentido era el mismo que «depósito de cadáveres». Innokenti no estaba con ánimos ni para examinar al insolente del abrigo estrecho, al hombre que había representado con él una comedia. Quizá debía protestar, gritar, pedir justicia, pero había olvidado incluso que tenía las manos en la espalda y que continuaba manteniéndolas en esta posición. Todos sus pensamientos estaban frenados, miraba como hipnotizado el letrero: «RECEPCION DE DETENIDOS».

Se oyó en la puerta el suave giro de la cerradura inglesa. El vigilante de la cara alargada les hizo seña con la cabeza para que entraran, y pasó delante haciendo con la lengua aquel chasquido como para llamar a un perro. Pero tampoco allí había perros. El pasillo disponía también de una viva iluminación y estaba, igualmente, tan limpio como un hospital. Había en la pared dos puertas

pintadas de color verde oliva. El sargento empujó una de ellas y dijo:

—Entrad.

Innokenti entró. Apenas había tenido tiempo de observar que se trataba de una estancia vacía, sin ventanas, con una mesa grande y tosca y un par de taburetes, cuando el «chófer» por un costado y el «mecánico» por detrás se echaron sobre él, lo agarraron con las cuatro manos y le registraron ágilmente los bolsillos.

—¿Qué piratería es esta? —gritó débilmente Innokenti—. ¿Quién les ha dado derecho? —se resistió un poco, pero el convencimiento interno de que no se trataba en absoluto de piratería, y que aquellos hombres se limitaban a cumplir con su trabajo, privó de energía a sus movimientos y de seguridad a su voz.

Le quitaron el reloj de pulsera y sacaron de sus bolsillos dos agendas, una pluma estilográfica y un pañuelo. También vio en sus manos unos estrechos galones plateados, y le sorprendió la coincidencia de que también fueran diplomáticos, y que el número de estrellitas que contenían fuera igual al suyo. El grosero abrazo se abrió. El «mecánico» le tendió el pañuelo:

—Tome.

—¿Después de tocarlo sus sucias manos? —gritó Innokenti con voz chillona, y se estremeció. El pañuelo cayó al suelo.

—Se le dará un recibo por las cosas de valor —dijo el «chófer», y los dos hombres salieron apresuradamente.

El sargento de la cara alargada, por el contrario, no tenía prisa. Mirando de reojo al suelo, aconsejó:

—Recoja el pañuelo.

Pero Innokenti no se inclinó.

—¿Qué han hecho? ¿Me han arrancado los galones? —sólo entonces lo adivinó, y se encendió de ira al palpar las hombreras del uniforme, debajo del abrigo, y comprobar que no estaban los galones.

—¡Las manos atrás! —dijo entonces el sargento con indiferencia—. ¡Pase!

E hizo chasquear la lengua.

Pero no había perros.

El pasillo giraba bruscamente, y después seguía otro pasillo, y a ambos lados de este había una serie de pequeñas puertas color verde oliva, unas muy cerca de otras, señalizadas con pequeños y brillantes óvalos numerados. Ante aquellas puertas iba y venía una mujer madura y ajada, con falda y guerrera militar, y con los mismos galones azul celeste y las mismas rayitas blancas de sargento. Esa mujer, al aparecer ellos por la esquina, atisbo por la mirilla de una de las puertas. Al acercarse los dos hombres, dejó caer tranquilamente la tapadera colgante que cubría la mirilla y miró a Innokenti como si este hubiera pasado por allí cientos de veces y no fuera nada sorprendente que pasara una vez más. Los rasgos de la mujer eran siniestros. Puso una larga llave en la caja de acero de la cerradura que aseguraba la puerta número 8, la abrió con estrépito y le hizo una seña con la cabeza:

—Pase.

Innokenti atravesó el umbral, y antes de que tuviera tiempo de volverse para pedir explicaciones, la puerta se cerró a sus espaldas, y la sonora cerradura también.

¡He aquí dónde debería vivir! ¿Un día? ¿Un mes? ¿Muchos años? Aquella estancia no merecía el nombre de habitación, ni siquiera el de celda, pues según nos enseña la literatura, en una celda debe haber por lo menos un ventanuco, por pequeño que sea, y cierto espacio para pasear. Allí no era posible, no ya pasear, no ya tenderse, sino ni siquiera sentarse desahogadamente. Había una mesita y un taburete que ocupaban casi toda la superficie del suelo. Sentado en el taburete resultaba imposible extender libremente las piernas.

En aquel cuchitril no había nada más. Hasta la altura del pecho había un arrimadero verde oliva pintado al óleo; por encima, las paredes y el techo estaban vivamente blanqueados y deslumbrantemente iluminados por una gran bombilla de unos doscientos vatios adosada al techo dentro de una jaula de alambre.

Innokenti se sentó. Veinte minutos antes pensaba todavía en llegar a América y, evidentemente, sacar a colación su llamada a la embajada. Veinte minutos antes, toda su vida pasada le parecía un conjunto armónico, cada acontecimiento de la misma quedaba iluminado por la luz uniforme de las cosas bien meditadas, y la llamarada blanca del éxito lo soldaba con otros acontecimientos. Pero habían pasado estos veinte minutos, y con el mismo convencimiento, toda su vida pasada le parecía una acumulación de errores, un montón de negra chatarra.

No llegaban sonidos del pasillo, sólo un par de veces se abrió y cerró una puerta en algún lugar cercano. Cada minuto se separaba la pequeña cubierta de la mirilla y un ojo solitario e inquisitivo miraba a Innokenti a través del cristal. La puerta debía de tener unos cuatro dedos de grueso, y el cono del agujero de observación iba agrandándose, a partir de la mirilla, en todo su espesor. Innokenti adivinó que había sido practicado de esta manera para que el preso no pudiera ocultarse en ninguna parte de la mirada del vigilante.

Sintió agobio y calor. Se quitó el tibio abrigo de invierno y miró tristemente, de reojo, los «restos» de los galones arrancados del uniforme. Al no encontrar en las paredes un solo clavo, ni el más pequeño saliente, dejó el abrigo y la gorra sobre la mesita.

Es curioso, pero ahora que el rayo del arresto había caído ya sobre su vida, Innokenti no experimentaba terror. Al contrario, su mente frenada volvía a funcionar, e imaginaba los errores cometidos.

¿Por qué no había leído la orden hasta el final? ¿Estaba extendida correctamente? ¿Tenía un sello? ¿El visto bueno del fiscal? Sí, empezaba con el visto bueno del fiscal. ¿En qué fecha había sido firmada la orden? ¿Qué acusación indicaba? ¿Lo sabía ya su jefe cuando lo había llamado? Naturalmente, lo sabía. ¿Había sido un engaño, por lo tanto, la llamada? ¿Por qué, entonces, aquel extraño procedimiento, aquel espectáculo con el «chófer» y el «mecánico»?

En uno de los bolsillos palpó algo pequeño y duro. Lo sacó. Era un fino y elegante lápiz que se había caído de su enganche en la agenda. Innokenti se alegró mucho de encontrar el lápiz: ¡podía serle muy útil! ¡Chapuceros! ¡También allí, en la Lubianka, eran unos chapuceros! ¡Ni siquiera sabían cachear! Pensando dónde mejor esconder el lápiz, Innokenti lo rompió por la mitad y metió un trozo en cada zapato depositándolo bajo la planta del pie.

¡Ah, qué fallo! ¡Qué fallo no haber leído de qué lo acusaban! Quizás el arresto no tenía relación alguna con aquella conversación telefónica. Quizás era un error, una coincidencia. ¿Cuál sería ahora la conducta correcta?

¿O quizás el papel no decía en absoluto de qué lo acusaban? Probablemente, no lo decía. Que lo arresten, y nada más.

Pasó un rato. Al otro lado de la pared opuesta del pasillo se oyó varias veces el zumbido uniforme de una máquina. El zumbido, ora crecía, ora se apagaba. Innokenti se sintió de pronto muy inquieto ante una idea muy simple: ¿qué máquina podía haber allí? Aquello era una cárcel, no una fábrica, ¿para qué sería la máquina? Acudió a su mente algo maligno que oyera en los años cuarenta sobre medios de exterminio mecánicos. En la mente de Innokenti fulguró una idea absurda y al propio tiempo completamente verosímil: la máquina sería para moler los huesos de los presos asesinados. Sintió terror.

Y al mismo tiempo le traspasó con dolor un pensamiento: ¡qué error no haber leído la orden hasta el final, no haber protestado inmediatamente de su inocencia! ¡Había aceptado el arresto con tanta sumisión que se habían convencido de su culpabilidad! ¿Cómo había podido no protestar? ¿Por qué no había protestado? ¡Quedaba muy claro que esperaba el arresto y estaba preparado!

¡Este error fatal lo hería de parte a parte! Su primer pensamiento fue levantarse de un salto, dar puñetazos, patadas, gritar a pleno pulmón que era inocente, que le abrieran. Pero sobre este pensamiento se alzó inmediatamente otro más maduro: con ello no les causarían ninguna sorpresa, allí a menudo golpeaban y gritaban, su silencio de los primeros minutos, de todos modos, lo había enmarañado todo.

Ah, ¿cómo había podido ponerse tan fácilmente en sus manos? Siendo un alto diplomático, había permitido sin ninguna resistencia, sin ruido, que lo sacaran de las calles moscovitas y lo metieran y encerraran en aquel calabozo.

¡De aquí no escaparás! ¡De aquí no escaparás!

¿Y si su jefe, pese a todo, lo estuviera esperando? ¿Cómo podría llegar hasta él, aunque fuera escoltado? ¿Cómo explicárselo?

No, su cabeza no estaba más clara, sino más complicada y enmarañada.

Tras la pared, la máquina ora zumbaba ora se callaba.

Los ojos de Innokenti, deslumbrados por la luz, excesivamente viva para aquella estancia alta pero estrecha, de unos tres metros cúbicos, hacía rato que buscaban el descanso en el único cuadradito negro que animaba el techo. El cuadrado, protegido por dos barrotes en cruz, era por lo visto un respiradero, aunque váyase a saber adonde conducía o de dónde venía.

Y de pronto imaginó con toda precisión que aquel respiradero no era ni mucho menos un respiradero, que por él echaban lentamente un gas venenoso que probablemente fabricaría aquella máquina zumbadora, que estaban echando gas desde el preciso momento que lo encerraron, pues aquel calabozo cerrado con una puerta tan compactamente pegada a su marco no podía destinarse a otra cosa.

Por eso lo espiaban por la mirilla, para saber si aún no había perdido el conocimiento, si ya estaba envenenado.

Por eso se liaban sus pensamientos: ¡estaba perdiendo el conocimiento! ¡Por eso hacía rato que se ahogaba! ¡Por eso le latía la cabeza de aquella manera!

¡Entraba un gas! ¡Incoloro! ¡Inodoro!

¡Horror! ¡El eterno horror animal! El mismo que une en un mismo grupo a depredadores y víctimas que huyen de un incendio forestal. El horror envolvió a Innokenti, y este, abandonando cualquier otro cálculo o pensamiento, empezó a dar puñetazos y patadas a la puerta llamando a una persona viva:

—¡Abrid! ¡Abrid! ¡Me ahogo! ¡Aire!

He aquí por qué la mirilla estaba practicada en forma de cono: ¡de ninguna manera llegaría el puño a romper el cristal!

Un ojo desorbitado, que no parpadeaba, se pegó al cristal por la otra parte de la puerta y contempló malignamente el fin de Innokenti.

¡Oh, era algo digno de verse! Un ojo arrancado, un ojo sin rostro, ¡un ojo que resume en sí mismo toda expresión! ¡Y que está contemplando tu muerte!

¡No había salida!

Innokenti cayó sobre el taburete.

El gas lo asfixiaba.

De pronto, se abrió la puerta con absoluto silencio (aunque se cerraba con estrépito).

El vigilante de la cara alargada entró en el estrecho ángulo de la puerta abierta y, una vez en la celda, que no en el pasillo, preguntó amenazador en voz baja:

—¿Por qué llama?

Innokenti se sintió aliviado. Si el vigilante no temía entrar era que todavía no se producía el envenenamiento.

—¡Me siento mal! —dijo ya menos seguro—. ¡Deme agua!

—¡Recuerde una cosa! —lo aleccionó severamente el vigilante—. En ningún caso está permitido llamar, o se le castigará.

—Pero ¿y si me encuentro mal? ¿Y si necesito llamar?

—¡Ni tampoco hablar en voz alta! Si necesita llamar —explicó el vigilante con la misma monótona y enfurruñada impasibilidad—, espere a que se abra la mirilla y levante un dedo en silencio.

Retrocedió y cerró la puerta.

Tras la pared, la máquina empezó de nuevo a funcionar y a pararse.

Se abrió la puerta, esta vez con el estruendo habitual. Innokenti empezó a comprender: estaban entrenados para abrir la puerta con ruido o sin ruido, según les conviniera.

El vigilante entregó a Innokenti una jarrita de agua.

—Escuche —tomó Innokenti la jarrita—, ¡me encuentro mal, necesito acostarme!

—En el *box* no está permitido.

—¿Dónde? ¿Dónde no está permitido? —Tenía ganas de hablar aunque fuera con aquel cabezota.

Pero el vigilante había retrocedido ya más allá de la puerta y la estaba cerrando.

—¡Escuche, llame a su jefe! ¿Por qué me han arrestado? —acertó a decir Innokenti.

La puerta se cerró.

¿Había dicho en el *box*? «Box» en inglés significa cajón. ¿Llamaban cínicamente cajón a aquel calabozo? Por qué no, esto quizás era exacto.

Innokenti bebió un poco de agua. Enseguida perdió las ganas de beber. La jarra sería de un tercio de litro, esmaltada, verdosa, con un extraño dibujo: un gato con gafas aparentaba leer un libro pero en realidad miraba de reojo a un pajarillo que saltaba osadamente a su lado.

No era posible que hubieran escogido adrede aquel dibujo para la Lubianka. ¡Pero qué

adecuado era! El gato era el régimen soviético, el libro la Constitución estalinista, el gorrión, la persona que pensaba por sí misma.

Innokenti llegó a sonreír, y esta torcida sonrisa hizo que advirtiera todo el abismo de lo que le había sucedido. Pero le proporcionó también un raro gozo: llegó a él la alegría de unas migajas de existencia cotidiana.

Nunca habría creído antes que en los calabozos de la Lubianka se pudiera sonreír durante la primera media hora.

(Peor lo pasaba Schevronok en el *box* contiguo: en aquel momento no le habría divertido ni el gato).

Apartando un poco el abrigo, Innokenti colocó la jarra también sobre la mesa.

Retronó la cerradura. Se abrió la puerta. Apareció en ella un teniente con un papel en la mano. A su espalda podía verse la cara de ayuno del sargento.

Innokenti, vistiendo su uniforme diplomático azul-gris bordado con palmas de oro, fue despreocupadamente a su encuentro.

—Oiga, teniente, ¿qué está pasando? ¿Qué malentendido es este? Déjeme la orden, todavía no la he leído.

—¿Apellido? —preguntó inexpresivamente el teniente mirando a Innokenti con ojos vidriosos.

—Volodin —concedió Innokenti con ganas de aclarar la situación.

—¿Nombre, patronímico?

—Innokenti Artémievich.

—¿Año de nacimiento? —el teniente iba cotejándolo todo en el papel.

—1919.

—¿Lugar de nacimiento?

—Leningrado.

Y entonces, cuando había llegado el momento de poner las cosas en claro, y el consejero de segundo rango esperaba una explicación, el teniente retrocedió y la puerta se cerró casi pillando al consejero.

Innokenti se sentó y cerró los ojos. Empezaba a sentir la fuerza de aquellas tenazas metálicas.

Zumbó la máquina.

Luego se calló.

Empezaban a acudir a su cabeza diversos asuntos, pequeños y grandes, tan inaplazables hacía una hora que sentía en las piernas una presión que le obligaba a levantarse y a correr a resolverlos.

Pero en el *box* no sólo no se podía correr sino que no había ningún lugar donde dar un paso completo.

Se desplazó la cubierta de la mirilla. Innokenti levantó el dedo. Abrió la puerta la mujer de los galones celestes y la cara dura y obtusa.

—Tengo necesidad... eso... —dijo expresivamente.

—¡Las manos atrás! ¡Pase! —espetó autoritariamente la mujer. Sometiéndose a una seña de su cabeza, Innokenti salió al pasillo, que ahora, después del sofoco del *box*, le pareció agradablemente fresco.

La mujer acompañó un poco a Innokenti y luego señaló una puerta con la cabeza:

—¡Aquí!

Innokenti entró. Cerraron la puerta tras él.

Además del agujero del suelo, y de dos tuberosos salientes de hierro para los pies, la superficie insignificante del resto del suelo, así como la de las paredes del pequeño cuartucho, estaba recubierta con placas de Metlach rojizas. En la hendidura, refrescante, chapoteaba el agua.

Contento de poder descansar, por lo menos allí, de aquella observación permanente, Innokenti se puso en cuclillas.

Pero algo rozó la puerta por el otro lado. Levantó la cabeza y vio que había también una mirilla en el interior de un agujero cónico, y que un ojo incansable y atento lo vigilaba, no ya a intervalos, sino continuamente.

Innokenti se incorporó desagradablemente turbado. Antes de que tuviera tiempo de levantar el dedo para indicar que estaba preparado, se abrió la puerta.

—Las manos atrás. ¡Pase! —dijo la mujer imperturbablemente.

De nuevo en el *box*, Innokenti sintió deseos de saber qué hora era. Se levantó la bocamanga sin pensar, pero «el tiempo» había desaparecido.

Suspiró y se puso a examinar el gato de la jarra. No le dejaron sumirse en sus pensamientos. Se abrió la puerta. Un hombre nuevo, de facciones gruesas y anchos hombros, con una bata gris encima del uniforme, preguntó:

—¿Apellido?

—¡Ya lo he dicho! —se indignó Innokenti.

—¿Apellido? —repitió el recién llegado sin expresión, como el radiotelegrafista que llama a una estación.

—Está bien, Volodin.

—Tome sus cosas. Pase —dijo la bata gris sin expresión.

Innokenti tomó el abrigo y la gorra de encima de la mesa y salió. Se le indicó que entrara en aquella primera estancia donde le habían arrancado los galones y arrebatado el reloj y las agendas.

El pañuelo ya no estaba en el suelo.

—¡Oiga, me han quitado mis cosas! —se quejó Innokenti.

—¡Desnúdese! —respondió el vigilante de la bata gris.

—¿Para qué? —se afectó Innokenti.

El vigilante dirigió a sus ojos una mirada sencilla y dura.

—¿Es usted ruso? —preguntó severamente.

—Sí —siempre tan ingenioso, Innokenti no encontró ahora nada más que decir.

—¡Desnúdese!

—¿Qué pasa? ¿Los que no son rusos no deben desnudarse? —bromeó abatido.

El vigilante guardaba un pétreo silencio y esperaba.

Innokenti puso en su cara una sonrisa de desprecio, se encogió de hombros, se sentó en el taburete, se descalzó, se quitó el uniforme y lo tendió al vigilante. Aunque no concedía ningún significado ritual al uniforme, Innokenti, pese a todo, respetaba su vestimenta bordada en oro.

—¡Arrójelo! —dijo la bata gris indicando el suelo.

Innokenti no se decidía. El vigilante le arrancó de las manos el uniforme color ratón, lo arrojó al suelo y añadió bruscamente:

—¡Completamente!

—¿Cómo que completamente?

—¡Completamente!

—¡Pero esto es completamente imposible, camarada! ¡Aquí hace frío, compréndalo!

—Lo desnudarán por la fuerza —le previno el vigilante.

Innokenti reflexionó. Ya se habían arrojado una vez sobre él y todo hacía suponer que volverían a hacerlo. Encogiéndose de frío y de asco, se quitó la ropa de seda y la arrojó obediente al mismo montón.

—¡Sáquese los calcetines!

Al quitarse los calcetines, Innokenti se quedó sobre el suelo de madera con los pies descalzos, sin vello, tiernamente blancos como todo su blando cuerpo.

—Abra la boca. Más. Diga «a». Otra vez, más largo: «¡aaaaa!». Ahora levante la lengua.

Como si se tratara de comprar un caballo, el vigilante tiró con sus sucias manos de una mejilla de Innokenti, luego de la otra, de la parte inferior de un ojo, luego del otro, y convencido de que no había nada escondido en ninguna parte, bajo la lengua, en las mejillas o en los ojos, echó para atrás la cabeza de Innokenti con firme movimiento, de modo que la luz le entrara en los orificios de la nariz; después comprobó ambas orejas tirando de los pabellones, le ordenó separar los dedos para convencerse de que no había nada entre ellos, y también agitar los brazos para asegurarse de que tampoco había nada bajo las axilas. Entonces, con aquella voz irrefutable y maquinal, ordenó:

—Cójase el miembro. Dele la vuelta al prepucio. Más. Así, ya basta. Lleve el miembro hacia arriba y hacia la derecha. Hacia arriba hacia la izquierda. Muy bien, suéltelo. Póngase de espaldas a mí. Separe las piernas. Más. Inclínese hacia adelante hasta el suelo. Las piernas más separadas. Sepárese las nalgas con las manos. Así. Muy bien. Ahora póngase en cuclillas. ¡Rápido! ¡Otra vez!

Antes, cuando pensaba en su arresto, Innokenti se lo figuraba como un frenético duelo espiritual con el Leviatán estatal. Estaba internamente tenso, dispuesto a una elevada defensa de su destino y de sus convicciones. Pero no se imaginaba de ninguna manera que aquello fuera tan simple y obtuso, tan inexorable. Los hombres que le habían acogido en la Lubianka eran de rango ínfimo, cortos de alcances, indiferentes ante su individualidad y ante la acción que le había conducido allí, en cambio eran penetrantemente atentos a unas minucias para las que Innokenti no estaba preparado y a las que no podía resistirse. ¿Qué habría podido significar, además, su resistencia? ¿Qué ventajas le habría proporcionado? Por un motivo puntual, cada vez le exigían una bagatela insignificante comparada con la gran lucha que le esperaba —y no valía la pena obstinarse ante tamaña bagatela—, pero en su conjunto los metódicos preámbulos del procedimiento rompían por completo la voluntad del detenido.

Después de soportar todas las humillaciones, Innokenti guardaba silencio.

El hombre que le cacheaba indicó al desnudo Innokenti que se colocara más cerca de la puerta y que se sentara en un taburete. Parecía impensable tocar con la parte descubierta del cuerpo aquel

otro nuevo objeto frío. Pero Innokenti se sentó y muy pronto descubrió con agrado que el taburete de madera parecía darle calor.

Durante su vida, Innokenti había experimentado muchas satisfacciones agudas, pero aquella era nueva, desconocida. Apretando los codos contra el pecho y encogiendo las rodillas lo más arriba posible, se sintió aún más caliente.

Permaneció de esta manera mientras el hombre que lo cacheaba, de pie junto al montón que formaba su ropa, empezaba a sacudirla, a palparla y a mirarla a la luz. Dando muestras de humanidad, no retuvo mucho rato los calzoncillos y los calcetines. Por lo que respecta a los calzoncillos, se limitó a palpar cuidadosamente, pellizco tras pellizco, todas sus costuras y dobladillos, y luego los arrojó a los pies de Innokenti. Desabrochó los calcetines de los sujetadores elásticos, los volvió del revés y los echó a Innokenti. Después de palpar los dobladillos y los pliegues de la camiseta, arrojó también esta a la puerta, de modo que Innokenti pudo vestirse devolviendo al cuerpo un poco más de benéfico calor.

Luego, el hombre sacó una gran navaja plegable con mango basto de madera, la abrió y la emprendió con los zapatos. Arrojó con desdén los pequeños pedazos de lápiz, que sacó de los zapatos, y empezó a doblar repetidas veces las suelas con cara atenta y concentrada, buscando en el interior algo duro. Cortó con el cuchillo la plantilla y extrajo un trozo de tira de acero que dejó sobre la mesa. Después cogió una lezna y atravesó de parte a parte uno de los tacones.

Innokenti contemplaba su trabajo con la mirada inmóvil, y con la suficiente fortaleza para pensar lo que debía fastidiarle a aquel hombre palpar año tras año la ropa ajena, agujerear el calzado y echar una mirada a los orificios traseros. Por eso la cara del hombre tenía una dura expresión desagradable.

Pero estos destellos de pensamientos irónicos se apagaron en Innokenti bajo el peso de tan triste espera y observación. Acto seguido, el hombre empezó a descoser del uniforme todos los bordados de oro, los botones de reglamento, las presillas. Descosió el forro y pasó la mano por debajo del mismo. No menos tiempo le ocuparon los pliegues y costuras de los pantalones. El abrigo de invierno le proporcionó aún más cuidados: en el fondo del acolchado el vigilante creyó oír, seguramente, algún roce impropio del algodón (¿una nota cosida? ¿Una dirección? ¿Una ampollita de veneno?), por lo que abrió el forro y estuvo largo rato buscando entre el algodón, conservando una expresión tan concentrada y preocupada como si estuviera operando un corazón humano.

El registro duró largo rato, quizá más de una hora. Al final, el vigilante empezó a recoger sus trofeos: los tirantes, los sujetadores de goma para los calcetines (antes ya le había comunicado a Innokenti que tanto una cosa como otra no estaban permitidas en la cárcel), la corbata, el pasador de corbata, los gemelos, el trozo de tira de acero, los dos pedazos de lápiz, los bordados de oro, todos los distintivos del uniforme y gran cantidad de botones. Sólo entonces acabó Innokenti de comprender y valorar aquel trabajo demoledor. De todas las mofas de aquella noche, lo que impresionó especialmente a Innokenti, sin que supiera por qué, no fueron los cortes en las suelas, ni el forro descosido, ni el algodón que asomaba por la sisa de los sobacos del abrigo, sino la ausencia de casi todos los botones en un momento en que le habían privado igualmente de los

tirantes.

—¿Por qué ha cortado los botones? —exclamó.

—No están permitidos —masculló el vigilante.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo me las arreglaré?

—Póngase un cordel —respondió ceñudo el otro, ya en la puerta.

—¿Qué absurdo es ese? ¿De qué cordel habla? ¿De dónde lo voy a sacar?

Pero la puerta ya se había cerrado, y con llave.

Innokenti no empezó a golpearla ni a insistir: pensó que quedaban botones en el abrigo y en alguna otra parte, y había que alegrarse de ello.

Estaba aprendiendo rápidamente.

Apenas había tenido tiempo de pasear por el nuevo local sujetándose la ropa, que se le caía, disfrutando del espacio y desentumeciendo las piernas, cuando de nuevo retumbó la llave en la puerta y entró un nuevo vigilante con bata, blanca aunque no muy limpia. Miró a Innokenti como si mirara un objeto familiar que siempre estuviera en aquella habitación, y dijo bruscamente:

—¡Desnúdese completamente!

Innokenti quiso responder con indignación, quiso ser grosero, pero en realidad lo que escapó de su garganta, atenazada por los agravios, fue una protesta poco convincente, una voz de polluelo:

—¡Pero si acabo de desnudarme! ¿No podían haberlo previsto?

Era evidente que no, pues el vigilante recién llegado observaba con mirada aburrida si la orden se cumplía de prisa.

Lo que más impresionaba a Innokenti de las gentes de aquel lugar era su capacidad para callar cuando la gente normal suele responder.

Adaptado ya al ritmo de la sumisión incondicional, carente de voluntad, Innokenti se desnudó y descalzó.

—¡Siéntese! —el vigilante indicó el mismo taburete donde Innokenti había estado tan largo rato sentado.

El preso desnudo permanecía sumisamente sentado, sin reflexión alguna, ¿para qué? (La costumbre del hombre libre, que reflexiona sobre sus actos antes de llevarlos a cabo, iba muriendo rápidamente, pues los demás pensaban por él con mucho éxito). El vigilante abrazó ásperamente su cabeza poniéndole los dedos en la nuca. La fría y cortante superficie de la maquinilla de cortar el pelo se pegó con fuerza a sus sienes.

—¿Qué hace usted? —se estremeció Innokenti intentando con débil esfuerzo liberar la cabeza de los dedos que la agarraban—. ¿Quién le da derecho? ¡Todavía no estoy arrestado! (Quería decir: «No se ha demostrado la acusación»).

Pero el peluquero, que sostenía con la misma fuerza de siempre su cabeza, continuó cortando en silencio. Y la llamarada de resistencia que había estallado en Innokenti se apagó. Aquel joven y orgulloso diplomático que subía por la pasarela de los aviones transcontinentales con aire tan independiente y despreocupado, que miraba, entornando distraídamente los ojos, el brillo diurno de las capitales europeas que desfilaban ante él, era ahora un hombre desnudo, marchito, huesudo,

con la mitad de la cabeza rapada.

El suave pelo castaño claro de Innokenti caía en forma de tristes y silenciosos mechones, como caen los copos de nieve. Atrapó uno de ellos y lo estrujó tiernamente entre los dedos. Sintió que se amaba a sí mismo, que amaba la vida que le abandonaba.

Recordaba aún sus conclusiones de antes: la sumisión sería interpretada como culpabilidad. Recordó su decisión de resistirse, protestar, discutir, exigir la presencia del fiscal, pero, a despecho de la razón, la dulce indiferencia del que se congela sobre la nieve aherrojaba su voluntad.

Terminado el rapado de la cabeza, el peluquero le ordenó que se pusiera de pie y que levantara por turno los brazos. Le pasó la maquinilla por los sobacos. Luego se puso en cuclillas y con la misma maquinilla empezó a pelar el pubis de Innokenti. Esto era inusual, daba muchas cosquillas. Innokenti se encogió involuntariamente, el peluquero le chistó.

—¿Puedo vestirme? —preguntó Innokenti cuando terminó todo aquel ceremonial.

Pero el peluquero no dijo ni palabra y cerró la puerta.

La astucia le sugirió a Innokenti que esta vez no se apresurara a vestirse. Experimentaba desagradables pinchazos en las zonas tiernas rapadas. Al pasarse la mano por su inusual cabeza (no recordaba haber estado rapado al cero desde la infancia) palpó un raro y corto pelo y unas desigualdades en el cráneo que no conocía.

Pese a todo, se puso la ropa interior, y cuando iba a meterse en los pantalones retronó la cerradura y entró un nuevo vigilante de nariz carnosa y violácea. Llevaba en la mano una gran tarjeta de cartón.

—¿Apellido?

—Volodin —respondió el preso sin ofrecer ya resistencia, aunque aquellas absurdas repeticiones le ponían enfermo.

—¿Nombre y patronímico?

—Innokenti Artémievich.

—¿Año de nacimiento?

—1919.

—¿Lugar de nacimiento?

—Leningrado.

Sin entender demasiado lo que ahora estaba pasando, Innokenti terminó de desnudarse. Al hacerlo, la camiseta, colocada en el borde de la mesa, se cayó al suelo, pero esto no provocó su fastidio ni se inclinó a recogerla.

El vigilante de la nariz violácea empezó a examinar quisquillosamente a Innokenti por todos lados, anotando continuamente sus observaciones en la tarjeta. Por la gran atención que ponía en los lunares y en los detalles del rostro, Innokenti comprendió que anotaban sus señas personales.

Se marchó también este vigilante.

Innokenti permaneció sentado en el taburete, indiferente, sin vestirse.

Volvió a retumbar la puerta. Entró una dama gruesa, de pelo negro, con una bata niveamente blanca. Tenía un rostro grosero y altivo, y unas maneras civilizadas.

Innokenti volvió a la realidad y se precipitó sobre sus calzoncillos para cubrir su desnudez. La mujer, sin embargo, lo envolvió en una mirada de desdén que nada tenía de femenina, y adelantando el labio inferior, ya prominente de por sí, preguntó:

—Dígame, ¿tiene piojos?

—Soy un diplomático —se ofendió Innokenti mirando con firmeza los negros ojos de la mujer y manteniendo siempre los calzoncillos ante él.

—Ah, ¿y qué más? ¿Qué le duele?

—¿Por qué me han arrestado? ¡Déjeme leer la orden! ¡Tráigame al fiscal! —dijo apresuradamente Innokenti, animándose.

—No es eso lo que le pregunto —frunció el ceño la mujer con aire de cansancio—. ¿Enfermedades venéreas?

—¿Qué?

—¿Ha estado enfermo de gonorrea, sífilis o chancros blandos? ¿De lepra? ¿De tuberculosis? ¿Otras dolencias?

Y se marchó sin esperar la respuesta.

Entró el primer vigilante, el de la cara alargada. Innokenti lo acogió hasta con simpatía, porque no se mofaba de él ni le causaba mal alguno.

—¿Por qué no se viste? —preguntó severamente el vigilante—. Vístase, deprisa.

¡No era tan fácil! Solo y encerrado de nuevo, Innokenti se las vio y se las deseó para obligar a los pantalones a sostenerse sin ayuda y sin demasiados botones. No pudiendo aprovechar la experiencia de las decenas de generaciones de presos precedentes, Innokenti frunció el ceño y resolvió el problema por sí mismo, del mismo modo que millones de predecesores lo habían resuelto también por sí mismos. Adivinó de dónde podía sacar los «cordeles»: debía atar la cintura y la bragueta de los pantalones con los cordones de los zapatos. (Sólo ahora se fijó en ello: habían arrancado los extremos metálicos de los cordones. No sabía por qué. La normativa de la Lubianka suponía que con aquellos extremos metálicos el preso podía suicidarse).

No se ató los faldones del uniforme.

Cuando el sargento se convenció, a través de la mirilla, de que el preso estaba vestido, abrió la puerta, le ordenó que pusiera las manos atrás y lo llevó a otra habitación. Allí estaba ya un vigilante conocido de Innokenti, el de la nariz violácea.

—¡Quítese los zapatos! —ordenó a Innokenti a modo de bienvenida.

Esto no representaba ninguna dificultad. Los zapatos, sin cordeles, se caían con facilidad (al mismo tiempo, los calcetines, privados de su sostén de goma, también se derrumbaban hasta la planta de los pies).

En la pared había una báscula clínica con una escala blanca. La nariz violácea empujó a Innokenti por la espalda, bajó la tablilla hasta su coronilla y anotó la estatura.

—¡Puede calzarse! —dijo.

El de la cara larga le previno en la puerta:

—¡Las manos atrás!

¡Las manos atrás! Aunque hasta el *box* número 8 había dos pasos atravesando el pasillo.

Y de nuevo se encontró Innokenti encerrado en su *box*.

Tras la pared continuaba zumbando y parándose la misteriosa máquina.

Innokenti se dejó caer sin fuerzas en el taburete con el abrigo en la mano. Desde que había ido a parar a la Lubianka, sólo había visto deslumbrante luz eléctrica, estrechos espacios entre paredes cercanas y carceleros indiferentes y silenciosos. Las formalidades, a cuál más absurda, le parecían una burla. No veía que constituían una cadena lógica muy bien pensada: el cacheo previo por los agentes operativos que lo habían arrestado; la determinación de la personalidad del arrestado; la recepción del arrestado (en el despacho, en ausencia del acusado), firmado, en la Administración de la cárcel; el registro penitenciario básico al recibir al preso; primera elaboración sanitaria; anotación de señas personales; examen médico. Las formalidades lo mareaban, lo privaban del sentido común y de la voluntad de resistencia. Ahora, su único y doloroso deseo era dormir. Decidió que de momento lo dejarían en paz y, no viendo cómo instalarse de otra manera —en las tres primeras horas de estancia en la Lubianka había adquirido nuevos conceptos sobre la vida—, colocó el taburete sobre la mesa, arrojó al suelo su abrigo de fina tela con cuello de astracán y se tendió sobre él a lo largo de la diagonal del *box*. Su espalda descansaba así en el suelo, su cabeza se levantaba pronunciadamente sobre uno de los ángulos del *box*, y las piernas, dobladas por las rodillas, se retorcían en el otro ángulo. No obstante, en los primeros momentos sus miembros aún no estaban entumecidos, e Innokenti experimentó una satisfacción.

Por lo demás, antes de que tuviera tiempo de hundirse en el sueño que lo envolvía, se abrió la puerta con un estrépito provocado adrede.

—¡Levántese! —chistó la mujer.

Innokenti movió apenas los párpados.

—¡Levántese! ¡Levántese! —sonaron encima de él las exhortaciones.

—Pero ¿y si quiero dormir?

—¡Levántese! —gritó la mujer autoritariamente, con voz fuerte ya, inclinándose sobre él como una Medusa que viera en sueños.

Desde su quebrada posición, Innokenti se puso en pie con dificultad.

—Pues lléveme a un lugar donde pueda echarme a dormir —dijo con indolencia.

—¡No está permitido! —cortó la Medusa con galones celestes, y cerró de golpe la puerta.

Innokenti se apoyó en la pared, esperó a que lo observara largo rato por la mirilla, y otra vez, y otra más.

Y de nuevo se dejó caer sobre el abrigo aprovechando la ausencia de la Medusa.

Y cuando su conciencia iba ya a detenerse, retumbó de nuevo la puerta.

En ella había un hombre nuevo, en bata blanca, alto y fuerte. Habría sido un herrero o un picapedrero de primera.

—¿Apellido? —preguntó.

—Volodin.

—¡Recoja sus cosas!

Innokenti recogió de un manotazo su abrigo y su gorra y siguió al carcelero con los ojos apagados, tambaleándose. Estaba extremadamente agotado, sus pies no advertían muy bien si era

uniforme el suelo que pisaban. Le faltaban fuerzas para moverse y habría estado dispuesto a tenderse allí mismo, en medio del pasillo.

A través de un estrecho paso practicado en una gruesa pared lo condujeron a otro pasillo, más sucio, donde abrieron una puerta que daba al vestuario de un baño. Allí le entregaron un trozo de jabón de lavar ropa no mayor que una caja de cerillas y le ordenaron que se lavara.

Innokenti tardó en decidirse. Estaba acostumbrado a la limpieza ante los espejos de los cuartos de baño alicatados, y esta pieza, que a cualquier persona del montón habría parecido perfectamente limpia, resultaba para él repulsivamente sucia. A duras penas encontró un sitio bastante seco en el banco, se desnudó, y pisó con repugnancia una húmeda rejilla ensuciada con marcas de zapatos y de pies descalzos. Con gusto no se habría desnudado ni se habría lavado, pero se abrió la puerta del vestuario y el herrero de la bata blanca le ordenó que se metiera en la ducha.

La ducha estaba tras una simple puerta, impropia de una prisión, delgada, con dos aberturas vacías, sin cristales. Cuatro piñas colgaban sobre cuatro rejillas, que Innokenti consideró también sucias, y proporcionaban una magnífica agua caliente y fría, que Innokenti tampoco valoró. ¡Aquellas cuatro piñas se destinaban a un solo hombre! Pero Innokenti no sintió alegría alguna (si hubiera sabido que en el mundo de los presidiarios a menudo se lavan cuatro hombres bajo una sola piña habría dado más valor a su superioridad dieciséis veces mayor). Tiró con repugnancia, en el vestuario, el asqueroso y apestoso jabón que le habían entregado (en los treinta años de su vida, nunca había tenido en la mano un jabón como aquel, ni siquiera sabía que existiera). Chapoteó como pudo durante un par de minutos, lavándose principalmente el pelo después del rapado y los lugares delicados que le pinchaban, y salió a vestirse con la sensación de haber adquirido suciedad en lugar de desprenderse de ella.

Salió en vano. Los bancos del vestuario estaban vacíos, y su magnífica —aunque despellejada— vestimenta había desaparecido, sólo los zapatos metían sus puntas bajo el banco. La puerta de salida estaba cerrada, la mirilla cubierta. A Innokenti no le quedó más remedio que sentarse en el banco desnudo como una escultura, algo así como *El pensador* de Rodin, y reflexionar mientras se secaba.

En cambio le entregaron una ropa burda que llevaba muchos lavados: la ropa interior penitenciaria con la negra estampilla «Prisión Interior» en la espalda y en el vientre, y otras tantas estampillas en un trapo velludo, cuadrado, doblado en cuatro partes, que Innokenti tardó en adivinar que se consideraba una toalla. Los botones de la ropa interior eran de cartón y tela, pero tampoco había los suficientes; lo que sí había era unas cintas, pero incluso estas aparecían arrancadas en algunos sitios. Los exiguos calzoncillos resultaban cortos para Innokenti, eran estrechos y le apretaban en la entrepierna. La camiseta, en cambio, era muy amplia, las mangas descendían hasta los dedos. Rehusaron cambiarle la ropa, pues Innokenti la había estropeado por el hecho de ponérsela.

Innokenti permaneció aún largo rato sentado en el vestuario con la mala ropa interior que había recibido. Le dijeron que la otra ropa estaba en «desinfección». Esta palabra era nueva para Innokenti. Incluso durante la guerra, cuando esos aparatos de desinfección cubrían todo el país, nunca ninguno se había cruzado en su camino. Pero la absurda mofa de la noche de hoy estaba

perfectamente a la altura de la desinfección de las ropas (se imaginaba como una gran caldera del infierno).

Innokenti intentó reflexionar con lucidez acerca de su situación y de lo que debía hacer, pero los pensamientos se enmarañaban y aparecían y desaparecían fugazmente: ora pensaba en sus estrechos calzoncillos, ora en la caldera donde habían metido su guerrera, ora en el ojo atento y en la cubierta de la mirilla que se desplazaba a menudo para dejarle su puesto.

El baño había disipado su somnolencia, pero la debilidad se había apoderado de él. Deseaba echarse sobre algo seco, que no estuviera frío, y yacer de esta manera sin moverse, recuperando sus agotadas fuerzas. Sin embargo no se decidía a echarse con las costillas desnudas sobre los húmedos y angulosos listones del banco (y los listones estaban separados, no unos junto a otros).

Se abrió la puerta, pero no traían la ropa de la desinfección. Al lado del vigilante del baño había una sonrosada muchacha de cara redonda vestida de paisano. Cubriendo tímidamente la insuficiencia de su ropa interior, Innokenti se acercó al umbral. La muchacha entregó a Innokenti un recibo, ordenándole que firmara la copia, certificando que el 26 de diciembre la Prisión Interior del MGB de la URSS había recibido de I. A. Volodin para su custodia: un reloj de metal amarillo, número del reloj..., número del mecanismo...; una pluma estilográfica con remate y plumilla de metal amarillo; un pasador de corbata con una piedra roja en su montura; unos gemelos de piedra azul, un par.

Y de nuevo Innokenti se puso a esperar, muy abatido. Finalmente le trajeron la ropa. El abrigo volvió frío e intacto, la guerrera, los pantalones y la camisa, arrugados, descoloridos y aún calientes.

—¿No podíais tener cuidado con la guerrera como habéis hecho con el abrigo? —se indignó Innokenti.

—El abrigo tiene pieles. ¡Hay que comprenderlo! —respondió el herrero con aire aleccionador.

Después de la desinfección, hasta su propia ropa le resultaba repulsiva y extraña. Vestido con ropas ajenas e incómodas, Innokenti fue conducido de nuevo a su *box* número 8. Pidió y bebió afanosamente dos jarras de agua que llevaban aquel mismo dibujo del gato.

Se presentó entonces otra muchacha que le entregó, después de firmar la copia, un recibo atestiguando que el 27 de diciembre la Prisión Interior del MGB de la URSS había recibido de I. A. Volodin una camiseta de seda, unos calzoncillos, unos tirantes y una corbata.

La máquina misteriosa continuaba zumbando como antes.

Al quedar encerrado de nuevo, Innokenti cruzó los brazos sobre la mesa, puso la cabeza encima e hizo un intento de dormir sentado.

—¡Está prohibido! —dijo abriendo la puerta el nuevo vigilante de turno.

—¿Qué está prohibido?

—¡Está prohibido descansar la cabeza!

Innokenti continuó esperando con la cabeza llena de enmarañados pensamientos.

Le trajeron de nuevo un recibo, este en un papel blanco, certificando que la Prisión Interior del MGB de la URSS había recibido de I. A. Volodin 123 (ciento veintitrés) rublos.

Y se presentaron de nuevo: una cara otra vez desconocida, un hombre con una bata azul por encima de un traje marrón de buena calidad.

Cada vez que le traían un recibo le preguntaban su apellido. Y ahora se lo preguntaron todo de nuevo: ¿Apellido? ¿Nombre y patronímico? ¿Año de nacimiento? ¿Lugar de nacimiento? Después, el recién llegado ordenó:

—¡A cuerpo!

—¿Cómo a cuerpo? —quedó pasmado Innokenti.

—¡Claro, a cuerpo, sin sus cosas! ¡Las manos atrás! —en el pasillo todas las órdenes se daban a media voz, para que no se oyeran en los otros *box*.

Haciendo chasquear la lengua para aquel perro invisible, el hombre del vestido marrón condujo a Innokenti por la puerta principal, y por otro pasillo, a una habitación grande que no era de tipo penitenciario, con cortinas corridas en las ventanas, muebles mullidos, escritorios. Hicieron sentar a Innokenti en mitad de la habitación. Este comprendió que iban a interrogarlo.

¡Negar! ¡Negarlo todo de cabo a rabo! ¡Negar con todas sus fuerzas!

Pero en lugar de esto sacaron de detrás de una cortina la caja parda y pulimentada de una máquina fotográfica, concentraron en Innokenti una viva luz por ambos lados, y lo fotografiaron, una vez de frente y otra de perfil.

El jefe que había traído a Innokenti le cogió por turno cada uno de los dedos de su mano derecha y fue poniendo la yema de los mismos sobre un rodillo pegajoso y negro que parecía untado con tinta de imprenta, con lo que los cinco dedos quedaron negros en sus extremos. Luego, separándolos uniformemente, el hombre de la bata azul los apretó con fuerza contra un formulario y los retiró bruscamente. Las cinco negras huellas, con blancas sinuosidades, quedaron en el formulario.

De la misma manera, también, le embadurnaron e imprimieron los dedos de la mano izquierda.

En el formulario, sobre las huellas, estaba escrito:

«Volodin, Innokenti Artémievich, 1919, Leningrado».

Y más arriba todavía, con gruesas letras negras de imprenta:

¡A PERPETUIDAD!

Al leer esta fórmula, Innokenti sintió un escalofrío. La fórmula tenía algo místico, algo que estaba por encima de la humanidad y de la Tierra.

Le dejaron que se limpiara los dedos en un lavabo con jabón, agua fría y un cepillo. La pegajosa tinta cedía mal ante estos medios, el agua fría resbalaba por encima. Innokenti se frotaba cuidadosamente las puntas de los dedos con el cepillo enjabonado, y no se preguntaba si era lógico que los llevaran al baño antes de tomarles las huellas digitales.

Su inestable y atormentado cerebro se encontraba bajo el peso de esta fórmula cósmica aplastante:

¡A PERPETUIDAD!

Nunca había habido en la vida de Innokenti una noche tan larga e inacabable. No durmió en toda la noche, y se agolparon tantos y tan diversos pensamientos en su cabeza a lo largo de la misma como no los había habido en un mes de su vida tranquila y normal. Tuvo tiempo para meditar cuando arrancaban los bordados de oro de su uniforme diplomático, cuando estaba desnudo en el baño, y en los muchos *box* en que había estado durante la noche.

Le impresionaba lo acertado del epitafio: ¡A PERPETUIDAD!

Efectivamente, demostraran o no demostraran que era él quien había hablado por teléfono, una vez arrestado ya no lo soltarían. Conocía la garra de Stalin: a nadie devolvía a la vida. Tenía por delante el fusilamiento o la prisión incomunicada de por vida. Algo que helaba la sangre como el monasterio Sujanovski, sobre el que corrían diversas leyendas. No sería la residencia de ancianos de Schlüsselburg. A él le prohibirían sentarse de día, le prohibirían hablar durante años, y nunca nadie volvería a saber de él, y él tampoco sabría nada del mundo, aunque continentes enteros cambiaran de bandera o se aterrizaran en la Luna. Y el último día, antes de poner la cuerda al cuello a toda la banda de Stalin en un nuevo Nürenberg, a Innokenti, y a sus silenciosos vecinos de pasillo en el monasterio, los matarían a tiros en sus celdas, como ya habían fusilado en su retirada a los comunistas en 1941 y a los nazis en 1945.

¿Temía, sin embargo, la muerte?

Al anoecer, Innokenti se alegraba de cada pequeño acontecimiento, de cada vez que abrían la puerta rompiendo su soledad, su desacostumbrada permanencia en el garlito. Ahora, por el contrario, deseaba llegar al final de un pensamiento importante que no acababa de captar, y le satisfacía que lo hubieran llevado a su *box* anterior y que no lo molestaran durante largo rato, aunque continuamente lo espiaban por la mirilla.

Fue como si le quitaran un fino velo del cerebro, y lo que había pensado y leído durante el día acudió por sí mismo:

«La creencia en la muerte nace de la codicia de las personas insaciables. El hombre sensato encuentra que el plazo de nuestra existencia es suficiente para recorrer todo el círculo de placeres que están a nuestro alcance...».

¡Ah! ¿Se trataba acaso de placeres? Él había tenido dinero, trajes, honores, mujeres, vino, viajes, pero habría mandado al infierno todos estos placeres a cambio sólo de justicia. ¡Vivir para ver el final de aquella pandilla, oír sus míseros balbuceos ante el tribunal!

¡Sí, había poseído muchos bienes! Pero nunca había tenido el bien más valioso: la libertad de

decir lo que pensaba, la libertad de comunicarse abiertamente con los que pensaban como él. ¡Cuántos habría habido allí, desconocidos de vista y de nombre, tras los tabiques de ladrillo de aquel edificio! ¡Y qué lástima morir sin haber intercambiado con ellos alma y pensamientos!

¡Qué bonito era filosofar bajo las frondosas ramas de unas épocas inmóviles, estables, afortunadas!

Ahora, al carecer de lápiz y de agenda, le parecía tanto más valioso lo que flotaba en las tinieblas de la memoria. Recordó claramente:

«No hay que temer los sufrimientos corporales. Un sufrimiento prolongado siempre es insignificante; si es importante, no dura mucho».

Por ejemplo, permanecer en un *box* como aquel días enteros sin poder enderezar ni estirar las piernas, sin dormir, sin aire, ¿era un sufrimiento prolongado o no prolongado? ¿Era importante o no importante? ¿Y pasar diez años incomunicado, sin pronunciar una sola palabra en voz alta?

En la habitación de la fotografía y la dactiloscopia Innokenti había observado que era más de la una. Ahora podían ser ya las tres. Una idea absurda se incrustó en su cabeza desplazando a otras más serias: habían depositado su reloj en la consigna, el reloj funcionaría hasta que se le terminara la cuerda, después se pararía y esperaría, con esa posición de agujas, la muerte de su dueño o bien la confiscación junto con las demás pertenencias. Sería curioso saber qué hora marcarían entonces.

¿Lo esperaba Dotty para ir a la opereta? Lo esperaba... ¿Habría llamado al Ministerio? Lo más probable era que no: ya se habrían presentado en su casa para practicar un registro. ¡Una vivienda tan enorme! Cinco hombres no tendrían tiempo de revolverlo todo en una noche. ¿Y qué encontrarían, los muy estúpidos?

A Dotty no la encerrarían: la separación del último año la salvaría.

Pediría el divorcio y se casaría.

O quizá la encarcelaran. En este país todo es posible.

Al suegro no lo dejarían prosperar en su carrera. ¡Era una mancha! ¡No hay duda de que echaría pestes, de que marcaría distancias!

Todos los que conocían al consejero Volodin lo tacharían de su memoria, como fieles súbditos que eran.

Una masa sorda lo aplastaría. Nadie en la Tierra sabría nunca que el endeble Innokenti, de blanca piel, había intentado salvar la civilización.

Le venían unas ganas enormes de vivir lo suficiente como para saber en qué paraba todo aquello.

En la historia siempre vence uno de los bandos, pero nunca las ideas de uno solo de los bandos. Las ideas se mezclan, tienen su propia vida.

El vencedor siempre le arrebató algo al vencido, o mucho, o todo.

Todo coincide... «Pasaré la hostilidad entre los pueblos». Desaparecerán las fronteras estatales, los ejércitos. Se convocará un parlamento mundial. Se elegirá al presidente del planeta. Este se descubrirá ante la humanidad y dirá:

—¡Con sus efectos personales!

—¿Eh?

—¡Con sus efectos personales!

—¿Qué efectos?

—Bueno, sus pertenencias.

Innokenti se levantó llevando en la mano el abrigo y la gorra, muy queridos ahora que la desinfección no los había estropeado. En la abertura de la puerta, un brigada moreno y gallardo (¿de dónde sacarían aquellos soldados de la Guardia? ¿En qué duras misiones los emplearían?), con galones azul celeste, apartó al vigilante del pasillo y se asomó. Consultó un papel, preguntó:

—¿Apellido?

—Volodin.

—¿Nombre y patronímico?

—¿Cuántas veces se ha de repetir?

—¿Nombre y patronímico?

—Innokenti Artémievich.

—¿Año de nacimiento?

—1919.

—¿Lugar de nacimiento?

—Leningrado.

—Coja sus cosas. ¡Pase!

Y tomó la delantera emitiendo los chasquidos de rigor.

Esta vez salieron al patio, y en la negrura del patio cubierto bajaron todavía algunos peldaños. ¿Lo llevarían a fusilar? Esa fue la primera idea que se le ocurrió. Según se decía, fusilaban siempre en sótanos, y siempre de noche.

En aquel momento difícil se le ocurrió una objeción salvadora: ¿para qué le habrían dado, entonces, los tres recibos? ¡No, todavía no era el fusilamiento!

(Innokenti aún creía en la sabia coordinación entre todos los tentáculos del MGB).

Produciendo siempre el chasquido con la lengua, el gallardo brigada lo llevó a un edificio, y a través de un oscuro cancel lo metió en un ascensor. Allí en un extremo, una mujer, con una pila de ropa interior grisamarillenta recién planchada, miró cómo introducían a Innokenti en el ascensor. Y aunque aquella joven lavandera era fea, de baja posición social, y miraba a Innokenti con la misma mirada impenetrable, pétrea e indiferente que los demás muñecos mecánicos de la Lubianka, a Innokenti le dolió —lo mismo que ante las muchachas de la consigna que le habían traído los recibos rosa, azul y blanco— que lo viera en aquel estado tan destrozado y lamentable, y que sólo pudiera pensar en él con una compasión nada halagadora.

Por lo demás, este pensamiento desapareció tan rápidamente como había venido. Daba lo mismo, ya que era: «¡A perpetuidad!».

El brigada cerró el ascensor y oprimió el botón de un piso, pero el número de los pisos no estaba indicado.

Apenas zumbaron los motores del ascensor, Innokenti reconoció enseguida a la misteriosa máquina que molturaba huesos tras la pared de su *box*.

Y sonrió sin alegría.

Aunque este agradable error le dio ánimos.

El ascensor se detuvo. El brigada condujo a Innokenti al descansillo de una escalera, y acto seguido a un amplio pasillo en el que se encontraban muchos vigilantes con galones celestes y rayas blancas. Uno de ellos encerró a Innokenti en un *box* sin número, esta vez espacioso, de unos diez metros cuadrados, con iluminación amortiguada y paredes totalmente pintadas al óleo color verde oliva. Este *box* o celda estaba vacío, no parecía muy limpio, tenía un suelo de cemento desgastado y además frío, lo que aumentaba la incomodidad general de la estancia. También tenía una mirilla.

Llegaba de fuera el rumor contenido de muchas pisadas de bota. Por lo visto, los vigilantes entraban y salían continuamente. La prisión interior vivía su gran vida nocturna.

Antes, Innokenti creía que lo instalarían para siempre en el estrecho, deslumbrante y caluroso *box* número 8, y se martirizaba pensando que no había espacio para extender las piernas, la luz hería los ojos y la respiración se hacía difícil. Ahora comprendió su equivocación, comprendió que viviría en aquel *box* sin número, espacioso e inhospitalario, y sufría pensando que el suelo de cemento le helaría los pies, que le irritaría el continuo ir y venir tras la puerta, las pisadas, y que le deprimiría la falta de luz. ¡Qué indispensable era una ventana! Por pequeña que fuera, aunque fuera como las que tienen los sótanos de las cárceles en las decoraciones de la ópera. Pero ni ese ventanuco había.

Las memorias de los emigrados no permitían imaginarse todo aquello: pasillos, escaleras, gran cantidad de puertas, tránsito de oficiales, sargentos, empleados. Grande era la agitación de la Gran Lubianka por la noche, pero no había en ninguna parte un solo preso, era imposible encontrar a un semejante, era imposible oír una palabra que no fuera del servicio, y estas casi no se pronunciaban. Parecía que si el enorme Ministerio no dormía aquella noche era sólo por él, que estaba ocupado únicamente en él y en su crimen.

La intención aniquiladora de las primeras horas de cárcel consiste en disociar al recién llegado de los demás presos, para que nadie lo anime, para que sufra solo la presión de la roma superficie que sostiene a todo el ramificado aparato de muchos miles de hombres.

Los pensamientos de Innokenti tomaron una orientación doliente. Su llamada telefónica ya no le parecía un acto tan grande que pudiera inscribirse en todas las historias del siglo xx, sino un suicidio irreflexivo y sobre todo inútil. Oía la voz negligente-insolente del agregado norteamericano, su defectuosa pronunciación: «¿Y quién es usted?». ¡Imbécil, imbécil! Seguramente, ni siquiera habría informado al embajador. Y todo en vano. ¡Oh, qué imbéciles cultiva la buena vida!

Ahora ya había por dónde pasear en el *box*, pero Innokenti, cansado y agotado por las formalidades, carecía de fuerzas para ello. Paseó un par de veces, se sentó en el banco y dejó colgar los brazos junto a las piernas, como látigos.

¡Cuántas intenciones, que desconocerían las generaciones venideras, habrían acunado aquellas paredes, habrían encerrado aquellos *box*!

¡Maldito, maldito país! Todo lo amargo que este país se tragaba sólo servía de medicina para

los demás. ¡Nunca para él!

¡Qué feliz era una Australia cualquiera! Se encontraba en el quinto pino y vivía sin bombardeos, sin planes quinquenales, sin disciplina.

¿Por qué había querido perseguir a los ladrones atómicos? ¡Debió marcharse a Australia y vivir allí como un simple particular!

Hoy o mañana, Innokenti habría tomado el avión de París, ¡y de allí a Nueva York!

Y cuando empezaba a imaginar, no el viaje al extranjero, sino los días que le esperaban, se le cortaba la respiración ante lo inalcanzable de la libertad. ¡No estaría mal arañar las paredes de la celda para dar salida a su disgusto!

La abertura de la puerta le salvó de esta infracción de las normas de la cárcel. De nuevo comprobaron sus «datos establecidos», Innokenti respondió como en sueños, y le ordenaron que saliera «con sus cosas». Como sea que Innokenti se había enfriado un poco en el *box*, llevaba la gorra en la cabeza y el abrigo echado sobre los hombros. Quería salir de esta guisa sin sospechar que esto le ofrecía la posibilidad de llevar bajo el abrigo dos pistolas cargadas o dos puñales. Le ordenaron que se pusiera el abrigo, y sólo de esta manera cogerse las muñecas desnudas en la espalda.

Lo llevaron a la escalera del ascensor soltando chasquidos con la lengua, y bajaron por ella. En la situación de Innokenti, lo más interesante era recordar cuántas vueltas había dado, cuántos pasos, para luego, en un momento de calma, intentar comprender la disposición de la cárcel. Pero se había producido en él tal desplazamiento de su percepción del mundo que caminaba insensible sin observar si habían bajado mucho. De pronto apareció en dirección a ellos, desde otro pasillo, un vigilante alto que iba soltando chasquidos con la misma aplicación que el que iba delante de Innokenti. El vigilante que conducía a Innokenti abrió impetuosamente la puerta de una cabina de contrachapado verde que obstaculizaba el paso, de por sí estrecho, empujó a Innokenti hacia el interior y cerró la puerta. Dentro había el espacio justo para permanecer de pie, y llegaba a su interior la luz difusa del techo: la cabina no tenía techo y recibía la luz de la caja de la escalera.

El impulso humano natural habría sido protestar ruidosamente, pero Innokenti, que ya se había acostumbrado a las incomprensibles situaciones desagradables y asimilado la tendencia al silencio de la Lubianka, se mostró silenciosamente sumiso, es decir, hizo exactamente lo que la cárcel exigía de él.

Ah, he aquí por qué en la Lubianka todos hacían chasquidos con la lengua: avisaban de que conducían a un preso. ¡Un preso no podía encontrarse con otro preso! ¡No era admisible que extrajera apoyo de sus ojos!

Pasaron al otro recluso, sacaron después a Innokenti de la cabina y le hicieron continuar su camino.

En los peldaños del último tramo recorrido, Innokenti advirtió una cosa: ¡qué desgastados estaban los peldaños! Nunca había visto nada semejante en toda su vida. Estaban gastados de los extremos hasta el centro en forma de dos cavidades ovales que llegaban a la mitad del grueso del peldaño.

Se estremeció: ¡cuántos pies en treinta años! ¡Cuántas veces! ¡Cuántas veces debían de haber

arrastrado los pies para desgastar la piedra! De cada dos que pasaban, uno era un vigilante y el otro un preso.

En el descansillo de aquel piso había una puerta con un postigo enrejado firmemente cerrado. Allí, Innokenti corrió aún una nueva suerte, la de ser colocado de cara a la pared. Pese a todo, vio por el rabillo del ojo que su acompañante pulsaba un timbre eléctrico, y que el postigo se abría con desconfianza y volvía a cerrarse. Acto seguido la puerta se abrió tras unas sonoras vueltas de llave y salió alguien a quien Innokenti no podía ver, que le preguntó:

—¿Apellido?

Innokenti volvió la cabeza con naturalidad, como acostumbran las personas, que se miran cuando se hablan, y tuvo tiempo de ver una cara que no era masculina ni femenina, hinchada, blanda, con una gran mancha roja de una quemadura y, por debajo de la cara, los galones de oro de teniente. Este, sin embargo, le gritó a Innokenti al mismo tiempo:

—¡No se vuelva! —y continuó las fastidiosas preguntas, e Innokenti respondió al trozo de estuco blanco que tenía delante.

Convencido de que el preso continuaba haciéndose pasar por el que figuraba en la tarjeta, y continuaba recordando el año y el lugar de su nacimiento, el teniente de la cara blanda llamó a la puerta que por precaución se había cerrado tras él. De nuevo tiraron desconfiadamente del pestillo del postigo, miraron por la abertura, cerraron el postigo y abrieron la puerta con sonoras vueltas de llave.

—¡Pase! —dijo con brusquedad el teniente de la cara flácida y escaldada.

Entraron en el interior y la puerta se cerró con ruidosas vueltas de la llave.

Apenas tuvo tiempo Innokenti de ver un lóbrego pasillo que se dividía en tres —enfrente, a derecha y a izquierda—, con muchas puertas, y a la izquierda de la entrada una mesa, un armarito con compartimientos y otros vigilantes más, cuando el teniente le ordenó en voz baja pero clara en medio del silencio:

—¡De cara a la pared! ¡Sin moverse!

Era una posición de lo más estúpida: ver el límite entre el arrimadero color verde oliva y el estuco blanco, y sentir en la nuca unos cuantos pares de ojos hostiles.

Evidentemente, examinaban su tarjeta. Después, el teniente ordenó casi en un murmullo, muy claro en medio del profundo silencio:

—¡Al tercer *box*!

Un vigilante se separó de la mesa y avanzó por el sendero de paño del pasillo de la derecha sin tintineo alguno de llaves.

—Las manos atrás. ¡Pase! —soltó con voz muy baja.

Por un lado de su marcha se extendía la misma pared indiferente, color oliva, con tres esquinas; por el otro desfilaron algunas puertas de las que colgaban los brillantes óvalos de los números:

y debajo las cubiertas de las mirillas. Con la emoción de tener tan cerca a unos amigos, Innokenti sintió el deseo de desplazar una cubierta y pegarse por un instante a una mirilla para contemplar la vida enclaustrada de una celda, pero el vigilante le obligaba a seguir rápidamente hacia adelante, y, sobre todo, Innokenti había tenido tiempo ya de empaparse de sumisión penitenciaria, aunque por otra parte, ¿qué más podía temer un hombre que había entablado una lucha por la bomba atómica?

Por desgracia para las personas, y afortunadamente para los gobiernos, el hombre está configurado de tal manera que mientras vive siempre hay algo que se le puede quitar. Incluso al condenado a cadena perpetua, privado de movimientos, de cielo, de familia y de bienes, se le puede, por ejemplo, trasladar a un calabozo húmedo, privarlo de comida caliente, apalearlo, y estos pequeños y últimos castigos son tan sensibles para aquel hombre como su anterior desplome desde las alturas de la libertad y del éxito. Y para evitar estos fastidiosos castigos extremos, el preso cumple monótonamente el humillante régimen carcelario que odia y que lentamente va matando en él al hombre.

Tras la esquina, las puertas estaban estrechamente juntas, unas al lado de otras, y sus óvalos brillantes eran:

«1», «2», «3».

El vigilante abrió la cerradura del tercer *box* y separó la puerta ante Innokenti con un movimiento algo cómico en aquel lugar: un amplio y cordial movimiento del brazo. Innokenti observó la comicidad del acto y miró atentamente al vigilante. Era un joven achaparrado, de pelo liso y negro, y ojos desiguales, como cortados de un sablazo sesgado. Tenía mal aspecto, no sonreían ni sus labios ni sus ojos, pero, entre las decenas de caras indiferentes que había visto aquella noche en la Lubianka, el rostro malévolamente del último vigilante tenía algo que gustaba.

Encerrado en el *box*, Innokenti echó una mirada a su alrededor. En una sola noche se podía considerar ya un especialista en *box*, podía hacer algunas comparaciones. Este *box* era divino: tres pies y medio de ancho, siete y medio de largo, suelo de parquet ocupado casi todo por un banco de madera nada estrecho sujeto a la pared, y cerca de la puerta una mesita hexagonal de madera no sujeta a la pared. Naturalmente, el *box* era ciego, sin ventanas, sólo tenía la rejilla negra de un respiradero a gran altura. Además, era muy alto, unos tres metros y medio, y todos estos metros lo eran de pared blanqueada, reluciente bajo la bombilla de doscientos vatios colocada en una jaula de alambre sobre la puerta. La bombilla daba calor al *box*, pero hería dolorosamente los ojos.

La ciencia presidaría es de las que se asimilan rápida y sólidamente. Esta vez, Innokenti no se engañaba: no esperaba permanecer mucho tiempo en aquel *box* cómodo, pero con mayor razón, al ver el largo banco vacío, el que fuera sibarita pero de hora en hora lo fuera cada vez menos, comprendió que su primera y principal tarea era dormir.

Y lo mismo que el cachorro sin la compañía de su madre averigua gracias al susurro de su propia naturaleza todas las conductas necesarias, también Innokenti se las apañó para extender el

abrigo sobre el banco y formar una bola con el gorro de astracán y las mangas retorcidas a modo de almohada. Y acto seguido se tendió. Le pareció muy cómodo. Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

¡Pero no pudo dormirse! ¡Tenía tantas ganas de dormir cuando no se le presentaba ninguna posibilidad de hacerlo! Había pasado por todos los estadios del cansancio, y por dos veces la conciencia le había cortado un aletargamiento instantáneo, ¡y, ahora que se presentaba la posibilidad de dormir, no tenía sueño! Una excitación continuamente renovada palpitaba por todo su cuerpo y no se sosegaba de ninguna manera. Defendiéndose de las suposiciones, las lamentaciones y las figuraciones, Innokenti intentó respirar uniformemente y contar. ¡Era muy molesto no dormirse cuando todo el cuerpo estaba caliente, las costillas descansaban sobre algo liso, las piernas estaban estiradas completamente, y el vigilante, que tendría sus razones, no lo despertaba!

Yació así una media hora. Empezaba por fin a perder la capacidad de coordinar sus pensamientos, y un calor viscoso y entorpecedor le subía de las piernas por todo el cuerpo.

Pero entonces Innokenti sintió que era imposible dormir bajo una luz de tan alocada potencia. La luz no sólo penetraba en forma de anaranjada luminiscencia a través de sus cerrados párpados, sino que le oprimía con insoportable fuerza los glóbulos oculares. Esta presión lumínica, que Innokenti no había experimentado nunca, ahora lo sacaba de quicio. Después de revolverse en vano de un lado a otro buscando una posición en la que la luz no lo hiriera, Innokenti se desesperó, se incorporó y bajó los pies del banco.

La cubierta de la mirilla se desplazaba a menudo, Innokenti oía su susurro, y en el desplazamiento de turno levantó rápidamente el dedo.

La puerta se abrió en absoluto silencio. El estrábico vigilante miró en silencio a Innokenti.

—¡Se lo ruego, apague la bombilla! —dijo suplicante Innokenti.

—No está permitido —respondió imperturbable el estrábico.

—¡Entonces sustitúyala! ¡Ponga una bombilla de menos potencia! ¿Para qué una bombilla tan grande en... un *box* tan pequeño?

—¡Baje la voz! —replicó el estrábico muy débilmente. En efecto, a su espalda, el gran pasillo y toda la cárcel mantenían un silencio de ultratumba—. Hay la bombilla que debe haber.

¡Pese a todo, había algo vivo en aquel rostro muerto! Agotada la conversación, y adivinando que la puerta se cerraría inmediatamente, Innokenti pidió:

—¡Deme agua para beber!

El estrábico asintió con la cabeza y cerró la puerta sin hacer ruido. No se oyó cómo se alejaba del *box* por el sendero de tela ni cómo volvía —apenas chirrió la llave al entrar en la cerradura—, pero ya el estrábico estaba de pie en la puerta con una jarra de agua. Como en la planta baja de la cárcel, la jarra llevaba la imagen de un gato, pero sin gafas, sin libros ni pájaros.

Innokenti bebió con satisfacción, y en la pausa que hizo contempló al vigilante, que permanecía allí. Este entró un pie más allá del umbral, entornó la puerta tanto como lo permitían sus hombros, parpadeó y preguntó en voz baja de una forma totalmente antirreglamentaria:

—¿Quién fuiste?

¡Sonaba tan raro! ¡Tratarlo humanamente! ¡Por primera vez en toda la noche! Impresionado por el tono vivo de la pregunta, por lo bajo de la voz para escapar a la vigilancia de los jefes, y atraído por esa cruel pero no intencionada palabrita de «fuiste», como si participara en un complot con el vigilante, Innokenti le comunicó:

—Diplomático. Consejero de Estado.

El estrábico asintió compasivo y dijo:

—¡Pues yo fui un marinero de la flota del Báltico! —hizo una pausa—. ¿Por qué te han encerrado?

—Ni yo mismo lo sé —se puso en guardia Innokenti—. Sin ton ni son.

El estrábico asintió compasivo.

—Al principio todos dicen lo mismo —confirmó. Y añadió sin cumplidos—: ¿Y no quieres ir al...?

—Todavía no —rehusó Innokenti, al que la ceguera del novato impedía comprender que la proposición que se le hacía era el más grande privilegio que podía conceder el vigilante, y uno de los más grandes bienes de este mundo, fuera del alcance de los presos en momentos no reglamentarios.

Después de esta sustanciosa conversación se cerró la puerta e Innokenti se tendió de nuevo en el banco luchando en vano contra la presión de la luz a través de sus indefensos párpados. Intentaba cubrírse los con una mano, pero la mano se entumecía. Se le ocurrió que sería muy cómodo retorcer el pañuelo a modo de cuerda y taparse los ojos con ella, ¿pero dónde estaba su pañuelo? Se había quedado en el suelo, por no recogerlo... ¡Qué cachorro estúpido era ayer por la tarde!

Las pequeñas cosas —un pañuelo, una caja de cerillas vacía, un hilo áspero o un botón de plástico— ¡son los íntimos amigos de un preso! ¡Siempre llega el momento en que alguno de ellos resulta insustituible y saca de apuros!

De repente se abrió la puerta. Tirón tras tirón, el estrábico fue pasando a Innokenti un colchón de algodón a rayas rojas. ¡Qué milagro! ¡La Lubianka no sólo no impedía dormir, sino que se preocupaba del sueño del preso! En el colchón doblado habían introducido una pequeña almohada de plumas, una funda, una sábana —ambas con el sello «Prisión Interior»— e incluso una pequeña manta gris.

¡Qué felicidad! ¡Ahora sí que dormiría! ¡Sus primeras impresiones de la cárcel habían sido demasiado lúgubres! Disfrutando con antelación del placer que le esperaba, puso la funda en la almohada (era la primera vez en su vida que lo hacía con sus propias manos), colocó la sábana (el colchón colgaba un poco del banco a causa de la estrechez de este), se desnudó, se acostó, se tapó los ojos con la manga del uniforme —¡ya nada lo molestaba!— y empezó a hundirse en el sueño, precisamente en ese sueño dulce llamado los abrazos de Morfeo.

Pero se abrió la puerta con estrépito, y el estrábico dijo:

—¡Saque los brazos de debajo de la manta!

—¿Cómo que los saque? —exclamó Innokenti a punto de echarse a llorar—. ¿Por qué me ha despertado? ¡Me había costado tanto dormirme!

—¡Saque los brazos! —repitió fríamente el vigilante—. Las manos deben estar a la vista.

Innokenti se sometió. Pero no resultó tan fácil dormir con los brazos encima de la manta. ¡Era un cálculo diabólico! Es costumbre normal, enraizada y subconsciente del hombre esconder las manos durante el sueño, pegarlas al cuerpo.

Innokenti se revolvió largo rato, adaptándose a esa burla más. Al final, sin embargo, el sueño salió vencedor. Una neblina dulce-venenosa inundaba ya su conciencia.

De pronto, cierto ruido en el pasillo llegó hasta él. Un batir de puertas que había empezado lejos llegaba ya a las puertas vecinas. Había una palabra que se pronunciaba cada vez. Ahora en la puerta contigua.

Y de pronto se abrió también la puerta de Innokenti.

—¡En pie! —anunció inflexible el marinero de la flota del Báltico.

—¿Cómo? ¿Por qué? —rugió Innokenti—. ¡No he dormido en toda la noche!

—Son las seis. ¡A levantarse, es la ley! —repitió el marinero, y continuó comunicándolo a los demás.

Precisamente entonces Innokenti deseaba dormir con una fuerza especialmente profunda. Se derrumbó en la cama y se quedó enseguida como un tronco.

Pero inmediatamente —quizá no consiguiera dormir ni un par de minutos— el estrábico abrió la puerta con estrépito y repitió:

—¡En pie! ¡En pie! ¡Enrollar el colchón!

Innokenti se incorporó sobre el codo y miró turbiamente a su verdugo, que una hora antes le pareciera tan simpático.

—¡Pero es que no he dormido, compréndalo!

—Yo no sé nada.

—Está bien, si me levanto y enrollo el colchón, ¿qué otra cosa tengo que hacer?

—Nada. Quedarse sentado.

—Pero ¿por qué?

—Porque son las seis de la mañana, ya se lo he dicho.

—¡Pues me dormiré sentado!

—No le dejaré. Lo despertaré.

Innokenti se llevó las manos a la cabeza y se balanceó. Algo parecido a la compasión apareció fugazmente en la cara del vigilante estrábico.

—¿Quiere lavarse?

—Bueno, quizá sí —reflexionó Innokenti, y alargó la mano hacia sus ropas.

—¡Las manos atrás! ¡Pase!

El retrete estaba tras la esquina. Resignado a no dormir aquella noche, Innokenti se arriesgó a quitarse la camiseta y a lavarse hasta la cintura con agua fría. Chapoteó libremente sobre el suelo de cemento del frío y espacioso retrete. La puerta estaba cerrada, y el estrábico no lo molestó.

Quizás era un buen hombre, pero ¿por qué había tenido la perfidia de no prevenirle anticipadamente de que a las seis debían levantarse?

El agua fría fustigó a Innokenti expulsando de él la venenosa debilidad del sueño

interrumpido. En el pasillo intentó hablar del desayuno, pero el vigilante le interrumpió. En el *box* le dio la respuesta:

—No habrá desayuno.

—¿Cómo que no lo habrá? ¿Qué habrá, pues?

—A las ocho habrá ración, azúcar y té.

—¿Qué es la ración?

—El pan, claro.

—¿Y cuándo será el desayuno?

—No está establecido. Después vendrá la comida.

—¿Y voy a estar todo ese tiempo sentado?

—¡Está bien, basta de charla!

Al cerrar la puerta, cuando ya no quedaba más que una rendija abierta, Innokenti tuvo tiempo de levantar el dedo.

—¿Qué más quiere? —abrió el marinero de la flota del Báltico.

—Me cortaron los botones y me descosieron los forros. ¿A quién debo entregar la ropa para que me los cosan?

—¿Cuántos botones?

Los contaron.

Se cerró la puerta y no tardó en abrirse de nuevo. El estrábico le ofreció una aguja, una decena de trozos de hilo por separado, y algunos botones de distinto tamaño y material: hueso, plástico, madera.

—¿De qué me van a servir? ¿Son acaso los que me arrancaron?

—¡Tómelos! ¡No encontrará ni de estos! —le levantó la voz el estrábico.

E Innokenti empezó a coser por primera vez en su vida. Tardó algo en adivinar cómo se aseguraba el extremo del hilo, cómo hacer las puntadas y cómo terminar el cosido. Desprovisto de la milenaria experiencia de la humanidad, Innokenti descubrió por sí mismo cómo había que coser. Se pinchó muchas veces, con lo que empezaron a dolerle las extremidades tiernas de sus dedos. Estuvo largo rato cosiendo el forro del uniforme, embutió el despanzurrado algodón del abrigo. Cosió algunos botones en lugares que no les correspondían, y los faldones del uniforme presentaban arrugas.

Pero aquel trabajo lento, que requería atención, no sólo le hizo pasar el tiempo, sino que además lo tranquilizó por completo. Sus movimientos internos se ordenaron, se sosegaron, ya no sentía ni terror ni opresión. Vio claramente que incluso aquel nido de legendarios horrores —la cárcel de la Gran Lubianka— no era terrible, que también allí vivía la gente (¡qué ganas tenía de encontrarse con ella!). Ante aquel hombre que no había dormido en toda la noche, que no había comido, cuya vida se había roto en una decena de horas, se abrió una percepción superior, se abrió ese segundo aliento que devuelve la frescura y la incansable energía al envarado cuerpo del atleta.

El vigilante, que era otro, le retiró la aguja.

Luego le trajeron un pedazo de medio kilo de pan negro y húmedo, con un trocito triangular que completaba el peso, y dos terrones de azúcar.

No tardaron en traer una tetera y llenarle la jarra del gato con un líquido ardiente, de color. Prometieron también otra ronda.

Todo esto significaba que eran las ocho de la mañana del 27 de diciembre.

Innokenti arrojó todo el azúcar del día en la jarra y quiso, simplificando sus costumbres, revolverlo con el dedo, pero el dedo no soportó el calor del líquido. Entonces, lo mezcló dándole vueltas a la jarra, y se lo bebió con placer (no sentía las menores ganas de comer). Levantó la mano y pidió un poco más.

La segunda jarra, sin azúcar pero percibiendo intensamente el aroma de aquel té bastante malo, se la tragó con temblores de placer.

Sus pensamientos se iluminaron hasta una claridad tiempo ha no conocida.

En el estrecho paso entre el banco y la pared opuesta, Innokenti, enganchándose en el colchón arrollado en tubo, empezó a pasear a la espera del combate: tres cortos pasos adelante, tres cortos pasos atrás.

Se imaginó el choque, la agarrada entre la Estatua de la Libertad norteamericana y la nuestra de Mujina^[49] girando, tantas veces repetida en las películas. Y él se había metido allí anteayer, en el lugar del choque, en el lugar más terrible.

No podía obrar de otra manera. No podía quedarse al margen.

Le había tocado a él...

¿Cómo lo decía tío Avenir? ¿Cómo lo decía Herzen?: «¿Dónde están los límites del patriotismo? ¿Por qué el amor a la patria...?».

Ahora recordaba a tío Avenir con más afecto, otorgándole más importancia. Con la de hombres y mujeres que había encontrado durante años, y que habían compartido con él amistad y placeres, ahora el tío de Tver, el de la casita ridícula, al que había visto un par de días, era el que más necesitaba aquí, en la Lubianka. Era el hombre más importante de su vida.

Caminando apenas por aquel callejón sin salida de siete pies de largo, Innokenti procuraba recordar lo que el tío le había dicho aquel día. Lo recordaba. Pero sin saber por qué, lo que se metió en su cabeza fue:

«Los sentimientos internos de placer y descontento son los criterios supremos del bien y del mal».

Esto no era del tío. Era algo estúpido. Ah, era de Epicuro, a quien ayer no pudo comprender. Pero ahora estaba claro: o sea, lo que me gusta es bueno y lo que no me gusta es malo. Por ejemplo, sería agradable matar a Stalin, ¿es, por lo tanto, un bien para él? Y que nosotros estemos en la cárcel por la justicia no proporciona placer, ¿es, por lo tanto, malo?

¡Qué sabio parece esto cuando leemos a los filósofos en libertad! Pero ahora el bien y el mal se habían disociado materialmente para Innokenti y quedaban visiblemente divididos por esa puerta gris, por esas paredes verde oliva, por esa primera noche en la cárcel.

Desde las alturas de lucha y sufrimiento a que se había encaramado, la sabiduría del gran materialista no era más que el balbuceo de un niño, si no la brújula de un salvaje.

Retumbó la puerta.

—¿Apellido? —espetó bruscamente un nuevo vigilante de tipo oriental.

—Volodin.

—¡A interrogatorio! ¡Las manos atrás!

Innokenti puso las manos detrás y salió del *box* con la cabeza levantada como el pájaro que bebe agua.

¿Por qué el amor a la patria es algo que hay que ex...?

En la *sharashka* era también la hora del desayuno y del té matinal.

Aquel día, que por la mañana no prometía nada especial, sólo fue notable al principio por el espíritu quisquilloso del teniente Shustermann: se disponía a entregar el turno de servicio y procuraba impedir que los presos durmieran después del toque de diana. También el paseo fue desagradable: después del deshielo del día anterior había helado por la noche y los senderos que se destinaban al paseo estaban llenos de escarcha. Muchos presos salieron a pasear, dieron una vuelta resbalando y se volvieron a la cárcel. Y en las celdas, los presos —sentados en las literas, quién abajo, quién arriba, dejando colgar los pies o recogiénolos— no tenían prisa por levantarse, se rascaban el pecho, bostezaban, se burlaban, ya «a primera hora de la mañana», unos de otros o de su desafortunado destino, o se contaban los sueños, que es la ocupación predilecta de los presos.

Y aunque entre los sueños hubo también el discurrir de un turbio torrente por un pequeño puente, o el ponerse unas botas altas, no hubo, sin embargo, ningún sueño que predijera claramente un traslado de presos a modo de rebaño.

Sologdin fue por la mañana a partir leña como de costumbre. Por la noche había mantenido la ventana entornada, pero al salir hacia la leña, la había abierto aún más.

Rubin, que tenía su cabecera en esta ventana, no le dijo a Sologdin ni palabra. Por la noche había padecido de insomnio, se había acostado tarde, sentía la corriente fría de la ventana, pero no quiso intervenir en las acciones de su ofensor, se puso la gorra con las orejeras bajas, vistió la blusa acolchada, y de esta guisa se cubrió con la manta y yació como un saco sin levantarse a desayunar, despreciando las exortaciones de Shustermann y el ruido general de la sala en su intento de alargar las horas de sueño.

Potapov fue de los primeros en levantarse y en dar el paseo. Fue también de los primeros en desayunar. Había tomado su té, arreglado la litera en forma de duro paralelepípedo, y se había sentado a leer un periódico, pero su espíritu estaba impaciente por trabajar (hoy debía graduar un interesante aparato construido por él mismo).

Las gachas del desayuno eran de mijo, por eso muchos no acudieron a desayunar.

Guerásimovich, por el contrario, estuvo largo rato sentado en el comedor metiéndose lenta y cuidadosamente en la boca pequeños *quantums* de gachas. Habría sido imposible adivinar en él al teórico de la revolución palaciega.

Nerzhin lo estaba mirando desde el otro rincón del comedor medio vacío, y se preguntaba si le había respondido acertadamente la víspera. La duda es la honradez del conocimiento, ¿pero hasta

qué límite hay que retroceder en una duda? Efectivamente, si en ninguna parte hubiera palabras libres, si el *Times* reprodujera sumisamente al *Pravda*, si los negros del Zambese compraran obligaciones del Estado, si los koljosianos del Loira sudaran por conseguir su salario, si los cerdos del partido descansaran tras diez cercados en los jardines californianos, ¿para qué valdría la pena vivir?

¿Hasta cuándo desentenderse de todo amparándose en el «no lo sé»?

Nerzhin desayunó sin ánimo y luego se encaramó a su litera superior para pasar allí los quince minutos libres que quedaban, se tendió y fijó la vista en la cúpula del techo.

En la sala continuaban opinando sobre lo acontecido con Ruska. No había venido a dormir, y era seguro que lo habían arrestado. En la Dirección de la cárcel había una pequeña y oscura jaula. Allí lo habían encerrado.

No hablaban abiertamente, no lo llamaban en voz alta «agente doble», pero lo daban a entender. Hablaban en el sentido de que ya no había donde «cargarle» otra condena, pero los muy canallas eran capaces de recalificar su condena de veinticinco años de ITL (reeducación por el trabajo) por veinticinco de reclusión incomunicada (aquel año se estaban construyendo nuevas cárceles con celdas individuales, y cada vez estaba más de moda el encierro incomunicado). Naturalmente, Shikin no presentaría el caso como la acción de un agente doble. Pero no era necesario acusar a un hombre de lo que era culpable: si era rubio se le podía acusar de ser moreno, e imponerle la misma pena que se impone a los rubios.

Gleb no sabía si Ruska y Clara habían llegado muy lejos en sus relaciones, ni si era preciso tranquilizarla, atreverse a tranquilizarla. ¿Y cómo?

Rubin arrojó la manta y se presentó en gorro y blusa acolchada provocando una carcajada general. Soportaba siempre sin ofenderse que se burlaran personalmente de él, lo que no toleraba era que se burlaran del socialismo. Se quitó el gorro pero no la blusa acolchada, ni tampoco bajó los pies al suelo para vestirse, pues esto no tenía ahora mucho sentido (se había perdido de todos modos la hora de pasear, de lavarse y de desayunar). Pidió que le sirvieran un vaso de té, y sentado en la cama, con la barba desgreñada, se fue metiendo insensiblemente en la boca el pan blanco con mantequilla regado con el ardiente líquido. Al mismo tiempo, sin acabar de abrir los ojos, se hundió en la lectura de la novela de Upton Sinclair, que sostenía con la misma mano que cogía el vaso. Su humor era de lo más lúgubre.

En la *sharashka* se hacía ya la ronda matinal. Entró el suboficial. Este contó las cabezas, pero las comunicaciones las dio Shustermann. Al entrar en la sala semicircular, Shustermann comunicó lo mismo que había comunicado en las salas precedentes:

—¡Atención! Se hace saber a los reclusos que después de la cena nadie bajará a la cocina en busca de agua caliente. ¡Y no se llamará ni se acudirá al oficial de servicio con este motivo!

—¿De quién es la orden? —bramó rabiosamente Prianchikov, saltando fuera de la cueva formada por las literas dobles.

—El director de la cárcel —respondió Shustermann autoritariamente.

—¿Cuándo la dio?

—Ayer.

Prianchikov sacudió sobre su cabeza los puños de sus flacos y finos brazos como poniendo por testigos al cielo y a la tierra.

—¡Esto no puede ser! —protestó—. ¡El sábado por la tarde el propio ministro Abakumov me prometió que habría agua caliente por las noches! ¡No entra en la lógica de las cosas! ¡Trabajamos hasta las doce de la noche!

El torrente de carcajadas fue la respuesta de los presos.

—Pues no trabajes hasta las doce, mari... —dijo con su voz grave Dvoyetiosov.

—No podemos mantener a un cocinero nocturno —explicó juiciosamente Shustermann.

Luego, cogiendo una lista de manos del suboficial, Shustermann anunció con una voz agobiante que hizo que todos se callaran inmediatamente:

—¡Atención! No saldrán para el trabajo, y se prepararán para el traslado... De vuestra sala: ¡Jorobrov! ¡Mijailov! ¡Nerzhin! ¡Siomushkin! ¡Dispónganse a entregar los objetos de la Administración!

Y los controladores salieron.

Pero los cuatro apellidos mencionados recorrieron toda la sala como un torbellino.

Los hombres abandonaron el té, abandonaron los bocadillos a medio comer y corrieron unos hacia los otros y hacia los que partían. Cuatro hombres de veinticinco era una siega de víctimas inusual, abundante. Empezaron a hablar todos a la vez, las voces animadas se mezclaban con las abatidas o desdeñosamente animadas. Algunos se pusieron de pie sobre las literas superiores agitando los brazos, otros se llevaban las manos a la cabeza, unos terceros intentaban apasionadamente demostrar algo golpeándose el pecho, otros, en fin, sacaban ya las almohadas de sus fundas. En general, toda la sala presentaba tal revoltijo de dolor, sumisión, irritación, decisión, queja y cálculo, y estaba todo esto tan amontonado en aquella estrechez de varios pisos, que Rubin se levantó de la cama tal como iba —con blusa acolchada pero en calzoncillos— y gritó penetrantemente:

—¡Es un día histórico para la *sharashka*! ¡La mañana de la ejecución de los *streltsi*^[50]! —y abrió los brazos ante aquel cuadro.

Su aspecto animado no significaba en absoluto que le satisficiera el traslado. Del mismo modo se habría reído de su propio traslado. Si podía decir la palabra justa no había nada sagrado que lo detuviera.

El traslado es un hito en la vida del preso como pueda serlo una herida en la vida del soldado. Del mismo modo que la herida puede ser leve o grave, curable o mortal, el traslado puede ser cercano o lejano, una diversión o la muerte.

Cuando leemos la descripción dostoyevskiana de los pretendidos horrores del presidio quedamos impresionados: ¡con qué tranquilidad podían cumplir su condena! ¡Téngase en cuenta que durante los diez años de condena no sufrían ni un solo traslado!

El preso que vive siempre en el mismo lugar se acostumbra a sus camaradas, a su trabajo, a sus jefes. Por más que la codicia le sea ajena, adquiere inevitablemente muchas cosas: consigue

una maleta, bien de fibra, enviada del exterior, bien de madera, fabricada en el campo de concentración. Consigue un marco donde poner la fotografía de la esposa o de la hija; unas zapatillas de trapo con las que deambula por el barracón después del trabajo y esconde de día por temor a un registro; es posible incluso que afane unos pantalones de algodón de repuesto o que no haya entregado sus viejos zapatos, y esconda todo esto de inventario en inventario. Posee incluso su propia aguja, lleva los botones bien cosidos y guarda encima dos más de recambio. En su petaca suele haber tabaco.

Y si es un «novato», conserva además polvos dentífricos y se lava de vez en cuando los dientes. Se le acumula un fajo de cartas de los parientes, se hace con un libro en propiedad y, cambiándolo, lee todos los libros del campo.

Pero el traslado cae sobre su insignificante vida como un rayo, siempre sin aviso previo, siempre organizado de manera que coja al preso desprevenido, en el último minuto posible. Y las cartas de los parientes se rasgan apresuradamente sobre el agujero del retrete. Y si el transporte ha de ser en vagones de ganado, se le arrancan al preso todos los botones, y se esparce al viento el polvo dentífrico y el tabaco, pues durante el camino se podría cegar con ellos al soldado de escolta. Y si el transporte ha de ser en vagones de pasajeros para presos, se pisotean frenéticamente las maletas que no entran en el estrecho portaequipajes del vagón, y al hacerlo se rompe el marco de la fotografía. En ambos casos se le quita el libro, que no está permitido llevar de viaje, y también la aguja, con la que se podría aserrar la reja o apuñalar a la escolta, se tiran como basura las zapatillas de trapo y se requisan, a beneficio del campo de concentración, el par de pantalones de más.

Y ya purificado del pecado de la propiedad, de la inclinación por la vida sedentaria, del deseo de un confort pequeñoburgués (denigrado muy justamente ya por Chéjov), liberado de los amigos y del pasado, el preso se pone las manos en la espalda y, en columna de a cuatro (¡paso a la derecha, paso a la izquierda, la escolta abrirá fuego sin previo aviso!), se dirige al vagón rodeado de perros y de soldados de escolta.

Todos habéis visto esta escena en nuestras estaciones de ferrocarril, pero os habéis apresurado a bajar tímidamente la cabeza, a volver la espalda lealmente, para que el teniente de la escolta no sospeche nada malo de vosotros y os arreste.

El preso entra en el vagón, y este se engancha al vagón postal. Compactamente enrejado por ambos lados, con el interior invisible desde los andenes, el vagón sigue el horario normal y transporta en su sofocante y cerrada estrechez centenares de recuerdos, de esperanzas y de temores.

¿Adónde los llevan? No se comunica. ¿Qué le espera al preso en el nuevo lugar? ¿Las minas de cobre? ¿La tala forestal? ¿O la tan acariciada misión agrícola en la que a veces se consigue cocer patatas a la brasa, o comer hasta reventar esos nabos destinados al ganado? ¿Sufrirá el preso por el escorbuto o la atrofia después de un mes de trabajos comunes? ¿O tendrá la suerte de encontrar a un conocido, y se enchufará de ordenanza, de sanitario o incluso de ayudante de almacenero? ¿Permitirán la correspondencia en el nuevo lugar? ¿O se interrumpirán las cartas durante muchos años y sus allegados lo considerarán muerto?

¿O quizá no llegue hasta el lugar de destino? ¿Morirá de disentería en el vagón de ganado porque han dejado sin pan a todo el convoy durante seis días? ¿Lo golpeará la escolta a martillazos con ocasión de la fuga de otro? ¿O, al final del viaje, sacarán como leños los cadáveres rígidos de los presos de aquel vagón sin calefacción?

Los trenes rojos tardan un mes en llegar a Sovgavan...

¡Acuérdate, Señor, de los que no pudieron llegar!

Y aunque despedían a los presos de la *sharashka* sin rigor, dejándoles incluso las navajas de afeitar hasta la primera prisión, todos estos interrogantes, con su fuerza eterna, cosquilleaban el corazón de los veinte presos que en la ronda matinal del martes habían sido llamados para el traslado.

Para ellos había terminado la despreocupada y semilibre vida de los presos de la *sharashka*.

Por más que las preocupaciones del traslado absorbieran a Nerzhin, se encendieron y agudizaron en él las ganas de «hacerle la Pascua» al comandante Shikin como despedida. Y cuando sonó la llamada al trabajo, a despecho de la orden de que los veinte permanecieran en el dormitorio y esperaran a los vigilantes, él, al igual que los restantes diecinueve, se lanzó a la puerta de comunicación. Subió volando al segundo piso y llamó a la puerta del despacho de Shikin. Le ordenaron que entrara.

Shikin estaba sentado tras su mesa, sombrío y lúgubre. Algo palpitaba en su interior desde la víspera. Había tenido un pie sobre el precipicio y sabía la sensación que producía no tener dónde apoyarlo.

¡Pero su odio por aquel muchacho no tenía una salida rápida ni directa! Lo máximo que podía hacer Shikin (y lo más seguro para sí mismo) era llevar a Doronin de calabozo en calabozo, difamarlo cordialmente en el informe personal y devolverlo a Vorkuta, donde con tales características iría a parar a la brigada de castigo y no tardaría en estirar la pata. El resultado sería el mismo que juzgarlo y fusilarlo.

Aquella mañana no había llamado a Doronin para interrogarlo porque esperaba diferentes protestas y obstrucciones por parte de los que iban a ser trasladados.

No se equivocó. Entró Nerzhin.

El comandante Shikin nunca había podido sufrir a aquel preso delgado y desagradable por su forma de comportarse, invariablemente firme, y su meticuloso conocimiento de las leyes. Hacía tiempo que Shikin intentaba convencer a Yákonov de que trasladara a Nerzhin, y ahora miró con maligna satisfacción la expresión hostil del visitante.

Nerzhin tenía un don innato para, sin pensárselo demasiado, componer una queja con pocas palabras demoledoras que pronunciaba de una sola tirada en el corto segundo que se abría el portillo de la celda para pasar la comida, o que acomodaba en el trozo de papel higiénico secante que se daba en las cárceles para las declaraciones escritas. En los cinco años de prisión había elaborado un procedimiento firme y especial para hablar con los mandos, lo que en el lenguaje de los presos se llama «hacer civilizadamente la Pascua». Empleaba palabras correctas, pero el tono era altivo e irónico, un tono al que no podían ponérsele peros, pues era el tono de conversación entre un superior y un inferior.

—¡Ciudadano comandante! —dijo desde el umbral—. He venido a recoger el libro que se me quitó ilegalmente. Tengo motivos para suponer que en las condiciones del transporte urbano de

Moscú seis semanas son un plazo suficiente para convencerse de que el libro está permitido por la censura.

—¡El libro! —se impresionó Shikin (pues, tan rápidamente, no encontró nada más inteligente que decir)—. ¿Qué libro?

—Por lo menos —fue arrojándole Nerzhin—, supongo que sabrá de qué libro se trata. El de versos escogidos de Seguei Yesenin.

—¿De Ye-se-nin? —el comandante Shikin se recostó en el respaldo del sillón como si sólo ahora aquel nombre sedicioso acudiera a su memoria y lo impresionara. El cepillo cano de su cabeza expresaba indignación y repulsión—. ¿Cómo se atreve a pedirme un libro de Yesenin?

—¿Y por qué no? Ha sido editado aquí, en la Unión Soviética.

—¡Sólo faltaría!

—Además, fue publicado en 1940, es decir, no cae dentro del período de prohibición que va de 1917 a 1938.

Shikin frunció el ceño.

—¿De dónde ha sacado lo de ese período?

Nerzhin respondió de un modo tan tupido como si previamente hubiera estudiado de memoria todas las respuestas:

—El censor de un campo de concentración me dio amablemente estas explicaciones. En el registro previo a las fiestas me quitaron el *Diccionario comentado* de Dahl basándose en que había sido publicado en 1935 y por ello procedía someterlo a una revisión seria. Cuando le mostré al censor que el diccionario era una copia fotomecánica de una edición de 1881, el censor me devolvió de buen grado el libro y me explicó que nada tenían que objetar a las ediciones de antes de la revolución, pues entonces «los enemigos de la revolución no actuaban todavía». Y he aquí qué contrariedad para usted: el Yesenin está publicado en 1940.

Shikin guardó un grave silencio.

—Admitamos que sea así. Pero ¿ha leído usted ese libro? —preguntó con aire imponente—. ¿Lo ha leído todo? ¿Puede darme una confirmación por escrito?

—A tenor del Artículo 95 del Código Penal de la República Rusa, usted no tiene fundamento legal para exigirme esa firma. Se lo confirmaré verbalmente: tengo la mala costumbre de leer los libros que son de mi propiedad y, viceversa, conservar únicamente los libros que leo.

Shikin abrió los brazos.

—¡Tanto peor para usted!

Quiso hacer una pausa significativa, pero Nerzhin lo cubrió de palabras:

—Así pues, repito resumida mi petición. De acuerdo con el séptimo punto del apartado B del reglamento penitenciario, devuélvame el libro que me quitó ilegalmente.

Shikin se levantó, moviendo convulsivamente el rostro bajo este torrente de palabras. Cuando estaba sentado tras la mesa, su gran cabeza no parecía pertenecer a un hombre pequeño, pero al levantarse resultaba ser más bajo, y sus brazos y sus piernas quedaban muy cortos. Con cara hosca se acercó al armario, lo abrió y sacó el tomo de Yesenin, de pequeño formato, sembrado de hojas de arce en la sobrecubierta.

Había puntos en diversos sitios. Sin invitar a Nerzhin a sentarse, como antes, se instaló cómodamente en su sillón y empezó a examinar los puntos sin apresurarse. Nerzhin se sentó también tranquilamente, apoyó los brazos en las rodillas y fue siguiendo los movimientos de Shikin con una mirada insistente y dura.

—Fíjese, por favor —suspiró el comandante, y leyó sin inspiración, mezclando el tejido poético como una pasta:

¡Manos ajenas inanimadas!
No daréis vida a estas canciones.
Sólo espigas y caballos
echarán de menos al antiguo amo.

¿De qué amo habla? ¿De qué manos?

El preso miró las manos regordetas y blancas del *oper*.

—Yesenin sufría las limitaciones de su clase, y había muchas cosas que «no acababa» de comprender —expresó con los labios apretados su condolencia—. Como Pushkin, como Gógol...

Había una nota en la voz de Nerzhin que hizo que Shikin lo mirara con prevención. A lo mejor de pronto se arrojaba sobre el comandante, ahora que nada tenía que perder. Por lo que pudiera ser, Shikin se levantó y dejó la puerta entreabierta.

—¿Y cómo hay que entender esto? —leyó Shikin volviendo a su sillón:

Una rosa blanca con un sapo negro
quise en este mundo casar...

y continúa... ¿A qué hace alusión?

La tensa garganta del preso se estremeció.

—Es muy sencillo —respondió—. ¡Que no hay que intentar conciliar la blanca rosa de la verdad con el negro sapo de la maldad!

El «compadre» de cara morena, cortos brazos y cabeza grande estaba sentado ante él como un sapo negro.

—Por lo demás, ciudadano comandante —Nerzhin pronunciaba palabras rápidas que encajaban unas sobre otras—, no tengo tiempo de entrar en discusiones literarias con usted. Me espera el traslado. Hace seis semanas me dijo que enviaría una petición a Censura. ¿La envió?

Shikin movió los hombros y cerró el librito amarillo.

—No tengo obligación de rendirle cuentas. No le voy a devolver el libro. De todos modos, no le permitirían llevárselo.

Nerzhin se levantó furioso sin apartar la vista del libro de Yesenin. Pensaba que un día aquel libro había estado en las misericordiosas manos de su esposa, que había escrito en él:

¡Y todo lo perdido volverá a ti!

Sin ningún esfuerzo, las palabras salían disparadas de sus labios:

—¡Ciudadano comandante! Espero que no habrá olvidado que durante dos años estuve reclamando ante el Ministerio de la Seguridad del Estado los *zlotis* polacos que me habían arrebatado irreparablemente y que, aunque veinte veces rebajados a *cópeks*, acabé por cobrar del Soviet Supremo. Espero que no habrá olvidado cuando exigí cinco gramos de harina de añadidura. ¡Se rieron de mí, pero los conseguí! ¡Y muchos otros ejemplos más! ¡Le prevengo que no le cederé este libro! ¡Iré a morir a Kolyma y desde allí se lo arrancaré! Entregaré quejas contra usted en todos los buzones del Comité Central y del Consejo de Ministros. ¡Entréguemelo por las buenas!

Ante aquel preso condenado, sin derechos, enviado a una muerte lenta, el comandante de la Seguridad del Estado tuvo que ceder. Efectivamente, había consultado con Censura, y esta, con gran asombro suyo, había respondido que el libro no estaba formalmente prohibido. ¡Formalmente! Su fiel olfato le sugirió a Shikin que aquello era una negligencia, que había que prohibir aquel libro sin falta. Pero convenía también salvaguardar su nombre de la maledicencia de aquel intrigante incansable.

—Está bien —cedió el comandante—. Se lo devuelvo. Pero no dejaremos que lo saque de aquí.

Nerzhin salió triunfante a la escalera apretando contra sí el lustre amarillo de la sobrecubierta. Era un símbolo de éxito cuando todo se derrumbaba.

En el descansillo pasó junto a un grupo de presos que discutían sobre los últimos acontecimientos. Entre ellos peroraba (pero de modo que su voz no llegara a los jefes) Siromaja:

—¿Qué hacen? ¡Trasladar a unos muchachos como estos! ¿Por qué? ¿Y a Ruska Doronin? ¿Qué canalla lo habrá denunciado?

Nerzhin se apresuró a ir al laboratorio de acústica pensando de qué manera podría destruir todas sus notas ahora que aún no habían puesto un vigilante para custodiarlo. Se había dispuesto que los del traslado no anduvieran libremente por la *sharashka*. Sólo al gran número de estos, y quizá también a la debilidad del suboficial y a sus perpetuos fallos en el servicio, debía Nerzhin su última y breve libertad.

Abrió la puerta del laboratorio de acústica y vio ante sí las puertas abiertas del armario de hierro, y entre ellas a Símochka, de nuevo con su feo vestido a rayas y el pañuelo gris de angora sobre los hombros.

Ella no vio a Nerzhin, pero presintió su presencia, se turbó y se quedó inmóvil como si reflexionara qué cosa tenía que sacar del armario. Él, sin pensarlo ni sopesarlo, se metió en el callejón formado por las dos hojas de hierro de la puerta y dijo en un murmullo:

—¡Serafima Vitalievna! Después de lo de ayer es cruel que me dirija a usted. Pero mi trabajo de muchos años va a desaparecer. ¿Qué debo hacer, quemarlo? ¿Lo tomaría usted?

Ella ya estaba enterada de su partida. Levantó sus ojos tristes, de insomnio, y dijo:

—Démelo.

Entró alguien. Nerzhin se apartó precipitadamente, pasó a su mesa y se encontró con el comandante Reutmann.

La cara de Reutmann aparecía confusa. Con una sonrisa incómoda, dijo:

—¡Gleb Vikéntich! ¡Qué embarazoso es esto! La verdad es que no me previnieron... No tenía ni idea... Y hoy ya no es posible arreglar nada.

Nerzhin levantó una mirada fría y compasiva hacia aquel hombre que hasta el día de hoy había considerado sincero.

—Adam Veniamínovich, ya sabe que no es el primer día que estoy aquí. Estas cosas no se llevan a cabo sin la intervención del jefe del laboratorio.

Y empezó a vaciar los cajones de la mesa.

La cara de Reutmann expresó dolor:

—Créame, Gleb Vikéntich, no lo sabía, no me preguntaron, no me previnieron...

Lo decía en voz alta ante todo el laboratorio. En su frente aparecieron gotas de sudor. Inconscientemente, seguía con la vista los preparativos de Nerzhin.

En realidad, no le habían pedido consejo.

—Los materiales referentes a la articulación se los entrego a Serafima Vitalievna, ¿verdad? —preguntó despreocupadamente Nerzhin.

Reutmann salió lentamente de la sala sin responderle.

—Hágase cargo, Serafima Vitalievna —anunció Nerzhin, y empezó a llevar carpetas, papeles grapados y tablas a la mesa de la joven.

En una de las carpetas había metido su tesoro, sus tres blocs de notas. Pero cierto espíritu-consejero interior impulsó a Nerzhin a no hacerlo.

Aunque sus manos tendidas fueran cálidas, ¿duraría mucho la fidelidad femenina?

Trasladó los blocs a su bolsillo y llevó las carpetas a Símochka.

Ardió la biblioteca de Alejandría. Ardieron también, sin rendirse, las crónicas de los monasterios. Y el hollín de las chimeneas de la Lubianka, el hollín de papeles y más papeles quemados, cae sobre los presos sacados a pasear por la terraza, oculta tras el techo de la cárcel.

Posiblemente son más las grandes ideas que se han quemado que las que se han difundido... Si la cabeza continuaba entera, ¿no sería capaz de repetirlo?

Nerzhin sacudió las cerillas y salió corriendo.

Diez minutos después volvió pálido e indiferente.

Mientras, llegó Prianchikov al laboratorio.

—Pero ¿cómo es posible? —se enfureció—. ¡Nos hemos endurecido! ¡Ni siquiera nos indignamos! ¡*Despachar* un traslado! ¡Se puede despachar un equipaje, pero quién les ha dado derecho a despachar a las personas!

El ardiente discurso de Valentulia encontró eco en los corazones de los presos. Excitados por el traslado, los presos del laboratorio no trabajaban. Un traslado es siempre un momento alusivo, un instante de «a todos nos pasará lo mismo». Un traslado obliga a cada uno, incluso a aquellos a quienes no afecta, a pensar en la fragilidad de su destino, en la inmolación de su existencia bajo el hacha del Gulag. Incluso el preso que no había cometido la menor falta era sacado de la *sharashka* un par de años antes de terminar su condena, para que lo olvidara todo y quedara rezagado con respecto a todo aquello. Únicamente no había final de condena para los sentenciados a veinticinco

años, por ello la sección operativa los prefería para la *sharashka*.

Los presos rodearon a Nerzhin en las posturas más desenvueltas, algunos en lugar de sentarse en las sillas lo hicieron en la mesa como subrayando lo sublime del momento. Su ánimo era melancólico y filosófico.

Lo mismo que en los entierros se recuerda todo lo bueno que hiciera el difunto, ahora recordaron en honor de Nerzhin lo amante que era este de «exprimir la ley», y cuántas veces había defendido los intereses generales de los presos. Salió a relucir también la célebre historia de la añadidura de harina, cuando Nerzhin inundó la administración penitenciaria, y el Ministerio del Interior, de quejas con motivo de la sisa diaria de cinco gramos de harina de su ración personal. (Según las reglas de la prisión, no podían presentarse quejas colectivas, ni quejas por algo que no hubiera sido entregado a otros o a todos. Aunque ideológicamente el preso debía corregirse orientándose hacia el socialismo, se le prohibía ser entusiasta de una causa común). En aquella época, los presos de la *sharashka* todavía no comían a satisfacción, y la lucha por los cinco gramos de harina les afectaba con mayor agudeza que los acontecimientos internacionales. La emocionante epopeya terminó con la victoria de Nerzhin: despidieron de su trabajo al «Capitán Calzoncillos», ayudante del director de la cárcel en la sección de intendencia, y con la harina sisada se cocinó dos veces por semana una sopa de tallarines complementaria para todos los habitantes de la *sharashka*. Recordaron también la lucha de Nerzhin por el aumento de los paseos domingueros, que sin embargo terminó en derrota.

Por su parte, Nerzhin casi no escuchaba estos epitafios. Para él había llegado el momento de la acción. Ahora ya se había producido lo peor, y lo mejor dependía sólo de él. Después de haber entregado a Símochka los materiales referentes a la articulación, de haber entregado al ayudante de Reutmann todos los documentos secretos, de haber destruido quemando o rasgando todo lo personal y haber formado varias pilas con el material perteneciente a la biblioteca, ahora estaba acabando de vaciar los cajones repartiendo entre los muchachos lo que encontraba. Ya se había decidido a quién le tocaría su silla giratoria amarilla, la mesa alemana de persianas colgantes, el tintero, el rollo de papel de colores y de papel mármol de la firma Lorenz. El difunto, con una sonrisa en la cara, estaba distribuyendo su herencia, y sus herederos le traían paquetes de cigarrillos, quién dos, quién tres (tal era la ley de la *sharashka*: en este mundo había cigarrillos en abundancia, en el *otro* los cigarrillos eran más caros que el pan).

De los del grupo supersecreto se presentó Rubin. Tenía la mirada triste, bolsas bajo los ojos. Pensando en los libros, Nerzhin le dijo:

—De haberte gustado Yesenin te lo habría regalado.

—¿Lo has recuperado?

—Pero no está lo suficientemente cerca del proletariado.

—No tienes brocha de afeitar —Rubin sacó de su bolsillo una brocha lujosa (al modo de ver de los presos) con el mango de plástico pulido—. De todos modos, he prometido no afeitarme hasta el día de mi rehabilitación, ¡de modo que tómala!

Rubin nunca decía «el día de mi liberación», pues esto habría podido significar el fin natural de la condena, siempre decía «el día de mi rehabilitación», ¡que pese a todo debía conseguir!

—Gracias, hombre, pero estás tan «pasmado» que has olvidado los reglamentos de los campos de concentración. ¿Quién me permitirá, en el campo, afeitarme por mí mismo? ¿Me ayudas a entregar los libros?

Y ambos se pusieron a recoger y apilar libros y revistas. Los que los rodeaban se dispersaron.

—¿Qué tal tu pupilo? —preguntó Gleb en voz baja.

—Dicen que los arrestaron anoche. A los dos principales.

—¿Por qué a dos?

—Dos sospechosos. La historia exige víctimas.

—¿Se habrá librado, quizás, el verdadero?

—Creo que lo han cogido. Han prometido que a la hora de comer traerían las cintas magnetofónicas de los interrogatorios. Las compararemos.

Nerzhin dejó la pila amontonada y se enderezó.

—Escucha, ¿y para qué necesita la Unión Soviética la bomba atómica? El razonamiento de este joven no era tan estúpido.

—Es un petimetre de Moscú, un pez pequeño, créeme.

Salieron del laboratorio cargados con muchos tomos y subieron por la escalera principal. Junto a la hornacina del pasillo superior se detuvieron a ordenar las descompuestas pilas y a descansar.

Los ojos de Nerzhin, que brillaran como el fuego de una excitación malsana durante los preparativos, ahora se habían apagado y tenían poca movilidad.

—¿Sabes, amigo? —alargó las palabras—, no hará ni tres años que vivimos juntos, siempre hemos estado discutiendo, cada uno burlándose de las convicciones del otro, y ahora, cuando voy a perderte seguramente para siempre, advierto con mucha claridad que eres para mí uno de los más...

Su voz se rompió.

Los grandes ojos castaños de Rubin, que muchos recordaban chispeando de ira, tenían un débil resplandor de bondad y de timidez.

—Las cosas han ido así —asintió con la cabeza—. Besémonos, animalote.

Y acogió a Nerzhin en su negra barba de pirata.

Acto seguido, apenas entraron en la biblioteca, los alcanzó Sologdin. Tenía cara de preocupación. Sin darse cuenta había empujado demasiado la puerta de cristales, con lo que esta tintineó y la bibliotecaria levantó la vista con descontento.

—¡Ya ves, Glebchik! ¡Ya ves! —dijo Sologdin—. Ya está hecho. Te vas.

Sologdin miraba sólo a Nerzhin sin poner ninguna atención en el «fanático bíblico» que había a su lado.

Tampoco Rubin encontró sentimientos conciliadores para el «chinchoso hidalgo», y apartó los ojos.

—Sí, te vas. Qué lástima. Una gran lástima.

¡Cuánto habían charlado los dos partiendo leña, cuánto habían discutido durante los paseos! Y ahora estaban fuera de lugar y de tiempo las normas de razonamiento y de vida que Sologdin quiso inculcar a Gleb y no tuvo tiempo para ello.

La bibliotecaria desapareció tras los estantes. Sologdin dijo con voz poco sonora:

—De todos modos, abandona tu escepticismo. Es solamente un procedimiento cómodo para no luchar.

Con la misma voz débil respondió también Nerzhin:

—Pero lo que dijiste ayer... sobre tu país perdido y satisfecho... es aún más cómodo. No comprendo nada.

Sologdin mostró un brillo celeste incluso en los dientes.

—Hemos hablado poco tú y yo, te estás rezagando en tu evolución. Pero, escucha, el tiempo es oro. Aún no es tarde. Acepta quedarte aquí de calculador y quizá consiga que te dejen. En un grupo nuevo. —Rubin lanzó una mirada de sorpresa a Sologdin—. Pero habrá que trabajar de firme, te lo prevengo honradamente.

Nerzhin suspiró.

—Gracias, Mitiai. Ya tuve esta posibilidad. Pero si hay que trabajar de firme, ¿cuándo podré desarrollar mi espíritu? En cierto modo yo mismo me he sometido a un experimento. Dice el refrán: «No es el mar lo que nos ahoga, sino el charco». Quiero intentar echarme al mar.

—¿Sí? Está bien, pero cuidado, cuidado. Qué lástima, qué gran lástima, Glebchik.

Sologdin ponía cara de preocupación, tenía prisa pero se obligaba a sí mismo a no apresurarse.

Así estuvieron los tres esperando que la bibliotecaria, de cabellos teñidos y labios vivamente pintados —teniente del MGB—, comprobara perezosamente el formulario de Nerzhin.

Y Gleb, que sufría con la enemistad de sus amigos, dijo quedamente, en medio del silencio total de la biblioteca:

—¡Amigos! ¡Debéis hacer las paces!

Ni Sologdin ni Rubin movieron la cabeza.

—¡Mitia! —insistió Gleb.

Sologdin levantó la llama fría y azul de su mirada.

—¿Por qué te diriges a mí? —se admiró.

—¡Liovka! —repitió Gleb.

Rubin lo miró con aire aburrido.

—¿Sabes por qué los caballos viven tanto? —Y después de una pausa, explicó—: Porque nunca ponen en claro las relaciones entre ellos.

Agotados los bienes que debía devolver a la Administración, y los asuntos en curso, y apremiado por los vigilantes para que se dirigiera a la cárcel a hacer sus preparativos, Nerzhin, con un montón de paquetes de cigarrillos en las manos, encontró en el pasillo a Potapov, que iba con prisas llevando un cajón bajo el brazo. En el trabajo, Potapov caminaba de un modo muy diferente a cuando paseaba: pese a su cojera, avanzaba rápidamente, mantenía el cuello tensamente arqueado, primero hacia adelante, luego hacia atrás, entornaba los ojos y no miraba a sus pies sino a un punto indefinido de la lejanía, como si se apresurara para adelantar con su cabeza y su mirada a un cuerpo que ya no era joven. Potapov debía necesariamente despedirse de

Nerzhin y de otros que partían, pero en cuanto entró por la mañana en el laboratorio se apoderó de él la lógica interna del trabajo ahogando todos los demás sentimientos y pensamientos. Esta capacidad para entregarse por entero al trabajo, olvidándose de la vida, había sido la base de sus éxitos profesionales cuando estaba en libertad, lo había convertido en un insustituible robot de los planes quinquenales, y en la cárcel le ayudaba a soportar las adversidades.

—Se terminó, Andréich —lo detuvo Nerzhin. El difunto estaba alegre y sonreía.

Potapov hizo un esfuerzo. Con la mano que no llevaba el cajón se tocó la nuca como si quisiera rascársela.

—Cu-cú...

—Le regalaría el *Yesenin*, Andréich, pero a usted todos le dan lo mismo excepto Pushkin...

—También nosotros iremos a parar allí —dijo afligido Potapov.

Nerzhin suspiró.

—¿Dónde volveremos a encontrarnos? ¿En la prisión de tránsito de Kotlas? ¿En las minas de Indiguir? No creo que podamos encontrarnos en una acera de la ciudad moviendo independientemente las piernas. ¿Eh?

Entornando el rabillo del ojo, Potapov recitó:

Cerré los párpados a los fan-tas-mas.

Sólo lejanas esperanzas

inquietan a ve-ces mi corazón.

La cabeza entusiasta de Markushev asomó por la puerta del Número 7.

—¡Pero, Andréich!, ¿dónde están los filtros? ¡El trabajo está paralizado! —gritó con voz irritada.

Los coautores de *La sonrisa de Buda* se abrazaron torpemente. Los paquetes de Belomor se esparcieron por el suelo.

—Compréndalo —dijo Potapov—. Estamos en período de desove, siempre tenemos prisa.

Potapov llamaba «desovar» a este estilo de trabajo agitado, ruidoso, incoherentemente apresurado, que reinaba en el Instituto de Marfino, y en toda la economía del país, a un estilo que los periódicos llamaban también involuntariamente «de ataque» e «inestable».

—¡Escríbanos! —añadió Potapov, y ambos se echaron a reír. Era la cosa más natural que podía decirse en una despedida, pero en una cárcel este deseo sonaba a burla. Entre las islas del Gulag no había correspondencia.

Y con el cajón de los filtros de nuevo bajo el sobaco, la cabeza hacia arriba y hacia atrás, Potapov se precipitó por el pasillo sin que pareciera cojear.

También se apresuró Nerzhin hacia la sala semicircular, donde empezó a recoger sus cosas, previendo sagazmente los súbitos y hostiles registros que le esperaban, primero en Marfino y después en Butyrki.

El vigilante había entrado ya dos veces a meterle prisa. Otros de los convocados se habían marchado ya o habían sido conducidos a la Dirección de la cárcel. Al término mismo de sus

preparativos entró Spiridón con su negro chubasquero ceñido exhalando el frescor del patio. Se quitó la gorra parda de grandes orejas, dobló por la esquina la ropa de una cama cercana a Nerzhin, envuelta en blanca funda, y se sentó con sus sucios pantalones acolchados sobre el somier de acero.

—¡Spiridón Danílych! ¡Mira! —dijo Nerzhin inclinándose hacia él con un libro—. ¡Yesenin está aquí!

—¿Te lo devolvió esa víbora? —un rayito de luz recorrió el rostro sombrío, especialmente arrugado hoy, de Spiridón.

—No me importaba tanto el libro, Danílych —se extendió Nerzhin en sus explicaciones—, como que no nos la dieran en las narices.

—Eso —asintió Spiridón.

—¡Toma, tómalo! Como recuerdo.

—¿No te lo vas a llevar? —preguntó Spiridón con aire distraído.

—Espera —Nerzhin le cogió el libro, lo abrió y empezó a buscar cierta página—. Enseguida te la encuentro, y en ella podrás leer...

—Está bien, Gleb, en marcha —lo despidió sin alegría Spiridón—. Ya sabes cómo vivir en un campo de concentración: el alma quiere trabajar, pero los pies te llevan a la enfermería.

—Ahora ya no soy un novato, no tengo miedo, Danílych. Quiero intentar un buen trabajo. Ya sabes lo que dicen: «No es el mar el que ahoga sino el charco».

Y sólo en este momento, al fijarse en él, Nerzhin advirtió que Spiridón se sentía muy incómodo, más incómodo de lo que podría estar por separarse de un amigo. Y entonces recordó que el día anterior, con las nuevas medidas opresoras de la Dirección de la cárcel, con los chivatos desenmascarados, con el arresto de Ruska, con las explicaciones habidas con Símochka y con Guerásimovich, había olvidado por completo que Spiridón debía recibir una carta de su casa.

—¿Y la carta? ¿Recibiste la carta, Danílych?

Spiridón tenía la mano en el bolsillo con la carta. La sacó: el sobre, doblado por la mitad, aparecía ya desgastado en la doblez.

—Aquí está... Pero no tienes tiempo... —temblaron los labios de Spiridón.

¡Aquel sobre se había doblado y desdoblado muchas veces desde el día anterior! La dirección estaba escrita con la caligrafía gruesa, redonda e ingenua de la hija de Spiridón, la que conservaba de quinto curso, pues a partir de este Vera no pudo continuar sus estudios.

Siguiendo la costumbre establecida entre Spiridón y él, Nerzhin empezó a leer la carta en voz alta:

«¡Papaíto querido!

»No me atrevo, no ya a escribirle a usted, sino a continuar viviendo. Hay en este mundo gente muy mala que habla y engaña...».

La voz de Nerzhin decayó. Echó una mirada a Spiridón y encontró sus ojos abiertos, casi ciegos, inmóviles bajo las espesas cejas pelirrojas. Pero no tuvo ni un segundo para pensar, no

tuvo tiempo para buscar una palabra sincera de consuelo, pues se abrió la puerta e irrumpió Nadelashin furioso:

—¡Nerzhin! —gritó—. ¿Por qué abusa cuando se le trata bien? ¡Todos están reunidos, usted es el último!

Los vigilantes tenían prisa por llevarse a Dirección a los del traslado antes del descanso de mediodía, para que los demás reclusos no volvieran a encontrarse con ellos.

Nerzhin abrazó con un solo brazo el cuello de Spiridón, de pelo denso no recortado.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Ni un minuto más! —le apremió el suboficial.

—Danílych, Danílych —dijo Nerzhin abrazando al pelirrojo portero.

Spiridón emitió un sonido ronco en su pecho y agitó la mano.

—Adiós, Gleba.

—¡Adiós para siempre, Spiridón Danílych!

Se besaron. Nerzhin tomó sus cosas y se fue precipitadamente, acompañado por el suboficial de guardia.

Con sus manos inlavables, de suciedad incrustada durante muchos años, Spiridón sacó de la cama un libro abierto con la sobrecubierta llena de hojas de arce, puso como punto la carta de su hija y se marchó a su habitación.

No advirtió que había derribado con la rodilla su gorra de pieles y que esta había quedado abandonada en el suelo.

A medida que enviaban a Dirección a los presos del traslado los iban cacheando, y a medida que los cacheaban, los metían en una sala vacía donde había un tosco banco y dos mesas sin nada encima. El comandante Mishin asistía al registro completo, y de vez en cuando entraba también el teniente coronel Klimentiev. Al congestionado y violáceo comandante no le habría sido fácil inclinarse sobre los sacos y maletas (ni era propio de su graduación), pero su presencia no podía por menos que estimular a los vigilantes. Deshacían con gran celo todos los trapos, hatillos y harapos de los presos, mostrándose especialmente quisquillosos con toda cosa escrita. Las instrucciones decían que cuantos salieran de la cárcel especial no tenían derecho a llevarse ni un pedazo de papel escrito, dibujado o impreso. Por ello, los presos habían quemado con antelación todas las cartas, habían destruido los cuadernos de notas relativas a su especialidad profesional y habían distribuido sus libros.

Uno de los presos, el ingeniero Romashov, al que quedaban seis meses para terminar la condena (había cumplido diecinueve años y medio de la misma), llevaba abiertamente una gruesa carpeta con recortes, notas y cálculos recogidos durante muchos años, referentes a la construcción de una central hidroeléctrica (esperaba dirigirse a la región de Krasnoyarsk y tenía grandes esperanzas de encontrar allí un trabajo de su profesión). Aunque el ingeniero coronel Yákonov había examinado personalmente la carpeta y había dado el visto bueno a la salida, y aunque el comandante Shikin la había enviado a su departamento y había puesto igualmente el visto bueno, la frenética insistencia y previsión de Romashov durante muchos meses resultó inútil: el comandante Mishin declaró que él no conocía nada de aquella carpeta, y mandó que se la quitaran. Se la quitaron y se la llevaron, y el ingeniero Romashov, acostumbrado a todo, miró con ojos fríos cómo desaparecía. En otro tiempo había soportado una pena de muerte, un traslado en vagones de ganado desde Moscú a Sovgavan, y en Kolyma había puesto el pie bajo la cuba de extracción de mineral para que esta le rompiera la tibia, y para recuperarse después en la enfermería y evitar así la muerte segura en los trabajos comunes del Círculo Polar Ártico. Ahora, al ver cómo se perdía el trabajo de diez años, no valía la pena ponerse a llorar.

Otro preso, el constructor Siomushkin, pequeño y calvo, que tanto se esforzara el domingo en zurcirse los calcetines, era por el contrario un novato, no hacía más de dos años que estaba preso, y siempre en la cárcel y en la *sharashka*, y ahora le asustaba extremadamente el campo de concentración. Sin embargo, pese al espanto y desesperación que le causaba el traslado, intentaba conservar un pequeño tomo de Lérmontov que él y su mujer consideraban un sagrado tesoro

familiar. Suplicó al comandante Mishin que le devolviera el tomo, se retorció las manos como no suelen hacer los adultos, ofendiendo los sentimientos de los presos veteranos, intentó irrumpir en el despacho del teniente coronel (no se lo permitieron), y de pronto arrebató el Lérmontov de las manos del «compadre» (que retrocedió asustado hacia la puerta) y con una fuerza que no se le suponía arrancó las tapas verdes impresas, las arrojó a un lado y empezó a arrancar las hojas del libro a tiras llorando y gritando convulsivamente:

—¡Tome! ¡Cómaselas! ¡Tráguelas!

Continuó el registro.

Al salir, los presos apenas se reconocían unos a otros: a una orden, habían arrojado en un montón sus monos azules, en otro montón la ropa interior estampillada de la Administración, y en un tercero el abrigo, si aún no estaba maltrecho, y ahora se ponían su ropa de paisano, como si salieran de hacer un turno de trabajo. En los años de trabajo en la *sharashka* no se habían ganado una ropa nueva. Y no se trataba de malicia ni de avaricia de los jefes. La Dirección estaba sometida administrativamente al ojo estatal de la contabilidad.

Por eso, algunos se quedaban sin ropa interior gruesa pese a que el invierno estaba en su apogeo, y se ponían unos calzoncillos y unas camisetas de verano, ajados por guardarse durante muchos años en los sacos de intendencia, tan sucios como estaban el día que llegaron del campo de concentración. Otros se calzaban los incómodos zapatones del campo (al que le descubrían en el saco unos zapatos de esos, le quitaban los de modelo «libre» con chanclos), quiénes unas botas de piel artificial, y los más afortunados unas botas de fieltro.

¡Las botas de fieltro! El preso se encuentra indefenso ante los altibajos de la fortuna, con menos derechos que cualquier ser de esta tierra, menos prevenido cara al futuro que una rana, un topo o un ratón de campo. En su más profunda y cálida madriguera, el preso nunca puede estar seguro de que al llegar la noche se encuentre resguardado de los rigores del invierno, de que una bocamanga ribeteada de azul no lo agarre y lo arrastre hasta el Polo Norte. ¡Mal lo pasarán entonces las extremidades que no estén calzadas con botas de fieltro! Al bajar del camión en Kolyma depositará dos carámbanos congelados. Un preso sin botas de fieltro propias vive escondiéndose, miente, se vuelve hipócrita, soporta los agravios de personas insignificantes, o es él quien oprime a otros, todo con tal de evitar un traslado invernal. ¡Pero el preso que calza sus propias botas de fieltro es intrépido! Mira con insolencia a los ojos de sus jefes y recibe las órdenes de traslado con una sonrisa digna de Marco Aurelio.

Pese al deshielo que reinaba en el exterior, los que tenían botas de fieltro propias —entre ellos Jorobrov y Nerzhin— se las pusieron, en parte para pavonearse con ellas, pero sobre todo para sentir en las piernas aquel calor que les tranquilizaba y daba ánimos. Así pues, metieron los pies en las botas de fieltro y anduvieron orgullosamente por la estancia vacía. Eso, pese a que hoy sólo iban a la cárcel de Butyrki, que no era más fría que la *sharashka*. El impávido Guerásimovich era el único que no tenía nada suyo, y el almacenero le dio «a cambio» un impermeable largo de mangas, ancho para su talla, que no había modo de abrochar. El impermeable «desgastado», y unas botas chatas de cuero artificial también «desgastadas».

Semejante vestimenta parecía especialmente ridícula en su persona por los quevedos que

llevaba.

Al someterse al registro, Nerzhin se sentía satisfecho. La víspera, durante el día, en previsión de un próximo traslado, se había preparado dos hojitas densamente escritas en lápiz e incomprensibles para los demás: ora omitiendo las vocales, ora usando letras griegas, ora mezclando palabras rusas con inglesas, alemanas y latinas, y además abreviadas. Para pasar el registro, Nerzhin desgarró cada una de ellas, las estrujó y ajó como suele hacerse con aquellas que se destinan a otro uso indirecto, y las puso en el bolsillo de sus pantalones de presidiario. Durante el registro, el vigilante vio las hojas, pero, comprendiendo equivocadamente su destino, las dejó. Si en Butyrki no se las llevaba a la celda, si las dejaba con sus cosas, podría conservarlas intactas en adelante.

En esas hojas había expuesto a modo de tesis algunos de los hechos e ideas que había quemado aquel día.

Terminó el registro, llevaron a los veinte presos a una sala de espera vacía junto con los efectos que se les permitía sacar, cerraron la puerta y pusieron un centinela ante ella a la espera del *cuervo*. Otro vigilante fue destinado a pasear bajo las ventanas, a resbalar sobre el hielo y a echar de allí a los que quisieran despedirse, caso de que se presentaran durante el descanso de la comida.

De este modo se había roto toda relación entre los veinte que partían y los doscientos sesenta y uno que se quedaban.

Los que partían estaban todavía allí, pero ya no estaban.

Al principio, todos ocuparon el primer lugar que les vino a mano, sobre sus efectos o en el banco, y guardaron silencio.

Cada uno seguía pensando en el registro, en lo que le habían quitado y en lo que había conseguido pasar.

También pensaban en la *sharashka*: en los beneficios que habían perdido con ella, en la parte de la pena que habían vivido allí, y en la parte que todavía les quedaba por cumplir.

A los presos les gusta contar el tiempo: el que ya han perdido y el que están condenados a perder en adelante.

También pensaban en sus parientes, con los que tardarían en establecer contacto. Y en que de nuevo deberían pedirles ayuda, pues el Gulag es un país en el que un hombre adulto que trabaja doce horas al día es incapaz de ganarse el sustento.

Pensaban en los errores cometidos, o en las decisiones conscientes, que les habían conducido a este traslado.

Y también: ¿dónde los llevarían? ¿Qué les esperaba en el nuevo lugar? ¿Cómo instalarse allí?

En cada uno de ellos, los pensamientos discurrían a su manera, pero todos estaban tristes.

Todos deseaban consuelo y esperanza.

Por eso, cuando se reanudó la conversación sobre el tema de que quizá no los enviaran a un campo de concentración, sino a otra *sharashka*, incluso prestaron atención aquellos que no lo creían en absoluto.

Pues incluso Cristo en el huerto de Getsemaní, aunque sabía firmemente cuál era su amargo

camino, todavía rezaba y esperaba.

Mientras reparaba el asa de su maleta, que se desprendía continuamente, Jorobrov renegaba en voz alta:

—¡Qué perros! ¡Qué canallas! ¡Ni una simple maleta saben hacer en nuestro país! Medio año preparando la guardia de honor del Primero de Mayo, medio año por la de Octubre, ¿cuándo van a trabajar sin frenesí? Aquí algún canalla introdujo una racionalización: un arco doblado por las dos puntas y metido en el asa. Aguanta mientras la maleta está vacía, pero ¿y con peso? Han desarrollado una industria pesada tan deprisa y corriendo que el último artesano de la época de Nicolás se habría ruborizado de vergüenza.

Y Jorobrov, irritado, iba metiendo los extremos del arco en el agujero del asa utilizando como martillo unos pedazos de ladrillo caídos de la estufa, construida con el mismo método apresurado.

Nerzhin comprendía muy bien a Jorobrov. Tropezando siempre con humillaciones, desprecios, burlas y pasotismos, Jorobrov se enfurecía. Pero ¿cómo razonar sobre ello tranquilamente? ¿Cómo expresar con palabras corteses el aullido de un herido? Precisamente ahora, al ponerse la ropa del campo de concentración y al hablar con él, Nerzhin experimentaba en su propia persona que estaba recuperando un importante elemento de la libertad masculina: la de colocar un taco cada cinco palabras.

Romashov explicaba a los novatos en voz baja por qué caminos trasladan habitualmente a los presos en Siberia, y al comparar la prisión de tránsito de Kuibyshev con las de Gorki y Kírov alababa muchísimo la primera.

Jorobrov dejó de dar golpes y arrojó irritado el ladrillo contra el suelo desmenuzándolo en migajas rojas.

—¡No soporto escuchar esto! —gritó a Romashov, y su cara flaca y dura expresaba dolor—. Gorki nunca estuvo en esa prisión de tránsito, y Kuibychev tampoco estuvo, de otro modo los habrían enterrado diez años antes. Habla como una persona: ¡prisión de Samara, de Nizhni-Novgorod, de Viatka! ¡Has cumplido ya una veintena de años, a qué lamerles el trasero!

La vivacidad de Jorobrov se contagió a Nerzhin. Se levantó, llamó a Nadelashin a través del centinela y declaró a media voz:

—¡Subteniente! Vemos por la ventana que se está sirviendo la comida desde hace media hora. ¿Por qué no nos traen a nosotros?

El suboficial se movió incómodo y respondió compasivo:

—Hoy, vosotros... estáis dados de baja en intendencia...

—¿Qué quiere decir que estamos dados de baja? —y oyendo a sus espaldas un rumor de contenido descontento, Nerzhin empezó a descargar mandobles—: Informe al director de la cárcel que no iremos a ninguna parte sin haber comido. ¡Y no dejaremos que nos embarquen por la fuerza!

—¡Muy bien, le informaré! —cedió inmediatamente el suboficial. Y, con aire culpable, se apresuró a ver a su jefe.

Nadie en la sala puso en duda que valía la pena. Esa desdeñosa nobleza de tres al cuarto, propia de los hombres libres acomodados, es absurda para los presos.

—¡Muy bien!

—¡Dales fuerte!

—¡Cómo nos oprimen esos canallas!

—¡Roñosos! ¡Después de tres años de servicio les duele una comida!

—¡No nos iremos! ¡Es muy sencillo! ¿Qué harán con nosotros?

Incluso los que a diario se mostraban pacíficos y sumisos con los jefes ahora se habían vuelto osados. El viento libre de las prisiones de tránsito golpeaba sus rostros. Esta última comida con carne representaba no sólo la última hartura antes de meses y años de bodrio líquido: esta última comida de carne representaba su dignidad humana. E incluso aquellos a quienes la excitación había secado la garganta, incluso aquellos que no estaban en condiciones de comer, olvidaban sus cuitas y esperaban y exigían aquella comida.

Por la ventana podía verse el sendero que unía Dirección con la cocina. Pudieron ver un camión que hacía marcha atrás para acercarse al aserradero de la leña. En la caja del camión yacía ampliamente un gran abeto echando las raíces y la copa por encima de los costados del vehículo. De la cabina saltó el jefe de intendencia de la cárcel; de la caja, un vigilante.

Sí, el teniente coronel había mantenido su palabra. Mañana o pasado colocarían el árbol de Navidad en la sala semicircular, los presos-padres, sin hijos, se convertirían ellos mismos en niños, lo llenarían de juguetes (no les sabría mal emplear el tiempo de la Administración en confeccionarlos), pondrían la cestita de Clara, una brillante luna en una jaula de cristal, formarían círculo, bigotudos, barbudos, y repitiendo el aullido lobuno de su destino, empezarían a dar vueltas con amarga risa:

Nació en el bosque un pequeño abeto...

En el bosque fue creciendo...

Pudo verse cómo el vigilante que patrullaba bajo las ventanas echaba a Prianchikov, que intentaba abrirse paso hasta las asediadas ventanas y gritaba algo levantando los brazos al cielo.

Pudo verse que el suboficial se dirigía con cara preocupada a la cocina, luego a Dirección, después de nuevo a la cocina, y de nuevo a Dirección.

También pudo verse que enviaban a Spiridón a descargar el abeto del camión, privándole de la comida. Spiridón se enjugaba los bigotes y se ceñía el cinturón en plena marcha.

Finalmente, el suboficial fue a la cocina casi corriendo, más que andando, y sacó de allí a dos cocineros que llevaban un bidón y un cucharón entre los dos. Un tercero, una mujer, llevaba una pila de platos hondos. La mujer se detuvo temiendo resbalar y romperlos. El suboficial volvió atrás y se hizo cargo de una parte de los platos.

Estalló en la sala la animación de la victoria.

La comida apareció en la puerta. Acto seguido empezaron a distribuir la sopa en un extremo de la mesa. Los presos tomaban los platos y se los llevaban a sus rincones, a sus maletas, a los alféizares de las ventanas. Algunos se las apañaban para comer de pie apoyando el pecho contra la mesa, que no estaba provista de bancos.

Salieron el suboficial y los repartidores. En la sala reinó ese auténtico silencio que siempre debe acompañar a la comida. Los pensamientos eran: el caldo es algo líquido pero con perceptible aroma de carne; esta cucharada, y esta, y esta otra, llenas de estrellitas de grasa y de fibras blancas cocidas, las meto dentro de mí; su cálida humedad pasará por el esófago para caer en el estómago, y mi sangre y mis músculos se alborozan por anticipado previendo una nueva fuerza y un nuevo complemento.

«Las mujeres se casan por la carne, los hombres por la sopa de coles», recordó Nerzhin el refrán. Comprendía el refrán en el sentido de que el marido conseguiría la carne, y la mujer haría con ella la sopa de coles. El pueblo no engaña en los refranes, ni manifiesta necesariamente grandes anhelos. En todo el acervo de sus refranes, el pueblo se muestra más sincero, al hablar de sí mismo, que incluso Tolstói y Dostoyevski en sus confesiones.

Cuando la sopa tocaba a su fin y las cucharas de aluminio empezaban a rascar los platos, alguien pronunció de un modo vago, alargando la expresión:

—Sí-í-i.

Respondieron desde un rincón:

—¡Ahora viene el ayuno, hermanos!

Intervino un criticón:

—La sacaron del fondo, pero no era espesa. Seguramente pescaron la carne para ellos.

Hubo también quien exclamó abatido:

—¿Cuándo volveremos a comer así?

Jorobrov golpeó con la cuchara su plato consumido y pronunció claramente, con un creciente tono de protesta en la garganta:

—¡Sí, amigos! ¡Es mejor pan y agua que pastel y desgracia!

No le respondieron.

Nerzhin empezó a golpear la puerta pidiendo el segundo plato.

Apareció inmediatamente el suboficial.

—¿Qué, ya habéis comido? —miró con sonrisa amable a los que debían partir. Convencido de que en los rostros había aparecido el aire bondadoso que provoca la hartura, declaró algo que su experiencia penitenciaria le había sugerido no descubrir antes—: No queda segundo plato. Están ya lavando la caldera. Disculpad.

Nerzhin echó una mirada a los presos calculando si debía armar jaleo. Pero estos, poco rencorosos como todos los rusos, ya se habían enfriado.

—¿Y qué había de segundo? —dijo alguien con voz grave.

—Guisado —sonrió tímidamente el suboficial.

Suspiraron.

Nadie pareció recordar el tercer plato.

Se oyó el resoplido de un motor de automóvil al otro lado de la pared. Llamaron al suboficial, y con ello lo sacaron de apuros. La voz severa del teniente coronel Klimentiev sonó en el pasillo.

Empezaron a sacarlos de uno en uno.

No hubo llamada por nombres, pues la escolta de la *sharashka* debía acompañar a los presos

hasta Butyrki y hacer allí la entrega. Pero los contaron. Contaron a cada uno que realizó ese paso tan conocido, y siempre fatal, que va de la tierra al alto estribo del furgón celular, un paso que se da bajando considerablemente la cabeza para no golpearse contra el techo de hierro, retorciéndose bajo el peso de los efectos personales, golpeando torpemente con ellos las paredes laterales de la boca de acceso.

No había nadie para despedirlos: el descanso de la comida ya había terminado, y ya habían llevado a los presos del patio de paseos al interior del edificio.

Acercaron la parte trasera del *cuervo* al umbral mismo de Dirección. Al subir al vehículo, aunque no había el estridente ladrido de los mastines, reinaban las apreturas, la compacidad y el tenso apresuramiento de la escolta, que no beneficia a nadie más que a la escolta, pero que involuntariamente se contagia también a los presos impidiéndoles mirar a su alrededor y reflexionar sobre su situación.

Así subieron dieciocho de ellos, y ni uno solo levantó la cabeza para despedirse de los altos y elegantes tilos que les habían dado sombra durante largos años en momentos de penas y alegrías.

Pero los dos que se las ingeniaron para mirar —Jorobrov y Nerzhin— no miraron los tilos, sino los costados del vehículo, y los miraron con el propósito especial de averiguar de qué color estaban pintados.

Resultó lo que esperaban.

Había pasado la época en que por las calles de la ciudad corrían furgones negros y gris plomo infundiendo horror a los ciudadanos. Hubo un tiempo en que así debía ser. Pero había llegado ya la época de la floración, y los *cuervos* debían también poner de manifiesto este rasgo agradable de la época. La idea surgió en alguna cabeza genial: construir los furgones igual que las camionetas comerciales, pintarlos por fuera con las mismas franjas azulanas, y escribir en cuatro idiomas:

Pan

Pain

Brot

Bread

o bien

Carne

Viande

Fleisch

Meat

y ahora, al subir al furgón, Nerzhin buscó la oportunidad de ladearse y leer:

Meat

Luego, se metió a su vez por la estrecha primera puerta, y por la todavía más estrecha segunda, pisó los pies de alguien, arrastró la maleta y el saco por las rodillas de otro, y se sentó.

El interior de este *cuervo* de tres toneladas no estaba *boxeado*, es decir, dividido en diez compartimentos de hierro donde introducir sendos presos. No, este *cuervo* era de tipo «común», o sea, destinado a transportar condenados y no detenidos, lo que aumentaba enormemente su capacidad de carga viva. En su parte trasera, entre las dos puertas de hierro con pequeñas rejillas-respiraderos, el furgón disponía de un estrecho espacio donde, cerrando las puertas exterior e interior por dentro, y comunicándose con el chófer y con el jefe de la escolta a través de un tubo acústico especial tendido a lo largo de la caja del vehículo, cabían con dificultad dos guardias de escolta a condición de que recogieran las piernas. A cargo de este espacio posterior se había practicado un pequeño *box* de reserva destinado a un posible alborotador. El resto del vehículo, encerrado en una caja metálica de bajo techo, era la ratonera común en la que la normativa autorizaba a cargar precisamente veinte hombres. (Si se cerraba la puerta de hierro apoyando en ella cuatro botas, se conseguía embutir aún a más hombres).

A lo largo de tres paredes de esta ratonera común se extendían unos bancos dejando poco espacio en el centro. Los que podían se sentaban, pero no eran los más afortunados: cuando atiborraban el *cuervo*, objetos y personas iban a parar sobre sus rodillas trabadas y sobre sus pies torcidos y entumecidos, y en medio de aquel revoltijo no tenía sentido ofenderse ni excusarse, y durante una hora resultaba imposible moverse o cambiar de posición. Los vigilantes hacían presión sobre la puerta y, una vez introducido el último preso, hicieron chirriar el cerrojo.

Pero no cerraron la puerta exterior. Otra persona subió al peldaño posterior, una nueva sombra cubrió la rejilla-respiradero.

—¡Amigos! —sonó la voz de Ruska—. ¡Voy a Butyrki, a la instrucción del sumario! ¿Quién hay aquí? ¿A quién se llevan?

Sonó al instante una explosión de voces: gritaban los veinte presos respondiendo y los dos vigilantes diciéndole a Ruska que se callara, y desde el umbral de Dirección gritaba Klimentiev indicando a los vigilantes que no se distrajeran y no permitieran que los presos hablaran entre sí.

—¡Cállate tú...! —le envió una palabrota uno del *cuervo*.

Reinó el silencio, y pudo oírse cómo los vigilantes se afanaban en su pequeño espacio, recogiendo las piernas, para embutir cuanto antes a Ruska en el *box*.

—¿Quién te ha vendido, Ruska? —gritó Nerzhin.

—¡Siromaja!

—¡Ca-na-lla! —zumbaron varias voces a la vez.

—¿Cuántos sois? —gritó Ruska.

—Veinte.

—¿Quiénes?

Pero lo empujaron al interior del *box* y lo encerraron.

—¡No te apures, Ruska! —le gritaron—. ¡Nos encontraremos en el campo de concentración!

Mientras la puerta exterior permaneció abierta caía aún un poco de luz en el interior del *cuervo*, pero se cerró esta, y las cabezas de los guardias de escolta taparon el último e inseguro flujo de luz que llegaba por las rejillas de las dos puertas. Repiqueteó el motor, tembló el vehículo, se puso en marcha, y ahora, con las sacudidas, sólo centelleantes reflejos recorrían a veces las caras de los presos.

Este breve intercambio de llamadas de celda a celda, esta ardiente chispa que a veces salta entre piedras y hierros, siempre excita extraordinariamente a los presos.

—¿Y qué debe hacer la élite en un campo de concentración? —trompeteó Nerzhin directamente al oído de Guerásimovich de modo que sólo él pudo oírlo.

—¡Lo mismo, pero aplicando un esfuerzo doble! —trompeteó Guerásimovich como respuesta.

Recorrida cierta distancia, el *cuervo* se detuvo. Evidentemente, se trataba del puesto de guardia.

—¡Ruska! —gritó uno de los presos—. ¿Pegan?

La respuesta, sorda, tardó un poco en llegar:

—Ya lo creo...

—¡Un buen palo en la frente deberían dar a esos Shishkin-Mishkin! —gritó Nerzhin—. ¡No te rindas, Ruska!

Gritaron de nuevo varias voces y todo se mezcló.

Otra vez se pusieron en marcha, atravesaron el puesto de guardia y luego se sintieron todos bruscamente balanceados hacia la derecha: significaba que habían torcido a la izquierda, hacia la carretera. El giro comprimió estrechamente los hombros de Nerzhin y Guerásimovich. Se miraron intentando distinguirse en la penumbra. Los unía algo todavía mayor que la estrechez del *cuervo*.

En medio de la oscuridad y la estrechez, Iliá Jorobrov dijo con leve acento del Volga:

—Es igual, amigos, no siento haberme marchado. ¿Era vida la de la *sharashka*? Ibas por un pasillo y te tropezabas con Siromaja. Uno de cada cinco era chivato. Antes de que pudieras emitir un sonido en el retrete, el «compadre» ya lo sabía. Hacía dos años que no había domingos, los muy canallas. ¡Un día laboral de doce horas! Había que entregarles los cerebros de todos por veinte gramos de mantequilla. Prohibieron la correspondencia con la familia, así les den de palos. ¿Y encima trabajar? ¡Pero qué infierno!

Jorobrov guardó silencio rebotante de indignación.

En el silencio reinante, bajo el zumbido del motor que funcionaba acompasadamente por el asfalto, sonó la respuesta de Nerzhin:

—No, Iliá Teréntich, no era un infierno. El infierno es donde vamos ahora. Volvemos al infierno. La *sharashka* es el primer círculo del infierno, el más elevado, el mejor. Es casi el paraíso.

No continuó hablando al presentir que no era necesario. En realidad, todos sabían que les esperaba algo incomparablemente peor que la *sharashka*. Todos sabían que cuando estuvieran en el campo de concentración recordarían la *sharashka* como un sueño dorado. Pero ahora, para

animarse y tener conciencia de su razón, era preciso denigrar la *sharashka*, para que nadie se lamentara, para que nadie se reprochara a sí mismo el paso imprudente que había dado.

Guerásimovich encontró un argumento que Jorobrov no había llevado hasta el final:

—Cuando empiece la guerra, a los presos de la *sharashka*, que saben demasiado, los envenenarán con el pan, como hacían los hitlerianos.

—Es lo que yo digo —intervino Jorobrov—, ¡es mejor pan y agua que pastel y desgracia!

Los presos callaban con el oído atento a la marcha del vehículo.

Sí, les esperaba la taiga y la tundra, el polo frío de Oi-Miakon y las minas de cobre de Dzhezkazgan. Les esperaba de nuevo el pico y la carretilla, la parca ración de pan húmedo, la enfermería, la muerte. Les esperaba únicamente lo peor.

Pero sus almas estaban en paz consigo mismas.

Les dominaba la intrepidez de las personas que lo han perdido *todo*, hasta lo último, una intrepidez que se consigue con dificultad pero que se consolida en uno mismo.

Sacudiendo su carga de cuerpos apretujados en su interior, la alegre camioneta azul y naranja iba ya por las calles de la ciudad. Dejó atrás una de las estaciones de ferrocarril y se detuvo en un cruce. En este mismo cruce, los semáforos detuvieron el coche rojo oscuro de un corresponsal del periódico *Libération* que iba al estadio Dinamo a presenciar un partido de hockey. El corresponsal leyó en la camioneta-furgón:

Carne

Viande

Fleisch

Meat

Su memoria le indicó que había visto más de una furgoneta como aquella en diferentes puntos de Moscú. Sacó el bloc de notas y anotó con una pluma de color granate:

«Por las calles de Moscú se encuentran una y otra vez camionetas de productos alimenticios muy limpias e higiénicamente irreprochables. No hay más remedio que reconocer que el abastecimiento de la capital es insuperable».

Esta novela fue empezada en el destierro, en Kok-Terek (Kazajstán meridional) en 1955. Su primera redacción (96 capítulos) se terminó en el pueblo de Miltsevo (región de Vladimir) en 1957, la segunda y la tercera en Riazán, en 1958 (todas fueron destruidas más tarde por razones impuestas por la clandestinidad). En 1962 se realizó la cuarta redacción, que el autor consideraba definitiva. Sin embargo, en 1963, después de la publicación de *Un día de la vida de Iván Denísovich* en *Novy Mir*, surgió la idea de la posibilidad de publicarla parcialmente, se eligieron algunos capítulos y se ofrecieron a A. T. Tvardovski. Esta idea condujo después a la total división de la novela en capítulos, a la exclusión de los que eran totalmente imposibles y a la dulcificación política de los restantes, y de esta manera se compuso una nueva variante de la novela (la quinta redacción, de 87 capítulos) en la que se cambiaba la línea argumental central: en lugar del argumento «atómico», como era en realidad, se puso un argumento soviético ampliamente conocido en aquellos años, el de la «traición» de un médico que entregó un medicamento a Occidente. Bajo este aspecto, la novela fue examinada y aceptada por *Novy Mir* en junio de 1964, pero el intento de publicarla no tuvo éxito. En el verano de 1964 se emprendió un intento en sentido contrario (sexta redacción): profundizar y pulir los detalles de la variante de 87 capítulos. En otoño se envió a Occidente un microfilm de esa variante. En septiembre de 1965, la KGB secuestró los ejemplares de la variante «pública» (quinta redacción), con lo que quedó definitivamente bloqueada la publicación de la novela en la URSS. En 1967, esta variante encontró amplia difusión a través del Samizdat. En 1968, la novela (sexta redacción) fue publicada en ruso por la editorial norteamericana Harper and Row. (De esta redacción se hicieron todas las traducciones a idiomas extranjeros).

En verano de 1968 se llevó a cabo otra redacción (la séptima) con el texto completo y definitivo de la novela (96 capítulos). Este texto nunca fue difundido por el Samizdat ni se ha editado en ningún libro a parte. Se publica por primera vez en la *Obras completas*.

Tanto la *sharashka* de Marfino como casi todos sus habitantes son retratos sacados del natural.



ALEKSANDR ISÁYEVICH SOLZHENITSYN. (Kislovodsk, Rusia, 11 de diciembre de 1918 — Moscú, Rusia, 3 de agosto de 2008). Fue un escritor e historiador ruso, Premio Nobel de Literatura en 1970.

Hijo de un terrateniente cosaco muerto poco antes de que naciera y una maestra, pasó su infancia en Rostov del Don y estudió en la Universidad de esta ciudad matemáticas y física; ya entonces intentó publicar algunos trabajos.

Se graduó en 1941 y empezó a servir ese mismo año en el Ejército soviético hasta 1945, en el cuerpo de transportes primero y más tarde de oficial artillero.

Fue detenido en febrero de 1945 en el frente de Prusia Oriental, cerca de Königsberg (hoy Kaliningrado), poco antes de que empezara la ofensiva final del Ejército soviético que acabaría en Berlín. Fue condenado a ocho años de trabajos forzados y a destierro perpetuo por opiniones antiestalinistas que había escrito a un amigo.

En 1950 fue trasladado a un campo especial en la ciudad de Ekibastuz, en Kazajistán, donde se gestó *Un día en la vida de Iván Denísovich*. En la década de los cincuenta el autor trabajaba de presidiario minero, albañil y forjador, y contrajo un tumor del que fue operado; el cáncer se le reprodujo y esa experiencia sirvió de material para su novela *Pabellón del cáncer*, que terminó en 1967.

En 1969 fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos por denunciar que la censura oficial le había prohibido varios trabajos, pudiendo apenas publicar las novelas *El primer círculo* (1968), *El pabellón del cáncer* (1968–1969) y *Agosto de 1914* (1971) y en 1974, desposeído de la

nacionalidad soviética y deportado a Alemania.

El galardón del Premio Nobel de Literatura de 1970 acudió en su ayuda; declinó sin embargo, ir a Estocolmo por temor a que las autoridades soviéticas no le permitieran regresar y también, para ultimar su obra más conocida, el monumental *Archipiélago Gulag*. Tras un periodo en Suiza, fue invitado por la Universidad de Stanford para residir en Estados Unidos. Tras veinte años en este país, y habiendo recuperado la nacionalidad soviética, en 1994, regresó a Rusia.

[1] MGB (Ministerstvo Gosudarsvennoi Bezopasnosti): Ministerio de la Seguridad del Estado. <<

[2] *Osoblag*: campo especial; el sufijo *lag* indica que se trata de un campo de concentración. <<

[3] MVD (Ministerstvo Vnutrennij Del): Ministerio del Interior. <<

[4] Smersh (Muerte a los Espías): sección especial de la policía militar. <<

[5] Punto décimo del amplio y flexible Artículo 58 del Código Penal de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, relativo a las actividades antisoviéticas de hecho, palabra o intención. <<

[6] Nadezhda Krupskaya: revolucionaria rusa (San Petersburgo 1869-Moscú 1939). Se casó con Lenin en 1897 y compartió su vida de jefe revolucionario. Tras la revolución de 1917, se consagró principalmente a los problemas de la educación y, ya viuda, conservó gran popularidad y cierta influencia política. Es autora de *Mi vida con Lenin* (1933). <<

[7] *Komsomol* (Unión Comunista Leninista de la Juventud): organización de la juventud comunista soviética, fundada en 1918 como auxiliar y reserva del partido. Por extensión, miembro de dicho organismo. <<

[8] Andrei Vlášov: general soviético (Lomákino 1900-Moscú 1946). Hecho prisionero por los alemanes en el verano de 1942, aceptó trabajar para el Reich y formó un ejército con prisioneros rusos para combatir a los soviéticos. <<

[9] *Kólokol* (La Campana): periódico populista ruso, fundado en 1857 por Herzen. Se imprimió en Londres y Ginebra, y se introducía clandestinamente en Rusia, donde ejerció una gran influencia en los medios de oposición. <<

[10] Obolenski, Dolgoruki: nombres de familias principescas. <<

[11] Lavrenti Beria: ingeniero y político soviético (Merjeuli 1899-Moscú 1953). Jefe de la Cheka en Georgia (1921-1931), en 1938 Stalin le puso a la cabeza del NKVD. En 1940 fue elegido miembro del Politburó y en 1941, miembro del Consejo Supremo de la Defensa Nacional; ministro del Interior durante la guerra, en 1946 permaneció en el poder como vicepresidente del Consejo de Ministros y como supervisor de la policía y la administración interior de la URSS. Al morir Stalin volvió a ocupar la cartera del Interior (1953), pero fue detenido y ejecutado después de un proceso secreto. <<

[12] Club Dinamo: célebre club patrocinado por el Ministerio de la Seguridad del Estado. <<

[13] Ojranka: denominación popular del Servicio de Seguridad, órgano local de la policía política de la Rusia imperial. Especializado en la lucha contra los revolucionarios, fue abolido en febrero de 1917. <<

[14] Evno Azef (1869-1918): miembro del partido social-revolucionario e informador de la policía secreta del Imperio (Ojranka). <<

[15] Palacio Kshesinskaya, a la sazón sede del Comité Central bolchevique. <<

[16] Zhelianov y Perovskaya, miembros del partido Narodnaya Volia (la Voluntad del Pueblo), fueron los autores del atentado que acabó con la vida de Alejandro II. <<

[17] Alexei Arakchéyev: general y político ruso (Nóvgorod 1769-Gruzino 1834) de gran influencia en el reinado de Alejandro I. <<

[18] Natasha Rostov: protagonista de la novela *Guerra y paz* (1878), de Lev Tolstói. <<

[19] Estajanovista: obrero que superaba la norma de producción establecida. <<

[20] Emma Tsesarskaya: actriz de cine famosa antes de la segunda guerra mundial. <<

[21] *Portiankí*: trozo de tela para envolver los pies en lugar de los calcetines o encima de estos. <<

[22] Perekop: istmo que une la península de Crimea a la llanura ucraniana. La conquista del istmo por el Ejército Rojo en 1920, y, mediante violentos combates, dio un giro decisivo a la guerra civil. <<

[23] Guardias municipales (gorodovoí): agentes de la policía urbana del antiguo régimen, cuerpo suprimido en febrero de 1917. <<

[24] Vitrina de los periódicos: paneles vidriados donde se pegan los periódicos del día para que el público pueda leerlos gratuitamente. <<

[25] Operación Potemkin: montaje de decorados y contratación de figurantes que utilizó este ministro para convencer a Catalina II de que las tierras desérticas estaban colonizadas. <<

[26] Serguei Kírov: político soviético (Urzhum 1886-Leningrado 1934). Adherido al grupo bolchevique en 1905, después de 1917 participó en el establecimiento del poder soviético en Cáucaso y en 1921 entró en el Comité Central del partido comunista, del que llegó a ser secretario y miembro del Politburó (1930). Su asesinato fue atribuido a los trozkistas y originó una sangrienta purga de los elementos de la oposición. <<

[27] «Un rayo de luz...»: título de un artículo, famoso en la historia del pensamiento revolucionario en Rusia, del filósofo y crítico literario radical Nikolai Dobroliúbov (Nóvgorod 1836-San Petersburgo 1861). <<

[28] Kalinin: nombre actual, soviético, de Tver. <<

[29] *Stretlets*: soldado ruso de los siglos XVI y XVII. <<

[30] Ruska evoca el adjetivo *rusi*, «castaño». <<

[31] Max von Laue: físico alemán (1879-1960), Premio Nobel de Física en 1914. <<

[32] Irving Langmuir: físico y químico estadounidense (1881-1957), Premio Nobel de Química en 1932. <<

[33] Larin: personaje de *Eugenio Onegin*, de Pushkin. <<

[34] Versos de *Eugenio Onegin*, de Pushkin. <<

[35] Merzliakov: significa «friolero», y por su raíz, también «abominable». <<

[36] Los Ambulantes: sociedad rusa de pintores en la segunda mitad del siglo XIX. <<

[37] Metlach: ciudad alemana antaño famosa por sus ladrillos vidriados. <<

[38] UNRRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration): Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Ayuda, organismo creado en 1943 para resolver los problemas derivados de la reconstrucción económica de los territorios liberados de la ocupación alemana. <<

[39] Se refiere al príncipe de Kíev, Oleg (?–912), que según una profecía debía matar a su caballo; el caballo murió antes, pero una víbora salida de sus huesos acabó con Oleg. <<

[40] Alexei Kaledin: general ruso de origen cosaco (1861-1918), y, una vez elegido atamán de los cosacos del Don, se negó a someterse a los bolcheviques; fue derrotado y se suicidio en Ucrania.

<<

[41] Papirosa: cigarrillo ruso consistente en un canutillo vacío con un poco de tabaco en un extremo. <<

[42] Paquetes: asignación en especies, gratuitas generalmente, para los miembros importantes del partido. <<

[43] Alexandr Shliápnikov (1885-1937): líder, con Alexandra Kolontai, de la Oposición Obrera (1920-1921). Fue arrestado en 1934 y fusilado en 1937. <<

[44] Vasisuali Lojankin: personaje de los humoristas Ilf y Petrov. <<

[45] GPU (Gosudárstvennoie Politícheskoie Upravlenie): nombre dado a la policía soviética después de la supresión de la Checa (1922) y suprimida en 1934. <<

[46] Jodinka (1895): catástrofe ocurrida el día de la coronación de Nicolás II, en la que perecieron gran número de personas al hundirse unos estrados. Tsusima (1905): batalla naval contra Japón en la que la flota rusa quedó destruida. Bosques de Avgustovo (1915): derrota rusa que acabó con la ofensiva contra Prusia. <<

[47] Martillos con los que golpeaban las ruedas de los vagones para asegurarse de su buen estado.

<<

[48] 518 y 1040: las 518 nuevas construcciones del I Plan Quinquenal y los 1040 nuevos Parques de Maquinaria y Tractores. Conocido y repetido eslógan de esa época. <<

[49] Grupo escultórico, de Vera Mujina (1885-1953), que preside la Exposición Agrícola de Moscú (una joven campesina cruza su hoz con el martillo de un joven obrero), que sirve también de logotipo de las películas de los estudios Mosfilm. <<

[50] Famoso cuadro del «ambulante» I. Surikov (1848-1916), de figuras grotescas y patéticas, que representa la ejecución de los *streltsi* en la Plaza Roja de Moscú, en otoño de 1898. <<

§ *Cuervo*: furgón celular nombrado así popularmente por su color negro. (N. del T.) <<

§ *Magar*: clase inferior de mijo. (N. del T.) <<

§ *Oper*: abreviación de *operupolnomechenni*, delegado de la policía para asuntos disciplinarios.
(N. del T.) <<

§ «Aquí me quedaré, y no puedo obrar de otra manera» (respuesta de Lutero a la Dieta de worms de 1521). (N. del T.) <<

§ *Shisha*: «piña», *myshka*: «sobaco». (N. del T.) <<

§ *Mordazas*: pantalla en las ventanas de las celdas que permite el paso de aire pero impide mirar a través de ellas. (N. del T.) <<

§ *Tachanka*: carro ligero tirado por un caballo y armado de una ametralladora. (N. del T.)_s <<

§ *Kulak* campesino que explotaba a los braseros. (N. del T.) <<

§ *Poskriobyshev* es un nombre formado con la raíz del verbo «raer», «raspan», o «rascar». (N. del T.) <<

§ Agua, en ruso, es vodá. (N. del T.) % <<

§ *Halt!*: ¡alto!; *Zurück!*: atrás; *Weg!*: ¡fuera! (N. del T.) <<

§ La frase, en ruso, es: «Zvukovidy rasrehayut glujim govorit po telefonu». (TV del T.) <<

§ *Shalashovka*: en argot presidiario, mujer presidiaría fácilmente accesible sexualmente (N. del T.) <<

§ *Rózhdestvo* significa «Navidad». (N. del T.) <<

§ *Vater*: «padre»; *ferstehe*: «comprendo». (N. del T.) <<

§ «El vientre harto es sordo al estudio.» (N. del A.) <<